EL III REICH

Anesa



EL III REICH

Título original de la obra: DAS III REICH

ISBN (tomo) 84-279-6655-5
ISBN (obra) 84-279-6654-7
Depósito legal: M. 36.076-1974

Fotocomposición: Rotedic, S. A.
Impresión: Novograph, S. A.
Carretera de Irún, Km. 12,450, Madrid-34
Printed in Spain

EL III REICH

HISTORIA TOTAL DE UNA EPOCA DECISIVA

2

Del «Anschluss» de Austria a la batalla de Inglaterra (1937-1940)

Anesa / Noguer

Comité editorial internacional:
José A. Schettini
José Pardo
John Jahr

Director de la edición latinoamericana:
Fernando Vidal Buzzi

Director de la edición española:
José Pardo

Asesor técnico:
Pedro Wender

La obra original se debe a
Christian Zentner, Jefe de Redacción,
con los redactores
Reinhard Barth
Friedemann Bedürftig
Wolfgang Fischer
Jochen Grossmann
Jochen R. Klicker
y numerosos colaboradores especialistas
en el tema

INDICE

FE DE ERRATAS

	DICE	DEBE DECIR
Pág. 198, Col. I, línea 7	IX-1949	IX-1940
" 244 " I " 22	"TSS 230"	"DFS 230"
" 273 " I " 18	banda azul	cinta azul



El 12 de marzo de 1938, a las doce del mediodía, el ministro de Propaganda del Reich leía a través de la radio una declaración de Adolf Hitler, en la que se decía entre otras cosas: «...Tropas con carros acorazados, divisiones de Infantería y unidades de las SS, asistidas por la Aviación que surca el cielo azul... son la garantía de que se le ofrece al pueblo austríaco la posibilidad... de elegir su propio destino.» El avance se parecía más a un regreso a casa, tras unas maniobras, que a la ocupación de otro país.

UNIDAD AGRESIVA

Compatriotas y austríacos, hombres y mujeres, os convoco en esta hora: el próximo domingo, 13 de marzo, tendrá lugar una consulta popular». El periódico «Neue Wiener Tageblatt» anotaría, como reflejo de la reacción popular a estas palabras del canciller austríaco Schuschnigg pronunciadas en Innsbruck, que los oyentes prorrumpieron en «un aplauso tumultoso». El canciller austríaco pasaba así a emprender el ataque para evitar en lo posible la gran presión de los nacionalsocialistas austríacos y del Reich en favor del «Anschluss». Contaba de antemano para el referéndum con una clara mayoría en favor del mantenimiento de la libertad e independencia de la república alpina. En el albergue de montaña en que se encontraba el *Führer* y en la Cancillería del Reich, de Berlín, se suponía también que los planes anexionistas de Hitler no iban a recibir ni mucho menos un respaldo del cien por cien en la consulta popular del 13 de marzo. ¿Reaccionarían Hitler y Göring tan sólo porque el discurso de Schuschnigg había mostrado suficientes matices como para calificarlo de ultimátum? Los acontecimientos se precipitaron. En la tarde del jueves anterior al domingo señalado para la votación, Hitler mandó llamar a la Cancillería al nuevo jefe del mando supremo de la *Wehrmacht*. Una vez en el despacho, el *Führer* le comunicó que había llegado el momento de poner en marcha la «Operación Otto»: la invasión militar de Austria. Al tiempo partió a toda velocidad de Berlín para Viena una última exigencia: suspensión del referéndum. Schuschnigg dimitió. Tras larga vacilación, el presidente federal austríaco, Miklas, nombró nuevo canciller al hasta entonces ministro del Interior, el nacionalsocialista Seyss-Inquart. El viernes por la tarde tomaba tierra en el aeropuerto de Astern, cerca de Viena, un avión especial que traía a bordo la nueva comisión enviada por el *Führer*, presidida por el *Gauleiter* Bürckel. Göring esperaba en Berlín la llegada de un telegrama en el que el nuevo Gobierno debía solicitar al Reich alemán el envío de ayuda militar. A las 21,40 se dejaba sobre la mesa del despacho de Hitler un telegrama ficticio. Momentos antes, a las 20,45, el *Führer* había decretado la invasión militar de Austria. Todavía no había amanecido el sábado, cuando las tropas alemanas cruzaban la frontera por Salzburgo y Passau.



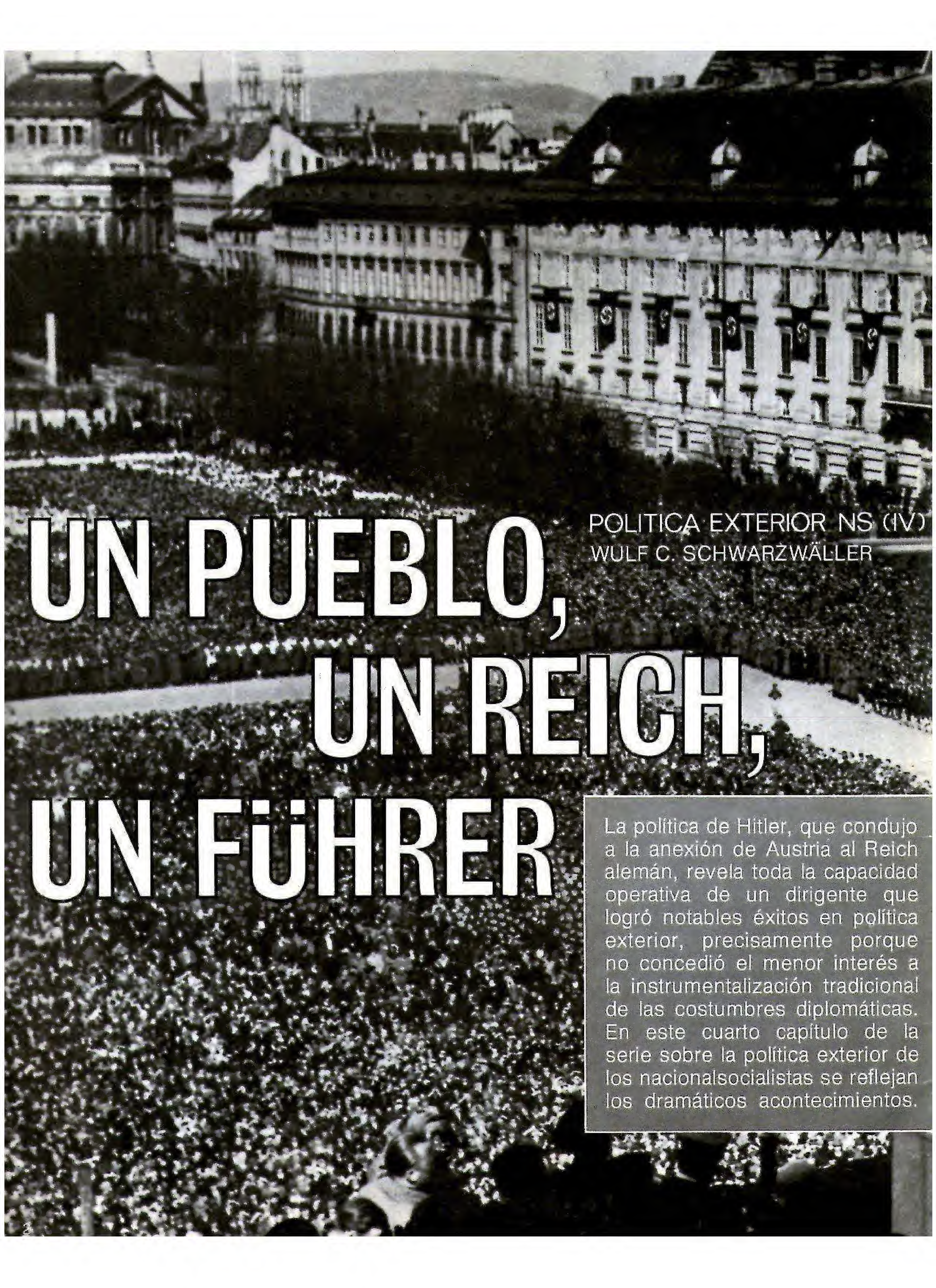
Se ha consumado el «Anschluss»: Hitler con Seyss-Inquart y el «Gauleiter» Bürckel, a la izquierda del «Führer».

De nuevo estaban en las calles las masas jubilosas. Desde hacía varias décadas, nada se había esperado con tanta ansiedad como la reincorporación al Reich. Naturalmente, el Ejército austríaco no abandonó sus cuarteles. En consecuencia las tropas alemanas penetraban como un cortejo pacífico. Cuando el 15 de marzo Adolf Hitler proclamó en la Heldenplatz de Viena, «la entrada de mi patria en el Reich alemán», comentaba el periódico «Neue Wiener Abendblatt»: «Se produjo una ovación de una intensidad inaudita». Con ello se cerraba el penúltimo capítulo de la política revisionista de Hitler.

Wilhelm Keitel había superado satisfactoriamente su primera prueba. El éxito incruento logrado en Austria permitiría que creciese la hierba sobre las preguntas no respondidas en relación con la crisis Fritsch-Blomberg. Sobre todo en lo referente a la «abstinencia política en la imagen del soldado» de la *Wehrmacht* (Wolf Graf von Baudissin).

Entretanto, la vida transcurría plácida y tranquila en Alemania. Estado y partido parecían estar volcados sobre el pueblo. Los asuntos políticos y los escándalos tan sólo interesaban como comidilla para animar las tertulias de café. Lo que merecía la pena era que, al fin, setenta millones de alemanes podían vivir con decoro y en paz desde Viena a Aquisgrán, desde Königsberg a Graz. ¿Había algo que pudiese superar aquella realidad?

jrk □



UN PUEBLO, UN REICH, UN FÜHRER

POLITICA EXTERIOR NS (IV)

WULF C. SCHWARZWÄLLER

La política de Hitler, que condujo a la anexión de Austria al Reich alemán, revela toda la capacidad operativa de un dirigente que logró notables éxitos en política exterior, precisamente porque no concedió el menor interés a la instrumentalización tradicional de las costumbres diplomáticas. En este cuarto capítulo de la serie sobre la política exterior de los nacionalsocialistas se reflejan los dramáticos acontecimientos.



15 de marzo de 1938. Desde la Heldenplatz vienesa, ante el nuevo palacio imperial, el «Führer» habla a la multitud.

Kurt von Schuschnigg, canciller federal austríaco (cartel reproducido a la derecha), pretendió equivocadamente garantizar la independencia de su país aproximándose a la Italia fascista. Pero Mussolini (izquierda) le dejó desamparado. El final de la independencia de Austria se había consumado cuando Hitler asumió la jefatura suprema de la «Wehrmacht». Abajo, titular del «Völkischer Beobachter»: «La mayor concentración de todos los poderes en manos del "Führer" supremo».



Münchener Ausgabe — 51. Jahrg. · Einzelpreis 15 Pf., 20 Pf.

Münchener Ausgabe — München, Samstag, 5. Februar 1938

„Freiheit und Brot"

VÖLKISCHER BEOBACHTER

Kampfblatt der national-sozialistischen Bewegung Großdeutschlands

Der Führer übernimmt den Oberbefehl über die gesamte Wehrmacht

Stärkste Konzentration aller Kräfte in der Hand des Obersten Führers

Wehrmachtsamt wird Oberkommando der Wehrmacht

Blomberg und Fritsch aus gesundheitlichen Gründen ausgeschieden

dnb. Berlin, 4. Februar

Geheimer Kabinettsrat gebildet

von Neurath zum Präsidenten ernannt

Kraftgewinnung durch Konzentration

Vor wenigen Tagen konnte das deutsche Volk den 5. Jahrestag der nationalsozialistischen Machtergreifung feiern.

Primer acto

El año 1938 se abre en Austria con atentados, manifestaciones y actos de violencia. Tras numerosos registros domiciliarios, la policía se hace con unos documentos en los que queda patente que Berlín se encuentra detrás de las acciones terroristas. Las instrucciones emanadas de Berlín y dirigidas a los nazis austríacos llevan la firma del lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess. De este material sobresale un documento especialmente valioso. En él se dice que los nazis austríacos deberán estar dispuestos a sublevarse a primeros de año. Si el Gobierno pretendiese aplastar el levantamiento, las tropas alemanas penetrarían en Austria.

El canciller federal Kurt Edler von Schuschnigg, de 41 años, se siente intranquilo. El 5 de febrero leía con preocupación los titulares del «Völkischer Beobachter»: «La mayor concentración de poderes en manos del *Führer* supremo». Eso significaba que Hitler se disponía a llevar a cabo una amplia depuración en los altos cargos del Ejército y de las relaciones exteriores. Todos los «conservadores» que aún quedaban en ambos cuerpos se habían replegado y no pasaban de ser instrumentos dóciles en las manos del dictador alemán. Tras la destitución de Blomberg y Fritsch, el *Führer* asumía personalmente el mando supremo del Ejército. El Ministro de Asuntos Exteriores, von Neurath, cedió el puesto a Ribbentrop.

Lo que para Schuschnigg hacía aún más peligrosa la situación era que las grandes potencias europeas cada vez mostraban menos interés por el mantenimiento de la independencia austríaca. Mussolini, que pocos años antes se había comportado como defensor activo de la autonomía de Austria, se hallaba ahora comprometido estrechamente con Hitler. En Inglaterra, el ministro de Asuntos Exteriores Eden perdió efectividad ante el peso del pacifismo del premier Chamberlain. Francia, afectada por graves luchas interiores, estaba paralizada para cualquier actuación política exterior.

El escenario europeo era para Austria tan gris y gélido como la temperatura de aquella mañana invernal del 12 de febrero en que se reunieron en el Obersalzberg el canciller Schuschnigg y su ministro de Asuntos Exteriores, Guido Schmidt, para negociar con el *Führer* alemán sobre las relaciones que habrían de mantener en lo sucesivo ambos países. No hubo en realidad negociaciones, sino una humillación estudiada y un verdadero chantaje de los austríacos por parte del canciller alemán. «Yo solucionaré de una vez por todas, de un modo u otro, este problema general austríaco», dijo Hitler. «Quizá aparezca de la noche a la mañana en Viena, como una tormenta de primavera. Les aseguro que vivirán para ver». Cuando Schuschnigg preguntó a Hitler por sus proyectos concretos, éste se limitó a contestar con frialdad: «Lo sabrá por la tarde». Schuschnigg, gran fumador, no obtuvo permiso de Hitler, que no fumaba, para encender ni un solo cigarrillo en la casa del *Führer*. Aquel conjunto de desplantes le causó a Schuschnigg vértigos y mareos. Tras la comida del mediodía tuvo que reposar durante dos horas en una minúscula habitación. Cuando se recuperó se le entregó un borrador del acuerdo.

Era un verdadero ultimátum para que el Gobierno austríaco pasase a los nacionalsocialistas. El núcleo del texto era el levantamiento inmediato de la prohibición que pesaba sobre el partido nacionalsocialista austríaco, puesta en libertad de todos los nacionalsocialistas detenidos, incluidos los que tomaron parte en el asesinato de Dollfuss; nombramiento del doctor Seyss-Inquart como ministro del Interior y de Seguridad; otros dos nazis se encargarían de las carteras de Guerra y Finanzas.

«No hay nada que discutir, señor Schuschnigg», exclamó Hitler. «No cambiaré ni una coma. Nuestras condiciones habrán de quedar aceptadas en el plazo de tres días y, tres fechas después, puestas en práctica. En caso contrario mis tropas recibirán la orden de invadir Austria». Schuschnigg se mostraba confuso. Entonces Hitler abrió bruscamente la puerta y gritó: «¡Keitel!» El general convocado era, desde hacía pocos días, jefe del mando supremo de la *Wehrmacht*. Cuando apareció Keitel en el dintel, Hitler despidió a sus visitantes :«Les mandaré llamar más tarde». Media hora después, Schuschnigg firmaba la sentencia de muerte dictada contra Austria.

Segundo acto

Totalmente desalentados por lo acontecido Schuschnigg y Schmidt regresaron a Salzburgo. Franz von Papen, embajador especial de Hitler en Viena, consoló a los austríacos: «Sí, así es el *Führer*. Pero si viene otra vez ya verán como será más fácil la conversación. El *Führer* es una persona muy atractiva». Una vez en Viena, Schuschnigg entregó al presidente federal Wilhelm Miklas el acuerdo de Berchtesgaden. Éste se mostró dispuesto a hacer un par de concesiones pero se negó a nombrar ministro del Interior a Seyss-Inquart y a poner el Ejército federal austríaco en manos del nacionalsocialista Glaise-Horstenau.

Hitler, por su parte, contaba ya con ello. Al fin podía permitirse someter a Austria a una presión masiva. El jefe del servicio secreto, almirante Canaris, recibió una orden por medio de Keitel: «Hay que lanzar noticias falsas, pero fidedignas, sobre preparativos militares contra Austria».

El 16 de febrero dimitía Miklas. Seyss-Inquart se convirtió en ministro del Interior y jefe de toda la policía austríaca. Inmediatamente se trasladaría a Berlín para recibir instrucciones del *Führer*. Cuatro días después Hitler pronunciaba en el Reichstag uno de sus «discursos de paz» que concluyó con una descarada amenaza: «A los intereses del Reich corresponde la protección de todo camarada alemán que por sí mismo no pueda asegurarse, junto a nuestras propias fronteras, el derecho a una libertad humana, política e ideológica». La amenaza iba dirigida en especial contra Viena y Praga.

Schuschnigg contestó el 24 de febrero ante el Parlamento austríaco: «Austria jamás renunciará voluntariamente a su independencia. Nuestra bandera será siempre roja, blanca y roja aunque nos cueste la vida». Mientras pronunciaba estas palabras, miles de nazis ocupaban en Graz la plaza del Ayuntamiento, rasgaban las banderas nacionales e izaban las de la cruz gamada. La policía no movió ni un dedo.

En aquel momento comenzaba en Austria el caos económico. Los extranjeros cancelaban sus cuentas, las firmas extranjeras anulaban sus contratos, el turismo dejó de existir. En su confusión, Schuschnigg pidió ayuda a los sindicatos y al partido socialdemócrata, prohibidos desde hacía años.

Demasiado tarde. Con un nazi al frente del Ministerio del Interior, difícilmente podrían organizarse los socialistas. Los nazis ocupaban en las provincias los puestos claves.

Tercer acto

El 7 de marzo Schuschnigg se decidió a dar un paso desesperado: envió a su agregado militar en Roma, con una carta, ante Mussolini. En el texto se decía: «A la vista de los acontecimientos, no tengo más remedio que acudir a un plebiscito». El *Duce* se lo desaconsejó: «Dígale usted al señor canciller que sería un error. La situación mejorará por sí misma. Entre Roma y Londres se avecina un momento de distensión. Esto contribuirá sin duda poderosamente a que se aligere la presión que pesa sobre Austria». Schuschnigg se mostró muy sorprendido al conocer la respuesta. No pudo evitar sentirse traicionado por su «protector» Mussolini. Ahora no le quedaba a Schuschnigg más remedio que actuar en solitario. En la tarde del 9 de marzo anunciaba que el domingo siguiente, día 13, tendría lugar un referéndum: sí o no «a una Austria

UN ESTADO IM
AUSTRIA 1918 - 1

Con la quiebra de la monarquía austro-húngara en 1918 entró en litigio permanente el tema del «Anschluss» o incorporación a Alemania. «La Austria alemana es una parte sustancial de la República Alemana», señalaba el artículo 2 de la resolución de la Asamblea Nacional Provisional del 12 de noviembre de 1918. Sin embargo esta resolución no entró en vigor. Las potencias vencedoras impidieron el «Anschluss» y forzaron a los austriacos a crear un Estado con los restos de la fenecida monarquía del Danubio. Con todo, la posibilidad del «Anschluss» no desaparecía de escena. Este fenómeno queda patente a la vista de los carteles de propaganda que reproducimos como selección del material político de diversos partidos

BÜRGERL. DEMOKRAT. PARTEI
EINLADUNG
ZU DER AM
SONNTAG, 9. FEBER 10h VORM.
IN ALLEN DREI KONZERTHAUSSÄLEN STATTFINDENDEN MASSENVERSAMMLUNG
DIE ZUKUNFT DEUTSCHÖSTERREICHS
REDNER:
Dr. MAX WEBER
HJALMAR SCHACHT
Dr. GERTRUD BÄUMER
MAX FRIEDMANN
HELENE GRANITSCH
MARIANNE HAINISCH
Dr. FRANZ KLEIN
Dr. KURT SCHECHNER
Dr. GUSTAV STOLPER

WAHL
16 FEBER
BÜRGERLICH-DEMOKRATISCHEN PARTEI

Oesterreichisch-Deutscher Volksbund
Anschlußfreunde, erscheint zur Begrüßung!
Große Kundgebung
für den
Anschluß an Deutschland.
Paul Löbe
Präsident des deutschen Reichstages

Wollen wir ein unabhängiges Österreich? Ja! Ja! Ja! Ja!

Wiener, Ihr seid Deutsche!
wählt
Deutschnational!

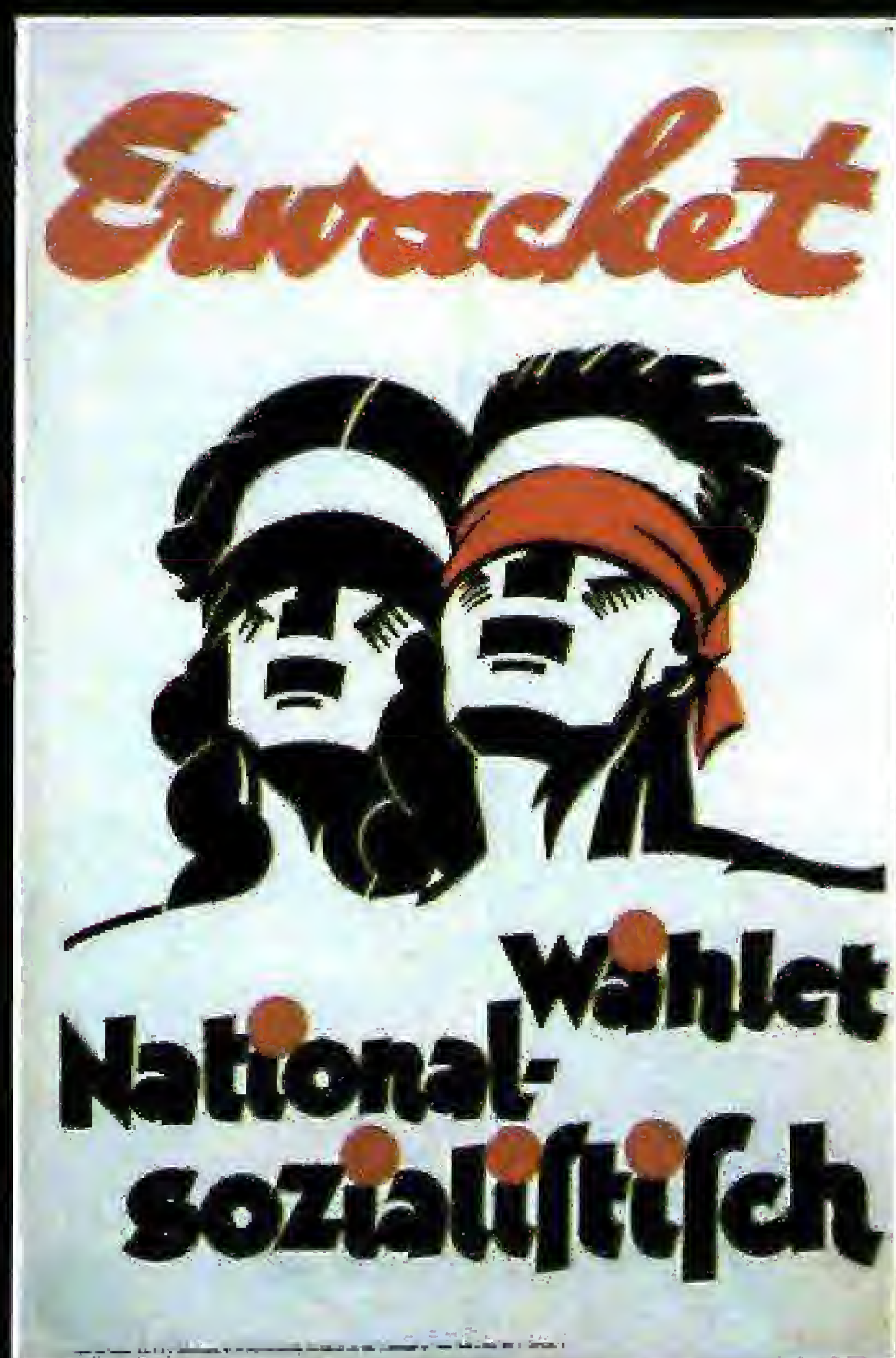
Heim ins Reich!
Anschluß-Kundgebung
Parteiobmann Karl Schulz

Volk Öst'reichs,
zieh den Trennungsstrich —
Du schützt Dein Land,
Dein Heim und Dich!

PUESTO
938

correspondiente a los años de 1918 a 1925. Cuando Hitler ascendió al poder en 1933 se produjo una nueva situación: los interlocutores de los austriacos partidarios de la incorporación no eran ya los políticos de Weimar, sino la Alemania de Hitler. En vano los carteles bicolores, blancos y rojos, de Schuschnigg clamaban por una Austria independiente. En marzo de 1938 las tropas alemanas cruzaban la frontera austríaca. El «Anschluss» consumaba así la aspiración de una Gran Alemania.









libre y alemana, cristiana y peculiar». Hitler bramó de ira al conocer la noticia. En un referéndum, Schuschnigg llevaría todas las de ganar. El plan de un «Anschluss por evolución» –toma del poder por los nazis y, luego, decisión conjunta de fusión sin ocupación militar– estaba en grave peligro. Si se quería evitar la celebración del plebiscito, Austria debía quedar ocupada, militarmente antes del domingo. El 10 de marzo se preparaba a toda prisa el plan de conquista armada del país vecino.
Pero de pronto Hitler sintió miedo. ¿Qué ocurriría si repentinamente penetraban tropas italianas por el Brénnero? ¿Qué pasaría si cruzaban la frontera las Divisiones checoslovacas? El 10 de marzo por la tarde envió a su vez, en vuelo especial, al príncipe Philipp von Hessen, provisto de una carta, ante Mussolini. En ella le exponía la acción preparada, pidiéndole –suplicándole– que fuese comprensivo. Al tiempo Göring prometía al representante checoslovaco Mastny bajo palabra de honor que Alemania no emprendería ninguna acción armada contra la autonomía de su país. Tras una llamada telefónica a Praga, el enviado aseguró que su país no intervendría en el caso de una acción alemana contra Austria. El ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, fue enviado a Londres para apaciguar a Chamberlain y al nuevo ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax. Con Francia no eran de temer especiales dificultades. El país estaba de nuevo sin Gobierno desde el 10 de marzo.
11 de marzo de 1938. A las cinco y media de la madrugada el jefe de la policía, doctor Skubl, despertó al canciller federal Schuschnigg. Los alemanes habían cerrado la frontera. De los límites entre los dos países llegaban noticias sobre movimientos de tropas. A las 10, Seyss-Inquart se presentó al canciller y le exigió la anulación del referéndum. Schuschnigg dudaba, pero el jefe de la policía le confirmó que el Gobierno no podría confiar en una policía integrada mayoritariamente por nazis. Tras conferenciar hora y media con el presidente federal, Schuschnigg daba su consentimiento.
Sin embargo la capitulación de Schuschnigg no fue suficiente. A las 15,05 apareció Seyss-Inquart con una nota en el despacho del canciller, en la Ballhausplatz. En ella pudo leer algo que, por otra parte, ya le había dicho Göring por teléfono desde Berlín: «La situación sólo puede salvarse si el canciller dimite inmediatamente y se designa, en el plazo de dos horas, al doctor Seyss-Inquart como nuevo canciller. Si transcurriese el plazo sin decisión en este sentido, las tropas alemanas entrarían en Austria».
Mientras Schuschnigg se dirigía a consultar con el presidente, pensó si era oportuno hacer un llamamiento a las masas, ordenar la movilización general y pedir auxilio al mundo. Al entrar en la habitación de Miklas observó que había llegado un telegrama de Roma: «El Gobierno italiano declara que, si se le consultara, no estaría en condiciones de dar ningún consejo en la actual situación». Había que descartar una ayuda exterior. El canciller optó por la dimisión. Su última decisión oficial fueron unas palabras radiadas que cerró con estas frases: «Cedemos ante la violencia. Que Dios proteja a Austria».

Cuarto acto

Todavía quedaba en pie una roca en plena tormenta: el presidente federal Wilhelm Miklas. Éste se negaba tenazmente a nombrar a Seyss-Inquart nuevo canciller. Pero Hitler y Göring, a quien el dictador alemán había encargado interinamente de las funciones de Gobierno en Berlín, necesitaban de apariencias legales para consumar el golpe de estado en Austria. Göring no se despegaba del teléfono. Una y otra vez envió a Seyss-Inquart y al agregado militar alemán, Muff, al despacho de Miklas. El presidente era inconmovible. Incluso cuando Göring amenazaba con ordenar el avance inmediato de las tropas y hacer fusilar al jefe del Estado austríaco por contumacia, Miklas permanecía en su actitud: «No cederé ante la violencia y me negaré a nombrar un nuevo Gobierno».
A las 20,48 Göring renunciaba a la intervención «legal» para el establecimiento de un Gobierno Seyss-Inquart. Llamó de nuevo a Viena: «Bueno, ya está bien. Seyss debe formar sin más un Gobierno provisional. Da lo mismo lo que diga el presidente. Esta noche nuestras tropas cruzarán la frontera. Seyss debe tener en cuenta que a partir de ahora es el máximo responsable. Debe mantener cerrada la frontera para que nadie se escape con sus propiedades. El punto más importante es éste: que Seyss envíe con urgencia el siguiente telegrama: 'El Gobierno provisional austríaco, que se ha encargado de la gestión pública tras la dimisión del Gobierno Schuschnigg, y que pretende restablecer en Austria la tranquilidad y el orden, dirige al Gobierno alemán un ruego urgente pidiéndole que le ayude a cumplir esta misión, evitando todo derramamiento de sangre. Con este fin suplica al Gobierno alemán que envíe tropas tan pronto como sea posible'». Tras una corta pausa, Göring añadió: «Ah, digan a Seyss que no necesita enviar el telegrama, porque lo tenemos ya aquí. Solamente debe decirnos: '¡De acuerdo!'».
Tres minutos antes de la histórica llamada telefónica de Göring, Hitler había dado la orden de avance para el amanecer del día 12 de marzo.
Poco antes de la medianoche del 11, el presidente Miklas se sentía agotado. Ordenó a las tropas que no se resistiesen a los soldados alemanes, nombró oficialmente a Seyss-Inquart nuevo canciller y refrendó la lista de los nuevos ministros. Austria contaba con un Gobierno nacionalsocialista.

Quinto acto

Cuando ya se había dictado la orden de marcha; cuando en Viena todo andaba revuelto, Hitler esperaba aún, con creciente nerviosismo, una respuesta de Mussolini. Al fin, a las 22,25, el príncipe Philipp von Hessen telefoneaba desde Roma: «Acabo de llegar del Palazzo Venezia. El *Duce* ha aceptado amistosamente todo el asunto. Envía saludos cordiales».
Hitler se sintió liberado y radiante de felicidad: «Dígale al *Duce* que no le olvidaré jamás. Jamás, jamás, jamás, pase lo que pase».
Al fin el camino hacia Austria quedaba expedito. No había que temer nada de Inglaterra. A través de su embajador Henderson, Chamberlain había hecho saber a Hitler que el Gobierno británico «se vería obligado a formular una enérgica protesta en el caso de que las informaciones llegadas sobre el ultimátum alemán contra Austria fuesen ciertas». Esto era todo.
El domingo, 13 de marzo, se firmaba la ley sobre reincorporación de Austria al Reich alemán y automáticamente entraba en vigor. Hitler se había convertido también en el jefe del Estado austríaco. Al día siguiente tomaba la palabra desde la tribuna erigida frente al Holfburg, el palacio imperial, en la Heldenplatz vienesa, y recibía el homenaje entusiástico de sus nuevos súbditos: «Un pueblo, un Reich, un *Führer*». Por la noche, aquel hombre que algunos años atrás había pernoctado en el asilo de vagabundos vienés, ocupaba una suite en el Hotel Imperial.
El 10 de abril se celebraba en Austria y Alemania, por orden de Hitler, un «referéndum» para corroborar la unión de los los dos países. El resultado oficial fue éste: 99,75 por ciento de los consultados votaron «sí» a la fusión.
Once días más tarde –y seis semanas después de que Göring diese su palabra de honor al enviado checoslovaco Mastny– Hitler discutía con Keitel el «Plan Grün», nombre cifrado para una operación de efecto rápido contra Checoslovaquia. Diariamente, a través de la «Grossdeutsche Rundfunk», o «Gran Emisora Alemana», podía oírse un nuevo disco encargado por Goebbels: La «Egerländer Marsch». El objetivo más inmediato de Hitler era ahora el territorio de los Sudetes. □

CRONICA

GRANDES TITULARES | CULTURA Y CIENCIA | DEPORTE Y TECNICA

1938

Grandes titulares

12. 1.: El ministro de la Guerra, Werner von Blomberg, contrae matrimonio con Eva Gruhn. Testigos: Hitler y Göring. Poco después aparecen en las oficinas de la policía secreta del Reich fotografías pornográficas de la mujer del ministro

26. 1.: Entrevista de Hitler con el comandante supremo del Ejército, Werner von Fritsch. Injustos reproches por haber contravenido el artículo 175

4. 2.: Hitler cesa al ministro de la Guerra von Blomberg, y al comandante supremo del Ejército de Tierra, von Fritsch, y se hace cargo personalmente de sus funciones. Se crea el mando supremo de la «Wehrmacht» (OKW) –los tres Ejércitos– bajo la dirección de Keitel, que representa al «Führer». El nuevo comandante supremo del Ejército de Tierra será von Brauchitsch

4. 2.: El hasta ahora embajador alemán en Londres, von Ribbentrop, es nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Su antecesor, von Neurath, pasa a presidir el recién creado consejo secreto

12. 2.: Entrevista de Hitler con el canciller austriaco, von Schuschnigg, en Berchtesgaden

9. 3.: Schuschnigg da a conocer en Innsbruck la convocatoria de un referéndum bajo la siguiente consigna: «Por una Austria libre, alemana, independiente, social, cristiana y unida»

11. 3.: Schuschnigg aplaza el referéndum (18,15 h) y da a conocer su dimisión (19,15). El ministro austriaco del Interior, Seyss-Inquart (nacionalsocialista) remite un telegrama a Hitler con el ruego de que envíe tropas (21 h)

12. 3.: Las tropas alemanas entran en Austria. Se forma un Gobierno nacionalsocialista bajo la presidencia de Seyss-Inquart

13. 3.: Ley sobre la integración de Austria en el Reich alemán

18. 3.: Pleno en el Reichstag. Göring da a conocer la convocatoria de una consulta popular, así como la disolución y nuevas elecciones del Reichstag, para dar la oportunidad a los alemanes «de pronunciarse a favor del gran pueblo alemán» y a los alemanes de Austria «de enviar una representación al gran Reichstag alemán»

10. 4.: Referéndum y elecciones para el Reichstag. Resultados en Austria: de 4.471.477 votos emitidos, se pronunciaron a favor 4.453.772. En el Reich: de 44.964.228 votos emitidos, se pronunciaron a favor 44.451.401. En cuanto a las elecciones: 99,08 % a favor de la lista de Hitler

26. 4.: «Decreto sobre el registro de las propiedades y fortunas judías». Los judíos deberán declarar cuanto poseen dentro y fuera de Alemania

3-10. 5.: Adolf Hitler visita Roma
28. 5.: Hitler ordena la construcción de defensas en el oeste y el fortalecimiento del Ejército y la Aviación

22. 6.: Decreto sobre movilización de las fuerzas necesarias para cumplir importantes objetivos del Estado: los alemanes podrán ser obligados a «prestar servicios laborales en un determinado puesto de trabajo»

Cultura y ciencia

7. 1.: Estreno en Weimar de la película de aventuras «El tigre de Eschnapur»

19. 1.: El jefe de la Juventud del Reich da a conocer la fundación de los grupos «Fe y Belleza» dentro de la organización femenina de la BDM. En ellos estarán comprendidas las muchachas entre 17 a 21 años, y recibirán «educación física moderna»



Cristina Söderbaum en la película «Jugend»

12. 4.: Estreno del filme de Veit Harlan «Jugend» («Juventud») con Cristina Söderbaum, que se hizo famosa con esta película

1. 5.: Goebbels entrega los premios nacionales de Literatura y Cinematografía. El de cine se otorgó a la cinta de Leni Riefenstahl: «Olimpia. Fiesta del pueblo, fiesta de la belleza». El premio de Literatura fue para el volumen de versos compuestos por un grupo austriaco de las Juventudes Hitlerianas «Das Lied der Getreuen», editado por Baldur von Schirach

22. 5.: Con motivo del 125 aniversario de Richard Wagner, Hitler ordena la creación en Bayreuth de un «instituto municipal de estudios Richard Wagner»

22-29. 5.: Festival de música en Dusseldorf. Goebbels crea los premios nacionales de Música para el mejor violinista y el mejor pianista y declara que «no estamos tan sólo interesados en separar lo enfermo, sino mucho más en cuidar y apoyar lo sano»

31. 5.: Decreto sobre embargo de «productos del arte degenerado», por el que se ordena la retirada de los museos y lugares públicos de las obras comprendidas bajo esta calificación

13. 6.: Congreso anual de la agrupación teatral en la Ópera de Viena. Goebbels: «Estábamos y estamos convencidos de que Alemania es la madre del teatro mundial»

14. 6.: Hitler coloca en Berlín la primera piedra de la «Casa alemana del turismo»

15. 6.: El pintor Ernst Ludwig Kirchner, cuya obra se consideraba en Alemania «arte degenerado», se suicida en Frauenkirch, cerca de Davos

Deporte y técnica

28. 1.: Muerte del piloto automovilístico Bernd Rosemeyer, al intentar una nueva marca de velocidad sobre la autopista Francfort-Darmstadt

3. 4.: Inauguración de los nuevos puentes sobre el Rhin en Spira y Karlsruhe

8. 5.: El equipo campeón nacional de hockey, Berliner SC, logra revalidar su corona al vencer por 1-0, marcado a los diez segundos de iniciarse el encuentro, al TV 57 Sachsenhausen

14. 5.: En el estadio olímpico berlinés la selección alemana de fútbol pierde por 3-6 frente a Inglaterra

9. 6.: El III Campeonato Mundial de Fútbol termina para la «Gran Alemania» en la primera eliminatoria. En París, en partido de vuelta contra Suiza, después de ir ganando por 2-0, los alemanes perdieron 2-4



El entrenador Sepp Herberger, preparador del equipo alemán de fútbol, no logró integrar en la selección nacional a los jugadores alemanes y austriacos. En la foto, el portero alemán Raftl no alcanza el balón lanzado por el suizo Abegglen

22. 6.: Max Schmeling, KO. El negro norteamericano Joe Louis necesitó apenas dos minutos para poner fuera de combate al aspirante alemán en el combate para el campeonato mundial de los pesos pesados

23. 6.: En Breslau se ponen en funcionamiento los primeros cien altavoces callejeros. Goebbels pronuncia unas palabras por teléfono que, gracias a esta instalación, pueden oírse hasta en el último hogar de la capital de Silesia

26. 6.: El encuentro final del campeonato de fútbol alemán tendrá que repetirse. Tras los tiempos y prórrogas reglamentarias, el Schalke 04 y el Hannover 96, han mantenido el empate a 3 tantos

26. 6.: Marca establecida en los premios de las carreras de caballos: 4360 por cada 10, al ganar el Derby de Hamburgo el que menos se esperaba, «Orgelton»

27. 6.: El cuatrimotor FW 200 «Condor», de Focke-Wulf, cubre en once horas el recorrido Berlín-El Cairo (360 km/h)

HITLER EN SU TIERRA

Viaje clamoroso por la Marca Oriental

El fotógrafo oficial del Reich, Hoffmann, presentó en un álbum las instantáneas recogidas durante el viaje triunfal de Hitler, a través de Austria. El jefe de prensa del Reich, Dietrich, redactó el prólogo. He aquí un extracto:



Partida de Berlín

«Un pueblo, un Reich, un *Führer*». Cuántas veces hemos oído estas palabras durante los últimos años cuando camaradas alemanes de Austria acudían al *Führer* con las lágrimas del sufrimiento en los ojos y le visitaban en el Obersalzberg. Ese clamor, fruto de la añoranza, surgido de un pueblo atormentado, se ha hecho grito jubiloso de libertad que ha envuelto al *Führer* como un rugiente huracán durante todo su recorrido victorioso por la Marca Oriental ya liberada.

¡Braunau! ¡Ciudad natal del *Führer*! ¿No es un simbolismo admirable el que haya comenzado precisamente aquí, en su patria chica, el regreso triunfal de Hitler a su hogar? El puente sobre el Inn... Hasta ahora había simbolizado una separación impuesta, carente de sentido, entre dos pueblos alemanes: ahora es el símbolo inolvidable de la unidad alemana. Los hombres y las mujeres de Braunau acogieron con júbilo indescriptible al más grande de todos sus hijos. En sus ojos podía leerse el orgullo y la alegría que embargaba sus corazones: el honor de saber que han sido los primeros que han podido saludar al *Führer* al pisar éste el suelo de la Marca Oriental. El coche de Hitler ha avanzado lentamente y se ha detenido ante cada casa del lugar en que, hace 49 años, naciera él para el pueblo alemán.

El viaje hasta Linz se desarrolló por la bella campiña de la Alta Austria, tan querida para Hitler desde su primera juventud, y entre filas interminables de camaradas del pueblo liberado de la Marca Oriental y de soldados de la *Wehrmacht*.

Tras pasar por Ried, Lambach y Wels, el *Führer* llegó a primera hora de la noche a Linz, la ciudad que ejerció en su vida juvenil tanto influjo. La bella, tranquila y pacífica urbe del Danubio se muestra hoy sumergida en un mar de entusiasmo. Lágrimas de alegría y de gratitud rodean al salvador, al *Führer*. Un huracán de júbilo sin precedentes estalla ante él por doquier cuando cruza entre la masa. Después el *Führer* habla a la multitud desde el balcón del Ayuntamiento, rodeado de sus leales. El entusiasmo rompe todas las barreras al oírse sus primeras palabras: «Si la Providencia me llamó desde esta ciudad para dirigir el Reich, es razonable que me encomendase una misión especial: sólo podía ser la de devolver mi querida patria al Reich alemán».

El *Führer* visitó la tumba de sus padres en el recoleto cementerio de Leonding. La tierra que los cubre ha sido liberada por su hijo y devuelta al Reich. Y después, al día siguiente, el gran viaje de la liberación a lo largo del Danubio, hasta Viena, capital de la Marca Oriental. El recorrido se desarrolló por las ciudades de Amstetten, Melk y St. Pölten, atravesando el grandioso paisaje de la Alta y Baja Austria. La coronación del viaje sería el recibimiento en Viena, de una magnitud como jamás haya visto el mundo. Las palabras y los conceptos resultan demasiado pobres para describir la acogida más triunfal que se le haya tributado a un dirigente popular con ocasión de su regreso al hogar del que partió. Parecía imposible que esos homenajes pudiesen aún superarse.

El martes se produjeron nuevos acontecimientos inolvidables. Durante la



Caen las barreras



El «Führer» ante su casa natal, en Braunau

fiesta conmemorativa de la liberación, en la Heldenplatz, el *Führer* se refirió en sus palabras, desde el balcón del viejo Hofburg, a la misión de la Marca Oriental más antigua del pueblo alemán como el más reciente baluarte de la nación alemana, como una fortaleza del carácter y de la fuerza de voluntad nacionalsocialistas. Cuando el *Führer*, con voz profundamente conmovida, proclamaba ante la historia el mayor acontecimiento de su vida –el ingreso de su patria en el Reich alemán– las masas prorrumpieron en muestras de una alegría incontenible, de una gratitud sin límites, de un entusiasmo jubiloso que hizo retumbar la gran plaza.

Al mismo tiempo, Munich, capital del movimiento, se disponía para recibir entusiásticamente a su *Führer*, que llegaría allí en avión. Al día siguiente, 2,5 millones de berlineses tributaban su bienvenida al *Führer* contagiados del mismo gozo delirante. Sólo cien horas había permanecido el *Führer* fuera de Berlín. Pero en esas cien horas quedó trazado un nuevo capítulo histórico: la entrega al pueblo alemán del regalo más grande y más preciado: la unidad de la Gran Alemania.

De Braunau a Viena, pasando por Linz, hasta Munich y Berlín, le ha acompañado el clamor de la multitud, como símbolo sublime de esta hora decisiva. ¡Un pueblo, un Reich, un *Führer*!



Visitando la tumba de sus padres



Su viejo maestro



Una oleada de cariño y de júbilo



Llegada a un barrio obrero, al oeste de Viena



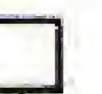
Llegada a la Heldenplatz



Apenas ocho días después de su salida de Berlín...



...y el «Führer» ya comunicaba al Reichstag la creación de la Gran Alemania.



LA VIDA EN EL TERCER REICH

La vida cotidiana estaba reglamentada, todo seguía su curso. Las perspectivas de una vida tranquila y sin problemas, para cada uno en particular y para la familia, eran muy superiores a las de los tiempos de la República de Weimar. Esto es lo que hoy nos dice esta serie de fotografías del «Münchner Illustrierte». Lejos de todo arte de persuasión política, de toda propaganda e ideología, se consuma en la vida diaria del Tercer Reich la silenciosa concordancia entre el pueblo y el «Führer». Todo podía admitirse a condición de que la vida siguiera su curso normal, y cada cual encontrara su lugar en ella.



«Fuerza por la Alegría»
Un sueño se hace realidad: viajar, viajar por el ancho mar hacia tierras lejanas y desconocidas; el jugar de las olas y los bellos días de sol hacen olvidar lar fatigas de la vida diaria.



Mientras los campesinos aprovechan el buen tiempo para las tareas de la recolección, sus hijos están bien atendidos: actualmente existen ya jardines de infancia con este cometido.



Eran días en que el marido no podía encontrar trabajo. Su mujer, cosiendo, lograba ganar unas monedas. A él le correspondían las labores de la casa.



Hoy tiene de nuevo trabajo y con él existe un renovado deseo de vivir en toda la familia. La mujer ha vuelto a su quehacer de madre y ama de casa.

UNA CASA ALEMANA
Y SUS INQUILINOS

Fotos: Rudolf Schletter

Detrás de los muros de una casa de vecindad berlinesa laten cien formas diferentes de vida. El destino ha llevado a estas gentes a formar una sociedad con especiales sentimientos comunitarios. Pobreza y salario seguro, tragedia y felicidad, conviven pared por



Aquí compran los vecinos mantequilla, huevos y otros alimentos. En el sótano de la casa, como en tantas otras de Berlín, se encuentra una tienda. En las conversaciones que se mantienen en ella se reproduce toda la vida de los vecinos, con sus alegrías, preocupaciones y esperanzas.



En la peluquería hay mucho trabajo, por eso sólo al mediodía queda un poco de tiempo para echar un vistazo a la calle.



El dueño de la tienda es un mutilado de guerra. El nuevo Estado le proporcionó un crédito para que pudiera hacerse cargo del negocio. Gracias al subsidio matrimonial ha podido casarse. Con este motivo su mujer, una empleada, ha dejado libre un puesto de trabajo.



A las siete de la mañana hay que ir a trabajar

En la puerta se encuentra el peluquero, miembro del NSDAP, con un antiguo obrero sin trabajo, al que ha proporcionado un empleo. El trabajador militaba antes en la juventud comunista. «No podíamos hacer otra cosa: nos habían engañado».



Las hermanas ancianas del cuarto piso

Antes dependían de la caridad ajena; hoy no dejan parar la máquina de la mañana a la noche. Hacen blusas. No ganan mucho, pero tampoco les faltan encargos.



En la buhardilla

El hijo de un empleado tenía que compartir hasta ahora la cama con su hermano mayor. Como éste se ha ido al «Servicio del Trabajo», el pequeño puede dormir a pierna suelta en una cama para él solo.



Tres de las organizaciones juveniles

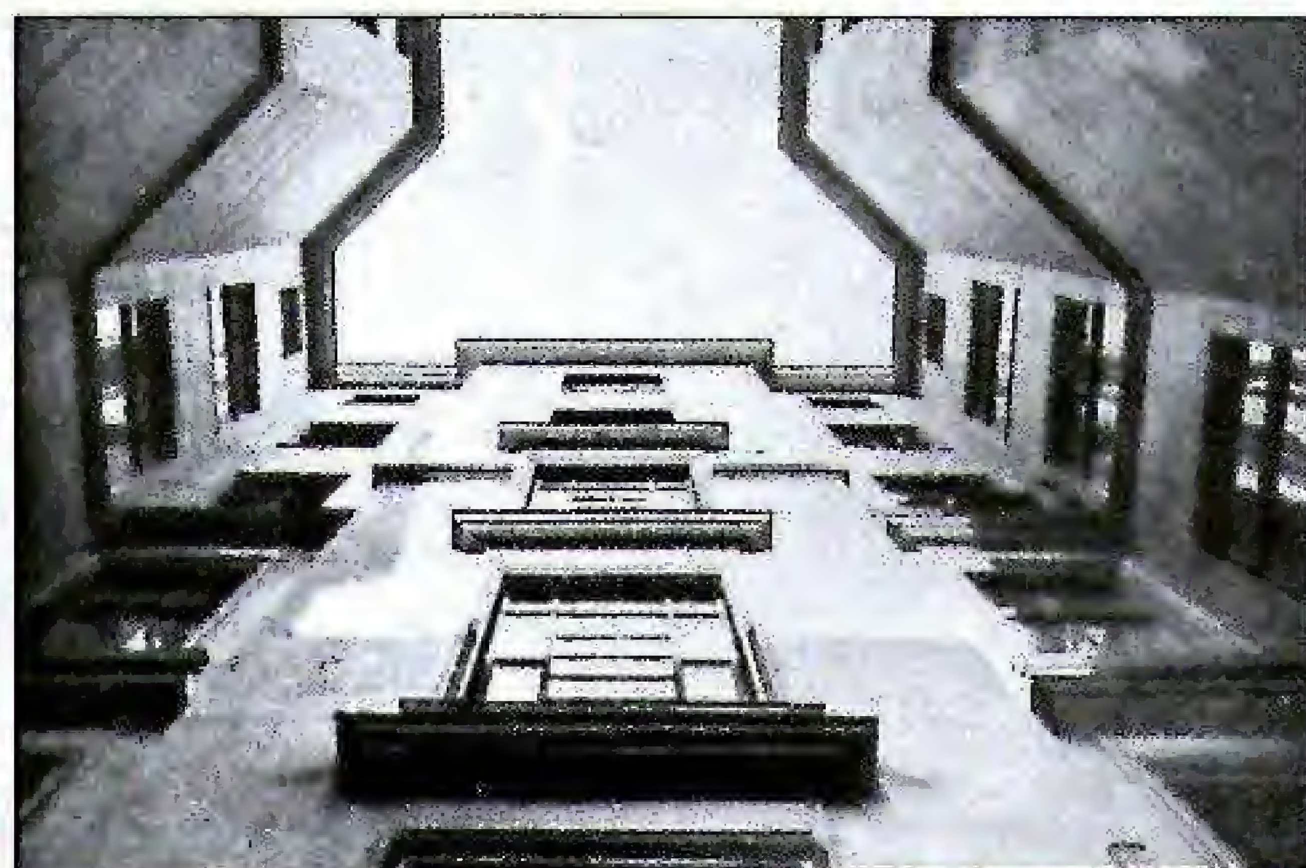
Inmediatamente después de sus deberes, se apresuran a irse a su banderín. Los padres están encantados de saberlos en buenas manos y al servicio del pueblo y de la patria.



En el primer piso

Aquí vive la viuda de un hostelero nacionalsocialista, asesinado en octubre de 1931 por los comunistas que asaltaron su local.

medio. Aquí, una vida se acerca a su ocaso y, unos metros más allá, inician otros la suya, llenos de esperanzas. Fuera, en el mundo, en el país, en la calle, se trabaja y se hace historia; de todo cuanto pasa fuera llegan las olas a la casa, a las habitaciones, a la tienducha de la planta baja, a las viviendas del interior y a las buhardillas. Una casa de vecindad berlinesa es como un fiel espejo de lo que pasa fuera; registra como un sismógrafo las emociones y



Un típico patio berlinés

Sus muros son sobrios y exactos; detrás de sus ventanas alienta la vida: sus vecinos confían en un futuro feliz.



Lieschen tiene que ir a la escuela

La madre la ayuda a vestirse, le envuelve un bocadillo y luego, desde la ventana, no dejará de gritar: «Ten cuidado con los coches; sobre todo cuando cruces la calle».

los temores. El destino de sus gentes marca las curvas, las oscilaciones. ¡Qué trágicas imágenes, qué dramáticas escenas nos hubiera descubierto esta casa si en los últimos años hubiéramos alzado el telón de sus puertas! Si hubiéramos arrojado una mirada a las viviendas, a la tienda. Hoy miramos dentro y pulsamos la vida de una de estas casas. ¿No da la impresión de un latir sosegado? Por sus muros se ha filtrado una nueva esperanza, al mismo tiempo que las ruedas del devenir se mueven hacia un nuevo orden. El cambio se percibe más frecuentemente en los jóvenes. Siguen corriendo y jugando los niños por las escaleras y el patio, pero da la impresión de que sus ojos brillan



Al fin, felices

Este joven impresor estuvo sin ocupación durante mucho tiempo. Ahora ha encontrado trabajo y gracias al subsidio matrimonial ha podido casarse y amueblar su vivienda.





Familia numerosa

En una de las viviendas que dan al patio, vive un obrero con siete hijos, que lucha bravamente por abrirse paso en la vida. El hombre espera reunir el dinero suficiente para mudarse a una casa más amplia con su numerosa familia.



En la cantina reina la paz

A la cantina ha vuelto la paz; se acabaron los altercados políticos. Los clientes beben sus cervezas y juegan a los naipes o al ajedrez.

de otra manera, da la impresión de que son conscientes de que el futuro les pertenece; un futuro más próspero y hermoso que el tiempo en que sus padres dudaban llenos de desesperación, y muy pocos creían en una Alemania mejor.

De pie en su coche, el "Führer"

Hitler y sus camaradas austríacos sabían perfectamente lo que querían y la manera de lograrlo. A sus enemigos interiores –Schuschnigg, el Frente patriótico, socialistas y comunistas– no les quedaba

Schuschnigg capitula ante Hitler... Se ha consumado la capitulación ante Hitler. El 12 de febrero, ocho días después de haber efectuado Alemania importantes cambios militares y diplomáticos, Hitler citó al canciller Schuschnigg en su residencia de Berchtesgaden. Lo que le dijo es conocido. Le reprochó no haber cumplido lo acordado en el tratado del 11 de julio de 1936. En consecuencia, Hitler se veía en la obligación de declarar públicamente que Austria había roto ese tratado y, por lo tanto, el Gobierno alemán se sentía desligado de su cumplimiento. Es de temer que una declaración del Gobierno alemán en este sentido, sea interpretada por los nazis austríacos como la señal para emprender nuevos ataques contra el gabinete austríaco... Con objeto de que Schuschnigg no entendiera equivocadamente el sentido de la amenaza, durante la entrevista estuvieron presentes en Berchtesgaden los jefes de la *Wehrmacht*. Schuschnigg tuvo ocasión de conocerles a la hora de la comida. El canciller careció de fuerzas para resistirse al *Führer*. Se sometió a las órdenes del dictador. Regresó dispuesto a cumplir todo lo exigido por el *Führer*. El 15 de febrero fue reorganizado el Gobierno de Viena; de acuerdo con lo ordenado por Hitler se nombró al Dr.



Muchachos austríacos de las Juventudes Hitlerianas señalan con carteles los establecimientos judíos.

Seyss-Inquart ministro del Interior y de la policía. No puede decirse que el doctor en cuestión sea un nacionalista, sino un desvergonzado nacionalsocialista, y es reconocido como tal por toda la prensa del Reich. Con ello pasaron a poder de los nazis los más importantes resortes de la seguridad austríaca.

(Arbeiter-Zeitung, París, 1 de marzo de 1938)

Choque sangriento en la Florianigasse. Un choque sangriento se ha desarrollado esta noche en la Florianigasse, en el que han resultado heridos tres estudiantes católicos de la asociación «Austria». Algunos estudiantes recorrían la Florianigasse vitoreando a Schuschnigg, cuando, de pronto, salieron a su encuentro, procedentes del café de la misma calle, numerosos grupos de jóvenes. Se produjo un enfrentamiento entre ambos bandos y sonaron varios disparos que alcanzaron a los estudiantes. Tres de ellos resultaron heridos, dos de los cuales tuvieron que ser ingresados en el hospital general. La policía realiza las investigaciones pertinentes.

(Neue Freie Presse, 11 de marzo de 1938)

Dimisión de Schuschnigg y aplazamiento del referéndum. El canciller federal y jefe del «Frente» se ha dirigido, según informaciones que obran en nuestro poder, al presidente de la nación pidiéndole el aplazamiento de la consulta popular, fijada para el 13 de los corrientes. Pocos minutos antes de las ocho de la noche, el canciller, doctor Kurt Schuschnigg, dirigió a la nación el siguiente mensaje radiado: ¡Austríacos! El día de hoy nos ha colocado en una situación difícil y comprometida. Se me ha encomendado que informe al pueblo austríaco de los acontecimientos del día. El Gobierno alemán ha dirigido a nuestro presidente un ultimátum, de acuerdo con el cual debe nombrar canciller al candidato que se le propone y reorganizar el Gobierno según los deseos del gabinete alemán; en caso contrario las tropas alemanas invadirían Austria. Proclamo ante el mundo: las noticias difundidas acerca de supuestos conflictos obreros y ríos de sangre vertida, que dan cuenta de que el Gobierno no domina la situación, tales noticias, carecen totalmente de fundamento. El presidente de la nación me ha encargado que comunique al pueblo austríaco que cedemos ante la violencia. Porque no queremos a ningún precio derramar sangre germana, hemos dado orden a nuestras tropas de que, en caso de producirse una invasión por parte de las tropas del Reich, se retiren sin ofrecer resistencia y esperen el desarrollo de los acontecimientos. El presidente ha entregado el mando de las tropas al inspector general del Ejército. Él dará en adelante a nuestros soldados las órdenes correspondientes. En esta hora me despido del pueblo austríaco con una frase alemana y un deseo que brota de mi corazón: ¡Que Dios proteja a Austria!

(Tagespost, Graz, 12 de marzo de 1938)

Adhesión y fidelidad. El rector Dr. Ernst Späth, y el claustro de profesores de la Universidad de Viena, han dirigido en el día de ayer el siguiente mensaje al canciller doctor Seyss-Inquart: «La Universidad de Viena, heraldo de la cultura alemana, se complace en felicitar a usted con motivo de la toma de poderes y le ruega acepte, en unión de los miembros del Gobierno, su testimonio de adhesión y fidelidad».

(Neues Wiener Tagblatt, 13 de marzo de 1938)

El «Führer» en Viena. Adolf Hitler, *Führer* del Gran Reich, ha cruzado a las cinco de la tarde del lunes, procedente de Linz, los límites urbanos de la ciudad de Viena. Millones de personas proporcionaron al *Führer* y canciller una alborozada bienvenida. La muchedumbre se apiñaba desde los suburbios hasta el centro de la feliz ciudad. La concentración masiva iniciada poco después del mediodía, se convirtió horas más tarde en un inmenso mar humano. La ciudad hervía como un cráter que arrojaba miles de personas por minuto. La Mariahilfestrasse, la Ballhausplatz y el Ring formaban una marea gigantesca. A las tres de la tarde se dio a conocer que el *Führer* llegaría dos horas después a los límites de la ciudad. Tal seguridad acrecentó el entusiasmo. En las calles adyacentes empezaron a concentrarse las representaciones laborales y gremiales. Todos habían dejado de trabajar al mediodía. Los comercios cerraron. Formaciones juveniles, en columnas de seis en fondo, llenaban los espacios previamente reservados. Escuadrillas de aviación surcaban el cielo azul... Un cuarto de hora después, estruendosas aclamaciones procedentes del oeste anunciaron la llegada del cortejo; pronto apareció en la esquina una larga columna de coches. En el tercero, el *Führer*, de pie, saludaba sonriente... El recorrido triunfal por la ciudad duró unos veinte minutos. Los ojos, los rostros, la alegría de estas gentes son conmovedores; es la alegría propia de quienes han sido salvados al borde de la desesperación... Lentamente avanza el auto del *Führer*. El

DOCUMENTACION

saludaba sonriente a la multitud

más que la protesta. El extranjero no tenía nada que oponer a la marcha triunfal del «Führer». Ofrecemos a continuación una serie de comentarios seleccionados sobre la cuestión del «Anschluss».

Declaración conjunta de los obispos austríacos:





Feierliche Erklärung !

Aus innerster Überzeugung und mit freiem Willen erklären wir unterzeichneten Bischöfe der österreichischen Kirchenprovinz anlässlich der grossen geschichtlichen Geschehnisse in Deutsch-Österreich:

Wir erkennen freudig an, dass die nationalsozialistische Bewegung auf dem Gebiet des völkischen und wirtschaftlichen Aufbaues sowie der Sozial-Politik für das Deutsche Reich und Volk und namentlich für die ärmsten Schichten des Volkes Hervorragendes geleistet hat und leistet. Wir sind auch der Überzeugung, dass durch das Wirken der nationalsozialistischen Bewegung die Gefahr des alles zerstörenden gottlosen Bolschewismus abgewehrt wurde.

Die Bischöfe begleiten dieses Wirken für die Zukunft mit ihren besten Segenswünschen und werden auch die Gläubigen in diesem Sinne ermahnen.

Am Tage der Volksabstimmung ist es für uns Bischöfe selbstverständliche nationale Pflicht, uns als Deutsche zum Deutschen Reich zu bekennen, und wir erwarten auch von allen gläubigen Christen, dass sie wissen, was sie ihrem Volke schuldig sind.

Wien, am 18. März 1938.

Con satisfacción y reconocimiento recibe el pueblo alemán esta declaración, que pone un punto final al pasado. Es una prueba de que la Iglesia católica, en esta época tan importante para el pueblo alemán y su futuro, quiere encontrar el camino del nuevo Estado.
El nacionalsocialismo, que persigue el objetivo irreversible de la unidad de todos los alemanes, no puede por menos de alegrarse al ver desaparecer también las diferencias en este terreno. Así, por primera vez en nuestra historia, el próximo día 10 de abril de 1938 toda la comunidad alemana, sin consideración de procedencia, clase o confesión, se acercará a las urnas electorales para decir unánimemente: **¡SÍ!**

Führer entra en el hotel. Él ha liberado a este pueblo, le ha devuelto la fe en el futuro y le ha permitido realizar el sueño ancestral de volver a ser alemán entre alemanes, alemán dentro de un Gran Reich alemán.
(Völkischer Beobachter, 15 de marzo de 1938)

Declaración Solemne de los obispos austríacos. Por propia convicción y libre voluntad declaramos nosotros, los obispos austríacos abajo firmantes, con motivo de los históricos acontecimientos germano-austríacos:
Nos satisface reconocer que el movimiento nacionalsocialista ha realizado y realiza una gran labor en el campo económico y político-social en beneficio del pueblo y del Reich alemán. Estamos convencidos de que la acción del movimiento nacionalsocialista servirá para poner fin al peligro del bolchevismo impío y destructor.
Los obispos acompañan el futuro de esa acción con su especial bendición y mejores deseos, e instruirán a los fieles en el mismo sentido.
En el día de la consulta popular es para nosotros, los obispos, una obligación nacional el subrayar nuestra condición de alemanes del Reich alemán; esperamos que todos los creyentes cristianos sean conscientes de la obligación respecto de nuestro pueblo. Viena, a 18 de mayo de 1938.
(A la izquierda, en el recuadro, se reproduce el documento firmado por los obispos).

Winston Churchill en un debate de la Cámara Baja. No podemos pasar por alto los graves sucesos del 12 de marzo. Europa se encuentra frente a una premeditada agresión, planeada y programada para ser puesta en práctica gradualmente, tal y como podemos observar; no nos queda más que una solución, y no únicamente a nosotros sino también a otros Estados: o cedemos, como ha hecho Austria, o nos decidimos a tomar las medidas necesarias antes de que sea demasiado tarde...
Si seguimos esperando los acontecimientos, ¿no despilfarraremos muchos de los medios todavía a nuestro alcance al servicio de la seguridad y de la paz? ¿Cuántos amigos vamos a perder y a cuántos de nuestros aliados potenciales, uno tras otro, veremos sucumbir? ¿Hasta cuándo el juego falso va a seguirse alzando con la victoria? ¿Dónde estaremos dentro de dos años,

cuando el Ejército alemán haya derrotado al francés y cuando todos los pequeños Estados hayan abandonado la Sociedad de Naciones de Ginebra y prometido fidelidad al cada vez más poderoso sistema nazi, en un intento de obtener la máxima benevolencia?...

(Tomado de: Schuschnigg, «Im Kampf gegen Hitler»)

El suicidio de Fey. Esta mañana, a las 6,45, han sido encontrados muertos en su casa de Viena-3, Reisnerstrasse 21, el ex canciller y presidente de la sociedad de vapores del Danubio, Fey, su esposa Malwine, y su hijo Herbert...

(Neues Wiener Abendblatt, 16 de marzo de 1938)

Socialistas austriacos en el campo de concentración de Dachau. Nos escriben desde Viena que, después de la anexión de Austria por Alemania, muchos socialistas austriacos han sido detenidos por la Gestapo. Unos 12 se encuentran detenidos en la cárcel de Viena; se desconoce el número de los que sufren en provincias la misma suerte. Entre tanto muchos de ellos han sido internados en el campo de concentración de Dachau. Allí se encuentra, entre otros, el Dr. Robert Danneberg, jefe de la fracción socialdemócrata en el consejo municipal de Viena, elegido por casi dos tercios de votos populares y, como jefe del Parlamento vienés, uno de los líderes de la Viena roja... Con Danneberg ha sido enviado también a Dachau el mayor Eifler, jefe militar de la Liga de Defensa, principal acusado en el proceso que se hizo a esa Liga en 1935... Lo mismo han hecho con Hermann Lackner, que fue secretario de la socialdemocracia en Bruck an der Mur... Otros internados en Dachau: el Dr. Arnold Eisler, abogado, diputado socialdemócrata, uno de los más importantes juristas austriacos y defensor de su independencia; el Dr. Oswald Richter, que se dio a conocer como defensor de muchos socialdemócratas durante la era Dollfuss-Schuschnigg. Estos dos últimos jamás habían tomado parte en actividades clandestinas. Han sido trasladados a Dachau porque ofrecieron sus servicios profesionales a los socialistas detenidos.
Por el mismo motivo se encuentra también en la cárcel, aunque hasta ahora no ha sido enviado a Dachau, el Dr. Heinrich Steinitz. En cambio está ya allí el estudiante Bruno Kreisky, uno de los principales acusados en el proceso de 1936 contra los revolucionarios socialistas y que se hizo famoso por su conducta valiente y por el discurso pronunciado en defensa propia.



Los nazis encarcelaron al hoy canciller federal de Austria, Bruno Kreisky.

(Comunicado de la oficina extranjera de los socialdemócratas austriacos, París, 22 de abril de 1938)

Los pastores austriacos prometen fidelidad al «Führer». Inmediatamente después de liberada Austria por el *Führer* se ha reunido el sínodo evangélico y ha aprobado por unanimidad el texto propuesto por el consejo superior eclesiástico y que constituye el juramento que de ahora en adelante deberán prestar todos los pastores austriacos: «Juro ser fiel y obedecer al *Führer* del Reich y del pueblo alemán, Adolf Hitler, observar las leyes y cumplir en conciencia, con la ayuda de Dios, los deberes de mi sagrado ministerio».

(Neues Wiener Tagblatt, 4 de mayo de 1938)

Vuelta al Reich

Wolfgang Ebert

Cuando, pasada la frontera, nos aproximamos a Salzburgo en el imponente «Mercedes» de Herr Strüwel, nos señaló éste los campos y praderas que se extendían a la derecha e izquierda del camino, diciendo: «Todo tierra alemana, lamentablemente bajo administración austriaca. Dan ganas de llorar. ¡Y cómo han perdido durante este tiempo!»
–Pues esas casas de enfrente tienen bastante buen aspecto –murmuré.
–Sólo a primera vista. Además posiblemente han sido construidas por emigrantes alemanes. Los austriacos no saben hacer estas obras.
–¿Qué es lo que le molesta tanto, Herr Strüwel?, –le pregunté con cierta precaución.
–El recuerdo de lo que un día fue grande y bello. Si hubiera usted presenciado los acontecimientos del año 38, sabría ahora de lo que hablo.
–¿Cuando la invasión de Austria? –pregunté.
–Cuando la liberación de nuestra Marca Oriental –me corrigió.
–¿De quién liberaron ustedes a la Marca Oriental? ¿Estaba ocupada?
–Quien hace preguntas tan tontas es que está cerrado a todo sentimiento de grandeza alemana –me replicó con razón.
–Perdón –le dije compungido.
–Aquí, en estas calles, estaban las masas con los ojos humedecidos y muy abiertos, ovacionándonos. ¡Y cómo llegó al fondo de nuestro ser el entusiasmo popular! Observamos el hambre de aquellas gentes y repartimos una sopa caliente. Casi nos estrangulan de alegría. Nos colocaban coronas sobre los hombros y nos entregaban ramos de flores. Cosas así no las olvida uno fácilmente.
–De vez en cuando se pueden ver en los viejos noticiarios.
–No tan a menudo como debería hacerse. En Austria haría falta pasarlos tres veces al día por la televisión.
–¿Y por qué, Herr Strüwel?
–Porque esta gente tiende a olvidarlo todo. Primero gritaron todos a una ¡Vuelta al Reich! Hasta que les escuchamos y atendimos su súplica. Y eso no fue todo. Nos hicimos cargo de esa manada de tipos fracasados, les pulimos un poco, les inyectamos el orden y la disciplina prusianos y cuando llegó el momento de que, hombro con hombro, a nuestro lado, lucharan contra medio mundo, nos volvieron tranquilamente la espalda. Tal cosa no era del gusto de los caballeros austriacos. ¿Sabe usted cómo nos llamaban aquí a nosotros, a los del viejo Reich? ¡Fantoches!
–¡Increíble! Pero por lo menos la Gestapo austriaca, gracias a su celo y afán de servicio, gozó de merecida fama, incluso en el Reich.
Algunos de los jefes de la Gestapo más faltos de escrúpulos eran austriacos.
–La excepción confirma la regla. Pero como conciudadanos fueron una calamidad. Mientras todo fue bien, mientras hubo victorias y avances, mientras el «camarada austriaco» pudo ganar y lucir alguna Cruz de Hierro, colaboraron, de mejor o peor gana, y, en cualquier caso, con no mucho entusiasmo. Pero cuando llegaron las primeras derrotas no quisieron saber nada más de nosotros. Son gente sin carácter. Y esto lo demostraron de sobra en 1945, cuando perdimos la guerra.
–¿Cómo se comportaron entonces los austriacos?
–¡Como si la hubiesen ganado ellos! Donde habían ostentado las insignias del partido surgieron los ramilletes y los distintivos con los colores rojo, blanco y rojo. A mí, al verlo se me saltaban los ojos de asombro. Hubo incluso un ministro que declaró que, en lo sucesivo, los alemanes tendrían que ganarse arduamente el derecho a volver a Austria como turistas.
–¡Qué barbaridad!
–¡Qué barbaridad! Es típico de esta gente. Así son, y no de otra manera, los austriacos.
–Pero entonces, Herr Strüwel –le dije mientras nos acercábamos cada vez más a Salzburgo– si los austriacos son como usted dice, debe sentirse contento de que nos hayamos deshecho de ellos...
Parecía que iba a responder algo, pero de pronto nos encontramos en medio del alboroto propio del Festival. En la Domplatz dominaba un grito: ¡Jedermann! ¡Jedermann!



William Lawrence Shirer

Diario

Viena, 20 de mayo de 1938

Tess y yo hemos estado con Charles Dimont (de Reuter) y su mujer en un pequeño restaurante húngaro que hay cerca de la Ópera. Durante la comida llamaron a Dimont por teléfono. Volvió muy nervioso. La llamada era de Londres. Parece que las tropas alemanas marchan en dirección a Checoslovaquia. Inmediatamente decidió alquilar un auto y trasladarse a Bratislava con objeto de observar sobre el terreno lo que está pasando. Por mi parte preferí hacer antes unas llamadas telefónicas: a Londres, Berlín y Praga.

21 de mayo de 1938

Esta noche me voy a Praga. Hitler ha concentrado diez Divisiones en la frontera checa. Los checos han fortalecido su «línea Maginot». Había confiado en poderme quedar aquí todavía un par de días, porque pasado mañana volverán a operar a Tess. De no haber guerra con Checoslovaquia esperamos trasladar nuestra residencia a Ginebra para el 10 de junio. El visado suizo de Tess debemos renovarlo antes de que expire. Y yo no puedo seguir trabajando aquí. La censura nazi es cada vez más estricta, cada vez se espía más rigurosamente.

9 de junio de 1938

Mañana nos vamos. La Gestapo ha dedicado dos días a registrar nuestro equipaje y efectos personales. Hemos tenido la suerte de que fueran militantes austríacos. Tras muchas cervezas y salchichas hemos simpatizado algo. Tess no está verdaderamente en condiciones de viajar. Aún tiene vendajes por todas partes. Pero no hay más remedio; pensamos viajar en avión.

Ginebra, 10 de junio de 1938

¡Qué día! ¡Pero, al fin, estamos aquí! Hemos pasado tres momentos terribles. El primero, cuando me presenté en la ventanilla del aeropuerto a por 500 marcos que habían dejado en ella para mí. La Gestapo vigila todas las transacciones monetarias. Por todas partes presiente negocios ilegales. Cualquier entrega de dinero es sospechosa. La segunda situación crítica se presentó en la aduana del aeropuerto. Yo había dicho al oficial de la Gestapo que Tess se encontraba tan débil que no podía tenerse en pie. Estaba sentada en un banco de la sala de espera. Pero el oficial insistió en que tenía que levantarse y asistir al registro de su equipaje, de lo contrario no podríamos volar. Intenté sostenerla, pero me lo impidió un policía: tuve que pasar a otra habitación para el control de nuestros pasaportes. Todo estaba en regla. Quise volver a la sala en que se encontraba Tess, pero no me lo permitieron. «¡Usted espera aquí!» Supliqué: «¡Déjeme ir al lado de mi mujer! ¡No se encuentra bien!» Pero el policía me volvió a ordenar que esperara allí y desapareció. La puerta se cerró tras él. Esperé impaciente. Cinco, diez, quince minutos. Como un tigre en su jaula estuve paseando de arriba abajo por la sala. Nuestro avión debía despegar en breve. Entonces oí la voz de Tess: «¡Bill, quieren llevarme dentro! ¡Quieren que me desnude! Yo le había dicho al oficial de la Gestapo que estaba enferma y por eso tenía todos aquellos vendajes. Le había rogado tener en cuenta los peligros de una infección. Inútil... Golpeé la puerta. No acudió nadie. Por la ventana me di cuenta de que nuestro aparato estaba ya calentando motores. ¡Si consiguiéramos escapar! Media hora después me dejaron salir. La sala de espera estaba, sin embargo, cerrada. Al fin apareció Tess. La enfermera la sostenía de un brazo y en el otro llevaba a nuestra hija. Tomé a Tess en brazos y eché a correr hacia el avión tanto como pude. El oficial me gritó impertinente: «¡Dése prisa. El avión les espera desde hace media hora!» Tess apretó los dientes. Yo no la había visto nunca tan indignada. Afortunadamente no abrió la boca.
Al fin estuvimos dentro del avión. Ya no podía pasar nada más... Pues sí, podía. Fue el peor vuelo que he conocido: lluvia, tormenta, de todo. En vuelo ciego el aparato cruzó los Alpes, pero poco después vimos Zurich, Suiza, la vida normal. La civilización, al fin.

Évian les Bains, 7 de julio de 1938

Por iniciativa de Roosevelt se han reunido aquí delegados de 32 países para tratar el tema de los fugitivos procedentes del III Reich.
Myron C. Taylor, jefe de la delegación americana, ha sido elegido presidente de la conferencia. Me temo que no salga gran cosa de esta reunión. Los británicos, franceses y americanos se muestran muy reservados. No desean enfrentarse a Hitler. Absurda situación: no quieren atacar al hombre que es responsable de todo. Los nazis se alegrarán de que las democracias les solucionen el problema judío por su cuenta y riesgo.
Me da la impresión de que me precipité un poco al hablar del nacimiento «del corresponsal de radio». Al menos no he vuelto a recibir de Nueva York ningún encargo para emitir reportajes.
Me he encontrado aquí con muchos viejos amigos. Entre ellos, Jimmy Sheean y su preciosa mujer, que no había vuelto a ver desde nuestros años de París, hace dos lustros.

Praga, 4 de agosto de 1938

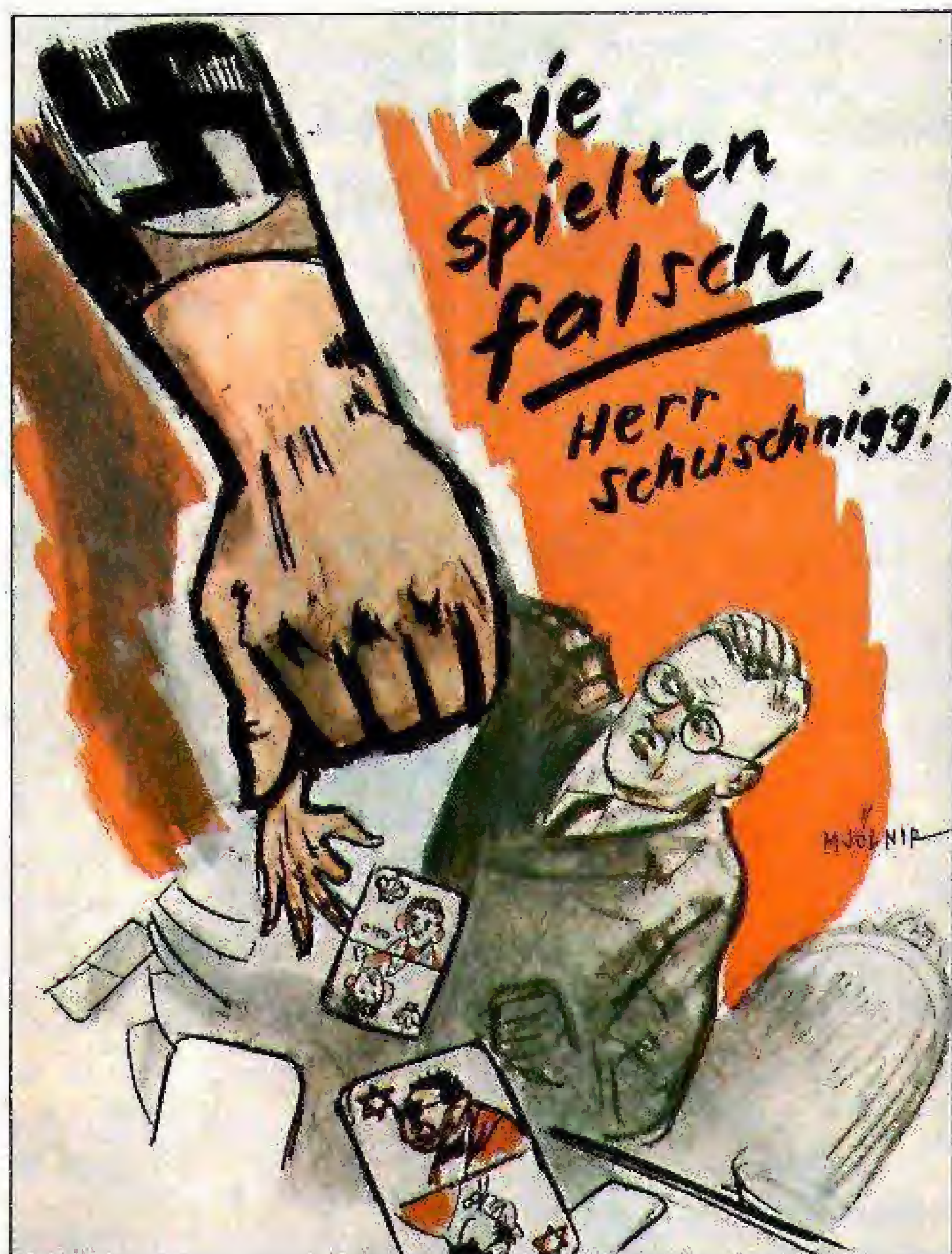
Lord Runciman ha llegado aquí con un gran séquito. Ha alquilado todo un piso del distinguido Hotel Alcron. La misión de Runciman ha suscitado los peores rumores. Él asegura que viene a mediar entre el Gobierno checo y el jefe del partido de los Sudetes, Konrad Henlein. Pero Henlein no es dueño de sus actos. Depende enteramente de Hitler. La discusión por tanto, está planteada entre Praga y Berlín. Los checos saben que Chamberlain confía en un giro de Checoslovaquia favorable a Hitler. Los deseos de Hitler son conocidos: integración de todos los alemanes en el Gran Reich. Estoy seguro de que los checos preferirán la lucha a la sumisión. Henlein quiere crear un pequeño Estado nazi dentro del Estado. Los checos tendrán que defenderse contra tal propósito. En caso contrario perderían su «línea Maginot» y sería su fin. Sin embargo, están dispuestos a conceder la autonomía a los Sudetes.
Esta noche he cenado con Jeff Cox del Daily Express y con Kerr. Hemos estado en el Baarandov desde donde se goza de una soberbia vista sobre el Moldava. Praga, con su arquitectura barroca, sus calles estrechas, su Karlsbrücke y el castillo Hradschin, es una de las ciudades más impresionantes de Europa.
Todos los días, con los ingenieros checos, realizo pruebas del nuevo sistema de onda corta. Desde Nueva York nos informan sobre la calidad de las emisiones. El domingo haremos el primer intento con un reportaje sobre las maniobras militares checas. □



El caricaturista preferido de Goebbels, Mjölnir, atacaba al canciller austríaco, Schuschnigg, diez días antes de producirse el «Anschluss» (izquierda). Se le reprochaba un supuesto complot en unión de los Habsburgo y los judíos (¡Está haciendo trampas, Herr Schuschnigg!).

El «Simplicissimus» no pasó por alto el júbilo austríaco al recibir a las tropas alemanas: «Lo que estábamos esperando desde 1918, se hace ahora realidad con vuestra presencia» (abajo, a la izquierda).

Incluso la estatua de la libertad debía adaptarse a las nuevas formas... según el «Punch» del 6 de abril de 1938, que ironizaba sobre el expansionismo alemán (bajo estas líneas).







Preguntaron a un viejo austríaco, poco después de realizarse el «Anschluss», qué tal le iba en el nuevo Gran Reich.
–Como estar, se está bien –respondió el hombre– pero para diario resulta un poco cansado.



Los «veteranos» se reunían en 1931 en la cervecería muniquesa Bürgerbräukeller. De izquierda a derecha: Strasser, Fiehler, Weber, Hitler, Schaub, Schwarz, Ammann y Graf.

HARALD STEFFAHN

De pobre diablo a dueño de Alemania

LUCHA POR EL PODER

Biografía de Adolf Hitler - Capítulo 9

Cuando la crisis económica mundial se extendió a Alemania, sonó la hora de los radicales. Los nacionalsocialistas recibieron un enorme apoyo por parte de la clase media, que fue la que más perdió en la crisis. La nueva estrategia de Hitler, llegar al poder por la vía legal de los votos, dio resultado. No necesitó conquistar el Estado por la fuerza; éste, debilitado, cayó en sus manos. Cada vez se revelaba con mayor claridad hasta qué punto el destino de Hitler y el de la República corrían parejos: mientras a la República le fueron bien las cosas, Hitler se mantuvo en la sombra; un político provinciano, como tantos otros. En el momento en que a la República le empezó a ir mal y los políticos se refugiaron en las leyes de defensa y disolución del Parlamento, Hitler emprendió la lucha por el poder.


DER KAISERHOF





Con la desaparición de Stresemann terminaron los buenos tiempos de la República de Weimar. Aunque no existe relación entre la muerte del ministro de Asuntos Exteriores y el comienzo de la crisis económica mundial, ambos acontecimientos (octubre de 1929) se encuentran simbólicamente próximos: sólo 22 días median entre uno y otro. Gustav Stresemann había porfiado tanto con los políticos occidentales como Jacob con el ángel del Señor, para obtener un alivio en las cargas impuestas a Alemania. Y por cierto que no fue en balde. En caso de haber proseguido la estabilización de la situación económica, incluso esa marcha, propia de las procesiones de Echternach, de tres pasos adelante y dos atrás, hubiera sido suficiente para privar a los enemigos interiores de sus argumentos; la desilusión en el NSDAP lo demostró. Pero el saneamiento económico fue más aparente que real.

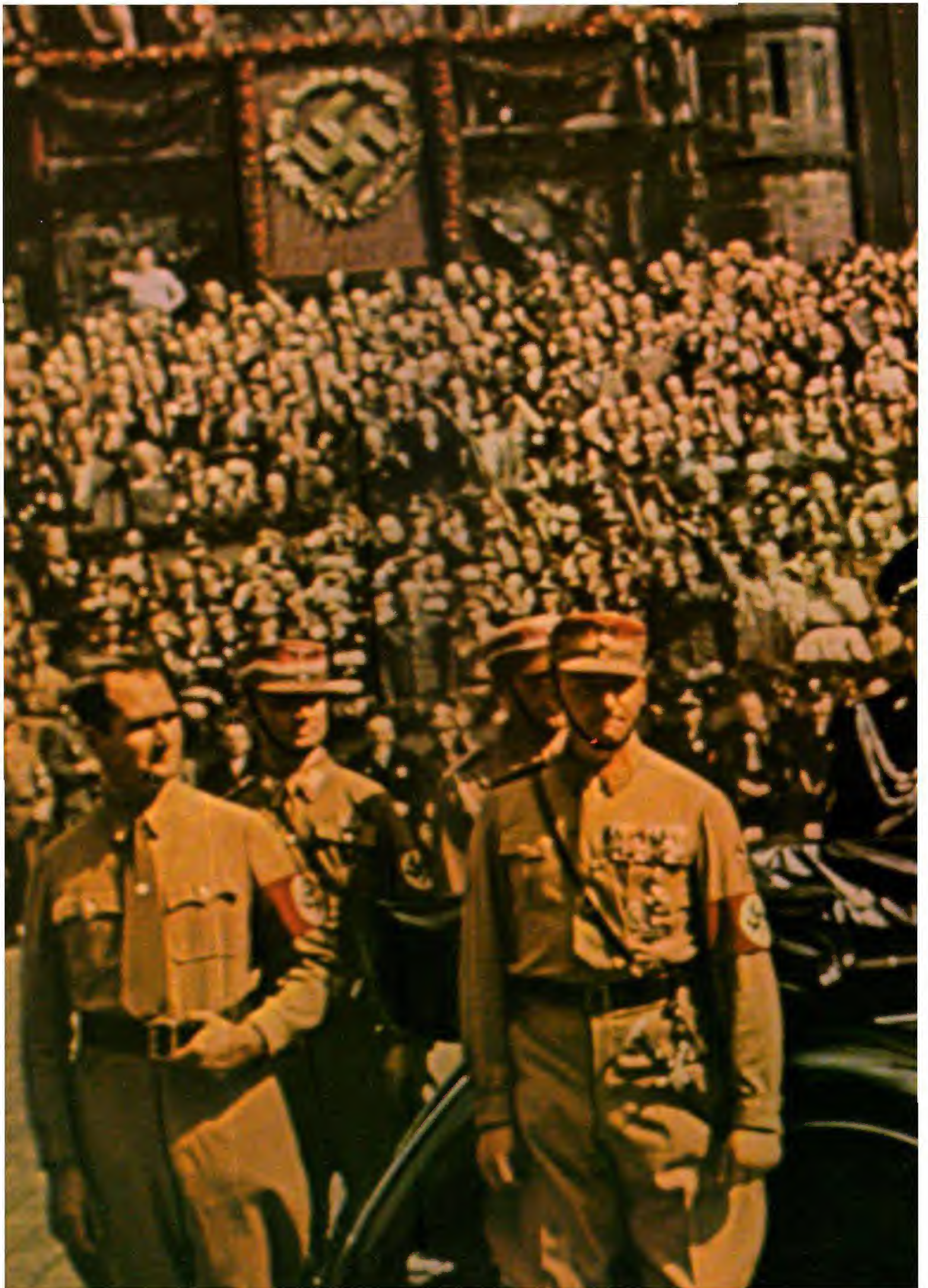
El viernes negro

Así como los miles de millones en concepto de reparaciones de guerra que Francia pagó a Alemania después de 1871 llevaron la especulación a su apogeo y produjeron innumerables bancarrotas en los años de la fundación del Reich, de igual manera sucedió por los años veinte en los EE UU, sólo que en mayores proporciones. La mayor parte de las reparaciones alemanas no fueron enviadas directamente a América, pero llegaron a ella a través de los distintos países europeos occidentales, como pago por la ayuda de guerra que les había proporcionado el Tío Sam. El efecto fue el mismo: dieron lugar a una gran coyuntura bursátil y a unas operaciones de crédito desmesuradas.
Pero la fe en la eterna prosperidad, basada en el conocimiento insuficiente de los mecanismos económicos, era tan irreflexiva como engañosa. La gran cantidad de papel en circulación –efectos, valores, títulos– tenía que purgar la falta real de cobertura, inmediatamente después de que surgiera la primera grieta en aquel edificio sin cimientos. El viernes 25 de octubre de 1929 hubo un «crac» en la bolsa de Wall Street al que siguieron tres semanas de bajas sin pausa en todas las cotizaciones.
Millones de personas perdieron sus ahorros. Fábricas, bancos, negocios, tuvieron que cerrar. El paro se extendió por todas partes.
Europa no podía librarse de los efectos debido a las interdependencias económicas existentes. Sólo Alemania tenía en 1929 un crédito de los americanos por valor de 12.000 millones de marcos, exigibles a corto plazo. El crédito fue denunciado y no se concedió ninguno más. La crisis alcanzó a Europa, si bien con cierto retraso, y de manera especial y rotunda a Alemania. En 1932 se encontraban sin trabajo seis millones de alemanes; una tercera parte de los obreros del sector industrial vivía de los subsidios de paro.
El terreno estaba abonado para los extremistas. Los radicales, hasta ese momento no derrotados sino enmudecidos, volvieron a la superficie. Ante el nuevo peligro que se cernía sobre la República, muchos intelectuales, universitarios y funcionarios demostraron también que en el fondo nunca la habían aceptado del todo, que para ellos no había pasado de ser una situación transitoria.
Lo que a sus ojos era tan sólo un ideal borroso y fantasmagórico, había tomado forma concreta en la mente de otro. La editorial Franz Eher, de Munich, se ocupó de llevar al pueblo todos esos conceptos expresados en «Mein Kampf».
A Hitler sólo le tomaron verdaderamente en serio los comunistas. Quizá lo que proporcionó a éstos un indicio de la fuerza que se escondía bajo la cruz gamada fueron las semejanzas en el sistema de lucha, la disciplina interna del partido, lo radical de la ideología, que lo dividía todo en amigos y enemigos, y el absolutismo de sus reivindicaciones. Supieron valorar al arribista de los gestos dominadores y que aspiraba al poder dictatorial. De ahí la brutalidad de la lucha entre la extrema izquierda y la extrema derecha.
Los nazis seguían echando aceite al fuego. En el Berlín «rojo» contaban con Goebbels, un hombre que unía a los conocimientos demagógicos más primitivos un gran valor personal. Sin temor alguno se presentaba en los barrios obreros berlineses de Wedding o de Neukölln, en la guarida del lobo, y pronunciaba discursos desafiantes. Con un enorme instinto, Goebbels sabía que su conducta impresionaba a los berlineses. Empezaron riéndose de aquel «voceras», pero luego le fueron tomando en serio.

La unión de las derechas

Apenas la gran ola de la depresión comenzó a azotar las costas europeas, se le presentó al partido de Hitler la oportunidad de perfilarse políticamente ante el país, cosa que hizo por todos los medios; esta oportunidad fue la lucha contra el plan Young. El banquero americano Owen Young buscaba compaginar de manera más eficaz que hasta el momento, la autorresponsabilidad política. Frente a la abusiva de- ▷

Berlín, 30 de enero de 1933. El presidente del Reich, Hindenburg, nombra canciller a Adolf Hitler. Las masas se reúnen ante el hotel Kaiserhof para aclamar al nuevo jefe de Gobierno.





Hitler recibe el homenaje de la muchedumbre durante el Congreso del partido celebrado en Nuremberg del 6 al 13 de septiembre. Pueblo, partido, Estado y Ejército ofrecieron en tal ocasión una imagen de cohesión interna como jamás se había logrado a lo largo de la historia de Alemania. Aureolado de éxitos interiores y exteriores, el «Führer» del Gran Reich Alemán se aproximaba al cenit de una popularidad apoyada en la violencia.

manda de 269.000, más tarde 132.000 millones de marcos oro, en que los Aliados habían cifrado el coste de las reparaciones en la conferencia de 1921, y aun del plan Dawes de 1924, mucho menos radical, éste de Young suponía un gran progreso. Pero el tiempo tampoco había pasado en balde. Desde el punto de vista psicológico sólo podía acarrear las peores consecuencias el exigir del pueblo alemán reparaciones hasta 1988, cuando ya historiadores europeos occidentales habían reconocido que Alemania no era la única responsable de la guerra.

Los partidos derechistas no tardaron en oponerse al plan con indudable eficacia. En julio de 1929, una comisión nacional que solicitaba una consulta popular había reunido por primera vez a los grupos derechistas del NSDAP y del DNVP (nacionalistas alemanes). Fue la primera gran demostración conjunta de la «oposición nacional» contra el sistema de Weimar y al mismo tiempo un ensayo del «Frente de Harzburgo» de 1931, en el que figuraron, junto a los anteriores, los «Cascos de Acero». El portavoz del grupo no fue Hitler, sino el presidente de los nacionalistas alemanes, Alfred Hugenberg, un importante editor de 64 años, que contaba con un fuerte respaldo por parte de la industria pesada alemana.

En Hitler veía Hugenberg al agitador con talento que podía servir para sus designios, mientras que el dirigente nacionalsocialista se daba cuenta de que los nacionalistas alemanes podían ser el mejor vehículo para alcanzar el poder; los periódicos de Hugenberg proporcionaban a Hitler un eco fuera de las fronteras bávaras del que hasta entonces había carecido. La propaganda y el apogeo de la crisis dieron a los nacionalsocialistas un creciente porcentaje de votantes en las elecciones regionales, pese a que el plan Young había sido aprobado en el Reichstag por una gran mayoría, no siendo tenida en cuenta la solicitud de un referéndum por falta de los votos necesarios. En 1929, durante las elecciones provinciales, el partido logró superar la barrera del 10%. En tres años, los nacionalsocialistas habían conseguido una quinta parte de los electores regionales. En Turingia (1930) fue elegido el primer ministro nazi –desempeñó las carteras de Interior y Educación–, Wilhelm Frick. Todo esto se observaba con cierto recelo, pero el espanto sólo llegó con las elecciones generales del 14 de septiembre de 1930: la extrema derecha logró un éxito sensacional, consiguiendo el 18,2% del total de los votos. 107 camisas pardas obtuvieron un escaño en el Parlamento, en el que los nacionalsocialistas integraban la segunda fracción en importancia numérica. El Reichstag contaba con 577 diputados. Desde este momento Adolf Hitler se convierte en un factor de la política alemana digno de ser tomado en serio. El sobresalto de las elecciones de 1930 proyecta su lección hasta nuestros días. Desde entonces quedó establecida una relación entre crisis económica y desarrollo del radicalismo (a finales de 1930, Alemania contaba con cuatro millones de desocupados).

«En los mítines, los oradores socialdemócratas hablaban sin encontrar resonancia alguna»

Internado en un campo de concentración después de la subida al poder de los nacionalsocialistas, Julius Leber, ejecutado más tarde por haber participado en la conjura del 20 de julio, escribía en sus «Consideraciones sobre la prohibición de la socialdemocracia alemana»:

El viejo partido socialdemócrata del espíritu de Lassalle había perdido por completo a los grandes oradores populares. Carecía prácticamente de tribunos capaces de movilizar a las masas. Sólo le quedaban informadores, lectores de actas. Mientras los agitadores nacionalsocialistas inflamaban a sus seguidores hasta ponerlos al rojo vivo, los socialdemócratas aburrían a sus oyentes con números, estadísticas y pruebas, hasta helarles la última gota de entusiasmo. Después de una prometedora manifestación, volvían miles de ellos completamente deprimidos. Habían comenzado la marcha llenos de entusiasmo y dispuestos a todo; pero luego tuvieron que escuchar un largo informe del que apenas comprendieron algo y que les había quitado el optimismo inicial.

La historia no va a mermar gloria a aquel tiempo. Pero no atribuirá esta gloria a los dirigentes del «Frente de hierro» sino al soldado desconocido de la República que entregó lo mejor de sí en favor de la causa a la que había prometido fidelidad.

En los mítines, los oradores de la socialdemocracia hablaban como dentro de un saco, sin resonancia alguna. Salvo en algunas ciudades en las que el partido se mantuvo vivo y fuerte hasta el último momento, en el resto, los jóvenes obreros acudieron en masa a engrosar las filas de la organización comunista y, en parte, del nacionalsocialismo. Incluso la repercusión de los grandes mítines del «Frente de hierro» resultaba apagada y pobre.

El que tuviera sensibilidad suficiente para captar tal atmósfera forzosamente tenía que recordar otros tiempos y establecer una comparación sombría y deprimente. Así como en los últimos años de la guerra las tropas alemanas llevaron a cabo su retirada lúgubres y obstinadas, pero sin la menor participación interior, mientras los prisioneros franceses marchaban entre ellos seguros y orgullosos, así también era la relación entre las columnas del «Frente de hierro» y las tropas de choque nacionalsocialistas. Y quienes hayan hecho la guerra saben la importancia que tiene la moral que reina entre la tropa.

La socialdemocracia no supo apreciar la importancia del ambiente en los años de la posguerra. Cuando quiso darse cuenta era demasiado tarde. Pronto, el fatalismo que se adueñó de amplios círculos del partido se convirtió en pasividad directiva. Contra los ataques cada vez más impetuosos de las milicias nacionalsocialistas el «Frente de hierro» no podía nada. La revolución era sólo cuestión de tiempo, de no suceder un milagro. Y el milagro no sucedió. El 30 de enero de 1933 fue elegido Hitler como canciller y desde ese momento quedó abierto el camino al poder para los nacionalsocialistas. Lo que ocurrió a continuación, la prohibición de la prensa comunista y socialdemócrata, las elecciones generales, las leyes especiales, no pasaba de ser la consecuencia inevitable. Eran los efectos de una revolución operada en el pueblo alemán, tal y como lo había advertido tres años antes Eduard Dawid, muerto entretanto; un cambio total, una revolución nacida del contagio de una crisis económica y de unos tratados de paz sin sentido.

«No debemos claudicar...»

Entretanto, en el Reichstag se había producido un cambio importante: se gobernaba sin mayoría. En marzo de 1930 fue derrotado el último canciller socialdemócrata, Hermann Müller. En su lugar resultó elegido Heinrich Brüning –centro– a la cabeza de un Gobierno minoritario de los partidos burgueses centristas (sin socialdemócratas). Dicho Gobierno intentó sacar adelante su impopular programa de ahorro gracias a una serie de decretos que, como tales, no necesitaban la aprobación del Parlamento sino que eran directamente refrendados y proclamados por el presidente del Reich. El artículo 48 de la Constitución autorizaba este procedimiento, pero el Reichstag podía, con la mayoría de sus diputados, solicitar la anulación del decreto.

La primera vez que, a propuesta de los socialdemócratas, el Parlamento intentó esta medida, Brüning lo disolvió. Las nuevas elecciones ocasionaron el susto de los 107 diputados nacionalsocialistas, poniendo de relieve ante los socialdemócratas la necesidad de apoyar el programa de ahorro de Brüning. Así fue como el miedo permitió al Gobierno permanecer más de dos años en el poder sin contar con la mayoría en el Reichstag. Durante estos años el número de obreros desocupados llegó a sobrepasar los seis millones. Pese a todo, Brüning gozó durante mucho tiempo de la confianza de Hindenburg.



La siguiente proclama de los soldados de la organización «Cascos de acero» contiene un resumen de la crítica antidemocrática que se hacía a la República de Weimar: Odiamos con todas las fuerzas del alma el Estado que se trata de construir, su forma y su fondo, su ser y su devenir. Odiamos este Estado no sólo porque no se hallan a su frente los mejores sino porque contiene el elemento parlamentario, sistema que hace imposible cualquier responsabilidad dirigente. Odiamos este Estado porque en él la lucha de clases y la lucha de partidos se han convertido en medio, fin y ley... Odiamos este Estado porque nos impide liberar a nuestra maltratada patria, librar al pueblo alemán de las injustas deudas de guerra, ganar en el Este el espacio vital que necesitamos, devolver al pueblo alemán su valor, defender a la agricultura, la industria, el comercio y el artesanado, de la guerra económica que le han declarado sus enemigos y devolverle todo su vigor.

La República de Weimar desapareció, principalmente, por la ausencia de demócratas decididos y activos. «Portan las letras del nombre de la empresa pero, ¿quién lleva consigo el espíritu de la casa?» (Caricatura de Th. Th. Heine). Sin el amplio eco que en los círculos intelectuales encontraron las doctrinas antidemocráticas, la toma del poder por Hitler hubiera sido imposible

A finales de 1932, sin embargo, el presidente del Reich llamó al canciller y, con la cabeza entre las manos y lágrimas en los ojos, le dijo: «No tengo más remedio que inclinarme a la derecha. Los periódicos y el pueblo alemán entero así lo exigen». 14 días antes había conjurado al Parlamento con estas palabras: «No debemos claudicar cuando sólo faltan cinco minutos... cuando estamos tan cerca de la meta».

Clínicamente muerta

Lo que sabemos con certeza es que se trataba de la recta final hacia la dictadura. Se pueden sacar a relucir muchos indicios de que ya en mayo de 1932 la República se encontraba clínicamente muerta. Ningún hombre de la categoría de Brüning, ningún político de la vieja escuela hubiera sido capaz de encontrar en aquellos momentos una Ariadna que pudiera sacarle del laberinto y devolverle a la luz.

Ésta es la pregunta clave: ¿no pudo verdaderamente la República de Weimar obviar la figura de Hitler?

La terrible hipoteca que debió asumir la República fueron las consecuencias de la derrota. Los socialdemócratas, llamados durante la monarquía excesivamente tarde a la responsabilidad del poder, y por ello no reconocidos como legítimos después de 1918, no tuvieron más remedio que echarse sobre sus espaldas cargas ajenas. El quebranto decisivo provino de la «leyenda de la puñalada por la espalda», que en el fondo no era otra cosa que una manera de huir de la inconfesada derrota.

A esto hay que añadir el Tratado de Versalles. Un caso típico de venganza política, con sus duras condiciones y su tesis sobre la culpabilidad de la guerra. El Gobierno alemán no pudo negar su firma al acuerdo ante la presión de los Aliados, y en pago recibió de puertas adentro el desprecio de todos aquellos cuyo corazón se inclinaba a la derecha.

Para colmo de la desgracia nacional se produjo la inflación económica. El dinero se evaporó entre las cifras astronómicas impresas en el papel moneda. Mucha gente lo perdió todo. En su desolación y desconcierto escucharon a un orador cuyo talento demagógico no admite comparación en la historia alemana. Con una serie de tópicos simplificaba los problemas, hacía comprensible un mundo desconcertante, culpando sencillamente de todos los males a los «bandidos de noviembre» o a los judíos.

Conviene observar que muchos vieron en los nazis un muro contra el bolchevismo. La debilidad de la Constitución hacía difícil la supervivencia de la mayoría lograda y fácil el derrocamiento del Gobierno. La República de Weimar tuvo en sus catorce años de existencia otros tantos cancilleres y 22 Gobiernos.



Elecciones presidenciales de 1932. Una vez más Hindenburg salió vencedor. Sin embargo su derrotado oponente, Hitler, continuó en sus esfuerzos por llegar al poder.

Sin olvidar la inflexibilidad extranjera, que sólo concedió a la Alemania derrotada alivios en pequeñas dosis y demasiado tarde, proporcionando a los radicales sus mejores argumentos. Y, por último, la República tenía en el presidente Hindenburg un hombre cuyo corazón no le pertenecía, que la servía pero no se identificaba con ella y de cuyo vocabulario monárquico-conservador se adueñaban después los enemigos del sistema. Fue entonces, en 1929, cuando se produjo la crisis económica. Los progresos tan penosamente conseguidos se ahogaron en la depresión. Se abrieron de nuevo las viejas heridas, a las que se añadieron otras nuevas.

Las profecías de la «Tía Voss»

El resto se puede describir rápidamente. El partido NS de Adolf Hitler se había convertido en un poder político, nutrido por la indigencia de la que se presentaba como salvador; era una organización de masas que hablaba con diferentes acentos, que se contradecía, que armaba gran alboroto por todo el Reich, que figuraba en todos los parlamentos regionales y contaba en provincias con algún ministro.

Hitler, por su parte, esperaba en la central del partido, en la «Braunen Haus» de Munich –la casa parda–, seguro de que tenía el viento a su favor, pese a que dentro del propio partido debía hacer frente al grupo Strasser y a ciertas camarillas de las SA. Después de las elecciones de septiembre de 1930, Hitler había anticipado durante el proceso contra tres oficiales del Ejército ante los tribunales de Leipzig: «Cuando pasen dos o tres elecciones más, será un hecho la mayoría nacionalsocialista en el Reichstag y podremos dedicarnos a preparar nuestra revolución».

Las elecciones de julio de 1932 ratificaron esta confianza. Un 37,8% votó al NSDAP, que se convirtió, con 230 de los 608 diputados elegidos, en la fracción parlamentaria más fuerte. Hitler, sin embargo, sufrió una derrota en las elecciones presidenciales frente a Hindenburg (marzo de 1932): el general alcanzó una ventaja de más de seis millones de sufragios; el partido nacionalsocialista, por lo demás, registraría posteriormente un pequeño retroceso en las elecciones de noviembre de 1932 (33,5% de los votos, 196 escaños). Pero, de todos modos, pese a estas oscilaciones parecía claro que Hitler se había ganado el favor de los electores. Los Gobiernos de von Papen (seis meses) y Schleicher (dos meses) no pueden considerarse gabinetes de inspiración democrática.

El 30 de enero de 1933 Hindenburg llamó a Hitler para que ocupara la Cancillería. Lleno de turbios presentimientos, el respetable y liberal-demócrata «Vossische Zeitung» (Tante Voss-Tía Voss) escribía al día siguiente: «La fuerza no puede desmentir los hechos, pero la fuerza puede acallar la oposición del pueblo. No podrá prohibir la indigencia, pero podrá prohibir la prensa. No podrá expulsar el hambre, pero podrá expulsar a los judíos. Todavía contamos con defensas contra el premeditado abuso de la Constitución, pero estas defensas serán desde ahora cada vez más débiles». Resulta dudoso, si se consideran todos los factores, suponer que Alemania se hubiera podido librar del mortal peligro llamado Hitler. Al contrario, esperaba de él la liberación. El punto culminante de su popularidad lo alcanzó Hitler cuando ya todo el que tuviera ojos y oídos sabía algo sobre los crímenes del régimen. Entonces fue cuando apareció en todo su esplendor su figura mítica y liberadora. Esta contradicción no es tan sorprendente. Lao Tsé, filósofo chino, escribía hace más de 2500 años: «... largos son los días de la ceguera de un pueblo».

Con el nombramiento de Adolf Hitler como canciller, el 30 de enero de 1933, termina la biografía escrita por Harald Steffahn. El resto del camino recorrido por Hitler no puede desvincularse de la historia del III Reich. Es una parte de la misma y, por ello, irá perfilándose a lo largo de esta obra. □

CALUMNIAS Y PATRAÑAS

El asunto Blomberg - Fritsch

Hitler se lo había temido ya desde antiguo: el Ejército podría en algún momento enfrentarse a él. Los políticos de Weimar, los partidos, las asociaciones armadas y las organizaciones de masas de sus rivales, los «Reichsbanner», «Frente de Hierro», liga de militantes del Frente Rojo... Ninguna de estas instituciones inspiró a Hitler la mitad del respeto que sentía por el Ejército. Su sombra se proyectaba sobre el camino por el que el «Führer» ascendía, y de él, del Ejército y de su aquiescencia, dependía que la toma del poder por Hitler alcanzara su meta. En aquel momento el poderío de los generales no era ni mucho menos tan grande como se imaginaba el «Führer». Cuando los dos supremos uniformados del país, Fritsch y Blomberg, dieron el traspiés que les costaría la carrera, a causa de las intrigas de las SS y de la Gestapo, la posición de fuerza de los generales se vino abajo como un castillo de naipes, precisamente por la debilidad de sus cimientos.

WALTER GÖRLITZ



Los oficiales supremos de la «Wehrmacht»: von Blomberg (izquierda) y von Fritsch (derecha). Entre ambos, un representante del partido: Robert Ley.

El Regimiento de la Guardia presentó armas marcialmente al paso del comandante en jefe del Ejército de Tierra, teniente general barón von Fritsch, cuando éste atravesaba el vestíbulo de la Cancillería del Reich. Era un miércoles, 26 de enero de 1938, hacia las nueve de la noche, cuando el *Führer* llamó al general. En la entrada del edificio le aguardaba el coronel de Estado Mayor Friedrich Hossbach, ayudante militar de Hitler y al tiempo jefe de la sección central de personal en el Estado Mayor del Ejército. Hossbach había urgido al *Führer* para que hablase personalmente con Fritsch tras el chantaje de un individuo, condenado en ocasiones anteriores, en virtud de cuyas declaraciones Hitler culpaba al general de tendencias homosexuales.

Hossbach observó cómo el segundo hombre más poderoso de Alemania, Heinrich Himmler, jefe de las SS y de la policía alemana, cruzaba el vestíbulo. Hossbach presentía para qué estaba allí aquel hombre. Esa noche iba a tener lugar un careo en la prisión de la Gestapo entre el chantajista y Fritsch. Hitler había prohibido terminantemente poner en antecedentes a Fritsch. Hossbach, sin embargo, avisó a su superior: «Quiero ver a ese cerdo inmediatamente», respondió el general.

El «caso Fritsch» alcanzó en la noche del miércoles su punto máximo. Al tiempo, y desde el lunes 24 de enero, se añadía también el «caso Blomberg», el escándalo matrimonial del ministro de la Guerra, von Blomberg.

Un escándalo sigue a otro

Werner von Blomberg, ministro de la Guerra desde 1933, jefe supremo de las Fuerzas Armadas, Ejército, Marina y Aire, y Werner von Fritsch, desde 1934 comandante en jefe del Ejército, eran los cerebros que habían hecho posible la restauración de las Fuerzas Armadas en Alemania. Blomberg había llegado a un acuerdo con el *Führer* respecto de la teoría política de las dos columnas. En lo sucesivo, el Estado se apoyaría sobre los hombros del Ejército y del

Continúa en página 32 ▷



Éste fue el desenlace del caso Blomberg-Fritsch: Hitler se apropió de la jefatura del Ejército y del mando supremo de la «Wehrmacht», al frente de los cuales colocó a los generales Brauchitsch y Keitel. El Ministerio de la Guerra quedó disuelto y el propio Hitler asumió la dirección suprema de todas las Fuerzas Armadas. Los soldados del Reich quedaban plenamente vinculados a su persona.



partido, como dos formaciones peculiares. El general von Fritsch quedó encargado de aplicar la teoría de las dos columnas a las Fuerzas Armadas, en las que había de dominar una absoluta reserva hacia el partido: el Ejército debía mantener una posición no de enfrentamiento sino de paralelismo respecto del NSDAP.

Tras la reimplantación del servicio militar obligatorio, Fritsch se prometió a sí mismo la aplicación de unos principios cristiano-castrenses a las nuevas generaciones. A los ojos de los fanáticos nacionalsocialistas, del jefe de las SS, que disponía de cuerpos armados propios, los dos oficiales no eran ni mucho menos figuras ideales, en especial el general barón von Fritsch que, según la jerga del partido, era un «reaccionario».

El escándalo de la vida privada de Blomberg amenazaba de muerte el sistema de las dos columnas. Poco antes de las Navidades de 1937, comunicaba a Hitler y a su más probable sucesor, el general Göring, comandante supremo del Arma Aérea y primer ministro de Prusia, que estaba dispuesto a casarse. Blomberg, viudo desde 1932, que contaba sesenta y un años, añadía que su futura esposa era una mujer procedente de una clase sencilla que, además, tenía un pasado un tanto complicado. Hitler y Göring se felicitaron de que el *Feldmariscal*, de encumbrada familia, desposase a una muchacha de cuna humilde: eso cuadraba perfectamente con el criterio del nacionalsocialismo en materia de fusión de clases sociales.

El 12 de enero de 1938 se celebró en el salón de sesiones del Ministerio de la Guerra, en la Bendlerstrasse, el matrimonio civil entre Blomberg y Eva Gruhn, de profesión taquimecanógrafa en el departamento de alimentación del Reich *(Reichsnährstand)*. Hitler y Göring actuaron de testigos. Quién era realmente Eva Gruhn, nadie lo sabía. Desde el otoño de 1934 el ministro de la Guerra había llevado una vida privada muy dudosa. Las noches en que se encontraba libre de servicio o de obligaciones sociales se vestía de paisano y ordenaba a su chófer que le condujese hasta determinada esquina. Luego el soldado supremo del Reich alemán se perdía en la sombra. El chófer recogía a su general dos horas más tarde en la misma esquina.

Las sospechas de un policía

El viaje de novios de la singular pareja tuvo que interrumpirse por la muerte repentina de la anciana madre de Blomberg. El 20 de enero tenía lugar en Eberswalde el sepelio de la señora. El general Wilhelm Keitel, el colaborador más inmediato de Blomberg, en su calidad de jefe de la oficina de la *Wehrmacht*, vio entonces por primera vez a la joven esposa de su superior. Pero ésta iba envuelta en velos, como si pretendiese que nadie la reconociera. Uno o dos días después, el jefe de la policía berlinesa y jefe de grupo de las SA, conde Helldorf, solicitó entrevistarse con Keitel. En la inscripción de la nueva señora Blomberg, formalizada al trasladarse a la vivienda oficial de su marido, en el Ministerio, un funcionario de policía apreció un gran parecido entre la foto de la señora Blomberg y otra de una mujer que había tenido sus más y sus menos con la policía, relacionada con casos atentatorios contra las buenas costumbres. El conde Helldorf preguntó entonces a Keitel si conocía a la nueva esposa del ministro. Keitel, que a pesar de su complexión gigantesca temblaba en situaciones especialmente críticas, negó haberla conocido. Pero hizo hincapié a Helldorf en que si era cierto lo que le había contado estallaría un terrible escándalo. Su hijo mayor, oficial de Caballería, estaba prometido con una hija de Blomberg, de nombre «Dorle» (Dorotea). Por si fuese poco, a duras penas había logrado echar tierra sobre otro escándalo familiar: su hija mayor, Erika, que contrariamente a su padre no desaprovechaba ninguna ocasión para despreciar los nazis, había tratado de marcharse a América con un estudiante norteamericano, que, según los Keitel, era comunista. Con ayuda de la Gestapo se logró que desapareciese el muchacho sin dejar rastro.

Göring descorre el velo

En lugar de aconsejar a Helldorf que se dirigiese directamente al ministro, a la sazón todavía en Eberswalde, Keitel le recomendó que preguntase a Göring si durante la celebración del matrimonio se había fijado en los rasgos de la novia. Göring corroboró que la persona que aparecía en la ficha policial era la misma señora Blomberg, de 26 años. Con aire candoroso aprovechó la primera ocasión que se le presentó para decir al coronel Hossbach que todavía sabía algo más sobre la segunda mujer del ministro. Había un segundo pretendiente en juego, y el propio Blomberg le había pedido que se cuidase de que aquél recibiera un nuevo destino, en el extranjero. Él mismo, Göring, se lo había proporcionado. El lunes 24 de enero de 1938, a su regreso de Eberswalde, Blomberg fue convocado por Hitler. La niebla se disipó. Blomberg comprobó que ambos, Hitler y Göring, llevaban las de ganar. Su mujer tenía efectivamente una «carrera» muy ligera a sus espaldas. Hitler y Göring se sublevaron: exigieron la inmediata anulación del matrimonio como medio de evitar el escándalo. Blomberg se negó. Quería conservar a su lado a Eva Gruhn. Göring le dijo entonces abiertamente que aquello era inadmisible en un general y que se dispusiese a abandonar su puesto. Esa expresión —«inadmisible»— no se borraría de la memoria de Blomberg. Respecto de sus compañeros generales, desde luego, no se había comportado demasiado bien. La admiración exagerada que tributaba a Hitler provocaba frecuentes sonrisas irónicas entre ellos. Sus inclinaciones antroposóficas, su talento diplomático, le convirtieron en un ser extraño en el Ejército.

Blomberg era ya hombre muerto. Hitler estaba irritado y cariacontecido al mismo tiempo. Jamás hubiera podido imaginar tales cosas en un general alemán, *Feldmariscal*. Y por si fuese poco tenía ya sobre su mesa un informe sobre Fritsch, que él imaginaba destruido desde 1936, año en que lo distribuyó la Gestapo. Basándose en la intervención de un chantajista, un individuo conocido como Schmidt «el 175», se divulgó que el general von Fritsch se había entretenido con un muchacho en los terrenos de la estación berlinesa de Wannsee. Schmidt confesó que Fritsch le había entregado 2500 marcos para que mantuviese la boca bien cerrada. El antiguo informe elaborado por la Gestapo volvió a plena actualidad y hasta se completó con nuevos detalles acumulados desde el 20 de enero de 1938, es decir, desde que estalló la bomba del ministro Blomberg.

Uno es homosexual; el otro se casa con una prostituta

A partir de esto, Hitler lo cree todo posible. Se siente tan confuso que, en la noche del 24 al 25 de enero de 1938, a las 2,15, ordena que despierten a su ayudante, coronel Hossbach, y que acuda inmediatamente a la Cancillería. El coronel replica que descansa ya, y entonces se le dice que el *Führer* le espera a las 10 de la mañana siguiente. En el momento preciso apareció en escena el informe según el cual era moralmente imposible mantener a aquel incómodo soldado cristiano-conservador al frente de las Fuerzas Armadas. La Gestapo había logrado reunir datos bajo la dirección del jefe de las SS y de la policía secreta del Estado, Himmler, y del jefe del servicio de seguridad (SD) de las SS, Reinhard Heydrich, un individuo frío y calculador. Todos los indicios señalan que ambos fueron los máximos responsables a la hora de actuar en aquel juego de pillos, quizá con la anuencia de Göring, en quien había confiado el infeliz de Blomberg, incluso en momentos privados de su dudosa vida.

¿Qué papel jugó Hitler en todo aquello? El 5 de noviembre de 1937 había expuesto su criterio en un discurso de cuatro horas, pronunciado ante los ministros de la Guerra y de Asuntos Exteriores, sobre los problemas más candentes en materia de defensa: su proyecto era atacar en un plazo determinado a Checoslovaquia, a la antigua aliada, Francia, y a la nueva aliada, la Unión Soviética. Blomberg y Fritsch se habían mostrado disconformes con esa guerra de agresión que se preparaba. La *Wehrmacht* tenía como misión servir a la defensa del Reich: ambos estaban convencidos de esta función. Hitler, desde luego, no olvidó esta discrepancia. Al fin tenía a los dos hombres en sus manos: uno, por una culpa propia; el otro, por efecto de una calumnia infame. Cuando el coronel Hossbach se hizo anunciar el martes, a las 10 en punto, en la Cancillería, dio comienzo una jornada en la que surgieron las especulaciones más peregrinas y las discusiones más encontradas. Hossbach se mostró furioso cuando oyó las acusaciones que se le hacían a Fritsch. Fritsch era para él un hombre de honor. Hitler le entregó entonces el informe. Hossbach se limitó a dar un vistazo a los folios y se convenció de que era un material acumulado precipitadamente. Su opinión fue: «Muy mal confeccionado». Göring apareció reiteradas veces en el lugar. A última hora de la tarde manifestó Hossbach que él personalmente informaría de todo al general. Hitler se lo prohibió terminantemente. Hossbach añadió que no estaba dispuesto a obedecer la orden y se dirigió a casa de Fritsch, situada como la de Blomberg en el Bendlerblock. La primera reacción de Fritsch fue: «Calumnias y patrañas».

¿Un pobre muchacho hitleriano seducido?

Sin embargo, el general constituía una figura no menos extraña que la de Blomberg con su secreta vida nocturna. Era un hombre solitario, sin amigos; en su vida no había ni una sola mujer que lo hubiese apartado de su absoluta dedicación al servicio. Detrás de su egocentrismo, inculcado por educación, se escondía en él una naturaleza cavilosa y al tiempo excitable. Entonces contó a Hossbach que en los primeros tiempos de la «revolución nacional» había invitado a comer en su casa, de vez en cuando, a muchachos hitlerianos sin medios económicos, como era usual en la época. ¿Se pretendía tenderle una celada? El coronel intuía una intriga de las SS. El 26 de enero proseguían aún las discusiones entre Hitler, Göring y Hossbach. Göring comprendió que Hitler no estaba dispuesto a entregarle la jefatura suprema de las Fuerzas Armadas. Hossbach se empeñaba en que fuese Fritsch el sucesor de Blomberg, y a veces hasta parecía haber convencido a Hitler cuando le contó, sobre todo, la enérgica reacción del general difamado. Göring exigió aquel mismo día por la tarde una decisión. Hossbach presionaba para que Hitler hablase con Fritsch. El *Führer* volvía a desconfiar. Todos los homosexuales mienten, se empeñaba él. Si se presentaba Fritsch sería para someterle a un careo con su acusador. El ex presidiario seguía en la prisión de la Gestapo, en la Prinz-Albrecht-Strasse, y ya estaba preparado para su «misión».
A última hora de la tarde tuvo lugar la conversación definitiva entre Fritsch, Hitler y Göring, en la biblioteca de la



Una imagen de días mejores: Blomberg y Fritsch dialogan con su «Führer». Cuando las SS y la Gestapo tejieron sus intrigas en torno a los dos generales, Hitler se resistió a aceptar tales insinuaciones. Todavía perduraba el viejo respeto hacia las Fuerzas Armadas.

Cancillería. Hoy, los tres protagonistas han muerto y apenas se conocen detalles de la entrevista. Tan sólo trascendieron algunas cosas que luego apuntó el propio Fritsch. El testigo Schmidt, que compareció, confirmó, tal y como se le había ordenado, que Fritsch era el hombre a quien él había observado y sorprendido. El general, que aseguró no haber visto jamás a aquel individuo, ▷



El general «Feldmariscal» y su esposa, de paseo por el Zoo de Leipzig. Esta foto de prensa, muy deficiente, obtenida durante el viaje de bodas del matrimonio Blomberg, sirvió para que un policía berlinés identificase a la joven esposa como una muchacha que anteriormente había estado dedicada a la prostitución. Su descubrimiento trascendió y se convirtió en escándalo.

LUISE MARGARETHE V. BLOMBERG

Ha entrado en la historia con los nombres de Eva o Erna Gruhn. Que ambos nombres son falsos quedó suficientemente probado incluso en 1938, durante el desarrollo del «caso Blomberg». En la guía telefónica de Berlín figuraban 21 abonados con el mismo apellido, de los que 4 eran mujeres. Una de ellas, llamada Luise, era enfermera diplo-

Geburtsurkunde

Standesamt Berlin-Neukölln 3 Nr. 166/1913
Luise Margarethe Gruhn, weiblichen Geschlechts
---
ist am 22. Januar 1913---
in Neukölln--- geboren.
Eltern: Emil Paul Gruhn und Auguste Luise Gruhn
geb. Braun,---

mada y masajista. Una vez terminada la guerra y muerto su marido, la señora von Blomberg regresó a Bad Wiessee, pero allí nadie conocía a una Eva o Erna von Blomberg. No hace mucho un historiador del sur de Alemania ha conseguido desvelar aquella mixtificación. El nombre auténtico de la esposa de Blomberg era, tal y como se indica en su partida de nacimiento, **Luise Margarethe,** y no Eva o Erna. Sus verdaderos nombres figuran también en su partida de matrimonio, extendida el 12 de enero de 1938, en el que la novia escribió su nombre Margarethe falsamente, sin hache. La dirección indicada más arriba correspondía a su madre y era la del salón de masajes. Hoy vive la viuda del *Feldmariscal* en Berlín, bajo el nombre de Margarethe.

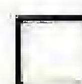
dio su palabra de honor de que todo lo que el testigo había dicho era una pura mentira. Su palabra de honor no sirvió de nada. Hitler y Göring creyeron a aquel delincuente comprado de antemano, aunque el testimonio les pareciese disparatado. Por su parte el cultivado general de 57 años se resistió a colocarse a la misma altura que aquel vagabundo encargado de denunciarlo. En lugar de abandonar inmediatamente la biblioteca, tras haber empeñado su palabra de honor; en lugar de haberse limitado a informar a los puestos de mando del Reich de la maniobra, se dedicó a multiplicar las declaraciones de inocencia y así favoreció sin pretenderlo esa historia del muchacho hitleriano. El coronel Hossbach insistía en la oportunidad de una intervención del jefe del Alto Estado Mayor, general Beck. Así, se le recogió en su domicilio, vestido de paisano, para trasladarlo a la Cancillería. Beck se sintió como caído de las nubes: apenas entendía algo más que Fritsch de aquella situación. Por naturaleza no era un hombre de decisiones rápidas. En los primeros momentos, parece, no tenía ni idea de quién llevaba allí razón y quién no.

Al día siguiente, jueves 27 de enero, a las 11 de la mañana, Blomberg se encontraba haciendo antesala a las puertas del despacho del *Führer*. El coronel Hossbach imaginó que serían un par de minutos de fría despedida. La conversación duró en realidad tres cuartos de hora largos. Blomberg quería vengarse de las declaraciones de Göring: éste se había vuelto absolutamente insoportable para los generales del Reich. En consecuencia aconsejó al *Führer* que no nombrase a ningún otro ministro de la Guerra y que, por el contrario, asumiese sobre sí mismo la jefatura de las Fuerzas Armadas. No conocía a ningún general que se encontrase en aquellos momentos en condiciones de desempeñar el puesto. Eso al menos declaró Blomberg en 1945 cuando se encontraba en poder de los americanos. Hitler sintió como si se le hubiese caído un velo de los ojos: ésa era la solución. El Ministerio desaparecía y se formaba un mando supremo de la *Wehrmacht* (OKW), dirigido por el general de Artillería Wilhelm Keitel, cuya función era la de servir a Hitler como Estado Mayor.

Como sucesor de Fritsch, y por consejo de Keitel, fue designado jefe del mando supremo del Ejército el general von Brauchitsch, un prusiano de la Guardia y del Estado Mayor. Keitel quería ver al frente del Ejército a un soldado capaz de mantener las debidas distancias entre Fuerzas Armadas y partido. Sin embargo, Brauchitsch contaba con tan pocas posibilidades como Fritsch para encontrar el tono adecuado con que tratar a un hombre tan poco corriente como Hitler. El 4 de febrero de 1938, el pueblo alemán se enteró de que el ministro de la Guerra, el jefe del Alto Estado Mayor del Ejército y una serie de generales veteranos habían pasado a la reserva, unos por razones de edad y otros por motivos de salud.

Cae el testigo principal

Para Fritsch no había más esperanza que la de un tribunal ordinario. Hitler, por su parte, deseaba la constitución de un «tribunal especial». La justicia militar y el ministro de Justicia hicieron prevalecer la competencia de un proceso marcial. Hitler cedió. La Gestapo, por su parte, llevó a cabo las investigaciones previas. Con el propósito de reforzar la credibilidad del testigo de cargo, Schmidt, se procedió a interrogar a Fritsch, a sus asistentes, a sus antiguos colaboradores. Nada. Junto a esto, los jurados del tribunal militar encargados de las indagaciones y el abogado defensor de Fritsch, conde von Goltz, asistido por el almirante Canaris y el coronel Oster, de la *Abwehr*, entraron en contacto con un capitán de Caballería que, al parecer, estaba al corriente de lo que sucedió la noche del 22 de noviembre de 1934. La Gestapo se ocupó oportunamente de detener a este capitán. Las investigaciones tuvieron que quedar suspendidas. Contra la voluntad de Hitler... y de Fritsch. Fritsch deseaba que los jueces sentenciasen en su favor por inocencia probada. El 10, 17 y 18 de marzo celebraba sesión el tribunal militar del Reich bajo la presidencia de Göring, nombrado provisionalmente general *Feldmariscal*. El conde von Goltz trataba de forzar al testigo de cargo Schmidt a que reconociese que había mentido. Göring por su parte dio la vuelta al procedimiento y le regañó: «Es usted el mayor mentiroso que haya encontrado en mi vida». ¿Trataba con esto de paliar el que tanto él como Hitler hubiesen creído más a aquel sujeto que a un caballero? El tribunal militar declaró a Fritsch libre de toda culpa. Desde luego Hitler no pensaba en una rehabilitación del acusado a su puesto anterior y se limitó a destinar al proscrito al regimiento de Artillería en el que había empezado su carrera. Fritsch se resignó. Con su unidad fue destinado en septiembre de 1939 como «observador» al frente de Polonia y cayó el 22 de septiembre del mismo año a las puertas de Varsovia. Un final absurdo pero, para él, digno.







El conde von Baudissin cuando era joven oficial y en sus funciones de general en el Cuartel de las Fuerzas Aliadas en Europa (SHAPE).

Apolítico y egoísta

Wolf Graf von Baudissin, uno de los creadores del concepto de «Dirección interna» del Ejército federal, teniente general retirado, nacido en 1907, era en 1938 ayudante en el regimiento de Infantería número 9, con guarnición en Potsdam. Nuestro redactor Friedemann Bedürftig le ha preguntado sobre sus impresiones de entonces y su valoración actual del caso Fritsch.

Redactor: Graf Baudissin, usted era ya en 1938 oficial. ¿Tuvo entonces, cuando trascendió el escándalo en torno a la persona del general von Fritsch, la impresión de que podía haber algo de verdadero en las acusaciones formuladas contra él?
Baudissin: No, en modo alguno. Para mí estaba más que claro, quizá más que para el propio Fritsch, que detrás de todo había motivos puramente políticos. Había logrado una buena perspectiva, porque en nuestro regimiento había un suboficial de Intendencia, Nehring, que había sido asistente de Fritsch. En aquellos días me llamó la guardia y me dijo que había dos de la Gestapo que pretendían llevarse consigo a Nehring. Yo les pregunté si iban provistos de la correspondiente orden, a lo que me contestaron negativamente. Les hice saber, por medio de la guardia, que Nehring no saldría del regimiento en aquellas condiciones. Cuando los de la Gestapo insistieron en sus demandas, les comuniqué que se le había entregado al suboficial una pistola y munición para que pudiese defenderse. Por otra parte, les prohibí que entrasen en el cuartel.
Redactor: ¿Podía un oficial adoptar ese tono con los de la Gestapo? ¿No traería consecuencias?
Baudissin: Según y cómo. A la *Wehrmacht* se la trataba aún con bastante consideración. De todos modos esto no significaba una garantía absoluta. En cualquier caso había que contar con una orden de arresto o una advertencia del Ministerio. Muy pronto recibí una llamada de la ayudantía del general *Feldmariscal* von Blomberg. El tono era brusco. Se me conminaba a «poner en marcha» al suboficial Nehring. Acto seguido cumplí la orden. Cuando regresó Nehring, le pregunté qué había ocurrido. Entre abatido y confuso me indicó que no podía hablar de aquello. Algo más tarde me referiría algunos detalles. Se le había preguntado si alguna vez vio desnudo al general von Fritsch, etcétera. Entonces me convencí de por dónde iban los tiros.
Redactor: ¿Ve usted alguna relación entre los casos Blomberg y Fritsch?
Baudissin: Así es. Inmediatamente descubrí una vinculación entre ambos.
Redactor: Sin embargo, el deseo de la destitución de Blomberg, contrariamente a la de Fritsch, procedía del mismo Ejército.
Baudissin: Sí, efectivamente; pero los nazis rastreaban en el caso Blomberg su gran oportunidad de alzarse con el control del Ejército y completar así su elevación al poder. Aparte de esto habría que ser muy cuidadoso en lo que se refiere a conceptos como el de «el Ejército». El Ejército no existía entonces. Lo mismo ocurría con el generalato. En caso contrario, las cosas habrían sido más sencillas.
Redactor: ¿Cabe atribuir el fracaso de la resistencia a la destitución de Fritsch a que no hubiera ni Ejército ni generalato?
Baudissin: En el fondo era así. Algunos creían que con Hitler iba a volver pronto la monarquía, que la ignominia del Tratado de Versalles quedaría reparada, que el rearme progresaría, que las posibilidades de desarrollo irían a más. Como siempre en tales ocasiones, lo que dominaba era un curioso batiburrillo de motivos políticos, idealistas y egoístas, que parecían actuar en función de ciertos oportunismos.
Redactor: ¿Conocía usted personalmente a militantes de la oposición?
Baudissin: Henning von Trestow fue uno de mis mejores amigos. También había pequeños grupos contrarios al sistema, incluso en mi regimiento. Hoy apenas podemos imaginarnos la dificultad que entrañaba aquella postura.
Redactor: ¿Se habría sublevado el Ejército, si Fritsch hubiese intentado un golpe de Estado? ¿El juramento de fidelidad al *Führer* se habría interpuesto como un obstáculo?
Baudissin: Es difícil de decir. El cuerpo de oficiales jóvenes era muy cerrado a una influencia exterior. Los comandantes de los batallones y del regimiento apenas si hubieran podido ponerse en movimiento en un caso así. Tampoco podría calcular cómo hubiesen respondido los suboficiales. Los veteranos, quizá hubiesen optado en su mayor parte por la sublevación.
La reacción de los jóvenes o la tropa es muy problemática. No se debe perder de vista que, con la reconstrucción de la *Wehrmacht*, se desintegró el cuerpo de oficiales de la *Reichswehr* o Ejército imperial. En aquel tiempo yo era el último del regimiento, llegado del Ejército de los cien mil. Predominaba la participación de los oficiales de policía y de los devueltos al mando activo, de modo que, a mi entender, las posibilidades de movilizar toda una unidad eran muy limitadas.
Redactor: ¿Tampoco estaba acorde el generalato?
Baudissin: No, desde luego. En el caso Fritsch hubo, eso sí, un porcentaje relativamente alto de generales que apoyaban al acusado. Queda abierta la cuestión de si esta coincidencia podría haberse dirigido contra Hitler.
Redactor: ¿Y por qué el cuerpo de oficiales no insistió en que Fritsch debía recuperar su puesto de jefe supremo del Ejército?
Baudissin: Creo que ello se debió a los motivos que ya he aducido. El cuerpo de oficiales, y el propio Fritsch, no vieron, hasta el amargo final, el lado político de todo aquel asunto. Así se comprende desde luego que Fritsch buscase la muerte en el frente polaco en 1939; con lo que parecía dar a entender que no había captado la compleja problemática del asunto. Lo único que le preocupaba era demostrar su inocencia. La rehabilitación era suficiente para él y para la mayoría de los oficiales.
Redactor: Después de todo la crisis en torno a la figura de Fritsch descubrió toda la inmovilidad política de la *Wehrmacht*. En realidad una resistencia con perspectivas de éxito solamente podía nacer de un poder armado.
Baudissin: Que no ocurriera así es algo que ha de achacarse a la idiosincrasia del militar alemán. Desde tiempo inmemorial no se han producido en Alemania ni revueltas ni golpes de Estado. La abstención política pertenece a la imagen del soldado. En el Ejército de los cien mil hombres se compartía el sentimiento de que se debían dejar de lado las militancias políticas y profesionales. Volvía a atraer el «oficio»; las limitaciones unilaterales de armamento habían sido superadas, el pueblo «cerraba filas» y se sentía vinculado a las fuerzas armadas. El éxito incruento de Hitler en Austria, muy poco después de la crisis de Fritsch, jugó también su papel. Todo esto debe servir no como disculpa sino como aclaración; como tampoco debe serlo el hecho de que la misma inoperancia dominaba en todas las profesiones y organizaciones.



1 Noviembre 1918



2 Noviembre 1918

La posguerra 1918-1934



3 Enero 1919



4 Mayo 1919



5 Julio 1919



6 Diciembre 1920



7 Febrero 1923



8 Noviembre 1923

1 **Los 14 puntos de Wilson.** El pueblo ratifica: «Los 14 puntos de Wilson son también los nuestros». Wilson dio a conocer su programa en favor de la paz mundial el 8 de enero de 1918. Contemplaba en el punto tercero la libertad económica, y, en el cuarto, el desarme. Ambos causaron gran impresión en los alemanes deseosos de encontrar una base de entendimiento mutuo.
2 **El 9 de noviembre.** Una de las muchas y funestas manifestaciones de aquellos días. Mientras el Káiser aguardaba en Spa una decisión, el canciller del Reich, príncipe Max von Baden, anunciaba la abdicación el 9 de noviembre. A mediodía entregó a Ebert el Gobierno.

Las fotos y los textos proceden del álbum publicitario de cigarrillos «La posguerra. Documentos gráficos para la historia 1918-1934».

3 **Batalla de varios días en el barrio berlinés de los periódicos.** Barricadas con periódicos. El 5 de enero de 1919 se volvieron a romper las hostilidades, sobre todo en el barrio berlinés en que se encontraban los diarios. Después de duros combates callejeros, las tropas del Gobierno lograron restablecer el orden el día 12.
4 **«Versalles».** Momento histórico en que el portador del «Libro de Oro» entra en el palacio con los valiosos documentos.
5 **Los primeros tiempos del NSDAP.** Ésta es la histórica habitación en que se inició el movimiento nacionalsocialista. El «oficial instructor» Adolf Hitler asistió a finales de junio de 1919 a una reunión en la cervecería Sterneckerbräu de Munich, en la que habló Gottfried Feder ante el «partido obrero alemán». Al final, Hitler tomó la palabra espontáneamente.

6 **Alemania cumple lo exigido.** Destrucción de carros de combate alemanes. De acuerdo con el Tratado de Versalles se debían demoler las fortalezas, y Alemania no podría tener barcos, ni aviones, ni submarinos, ni carros ni repuestos militares.
7 **El Ejército francés en el ejercicio de sus funciones policiales en Essen.** Durante la ocupación, el Gobierno alemán del Ruhr proclamó la resistencia pasiva, lo que no quedó sin consecuencias.
8 **El 9 de noviembre.** Seguidores de Hitler ocupan los círculos de defensa de Munich. En principio pareció que el comisario general von Kahr se unía al movimiento, pero luego, al sonar las primeras detonaciones ante el Feldherrnhalle, se vio que se trataba de un error. Hitler fue detenido.
9 **Una de las «entregas» alemanas.** El dirigible que en América recibió el nombre



Octubre 1924



Febrero 1925



Octubre 1925



Julio 1931

de «Los Ángeles», volando sobre Nueva York. De acuerdo con el Tratado de Versalles, el dirigible «Z. R. III», que se encontraba en los hangares de Friedrichshafen, hubo de ser entregado a EE UU.

10 Importaciones americanas y jazz. Cuando la política francesa de la violencia en el Rhin y en el Ruhr se doblegó a las necesidades de la economía mundial, el dólar empezó a enseñorearse del mundo. Con él llegó el jazz.



Octubre 1931



Abril 1932



Julio 1932

11 Conferencia de Locarno, 6-16 octubre de 1925. Briand, Chamberlain y Stresemann durante una pausa. De esta conferencia salió el compromiso franco-germano de respetar mutuamente las fronteras y de solucionar en el futuro sus divergencias por medio de los tribunales.

12 Pánico en la banca. Una muchedumbre intranquila se agolpa ante una caja de ahorros, el 5 de agosto de 1931.

13 La reunión de Harzburg. Adolf Hitler con sus leales. Los tres líderes de la oposición nacional se pusieron de acuerdo a principios de octubre de 1931 para formar conjuntamente un frente de combate. Con tal motivo organizaron el 11 de octubre de 1931 una gran reunión en Bad Harzburg.

14 Las disensiones internas en Alemania. Vendando a los camaradas heridos en una lucha callejera.



Enero 1933



Febrero 1933



Septiembre 1934

15 1932, año de elecciones. El entonces canciller von Papen sale del local electoral el 31 de julio de 1932. Este año registró, tras la gran inestabilidad gubernamental –14 cancilleres desde 1919– y el aumento del paro, un gran trasiego de electores.

16 Primer gabinete de Hitler. Los hombres del nuevo Gobierno alemán. Bajo la presidencia de Adolf Hitler, como canciller, se formó el 30 de enero de 1933 un «Gobierno de concentración nacional».

17 El Reichstag en llamas. El 27 de febrero de 1933 ardió el edificio del Reichstag. El holandés van der Lubbe fue sorprendido en flagrante y detenido. Confesó haber sido el autor del incendio.

18 Congreso del partido en Nuremberg. Desfile ante Adolf Hitler con motivo del VI Congreso, en el mes de septiembre de 1934.

...ünchner Netteste Nachrichten

...chachts-, Feigen-, Deck- und Sand-Blatt, Hohn und Spott, Fröhlicher Beobachter und Kunst-Honig

Faschingszeitu...

Die Faschingszeitung Europas, Bayerns und Süddeutschlands, sowie anderer Berliner Vororte. Ausgabe für Genf in Rollenform. Nächste Briefadresse: Dachau. Ohne Moralin-Säure hergestellt! Fernruf: 1 2 3 G'suffa!

Vor Aschermittwoch 1937

Nr. 00

Los humoristas fueron mas allá de lo permitido: incluso la cabecera del periódico pareció excesiva a los nazis.

Caperucita roja

En febrero de 1937 el Ministerio de Propaganda tuvo la idea de conceder libertad de expresión durante los días de Carnaval. Fiados en ello, algunos escritores osados compusieron el «Münchner Nettesten Nachrichten 1937» («Las noticias más agradables de Munich, 1937»). El éxito fue inmenso. En toda Alemania la gente se disputaba el periódico. Esto despertó el recelo de los caballeros del Gobierno. Leyeron y quedaron mudos de asombro. Se produjo la consiguiente sanción de los responsables. Desde ese momento la publicación pasó a formar parte de los tesoros de la propaganda clandestina. Como ilustración del hecho traemos a nuestras páginas la «Caperucita roja» según el texto original de 1937.

Había una vez en Alemania, hace muchos, muchos años, un bosque todavía no talado por el Servicio del Trabajo, y en este bosque vivía un lobo. Un hermoso domingo, exactamente el día de acción de gracias por la cosecha, una pequeña militante de la Federación de Muchachas Alemanas se adentró en el bosque. En la mano llevaba una cestita con un paquete de ayuda social y una botella de vino. De pronto se encontró con el lobo feroz. Iba cubierto con una piel parda para que nadie pudiera descubrir su raza y propósitos. Caperucita roja no pensó nada malo porque sabía que todos los sujetos peligrosos estaban internados en los campos de concentración y creyó tener ante sí a un simple perrito. «¡Heil, Caperucita roja!», dijo el lobo. «¿A dónde vas?» Y Caperucita roja le respondió: «Voy a visitar a mi abuelita a la residencia de ancianas». «¿De verdad?», replicó el lobo. «Entonces llévale un ramillete de esas flores con las que ha adornado el bosque el Servicio para la belleza del trabajo forestal». Caperucita le hizo caso y empezó a formar un precioso ramo de flores. El lobo, mientras tanto, corrió a la residencia de ancianas, devoró a la abuelita, se puso sus ropas, se colocó la insignia de la organización y se metió en la cama.

Poco después llegó Caperucita y preguntó: «¿Qué tal, querida abuelita? ¿Cómo estás?» El lobo procuró imitar el puro acento germánico y respondió: «Muy bien, hija mía». Caperucita volvió a preguntar: «¿Por qué hablas hoy con ese acento tan raro?» El lobo replicó entonces: «Es que la clase de oratoria me ha fatigado un poco». «Pero, abuelita, ¡qué orejas tan grandes tienes!» «Son para oír mejor lo que murmura el lechero». «¡Qué ojos tan grandes tienes!» «Son para observar mejor lo que hace la gente». «¡Qué boca tan grande tienes!» «Ya sabes que formo parte del grupo cultural». Y dichas estas palabras atrapó a la pobre Caperucita, la devoró y se echó a dormir sin el menor sentido de la responsabilidad. No tardó mucho en roncar. Al poco pasó por allí cerca el montero del distrito y al oír el ronquido se dijo: «¿Cómo puede una abuela aria roncar de esa manera tan indigna de la raza?»

Y al acercarse más descubrió que era el lobo. Lo mató. Abrió su vientre y se encontró dentro de él, todavía con vida, a la anciana y a la niña. ¡Qué gran alegría! El lobo fue entregado al departamento de productores de la alimentación y su carne se guisó en su propia salsa. El montero fue autorizado a llevar sobre su solapa una insignia con un lobo de oro; a Caperucita la ascendieron a subjefe de grupo de la Federación de Muchachas y la abuelita fue invitada a un crucero de descanso en uno de los buques de «Fuerza por la Alegría».

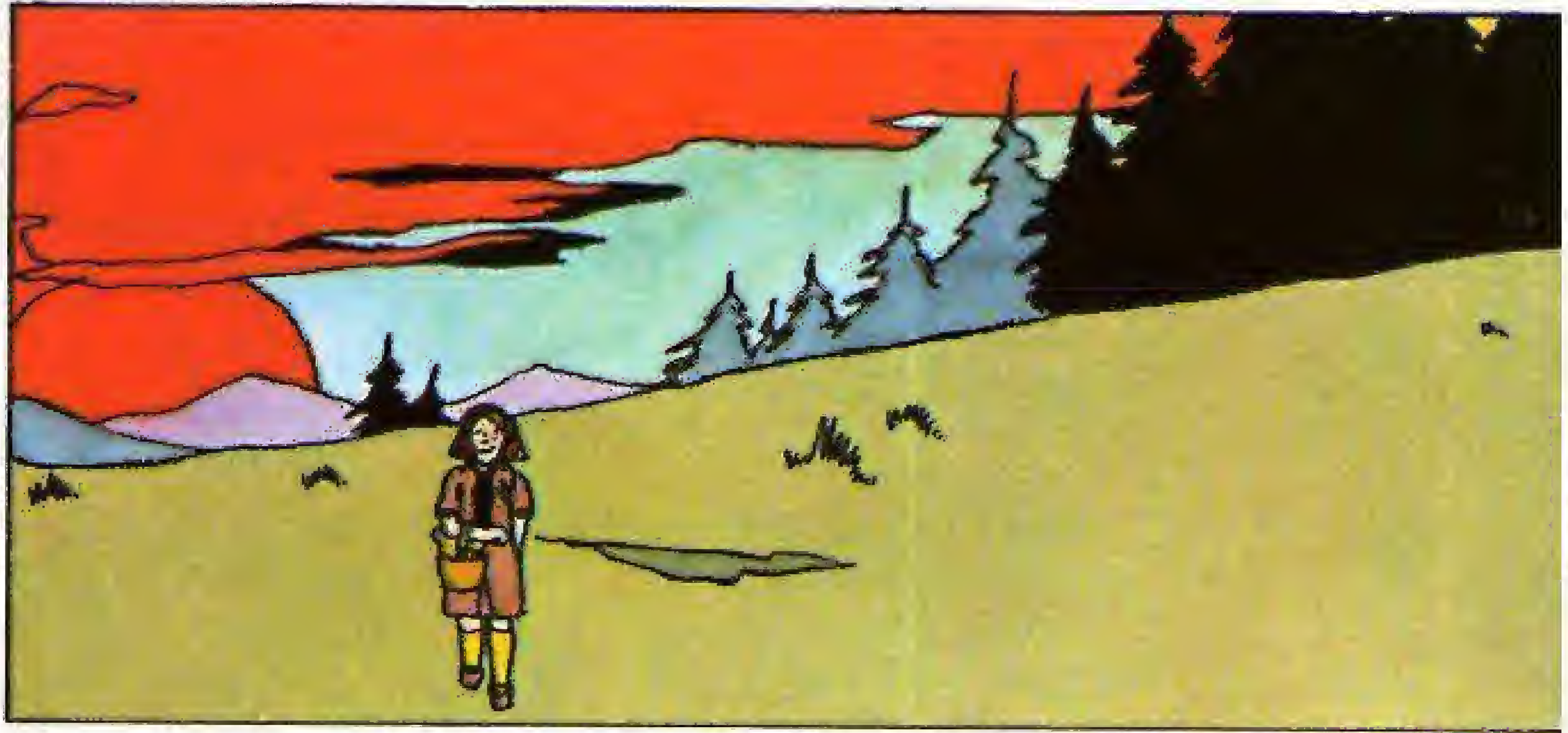
Si en aquel tiempo hubiera habido historietas para niños, el cuento de Caperucita roja hubiese sido ilustrado más o menos como lo intenta, en las dos páginas siguientes, Gabriele Richter. ▷

Aus den „Münchner Nettesten Nachrichten" 1937

Das Rotkäppchen



gezeichnet von: Regina Richter

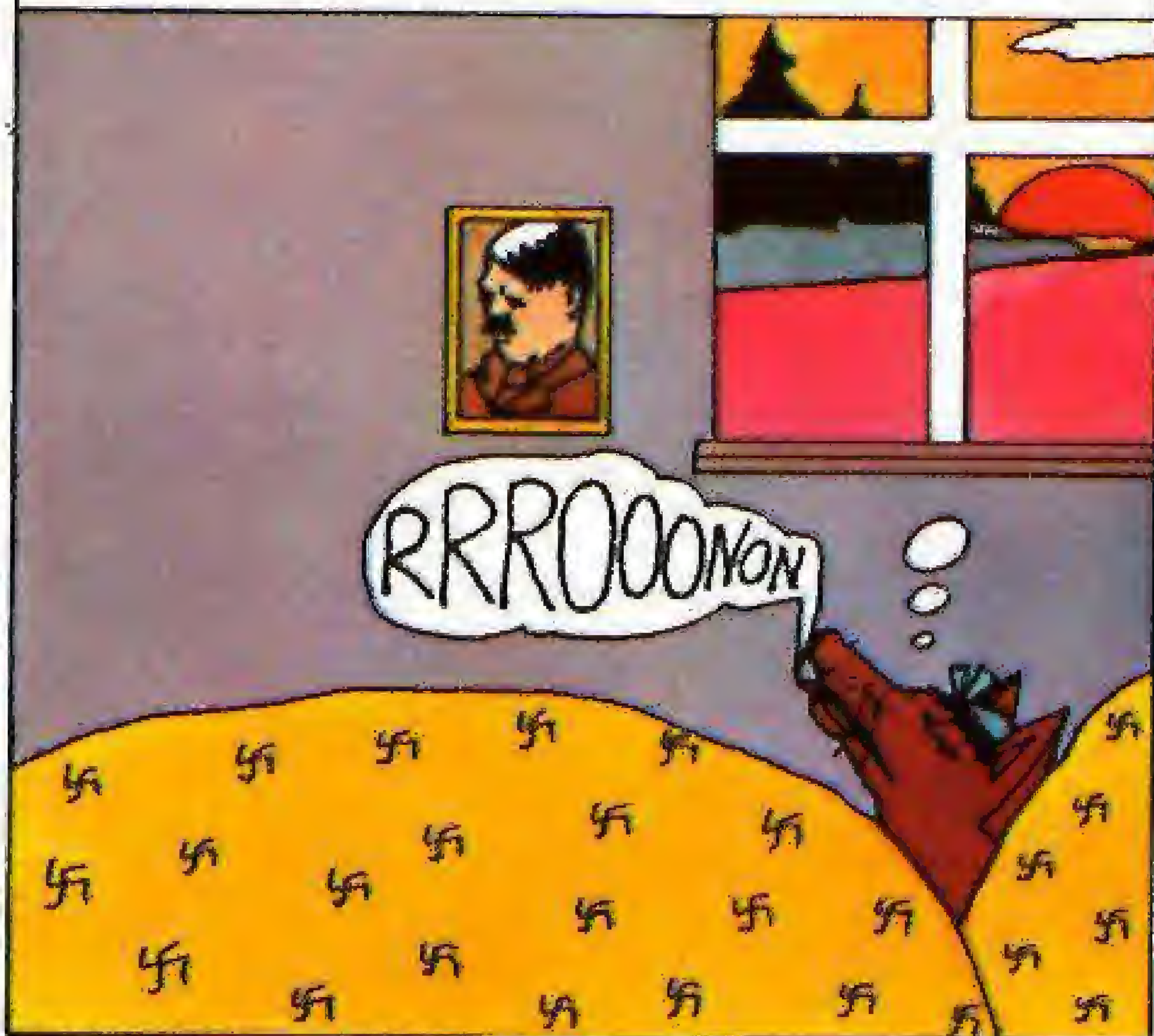








MIENTRAS, EL LOBO CORRIÓ AL ASILO, DEVORÓ A LA ABUELITA, SE PUSO SUS ROPAS Y SE ACOSTÓ EN SU CAMA......











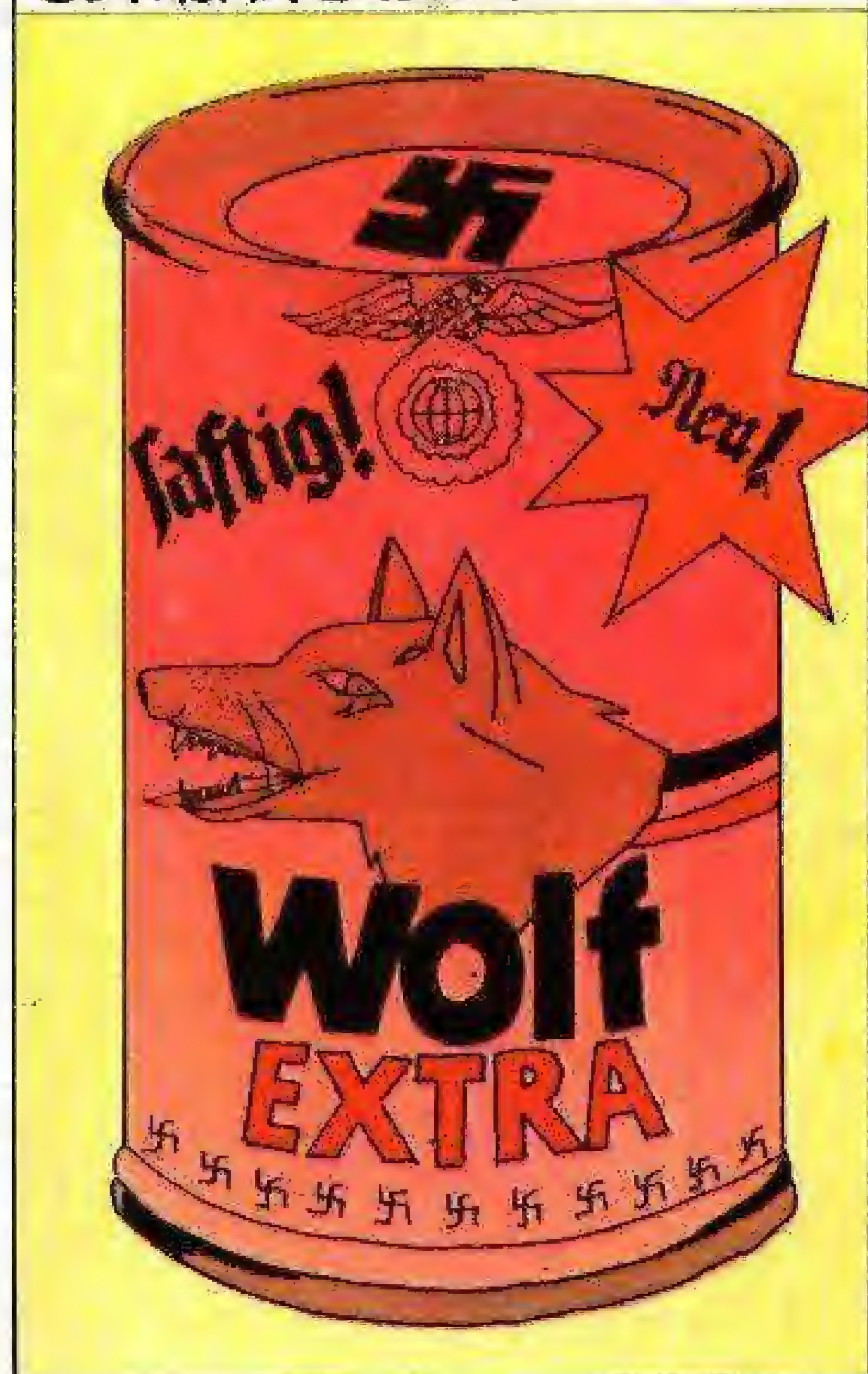

HUUAAAN
YA SABES QUE SOY DEL GRUPO DE CULTURA
PERO, ¡QUE BOCA TAN GRANDE TIENES!

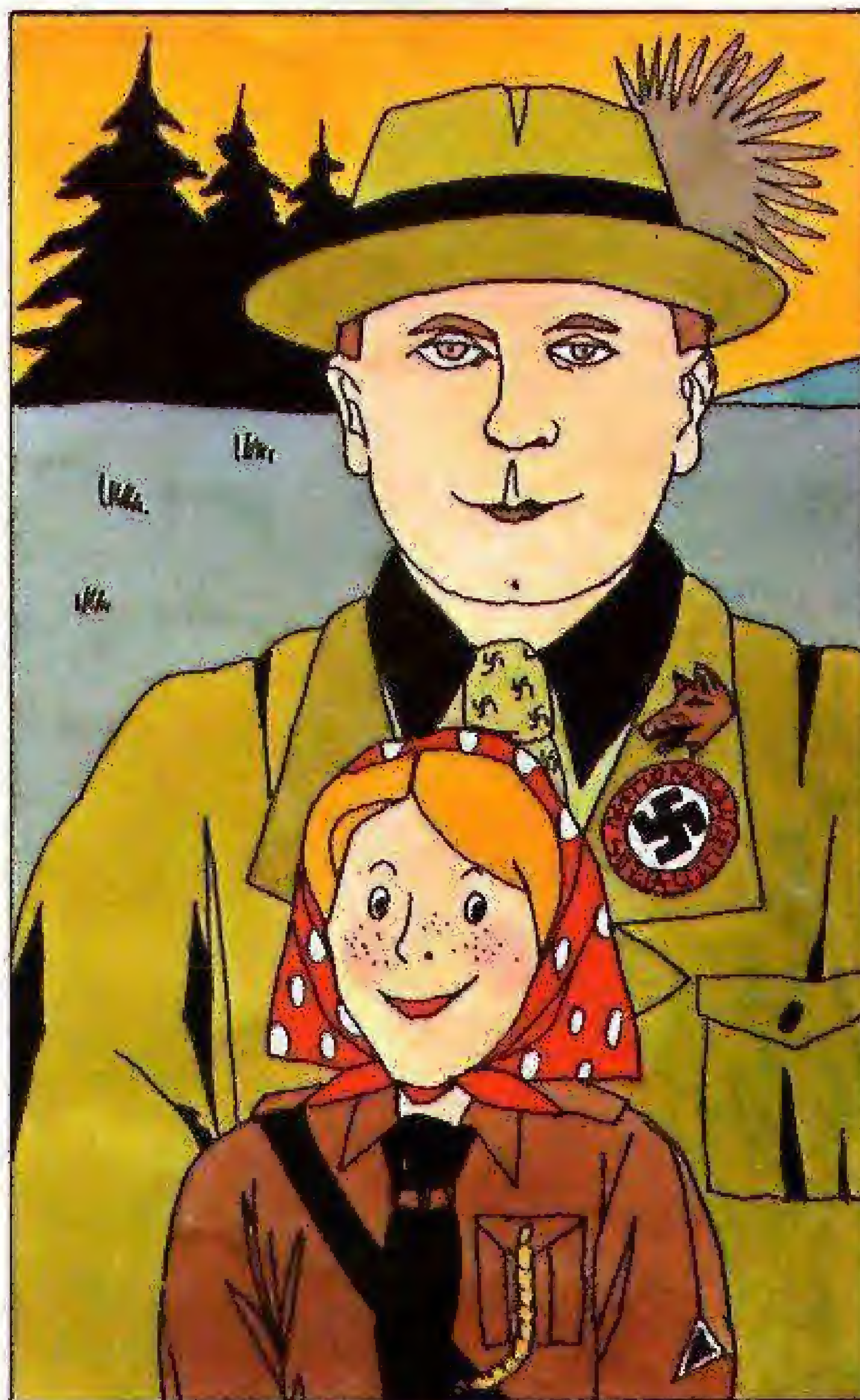

POCO DESPUÉS EL LOBO DEVORÓ A CAPERUCITA Y CAYÓ EN UN PROFUNDO SUEÑO......
¿COMO PUEDE UNA ABUELA ARIA RONCAR CON ACENTO TAN EXTRANJERO?
?
BBZZZZZ


¡BANG!
¡AAAY!


DESPUÉS DE QUE EL CAZADOR MATÓ AL LOBO, LE ABRIÓ EL VIENTRE Y DE ÉL SALIERON SANAS Y SALVAS LA ABUELITA Y CAPERUCITA.


¡HURRA!
HEIL!
HEIL!


EL LOBO FUE ENTREGADO A LA CENTRAL DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS DEL REICH Y GUISADO EN SU PROPIA SALSA.
saftig!
Neu!
Wolf
EXTRA




Y LA ABUELITA PARTIÓ CON EL "KdF."...
¡¡HASTA LA VISTA!!


FIN



Nostalgia alemana, tierra alemana, hombres alemanes, cultura alemana: títulos con los que martilleaban constantemente la mente del pueblo, para convencerlo de que la ocupación del territorio de los Sudetes, de Gablonz y Auscha, Karlsbad y Eger, Hohenfurt y Znain, equivalía a una liberación tras 20 años de esclavitud. La revista berlinesa «Die Woche» dedicó un número extraordinario a glosar el dorado futuro que esperaba a los Sudetes alemanes.

Desde ahora Protectorado

El mundo entero contuvo el aliento y pensó que la guerra era inevitable. Una invasión alemana en tierras checas no la tolerarían ni el Gobierno de Praga, ni sus aliados, Inglaterra y Francia. Los mejor informados daban por hecho que incluso la Unión Soviética no permanecería inactiva. El Ejército checo había sido movilizado. Hitler, sin embargo, parecía dispuesto a llevar su empresa adelante. El primer ministro británico, Chamberlain, por primera vez en su vida, tomó un avión para viajar a Alemania. Sin duda quería intentar de nuevo poner el mundo a salvo de una segunda conflagración. Para lograrlo trataría de apaciguar y prometer, pero en ningún caso amenazar o engañar.

El 29 de septiembre de 1938 cuatro hombres hacían la historia universal de espaldas a un pueblo indefenso: dos dictadores, Hitler y Mussolini, y dos demócratas, Chamberlain y Daladier, firmaron el Tratado de Munich. Sobre la base de un acuerdo internacional las tropas alemanas se pusieron en marcha. Checos y eslovacos pagaron las consecuencias. Los EE UU de Norteamérica protestaron verbalmente. La Unión Soviética no dijo nada.

Cualquiera que hable hoy con testigos checos de los sucesos de aquellos días oirá de sus labios tan sólo dos palabras: sorpresa y decepción. Fracasó el esfuerzo del Gobierno de Praga por seguir manteniendo unidas las cuatro nacionalidades. Fracasó el sistema europeo de seguridad colectiva, que tantas veces se habían comprometido a salvaguardar Londres, París y Roma. Se vio defraudada la confianza de un pueblo en las promesas de sus amigos y en los tratados internacionales. Y fracasó algo más: la única conspiración militar viable contra Hitler. Un grupo militar con el ex jefe del Estado Mayor, Beck, y el coronel del servicio de información militar, Oster, entre otros, estaba dispuesto a acabar con Hitler y a tomar el poder en el momento en que el *Führer* y canciller se viera abocado a una segunda Guerra Mundial por culpa de la crisis de los Sudetes. Después del acuerdo el peligro de la guerra pareció soslayado. Hitler surgió como un hombre providencial. Nadie en aquel momento hubiese comprendido la acción de los conspiradores. Profundamente desilusionado, Oster renunció al complot.

Muy pronto el gran semanario norteamericano «Time» ratificó a la oposición en sus temores, al escribir que la «unidad alemana» era el fruto de una gran energía y de una extraordinaria planificación, subrayando que «en cualquier caso el movimiento nazi contaba con una base popular». La redacción eligió al híbrido y dinámico Hitler «Hombre del año 1938», profetizando que después de la ocupación del territorio de los Sudetes no se retiraría a descansar a su casa en el Berghof, sino que podría hacer de 1939 un año memorable.

Efectivamente, los acontecimientos se precipitaron: en la llamada «noche de los cristales», el nacionalsocialismo volvió a dejar sentado su punto de vista ideológico. Y con la ocupación del resto de Checoslovaquia atestiguó sus propósitos expansionistas.

La dilatación del Reich alemán tenía que seguir adelante.

EL ATAQUE A PRAGA

POLITICA EXTERIOR NS (V)

WULF C. SCHWARZWÄLLER

Martes, 15 de marzo de 1939. Desde por la mañana ondea la bandera nazi en el Castillo Hradschin, de Praga, un día residencia de los reyes de Bohemia y desde 1918 del presidente de la República. En las primeras horas del día, unidades motorizadas del Ejército alemán han ocupado la capital. A las 4 de la tarde junto a la bandera es izado el estandarte del «Führer» y canciller del Reich alemán. Adolf Hitler acaba de llegar al Hradschin. Desde allí contempla como un triunfador «la ciudad de oro» a sus pies.

Checoslovaquia ha dejado de existir. El resto, Bohemia y Moravia, han pasado a ser «protectorados autónomos» bajo el amparo del Reich alemán.

Un año antes, casi exactamente, había dicho Göring al plenipotenciario checo Mastny: «Le doy a usted mi palabra de honor, como oficial que soy, de que Alemania ni ahora ni en el futuro atacará la independencia de Checoslovaquia».

En el momento de empeñar Göring su palabra se había alzado ya el telón sobre el drama que convertiría el Estado Libre de Checoslovaquia, situado en el corazón de Europa, en un protectorado del Reich alemán. Guión y dirección: Adolf Hitler. Artistas y comparsas: los jefes de los Gobiernos europeos. Decoración: el temor al fantasma de una segunda Guerra Mundial.

El 15 de septiembre de 1938 Hitler ganó la primera baza en el juego sobre Checoslovaquia. El primer misnistro británico Chamberlain vino a negociar con él al Obersalzberg.



Prólogo: 1918-1938

1918. Tras la separación de los Estados de la monarquía austro-húngara, se forma uno nuevo en el centro de Europa: la República de Checoslovaquia. En él convivirán 6,5 millones de checos, 3,25 millones de alemanes, 3 millones de eslovacos, 700.000 húngaros, 400.000 rutenos y 70.000 polacos. Se desperdicia la posibilidad de otorgarle una constitución cantonal similar a la suiza con amplia autonomía para las diferentes lenguas. Sólo los eslovacos, con muchos obstáculos, se aproximarán a ella. El resto de los otros pueblos son considerados «minorías», con todos los derechos civiles, pero no como Estados.
1933. En el momento en que Hitler se hace cargo del poder en Alemania, Checoslovaquia se encuentra en la peor fase de la crisis económica mundial. En especial las regiones industriales, habitadas por alemanes, han sido declaradas «zonas de emergencia». De Praga llega poca ayuda. Los sudetes alemanes comienzan a menospreciar a los partidos oficiales checoslovacos. La Alemania de Hitler empieza a ejercer sobre ellos una fuerte atracción. Bajo la dirección del monitor de gimnasia Konrad Henlein se forma el partido sudete alemán (SdP). Por el momento su meta no es la integración sino la «autonomía». El objetivo de Hitler es colocar al partido bajo su mando, para lo cual ha comenzado a financiarlo en secreto.
1938. El SdP es el partido más importante de Checoslovaquia. Desde hace tres años, en total dependencia de Berlín, el SdP está dispuesto a hacer lo que el *Führer* ordene. Henlein «el sincero y honesto profesor alemán de gimnasia» como le llamó una vez Masaryk, es el representante del *Führer* y su organización se ha convertido en el caballo de Troya que debe acabar con Checoslovaquia. Se alza el telón de la tragedia.

Acto primero

28 de marzo de 1938. En Berlín, a puerta cerrada, Konrad Henlein negocia durante tres horas con Hitler, Ribbentrop y Hess. Hitler expone a Henlein el programa. El SdP debe plantear exigencias inadmisibles para el Gobierno checo. Debe exigirle tanto que en ningún caso pueda quedar satisfecho.
El verdadero objetivo de Hitler está decidido desde el 5 de noviembre de 1937: acabar con Checoslovaquia e integrar a su pueblo en el Reich. Henlein, por su parte, antes de emprender el viaje a Londres, donde el 12 de mayo se entrevistará con sir Robert Vansittart, recibe la orden de «negar que actúa de acuerdo con Berlín». Su obligación consiste en dejar entrever que lo único que desea el *Führer* es que se haga justicia a los alemanes de Checoslovaquia.
La misión se ve coronada por el éxito más completo. Desde Londres telegrafía el embajador alemán Dirksen: «Lord Halifax me ha comunicado que en breve se darán en Praga los pasos necesarios para conseguir que Benes se muestre comprensivo y acceda a los deseos de los sudetes alemanes».
El Gobierno de Praga está dispuesto a negociar. Pero, de repente, Hitler no tiene el menor deseo de ello. La negociación puede, quizás, abocar a un arreglo y echar a pique su plan: la anexión. En vez de esto presiona sobre Henlein. El 17 de mayo pide informaciones precisas sobre la llamada «línea Maginot checa», que se extiende a lo largo de la frontera.

Acto segundo

Viernes, 20 de mayo de 1938. Comienza un fin de semana que sacudirá de sobresalto y miedo a las capitales europeas. Hitler mismo se siente perplejo y desolado. Todo debido a un acontecimiento con el que no contaba: el Gobierno checo ha ordenado la movilización parcial y llamado a filas a los reservistas.
Hitler no tiene todavía previsto un plan de ataque. La movilización checa le intranquiliza. Lord Halifax envía al *Führer* un telegrama personal conjurándole a salvaguardar la paz. Francia, por su parte, anuncia que se movilizará, si las tropas alemanas cruzan la frontera checa; pero, al mismo tiempo, el primer ministro Daladier hace saber al embajador alemán que Francia no consentirá la presencia en Europa de «hordas de cosacos y mongoles». Advertencia a la Unión Soviética, aliada de Francia, para que se mantenga al margen del conflicto checo.
Es el momento de que Hitler juegue el papel del ofendido. Los rumores sobre el movimiento de tropas resultan falsos. Berlín califica la movilización checa de «inadmisible provocación». Con no poco asombro, Hitler recibe el favor de un hombre con cuya benevolencia no habría contado nunca. En un artículo periodístico escribe Winston Churchill: «Sin el buen abogado de una potente Alemania no podrían nunca los sudetes alemanes defender su causa».
Pese a todo, la indignación no abandona a Hitler durante todo el fin de semana. Acostumbrado a engañar a los demás, esta vez se siente engañado él mismo. Todo hace suponer que, bajo la presión británica, Praga terminará aceptando una solución aceptable al problema de la autonomía de los Sudetes. La crisis de mayo ha sido un descalabro. Hitler tiene que cambiar de táctica.

Acto tercero

Junio de 1938. Guiado por Berlín, el SdP de Henlein presenta al Gobierno de Praga, con carácter de ultimátum, un memorándum sobre un sistema cantonal a imitación del suizo, como nuevo régimen constitucional para Checoslovaquia. Benes lo rechaza. Teme que tal modelo suponga el fin de la república. Hitler aprovecha para hacer de Benes una «cabeza de turco» ante la opinión mundial. El 12 de junio, durante una gran concentración celebrada en Stettin, proclama por boca de su lugarteniente Hess: «Checoslovaquia, que debe su existencia a la trampa del Tratado de Versalles, se ha convertido en un foco peligroso para la paz de Europa. Ese Estado no parece estar en condiciones de mantener la tranquilidad y el orden dentro de sus fronteras». Este tono encuentra en Londres el eco esperado. Con objeto de «hacerse sobre el terreno con una imagen real del problema», Chamberlain envía como observador a Checoslovaquia a lord Runciman, conocido por su germanofilia. Por su parte, el primer ministro británico recibe de nuevo a Konrad Henlein en Londres y mantiene con él una larga conversación.
En Francia la opinión pública se muestra cada vez más comprensiva con los sudetes alemanes. «No se pueden sacrificar 10 millones de seres humanos en una guerra para luego prohibir a 3,5 millones de alemanes que se unan a su país», afirma el ministro francés de Asuntos Exteriores, Bonnet.
5 de septiembre. El presidente Benes convoca en el Hradschin a los líderes de los sudetes alemanes, Kundt y Sebekovsky. Les pide que le entreguen por escrito la relación completa de sus reivindicaciones. «Serán satisfechas, cueste lo que cueste», asegura Benes. Aterrorizado Karl Hermann Frank, representante de Henlein, constata: «Dios mío, pero si nos lo han aceptado todo». Berlín da la orden a los sudetes de romper la negociación con Praga.
12 de septiembre. En el acto de clausura del Congreso del partido celebrado en Nuremberg, ante las masas allí reunidas, afirma el *Führer*: «La indigencia de los sudetes alemanes no tiene nombre. Pero no están indefensos, ni abandonados».
En el territorio de los Sudetes estalla un alzamiento. El Gobierno de Praga proclama el estado de excepción y envía tropas. Henlein huye a Bayreuth, dejando tras de sí una proclama: «La única solución posible es la integración del territorio de los Sudetes en Alemania». El primer ministro francés Daladier



Carteles electorales de la época anterior al tratado de Munich: arriba, un cartel del partido sudete alemán de Konrad Henlein. En la página siguiente aparece uno checo: «Los trabajadores y trabajadoras checos votan socialdemócrata».

Praga se somete

Obligado por las circunstancias y ante la presión exterior de los Gobiernos francés e inglés, el Gobierno de la República checoslovaca acepta la proposición franco-británica... Con tristeza constata el Gobierno checo que durante la redacción de la propuesta, no ha sido siquiera consultado...

(Nota del Gobierno checoslovaco a las potencias occidentales, del 21-IX-38)

insta a Chamberlain a que se ponga inmediatamente de acuerdo con Hitler. 14 de septiembre. Chamberlain envía a Hitler el siguiente telegrama: «En vista de la cada vez más crítica situación, estoy dispuesto a ir a visitarle con objeto de intentar una solución pacífica. Le propongo viajar por avión y estoy dispuesto a partir mañana. Comuníqueme, por favor, lugar y hora del encuentro. Le agradecería mucho una respuesta rápida».

Acto cuarto

Jueves 15 de septiembre. Al amanecer abandonaba el primer ministro británico su residencia londinense de Downing Street. Por primera vez en su vida, a los 69 años, iba a tomar un avión. Después de un tempestuoso vuelo, durante el que se sintió mal varias veces, aterrizó en Munich hacia el mediodía. De Munich a Berchtesgaden Chamberlain fue por ferrocarril. Durante el viaje, de tres horas, pudo ver convoyes de tropas y material de guerra apartado en alguna vía muerta. A las 4 de la tarde –Chamberlain llevaba ya 12 horas en pie– recibía Hitler al primer ministro en las escaleras del Berghof. Los fotógrafos han dejado buen testimonio de esta escena. Hitler aparece dos escalones por encima del británico. El gesto era humanamente tan descortés como políticamente calculado.

Después de unas primeras palabras de saludo, Hitler entra en materia inmediatamente: «No temo una guerra mundial. He consentido hasta el límite. Nada hará cambiar mi decisión.» Chamberlain replica amargamente: «Si está usted decidido, señor canciller, a resolver la cuestión por la violencia, ¿por qué ha consentido en que hiciera este viaje? No he hecho más que perder mi tiempo, y nada mejor podría hacer ahora que regresar inmediatamente a Londres».

Hitler duda. Cambia repentinamente. Se da cuenta de que no puede proceder con Chamberlain como con Schuschnigg. Durante la conversación logra que Chamberlain se muestre de acuerdo en que se debe consentir a los sudetes alemanes su determinación de integrarse en el Reich. Chamberlain tenía que lograr la conformidad de su gabinete y la del gabinete francés, pero se mostró esperanzado. Prometió volver con una respuesta y pidió a Hitler su palabra de que hasta entonces no tomaría ninguna medida militar. Hitler accedió. De regreso a Londres, Chamberlain confiaba en Hitler. «Mi impresión es que he tenido ante mí a un hombre de cuya palabra se puede uno fiar». El mismo día escribía Mussolini en el «Popolo d'Italia»: «Benes ha perdido la carrera».

Con la ayuda de las SS y de la *Wehrmacht* Konrad Henlein formó en Bayreuth un cuerpo de voluntarios: la legión de los sudetes. El 17 de septiembre la legión ocupó las localidades fronterizas de Eger y Asch. Al resto del territorio fueron enviados guerrilleros. Su misión era la de «mantener el país en vilo, provocar incidentes, mantener a las gentes fuera de sí».

Incitada por Berlín, Polonia pedía el 21 de septiembre una consulta popular en la parte checa de Checoslovaquia, en la que vivía una importante minoría polaca. Las tropas polacas se concentraron en la frontera. Hungría, a su vez, envió tropas a la frontera con Eslovaquia y a los Cárpatos ucranianos. En toda Europa se palpaba una enorme inquietud.

El 22 y 23 de septiembre se reunieron en Bad Godesberg Hitler y Chamberlain. Hitler se albergó en el hotel Dreesen; Chamberlain, al otro lado del Rhin, en el hotel Peteesberg. Cada vez que iba a entrevistarse con Hitler el político británico se veía obligado a utilizar una lancha.

En su opinión, Chamberlain traía a Hitler una buena noticia: «Los Gobiernos de Inglaterra, Francia y Checoslovaquia estaban de acuerdo en que los Sudetes se incorporaran al Reich».

Hitler dejó entonces caer la bomba: «Lo siento mucho, Mr. Chamberlain; pero esa solución ya no es posible».

Chamberlain se puso rojo de indignación y de sorpresa: «Debo decir con toda razón que recibe usted de mí lo que me pidió. Para conseguirlo he puesto en juego mi carrera política».

Hitler: «Los checos deben abandonar todos los territorios pertenecientes a otras minorías antes del 28 de septiembre».

Chamberlain regresó amargado y desilusionado. Lo único que logró fue que Hitler aplazara el día X hasta el 1 de octubre. Hitler le había prometido además: «Es mi última reivindicación territorial en Europa».

La respuesta de Praga al ultimátum de Bad Godesberg fue la movilización general. El *Führer* replicó exigiendo una respuesta a su memorándum antes de 28 de septiembre, a las 14 horas. Este era el último plazo.

A las 11,40, dos horas antes de que expire el ultimátum, el embajador italiano, Attolico, se precipita sin la menor consideración protocolaria en el despacho de Hitler. Mussolini le pide que no movilice. Tiene la aceptación de los jefes de Gobierno de Francia e Inglaterra para reunirse en Munich al día siguiente y tratar el problema de Checoslovaquia. Hitler se muestra de acuerdo.

Así, Hitler recibía 24 horas más tarde, en la misma capital bávara en la que había iniciado su carrera política por

Göring sobre el Tratado de Munich, después de la derrota de 1945

«Todo salió según el esquema "F". Ni Chamberlain, ni Daladier tenían el menor interés en sacrificar ni arriesgar algo por salvar a Checoslovaquia. Para mí la cosa estaba clara como la luz del sol. La suerte de Checoslovaquia se jugó en menos de tres horas. Después estuvieron discutiendo durante más de cuatro horas sobre la palabra "garantía". Chamberlain se mantenía alejado. A Daladier le daba igual. Estaba allí, eso era todo. De vez en cuando afirmaba con la cabeza. Ni una sola palabra contra algo. Yo estaba admirado de la facilidad con que Hitler imponía su voluntad. Sabían que Skoda poseía en la región de los Sudetes una fábrica de municiones y que los checos dependerían en adelante de nuestra buena o mala voluntad. Cuando propuso que cierto material de guerra concentrado en la frontera pasara a los Sudetes una vez que nosotros hubiéramos ocupado el territorio, creí que estallaría la explosión, pero nadie levantó la voz. Conseguimos lo que queríamos sin la menor oposición, de la forma más sencilla. Ni siquiera pidieron que los checos se retiraran paulatinamente: nada. Al final el plenipotenciario francés dijo: "Ahora debo ser yo quien lleve la sentencia a los condenados". Eso fue todo. La cuestión de la garantía quedó resuelta abandonando en manos de Hitler la seguridad del resto de los checos. Pese a que sabían de sobra lo que ello significaba».

(Del «Nurnberger Tagebuch» de G. M. Gilbert, perito psicólogo durante el Proceso de Nuremberg contra los criminales de guerra.)





Triunfo personal de Hitler

El prestigio de Hitler en Alemania crecía por momentos. Al alivio que suponía haber evitado la guerra, se unía la satisfacción por los beneficios conseguidos con tan poco esfuerzo.

En el extranjero el efecto no fue menos sensacional. En su famoso discurso del 5 de octubre de 1938, Churchill resumía así el tratado de Munich: «En Berchtesgaden, pistola en mano, se exigió una libra esterlina. Cuando se entregó en Bad Godesberg, se nos dio a conocer la nueva exigencia de dos libras... Al final el dictador se conformó con 1,75 y una letra a cuenta de una futura buena voluntad... Nos encontramos ante un infortunio de primer orden».

La anexión de Austria y de los Sudetes en sólo seis meses significaba la victoria de los métodos de lucha política que Hitler había venido aplicando con singular constancia durante los últimos cinco años. Su diagnóstico de que las democracias occidentales eran débiles y carecían de solidaridad para formar un frente unido contra él, se reveló como cierto. A los cinco años de su subida al poder, Hitler había conseguido que Alemania pasara de uno de los puntos más bajos de su historia a ser una gran potencia europea Y todo ello sin guerra y con la aprobación de Francia e Inglaterra. La táctica de la legalidad había sido rentable. Había proporcionado buenos intereses, tanto dentro como fuera del Reich.

Para Hitler constituyó un triunfo sonado que el primer ministro británico volara dos veces a Alemania como intermediario y, la tercera, junto con los jefes de los Gobiernos francés e italiano, recorriera media Europa para entrevistarse con él. Tuvo que constituir una inmensa satisfacción para el "Führer" el que veinte años después de la primera Guerra Mundial, en la misma ciudad en cuyas calles había empezado su carrera de agitador, pudiera imponer sus condiciones a los vencedores de 1918.

(Alan Bullock: Hitler, estudio sobre la tiranía)

cafés y cervecerías, a los jefes de Gobierno de Inglaterra, Francia e Italia. Al más interesado, al representante checo, no se le dejó participar en la discusión. Se quedó esperando la sentencia en el hotel Palast.

Poco después de la una se pronunció el fallo. El Ejército alemán ocupará entre el 1 y el 10 de octubre el territorio que le ha sido asignado. Hitler y Mussolini encargaron a Inglaterra y Francia, aliados de Checoslovaquia, que se lo comunicaran al representante checo, que luchaba por contener las lágrimas. Chamberlain volvió a Londres en triunfo. «Ningún conquistador ha sido jamás recibido con tanta pompa tras una victoria en el campo de batalla», escribiría el «Times». «Hemos salvado la paz de nuestra época», gritó Chamberlain a la jubilosa muchedumbre. Y cuando Churchill afirmó en el Parlamento: «Hemos sufrido una derrota total», las protestas duraron más de un minuto.

El 1 de octubre las tropas alemanas entraron en Karlsbad, en Pilsen; ocuparon los más importantes puntos industriales checoslovacos. Los polacos ocuparon también la parte checa; mientras que los húngaros obtenían doce mil kilómetros cuadrados de Eslovaquia. El 5 de octubre, el presidente Benes abandonó su cargo y se exilió a Londres. La mutilada e indefensa Checo-Eslovaquia, como se empezó a escribir el nombre de la república, recibió un Gobierno pro-germano y de tendencia fascista. Se hizo cargo de la presidencia el doctor Emil Hacha, de 66 años, presidente del tribunal supremo, que, según propia declaración, «jamás había estado interesado en la política».

Muchos sudetes no nacionalistas huyeron a la parte checa libre, pero el Gobierno de Praga hubo de entregarlos al alemán. Algunos, como el socialdemócrata Wenzel Jaksch, logró fugarse a Inglaterra. Allí rogó al Gobierno británico que concediera visados a los sudetes demócratas. Los ingleses se negaron a ello. Miles de sudetes alemanes antinazis fueron a parar a los campos de concentración. Para la mayor parte de ellos la hora de la libertad sonó demasiado tarde.

Acto quinto

12 de enero de 1939. El ministro checoslovaco de AA. EE., Chvalkowsky, escribe a su colega alemán: «Mi Gobierno está dispuesto a demostrar su lealtad esforzándose en satisfacer los deseos alemanes». Y nueve días más tarde, con una obsequiosidad tragicómica, decía al mismo Hitler: «En lo que se refiere a la política exterior, Sr. Canciller, queremos colaborar estrechamente con Alemania, si usted lo permite».

En Munich, Hitler había prometido salvaguardar la independencia de la Checoslovaquia no ocupada. El 28 de febrero de 1939 respondía, sin embargo, a una nota verbal de los gobiernos francés e inglés: «Todavía no ha llegado el momento de una garantía alemana. Alemania desea que se aclare primero la situación interior de Checoslovaquia».

Dos semanas más tarde se produjo la «aclaración». Sábado, 12 de marzo de 1939: Karol Sidor, primer ministro eslovaco, sucesor de Josef Tiso, apartado de su puesto por el presidente Hacha por sus tendencias separatistas, reúne a su gabinete en Pressburg. A las diez de la noche se presentan siete hombres en la sala: el ex canciller austríaco, Seyss-Inquart, el *Gauleiter* de la Baja Austria, Josef Bürckel y cinco generales alemanes. El grupo exige de los ministros que proclamen la independencia de Eslovaquia; en caso contrario el *Führer* perdería su interés por la existencia del país y no se opondría a que fuera anexionada por Hungría. Ante la duda de Sidor, el depuesto Tiso, sin la menor consideración constitucional, volvió a hacerse cargo del gobierno. Inmediatamente emprendió vuelo a Berlín para entrevistarse con Hitler. El 14 de marzo Tiso proclamaba la independencia de Eslovaquia y colocaba al nuevo Estado bajo la protección del Reich alemán. La región de los Cárpatos ucranianos aprovechó para proclamarse a su vez república independiente.

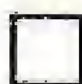
Checoslovaquia entra en agonía. En un intento por salvar lo aún salvable, el presidente Hacha pidió una audiencia a Hitler. Acompañado de su ministro de AA. EE., Chvalkowsky, llegó a Berlín por ferrocarril la noche del 14 de marzo. Con ellos viajaba también una hija del presidente para atender a éste, enfermo del corazón. En la estación se encontraba formada una compañía de honor. A recibir a los viajeros acudió el ministro alemán de AA. EE., von Ribbentrop, que entregó a la hija del presidente Hacha un hermoso ramo de flores. La mejor suite del hotel Adlon se había reservado para los ilustres huéspedes de Praga. Adolf Hitler envió a la señorita Hacha una gigantesca caja de bombones.

Hasta la 1,15 del 15 de marzo no fueron recibidos por Hitler, en su despacho de la nueva Cancillería, el presidente Hacha y su ministro. Junto al *Führer* se encontraban además Ribbentrop, el mariscal Göring y el general Keitel, jefe del Estado Mayor de la *Wehrmacht*. El presidente Hacha conocerá todavía a otro personaje: Morel, el médico personal del *Führer*. Para Hacha la presencia del médico no tardará en ser de gran importancia.

Pálido como un muerto, el presidente Hacha, acompañado por Chvalkowsky, pasa a la habitación de al lado en la que Ribbentrop y Göring continúan presionando.
Hacha no está dispuesto a firmar la capitulación sin condiciones. Protesta contra la violencia que se ejerce contra su pueblo. Göring interviene: «Si mantiene usted su negativa, señor Presidente, me veré obligado a dar orden a mi aviación de que esta misma mañana convierta en ruinas y cenizas la hermosa ciudad de Praga. Créame que también yo lo sentiría mucho». Hacha cayó fulminado por un ataque cardiaco. Apareció Morel que puso una inyección al presidente. Al menos ya puede hablar por el teléfono que le sostiene Göring, con su gabinete en Praga. Aconseja la capitulación y da orden al Ejército checo de no ofrecer la menor resistencia. Después de una nueva inyección del doctor Morel, el presidente Hacha está en condiciones de pasar al despacho de Hitler para firmar la sentencia de muerte contra su país. Son las 3,35 de la madrugada del 15 de marzo. Punto central del comunicado: «El *Führer* ha dado a conocer su decisión de tomar bajo la protección del Reich alemán al pueblo checo, garantizándole, de acuerdo con sus peculiaridades, un adecuado desarrollo de vida autónoma».
El 16 de marzo anunciaba Hitler en Praga la formación del «Protectorado de Bohemia y Moravia». Presidente de la administración autónoma del protectorado fue nombrado el Dr. Hacha. Como secretarios de Estado, y de hecho verdaderos responsables de su administración, le fueron impuestos dos jefes de la organización de los sudetes alemanes: Konrad Henlein y Karl Hermann Frank.
Eslovaquia, por su parte, escapaba al protectorado para convertirse en Estado satélite estrechamente ligado al Reich. Y mientras las tropas alemanas ganaban sus guarniciones en Bohemia y Moravia, acababa sus cortos días la república independiente cárpato-ucraniana: las tropas húngaras invadieron y se anexionaron su territorio.

Epílogo

Inglaterra y Francia se limitaron a enviar notas de protesta. A las indignadas preguntas de la Cámara Baja respondía Chamberlain el 15 de marzo: «La proclamación de la independencia de Eslovaquia pone punto final al desmembramiento interno del Estado cuyas fronteras habíamos garantizado. Por lo tanto, el Gobierno de Su Majestad no se siente ligado por ninguna otra obligación».

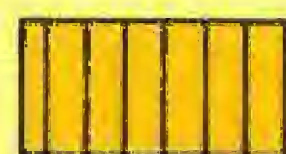


En la página siguiente: fotomontaje inglés sobre el tratado de Munich. Arriba, Chamberlain es recibido por Ribbentrop; detrás de él aparece Henlein, jefe del partido sudete alemán. Abajo, a su regreso, el primer ministro proclama: «Hemos salvado la paz de nuestro tiempo». El mapa muestra los sectores checoslovacos asignados a Alemania, Polonia y Hungría.



En la página de la izquierda: tropas alemanas desfilan por las calles de Praga ante el presidente Hacha (de paisano). A su lado, el barón von Neurath, primer «protector» de Bohemia y Moravia.
Arriba: 17 de marzo de 1938, desfile de una unidad de carros blindados alemanes por la plaza de San Wenceslao de Praga.
A la izquierda: con lágrimas de desesperación y dolor en los ojos, con el puño en alto en gesto de amenaza, el pueblo checo da la «bienvenida» a los soldados alemanes.
29 años después, en la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, volvieron los checos a levantar el puño. Los carros soviéticos acabaron violentamente con el experimento Dubcek.

ZEN
PRAGUE
BOHEMIA
CZECHO - SLOVAKIA
MORAVIA
USTRIA
WIENNA
SLOVAKIA
Zvolen
Bardejov
RUTHENIA
R. Danube

 TO GERMANY OCTOBER

 TO POLAND OCTOBER

 TO HUNGARY NOVEMBER

1938

WALTER GÖRLITZ

No habrá pronunciamiento

«Es mi irrevocable decisión acabar con Checoslovaquia en breve plazo», anunció el «Führer» a sus militares el 30 de mayo de 1938. Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor del Ejército, puso en guardia sobre los peligros de tal maniobra y terminó dimitiendo. Su sucesor, general Halder, estaba igualmente dispuesto a seguir sus pasos en el caso de que Hitler forzara una guerra y Occidente se hallase dispuesto a combatir. Pero Chamberlain, aun estando bien informado de la conducta adoptada por la oposición alemana, prefirió jugar la carta de Hitler.

Después de la integración al Reich de Austria, que desapareció del mapa como Estado independiente, surge un nuevo problema en la política exterior nacionalsocialista: el jefe del Estado Mayor del Ejército, Ludwig Beck, se entera por el general Fritsch de que Hitler prepara la desmembración de Checoslovaquia. La patria, entre otros, de los sudetes alemanes, de los checos y de los eslovacos es aliada de Francia y, desde hace poco tiempo, de la URSS. Desde el punto de vista estratégico se encuentra en mala posición ante la posibilidad de una bolsa desde Austria y Silesia. Del nuevo mando supremo de la *Wehrmacht* (OKW) llegan instrucciones sobre la ampliación de los planes de invasión defensiva respecto a Checoslovaquia. Este plan lleva el nombre de «Grün» (Verde). El general Beck, de 58 años, profundo y calculador estratega, se dio cuenta rápidamente del peligro: «Todas las disputas europeas que desemboquen en guerra terminarán provocando un conflicto mundial». Francia, Inglaterra y posiblemente Norteamérica se enfrentarán a Alemania, causante de las hostilidades.

Demasiado débil para una guerra

Ludwig Beck no era amigo de cultivar los «ritos de los húsares», los gratuitos alardes de valor. Su exacto sentido de la responsabilidad le llevaba a pensar sus decisiones tres veces. Para una guerra de agresión la *Wehrmacht* no está preparada; para una guerra mundial es demasiado débil. El jefe del Estado Mayor del Ejército ocupa el tercer rango militar, tras el *«Führer* y comandante supremo de la *Wehrmacht»*, Hitler, y el comandante supremo del Ejército de Tierra, general Brauchitsch. No tiene poder de mando, así como tampoco goza de la posibilidad de dirigirse directamente al *Führer*. Por eso echa mano del único medio a su alcance: los memorándums contra la guerra. En tres informes, del 5 y 30 de mayo y 16 de junio de 1938, expone a Brauchitsch la situación: «Un ataque contra Checoslovaquia nos conduciría muy probablemente a una segunda guerra mundial». Y exige que Brauchitsch se lo haga ver claro al *Führer*. No niega la teoría de Hitler sobre el «espacio vital» en Europa y ultramar, pero este «espacio vital» debe conseguirse por medios políticos, de manera que Inglaterra dé su conformidad. ¿Hizo llegar Brauchitsch, aristócrata prusiano, paje de palacio en su adolescencia, el informe de mayo a más altas esferas? Seguramente, no. El informe del 30 de mayo se cruza con el que envía Hitler a Brauchitsch: está «irrevocablemente decidido» a «desmembrar» Checoslovaquia. Los preparativos para el plan «Grün» deben estar terminados para finales de septiembre.

Para subrayar la gravedad del momento, Beck organizó, en vez de las acostumbradas maniobras del Estado Mayor, un ejercicio teórico-táctico en el cuartel general del Ejército de Tierra: ataque a Checoslovaquia simultaneado con una ofensiva francesa por el oeste. Resultado: la anexión de Bohemia resulta posible a cambio de soportar profundas infiltraciones francesas en occidente. Era costumbre que al final de las maniobras el Estado Mayor ofreciera una comida a sus oficiales. En esta ocasión el general Beck agasajó a los participantes en el «hotel Esplanade» de Berlín. Entre los invitados se encontraba el nuevo ayudante de campo de Hitler, comandante Schmundt. Beck pensó que era una buena oportunidad para informar al *Führer* de lo que él pensaba. Desde entonces Hitler le apodó «la sirena de alarma».

En su tercer memorándum Beck advertía en tono solemne: «El jefe supremo de la *Wehrmacht* pasará a la historia como un criminal si no actúa de acuerdo con su saber y conocimiento, con su conciencia como hombre de Estado. La obediencia del soldado limita con su conciencia y sentido de la responsabilidad, que le pueden inducir a no cumplir una orden». El deseo de Beck es que Brauchitsch convoque a los principales generales del Reich, les lea el memorándum e induzca a una acción de protesta ante el *Führer* contra los planes de guerra. Una acción de esta clase significaría casi una rebelión. Beck encargó a su amigo, el teniente general Karl Heinrich von Stülpnagel, la responsabilidad de las cuestiones de organización en el Estado Mayor, de tantear la predisposición del Ejército a intervenir en el interior, en caso de complicaciones políticas.

«Los señores no harán nada»

Significativo: pocos días después del memorándum de Beck del 16 de junio de 1918, también el mando de la Marina empezó a calcular los peligros de una guerra mundial. La marina no estaba preparada para enfrentarse en el mar a Inglaterra. El jefe de la flota, vicealmirante Guse, y su oficial de operaciones, capitán de fragata Heye, advirtieron los peligros de tal aventura. El comandante supremo de la Marina, almirante Raeder, se encontraba frente a Hitler tan indefenso como Brauchitsch. Al fin Brauchitsch, el 4 de agosto de 1938, ante la insistencia de Beck, reunió en su residencia particular a los generales más importantes. Pero no obtuvo ninguna postura unánime. La mayor parte compartía la opinión de Beck, cosa que éste no ignoraba gracias a Stülpnagel. Pero también hubo ▷


Beck


von Witzleben


Halder


von Brauchitsch

protestas contra la actitud de Beck. Hitler terminó enterándose de la reunión. Cuando le dijeron que sólo habían tomado parte en ella unos cuantos generales se tranquilizó: «Los señores no harán nada», dijo.

Beck se arriesgó al último intento: convencer a Brauchitsch para que participase a Hitler su inquietud. Exigía la supresión del régimen de las SS, el fin de la «bonzocracia» y la libertad de opinión. Consigna: «Por el *Führer*, contra la guerra». Brauchitsch se asustó. «¿Cómo iba él a decir tales cosas a Hitler?» Hitler le aterraba. Posiblemente veía más claro que el propio Beck que el Ejército había dejado de ser un instrumento incondicional. Beck entonces decidió abandonar. El 18 de agosto pidió a Hitler que aceptara su dimisión. El *Führer* lo hizo así pero prohibió que se publicara la noticia.

Como sucesor de Beck, de acuerdo con éste y a propuesta de Brauchitsch, fue nombrado el general Franz Halder, bávaro, hijo de un general y todavía apegado a la tradición; los quevedos redondeaban su imagen de burgués reservado y hasta hosco.

El general Halder conoció en 1923 las actividades de Hitler en Munich. A esta clase de gente no se le puede llevar al buen camino con memorándums. Si Hitler desata la guerra hay que atarle y llevarle ante los tribunales. Halder decide buscar «tropas» para una rebelión, lo que significa tener que llevar a cabo un doble juego. Los preparativos del plan «Grün» están en todo su apogeo en el mes de septiembre, según la orden del *Führer*. Simultáneamente, el jefe del Estado Mayor organiza en secreto una acción rebelde interior para el caso en que se ponga en marcha, precisamente, ese plan «Grün». Halder se llevó a la tumba el secreto de cómo pudo compaginar este doble juego.

En Berlín conservaba buenos amigos de los tiempos –1933/34– en que era jefe del Estado Mayor de la División 6 de Munich: su comandante general de entonces, von Witzleben, era ahora comandante general del Cuerpo de Ejército III, con guarnición en Hohenzollerndamm; el almirante Canaris, jefe de los servicios de información del Cuartel General de la *Wehrmacht*, y el teniente coronel Hans Oster, jefe de la oficina central de dicho servicio. Oster, separado del Ejército en 1933 por una cuestión de faldas, había sido readmitido gracias a la intervención de Halder. Oster odiaba a Hitler. Tanto el almirante Canaris como el general von Witzleben, que con su aristocrática altanería solía referirse al *Führer* diciendo «que no podía aguantarlo», estaban dispuestos a tomar parte en una rebelión.

Halder conoció en septiembre de 1938 la existencia de una conjura contra Hitler, en la que estaban implicados el presidente y el vicepresidente de la policía berlinesa, condes von der Schulenburg y von Helldorf, así como el presidente del Banco del Reich, Hjalmar Schacht, algunos miembros del servicio de información del Ejército y el secretario de Estado, barón von Weizsäcker. Los conjurados confían en Inglaterra que, en la polémica por el derecho de autodeterminación de los Sudetes, está al lado de Hitler, si bien coaccionada por su mala conciencia al haberles negado este derecho en 1918/19. Los conjurados quieren hacer ver claramente a Inglaterra que Hitler prepara una guerra y que es preciso pararle los pies. En esta labor están empeñados los conservadores alemanes. Halder envía a Londres de incógnito a un oficial del Estado Mayor. Pero a los ojos ingleses esta gestión reviste caracteres tan sorprendentes que el Gobierno Chamberlain se desconcierta y no la toma en consideración.

Halder informa superficialmente al co-

Tiempos insólitos exigen medidas extraordinarias

Constituye una falta de personalidad y sentido del deber, el hecho de que un soldado desempeñando una alta función, considere en estos tiempos el cumplimiento de su misión sólo dentro del cuadro de sus deberes militares, sin darse cuenta de la responsabilidad que le incumbe frente a todo el pueblo. Tiempos inhabituales exigen medidas extraordinarias.

El «Führer» considera al parecer que la solución del problema de los sudetes alemanes pasa por la invasión de Checoslovaquia. Elementos irresponsables y radicales de su círculo de inmediatos colaboradores, le ratifican en su opinión. Existen dudas sobre el comportamiento de Göring. Unos creen que se da cuenta de la gravedad de la situación y procura calmar al «Führer», mientras otros están seguros de que, como en los casos de Blomberg y Fritsch, está entregado a un doble juego y da la razón a Hitler cuando se encuentra ante él.

Para este fin son convocados los altos jefes de la «Wehrmacht» en primera línea, porque la «Wehrmacht» es el instrumento del Estado para el desarrollo de una guerra.

Está en juego la existencia de la nación. La historia cargará a este «Führer» con la culpa de un delito de sangre si no actúa de acuerdo con su saber y conciencia. La obediencia del soldado tiene un límite: aquél en que el cumplimiento de una orden es incompatible con el saber, la conciencia y el sentido de la responsabilidad personal.

Del memorándum de Ludwig Beck al comandante supremo del Ejército, von Brauchitsch, el 16 de julio de 1938.

mandante supremo del Ejército, Brauchitsch. Éste declara, sibilino, que una rebelión de ese tipo no le estorba en absoluto. El plan es el siguiente: El día X, cuando Hitler dé la orden de llevar a cabo la operación «Grün», el general Witzleben –después de que la División n.º 23 de Potsdam ocupe el barrio gubernamental– se presentará en la Cancillería acompañado de su Estado Mayor y oficiales de confianza a detener al *Führer.* ¿Y después? El después es borroso. En principio se había pensado en una dictadura militar o en un directorio político presidido por Beck. Se espera que la Marina permanezca neutral. No está clara la postura de la Aviación, bajo el mando del mariscal Göring, designado además sucesor del *Führer.* Halder, sin mando directo sobre las tropas, abandonó en manos del general Witzleben el desarrollo de la acción, concentrándose en los objetivos complementarios: detención de Hitler, alejar el peligro de una guerra, desarticulación de las SS y de las instalaciones del partido en Berlín.

Se prepara la detención de Hitler

Según el comandante Wilhelm Heinz, los jóvenes oficiales del servicio de información habían preparado un plan suplementario. De acuerdo con él, debería acompañar al general Witzleben un destacamento de soldados encargado de fusilar a Hitler inmediatamente. No se sabe, pero resulta un tanto inverosímil, si Halder tuvo noticias de esta «Operación Heinz» y del proyecto de Heinz de nombrar regente al nieto del Káiser, príncipe Wilhelm von Preussen. Halder quedó sorprendido cuando al preguntar a Witzleben por la marcha de los preparativos militares, éste le respondió que aún faltaban algunas cosas. Ese mismo día recibió Halder la noticia de que las tropas designadas para el ataque, los Cuerpos de Ejército II y VIII, bajo el mando de los generales von Bock y von Rundstedt –que suponía tan seguro– debían ocupar el 28 de septiembre las posiciones que les correspondían en el plan «Grün». Fecha de ataque: el 30 de septiembre de 1938. El 28 de septiembre la tensión alcanzó su punto máximo. ¿Debía estallar la rebelión ese mismo día? ¿Se debía esperar al 30 de septiembre? Halder se había decidido por el 28 de septiembre cuando se presentó el general Brauchitsch a decirle que Hitler había aceptado un ofrecimiento de mediación por parte de Mussolini. Con ello desaparecía el motivo de la rebelión, con ello desaparecía para la masa el temor de la guerra, el medio psicológico con el que pensaban operar los conjurados. Parece que Halder comentó: «¿Qué podemos hacer? Le sale todo a pedir de boca». □

ADVERTENCIA A INGLATERRA

Mensaje verbal del encargado alemán de negocios en Londres a Lord Halifax, el 7 de septiembre de 1938

...Tiempos insólitos exigen medidas igualmente desacostumbradas. Hoy vengo a verle no en mi calidad de encargado de negocios de la Embajada alemana, sino como portavoz de círculos militares y políticos de Berlín, interesados en evitar una guerra por todos los medios.

Según nuestras informaciones, Hitler prepara un ataque a Checoslovaquia y parte del supuesto que el conflicto que de ella se derive podrá quedar localizado, lo que equivale a creer que Francia no cumplirá sus obligaciones con respecto a Checoslovaquia de acuerdo con el tratado del 25 de enero de 1924, y los complementarios posteriormente firmados. Los círculos militares y políticos de los que soy portavoz, se muestran radicalmente contrarios a esta política. Creemos que equivaldría a cerrar el camino a un regreso al decoro y honor entre las naciones europeas, si consentimos que Hitler pueda llevar a cabo su política de la violencia.

Después de la pasada Guerra Mundial declaró Lloyd George que los pueblos y los Gobiernos se habían visto «arrastrados» a ella. Los hombres en nombre de quienes hablo sostienen el punto de vista de que la situación en 1914 no se hubiese tornado tan sin salida si sir Edward Grey hubiese hecho saber, en nombre del Gobierno británico, que en el caso de un conflicto entre Francia y Alemania, Gran Bretaña no permanecería inactiva.

Si Francia está dispuesta verdaderamente a cumplir con su obligación respecto a su aliada Checoslovaquia, y si las seguridades dadas por el primer ministro deben ser consideradas seriamente, en el sentido de que el Imperio británico en tal caso no permanecería inactivo, mis amigos consideran necesario que el Gobierno de Su Majestad haga saber claramente ésta su posición.

La declaración que pedimos no carece de importancia para el objetivo que preparamos. Hitler y Ribbentrop posiblemente no se atreverán en tal caso a iniciar una guerra, si el pueblo alemán conoce la advertencia lanzada por el Gobierno británico de que un ataque a Checoslovaquia equivaldría a una guerra contra Gran Bretaña. Pero si, pese a todo, Hitler persistiera en su política de guerra, estoy en disposición de asegurarle que los círculos militares y políticos en cuyo nombre hablo, «protegiéndose contra un mar de calamidades, resistirán hasta acabar con ellos».

Tanto en la opinión pública alemana como en los círculos responsables del Ejército, la guerra de Hitler es impopular y está considerada como un crimen contra la civilización. Si se facilita la declaración que pedimos, los jefes del Ejército están dispuestos a hacer frente con las armas a la política de Hitler. Una derrota diplomática constituiría para Hitler en Alemania un importante descalabro político, hasta el punto de significar prácticamente el fin del régimen nacionalsocialista. No me ha sido nada fácil hablar de esta manera al ministro de Asuntos Exteriores británico. Pero los patriotas alemanes no ven otra solución al dilema, con objeto de impedir a toda costa una guerra criminal.



Para Hans Oster y sus conjurados, el tratado de Munich supuso la pérdida de la última esperanza de paz. Muchos militares, sin embargo, pensaban de otra manera sobre el triunfo de Hitler en Munich. Por ejemplo, el general Jodl anotó en su diario, después de conocerse la noticia de la firma del tratado: «El genio del 'Führer' y su resolución de no temer una guerra han aportado, sin recurrir a la violencia, la victoria. Es de creer que los incrédulos, los débiles y los desesperados se conviertan y permanezcan fieles a su conversión».

REACCION AL TRATADO DE MUNICH

Robert Coulondre, embajador de Francia en Berlín:

Checoslovaquia, que en Munich se ha sacrificado tanto para el mantenimiento de la paz, ha dejado de existir... Los acontecimientos que, con la rapidez del rayo, han llevado a esto, son característicos del espíritu y los métodos del mando nacionalsocialista. Todos los Estados, para los que la independencia y la seguridad signifiquen algo, deben sacar inmediatamente las consecuencias que se imponen frente a Alemania, embriagada por sus éxitos, que ha trocado sus principios basados en reivindicaciones racistas por auténticas exigencias imperialistas.

Sir Neville Henderson, embajador de Gran Bretaña:

Si bien reprochable en la forma e inoportuna como hecho, la integración de Austria y la región de los Sudetes al Reich no suponía, puede decirse, ningún desarrollo antinatural, ninguna ilegítima ambición para los alemanes, ni era inmoral desde el punto de vista ético. Ambos, la Marca Oriental y el territorio de los Sudetes, están habitados por alemanes y se encuentran en la misma frontera con Alemania. Su integración en el Reich se realizó de acuerdo con todas las normas jurídicas de la autodeterminación. Sin embargo, la anexión de Bohemia y Moravia pertenece a otra categoría y no puede justificarse mediante cualquiera de los argumentos con que se ha debilitado la oposición a la integración de Austria y los Sudetes. La de Bohemia y Moravia está en completa contradicción con el derecho a la autodeterminación y es absolutamente inmoral.

Ulrich von Hassel, embajador de Alemania:

Se ha consumado la acción contra Checoslovaquia que en enero se me comunicó que estaba preparándose. Es el primer caso de clara presunción; se han sobrepasado todas las fronteras y olvidado todo decoro. Además, visto desde fuera, se ha realizado todo brillantemente, para escándalo del mundo, que observa sorprendido. Se ha llevado a cabo menospreciando cualquier forma de lealtad y buena fe.
Inglaterra es la que parece reaccionar de manera más radical y parece prepararse a formar un frente contra nosotros. Pero como actualmente falta voluntad por todas partes –sobre esta carencia construye precisamente Hitler– no pasará nada de inmediato. En todo caso se ha llegado al límite en el que Talleyrand abandona a Napoleón.


1


9


2


3


10


11

HITLER LIBERA LOS SUDETES





















1) 2-IX-1938. Konrad Henlein en Obersalzberg.
2) Chamberlain es recibido en Obersalzberg por el «Führer» y el general Keitel.
3) Chamberlain y Hitler en Godesberg.
4) 26-IX-1938. Palacio de los Deportes berlinés: el «Führer» comienza su histórico discurso.
5) 29-IX-1938. Kufstein. Dos hombres, dos Estados y dos amigos se saludan cordialmente.
6) 29-IX-1938. A las 11,10: llegada del jefe del Gobierno francés a Munich-Oberwiesenfeld.
7) 29-IX-1938. A las 11,55: Chamberlain es recibido por el ministro alemán de Asuntos Exteriores en el aeropuerto de Oberwiesenfeld.
8) La residencia del «Führer» en Munich.
9) 29-IX-1938. Chamberlain y Mussolini.
10), 11), 12), 13) Acuerdo en Munich en la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938.
14) El «Führer» inspecciona instalaciones defensivas checas.
15) El día más feliz...
16) Después de la liberación...

(Fotos y textos del libro «Hitler befreit Sudetenland», Berlín 1938)

ALEMANIA, ALEMANIA SE LLEVA TODO

WERNER KOCH

16 de marzo de 1939. Un periodista, testigo de la invasión alemana

Coche tras coche –yo no había visto tantos en mi vida– avanzan lentamente hacia el Hradschin, hacia el distrito militar de Dejvice, hacia todos los puntos estratégicos que dominan Praga.

De este lado del Graben sonaban las aclamaciones. Cerca del Pulverturm, o «torre de la pólvora», se habían concentrado los alemanes ante la «Casa de Alemania». Me fui a verlo. ¿Gente de Praga? No, eran estudiantes, es decir, huéspedes de Praga, y ancianos vestidos con el traje típico de los Sudetes. Frente a ellos estaban los checos separados por un cordón de policías con uniformes negros. Muchos lloraban, otros amenazaban con el puño cerrado, un par de jóvenes lanzaban bolas de nieve contra las formaciones de la *Wehrmacht*. Los soldados no se movían, ni siquiera cuando un reluciente casco de acero era alcanzado por alguna bola de nieve.

En la parte opuesta del Graben –por donde desemboca en la plaza de San Wenceslao– se produjo un tumulto. Parece ser que en aquel punto se había concentrado un nutrido grupo de obreros de los suburbios de Smichow y Zigkow. Allí, además de bolas de nieve, se lanzaron contra los alemanes botellas y piedras.

De pronto surgieron por la derecha y por la izquierda del Graben recorrido por la *Wehrmacht* unidades de la gendarmería checa. Con bayoneta calada, las carabinas al brazo y la porra de goma dispuesta. El ocupante podía confiar en ellos. Todo lo contrario que el Ejército, movilizado dos veces en defensa del país (mayo y septiembre de 1938). Las unidades de gendarmería estaban organizadas y entrenadas según el modelo de los veteranos austríacos; eran tropas dispuestas a obedecer y a cumplir órdenes.

Por aquel tiempo yo era meritorio del «Prager Tagblatt», un periódico liberal que se encontraba aún «en poder de los judíos». No me atrevía a ir a la redacción, pero intenté llegar a la Herrengasse, número 12, a pocos metros del Graben. Para mi sorpresa me encontré con dos compañeros de redacción en uniforme de las SS. Hasta 1945 ejercieron como redactores jefes. El liberal «Tagblatt» se convirtió en el pardo «Neue Tag». Lo que yo quería saber es lo que pasaba en las oficinas de la agencia británica «Reuter». Para ella había estado haciendo yo diariamente el resumen de la prensa checa. A ella llegaban, por otra parte, informaciones confidenciales del Gobierno. Ante el edificio se había estacionado un coche negro con el estandarte rojo del partido. «Ocupado», pensé yo. Pero para mi segunda sorpresa me encontré con que

★

Schmerzerfüllt geben die Unterzeichneten die tieftraurige Nachricht von dem endlichen Dahinscheiden ihres geliebten Kindes, der

Tschechoslowakei.

Dieselbe verschied am Samstag, den 1. Oktober 1938 nach langem, qualvollem Leiden, an einer Blinddarmoperation, versehen mit den salbungsvollen Reden ihrer Minister, ergeben in den Willen des Führers, im 20. Lebensjahre.

Die feierliche Beisetzung findet in der Zeit

vom 1. bis 10. Oktober 1938

durch die deutsche Wehrmacht statt.

Die feierliche Seelenmesse findet am 28. Oktober 1938 statt.

Genf, am 1. Oktober 1938.

Um stilles Beileid bitten:

Gottwald, Dimitroff, Syrový, Pflegeeltern.	**Der Völkerbund,** Eltern.	**Litwinow-Finkelstein, Stalin,** Onkel.

Beerdigungsanstalt Benesch-Jaksch & Co., vorm. Masaryk.

Nachdruck verboten.



La sátira no respeta la tragedia. El nacionalsocialista «Brennessel» publicaba esta caricatura sobre la «cura del jamón de Praga», en la que se ve al dimitido presidente Benes azotado por un SS. Arriba, una esquela comunicando la defunción de Checoslovaquia. En ella se dice, entre otras cosas: Llenos de dolor, los abajo firmantes dan a conocer el fin de su amada hija Checoslovaquia, desaparecida el sábado 1 de octubre de 1938, a los veinte años de edad. Ruegan por su recuerdo sus padres adoptivos, Gottwald, Dimitrov y Shrooy; sus padres, Sociedad de Naciones; sus tíos, Litvinov-Zinkelstein y Stalin. Funeraria Benes - Jatsch, antes Masaryk

subía al coche el jefe de las oficinas, vestido con el uniforme del partido.
Cuando al fin supe que profesores de la Universidad alemana, funcionarios del Ayuntamiento de Praga, de los bancos oficiales, policías, porteros de los ministerios, miembros de la seguridad y hasta los bomberos, todos ellos, andaban de uniforme con el brazalete de la cruz gamada, dejé de admirarme para siempre.
Quería saber dónde se había establecido la Gestapo. Se hablaba del edificio del banco Petschek. Efectivamente, el banco estaba custodiado por las SS. Ordenaban el tráfico de una columna de coches celulares repletos de detenidos. La ola de detenciones había empezado.
Me pareció que había oído y visto lo suficiente. Días antes habían sido instalados altavoces en las calles para facilitar la divulgación de las noticias, sobre todo de las «victorias». Así nos enteramos de que el cabo Adolf Hitler había llegado al Hradschin.
Me fui al «Fenix» a preguntar su opinión sobre los acontecimientos a Soukup, el camarero.
Soukup me confió con toda clase de precauciones: Lo de «Alemania, Alemania se lleva todo...» no está mal; pero el himno de Horst Wenzel no lo aguanto[1].

[1] *El camarero alude intencionadamente al «Alemania, Alemania sobre todo» del himno alemán.*



16 de marzo de 1939. Hitler se muestra a la multitud desde el palacio de Hradschin. Para los checos suponía el fin de su Estado.

"¡HABRIA SURGIDO UNA NUEVA

Quien pretenda especular sobre la historia debe andarse con cuidado. Porque con los «de haber», «tenía que» y «si se hubiese», no se puede corregir el pasado. Esto es válido también para las hipótesis que contiene la biografía de Hitler escrita por Joachim Fest

«...un nuevo Napoleón.»



Will Tremper, escritor (nacido en 1928): Se hubiera convertido en un nuevo Napoleón. Hoy no se hablaría ya de las víctimas de Hitler como no se habla en Francia de los que murieron por culpa de Napoleón. Estoy por decir que seguiría existiendo el III Reich en buena amistad con el resto de las naciones. Seguro que se hubiera consolidado después de un atentado de esa naturaleza. Quizás se hubiese coronado como sucesor a Göring o nombrado un triunvirato. Tampoco consideraba nadie posible que la Unión Soviética pudiera seguir existiendo en la misma forma una vez que Stalin desapareciera. Lástima, de verdad, lástima que Hitler no fuera asesinado en aquella ocasión. Podríamos circular libremente por Berlín y el biógrafo de Hitler, Fest, defendería la tesis de que si Hitler se hubiera salvado en 1938, seguro que la guerra hubiese sido un hecho.

«...ningún medio político.»

Dr. Fabian von Schlabrendorff, juez federal, autor de «Offiziere gegen Hitler» (nacido en 1907): Sólo un político y no un historiador puede plantearse la pregunta de qué hubiera pasado en tal o cual caso. El atentado no es ningún medio político eficazmente recomendable, salvo que uno se encuentre en una situación en la que no haya otro remedio. Antes de empezar la segunda Guerra Mundial no existía tal situación de urgencia.

El argumento de que un atentado en 1938 no hubiera contado con la aprobación del pueblo alemán sino que por el contrario hubiese servido para glorificar posteriormente a Hitler, es falso. Lo que la masa piensa y siente no es un criterio que detenga a gente resueltamente decidida a actuar. Para quien desea de verdad llevar algo a cabo, no representa nada la opinión o el eco que provoque en la masa. Lo único decisivo es si el plan trazado se considera o no indispensable. En 1938 las cartas del acontecer mundial eran diferentes a las de 1943 ó 1944. Una demostración de la marina inglesa en la zona conveniente hubiera afectado más a la historia del mundo que un atentado.

«...admiración, no muy profunda.»

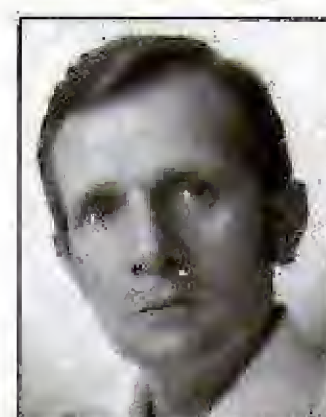


Walter Dirks, publicista y coeditor de «Frankfurter Hefte» (nacido en 1901): Me temo que Fest tenga razón. En lo que a mí se refiere mi opinión por aquel entonces sobre el nacionalsocialismo estuvo en función de sus teorías políticas, cuyas raíces debían buscarse parte en el cristianismo, parte en el marxismo. Por lo tanto me encontraba en cierto modo inmune contra los aspectos tanto positivos como negativos que se sucedieron en los primeros años después de la toma del poder. Los negativos los registraba cuidadosamente porque venían en apoyo de mi teoría. Los positivos no me lograban engañar. Pero yo formaba entonces parte de una minoría crítica. Esto no es válido, pues, para la gran masa del pueblo en el año 1938. Por otra parte, sería bueno saber si cuando Fest se refiere a finales de 1938 debe entenderse antes o después de la Noche de los Cristales. Porque el número de los críticos aumentó considerablemente después del choque que supuso esa noche. Sin olvidar que el descontento generalizado al iniciarse la guerra, en 1939, demuestra que la admiración por Hitler en 1938 no era tan profunda.

«...para mí, una pesadilla.»

Horst Krüger, escritor (nacido en 1919): Un pensamiento terrorífico para mí equivalente a una pesadilla. Se hubiera puesto en movimiento una nueva leyenda de la puñalada por la espalda. Todavía nos estarían gobernando los descendientes políticos de Hitler. Quizá se hubiera establecido en Alemania un fascismo moderado, parecido al español, sin elementos católicos, por supuesto. El III Reich hubiera tenido grandes posibilidades de sobrevivir, si bien no en la forma hitleriana. La persecución a los judíos, ataques como el de la Noche de los Cristales, posiblemente no se hubieran repetido en el régimen de los sucesores. Personalmente no consideré ni siquiera en 1938 a Hitler como el más grande de los alemanes, porque no había olvidado lo pasado desde 1933. Nos libramos de Hitler porque se decidió a pasar el Rubicón de su propia locura. Empezó en 1939 con la ocupación de Praga y terminó en 1941 con la invasión de Rusia.

«...la pregunta está mal formulada.»



Klaus Reiner Röhl, editor de «das da» (nacido en 1928): «Aplasta a una mariposa y provocarás cien años más tarde una ola de hambre.» La pregunta está mal formulada. Los lectores de la literatura más humilde de ciencia ficción saben que el tiempo no se enmienda ni se corrige. ¡Pobre del viajero que quiera resolver semejante paradoja de tiempo! En vez de esto voy a hacer otra pregunta: ¿Por qué no se coronó con éxito el atentado de 1938? ¿Por qué no continuaron? ¿Por qué no se organizó una resistencia auténtica? ¿Por qué no existe sobre la única resistencia digna de este nombre –la resistencia de los obreros–, apenas literatura en la República Federal? Un atentado como acción única estaba llamado a fracasar porque depende siempre de una serie de casualidades. Lo trágico o la falta de la situación política de los años 30 fue que la clase trabajadora estaba profundamente dividida, tanto por culpa de la socialdemocracia orientada hacia la derecha como por la del PC de Thälmann, orientado completamente al stalinismo, de manera que el nacionalsocialismo pudo fácilmente terminar con ella. El asesinato de Hitler no hubiera aportado realmente un verdadero cambio político. En 1938 no existían fuerzas políticas capaces de llenar ese vacío.

«...una cierta liberación.»



Dr. Eugen Kogon, profesor de Politología y recopilador del libro «Der SS-Staat» (nacido en 1903): Por entonces, pasado 1933, eran muy pocos los alemanes que no coincidieran en algún punto con los nacionalsocialistas o que no estuvieran conformes con parte de su actividad, o al menos no la consideraran positiva. Igualmente, fuera del partido, no existían menos alemanes dispuestos a criticar esta actividad. Pero prácticamente ninguno, ni dentro ni fuera del partido, se hubiera atrevido a asegurar que aquél era el buen camino político para el futuro alemán. En el caso de que Hitler hubiera muerto en el atentado y en consecuencia desaparecido el régimen, la mayor parte de los alemanes

COLOQUIO

LEYENDA DE LA PUÑALADA !"

sobre cómo hubiera calificado el mundo a Hitler de haber tenido éxito el atentado de 1938. En todo caso las respuestas son tan interesantes como las tesis que las provocan. Rolf-Steinberg se ha entrevistado con una serie de personalidades. He aquí el resultado:

Joachim C. Fest: *Hitler*, Editorial Noguer, Barcelona 1974, I, 16

...De haber sucumbido Hitler en el atentado de finales de 1938, muy pocos dudarían en señalarlo como uno de los más grandes hombres de Estado alemanes, e incluso, quizá, como al consumador de la historia germánica. Los discursos agresivos y *Mi lucha*, el antisemitismo y el concepto de hegemonía universal habrían caído en el olvido, y se atribuirían a unas ideas fantasiosas de la juventud de Hitler, que sólo desenterrarían los críticos de una nación descontenta, con el fin de despertar conciencias. Seis años y medio cambiaron esta versión de la historia. Es seguro que sólo un final violento le hubiese procurado semejante fama —y a punto estuvo de lograrla—, porque su forma de ser se basaba en la destrucción y no se perdonaba ni a sí mismo. ¿Puede decirse de él que fue «grande»?

lo hubiera considerado como una liberación, siempre que no hubiera supuesto volver a la situación anterior a 1933 y que la restablecida democracia hubiese hecho suya «la parte positiva del nacionalsocialismo». Liberación del despotismo de los «faisanes dorados» hasta Göring, del control ejercido a todos los niveles, de casa, frente del trabajo, policía secreta; liberación de los gritos apasionados de Goebbels y del afán de aventura de Hitler. Así las cosas, para los alemanes hubiera supuesto el nacionalsocialismo un entreacto, no exento de cosas positivas pero acompañado de signos nada simpáticos y hasta horribles.

«...ningún problema solucionado.»



Fritjof Meyer, redactor del «Spiegel» (nacido en 1932): Ninguno de los problemas solucionados en 1945 hubieran podido serlo en 1938. Cualquiera que hubiera sido el sucesor de Hitler en el mismo partido, pero con menos personalidad —una especie de Jruschov del nacionalsocialismo— se hubiera dejado inducir a un arreglo del problema de Danzig sin Polonia, a desafiar la concurrencia de Gran Bretaña y a vengarse de Francia. El gran Reich alemán hubiera puesto en peligro el equilibrio europeo y con ello atraído al escenario político internacional a Norteamérica y la Unión Soviética. La pequeña burguesía triunfante en 1938, después de haber satisfecho sus ambiciones sociales y nacionales, hubiese exigido «espacio vital» y colonias, y permanecido lejos de las exigencias de una sociedad industrial para encerrarse en un idilio feudal. Se hubiera continuado persiguiendo al contrapeso de la balanza: a los judíos liberales, a los cristianos practicantes, a los funcionarios del movimiento obrero. Para todo esto también hubiera sido válido el mito del *Führer* muerto. Para el fracaso, sin embargo, no hubiese podido servir de cabeza de turco. De todas maneras, en algún momento los alemanes se hubieran dado cuenta de la realidad y aprendido la lección e incluso reconocido con dolor, que hasta un Hitler al que los acontecimientos no habían derrotado, traicionó con sus ideas a su propio pueblo alemán.

«...el más terrible de los fantasmas hubiera encontrado su fin.»

Dr. Robert Kempner, abogado y antiguo sustituto del fiscal norteamericano en el proceso de Nuremberg (nacido en 1899): Allí hubiera terminado el peor de los fantasmas del III Reich. Un atentado con éxito contra Hitler en las postrimerías de 1938 hubiese significado en mi opinión el principio del fin. Porque Hitler era el único que mantenía unida toda la sociedad parda. A mi entender no fue el gran mariscal, pero sí el gran jefe de personal de todos los tiempos.
De ahí que supiera colocar a cada hombre en su sitio, de los funcionarios a los ministros, pasando por los guardas de los campos de concentración. Sin embargo, la lucha entre sus ayudantes era continua. Por eso en el caso de haber desaparecido Hitler, se hubiera producido una división interna en innumerables grupos. Tampoco creo que su sucesor hubiera gozado en el pueblo de un «mito Hitler», como indica Fest en su especulación. Cuando un jefe de este tipo se va, desaparece por completo. Lo hemos podido ver en 1953 con la muerte de Stalin y aun después en la RDA con la desaparición de Walter Ulbricht. Sus sucesores se han cuidado de acabar con su prestigio o al menos de amortiguarlo.

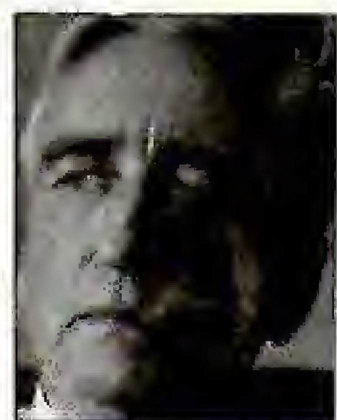
«...no fue grande ni como persona, ni como personaje.»

Claus Heinrich Meyer, redactor del «Süddeutsche Zeitung» (nacido en 1931): Es una hipótesis que sólo puedo aceptar si se detiene la historia en 1938. Efectivamente, hasta ese año los alemanes no habían entendido nada de política, ni de democracia, ni de pluralismo, y racionalismo y reflexión no estaban indudablemente considerados como virtudes germanas. Hitler explicaba a sus contemporáneos el complicado mundo a su manera. No exigía autonomía de pensamiento sino al contrario, y eso era del agrado de la mayoría. Sabían que los grandes hombres hacen historia y que todos los que hacen historia son grandes hombres. Por otra parte, y a esto me quiero referir, existía en las democracias occidentales una fuerza antifascista ▷

«Los alemanes tendrían que haber aprendido alguna vez la lección»

consciente, ya en 1938. Esta fuerza no estaba en absoluto convencida de la grandeza de Hitler. Esta fuerza se hubiera dejado sentir cada vez más aun dentro de Alemania. Estoy convencido de que en una Alemania nazi, después de la eliminación de Hitler por la violencia, al principio su imagen se hubiera puesto por todo lo alto, pero luego poco a poco se hubiera retocado. Tengo que añadir que esta discusión, por teórica, la encuentro un tanto absurda.
Hitler no desapareció en 1938. Hoy poseemos todas las informaciones y datos sobre los hechos. No es ningún problema, por tanto, convencerse de que Hitler no fue grande ni como persona ni como personaje histórico; ni en el momento verdadero de su muerte, ni aun considerando que hubiera podido desaparecer en 1938.

«...con toda seguridad, ninguna guerra.»



Winfried Martini, publicista (nacido en 1905): Si hubiera desaparecido Hitler en el atentado que le prepararon los militares en 1938, sus sucesores no hubieran recibido herencia fácil. Hitler se encontraba en el punto culminante de su popularidad. De haber muerto en 1938 de muerte natural –pese al horror de los campos de concentración, a la difamación y vejación de los judíos– hubiera ocupado otro lugar en la historia al que ocupa hoy, debido, sobre todo, a su política exterior, audaz pero coronada por el éxito.
Incluso aquellos que se mantuvieron a distancia o en la oposición al nacionalsocialismo, se admiraron de la rapidez con que Hitler consiguió hacer de una masa amorfa y desesperada una nación llena de vitalidad, aun cuando no se les ocultara que para Hitler aquella vitalidad era condición indispensable para poder ir a la guerra. Bajo Göring, el sucesor designado, no hubiera vuelto Alemania a la democracia. Pero la estructura del Tercer Reich habría sufrido un cambio positivo: Göring era por naturaleza tolerante y no carecía de humor. Muchas medidas dictadas por sugerencia de Hitler hubiesen desaparecido. Con toda seguridad no habría ido a la guerra. Hubiese disminuido el terror y los judíos habrían gozado de mayor libertad. Himmler no tenía por entonces la fuerza y el poder de que gozó más tarde. Para Göring hubiera podido resultar peligroso Heydrich, ambicioso e intelectualmente superior a él.
En el Tercer Reich Heydrich fue la gran incógnita.

«...uno de los más grandes hombres de Estado.»

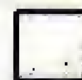


Franz Baake, Director de cine y televisión (nacido en 1931): Fest tiene razón; sin ninguna duda hubiera pasado entonces Hitler a la historia como uno de los grandes hombres de todos los tiempos. Porque no es de esperar que en un futuro próximo se cambie el sistema de medidas por las que la gente califica de «grandes» a sus iguales. El igualmente antipático Federico II sigue siendo «el Grande», pese a que para nosotros y el mundo entero hubiera sido mejor que la emperatriz María Teresa le hubiese vencido y llevado a los tribunales. Federico a Voltaire: «El deseo de hacer hablar de mí y la satisfacción por la aventura vencieron, y la guerra fue cosa concluida.»
En tanto los americanos sigan peregrinando a la tumba de ese monstruo parecido a Hitler que fue Napoleón, en tanto ese poseso del poder, esa bestia asesina siga siendo objeto de cualquier culto, en tanto –por citar un ejemplo– el descubridor de la penicilina (¿quién se acuerda de su nombre?) no esté enterrado en un templo y sea objeto de veneración, en tanto la humanidad sólo se incline reverenciosa ante los gángsters políticos responsables de millones de muertes y olvide a los que deberían ser objeto de millones de bendiciones, en tanto suceda esto, no se podrá corregir el resultado que apunta Fest a su especulativo y teórico experimento. ¿No se dice para señalar a alguien que ejerce violentamente poder sobre otros que se ha convertido en «una fiera»?... ¿Y no son por lo general fieras las que figuran en los escudos de armas de los pueblos?
No, quien niegue las conclusiones de Fest no podrá seguir adelante. Fuera de que para millones de personas en 1938 no hacía falta ningún atentado. Para éstos sigue siendo el *Führer* uno de los más grandes hombres de Estado. Quizá la mejor ayuda podrían proporcionarla nuestros historiadores y profesores de historia, formando un sistema intelectual que permitiera establecer la verdadera grandeza histórica.

«...la obra destructora estaba muy adelantada.»

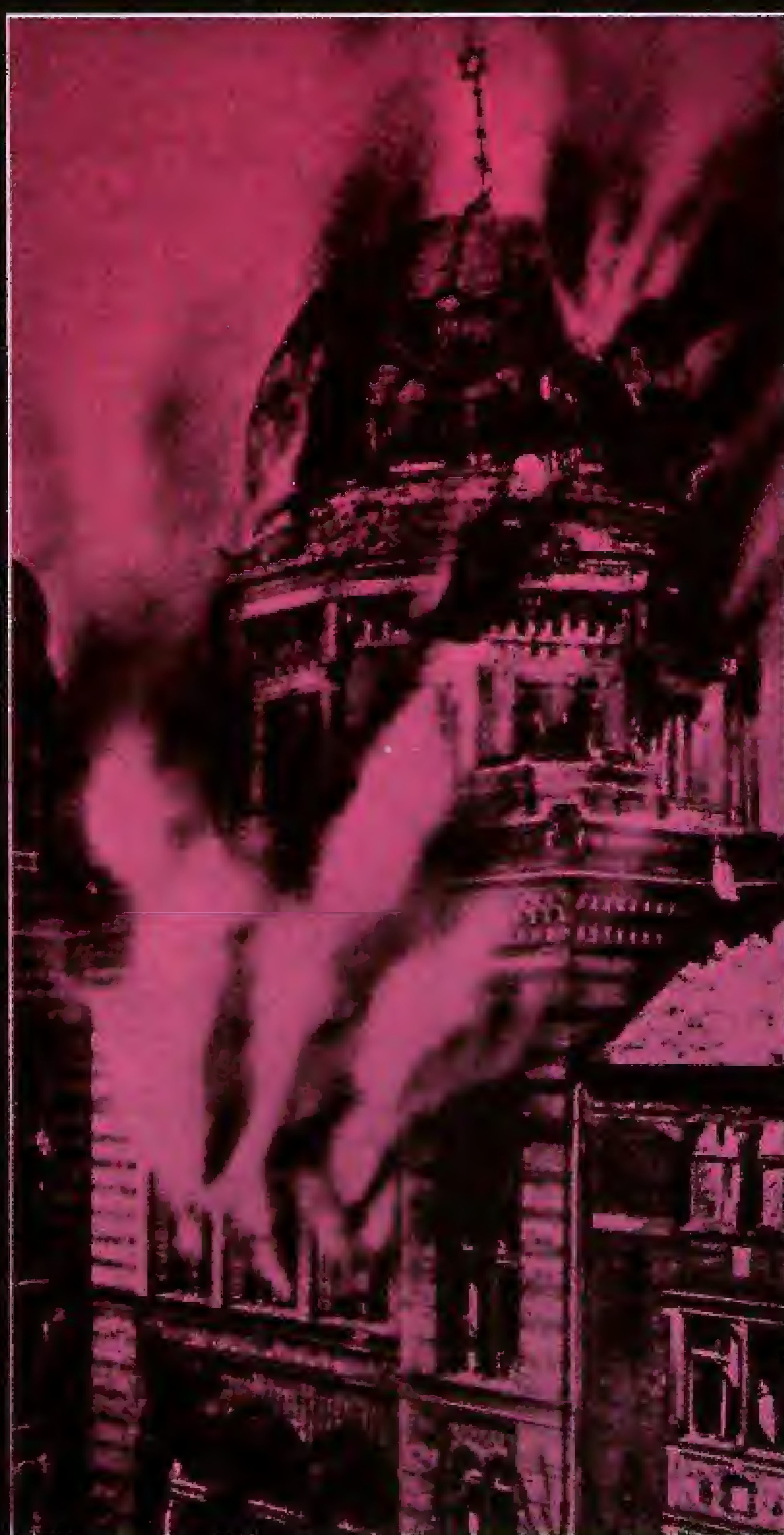


Sebastian Haffner, publicista (nacido en 1907): Cierto que posiblemente se hubiera podido evitar la guerra de 1939. Göring, sucesor de Hitler por aquel tiempo, no la deseaba de ninguna manera; los jefes militares, que antes de Munich habían considerado la posibilidad de una rebelión, mucho menos. ¿Pero cómo hubiesen hecho frente Göring y los generales a Himmler, a las SS y al partido? ¿Y cómo se hubiera podido enderezar una economía exclusivamente dirigida a una guerra de conquista? Lo que Fest pasa por alto en su experimento especulativo es que la Gran Alemania de Hitler, desde el punto de vista de la política exterior, era prácticamente inatacable después de Munich, pero de puertas adentro el Estado no se encontraba seguro, ni estable, ni sano. La obra destructiva de Hitler, que de fronteras afuera empezó para Europa en 1939, había comenzado para Alemania en 1933, y en 1938 se encontraba bastante adelantada. Alemania carecía de Constitución, no era un Estado de derecho; sus instituciones –partido, *Wehrmacht*, SS, Frente del Trabajo– eran verdaderos Estados dentro del Estado y se enfrentaban entre sí, encontrándose unidos solamente en la cumbre, en la persona de Hitler. Al faltar esta persona en la cumbre, el edificio se hubiera venido abajo y en vez de la guerra para la que había sido preparada, Alemania hubiera conocido en 1938 una guerra civil. Desde del punto de vista tanto moral como económico el gran Reich se encontraba ya deshecho en 1938; la descomposición moral pudo apreciarse en noviembre de 1938 con la «Noche de los Cristales». Los sucesores en el poder, a los que la desaparición de Hitler hubiese abierto el camino, no habrían tenido la menor consideración, ni sentido el más mínimo escrúpulo. Quizás se hubiera sostenido en la Alemania propagandística de entonces, durante un tiempo, una leyenda de traición a Hitler, de la puñalada por la espalda. «Si al *Führer* no le hubieran asesinado –diría alguno– no pasarían estas cosas.» Y no habrían pasado las que real y verdaderamente han sucedido: la guerra y la derrota. En todo caso, de una manera o de otra, la obra de Hitler estaba dirigida desde el principio a la destrucción. La mala semilla tenía que dar mal fruto. Y únicamente un historiador ciego no sería capaz de dar con ello. A la larga se hubiese impuesto el juicio de Thomas Mann, quien se refirió a Hitler en 1938, cuando el *Führer* se encontraba en la cumbre de sus triunfos, con estas palabras: «Verdaderamente, el mozo es una catástrofe.»





Las sinagogas fueron pasto de las llamas. Los cristales policromos de las iglesias judías saltaron en añicos, así como los escaparates de los comercios judíos. El pueblo, sorprendido, se comportó de modo pasivo e indiferente. El ruido de los cristales rotos acompañó durante la noche la actividad de los comandos. De ahí el nombre de «la noche de los cristales».



JOCHEN R. KLICKER

LA NOCHE DE LOS CRISTALES

Las SS: El «pogrom» es perfectamente indecoroso

Tres grandes personajes del III Reich disputaron hasta 1938 sobre quién de ellos debía llevar la responsabilidad de la política relacionada con los judíos: el jefe de Propaganda, Joseph Goebbels; el general Hermann Göring y el jefe de la policía de seguridad, Reinhard Heydrich. El 7 de noviembre de 1938, la casualidad vino a poner en manos del ministro de Propaganda la oportunidad de actuar en su provecho: el judío de 17 años Herschel Grünspan hirió de muerte al tercer secretario de la Embajada alemana en París, Ernst vom Rath. En la noche del 8 al 9 de noviembre Joseph Goebbels escenificó el «pogrom» de la noche de los cristales. Göring protestó contra esa «demostración». Y Heydrich evitó acudir en auxilio de Goebbels porque las SS consideraban la acción en conjunto como perfectamente indecorosa».

No, la acción contra los judíos del 1 de abril de 1933 –dos meses después de la toma del poder por los nacionalsocialistas– no constituyó ningún éxito. Muchos alemanes sabotearon el boicot contra los negocios y establecimientos judíos, de tal manera que, al menos en el interior, el valor de las operaciones y ventas no disminuyó y el cónsul americano en Leipzig tuvo la oportunidad de informar a su Gobierno: «En honor a la justicia y respeto a la voluntad del pueblo alemán debe decirse que el boicot ordenado ha sido impopular entre los trabajadores y la parte culta de la clase media».
A esto hay que añadir las protestas de la prensa extranjera y de conocidas personalidades de la vida pública internacional. Con oscuras amenazas para el futuro, el boicot organizado contra los judíos, la misma noche del 1 de abril se abandonó. Para esa clase de antisemitismo que llevaba la firma del mediocre Julius Streicher, no se podía contar con el pueblo alemán.

Pagar y emigrar

En adelante los antisemitas fueron más mesurados. Entendámonos: siguieron organizándose actos de terror. Abundaron cada vez más las piscinas, las salas de música, los museos que prohibieron la entrada a los judíos. Aumentaron los médicos, funcionarios y periodistas que perdieron el empleo, pero, en conjunto, la política nacionalsocialista respecto a los judíos amainó hasta el otoño de 1935, de tal manera que muchos de los que habían emigrado se apresuraron a regresar a Alemania.
Sobre todo Hermann Göring, encargado por el *Führer* de la solución del problema judío, perseguía tercamente un fin concreto: colocar a los judíos bajo una presión psíquica y económica de tal naturaleza que se decidieran a abandonar «voluntariamente» Alemania. Desde luego no sin antes haber dejado una gran parte de su fortuna o de lo que poseyeran en manos del Estado nacionalsocialista o, al menos, en favor de arios reconocidos.
Para esta política encontró Göring aliados importantes y poderosos: los mandos de las SS y SD. El cronista de las SS, Heinz Höhne, escribe:
«El subjefe de grupo SS quería resolver el problema judío de la única manera que en su opinión era posible: con la expulsión de todos los hebreos. La idea no era nueva, pero su realización chocaba con la falta de colaboración de los demás países, poco dispuestos a admitir judíos en gran número. De ahí que el mando SS meditara la posibilidad de enviar a 503.000 judíos al país que los sionistas con-

sideraban como su patria: Palestina». Mientras, en un entendimiento absurdo, servicios de seguridad y sionistas, organizaciones de socorro judías y cristianas, responsables de la política exterior americana y funcionarios suizos de la Cruz Roja Internacional trataban de organizar la emigración judía, Streicher, Goebbels y Hitler preparaban otro golpe antisemita. De acuerdo con la ideología nacionalsocialista imperarían en lo sucesivo criterios biológicos puros, cosa que se reflejaría en la legislación más vergonzosa que conoció nunca el pueblo alemán: las leyes raciales de Nuremberg.

La pérdida de la ciudadanía

En el programa del partido nacionalsocialista se negaba a los judíos el derecho de ciudadanía. Cosa que se hizo más clara en las leyes de Nuremberg en que se les retiró totalmente. Fueron declarados minoría intocable. A partir de ese momento cualquier contacto sexual entre alemanes «arios» y judíos «no arios» quedaba prohibido. Para Hitler esto no suponía otra cosa que un paso más en el camino hacia una solución más radical del problema judío. Poco después del congreso del partido de 1935 confiaba a sus íntimos: «Hay que arrojarlos de todas las ocupaciones, expulsarlos de los ghettos, encerrarlos en un territorio donde puedan desarrollarse según sus peculiaridades, mientras el pueblo alemán contempla la manera de actuar de los animales salvajes». Al mismo tiempo, entre enero de 1936 y marzo de 1938, aumentó la presión de Reinhard Heydrich sobre la sociedad obligatoria y de inspiración oficial «Asociación de los judíos en Alemania», en el sentido de favorecer la emigración de mayor número de familias hebreas. El responsable de la operación era el departamento II 112 (organizaciones sionistas), al frente del cual se encontraba Adolf Eichmann.
Eichmann tuvo su gran oportunidad cuando después de la anexión de Austria fue nombrado jefe en Viena de la «Central para la emigración judía». Orgullosamente comunicaba a Berlín 18 meses después que había conseguido la marcha de 150.000 judíos austríacos, es decir del 50 por 100 de la población semita de ese país. El método decisivo para lograrlo fue obligar a los judíos que gozaban de buena posición económica a que pagaran el viaje de los judíos pobres. Esto indujo a Göring a emplear el mismo procedimiento. Ordenó que todas las fábricas y talleres, todas las empresas, pasaran a manos «arias». Decisión que justificó con estas lacónicas palabras:
«Hay que hacer frente al problema judío con todos los medios a nuestro alcance; es preciso expulsarles de las actividades económicas».

Estímulos para un «pogrom» sangriento

Para los oídos de los radicales antisemitas, tales palabras eran música celestial. Hacía tiempo que habían exigido que se negara a los judíos toda participación en la vida económica. El terreno estaba así preparado para un próximo golpe contra los hebreos. Faltaba sólo el motivo.
Y vino a brindarlo el Gobierno antisemita de Varsovia. Por un decreto del Gobierno polaco del 6 de octubre de 1938 fueron anulados todos los pasaportes que en el plazo de un mes no consiguieran ratificar su validez. El jefe de la policía de seguridad del Reich se dio perfecta cuenta del objetivo del decreto: de un golpe Varsovia quería librarse de los judíos polacos residentes en Alemania. Rápidamente hizo detener a 17.000 judíos y los envió a la frontera polaca, soltándoles ante los nidos de ametralladoras de la guardia fronteriza.
Entre los infelices que erraron por uno y otro lado de la tierra de nadie, se encontraba el sastre de Hannover Grünspan. Cuando su hijo de 17 años oyó en París la odisea de su padre, compró una pistola y disparó contra uno de los secretarios de la embajada alemana, vom Rath.
El 8 de noviembre de 1938 se concentraron todas las personalidades nacionalsocialistas en el Feldherrnhalle para celebrar el aniversario de la fundación del partido. Durante la cena de camaradería de los veteranos llegó la noticia de lo ocurrido en París: Ernst vom Rath había muerto a consecuencia de las heridas recibidas. Hitler pareció muy afectado, no quiso hablar y, tras consultar con Goebbels, abandonó la sala. Había llegado el momento tan ansiado por el ministro de Propaganda. En un encendido discurso incitó a los jefes del partido allí reunidos a llevar a cabo un sangriento «pogrom». Una vez más, Goebbels demostró que sabía nadar y guardar la ropa. En un documento de la época puede leerse:
«Las instrucciones verbales del jefe de Propaganda del Reich fueron interpretadas por los mandos allí congregados en el sentido de que el partido, de cara a la opinión, no podía figurar como el organizador de las demostraciones, pero que en realidad no sólo las debía organizar sino incluso ejecutar». De nuevo Goebbels supo concertar la voluntad popular, y parecía haber recobrado la jefatura de «la cuestión judía». Las organizaciones del partido –como las unidades de las SA– estaban convencidas de que, después de muchos años de inactividad, les había llegado el momento de saltar a la primera línea con objeto de encender un nuevo faro nacionalsocialista para bien de Alemania y del mundo.
En pocas horas quedó movilizado el populacho nacionalsocialista en todo el Reich. Por todas partes las sinagogas fueron pasto de las llamas; se destruyeron entre 1000 y 7000 negocios y tiendas judías. Los sangrientos sucesos arrojaron un balance de 91 muertos y 36 heridos.
Göring se indignó considerando la pérdida que para la economía significaba todo aquello, mientras él estaba dedicado a desposeer a los judíos para respaldar los planes de desarme. Y Himmler, lleno de inquietud política, acusó a Goebbels ante el *Führer*, aduciendo que tales acciones habían sido llevadas a cabo con fines de poder personal y muy poco inteligentemente y que no dejarían de causar grave daño a la política exterior alemana.

1250 millones de marcos de reparación

Por más grotesto que parezca, incluso durante la noche de los cristales las SS siguieron fieles a su política. Detuvieron a 30.000 judíos acomodados y les encerraron en campos de concentración. Con ello intentaban apresurar su emigración. El 14 de noviembre de 1938, el *Führer* se pronunció contra Himmler, Heydrich y Göring. Adolf Hitler se responsabilizaba de lo sucedido en la noche de los cristales, respaldaba al autor. Para que no quedara la menor duda se presentó en su casa y esa noche apareció junto a él en el Schillertheater. Sobre las consecuencias de la noche de los cristales no tardaron en ponerse todos de acuerdo. Se decidió que los judíos alemanes pagarían en concepto de reparación por los daños causados durante esa noche, la cantidad de 1250 millones de marcos. Una resolución del tribunal supremo del partido absolvió a cuantos tomaron parte en el «pogrom» siempre que durante él no hubieran cometido ningún acto de indisciplina, ni hubieran tenido ningún contacto vergonzoso para la raza aria.
El encargado de negocios británico en Berlín comunicaba a Londres el 16 de noviembre de 1938:
«No he encontrado un solo alemán, de cualquier capa social, que de una manera u otra no desapruebe lo que ha pasado. Pero me temo que ni la condena del hecho por parte de nacionalsocialistas cultivados o altos oficiales del Ejército, pueda tener la menor influencia en la horda de enajenados mentales que actualmente ejerce el poder en la Alemania nazi». □

CRONICA

GRANDES TITULARES — CULTURA Y CIENCIA — DEPORTE Y TECNICA

1938

GRANDES TITULARES

13.7.: Muere en Mülheim (Ruhr) el industrial Emil Kirdorf. Hitler asiste al entierro

3.8.: Llega a Praga Lord Runciman. Resultarán baldíos sus esfuerzos mediadores entre el Gobierno checo y el partido de los sudetes alemanes

21-28. 8.: Visita a Alemania del regente húngaro, Nikolaus von Horthy

27. 8.: En señal de protesta por la política belicista del «Führer», dimite el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Ludwig Beck. Le sucede el general Franz Halder

5-12. 9.: X Congreso del partido nacionalsocialista o «Congreso de la Gran Alemania», en Nuremberg

15-9.: «Queremos integrarnos en el Reich», declara el jefe del partido de los sudetes alemanes, Konrad Henlein. Al mismo tiempo, y sobre el tema de la crisis en el territorio de los Sudetes, se celebra en el Obersalzberg una entrevista entre Hitler y Chamberlain, primer ministro británico

22-23. 9.: Segunda entrevista Hitler-Chamberlain. Se celebra en el hotel Dreesen de Bad Godesberg. Tema: la anexión de los Sudetes por Alemania

26. 9.: 570 emisoras transmiten desde el Palacio de los Deportes berlinés el discurso de Hitler en el que dijo «que sus reivindicaciones sobre Checoslovaquia eran las últimas exigencias territoriales que presentaría a Europa»

29. 9.: Debido al cambio de actitud de las potencias occidentales, que decidieron negociar en Munich con Hitler, fracasa el pronunciamiento antinazi preparado por los generales Oster, Halder y von Witzleben para el caso de una declaración de guerra por parte del «Führer»

29. 9.: Conferencia de Munich: Hitler, Chamberlain y Daladier aceptan la proposición del «intermediario» Mussolini según la cual las tropas alemanas ocuparían entre el 1 y el 10 de octubre el territorio de los Sudetes

5. 10.: «Decreto sobre el pasaporte para los judíos». Se declaran nulos y deben ser entregados por sus poseedores a las autoridades

7. 11.: El polaco de 17 años Herschel Grünspan dispara en la Embajada alemana de París contra el secretario de la Legación, Ernst vom Rath. Motivo del atentado: venganza contra los nacionalsocialistas que han expulsado a sus padres a Polonia después de 27 años de residir en Hannover

9. 11.: «La noche de los cristales». Inmediatamente después de conocerse la muerte de vom Rath, Goebbels organiza una acción de castigo contra las sinagogas, negocios y viviendas particulares de los judíos. No quedó un cristal sano, se multiplicaron los incendios y las destrucciones. Fueron detenidos 20.000 judíos

12. 11.: Decreto sobre reparaciones de los judíos de nacionalidad alemana: se fija en mil millones de marcos en concepto de contribución especial sobre la renta

3. 12.: Disposición del presidente de la policía de Berlín que prohíbe a los judíos la utilización de gran número de teatros, salas de conciertos lugares públicos, piscinas e incluso algunas calles, como la Voss y la Wilhelmstrasse

CULTURA Y CIENCIA

2. 8.: Fiesta de cubierta de aguas en las obras de la nueva Cancillería del Reich

5. 9.: Entrega de los Premios nacionales de Arte y Ciencia durante el congreso del partido en Nuremberg. Galardonados: el inspector general de las carreteras del Reich, Fritz Todt, el constructor Ferdinand Porsche, y los fabricantes de aviones Willy Messerschmidt y Ernst Heinkel

17. 10.: Muere en la emigración, en Amsterdam, el escritor socialista Karl Kautsky, durante más de cincuenta años ideólogo de los socialdemócratas

24. 10.: Fallece, en Rostock, Ernst Barlach. Perteneciente al grupo perseguido de los «artistas degenerados»



Xilografía de Ernst Barlach: «El expósito»

30. 10.: Se inaugura solemnemente en Weimar la Semana del libro alemán. Goebbels: «Libro y espada son los símbolos de nuestra época»

23. 11.: Acuerdo cultural germano-italiano

24. 11.: Se estrena en la Ópera de Berlín el «Peer Gynt» de Werner Egks

25. 11.: Acuerdo cultural germano-nipón

30. 11.: Estreno en Stuttgart de la película «Tanz auf dem Vulkan» («Danza sobre el volcán»), con Gustaf Gründgens, Sybille Schmitz, Gisela Uhlen

1. 12 .: Estreno del filme «Ziel in den Wolken» de Liebeneiner, sobre el desarrollo de la aviación. La película recibe la calificación oficial de «meritoria tanto en lo artístico como en lo político»

16.12.: Hitler crea la «Cruz de Honor de la madre alemana»

17-19. 12.: Otto Hahn y Fritz Strassmann consiguen por primera vez la escisión del núcleo del átomo del uranio

22. 12.: Estreno de la película «Pour le Mérite», de la UFA, sobre los aviadores de guerra y su mundo. Calificación: valiosa para la juventud. Especialmente meritoria en lo político y artístico

DEPORTE Y TECNICA

1. 7.: Entran en vigor en Austria las normas de tráfico del Reich

3. 7.: En la final del campeonato alemán de fútbol, tras la prórroga, se terminó imponiendo el Hannover 96 sobre el Schalke 04 por 4-3

3. 7.: En Berlín el equipo alemán de boxeo «amateur» derrotó por primera vez al de Inglaterra por 10-6

10. 7.: El equipo alemán de balonmano se proclama en Berlín campeón del mundo al vencer a Suiza por 23-0

1. 8.: Como consecuencia de haber proclamado Hitler el 26.5 que en lo sucesivo el VW se llamaría «Auto de la Fuerza por la Alegría», Robert Ley anuncia el comienzo de una campaña de ahorro para su adquisición. Precio: 990 marcos. Mínimo ahorro semanal admitido: 5 marcos

5. 8.: Con motivo de la inauguración de la XV Exposición alemana de la Radio, Goebbels dio a conocer la puesta a la venta de los primeros 100.000 «pequeños receptores alemanes 1938». Precio: 35 marcos

1. 9.: El general «Feldmariscal» Göring autoriza a la Federación para la Defensa Aérea –un cuerpo auxiliar civil– el uso de emblema y bandera propios, así como la utilización del brazalete nacionalsocialista sobre el uniforme

18-25. 9.: El equipo nacional alemán de fútbol se apunta dos victorias, ambas por 4-1, contra Polonia en Chemnitz y contra Rumania en Bucarest. Helmut Schön (actual entrenador del campeón del mundo 1974, RFA) marcó un gol en cada encuentro

30. 10.: Inauguración de la esclusa en el Rothensee (Magdeburgo). Se abre al tráfico fluvial el canal que une el Ems (Dortmund) con el Elba (Magdeburgo), apto para la navegación de barcos hasta de 1000 toneladas



El cuatrimotor en pleno vuelo. Vista de la cabina de pasajeros del nuevo avión de la Lufthansa, FW 200

30. 11.: Marca de vuelo del «Condor», aparato de Focke-Wulf. Hizo los 14.000 km Berlín-Hanoi-Tokio en 46 horas y media

3. 12.: El jefe supremo de las SS y jefe de la policía alemana publica una orden prohibiendo a los judíos conducir cualquier clase de vehículos

Hitler 1938
HOMBRE DEL AÑO



«La reunión de cuatro hombres de Estado para tratar de un nuevo reparto de Europa debe calificarse, sin duda alguna, de momento histórico. Y como tal cosa sucedió en Munich el 29 de septiembre, es lógico considerar esta conferencia como el acontecimiento del año». Así comenzaba el artículo de fondo de la revista americana «Time» del 4-I-1939. A ese artículo «Hitler – Man of the Year» pertenecen los pasajes siguientes:



Se trataba de una reunión de grandes personalidades: el primer ministro británico, Chamberlain, el jefe del Gobierno francés, Daladier, y el dictador italiano, Benito Mussolini. Sin embargo, la figura principal era el anfitrión, Adolf Hitler.

El *Führer* del pueblo alemán, jefe supremo del Ejército, la Marina y la Aviación, canciller del III Reich, recogía ese día los frutos de una política exterior audaz, insolente y sin escrúpulos llevada a cabo durante cinco años, en los cuales acabó con el Tratado de Versalles, armó a Alemania hasta los dientes (o, al menos, hasta donde le fue posible) y se anexionó el Estado austríaco ante los ojos sorprendidos e impotentes del mundo.

Sin derramamiento de sangre

Todos estos acontecimientos suponían una bofetada en el rostro sobre todo para aquellas naciones que veinte años antes habían vencido a Alemania en el campo de batalla. Pero mucho más aterrorizó al mundo –preparado sistemáticamente por los nazis– la posibilidad de una guerra mundial por la confabulación contra Checoslovaquia durante los últimos días del verano y primeros de otoño.

Sin derramar una gota de sangre, Hitler convirtió a Checoslovaquia en un Estado satélite de Alemania. Forzó una nueva orientación del sistema europeo de defensa. Y, finalmente, consiguió manos libres para su política con respecto a la Europa oriental mediante la declaración de neutralidad de británicos y franceses. Todo esto le convierte sin duda en el hombre del año 1938.

La importancia de los demás hombres de Estado disminuye a medida que avanza el año. La «paz de honor» de Chamberlain parece una ficción; cada vez son más los británicos que se burlan de su política de transigencia. Se dan cuenta de que por este camino sólo una sumisión absoluta podrá saciar la ambición del dictador. Muchos franceses sospechan que, con la firma del acuerdo de Munich, su jefe de Gobierno ha degradado a Francia al rango de país de segundo orden. Daladier, político liberal, sólo ha podido permanecer en el poder a finales de año gracias a una serie de trucos parlamentarios.

Por lo que se refiere a Mussolini, en 1938 no pasaba de ser la parte inexperta de la banda Hitler-Mussolini. Sus continuas amenazas de arrebatar Córcega y Túnez a los franceses no pasaron nunca a mayores. En realidad deseaba únicamente obtener tarifas preferenciales para los barcos italianos en el canal de Suez y el control del ferrocarril entre Yibuti y Addis Abeba.

Eduard Benes, el pequeño y viajero hombre de Estado, había desaparecido completamente de la escena internacional.

Continente sumiso

Adolf Hitler dominaba, con los ademanes del conquistador, un con- ▷

El cuerpo diplomático entero acudió a la invitación de Hitler para presenciar la demostración militar con motivo del Congreso del partido en Nuremberg (1938). Junto a Hitler, en la tribuna, el jefe de las SS, Heinrich Himmler.



Chamberlain, contrincante de Hitler. Pacífico pero incapaz de lograr la paz.



Daladier, contrincante de Hitler. Rico en ideas y pobre en éxitos.



Mussolini, contrincante de Hitler. Mucho ruido y pocas nueces.

tinente sumiso. El hecho de que el *Führer* hubiera colocado bajo su imperio a 10,5 millones de seres (7 millones de austríacos y 3,5 millones de sudetes) no era suficiente para hacerle hombre del año: durante el mismo tiempo los japoneses habían conseguido el dominio sobre varias decenas de millones de chinos. Lo decisivo fue que, en 1938, Hitler se presentaba como un serio peligro para el mundo libre y democrático. Su sombra se extendía más allá de Alemania.
Después de la conferencia de Munich prosperaron por toda Europa los propósitos dictatoriales y perdió terreno la libertad. Tan sólo en Estados Unidos la democracia se encontraba lo suficientemente fuerte como para enfrentarse de modo adecuado y con ventaja a Hitler. El fascismo aparecía en 1938 como un movimiento revolucionario internacional.

Un asceta con bigote a lo Charlie Chaplin

El responsable de esta tragedia mundial es un asceta nacido en Austria, malhumorado, insensible y nada atractivo, y con un bigote a lo Charlie Chaplin. Adolf Hitler, hijo de un modesto funcionario de aduanas, crecido al amparo de una madre dedicada exclusivamente a él, parecía condenado a una vida de continuas frustraciones después de haberse lanzado al mundo con un escaso bagaje de conocimientos, y tras haber sido incapaz de aprobar los exámenes más elementales.
Hitler despreciaba la Viena brillante y cordial debido a la abundancia de judíos. En cambio le gustó su segunda patria, Munich, monótona y cerrada como él. Para este hombre sin oficio y sin gran interés por nada concreto, la Guerra Mundial fue un acontecimiento favorable, que dio un sentido nuevo a su vida.
Su carrera política comenzó en 1919, como militante número 7 del minúsculo partido obrero alemán. Recién descubierto su talento retórico, Adolf Hitler se convirtió en jefe del partido, al que rebautizó como partido obrero nacionalsocialista alemán.
El intento de golpe de estado de 1923 no tuvo el éxito esperado, pero proporcionó al partido sus primeros mártires y condujo a Hitler a la cárcel. Durante su prisión en la fortaleza de Landsberg escribió el primer tomo de «Mein Kampf», hoy lectura obligada de todo alemán. Pese a que en muchas partes de Alemania la organización estaba prohibida, el partido nazi contaba cada vez con mayor número de afiliados, gracias al método de combinar pequeños servicios con actos de feroz terrorismo y con una desbordada propaganda patriótica. Lentamente iba cultivando la imagen de un *Führer* ascético y carismático. En las elecciones generales de 1928 los nacionalsocialistas consiguieron 809.000 votos. En 1929 se alzaron con un buen resultado en Turingia y con la mayoría absoluta en Coburg, y en 1930 los votos nazis en las elecciones parlamentarias sumaron 6.401.016. Dos años más tarde eran ya 13.732.779. No suponían la mayoría absoluta pero expresaban la importancia del hombre y su partido.

Versalles — baldón de la República

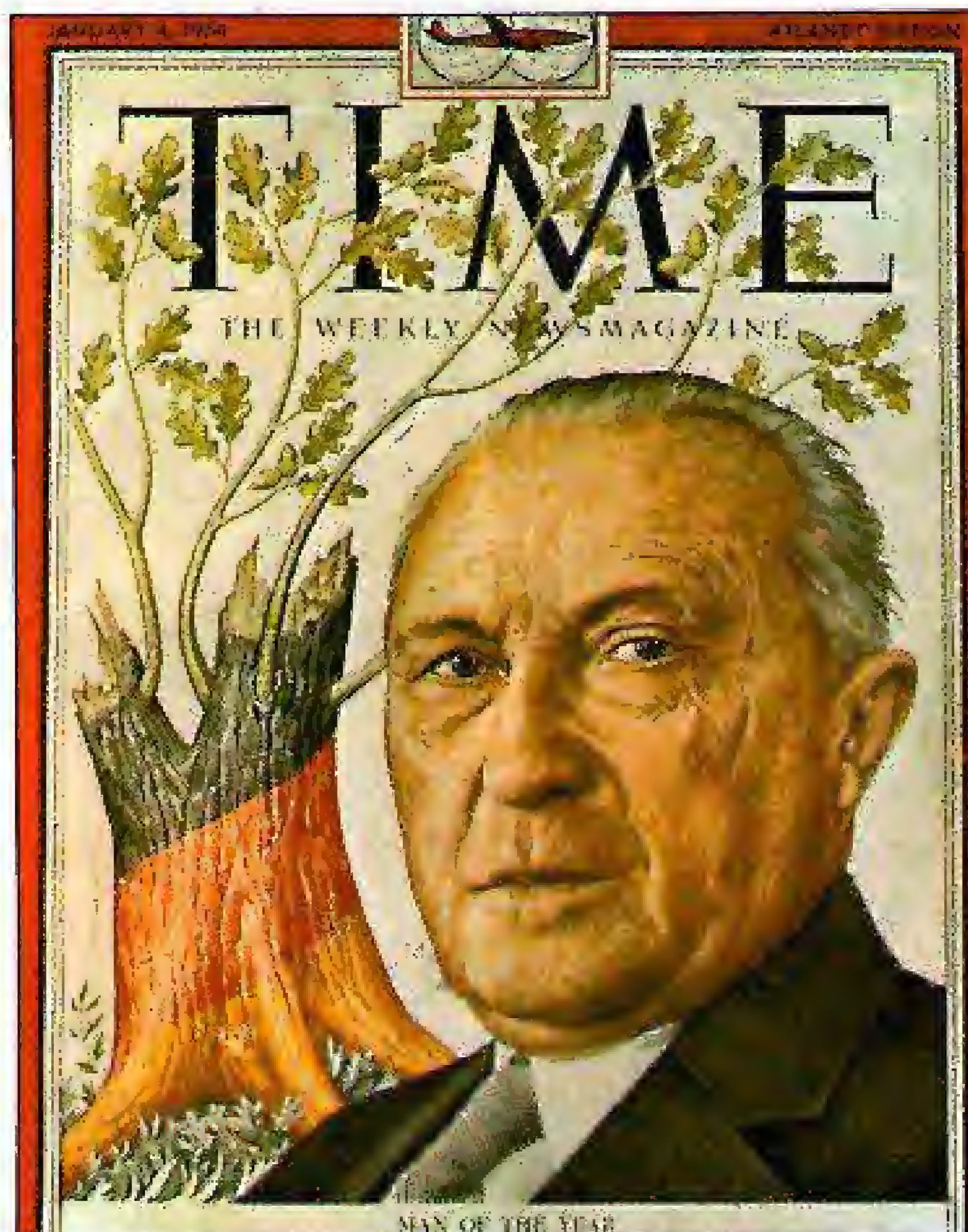
El hecho de que un partido tan audaz como antidemocrático e inculto pudiera ver siquiera la luz, hay que buscarlo en el nacimiento de la República y en la añoranza, que alentaba en gran parte del inmaduro pueblo alemán, de una autoridad fuerte. La democracia en Alemania fue consecuencia de una derrota militar, la República tuvo que firmar —contra su voluntad— el Tratado de Versalles, cosa que los alemanes no le perdonaron nunca. No es ningún secreto que a los alemanes les gustan los uniformes y los desfiles y que sienten predisposición especial a someterse a una autoridad fuerte. El ídolo del *Führer* es Federico el Grande, en especial por su valentía militar y su estilo autocrático de gobierno, en ningún caso por su estima de la cultura francesa y su desprecio de la rusticidad prusiana. Pero contrariamente al gran Federico, el *Führer* —que ha leído muy poco— no siente interés por ninguna gran personalidad, ni haría suya la frase de éste, que afirmaba estar «cansado de reinar sobre esclavos».
La primera ráfaga seria de la depresión de 1929 a 1934, que supuso para Alemania siete millones de desocupados y una serie de bancarrotas, acabó con la República.

Adolf Hitler & Cía

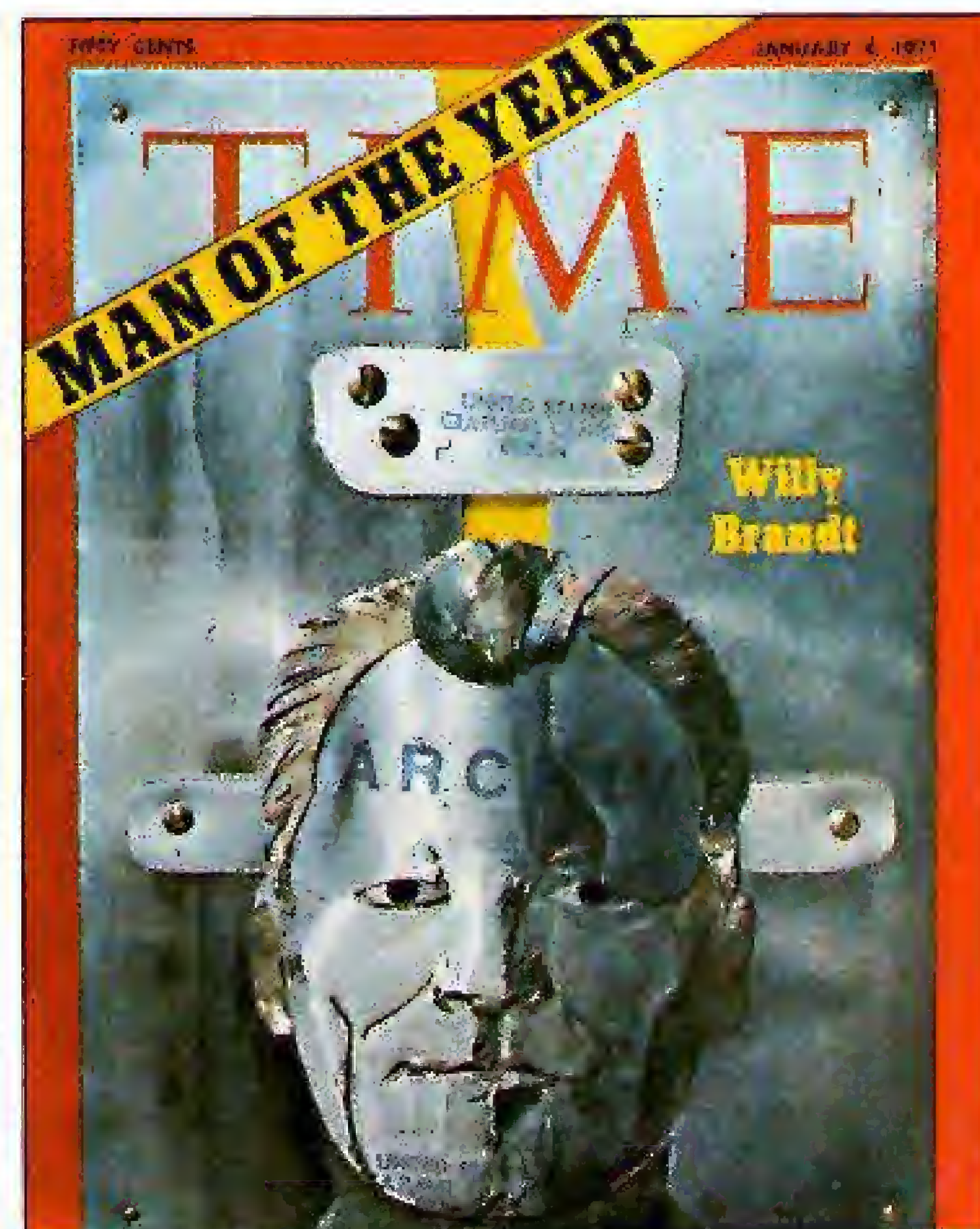
Hitler sacudió de arriba abajo el Reich, después de que el anciano presidente Paul von Hindenburg le nombrara canciller, el 30 de enero de 1933.
Terminó con el desempleo mediante
- ☐ un extenso programa de obras,
- ☐ un amplísimo programa de rearme y la creación de un Ejército profesional
- ☐ el trabajo obligatorio al servicio del Estado,



Hombre del año 1938: Hitler, organista sacrílego, interpreta el himno del odio.



Hombre del año 1953: Adenauer, nuevo miembro en el círculo de las potencias.



Hombre del año 1970: Brandt. En camino hacia una nueva realidad.

- internamiento de los enemigos políticos, judíos, socialistas y comunistas, entre otros, en campos de concentración.

Lo que en menos de seis años Adolf Hitler & Cía consiguieron hacer de Alemania encontró el aplauso de la mayor parte del pueblo. Curó a la nación de su derrotismo de posguerra. Alemania se reunificó bajo la cruz gamada. No se trataba de una dictadura normal sino de una dictadura que desarrollaba una energía notable al servicio de grandes planes. Marxistas convencidos pueden burlarse de la parte socialista del nacionalsocialismo, pero indudablemente el movimiento tiene su base en las masas. 1500 millas de magníficas autopistas, planes para un coche popular y ampliación de los servicios sociales, grandes proyectos para la reconstrucción de las ciudades: los alemanes resplandecen de orgullo. Deben conformarse con muchos «sucedáneos» pero no pasan hambre.

Himno del odio

Lo que durante este tiempo han hecho Adolf Hitler & Cía, deja sin habla a las personas civilizadas. Los derechos y las libertades civiles han dejado de existir. Toda oposición al régimen nazi equivale al suicidio. La libertad de expresión y reunión ha pasado a la historia. La fama de que gozaba Alemania como centro de la cultura ha desaparecido. La educación ha quedado reducida a un catecismo nacionalsocialista. 700.000 judíos alemanes han sido maltratados y expoliados. Se les ha prohibido incluso ganarse su manutención y son perseguidos por las calles. Actualmente se les detiene y se piden importantes «rescates» por su libertad, un viejo truco gangsteril. Y no sólo los hebreos padecen. Día tras día aumenta el número de fugitivos judíos y no judíos, liberales y conservadores, católicos y protestantes, que no pueden soportar a los nazis.

La portada de este número de «Time» presenta a Adolf Hitler interpretando al órgano de una catedral profanada su himno del odio, mientras sus víctimas se hayan suspendidas de una rueda pirotécnica y los jerarcas nazis contemplan el conjunto. El dibujo es obra del barón Rudolf Charles von Ripper, un católico alemán emigrado.

Entretanto Alemania se ha convertido en una nación de uniforme, que desfila al paso de la oca tras la flauta encantada de Hitler. Una nación en la que niños de diez años aprenden a lanzar una granada y en la que las mujeres sólo son apreciadas en función de su maternidad.

La broma más pesada se la han gastado Hitler & Cía, desde luego, a los capitalistas y a los pequeños hombres de negocios que apoyaron a los nacionalsocialistas buscando un amparo contra el radicalismo y la salvación de la estructura social burguesa. En la Alemania nazi, el individuo pertenece al Estado y lo mismo sucede con la economía. Algunas empresas han sido embargadas, a otras se les han aumentado enormemente los impuestos. Las ganancias se controlan de modo estricto. Con la integración de Austria en Alemania surgió la preocupación por el abastecimiento de siete millones de parientes pobres, y la anexión de los Sudetes supuso la obligación de alimentar a 3,5 millones de seres más. A finales de 1938 parecía como si la economía alemana, con su control de divisas, su descendente nivel de vida y su autosuficiencia, estuviera al borde de la bancarrota. Y no faltaban signos de que gran número de alemanes rechazaban la crueldad de su Gobierno, pero carecían de fuerza para protestar. Puesto que resultaba difícil alimentar adecuadamente a su pueblo, el *Führer* se veía obligado a encontrar un medio de distraer su atención. La prensa, controlada por los nazis y que baila al son que le toca el ministro de Propaganda, Paul Joseph Goebbels, comenzó de repente a atacar a enemigos reales e imaginarios. Ataques que se fueron multiplicando a medida que de las fábricas salían más cañones y se producía menos mantequilla. En el lustro que lleva ejerciendo el poder el hombre del año 1938, Alemania se ha convertido en una de las grandes potencias militares contemporáneas. Cierto que la Navy británica sigue siendo señora de los mares y que los expertos consideran al Ejército francés, como incomparable. El gran problema, sin embargo, y cambia día a día la situación, está en el aire: la mayor parte de los observadores consideran

El semanario americano «Time» dedica la portada del primer número de cada año al hombre que más se haya distinguido en el anterior. En la larga historia de esta publicación tres alemanes merecieron el título de «Hombre del año»: Adolf Hitler, Konrad Adenauer y Willy Brandt. Reproducimos en esta página las portadas de los números de referencia. Las fotos de la página anterior proceden del artículo del «Time»: «Man of the Year» – Hitler 1938. Los subtítulos son una versión del texto original.

que Alemania, en lo que se refiere a aviones de combate, lleva una gran ventaja.

Pese a la escasez de oficiales, pese a la falta de material de guerra, la *Wehrmacht* se ha convertido en una máquina poderosa, posiblemente sólo susceptible de ser derrotada por la alianza de varios Ejércitos confederados. Si Hitler necesitara documentar la importancia de su nación en el año que acaba de concluir –1938–, podría alegar que no sólo ha recibido personalidades políticas de primer rango –Chamberlain, por ejemplo– sino también que él mismo pudo inclinarse ante tres reyes –Gustavo de Suecia, Cristian de Dinamarca y Vittorio Emanuele de Italia– al tiempo que otros dos acudían a verle a él –Boris de Bulgaria y Carol de Rumania– sin contar el regente Horty de Hungría.

¿Busca Hitler el combate?

En la actualidad 1133 calles y plazas, entre ellas la famosa del Ayuntamiento de Viena, llevan el nombre de Adolf Hitler. En 1938 pronunció 96 discursos, asistió once veces a la ópera –menos de lo normal–, acabó con dos rivales (Benes y Kurt Schuschnigg, último canciller de Austria) y vendió tan sólo en Alemania 900.000 ejemplares de «Mein Kampf», obra que circula también por Italia y por la España nacionalista. Lo único en que ha experimentado pérdida ha sido en la visión. Desde hace poco tiene que utilizar gafas. La semana pasada Herr Hitler ofreció una fiesta de Navidad a los 7000 obreros que construyen en Berlín la nueva y gigantesca Cancillería del Reich. Entre otras cosas les dijo: «En las próximas décadas las democracias aprenderán dónde se encuentra la verdadera cultura». También otras naciones se han decidido por la carrera del armamento y en los círculos militares se escucha la pregunta: «¿Estará Hitler dispuesto a luchar aun cuando esté claro que no tiene posibilidades de victoria?» La dinámica de una dictadura es de naturaleza tan potente, que nadie que haya observado al fascismo y a su *Führer* se puede imaginar al asexuado, intranquilo y arbitrario Adolf Hitler viviendo sosegadamente en su refugio montañero de Berchtesgaden, mientras el sufrido pueblo alemán bebe cerveza y entona canciones populares. No existe garantía alguna de que las naciones pobres se conformen una vez que han quitado a las ricas lo que deseaban arrebatarles. Quien haya observado detenidamente los acontecimientos de finales de año, pensará seguramente que el hombre del año 1938 puede hacer de 1939 un año memorable. □

1933-1938

Nuestro animoso pueblo fue feliz en aquellos años

Los reporteros de la revista norteamericana «Time» adoptaban una postura eminentemente crítica cuando tenían que informar sobre Hitler, su «hombre del año 1938». También Hans Frank, consejero jurídico de Hitler y gobernador general en Polonia, trató de subrayar su pretendido distanciamiento crítico respecto a él, cuando se hallaba en la prisión de Nuremberg, una vez resquebrajado el Tercer Reich. Con todo, aceptaba como positivos muchos aspectos de aquellos años de paz. Sólo estas facetas del régimen aseguraron a Hitler su enorme popularidad.

A esto llamo yo una escalada. En 1914 llega a Alemania un individuo absolutamente desconocido, un austriaco sin medios, sirve cuatro años como voluntario en el Ejército alemán, de soldado raso; en 1919 comienza su vida política mediante la propagación de las ideas básicas de un partido que ya habían creado e ideado otros... y veinte años después de pisar por primera vez suelo alemán, detenta el poder absoluto en la cúspide de esta gran potencia. ¿No parece todo esto una leyenda fantástica? ¿No merece este fenómeno el calificativo de «milagro»? ¿Por qué iba a tener que renunciar el pueblo entero a ver en aquel hombre el potencial que el destino les deparaba para realizar todo aquello que la nación, degradada en una penuria máxima, no podía llevar a cabo por sí misma? Quien pretenda impugnarlo con fría lucidez es que se deja llevar del esnobismo de juzgar a partir de la ciencia barata de sus postrimerías. En esto han naufragado todos. Andando el tiempo lo han visto y lo han sabido. Resulta demasiado fácil sentenciar: Esto tendríais que haberlo visto a tiempo. Así son estos zorros del oportunismo. Entonces se lucían en la cumbre, abriendo marcha en sus columnas pardas y grises del partido y de la *Wehrmacht*, presididos por relucientes estandartes que él había diseñado y consagrado, luciendo las nuevas insignias que él había creado y otorgado; marchaban por las calles, con las banderas al frente que él mismo había elegido para su Reich, altas y engalanadas, entre el fragor ininterrumpido de la alegría de millones de hombres que cantaban, que clamaban, que saludaban, que hacían de la calle una jubilosa cinta multicolor y primaveral. Sí, quien vio y vivió esto sabe muy bien quién era Adolf, qué hizo y qué significó. Nuestro animoso pueblo fue feliz en aquellos años. Quien lo niegue rehúsa aceptar los hechos.

Como un milagro

El gran éxito, económico y social, de Hitler radicaba en la política interior. Alemania –antes de la toma del poder una realidad enfermiza y moribunda– daba un gran salto adelante y emprendía un trabajo gigantesco. A partir del 30 de enero de 1933 se ponía fin decididamente a cualquier forma de lucha de clases, fiebre de huelgas, paros, *lock-out*, disminución de la producción, clausura de fábricas; de un golpe se eliminaban las brutales amenazas de guerra civil, las luchas callejeras, las competencias económicas, las asambleas agresivas de alema-

nes contra alemanes, las confrontaciones en los salones, las campañas de prensa y el desprestigio nacional. El pueblo alemán respiraba en una atmósfera interior absolutamente apacible. Aquel ambiente se distanciaba del de los últimos años, en los que apenas se registró otra cosa que revueltas, ruido, peleas, furia, huelgas, cortes en la producción, catástrofes financieras, inseguridad y perplejidad, hasta el punto de que lo repentino del nuevo fenómeno hizo que el cambio pareciese un milagro y que actuase como tal. Y cuando los frutos de la nueva disciplina se hicieron patentes, lenta pero tenaz e irreversiblemente, la figura de Hitler irrumpió en la escena como el salvador que iluminaba las conciencias de todos, y esto incluso para la mayoría de sus enemigos.

El desempleo se redujo rápidamente

Las cifras de producción de carbón, hierro, acero, potasa, así como la industria textil, maderera, siderúrgica, petrolífera y alimentaria, experimentaron el final de una regresión de años e iniciaron una recuperación coyuntural, real y efectiva en todos los frentes. El desempleo se redujo rápidamente, el comercio y la industria acusaron una revitalización, y, al fin, tras largos años, se podían trazar cálculos y planes económicos.

Ciertamente que este milagro se produjo según la receta de una reactivación económica y autárquica, mediante encargos del Reich y financiaciones estatales, pero el Estado de Hitler, recurriendo a toda su autoridad socialista general, garantizada por el partido, establecía los cimientos de una paz laboral para millones de trabajadores e industriales, que era el cometido básico de la dirección económica del estado.

La política social de Hitler se manifestaba como inquietud infatigable hacia el proletariado, al que insistía en vincularse. Fijación de salario mínimo, seguros sociales, seguros de accidentes, eran la expresión material de este desarrollo que condujo a una vinculación entre Hitler y la masa obrera no impuesta por la vía del terror sino sencillamente por la de las realidades, al extremo de que nadie que sea capaz de ver la verdad estará en condiciones de negarlo. ¿No había en todo esto un fondo, una base? Solamente él logró llevar el pan y el trabajo a la masa innumerable de millones de trabajadores altamente cualificados que durante años se había visto empujada a la más absoluta miseria. Solamente él mostró una inquietud inmensa por la seguridad del trabajo, mediante el recurso a empresas nacionales de alcance secular, y piénsese solamente en el proyecto de las autopistas. ¿Qué habían hecho a este respecto todos los gobiernos anteriores? Casi nada. También la asimilación de los sindicatos por el Frente Alemán del Trabajo, creado por el partido, se produjo precisamente en interés de los trabajadores, ya que ningún miembro de estos sindicatos había perdido lo más mínimo en cuanto a posibilidades de empleo o de reivindicaciones laborales al producirse lo que de un modo alevoso y absurdo se llamó por algunos la «aniquilación de los sindicatos».

«Socialismo práctico»

Hitler describió todas estas medidas, tendentes a asegurar el *status* del trabajador, a elevarlo y a sostenerlo, es decir, el «socialismo práctico», el «socialismo de la acción», en contraposición con el «socialismo de la frase», el marxismo, que no había logrado superar la miseria de la clase trabajadora. Pero los trabajadores querían además «ir a la acción». A lo largo de la historia alemana jamás se había logrado realizar tales creaciones por medio de la alegría o la emulación, como ahora era norma general con Hitler. Yo me encontraba en medio de los trabajadores recién empleados cuando el *Führer* inauguró en la primavera de 1934 las obras de la autopista Munich-Salzburgo. Entonces vi con mis propios ojos, y por esto no he tenido que esperar a que me lo contaran, cómo se apretaron todos a su alrededor, cuando él, con el estilo del trabajo terminó sus palabras con una orden: «¡Empezad ya!». Entonces vi cómo todos se agolpaban para estrecharle las manos, cómo le sonreían, cómo respondían a su pregunta: «¿Os parece bien así?». La escena se repetía en todas las minas, fábricas, obras de construcción, diques y empresas. Cuando aparecía en la nave fabril, automáticamente se veía rodeado por la gratitud de todos. Organizó el Servicio del Trabajo como un servicio de honor de la creación manual abierto a cualquier joven alemán que acudiese con la pala en las manos, y quiso que este espíritu de servicio se extendiese a la militancia de las armas: trabajadores y soldados situados en un mismo nivel, comprometidos, simbólicamente vinculados en el honroso servicio a la propia tierra. Nadie pensaba en una formación premilitar como objetivo de la «guerra ofensiva» que se supone preparaba ya entonces. Se percibía incluso en las tareas de movimientos de tierras a nivel gigantesco, realizados por las columnas del Servicio del Trabajo, algún destello muy nítido de su tendencia y de su convocatoria.

«Fuerza por la Alegría»

Quiero referirme ahora a la obra social «Fuerza por la Alegría», con la que Adolf Hitler introdujo una nueva cultura del tiempo libre y de las vacaciones en el corazón del mundo laboral.

Cada trabajador tenía acceso al disfrute de unas actividades artísticas, sociales y deportivas, mediante la aportación de unas cantidades verdaderamente irrisorias. Hasta entonces tales actividades habían sido inaccesibles para él. ¿Cuándo se le había presentado al obrero la ocasión de hacer un crucero en enormes buques, con sus familias, a Madeira, Italia u otros lugares? Todo esto fue posible gracias a Adolf Hitler, que ofreció estos programas no sólo a un número reducido de incondicionales sino a millares de trabajadores alemanes. Y, por encima de todo, la norma de oro de su política social: un salario estable y unos precios estables. Andando el tiempo se diría de Adolf Hitler que lo había hecho como por encanto y que todo lo había previsto para lograr lo que luego sería el espantoso final de nuestro Reich.

El martillo y la forja

Quisiera señalar algo más sobre lo que me parece indiscutiblemente positivo de la obra de Hitler en su actividad interior alemana, porque solamente aceptando este particular puede encontrarse el punto de vista adecuado para responder a la pregunta de la actitud de Hitler ante el pueblo alemán. En este sentido he tenido, naturalmente, que limitarme y omitir el florecimiento auténtico de la vida cultural alemana en el teatro, la ópera, festivales, fiestas populares y conciertos, pintura y artes plásticas, arquitectura suntuaria, en la educación popular, en cátedras populares, en el arte popular, artesanía, trabajo doméstico, porcelana, cerámica, madera, arcilla, piedra, mármol, etc. Aspectos que, gracias a él, tras el más completo abandono, alcanzaron un nuevo florecimiento y un punto máximo de energía creadora. Se llenarían volúmenes enteros si se quisieran describir las nuevas realizaciones que se levantaron en ciudades y pueblos gracias al impulso de Hitler, si se quisiera reproducir todos los monumentos levantados entonces, los que se salvaron de la ruina, los que se alzaron nuevamente de los escombros, los puentes, factorías, cuarteles, barrios de nueva planta que crecían del suelo, bien diseñados con sentido artístico, técnicamente más sólidos y construidos a conciencia, sin pretender alcanzar marcas de rapidez.

Aquello era como la acción de un guerrero o de un forjador, el martillo y la forja, actuación y obra, un continuo traer y llevar, un sistemático crear y valorar... día y noche. La canción del trabajo alemán resonaba con una felicidad nueva por un país en paz. ¿Cuándo volverá a repetirse?

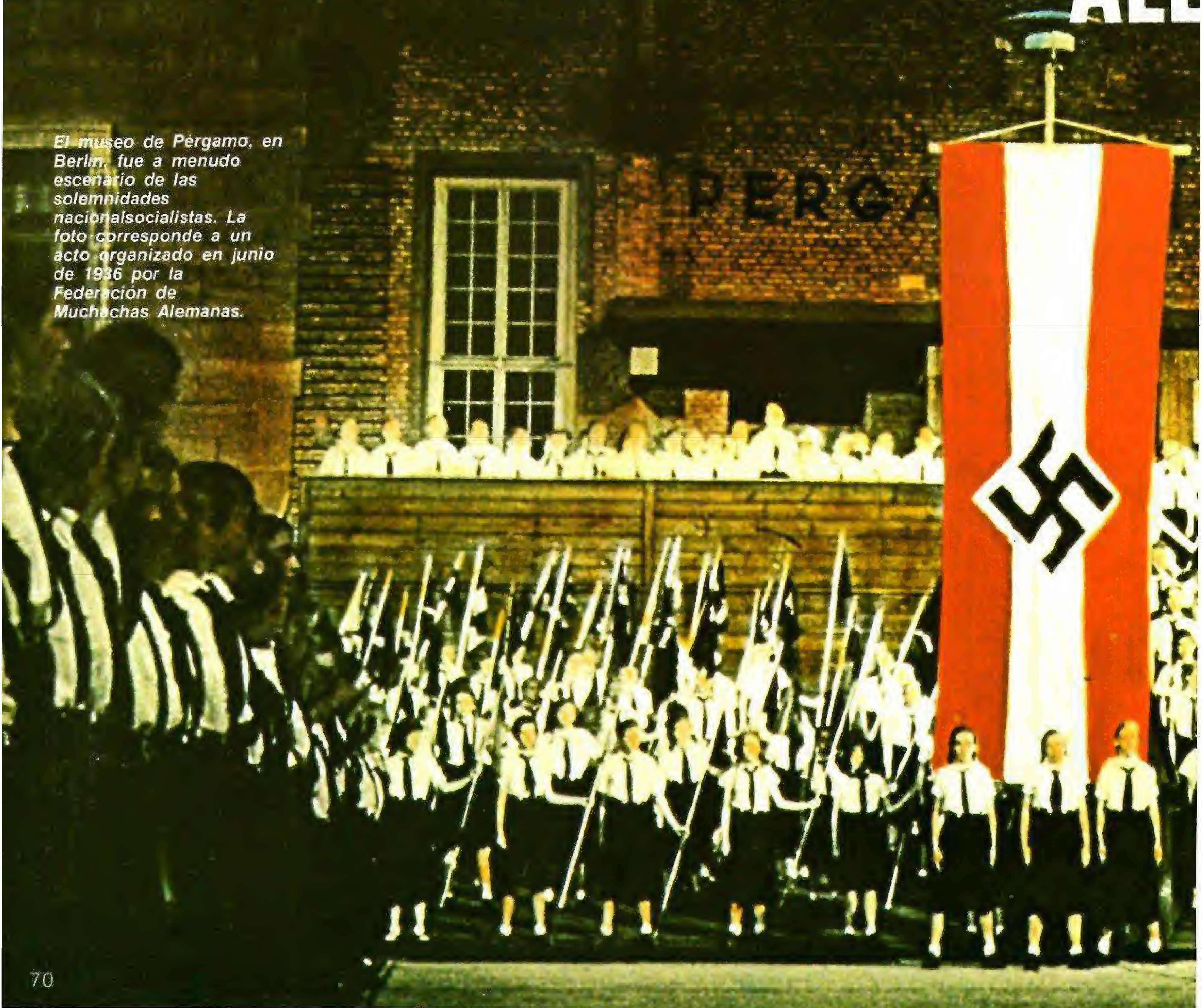
Me vienen las lágrimas a los ojos cuando recuerdo al Hitler de entonces que iba de un lugar de trabajo a otro, enderezando, alentando, entusiasmando... y surgen ante mi vista repentinamente las imágenes de la Alemania actual y la situación de nuestro pueblo: en estas circunstancias el pensamiento de la muerte me resulta tan fácil, tan suave, tan liberador...

Sobre este primer plano creador se nimba de luz cegadora aquel éxito fascinante que contempló el pueblo, que contempló el mundo de tantas maneras.

Hans Frank: «Im Angesicht des Galgens». Munich 1953

¿PO SE REB ALE

Un joven hitleriano testigo de "la noche de los cristales"



El museo de Pérgamo, en Berlín, fue a menudo escenario de las solemnidades nacionalsocialistas. La foto corresponde a un acto organizado en junio de 1936 por la Federación de Muchachas Alemanas.

R QUE NO ELO MI SANGRE MANA?

Fritz Langour, militante de las Juventudes Hitlerianas, cuenta, con voz baja y palabra justa, cómo les convirtieron a él y a otros chicos y chicas en antisemitas. Pese a todo, Fritz Langour se enamoró de una muchacha judía –Ruth–, naturalmente, sin saber que lo era. No fue culpa suya que se encontrase casi desgarrado por el conflicto entre sus convicciones políticas y su afecto personal.

Dos o tres veces al año el comerciante Rapp, de Gross-Umstadt (Hessen), colocaba su muestrario de telas en el portaequipajes de su vieja bicicleta y se lanzaba a un recorrido por los pueblos de los alrededores. Rapp era una figura de nuestra infancia. Le veíamos llegar en primavera, verano y otoño. Me acuerdo de él como si le hubiera visto por última vez hace un par de años, y han pasado casi cuarenta.
El primer indicio de su visita eran las conversaciones de nuestros padres sobre si necesitábamos o no alguna nueva prenda de vestir.
«Va a venir el judío», anunciaba al resto de los chicos el primero de nosotros que había escuchado una de esas conversaciones. Esto tenía su origen en que las personas mayores sólo se refe-



rian a él como «Rapp, el judío». No sorprendía a nadie. Uno era «el granjero Klein», otro «Funk, el cantinero», aquél «el trapero Milo». El granjero vendía leche, el cantinero, cerveza y cigarrillos, el trapero recogía por las casas trapos y hierros viejos, y el judío nos ofrecía trajes y telas para vestidos. Para nosotros cada cosa encajaba en su sitio.

El judío sólo resultaba útil a la gente

Cuando «Rapp, el judío» llegaba a las casas y extendía con manos hábiles su mercancía de lana inglesa, le llamaban todos «señor Rapp». El hombre estaba convencido de que todo el mundo en el pueblo le quería, pero en realidad sólo resultaba útil a la gente.
Rapp –de su nombre no me acuerdo– era un tipo delgado, de rostro afilado, ágil, servil, cordial y, como comerciante, barato. A nosotros, los chicos, nos regalaba siempre bombones, tanto si nuestros padres le compraban algo como si no lo hacían. Siempre tenía alguna historia graciosa que contarnos y se alegraba mucho si nos hacía reír con ella. Los chicos sí queríamos a Rapp. «Rapp es judío, pero honrado», oíamos decir a los mayores. Este «pero» fue dejando lentamente en nosotros el convencimiento de que estábamos tratando con una persona rara. Pero nadie había dicho aún una sola palabra contra él. En los primeros meses de 1933 los mayores empezaron a hablarnos más claramente. Del tipo raro se pasó al personaje extraño, de otra raza. Lo que tenía de radicalización el cambio no lo entendí hasta más tarde. Algunos le llamaban «judío blanco». Cuando quise saber lo que significaba me dijeron: «Es judío, pero no engaña a la gente».
Así aprendí algo nuevo: adjudicándole a uno algo positivo, se difamaba a todos los demás. A los otros no les veíamos por el pueblo pero la bomba de efecto retardado había empezado a funcionar. En el otoño de 1934 ya no apareció Rapp. Nadie se ocupó tampoco más de él. En cambio escuchamos más a menudo que los judíos eran unos traidores. El recuerdo de «Rapp, el judío blanco» fue haciéndose cada vez más borroso.

«Mandadlos de nuevo a Jerusalén»

A principios de 1937 mi padre fue destinado a la ciudad. Yo me inscribí en las Juventudes y me convertí en garantía del futuro pueblo alemán. Aprendí a desfilar, a cantar. Había canciones de marcha patrióticas. Por ejemplo:

«Alemania, palabra sagrada,
inmensa e infinita:
sobre todos los tiempos
seas bendita;
benditos sean tus lagos,
benditos tus bosques,
y la corona de tus cordilleras
hasta el verde mar».

Éste era el estilo de marcha. El otro estilo –en principio sólo para uso interno– decía así:

«¡Echad fuera
a toda la banda de judíos,
arrojadlos lejos
de nuestra patria!
¡Mandadlos de nuevo a Jerusalén,
con una pierna menos
para que no puedan volver».

«Esta juventud se enfrentará a nosotros»

Decenas de miles de chicos y chicas vistiendo el uniforme pardo están repartidos por las gradas del gigantesco estadio olímpico berlinés. Cada cierto tiempo cambian de posición, de manera que la combinación de las blusas blancas de las chicas y las camisas pardas de los chicos formen frases en honor del «Führer». Por ejemplo: «Vivimos y moriremos por nuestro 'Führer'». Luego se levanta el jefe de estos jóvenes, el supremo sacerdote von Schirach, que parece tan joven como sus oyentes. Con palabras sencillas y claras, les presenta la sagrada misión para la que los ha convocado el hombre elegido por la providencia como «Führer». Se estremecen las espaldas y brillan los ojos de los jóvenes; se percibe la excitación que se adueña de ellos, el religioso entusiasmo que los domina. Baldur von Schirach anuncia al «Führer», como el Bautista anunciaba al Mesías. Cuando aparece Hitler –como siempre con retraso– una especie de fervor místico sacude a la muchedumbre, y los primeros gritos que salen de sus gargantas –antes de que expresen su profesión de fe– parecen sollozos. Esta juventud fanatizada atravesará el Mosa para atacarnos.

(Robert Coulondre, embajador de Francia en Berlín, 1938/39)

Lavado de cerebro para niños de diez a doce años por medio de cantos populares. La alternativa se presenta clara: la Alemania eterna o el judío errante; la patria santa o el malvado enemigo. Para ayudar a comprenderlo bien había coros y culto germánico, por una parte, y malintencionadas caricaturas en el «Stürmer» de Streicher, por otra. Nosotros no nos dábamos cuenta del procedimiento, sólo experimentábamos los resultados: los judíos eran nuestra desgracia; quien se expone al peligro con un judío perecerá en él. La deducción es inevitable: sólo nosotros seremos capaces de hacer un mundo mejor. Los judíos tienen otra naturaleza. Tener otra naturaleza es todavía peor que pertenecer a otra raza.
En 1938 el *Führer* integró su patria al Reich; seis semanas después, el día de su aniversario, me ascendían a mi a jefe de escuadra y me nombraban para mandar un pelotón. Lo primero era mi verdadero grado, lo segundo, mi ocupación. Como si a un teniente se le encomienda el mando de una compañía. Yo me sentí muy orgulloso. Mi padre, en el fondo, un poco más que yo. Mi madre, un poco menos. Días después estalló el conflicto.

No me atreví a hablar con ella

Tenía entonces once años. La edad en que uno empieza a interesarse por las chicas. La que a mí me atraía era graciosa, de ojos azules y pelo negro. Vivía en la parte sur de Darmstadt, en la Bergstrasse, y ambos solíamos utilizar el mismo tren. Pese a que la mayor parte de las veces iba solo, yo no me atrevía a acercarme a ella. Una vez vi que estaba en la estación con un chico muy pálido. Oí que la llamaba Ruth. Poco después le encontré a solas y le dije: «Quiero hablar con Ruth»...
El chico me miró muy sorprendido y se marchó corriendo. Luego me preguntó un amigo en el tren: «¿Qué querías de ese judío?» No recuerdo bien lo que le contesté, si es que le contesté algo. Sólo sé que en ese mismo momento comenzó dentro de mí una lucha entre la sumisión y la rebeldía. Para entonces nos habían inculcado ya el odio y hasta el asco; las palabras «ignominia de la raza» se nos habían hecho habituales, si bien con el simple significado de algo malo y repulsivo. No nos atrevíamos a pasar por delante de la vieja sinagoga que se encontraba en la calle de nuestra escuela si no era cruzando a la otra acera. Nadie nos obligaba a ello. Pero se nos había dicho que los judíos utilizaban sus iglesias para preparar sus terribles planes contra los no judíos, sobre todo contra los alemanes. Sin embargo, yo me había enamorado de una judía. De un ser extraño y de otra naturaleza. Un ser de esos que eran nuestra desgracia. Alguien con el que no se podía enfrentar ningún peligro sin terminar pereciendo en él.

¿Dónde había dejado mis sentimientos germanos?

Lo que yo había hecho era una traición a Alemania, una traición al *Führer*. Decidí corregir mis sentimientos. Al ver que no lo lograba pensé confiar mis problemas a uno de mis superiores. No llegué hacerlo. Hoy ya no me pregunta nadie si tuve más miedo de lo que me podía pasar a mí que de lo que podía pasarle a ella. ¿Por qué no me había dado cuenta de que Ruth era judía? ¿Por qué no se rebeló mi sangre alemana? ¿Qué sucedió con mi sangre y honor? ¿Con mi fidelidad al ▷

«Vuestros hijos vendrán con nosotros», había dicho Hitler al pueblo alemán el año 1933. Fueron disueltas todas las organizaciones juveniles. Como organización oficial, las Juventudes Hitlerianas (HJ) desplegaron una inmensa propaganda. En pocos años las palabras de Hitler fueron una realidad: en 1937 formaban parte de las HJ siete millones de jóvenes.







Hemos nacido para morir por Alemania

(Escrito en el muro de un hogar de las HJ).

Führer? ¿Con mi naturaleza alemana? La situación era caótica y desesperada. Nadie me merecía confianza suficiente como para contarle mi problema. Días, semanas enteras de meditación, vergüenza, cólera, arrepentimiento, perplejidad, escrúpulos...
En el tren me determiné a pasar de largo delante del departamento reservado a los judíos, pero luego esperaba a la salida para verla pasar. En la escuela bajó tanto mi rendimiento que antes de las vacaciones de verano se me amenazó con retirarme la beca, «sobre todo por mi falta de atención». En las Juventudes cumplía mi servicio a rajatabla, con vigor, obstinación y fanatismo; pero sin ninguna participación interior. Pese a todo, conseguí muchas felicitaciones y aprendí el secreto de toda empresa: colaborar y callar. No caí en la cuenta de que de esta manera a la larga se pierde la costumbre de pensar o al menos se limita. Ni me apercibí siquiera de que no me encontraba tan lejos como creía del monstruoso grito: «¡*Führer*, ordena; nosotros cumpliremos!» Quien a los seis años cae dentro de la organización de un Estado totalitario, sin la menor influencia como contrapeso, puede estar seguro de que en los diez o quince años siguientes no tendrá la menor probabilidad de librarse del endiablado círculo en que ha caído, salvo una poderosa ayuda de fuera.
Para mis padres debí ser esos meses un verdadero problema. Estaba pálido pero no enfermo; a menudo azorado, pero no dispuesto a hablar sobre los motivos. Las notas del colegio mejoraron; sin embargo no aumentó mi interés. Me limitaba a cumplir una obligación.

La dicha de ser joven en un Estado como el nuestro

A finales del verano de 1938 tomé parte en un campamento volante de la organización juvenil por el Odenwald: un recorrido en tren, luego 12 ó 15 kilómetros a pie a través de los pueblos. A veces dormíamos en tiendas, a veces nos alojábamos en casas particulares. Así durante una semana. Por el día alternábamos la instrucción militar con los juegos al aire libre; al anochecer celebrábamos nuestro fuego de campamento. Cantábamos el repertorio popular permitido para los actos públi-



cos. La gente del pueblo aplaudía. Alguien hablaba sobre la dicha de ser joven en un Estado como el nuestro. Cuando llegaba el momento de ir a dormir me encontraba siempre muerto de cansancio, sin tiempo para considerar mi infelicidad. De vez en cuando pensaba en Ruth, pero la olvidaba en seguida. Los días estaban llenos de actividad y de cosas nuevas.
También me acordé de Rapp, el comerciante, durante nuestra marcha por el Odenwald, pese a que había desaparecido de mi círculo familiar cuatro años antes; le recordé al pasar por las inmediaciones de Gross Umstadt. Me sorprendí al no poder evocar la figura ágil de Rapp y al darme cuenta de que era ya cosa pasada y –para un chico de once años– concluida. Me olvidé por

«El rostro de la juventud alemana: cuatro que saben lo que quieren» (pie de foto original de la época).



completo. Sólo después de la guerra me enteré que había logrado abandonar a tiempo Alemania sobreviviendo al conflicto. Volví a Darmstadt y las clases volvieron a abrirse. Intenté no ver más a Ruth. O, mejor dicho, intenté ignorar mis sentimientos, que fuera de torturarme se me antojaban peligrosos.

Después de la noche de los cristales

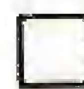
10 de noviembre de 1938. Desayuno con mis padres. Los dos parecen cansados, ninguno habla. Comen sin ganas. Al fin pregunto si pasa algo.
–Nada –responde mi padre impaciente.
–Esta noche han destruido las viviendas de los judíos –dice mi madre.
–¿Quién? –pregunto yo.
–Hombres de las SA y de las SS —contesta mi madre.
–Ni una palabra más sobre el asunto —prohíbe mi padre.
–¿Por qué? –vuelvo a preguntar yo.
–Porque tu madre ha llamado a la policía previniéndola de lo que pasaba, por eso no quiero oír una palabra más, ¿te parece suficiente?

Una bofetada por curioso

En Darmstadt dimos un rodeo por la Rheinstrasse, donde estaban los comercios. La gente se dedicaba al saqueo. Policías y miembros de las SA nos obligaron a tomar las calles adyacentes en dirección del colegio. Pero la sinagoga era camino obligado, y le habían prendido fuego. La gente contemplaba el incendio impasible, quieta, con los cuellos del abrigo levantados para defenderse del frío. Los bomberos lanzaban agua a las casas vecinas. La sinagoga seguía ardiendo. Todos nos quedamos mirando. Nadie se acordó ya de la escuela.
De pronto apareció uno de nuestros maestros. Sin decir una palabra nos propinó una bofetada a cada uno de los que estábamos allí y nos mandó a la escuela. Yo apenas reaccioné al recibir lo que me correspondió, pese a que nada odiaba tanto como que me pegaran en la cara. Ya en la clase nos dijo el mismo que nos había pegado:
–Esa ha sido la obra de unos bárbaros. El *Führer* se encargará de hacer justicia. Es una vergüenza para todo el país. No quiero oír una sola palabra sobre esa barbarie.
El maestro jamás volvió a pronunciarse sobre cuestiones políticas. La mañana transcurrió con terrible lentitud. Durante el recreo hablamos sobre lo poco que sabíamos de lo sucedido la noche anterior. La mayor parte opinaba que los judíos se lo habían merecido. Algunos habían visto o sabían que hombres y mujeres, con el camisón tapándoles el rostro, habían sido perseguidos por la calle a bastonazos.
Durante la última hora de clase no hice otra cosa que pensar en Ruth. En el tren de vuelta volví a mirar los departamentos para los judíos, estaban vacíos. En casa comí sin ganas. Luego pedí permiso a mi padre para dar un paseo en bici. Me lo dio, a condición de que no pasara cerca de las casas de los judíos o de las sinagogas. También la de Eberstadt había sido incendiada la noche anterior.
Llovía un poco. Recorrí media ciudad en la esperanza de ver a Ruth, pero no la vi. No la vi ni ese día, ni nunca más después.

> *No debe abandonar la escuela ningún chico, ni ninguna muchacha, sin un conocimiento completo de la necesidad y de los medios de conservar la pureza de la sangre. Con esto sentaremos la base del mantenimiento racial de nuestro pueblo y la garantía de los preparativos para un ulterior desarrollo cultural.*
>
> *Adolf Hitler*

Nos acostumbramos a ver la estrella amarilla

Durante los días y semanas siguientes nos enteramos con alivio de las causas que habían provocado la noche de los cristales; el asesinato del secretario de legación, Ernst vom Rath, delitos económicos, traición, sabotaje, conspiración del judaísmo mundial contra Alemania, estafas, falsificaciones y delitos raciales. Y todo ello adornado con los epítetos de antialemanes, irresponsables, bandidos, perversos, codiciosos. Nos acostumbramos a que los judíos llevaran su estrella amarilla.
Durante la fase de la justificación se abundó más en las acusaciones que en la de los preparativos. Poco a poco la estrella amarilla fue desapareciendo de las calles. Para nosotros, próximos a los doce años, se solucionó un problema en la medida en que nos tuvimos que enfrentar menos con él, visualmente. Y los mayores tuvieron buen cuidado de no despertar nuestros recuerdos. Terminamos por olvidarlo. Más tarde volvieron a recordárnoslo. Fue después de la guerra, cuando ya teníamos dieciocho, o diecinueve, o veinte años. De pronto se cargó sobre nuestras espaldas la herencia de una culpa.
¿Fuimos culpables? 



William Lawrence Shirer

Diario

Praga, 12 de septiembre de 1938

El gran jefe ha hablado. No habrá guerra, al menos por el momento, y ello se debe a la reacción checa al discurso pronunciado por Hitler esta noche en Nuremberg. Hitler ha mezclado los insultos y las amenazas contra Praga, pero no ha exigido irrevocablemente la integración de los sudetes. Entre las ocho y las diez de la noche no había un alma por las calles de Checoslovaquia. Nadie quería perderse el discurso. He llamado a Karlsbad y Reichenberg para saber el ambiente que reinaba entre los sudetes alemanes. Llueve a cántaros en todo el territorio, afortunadamente. En Karlsbad los partidarios de Henlein han organizado una manifestación callejera, todos con brazaletes nazis, lanzando gritos de: «Nada con checos y judíos. Queremos un referéndum». No ha habido ningún incidente. En Reichenberg, más o menos lo mismo.

Praga aparecía hoy, en que se jugaba la carta de la guerra y de la paz, oscura e inamistosa. Me he pasado la mayor parte del día fuera para observar la reacción de la gente ante la posibilidad de la guerra y la invasión, a sabiendas de que 21 minutos después de ocurrir ambas cosas caerán las primeras bombas sobre la ciudad; siempre en el caso de que se produjera la guerra. Los checos han hecho su vida ordinaria. No parecían indignados, ni deprimidos, ni nerviosos. Una de dos: o no tienen nervios o los tienen de acero.

Los rusos –quizá con ayuda de los checos– han llevado a cabo una excelente acción perturbadora. En Königsberg, Breslau, Viena y posiblemente en otras estaciones de radio ha resultado imposible recibir bien el discurso, no se entendía en absoluto. Por mi parte lo he podido oír medianamente bien por radio Colonia.

13/14 de septiembre de 1938 (a las tres de la madrugada)

La guerra se aproxima. Desde medianoche esperamos que caigan las primeras bombas. Hasta ahora no ha caído ninguna. Se producen disparos en el territorio de los sudetes: en Eger, Elbogen, Falkenau y Habersbirk. Los alemanes han saqueado los negocios checos y judíos. Esta mañana los checos se han visto obligados a declarar el estado de guerra en cinco distritos de la región de los Sudetes. Esta tarde, a las seis, Henlein ha presentado un ultimátum, exigiendo que se levante el estado de guerra en el plazo de seis horas –antes de medianoche–, la retirada de la policía checa y el establecimiento de una «zona militar» y una «zona civil para el pueblo». Nadie sabe si detrás de estas exigencias se encuentra Hitler, pero después de su discurso de Nuremberg tampoco caben muchas dudas. Sin embargo, el Gobierno checo ha rechazado el ultimátum. No le quedaba otro camino. Los checos están dispuestos a luchar. Todo el mundo espera la próxima estratagema de Hitler.

Resultan indescriptibles la tensión y el confusionismo que reinaban esta noche en los salones del hotel Ambassador, donde se habían reunido diplomáticos y corresponsales. La reacción de la gente, en cierto modo invadida por el miedo, es fascinante. Muchos no podían disimularlo. Se han dado algunas reacciones histéricas, algunas huidas, Dios sabe dónde, provocadas por el pánico. La mayor parte lo ha tomado con valor o al menos con serenidad. Los periodistas luchan por conseguir una línea telefónica. Los judíos por lograr un puesto en los trenes o en los aviones. Cada recién llegado al hotel trae un nuevo rumor, a cual más alarmante: «¡Se aproximan los bombarderos de Göring! ¡Están arrojando gases! ¿Dónde se pueden obtener máscaras de gas? ¡No hay! ¡Benes debe aceptar el ultimátum!»

Un chiste logra levantar un poco los ánimos. Alex y Phoebe Packard, cada uno con su correspondiente cerveza ante sí, leen un telegrama que Alex acaba de recibir de su jefe, el coronel McCormick, con instrucciones sobre el comportamiento que debe observar en caso de guerra: «Las guerras empiezan siempre durante la madrugada. Preséntese durante la madrugada en su puesto».

Medianoche. Fin del plazo señalado en el ultimátum. Un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores entra en el hotel con gesto preocupado: «¡Rechazado!», grita. El ultimátum ha sido rechazado. Los corresponsales se precipitan de nuevo al teléfono. Unos judíos se lanzan a la calle con toda rapidez. Phoebe Packard consigue la comunicación. Se lucha en la zona de los Sudetes: con fusiles, bombas de mano, ametralladoras, carros blindados. Corro a la emisora. En la calle me avergüenzo un poco porque los checos caminan impasibles, tranquilos. No hay soldados, ni policía. Cada cual se va a su casa, como si no ocurriera nada. He radiado mi información, pero no he podido oír a Nueva York. Quizá por culpa de las perturbaciones atmosféricas. He caído en la cama muerto de cansancio.

14 de septiembre de 1938 (por la mañana)

Un descorazonador telegrama de Paul White: no recibieron mi información. Posiblemente por culpa de las condiciones atmosféricas, según él. Hindus, Cox, Morell y yo tenemos que salir inmediatamente para la región de los Sudetes. Debemos observar qué está pasando.

(Por la noche) – Hemos tenido que recorrer más de 350 km. Se han acabado los combates. La revuelta organizada desde Alemania y con armas alemanas ha sido sofocada. Tanto la policía como el Ejército checo se muestran extraordinariamente reservados. Han tenido más bajas que los sudetes alemanes. De no mezclarse nuevamente Hitler se puede decir que el punto álgido de la crisis ha pasado. Los propios sudetes se muestran un tanto desilusionados. El lunes por la noche esperaban a las tropas alemanas y son las checas las que se han presentado. El resultado es su desaliento, no acaban de entender la cosa. Sólo en Schwaderbach mantienen sus posiciones los partidarios de Henlein, debido a que los checos no podían disparar contra la ciudad sin correr el riesgo de alcanzar terreno del Reich. Henlein ha dado a conocer hoy al mediodía que había disuelto la comisión negociadora. Los vendedores de un diario en lengua alemana pregonan el título capital del número de hoy: «¡Chamberlain en Berchtesgaden. Encuentro con Hitler!». Los checos parecen aturdidos. Temen una traición. Por mi parte creo que están en lo cierto. El mejor comentario lo proporcionan los pregoneros: «¡Extra! ¡Extra! ¡El hombre más importante del imperio británico mendiga a Hitler!» □

En la primera realización de «Bel Ami» (1939), Olga Chejova interpretó el principal papel femenino. Su pareja fue Willi Forst, que además dirigió el filme.



OLGA CHEJOVA RECUERDA...

Olga Chejova, descendiente de una familia de la alta burguesía rusa, artista de reconocido talento cuya belleza y elegancia brillaba en los salones políticos, actualmente mujer de negocios, publicó en 1973 sus «Memorias», editadas por la Herbig Verlag, de Munich. A continuación reproducimos tres capítulos del libro, en los que junto al encanto y la gracia aparece el retrato de toda una época.

1935

Un domingo dos caballeros llaman a la puerta de casa, se disculpan por tenerme que molestar, aseguran que son funcionarios del Ministerio de Propaganda y ponen ante mis ojos un diploma: he sido nombrada «actriz nacional» por mis méritos artísticos en cine y teatro.

Les agradezco «las flores», que no me han traído, y me entero de que también otros colegas han merecido tal honor que, por cierto, no aporta ningún premio en metálico, ni garantiza ninguna pensión de vejez. Al contrario, por el momento sólo me va a proporcionar problemas porque tengo un viejo auto extranjero, un Packard, y una «actriz nacional» –se me hace saber– debe tener un auto alemán. «No es deseable», me comunica el ministro Goebbels por medio de gente de su confianza. Es la época en que en Alemania todo debe ser alemán. Por mi parte notifico al ministro, utilizando el mismo medio de comunicación, que no tengo dinero para un «Mercedes», pero que estoy dispuesta a conducir cualquier marca alemana siempre que el Estado me regale el auto. Goebbels no tardó en devolverme la ironía. No se ha contemplado la posibilidad de regalar autos a los «actores nacionales». Con esto el tema del auto quedó liquidado. Por aquellos días estaba yo filmando una de las películas más bonitas que he hecho, me atrevo a decir que una de las mejores películas alemanas: «Maskerade», con Paula Wessely, Adolf Wohlbrück, Peter Petersen, Julia Serda, Walter Janssen y Hans Moser. Director: Willi Forst. La película supuso el descubrimiento y la consagración de la joven actriz Paula Wessely. Su voz, su naturalidad, su gracia la convirtieron en estrella de la noche a la mañana. Fue también un triunfo para Adolf Wohlbrück, que demuestra que en el papel de *bon vivant* puede hacer algo más que lucir su atractiva figura (Wohlbrück emigró más tarde a Inglaterra, debido a que alguno de sus antepasados no era del todo ario; allí venció pronto las dificultades del idioma y estuvo trabajando hasta que después de la guerra regresó a Alemania, todavía más seguro y cultivado en su arte para seguir activo en los escenarios). Pero la película constituyó sobre todo una prueba del gran talento del director Willi Forst. Con «Maskerade» inició su notable carrera como director. Era insobornable, imposible de influenciar, disciplinado, puntual, exacto, cuidadoso... respetaba y reconocía el trabajo de sus colegas y colaboradores.

Tuve la satisfacción de hacer con él, después de «Maskerade» y «Burgtheater», «Bel Ami». El propio Willi Forst protagonizó la película y cantó inimitablemente lo de «Du hast das Glück bei ▷

den Frauen, bel ami» («Tienes suerte con las mujeres») una canción que no concordaba muy bien con «aquellos tiempos heroicos» y que sin duda por eso se hizo popular rápidamente.
Por mi parte, me dedico a filmar sin descanso y de vez en cuando hago además teatro: «Aimée», «Der Blaufuchs» («El zorro azul») «Die sechste Frau» («La sexta mujer»), entre otras.

Con Adela y el «Führer»

Un buen día Adela Sandrock me pidió que la acompañara al Ministerio de Propaganda, adonde había sido invitada. No tenía auto y solía ir en taxi con su hermana. Debido a que por principio no iba sola a ninguna parte tuve que acompañarla yo, puesto que su hermana no había sido invitada. «Esta gente no sabe estar a la altura», gruñía. Fuimos juntas. Adela, como siempre, con vestidos amplios y vaporosos y su gran bolso de punto bajo el brazo. Cuando llegamos ya estaban allí todas las figuras del cine y del partido. Adela fue pronto el centro de atención y, rodeada de jóvenes y viejos colegas, abordó su tema favorito: sus años en el Burgtheater... No tardó en acercarse Hitler e iniciar uno de sus monólogos acostumbrados. Conocía el Burgtheater desde los años de su juventud y recordaba con entusiasmo algunas realizaciones, únicamente sentía que actores judíos hubieran conseguido en él fama y honores. Por este hilo pretendía desarrollar todo su pensamiento al respecto cuando pasó algo increíble: fue interrumpido.
Adela, sin preocuparse y con su voz inconfundible, le espetó:
–Señor canciller, dejemos este tema. No quiero oír nada más sobre él. Pero por si le interesa, y que quede entre nosotros: mis mejores amantes han sido todos judíos...
Hitler se quedó de piedra.
Adela se despidió entonces tranquilamente: «Au revoir, señores». Y dirigiéndose a mí: «Llévame a casa, por favor».

El retrato de Hitler y el contrabando

Acababa de terminar una película en París y tenía reservada para el 23 de diciembre una plaza en el coche-cama para Berlín. Cuando llegué al hotel para hacerme cargo del equipaje me encontré con que el embajador me había enviado un paquete enorme con chocolate, galletas, nueces. En el fondo del paquete, además, la gran sorpresa: un retrato dedicado del *Führer*. ¿Qué hacer? Creo que tuve una gran idea. Salvo el retrato de Hitler, el resto del paquete lo cambié por valiosos perfumes y otros regalos en el mercado negro.

Elegante y seductora, Olga Chejova en la coproducción germano-británica «Moulin Rouge» (1929).



Adela Sandrock –aquí en la película «Der Favorit der Kaiserin» («El favorito de la emperatriz»), 1935– impresionó a Olga Chejova con su personalidad sin convencionalismos (de izquierda a derecha: Adela Sandrock, Olga Chejova, Willy Eichberger, Ada Chejova).



Paula Wessely y Adolf Wohlbrück en «Maskerade». Según Olga Chejova: «Una de mis películas más bonitas y una de las mejores películas alemanas».

Hice un nuevo paquete, pero esta vez lo primero que aparecería al abrirlo sería el retrato del *Führer*. El paquete era tan pesado que tuve que dejarlo en el suelo de mi compartimiento del vagón. El interventor me advirtió bondadosamente:

–Cuando lleguemos a la frontera, señora, no habrá distinciones. Los aduaneros y las SS querrán saber lo que hay en el paquete y la obligarán a abrirlo...

El interventor tenía razón. Cuando llegamos a la frontera tuve que abrir el paquete. Esta vez mi sonrisa fue menos segura. El «golpe» podía salir mal. Los aduaneros y un SS quedaron sorprendidos al ver surgir el retrato y me observaron un tanto recelosos.

–¿Qué es esto? –me preguntó uno que no debía de ser muy inteligente.

–El *Führer*, –respondí con sequedad.

–Su retrato querrá usted decir...

–Exactamente.

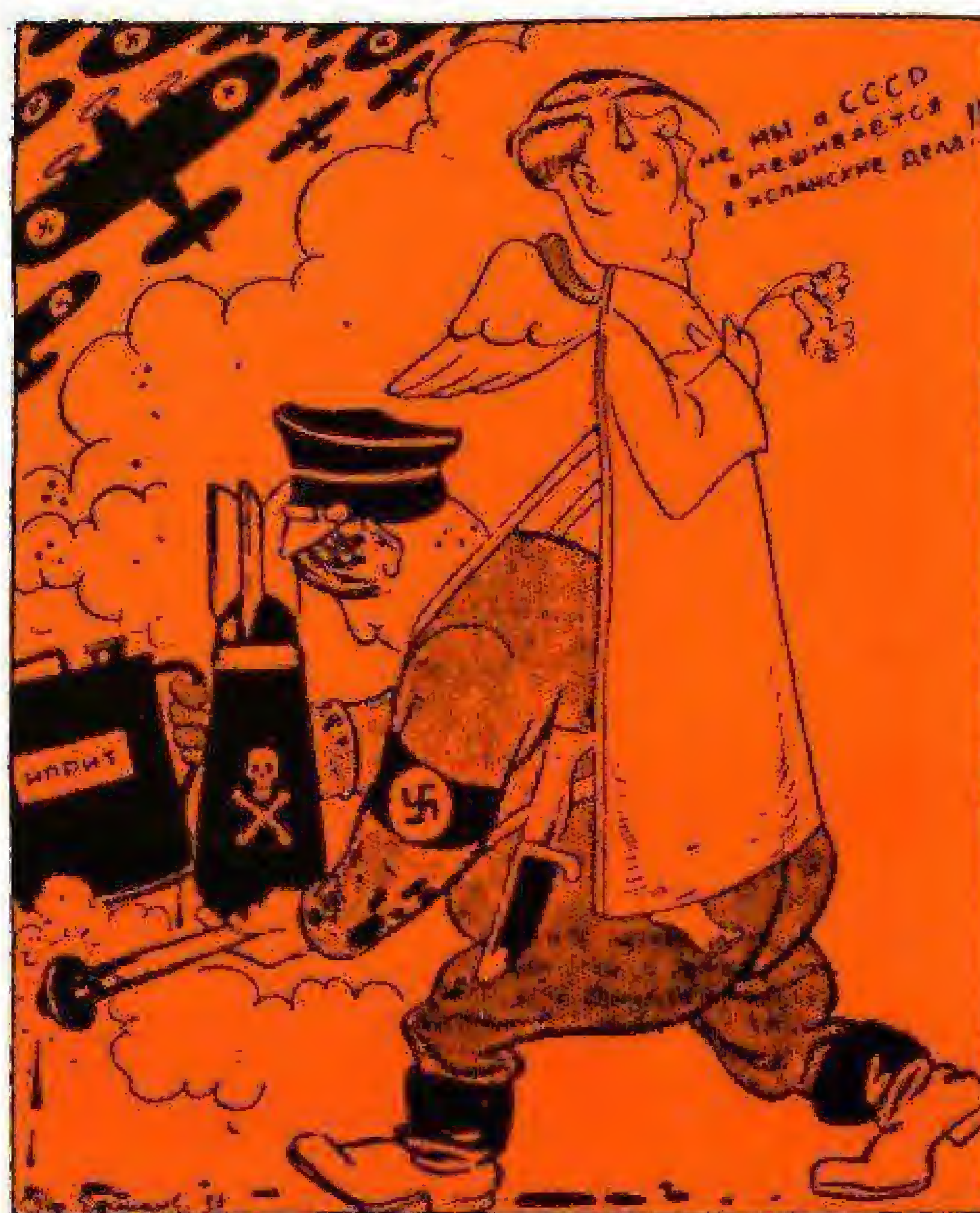
Había llegado el momento decisivo. El hombre se inclinó y durante un momento se quedó perplejo, como hipnotizado. Había descubierto la dedicatoria: «A la señora Olga Chejova, con profunda admiración y respeto, Adolf Hitler». Como si le hubiera picado una tarántula, el hombre se irguió rápidamente, alzó el brazo, gritó «Heil Hitler!», hizo una seña a sus compañeros y los tres desaparecieron. □

Adolf Hitler, durante una recepción ofrecida a las artistas, conversa con Olga Chejova. A la derecha, el jefe de las SS, Heinrich Himmler; en el extremo izquierdo, el ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop.









La juventud alemana segura de sí misma no se deja imponer modas extrañas como en 1918, insinúa la caricatura del «Kladderadatsch» (arriba a la derecha), en la que un joven con el uniforme nazi rechaza el figurín de un modisto francés. Arriba, portada del «Simplicissimus» sobre Munich: «La capital del movimiento» se convertirá en «una ciudad única, al extremo de que nadie conocerá a Alemania si no ha estado en Munich». «Pravda», el diario moscovita, publicó este dibujo sobre los manejos pacifistas de Hitler: «Mientras en España llueven bombas alemanas, el angelical e inocente Hitler se lamenta: «No somos nosotros, sino la Unión Soviética la que se está inmiscuyendo en los asuntos internos españoles» (derecha).



Hitler y sus expertos en propaganda sabían perfectamente hasta qué punto eran bien recibidas las celebraciones festivas y cómo los visitantes extranjeros quedaban impresionados por ellas. Hombres de Estado, políticos, científicos y artistas acudían a Berlín, Munich, Berchtesgaden... y se maravillaban. La fotografía muestra la Puerta de Brandenburgo berlinesa, engalanada con ocasión de la visita a la capital realizada por el príncipe regente Pablo de Yugoslavia, en junio de 1939.

El pueblo creía en la paz

Cuando el 20 de abril de 1939 Hitler celebró su cincuenta cumpleaños con una brillante parada militar, pudo mirar hacia atrás y contemplar su singular carrera política. Los periodistas de Alemania no tuvieron inconveniente alguno en festejar al que fuera en su día un cabo desconocido y había llegado a convertirse en el hijo más preclaro del pueblo alemán.

Incluso había observadores y visitantes extranjeros que admiraban y respetaban al *Führer*. Cuando el estadista británico Lloyd George visitó a Hitler en el Obersalzberg, poco después de la clausura de los Juegos Olímpicos berlineses, declaró que también él estaba dispuesto a clamar «Heil Hitler!», porque, en verdad, «Hitler era un gran hombre». Apenas un año más tarde Winston Churchill escribiría en una carta abierta dirigida a Hitler y publicada por el «Times» londinense: «Si Inglaterra se viese sumida en un desastre similar al que cayó sobre Alemania en 1918, pediría a Dios que nos enviase a un hombre con la fuerza de voluntad y el espíritu que anima a Hitler». En su libro *Auge y caída del Tercer Reich*[1] un escritor tan crítico como el americano William Shirer encuentra «explicable» el orgullo de Hitler a la vista de sus éxitos. «Redujo el desempleo, hizo florecer la economía, creó un ejército, una flota y una aviación poderosos... Rompió las ataduras del Tratado de Versalles... Pero quizá lo más trascendental de su obra fue la energía y el dinamismo que supo infundir al pueblo alemán. ¿No estaba acaso a la vista de cualquiera la contraposición evidente entre aquella Alemania floreciente, belicosa, guiada con mano enérgica, y las quebradizas democracias occidentales, cuyo desconcierto y vacilaciones parecían aumentar mes a mes? Según propias observaciones, el autor de este libro puede testimoniar que el pueblo alemán estaba convencido, hasta el 1 de septiembre de 1939, de que Hitler alcanzaría todo lo que se propusiese sin necesidad de recurrir a una guerra...» Sin embargo, sus planes a largo plazo no tenían viabilidad sin una confrontación armada. A pesar de la declaración británica de garantías para Polonia, a pesar de que realmente Inglaterra se había manifestado en pro del *statu quo* en Europa Oriental, Hitler no renunció a proseguir su «Ostpolitik».

De cara al exterior, Polonia era un objetivo primordial: Alemania pretendía la recuperación de Danzig y la construcción de una línea férrea y una autopista extraterritorial. Sin embargo esas exigencias globales no eran la única meta. Qué pretendía realmente Hitler quedó claro en mayo de 1939, cuando manifestó el jefe supremo de la *Wehrmacht:* «Danzig no es el objetivo hacia el que vamos. Buscamos sobre todo una ampliación del espacio vital en el Este de Europa y la garantía de una provisión de alimentos... No cabe pensar en un nuevo caso checo. Habrá guerra. Nuestra tarea es aislar a Polonia. Lograr este aislamiento es de vital importancia».

Con el sensacional pacto germano-ruso de no agresión y amistad, establecido el 23 de agosto de 1939, Hitler creía haber logrado al fin este aislamiento de Polonia.

Inglaterra y Francia habían pugnado igualmente por alcanzar el favor de los rusos. Pretendían de Moscú que garantizase la independencia de los estados europeos orientales cuya autonomía estaba amenazada por Hitler. Sin embargo, éste ofreció más a los rusos. Su oferta no era la independencia, sino el reparto de esos países entre Rusia y Alemania.

Sobre esta base se llegó a un acuerdo de generosidad mutua en función de las apetencias respectivas hacia la Europa Oriental. El fin principal de la alianza germano-rusa era impedir que Inglaterra y Francia ayudaran militarmente a Polonia si ésta era atacada por Alemania. Pero incluso si fallaba este objetivo, aunque amenazase el peligro de una gran guerra, con el tratado germano-ruso en las manos, Hitler se arriesgó a la operación y se dispuso a atacar violentamente a Polonia. Tras una efervescente actividad diplomática en pro de la conservación de la paz, y confiando firmemente en la no intervención de Inglaterra, el 1 de septiembre de 1939 dijo ante el Reichstag: «Desde las 5,45 hablan las armas». Había comenzado la guerra contra Polonia. Los seis años de gobierno del «canciller de la paz», Adolf Hitler, quedaban atrás. 

[1] Luis de Caralt Editor. Barcelona 1962



El 23 de agosto de 1939 firmaba Ribbentrop en Moscú el Pacto de No Agresión, establecido entre Alemania y la Unión Soviética. En un protocolo secreto se fijaban las condiciones para el reparto de Polonia. El camino de su conquista quedaba expedito.

POLITICA EXTERIOR NS (VI)

WULF C. SCHWARZWÄLLER

EL CAMINO DE LA GUERRA

De la ocupación de Praga a la declaración de hostilidades franco-británica

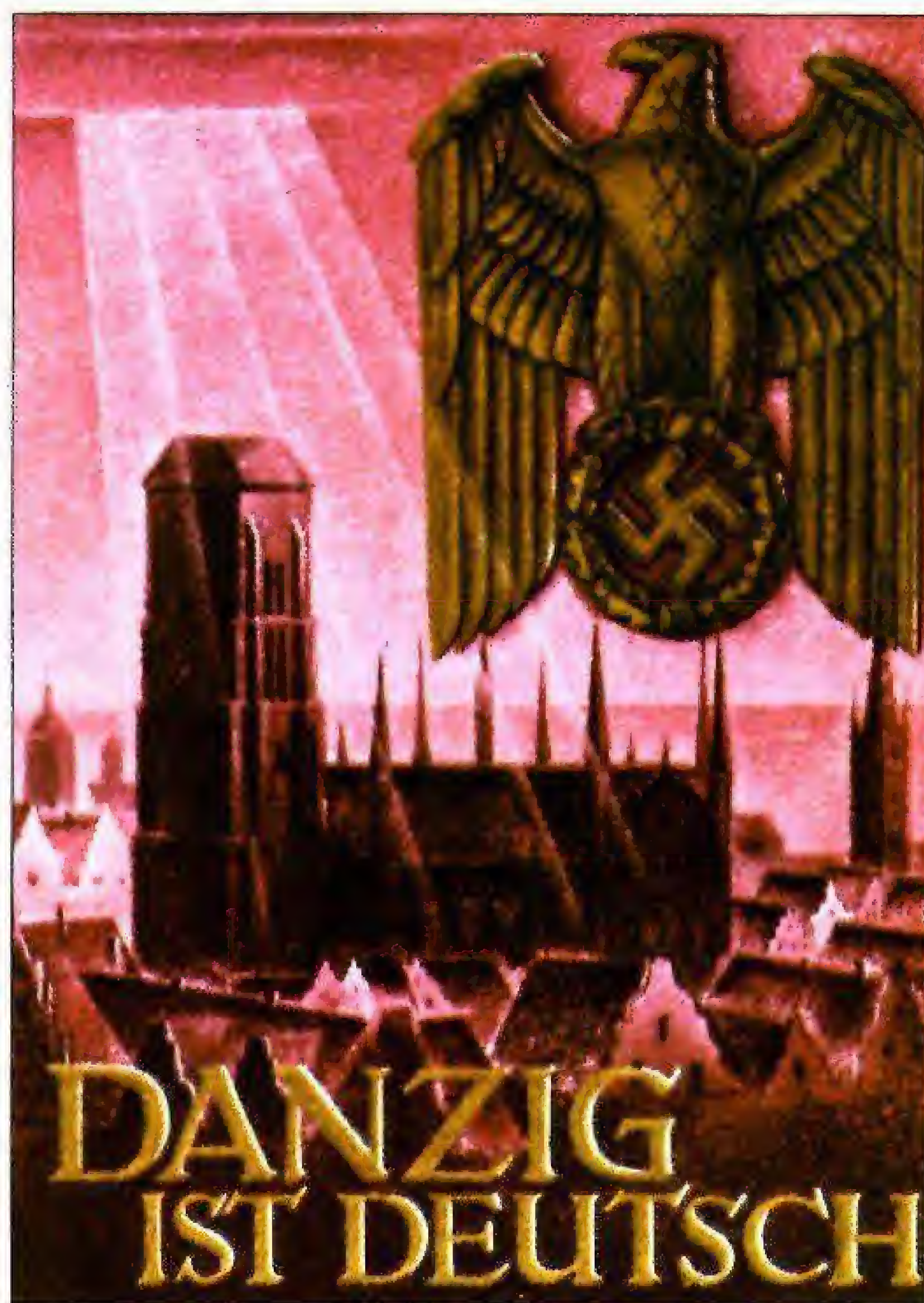
Con un cálculo realista de la situación exterior Hitler jugó desde 1933 la carta de Inglaterra. Manteniéndose en el marco de la teoría británica del «equilibrio de fuerzas», Inglaterra se resistía a aceptar una Alemania desarmada en el corazón de Europa. Por ello no movió un solo dedo en favor del mantenimiento del Tratado de Versalles. Impunemente, atacado sólo por protestas de oficio, Hitler pudo llevar a cabo el rearme, consumar la anexión de Austria y ocupar Praga. Chamberlain se limitaba a aceptar para Alemania una posición de fuerza en Europa. Pero Hitler pretendía alcanzar la hegemonía continental. De aquel conflicto de finalidades resultaría el distanciamiento de ambos políticos y la ruptura de la paz europea.

Domingo, 3 de septiembre de 1939. Era una mañana brillante, con un tiempo aún veraniego. Desde hacía 52 horas tropas alemanas avanzaban por el norte, sur y oeste hacia el Vístula, sin previa declaración de guerra. Aviones de combate bombardeaban ya Varsovia y las demás ciudades polacas. Como orientación se les ofreció una señal permanente que transmitía la emisora soviética radio Minsk. El acorazado *Schleswig-Holstein,* surto en la bahía de Danzig, cañoneaba las posiciones polacas. El Estado libre de Danzig es ocupado por tropas alemanas y «devuelto» formalmente al Reich.
Berlín, 9 de la mañana. El embajador británico, sir Neville Henderson, cruza el portal del ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, en la Wilhelmstrasse 76. En su portafolios lleva un documento que entregará cinco minutos después, y ya en el despacho del ministro, al plenipotenciario intérprete, doctor Paul Schmidt. Con voz conmovida dio lectura al documento. El doctor Schmidt, que tan sólo había dormido tres horas aquella noche, se puso lívido cuando Henderson leyó esta frase: «En el caso de que en el día de hoy, 3 de septiembre, a las 11 de la mañana, hora de Londres, el Gobierno británico no reciba una garantía suficiente de que han cesado todas las acciones agresivas contra Polonia y que las tropas alemanas se han replegado de este país, puede considerarse declarado el estado de guerra entre Gran Bretaña y Alemania».

«¡Que el cielo se apiade de nosotros!»

Con el documento en las manos se apresuró el doctor Schmidt a dirigirse a la cancillería. Aún tuvo que superar determinadas dificultades hasta que se le franqueó el acceso hasta Hitler. Adolf Hitler se encontraba sentado en su escritorio, en medio de su enorme despacho. Junto a la ventana estaba de pie el ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop. Lentamente, Schmidt fue traduciendo el ultimátum del Gobierno británico. Cuando hubo leído la última frase se produjo un silencio sepulcral. Inmóvil, como una estatua, Hitler permanecía estático en su sillón, como aterrorizado consigo mismo. Luego, poco a poco, fue girando la cabeza hacia Ribbentrop: «Y bien, ahora ¿qué?», preguntó quedamente, con una cólera apenas contenida. En el mismo tono se oyó la respuesta del ministro: «Tengo la impresión de que los franceses no tardarán en hacernos llegar un ultimátum del mismo cariz». Hermann Göring añadió con voz opaca: «Si perdemos esta guerra, que el cielo se apiade de nosotros».

Apenas dos horas más tarde se abría oficialmente el capítulo de la segunda Guerra Mundial. Tan sólo habían pasado once meses desde que Neville Chamberlain exclamara entre el júbilo de los londinenses: «La paz se ha salvado en nuestro tiempo».
Chamberlain se había convertido en víctima de una bella ilusión. Pero también Hitler, por primera vez desde 1933, había errado en sus cálculos. Sus triunfos anteriores le habían despertado una especie de autoconfianza sin parangón, que había terminado por privarle del sentido de la realidad. Desde luego él no había contado con una guerra mundial.
He aquí la crónica de una política exterior con la que un hombre tan penetrante como brutal, que tan sólo había visto a sus interlocutores durante seis años como políticos débiles, daba un paso más y convertía a Europa, por otros seis años, en un verdadero campo de batalla.
24 de octubre de 1938. Un mes después de que Hitler asegurase en Bad Godesberg al premier británico Chamberlain que el territorio de los Sudetes era «su última reivindicación territorial en Europa», su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, comía con el embajador polaco Josef Lipski en el Gran Hotel de Berchtesgaden.
Ribbentrop llevó la conversación hacia el tema Danzig. «Señor Lipski, Alemania quiere una autopista y una línea férrea doble, en ambos casos extraterritorial, a lo largo del corredor, de modo que Danzig y Prusia Oriental queden vinculados al Reich. Danzig ha de ser recuperado por el Reich». Lipski contestó evasivamente: «Me veo en la obligación de recordarle que el señor canciller nos ha garantizado, el 5 de noviembre de 1937 y el 14 de enero de 1938, que no desea que se altere el estatuto de Danzig». En aquella conversación Ribbentrop se mostró todavía conciliador: «Señor Lipski, desde luego yo no espero una decisión inmediata. Mi consejo es solamente que el Gobierno polaco debería repensar esta posibilidad a fondo por una vez».
La opinión pública alemana apenas se había irritado en el conjunto de las determinaciones del Tratado de Versalles; pero sí había puesto el grito en el cielo a propósito de la creación del «corredor polaco» por el que la reconstruida Polonia tenía acceso al mar, separando a Prusia Oriental del Reich y convirtiendo a Danzig en un Estado libre controlado por la Sociedad de Naciones, regido por un senado alemán, pero dominado económicamente por Polonia. En aquella indignación había dos graves errores por olvido: la mayor parte del territorio otorgado por el Tratado de Versalles a Polonia había pertenecido desde antiguo a este país y posteriormente fue anexionada a Prusia; por otra parte, Prusia Oriental había pertenecido efectivamente desde hacía más de doscientos años al reino de Prusia, pero en modo alguno a Alemania. Ni había sido otrora parte del Sacro Imperio Romano (hasta 1806) ni de la Federación Alemana (hasta 1866). En 1871 Bismarck había integrado Prusia Oriental al recién fundado Reich Alemán, como «un regalo de bodas» prusiano.



En 1920, Danzig fue separada del Reich y declarada «ciudad libre». No poseía ningún territorio adicional, dependiendo económicamente de Polonia, lo que por sí solo no constituía motivo serio de conflicto. Hitler atizó el fuego para poder realizar sus planes contra Polonia. Tanto el cartel «Danzig es alemán» como las banderas nazis en algunas calles formaban parte de esta estrategia.

Polonia al alcance

Hasta los albores de 1939 Hitler había buscado, por motivos tácticos, la amistad de Polonia. Pretendía disgregar a Varsovia de la coalición con París y tener las espaldas cubiertas por el Este mediante una serie de acciones ya planificadas. Había establecido un pacto de no agresión, en 1934, para los diez años siguientes, con el dictador mariscal Pilsudski. Igualmente, radiante de gozo, se había comprometido con la junta militar que ascendió al poder tras la muerte de Pilsudski, a la cabeza de la cual figuraban el comandante supremo del Ejército, Rydz-Smigly, y el ministro de Asuntos Exteriores, Josef Beck. La buena voluntad de Polonia fue para Hitler un apoyo fundamental, sobre todo, para la serie de «golpes de fin de semana» llevados a cabo sistemáticamente por el *Führer*: ocupación de Renania, de Austria, de Checoslovaquia. Ahora, a principios de 1939, le tocaba a Polonia. La debilidad de Inglaterra y Francia, tan palpable en Munich, fue para Hitler un acicate.
5 de enero de 1939. El coronel Beck se reúne con Hitler en Berchtesgaden. De nuevo sale a relucir el tema «Danzig». Hitler insiste: «Danzig fue alemán, siempre será alemán, y tarde o temprano se reintegrará a Alemania. Sin embargo, le doy mi palabra de que no pretendo recurrir a los hechos consumados para solucionar el problema de Danzig».
Beck no sólo se puso pensativo sino que mantuvo su alerta en grado máximo. El 15 de marzo cayeron las escamas que cubrían sus ojos. De repente vio a su patria atenazada por la *Wehrmacht* alemana, no ya sólo por el Norte y el Oeste, por Prusia Oriental, Pomerania y Silesia, sino también por el Sur a través de Eslovaquia. Prácticamente había bastado una noche para que la posición militar de Polonia se deteriorase de forma radical.
Una semana después los polacos no habían salido de su asombro: tras un ultimátum de Hitler, Lituania se mostró dispuesta a devolver a Alemania el territorio de Memel, separado de ella por el Tratado de Versalles.



Polonia vio en el «golpe de mano de Memel» un ensayo general para la conquista del Estado libre de Danzig. Concentró tropas en derredor y convocó a filas a tres quintas de reservistas.

Varsovia no se dejó intimidar tan fácilmente como Viena o Praga. El 28 de marzo manifestaba Beck al embajador alemán en Varsovia: «Cualquier intento de Alemania o del senado nacionalsocialista de Danzig para cambiar el *status* de Estado libre de la ciudad será considerado por Polonia como un motivo de guerra».

Hitler atenazado

30 de marzo. El embajador británico Kennard entrega a Beck un proyecto franco-británico para un pacto de asistencia mutua en caso de una agresión alemana. Beck da su conformidad. Al día siguiente Chamberlain pronunciaba ante la cámara de los Comunes su histórica alocución: «En el caso de una acción atentatoria contra la independencia de Polonia, mediante la movilización del Ejército, Inglaterra y Francia entregarán al Gobierno polaco todo el apoyo que esté en su mano».

La declaración de garantías provocó en Hitler un verdadero ataque de furia. Su táctica seguida hasta entonces, con éxitos en Austria y Checoslovaquia, parecía ahora llamada al fracaso. Hitler se siente atenazado. Su situación es más precaria aún el 16 de abril, cuando el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Litvinov (llamado por los nazis «Finkelstein» debido a su origen judío), propuso al embajador británico en Moscú el establecimiento de un pacto de asistencia mutua entre Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética. Repentinamente, sin embargo, el panorama cambia en provecho de Hitler: 3 de mayo. En los diarios soviéticos se recoge una noticia, breve y semioculta: «Litvinov es relevado de su puesto de comisario del pueblo para Asuntos Exteriores por propia voluntad». Litvinov había sido el apóstol de la seguridad colectiva y de la potenciación de la Sociedad de Naciones. El 20 de mayo, el embajador alemán von der Schulenburg celebra una larga y «muy amistosa» conversación con el nuevo ministro soviético de Asuntos Exteriores, Molotov.

22 de mayo. En Berlín se firma el Pacto de Acero entre Alemania e Italia. Su núcleo quedaba expresado así: «Si contra los deseos y esperanzas de los firmantes del pacto, una de las partes se viera comprometida en un conflicto bélico con una tercera potencia, la otra parte firmante del acuerdo se colocaría a su lado con toda su capacidad militar por tierra, mar y aire». Hitler ▷

"La invasión de Italia"

En mayo de 1938 Hitler se trasladó a Roma acompañado de un numeroso séquito. Sobre este viaje escribe el jefe del gabinete de intérpretes, Paul Schmidt:

El 2 de mayo, acompañando a Hitler y Ribbentrop, salimos a primeras horas de la tarde por ferrocarril en dirección a Italia. Nuestra delegación estaba compuesta por unas quinientas personas que ocupaban tres trenes especiales. Era verdaderamente algo extraordinario. La mitad del Gobierno, la mayor parte de los jefes del partido, periodistas destacados y las esposas de muchos de los funcionarios, entre ellas la de von Ribbentrop, tomaban parte en el viaje, bautizado por nosotros, los más jóvenes, como verdadera «invasión de Italia»...

La estación de Brénnero se encontraba adornada con flores y gallardetes, el centro del andén cubierto por una larga alfombra a cuyos lados formaban las representaciones del Ejército y del partido fascista. Al llegar a la estación, sonó el himno nacional alemán y un representante del rey de Italia, el duque de Pistoia, con una gran delegación y en vistoso uniforme, subió al tren a darnos la bienvenida.

Seguimos viaje al Tirol meridional, donde la gente acudía a ver pasar el convoy y llenaba las estaciones, pero al detenernos no veíamos ningún saludo hitleriano, ni fascista, ningún gesto cordial, ninguna mano agitando un pañuelo. La decoración cambió repentinamente en cuanto llegamos a Bolzano, donde reinaba un júbilo increíble que no nos abandonó hasta llegar a Roma.

En Verona, Bolonia, Florencia, por todas partes, el mismo entusiasmo, que a mí me recordaba el de los congresos del partido en Nuremberg.

El recibimiento en Roma esa misma noche resultó indescriptible. Se había construido una estación para tal oportunidad. El rey Víctor Manuel apareció con Mussolini, rodeado por las principales personalidades del Estado y del partido. En carrozas tiradas por cuatro caballos nos dirigimos a la ciudad...

Cruzamos ante las grandes fuentes iluminadas y recorrimos la avenida del triunfo de los romanos, remozada por Mussolini, que discurría a los pies del Palatino.

A ambos lados de la calle columnas iluminadas, llamas votivas, banderas y muchedumbres entusiasmadas.

(Paul Schmidt: «Statist auf diplomatischer Bühne»)





El programa del viaje de Hitler a Italia incluyó la visita al golfo de Nápoles. En el grupo se puede distinguir a Mussolini y su ministro de Asuntos Exteriores, conde Ciano (a la derecha), y al «Führer» y Himmler (a la izquierda).

ha fortalecido el eje Berlín-Roma con un tratado militar. Si bien ha dicho a su socio que Alemania no entrará en guerra con Polonia antes de 1942.
26 de mayo. Lo primero que quiere Hitler es ganarse a Rusia. En las instrucciones dadas por Ribbentrop al embajador Schulenburg con vistas a sus conversaciones con Molotov –preparatorias del tratado germano-soviético– se dice: «De llegarse a un conflicto con Polonia, en ningún caso supondrá un enfrentamiento de intereses con Rusia. Podemos afirmar desde ahora que la solución del problema polaco-alemán tendrá en cuenta, dentro de lo posible, los intereses soviéticos».

Se fija la fecha del ataque

6 de julio. Cierto que Hitler declaró el 23 de mayo que el asunto de Danzig no era para él más que el medio para atacar a Polonia; pero ahora está transformando a Danzig en un barril de pólvora, cuya explosión necesita para sus planes. Se están introduciendo en la ciudad libre hombres y armas. Polonia ha reaccionado violentamente, armando a los agentes de aduanas y doblando su número. El Gobierno polaco advierte que considerará como acto de agresión cualquier intento del Reich de limitar los derechos de Polonia en Danzig. Polonia no se deja asustar.
11 de agosto. El ministro italiano de AA. EE., Ciano, visita a su colega alemán, Ribbentrop, en su residencia de Fuschl, Salzburgo. Mussolini se siente preocupado ante la eventualidad de que Hitler se vea arrastrado a una guerra. En Fuschl se entera Ciano de la amarga verdad: Alemania está decidida a atacar a Polonia. El argumento de Ciano que en tal caso la guerra no se limitará a Polonia, lo rechaza Ribbentrop tranquilamente.

El cebo está dispuesto

Días después, en el Obersalzberg, Hitler comunica a Ciano incluso la fecha del ataque: finales de agosto.
Durante la conversación el *Führer* recibe un telegrama. Se lo envía el embajador Schulenburg. Hitler lee lleno de júbilo: «Los rusos están de acuerdo con la visita a Moscú de un negociador alemán». El pez ha mordido. Hitler tiene oportunidad de driblar en Moscú a los negociadores franceses e ingleses, y de sacar a la Unión Soviética del frente antialemán.
El 13 de agosto escribía el conde Ciano en su diario: «Vuelvo a Roma lleno de repugnancia hacia Alemania, hacia sus dirigentes y hacia su manera de actuar. Nos han mentido y engañado...»
15 de agosto. En Londres parece que

"La URSS amenazada por una guerra en dos frentes"

Quien sienta interés por la historia del comunismo tiene que preguntarse cómo fue posible que en agosto de 1939 Moscú firmara un Pacto de No Agresión con Alemania. Un texto soviético de historia ofrece la siguiente respuesta: autodefensa.

La Alemania de Hitler concluyó rápidamente sus preparativos de guerra; quería provocar un conflicto que desencadenase el predominio mundial del imperialismo germano. En esta situación los Gobiernos de Francia e Inglaterra se comprometieron a garantizar la independencia de Polonia, Grecia, Rumania y Turquía, amenazadas por los conquistadores fascistas. Al mismo tiempo, Londres y París iniciaron conversaciones con Moscú sobre las posibilidades de hacer frente común respecto a la agresión fascista.
Los Gobiernos francés y británico desarrollaban un doble juego. Seguían tratando de entenderse con Hitler a costa de la Unión Soviética y únicamente habían cambiado un poco su táctica. Veían en la negociación con Moscú un medio de presionar sobre Hitler; querían asustarle con la posibilidad de una coalición de la que formaría parte la URSS, a fin de obligarle a firmar un pacto con las potencias occidentales en perjuicio soviético.
La Unión Soviética se dio cuenta del juego francés y británico. Pese a ello, se declaró dispuesta a la negociación. Quería agotar todas las posibilidades, por pequeñas que fueran, para organizar la defensa común contra el agresor e impedir una nueva guerra mundial. En el transcurso de las conversaciones se puso de manifiesto que Inglaterra y Francia no estaban dispuestas a colaborar en estos objetivos que se había propuesto la URSS.
Al mismo tiempo que se celebraban las conversaciones de Moscú, el Gobierno inglés llevaba a cabo otras secretas con Hitler, para firmar un pacto de no agresión y dividirse el mundo en esferas de influencia. A este respecto se llegó a la audacia incalificable de incluir a los soviéticos en esta división. Los ingleses prometieron a Hitler que romperían sus negociaciones con la URSS y retirarían a Polonia la garantía dada a su independencia, entregándosela a Alemania como habían hecho con Checoslovaquia.
El peligro de guerra amenazaba a la Unión Soviética no sólo por el Oeste sino también por el Este. Moscú apoyaba al pueblo chino moral y materialmente, en su lucha contra el imperialismo japonés, mientras los EE. UU. de Norteamérica e Inglaterra ayudaban al agresor nipón con materias primas de gran valor estratégico.
Los representantes de la política de Munich querían mezclar a la Unión Soviética en un conflicto con Alemania y Japón, mientras ellos permanecerían a la expectativa acumulando fuerzas para poder dictar al final sus exigencias a los tres pueblos agotados por la guerra. La situación era difícil. La Unión Soviética estaba amenazada por el aislamiento político y por una guerra en dos frentes simultáneos: al Este y al Oeste. La insostenible situación tenía que resolverse como fuera, retrasando todo lo posible el ataque de los imperialistas y deshaciendo sus planes. El interés del socialismo internacional y de los trabajadores de todos los países exigía la conservación del único Estado socialista del mundo.
El Comité Central del PC y el Gobierno soviético decidieron actuar según lo acordado en el XVIII Congreso del partido: «Estar a la altura de las circunstancias y no consentir que los provocadores puedan mezclar a la Unión Soviética en ningún conflicto». En consecuencia el partido y el Gobierno tomaron sobre sí, en agosto de 1939, la difícil responsabilidad de aceptar el Pacto de No Agresión que le brindaba el Gobierno alemán. El partido y el Gobierno sabían perfectamente que este pacto no significaba para Hitler una renuncia a sus planes de conquista contra la URSS. Pero, con el pacto, el Gobierno soviético ganó un tiempo precioso para preparar la defensa y se libró de tener que mantener una guerra en dos frentes en un momento desfavorable. Entonces la Unión Soviética se encontraba sola rodeada por Estados capitalistas. Los socialistas de derechas habían conseguido dividir a la clase obrera internacional. En tal situación, impedir la guerra resultaba poco menos que imposible. Pero era posible y necesario salvar al único Estado socialista del peligro de un conflicto en momentos tan adversos. La Unión Soviética, para bien de su pueblo y en interés de la causa socialista en todo el mundo, tenía la obligación de librarse de las redes que le tendían los reaccionarios representantes de la política de Munich. El Pacto de No Agresión con Alemania sirvió para conseguirlo.

De: Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética, publicada por un equipo de autores, Moscú, 1969



Durante años los nacionalsocialistas habían combatido al comunismo y utilizado el fantasma bolchevique en su propaganda (cartel de la izquierda). Contra Polonia, sin embargo, las dos dictaduras no tardaron en ponerse de acuerdo. Stalin justificó el pacto con Alemania aduciendo que era para evitar que las potencias occidentales lanzaran a los alemanes contra los soviéticos (caricatura inferior)





El mundo entero quedó sorprendido al enterarse del Pacto de No Agresión. Todos los frentes parecían venirse abajo. La caricatura británica de la izquierda muestra el saludo entre los dos dictadores:
–El sangriento asesino de la clase trabajadora, supongo...
–La hez de la humanidad, si no me equivoco...





Imágenes de la primavera y del verano de 1939, cuando el peligro de guerra empezó a perfilarse con toda precisión. Los diarios berlineses informaban sobre los proyectos polacos de conquista (agosto 1939).

Los turistas ingleses en París se enteran de la parcial movilización ordenada en Gran Bretaña (abril 1939).



Una oficina inglesa de turismo intenta tranquilizar a sus clientes: «No se preocupe por Hitler y váyase de vacaciones» (agosto 1939).

no se sabe nada sobre la resolución de Hitler de atacar a Polonia, ni sobre su cínica afirmación de que Danzig no pasa de ser un instrumento para conseguirlo. La solución inglesa sigue siendo la contemporización. Lord Halifax escribe en una instrucción a su embajador en Varsovia: «Diga usted a Beck, que debe dar a entender claramente a los alemanes que está dispuesto a considerar la posibilidad de una negociación sobre Danzig». Y el embajador británico en Berlín comunicaba a Londres: «En lo que se refiere a Danzig y el corredor, me parece que Hitler es un hombre moderado».

En Moscú las conversaciones militares con británicos y franceses se encuentran en un callejón sin salida. Condición de Moscú, es que en el caso de un ataque alemán las tropas soviéticas deben poder cruzar el territorio polaco. Polonia, sin embargo, no está dispuesta a permitir que un solo soldado ruso entre en su territorio. El temor de Beck hacia los rusos es superior al que siente por los alemanes. La negativa polaca produce consecuencias catastróficas: impide cualquier compromiso militar entre Moscú, París y Londres. Una semana después Stalin tiene un nuevo aliado: Adolf Hitler.

20 de agosto, 18,45 h. El dictador nacionalsocialista Adolf Hitler telegrafía al dictador comunista, Josif Stalin: «La tensión entre Alemania y Polonia resulta intolerable... En cualquier momento se puede producir una crisis. Por su parte, Alemania está decidida a defender los intereses del Reich por todos los medios... Le propongo, por tanto, que reciba a mi ministro de AA. EE. el martes, 22 de agosto. El ministro del Reich llevará plenos poderes para la firma de un pacto de no agresión, así como del protocolo. Me alegraría mucho recibir de usted una rápida respuesta. Adolf Hitler».

21 de agosto, 21,35 h. El dictador comunista Josif Stalin telegrafía al dictador nacionalsocialista Adolf Hitler: «El Gobierno soviético me encarga le comunique que está de acuerdo en recibir al señor Ribbentrop el día 23 de agosto. Josif Stalin».

Poco después de las once de la noche la radio alemana interrumpía su programa musical para dar a conocer la siguiente nota: «Los gobiernos ruso y alemán han llegado al acuerdo de negociar un pacto de no agresión. El ministro de AA. EE., Ribbentrop, viajará a Moscú el miércoles 23 para cerrar las negociaciones».

«Lo lamento mucho, querido Sr. Lipski»

23 de agosto. 30 divisiones alemanas se ponen en movimiento en dirección a

la frontera polaca. Rydz-Smigly moviliza las dos terceras partes del Ejército polaco. Lord Halifax, pide al embajador de Varsovia en Berlín que consiga una negociación con Hitler. Hitler se encuentra en el Obersalzberg. Lipski es recibido en Berlín por Göring, viejo amigo de cacería: «Mi querido señor Lipski, lo lamento mucho, pero en este asunto no tengo ninguna influencia».
Entretanto Henderson acude a visitar a Hitler. Después de la entrevista telegrafía a Lord Halifax: «Hitler se encuentra en el colmo de la irritación y se muestra totalmente intransigente. Habla tan mal de Polonia como de Inglaterra».
25 de agosto. Lord Halifax cree haber encontrado la fórmula que le permitirá cumplir sus compromisos de ayuda a Polonia, sin por ello indisponerse con Alemania. Propone que en el caso de un ataque a Polonia, las tropas alemanas se internen en territorio polaco durante «un cierto tiempo» y luego detengan su marcha para negociar. Respuesta de Beck: «Lo que queremos es que Inglaterra nos ayude militarmente en el caso de un ataque alemán, y no que dirija las negociaciones sobre el cuerpo mutilado de Polonia». Beck y su embajador en Londres, Raczynski, lograron al fin imponerse. El mismo día se concluye el pacto de ayuda mutua anglopolaco.
El pacto no incluye ninguna alusión a Danzig. Tanto Chamberlain como Lord Halifax han decidido reconocer la reivindicación alemana al respecto.
A primeras horas de la tarde Henderson consigue que Hitler le ratifique que tras la devolución de Danzig no tiene ninguna nueva exigencia sobre Polonia. Henderson telegrafía a Halifax: «Hitler se ha mostrado tranquilo y comprensivo. Me ha impresionado su claridad, su sinceridad y su franqueza». Lo que ignoraba Henderson es que dos días antes había fijado ya Hitler el momento de la invasión de Polonia: el sábado, 26 de agosto, a las 4,30 de la mañana.
25 de agosto, 18 horas. Se interrumpen todas las comunicaciones con el extranjero por radio, teléfono o telégrafo. El ministerio de AA. EE. ha invitado a los ciudadanos alemanes residentes en Polonia, Francia e Inglaterra a que abandonen inmediatamente esos países.
20,30: Se detiene la «Operación Weiss» (nombre en clave del ataque a Polonia) cuando ya estaba en marcha. Hitler da la orden al general Keitel de suspenderla inmediatamente.

¿Qué había sucedido?

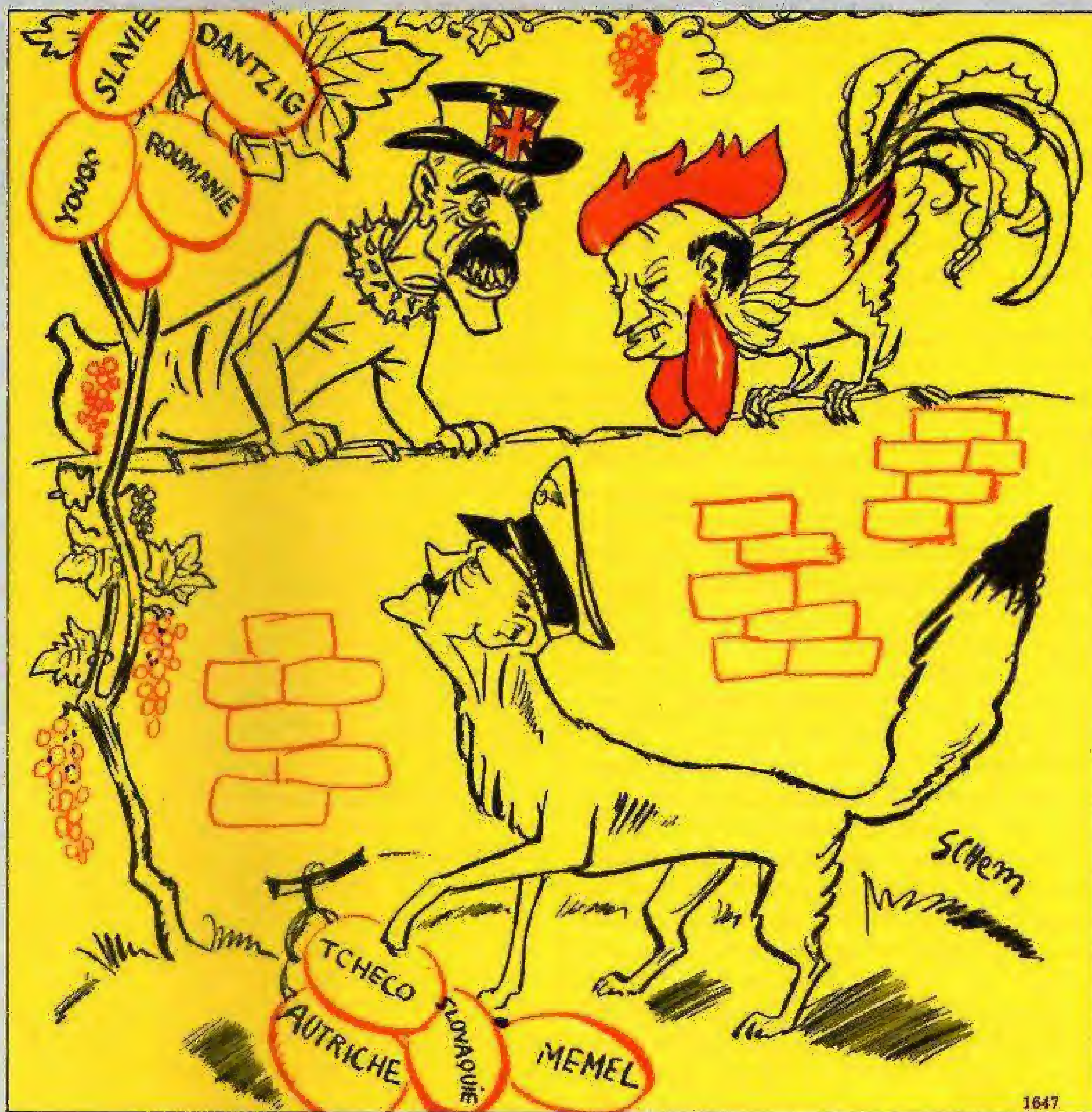
En el último momento Benito Mussolini se ha echado atrás. A las seis de la tarde, el embajador italiano en Berlín, Attolico, ha entregado a Hitler una carta del *Duce* en la que éste ruega a su aliado que le releve de sus obligaciones del Pacto de Acero.
Mussolini escribe: «En nuestros encuentros se previó la guerra para después de 1942. Para entonces yo me encontraría a la altura de las circunstancias por tierra, mar y aire». Al presente, en cambio, el *Duce* no está en disposición de llevar adelante una guerra. Alemania ha ganado la neutralidad soviética y perdido a su aliado del Pacto de Acero. Hitler necesita tiempo para reconsiderar la nueva situación.
26 de agosto. Hitler señala una nueva fecha para el ataque: el 1 de septiembre. Se ha propuesto realizar una nueva táctica en su política exterior: quiere meter una cuña entre Inglaterra y Polonia. Quiere proporcionar a Chamberlain un motivo para abandonar a su aliado sin quedar mal ante el resto de las naciones. Inglaterra debe aceptar las condiciones que Polonia rechaza. Como los polacos no van a dar su consentimiento de ninguna manera, se podrá entonces cargar sobre sus hombros la responsabilidad de lo que suceda. El intermediario particular de Hitler es un comerciante sueco, amigo de Göring: Birger Dahlerus. En los últimos días de paz, viaja incansablemente entre Berlín, Estocolmo y Londres. En un momento decisivo para la historia del mundo, el papel principal lo representa un diplomático aficionado.
28 de agosto, 14 horas. La misión de Dahlerus da sus primeros frutos. Lord Halifax telegrafía al embajador británico en Varsovia: «Preséntese inmediatamente al ministro de AA. EE., Beck, y ruéguele que autorice al Gobierno británico para que comunique al alemán que Varsovia está dispuesta a negociar directamente con Alemania». Beck concede la autorización.
22,30: Henderson entrega a Hitler una nota británica en este sentido.
29 de agosto, 1,30 h. Dahlerus recibe una llamada de la Cancillería del Reich. Göring le comunica: «La nota de Londres es altamente satisfactoria. Existen muchas probabilidades de que el peligro de guerra haya pasado».

Henderson grita a Hitler

Sin embargo, por la noche el embajador inglés recibe una verdadera ducha de agua fría. En su respuesta oficial a la nota británica, Hitler exige con carácter de ultimátum que el negociador polaco se presente en el plazo de veinticuatro horas. La conversación se desarrolla en una atmósfera sin precedente en la historia diplomática. Hitler grita y ofende al embajador. El inglés reacciona entonces de la manera menos ortodoxa que pueda pensarse: grita a su vez, y lo hace ahogando la voz de Hitler. Éste se queda asombrado. Vuelve a gritar pero ya en tono menor. Henderson abandonó la cancillería, según sus propias palabras, «lleno de oscuros presentimientos y deprimido por su propia impotencia».
30 de agosto, hacia medianoche. Ribbentrop recibe el embajador Henderson. La entrevista es tempestuosa.
Al pedir Henderson las proposiciones alemanas para el arreglo del problema con Polonia, responde Ribbentrop con desprecio que la cuestión ha quedado superada al no presentarse el negociador polaco.
De hecho las proposiciones son razonables. Hitler exige únicamente la devolución de Danzig. Sobre el futuro del corredor debe decidir un referéndum en el lapso de doce meses. Polonia conservará el puerto. El Estado que salga vencedor en la consulta popular sobre el corredor será el llamado a salvaguardar para el otro las autopistas y el ferrocarril. Sin embargo, la realidad es que estas proposiciones no pasan a ser una táctica.
Pese a todo, todavía en la noche del 30 al 31 de agosto, Henderson confía. A las dos de la mañana despertó al embajador polaco, Lipski, y le recomendó que obtuviera una entrevista inmediata entre el mariscal Rydz-Smigly y Hermann Göring.
31 de agosto, 13,35 h. El coronel Beck está dispuesto a negociar. Lipski intenta ver a Ribbentrop. La audiencia se fija para las 18,15. Ribbentrop le pregunta si posee la necesaria acreditación como plenipotenciario para llevar a cabo la negociación. Lipski responde que su cometido se reduce a comunicar que el Gobierno polaco está dispuesto a entablar negociaciones directas con el alemán. Ribbentrop le escuchó y despidió fríamente. Cuando volvió a la embajada se dio cuenta que no podía comunicar con Varsovia. Su teléfono estaba cortado.
Mientras Lipski hablaba con Ribbentrop Hitler daba la orden n.° 1 al mando militar. El ataque quedaba fijado para el 1 de septiembre a las 4,45. La hora la ha escrito en rojo el propio Hitler.
21 horas. Todas las emisoras alemanas transmiten las proposiciones de paz a Polonia. Al mismo tiempo que un grupo de las SS vestido con uniformes polacos asalta la emisora alemana en Gleiwitz. Al amanecer del día siguiente las tropas alemanas cruzan la frontera.
1 de septiembre de 1939, cerca de las diez de la mañana. Hitler habla en el Reichstag: «Por primera vez, esta noche Polonia ha disparado sobre soldados regulares alemanes que se encontraban en nuestro territorio. Desde las 5,45* estamos respondiendo al fuego».

* Nota: Al fuego se «respondió» desde las 4,45 –de acuerdo con el plan establecido– Hitler se confundió sin duda al decir en el Reichstag desde las 5,45.

Esta caricatura francesa de 1939 sugiere el fin de la política de apaciguamiento. El zorro de Hitler tiene bajo su pata a Austria, Checoslovaquia y Memel, y fija sus ojos en nuevos frutos. Sin embargo, los guardianes Chamberlain y Daladier parecen al fin dispuestos a la lucha.



Tras la entrada de las tropas alemanas en Checoslovaquia, el primer ministro británico Chamberlain confesó, en su discurso de Birmingham, el fracaso de la política de apaciguamiento:

Gran Bretaña acepta el reto

Con su actual Gobierno, Alemania ha proporcionado al mundo una serie de sorpresas desagradables. La ocupación del Rhin, la anexión de Austria, la incorporación de los Sudetes, todas estas cosas intranquilizan e indignan al mundo entero. Sin embargo, pese a lo reprobable de los métodos puestos en práctica en cada uno de los casos anteriores, algo se puede admitir –motivos de raza, o bien la falta de consideración durante mucho tiempo a reivindicaciones razonables–, algo se puede decir a favor de tal conducta. Pero lo sucedido en esta semana pertenece a otra categoría de hechos y ha sido llevado a cabo con absoluto desprecio de los principios proclamados por el propio Gobierno alemán, de manera que cabe preguntarse: «¿Es éste el fin de una aventura o el comienzo de otra nueva? ¿Es éste el último ataque a un pequeño Estado o seguirán otros? ¿Es éste, incluso, un paso en el camino hacia un intento de adueñarse del mundo por la violencia?»

Son preguntas difíciles y necesarias. No creo que nadie ponga en duda mi sinceridad cuando digo que estoy dispuesto a los mayores sacrificios en pro de la paz. Pero hay algo, sin embargo, que no puedo incluir y es la libertad de que gozamos desde hace cientos de años y a la que jamás renunciaremos. El que sea precisamente yo quien se crea llamado a decir estas cosas, es posible que se deba a la pérdida de confianza sufrida por culpa de los recientes acontecimientos; confianza que empezaba a establecerse lentamente y que hubiera podido desarrollarse quizá este año devolviendo a Europa fortaleza y estabilidad. Hace apenas seis semanas que hablaba yo en esta ciudad y salía al paso de dudas y rumores que, afirmé, había que desterrar. Dije entonces que cualquier pretensión de adueñarse del mundo por la violencia encontraría la resistencia de los demócratas; afirmé que no podía creer que existiera semejante desafío porque ningún Gobierno que portara en su corazón el interés de su pueblo podría mantener tales aspiraciones si no quería condenar a ese pueblo a los horrores de una guerra mundial. Y, realmente, a la luz de las enseñanzas que proporciona la historia resulta imposible creer en la existencia de un desafío de esta naturaleza.

Me veo obligado a repetir que no estoy dispuesto a comprometer a nuestro pueblo con nuevas obligaciones, pero al mismo tiempo quiero decir que nada constituiría una falta mayor que suponer que, por el hecho de que nuestra nación considera la guerra como algo cruel y sin sentido, ha perdido tanto de su médula que no está dispuesta a enfrentarse a ese desafío hasta el agotamiento de todas sus fuerzas.

Estoy seguro, al hacer esta declaración, de contar con la simpatía de mis conciudadanos y su respaldo, y con la adhesión del imperio británico y de todas aquellas naciones para las que siendo importante la paz lo es mucho más la libertad.



Se sigue sin hablar de «guerra». El ministerio de AA. EE. telegrafía a las representaciones diplomáticas alemanas el siguiente comunicado: «Para responder a los ataques polacos, desde la madrugada de hoy las tropas alemanas han entrado en acción. Esta acción no debe interpretarse por el momento como una guerra, sino como operaciones militares desencadenadas por los ataques polacos».

La hora de la verdad

Hitler sigue sin acabar de creer que Inglaterra y Francia cumplirán sus compromisos. Al anochecer los embajadores Henderson y Coulondre entregan una nota, que todavía no puede considerarse como un ultimátum, en la que los Gobiernos respectivos advierten que cumplirán sus obligaciones respecto de Polonia, si Alemania no suspende su agresión.
2 de septiembre, 10 horas. Mussolini realiza un último esfuerzo para conseguir un nuevo Munich. La atmósfera de París y Londres le parece propicia. Hitler y Ribbentrop, sin embargo, ponen condiciones. Únicamente si el *Duce* puede asegurarles que las notas británica y francesa no contienen ningún ultimátum, estaría el *Führer* dispuesto a responder en el plazo de dos o tres días a su proposición. El 2 de septiembre a las 19 horas, Mussolini pierde toda esperanza. Lord Halifax le comunica que Inglaterra sólo estaría dispuesta a tomar parte en una conferencia de ese tipo, en el caso de que las tropas alemanas volvieran a retirarse a su territorio. Hitler no está dispuesto a ello en absoluto. La negociación Roma-París-Londres desata en Hitler una peligrosa euforia. Según él, Francia e Inglaterra no lucharán. Está seguro que ambas sólo buscan una buena oportunidad para desligarse de sus obligaciones respecto de Polonia.
Esto hace que el domingo 3 de septiembre, 10 minutos antes de que expire el ultimátum británico, pida a Birger Dahlerus que telefonee a Londres. Propone el viaje inmediato de Göring a Londres, por vía aérea, como plenipotenciario, para negociar con el Gobierno británico. La respuesta de Lord Halifax es escueta y precisa: «El Gobierno de su Majestad ha presentado al Gobierno alemán una pregunta definitiva y espera una definitiva respuesta. El Gobierno de su Majestad no tiene ya tiempo para discutir con el mariscal Göring».
Sólo en ese momento Hitler se dio cuenta de que había terminado la hora del engaño y la fanfarronería. Había estallado la segunda Guerra Mundial.

□



Después de la firma del Pacto de No Agresión germano-soviético, el fotógrafo Heinrich Hoffmann dejó la cámara a un lado y brindó con Molotov y Stalin.

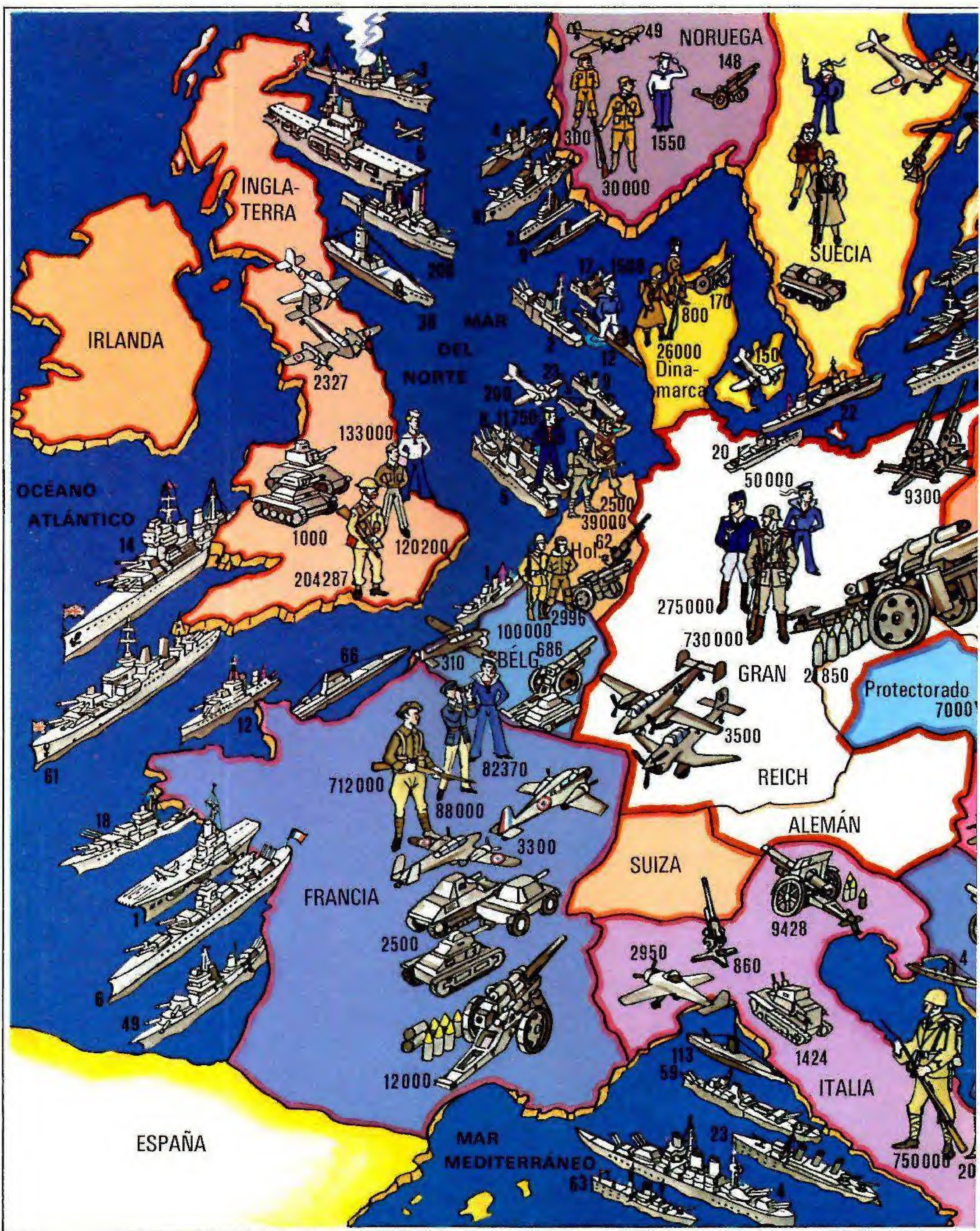
Heinrich Hoffmann, fotógrafo personal de Hitler, fue testigo de la firma del Pacto de No Agresión germano-soviético. Después de la firma corrió el champán de Crimea y los señores del Kremlin se entendieron perfectamente con los diplomáticos alemanes.

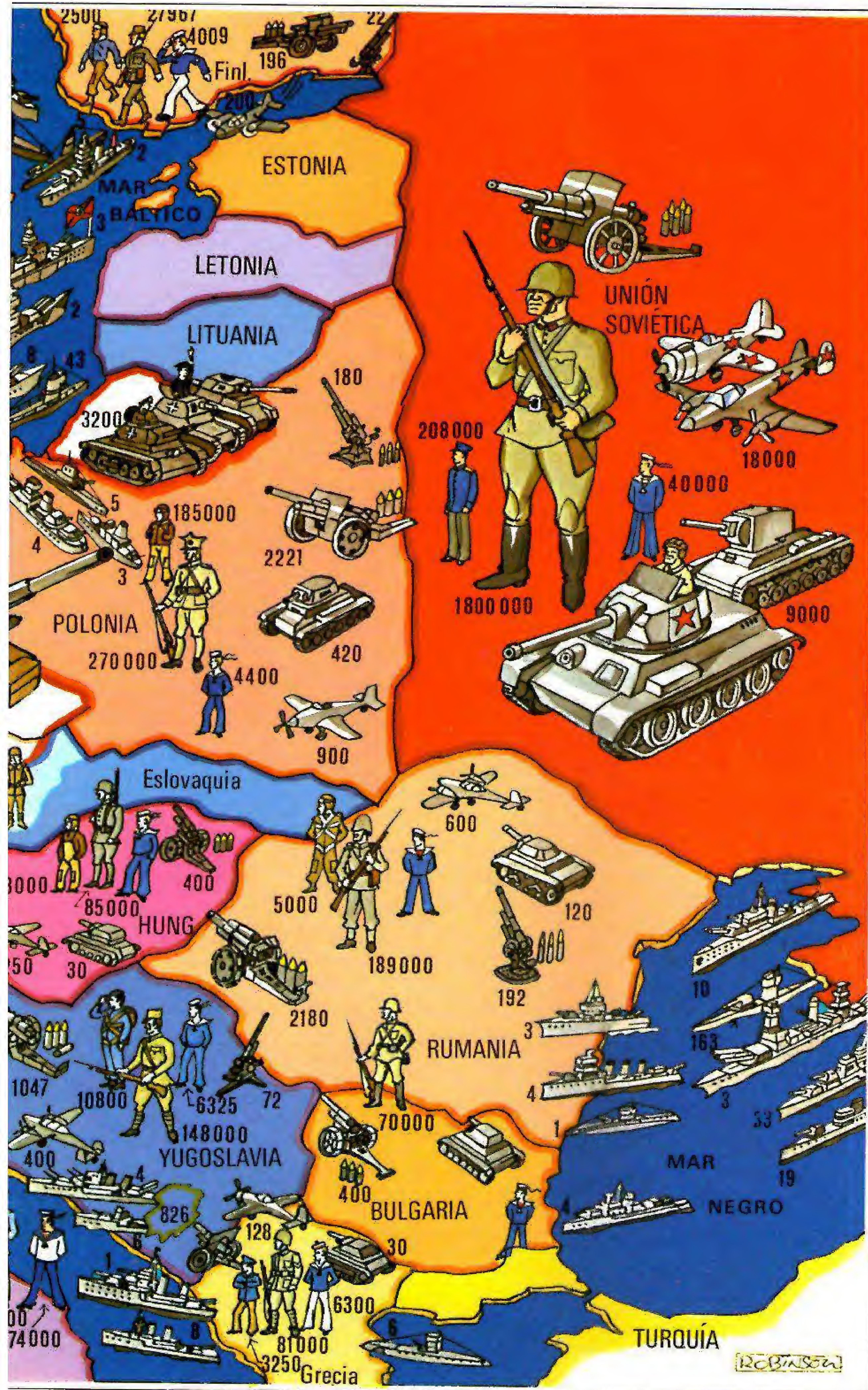
Brindis por la nueva amistad

Provistos de los correspondientes salvoconductos nos dirigimos al Kremlin en el automóvil de la embajada, Laux, fotógrafo personal de Ribbentrop y yo. Unos cien metros antes de la entrada tuvimos que detenernos. Dos soldados armados con fusiles controlaron nuestros papeles. En la puerta se repitió el control. Desde aquí nos acompañó un permanente toque de campana. De esta manera el soldado de guardia en el jardín sabía de antemano que nuestros papeles se encontraban en orden. Al parar el coche dejó también de sonar la campana. Por una escalera lateral, pasando por delante de numerosos agentes de la policía secreta, llegamos al despacho de Molotov.
Poco después salió de las habitaciones de Molotov el embajador von der Schulenburg. Me ofreció un cigarrillo y me dijo que había informado a Stalin sobre mi misión. Pasados 10 minutos nos invitaron a entrar en el despacho. Molotov se acercó a mí. Después de unas palabras de saludo me acompañó hasta donde se hallaba Stalin, quien me recibió sonriente y estrechó mi mano con gran cordialidad. Habían esperado nuestra llegada para firmar el pacto y que pudiéramos fotografiarlo. Empezamos a trabajar. Tanto Laux como yo utilizamos objetivos muy luminosos para no tener que recurrir al «flash». También se encontraba presente un colega soviético, posiblemente el fotógrafo personal de Stalin. Se servía de un aparato copiado de la Leica. Sin embargo, la luminosidad de su objetivo no era suficiente y tuvo que recurrir a la luz artificial. Para la foto del grupo echó mano de un trípode enorme sobre el que montó una vieja cámara. Luego esparció una gran cantidad de magnesio en polvo sobre una plancha metálica y le prendió fuego. La detonación sacudió las ventanas y unas inmensas columnas de humo negro se alzaron por la habitación.
Después de la firma del pacto, Stalin me hizo un gesto cariñoso invitándome a pasar al final de la mesa donde se encontraban ya tres vasos y Molotov se disponía a descorchar la primera botella de champán.
Debido a que los otros huéspedes se encontraban algo separados me convertí en el centro de todas las miradas.
Stalin dio dos palmadas.
Inmediatamente se produjo el silencio. Con atención desusada los ojos de todos se volvieron al hombre más poderoso de todas las Rusias. Stalin elevó su copa:
–Me complazco en saludar a Heinrich Hoffmann, gran fotógrafo alemán, obrero... ... ¡Larga vida! Lo dijo en un alemán de circunstancias, pues según me contó nuestro embajador más tarde, Stalin había tenido el capricho de aprenderse de memoria esas palabras de saludo aquella misma tarde.
De nuevo palmoteó Stalin:
–«¡Pogale, Pogale!»[1] –gritó.
Al principio no me di cuenta de qué significaba, pero lo comprendí rápidamente al ver que se volvían a llenar las copas. Primero Molotov nos sirvió a Stalin y a mí. Observé que el zar rojo era el único que bebía en un vaso de agua, sin duda para evitar confusiones.
Me pareció que había llegado el momento de cumplir con la misión que se me había encomendado–: Excelencia –dije–. Tengo el honor de transmitirle el saludo y los buenos deseos de mi amigo, Adolf Hitler. Nada le gustaría tanto como tener alguna oportunidad de saludar personalmente al gran «Führer» del pueblo ruso.
–Mis palabras causaron buena impresión.
A través del intérprete, Stalin afirmó que también él deseaba mantener una buena amistad con Alemania y su «Führer». Ribbentrop aprovechó para brindar por el pacto, por Stalin y el pueblo ruso. A su vez, Molotov respondió con otro brindis.
El ministro de Asuntos Exteriores bebía copiosamente el rico champán de Crimea. No había pasado aún una hora y podía apreciarse una buena formación de botellas vacías.
Repetidamente Stalin alzaba su vaso y brindaba conmigo. Alguien me dio un golpe discreto en el hombro. Era un miembro de nuestra delegación.
–Tenga usted cuidado, señor profesor, Stalin disfruta emborrachando a sus huéspedes hasta que caen redondos bajo la mesa.
–No se preocupe –respondí–. Conmigo Stalin no lo va a conseguir.
El que sabe, sabe.

□

[1] «¡Copas, copas!»


NORUEGA
49
148
300
1550
30000
SUECIA
INGLA-
TERRA
IRLANDA
MAR
DEL
NORTE
208
38
2327
133000
OCÉANO
ATLÁNTICO
14
1000
120200
204287
26000
Dina-
marca
800
170
150
22
20
50000
9300
200
11750
5
2500
39000
62
Hol.
2996
100000
686
310
BÉLG
275000
730000
GRAN
REICH
ALEMÁN
3500
Protectorado
66
12
61
18
1
6
49
712000
82370
88000
3300
FRANCIA
2500
12000
SUIZA
9428
2950
860
1424
113
59
23
63
ITALIA
750000
ESPAÑA
MAR
MEDITERRÁNEO



Europa en vísperas de la segunda Guerra Mundial: un continente en armas. La distribución del armamento no es la misma que tras la firma del Tratado de Versalles. Alemania se ha rearmado considerablemente. Sin embargo, con las cifras en la mano no se puede hablar de un absoluto predominio militar del Reich.

Adolf Hitler:

"La idea de golpear me obsesionaba"

Seguro que con su ataque a Polonia del 1 de septiembre de 1939, Hitler no pretendía desencadenar una segunda Guerra Mundial. Igualmente seguro nos resulta ahora que, como «Führer» y canciller, Hitler estaba empeñado a llevar paso a paso a la realidad sus teorías sobre política exterior enunciadas en «Mein Kampf». Cinco documentos seleccionados demuestran que aun como «canciller de la paz» Hitler no había perdido de vista sus aspiraciones sobre el «espacio vital en el Este». La política exterior, la económica y la militar se orientaron, en consecuencia, hacia el enfrentamiento definitivo con la Unión Soviética.

Palabras de Hitler ante un grupo de generales el 3-II-1933

«Meta general de nuestra política: recobrar el poder político... En el interior: cambio total de la actual situación. No toleraremos nada que se oponga a nuestros principios. El que no se convierta tendrá que someterse.
Hacia el exterior: lucha contra Versalles. Igualdad de derechos en Ginebra. Todo esto, sin embargo, no tendrá valor si no se inyecta en el pueblo la voluntad de combatir. Búsqueda de aliados...
La reconstrucción de la *Wehrmacht* es la condición indispensable para alcanzar la meta del poder político. Implantación del servicio militar obligatorio...
¿Cómo se utilizará el poder político una vez que se consiga? Imposible decirlo ahora. Quizá se logren nuevas posibilidades de exportación; quizás –y sería lo deseable– se pueda conquistar nuevo espacio vital en el Este para germanizarlo sin consideración alguna... Resultará peligroso el tiempo que dediquemos a la reorganización de la *Wehrmacht*. Servirá para demostrar si Francia tiene hombres de Estado. En caso afirmativo no nos darán la oportunidad de apreciarlo sino que se lanzarán sobre nosotros posiblemente ayudados por los mozos orientales...»

Declaración sobre política exterior hecha por Hitler en el Reichstag el 17-V-1933

Al hablar en este momento como nacionalsocialista convencido, quiero declarar en nombre del Gobierno nacional y en nombre de todo el movimiento que, precisamente nosotros y esta Alemania joven, poseemos la comprensión más profunda hacia los mismos sentimientos, las mismas ideas y las mismas aspiraciones vitales de otros pueblos. La generación de esta joven Alemania ha conocido hasta ahora en su propio pueblo tanta miseria, tanto dolor y tanta necesidad, y ha sufrido tanto bajo el peso de la sinrazón, que no puede evitar el deseo de que tal experiencia les sea ahorrada a los demás. Nuestro nacionalismo es una exigencia frente al mundo. En la medida en que manifestamos nuestra fidelidad y amor sin fronteras por nuestro país, respetamos los derechos nacionales de los otros Estados y deseamos fervientemente coexistir con ellos en paz y amistad...
No tenemos otro deseo que contribuir a curar definitivamente las heridas abiertas por la guerra y el Tratado de Versalles y, para ello, Alemania no abandonará el camino que el propio Tratado considera justo. El Gobierno alemán desea resolver conjuntamente con el resto de las naciones los difíciles problemas tanto económicos como políticos. Sabe perfectamente que cualquier acto militar en Europa, aun en el caso de salir bien, causaría un daño que no está en relación con los beneficios que se podrían obtener.

Memorándum secreto de Hitler sobre las tareas del plan cuatrienal

1. Somos una nación superpoblada, incapaz de nutrirse por sí misma...
...Una parte de la producción puede elevarse sin dificultad. Nuestra producción agrícola no admite ningún aumento apreciable. Tampoco nos es posible conseguir esas materias primas de las que carecemos, ni siquiera por medios artificiales...
5. Carece de sentido el hecho de que regularmente nos limitemos a constatar nuestra falta de productos alimenticios y materias primas; lo importante es dar con las medidas que conduzcan a



El «Congreso de la paz» del partido nacionalsocialista, que debía celebrarse del 2 al 11 de septiembre, tuvo que suspenderse en el último momento. La atmósfera resultaba excesivamente bélica.

Reichsparteitag des Friedens
1939

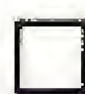
la solución definitiva, o a un alivio provisional de la situación...
6. La solución definitiva –el aprovisionamiento de alimentos y materias primas– se encuentra en una extensión de nuestro espacio vital. Corresponde a los líderes políticos el resolver cuanto antes el problema.
...es necesario poner a disposición del régimen de paz y, sobre todo, del mando militar todos los medios que pueda conseguir la energía humana.
Para la resolución definitiva de nuestros problemas vitales presento el siguiente programa:
I. Al mismo tiempo que llevamos a cabo nuestro rearme militar y político, debemos realizar paralelamente el económico con la misma urgencia, con el mismo empeño, y, si es necesario, con igual desconsideración.
II. Con este fin deberán ahorrarse divisas en todos los sectores en que sea posible un aumento de la producción, poniéndolas a disposición de aquellos otros que únicamente pueden cumplir su cometido con ayuda de importaciones.
III. En este sentido es necesario conceder prioridad a los combustibles, a fin de aumentar su producción rápidamente, coronando el esfuerzo en los próximos 18 meses. Este objetivo deberá entenderse y ejecutarse como si se tratara de una operación bélica, pues la dirección de la guerra futura dependerá de su resultado y no de un racionamiento anticipado de la gasolina.
IV. Es igualmente necesaria la fabricación masiva de caucho sintético...
V. Carece de importancia el precio de obtención de estas materias primas...
Es necesario aumentar al máximo nuestra producción de hierro.
Es asimismo necesario independizar nuestra industria de grasas de las importaciones, y procurar autoabastecernos con nuestro carbón...
Es también imprescindible aumentar nuestra explotación minera, sin consideración de costos...
Resumiendo: considero de la mayor necesidad que con voluntad de hierro consigamos, en todos los sectores de la producción en que sea posible, un autoaprovisionamiento del ciento por ciento. Para ello señalo los siguientes objetivos:
I. El Ejército alemán deberá encontrarse en un plazo de cuatro años dispuesto para cualquier eventualidad.
II. La economía alemana deberá encontrarse en el plazo de cuatro años en disposición de sostener una guerra.

Hitler acerca de la violencia, según el protocolo del coronel Hossbach del 10-X-1937

Presentes: El *Führer* y canciller del Reich.
Ministro de la Guerra, *Feldmariscal* von Blomberg.
Comandante supremo del Ejército, general barón von Fritsch.
Comandante supremo de la Marina, almirante Raeder.
Comandante supremo de la Aviación, general Göring.
Ministro de AA. EE., barón von Neurath.
Coronel Hossbach.
La política alemana persigue la seguridad y el mantenimiento y multiplicación de la raza germana. En este sentido se presenta un problema de espacio.
El pueblo alemán está compuesto por 85 millones de seres. Considerando la población total y el espacio europeo, supone una densidad de población desconocida en cualquier otro país, razón que le otorga el derecho a un mayor espacio vital con preferencia a otros pueblos.
El futuro del pueblo alemán depende de la solución de este problema del espacio vital. Solución que debe ser válida para un período de tiempo que comprenda de una a tres generaciones.
...Un aumento en la producción agrícola no parece posible, dado el estado en que se encuentra el suelo como consecuencia del uso de abonos químicos.
Eso significa que será prácticamente imposible soslayar las importaciones.
La solución del problema alemán sólo puede lograrse por la violencia, si bien ésta no está exenta de riesgos. La lucha de Federico el Grande y la guerra de Bismarck contra Francia y Austria estuvieron llenas de peligros y únicamente la rapidez de acción de Prusia mantuvo en 1870 a Austria alejada de la guerra. Si nos inclinamos por la violencia, con los riesgos consiguientes, sólo nos resta señalar el «cuándo» y el «cómo».
Existen tres posibilidades:
Primera: Período 1943-1945.
Después de este tiempo cualquier cambio nos sería desfavorable. Hay un plazo suficiente para lograr la reorganización del Ejército, la Marina y la Aviación, así como para terminar la formación de oficiales. El material y el armamento serían modernos; si esperamos más pueden resultar anticuados...
En relación con el rearme de los países que nos rodean podemos considerarnos algo más fuertes... El *Führer* está decidido a resolver, en el caso de permanecer con vida, a más tardar en 1945 –1943/1945–, el problema del espacio vital. En las posibilidades segunda y tercera se considera la necesidad de una actuación antes de 1943/1945.
Segunda. En el supuesto de que las tensiones sociales en Francia degeneraran en una crisis interna de tal importancia que requiriera la atención del Ejército francés, inutilizándolo para una guerra contra Alemania, habría llegado el momento de actuar contra Checoslovaquia.
Tercera. Si Francia se viera envuelta en una guerra, de modo que no pudiera enfrentarse a Alemania, nuestro primer objetivo sería acabar con Checoslovaquia y Austria, con objeto de impedir la amenaza de una eventual acción hacia el Oeste...

Hitler sobre sus éxitos en el año 1938 y sobre la misión de la prensa como instrumento político

...Las circunstancias me han obligado durante años a hablar únicamente de paz. Sólo subrayando la voluntad de paz de los alemanes y lo pacífico de sus objetivos, me ha sido posible ganar poco a poco la libertad para mi pueblo, procurándole al mismo tiempo los medios necesarios para llevar adelante el paso siguiente. No cabe duda de que tal propaganda pacifista mantenida durante una década presenta también sus aspectos dudosos: porque puede llevar al cerebro de muchas gentes la idea de que el régimen actual está dispuesto, sobre todo, y cueste lo que cueste, a salvaguardar la paz. Eso no sólo conduciría a una falsa apreciación sobre este sistema, sino que daría lugar a que la nación alemana, en vez de prepararse para los futuros acontecimientos, se dejara dominar por una especie de derrotismo que terminaría poniendo en peligro los éxitos del régimen. Si he hablado exclusivamente de paz durante diez años ha sido para ganar tiempo. Convenía ir preparando psicológicamente al pueblo alemán en el sentido de que hay cosas que si no se consiguen por medios pacíficos es imprescindible lograrlas por la violencia. Para ello no era necesario predicar la violencia en sí, sino explicar claramente al pueblo alemán algunos acontecimientos de política exterior de modo que cayera en la cuenta de la violencia como instrumento. Es decir, poner de relieve algunos sucesos de manera que el raciocinio de las masas llegara a la conclusión automática de que si por las buenas tales cosas no se podían arreglar, era forzoso arreglarlas por las malas. En todo caso aquello no podía seguir así. Esta labor nos ha ocupado meses. Se inició con arreglo a un plan y con arreglo a un plan ha sido desarrollada. Muchos no lo han entendido. Algunos opinaban que exagerábamos. Ésos eran los intelectuales degenerados que no tienen la menor idea de cómo se consigue movilizar a un pueblo y que éste permanezca en su puesto aunque truene y caigan rayos.





William Lawrence Shirer

Diario

15 de septiembre de 1938

Me siento un tanto decepcionado. Una vez más mi emisión no se ha recibido bien. Esta noche voy a mandar la información por telégrafo, de manera que puedan leerla en Nueva York. Henlein ha exigido a mediodía el inmediato «Anschluss» y poco después ha volado a Alemania. El actual Gobierno ha dado orden de detenerle por traición. Seis personas han resultado muertas al asaltar los checos el cuartel general de Henlein en Eger. Checoslovaquia está pendiente de Berchtesgaden. Teme que la paz que trata de negociar Chamberlain, le cueste las concesiones más inimaginables.

Desde Londres, una llamada de Murrow: «Ponte cuanto antes en camino de Berchtesgaden». Nada es tan fácil como dar órdenes; por mi parte no tengo ni idea de si podré salir de aquí. Los trenes sólo llegan hasta la frontera checa y resulta imposible encontrar un taxista que quiera aventurarse a cruzarla.

16 de septiembre de 1938

Por tercera vez no han podido oírme en Nueva York. Han tenido que leer mi información. Berlín comunica que Hitler ha exigido un referéndum y que, más o menos, Chamberlain ha aceptado. Exactamente eso era lo que temían los checos, que Chamberlain les pusiera en las manos de Hitler. Para Checoslovaquia el referéndum resulta inaceptable.

(Más tarde) ¡Hurra! En Nueva York han podido oírme claramente. Durante cuatro días no he figurado en la programación. Durante cuatro largos días. Runciman ha regresado a Londres. Se ha marchado dejando tras de sí un mal recuerdo: nadie le aprecia, nadie se ha preocupado de él.

Praga,
18 de septiembre de 1938

Los checos se han quedado petrificados. Cada vez está más claro que Chamberlain se siente dispuesto a ceder a las exigencias de Hitler respecto a los Sudetes. En realidad lo que Hitler quiere es toda Checoslovaquia. El primer ministro, Milan Hodza, ha rechazado públicamente el referéndum ante el mundo: «Es inaceptable. Además no arreglaría nada», ha declarado durante una emisión de radio. Hodza me ha sorprendido; al contrario de otros muchos eslovacos, me ha parecido nervioso y asustado al encontrármelo hoy en la emisora. Se le notaba el ajetreo y la preocupación de los últimos días.

Tengo que irme a Alemania. Murrow me ha llamado desde Londres. Novedades: los británicos y franceses se han negado a combatir por Checoslovaquia. Esperan que Checoslovaquia se rinda sin condiciones: el territorio de los Sudetes pasará a poder de Hitler. Le he dicho a Ed que los checos no aceptarán jamás, que lucharán solos si es preciso... «Es posible. Espero que tengas razón. Entretanto, Hitler y Chamberlain se entrevistarán de nuevo en Godesberg el miércoles. Tienes que irte para allá. En el caso de que haya guerra regresas a Praga». «De acuerdo, iré». Me da igual ir adonde sea. Me dirigí a casa de Maurice Hindus y lo levanté de la cama. No quería creerme. Llamamos a dos o tres amigos del Ministerio de Asuntos Exteriores. En su voz pudimos reconocer que estaban al corriente de lo que ocurría. Sin embargo, no quisieron confirmar nada. Según ellos la cosa era demasiado «fantástica» para admitirla así como así. Maurice y yo decidimos dar un paseo.

En la calle, la gente no daba impresión alguna de temor. No parecían mas nerviosos que en los últimos días. Seguramente no conocían aún las noticias de Londres. Maurice se encargará de mi emisón mientras yo esté en Alemania. Mañana vuelo a Berlín. A las cuatro me metí en la cama muerto de cansancio.

Berlín,
19 de septiembre de 1938

Los nazis no disimulan su júbilo por lo que ellos llaman «el mayor éxito de Hitler hasta el día de hoy. Y todo sin derramamiento de sangre». El hombre de la calle respira aliviado. En ningún caso desea la guerra. Los nazis, con ayuda de los titulares de los periódicos, están cultivando el histerismo. Mentiras de a puño. He aquí algunos ejemplos: «Una mujer y un niño atropellados por un carro blindado checo». «Régimen sangriento: alemanes asesinados por los checos». *El periódico bursátil colabora también:* «¿Aussing atacado con gases venenosos?» *Los titulares de un diario hamburgués tampoco están mal:* «Violencia, saqueos, tiroteos –El terror checo en el territorio de los Sudetes aumenta de día en día». *Hasta ahora Praga no ha dicho una sola palabra sobre el ultimátum de Chamberlain. Espero y confío en que se decidan a luchar. Si lo hacen habrá guerra en Europa, y Hitler no la puede ganar. Mi emisión de esta noche ha concluido con estas palabras «A buen seguro que Chamberlain será recibido calurosamente en Godesberg. Me he podido dar cuenta hoy en Berlín de que el primer ministro británico se ha convertido aquí en una figura popular».*

Godesberg,
22 de septiembre de 1938

Unas junto a otras, las banderas de la Union Jack y de la cruz gamada ondean en esta deliciosa ciudad del Rhin. Muy oportuno. Tan oportuno como que esta entrevista se haya organizado en el lugar wagneriano en que –según la leyenda– celebraban sus fiestas Wotan, Thor y los restantes dioses de los antiguos teutones.

Esta mañana he podido observar algo muy interesante. Durante el desayuno en el hotel Dreesen, donde también se hospeda Hitler, el gran hombre ha pasado por delante de mi mesa dirigiéndose a la que le habían reservado con vistas al Rhin. Herr X, un editor alemán que, en secreto, odia al régimen, me ha indicado en voz baja: «Fíjese en su manera de andar». Era verdaderamente extraña. A primera vista semejaba una gran dama llena de afectación. Cada dos pasos su hombro derecho y su pierna izquierda parecían sobresaltarse por un respingo nervioso. Cuando volvió a pasar ante mí tuve ocasión de observarle nuevamente con detenimiento. El mismo tic nervioso. Y esas inmensas ojeras oscuras bajo los ojos. El hombre daba la impresión de estar al borde de la crisis de nervios. Ahora comprendo el significado de algo que oí ayer en el Dreesen varias veces. Se referían a Hitler llamándole «devorador de alfombras». En principio no entendí lo que querían decir. Luego alguien me apuntó el significado. Me dijo que durante los últimos días habían menudeado las crisis nerviosas de Hitler y algunas se habían desarrollado de manera sorprendente. Cada vez que se indignaba contra Benes o los checos, se arrojaba al suelo y mordía las esquinas de las alfombras. De ahí el nombre de «devorador de alfombras». Después de haberle visto esta mañana me puedo figurar perfectamente una escena así. □

CRONICA

GRANDES TITULARES | CULTURA Y CIENCIA | DEPORTE Y TECNICA

1939

GRANDES TITULARES

20. 1.: Cese del presidente del Banco del Reich, Hjalmar Schacht, que había protestado contra la irresponsable política financiera en relación con el programa armamentista. En su lugar se nombra al ministro de Economía, Walter Funk.

30. 1.: Queda constituido el primer gran Reichstag. Ampliación de los plenos poderes otorgados el 23-3-1933 hasta el 10-5-1943.

2. 3.: Eugenio Pacelli, que fuera nuncio apostólico en el Reich desde 1920 a 1929, es elegido Papa con el nombre de Pío XII.

12. 3.: Hitler decide el desmembramiento de Checoslovaquia utilizando como pretexto el conflicto entre el Gobierno de Praga y los eslovacos.

14. 3.: Declaración de independencia de Eslovaquia y de Ucrania subcarpática, territorio este último que empieza a ser invadido por Hungría.

15. 3.: El presidente de Checoslovaquia, Hacha, y su ministro de AA. EE., firman bajo incalificables presiones el acuerdo sobre la creación de un protectorado alemán que comprenderá Bohemia y Moravia. Las tropas alemanas entran en Checoslovaquia. Bohemia y Moravia se incorporan al Reich. Eslovaquia, por su parte, se coloca bajo la protección alemana.

17. 3.: «¿Es éste el último ataque a un pequeño Estado o seguirán otros? ¿Es éste, incluso, sólo un paso en el intento de dominar el mundo por la violencia?» Con estas preguntas, lanzadas en su discurso de Birmingham, el primer ministro británico, Chamberlain, daba por terminada su política de transigencia respecto a Berlín.

21. 3.: Alemania repite la oferta hecha a Polonia el 24.10 y el 19.11. 1938 y el 5/6. 1. 1939: devolución de Danzig, extraterritorialidad de las autopistas y líneas de ferrocarril que atraviesan el corredor. Polonia rechaza la oferta el 26. 3.

23. 3.: Acuerdo comercial entre Rumania y Alemania, con vistas a integrar a los rumanos en un sistema económico de la Europa central, dirigido por Alemania (Reconocimiento de la importancia del petróleo rumano).

23. 3.: Las tropas alemanas entran en el territorio de Memel, como consecuencia de un acuerdo con Lituania. Reunificación de este territorio con el Reich alemán.

28. 3.: Las tropas nacionales entran en Madrid. El 1. 4. los EE UU de Norteamérica reconocen el régimen de Franco.

7. 4.: Italia ocupa Albania como compensación de las conquistas germanas.

22. 5.: Pacto militar entre Alemania e Italia (Pacto de Acero).

22. 5.: Desfile de despedida de la Legión Cóndor, en León, ante el general Franco.

23. 5.: «Danzig no es precisamente el objetivo que perseguimos, sino la conquista de espacio vital en el Este», afirma Hitler durante una reunión con los altos jefes militares.

CULTURA Y CIENCIA

15. 1.: En Hamburgo se presenta el reportaje sobre los EE UU: «Nos vamos a América». Debido a que de él se desprende una buena propaganda para los americanos, la comisión cinematográfica decide que sólo podrá presentarse en funciones matinales y para huéspedes expresamente invitados por escrito.

24. 1.: Muere en Berlín Alexander Kanoldt, cofundador del nuevo estilo secesionista muniqués.

31. 1.: Estreno del filme de Veit-Harlan «Das unsterbliche Herz» («El corazón inmortal») con Heinrich George, Kristina Söderbaum y Paul Wegener.



Escena de la película de Veit-Harlan «Das unsterbliche Herz»: La agonía del inventor Peter Henlein (Heinrich George)

9. 2.: Estreno de la película «Der Schritt vom Wege», dirigida por Gustaf Gründens, con Marianne Hoppe y Karl Ludwig Diehl. Obtiene la mención: «de gran valor artístico».

31. 3.: Estreno del filme «Drei Unteroffiziere» («Tres suboficiales»), producido por la Ufa. Mención: «de gran valor político y formativa para el pueblo».

15. 4.: «Deutsches Land in Afrika», documental sobre los antiguos territorios alemanes en el continente negro. Mención: «de gran valor político, didáctico y formativo».

1. 5.: Durante la reunión solemne de la Cámara de Cultura del Reich, Goebbels proclama los Premios nacionales de Literatura y Cinematografía correspondientes a 1939. El de Literatura lo obtiene el escritor sudete alemán Bruno Brehm por su «Trilogía austríaca», y el de Cine, el director Carl Froelich por su filme «Heimat».

22. 5.: Se suicida en Nueva York Ernst Toller, escritor expresionista y pacifista, fugaz presidente del consejo central de la república soviética durante la revolución muniquesa de 1919.

13. 6.: Con motivo del 75 aniversario de Richard Strauss, Goebbels crea un premio de composición dotado con 15.000 marcos para fomento de la música contemporánea.

DEPORTE Y TECNICA

1. 1.: Durante la primavera de 1938 se ponen en circulación 583.000 nuevos vehículos en Alemania (incluida Austria pero no los Sudetes). El total de la matrícula alemana alcanza los 3,63 millones.



Éste es el aparato Me 109 R, con el que se estableció la nueva marca de velocidad. Su motor puede alcanzar por poco tiempo un rendimiento de más de 2000 HP.

27. 4.: Fritz Wendel establece una nueva marca de velocidad aérea con un avión de caza tipo Me 109 R en 755,11 km/h, después de que el 30. 3. Hans Dieterle consiguiera con un He 112 U, 746,66 km/h.

29. 4.: La oficina de estadística del Reich da a conocer los datos relativos a población y territorio del Gran Reich, incluido el protectorado de Bohemia y Moravia y el territorio de Memel: 635.000 km² y 86,2 millones de habitantes.

7. 5.: Por orden del «Führer» la velocidad máxima en las autopistas y carreteras del Reich será de 100 km/h.

14.-19. 5.: El «Führer» inspecciona el Westwall (Línea Sigfrido). Comentario de Hitler: «La visita me ha convencido de su imbatibilidad».

19. 5.: En Herzberg (Sajonia) se ha puesto en funcionamiento la nueva emisora de la radio alemana. Trabaja con 500 kw y es, con sus 325 metros, la construcción más elevada de Europa.

10. 6.: Se suspende el encuentro de boxeo entre Alemania y Polonia que debía celebrarse en Varsovia. Justificación alemana: «La mayor parte de los componentes del equipo se encuentran cumpliendo su servicio militar».

16. 6.: Por primera vez un alemán —Georg Meier (BMW)— gana la carrera de motos «Senioren-Tourist-Trophy», que desde 1907 se viene celebrando en la isla de Man.

18. 6.: Por 9-0 (4-0 en el primer tiempo), la victoria más abultada de una final, el Schalke 04 se proclama campeón alemán de fútbol frente al Admira de Viena.

En el apogeo del III Reich, millones de alemanes estaban en contra del partido nacionalsocialista, pero a favor del «Führer». Si se tenía noticia de las lacras, delitos y abusos cometidos al socaire del partido y de sus organizaciones, inmediatamente se añadía en las críticas la socorrida frase: «Si el 'Führer' supiera todo esto...» La fe en el «Führer» permanecía incólume: un éxito más de la hábil propaganda manejada por el doctor Paul Joseph Goebbels.



Hitler en dos de sus actitudes favoritas: el «Führer», solitario y majestuoso, con la mirada puesta en la lejanía (derecha), y el padre de la patria, jovial, abrazando a los niños (página siguiente).

SUPERHOMBRE Y AMIGO DE LOS NIÑOS

Propaganda NS

ERNEST K. BRAMSTED



En determinadas ocasiones Goebbels se mostraba especialmente abierto con sus colaboradores más inmediatos. Cuando a finales de 1941 las banderas alemanas ondeaban ya sobre amplias regiones de Europa y en la Unión Soviética, y la victoria germana en la segunda Guerra Mundial parecía más segura, Goebbels habló confidencialmente con Rudolf Semler de los méritos adquiridos por él como *Gauleiter* de Berlín y ministro de Propaganda durante el régimen nacionalsocialista. Entre otras cosas había logrado crear el mito del *Führer*.

Hitler aparecía revestido con la aureola de la infalibilidad, y muchos que en 1933 mantenían una actitud crítica hacia el partido, le habían entregado toda su confianza. Incluso en 1941 había millones de alemanes que distinguían aún entre *Führer* y partido. Se negaban, según confesión de Goebbels, a apoyar al partido pero creían en Hitler incondicionalmente.

Desde la perspectiva actual, ningún historiador serio se atreve a considerar que la sorprendente aceptación y el prestigio de Hitler se debieran en exclusiva a la propaganda de Goebbels, pero es innegable que hay una gran parte de verdad en la afirmación de éste. De un modo especial tras la toma del poder, pero también con anterioridad a ella, Joseph Goebbels promocionó al *Führer*, tenaz y conscientemente, como mesías político y aproximó esta figura a las masas. Mediante una retórica muy hábil y animado por un gran instinto político, procuró presentar a Hitler, en tiempos de paz y de guerra, como el genio y pionero de los alemanes. Su vinculación personal a Hitler, que le llevaría a seguirle en la muerte, fue sin duda alguna plenamente sincera.

La actitud de un jefe respecto de sus subordinados puede ser, según Walter Hagemann, la de «un padre, un camarada, un déspota, o la de un semidiós». Lógicamente Goebbels se ocupó de refutar las observaciones de los críticos de dentro y de fuera del país, que veían en Hitler a un déspota. Para eliminar esta visión ofreció sus dos imágenes de Hitler: la del político genial, que con una seguridad infatigable mostraba el camino de la grandeza alemana, y la del amigo y camarada que se aproximaba emocionado a los sufridos compañeros del partido, a los niños y a los animales.

Las dictaduras modernas no necesitan exhibir al dictador como superhombre. Se puede lograr idéntica aceptación popular si se le presenta como el hombre capaz de entender los problemas de los demás. Antes de la toma del poder Goebbels mostró una gran preferencia por estas dos facetas del *Führer*. Cuando en abril de 1932 Hitler se presentó a las elecciones para la presidencia del Reich, en competencia con Hindenburg, Goebbels escribió dos artículos en el «Angriff». Sus títulos eran: «Hitler, político» y «Adolf Hitler, hombre». En el primero de ellos comentaba que para el verdadero hombre de Estado el pueblo es la materia prima en la cual y con la cual realiza su arte. El verdadero político se sitúa ante el pueblo como el escultor ante el bloque de mármol. En su segundo artículo rebate la «calumnia» de que Hitler fuese un tirano, y lo hace arguyendo que, ni su continencia respecto del tabaco y del alcohol ni su predilección por la cocina vegetariana son cualidades de este tipo de hombres.

Cuando, al año siguiente, Hitler y el nacionalsocialismo subieron al poder, cientos de miles formaron cola para entrar en el partido.

A partir de 1933 Goebbels habló sistemáticamente en las vísperas de los cumpleaños de Hitler a través de todas las emisoras de radio alemanas. En su primera alocución subrayó la gran modestia de la figura paternal de Hitler: «Hoy, en el día de su aniversario, escapa del bullicio de la capital. Abandona las guirnaldas e himnos de las calles berlinesas y se refugia en su amada montaña para examinarse a sí mismo y mirar con sosiego hacia el futuro». Y luego añadía con sentimentalismo calculado: «Quizá alguien haya colocado un altavoz en cualquier habitación cercana a la suya y es posible que Hitler esté escuchando las palabras de alabanza y las expresiones de gratitud de tantos millones de buenos alemanes». Efectivamente, muchos hombres de entonces, que mantenían una actitud crítica respecto de los «bonzos» inferiores del partido, veían en Hitler el auténtico patriota que estaba por encima de actitudes mezquinas. Goebbels, siempre perfectamente informado de la opinión pública, estaba dispuesto a utilizar esta impresión hasta sus últimas consecuencias.

Un prodigio: el «Führer» querido por todos

En 1933 Goebbels había afirmado escuetamente que «la inmensa mayoría del pueblo» veneraba a Hitler. Dos años después aseguró que había ocurrido un milagro. Sólo algunos de los amigos más inmediatos de Hitler captaron ese prodigio: ¿por qué razón y de qué manera un hombre que tres años antes tenía contra él a la mitad de la población, había logrado poner de su parte a todo el pueblo «por encima de toda duda y de cualquier crítica»? Hitler se había convertido en el clásico estratega militar y en el hombre de Estado capaz de jugar con destreza el ajedrez de la política internacional, y que además, «procedía del pueblo y permanecía en él».

Un año después, tras la nueva ocupación de Renania, Goebbels celebró la figura de Hitler como la del hombre que se había convertido «para todos los alemanes en la esencia del resurgir alemán y símbolo del renacido y vigorizado Imperio». El *Führer*, exclamaba triunfante el ministro de Propaganda, había elevado a los alemanes a la categoría de un pueblo universal. Remitiéndose a la alocución radiada que pronunció el canciller del Reich sobre la «liberación de Renania» dio curso libre a sus sentimientos: «Vimos en Colonia a hombres como robles que habían arrostrado el peligro y que ahora prorrumpían en lágrimas. Aquello era religión en un sentido profundo y misterioso. Una nación profesaba su fe en Dios a través de su portavoz y, llena de confianza, le ofrecía su destino y su vida».

No menos sensiblero y estudiado fue el comentario de Goebbels con motivo del cumpleaños de Hitler en 1938, tras el «Anschluss» de Austria: el *Führer*, austríaco de nacimiento, había incorporado su patria a la Gran Alemania, y ésta, «la nación más infeliz bajo el sol de Dios, se había convertido en la más feliz a lo largo y ancho del mundo». El *Führer* había realizado «el sueño de todos los buenos alemanes: la creación de un pueblo unido en un Reich grande, libre y fuerte».

La voz de la crítica era un «alboroto histérico»

En 1938 todavía se ensalzaba a Hitler como artífice de la Gran Alemania. Al año siguiente, tras el acuerdo de las cuatro potencias en Munich y la marcha alemana sobre Praga, se le presentó como el gran europeo, con la espada alemana en las manos, que no se arredraba ante la animosidad de las democracias. El *Führer* había devuelto la paz a la Europa central, afirmaba Goebbels, quien no vacilaba en subrayar amenazadoramente: «Claro que esto no cuadra muy bien con el criterio de los Estados democráticos occidentales... Pero nosotros castigaremos su alboroto histérico con el más soberano de los desprecios...» Con un apasionamiento rayano en la unción, Goebbels añadía que al fin no sólo los alemanes de dentro y de fuera del Reich expresaban sus sentimientos de felicidad. «En este gran coro de cien millones de voces de nuestro pueblo forman también todos aquellos que, fuera de él, aman la verdadera paz, el orden de Europa, su historia y su cultura». Los contornos de un «orden»

europeo, sometido al dominio nacionalsocialista, se perfilaban ya claramente. Durante la segunda Guerra Mundial los cantos de felicitación de cumpleaños cuadraban perfectamente con la situación bélica del momento. Los éxitos de las armas alemanas de 1939 a 1941 hablaban su propio lenguaje. En cierto sentido hacían superflua la exaltación del *Führer* a cargo del ministro de Propaganda.

Hitler fue comparado con su odiado rival, Churchill. El inglés había declarado poco antes que Inglaterra vencería, aunque él mismo manifestó que no veía el modo de conseguirlo. Goebbels se limitó a contestar: «El *Führer* triunfará, y triunfará principalmente porque sabe con exactitud cómo va a vencer. Un pueblo en armas, conducido por una voluntad y dominado por un fanatismo... Esto es la victoria». Sin embargo, un año después, el viejo espectro de la guerra en dos frentes se convertía en amarga realidad para Alemania. A pesar de algunos éxitos aislados e impresionantes en suelo soviético, el triunfo no parecía cercano. La victoria final se vislumbraba muy en lontananza y Goebbels consideró oportuno aludir a una resistencia heroica y a la paciencia en lugar del entusiasmo triunfalista. Comenzó a establecer paralelismos entre la situación del momento y la de Prusia en las postrimerías de la guerra de los Siete Años, y entre Hitler y Federico el Grande. La moral de la perseverancia cumplía las funciones de vínculo entre el pueblo y el *Führer*. Pero al tiempo la creciente resistencia de este último a mostrarse en público ocasionaba auténticos quebraderos de cabeza a su ministro de Propaganda. En consecuencia, trataba de justificar el silencio de Hitler recurriendo a la amarga y profunda preocupación que éste sentía ante los acontecimientos de la guerra. El alemán que pretendiese identificarse con el *Führer* debería ahora identificarse con la victoria. «Creemos en la gran victoria alemana —decía un mensaje de la juventud— porque creemos en el *Führer*».

Perspectivas históricas en lugar de triunfos

A medida que se reducían las expectativas de una victoria final, iban aumentando las digresiones de Goebbels al terreno de las explicaciones históricas. En abril de 1944, nuevamente con motivo del cumpleaños del *Führer* y pocas semanas antes del desembarco aliado en Normandía, Goebbels formuló una pregunta acerca de qué episodio de la guerra se consideraría trascendental cien años después. A título de respuesta profetizó que los futuros libros de Historia «contemplarían a Hitler





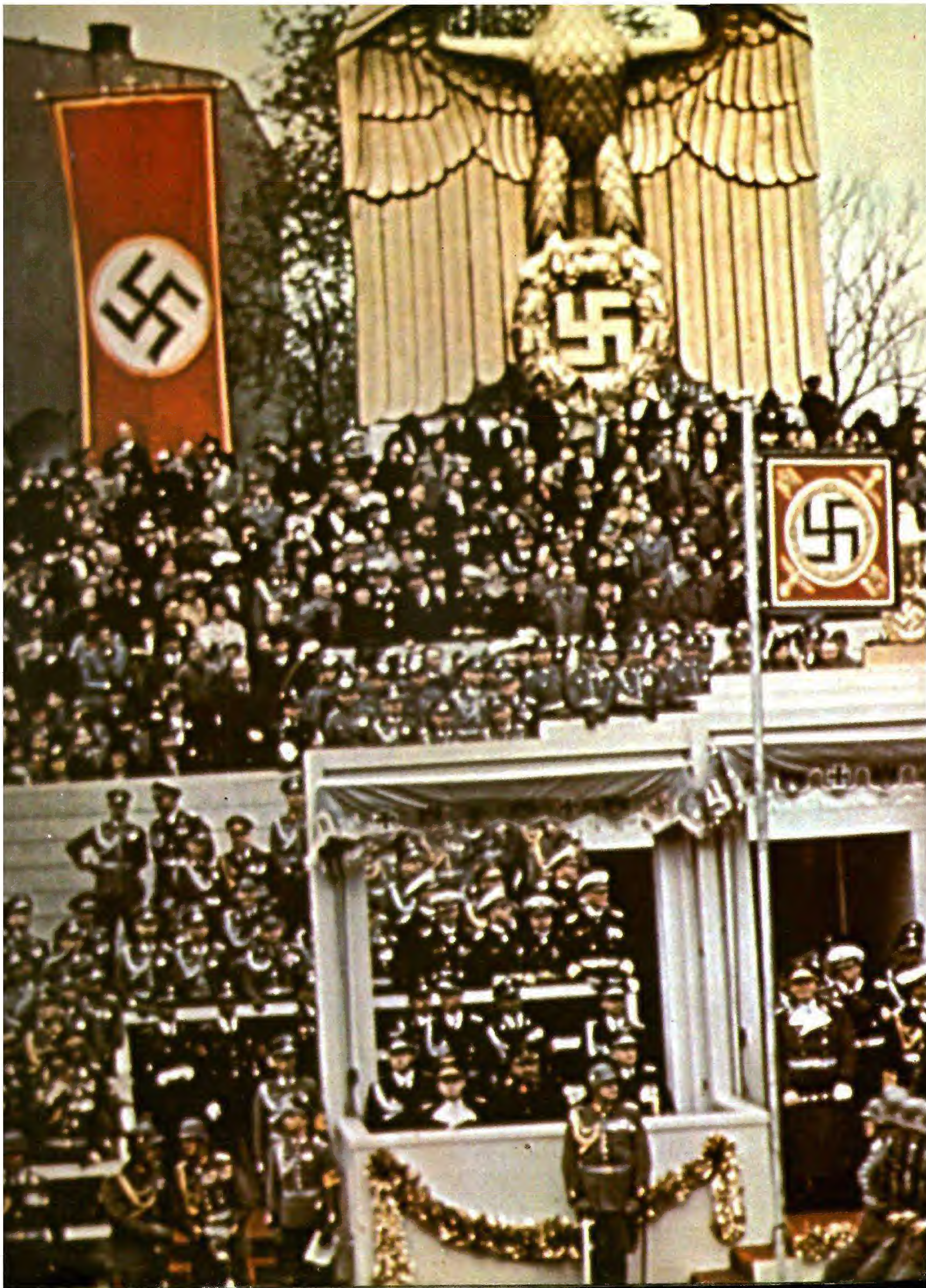
Imágenes como éstas se reprodujeron cientos de miles de veces en revistas ilustradas y en libros de fotos: el «Führer», gran amante de los perros (arriba), y el «Führer» con los niños (en este caso con las hijas menores de Goebbels, que aparece a la izquierda).

como fenómeno brillantísimo mientras que sus enemigos pasarían a engrosar el más árido anonimato» del capítulo dedicado a la contienda. Goebbels hablaba más por sí mismo que interpretando el sentir de las masas cuando dijo: «Jamás estuvo tan cerca de nosotros como en los momentos de peligro». Cuanto más amenazador parecía este peligro tanto más insistía Goebbels en su paralelismo entre Hitler y Federico el Grande. En un artículo que publicó en los umbrales del año 1945, el jefe de Propaganda del Reich comentaba que Hitler tenía una edad en la que Federico el Grande se había hecho acreedor al sobrenombre de «el viejo Fritz». Por el contrario, el *Führer* actuaba aún con el vigor de un joven. «Sus ojos lanzan destellos de una viveza extraordinaria, sus facciones aparecen serenas y proporcionadas, su amplia frente revela nobleza y audacia y tan sólo un mechón plateado sobre su cabeza nos habla de los incontables días que él ha entregado al trabajo y de las noches pasadas en vela solitaria». Sin embargo, frases como «el *Führer* elegido de un pueblo selecto» o «la reorganización de la humanidad a la que él conduce hacia un futuro mejor», sonaban en este momento como espectralmente vacías. Goebbels continuó mintiendo, incluso cuando la realidad hacía ya tiempo que se había vuelto desesperada y hosca. La verdad auténtica la reservó Goebbels para sus íntimos. Cuando en febrero de 1945 visitó al ministro su antiguo ayudante, príncipe Christian zu Schaumburg-Lippe, y lamentó que se hubiese cancelado su audiencia con Hitler en la misma víspera, Goebbels le respondió con todo cinismo: «Alégrese, hombre, de no haberlo visto. El Hitler en el que usted creyó dejó de existir hace tiempo». Así hablaba Goebbels en privado. Pero en público, incluso en abril de 1945, con los rusos a las puertas de Berlín, seguía añadiendo rasgos falaces a la imagen ideal de su jefe. El *Führer*, diría Goebbels en la última alocución de cumpleaños que pronunció, mantiene su posición como «hombre del siglo que prosigue su camino y no pretende la muerte de su nación sino el comienzo venturoso de una edad de oro del germanismo como jamás haya conocido el mundo». La propaganda de Goebbels terminó con la muerte violenta del *Führer*, al que seguiría por el mismo camino, un día después, su discípulo. La propaganda acabó como la orquesta de un buque que se hunde en el océano e interpreta composiciones mientras el navío se sumerge. Pero las viejas melodías apenas llegaban a los oídos de los pasajeros. Esos acordes, antes familiares, se habían vuelto intolerablemente absurdos. □





Hitler en su albergue de montaña (a la izquierda) y dando de comer a unos gamos (abajo). Contemplar al «Führer» en su vida privada era para muchos una honda apetencia. Un deseo que aún perdura entre los lectores de las series tituladas «Cómo pasa el canciller sus vacaciones» que aparecen en las revistas de nuestros días.





Berlín, 20 de abril de 1939: durante tres horas y media las tropas alemanas desfilaron ante Adolf Hitler. Este desfile grandioso, celebrado con motivo de los 50 años del «Führer», se recuerda como el más importante de los efectuados en toda la historia alemana.

EL CREADOR DEL TERCER GRAN REICH ALEMAN

(Del «Illustrierter Beobachter». Edición especial bajo el título «Nuestro 'Führer' cumple cincuenta años»)



«¿Cómo puedo encontrar palabras para sus realizaciones? ¿Acaso existe un mortal que haya sido tan apreciado como usted, mi 'Führer'? ¿Puede darse una fe más fuerte que la que merece su misión? Usted ha salvado al pueblo alemán de la noche más tenebrosa, ha conseguido sacarlo de la incapacidad y ha logrado crear la gran potencia que es Alemania.

»Llevaremos a término cuanto nos exija. Cualquier cosa que hagamos será poco para saldar nuestra deuda de gratitud. Que el Omnipotente nos lo conserve fuerte y saludable.

»¡Salud eternamente a nuestro querido 'Führer', que ha dado a nuestra vida un valor nuevo e imperecedero!»

(General Feldmariscal Göring, durante la sesión parlamentaria celebrada en Berlín el 18 de marzo de 1938)

«Y ahora regresa usted y no sólo ha reincorporado al Reich a los hermanos alemanes de antaño, sino que ha traído a todo el pueblo la seguridad, la paz, el señorío, la grandeza y la resurrección...

»¿Cómo podremos expresarle nuestra gratitud? Es imposible, mi 'Führer'. En lugar de nuestro agradecimiento, reciba hoy, en nombre de todo el pueblo alemán, un juramento sagrado que es algo más que una frase: el compromiso de no consentir que decaiga la grandeza y el poder que usted ha conseguido con singular valentía: la promesa de llevar a la práctica lo que haya que cumplir.

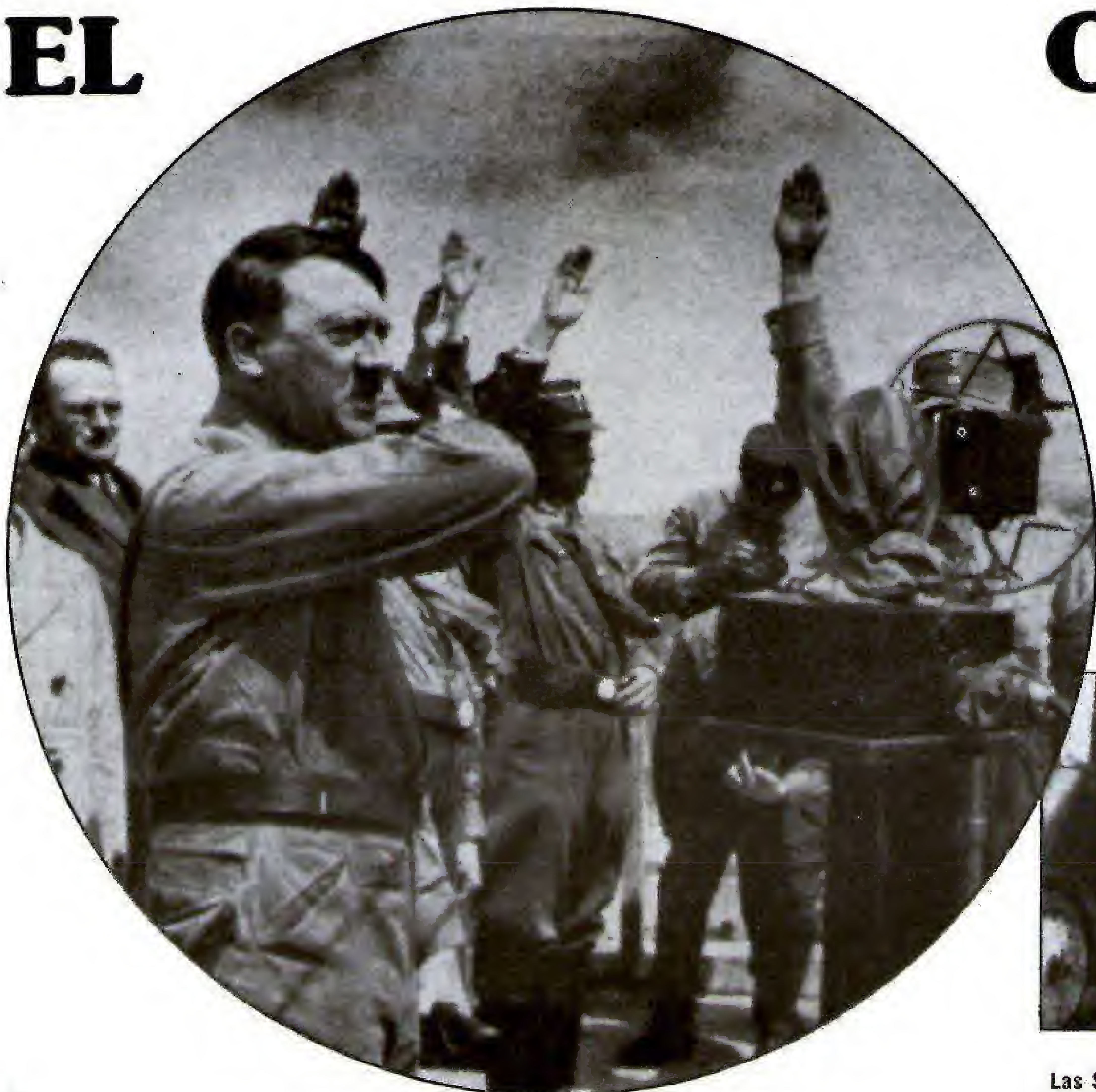
»E incluso si esta grandeza nos ocasionase la envidia y el recelo de otros, también en este caso superaríamos tales circunstancias. Porque es imposible que detrás de un soldado tan heroico haya un pueblo que no sea también heroico. El pueblo ha de ser como su jefe. Usted, mi 'Führer', ha devuelto a este pueblo la libertad y el honor, el valor y la grandeza. Mantenerlos y guardarlos es, en este momento, el compromiso de todos los alemanes».

(General Feldmariscal Göring, el 19 de marzo de 1939 en Berlín)

EL CAMARADA LEAL

La comitiva del 9 de noviembre marcha por las calles de la capital del movimiento.
Las víctimas del movimiento permanecen en el recuerdo de todos. En su memoria se ha erigido un catafalco en las calles muniquesas, por las que cruza en 1923 la histórica marcha. Al frente del cortejo desfila Julius Streicher; detrás, con la bandera, Grimminger; sigue el grupo de dirigentes, en cuyo centro aparece el «Führer» y, a su lado, Göring.

EL ORADOR



«Sus ojos son tan capaces como sus manos. Cautivan al hombre y lo retienen fuertemente, de modo que queda poseído cuando dirige su palabra a todos y a cada uno de sus oyentes. Yo mismo lo he experimentado. Y en cuanto a sus manos, son tan expresivas en cada movimiento que rivalizan con sus ojos. Un hombre así puede infundir la paz al espíritu más atormentado. Sobre todo porque aquél está consagrado al servicio de la patria».

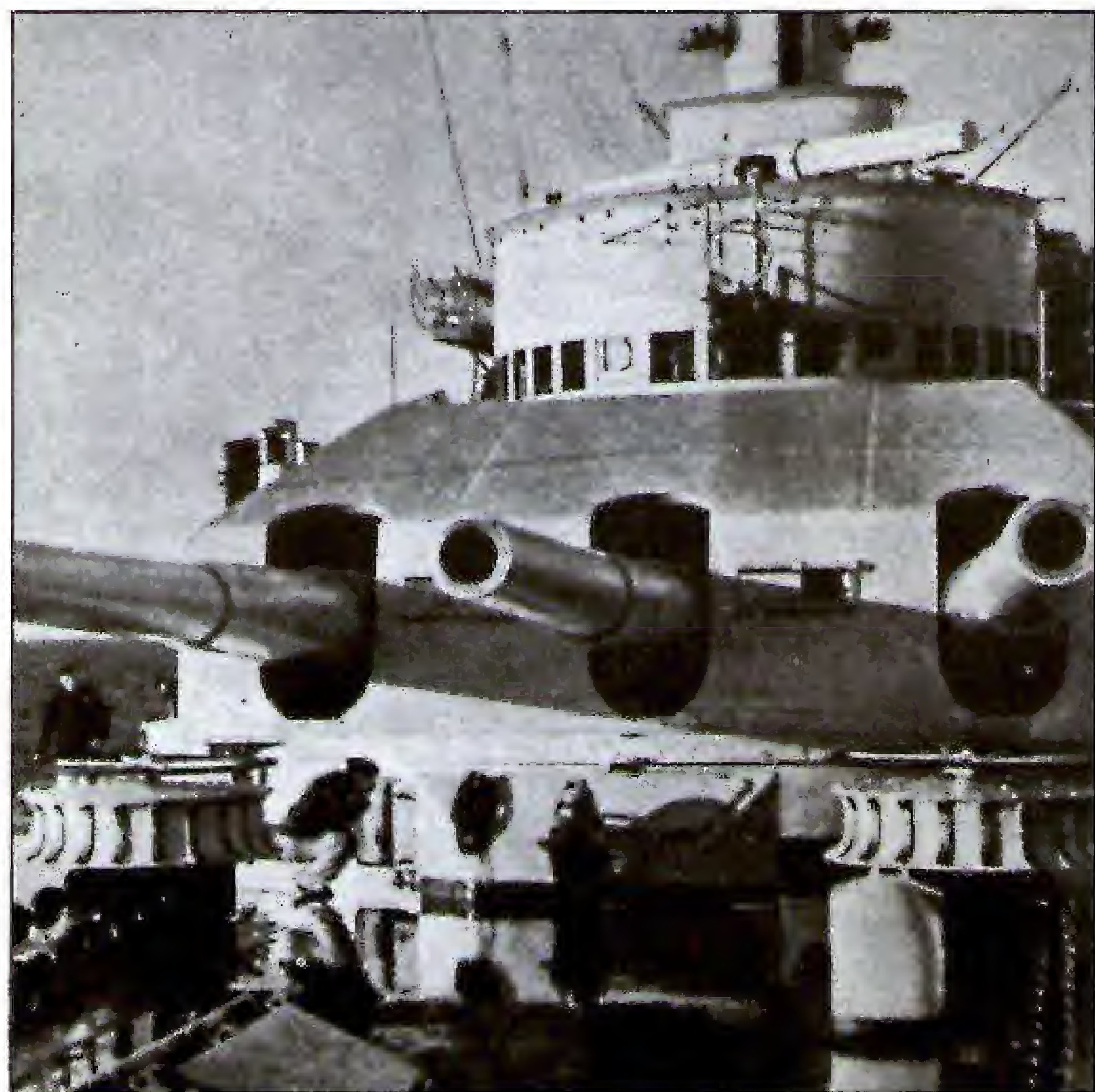
(H. St. Chamberlain en una carta a Adolf Hitler)

Junio de 1931: asamblea del partido en Chemnitz.
Adolf Hitler dirige la palabra a las masas. En la foto puede reconocerse a Hühnlein y al Dr. Goebbels.



El sistema temía a su enemigo.
Las SA de Hamburgo durante una marcha propagandística en octubre de 1926 para protestar contra la prohibición de hablar en público dictada contra Hitler.

EL SOLDADO



La torre «Hitler» a punto para las maniobras.
La torre de combate anterior del acorazado «Deutschland» durante unas maniobras en el Báltico.



Después de una visita, el «Führer» abandona el interior de un nuevo submarino.

QUERIDO Y ACLAMADO...

Los niños se encuentran entre los mejores amigos del «Führer» y siempre reciben una acogida cordial.

Jóvenes y viejos recuerdan los momentos felices en los que el «Führer» les tendió la mano e intercambió con ellos algunas palabras.

POR TODO EL PUEBLO

Por doquiera que pase se producen escenas como ésta: los cordones protectores apenas logran contener a las multitudes enfervorizadas.

Campesinas con sus hijos en una estación por la que pasa el tren especial del «Führer».

PROPORCIONO TRABAJO...

Adolf Hitler y Göring en el pabellón de la Mercedes-Benz, durante la Exposición del Automóvil de 1933.
Desde el principio el «Führer» ha mostrado un interés especial por la motorización. El fuerte impulso de su voluntad y de su capacidad planificadora en este sector ha logrado un enorme incremento en el ramo de la construcción de vehículos de motor tras la toma del poder.

AMIGO DE LOS OBREROS Y CONSTRUCTOR



«¡...venid todos a mí!»
Adolf Hitler con un trabajador que en los años del sistema se encontraba en otros campos y ahora, con motivo del congreso del partido, en 1935, acude a Nuremberg por primera vez con su brigada. La profunda emoción que refleja el rostro de este hombre dice más que las palabras. Revela que este obrero ha encontrado el camino hacia la comunidad nacionalsocialista de todo el pueblo.



El artífice de las autopistas del Reich.
Las «carreteras de Adolf Hitler» han conseguido fama universal en pocos años. Desde 1933, y por voluntad del «Führer», se amplía la red en mil kilómetros anuales. Tras la liberación de la Marca Oriental, Adolf Hitler aparece aquí dando la primera paletada de honor, el 8 de abril de 1938, con la que se inauguraban las obras del tramo Salzburgo-Viena.

...ALEGRIA Y DISTRACCIONES

El creador del auto de «Fuerza por la Alegría», en este vehículo popular que él ha regalado a la nación.

AMIGO DE LOS CAMPESINOS...

«Cada mil millones que vayan a parar a los agricultores alemanes, en lugar de abandonar el país, producirán cinco o seis mil millones más, destinados a salarios y sueldos para el bienestar del trabajador alemán.»

(«Programa de Adolf Hitler», proclama para las elecciones del 31 de julio de 1932)

«Yo creo que este Gobierno, precisamente porque centra su misión en el mantenimiento del pueblo alemán, no puede prescindir del sostén de los agricultores alemanes, y por ende no se permitirá jamás decisiones en falso. Quizá yerre aquí y allá en sus medios, pero en lo fundamental no cabe la equivocación.»

(Adolf Hitler el 5 de abril de 1933, en Berlín)



El «Führer» saluda efusivamente a una bella muchacha campesina.



También este texto para aprender a leer en las escuelas infantiles formaba parte de la propaganda: «Hitler es bueno para con los niños».

El muchacho que quiso ser arquitecto

«Niños, ¿qué sabéis del 'Führer'?», era el título de un libro que narraba la vida de Hitler con el estilo de los cuentos infantiles. Ofrecemos a continuación un extracto del capítulo séptimo.

Cuando Adolf Hitler tenía trece años, se produjo una gran desgracia en su vida. En un corto espacio de tiempo murieron su padre y su madre, y el muchacho se quedó completamente solo en el mundo. Estaba dispuesto a ganarse su propio pan. «Quiero convertirme en algo importante», se dijo a sí mismo, y se alejó de su patria chica con un hatillo lleno de ropa y una gran fe en el corazón. En primer lugar se dirigió a Viena, capital grandiosa que ejercía sobre él, con sus bellas casas antiguas, el influjo maravilloso de los cuentos de las Mil y Una Noches. Pretendía ser arquitecto. Para ello necesitaba matricularse en una escuela especial y estudiar mucho. Eso, desde luego, costaba mucho dinero. Así que se buscó un trabajo, primero como peón en la construcción: su cometido era el de transportar piedras y arrastrar vigas. En esta época se hizo fuerte y robusto como el acero. Por entonces también empezó a tratar a los pobres, porque él mismo lo era, y les ayudó con todas sus fuerzas. Al mediodía, se sentaba con ellos en un andamio, sacaba su botella de leche y su trozo de pan y procedía a consumir su frugal comida. Os sorprenderéis seguramente, queridos niños, de que pasase entonces hambre y necesidades el hombre que hoy ocupa el puesto de canciller del Reich alemán y hacia el cual miran todos los alemanes. Precisamente porque Dios había destinado a Adolf Hitler para convertirle en salvador de Alemania, permitió que viviese tan malos tiempos en su época juvenil. Así tuvo ocasión de conocer la vida como en realidad es.

Cuando Adolf Hitler regresaba por la noche a su habitación, tras su trabajo diario en la obra, se dedicaba a leer y estudiar al amparo de una luz muy tenue, hasta muy entrada la noche. Adquiría cada libro a fuerza de grandes privaciones. Era el suyo un progresar valiente. Así aprendió mucho de los libros y aún más de la vida. Y cuando, cinco años después, se trasladó a Munich, había dejado de ser un aprendiz. Había acumulado tantos conocimientos que en él se había formado ya el arquitecto. Adolf Hitler estaba convencido de que habría de llegar a arquitecto, para levantar casas bonitas e iglesias en que pudiesen cobijarse hombres, para construir hogares en que pudiesen vivir sanos, laboriosos y felices. Ya os figuraréis que me refiero a un modo especial de ser arquitecto. Estaba destinado a construir un nuevo Reich. Su misión sería crear la base de nuestro gran pueblo sobre la que construiría más y más. En los años sucesivos, Adolf Hitler crecerá y crecerá hasta llegar a ser el arquitecto que edifique un nuevo mundo. □

Los adversarios: el presidente norteamericano Roosevelt (abajo) y Adolf Hitler (derecha, durante una sesión del Reichstag).





La respuesta del "Führer" a Roosevelt

Durante años, los Estados Unidos de Norteamérica habían mantenido su aislamiento en la política mundial. A pesar de ello, el 14 de abril de 1939, poco después de la marcha de las tropas italianas sobre Albania, el presidente Roosevelt envió a Hitler y a Mussolini un mensaje provocador. Se exigía a los dos estadistas que establecieran un acuerdo de no agresión con 31 países cuyos nombres se citaban. El tratado debía tener una vigencia de 10 años. En su grandilocuente discurso del 28 de abril, Hitler respondió ante el Reichstag al presidente americano. Según W. L. Shirer, autor dotado de agudeza crítica, aquel discurso fue «quizás el más brillante que jamás haya pronunciado». Ofrecemos un breve resumen del texto.

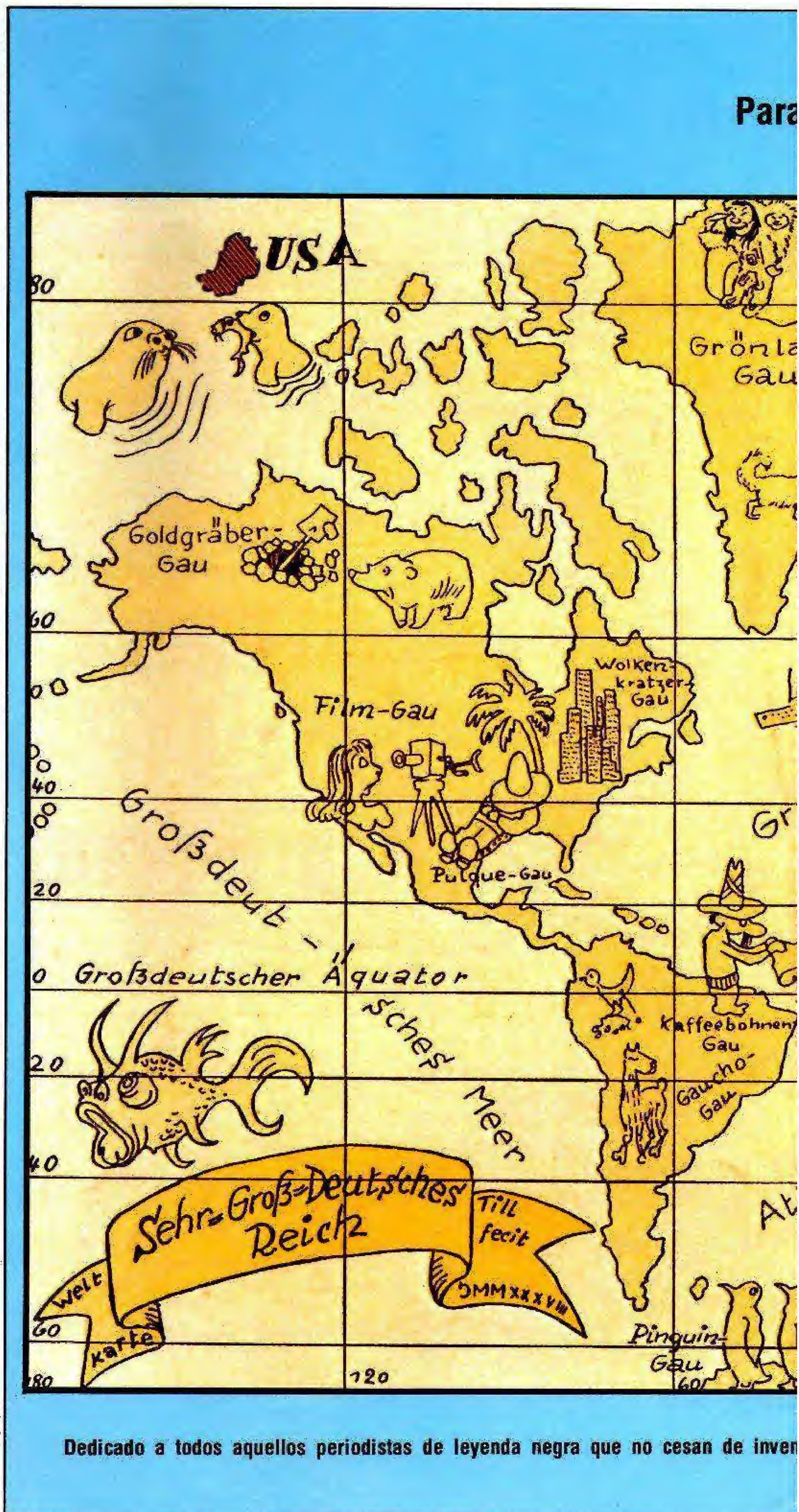
El señor Roosevelt exige, en fin, la disposición de darle seguridades de que las fuerzas armadas alemanas no ocuparán las metrópolis o las colonias de las naciones independientes que se citan, ni procederán a un ataque contra ellas. En su relación figuran Finlandia, Letonia, Lituania, Estonia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Gran Bretaña, Irlanda, Francia, Portugal, España, Suiza, Liechtenstein, Luxemburgo, Polonia, Hungría, Rumania, Yugoslavia, Rusia, Bulgaria, Turquía, Irak, Arabia, Siria, Palestina, Egipto e Irán.

Me he tomado la molestia de constatar en los Estados aludidos, primero, si se sienten amenazados, y, segundo, si ante todo esta demanda que el señor Roosevelt nos ha formulado se apoya en una sugestión particular suya o, al menos, cuenta con la adhesión de los países interesados. La respuesta fue plenamente negativa y en ocasiones hasta brusca. Con todo, no hemos podido dirigir estas preguntas a algunas de las naciones que señala el presidente americano, puesto que están ocupadas por las tropas de los Estados democráticos y con ello se les ha privado de sus derechos.

...Señor presidente Roosevelt: comprendo muy bien que la magnitud de su imperio y la inmensa riqueza de su país le permitan sentirse responsable de los destinos del mundo entero y de los distintos pueblos. Yo, por mi parte, señor presidente Roosevelt, estoy situado en un marco mucho más modesto e insignificante. Los miles de millones ahorrados por los alemanes durante largos años de paz, en oro y divisas, nos han sido arrebatados. Hemos perdido nuestras colonias. En 1933 mi país tenía 7 millones de desocupados y algunos millones sometidos a jornada reducida de trabajo. Millones de agricultores empobrecidos, una industria aniquilada, un comercio arruinado. En pocas palabras: reinaba un caos general.

Desde esta época, señor presidente Roosevelt, tan sólo he podido realizar algunos logros. No puedo constituirme, por lo tanto, en responsable del destino de un mundo precisamente porque ▷

este mundo no ha tomado parte en el desgraciado destino de mi pueblo. Me siento llamado por la única meta de servir a mi pueblo y redimirlo de una terrible penuria. He logrado superar el caos en Alemania, he conseguido restablecer el orden, elevar en todos los sectores la producción de nuestra economía nacional... He tenido éxito al reincorporar al proceso productivo a esos siete millones de desocupados a quienes todos teníamos clavados en el corazón... He conseguido no sólo unificar políticamente al pueblo alemán sino también armarlo, y me he esforzado en dejar sin efecto, página a página, aquel tratado que desarrolla en sus 448 artículos la más ruin de las violencias que jamás hayan padecido pueblos e individuos.
He devuelto al Reich las provincias que nos robaron en 1919, he reintegrado a la patria a millones de alemanes, hondamente desdichados por haber quedado separados de nosotros. He restaurado la unidad histórica milenaria del espacio vital alemán, y me he esforzado, señor presidente, en hacer todo esto sin derramamiento de sangre y sin causar a mi pueblo ni a otros pueblos el horror de una nueva guerra.
He hecho todo esto, señor presidente, con mis propias fuerzas, cuando hace 21 años tan sólo era un trabajador y un soldado desconocido de mi pueblo... Usted, señor presidente, ha encontrado su camino infinitamente más fácil. En 1933, cuando yo me convertí en canciller del Reich, usted fue nombrado presidente de la Unión americana. Con ello era usted, desde el primer momento, figura principal de uno de los estados más grandes y ricos del mundo... Por eso dispone de tiempo y ocio, precisamente por la magnitud de sus condiciones, para ocuparse de problemas universales. Mi mundo, sin embargo, señor presidente Roosevelt, es mucho más reducido. Tan sólo comprende mi pueblo. En consecuencia mi fe está puesta en que podremos aprovechar mejor lo que llevamos en el corazón: la justicia, el bienestar, el progreso y la paz de toda la comunidad humana. □



Las grandes potencias del mundo aparecen ubicadas en pequeñas islas del Ártico o del Atlántico Norte, mientras la bandera de la cruz gamada ondea en todos los continentes. De este modo respondía irónicamente el dibujante del nacionalsocialista «Brennessel» (noviembre de 1938) al temor del extranjero ante una expansión alemana. Con todo, ese temor no andaba tan descaminado como imaginaba el caricaturista. «Rotspon-Gau» (Francia) o «Wodka-Gau» (Unión Soviética) conocerían algunos años después, y muy de cerca, las consecuencias de la expansión alemana.

la cocinilla de las mentiras



ar infundios sobre las pretensiones expansionistas alemanas. Este mapa pretende estimular aún más su fantasía creadora.

"LOS IMPERIALISTAS ANGLO-FRAN

Wolfgand Leonhard, que relató hace algunos años su deserción del stalinismo en el libro autocrítico «La revolución abandona a sus hijos», es hoy profesor universitario y da clases de Historia y Ciencias Políticas. Muy interesado desde los

Klicker: Wolfgang Leonhard, usted contaba 18 años, vivía en Moscú y era hijo de un antifascista alemán, cuando los gobiernos del Reich y de la Unión Soviética establecieron un pacto de no agresión. ¿Qué reacción experimentó al enterarse del acontecimiento?

Leonhard: Recibí la noticia en un lugar insólito. Me encontraba con unos diez alemanes y austriacos, todos ellos hijos de emigrados antifascistas. Estábamos en Jejsk, donde pasaríamos los meses de julio y agosto de 1939 como invitados de la escuela de vuelo de la Marina de guerra soviética. Jejsk es una ciudad militar junto al mar de Azov. Estábamos de vacaciones, pero debíamos aprovechar también la temporada para entrar en contacto, como los habitantes de la URSS, con el stalinismo a través del «Curso Breve de historia de la Unión Soviética».

Entre enero y mayo de 1939 algunos hablábamos de posibilidades de aproximación entre la Unión Soviética y la Alemania de Hitler. Sin embargo en mayo enviaron a Moscú delegaciones militares los aliados occidentales y esto nos hizo olvidar los debates sobre la aproximación entre Moscú y Berlín.

Cuando el 23 de agosto de 1939 se llegó hasta Jejsk nuestro instructor político y la misma noche se nos reunió para comunicarnos una noticia importante, pensamos inmediatamente que se trataba de informarnos sobre el supuesto acuerdo de alianza entre soviéticos y occidentales. Sin embargo nos comunicó que en el mismo día se había establecido un pacto de no agresión entre la Alemania de Hitler y la Unión Soviética. La noticia no nos sorprendió sólo a nosotros, alemanes y austriacos, sino también a altos oficiales soviéticos.

Klicker: ¿Cuál fue la reacción en la Unión Soviética a propósito de la ocupación alemana de los Sudetes y del resto de Checoslovaquia?

Leonhard: Con ocasión tanto en los acuerdos de Munich como del desmembramiento total de Checoslovaquia la prensa soviética en pleno pidió apoyo al Gobierno de Praga y se manifestó en favor de la colaboración con las potencias occidentales.

Klicker: ¿Le parece que volvamos a la noche del 23 de agosto?

Leonhard: De acuerdo. Nuestro instructor político nos leyó el texto completo. Contra el establecimiento de un pacto de no agresión no teníamos entonces nada que objetar. Pero cuando se nos leyeron dos artículos del tratado nos quedamos blancos como la pared. Exactamente se trataba de las siguientes frases: «Los Gobiernos de las dos partes contratantes se comprometen a celebrar consultas con el fin de informarse mutuamente sobre las cuestiones de interés común. Ninguna de las partes contratantes



Wolfgang Leonhard, nacido en 1921, se trasladó en 1935 a la Unión Soviética en compañía de su madre y permaneció en el país hasta 1945. Tras terminar su periodo escolar en 1940, estudió en la Facultad moscovita de Lenguas Extranjeras y, posteriormente, en el Instituto de Pedagogía de Karaganda. En 1942 amplió su formación en la Escuela del Komintern. A partir de 1943 formó parte del comité nacional «Alemania Libre», de Moscú. En 1945 regresó a su patria con el llamado «grupo Ulbricht». Convertido al anti-stalinismo, huyó a Yugoslavia en marzo de 1949 y, desde 1950, vive en la República Federal, donde ejerce como comentarista de problemas de la Unión Soviética y comunismo internacional. Desde principios de 1966 es profesor en la Universidad de Yale (EE UU), en el departamento de Historia. Su residencia es, sin embargo, Manderscheid, en el Eifel alemán.

Publicaciones: «La revolución abandona a sus hijos» (1955), «El Kremlin sin Stalin» (1959), «Las doctrinas políticas de la ideología soviética» (1962), una biografía de Jrushchov (1965), «La triple división del marxismo: origen y desarrollo del comunismo soviético, del maoismo y del comunismo reformista» (1970).

se asociará a cualquier organización cuyos objetivos se orienten, mediata o inmediatamente, contra la otra parte».

Al oír esto, uno de nosotros gritó: «Esto no es sólo un pacto de no agresión, sino mucho más». En realidad aquello suponía una alteración completa de la política soviética. Uno de los más jóvenes de los reunidos añadió: «¡Qué lástima, ahora tendremos que dejar de ver *El dictador*, de Chaplin!» Efectivamente, el film había sido ya anunciado y nuestro compañero había entendido perfectamente que la nueva orientación política llevaría consigo un efecto inmediato en cuanto a la ideología y la política interior. Al día siguiente informaban nuestros periódicos que Ribbentrop había llegado a Moscú, que el aeropuerto aparecía adornado con banderas gamadas y soviéticas, que una banda había interpretado la Internacional y el himno de Horst-Wessel.

Inmediatamente fuimos devueltos a Moscú. Como hijos de antifascistas exiliados, vivíamos en un lujoso hogar especial. Allí supimos, a nuestro regreso, que nuestra residencia había sido clausurada.

La nueva orientación en política interior transcurrió por los siguientes derroteros: primero, en la noche del 23 al 24 de agosto deberían desaparecer de todas las bibliotecas de la URSS aquellos libros en los que se atacase al fascismo y a la Alemania de Hitler. Luego, habían de ser retiradas las películas orientadas en el mismo sentido y la propaganda arrancada de las paredes. En Moscú y Leningrado se proyectaban por aquel entonces dos películas antifascistas: «El profesor Mamlock», sobre la obra de Friedrich Wolf, y «Los hermanos Oppenheim», sobre el libro del mismo título de Lion Feuchtwanger. La operación general se desarrolló tan a fondo que en el teatro de Moscú se retiró de cartel la pieza «Los marineros de Cattaro», porque el director de la sala estimó que, en cualquier caso, la prudencia siempre sería poca.

Klicker: Exactamente una semana después las tropas alemanas entraban en Polonia. ¿Qué hizo usted, qué pensó y sintió entonces, al tener noticia del comienzo de las hostilidades cuando todavía no se pensaba que sería la segunda Guerra Mundial?

Leonhard: Mis amigos y yo, como le he dicho, nos encontrábamos de nuevo en Moscú. Naturalmente nos manteníamos pegados al receptor de radio. Tanto el ataque de Hitler a Polonia como la declaración de guerra de Inglaterra y Francia al Reich alemán recibieron un trato secundario en la valoración informativa de la radiodifusión soviética. Como de costumbre, las emisiones de noticias comenzaron con informaciones sobre la industria del cemento, producción azucarera de las unidades colectivas... Al final de los boletines se dijo que las tropas alemanas se internaban en Polonia y, el 2 de septiembre, que Inglaterra y

ENTREVISTA

ICESES" CULPABLES DE LA GUERRA

18 años por la actividad pública, vivió atentamente el estallido de la segunda Guerra Mundial. Jochen R. Klicker le pregunta por sus impresiones y actitudes con ocasión de los primeros sucesos bélicos que tuvieron lugar en septiembre de 1939.

LA UNION SOVIETICA AMISTOSAMENTE NEUTRAL





Tras la firma del pacto germano-soviético, el comunismo internacional se vio en el difícil trance de asimilar ideológicamente este hecho. En la caricatura superior aparece el secretario general del PC francés, Jacques Duclos, «Im Dilemma». Abajo, Stalin, al que sentaba mejor el uniforme nazi que el traje de calle de Chamberlain.

Francia habían declarado la guerra a Alemania.

Klicker: Para usted, joven alemán, y para los comunistas austríacos, e incluso para los jóvenes soviéticos, la conocida animosidad de Hitler contra el comunismo soviético ¿había desaparecido o, tan sólo se disimulaba?

Leonhard: Desde luego, entre los inmigrados alemanes y austríacos había algunos escépticos que temían siempre la proximidad de la gran confrontación. Pero entre mis amigos, miembros de la Organización juvenil del Estado, Komsomol, y entre los estudiantes, dominaba la impresión de que aquella guerra, con Hitler y Mussolini, por un lado, y los aliados occidentales, por el otro, sólo podía beneficiar a la Unión Soviética. Para nosotros era perfectamente claro que los países capitalistas quedarían aún más debilitados después de aquella guerra.

Klicker: El 17 de septiembre de 1939 penetraron los soldados del Ejército rojo en la Polonia oriental, al amparo de lo establecido en el protocolo secreto del tratado germano-soviético de no agresión. ¿Cayó usted en la cuenta entonces de que, efectivamente, una parte de la desmembrada Polonia se había convertido en territorio de la Unión Soviética?

Leonhard: Desde luego no teníamos ni idea de los compromisos secretos. Personalmente yo leí el texto del acuerdo sólo después de llevar ya varios años en Occidente. Para la terminología soviética al uso, la marcha del Ejército rojo sobre Polonia significaba una cierta alteración de la neutralidad. En primer lugar, llama la atención que se criticase duramente a Polonia y hasta se la despreciase. A partir de entonces se produjo una estrecha cooperación con la Alemania de Hitler. Nosotros nos dimos cuenta de esto inmediatamente después de la marcha sobre la Polonia oriental. Mis amigos y yo nos quedamos de una pieza cuando supimos los motivos aducidos: no se aludía a la intención de establecer el orden socialista en una parte de Polonia o a la pretensión de liberar a los trabajadores polacos del yugo capitalista, sino que el fin proclamado oficialmente era proteger la vida y propiedades de los ucranianos y rusos blancos. Por primera vez aparecía en la prensa soviética el término «racial». Con ello quedó para nosotros perfectamente claro que se había producido una cierta aproximación entre la Unión Soviética y el Reich alemán. Aquello quedó más de manifiesto con el telegrama de Stalin a Hitler. En él le felicitaba por haber salido ileso del atentado de Munich y le deseaba que pudiese continuar adelante con su obra.

Klicker: Ya con ocasión de la firma del Pacto de No Agresión ambas partes se intercambiaban declaraciones de buena voluntad muy explícitas, indicando que seguiría un tratado económico entre los dos Estados. La guerra con Polonia y el conflicto ruso-finlandés demoraron las conversaciones. En febrero de 1940, sin embargo, el acuerdo comercial estaba ya a punto. ¿Cómo vio usted entonces aquel tratado?

Leonhard: El acuerdo comercial entre la Unión Soviética y la Alemania de Hitler, el 12 de febrero de 1940, jugó para nosotros un importante papel. El despliegue que provocó en la prensa soviética fue indescriptible. Andando el tiempo notamos con toda claridad que la URSS había abandonado resueltamente su posición neutral. Si durante la neutralidad se había logrado la adhesión de todos los ciudadanos soviéticos, ahora cundía una sensación de incertidumbre y se cargaban las culpas de la guerra sobre las espaldas de los imperialistas anglo-franceses.



Por entonces dijo «Pravda» que tales imperialistas habían empujado al mundo con sus planes a una nueva confrontación. Para escapar de aquel callejón sin salida, los Gobiernos de París y Londres se habían lanzado a nuevas aventuras con objeto de convertir aquella guerra imperialista en una nueva conflagración mundial. Este razonamiento jugó, por lo demás, un papel decisivo en el ataque de Hitler contra Dinamarca y Noruega. El 9 de abril de 1940 la prensa soviética informó con detalle sobre estas operaciones y las justificó. Literalmente se decía: «Las medidas de Alemania fueron necesarias».

Klicker: ¿Recuerda usted aún otro ejemplo?

Leonhard: Sí, desde luego. Para entender lo que voy a referir debe saber usted antes de nada que en la Unión Soviética habíamos aprendido a distinguir entre guerras

«justas» e «injustas». En las clases de la universidad no se permitían consultas escolares orales durante los tiempos de Stalin. Sin embargo podíamos formular por escrito preguntas, que al final eran respondidas. Tras una lección de marxismo-leninismo un estudiante escribió la pregunta de cómo podía explicarse la guerra de Alemania contra Dinamarca y Noruega, y si aquella guerra era justa o injusta.
Aquello terminó en un altercado, porque el estudiante había puesto al profesor en un verdadero aprieto. Se produjo un silencio tenso en el aula, al comprobar todos que el profesor no sabía cómo responder. Los episodios de la guerra adquirían un tratamiento político; pero desde una perspectiva ideológica no habían recibido aún su valoración. El catedrático trató de zafarse del asunto y comentó que las cosas no podían tratarse esquemáticamente, sino situándolas en su contexto y en la corriente del devenir. Calificar aquella guerra de «justa» o «injusta» era poco científico y hasta falso. En consecuencia, él, un científico, no podía descender a solucionar cuestiones falsas y ajenas a la ciencia.
A principios de abril de 1940 la población soviética empezó a diferenciar posiciones frente a la guerra. Comenzaron a escucharse comentarios favorables a Hitler, en especial entre la gente más sencilla.

Klicker: ¿Correspondía esta simpatía a la embestida de Hitler contra Dinamarca y Noruega? En todo caso ya estaba en marcha la guerra ruso-finlandesa, en la que Alemania no ocultó sus simpatías inequívocas hacia el país nórdico.

Leonhard: La guerra ruso-finlandesa, que duró desde el 29 de noviembre de 1939 hasta el 12 de marzo de 1940, fue, para quienes vivían en la Unión Soviética, el acontecimiento decisivo que eclipsó cuanto ocurría en la «Europa Occidental», como decíamos entonces. Al estallar las hostilidades se puso de manifiesto que gentes, incluso fieles al partido, guiñaban el ojo, en señal de complicidad incrédula, al comentar la afirmación del Gobierno de que Finlandia había atacado a la Unión Soviética. Se sabía que era al revés. Por lo demás, todos contaban de antemano con una guerra relámpago y una victoria en pocos días. En pro de esta teoría hablaba también el hecho de que, inmediatamente después de que los rusos conquistasen el primer lugar finés se proclamó un gobierno popular, presidido por Otto Kuusinen, fundador del partido comunista de su país. El hecho lo reprodujeron todos los periódicos en sus primeras páginas hasta el punto de que todos estábamos convencidos de que aquel gabinete tomaría el poder sobre el país entero y, en consecuencia, la guerra terminaría en pocas fechas.
Estas circunstancias parecían corroboradas, asimismo, por el hecho de que ya no se hablaba de guerra y el Ejército rojo no realizaba, al menos oficialmente, operación alguna. Todos los partes estaban fechados por el departamento militar de Leningrado, con lo que se daba la impresión de que únicamente las tropas de esta circunscripción se mantenían ocupadas en Finlandia. Sin embargo, muy pronto podríamos constatar que el país en pleno se mantenía alzado contra los rusos. Pocos días después de que comenzara la guerra se interrumpió el suministro, ante las tiendas se formaron largas colas, y muchos hombres fueron llamados a filas. Nos quedamos sorprendidos al comprobar que la guerra contra un país tan pequeño pudiese prolongarse por tanto tiempo.
Bien, y ahora me concretaré a su pregunta sobre las simpatías alemanas. Durante la guerra ruso-finlandesa apareció una breve noticia en la prensa con el título: «¿Ayuda alemana para Finlandia?» En ella se citaban fuentes extranjeras que afirmaban que el Reich alemán asistiría a Finlandia en su guerra contra los soviéticos. Aquella información despertó un sentimiento de inseguridad en muchos, sobre todo entre la gente sencilla. Por supuesto que tales afirmaciones fueron desmentidas en un artículo categórico.
El 12 de marzo de 1940 se produjo una enorme perplejidad, y al tiempo aumentaron considerablemente las dificultades, al firmarse el armisticio y el consiguiente restablecimiento de la paz con Finlandia. Todos los ciudadanos soviéticos habían abrigado hasta entonces la confianza de que el gobierno popular finlandés, presidido por Otto Kuusinen, se habría alzado ya con el poder y que el antiguo gabinete de Mannerheim habría desaparecido de Helsinki. De repente la Unión Soviética cambiaba su actitud respecto de este Gobierno. Inmediatamente se organizaron reuniones movidas para explicarnos el porqué de aquel giro. En mi círculo hubo alguien que se levantó y preguntó: «Camarada propagandista, ¿qué va a ocurrir ahora con el gobierno popular finlandés?» El propagandista abrió los ojos cómicamente y respondió turbado: «Sobre esto no se nos ha dicho ni palabra en la conferencia de agitadores».
Nos resignamos a esperar y unos días después supimos que el gobierno popular había decidido disolverse.

Klicker: Avancemos un par de meses más. Las operaciones de verano contra Francia se desarrollaron, para sorpresa incluso de Hitler, con la celeridad de una guerra relámpago. ¿Vio usted entonces aquella escalada como una «guerra imperialista»? ¿Cómo reaccionaron los soviéticos ante este hecho que afectaba a Francia, con quien, desde hacía tiempo, estaban sus simpatías?

Leonhard: El ataque de la Alemania de Hitler, el 10 de mayo de 1940, a Bélgica, Holanda y Francia se conoció con todos sus pormenores. Que Hitler fuese el agresor no era obstáculo alguno para echar mano del calificativo «guerra imperialista». En contra de lo que se piensa en Occidente, para quien se ha educado en la Unión Soviética no es óbice, a estos efectos, el que haya sido uno u otro quien haya roto las hostilidades. Lo que cuenta es cuál es la clase dominante que opera detrás de las fuerzas militares y la política que persigue con la intervención.



La población de Moscú estaba vivamente interesada por los acontecimientos de la guerra. El apasionamiento podía verse en las enormes colas que se formaban ante los quioscos de periódicos. Los lectores se quitaban entonces de las manos el «Wetschovka», vespertino de Moscú, cuando lo habitual era leer el diario de la mañana y esperar hasta el día siguiente.
Precisamente en aquellas colas que se formaban ante los vendedores oí alguna vez: «Vaya con Hitler: ahora sí que les va a dar una buena lección a los franceses».
La admiración fue ya casi incontenible a raíz de la caída de París, el 14 de junio de 1940. La prensa soviética del 15 informaba ampliamente sobre la presencia de los alemanes en la capital francesa. Yo me había comprado mis diarios y atravesaba Moscú en tranvía. La mayor parte de los viajeros se mantenía en silencio, pero dos de ellos me preguntaron: «¿Qué hay de nuevo en los periódicos, muchacho?» Yo les respondí: «Los alemanes han conquistado París». «Vaya, eso sí que es fabuloso. Vamos a tomarnos un vaso para celebrarlo. Eso sí que es bueno, ¡la que les va a dar Hitler a los franceses!»
Después noté cómo un muchacho, de apariencia judía, preguntaba quedamente: «¿Que ha caído París?» Luego prorrumpió en sollozos y se reunió con sus padres.

Klicker: Wolfgang Leonhard, para terminar, una pregunta muy personal. ¿Cómo juzgaba usted todos estos acontecimientos? ¿Cómo contemplaba usted entonces su futuro personal a la luz de ellos?

Leonhard: En cuanto se produjo aquella «guerra imperialista» en Europa Occidental, mis amigos y yo nos pusimos inmediatamente de parte de Francia e Inglaterra. Por supuesto que tenía en cuenta la tesis de la «guerra imperialista», pero mis simpatías estaban indiscutiblemente con aquellos países, a pesar de que los triunfos de Hitler me impresionaban. Por otro lado, he de añadir que, tal y como es usual en la Unión Soviética, procuraba separar las cuestiones de actualidad de las cuestiones fundamentales. El conjunto de la guerra era para mí un dato de actualidad; por lo tanto me importaba menos que los interrogantes básicos. En mi cabeza bullían muchas preguntas críticas sin respuesta, pero esto no era obstáculo para aceptar el principio de que la Unión Soviética encarnaba un orden social superior. Valoraba las dificultades del momento, pero estaba convencido de que, tarde o temprano, el país las superaría.

Klicker: ¿Y no pensaba en su regreso a Alemania?

Leonhard: Por supuesto que entonces no pensaba en ello. Todo aquello había quedado muy lejos, la vuelta empezó a parecerme atractiva sólo a partir de la caída del fascismo. La pregunta de cuándo y cómo caería como condición para mi regreso, empezó a darme vueltas, al igual que a otros amigos, sólo a partir de 1944.



¿Guerra contra Polonia o segunda Guerra Mundial?

Entre el viernes y el domingo, días 1 y 3 de septiembre de 1939, en que se decidió si del ataque a Polonia surgiría o no la segunda Guerra Mundial, cada uno de los actores esperaba del otro algo totalmente distinto de lo que éste hizo. El «*Führer* y Canciller del Reich» deseaba realizar una acción aislada contra Polonia, después que ésta había rechazado como inaceptables todas las proposiciones para un arreglo sobre la suerte de Danzig y del «corredor» entre el Reich y la Prusia Oriental. Su «triunfo» (según el propio Hitler) lo constituía el pacto germano-soviético de no agresión, firmado el 23 de agosto de 1939 en Moscú, y que incluía un protocolo secreto para el caso de que se produjeran modificaciones político-territoriales dentro del Estado polaco. El protocolo marcaba la frontera entre las zonas respectivas, lo que equivalía a una división de Polonia, apenas 20 años después de su independencia. Para el caso de un ataque alemán contra Polonia, Francia e Inglaterra habían firmado garantías de asistencia militar. El *Führer* estaba plenamente convencido de que ninguno de los hombres de Estado de Londres y París, Chamberlain y Daladier (para Hitler, «tipos insignificantes») se sentirían con fuerzas para cumplir las obligaciones contraídas.

Por su parte, Polonia confiaba en el pacto de no agresión firmado con la Unión Soviética en 1932 y esperaba que, en el momento en que sonara el primer disparo alemán en la frontera polaca, las potencias occidentales responderían de inmediato. El Ejército polaco, cuya autoestimación era excesiva, estaba seguro de que todo repercutiría contra Berlín. El 31 de agosto Hitler concedió todavía a Polonia una cierta capacidad de negociación, desde luego calculadamente estrecha. Si Polonia enviaba a Hitler un plenipotenciario, la cosa equivaldría a una capitulación. ¿Se podía permitir eso tras la campaña llevada a cabo durante los últimos seis meses por los alemanes, repleta de provocaciones y fanfarronería sobre la guerra y la victoria? En su primer discurso después de iniciadas las hostilidades, Hitler afirmó en el Reichstag, el 1 de septiembre de 1939, que no tenía ningún interés ni reivindicación alguna en el Oeste. El millón de hombres que integraban el Ejército occidental alemán tenía orden de abandonar a la iniciativa británica o francesa cualquier signo de enemistad o desafío. Mussolini, que se había zafado del compromiso de colaborar en la guerra contra Polonia, porque Italia no estaba preparada para un conflicto armado, trató de organizar, el 5 de septiembre, una conferencia sobre Polonia. Inglaterra puso como condición previa que las tropas alemanas debían suspender el fuego y volver a sus puntos de origen. En este sentido, el embajador británico en Berlín presentó a Hitler un ultimátum el domingo 3 de septiembre, a las nueve de la mañana, concediéndole un plazo de dos horas, transcurridas las cuales, de no mediar respuesta, Inglaterra se encontraría en guerra con Alemania. Hitler se quedó mudo de sorpresa. ¿Qué había hecho? Gran Bretaña era el aliado ideal, no en último término, contra el bolchevismo en el Este. De repente se encontraba con que su aliado era Stalin y su enemigo Inglaterra. «¿Y ahora qué?», preguntó a su ministro de AA. EE., Ribbentrop.

El mismo día, Francia siguió el ejemplo inglés. Por esta causa había que contar con una contraofensiva francesa de ayuda a Polonia dentro de las dos semanas siguientes. Dos millones de soldados galos se encontraban en la frontera occidental, equipados con artillería pesada, carros blindados y aviación. Pero no sucedió nada, salvo alguna escaramuza, algún disparo entre los centinelas, algún duelo de artillería, algún incidente muy localizado. La aviación inglesa efectuó un solo ataque aéreo contra Wilhelmshaven y Cuxhaven y contra algunas unidades de la marina de guerra, fondeadas en la bahía del Jade y la desembocadura del Elba, experimentando grandes pérdidas y causando daños mínimos.

El almirantazgo alemán temió otro encuentro con Inglaterra. En prevención, envió a los acorazados *Deutschland* y *Graf Spee*, así como a 18 submarinos disponibles, a patrullar en aguas británicas. Durante la tercera noche de la guerra, el *U-30* hundió el buque de pasajeros *Athenia* (13.581 t), que navegaba con luz amortiguada. El comandante creyó que se trataba de un transporte militar. Tales actos estaban rigurosamente prohibidos: la guerra contra los mercantes exigía el apresamiento: en el caso de Francia no se realizó en absoluto, por orden expresa del *Führer* Los barcos debían ser detenidos y registrados antes de hundirlos. La gran batalla submarina contra Inglaterra, cerrándole el camino hacia el Atlántico, tal y como la deseaba el comandante de los *U-Boot*, Dönitz, resultó imposible durante mucho tiempo. Únicamente a finales de septiembre se levantaron todos los impedimentos respecto a Inglaterra.

En Alemania, la guerra puede decirse que había empezado el 27 de agosto de 1939 con el decreto sobre el racionamiento y la implantación de cupones para los productos alimenticios. Al comenzar las hostilidades se dio la orden de evitar el reflejo exterior de las luces de las viviendas y de apagar el alumbrado público. Medida reforzada con penas graves para los contraventores y para los delincuentes al amparo de la oscuridad. Hitler utilizó la guerra para la realización de otros objetivos muy distintos. A mediados de octubre, el *Führer* impartió la orden, fechada con efecto retroactivo en 1 de septiembre, día del comienzo de la guerra, sobre la práctica de la eutanasia con los enfermos incurables. Los enfermos mentales o los niños impedidos eran consumidores improductivos. La barbarie se adueñó de la vida oficial. El mismo mes el jefe de las SS, Himmler, logró que sus fuerzas –la guardia negra del *Führer*– poseyeran sus propios tribunales de justicia. En Polonia, el generalato y los tribunales militares se habían pronunciado contra miembros de las SS que habían asesinado a judíos polacos. Según Hitler y Himmler tal hecho –la condena– no debía repetirse. En sus discursos del 19 de septiembre y del 6 de octubre, pronunciados en Danzig y Berlín, Hitler se esforzó en dejar claro ante Inglaterra que no tenía ningún interés en proseguir la guerra. Según un diplomático italiano, Hitler amenazó a la paz con trabajos forzados. En su intervención no ahorró, por otra parte, ataques contra los ingleses. Los pequeños países vecinos, Bélgica, Dinamarca, Luxemburgo, Holanda y Suiza recibieron de Hitler la garantía de que respetaría su neutralidad. Pero ni Londres ni París se dieron por enterados. Habían ocurrido demasiadas cosas, desde la creación de los campos de concentración hasta las reivindicaciones territoriales, pasando por la persecución contra los judíos, para que nadie se arriesgara a una paz con Hitler.

Se anunciaban nuevas constelaciones. Turquía, que en septiembre había recibido de Alemania grandes envíos de material de guerra, busca –ante la formación del eje Berlín-Moscú– una alianza con Inglaterra y Francia. El 5 de septiembre de 1939 los EE UU de Norteamérica proclaman su neutralidad. El presidente Roosevelt pide a los beligerantes que ahorren a la población civil los horrores de los bombardeos. Hitler se muestra de acuerdo. En noviembre, sin embargo, los norteamericanos imprimen un giro a su neutralidad: Gran Bretaña recibe dinero y armamento.

La guerra prosigue de forma borrosa. En septiembre, Inglaterra y Francia tienen la posibilidad de derrotar a los Ejércitos occidentales alemanes, pero dejan pasar la oportunidad y con ello sacrifican a Polonia. Gamelin, el general francés, es un estratega prudente: confía en que Hitler se romperá la cabeza contra la Línea Maginot. Para Gamelin el jefe de operaciones ideal es aquel que sabe esperar.

Walter Görlitz



La guerra antes de la Guerra

LO QUE NO SABIAN USTEDES...



Aquí están todos, tan tranquilos, reunidos para la foto de recuerdo, el teniente Dr. Hans-Albrecht Herzner y su «guerrilla» —Kampforganisation (KO)— Jablunka. La KO debía ocupar en el paso de Jablunka un túnel de gran valor estratégico antes de que lo volaran los polacos.



Los libros de historia señalan el 1 de septiembre de 1939 como el día en que comenzó la segunda Guerra Mundial. Pero el dato es falso. Realmente la guerra se inició al amanecer del 26 de agosto de 1939 en la estación de Mosty, situada en el punto fronterizo de tres países: Alemania, Polonia y Checoslovaquia.

El teniente coronel Lahousen se sentía satisfecho. Como jefe del departamento II del Servicio de información *(Abwehrab-teilung II)* y responsable de la organización de sabotajes, había conseguido introducir tantos agentes en Polonia que estaba en condiciones de acumular un éxito tras otro. Desde mediados de agosto de 1939 sus agentes operaban por doquier, según un plan concebido por él mismo, preparando la guerra mediante una serie de sabotajes.

El 24 de agosto de 1939, a las seis de la tarde, el teniente de la reserva Dr. Hans-Albrecht Herzner se sentaba al volante de su automóvil en Breslau y emprendía el camino hacia Eslovaquia. Iba de paisano; daba la impresión de un honorable hombre de negocios. Hacia media noche se encontraba en la frontera. Los guardias eslovacos se mostraron cordiales y correctos.

–Pasaporte, por favor.

El hombre de negocios se identifica, con un pasaporte del Reich alemán, como el comerciante Heinrich Herzog, de Breslau.

–¿Cuál es su punto de destino en Eslovaquia, señor Herzog?

–Debo estar dentro de unas horas en Pressburg para una importante entrevista de negocios.

–¡Gracias! ¡Buen viaje a Bratislava!

El guardia saluda. La barrera se eleva. El auto de Herzner se pone en marcha. Pero poco después, en lugar de seguir el camino hacia Bratislava, el auto tuerce a la izquierda y se interna en los montes de las inmediaciones de Čadca, cerca de la frontera. Allí el teniente Herzner, alias Herzog, se presenta en la División 7, porque ha sido nombrado jefe del grupo Jablunka.

Inmediatamente se le puso al corriente de su misión: a la 1,45 de esa misma noche el teniente Herzner y una tropa de 24 hombres reunidos ya en Čadca deben encontrarse en la estación de Mosty con cinco grupos de agentes que se han ido concentrando en los pueblos polacos inmediatos. A las dos, la estación debe ser tomada al asalto.

En el diario del departamento II del Servicio de Información se encuentra la siguiente nota, correspondiente al día 26 de agosto de 1939, y cuyo texto le había repetido varias veces al teniente Herzner el capitán Dingler: «Visto desde fuera, no debe dar en ningún caso la impresión de que se trata de un ataque preparado de antemano». Cómo se desarrolló en realidad la operación se desprende de las propias notas del teniente:

«**Misión:** Con las K.O. (guerrillas) Jablunka y Sillein ocupar la estación de Mosty. Poner fuera de funcionamiento los aparatos que deben provocar la

Ehefrau

Lichtbild

Unterschrift des Paßinhabers

Dr. Heinrich Herzog

und seiner Ehefrau

Es wird hiermit bescheinigt, daß der Inhaber die durch das obenstehende Lichtbild dargestellte Person ist und die darunter befindliche Unterschrift eigenhändig vollzogen hat.

Berlin, den 11. Mai 1939

2

PERSONENBESCHREIBUNG

		Ehefrau
Beruf	Dr. Archivrat	
Geburtsort	Breslau	
Geburtstag	6. Februar 1907	
Wohnort	Breslau	
Gestalt	mittel	
Gesicht	oval	
Farbe der Augen	blau	
Farbe des Haares	blond	
Besond. Kennzeichen	keine	

KINDER

Name	Alter	Geschlecht

3

El teniente Herzner emprendió su viaje al extranjero con pasaporte falso (arriba). Con exquisita corrección declaró como «viaje de servicio» el ataque a la estación de Mosty.

Im Namen des Führers und Obersten Befehlshabers der Wehrmacht

verleihe ich

dem

Leutnant d.R. Hans-Albrecht Herzner

das

Eiserne Kreuz 2. Klasse.

Berlin, den 29. Oktober 1939

(Dienstsiegel)

Generaloberst und Chef des Oberkommandos der Wehrmacht

(Dienstgrad und Dienststellung)

explosión del túnel bajo el paso de Jablunka. Ocupar el túnel y extraer los explosivos.

Realización: Como a las 0,30 horas aún no habían llegado ni los 100 militantes de la 'Guardia de Halinka', ni los otros 40 agentes, crucé la frontera polaca por el Dejuwka, al oeste de la cota 627, con los 24 hombres de la K.O. Jablunka.

Debido a que los guías, supuestos conocedores de la zona, se equivocaron varias veces, y a que un grupo se perdió en la oscuridad, no logré alcanzar el punto deseado, en unión del cabo Jung y de 12 hombres, hasta las tres menos cuarto de la mañana; en ese momento, nos encontrábamos al oeste de la estación de Mosty.

En un reconocimiento previo nos dimos cuenta que tanto las trincheras como los nidos de ametralladoras estaban desguarnecidos; por el contrario, la salida norte del túnel tenía puestos de guardia. Poco después de las dos se había producido un encuentro entre la guardia y el grupo de hombres perdido en la oscuridad; los polacos tuvieron una baja.

Con las primeras luces del día tomé la decisión de no esperar a la tropa que, siguiendo la línea de ferrocarril Jablunka-Čadca, debía reunirse con nostros y seguir únicamente con mis hombres. A las cuatro menos cinco ocupamos la estación, el personal quedó retenido, registramos todo en busca de armas, interrumpimos las comunicaciones telefónicas y telegráficas y montamos puestos de guardia en la estación y andenes. Según un ferroviario de ascendencia alemana el aparato detonador había sido instalado y luego retirado, y se habían retirado también las cargas explosivas del túnel.

A las cuatro y cuarto la guarnición del túnel abrió fuego contra la estación desde el lado norte del paso, y casi inmediatamente sucedió lo mismo al oeste, y más tarde al este. Durante los tiroteos mi grupo registró un herido leve.

Con objeto de conocer el estado del túnel y de establecer contacto con Čadca di orden a uno de mis hombres, un tal Kulik, de que con una de las tres locomotoras que se encontraban en la estación cruzara el túnel y llevara el correspondiente parte a las tropas alemanas de Čadca. Poco después pudimos oír el fuego abierto contra la locomotora al entrar en el túnel. A las cinco y media recibí una comunicación del comandante Reichelt de la División 7. Por ella supe que la locomotora había llegado bien y que debía dejar inmediatamente en libertad a los ferroviarios polacos, abandonar la estación y retirarme con toda celeridad hasta Čadca. El intento de hacerlo con otra locomotora resultó baldío, porque apenas puesta en marcha volaron la vía del otro lado y tuvimos que regresar a la estación. Después de volver a establecer contacto con Čadca recibí la orden de dirigirme al oeste y pasar la frontera eslovaca.

Durante la marcha tropecé con la resistencia de una parte de la guarnición del túnel y de la gendarmería de Mosty, cuyos hombres se hallaban diseminados alrededor de la estación. Después de mantener con ellos un intercambio de disparos, me dirigí hacia el noroeste, alcanzando a las 13,30 la frontera, a la altura noroeste de Rakowa».

Al mismo tiempo que el teniente Herzner y sus hombres pisaban suelo eslovaco y recorrían a pie los últimos cinco kilómetros que los separaban de Čadca, el capitán Dingler comunicaba a Berlín, según el diario del Servicio de Información: «26 de agosto –13,30–. El capitán Dingler informa que el túnel de Jablunka sigue ocupado por la K.O. del teniente Herzner». En las oficinas del Servicio de Información *(Abwehr)* reinaba una confusión indecible. El motivo era que tres horas y media después de que Adolf Hitler hubiera fijado el comienzo de la guerra para las 4,45 del 26 de agosto, se había suspendido la orden sin la menor explicación. Con la máxima rapidez, el teniente coronel Lahousen ordenó a su vez la retirada a sus grupos de sabotaje que se encontraban en territorio polaco.

Casi todos lo consiguieron, excepto el grupo de Herzner. Lahousen se precipitó al despacho del almirante Canaris, jefe del *Abwehr*. Febrilmente los dos hombres reconsideraron la situación. De cara al exterior se dijo que todo había sido producto de un lamentable error y resultado de la pérdida de nervios de un oficial alemán. En realidad se trataba de ganar tiempo. Lahousen corrió al teléfono y dio la orden a su intermediario de que «por el momento, el paso de Jablunka tenía que permanecer ocupado. Probablemente se trataría sólo de algunas horas, hasta que se tomara una decisión. Lo importante era quitar el mordiente al túnel». Se refería a la retirada de los explosivos.

Pero, como sabemos por las notas de Herzner, el grupo ya no se encontraba allí. La orden del comandante Reichelt había llegado efectivamente a su destino a las 5,30. Lo que no sabía el Estado Mayor de la División 7 era el obstáculo encontrado por la K.O. Jablunka para retirarse a Čadca por ferrocarril; lo que ignoraba era la voladura de las líneas férreas, y por ello el viaje del emisario Kulik no podía repetirse. Al no presentarse Herzner y sus hombres en el tiempo calculado, dedujeron falsamente, tanto el comandante Reichelt como el capitán Dingler, que seguían ocupando el paso de Jablunka. Esa convicción no dejaba de satisfacerles porque también ellos estaban seguros de que no tardaría en llegar la orden de atacar a Polonia. Aun así todos se sintieron aliviados cuando por la tarde se presentó en Čadca la K.O. Jablunka sin haber sufrido la mejor baja.

Cuarenta y ocho horas después, hacia el mediodía, se detenía de nuevo en la frontera eslovaca el auto del comerciante Heinrich Herzog, quien correspondió amablemente al interés de los aduaneros por la marcha de sus negocios.

–¡Hasta pronto, señor Herzog!

Y, efectivamente, un día después volvió a presentarse en la frontera eslovaca Heinrich Herzog. Esta vez, confió a los aduaneros, estaba seguro de poder concluir su negocio. Eran las 22,30 del 29 de agosto de 1939. Sin embargo, en esta ocasión el Regimiento de Infantería 62, bajo el mando del general Lang, no necesitaba los servicios de sabotaje del teniente Herzner. Alertado por los acontecimientos de la madrugada del día 26, el mando polaco había enviado un Batallón convenientemente dotado, encargándole de la defensa del túnel y control del paso de Jablunka. Frente a esto, una guerrilla no tenía nada que hacer.

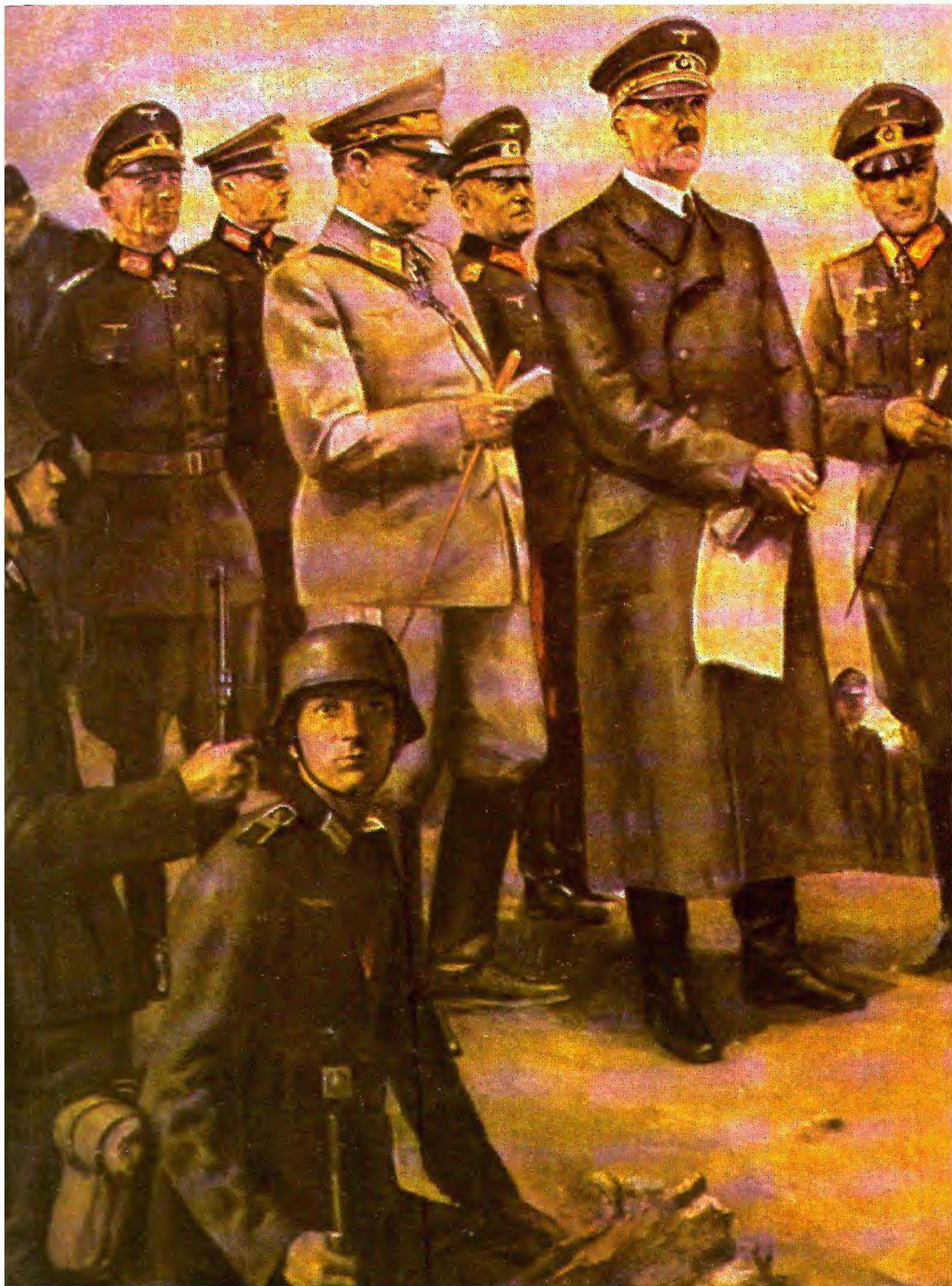
Dado su conocimiento del terreno, Herzner volvió a ser escuchado durante las conversaciones previas al ataque, sostenidas por los mandos del Regimiento.

Cuando regresó a Breslau el 1 de septiembre, a la 1,30, el Regimiento empezaba a moverse en dirección al puesto que tenía asignado en la frontera.

El teniente coronel Lahousen se encargó de hacer desaparecer todos los documentos relativos a la operación Jablunka. El teniente Herzner, sin embargo, desobedeciendo las órdenes recibidas, y por el gusto de evocar de vez en cuando la peripecia de su misión, escondió todos sus papeles y notas en la buhardilla de su casa en Berlín-Zehlendorf. Herzner se ahogó mientras se bañaba durante su estancia en el hospital de Hohenlychen, en 1942. Sus documentos y actas, su pasaporte falso e incluso la relación de los gastos personales efectuados durante la misión Jablunka, fueron hallados después de la guerra.

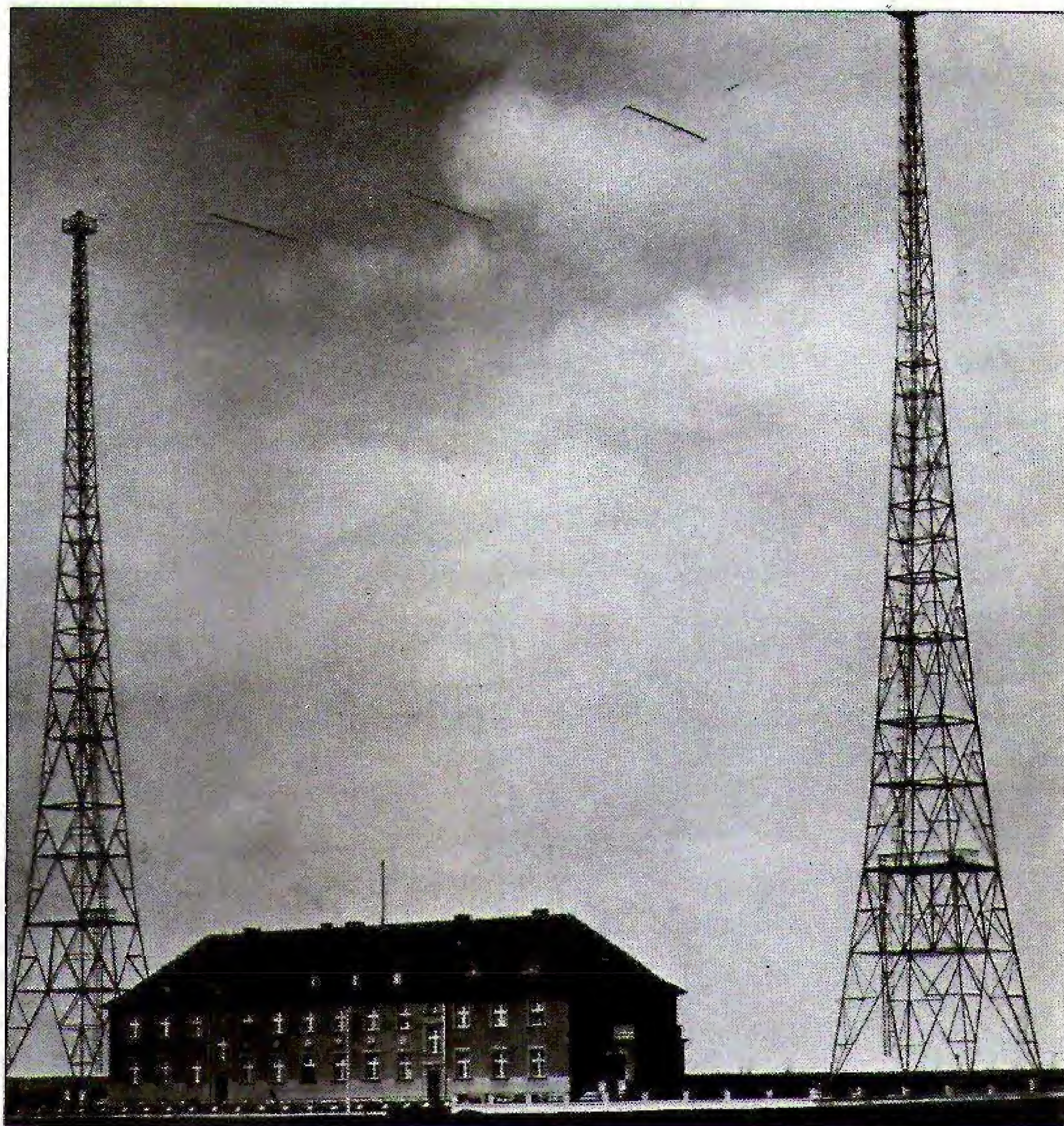
De acuerdo con las dietas fijadas para los viajes al extranjero, según los países de destino, el teniente Herzner, por su breve permanencia en Eslovaquia y Polonia, liquidó en total ochenta y ocho con noventa y ocho marcos del Reich alemán (88,98 RM).





«El 'Führer' en el campo de batalla», tituló su cuadro el pintor Konrad Hommel. A la izquierda, junto a Hitler, se encuentra Göring; entre ambos, al fondo, Keitel. A la derecha –según se mira el cuadro– el comandante supremo del Ejército, von Brauchitsch.

La emisora de Gleiwitz: entre las torres de hierro de las antenas, el edificio de la emisora ocupado por agentes de los SD, vestidos con uniformes polacos, el 31 de agosto de 1939.



LA ABUELA HA MUERTO

Heydrich asalta la emisora de Gleiwitz

Las SS y los servicios de seguridad (SD) comenzaron «su» guerra contra Polonia de manera muy diferente a la *Wehrmacht*. Por tres veces se movilizaron los efectivos: la primera, para entrenarse como grupos de asalto polacos en la escuela que los SD tenían en Bernau; la segunda, para escenificar su papel de «insurgentes polacos» cerca de Hochlinden –pero exactamente en el mismo momento Hitler dio marcha atrás en sus planes bélicos–; y, por último «para el asalto de una banda a la emisora de Gleiwitz». Karlludwig Opitz relata el turbio acontecimiento.

El 22 de agosto de 1939 Hitler daba a conocer en el Berghof, a los altos jefes militares reunidos, su decisión irrevocable de ir a la guerra: «...No nos queda otro camino que la acción». Objetivo: Polonia. Los servicios de propaganda del Reich se encargarían de «crear el clima necesario para la explosión del conflicto».

Los hombres que tenían que proveer «el clima necesario» anunciado por Hitler, eran Heydrich y Himmler. Ambos habían tratado con el *Führer* sobre el desarrollo de la operación a principios de agosto. La idea procedía del jefe de los SD, Reinhard Heydrich:

...La noche anterior al ataque alemán, hombres de los servicios de seguridad, vestidos con uniformes polacos, se moverán a lo largo de la frontera germano-polaca; asaltarán la casa de los guardabosques en los grandes parques cercanos a la ciudad de Pitschen y destruirán la casa forestal alemana de los alrededores de Hochlinden, entre Gleiwitz y Ratibor... Probablemente se verán sorprendidos por las patrullas fronterizas a cuyo fuego tendrán que responder... dejando huellas inequívocas para que al día siguiente la prensa mundial sepa a quién tiene que atribuir el incidente.

El Servicio de Información proporciona 150 uniformes polacos

Las «huellas inequívocas» eran prisioneros ejecutados en los campos de concentración mediante inyecciones de productos venenosos y trasladados convenientemente al escenario de la Alta Silesia. En la jerga de la Gestapo se les llamaba «conservas».

El *Führer* ordenó al jefe del Servicio de Información *(Abwehr)*, almirante Canaris, preparar 150 uniformes polacos con todos los aditamentos. El oficial del *Abwehr* destacado en Breslau, capitán Dingler, entregó a los SD los uniformes solicitados y otra sección del mismo departamento se encargó de procurar las armas polacas.

El jefe de brigada de las SS, Hans Jost, responsable del servicio extranjero, envió todo el material a la escuela de los SD en Bernau, cerca de Berlín, donde se entrenaban los hombres puestos a disposición por las unidades SS 23 y 45 de la Alta Silesia, para llevar a cabo la acción como «grupos de asalto polacos». Los grupos recibieron los uniformes y un fusil con treinta balas por

Embargo hasta las 19 horas

Todo el mundo sabe hoy día que Hitler, poco después de dar la orden de ataque el 25 de agosto de 1939, mandó suspender toda la operación. Lo que es menos conocido es el motivo de tal contraorden. Günter Preis ha entrevistado al entonces jefe de la oficina alemana de noticias en Londres, Dr. Fritz Hesse.

A las 13,15 entré con prisas y por última vez en el edificio de la Reuter. La agencia más importante del mundo tenía por aquellos tiempos sus oficinas en un moderno edificio de cristal. Quería despedirme de sir Roderich Jones, su director.

Sir Roderic me recibió muy cordial. «Lamento que se vaya usted, Dr. Hesse. Lo siento por usted y por su pueblo», me dijo. «Alemania perderá la guerra...»

En ese momento llamaron a la puerta. Un botones le entregó una comunicación, que me leyó acto seguido: «El Parlamento va a aprobar en esta hora un acuerdo que obligará a Inglaterra a combatir contra Alemania al lado de Polonia.» Me quedé sin aliento. Sólo tuve una idea: Berlín debía conocer de inmediato la noticia. Descendí rápidamente la escalera. En el primer piso del gigantesco edificio de la Reuter tenía yo mi oficina: dos habitaciones con muebles muy sencillos. Lo más importante era el teléfono. En el momento en que iba a cerrar la puerta alguien me dio un golpe en la espalda. Era el redactor jefe de la Reuter: «Doctor, aquí tiene la noticia del día. El texto completo del tratado».

Y me entregó un sobre abierto que contenía el texto que me acababa de anunciar. En la primera hoja, en la parte de arriba, subrayada en rojo, figuraba una advertencia: «¡Ojo! Embargo hasta las 19 horas». Levanté el teléfono y pedí con impaciencia a la operadora: «Por favor, urgente, Berlín. Déme Berlín inmediatamente». El embargo, en aquellos instantes, era lo que menos me preocupaba.

Poco después sonaba el teléfono: «Sorry, lo lamentamos, Berlín está incomunicado». Y antes de que pudiera aducir algo, me habían cortado de nuevo.

Volví a intentarlo: «Por favor, escuche, soy el Dr. Fritz Hesse, de la oficina alemana de noticias, tengo permiso para llamar a Berlín siempre que quiera». «Espere, por favor..., nosotros le volveremos a llamar». Cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora. Hora y media. Por fin, hacia las cuatro de la tarde, me comunicaban con la oficina de la agencia en Berlín y podía transmitir la noticia.

Se suspendió el ataque a Polonia. 57 Divisiones se vieron obligadas a retroceder en el último minuto.

hombre. Los hombres seleccionados para llevar a cabo el asalto a las casas de los guardabosques y al puesto aduanero se vistieron como guerrilleros polacos.

«...Los guerrilleros visten camisa gris, pantalón largo de diferentes colores y chaquetas igualmente de distinto corte y color», informó posteriormente el capitán de las SS, Josef Grzimek, enviado a Bernau.

El pensamiento de Heydrich era que, además de los asaltos preparados, sucediera algo importante que hiciese gritar al pueblo alemán entero: «¡No queremos nada con los polacos! ¡Terminemos con ellos! Con esta idea hizo que llamaran a su presencia al veterano jefe de batallón de las SS, Alfred Helmuth Naujocks.

Heydrich le ordenó: «...Una banda armada de guerrilleros polacos prepara un asalto a la emisora de Gleiwitz para la noche anterior al comienzo de la guerra. Uno de esos bandidos quiere pronunciar ante los micrófonos una alocución contra Alemania, quiere convocar a la resistencia a todos los polacos de la Alta Silesia: Danzig y Breslau son y serán polacos. ¡Hay que disparar sin contemplaciones! La emisora de Gleiwitz está conectada con la de Breslau. Cuanto se dice por los micrófonos de Gleiwitz se oye en todos los rincones de Alemania».

El 20 de noviembre de 1945 Naujocks confesaba en Nuremberg que él había sido el jefe del grupo SD, cuyos miembros, camuflados como guerrilleros polacos, habían asaltado la emisora en 1939. «...Heydrich me había dicho que el reparto de Polonia entre Alemania y Rusia era cosa hecha y que nos correspondía a nosotros por motivos políticos, de cara al interior y al extranjero, proporcionar las causas. Al mismo tiempo me encomendó una misión especial con carácter ultrasecreto. Un día determinado, a una hora precisa, correspondiente, debía ocupar la emisora de Gleiwitz, y preocuparme de que se emitiera por ella una encendida proclama en polaco... La consigna que desencadenaría la acción sería: 'la abuela ha muerto'».

Más tarde, ante el semanario «Der Spiegel» Naujocks completó su declaración: «Heydrich me descubrió prácticamente los bastidores de la acción al ordenarme: 1.º) Sobre este asunto no tiene que ponerse en comunicación con ningún funcionario alemán. 2.º) Ninguno de ustedes podrá llevar consigo el menor documento que pueda identificarle como miembro de las SS, SD, policía o simplemente como ciudadano alemán. Lleve usted su acción a buen término de manera que los funcionarios alemanes reaccionen normalmente. De paso podremos constatar lo que tardan los servicios de seguridad en ponerse en movimiento».

Naujocks seleccionó seis hombres de su unidad, entre ellos a un radiotécnico, pidió un intérprete para que pronunciara el llamamiento en polaco, y se dirigió con su pequeña tropa a Gleiwitz, donde se hospedaron en dos hoteles.

Sobre el terreno, el jefe de batallón de las SS se informó de la situación de la emisora.

Junto a la emisora se encontraban dos bloques de viviendas y, entre las dos grandes torres con las antenas, el edificio administrativo y los estudios, todo en la carretera de Tarnowitz. El conjunto estaba rodeado por una alambrada de unos metros de altura, coronada de púas.

La emisora de Gleiwitz, protegida por las SS

La especial situación de la emisora indujo a la central de Correos, de la que dependía, a redoblar su vigilancia a partir del 19 de agosto. Fueron cerradas todas las puertas menos la principal. El cuarto de guardia contaba con reservas permanentes y el terreno de la emisora era patrullado día y noche por dos guardias. Entretanto, Heydrich había nombrado los jefes de las respectivas misiones: el *Oberführer* de las SS, Dr. Otto Rasch, dirigiría el asalto a la casa de los guardabosques de Pitschen; al *Oberführer,* Dr. Mehlhorn, le correspondió ocuparse de la zona de Hochlinden y, por tanto, coordinar la escenificación de la lucha entre los «guerrilleros» polacos y las fuerzas alemanas de seguridad; el *Obersturmbannführer* Ottfried Hellwig mandaría a los guerrilleros, y el *Standartenführer,* Dr. Hans Trummler, a los defensores. Por último el *Oberführer,* Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, tendría a su cargo el traslado de las «conservas» al campo de operaciones.

Debido a que las fuerzas encargadas por la central de correos de vigilar el territorio de la emisora podrían, llegado el momento, ofrecer más resistencia de la apetecida, fueron sustituidas por un grupo de la policía. Ésta se encargó también de la seguridad del territorio fronterizo de los puentes, centrales eléctricas y saltos de agua, así como de otros objetivos importantes de la Alta Silesia. Debido a que la policía dependía también de Himmler, no fue difícil, en el último momento suplir al grupo destinado a la emisora de Gleiwitz por tres hombres de las SS y un miembro de la organización encargada de la vigilancia.

A las tres de la tarde del 25 de agosto Hitler ordenó atacar a Polonia al amanecer.

JERARQUIAS SUPREMAS DEL III REICH 1939/1940



Mando supremo de la Wehrmacht (OKW)


General en jefe,
W. Keitel

Estado Mayor de la Wehrmacht (WFA)


General
A. Jodl


Servicios de Información (Abwehr), vicealmirante
W. Canaris


Jefe de servicios, coronel
H. Oster

Mando Supremo del Ejército de Tierra (OKH)


Comandante en jefe, general
W. von Brauchitsch


Jefe del Estado Mayor, general de Artillería
F. Halder

Mando S
de la A


Comandan
Feldmaris
H. Göring


Jefe del E
general
H. Jescho

ADOLF HITLER,
FÜHRER Y CANCILLER DEL REICH
COMANDANTE SUPREMO DE LA WEHRMACHT



Ayudantía del Führer

Ayudante jefe, coronel G. Schmundt



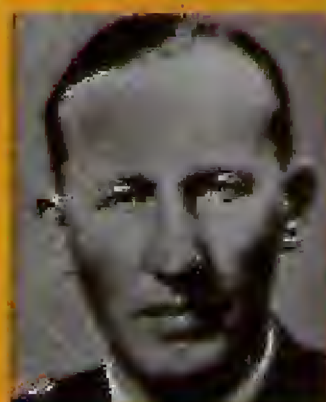
Cancillería del Reich

Jefe de la Cancillería, H. Lammers

Estado y Partido



Ministro de Asuntos Exteriores, J. von Ribbentrop



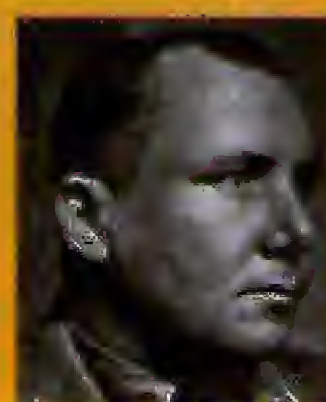
Jefe de Policía y de las SS, H. Himmler Jefe del SD, R. Heydrich



Lugarteniente del Führer, R. Hess



Ministro de Propaganda Dr. J. Goebbels



Jefe de servicios, M. Bormann

Territorios ocupados



Gobernador general para los territorios polacos ocupados, H. Frank



Comisario del Reich para la salvaguarda de la raza, H. Himmler

ıpremo ıación (OKL)

e en jefe,
l

ıado Mayor,

ıek

Mando Supremo de la Marina (OKM)



Comandante en jefe, Gran Almirante E. Raeder



Jefe del Estado Mayor, vicealmirante O. Schniewind

Münchener Ausgabe

245./246. Ausg. · 52. Jahrg. · Einzelpreis 15 Pf. 20 Pf.

Münchener Ausgabe

München, Samstag/Sonntag, 2./3. September 1939

VÖLKISCHER BEOBACHTER

Kampfblatt der national-sozialistischen Bewegung Großdeutschlands

Der Führer verkündet den Kampf für des Reiches Recht und Sicherheit

Las «conservas» se ponen en movimiento

Heydrich, por teléfono, impartió órdenes finales a sus hombres en la Alta Silesia. A cada uno se le recordó su misión por última vez. La gran operación estaba en marcha. En cuanto a Naujocks, debía estar preparado para ejecutar su parte en cualquier momento, empezando por presentarse aquel mismo día al *Oberführer* de las SS, Müller, del que recibiría a partir de entonces las instrucciones oportunas.

Müller había llegado a Oppeln procedente de Berlín. Hablando con él, Naujocks se enteró de la existencia de las «conservas» y de lo que tal palabra significaba. Müller le comunicó que las «conservas» eran internados de los campos de concentración, con uniforme polaco. Naujocks advirtió que en Gleiwitz no se necesitaban muertos de uniforme, a lo que replicó Müller: «De acuerdo. Entonces tendrá usted las 'conservas' de paisano». Y, más adelante: «Naujocks, su acción empieza a las 20 horas. Diez minutos más tarde tendrá usted las 'conservas' en el campo de la emisora». Naujocks le aseguró que los dos hombres encargados de guardar las puertas de acceso no pondrían ningún inconveniente al transportista.

A las seis de la tarde del 25 de agosto, Hitler dio la orden de suspender el ataque a Polonia. Heydrich, a su vez, hizo lo propio con el «asalto» a la emisora.

Lamentablemente, Mehlhorn no consiguió alcanzar con la contraorden a los «guerrilleros» que se encontraban ya en territorio polaco. Los hombres de Hellwig atacaron la aduana de Hochlinden, los «servicios de seguridad de la frontera» respondieron prontamente al fuego. Por fortuna el jefe de la Gestapo, Müller, llegó a tiempo para poner fin al combate.

En el intento siguiente las cosas salieron mejor. Cuando Hitler señaló de nuevo el ataque a Polonia para el 1 de septiembre a las 4,45 de la mañana, Heydrich puso sobre aviso a su gente en la Alta Silesia. A las cuatro de la tarde sonó el teléfono en la habitación del hotel en que se encontraba Naujocks. Era una llamada directa de Heydrich rogándole que le volviera a llamar a Berlín. Naujocks la hizo inmediatamente. Sin dificultad logró de nuevo la línea de Heydrich. Éste, por todo comentario, le dijo: «La abuela ha muerto». Arrancaba otra vez toda la maniobra. A las 7 de la tarde se encontraban en la emisora el funcionario de servicio y el encargado del telégrafo, Nawroth, cuando se presentó el jefe de la guardia para informarse de la situación del terreno y objetos puestos bajo su protección. Poco después llegaron el técnico Kotz y el conserje Foitzik, para escuchar el boletín informativo. A las 19,45, en las cercanías de Gleiwitz, Naujocks manda detener los dos Ford negros en un camino solitario del parque de la ciudad. Los dos conductores se quitan los abrigos. Visten de paisano. Nadie habla una sola palabra. Fuman un cigarrillo polaco... De lejos llega el ruido de las cadenas de los carros blindados alemanes, el zumbido pesado de los motores: las tropas germanas avanzan hacia sus posiciones para el ataque a Polonia.

Naujocks hace una seña al conductor del primer auto y los dos Ford se ponen en marcha. Poco antes de las ocho de la noche se detienen en el camino que lleva a la emisora, a muy pocos metros del acceso. Ocho hombres saltan de los vehículos...

«¡Arriba las manos!»

Tres hombres se quedan de guardia en la puerta y cinco entran en el edificio de la emisora. El conserje abre la puerta de cristal y pregunta a los desconocidos qué buscan allí. Por toda respuesta uno de ellos grita: «¡Arriba las manos!» El resto se precipita en las oficinas, sorprende a los funcionarios y, una vez atados, les conducen a la sala de máquinas, en el sótano. Uno de los asaltantes se queda con ellos, pistola en mano.

A las 20,12 el intérprete de Naujocks se acerca a los micrófonos y lee la proclama en polaco, mezclada con algunas palabras en alemán. En ella se pide a los polacos residentes en los territorios alemanes que se alcen contra la autoridad germana, que saboteen puentes y medios de comunicación. Naujocks se ocupa de los ruidos propios de la acción: dispara dos veces contra el techo mientras el intérprete grita ante el micrófono:

«¡Atención! ¡Atención! Habla el comité de liberación polaco. La emisora de Gleiwitz está en nuestras manos... Ha llegado la hora de la libertad... Danzig y Breslau volverán a ser polacas!»

Terminado el llamamiento, Naujocks da la orden de desaparecer porque dentro de pocos minutos, según está previsto, debe presentarse la policía alemana. Tan en silencio como llegaron, los ocho hombres abandonan la emisora. Detrás de ellos dejan un muerto...

Según Naujocks: «La proclama duró unos cuatro minutos. A los veinte minutos, de acuerdo con el plan, estábamos todos fuera. Cerca de la puerta descubrí un hombre muerto (la 'conserva')... Había anochecido. Del interior del edificio llegaba un poco de luz. Mis hombres me contaron después que un auto se había presentado con dos miembros de la Gestapo. Dieron la consigna y dejaron el muerto. Luego se marcharon. El muerto no fue ningún infundio, existió en realidad. Se trataba del cadáver de un conocido militante comunista llamado Baron, procedente de Beuthen. Fue detenido por la Gestapo cuatro

semanas antes de empezar la guerra e ingresó en la cárcel ordinaria de Oppeln. De allí fue sacado con un pretexto el 31 de agosto, asesinado y preparado como «conserva» para Gleiwitz.

El grupo de la policía llegó a la emisora veinte minutos después de que los asaltantes se hubieran ido. Para entonces todos estos se encontraban en sus hoteles respectivos y Naujocks, por teléfono daba cuenta de su misión a Heydrich. Según Naujocks: «Heydrich estaba indignado. Había sintonizado la emisora de Gleiwitz a la hora prevista, pero no había escuchado una sola palabra del llamamiento».

La verdad era que Gleiwitz no transmitía ningún programa. Todas las emisiones se hacían en Breslau, y Gleiwitz se limitaba a retransmitir. Ni Heydrich ni Naujocks lo sabían. Breslau, el día 31 de agosto, después de las noticias de las ocho de la noche, había transmitido música. Heydrich gritó amenazador: «Está usted mintiendo. He esperado todo el tiempo». Naujocks sólo pudo decir: «Tenga confianza en mí: verdaderamente se ha celebrado el entierro de la abuela».

En realidad, tanto los disparos como la proclama se habían oído únicamente en las inmediaciones de Gleiwitz.

Los lamentos de la prensa alemana a propósito del ataque al puesto fronterizo y del asalto a la emisora de Gleiwitz, condujeron una vez más sobre el lugar de los hechos al hombre de la Gestapo, Müller, y al jefe de la policía criminal, Arthur Nebe, quienes al frente de una comisión se encargaron de redactar el protocolo instruido sobre los sucesos.

Para ilustrar a los huéspedes de los países neutrales, Nebe hizo construir una maqueta del puesto fronterizo atacado, provista de un dispositivo eléctrico: bastaba apoyarse sobre el «terreno» para que de inmediato se encendieran los reflectores y las ametralladoras abrieran fuego.

Heydrich, que solía asistir al espectáculo, no dejaba de añadir como colofón: «Y así empezó la guerra...». □

◄ El «Führer» proclama la lucha por los derechos y seguridad del Reich.

He aquí el verdadero héroe de la guerra en ambos bandos: el soldado desconocido (en la parte inferior).



NADIE SABIA DONDE CONCLUIRIA EL VIAJE

afirma Gabriel Laub en la descripción de su huida de los soldados alemanes. Lo mismo podría decir el jefe de grupo de las Juventudes Hitlerianas, Berger, o el secretario de Legación, Meissner. Tres hombres que vivieron el comienzo de la guerra. Su testimonio es representativo del destino de millones de seres, profundamente alterado por los acontecimientos del 1 de septiembre de 1939.

"¡Apartaos, cerdos judíos!"

Un niño de once años, testigo del comienzo de la guerra en un país invadido.

Gabriel Laub

En agosto de 1939 todos sabíamos que habría guerra, pero nadie acababa de creerlo. Nosotros vivíamos en Chorzów, en la Alta Silesia polaca –antes de la primera Guerra Mundial se llamaba Königshütte– a nueve kilómetros de Katowice y cuatro de la frontera alemana de entonces. Yo tenía once años y era el único judío en nuestra «banda», que me había admitido con gesto magnánimo. Quizá porque de vez en cuando tomaba algunos bombones de la tienda de mi padre y los repartía entre mis camaradas.

Unos diez días antes de empezar la guerra, nuestros padres nos mandaron, a mi hermano Willy, de seis años, y a mí, a la casa de nuestros abuelos en Bochnia, cerca de Cracovia. La ciudad se encontraba a 120 km de la frontera, y nadie creía que el enemigo pudiera llegar hasta allí.

Por fin, el 31 de agosto, mis padres llegaron también a Bochnia, en el viejo Ford de un amigo. Al día siguiente empezó la guerra y Chorzów cayó en poder del enemigo durante las primeras horas.

Al principio, en Bochnia la guerra sólo se percibía a través de algunas informaciones de la radio; informaciones un tanto sorprendentes, como: «A-B-40 se aproxima». Esto era lo único que podíamos oír en nuestro rudimentario aparato de radio. Quería decir que en algún sitio de Polonia estaban cayendo bombas alemanas.

Dos o tres aviones germanos bombardearon también nuestra ciudad sin causar daños. Así durante tres o cuatro días. Pasados éstos, mi abuelo tomó los dos caballos y los enganchó al carro. Luego acomodó en él a la familia en pleno, 18 personas. Nadie sabía dónde concluiría el viaje, sólo sabíamos que nos teníamos que marchar porque los carros de combate alemanes se acercaban.

Ese primer día recorrimos sólo 20 km, hasta Brzesko. Allí encontramos a grupos de oficiales que recorrían las calles pidiendo a todos los hombres útiles que acudieran al Vístula. Las mujeres y los niños podían quedarse en la ciudad. Nosotros no deseábamos separarnos y decidimos ir todos juntos.

Nos habíamos citado con el padre de mi madre, pero no lo encontramos. Más tarde vivió con su familia en el ghetto *de Bochnia. Todos murieron en la cámara de gas. De mis familiares, de los que se encontraban en el carro, sólo se salvaron dos tías jóvenes; huyeron del* ghetto *hacia Eslovaquia, luego hacia Hungría y desde allí de nuevo a Eslovaquia con los guerrilleros.*

Los caminos estaban llenos de gente que circulaba en las dos direcciones. No tardamos en tener que abandonar el carro y seguir a pie.

No me acuerdo del nombre del pueblo en el que pernoctamos, pero sí del puente de Zabno. Era largo y de madera. Mientras lo cruzábamos, nos sobrevolaron dos aviones alemanes. Volaban muy bajo y lanzaron sus bombas sobre nuestras cabezas. Más tarde fuimos tiroteados o bombardeados muy a menudo por los aviones alemanes, hasta el punto que se apoderó de nosotros una cierta indiferencia. Llevábamos unos 14 días de camino. Una tarde nos adelantó un coche de caballos guiado por un oficial de gendarmería con unos bigotes a lo mariscal Pilsudski; en el coche iba también su familia. El oficial lanzó una mirada sobre todos nosotros, fustigó con el látigo a los caballos y gritó: «¡Apartaos, cerdos judíos!»

Una media hora después volvió a surgir el mismo coche, con el mismo oficial, esta vez en sentido contrario. Sus caballos trotaban como en un entierro, las mujeres lloraban dentro del coche. El hombre había perdido toda su marcialidad. «Salvaos como podáis –nos gritó a los judíos–, llegan los bolcheviques».

Para nosotros eso suponía algo muy distinto a lo que daba a entender aquel caballero. La noticia nos alegró. Pensamos que la guerra terminaría si los rusos hacían frente a Hitler. Pero los rusos no le hacían frente: merced al acuerdo con el Führer *ocupaban simplemente el Este de Polonia.*

Era el 17 de septiembre de 1939. En Varsovia se combatía aún. Para nosotros, sin embargo, el primer capítulo de la guerra había terminado.

El 3 de septiembre de 1939 en la embajada de Londres

Recuerdos de un diplomático

Dr. Hans-Otto Meissner

En marzo de 1939 fui trasladado de nuestra embajada en Tokio –era el secretario de Legación más joven–, a la embajada de Londres.

Pese a la tensión del momento, en las relaciones privadas la mayor parte de los ingleses se portaban cordialmente con los alemanes. Cuanto más cercana parecía la guerra, más nos esforzábamos todos en extremar la cordialidad de nuestras relaciones y en creer en la paz.

Sin embargo, por orden del Gobierno, desde primeros de agosto y en previsión de un posible ataque aéreo, se habían cubierto los cristales de las ventanas con papel opaco. En los parques se habían cavado grandes fosos y preparado montañas de sacos de arena. Pronto cada ciudadano recibió una máscara antigás.

El 30 de agosto se prohibió a los agregados militares salir fuera de los límites de la ciudad. Con un coche prestado, sin la placa CD para no llamar la atención, recorrí las estaciones de los alrededores y las instalaciones del puerto del Támesis.

Día y noche se cargaban soldados y armas que salían posiblemente hacia Francia. Nuestro embajador envió de todo ello una nota cifrada a Berlín. No recibimos respuesta. Tampoco ningún mensaje cifrado que nos diera idea del «inminente peligro de guerra», señal, para nosotros, de que teníamos que empezar a quemar actas.

Hicimos las maletas y acopio de provisiones y seguimos saliendo a comer fuera, como habíamos hecho hasta entonces. Y como hasta entonces, se siguió deslizando la vida, ni una mala palabra por ninguna parte. Se veían muchos uniformes, incluso polacos y franceses.

El 3 de septiembre, a las nueve de la mañana, Londres presentó su ultimátum al Gobierno del Reich, en el que exigía la retirada a los puntos de partida en Polonia o Gran Bretaña entraría en la guerra. Berlín no dio señales de vida. Exactamente a las once y cinco minutos el secretario de Estado Dunbar, jefe del departamento de Justicia del Foreign Office se presentó en la embajada: «It's a very sad occasion, indeed... *es una triste misión...*»

Todavía eran tiempos en que entre enemigos se guardaban las buenas maneras. Los ingleses nos entregaron la declaración de guerra sin añadir una sola palabra más. Después se discutieron los detalles de nuestra evacuación entre un funcionario del protocolo del Foreign Office y el secretario de Legación de nuestra embajada, Weber. La misma operación, poco más o menos, se estaba llevando a cabo en Berlín entre un funcionario del ministerio de AA. EE. y un representante de la embajada británica. Aquí en Londres, los suizos se encargarían de representar los intereses alemanes, como durante la primera Guerra Mundial. Como entonces quedarían en la embajada el canciller y dos subalternos para ayudar en su labor a los suizos. Al igual que en los años 1914-18 se pensó en el canciller Achilles. A los demás se nos dijo que podíamos llevarnos nuestros automóviles. En el momento de darse a conocer la declaración de guerra sonaron todas las sirenas de Londres. En principio no se limitaron nuestros movimientos. Dos días después de haber empezado la guerra nos podíamos mover aún libremente, comprar gasolina, telefonear, hacer visitas.

El 5 de septiembre, a las cuatro de la tarde, teníamos que encontrarnos con nuestros autos ante la embajada. Exactamente desde ese momento se acabaron las buenas formas de los británicos. En vez de los correctos funcionarios del servicio exterior aparecieron unos tipos malcarados. Como primera medida nos embargaron los autos con todo cuanto contenían. Después se nos informó que en la embajada no podía quedarse ni el canciller Achilles ni ningún alemán. Sin el menor equipaje nos instalaron en unos autobuses y nos acompañaron a la estación Victoria. Un tren especial, sin duda el más viejo que habían podido conseguir, nos llevó a todo el personal de la embajada hasta Gravesand. Aquí se redoblaron las arbitrariedades. Viejos y mujeres encintas tuvieron que cargar con su equipaje. Quien tuvo la idea de pedir ayuda sólo recibió malas palabras.

Para 170 personas únicamente había disponibles 40 cabinas a bordo del Batavier III. *El personal era de lo más grosero. Durante doce horas el barco permaneció anclado en el puerto, ya que los agentes del servicio secreto intentaban detener a tres miembros de la embajada. Afortunadamente, los componentes de la embajada británica en Berlín fueron retenidos en la frontera holandesa en tanto no llegó al puerto el barco con todos los miembros de la embajada alemana a bordo. Cuando sir Neville Henderson, hasta entonces embajador de Su Majestad en Berlín, descendió del lujoso «Rheingold Express», pidió al secretario de Legación, Zapp, que le había acompañado hasta allí, que transmitiera al Gobierno del Reich su agradecimiento por el trato observado con él y con los funcionarios de su embajada en los trámites de evacuación.*

Misión de servicio

Del diario de un militante de las Juventudes Hitlerianas

Gerhard Berger

Jefe de sección Berger!» ¡Al fin me llamaban! Podía abandonar el cuartel juvenil, un edificio feudal, antaño propiedad de uno de aquellos judíos berlineses que, en venganza por haberlos expulsado, habían provocado la guerra.

El gorro negro, con el águila imperial, bien derecho. La corbata perfectamente anudada, el galón brillante. «Lleva inmediatamente estas dos convocatorias». «¡A la orden!» Guardo los dos sobres en la cartera y doy el taconazo de reglamento con mis botas claveteadas. Fuera, hacía calor. Picaba el sol, o quizá me intranquilizaba un poco la emoción permanente en que vivíamos durante los últimos días los muchachos de las Juventudes. ¡Guerra! ¿Iría todo tan rápidamente como afirmaba el ordenanza del mando de guerra de nuestro sector?

Observé con envidia al soldado que evolucionaba en su moto. Subí a mi bicicleta y empecé a pedalear. En la primera curva casi me llevo por delante a un anciano, que corrió un trecho detrás de mí amenazándome con el bastón. Seguro que era uno de los que no acababan de comprender.

Berlin-Westen. Villas. Portales amplios. Arabescos. «Proveedores por la puerta de servicio». Un llamador macizo. «Heil Hitler! ¡Una orden urgente para el señor Hartmann!». La criada me observó con recelo y desapareció al surgir el dueño de la casa. Por su ademán, su gesto y su porte tenía que ser un oficial. Se parecía a mi profesor de matemáticas. A su lado, una mujer un tanto temerosa, mejor dicho: una señora. Le entregué una de las cartas. «¡Ha llegado el momento, Clara!» Puede sentirse orgullosa, pensé yo. Pero ella empezó a llorar. El hombre me dijo impaciente: «¡Gracias, muchacho!» Detrás de mí se cerró la puerta, pero aún seguí escuchando los sollozos mientras cruzaba el portal. Cuando me senté de nuevo en mi bicicleta, moví la cabeza sin acertar a comprender: ¡Mujeres! Mi madre también había tenido una reacción incomprensible cuando se enteró de que había estallado la guerra. «Tengo que hacer manteca –había dicho– dentro de poco no habrá mantequilla en las tiendas».

Lo que había que oír: los soldados alemanes enseñaban al mundo el arte de la guerra y ella hablaba de comida. Ojalá no se acabara la contienda tan pronto y me diera tiempo a demostrar lo aprendido a mis 14 años durante el periodo de entrenamiento con el Regimiento de Infantería 67 de Spandau. Lo que el Regimiento había hecho durante la guerra del 14 en Langemarck podíamos hacerlo nosotros hoy día mucho mejor.

Segundo destinatario. El panorama era completamente distinto. Una calle gris. Una casa gris. Un interior. Las escaleras estrechas y en mal estado. Olía a verdura cocida. «Heil Hitler! ¡Una orden urgente para el señor Dalkeit!» Parecían arrancados de un cuadro de costumbres: la mujer bajita y regordeta, el hombre con un bigote muy poblado y en tirantes, la pipa en la boca. Pero tampoco aquí marcharon mejor las cosas. El rostro frío del hombre, los suspiros de la mujer: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» Los «buenos días» con que la mujer me cerró la puerta en las narices. Pensé que quizá se tratara de algún militante comunista. Menuda sorpresa le esperaba cuando se presentase en el cuartel.

Me lancé calle abajo a toda velocidad, al tiempo que tomaba la curva una columna de camiones. El guardia de tráfico gritó enloquecido y hasta me amenazó. «¡Misión de servicio!», grité y seguí pedaleando. Vamos a ver a cuántos sorprendo todavía con mis órdenes de movilización. Seguro que algunos de ellos se alegrarán al recibirla. □

HANNS-KARL
KUBIAK

LA VIDA SIGUE

El cabo Hannes ha obtenido un permiso especial. Desde Danzig vuelve a casa, a Berlín. La ciudad ha cambiado mucho desde que falta de ella: luces apagadas, alarmas aéreas, colas ante las carnicerías... El que aún puede permitírselo, sale noche tras noche. «Disfrutad de la guerra, porque la paz será temible...»



«Paradies der Junggesellen» («Paraíso de solteros»), protagonizada por Heinz Rühmann, fue una película que actuó como señal: a pesar de todo, la vida sigue en la patria (imagen superior). Eso sí, los sobresaltos continuaban: noticias de urgencia, partes de victorias militares, himnos, saludos nazis (derecha).

Miércoles, 27 de septiembre de 1939. Acabo de llegar de Danzig. Para mí ha terminado la mili. Y la guerra en Polonia. Aunque todavía se luche en Varsovia. Tengo un permiso especial. Ya en la estación, miro en torno a mí. Los andenes están repletos de gente y no logro divisar a Vera. No podía esperar otra cosa. Mi telegrama decía escuetamente: «Llego el 27 de septiembre». Por fin alcanzo la barrera, llevando tres pesados paquetes. Sujeto entre los dientes mi cartilla de viaje. El suboficial situado en la puerta de salida me inspecciona durante unos segundos. Luego, corta la hoja, vuelve a mirarme y, sin decir una palabra, coloca otra vez la cartilla entre mis dientes.

Al fin llegué a la calle.

Aspiré profundamente el aire berlinés. El próximo tranvía era el mío. Algunos viajeros me ayudaron a subir mis paquetones, y el vehículo partió. Poco después descendía. Tenía que transbordar en dirección a la Olivaer Platz. Al fin estaba en el hogar. Como si aún me encontrase en Polonia, luchando casa por casa, remonté la escalera a toda prisa, como un torbellino, y apreté el timbre. La puerta se abrió. Vera se me abalanzó al cuello. «Hannes», me dijo con un hondo suspiro. Y nos dimos un largo beso. Yo llevaba todavía mis paquetes en las manos. Entramos en casa. Di un portazo, cerrando con el pie. «Déjame que te mire, Hannes...» Abrí los brazos. «Vengo aún entero, Verita». De pronto descubrió en mi brazo izquierdo un zurcido. «¿Te han herido?» «Nada, una pequeña rozadura», respondí. Ella quedó tranquila. «Bueno, por fin puedo darme un baño. Fuera trapos del cuerpo. Éste será mi tercer baño en seis semanas. Mientras tanto puedes abrir los paquetes. Dentro hay embutidos, licores, vino y qué sé yo qué más...»



Entré en el baño. Mientras corría el agua del grifo oí a Vera telefonear... Media hora después salí afeitado y fresco como en una mañana primaveral. «Ésta es mi Vera», pensé mientras veía mi ropa lista sobre una silla: camisa, corbata, calcetines, calzoncillos, mi traje de verano, gris claro, y los zapatos. Cuando estuve vestido me sentí extraño. Me encontraba inmensamente ligero. ¿Sería capaz de andar con aquellos zapatos? Extrañaba esa especie de pesados cubiletes que eran mis botas de campaña. Apenas había dado unos pasos cuando volví a sentirme ciudadano civil. Ya no noté cansancio alguno en mis huesos. «Oh, qué elegancia», bromeó Vera. «He cepillado el uniforme y te lo he colgado en el balcón. Ahí están también las botas. Los calcetines los he tirado a la basura. Bueno, y ahora nos vamos al 'Kranzler'. Quiero que me vean contigo».

Propuse que fuéramos a pie, y Vera aceptó encantada. Así recorrimos la Ku' damm hacia abajo. La calle presentaba una imagen curiosa: no se veían más que paisanos. Poquísimos militares. En el «Kranzler» todo conservaba el antiguo sabor. El café estaba repleto, pero logramos que nos dieran una pequeña mesa. El camarero Szepanski vino hacia nosotros. Nos conocíamos desde largo tiempo. «Así que has escapado con vida...», me dijo resplandeciente de alegría. Asentí con un gesto. «¿Como siempre?» preguntó. «Como siempre», respondí. Nos trajo café y coñac. «Tiene un sabor algo diferente desde hace seis semanas, pero, en fin, sabe mejor que el agua de malta. En cuanto al coñac, mientras nos duren las existencias...» «¿Quieres tarta, Hannes?», preguntó Vera. «Tengo cupones...» Hice un gesto de sorpresa. «Eh, ¿qué es eso? ¿Para pedir una tarta hay que presentar cupones?» «Claro, sin cupones ya no se encuentra carne, ni mantequilla, ni huevos, ni patatas, ni cigarrillos... Y hasta han introducido cartillas para los vestidos». La palabra «cigarrillos» me recordó que se me habían olvidado. «Por cierto, Vera, ¿tienes algún pitillo?».

Efectivamente, lo tenía. Le di fuego a ella y encendí el mío. «¿Y qué dicen los berlineses de todo esto? ¿Se murmura algo por ahí?» Vera movió la cabeza. «Sabes, cuando empezó lo de Polonia, todo el mundo se quedó espantado, pero muchos vieron la cosa con optimismo. El *Führer* se decidía al fin. En los últimos días, cuando trascendieron las noticias sobre victorias en Polonia, la gente se lanzó a la calle. El vigilante de tu casa se sentía tan dichoso que parecía haber ganado la guerra él solo...»

«Por lo que veo, la gente sale y va de visita...»

«Ya lo creo que sale, y mucho. Sobre todo va al cine. Conozco a personas que van todas las noches. Por el momento parece que hay mucha animación. Ayer, estreno de 'Robert Koch', con Emil Jannings; hoy, estreno de 'Matrimonio en dosis', con Leni Marenbach y Johannes Riemann; y dentro de tres días 'Amor estrictamente prohibido', de Hans Moser. Pero el gran éxito de carcajadas corresponde desde hace poco tiempo a 'Paraíso de solteros', con Heinz Rühmann, y 'La suegra inteligente', con Ida Wüst, Georg Alexander y Rosita Serrano. La radio apenas se puede soportar: continuamente se transmiten marchas militares y discursos. De vez en cuando hay llamadas telefónicas que denuncian la presencia de aviones enemigos y suena la alarma aérea. Entonces hay que salir corriendo hacia los refugios. Y quedarse sentado sobre el reducido equipaje, esperando a que cese la alarma. Luego, vuelta a la superficie y a casa. Por el momento no ha pasado nada. Todo esto tiene una ventaja: se aprende a conocer a los demás. Se habla más que antes con la gente».

Vera esboza una sonrisa y dice que ya es hora de regresar. Pago, mientras veo a Szepanski que corre hacia nosotros: «Bueno, que se diviertan». Luego, mira a su alrededor con aire de precaución y sugiere quedamente: «Disfrutad de la guerra, que la paz será temible, como dicen muchos...»

Por la noche salimos Vera y yo. Fuimos al «Delphi», cerca del zoo. Nos había invitado mi primo Hans-Werner Mendelsohn. Seis semanas antes le habían movilizado. Cuando estaba a punto de llegar al frente polaco se le licenció. Ahora estaba deseoso de dejarse ver en mi compañía. No tuve más remedio que volver a ponerme el uniforme. Era curioso observar el aspecto de las calles. Por primera vez paseaba por una ciudad en tinieblas. Los escaparates parecían muertos. Sólo de vez en cuando se apreciaba un rayo de luz. Los autobuses y tranvías ofrecían el aspecto de coches fúnebres. Varios puntos luminosos avanzaban a nuestro encuentro. «Luciérnagas», definió Vera. Sí, eso parecían. Eran fumadores de cigarrillos. En algunas esquinas los bordillos estaban pintados con colores ▷







Las damas berlinesas de 1939 dedican más tiempo a «ir de escaparates» que a permanecer en sus casas. Por el momento, los almacenes están aún abarrotados de prendas... y la «cartilla de la ropa» (arriba) tiene cupones y más cupones con que satisfacer los sueños de consumo.



Los coches de la policía aprestan sus sirenas para un simulacro de alarma. Los aparatos deben estar listos para la alerta si se llegara a producir una verdadera emergencia (arriba).

Título original: «Mira esta maravillosa combinación». «Oh, querida –aquí, un suspiro–, por desgracia solamente voy a comprarme unas medias... Piensa en la cartilla de la ropa. Pero, bueno, no perdemos nada por preguntar en la tienda...» (abajo a la izquierda).

fosforescentes. De una casa de la Wilmersdorferstrasse partió, desde el tercer piso, un raudal de luz intenso como el de un día claro. En la ventana apareció una mujer, que gritó: «Que llegues bien a casa, abuela». «Fuera luceees», voceó un hombre. En cuestión de décimas de segundo la ventana volvió a cerrarse. «Esto es como el patio del cuartel», susurré a Vera y al tiempo traté de vislumbrar los rasgos de su cara. «Sí, desde luego. La patria tiene que obedecer. La orden es mantener la oscuridad, señor cabo».

En el «Delphi» nos esperaba ya Hans-Werner. Había logrado reservar una mesa. Orgulloso como un español vino a nuestro encuentro. Nos sentamos. De repente elevó tanto el tono de voz, que otros clientes le apostrofaron: «Pero hombre de Dios, que ya no eres un estudiante de la primaria...» Con un gesto le hice callar. «Venga, bebamos algo». Se acercó el camarero, correctamente vestido, como en los tiempos de la paz más absoluta. Me tendió la carta de los vinos y yo la abrí, mientras Hans-Werner preguntaba: «¿Hay algo suprimido?» El camarero negó. «Espero que todavía tarde un poco. Sin embargo necesitamos valor para poder llevar todo con resignación... si es que la cosa va a más».

Encargamos las consumiciones. El camarero trajo dos botellas de vino. Mostró las etiquetas y, una vez abiertas, me sirvió una prueba. Tenía un paladar excelente. El camarero siguió hablándonos, aunque yo era el destinatario principal de sus comentarios: «En el informe del Ejército se dice que los polacos han declarado a Varsovia fortaleza...» Una vez llenos los vasos, el camarero se marchó. «¿Qué quiere decir eso de fortaleza?», preguntó Vera. «Significa –dije yo– que la ciudad puede ser bombardeada: hasta ayer era una ciudad abierta...» «Bueno, salud», añadió Hans-Werner alzando el vaso. Unimos los nuestros al suyo y brindamos. Pero el primer sorbo no me supo tan bien como el de la prueba. Bailé con Vera. La música y la proximidad de la muchacha disiparon mis pensamientos sobre Varsovia. Permanecimos dos horas en el lugar, nos divertimos, bailamos...

Luego nos despedimos de Hans-Werner. En la Mommsenstrasse vimos una aglomeración. La policía había detenido a un individuo. Le había sorprendido provisto de pinceles y botes de pintura. Su delito era haber trazado sobre una pared un letrero insultante: «*Führer*, ordena: nosotros cargaremos con las consecuencias». La masa de curiosos se mostró inquieta, desconcertada. Hasta que una voz rompió la turbación: «Pobre cerdo, va a terminar criando malvas».

Quien hizo el comentario era un hombre de unos cincuenta años, calvo y provisto de anteojos. Un tipo alto se volvió hacia él y refunfuñó: «Creo que la cosa está clara, o ¿tiene usted algo en contra?» El interesado dio la callada por respuesta. De pronto alzó un cubo del suelo: «Adivine qué hay aquí dentro...» El grandote miró al interior y trató de zarandear al otro mientras le acusaba de complicidad.

El calvo levantó la tapa y mostró a todos el contenido. El cubo estaba repleto de pepinos. «Es por si vienen aún tiempos peores, ¿comprenden?» Humor agridulce. La fascinación había desaparecido. La gente terminó por perderse en las sombras. Después de andar algunos minutos nos encontramos ya en la Olivaer Platz. Al pasar por una valla de anuncios me llamó la atención un cartel. «Fue una embriagadora». Apreté a Vera contra mí.

Por la mañana bajé a la calle en busca de panecillos. Naturalmente, con mis cupones. Por todas partes se veían colas de gente: ante la carnicería, delante de la lechería, frente a un comercio de alimentación. Dos mujeres de edad aparecieron provistas de sus respectivas sillas de tijera. Al pasar oí que una de ellas comentaba: «Mujer prevenida vale por dos. Es que no puedo estar de pie como los demás...» Hoy es mi día «telefónico». Llamo a familiares y amigos. Creo que deben saber que he vuelto. Todos se alegran. Pero todos ellos terminan por preguntar qué va a ocurrir ahora. «En el occidente ya ha empezado el jaleo». «Los bombarderos alemanes han alcanzado a buques ingleses». «También han derribado aviones franceses». «Con tal de que no aparezcan pilotos enemigos sobre Berlín... Qué terrible esta alarma aérea. Pero, por fortuna, hasta ahora sólo hemos tenido que soportar falsas alarmas».

Tampoco yo podría decir más: esperar y tomar té. Los berlineses siguen con sus visitas constantes a los cines, a los cabarets, a ver operetas. Se encuentran en los locales de diversión. Necesitan salir de las cuatro paredes de sus casas.

El hombre necesita la variación.

Por la tarde voy a buscar a Vera a su oficina y decidimos quedarnos en casa. He comprado unas chuletas, dos exactamente, y sin cupones. La carnicera me las ha dado aprovechando que no había nadie en la tienda. La carne se va asando en la cocina cuando faltan pocos minutos para las ocho de la noche. De pronto se oye el zumbido penetrante de la alarma aérea. Vera y yo abandonamos la casa más que de prisa. En la escalera del edificio todo transcurría sin dificultades. Cuando llegamos al sótano, el resto de los vecinos ya estaba allí. Algunos se habían colocado en las espaldas las defensas antiaéreas, consistentes en bolsas inflables. Los Hekrens estaban provistos de máscaras antigás. Una mujer joven, a la que yo conocía, trató de abrir la puerta del refugio, pero nuestro jefe de bloque, que lucía su brazalete con los símbolos del partido, se lo impidió enérgicamente. Para evitar que se repitiera el intento se quedó delante del dintel. Los refugiados se mantenían en cuclillas y en el más absoluto silencio, esperando que ocurriese algo.

Así pasaron unos veinte minutos, hasta que oímos el final de la alarma: un sonido enloquecedor, intenso y prolongado. Abandonamos el sótano, mientras nuestras cosas se quedaban en él. Así lo había dispuesto la comunidad de vecinos. Pechel, el vigilante, dijo entonces muy orgulloso: «Gracias por su disciplina. Heil Hitler!»

Hubo quien reaccionó ante sus palabras respondiendo simplemente «buenas noches». En la calle, miré hacia el firmamento. Arriba brillaban las estrellas... □



William Lawrence Shirer

Diario

Godesberg, 22 de septiembre de 1938

Chamberlain y Hitler han estado reunidos esta tarde durante tres horas. La conversación continuará mañana. Al despedirse parecían los dos extraordinariamente satisfechos. Chamberlain se sintió orgulloso y emocionado por los aplausos que le prodigó un grupo de las SS que hacía guardia en la puerta. Una claque de encargo que complacía su vanidad. Nuevo Gobierno en Praga. Primer ministro, el duro y obstinado general Jan Syrovy, inspector del Ejército. Es posible que ahora los checos se decidan por la acción.

23/24 de septiembre de 1938, 4 de la madrugada

Después del sorprendente día de hoy, la guerra parece muy cercana. Los corresponsales franceses e ingleses abandonan el terreno en dirección a la frontera belga u holandesa. Reina toda la impresión de que Hitler ha dado a Chamberlain una puñalada por la espalda. Le ha traicionado. Chamberlain, el viejo búho, se siente profundamente herido por ello. Durante el día ha permanecido enfadado en sus aposentos del Petershof, arriba en el Petersberg, al otro lado del Rhin. Se niega a cruzar el río para entrevistarse otra vez con el dictador. Por la tarde ha enviado a su «consejero de confianza», sir Horace Wilson, y al embajador en Berlín, sir Neville Henderson (los dos estarían dispuestos a vender a Checoslovaquia por cinco centavos) a presencia de Ribbentrop.

El resultado ha sido una nueva entrevista Hitler-Chamberlain para las diez de la noche. Este último encuentro ha terminado a la una de la mañana sin acuerdo alguno. La guerra parece inevitable, pese a que no he podido reconocer el menor indicio de malhumor en el rostro acartonado de Chamberlain al pasar por delante de mi estudio. Hitler tampoco parecía preocupado. Los alemanes, sin embargo, se muestran un tanto turbados a medida que se dan cuenta de que tienen que afrontar una guerra. Turbados y, al mismo tiempo, fuera de sí. En el momento en que iba a empezar mi emisión se han presentado en el estudio Goebbels y Hadamovsky, y nos han prohibido a Jordan y a mí radiar otra cosa que no fuera el comunicado oficial. Breve cena en el hotel Dreesen. Goebbels, Ribbentrop, Göring, Keitel y otros muchos jefazos nazis, entran y salen como si hubieran recibido un martillazo en la cabeza. Me sorprende, porque ésta es la guerra que deseaban. Ellos son quienes la han preparado.

La decepción de Chamberlain debe interpretarse así: quería entregar los Sudetes a Hitler, pero a la manera británica. Con una misión internacional encargada de vigilar el desarrollo de la operación.

Berlín, 24 de septiembre de 1938

He aquí mi información sobre los acontecimientos de la jornada:

...En Bad Godesberg reina una cierta confusión. Pero, vistas desde Berlín, las cosas se presentan de la siguiente manera: Hitler ha exigido a Checoslovaquia que, a más tardar, el sábado 1 de octubre, entregue el territorio de los Sudetes a Alemania. Chamberlain se ha comprometido a dar a conocer a los checos esta exigencia alemana. El hecho de que el jefe del Imperio británico se haga cargo de tal misión, se interpreta aquí y posiblemente también fuera de aquí, como un signo de que Chamberlain respalda a Hitler.

Por este motivo el alemán medio, la gente con la que he hablado tanto en Berlín como en Colonia, piensa que se salvaguardará la paz. ¿Cuál creen ustedes que es el nuevo lema esta noche en Berlín? Aparece en todos los periódicos. Helo aquí: «Con Hitler y Chamberlain, por la paz». Y el «Angriff» escribe a este propósito: «Hitler y Chamberlain laboran día y noche en favor de la paz».

Berlín es, por tanto, optimista. Cree en la paz. Resulta imposible comunicar con Praga: ni por telégrafo, ni por teléfono. Todas las comunicaciones están interrumpidas. Gracias a Dios existe la emisora checa de onda corta.

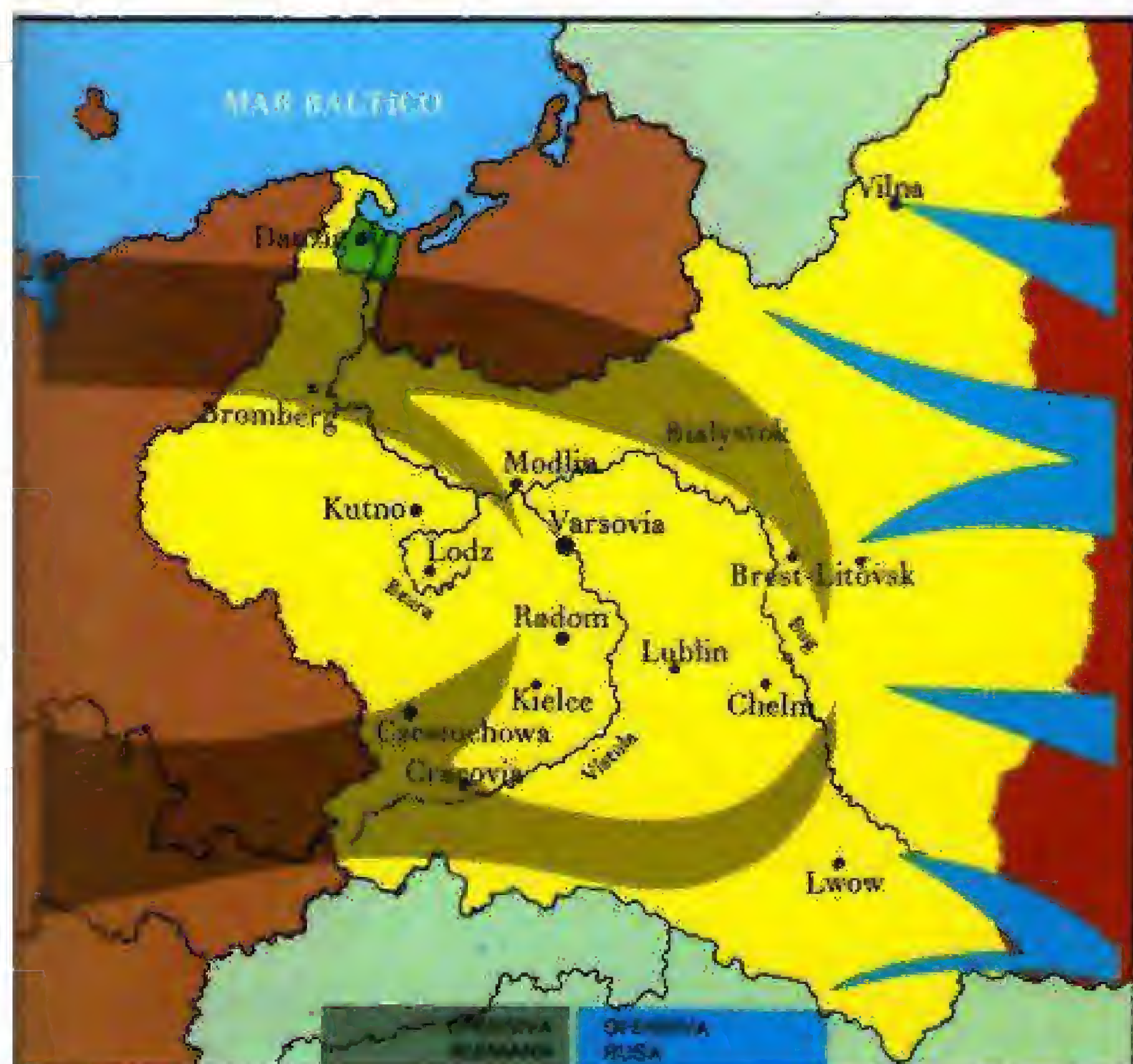
Munich, 30 de septiembre de 1938

¡Todo superado! Treinta minutos después de la medianoche, Chamberlain, Hitler, Mussolini y Daladier han firmado el tratado por el cual Alemania se hace cargo del territorio de los Sudetes. De esta manera las dos «democracias» ayudan a Hitler a salirse con la suya, con lo que tan fanfarronamente pregonara en el Palacio de Deportes. El sábado, 1 de octubre, comenzará la ocupación alemana, que deberá terminar el día 10. Hitler recibe cuanto pide. En este caso con un par de días de retraso. Sus diez breves días de espera han salvado la paz de Europa. Un comentario asombroso sobre este continente enfermo y debilitado. Por lo que he podido observar en las últimas veinticuatro horas, ni Daladier ni Chamberlain han presionado lo más mínimo sobre Hitler, ni le han arrancado la menor concesión. No se han entrevistado ni una vez a solas. No han intentado formar un frente democrático contra los dos césares, pese a que ambos dictadores, por su parte, se habían preparado a conciencia en Kufstein para esta negociación.

París, 8 de octubre de 1938

París está horrible. Pasada la alarma, nadie tiene la menor idea de lo sucedido. En «Fouquet» o en «Maxim's», los banqueros y las gentes de negocios dejan correr el champán a raudales. Se bebe «por la paz». E incluso los camareros y los taxistas, que siempre se han distinguido por su saludable sentido común, se muestran contentos de que el peligro de un conflicto haya pasado.

Con la primera Guerra Mundial tuvieron bastante. Sería estupendo que los alemanes pensaran lo mismo. Pero no piensan así. ¿A dónde ha ido a parar el valor francés del Marne y Verdún? En el Quai d'Orsay nadie sabe nada de la Alemania moderna. Los socialistas franceses son pacifistas a ultranza; la derecha francesa –con la excepción, por ejemplo, de Henri de Kerillis– es fascista o derrotista. A esta Francia no la entiendo en absoluto. Tanto Ed Murrow como yo sentimos cierto malestar. Ningún champán, ningún paseo, logra distraernos. Los dos estamos de acuerdo en una cosa: en que nunca la guerra ha estado tan cerca, en que muy posiblemente estallará apenas pase el otoño próximo. Es casi seguro que la próxima víctima en la lista de Hitler sea Polonia. □



Así penetraron las tropas alemanas (mapa grande). Confiando en que se mantendría el pacto de no agresión con la Unión Soviética, firmado en 1932 para un período de diez años, los polacos dejaron prácticamente indefenso el flanco oriental y desplazaron casi todas sus tropas a la frontera occidental con Alemania, distribuidas proporcionalmente. Aquello fue un error táctico, ya que el grueso de las tropas atacantes apenas encontró resistencia enemiga. Con todo, los polacos no esperaban que el ataque alemán se produjese en tres direcciones (sur, oeste y norte). El mapa de la izquierda refleja la maniobra alemana en doble tenaza y el ataque ruso del 17 de septiembre. El diezmado Ejército polaco se vio así entre dos frentes. Stalin había declarado nulo el pacto de no agresión establecido con Polonia porque, a su modo de ver, el Estado polaco había dejado de existir. En consecuencia se sentía obligado a penetrar en su territorio para «defender» a los rusos blancos y ucranianos.

WALTER GÖRLITZ

GUERRA RELAMPAGO CONTRA POLONIA

El despliegue alemán desarrollado durante la ofensiva contra Polonia fue impresionante. Los polacos no estaban en condiciones de contrarrestar las modernas armas de los agresores, los «Stukas», los carros de combate, la artillería pesada.

Las tropas alemanas avanzan sobre Polonia.



El aire se ha vuelto pesado e irrespirable. Cae una débil llovizna. La noche del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1939 es impenetrable y no se divisa ni una estrella. Las tropas alemanas aguardan por doquier, a lo largo de la sinuosa frontera germano-polaca, desde la Alta Silesia hasta las costas bálticas del Este de Pomerania y el Sur de la Prusia Oriental. Los soldados se mantienen a la expectativa en sus posiciones: a las 4,45 debe comenzar el ataque contra Polonia.

La luz de una linterna ilumina un reloj de pulsera: las 4,30. Todavía quince minutos de espera. Al fin llega el momento señalado. De pronto se oye el disparo de un cañón, luego el silbido del proyectil y el fragor de la explosión. Es la señal dada por la artillería pesada alemana...

«Decisión inamovible»

A primeras horas de la mañana se encontraba en torno a la mesa de mapas el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos (H. Gr.) Sur, presidido por el general von Rundstedt y el jefe de operaciones, general von Manstein. Su cuartel de mando se había montado en el convento de la Santa Cruz, cerca del río Neisse. El 31 de agosto se fijó como «Día Y», la fecha del 1 de septiembre. «Y» significaba «agresión a Polonia sin previa declaración de guerra». El 25 de agosto se había señalado el ataque para el día 26, pero por motivos políticos la orden se anuló definitivamente el mismo 25. Este cambio de planes obligaba ahora al viejo Rundstedt y a su jefe de Estado Mayor a esperar hasta la medianoche, por si el *Führer* decidía cambiar de nuevo su «decisión inamovible». Del Alto Mando de Zossen, cerca de Berlín, no llegaba ninguna contraorden. Allí aguardaban el comandante en jefe del Ejército, von Brauchitsch y el jefe del Estado Mayor, general de Artillería Franz Halder, junto con la alta oficialidad del Grupo de Ejércitos Sur, que llegase alguna noticia del frente a las frescas habitaciones de la casa de formación de misioneros católicos en que se albergaban...

En los partes correspondientes al 1 de septiembre se anotó: La *Wehrmacht* ha emprendido «la salvaguardia activa del Reich» y ha iniciado la «contraofensiva»...

El general von Rundstedt, de 64 años, al que se había llamado de su retiro, y su jefe de Estado Mayor, analizaban las operaciones sobre los mapas. Su Grupo de Ejércitos se aproximaba, con tres Ejércitos, desde el sur hacia el norte: el 14, el 10 y el 8, con un total de 886.000 hombres. El Ejército 14, cuya ala derecha se extendía por el Este de Eslovaquia, habría de ocupar las posiciones fronterizas polacas de la Alta Silesia oriental y penetrar en la Galitzia hasta las orillas del San. El Ejército 10, integrado por Divisiones acorazadas y motorizadas y dotado de 300.000 hombres al mando del general von Reichenau, y el Ejército 8, el más débil, en el ala izquierda, deberían partir de Silesia. El Ejército 10 había recibido la orden de penetrar 300 kilómetros, hasta el Vístula. Se pretendía que ambos cuerpos armados se enfrentasen con el enemigo a orillas de este río, y tras la batalla, avanzasen hacia el este.

En la parte septentrional se situaba el Grupo de Ejércitos Norte –en total 630.000 hombres mandados por el general von Bock– con dos Ejércitos: el Ejército 3, en Prusia Oriental, y el Ejército 4, en el Este de Pomerania. Su cometido era el de aniquilar, desde el este y el oeste, la resistencia de las fuerzas polacas en el corredor (hasta 1918 de Prusia Occidental), establecer un nexo entre el Reich y la Prusia Oriental y facilitar así la conexión con el ala izquierda de la Prusia del Este, sobre el Narew y el Bug, que se situaría a espaldas de las tropas polacas.

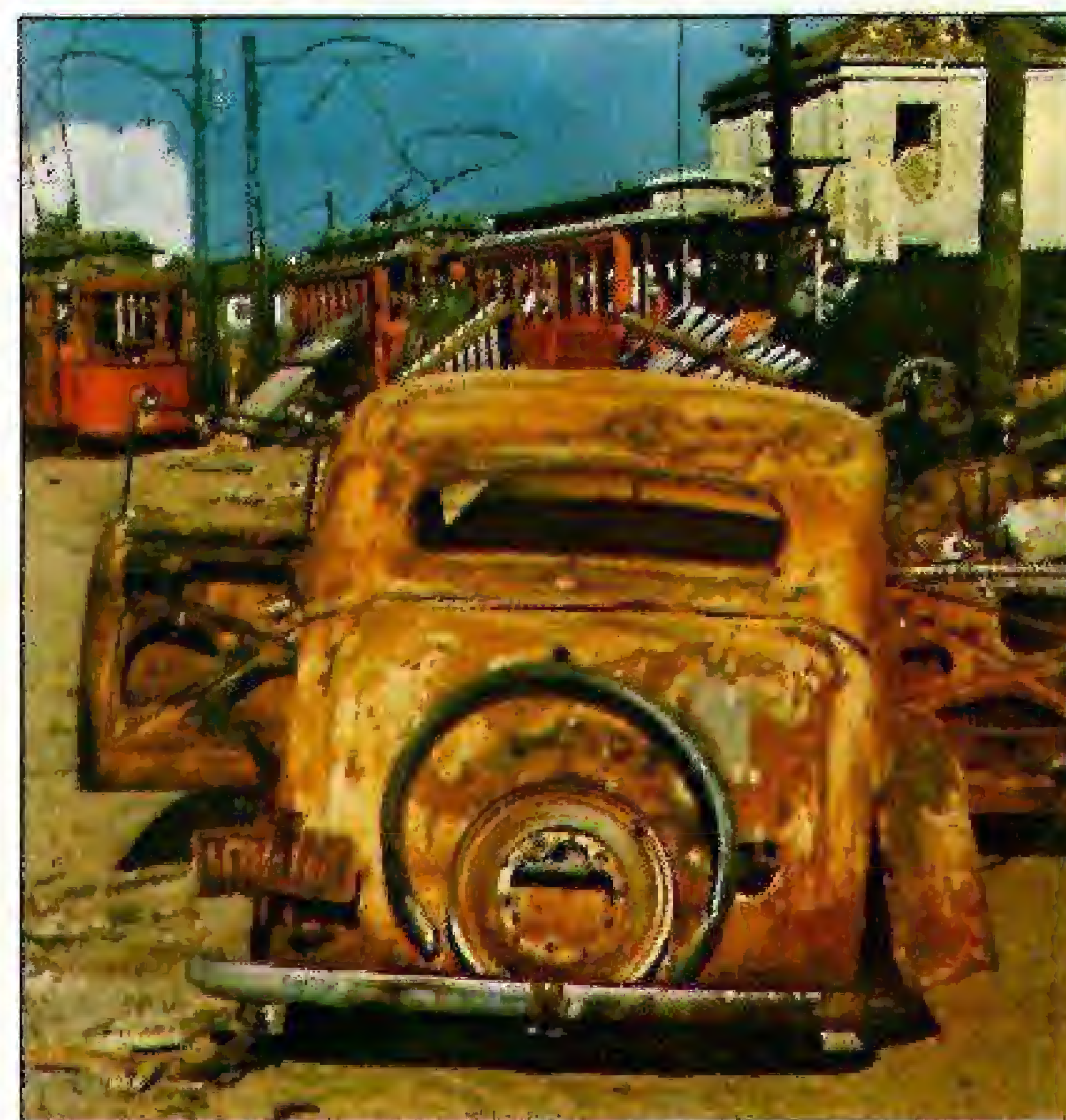
En el mapa de la página 141 aparece reproducida la maniobra en doble tenaza llevada a cabo por el Ejército alemán. El ataque desde Prusia Oriental sobre la retaguardia de los polacos fue una idea de Hitler. Por lo demás, aquel mismo mes el *Führer* había cedido al Alto Mando del Ejército la dirección de la contienda: ¿sería la única vez, en la gran guerra que comenzaba?

Falta una imagen clara

¿Y el enemigo? Ni Brauchitsch, ni Halder, ni Rundstedt, ni Manstein tenían una idea clara sobre la movilización y efectivos en cada uno de los sectores del Frente. Polonia disponía de más de 38 Divisiones de Infantería en pie de guerra, 11 Brigadas de Caballería (¡orgullo de aquel Ejército casi feudal!), dos Brigadas motorizadas, y las unidades del cuerpo de fronteras. Unos 3.200 carros de combate alemanes, tan sólo encontrarían la resistencia de 600 vehículos acorazados polacos y algunos Renault y Fiat-Ansaldo modernizados. En cuanto a las fuerzas aéreas que se enfrentaban, para los polacos la situación era desesperada.

La 4.ª *Luftflotte* alemana (Grupo de Ejércitos Sur), y la 1.ª (Grupo de Ejércitos Norte) disponían en total de 3.234 aparatos de los tipos más modernos, entre ellos los nuevos cazas en picado,





Varsovia resistió al máximo el ataque alemán. En la foto superior, soldados alemanes en sus posiciones ante la ciudad. Abajo, coches y tranvías destruidos entre los dos frentes de combate.



Cómo supieron que había estallado la guerra

A las cinco de la mañana el general polaco Wladyslaw Anders se elevaba en su avión, no lejos del lugar en que se librara, en 1410, la batalla de Tannenberg. El general, muy cultivado, recordó una vez más: «Aquella fue una victoria indiscutible de los polacos sobre los caballeros alemanes». El general tenía ocasión ahora de observar bombarderos alemanes, «incluso en formación de V, como las grullas en su emigración hacia el sur». Cuando a las seis de la mañana comenzaron a caer bombas alemanas sobre la estación de Varsovia, el ministro polaco de Asuntos Exteriores, coronel Józef Beck despertó sobresaltado. Apenas quince minutos después, cuando el jefe de Estado Mayor Waclaw Stachiewicz llamó por teléfono, se enteró oficialmente de la situación: «Las operaciones militares acaban de iniciarse». Hacia las ocho, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, tenía ya noticias de lo ocurrido. «Una voz lacónica» –la del director de la Agencia de Prensa Havás–, le informó por teléfono, y cuando Bonnet habló con el primer ministro, Edouard Daladier, éste no pudo creer lo que oía.

A las diez, el general británico sir Edmund Ironside, que en caso de guerra debería asumir el mando de las tropas del Imperio, se enteró finalmente de los hechos. Winston Churchill, que por entonces no ocupaba ningún cargo oficial, pero gozaba de un amplio prestigio en la Cámara Baja, clamaba desde Westerham: «Están avanzando». El general Ironside informó inmediatamente al jefe del Estado Mayor británico, general John Viscount Cort, «que no podía dar crédito a lo que le decía», y le pidió que informase al ministro de la Guerra, Hore-Belisha, porque «aún no estaba enterado». La pregunta de Ironside era siempre la misma: ¿Cómo ha podido ocurrir?» □

mientras que los polacos tenían solamente 842 aviones.

En 1938 el director de la academia militar polaca, general Kutrzeba, había trazado un plan. Según éste, había que defender encarnizadamente la región comprendida entre la zona industrial de la Alta Silesia, el Vístula y el Warta como medio de reducir la influencia de Berlín sobre el espacio de Poznan. La línea aérea Poznan-Berlín cubría 240 kilómetros. En marzo de 1939 aquel plan fue ampliado y trivializado. El mariscal Rydz-Smigly, jefe supremo del Ejército polaco y al tiempo máximo dirigente político de una República en permanente dictadura militar, pretendía defender la línea del Narew, al norte, un corredor prácticamente indefendible. De acuerdo con este plan, en agosto de 1939, ocho Ejércitos o grupos de operaciones de diversa magnitud –el mayor Ejército en la zona de Poznan– quedaron en situación de marcha o concentración, y a ellos se unirían tres Ejércitos de reserva. La frontera oriental con la Unión Soviética quedaba desguarnecida. En Varsovia se conocía, lógicamente, el pacto germano-soviético de no agresión, firmado el 23 de agosto de 1939, pero desde 1932, Polonia disponía ya de un tratado similar con Moscú. Lo que no conocían ni el mariscal ni el Gobierno era la existencia de un protocolo secreto aplicable en caso de una guerra entre Alemania y Polonia. Pero los militares alemanes tampoco tenían noticia de tal protocolo.

El ataque se desarrolla con normalidad

En el cuartel general de Zossen, cerca de Berlín, el general Halder anotó con gran perspicacia el 31 de agosto: «No se puede excluir que los rusos marcharán sobre nosotros si tienen ocasión». ¿Existiría realmente esta ocasión?

En su albergue, en el convento a orillas del Neisse, Rundstedt y Manstein se preguntaban cómo se «desarrollaría» la operación. El Ejército se había formado precipitadamente, los jóvenes oficiales y soldados carecían de experiencia bélica. La participación en la lucha de carros controlados por radio era algo que aún no se había ensayado prácticamente. Las horas se iban sucediendo. «La tensión alcanzará su punto máximo cuando llegue la primera noticia», escribía Manstein. Sorpresa número uno: la niebla impidió el ataque aéreo contra la aviación y la red de comunicaciones de Polonia, previsto para el 1 de septiembre. La mayor parte de los aparatos de la 4.ª *Luftflotte*, en el sur, pudieron despegar, mientras que la 1.ª apenas logró movilizar el treinta por ciento de sus efectivos. A pesar de todo, en la casa conventual a ▷

orillas del Neisse, los nervios se relajaron. El ataque se desarrollaba con normalidad...
En el norte, el general Heinz Guderian, creador de las modernas fuerzas acorazadas alemanas y defensor de la importancia de los carros blindados en la decisión de la batalla, avanzaba al frente del XIX *Panzerkorps* desde la Pomerania Oriental a lo largo del «corredor», en dirección al Vístula. Guderian se había hecho preparar un vehículo oruga como carro de órdenes y recorría el camino hacia la 3.ª *Panzerbrigade*. Una granada polaca explotó a cincuenta metros de él. Guderian ordenó al conductor que girase. El soldado se puso nervioso y fue a dar con el carro de órdenes en una zanja: el eje anterior del vehículo quedó combado. El «rápido Heinz», hombre propenso a la cólera, se puso terriblemente furioso. Por lo pronto tendría que ordenar que le dispusiesen un nuevo carro como puesto de mando.
A las puertas de Gross-Klonia la niebla empezó a levantarse y apareció el sol dorado de septiembre. Gross-Klonia, comentó Guderian, había sido antaño patrimonio de su bisabuelo, el barón Hiller von Gärtringen. Los cañones contracarros polacos abrieron fuego, alcanzando a algunos vehículos alemanes, las primeras víctimas. Como consecuencia del ataque murieron un oficial, un cadete y ocho hombres. Guderian volvió a colocarse en cabeza. Cuando por la noche se reunió en consejo, escuchó un informe según el cual una de sus dos Divisiones motorizadas, la División 2 de Pomerania, se hallaba detenida ante las posiciones polacas, bien fortificadas y defendidas. Su comandante quería retroceder, temiendo el ataque de la caballería enemiga. Guderian se quedó, según propia expresión, «sin habla». Después gritó al general: «¿Es cierto lo que he oído? ¿Es verdad que los granaderos pomeranos retroceden ante la caballería enemiga»?

«Sin ganas de luchar»

El 2 de septiembre de 1939 se reanudó el ataque. Un tren blindado cruzó vertiginosamente hasta Konitz. La Brigada «Pomorska» de la caballería polaca, entró a la carga y atacó con arma blanca y furia incontenible a los carros de la División acorazada 3 berlinesa y, naturalmente, se retiró muy diezmada. El Ejército de Pomerania, mandado por el general Bortnowski, fue castigado con dureza en el «corredor», y muy pocos de sus soldados lograron ponerse a salvo dirigiéndose hacia el sur. Al tiempo se producían determinadas dificultades de principio en el Ejército 3, que operaba en la Prusia sudoriental





Arriba: soldados alemanes durante una pausa en la lucha. Queda tiempo para un trago y un cigarrillo antes de regresar al combate.

Arriba, a la izquierda: bombarderos en picado («Stukas») apoyan el ataque de las tropas de tierra. El «Stuka» alteró profundamente el criterio de la guerra. Sus proyectiles podían alcanzar objetivos pequeños y, además de bombardear, estaban preparados para atacar con toda precisión a los carros de combate.

Izquierda: el viejo crucero «Schleswig-Holstein» cañonea las posiciones polacas. Los polacos acabarían rindiéndose y el puerto militar de Gdynia quedó bloqueado.

al mando del general von Küchler. El ataque de la Infantería se detuvo ante las líneas fortificadas polacas en la zona de Mlawa, y esto a pesar de la asistencia de la artillería, unidades acorazadas y fuego aéreo. Tras haber roto la resistencia polaca en el «corredor», debería alcanzarse el objetivo mediante una maniobra envolvente.

El Ejército 10 gozaba el 1 de septiembre de un tiempo otoñal suave y soleado. Al día siguiente, 2 de septiembre, y en las fechas sucesivas, la aviación alemana se alzó con el dominio absoluto del espacio aéreo polaco. Fue una etapa decisiva para Manstein. «Polonia no estaba todavía preparada para la defensa. Se encuentra sin ganas de luchar», anotó Halder en su diario. ¿En qué podía confiar aún Polonia? Según los acuerdos militares franco-polacos del 19 de mayo de 1939, Francia se obligaba a participar al lado de sus aliados quince días después de un ataque alemán. El ataque de las fuerzas francesas debería producirse en la frontera occidental del Reich. El domingo 3 de septiembre, París y Londres declararon la guerra a Hitler. ¿Y qué ocurrió después? Nada, sencillamente. El mismo día Hitler se trasladó al frente en su «tren de mando», como el gran señor que visitara sus tropas en el campo de batalla en los tiempos del Imperio. El cometido de Brauchitsch y de Halder, y de los generales Rundstedt y Fedor von Bock, todos ellos señores de la vieja escuela, era hacer la guerra... y en esto desconfiaban del *Führer*. Se mostraban celosos de su oficio. Hitler vestía ahora uniforme militar, y en su discurso del 1 de septiembre ante el Reichstag había pronunciado aquellas fatídicas palabras, dignas de toda consideración: sólo se quitaría el uniforme tras la victoria o «no llegaría jamás a vivir el fin» de las operaciones...

La victoria parecía inminente. El mariscal polaco, Edward Rydz-Smigly, perdió todas las perspectivas. Danzig quedó ocupado; la presencia polaca en el Westerplatte, la planicie occidental terminó en claudicación tras el ataque del veterano buque *Schleswig-Holstein* al puerto militar polaco de Gdynia. La región industrial del Este de la Alta Silesia y la milenaria ciudad real de los monarcas de Polonia, Cracovia, fueron conquistadas por el Ejército 14 alemán. Reichenau, al frente del Ejército 10, avanzaba hacia el Vístula, al sur de Varsovia. El 8 de septiembre se vieron en los suburbios de la capital las primeras unidades acorazadas y las primeras patrullas alemanas, de la División 4. El mariscal y el Gobierno se habían trasladado dos días antes a Lublin. Allí donde hay un polaco la lucha es encarnizada y valiente, pero sus Ejércitos, que hacen la guerra por su cuenta, no pueden resistir más. El 9 de septiembre de 1939 se produce el primer gran cerco de la segunda Guerra Mundial, en los alrededores de Radom. Siete divisiones polacas quedan aniquiladas y Reichenau informó de la captura de 60.000 prisioneros de guerra polacos y 130 cañones. Rundstedt y Manstein adelantaron en territorio enemigo sus puestos de mando y los establecieron en Lublinitz. El frente quedó en silencio. Al tiempo llegaban algunos visitantes, con misiones especiales encomendadas por el *Führer*: la actriz y directora cinematográfica Leni Riefenstahl y un grupo de cámaras. El *Führer* ha dispuesto que filme la victoria sobre Polonia esa dama cuya belleza admira Manstein y cuya «impedimenta de lucha cuerpo a cuerpo» describe él mordazmente: túnica, calzones, botas altas y flexibles y pistola en bandolera. Manstein la acompañó al despacho del gruñón Rundstedt, que se sintió perplejo ante la ocurrencia del «austríaco provinciano», como solía llamar a Hitler. La dama quedó confiada al «I a», oficial especializado en hacer estimaciones sobre la situación del enemigo, en este caso un bávaro cuya voz áspera y potente resonaba por toda aquella especie de asilo de sordomudos en que se había convertido la línea de fuego. El bávaro tuvo una idea genial: enviar a la diva y a su equipo de filmadores al general von Reichenau, a Konskie. Reichenau, rechoncho, deportivo, con su monóculo, no era en modo alguno desdeñoso para lo relacionado con el mundo femenino. «Era el más atractivo de los mariscales alemanes», comentó la canzonetista francesa Lucienne Boyer en París. Lógicamente, él conocía a la Riefenstahl.

Baño de sangre en Konskie

A las puertas del cuartel general del Ejército de ocupación, en Konskie, se produjo un terrible suceso. Durante la marcha de las tropas alemanas se habían cruzado algunos disparos aislados. La tropa germana se puso nerviosa. Un oficial de antiaéreos ordenó entonces que se disparase a discreción sobre la masa humana congregada en la plaza del mercado y se produjo un verdadero baño de sangre. Reichenau reaccionó violentamente contra aquella matanza: degradó al oficial y lo sometió a un consejo de guerra. Los nervios de la Riefenstahl no estaban hechos para situaciones como ésta y desapareció más que de prisa del escenario de la guerra.

El absurdo incidente de Konskie pertenece a las páginas más luctuosas de esta guerra.

Mientras Hitler, en tren o en avión, se trasladaba de un lado para otro en visita técnica a unidades militares y Estados Mayores, el comandante en jefe del Ejército se dirigía por su parte el 9 de septiembre hacia el frente. El general Brauchitsch evitaba así por todos los medios encontrarse con su *Führer*. Pretendía informarse personalmente sobre las condiciones de las tropas y para ello no precisaba de «aficionados». Una imagen, en verdad, insólita. Se pretendía jalonar los frentes para delimitar el interior. Cuando Brauchitsch realizó su inspección, se bosquejaba ya en el interior de Polonia la decisión definitiva. Hasta este momento el potente Ejército ▷

de Poznan, cinco Divisiones de Infantería y dos Brigadas de Caballería, se mantenía entre dos frentes alemanes. El comandante supremo, general Kutrzeda, pidió permiso al mariscal para atacar los flancos del debilitado Ejército 8 alemán, especialmente el flanco izquierdo de Reichenau. Pero tuvo que permanecer donde se encontraba. Cuando se vislumbraba el cerco de sus tropas, en un amplio círculo, por los Ejércitos 10 y 8, en el Sur, y, en el Norte, por los efectivos del Ejército 4, al mando del general von Kluge, Kutrzeba dio la orden de ataque con el propósito de conquistar el Vístula y las fortificaciones de Varsovia o lograr un repliegue en dirección al sur.

«Papá Briesen»

El Ejército 8, mandado por el general Blaskowitz e integrado por dos Cuerpos (cuatro Divisiones) y dos Divisiones más, se encontraba en una situación sumamente difícil entre el 9 y el 10 de septiembre. La batalla tenía lugar en la zona desmilitarizada de Lodz, un importante centro textil en el que vivían numerosas familias alemanas. Parecía inminente el ataque a la ciudad. Entre las unidades que operaban en la zona se encontraba la División 30 de Infantería de Lübeck, al mando del general von Briesen, un joven y apuesto militar que había perdido el brazo izquierdo en la primera Guerra Mundial y ahora se encontraba herido en el derecho, aunque esto no le impedía mantenerse en primera línea, al frente de sus tropas. «Papá Briesen», como gustaban llamarle sus soldados, apareció así, con su figura arrogante y legendaria en la gran batalla del Bzura y de Kutnó.
Johannes Blaskowitz, un general muy introvertido, propenso al pesimismo, pidió a Rundstedt y Manstein un Cuerpo acorazado. Su solicitud quedó sin satisfacción. El mando no deseaba abandonar la maniobra de doble tenaza iniciada al oeste del Vístula.

«Qué pueblo tan valiente»

Rundstedt y Manstein prefirieron desplazar el escenario de la lucha hasta Kielce, donde podrían montar el cuartel general en el viejo castillo de los príncipes. Durante el viaje, los generales pasaron por Czestochowa, el famoso santuario de la Virgen Negra, patrona de Polonia. Los alemanes se habían propuesto, según la prensa extranjera occidental, destruir este centro de peregrinaciones. En aquel momento se habían reunido en la iglesia, a la luz de los cirios y envueltos en las nubes del incienso, algunos centenares de fieles, en su mayoría mujeres, ancianos y niños, para rezar fervorosamente por la victoria de las armas polacas. Los alemanes miraron en derredor y exclamaron: «Qué pueblo tan valiente y desdichado». El «mariscal de Polonia» ya no se encontraba con sus soldados sino que se aprestaba en Lublin a huir hacia Rumania... Rundstedt, un jefe militar y voluntarioso, asumió personalmente la dirección de las tropas en la gran batalla del Bzura. El Ejército 8 se detuvo. El enemigo corría en vano con una furia incontenible. Entonces Rundstedt ordenó el avance de dos Cuerpos del Ejército 10, mientras desde el norte se acercaban dos Cuerpos más. El anillo se cerró estrechamente en torno a nueve Divisiones polacas, parte de otras diez y tres Brigadas de Caballería. Hacia el 17 de septiembre de 1939 el cerco llegó a su fin. Ese día, a las 2 de la madrugada, sonó el teléfono en casa del jefe de la sección «Ejércitos Extranjeros Este», en el mando supremo de Zossen. El coronel Kinzel abandonó su sueño. Al aparato se anunció el agregado militar alemán en Moscú, general Köstring, y dijo lacónicamente: «Los rusos se movilizan». Kinzel, totalmente conmocionado, repuso: «¿Contra quién?» Los soldados no sabían nada de acuerdos secretos entre Hitler y Stalin en relación con el pacto mutuo de no agresión firmado el 23 de agosto. A las cuatro de la madrugada, el teléfono despertó al oficial de enlace del coronel von Vormann, en el tren de mando de Hitler, que en aquel momento se encontraba en la estación de Gogolin, en la Alta Silesia. De nuevo la breve notificación: «Los rusos atacan». Stalin justificaba su intervención apelando a la necesidad de defender a los rusos blancos y ucranianos instalados en territorio polaco. El Estado polaco, decía Moscú, había dejado de existir y, en consecuencia, la Unión Soviética no se sentía obligada por el pacto de no agresión establecido por Varsovia. Los rusos blancos y los ucranianos formaban así sus repúblicas federativas correspondientes y se aliaban con los rusos. Los polacos, por su parte, no podían resistir, al tener en el Este únicamente tropas fronterizas.

El Gobierno escapa

Cuando el general de las fuerzas fronterizas de Grodno tuvo noticias del avance del Ejército rojo, tomó un automóvil y salió a su encuentro. ¿Vendrían a su auxilio? ¡No! Tan pronto como los soldados rojos divisaron al general polaco y a su ayudante, dispararon sobre ellos. Finis Poloniae —era el fin de Polonia. El mismo 17 de septiembre, el mariscal, el jefe del Estado y el Gobierno en pleno huían a Rumania.
Al día siguiente, se acercaba ya el fin



Hitler conversa con el teniente general von Briesen («Papá Briesen»), que aparece herido.

de la tragedia a orillas del Bzura. Entre el 18 y el 20 de septiembre, 170.000 soldados polacos ingresaban en los campos de concentración, con ellos los generales Bortnowski y Kutrzeba. 320 cañones, 40 carros de combate y 132 aviones pasaron a manos del enemigo como botín de guerra. En el sur, el Ejército 14 había alcanzado entretanto Lwow, en la Galitzia oriental, y los importantes yacimientos petrolíferos de Drohobycz. Guderian por su parte, había conquistado en el Norte la enorme fortaleza de Brest-Litovsk.
En el tren del *Führer,* estacionado en Gogolin, el coronel von Vormann oyó cómo Hitler ordenaba al ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop, que refiriese a los soldados cuáles habían sido los acuerdos con Stalin... por supuesto sin consentir la menor beligerancia al agregado militar ni al Alto Mando del Ejército. Se había acordado una línea de demarcación ruso-alemana a lo largo del Pissa, en el norte, que atravesaba el Narew, tocaba el Vístula y terminaba en el San.
El propio Hitler urgía imperiosamente la toma de Drohobycz, sembrado de torres de sondeos petrolíferos. En Moscú, Stalin se volvió receloso. Los alemanes habían puesto su planta en Brest, en contra de lo convenido, y lo mismo ocurría respecto de Lwow. Los encuentros entre oficiales soviéticos y alemanes se desarrollaban en una atmósfera en la que, tras una cordialidad aparente, latía una enorme desconfianza mutua. En el Kremlin, Stalin llegó a una conclusión: «De acuerdo, que

¡Heil, señor camarada!

Noviembre de 1939 en la línea de demarcación germano-rusa

Primero de noviembre. Tres semanas llevamos ya aquí, junto al Bug, en el pueblecito de Orchowsk, no lejos de Wlodawa.
El paisaje aparece ya enteramente ruso. Al otro lado del Bug, y en toda la amplitud que abarcan los ojos, no se ve otra cosa que estepa, salpicada de algún que otro arbusto o un grupo de abedules. Una blanca capa de nieve lo cubre todo. Nuestro avance fue penosísimo. Las primeras nieves hacían de los caminos de tierra verdaderas pistas de barro. Nuestros vehículos pesados quedaban embarrancados. Nos veíamos obligados constantemente a dejarlos a un lado y tender nosotros mismos los pontones necesarios.
Al otro lado del Bug están las tropas rusas. Desde nuestras posiciones podemos ver claramente las suyas. Junto con estos rusos tendimos un puente sobre el río; una mitad nos tocó a nosotros, y la otra a ellos. De vez en cuando aparecía un intérprete y nos cambiábamos cigarrillos. Invariablemente nos saludaba con estas palabras: «¡Heil, señor camarada!».
El puente que se levantaba antes en el lugar en que construimos el nuestro fue montado por ingenieros alemanes de ferrocarriles, durante la primera Guerra Mundial. A su lado había restos de otro anterior, cuyos cimientos aprovechamos nosotros para tender el que hicimos. No lejos de él construimos una pequeña estación ferroviaria, un barracón de madera y una rampa de carga. Nuestros pontoneros prolongaron al tiempo el tramo de las vías hasta el mismo Bug.
Al amanecer nos hallamos a orillas del río, esperando la orden de avance. Todo el pueblo se ha concentrado para despedirnos. Me debato en medio de sentimientos contradictorios. Por una parte, todos nos alegramos, desde luego, de regresar a casa; pero por otra, a mí, personalmente, me cuesta marcharme. Me había acostumbrado al trato afable de los campesinos de Orchowsk. Contemplo una vez más esa estepa inmensa. Hacia el este la nieve resplandece, herida por el sol naciente. El Bug, tranquilo y silencioso, se desliza por su inmenso cauce.

Del Diario de Meinhart Freiherr von Guttenberg (1919-1943)





Arriba: el «Führer» en el frente del Este. En un tren hospital, que decidió visitar sin previo aviso, el «Führer» dirige la palabra a cada uno de los soldados heridos (pie de foto original).

Centro: una escena que pronto se haría frecuente: soldados alemanes proceden a desarmar a combatientes polacos.

tomen lo que quieran, pero que se preparen para evacuar las tierras conquistadas». Y así fue.
El último problema era Varsovia, defendida por un cinturón de fortificaciones a lo largo de todo su perímetro. Hasta él se había replegado el jefe del dañado Ejército de Lodz, general Rommel. Éste aspiraba al gran honor de luchar mientras quedara con vida uno solo de sus 120.000 hombres. En consecuencia rechazó todas las proposiciones de capitulación. Sólo podían abandonar la ciudad los diplomáticos y los extranjeros. Hitler estaba nervioso. Varsovia debería caer en manos de los alemanes a más tardar el 30 de septiembre, ordenó el *Führer*. ¿Qué ocurriría si los polacos decidían entregarse a su aliado Stalin? Su pacto con Moscú no era un «pacto con Satanás», dijo Hitler, según refirió el general Halder, que estaba presente.
El Grupo de Ejércitos Sur, al que correspondió la toma de Varsovia, mantenía una actitud muy diferente. No cabía hablar de una brutalidad sin límites. Citando a Manstein, no estaban previstas ni las luchas callejeras ni la conquista casa por casa, en atención a la tropa y a los paisanos sometidos a vejaciones que habían quedado en la ciudad. Su desbandada hacia el Oeste fue impedida por motivos legítimos y humanos; solamente la población civil de Varsovia podría recordar a Rommel, quizá, su responsabilidad ante Polonia. Lo que quedaba era el estrecho cerco en torno a la capital, el fuego intenso de toda la artillería de los Ejércitos 8 y 10, y los constantes ataques aéreos. En teoría los objetivos eran los últimos reductos militares polacos y los depósitos de armamento. Pero, ¿quién podía evitar que bombas y granadas explotasen al lado de cualquiera? La guerra es siempre terrible.

Varsovia capitula

Manstein anotaba el 24 de septiembre el comienzo del «fuego de alcance». El 27 del mismo mes, él y Rundstedt visitaban a los hombres de la División 18, que Manstein tuvo bajo su mando en 1938 y 1939 y que había logrado tomar los dos fuertes exteriores momentos antes. Entonces les llegó la noticia de que en Varsovia izaban bandera blanca y se entregaban sus habitantes, con Rommel a la cabeza. El día 28 los generales Rommel y Blaskowitz firmaron el acta de capitulación. Los oficiales polacos podrían conservar sus sables, como reconocimiento a su valor. Los suboficiales y soldados quedarían inmediatamente en libertad y abandonarían los campos de concentración. Hitler necesitaba brazos en la Polonia ocupada por sus tropas.
El 28 de septiembre se entregaron también los soldados atrincherados en la frontera de Modlin, al Norte, que eran en total 92.000 hombres, incluidos 4.000 que se encontraban en el hospital de sangre. Había terminado la guerra en Polonia. Polonia desaparecía de los mapas. Los alemanes sufrieron 10.572 bajas, 30.222 heridos y 3.404 desaparecidos, cifras que pueden considerarse definitivas. En cuanto al enemigo, no hay datos fidedignos. Nadie ha podido contar jamás sus muertos.
«¿Piensa usted que habría sido una suerte para la tropa el que hubiésemos podido conquistar Polonia sin lucha alguna?», preguntó Hitler en cierta ocasión a su arquitecto Speer. «Esto no lo podría soportar un buen Ejército. Una victoria sin sangre, desmoraliza». ¿Y qué declaró el general polaco Rommel tras la firma de la capitulación?
«La rueda ha girado». □



Vistiendo un capote de piel gris, Hitler asiste en Varsovia, el 5 de octubre de 1939, al gran desfile militar para conmemorar la victoria sobre Polonia. En la foto, el Ejército 8 del Reich.



La terrible carnicería de los francotiradores armados por militares polacos

BROMBERG, UNA CIUDAD DE HORROR



Estos titulares se publicaron el 8 de septiembre de 1939 en el periódico nazi «Völkischer Beobachter» y son un exponente del tenor con que reaccionó la prensa alemana ante los hechos producidos en el «Domingo sangriento de Bromberg» y en otras ocasiones en las que los polacos llevaron a cabo atrocidades armadas. Los excesos cometidos a impulsos del ancestral odio polaco a los vecinos de occidente, fueron un buen pretexto para justificar el ataque a Polonia. Las armas germanas estaban obligadas a intervenir allí donde los hermanos alemanes indefensos eran asesinados.

Bromberg, 3 de septiembre de 1939. El día amaneció radiante de sol. El domingo se prometía, desde las primeras horas, como una apacible jornada de descanso. Pero ese domingo terminaría siendo algo muy distinto para los habitantes de la ciudad a orillas del Brahe.

Ese domingo se convertiría en el día del odio.

Desde las primeras horas de la mañana, grupos de paisanos polacos recorrían armados las calles de la población. Dos días antes, el 1 de septiembre, habían penetrado en Polonia las tropas alemanas. Con la noticia del avance creció de repente el odio, atizado durante años y tolerado por la Polonia oficial. La propaganda polaca, que presentaba al Reich como una hoguera política, que había grabado en la memoria de los hombres de su país que los soldados alemanes eran paisanos indisciplinados vestidos con uniforme, logró convencer a los ciudadanos de que estos alemanes sacrificarían a las mujeres y a los niños polacos como si fueran reses y se convertirían en víctimas de sus propias mentiras.

Los vecinos polacos de Bromberg sabían perfectamente hacia dónde debían orientar su odio ancestral: hacia la población alemana. Hacia los «Hitlers», como se les llamaba despectivamente. Contra ellos se desató aquel día una implacable batida. Muerte a los alemanes, era la consigna. La ciudad se convirtió en tribunal y cualquiera se atribuyó jurisdicción para actuar de acusador, juez y verdugo.

También en el barrio de Jägerhof las masas se lanzaron a la calle con el mismo fin. Aquella mañana se encontraban en la casa parroquial protestante siete personas. Estaban reunidas en el despacho del párroco, el reverendo Richard Kutzer, de 45 años. Eran su mujer, Gerlinde, de 42, el padre del párroco, un anciano de 73 años, y cinco refugiados. Entre éstos se hallaban los muchachos Hans Nilbitz y Herbert Schollenberg, de 17 y 14 años respectivamente. Richard Kutzer, que desde hacía dos lustros cuidaba espiritualmente de su reducida feligresía de Jägerhof, alemana en su totalidad, conocía bien a los polacos y sabía hasta qué punto se habían dejado influir por la propaganda antigermana. Kutzer, hombre abierto a la comprensión, sólo confiaba en una cosa: que las tropas alemanas llegaran a tiempo a Bromberg. Esta confianza era compartida por todos los alemanes de la ciudad. También por el matrimonio Erwin e Irma Ristau, que vivían en la calle Kartuzka, 10. Desde hacía varios días no habían salido de casa. Tenían miedo. Pero ese domingo se sintieron impulsados a abandonarla, considerando que, al estar situada en un barrio polaco, sería peligroso permanecer en ella. Ristau llamó a su patrono, Gustav Schmiede, propietario de un vivero, y le preguntó si podrían ir él y su mujer a su casa. No





***Foto superior:* médicos extranjeros de la comisión de observadores escuchan el testimonio de una muchacha de catorce años cuyos padres y dos hermanos fueron asesinados por los polacos.**

***Foto inferior:* alemanes muertos por los polacos en Bromberg**

se sentía seguro en su domicilio. Schmiede accedió y el matrimonio se puso inmediatamente en camino hacia la casa de los patronos.
En la Thornerstrasse 125 también había alemanes que temían por su vida: la familia Gannot.
Vera Gannot, de 19 años, informaría más adelante al tribunal militar, del que formaban parte el jefe del sector aéreo número 3 y el consejero militar doctor Waltzog, sobre los pormenores de la jornada sangrienta. «El domingo, hacia las dos de la madrugada –relató Vera– se acercaron a nuestra casa, distante cuatro kilómetros de la ciudad, varios soldados y paisanos polacos. Los paisanos dijeron que allí vivían alemanes. Automáticamente los soldados empezaron a disparar. Nos refugiamos en un cobertizo. El primero en abandonar el refugio, a instancias de nuestros atacantes, fue mi padre. Los polacos le preguntaron dónde tenía la ametralladora. Yo salí del cobertizo, porque podía expresarme en polaco. Entonces pregunté a los intrusos qué les habíamos hecho, e intercedí por mi padre. Los polacos gritaron enfurecidos: 'Abajo los cerdos alemanes', y entonces le dieron varios culatazos en la cara y en todo el cuerpo. Mi padre cayó al suelo y le dispararon 6 tiros. Una vez comprobaron que había muerto, la horda se marchó». Poco después apareció en la casa otro grupo de paisanos. Uno de ellos violó a la muchacha mientras los demás la sujetaban.
Casi al mismo tiempo en que moría Willi Gannot como consecuencia de los golpes y de los disparos, otro grupo de civiles y soldados penetraba en la casa parroquial de Jägerhof. Por séptima vez en el mismo día se procedió a registrar el inmueble en busca de armas. No era suficiente que el párroco asegurase que en la casa no había arma alguna... El jefe del grupo, un suboficial, se mostró indeciso sobre lo que debía hacer. Entonces un paisano polaco dijo: nos llevamos a los hombres. Detuvieron al párroco, al que ataron las manos a la espalda. Así abandonaron la casa. Hacia las tres de la tarde apareció por la parroquia otro grupo, que se llevó al resto de los hombres que aún estaban en ella: tres adultos y los muchachos Hans Nilbitz y Herbert Schollenberg.
En el vivero de los Schmiede todo se mantenía tranquilo hasta ese momento. Cinco personas se habían refugiado ya en la casa: el matrimonio Schmiede, los Ristau y un aprendiz de jardinería de 17 años.
A las tres y media decayó la esperanza de todos ellos cuando apareció el primer piquete de soldados. Como refirió el 8 de septiembre al tribunal militar alemán Irma Ristau, de 25 años, los hechos se desarrollaron así: Un soldado preguntó a Erwin Schmiede, de 45 años: «¿Tienes armas, hijo de perra?» Cuando el interrogado lo negó, el soldado le ordenó que retrocediese tres pasos. Entonces dispararon sobre él. Acto seguido abrieron fuego también contra la mujer de la víctima, sin que la alcanzasen. Las dos mujeres, Erwin Ristau y el aprendiz huyeron a la bodega de la casa. Entonces los soldados prendieron fuego a la vivienda. Al intentar el aprendiz huir del sótano por una ventana, resultó muerto por una ráfaga. Los Ristau trataron igualmente de escapar, pero fueron detenidos en la calle. Unos paisanos los retuvieron mientras llamaban a los soldados: «Éstos son espías». Un soldado descerrajó un tiro a quemarropa contra Erwin y lo remató con un disparo en la cabeza. Su mujer logró escapar. Como los Ristau, los Kutzer o los Gannot, cientos de alemanes tuvieron el mismo final desgraciado aquel día. En la ciudad de Bromberg fueron apaleados, fusilados, acuchillados. En ocasiones los asesinos eran paisanos, y otras veces, militares.

Fosas comunes en la Bülowplatz

Bajo juramento, el inspector de jardines Anton Dombek declararía más tarde, ante el tribunal militar alemán encargado del caso: El martes 5 de septiembre, el somatén polaco, en el que también figuraban soldados, se marchó de Bromberg. Media hora después entraban en la ciudad las tropas alemanas. El miércoles por la mañana, muy temprano, comenzaron las operaciones de limpieza. La imagen que se nos ofreció era espantosa.
En la fosa abierta en la Bülowplatz hallamos varios cadáveres tan mutilados que apenas eran reconocibles. Se les había cortado la cabeza, se les había sacado los ojos y roto las piernas y brazos. Incluso les faltaban dedos. Ancianos, mujeres y niños... Todos ellos, presunta quinta columna encargada de preparar el avance de las tropas alemanas, según sus asesinos.
Hasta qué punto era absurda y rebuscada esta interpretación, si es que en realidad se pretendía presentarla como cierta, se desprende claramente del hecho de que el 4 de septiembre había comenzado ya la ocupación alemana de la ciudad. Un levantamiento sólo hubiera tenido razón de ser en el caso de un apoyo exterior.
El Ejército 4, mandado por el general von Kluge, se encontraba ese domingo a pocos kilómetros de la población y avanzaba formando dos cuñas. Su objetivo era el Vístula: se trataba de cortar en él la retirada de las unidades polacas.
No habría sido ningún problema para el

Im Glauben an Führer und Vaterland starben, hingeschlachtet von polnischen Mördern, am 3. und 4. September den Ehrentod für die Heimat folgende Gemeindeglieder der Kirchengemeinde Lochowo:

1. Erich Fritz, Bauernsohn, 15 Jahre alt
2. Alfred Bey, Bauer 30 „ „
3. Eduard Domke, Bauer, 52 „ „
4. Karl Drohein, Bauer, 35 „ „
5. Gustav Guderian, Bauer, 65 „ „
6. Karl Guderian, Jungbauer, 25 „ „
7. Hermann Guderian, Bauer, 67 „ „
8. August Guderian, Bauer, 75 „ „
9. Erich Helbig, Bauer, 45 „ „
10. Ernst Hennig, Bauer, 34 „ „
11. Jakob Hackendorf, Bauer, 54 „ „
12. Rudolf Kelger, Bauer, 61 „ „
13. Alfred Krause, Jungbauer, 25 „ „
14. Emil Krauße, Jungbauer, 27 „ „
15. Otto Köbernick, Arbeiter, 33 „ „
16. Erich Liebman, Bauer, 45 „ „
17. Walther Liebman, Jungb., 32 „ „
18. Wilhelm Luhm, Bauer, 44 „ „
19. Willi Labott, Arbeiter, 23 „ „
20. Ernst Manthey, Jungbauer, 19 „ „
21. Erich Manthey, Jungbauer, 18 „ „
22. Otto Pick, Arbeiter, 21 „ „
23. Willi Preuß, Arbeiter, 56 „ „
24. Emil Pommer, Arbeiter, 34 „ „
25. Julius Rosenau, Bauer, 35 „ „
26. Otto Strohschein, Altbauer, 76 „ „
27. August Steinke, Arbeiter, 57 „ „
28. Erich Schmidt, Bauer, 41 „ „
29. Gustav Tom, Arbeiter, 59 „ „
30. Rudolf Wegner, Bauer, 58 „ „
31. Wilhelm Wegner, Jungb., 31 „ „
32. Gustav Woll, Bauer, 49 „ „
33. Gustav Wendland, Schuhm., 65 „ „
34. Karl Hoffmann, Zieglermstr., 68 „ „
35. Otto Magierske, Bauer, 31 „ „
36. Kurt Magierske, Arbeiter, 28 „ „
37. Albert Rehbein, Bauer, 77 „ „
38. Helene Schmidt, Gutsbes., 43 „ „
39. Hermann Flöter, Lehrling, 24 „ „
40. Ernst Eichstädt, Bauer, 49 „ „
41. Peter Schulz, Arbeiter, 24 „ „
42. Erich Helminski, Vogt, 74 „ „
43. Ferdinand Dreger, Bauer, 78 „ „
44. Gustav Martin, Arbeiter, 51 „ „
45. Gustav Kopiske, Bauer, 45 „ „
46. Gustav Dreger, Bauer, 74 „ „
47. Olivia Rosenau, 2½ Monate alt; polnische Soldaten ließen das Kind verhungern.

Niemand hat größere Liebe als die, daß er sein Leben läßt für seine Freunde. Joh. 15, 13.

Bromberg, den 21. 9. 39.

Staffehl

Esquela publicada en el «Deutsche Rundschau» el 22 de septiembre de 1939. La huida precipitada del poder militar y civil polaco tuvo trágicas consecuencias para los alemanes de Polonia en los primeros días de la campaña. En total, hubo 7.000 muertos, incluyendo las víctimas del domingo sangriento de Bromberg. El periódico encabezaba la relación nominal con el siguiente texto: «Murieron manteniendo su fe en el 'Führer' y en su patria, a manos de asesinos polacos, el 3 y el 4 de septiembre. Su muerte gloriosa ha sido un sacrificio por la patria». La lista, en la que se indica la edad y la profesión –agricultor (Bauer), obrero (Arbeiter), aprendiz (Lehrling), destacan sobre las demás–, termina con una cita de San Juan: «Nadie tiene un mayor amor que quien da la vida por sus amigos».

mando del Ejército alemán tomar anticipadamente una ciudad desguarnecida como Bromberg.

Cuando el 4 de septiembre entraron en ella unidades de la División 50 de Infantería y de la Brigada Netze, se ofreció a los soldados, que apenas habían visto muertos en los primeros días de la campaña, una imagen terrible. El teniente Hans Fahrenbach, de 28 años, que mandaba una unidad de la División 50, relataría en un protocolo cómo descubrió 18 cadáveres de hombres en un terraplén de Jägerhof, no lejos de la casa parroquial. Las víctimas, con las manos atadas a la espalda, habían sido fusiladas y luego sus cadáveres recibieron varios ultrajes de sus verdugos.

Entre los muertos del terraplén fueron identificados el párroco, su padre y el resto de los hombres que se refugiaron en la casa del primero, Richard Kutzer. También murió con ellos Herbert Schollenberg, de 14 años, que recibió dos tiros. El doctor Panning, jefe del departamento de medicina legal de la Academia de médicos militares, encuadrado en el Alto Mando de la *Wehrmacht*, concluía, al presentar su informe sobre la autopsia de las víctimas, que el párroco Kutzer había muerto por disparo en la espalda con ruptura de arterias. Previamente se le había destrozado la mandíbula inferior.

Respecto a Herbert Schollenberg, el doctor Panning comprobó que el muchacho había fallecido por desgarro de la aorta. La herida era «mortal de necesidad». También el suboficial Klawunke, de la Brigada Netze, se vio obligado a cambiar su criterio acerca de la guerra. Había recibido la orden, como el teniente Fahrenbach, de ayudar a los alemanes de Bromberg en la búsqueda y enterramiento de sus parientes.

Ambos grupos hallarían aún muchos muertos en los días sucesivos: 63 en el suburbio de Jägerhof, 18 a orillas del Bromberger Kanal, 10 en la Thornerstrasse, 39 en las riberas del lago de los Jesuitas. Encontraron incluso niños, como Egon Berger, de 4 meses de edad, muerto por una granada de mano, y Kurt Schmolke, de 15 meses, asesinado de un disparo. También hallaron los cuerpos de la señora Sonnenberg, que estaba encinta y había sido fusilada, y del anciano de 82 años Gustav Behnke, muerto tras apaleamiento.

El suboficial Fritz Klawunke, a quien los soldados tenían por un perro sin sentimientos, no olvidaría jamás aquel día de septiembre del año 1939. Por supuesto, en ningún caso los 200 muertos alineados en el edificio del gobierno de Bromberg. Hombres, niños y mujeres. Entre éstas una embarazada, cosida por una bayoneta que le atravesó de atrás adelante. Como tampoco olvidaría a los 39 muertos a golpes en el Hopfengarten. Los grupos de la *Wehrmacht* y la policía contaron en total 1.100 cadáveres.

La justicia trataba de atenerse a los hechos. Pocos días después de la ocupación alemana de Bromberg se seleccionó un equipo de juristas, de las tres armas de la *Wehrmacht*, y se les trasladó a la ciudad. Abogados, jueces militares de la Marina, de la Aviación y del Ejército. Con frialdad profesional, los magistrados iniciaron el interrogatorio de los testigos.

Tribunales especiales

Apenas transcurrido un mes comparecían los primeros polacos ante los tribunales especiales de los alemanes. El 11 de octubre se sentaban en el banquillo de los acusados Teofil Prus, Adalbert Zielenkiewicz y Leo Papirski, para responder de los cargos de asesinato, incitación al asesinato y grave quebranto de la paz nacional. Sus víctimas sumaban 8 en total, entre hombres y mujeres.

Los condenados fueron ejecutados el 14 de octubre. La potencia ocupante, Alemania, reaccionó con dureza. Sin embargo los tribunales especiales de aquellos días estaban aún libres de la contaminación burocrática de la maquinaria de la venganza. Jueces y abogados, como también los criminalistas de la comisión especial berlinesa, comprometidos con el esclarecimiento de los hechos, se esforzaron en observar al máximo lo establecido en el derecho vigente. Y no todos los inculpados fueron condenados a muerte. Esto llevaría más tarde a Hitler a hablar de una falsa comprensión de los instrumentos legales. Mientras se aplicaban las primeras sentencias de los tribunales especiales, los grupos de búsqueda añadían al catálogo nuevos hallazgos de víctimas de aquella noche de San Bartolomé desatada sobre Bromberg.

En el cementerio evangélico se cavaron nuevas fosas comunes. Soldados de la *Wehrmacht* ayudaban a los alemanes de la ciudad a enterrar a sus muertos, mientras el teniente Fahrenbach, que visitaba asiduamente los cementerios de la ciudad, deseó mil veces encontrarse en el frente de batalla.

Fahrenbach sabía perfectamente que Bromberg era un desafío. Pero sus impresiones no bastaban para trazar un boceto de lo que sucedería en Polonia. Tan sólo sabía una cosa: que los polacos tendrían que soportar muchas penalidades por causa de lo ocurrido. Sus temores se confirmaron plenamente. □

La prensa alemana se vio en la necesidad de reflejar las buenas relaciones entre las tropas germanas y las soviéticas. En realidad la desconfianza mutua era enorme.

EN BREST-LITOVSK

Fotos de
PK Ehlert (Atlantic), PK Presse-Hoffmann,
Associated Press, PK Gutjahr (PBZ)
PK Bosig (Scherl)



A la derecha:
El comandante en jefe de un Cuerpo de Ejército recibe en Brest-Litovsk al plenipotenciario ruso-soviético Borovenskij, enviado para negociar con él diversos pormenores de la línea de demarcación en territorio polaco. Con este motivo ambos intercambiaron saludos de camaradería en nombre de los Ejércitos alemán y soviético.





Soldados soviéticos y alemanes confraternizan en Polonia
Oficiales y soldados alemanes hacen acto de presencia en la primera línea del Ejército Rojo y devuelven la visita que les hicieran los combatientes del Regimiento acorazado soviético. Los soldados de ambos Ejércitos conversan acerca de cuestiones de interés mutuo.



Desfile de tropas alemanas y soviéticas
Con motivo de haberse ocupado la línea de demarcación, ha tenido lugar en Brest-Litovsk, ante el comandante en jefe de un Cuerpo de Ejército alemán, y el general de brigada soviético Kriwoschein, en representación del Ejército Rojo, una parada militar en la que han participado tropas alemanas y ruso-soviéticas.



Inspeccionando un carro de combate ruso-soviético
Con ocasión del encuentro entre soldados alemanes y ruso-soviéticos, los combatientes de ambos países se han mostrado especialmente interesados por los modelos de armas respectivos, dentro de un clima de gran camaradería.

CRONICA

POLITICA | **CUESTIONES MILITARES** | **CULTURA Y TECNICA**

1939

POLITICA

6. 7.: 10.ª Ordenanza de la ley de Ciudadanía del Reich, por la que todos los judíos residentes en Alemania pasan a engrosar la «Asociación de los Judíos en Alemania», con sede central en Berlín. La asociación tiene por objeto fomentar la emigración judía

19. 8.: Firma de un acuerdo sobre comercio y crédito entre Alemania y la Unión Soviética

23. 8.: El ministro alemán de AA. EE., Ribbentrop, firma en Moscú el tratado de no agresión germano-soviético
El «Gauleiter» Forster, en virtud de un decreto del Senado de Danzig, se convierte en presidente de la «ciudad libre de Danzig»

25. 8.: Se firma el pacto de ayuda mutua entre Inglaterra y Polonia
Mussolini comunica a Hitler que no está dispuesto a participar en acciones de guerra. Hitler da orden de suspender el ataque a Polonia proyectado para el 26.8

26. 8.: Declaración alemana sobre la neutralidad de Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo y Suiza

27. 8.: Decreto sobre el control de productos de primera necesidad para el pueblo alemán. Entrada en vigor del sistema de cupones de racionamiento

1. 9.: Decreto que reincorpora la ciudad de Danzig al Reich
10.00 horas. Discurso de Hitler en el Reichstag (el «Führer» viste uniforme militar): «Me he puesto de nuevo el traje para mí más sagrado y más apreciado. No me lo quitaré hasta la victoria o no viviré para verlo»

2. 9.: Fritz Thyssen, uno de los más grandes industriales alemanes, que contribuyó económicamente en los primeros tiempos del partido nazi, huye a Suiza y más tarde a Francia. En 1940 cayó en manos de la Gestapo y en 1945 fue liberado por los americanos del campo de concentración de Dachau



La policía secreta es cada vez más poderosa. En la foto el jefe de los Servicios de Seguridad, Heydrich –izquierda– con Himmler

27. 9.: Para llevar a cabo una persecución más eficaz contra los enemigos del régimen, los Servicios de Seguridad (SD) de las SS y la policía del Reich pasan a depender de Reinhard Heydrich, jefe de los servicios de seguridad del Reich.

CUESTIONES MILITARES

31. 8.: A las 12,40 Hitler da la orden definitiva de atacar a Polonia.

1. 9.: Comienza la ofensiva alemana contra Polonia sin previa declaración de guerra. El buque alemán «Schleswig-Holstein», anclado en el puerto de Danzig abre fuego sobre el Westerplatte polaco. En el ataque, bajo el mando del general von Brauchitsch, tomaron parte dos Cuerpos de Ejército: en total 52 Divisiones, más Fuerzas de Aviación y de Marina.

3. 9.: Gran Bretaña (a las 11:00) y Francia (a las 17:00) debido a sus compromisos de asistencia militar a Polonia, declaran la guerra a Alemania

3.-30. 9.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico y en el mar del Norte 48 mercantes aliados, con un total de 178.644 t de registro bruto. El «U-30» echa a pique por error –lo tomó por un crucero– al «Athenia», buque británico de pasajeros (13.851 t). Destructores ingleses logran salvar a 1300 supervivientes. Perdieron la vida 112 personas

6. 9.: Gran Bretaña declara el bloqueo contra Alemania

12.-17. 9.: El total de las fuerzas polacas queda cercado por las tropas alemanas al oeste del río Bug

17. 9.: Dos Cuerpos de Ejército soviéticos invaden Polonia oriental. El Gobierno y el alto mando militar polaco cruzan la frontera rumana y son internados por las autoridades de aquel país

18. 9.: Tropas soviéticas y alemanas se encuentran por primera vez en Brest-Litovsk

21. 9.: Comienza la persecución de los judíos en los territorios polacos ocupados por los alemanes

22. 9.: Cae ante Varsovia el que fuera comandante supremo del Ejército, general Werner von Fritsch.

27.-28. 9.: Capitulan los 120.000 hombres que defendían Varsovia

28. 9.: Ribbentrop y Molotov firman en Moscú un tratado de amistad, que fija además la frontera entre los dos Estados invasores en el río Bug. Desaparece el Estado polaco

30. 9.: El general Sikorski organiza en Francia un Gobierno polaco en el exilio. Los soldados polacos que han logrado escapar a occidente quedan bajo sus órdenes. En la primavera de 1940 sumaban 84.000 hombres

CULTURA Y TECNICA

15. 7.: En Milán, Rudolf Harbig establece una nueva marca mundial de velocidad al recorrer los 800 metros en 1,46,6
16. 7.: Hitler inaugura en Munich la Gran Exposición del Arte Alemán
9. 8.: En la «Ufa» primer golpe de manivela de la película «Legión Cóndor». El rodaje tiene que interrumpirse el 1.9. porque son necesarios los aviones que participan en el filme
15. 8.: Estreno del filme sobre Chaikovski «Es war eine rauschende Ballnacht»
27. 8.: Se suspenden los campeonatos europeos de remo que debían celebrarse en Amsterdam del 1 al 3 de septiembre. El ministro de Abastecimientos, Darré, declara por la radio «que el "Führer" y el pueblo alemán pueden confiar plenamente en la eficacia del servicio alemán de abastecimientos»
Se interrumpe el encuentro internacional de atletismo Bélgica-Alemania, que se estaba celebrando en Krefeld, debido a que los belgas tienen que regresar a su país antes de tiempo «por motivos técnicos de los servicios de transporte»
En Warnemünde Erich Warsitz realiza el primer vuelo de pruebas del Heinkel 178, aparato de propulsión a chorro



El primer avión de propulsión a chorro del mundo: el He 178, obra del constructor Udet

28. 8.: La jefatura nacional de deportes suspende hasta nueva orden todas las competiciones deportivas. Con la entrada en vigor de los cupones de gasolina, puede decirse que el tráfico de los vehículos privados acaba en Alemania el 1 de septiembre
2. 9.: Decreto prohibiendo la escucha de emisoras extranjeras. Se establecen penas severísimas contra los infractores
15. 9.: Muere en París, donde se encontraba exiliado, el que fuera presidente, hasta 1933, de la socialdemocracia alemana, Otto Wels
24. 9.: El equipo nacional alemán de fútbol pierde en Budapest frente a Hungría (5-1); es el primer encuentro internacional celebrado durante la guerra
26. 9.: Estreno de la película «Robert Koch, der Bekämpfer des Todes», sobre la vida del famoso investigador, con Emil Jannings en el papel principal. Este filme fue galardonado con el primer premio en el festival de Venecia

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Se inicia aquí un léxico de la segunda Guerra Mundial que abarcará unos 1000 artículos sobre personajes, campañas, batallas, operaciones, armas, estrategia y táctica, así como una serie de abreviaturas importantes.



El «Admiral Graf Spee» en alta mar.

A

A4, abreviatura de Agregado 4, nombre oficial de las V2.

Abetz, Otto, político alemán. Nació el 26 de marzo de 1903 y murió en un accidente el 5 de mayo de 1958. Maestro en sus primeros años, se mostró favorable a un acercamiento franco-germano. Embajador alemán en París en agosto de 1940. Sus esfuerzos para conseguir una paz preliminar con Francia fracasaron ante Hitler. Fue detenido en 1945 y condenado en París, en 1949, a veinte años de trabajos forzados. Puesto en libertad en abril de 1954. Publicó un libro de recuerdos sobre diez años de la política germano-francesa, con el título «Das offene Problem».

Abwehr, nombre del Servicio de Información militar. Denominaciones oficiales: desde el 4 de febrero de 1938, *Abwehr.* A partir de 1939 *Amt Ausland-Abwehr* en el OKW, o lo que es lo mismo «Oficina Extranjera de Información militar» encuadrada en el mando supremo de las Fuerzas Armadas. Entre 1933 y 1935 estos servicios estuvieron bajo la dirección del capitán de navío Patzig, y desde 1935 bajo el mando del almirante Wilhelm Canaris. Hasta 1944 el *Abwehr* se dividía así: departamento I: informaciones secretas; departamento II: sabotajes, misiones especiales; departamento III: contraespionaje. El departamento III tenía agregado el III F: infiltración en los servicios extranjeros, departamento exterior, la central con los servicios administrativos, consejeros jurídicos y archivos. Además, se encargaban también de reunir informaciones sobre el enemigo los departamentos del Estado Mayor del Ejército de Tierra («Ejércitos Extranjeros Oeste» y «Ejércitos Extranjeros Este»). Después del cese de Canaris (1-V-1944), el *Abwehr,* bajo el nombre de oficina militar, pasó a formar parte, junto con el servicio secreto, de los Servicios de Seguridad del Reich.

Achse (Eje) operación, nombre dado al plan que prevenía un posible abandono unilateral de Italia. Una semana después de que los Ejércitos italogermanos capitularan en África (21-V-1943), el general Keitel presentó un plan para la ocupación de Italia y de los territorios del Sur de Francia en poder de los italianos. La operación llevaba el nombre de «Alarico» y tras la detención de Mussolini el 25 de julio de 1943, se cambió por «Eje». Inmediatamente después de la capitulación italiana el 3-IX-43 se puso en marcha el plan, y pocos días después había concluido su realización (Roma fue ocupada el 10 del mismo mes).

Adler, Der (El águila), revista ilustrada de propaganda de la aviación.

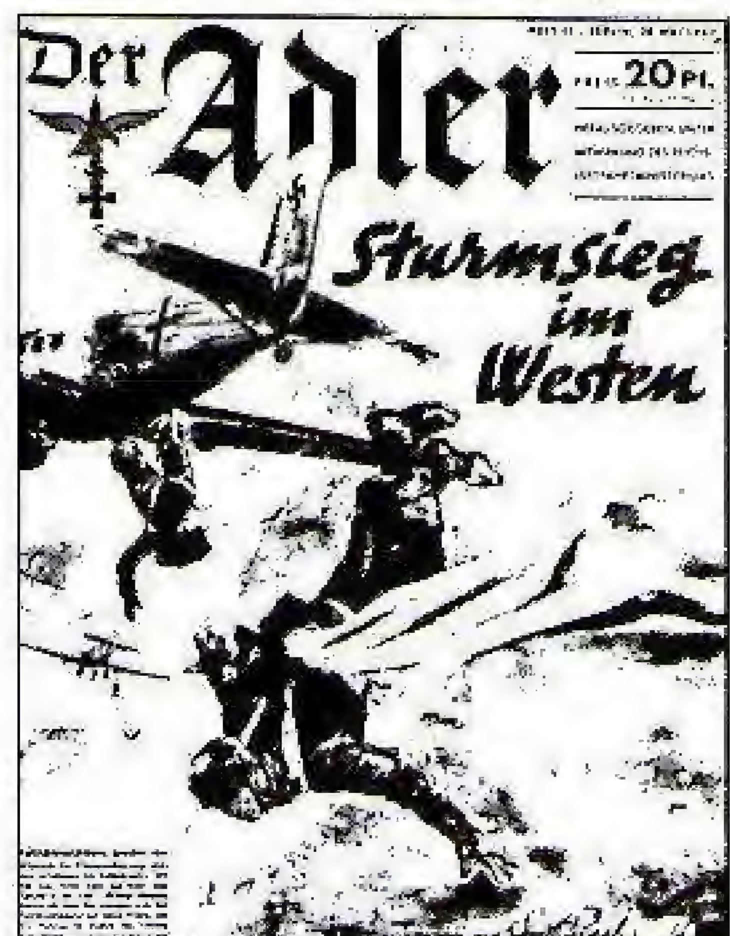
Adlerhorst, cuartel general y puesto de mando construido para el *Führer* en Ziegenberg, cerca de Bad Nauheim. En realidad Hitler lo ocupó el 10-XII-44 para dirigir desde allí la ofensiva de las Ardenas. Poco antes de la derrota, el 16-I-45, Hitler se retiró de nuevo a Berlín.

Adlertag (Día de las águilas), inicio de los ataques aéreos contra Inglaterra. El 13 de agosto de 1940 comenzó la batalla aérea contra Gran Bretaña –bajo el nombre en clave «Adler»– con el objeto de dominar el cielo y apoyar sin peligro la invasión de las islas (Operación «León Marino»). De acuerdo con la orden n.° 17 del *Führer,* la operación «por tierra y por mar contra las Islas Británicas» la llevarían a cabo tres Flotas aéreas: la 2.ª *Luftflotte* (bajo el mando del *Feldmariscal* Kesselring) desde Holanda y Norte de Francia; la 3.ª (*Feldmariscal* Sperrle) desde el noroeste de Francia, y la 5.ª (general Stumpf) desde Noruega y Dinamarca. En total 2.355 aparatos, entre bombarderos, cazas y cazas en picado.



Operación «Achse»: antiaéreos alemanes ante San Pedro de Roma.

Admiral Graf Spee, acorazado alemán puesto en servicio el 6 de enero de 1936. Datos: 12.100 t, 29 nudos de velocidad, 186 m de eslora, 22 m de manga, 1001 hombres de dotación, armado con 6 cañones de 280 mm, 8 de 150 mm, 6 de 105 mm y 8 tubos lanzatorpedos. Bajo el mando del capitán de navío von Langsdorff, el acorazado emprendió desde finales de septiembre de 1939 la lucha contra los transportes enemigos en el Atlántico Sur y en el Índico, echando a pique 9 mercantes, con un total de 50.000 t. El 13 de diciembre de 1939 tuvo que hacer frente a tres cruceros británicos, cuando se encontraba a unas 250 millas de La Plata. Los graves daños sufridos, las bajas (36 hombres) y los heridos (60), obligaron al comandante a buscar refugio en Montevideo. Al cerrar los ingleses la salida al mar, el propio von Langsdorff



ordenó a la tripulación la voladura del *Graf Spee* el 17 de diciembre de 1939.

Admiral Hipper, crucero pesado alemán. Entró en servicio el 29 de abril de 1939. Datos: 14.050 t, 33 nudos de velocidad, 208 m de eslora, 21 m de manga, 1.600 hombres de dotación, armado con 8 cañones de 203 mm, 12 de 105 mm, 12 de 37 mm y 12 tubos lanzatorpedos.
Después de tomar parte en la ocupación de Noruega se dedicó a la persecución de los mercantes enemigos en el Atlántico Norte. El 12 de febrero de 1941 el *Admiral Hipper* hundió 7 mercantes con un total de 32.806 t al suroeste del cabo de San Vicente. En 1942 pasó a formar parte de la flota del Mar del Norte. En 1944 fue destinado como unidad de entrenamiento. Dañado el 9 de abril de 1945 durante el bombardeo del puerto de Kiel, fue volado el 3-V-45.

Admiral Scheer, acorazado alemán. Entró en servicio el 12 de noviembre de 1934 y fue transformado en 1940. Datos: 11.700 t, 29 nudos de velocidad, eslora 186 m, manga 22 m, 1.150 hombres de dotación, armado con 6 cañones de 280 mm, 8 de 150 mm, 6 de 105 mm, 8 de 37 mm y 8 tubos lanzatorpedos. En el Atlántico e Índico echó a pique 17 barcos mercantes enemigos con un total de 113.233 t. En septiembre de 1941 pasó a formar parte de la flota del Báltico. En noviembre de 1944 participó en la batalla de la península de Sworbe. Fue hundido durante el bombardeo al puerto de Kiel el 9 de abril de 1945.

Aerial, nombre clave dado a la evacuación de las costas del golfo de Vizcaya por las tropas inglesas. Después de la retirada del cuerpo expedicionario de Dunkerque el 2 de junio de 1940 (Dynamo), siguió la evacuación de soldados franceses y británicos, así como de civiles franceses. A lo largo de la costa, desde El Havre a San Juan de Luz, embarcaron y consiguieron ganar las islas 191.870 soldados y entre 30.000 y 40.000 civiles.

Afrika-Korps (Cuerpo expedicionario africano), desde el 18 de febrero de 1941, nombre oficial de todas las tropas alemanas con destino en Libia: «Deutsches Afrika-Korps», a cuyo frente se encontraba el teniente general, y después mariscal, Erwin Rommel. Hasta esa fecha, parte de la División 5 ligera de Libia. Después de la catástrofe italiana en el Norte de África, el 19-XII-40, Mussolini pidió a Hitler el envío de una División acorazada.
El 9 de enero de 1941 Hitler se decidió a reforzar las unidades italianas con objeto de evitar una derrota total. Entre el 8 y el 11 de febrero de 1941 llegaron a Trípoli las primeras tropas alemanas. En mayo siguió la 15.ª *Panzerdivision,* en junio la División Africa, más tarde División 90 ligera. El Afrika-Korps capituló el 13 de mayo de 1943.



Carro alemán del Afrika-Korps en un pueblo libio.

Akagi, portaaviones japonés. Datos: 36.500 t, 31 nudos de velocidad, eslora 260,7 m, manga 31,8 m, 2.000 hombres de dotación, armado con 6 cañones de 203 mm, 12 de 127 mm, 28 de 25 mm y 91 aviones. El 7 de diciembre de 1941 tomó parte en el ataque a Pearl Harbor. En 1942 fue enviado a Truk (Carolinas). Hasta el 9 de abril de 1942 participó en las operaciones contra Rabaul, Port Darwin, Java y Ceilán. El 6 de junio de 1942 el *Akagi* fue alcanzado por un portaaviones americano a 200 km al noroeste de Midway, durante la batalla por la posesión de la isla, y más tarde hundido por los propios destructores japoneses.

Alamein, El, lugar fortificado británico en Egipto, a 100 km al suroeste de Alejandría, escenario de la batalla definitiva en la campaña de África. El 30 de junio de 1942 Rommel alcanzó El Alamein. Los intentos de avanzar hacia Alejandría resultaron vanos. Pero también los alemanes rechazaron todos los ataques británicos. Al fin, el 23 de octubre de 1942 los ingleses lanzaron una contraofensiva llamada a tener éxito. A las 21,40 el Ejército 8 británico, con 220.000 hombres, 1.300 carros y 800 aviones al mando del general Montgomery, atacó a las tropas ítalo-germanas: 96.000 hombres, 530 carros, y 300 aviones.
Tras una dura lucha, el 4 de noviembre, a las 15,30, Rommel dio la orden de retirada, después de que 30.000 alemanes e italianos hubiesen caído prisioneros y de que los británicos hubieran destruido 350 carros. Así empezó el principio del fin.

Alamogordo, polígono experimental en el desierto de Nuevo México (a 180 km al sur de Albuquerque). Aquí se hizo estallar el 16 de julio de 1945 la primera bomba atómica (clave «Trinity»). En lugar de la explosión esperada (de 5.000 a 10.000 t de TNT), se generó una potencia explosiva equivalente a 20.000 t de TNT.

Alarico, v. operación «Achse», (Eje).

Albania, campaña de. Mussolini pensó servirse de Albania como punto de apoyo contra Grecia. El 28 de octubre de 1940, mal preparado, contra el consejo de sus generales y sin informar a Hitler, Mussolini dio la orden a las tropas italianas estacionadas en Albania de marchar contra Grecia. La ofensiva fue rechazada después de muy contados éxitos. En la contraofensiva, las tropas griegas, ayudadas por las británicas, avanzaron peligrosamente en Albania. Debido a ello, Hitler ordenó el 12-XI-1940 preparar un ataque a Grecia con objeto de ayudar a los aliados italianos e impedir el fortalecimiento de las posiciones británicas en los Balcanes.

Alejandría, segunda ciudad egipcia en el delta del Nilo, objetivo del Afrika-Korps. Por Alejandría y El Cairo Rommel quería llegar al canal de Suez para expulsar a los británicos de Oriente Medio. En el Alamein perdió esta posibilidad. Alejandría fue el puerto militar británico del Mediterráneo por



Vehículo alemán de observación en el desierto.

excelencia. Desde aquí se atacaba a los refuerzos ítalo-

germanos y se enviaban tropas a Malta.

Alexander, Harold Rupert, Lord of Tunis (en 1952, Earl). Nació en Londres el 10 de diciembre de 1891, murió el 16-IX-1969. Mariscal británico (4-VI-1944). Ingresó en el Ejército en 1911. En 1940 comandante de la División 1 británica en Dunkerque. En junio de 1940 comandante en jefe del Cuerpo de Ejército I. En 1941 comandante supremo en Birmania. Entre julio y agosto



Lord Alexander of Tunis

de 1941 comandante en jefe de Ejército 1. Agosto del 42-febrero del 43, comandante supremo en Oriente Medio. En 1943 lugarteniente del general Eisenhower. De diciembre de 1944 a agosto de 1945 comandante en jefe de las tropas aliadas en el Mediterráneo. 1946-1952 gobernador de Canadá. De marzo del 52 a octubre del 54, ministro de Defensa.

Alpenfestung, creación de la propaganda nacionalsocialista a finales de la guerra. Correspondía a reductos alpinos en los que los nazis disponían de refugios fortificados y campamentos, en Baviera y el Tirol para la prolongación de la resistencia de la *Wehrmacht*. Los Aliados se lo tomaron muy en serio. El 28 de marzo de 1945 Eisenhower envió un telegrama a Stalin. Su pretensión era marchar hacia el Elba superior por la línea Erfurt-Leipzig y esperar allí a los soviéticos con el grueso de sus tropas.
Sin embargo tuvo que conquistar los reductos alemanes de los Alpes. De ahí la lentitud del avance de las tropas americanas hacia el Este.

Altmark, buque nodriza alemán de 10.850 t de registro bruto. En el otoño de 1939 tuvo a su cargo el aprovisionamiento del acorazado *Admiral Graf Spee*. El *Altmark* se dirigía, el 16 de febrero de 1940, con 303 prisioneros a bordo, hacia Alemania, por el fiordo Jössing (su-



En esta zona suponían los Aliados en 1945 que se encontraba una gigantesca red de fortalezas alemanas, desde las que los seguidores de Hitler se organizarían contra los ocupantes. Los servicios secretos americanos se habían dejado engañar por falsas noticias. Por culpa de esto se permitió que el Ejército Rojo tomara Praga y Berlín. Un error de cálculo cambió la situación en la Europa central.

roeste de Noruega), cuando el destructor inglés *Cossack* penetró en aguas jurisdiccionales de la neutral Noruega. Los británicos abordaron el buque, liberaron a los prisioneros y mataron a varios marineros alemanes. En marzo de 1940 el nombre del barco se cambió por el de *Uckermark*, se le destinó a misiones en ultramar y quedó destruido el 30 de noviembre de 1942, en Yokohama, por una explosión. En el siniestro perdieron la vida 53 hombres.

Amberes, ciudad portuaria belga, a orillas del Escalda. Unos 300.000 habitantes. Unidades del Grupo de Ejército B (mandadas por el general von Bock) ocuparon la ciudad el 18-V-1940. En septiembre de 1940 se produjeron en torno a ella duros ataques de la aviación británica, para evitar el transporte naval y destruir la flota del «León Marino». El 4-IX-1944, el Ejército 2 británico conquistó Amberes. Con el comienzo de la ofensiva alemana en las Ardenas, el 16-XII-1944, el puerto fue atacado con armas «V».

Amsterdam, ciudad holandesa, en 1940 contaba con unos 750.000 habitantes. Logró superar la guerra sin grandes daños. El 10 de mayo de 1940, a las 5,30 de la madrugada, unidades alemanas del Grupo de Ejércitos B, al mando del general von Bock, atacaron a los Países Bajos. Tras la toma de tierra de las fuerzas aéreas alemanas, en las zonas de La Haya y Rotterdam, el 14 de mayo a las 21,30, cesó la lucha en Holanda. Durante la ocupación alemana, que terminó en mayo de 1945, toda la población judía de Amsterdam (un 10 % del total) fue deportada.

Anders, Wladislaw, general polaco. Nacido el 11-VIII-1892 y muerto en 1974. Cayó prisionero de los soviéticos en septiembre de 1939 cuando era comandante de una Brigada. Formó, entre 1941 y 1942, en la Unión Soviética, con la categoría de comandante supremo, las tropas polacas que lucharon en el Ejército aliado oriental. De agosto de 1942 a febrero de 1945 desempeñó la función de comisario general del 2.° Cuerpo polaco, y luchó, en 1943 y 1945, en Italia. De febrero del 45 a junio del mismo año, desempeñó las funciones de jefe supremo del Ejército polaco exiliado, cargo del que dimitió en 1945.

«Anton», operación, plan alemán para la ocupación del Sur de Francia (Vichy). Tras el desembarco aliado en el Norte de África (7/8-XI-1942), se puso en marcha la operación «Anton» para la protección de la costa mediterránea. A las 7 de la mañana cruzaron la línea de demarcación el Ejército 1, mandado por el general Blaskowitz, y el Grupo de Ejércitos Felber, a las órdenes del general de Infantería de este nombre. Hitler comunicó a Pétain en una carta la necesidad de esta medida. Pétain protestó en vano. El 27 de noviembre, tropas alemanas ocuparon el puerto militar de Tolón, a pesar de que la marinería francesa había inutilizado sus unidades para cualquier enfrentamiento armado.



El ataque inglés al «Altmark» apresuró la ocupación de Noruega por las tropas alemanas.



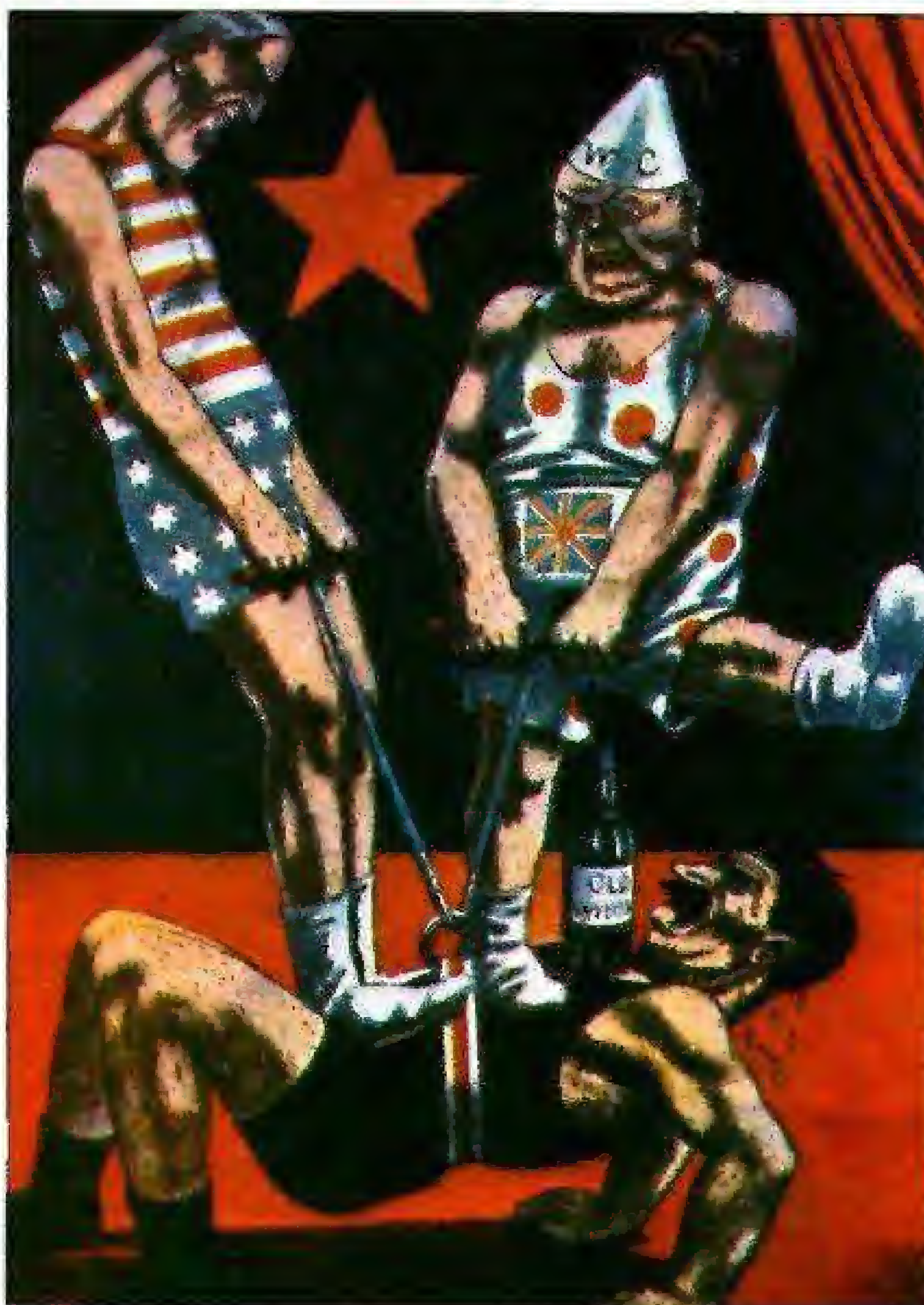
Göring y Goebbels van a la hacienda de caza del primero, el Schorfheide, con la intención de dar un paseo. Allí se encuentran con un guardabosque, que les saluda diciendo simplemente «buenos días». Göring se molesta y, al día siguiente, manda venir al hombre. «¿Por qué me saludó ayer diciéndome 'buenos días' y no con el 'Heil Hitler!' de rigor?», le interroga Göring. «Bueno, señor, yo pensaba que trataba de venderle la madera al pequeño judío que lo acompañaba y no quise estropearle el negocio».



Sir John Bull y el halcón polaco. Esta caricatura del «Simplicissimus» ridiculiza las garantías británicas dadas por Londres a Varsovia (derecha).



El «Nebelspalter» comenta con esta caricatura la nueva distribución de Polonia, tras el avance del Ejército rojo, entre la URSS y el Reich alemán. Sobre el cuerpo de la nación polaca danzan Iván y Margarita, representación de ambos países (arriba). Al mismo tiempo, Roosevelt y Churchill (a la derecha) no se ponen de acuerdo sobre si conviene ayudar o atacar a Stalin.



Weiss-Ferld alude al «Reich de los Mil Años» y apostilla: «Es admirable, con qué rapidez pasan 999 años...».

La "guerra extraña" del invierno 1939/40

Los franceses aplican la expresión «drôle de guerre» («guerra extraña») al período posterior al desmembramiento de Polonia, en el otoño e invierno de 1939. La «guerra relámpago» contra Polonia había pasado. Al Oeste, se mantenían a la expectativa, frente a frente, dos ejércitos de millones de soldados, dispuestos a atacarse. Pero no pasó nada.

En la parte alemana, detrás de bastidores, se desarrollaba una pugna de gran intensidad. Hitler había dado a conocer a finales de septiembre de 1939 su plan de ataque contra Francia, previsto para antes del invierno. Su extenso memorándum al Mando Supremo del Ejército data del 9 de octubre de 1939, exactamente tres días después de que ofreciese la paz a Inglaterra y a Francia. Se proponía llegar a la costa francesa en el norte del Canal, haciendo marchar una potente ala armada sobre las neutrales Bélgica y Holanda. Las costas podrían ser muy bien una base de operaciones primordial a la hora de llevar la guerra aérea y marítima contra Inglaterra. Con otros objetivos, pero de un modo muy parecido, se había realizado el Plan «Schlieffen», entre los años 1905 y 1914.

Atendiendo a las órdenes recibidas, el Mando Supremo del Ejército, los generales von Brauchitsch y Halder, procedieron a elaborar el Plan «Gelb» («Amarillo»). El jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos A, cuyo centro de operaciones se situaba ante las Ardenas, general von Manstein, propuso un plan muy diferente: atacar con la mayoría de los carros de combate disponibles, por el centro, irrumpir a través de las fuerzas anglo-francesas y avanzar hasta las costas del canal. El Alto Estado Mayor prefirió dejar de lado ese plan. Casi todos los generales abrigaban la sospecha de que la guerra se convertiría en mundial nada más quedar herida la neutralidad belga. El plan Manstein permanecería en las actas.

La Marina, por su parte, proseguía su hostigamiento contra los buques británicos, mediante barcos de superficie y submarinos. Los *U-Boot* alemanes lograron algunos éxitos aislados, como el hundimiento de un portaaviones inglés en septiembre, y la destrucción de un acorazado británico, torpedeado en la bahía de Scapa Flow, fuertemente protegida, en octubre de 1939. Frente a estas acciones, los cruceros pesados británicos lograron alcanzar con sus cañones el acorazado *Graf Spee* en el estuario del Río de la Plata. El buque resultó tan dañado que, pocas semanas antes de Navidad, el comandante de la nave ordenó que se procediese al hundimiento y él mismo se suicidó.

Pero quienes decidían las operaciones navales, por parte británica el lord del Almirantazgo, Winston Churchill, y por parte alemana el gran almirante Raeder, abrigaban criterios nuevos sobre el desarrollo de la guerra marítima. Churchill pretendía impedir que los alemanes alcanzasen los yacimientos mineros de Suecia, ya fuera actuando a través de Noruega o desde el Báltico. Raeder, a su vez, consideraba como absolutamente necesaria la seguridad de las costas noruegas y danesas del Atlántico Norte, porque le parecía que ello podría significar la victoria en una gran guerra naval. Tras alguna reflexión, Hitler comprendió que esta guerra llevaría consigo una ampliación del espacio de maniobrabilidad en la que jamás se había detenido a pensar. En esta tesitura se dio curso el 1 de marzo de 1940 a la orden correspondiente a la Operación «Weserübung» (Ejercicio Weser), cuyo objetivo era la ocupación de Dinamarca y Noruega. En noviembre de 1939 se produjo una serie de intentos de mediación a cargo de los reyes de Bélgica, Holanda y Rumania.

Pero los buenos oficios de estos monarcas habían dejado de interesar a Hitler. Su deseo era la culminación rápida de la guerra en el frente occidental. Sin embargo un relámpago cruzó la escena: la Unión Soviética atacaba a Finlandia, hasta entonces amiga de Alemania. El 30 de noviembre de 1939 trajo un cambio en la situación. Stalin pudo proceder así porque el Reich de Hitler le había otorgado, en el protocolo secreto del acuerdo de Moscú, el 23 de agosto de 1939, posibilidades de actuar no sólo sobre Polonia (hasta cierto punto), sino también contra los países de la costa oriental del Báltico: Letonia, Estonia, Lituania y Finlandia. Para los Aliados occidentales, la guerra ruso-finesa, de dos meses y medio de duración, activó todos los planes, que quedaron en meras teorías: ataque contra los soviéticos, a través de Noruega y Suecia (no se descartaba un enfrentamiento con Alemania en la misma zona) y ataque con el Ejército francés de Levante y la ayuda turca, en el sur, contra los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. El 14 de diciembre de 1939, la Sociedad de Naciones expulsaba de su seno a la Unión Soviética por considerarla país agresor. La aproximación entre Stalin y Hitler se acentuó y ambos firmaron un pacto de amistad a finales de 1939 y un acuerdo económico en febrero de 1940, además de concertar un intercambio de prisioneros políticos. El ministro norteamericano de Asuntos Exteriores, a quien el presidente Roosevelt envió a Europa con la misión de averiguar si el propio presidente podría actuar como árbitro, tan sólo pudo llegar a la conclusión de que Hitler estaba dispuesto a extender la guerra a toda Europa y que confiaba en que Norteamérica mantuviese su neutralidad.

Entretanto, Hitler decidió actuar: El 9 de abril de 1940, a las cinco de la mañana, tres transportes alemanes entraban en el puerto de Copenhague. Minutos después, la Infantería de la *Wehrmacht* ponía pie en tierra danesa y, tras un breve intercambio de disparos con la guardia real, tomaba el palacio. Al mismo tiempo se embarcaba un tren blindado en el transbordador de la línea Warnemünde-Gjedsen; unidades motorizadas germanas avanzaban por Jutlandia. Kaupisch, general de Aviación, a cuyas órdenes estaban las fuerzas invasoras, comunicó que Dinamarca había sido colocada «bajo la protección del Reich». El 26 de agosto de 1939, Hitler había garantizado a este país su neutralidad. El rey Cristian X se sometió a los agresores. El «Weserübung» había culminado. La guerra dejaba su primitiva localización...

Walter Görlitz 

El plan "Weserübung"
9 de abril–10 de junio de 1940

POR EL
Y POR LA

Al principio ambas partes se mostraron indecisas: ni el Gobierno británico, ni el «Führer» y canciller del Reich, se resolvían a ocupar la neutral Noruega y, por ende, Dinamarca. Hasta que en la primavera de 1940 se lanzaron a la empresa, ganando los alemanes la carrera por un palmo.



MINERAL PATRIA



La artillería protege la navegación en un fiordo noruego.

Las aguas del Skagerrak están tranquilas, el aire es húmedo, llueve. Al sur de la costa noruega, levemente sumergido, se encuentra el submarino polaco *Orzel*. Su comandante, Jan Grudzinski, de 32 años, huyó con él a Gran Bretaña al terminar la guerra germano-polaca y ahora se encuentra al servicio de la Marina de Su Majestad; de vez en cuando echa un vistazo por el periscopio. Estamos a 8 de abril de 1940.

Lo que ve es tranquilizador: tres pesqueros lanzan sus redes y, por estribor, avanza el buque danés *Skagen*. La misión del *Orzel* consiste en patrullar el Skagerrak y cerrar el paso a las embarcaciones alemanas. Después de la derrota polaca, los británicos se habían propuesto impedir que Alemania aumentara su peso militar en las neutrales aguas escandinavas. Para conseguirlo no estaban dispuestos a reparar en los métodos, como sugieren las palabras de Churchill, primer Lord del Almirantazgo: «... las pequeñas naciones no nos pueden atar las manos, mientras nosotros luchamos por la justicia y la libertad».

Los planes ingleses sobre Noruega

Churchill se había dado cuenta a tiempo de la importancia estratégica que poseían las 1000 millas costeras de la península, a la hora del bloqueo contra Alemania, una vez declarada la guerra. Los mercantes alemanes podían navegar a lo largo de las costas noruegas y danesas, y cargar mineral en los puertos neutrales de Noruega para transportarlo a Danzig a través del Skagerrak y del Kattegat. El mineral transportado de Narvik a Alemania (diez millones de toneladas anuales), producía auténticos quebraderos de cabeza a los ingleses. Para impedirlo había diversos caminos. Uno de ellos, el propuesto por Churchill el 12 de septiembre de 1939 y que, desde luego, podía ser considerado como peligroso y contrario al derecho internacional: minar las aguas noruegas. Los ministros se opusieron a esta medida.

Los militares, sin embargo, no se conformaron y emprendieron los planes para la ocupación de los puntos más estratégicos de Noruega. El director de los servicios de información de la Marina pidió por radio al cónsul británico en Narvik (clave n.° 20.065) datos precisos sobre los muelles, profundidad del puerto e importancia del ferrocarril.

El 30 de noviembre de 1939 la Unión Soviética atacó a Finlandia. Churchill propuso auxiliar a los fineses con armas y material e incluso con volunta-

EL INCIDENTE DEL "ALTMARK"

El buque de apoyo «Altmark» (10.850 t) regresaba de un encuentro en el Atlántico con el acorazado de bolsillo «Admiral Graf Spee», al que había abastecido de carburante. Asimismo se había hecho cargo de 303 prisioneros, procedentes de los mercantes echados a pique por el acorazado y recogidos a bordo.

El 15 de febrero una flotilla británica de destructores avistó al «Altmark» ante el Jösenfjord, en la costa meridional de Noruega. Dos cañoneros noruegos se dirigieron rápidamente hacia los destructores británicos para comunicarles que el «Altmark» no estaba provisto de armas y que había recibido permiso para navegar por aguas noruegas hasta Alemania. Los destructores, entonces, decidieron retirarse. El «Altmark» se refugió en el fiordo, que tiene dos kilómetros de largo por unos 250 metros de ancho, y se halla flanqueado por peñascos rocosos.

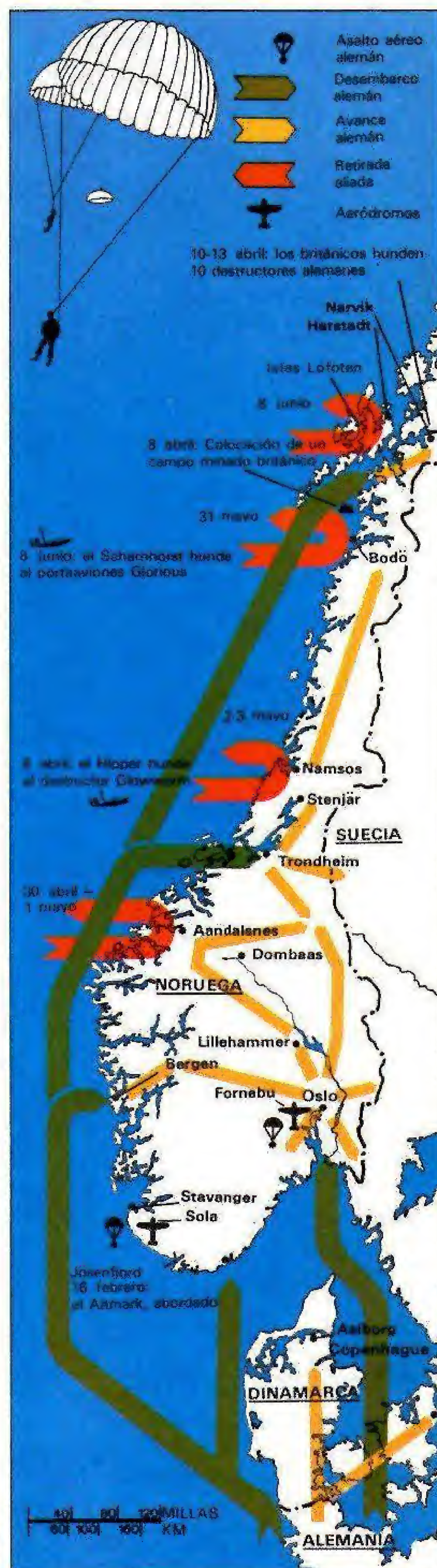
Cuando llegó al Almirantazgo la comunicación de la flotilla de destructores, Churchill envió a su comandante, capitán Philip Vian, la siguiente orden:

«Si los cañoneros noruegos no se avienen a formar parte de una escolta conjunta anglo-noruega que conduzca al 'Altmark' hasta Bergen, aborde al 'Altmark', libere a los prisioneros y tome posesión del buque».

Después de separarse de los cañoneros noruegos, el «Cossack» volvió al fiordo el 16 de septiembre y, a las 22,46, hizo señales al «Altmark» para que parase máquinas y lanzara una escalera de gato por la borda.

El «Altmark» no respondió. El «Cossack» preparó un grupo de asalto para el abordaje y se dirigió hacia el barco alemán, que intentó embestir al destructor, pero encalló en el fiordo.

Los británicos abordaron el «Altmark» y reunieron a la tripulación. Siete marinos alemanes resultaron muertos y cinco heridos. Los prisioneros liberados se dedicaron a desvalijar los camarotes de los miembros de la dotación antes de pasar a bordo del «Cossack».



Mapa del «Ejercicio Weser» en el que por primera vez actuaron conjuntamente tropas alemanas de tierra, mar y aire. Mientras que la ocupación de Dinamarca se llevó a cabo sin resistencia apreciable, la de Noruega originó, junto a situaciones muy críticas, daños importantes, sobre todo en la marina.







rios. Para ello era preciso disponer del puerto de Narvik. El Gobierno británico no deseaba aventurarse. Lo único que consiguió el primer Lord del Almirantazgo fue la autorización para que los tres Ejércitos prepararan la operación de respuesta a un intento de invasión de Noruega por parte de Alemania. Casi al mismo tiempo, el jefe del *Abwehr* alemán, almirante Canaris, ponía en guardia al mando de la *Wehrmacht* acerca de una posible intervención militar de los británicos. En consecuencia, el 12 de diciembre de 1939, Hitler accedió a la petición de su Estado Mayor de preparar un estudio «Nord» sobre la posibilidad de que las tropas alemanas ocuparan Noruega. Por su parte, los Aliados se inclinaban cada vez más a utilizar el conflicto entre la Unión Soviética y Finlandia como motivo para ocupar Noruega.

El 28 de marzo de 1940, el Alto Mando aliado reunido en Londres decidió minar las aguas noruegas y ante la posibilidad de una invasión de Noruega por los alemanes, resolvió embarcar tropas para ocupar eventualmente Narvik y avanzar a lo largo de la línea del ferrocarril minero hasta la frontera con Suecia. Al mismo tiempo, tropas aliadas debían desembarcar en los puertos de Stavanger, Bergen y Trondheim.

Se abrió fuego a las 11,50

Pocos días después de la decisión del Mando aliado, destructores, minadores y submarinos abandonaron sus puertos respectivos y pusieron rumbo hacia las posiciones en aguas noruegas señaladas de antemano por el Almirantazgo. Entre las unidades que participaban en esta operación se encontraba el submarino polaco *Orzel*.

El comandante Grudzinski no sabía mucho de la alta estrategia del Almirantazgo. Lo único que sabía es que del mineral se hace el acero, y del acero los cañones. Y él estaba decidido a impedir que los alemanes siguieran fabricando más cañones. Por eso había ordenado que ni un solo minuto se dejara de observar lo que pasaba en el Skagerrak. Ningún carguero alemán debía atravesar su barrera.

La infantería avanza, protegida por el carro de combate, en dirección a un pueblo noruego (arriba).

«Las tropas alemanas marchan sin reposo hacia la victoria final», fue el texto original de esta fotografía. En realidad hasta el fin de la operación tuvieron que retroceder varias veces (centro).

Veinte soldados británicos hechos prisioneros en Trondheim (abajo).

Avanzada la tarde llamaron a Grudzinski para que él mismo echara un vistazo por el periscopio.
Al principio vio únicamente las barcas de los pescadores en dirección a Lillesand, el pequeño puerto noruego en el Skagerrak, pero, de pronto, tuvo ante sus ojos un carguero germano. Llevaba en el mástil la bandera del Reich y se encaminaba a toda máquina hacia el noroeste, a lo largo de la costa. Inmediatamente Grudzinski dio la señal de alarma y mandó preparar los torpedos. El *Orzel* se aproximó hasta a una milla del mercante alemán... Grudzinski miró de nuevo por el periscopio. Podía leer el nombre del buque: *Río de Janeiro*. Ordenó abrir fuego. Eran las 11,50 de la mañana.
Pero lo que al parecer se le pasó por alto a Grudzinski, lo pudieron contemplar con sorpresa los pescadores noruegos que acudieron en auxilio de los supervivientes: los hombres del mercante alemán vestían uniforme de la *Wehrmacht*. Los alemanes todavía sorprendidos por su accidentado desembarco en Noruega, contaron a los no menos asombrados noruegos que les habían ayudado a llegar a tierra, que se preparaban para desembarcar y ocupar su país antes de que los británicos hicieran lo propio. Por este medio totalmente inhabitual los noruegos de Lillesand se enteraron de que las tropas alemanas se disponían a invadir su país.

El plan «Weserübung»

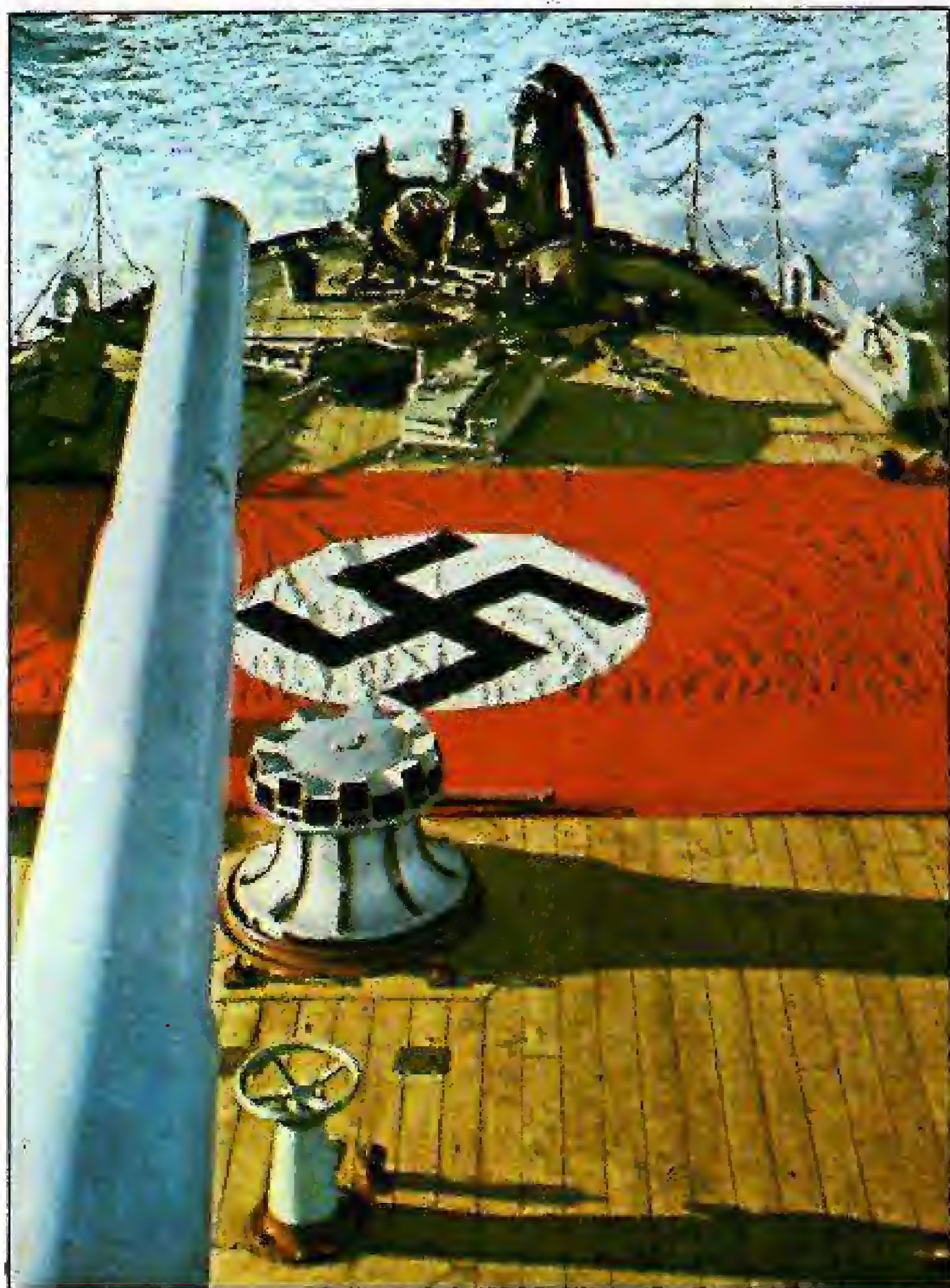
El 21 de febrero de 1940, Hitler mandó llamar a su despacho al comandante del Cuerpo de Ejército XXI, general von Falkenhorst. El general, que en 1918 había tomado parte en la batalla de Finlandia, tenía fama de ser un especialista de la estrategia bajo condiciones geográficas difíciles.
Hitler comunicó abiertamente al general que, en su opinión, los británicos se proponían invadir Noruega. Su objetivo era ampliar el campo de operaciones, distraer a las fuerzas alemanas y aproximarse al mar Báltico. Con lo cual estaba en peligro el próximo ataque a Francia.
Hitler encargó al general que preparara los planes para una operación contra los países escandinavos.
Un mes y medio después el *Führer* dedicó más de cinco horas a escuchar un informe sobre el estado de los preparativos. Un día más tarde, el 2 de abril, Hitler fijó para el 9 del mismo mes el comienzo de las operaciones.
El jefe del OKW (Mando Supremo de la *Wehrmacht*), general Keitel, transmitió la orden: «Día Weser, 9 de abril de 1940; hora Weser 5,30.»
La composición de la flota que en la noche del 8 al 9 de abril se adentró en las agitadas aguas del mar del Norte era ciertamente curiosa: abría la marcha el crucero pesado *Blücher*. Seguía el *Emden*, y tras él navegaban tres torpederos y una flotilla de ocho dragaminas, dos balleneros y, por último, el acorazado de bolsillo *Lützow*.
Cada uno de los 16 buques llevaba a bordo cañones de largo alcance, antiaéreos, vehículos y soldados.
A las 5,18 de la mañana el llamado Grupo V enfila el fiordo de Oslo, de 110 km de longitud. Los dos balleneros, con los zapadores y tropas de choque, se adelantan al resto de la flota. El minador noruego *Olav Tryggvason*, que se encuentra en las inmediaciones, abre fuego inmediatamente contra los barcos alemanes. Un ballenero noruego ametralla al torpedero *Albatros*. Mientras el *Emden*, con muy pocas salvas, derrota a los noruegos, el *Blücher* continúa protegiendo el avance de la flota. El objetivo del Grupo V es Oslo.
El comandante de las fortalezas de Oscarsborg y Akerhus, coronel Erichsen, de 65 años, se da cuenta, por los disparos, de que los alemanes se acercan. Inmediatamente, con la flota a la vista, ordena a sus hombres abrir fuego. El *Blücher* pasó el primero por la estrecha embocadura. Fue alcanzado de lleno, en el centro, por dos torpedos. El gigantesco crucero empezó a inclinarse de un lado. Cientos de soldados, armas, municiones y material diverso fueron resbalando de la cubierta al mar. Muchos de los soldados murieron al precipitarse en el agua helada. Muy pocos lograron llegar al puerto. Uno de los escasos supervivientes fue el comandante de la División de Infantería 163, general Engelbrecht; junto con él consiguió llegar a tierra el contraalmirante Oscar Kumnetz. El general volvió un momento la cabeza hacia el lugar en que el *Blücher* iba desapareciendo bajo las aguas y dijo al contraalmirante: «¿Cómo puede hundirse un buque de esa categoría?» Lo mismo debía pensar el marino, que miró a su vez hacia el *Blücher*. Para él era aún mucho más doloroso contemplar cómo uno de los barcos orgullo de la marina alemana había sido hundido por los disparos de una batería costera. Una batería a la que los observadores militares no habían dado la menor importancia, porque desde hacía años no había disparado ni un solo cañonazo, ni siquiera a guisa de entrenamiento y, sobre la que, como más tarde declararía el propio comandante Erichsen, existían serias dudas de si estaría en condiciones de disparar.
Mientras en el fiordo de Oslo se hundía lentamente el *Blücher*, otros cuatro Grupos se aproximaban a sus objetivos con su carga de hombres y material. El Grupo I, con el general Dietl y sus cazadores alpinos, debía ocupar el puerto de Narvik; el Grupo II, Trondheim; el III, Bergen; y el IV, Kristiansand. Sólo el primer Grupo estaba compuesto por 10 destructores y los cruceros *Scharnhorst* y *Gneisenau*.

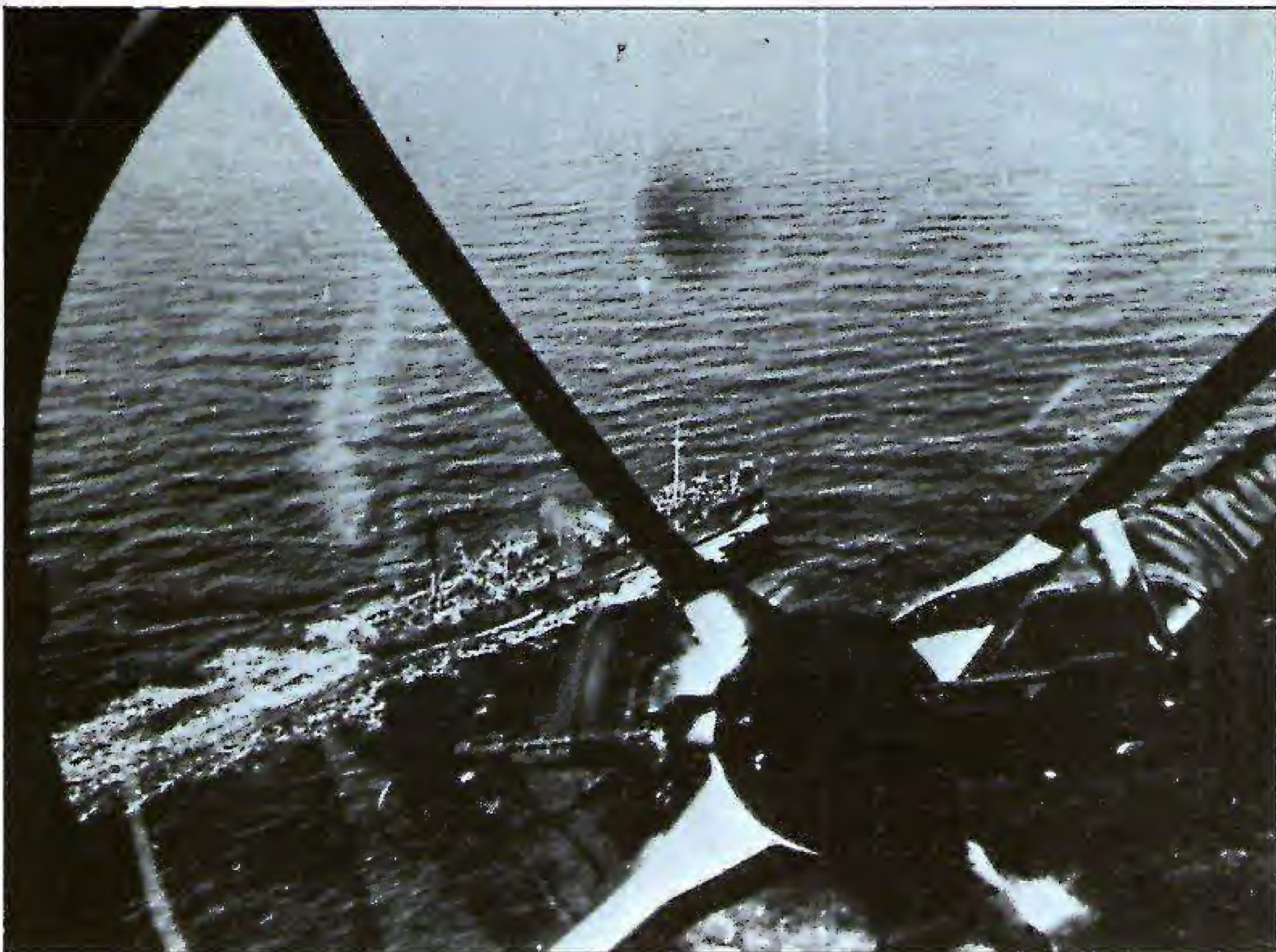
Alarma en el Almirantazgo

La noche del 7 de abril el Almirantazgo recibió la noticia de que se había avistado una flota alemana en el Skagerrak. Lo que los aviones de reconocimiento de la Royal Navy habían descubierto eran los buques que debían llevar al Grupo I del general Dietl y sus cazadores hasta el puerto de Narvik.
El mando británico ignoraba todavía los planes germanos.
El Almirantazgo cursó entonces a su flota de cruceros, que ya se encontraba en aguas noruegas, la orden de alterar el rumbo. Incluso la escuadra que estaba embarcando tropas para la invasión de Noruega tuvo que desembarcarlas y hacerse a la mar. La orden de la Home-Fleet era tan elocuente como escueta: presentar batalla y hundir a los barcos alemanes que se encontraban en el Skagerrak.



El 8 de abril los británicos toman contacto por primera vez con el enemigo. El destructor *Glowworm*, a la búsqueda de un marinero que se había caído por la borda, fue sorprendido por el *Admiral Hipper*, encargado de la cobertura del Grupo II. El crucero abrió fuego y hundió inmediatamente el destructor.
El 9 de abril fue el crucero británico *Renown* el que logró alcanzar al también crucero alemán *Gneisenau*.







La bandera de la cruz gamada extendida sobre la cubierta debía impedir posibles errores en los ataques aéreos (arriba a la izquierda).

La aviación protege el transporte de las tropas alemanas hacia las costas noruegas (arriba a la derecha).

Artilleros alemanes se hacen cargo de una batería costera noruega (sobre estas líneas).

Un jefe de Estado Mayor pregunta a su ministro: «¿Está usted loco?»

Mientras en Alemania se hallan en su apogeo los preparativos de los tres Ejércitos para la ocupación de Noruega y Dinamarca, en Oslo el Gobierno no acababa de ponerse de acuerdo sobre las medidas que debía tomar. El 5 de abril los agentes de información noruegos habían transmitido noticias alarmantes al Estado Mayor del Ejército.

Habían observado en los puertos del Norte de Alemania el embarco de hombres y material de guerra y habían podido enterarse de hacia dónde pensaban dirigirse: a Noruega.

El Gobierno de Oslo, sin embargo, seguía indeciso. Temía que cualquier preparativo militar pudiera ser interpretado por Hitler como un desafío. El Gabinete se reunió el 8 de abril. Poco antes, el jefe del Estado Mayor del Ejército, coronel Rasmus Hatledal, se había entrevistado con el ministro de Defensa y le había asegurado que los mandos militares estaban dispuestos a obedecer las órdenes del Gobierno. Pero las esperanzas del coronel respecto a la reunión del Gabinete –orden de movilización general– quedaron plenamente defraudadas. Al contrario, el Gobierno dispuso que todos los oficiales se reintegraran a sus hogares. Sólo el personal de rutina permanecería en sus puestos.

Al conocerse la noticia del desembarco de las tropas alemanas, el Gobierno ordenó movilizar a las cinco Brigadas de campaña que se encontraban en el Norte de Noruega. Cuando el coronel Hatledal recibió la orden preguntó al ministro de Defensa: «¿Está usted loco, señor ministro?»

Mientras en la noche del 8 al 9 de abril el Gabinete noruego seguía discutiendo las medidas oportunas, en los aeródromos del Norte de Alemania una escuadrilla de transporte embarcaba material, soldados de infantería y paracaidistas; por mar se acercaban a la costa los distintos Grupos navales alemanes, y dos Divisiones de Infantería y una Brigada Móvil se concentraban en la frontera danesa bajo el mando del general de aviación Kaupisch, en espera de la orden de marchar hacia Jutlandia.

A las 5,30 desembarcaron puntualmente en Narvik, Trondheim, Stavanger, Egersund, Kristiansand, Arendal y Oslo.

Las pérdidas alemanas no fueron de consideración. El crucero *Gneisenau* recibió tres cañonazos del británico *Renown*, entre ellos el impacto de una granada de 381 mm. Ante Kristiansand, el submarino británico *Truant* torpedeó al crucero alemán *Karlsruhe*. El tiempo se puso de parte alemana: hizo un día ventoso, con lluvia y nieve. La Home-Fleet, que buscó por todos los medios la batalla con las unidades germanas, tuvo poco éxito. Los soldados de la *Wehrmacht* pudieron cumplir puntualmente el plan trazado por el mando.

Media hora antes de que se presentaran las tropas alemanas, los encargados de negocios de las Embajadas del Reich en Oslo y Copenhague entregaron una nota a los Gobiernos respectivos. En ella se decía que la invasión se había hecho necesaria para defender la neutralidad de ambos pueblos contra un inminente ataque aliado. El objetivo ▷

del Gobierno alemán era una ocupación pacífica. Cualquier resistencia sólo conduciría a un inútil derramamiento de sangre.

Gobierno y Parlamento huyen al interior del país

En la mañana del 9 de abril de 1940 reinaba una gran actividad en el Parlamento de Oslo. El presidente fue informado por el ministro de AA. EE. sobre los planes alemanes, poco después de que éstos le fueran dados a conocer. Acto seguido, el presidente, C. J. Hambro, se reunió con un grupo de sus más íntimos colaboradores en una de las dependencias del Storting. Mediante el conocido sistema de la bola de nieve se informa a los diputados de las intenciones alemanas. Al mismo tiempo se les indica que se desplacen a Hamar, a 90 km al norte de Oslo, pero al conocerse la rapidez del avance de las tropas germanas, se traslada a Elverum la reunión de los parlamentarios.
También el Gobierno decide ir a Elverum. Antes de emprender la marcha, el ministro de AA. EE., Halvdan Koht, recibe al representante de la agencia de noticias noruega, «Norsk Telegrambyra». El ministro comunica al periodista que el Gobierno ha decidido proclamar la movilización general. Poco después la radio de Oslo da a conocer esta decisión del Gobierno.

Las operaciones militares

En el hotel «Esplanade» de Hamburgo, cuartel general de la X División del Aire, una mala noticia sigue a otra. La primera escuadrilla de 29 aviones de transporte que debía lanzar a los paracaidistas sobre el aeropuerto de Oslo-Fornebu, no ha podido orientarse debido a la niebla. Dos de los aviones han chocado entre sí y se han precipitado al mar. El teniente coronel Drewes, jefe del II Escuadrón de transporte ha ordenado regresar.
De acuerdo con una orden de Göring, en el caso de que los paracaidistas no puedan lanzarse según el plan previsto, el resto de los transportes debe regresar a la base. En el hotel «Esplanade» el jefe encargado de la organización del transporte, Freiherr von Gablenz, intenta persuadir al general Geisler de que la operación debe seguir adelante. Los aterrizajes pueden efectuarse en campo abierto. Las tropas de Infantería a bordo de los transportes están en condiciones de aniquilar la resistencia enemiga. Al menos debe consentirse al primer grupo de transporte que tome por sí mismo la decisión de arriesgarse o no al aterrizaje.
El jefe de la organización del transporte



tiene un motivo importante para oponerse a las órdenes de Göring: todos los aparatos que no puedan aterrizar en Fornebu se verán obligados a hacerlo, por falta de carburante, en Aalborg. Pero el campo de aviación de Aalborg, ocupado ya por los alemanes, se halla repleto de aviones.
Geisler, sin embargo, no se dejó convencer y dio la orden de retirada a los Grupos de transporte.
También el capitán Wagner, que llevaba a bordo de los tres aparatos *Ju 52* bajo su mando, a soldados del Regimiento de Infantería 324, recibió la orden de regresar. Le pareció tan absurda, encontrándose cerca de Fornebu, que la atribuyó a un ardid enemigo. Sobre todo desconfió del indicativo de la orden «X División del Aire», cuando él dependía del jefe de transporte, y únicamente éste podía darle órdenes. Wagner siguió su vuelo. Sus pilotos eran duchos en aterrizajes ciegos y con mal tiempo. Poco después los aparatos volaban sobre Fornebu. Wagner dio la señal de aterrizaje. Al iniciar la maniobra, el aparato fue alcanzado por el fuego enemigo, resultando muertos el capitán y algunos

Tropas alemanas de choque recorren una línea férrea recién conquistada (izquierda).

Transporte alemán desembarcando tropas en el puerto de Copenhague ante una multitud de daneses silenciosos (abajo).



Tranquilo, disciplinado y leal

Entre los países ocupados, Dinamarca mantuvo una actitud muy particular desde el 9 de abril de 1940 al 5 de noviembre de 1942. Tanto el rey como el Gobierno y el Parlamento, y también las Fuerzas Armadas, resultaron indemnes. Después de la invasión de las tropas alemanas, el Gobierno danés decidió ser él mismo el encargado de dirigir los asuntos del país.

A las 5.20 de la madrugada, el encargado de negocios de la Embajada alemana en Copenhague entregaba una nota al Gobierno danés. En ella se explicaban los motivos del plan «Weserübung-Süd», según el cual desde las primeras horas del amanecer habían invadido Dinamarca dos Divisiones de Infantería y una Brigada de blindados. Apenas veinte minutos más tarde, el Gobierno danés se reunía bajo la presidencia del rey Cristian X. A las siete de la mañana habían decidido que Dinamarca no ofrecería la menor resistencia y aceptaría –bajo protesta– las exigencias alemanas.
La nota del Gobierno del Reich argumentaba extensamente la necesidad de las operaciones contra Dinamarca y Noruega. Francia e Inglaterra intentaban un bloqueo contra Alemania con objeto de poner en peligro su abastecimiento e impedir el comercio del Reich con los países neutrales. Las medidas tomadas por París y Londres perseguían, sobre todo, privar a Alemania del mineral procedente de los países escandinavos y, al mismo tiempo, preparar un ataque por el flanco norte.
En la nota se decía textualmente: «Alemania no está dispuesta a consentir la realización de tales planes de sus enemigos. Por este motivo el Gobierno del Reich ha iniciado en el día de hoy determinadas operaciones militares que conducirán a la ocupación de importantes puntos estratégicos en territorio danés.
El Gobierno del Reich se hace cargo, mientras dure la guerra, de la defensa del reino de Dinamarca. Está decidido desde ahora por todos los medios a salvaguardar la paz en el Norte contra los ataques ingleses y franceses...
Las tropas alemanas no han entrado en Dinamarca como enemigas. El Alto Mando alemán no tiene el propósito de utilizar los puntos estratégicos daneses como plataforma de sus operaciones contra Inglaterra y Francia, al menos en tanto que los ataques de estas dos naciones no le obliguen a ello».
A continuación se detallan las exigencias:
– Comprensión para el comportamiento alemán.
– No ofrecer resistencia alguna.
– Medidas urgentes del Gobierno danés encaminadas a facilitar la marcha de las tropas alemanas.
Ante los hechos consumados, y dado el precedente militar establecido, al Gobierno danés no le quedó más remedio que aceptar las seguridades ofrecidas por los alemanes con objeto de salvaguardar la unidad nacional y la independencia política. Por tanto, pidió al pueblo y a las Fuerzas Armadas que no ofrecieran ningún tipo de resistencia.
El tono de la respuesta, entregada el 9 de abril de 1940, era frío y respetuoso: «El Gobierno danés se da por enterado de la nota entregada por usted esta mañana. A través de la misma he tenido conocimiento de que las tropas alemanas no han entrado en Dinamarca como enemigas y de que el Gobierno del Reich no tiene el propósito de atentar contra la integridad e independencia política de Dinamarca, ni ahora, ni en el futuro.
Tras la recepción de este comunicado, el Gobierno danés, consciente de la situación, ha decidido regular por sí mismo todo lo relativo a la ocupación. Protesta seriamente, sin embargo, contra la violación de que ha sido objeto la neutralidad de Dinamarca».
Al mismo tiempo que se entregaba esta respuesta al encargado de negocios de la Embajada alemana, el Gobierno danés daba a conocer por radio la siguiente proclama:
«Tropas alemanas han atravesado esta noche la frontera danesa. Tropas alemanas desembarcarán en distintos puntos de nuestro país. El Gobierno danés ha decidido, bajo protesta, seguir representando los intereses del país y, habida cuenta de la ocupación llevaba a cabo, pone en conocimiento de todos lo siguiente:
Las tropas alemanas que se encuentran en nuestro país han llegado a un entendimiento con las Fuerzas Armadas danesas, y es deber del pueblo deponer toda resistencia contra dichas tropas. El Gobierno danés se esforzará en conseguir las máximas garantías de seguridad para el país y la población frente a las consecuencias funestas de la guerra, y pide a los daneses tranquilidad y disciplina...»





Escasamente dotados de armas pesadas los soldados alemanes tuvieron que afrontar los primeros combates apenas pisaron tierra noruega. En la fotografía puede observarse el ligero armamento utilizado por la infantería y por los cazadores de montaña.

soldados. El piloto elevó el *Ju* inmediatamente y dio media vuelta.
Poco antes de los transportes había surgido sobre Fornebu el Grupo de caza 76 con seis *Me 110* encargado de proteger el aterrizaje de las tropas. Pero sucedió que los seis cazas alemanes fueron atacados por nueve *Gloster-Gladiator* noruegos. Sin embargo, los anticuados aparatos de doble ala no tenían la menor oportunidad frente a las modernas máquinas alemanas, que acabaron con ellos y también con las baterías antiaéreas situadas en los límites del aeropuerto. Tan sólo los nidos de ametralladoras continuaron disparando.

¿Dónde están los paracaidistas?

Uno de los *Me 110* resultó alcanzado y tuvo que intentar un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto. Los noruegos siguieron disparando sobre el avión. Otros dos cazas se vieron obligados a aterrizar por falta de carburante. Junto a ellos tomó tierra uno de los transportes. De pronto, aviadores e infantes se quedaron con la boca abierta, sin dar crédito a sus ojos: sobre la pista avanzaba hacia ellos un coche americano azul celeste. Dentro de él, cómodamente sentado, un oficial alemán de Aviación: el capitán Spiller, agregado militar de la Embajada de Oslo. «¿Dónde están los paracaidistas?», fue su primera pregunta.
Cuando éstos llegaron era demasiado tarde para que el agregado Spiller pudiera cumplir la misión que se le había encomendado: tomar bajo su custodia al rey de Noruega. El rey había abandonado para entonces su residencia de Oslo y se encontraba camino de Elverum. A primeras horas de la tarde del día siguiente, después de que los paracaidistas se presentaron en Fornebu, Spiller siguió con ellos al rey. Pero la tentativa de detenerlo fracasó en el pueblo de Midtskogen, donde los paracaidistas encontraron una gran resistencia militar por parte noruega. Durante las luchas que se entablaron resultó muerto el capitán Spiller. Las tropas alemanas se retiraron.

La niebla salvó al rey

Durante la tarde siguieron aterrizando los transportes con el Regimiento de Infantería 324. Por la noche, Oslo se encontraba ya bajo el control de la *Wehrmacht*.
La ocupación de Frederikstad resultó en cambio un paseo turístico. Los noruegos se olvidaron de volar los puentes estratégicos y el avance de las fuerzas germanas se efectuó sin con-









Soldados de guardia en el Oslo ocupado (arriba).
El jefe de un batallón de paracaidistas impartiendo órdenes a sus hombres (izquierda).
En Kirkenes la marina poseía una de sus bases más septentrionales. Las señales revelan con cierto humor toda la amplitud de la guerra (sobre estas líneas).

tratiempos. Los alemanes, jóvenes, bien equipados, llegaron a Frederikstad en 30 autobuses con matrícula de Oslo y ocuparon la ciudad sin la menor resistencia: dentro de los autobuses los soldados cantaban tranquilamente.
En el aeródromo de Stavanger-Sola aterrizaron doce *Ju 52* con paracaidistas del Regimiento 1. Dominaron rápidamente el fuego de las ametralladoras emplazadas en los alrededores y poco más tarde quedó el campo libre de los rollos de alambradas colocados para servir de obstáculo. Con Fornebu y Stavanger-Sola se encontraban en manos alemanas dos importantes campos de aterrizaje para las tropas del Reich.

Perseguidos por la desgracia

En cambio la situación de los alemanes en Narvik no era nada fácil. El 10 de abril había aparecido la segunda Flotilla británica de destructores con cinco unidades, que consiguió hundir dos destructores alemanes y alcanzó seriamente a otros dos. Además, los alemanes perdieron también una serie de transportes con material y munición para los soldados del general Dietl. Éste había conseguido desembarcar con sus cazadores, pero carecía de armamento pesado. Hasta el 13 de abril tan sólo se había logrado trasladar a Narvik una batería de montaña, algunas granadas y determinado número de proyectiles.
La proposición de Churchill de efectuar un desembarco en Trondheim bajo la protección de la Flota fue rechazada tanto por el Almirantazgo como por el Ejército. Era imposible arriesgarse a una operación de esa índole dada la supremacía de la Aviación alemana en esa zona. Los ingleses decidieron otra cosa: preparar los escasos puntos que habían caído en sus manos el 15 de abril en Namsos –a 160 kilómetros al norte de Trondheim–, y el 18 de abril cerca de Aandalsnes –a 250 km al sur del puerto–, para facilitar el aterrizaje de los transportes británicos de tropas.
Una espina clavada en la carne de los británicos la constituía el aeródromo de Stavanger-Sola. El 17 de abril el crucero inglés *Suffolk* disparó sus cañones contra él durante siete horas. Y durante siete horas fue a su vez atacado por la aviación alemana. Con grandes dificultades, con el agua dominando la cubierta, navegando más sumergido que a flote, logró alcanzar su base de Scapa Flow...
Por primera vez los británicos comprendieron cuán poca trascendencia tenía el dominio de los mares en la era de la aviación. No sólo los alemanes tuvieron la suerte adversa en Narvik, también a los ingleses les perseguía la desgracia. Las tropas desembarcadas en Namsos debieron hacer frente a las peñas costeras y el avance resultó muy lento. Las de Aandalsnes tenían a los alemanes de frente y por un flanco.

Los franceses y británicos abandonan el campo

Poco después de la toma de Oslo, la vanguardia de la División 196, reforzada con unidades blindadas, empezó su avance hacia Trondheim y Aandalsnes, adueñándose de las vías de comunicación. La Infantería alemana, con el apoyo de los paracaidistas, logró abrirse paso con más rapidez de la prevista a través de toda clase de obstáculos que se acumulaban ante ella, desde las barricadas a la voladura de puentes, pasando por la resistencia armada noruega.
El 23 de abril coincidieron en Lillehammer los efectivos noruegos que venían retrocediendo y la Brigada 148 británica. Bajo el fuego cerrado de los Stukas, noruegos e ingleses emprendieron la huida hacia el noroeste. También tuvieron que dar media vuelta los efectivos británicos que habían conseguido desembarcar en Namsos y que tras 80 km de marcha habían alcanzado Trondheim. En el límite de sus fuerzas y medio helados, hubieron de volver a Namsos donde, poco antes, acababa de llegar un Regimiento francés de cazadores de montaña. Pero los franceses poco podían hacer por mejorar la situación. El 28 de abril, franceses e ingleses decidieron ganar sus embarcaciones en Namsos.
En Aandalsnes las condiciones en que se hallaban los británicos no eran tampoco halagüeñas. Ante la imposibilidad de hacer frente a los alemanes sin recibir apoyo de la Aviación decidieron abandonar el campo.
El 10 de junio terminaba la Operación «Weserübung» –Ejercicio «Weser»–. Treinta días antes se habían iniciado los preparativos para la siguiente: el Plan «Amarillo». □

UN HOMBRE CONTRA HITLER

Queda mucho por escribir sobre los autores de tres atentados: van der Lubbe, incendiario del Reichstag; Elser, creador de la «máquina infernal», y Oswald, asesino de Kennedy. La pregunta es: ¿actuaron por propia iniciativa o formaban parte de una conspiración más amplia? En 1939, el jefe supremo de las SS calificó a Johann Georg Elser de agente del servicio secreto británico. En 1946, el pastor protestante Niemöller afirmaba que había sido un comisionado de Hitler. Günter Peis demuestra que Elser actuó solo y por iniciativa propia.


El carpintero G. Elser, autor del atentado.

Tenía yo doce años cuando escuché por la radio, ya entrada la noche del 8 de noviembre de 1939, la noticia de la «milagrosa salvación de nuestro *Führer*, Adolf Hitler». Al día siguiente pude leer en el «Völkischer Beobachter» lo sucedido veinticuatro horas antes en la Bürgerbräukeller muniquesa: «Inmediatamente después de pronunciar su discurso ante los veteranos del partido el *Führer* abandonó Munich. A los pocos momentos de su partida se produjo una gran explosión en la Bürgerbräukeller. De los veteranos que se encontraban aún en ella resultaron 7 muertos y 63 heridos. Se ha establecido una recompensa de 50.000 marcos para quien pueda facilitar la pista que conduzca a la detención del autor del atentado. Hasta ahora los indicios conducen al extranjero».

Seis años después de este acontecimiento, cuando era ya periodista en activo, volví a oír hablar en el tribunal de Nuremberg del autor del atentado contra Hitler que tanto me había impresionado en aquellos primeros días de la guerra.

Por aquella época se me hizo creer que Dios había tendido su mano protectora sobre el *Führer*. Más tarde supe que la «mano protectora de Dios» sobre la cabeza de Hitler no había sido otra cosa que un truco propagandístico, cuya finalidad era mostrar ante el pueblo alemán y ante el mundo la «misión divina» del *Führer*. El autor del hecho, Johann Georg Elser, había sido un simple asalariado.

¿Quién era el hombre del que Himmler aseguraba «ser un instrumento sin voluntad en manos del servicio secreto británico», y del que el pastor protestante Niemöller diría a los estudiantes de Gotinga, el 17 de enero de 1946, «que no había hecho otra cosa, al perpetrar el atentado, que obedecer instrucciones del propio Hitler, con objeto de poner en marcha otro «incendio del Reichstag»?

Elser en el campo de concentración

En principio mis investigaciones resultaron muy complicadas. Empecé partiendo de la tesis de «un internado en un campo de concentración al que se ha prometido la libertad si atenta contra Hitler».

Por tanto me presenté en la VVN (Asociación de perseguidos por el régimen nazi) y pregunté si en los campos de concentración había algún Elser antes del 8 de noviembre de 1939. La respuesta fue negativa: antes de esa fecha no había ningún preso de ese nombre; en cambio sí figuró un Georg Elser en el campo de Sachsenhausen durante el invierno 1939/40, y a finales del 44 o principios del 45 en Dachau. En el caso de que pudiera establecerse que Elser había actuado solo y por propia iniciativa no cabía duda de que para la construcción de su «máquina infernal» precisaba haber trabajado en Munich durante bastante tiempo. Tenía que poseer conocimientos técnicos y estar acostumbrado a desarrollar trabajos de gran precisión. En general, los hombres capaces de hacer estas cosas son por naturaleza pedantes y cuidan de cumplir puntualmente con las obligaciones policiales, con la inscripción y la baja en los registros de vecindad, por ejemplo. Y, efectivamente, así había sido: según la policía de Munich «Georg Elser, soltero, de profesión carpintero, nacido en Hermaringen el 4 de enero de 1903, se había cambiado de la Blumenstrasse 19 a la Türkenstrasse 94, como huésped de la familia Lehmann, en el segundo piso...»

En el registro me aconsejaron que buscara a «mi amigo» Elser partiendo de su última dirección conocida en la Türkenstrasse 94: «En teoría tendría que habitar aún allí, puesto que no se ha dado de baja, ni conocemos otra dirección suya».

El inventor y sus muchas cajas

La casa de la Türkenstrasse 94 había sido respetada por los bombardeos aliados, e incluso la señora Lehmann, la patrona de Elser durante la preparación del atentado, vivía aún. Me contó lo siguiente:

«Mi marido y yo llevábamos un año casados. El piso era excesivamente grande para nosotros y el dinero no nos venía mal. Por eso colocamos un aviso en la calle: 'Se alquila habitación barata. Razón Lehmann, segundo piso'... El hombre que se interesó por la habitación parecía una buena persona y no dudé en alquilársela. Se llamaba Georg Elser, y su primera pregunta fue el precio; no parecía andar sobrado de dinero. La habitación costaba cuatro marcos a la semana. Debió entrar en sus cálculos porque pareció muy satisfecho, aceptando de inmediato...

Cuando se mudó trajo consigo infinidad de cajas, todas herméticamente cerradas... En cierta ocasión le sorprendimos ante una de ellas hojeando un grueso cuaderno de actas. Nos llamó la atención que lo guardara precipitadamente cerrando de nuevo la caja. Notamos que se había puesto

En recuerdo del «putsch» de 1923 Hitler pronunciaba, cada 8 de noviembre, un discurso ante los veteranos del partido en la cervecería Bürgerbräukeller de Munich. Al lado un cartel anunciador: «El 'Führer' habla».



Der Führer spricht

München, 8. November 1939, Bürgerbräukeller

muy pálido... Nos dijo que era inventor... También tenía un tablero de dibujo en la habitación. Se indispuso pronto con los vecinos a causa de sus continuas demandas de trabajo: como cerrajero, carpintero, mecánico... ¡Suplicaba como un niño pequeño!»
Entre los que fueron objeto de sus ofrecimientos figuraba Max Niederhofer, cerrajero, que tenía su taller en la Rumfordstrasse 32. Se acordaba muy bien de Elser:
«Un buen día se presentó en mi taller un hombrecillo y me preguntó si le permitiría utilizar de vez en cuando mis herramientas para construir no sé qué aparato. Era inventor... Intenté convencerle de que mi oficio era cerrajero y no experimentador. Pero Elser era testarudo... Volvió al día siguiente. Traía consigo un croquis de su invento, según me dijo. No del conjunto, sino de una parte. Por el momento no podía enseñar a nadie los planos completos. Lo que necesitaba de mí era un cilindro de metal de unos 20 cm de altura, que le hice sin la menor sospecha. Desde luego hubiera sido mejor para mí haber echado del taller al inventor suabio, me hubiera ahorrado los tormentos de la Gestapo...»
Las declaraciones de la señora Lehmann y del señor Niederhofer permiten establecer lo siguiente: Primero, que antes del atentado Elser no estuvo nunca en un campo de concentración, sino que se dedicó a los preparativos técnicos de su plan.
Segundo, parecen falsas las versiones de una participación extranjera. Un «cliente» extranjero habría proporcionado a Elser el artefacto que necesitaba para el atentado y no hubiera dejado al azar la posibilidad de que consiguiera construirlo por sí mismo, comprometiendo así el éxito de la empresa.

Elser tuvo que empezar a principios de agosto con la colocación de su aparato en la Bürgerbräukeller. Incluso después de la guerra algunos empleados de la cervecería se acordaban perfectamente de él. Por ejemplo, Maria Strobl, que no sólo llegó a conocer muy bien a Elser, sino también a Adolf Hitler. Maria Strobl entró a trabajar como camarera en la cervecería en 1930. Cada 8 de noviembre, se encargaba de una misión especial que causaba la envidia de todas sus compañeras: debía servir a Hitler.
En 1939 Georg Elser era ya cliente habitual de la cervecería. Se dio cuenta en seguida de que Maria Strobl conocía al dedillo el protocolo de las reuniones del 8 de noviembre. Frau Strobl recuerda todavía las preguntas de Elser:
«...muy pronto Elser empezó a preguntarme sobre el 8 de noviembre. Para mí resultaba interesante darle a conocer los detalles. Primero, le conté, llegan los colaboradores de Hitler y ocupan sus puestos en la sala. El último en llegar es siempre Hitler y lo hace en compañía de Hess, Goebbels y Himmler...» Mientras Maria Strobl hacía la caja, a la hora de cerrar, Elser se ocultaba en la galería y esperaba a que se fuera todo el mundo. A lo que se dedicaba en su encierro puede reconstruirse gracias al testimonio del por entonces encargado de la cervecería, Anton Payerl:
«...una noche encendí la luz del local. No se veía nada sospechoso en la sala. La galería estaba también desierta. Ni un ruido. Iba a marcharme cuando mi perro 'Ayax' tiró de mí por segunda vez: a grandes zancadas me llevó hacia la galería. Quedé sorprendido. El perro parecía empeñarse en subir las escaleras. Subí, con pasos lentos, detrás del animal. No hice más que poner el pie en el último peldaño y me encontré con un hombrecillo tembloroso y desconcertado. Me acerqué a él con decisión...
Era un desconocido que apenas entendía lo que se le decía. No estaba en disposición de responder. Le grité un poco y el hombre intentó justificarse: según él había querido escribir una carta tranquilo. Y al aducir yo que eso lo hubiese podido hacer mucho mejor abajo, me dijo que estaba herido en las rodillas y que las vendas se le habían caído, por lo que había vuelto a la sala para asegurarse de nuevo el vendaje... Le mandé bajar los pantalones para ver si era cierto que estaba herido y, efectivamente, tenía las rodillas vendadas...»
Anton Payerl y el vigilante nocturno de la cervecería dejaron ir en paz al desconocido. Ninguno de los dos podía suponer que Georg Elser había montado durante sus visitas nocturnas una «máquina infernal» destinada a acabar con el *Führer* y canciller Adolf Hitler.

La dinamita procedía de una cantera

Para un atentado de este tipo –la voladura de la gigantesca sala de fiestas de la Bürgerbräukeller– se necesitaba una cantidad inmensa de explosivos.
¿De dónde había sacado Elser los utilizados para el atentado del 8 de noviembre? La respuesta corre a cargo de Georg Vollmer, propietario de una cantera en Königsbronn:
«Georg Elser trabajó hasta principios de 1939 en la fábrica de municiones Waldenmeier, en Heidenheim; allí se hacen granadas y detonadores para la artillería. Más tarde se presentó en mi despacho y me pidió trabajo. Necesitábamos gente y le di empleo. Mi capataz, Kolb, se dio cuenta de que Elser se interesaba mucho por nuestros trabajos de voladura. Observaba detenidamente cómo se colocaba la dinamita y cómo se manejaba el detonador...»


Tras el atentado del 8 de noviembre de 1939: la cervecería Bürgerbräukeller en ruinas.

Tras su etapa en la cantera, Elser se trasladó a Schnaitheim. Sus huellas conducen aquí a la Benzstrasse 18. La señora Berta Schmauder recuerda que a principios de mayo de 1939 Elser se presentó en casa de su madre; quería alquilar una habitación barata por 14 días:
«...la mayor parte del tiempo se la pasó en el cuarto de herramientas que tenemos en el sótano, trabajando en un invento. No nos explicó exactamente qué hacía, porque no podía hablar de su invento en tanto no estuviera patentado. Una vez nos enseñó un dispositivo de relojería, pero no nos dijo para qué lo necesitaba. Únicamente prometió: '¡Ya lo sabréis cuando funcione mi aparato...!'»
Todos estos detalles demuestran que Elser trabajaba sin compañeros ni amigos, sin «organización secreta» ni nada que se le parezca... Sólo una persona estuvo verdaderamente a su lado: la señora Else Härlen, que él presentó una vez como su novia a su patrona de Schnaitheim.
Sobre sus relaciones con Elser contó más tarde Else Härlen:
«Después de mi divorcio en 1935, Georg Elser y yo pensamos casarnos.



Mis padres tenían una casa de vecinos e iban a despedir a uno de ellos y darnos un piso. Pero Georg no quería consentir que se despidiera a nadie por su culpa. Deseaba ganárselo todo por sí mismo... Mi padre habló de pagarle los estudios de decorador. Pero Georg rechazó también esta oferta. De ahí que termináramos viviendo juntos, pero sin casarnos».

En torno a los preparativos del atentado contra Hitler el 8 de noviembre, la señora Härlen declaró:

«Sobre la construcción del artefacto no sabía nada. Debo confesar, sin embargo, que más de una vez Elser me resultó inquietante. Presentía que le pasaba algo, que le preocupaba alguna cosa sobre la que no quería hablar».

La señora Härlen recuerda la última vez que vio a Elser:

«...antes de separarnos –Georg quería tomar el rápido nocturno para Munich– me abrazó y me dijo: 'Else, espérame. Por favor, no me engañes. Tú eres lo único que me sostiene. Espérame. Estoy preparando algo sobre lo que no te puedo decir nada. Pero todo saldrá bien y, cuando haya pasado, nos casaremos y nos marcharemos de aquí. ¡A Suiza!'

Me apretó las manos, llorando y sin poder articular una palabra más».

Después de su despedida de Else Härlen, Georg Elser se comportó con arreglo a un plan previamente fijado. Según su proyecto, a Adolf Hitler le quedaban de vida una noche y un día. Por la mañana de ese día, golpeó la puerta de la habitación de su patrona. Era la fecha en que el artefacto por él construido y provisto de un mecanismo de relojería debía destrozar a Hitler en mil pedazos. La señora Lehmann recuerda la última vez que vio al hombre que poco después se convertiría en un personaje mundialmente conocido:

«...ante mí estaba el señor Elser. Era difícil reconocerle. Pálido, sin afeitar, desvelado. Quería saber si tenía correo o si alguien había preguntado por él. Ninguna de las dos cosas. Esto pareció tranquilizarle y se despidió rápidamente. Tenía mucha prisa...»

Entre la despedida de la señora Lehmann y el momento en que abrió con sigilo la puerta del jardín del reformatorio Wessenberg en Constanza median 10 horas:

Poco después de las 20,30, a través del oscuro jardín del reformatorio, Elser se dirigió hacia la frontera suiza, que se encuentra casi colindante. Desde aquí, Georg Elser, que se hallaba a muy pocos pasos de conseguir la libertad que deseaba, pudo oír el discurso de Hitler en la Bürgerbräukeller por el aparato de radio que escuchaban los aduaneros Rieger y Zipperer:

«Hemos creado una *Wehrmacht* –hoy puedo decirlo tranquilo– como no hay otra en el mundo. Y detrás de esta *Wehrmacht* se encuentra un pueblo con una disposición sin par en la historia alemana...»

Exactamente al pronunciar su *Führer* estas palabras, los dos aduaneros descubrieron una figura que avanzaba escondiéndose entre los árboles del jardín.

«¡Alto! ¡Un momento! ¿A dónde va usted?», preguntó el inspector Zipperer al sospechoso. Muchos años más tarde el aduanero no había olvidado aquel dramático encuentro:

«...Mi compañero Rieger le preguntó qué andaba buscando. El hombre dijo que se había perdido en la oscuridad. Eso era un torpe pretexto. Para nosotros no cabía la menor duda: el hombre trataba de pasar a Suiza...»

20,35. El aduanero Rieger conduce a Elser al puesto fronterizo, que distaba unos 200 metros. Allí dos funcionarios, Straube y Traber, están igualmente escuchando el discurso de Hitler y no se preocupan lo más mínimo del sospechoso: «¡Éste es nuestro objetivo... Luchamos por la seguridad de nuestro pueblo, por su espacio vital, sobre el que no nos dejaremos engatusar por nadie!»

20,45. Elser ha dispuesto la explosión para las 21,20. Todavía faltan 35 minutos para que salte la Bürgerbräukeller. Se caerá el techo y el *Führer* y sus veteranos quedarán enterrados. Hitler callará para siempre, piensa Elser. Para siempre...

Pero, por el momento, se le puede seguir oyendo: «No puedo terminar mis palabras sin agradeceros vuestra fidelidad...»

21,00. Se puede incluso escuchar cómo los reunidos se levantan de sus sillas: «Por nuestro movimiento nacionalsocialista, por el pueblo alemán, por nuestra *Wehrmacht* invencible...»

Detrás de Hitler ondea una bandera con la cruz gamada, y detrás de esa bandera se encuentra el reloj detonador colocado por el carpintero suabio Georg Elser que debe producir, a las 21,20, la explosión de 50 kilogramos de dinamita.

Tras el himno alemán y el himno del partido, Elser pudo oír a través de la radio del puesto aduanero cómo Hitler abandonaba la sala. ¿Por qué se marchaba antes de lo acostumbrado? ¿Habían sido en vano todos sus trabajos? En ese momento el funcionario de aduanas Straube apagó el aparato y se volvió al intruso:

«¡Vacíe sus bolsillos!»

Al hacerlo aparecen algunos objetos sobre los que Elser no quiere hacer ningún comentario:

– una tarjeta postal con la sala de la Bürgerbräukeller muniquesa;

– unos trozos de latón, un muelle de reloj y un tubito de aluminio.

Los funcionarios descubrieron también debajo de la solapa de la chaqueta de Elser un distintivo de la liga de veteranos del Frente Rojo.

Por ello, el sospechoso debía pasar a la jurisdicción del representante de la Gestapo, Grethe, en el primer piso de la Mainaustrasse 27. Al mismo tiempo en que se pedía a Grethe por teléfono que se encargara de proseguir el interrogatorio del detenido, el hombre al que iba destinada la bomba de Elser emprendía el camino a Berlín en un tren especial. En ese instante estalló en la cervecería la bomba que el pequeño carpintero había estado preparando durante más de un año. La camarera Maria Strobl fue testigo de la catástrofe:

«...estaba retirando las jarras de cerveza de la mesa de Hitler, cuando noté de pronto como una gigantesca ola de aire que me llevó casi hasta la puerta principal. Perdí el sentido... Cuando lo recobré, yacía en medio de muebles destruidos y jarras rotas. Los muros se habían desplomado y una nube de polvo hacía imposible la respiración... Se oían gritos desgarradores...»

El techo de la sala se había venido abajo, enterrando a buena parte de los asistentes. Siete de ellos resultaron muertos y sesenta y tres heridos.

Mientras en Munich los bomberos se ▷

Nadie me indujo a ello...

Durante 50 horas –a lo largo de cinco días– tres funcionarios de la Gestapo estuvieron interrogando a Johann Georg Elser. El protocolo fue declarado secreto de Estado y permaneció como tal durante toda la guerra. He aquí algunos párrafos sobre los motivos del atentado:

Desde que se inició la revolución nacional la clase trabajadora se encuentra sometida a una cierta coacción. El trabajador, por ejemplo, no puede cambiar de puesto de trabajo; las Juventudes Hitlerianas le han quitado prácticamente toda autoridad sobre sus hijos y en el campo religioso tampoco se puede mover a gusto... Todo esto lo he podido observar hasta 1938 e incluso en época posterior. También me he podido dar cuenta de la indignación que siente la clase trabajadora respecto al Gobierno...

En otoño de 1938 los trabajadores presentían que se iba a la guerra. Hoy no estoy seguro si ello se debía a los acontecimientos de aquel otoño o si verdaderamente había otros motivos. Lo cierto es que entre los obreros reinaba una gran intranquilidad. Personalmente, también yo creía que el asunto de los sudetes terminaría mal y que se produciría la guerra. El año pasado, por estas fechas, estaba plenamente convencido de que no se respetarían los acuerdos de Munich, de que Alemania presentaría ulteriores reivindicaciones a otros países y que por ello la guerra sería inevitable.

Tanto la intranquilidad obrera observada por mí en 1933 como el convencimiento, desde el otoño de 1938, de que la guerra sería inevitable, me preocupaban hondamente. Pretendía encontrar un camino para tranquilizar a la clase trabajadora y para impedir la guerra. Nadie me indujo a ello. Nadie influyó en mis pensamientos. No escuché a nadie. Tampoco oí nunca la radio de Moscú, pidiendo el derrocamiento del Gobierno alemán.

El resultado de mis observaciones me llevó a la conclusión de que la única manera de arreglar este estado de cosas en Alemania, era terminar con los actuales dirigentes.

aproximaban a toda velocidad a la Bürgerbräukeller, llegaba al puesto de la Gestapo, en Constanza, un télex para Otto Grethe, en el momento en que este se ocupaba de interrogar a Elser: «SE HA PRODUCIDO UNA EXPLOSION CONTRA EL 'FÜHRER' PUNTO TODAS LAS ESTACIONES FRONTERIZAS DEBEN SER PUESTAS EN ESTADO DE ALARMA PUNTO DEBE DETENERSE A TODOS LOS SOSPECHOSOS PUNTO»

Grethe dijo después refiriéndose a aquellos tensos minutos en Constanza: «Sin dejar traslucir la menor emoción puse a un lado el télex. Seguí formulando a Elser preguntas rutinarias y observándole detenidamente. Si había tenido algo que ver con el atentado perdería los nervios al enfrentarse con la situación definitiva: '¡Alguien ha atentado contra el *Führer*, señor Elser!' Elser no reaccionó. Para mí, sin embargo, no cabía la menor duda de que se hallaba implicado. Su intento de huir a Suiza, la tarjeta postal, el muelle del reloj, el tubo de aluminio...»

Después de interrogarlo hasta bien entrada la noche, Elser fue trasladado a Munich al día siguiente, donde, por fin, el 13 de noviembre, el juez de instrucción bávaro Franz Josef Huber arrancó de labios del silencioso suabio la primera confesión.

«Sabía –me contó el ya retirado Huber– que los investigadores habían realizado un buen trabajo en el lugar de los hechos. Pero en mi opinión había que partir de los motivos. Por eso examiné de cerca la actividad de los distintos grupos oposicionales dentro del partido e hice lo propio respecto de los elementos comunistas. Entre éstos se encontraba Elser. Mandé que lo trajeran a mi presencia...

Dos agentes acompañaban al hombrecillo. Vestía un traje oscuro y causaba buena impresión. Pensé para mis adentros: ¡Imposible! ¡Éste no es! Éste no ha tenido nada que ver en el asunto. Pero sabía que antes de 1933 había sido militante del Frente Rojo y conocía también lo que llevaba en su poder al ser detenido. Durante todo el día me ocupé de él. Noté que procuraba zafarse siempre que me refería a la temporada pasada en Munich. No me entendía o me comprendía mal cuando llamaba su atención acerca de la Bürgerbräukeller. En sus respuestas se refería siempre a la Löwenbräukeller. Yo había visitado, claro está, el lugar del suceso. El artefacto había sido colocado en una columna de la galería, muy cerca del suelo. Esto suponía una paciente obra que únicamente se podía realizar de rodillas. Sabiendo esto, y por pura intuición, le pedí a Elser: '¡Desnúdate!'

Titubeó un momento. Le avergonzaba la situación. Entonces le dije: 'En realidad lo que me interesa son las rodillas'. Lentamente se subió las perneras del pantalón. Pude ver sus rodillas heridas y supurando.

'¿Sigue usted sin tener nada que decir?', le pregunté. Elser calló...

'Qué le espera a quien hace una cosa así?', inquirió al fin.

No quise decirle lo que pensaba y respondí: 'Eso depende de los motivos. Pero creo que es mejor que suspendamos el interrogatorio'.

A medianoche le volví a llamar. No le dije nada. Parecía empequeñecido ante la mesa. Tenía delante una botella de agua mineral de la que, de vez en cuando, bebía. De pronto me dijo sin la menor emoción: '¡Sí, yo he sido!' Y a continuación me relató con todo detalle cómo había fabricado el artefacto y cómo lo había colocado».

En la mañana del 14 de agosto Huber llamó a Berlín a su superior, al jefe de la Gestapo Müller, y le comunicó la confesión de Elser. Müller se alegró con la noticia. Pero al final de la conversación hizo la pregunta capital: «¿Y quienes han sido los promotores?».

Huber respondió: «No ha habido tales, *Oberführer*».

Müller repuso: «Eso se va a encargar usted de contárselo a Himmler...»

Y, efectivamente, Himmler escribió de su puño y letra al margen del protocolo: «¿Quién ha sido el idiota que se ha encargado de estos interrogatorios?».

Para Himmler no resultaba de ninguna utilidad que un alemán se hubiera atrevido a levantar la mano contra su *Führer*. La propaganda necesitaba «una conjura extranjera», «una conspiración del judaísmo internacional».

Huber, sintiéndolo mucho, no pudo hacer nada en este sentido. Himmler, entonces, decidió ocuparse por sí mismo del pequeño carpintero suabio. En Berlín hizo que interrogaran «a su manera» a Elser para averiguar los verdaderos instigadores del atentado. Pero los látigos de los forzudos verdugos de las SS tampoco lograron arrancar otra confesión de Georg Elser: «¡Yo he sido... yo solo!»

Fue colgado de un gancho de carnicero, el 9 de abril de 1945, en Dachau.



William Lawrence Shirer

Diario

6 de diciembre de 1938

Bonnet, uno de los «arquitectos jefes» del Tratado de Munich y una figura mediocre en la vida política francesa, ha firmado hoy en el Quai d'Orsay, junto con Ribbentrop, que es otra medianía, una «declaración de buena vecindad». Cuando hoy Ribbentrop atravesó la ciudad, las calles estaban vacías. No se veía ni un alma. Algunos miembros del Gobierno se han negado a tomar parte en la recepción dispensada al ministro alemán. Pero, desgraciadamente, cuenta con admiradores en las altas esferas: en la política, en la economía, en la cultura. Según la declaración suscrita hoy, entre las dos naciones no existe litigio alguno en materia de fronteras ni reivindicaciones territoriales, y ambas partes se comprometen a examinar juntas las situaciones conflictivas que se presenten en el futuro. ¡Qué gran farsa!

Gstaad (Suiza) 26 de diciembre de 1938

El paisaje resulta maravilloso, decorado prodigiosamente por la nieve. Por primera vez desde hacía seis años he vuelto a esquiar. La temperatura invita a ello. Los potentados ingleses y franceses están aquí en plena acción. Con una petulancia incalificable, se limitan sencillamente a ignorar la situación real de Europa. Los presentadores que han tomado parte en los números del baile de Navidad, me han disgustado tanto que no hemos tardado mucho en marcharnos. Vaya un año que hemos vivido: nuestro hijo, el «Anschluss», la crisis checa y Munich. Como ya es costumbre en Tess y en mí, nos hemos preguntado una vez más dónde estaremos dentro de un año y qué nos reserva el próximo.

3 de marzo de 1939

Ayer fue elegido nuevo Papa el cardenal Eugenio Pacelli. Fuera de Alemania, por lo general ha satisfecho la elección.

París, 15 de marzo de 1939

El Ejército alemán ha ocupado en una acción relámpago Bohemia y Moravia, y Hitler, ha proclamado desde el Hradschin de Praga la anexión del Protectorado de Bohemia y Moravia al Reich alemán. Resulta casi trivial hablar de una nueva violación de un pacto por Hitler. En París domina una apatía absoluta. Francia no moverá ni un solo dedo. Ed Murrow me cuenta, por su parte, que la reacción en Londres es la misma. Chamberlain ha llegado tan lejos que incluso se ha atrevido a decir en los Comunes que él se niega a colaborar con cualquiera que pretenda minar su confianza en Hitler. ¡Dios santo!

Ginebra, 29 de marzo de 1939

Madrid se entregó ayer. Hoy, el resto de la España republicana. Me faltan palabras para expresar lo que siento en estos momentos...

Berlín, 1 de abril de 1939

Hitler brama de furor a causa de Chamberlain. Éste anunció ayer el nuevo viraje de la política exterior británica. ¡Al fin! Gran Bretaña acudirá en auxilio de Polonia en el caso de que la independencia de este país se vea amenazada.

Varsovia, 2 de abril de 1939

Hoy he presenciado una lastimosa exhibición de la aviación militar polaca. Mis amigos polacos se excusaron ante mí a la vista de sus bombarderos, de escasa maniobrabilidad, y de sus pocos y vetustos biplanos. En total, quizá no sobrepase la media docena de cazas que sean lo bastante rápidos. ¿Cómo podría enfrentarse Polonia a Alemania con esta fuerza aérea tan débil?

6 de abril de 1939

Gran Bretaña y Polonia han establecido un acuerdo que obliga a ambas partes a una asistencia mutua en el caso de que alguna de ellas sea atacada por un tercero. Pienso que esto obligará a Hitler a mantener por una vez el silencio. Porque sabe respetar la fuerza. Tras una semana aquí, en Varsovia, me he convencido de que Polonia está dispuesta a luchar. Si por añadidura combaten a su lado Gran Bretaña y Francia, la cosa está resuelta. Sólo hay tres cosas que me llenan de preocupación: la situación estratégica de Polonia; el West-Wall, que, si queda terminado en el invierno próximo, puede disuadir a Francia e Inglaterra de atacar a Alemania por el oeste para ayudar a Polonia; y la Unión Soviética. Los polacos no caen en la cuenta de que no pueden permitirse el lujo de tener a Rusia y a Alemania como enemigos. Si lograsen un compromiso de Rusia con Francia e Inglaterra, Polonia se salvaría. Tan sólo ven los peligros de una ayuda rusa: si el Ejército Rojo pisa suelo polaco, no lo abandonará jamás. Seguro. Y Rusia, además, inundará el país de propaganda bolchevique, que, por cierto, cuenta con el terreno bien abonado, al menos en parte. Esto es cierto. Entonces haced la paz con los nazis. Dadles Danzig y el corredor. «Eso, ¡jamás!», dicen ellos.

Por lo demás, todos nos encontramos mejor en este día de primavera tras las garantías británicas.

Berlín, 7 de abril de 1939

Cuando el Orient-Express entraba en la estación de Silesia, lo primero que vi fue el rostro de Huss. Entonces supe que había malas noticias. Había recibido de Londres la orden de buscarme en el tren. Los británicos tenían informes sobre movimiento de tropas alemanas en la frontera polaca. Yo había tratado de divisar soldados del Reich cuando cruzamos los límites, pero no noté la presencia de los alemanes. En Londres, por lo demás, crecía el nerviosismo, sobre todo en relación con Albania. «¿Qué ocurre allí?», fue mi pregunta. Los italianos se han puesto en marcha esta mañana para invadirla. ¡Hoy, Viernes Santo! Esto me consuela un poco. Significa, posiblemente, que los alemanes no actuarán contra Polonia durante la Pascua.

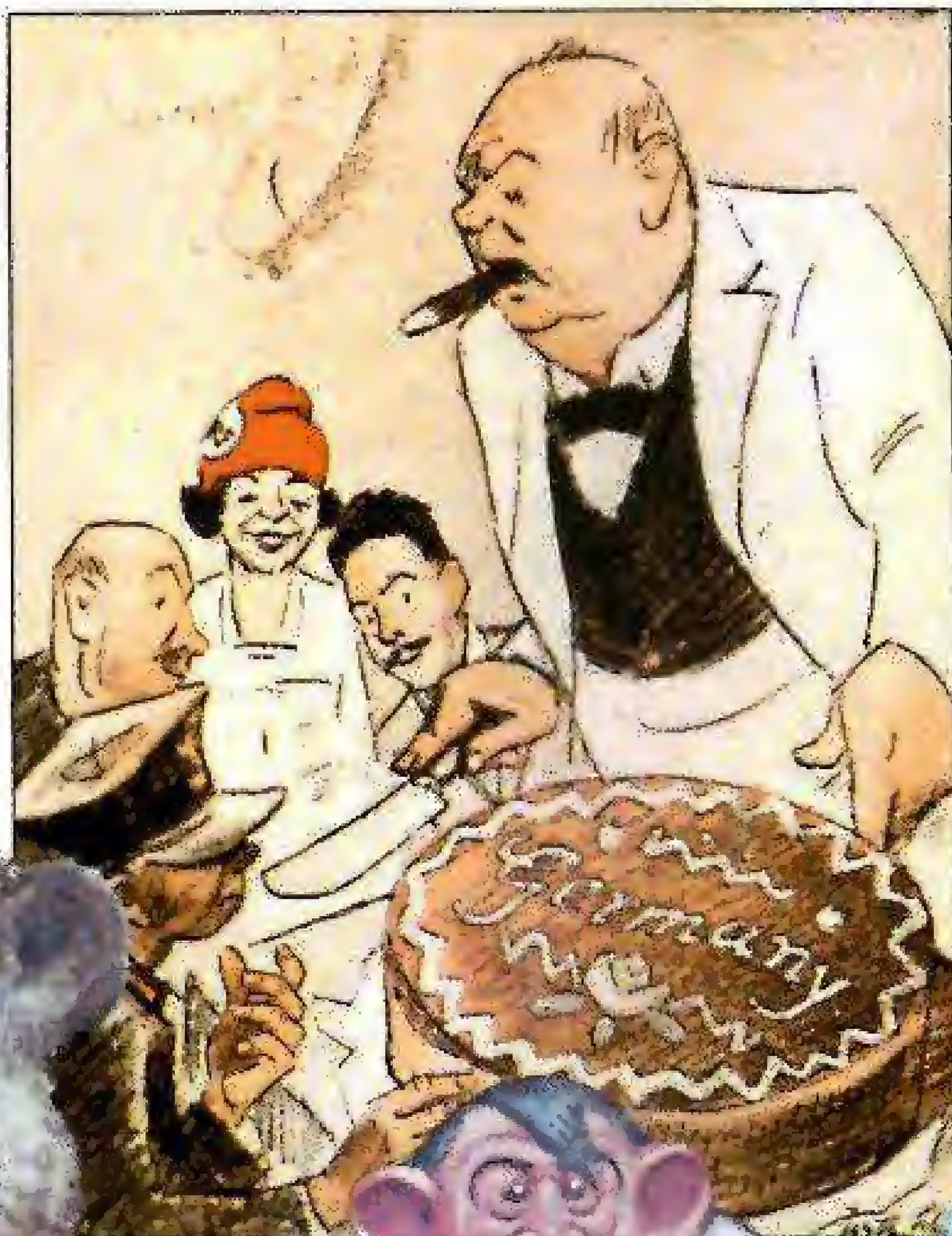
Berlín, 28 de abril de 1939

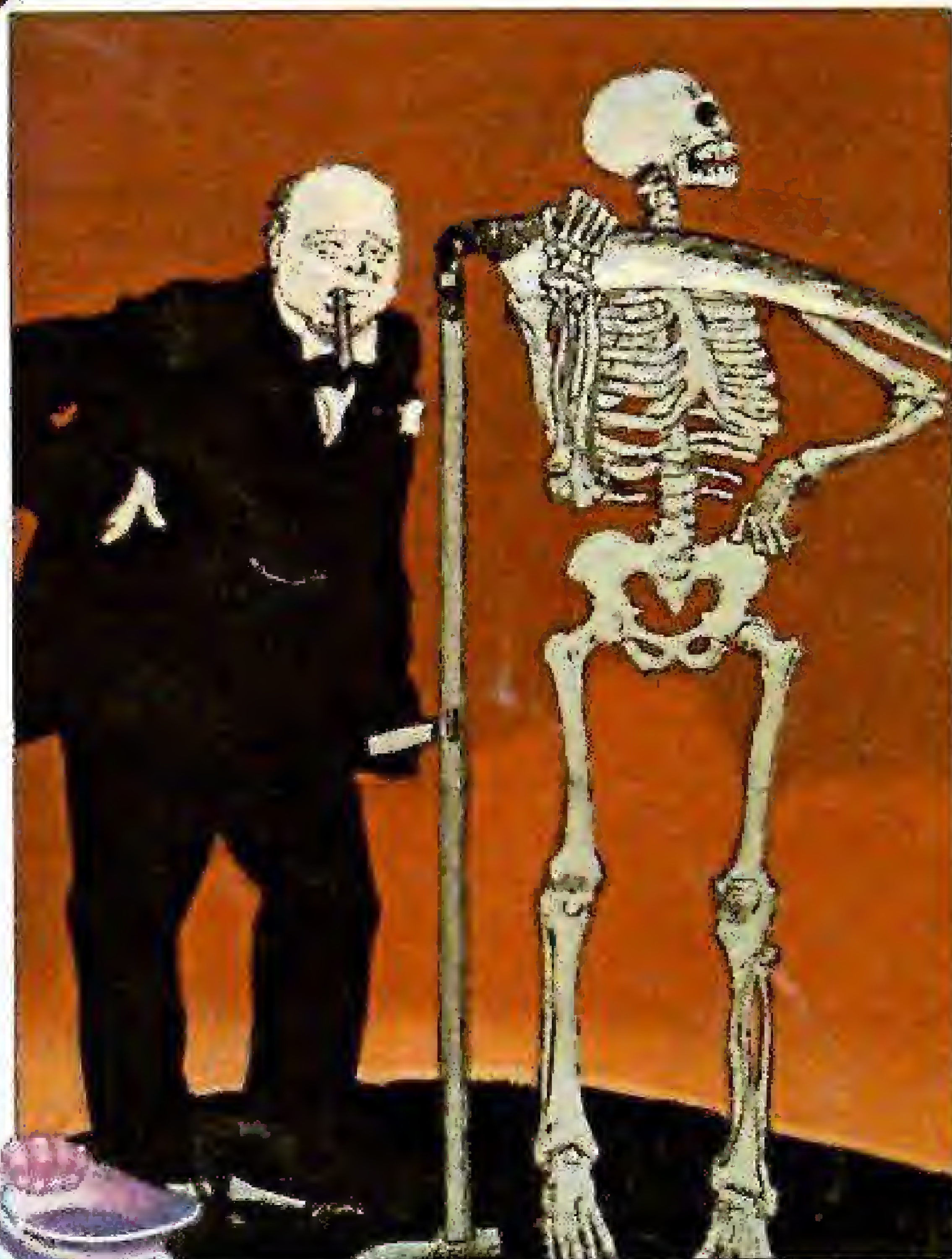
En su discurso de hoy ante el Reichstag, Hitler ha vuelto a denunciar unos cuantos pactos. Por dos veces recibió las ovaciones de estos parlamentarios burocráticos. Ha denunciado, concretamente, el acuerdo naval con Gran Bretaña aduciendo, como motivo, que la propia Gran Bretaña lo ha quebrantado con su «política de cerco». Un pretexto más bien pobre. La otra ruptura es aún mucho más seria. Afecta al pacto polaco de 1934. Por lo demás con el mismo motivo. Hitler se ha permitido incluso hacer una nueva «oferta» a Varsovia: devolver al Reich la ciudad de Danzig y permitir a Alemania el disfrute de una carretera extraterritorial, a lo largo del corredor, que conduzca a Prusia Oriental. Para impresionar a los polacos subrayó que tal «oferta» solamente se formularía una vez.

Muchos dudan, sin embargo, de que Hitler esté dispuesto a arriesgarse a una guerra mundial sólo por la conquista de Danzig. □



Desde que comenzó la guerra Winston Churchill fue el objetivo número uno para la propaganda nazi. En el «Simplicissimus» se le trataba en un dibujo poco menos que de estúpido...





... y en otro figuraba como aprovechado explotador de la guerra, enterrador sin escrúpulos.



Goebbels llega al cielo, le designan una nube y se aburre miserablemente. A los pocos siglos va a ver a San Pedro para pedirle un nuevo destino. San Pedro le muestra el infierno: juerga, vino, mujeres... Goebbels se apunta y desciende inmediatamente. Al entrar recibe un sartenazo de Satanás en persona. Luego, cuidadosamente, lo introducen en una caldera de aceite hirviendo. –Pero, ¿y la juerga, el vino y las mujeres que he visto desde arriba? –se atreve a preguntar aterrado. –Eso –dice el diablo de servicio– es nuestro departamento de propaganda.

El oso soviético pone la música y Hitler danza al son que le tocan. Así veía el dibujante norteamericano Lawson Wood las relaciones germano-rusas en 1940.



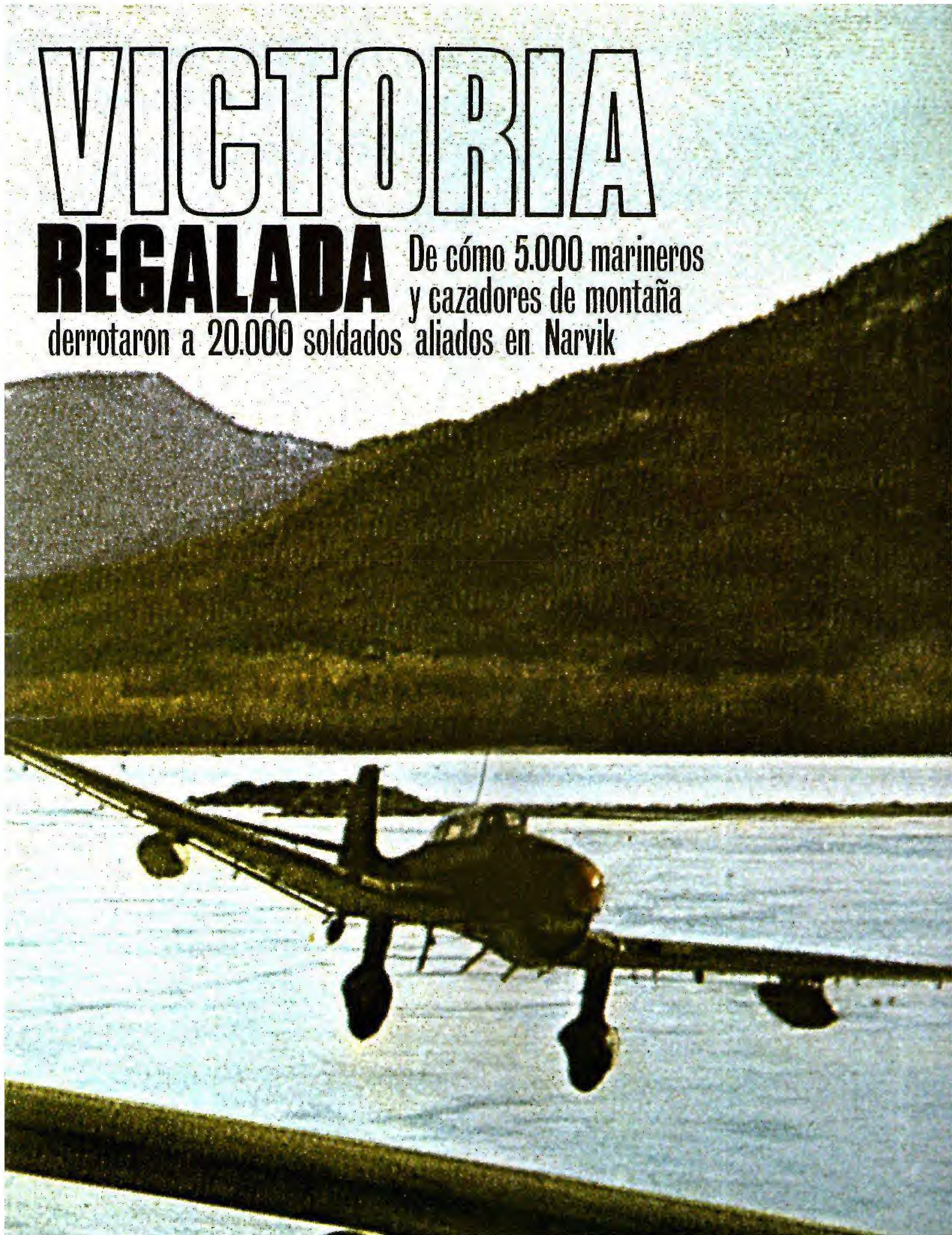
Cuadro conmemorativo y emblema en honor del Ejército, la Marina y la Aviación que, en apretada camaradería, lograron la victoria de Narvik.

NARVIK

Denkmal deutschen Soldatentums

Incluso al optimista general Dietl se le heló su sonrisa. Las armas pesadas de sus tropas de montaña fueron a parar al fondo del Atlántico. Sus hombres, sin el armamento adecuado, se encontraron en una trampa: al Norte había tropas francesas e inglesas. En el Este se hallaban concentrados los noruegos. En el Sur, exiliados polacos estaban dispuestos a tomar la revancha.
Y por el Oeste se extendía el mar.
La batalla de Narvik duró ocho semanas, después capituló Noruega.

La aviación cooperó también en la batalla, aliviando con sus ataques la situación del Grupo Narvik.



VICTORIA REGALADA

De cómo 5.000 marineros y cazadores de montaña derrotaron a 20.000 soldados aliados en Narvik

Amanecer del domingo 7 de abril de 1940. Desde poco antes de la medianoche, diez destructores alemanes cabecean en las agitadas aguas del mar del Norte. En cubierta un par de cazadores de montaña lucha contra el mareo, mientras la mayoría de sus 1800 camaradas se encuentran bajo techo. No deben aparecer con objeto de no brindar al espionaje aéreo británico ninguna pista, ya que la misión que tienen encomendada –y para la que se hicieron a la mar la víspera en Wesermünde– es rigurosamente secreta.

Tampoco los 3000 hombres de la dotación de los destructores saben muy bien adónde van. Lo único que saben es que, pese al malestar que proporcionan a los cazadores alpinos, las aguas se encuentran relativamente tranquilas; en esta época del año el mar del Norte suele ser bastante fiero y cuanto más al norte, peor. Y ellos se mueven hacia el norte, esto también está claro. Cargados al máximo, con provisiones para un viaje de varios días y llevando a bordo tropas de montaña al mando de un general.

Misión secreta

Por los altavoces de los buques que toman parte en el «Weserübung Nord» suena la voz del comandante: «El 9 de abril, a las cinco de la mañana, Dinamarca y Noruega serán ocupadas por las tropas alemanas. Los destructores deben desembarcar el regimiento de cazadores en Narvik, ocupar la ciudad y el ferrocarril y responder a los ataques enemigos. Es posible que nos encontremos con unidades navales enemigas. Parece ser que en el Ofotfjord se encuentran buques ingleses. Debemos aplastar cualquier resistencia noruega. Narvik es el punto más septentrional desde el que las tropas alemanas desarrollarán esta operación».

Por un momento reina el silencio. Los altavoces han vuelto a enmudecer. Y entonces se libera la tensión de los últimos días, con el choque que supone la inmediata entrada en combate. Los soldados bromean y gritan, tratando de infundirse valor mutuamente.

Dos de la mañana. Nadie ha conseguido pegar ojo. Los destructores avanzan a toda máquina. Al norte de la isla Wangerooge se distinguen algunas señales. Surgen en la noche las sombras de dos buques gigantescos: los cruceros de batalla *Scharnhorst* y *Gneisenau*. Hermosa mañana de primavera en el mar del Norte. Brilla el sol, el mar está en calma. Sobre las diez de la mañana el enemigo comete su primer error.

Sin ser avistados por los doce barcos alemanes, aviones británicos de reconocimiento descubren el convoy y



Preparativos de los cazadores alpinos con vistas a la batalla de Narvik.

Uno de los destructores alemanes que fueron alcanzados por el fuego enemigo en el puerto de Narvik (abajo).





Un nido de ametralladoras en el frente defensivo organizado en torno a Narvik (derecha).

transmiten la noticia a Londres, equivocando por completo la situación.
A las 14,30 en punto, las sirenas de los buques dan la alarma, y surgen en el horizonte doce bombarderos ingleses. Pero ante el fuego cerrado de las baterías de los barcos, sobrevuelan una sola vez el convoy, lanzan un par de bombas que caen al agua y desaparecen de nuevo rumbo a la costa.
Este error británico permite sin duda el que cuatro días después los buques alemanes se encuentren sin la menor baja en el puerto enemigo. Los bombarderos no sólo han apuntado mal sino que en el parte dado a Londres hablan de ocho destructores y dan una situación falsa. Y, por si fuera poco, el tiempo se pone del lado alemán. Hacia el mediodía empieza a soplar el viento y el cielo se cubre de nubes. Los buques se mueven mucho y las tropas de tierra lo pasan mal. Sin embargo, el comodoro Bonte, jefe del Grupo de destructores, sabe que así tiene mayores posibilidades de no ser sorprendido por el enemigo. A medianoche se pasa el estrecho entre Inglaterra y la ciudad noruega de Bergen: el enemigo brilla por su ausencia.
De madrugada, debido al temporal, cae al mar gran parte del material almacenado en cubierta, especialmente vehículos, armamento pesado, municiones...
En la noche del 8 al 9, los dos cruceros de batalla viran en redondo. Los diez destructores dan al tiempo la señal de «tierra a la vista». Se divisan las luces de Tranö. Las campanas de los destructores ordenan el «listos para el combate». Noruega vive sus últimas horas de paz. En formación de combate los destructores alemanes remontan el Vestfjord, de unos 200 km de longitud. Esperan ver surgir detrás de cada peñón un buque inglés. Pero no aparece ninguno. También aguardan el fuego de las baterías de tierra. Nada. Desde el puente, los oficiales recorren el horizonte con sus anteojos de larga vista. Nada tampoco. Son las 4,40: faltan veinte minutos para el comienzo de la ocupación de Noruega. Dentro de 20 minutos los primeros cazadores saltarán a tierra, acabarán con la neutralidad y la paz de Noruega y ocuparán la fortificación que defiende la entrada del Ofotfjord.
Dentro del radio de acción de las baterías costeras noruegas, los soldados se meten en las lanchas de desembarco, llegan a tierra y trepan hasta el fuerte. ¡Las cinco! ¿Cuándo va a sonar el primer disparo? ¿A quién alcanzará? ¿Nos está protegiendo la oscuridad? Pero el disparo no se produce. La fortaleza está desocupada: ni un hombre, ni un arma. Noruega no esperaba a sus enemigos.
El grupo vuelve a bordo. Los barcos siguen avanzando. Faltan pocos minutos para llegar al puerto de Narvik. De pronto aparece un buque. Señales: «Paren las máquinas inmediatamente».
Pocos minutos después se lanza un bote al agua, que con dos oficiales se acerca al guardacostas noruego *Eidsvold*, construido en 1898.
La negociación es dramática: los alemanes exigen la rendición de los noruegos. Estos piden diez minutos para consultar. Los alemanes no admiten dilaciones. Los noruegos replican: «¡Lucharemos!»
Apenas el bote alemán desamarra, un oficial lanza una bengala roja. Los destructores se ponen en marcha. El guardacostas noruego también. Sólo les separan 300 metros. El general Dietl da la orden: «¡Fuego!»
El destructor de cabeza vira y lanza un torpedo. De la otra parte todavía nada. Segundos después se producen dos tremendas detonaciones, el guardacostas se parte en dos y se hunde rápidamente. El primer destructor ha llegado al puerto e iniciado el desembarco de los soldados. En ese momento el segundo guardacostas noruego, el acorazado *Norge*, anclado en el puerto, abre fuego sobre los destructores alemanes, de los que se encuentra a unos mil metros. La primera salva va a parar al jardín del consulado británico. El destructor alemán responde al fuego con dos torpedos que hunden inmediatamente al guardacostas.
Veinte minutos después los destructores han desembarcado a los cazadores. La primera parte de la operación Narvik se ha llevado a cabo sin una sola baja. Una victoria regalada. Lo que no sabe nadie en ese momento es que los ingleses han hundido el convoy que llevaba a bordo las armas pesadas para los hombres que acababan de pisar tierra noruega.
Cuanto sucede en el puerto de Narvik en aquellos momentos es digno de una opereta: Dietl, el general bávaro prácticamente desconocido, es el primero en pisar tierra. En el puerto le recibe el cónsul alemán como si se tratara de un embajador de la paz.
No suena ni un disparo, no se ve ningún soldado noruego.
– ¿Dónde está el comandante noruego de la ciudad? –pregunta Dietl.
El cónsul abre la puerta de su coche: –Yo le llevo hasta el coronel Sundlo. La escolta del general apenas tiene tiempo de ver cómo el auto se pone en marcha. Inician una carrerilla, se dan cuenta de que aquello no conduce a nada y, al fin, los soldados deciden tomar un taxi al que ordenan: «¡Siga a ese coche!»
El viaje termina en un puente urbano. Por él merodean soldados noruegos junto a un oficial. Dietl y el cónsul se apean de su auto. Unos metros detrás la escolta del general desciende del taxi.
El cónsul alemán presenta a los dos oficiales. El general alemán pone al coronel noruego al corriente de la situación. Sundlo escucha con gesto sombrío. Dietl fantasea lo que puede: Casi una división alemana desembarcada... Un derramamiento de sangre sería inútil... Cualquier resistencia resultaría vana... Una honrosa capitulación...
Sundlo pide una hora para consultar con sus superiores. Dietl se la niega y repite en tono imperioso la exigencia de rendición. Envite en el que se juegan vidas humanas. Silencio. ¿Quién de los dos tiene los nervios más templados en este póquer? Diez minutos más tarde el noruego se retira, pasa, entrega la ciudad... Es la segunda victoria regalada.

Sin novedad digna de mención

El general deja a dos de sus soldados junto al coronel Sundlo y regresa al puerto. La noticia de la rendición sin combate de la ciudad se extiende como un reguero de pólvora. Los marineros de los mercantes alemanes que se encuentran en Narvik aclaman a los marinos de guerra. Al amanecer creyeron por un momento que la escuadra que se les venía encima para ocupar el puerto era la inglesa y habían preparado la voladura de sus barcos. Un capitán algo nervioso y precipitado había realizado incluso la operación. Los destructores van acercándose uno tras otro a un buque cisterna alemán y reciben carburante para el regreso. Los cazadores realizan una inspección del puerto: alrededor de unas 40.000 toneladas de mineral llegan diariamente por ferrocarril y son embarcadas en su mayor parte con destino a Inglaterra. En adelante irán rumbo a Alemania. Los suecos deberán seguir el ejemplo.
La primera noche en Narvik, el comodoro Bonte invita al general Dietl a bordo de su destructor. El general, que siente una gran simpatía por el marino, se lo agradece, pero no acepta: quiere pasar la noche cerca de sus soldados. Dietl, que participó como oficial en la primera Guerra Mundial, que ha tomado parte en la ocupación de Austria y en la batalla de Polonia, tiene un olfato finísimo: ésta es la primera noche en tierra extranjera y la operación contra Noruega no debe de haberse desarrollado en otras partes con tanta facilidad como en Narvik. Efectivamente, el rey ha hecho un llamamiento a la lucha contra los alemanes... No, prefiere quedarse con sus soldados. Requisa tres pisos del

hotel Royal, internacionalmente conocido, y se acomoda en ellos. El servicio del hotel es su servicio. Una estampa sacada de los tiempos de paz... Pero la estampa engaña. A las 5,30 de la mañana del 10 de abril, el destructor del comodoro Bonte salta por los aires, le sigue un segundo y un tercero. Cinco mercantes alemanes explotan, otros arden. En pocos minutos el puerto se convierte en una llama gigantesca. ¿Qué había pasado? Durante la noche cinco destructores ingleses han tomado posiciones sin ser apercibidos y han abierto fuego por sorpresa. El capitán Warbuton-Lee, sin esperar instrucciones del Almirantazgo había seguido a distancia a los destructores alemanes hasta conseguir dar el golpe. ¿Mereció la pena?
Por parte alemana, se perdieron tres destructores y cayó el comodoro Bonte. Al regreso, los ingleses perdieron tres destructores y resultó muerto el capitán Warbuton-Lee. Los otros dos, protegidos por una columna de humo, pudieron salvarse sin ser molestados por los buques alemanes. Salvar, reparar, repostar era para éstos más importante que emprender la persecución. Desde la ventana de su hotel, el general Dietl contempló lo que estaba sucediendo en el puerto. Se dio cuenta de que acababa de empezar la batalla y que tanto él como sus soldados se encontraban en una trampa. Lo que ocurrió después, el 13 de abril, resulta increíble: en pleno día, exactamente a las 12,30, anunciados por los puestos alemanes de observación, pero sin poder hacer nada en contra, aparecieron en el puerto cinco destructores tipo Tribal, cuatro tipo Forester y el crucero de 32.000 toneladas *Warspite* con el vicealmirante Whitworth a bordo. Diez minutos después los destructores alemanes que se encuentran en el fiordo abren fuego contra la flota británica. Al principio los ingleses apuntan mal y no logran dar en el blanco. Pero dos horas después los destructores alemanes se quedan sin munición e intentan la retirada, luego se hunden ellos mismos mediante la voladura o lanzándose contra las rocas. Las dotaciones, sin embargo, logran ganar tierra.
A las tres de la tarde, las tropas del general Dietl no tenían un solo buque para respaldar su acción. A partir de esa hora los barcos ingleses entraban y



Buques incendiados en el puerto de Narvik. La Marina alemana perdió diez destructores y algunos transportes del Grupo Narvik, durante la batalla con la Marina británica (a la derecha, arriba).

Prisioneros noruegos avanzan sobre las vías del ferrocarril Kiruna-Narvik (a la derecha).

salían por el Ototfjord e incluso se paseaban por el puerto de Narvik, llegando hasta poco menos de cien metros de los atracaderos. Lo único que el general Dietl puede hacer en su habitación del hotel Royal es lamentarse: «¡Si tuviera una sola batería ya les iba yo a enseñar...!»
Pero no tenía ninguna. Todo su poder estaba en tierra. Y en ella, de un momento a otro, se esperaba el desembarco de la artillería.

Desembarco aliado

Con sus 1800 cazadores y poco más de 3000 marineros, Dietl organizó un frente tan meritorio como falto de fuerza: ciudad – puerto – ferrocarril minero hasta la frontera sueca (30 km) – aldeas de pescadores.
¿Podía llamarse eso «frente»? Había que controlar más de 50 kilómetros. Montañas, peñas y nieve no ofrecían ninguna protección. Era imposible construir un frente con capacidad de resistencia. Lo único que se podía intentar era montar nidos, uno aquí y dos allá. A veces con siete soldados y una ametralladora, a veces con veinte y un mortero. Se trata de una tropa increíblemente pobre: no tiene artillería, apenas munición, no puede comunicarse con nadie, no está protegida por la aviación y ni siquiera tiene ropa adecuada: los marinos carecen de equipo de invierno. Los especialistas logran, ante los mismos ojos de los ingleses –sus barcos se encuentran a menos de mil metros–, desembarcar 14 cañones y antiaéreos de los destructores hundidos y de los mercantes ingleses armados que se encuentran en el puerto. En la ciudad se requisan 48 camiones y 6 autos privados. Del destructor *Diether von Roeder* se saca la radio, única con potencia suficiente como para tratar de comunicar con Alemania y se monta de nuevo en tierra, dotándola con personal técnico bajo el mando directo del general Dietl.
El 17 de abril empieza la invasión. Al norte de Narvik desembarcan importantes contingentes de soldados británicos. Los franceses lo hacen más al este. Detrás de ellos, en las montañas, a lo largo del ferrocarril y hasta la frontera sueca, se encuentran concentrados los noruegos. Y al sur de Narvik, en el estrecho fiordo de Skjomen desembarcan los exiliados polacos.
Las tropas de Dietl se hallan cercadas por tres flancos, el flanco libre lo forma el mar y en él domina la escuadra inglesa.
En total toman parte en la operación 20.000 soldados aliados, que disponen de excelente equipo y poseen armas, municiones, vehículos, ropas de invierno. Frente a ellos, se encuentra la tropa casi desarmada del general Dietl.

Un teniente coronel se niega a cumplir una orden

Mientras el desigual enemigo se aproxima cautelosamente a las posiciones alemanas, antes de que se inicie el primer combate digno de ese nombre, mucho antes de que los Aliados se enteren de la verdadera situación en que se encuentran los alemanes, en el Alto Mando de la *Wehrmacht*, en Berlín, se desarrolla todo un drama.
18 de abril, a mediodía. Acaban de llegar a la mesa de Hitler los despachos con la noticia del desembarco aliado en Narvik. El *Führer* ordena que Dietl evacue las posiciones y pase inmediatamente a Suecia con sus tropas. El teniente coronel Lossberg es el encargado de transmitir la noticia por radio.
Lossberg, sin embargo, decide hacer algo muy diferente: presentarse a Jodl. El teniente coronel entra en la sala de mapas donde Jodl se encuentra con Keitel. Lossberg: «Cumplo con el deber de informar a usted que este comunicado ni lo he transmitido por radio, ni lo pienso transmitir. La situación no justifica una orden de esta clase».
Negarse a obedecer una orden del *Führer* era algo muy serio y el general Keitel abandonó indignado la sala. Jodl tiene más carácter. Admite que él también considera un error tal orden, pero con Hitler es imposible discutir.
«Repito –dice Lossberg–, que me niego a transmitir esa orden».
Jodl acepta, al fin, la responsabilidad de que se posponga la orden.
Lossberg regresa rápidamente al Alto Mando de la *Wehrmacht* e intenta convencer al comandante supremo del Ejército de Tierra para que dé la orden de ataque. Brauchitsch no se siente dispuesto. Lossberg decide enviar a Dietl un mensaje preparado por él de antemano: «Le felicito y confío en que sabrá defender esas posiciones hasta el último hombre. Brauchitsch».
Mientras se envía cifrado este mensaje –que no se recibirá en Narvik– Jodl se decide a tomar parte en el engaño. Para salvar la posición de Brauchitsch presenta al *Führer* una orden modificada con destino a Dietl y le sugiere que, debido a la situación en que se encuentran las comunicaciones radiofónicas, se envíe por medio de un correo aéreo a Narvik. La orden dice:
«Al general Dietl:
1. Informaciones recibidas nos inducen a creer que se prepara una gran acción aliada contra Narvik. A la larga posiblemente no podrá usted resistir, dada la falta de armamento y equipo en que se encuentra.
2. Nos es imposible el envío de otros efectivos así como de artillería.
(Nota de la Redacción: La campaña de Francia estaba en puertas y sus preparativos ocupaban a todas las fuerzas disponibles. Esto no lo sabía Dietl. Hasta el final de la batalla de Narvik, el 9 de junio, fueron enviados tan sólo unos 500 soldados más con equipo poco importante.)
3. Pese a todo, su misión sigue siendo resistir cuanto pueda. Intente ganar tiempo... de manera que el enemigo no pueda utilizar el ferrocarril minero».
El punto cuarto aconseja distraer durante el mayor tiempo posible al mayor número de enemigos. (Para evitar que puedan ser trasladados a Francia–N. de la R.) El último punto de la orden de Hitler propone abrirse paso por tierra hacia el sur. Pasar a Suecia a los que no estuvieran en condiciones de realizar esa marcha o evacuar a la tropa por medio de hidroaviones. «En el caso de que no pueda realizarse ninguno de los planes anteriores, actúe de manera que quede en alto el honor de la *Wehrmacht*. Adolf Hitler».
El hidroavión despegó esa misma noche del Havel berlinés y llegó a Narvik al mediodía siguiente. Había caído una copiosa nevada. El avión sobrevoló los buques ingleses casi rozando los mástiles, pero antes de que entraran en acción los antiaéreos ya había logrado aterrizar tras el refugio de un peñón. No fue descubierto y pudo más tarde despegar sin riesgo. A solas con Dietl, el capitán von Sternburg, le entregó la orden del *Führer* traída por él desde Berlín.

Empieza la pequeña guerra

Casi de inmediato se inició una serie de escaramuzas sin solución de continuidad que había de durar un mes. Cada unidad se defendía aisladamente de los ataques de un enemigo a menudo diez veces superior. Desde los fiordos la artillería de los buques británicos bombardeaba los nidos alemanes por pequeños que fueran.
Pese a todo los Aliados avanzaban muy despacio y esto por dos motivos:

- Ni los ingleses ni los polacos estaban habituados a los terrenos montañosos. Sólo los franceses disponían de *Chasseurs Alpins*. Por otra parte, los noruegos, buenos conocedores del país, estaban mal armados.
- Los Aliados se han dado cuenta de la situación en que se encuentran los alemanes, están seguros de su victoria y por tanto quieren evitar inútiles derramamientos de sangre, motivados por las prisas.

Sin embargo, cada grupo alemán se encuentra con dificultades crecientes para resistir.



Los cañones antiaéreos de 20 mm se emplazaron en la costa de Narvik para su empleo contra objetivos de tierra.

El general Dietl recibió por todo refuerzo 75 paracaidistas. Cuando la situación era más crítica, la mayoría fue lanzada sobre la nieve. A otros un hidroavión los depositó en la costa.



Poco después del salto y tras una corta composición de lugar, los recién llegados se encuentran dispuestos al combate.





3000 km era la distancia que debían recorrer los transportes de abastecimiento del Grupo Narvik.

A finales de abril el general Dietl se retira, con su Estado Mayor, del hotel Royal a unas casas en el monte.
A principios de mayo, la bahía de Narvik está materialmente ocupada por navíos aliados. Los desembarcos continúan y los primeros en verse en dificultades graves son los grupos del Norte. Los hombres tienen que luchar en tres frentes y únicamente logran, en el último minuto, retirarse hacia el oeste y establecer contacto con el Grupo Narvik. El 13 de mayo, a las siete de la mañana, una compañía al mando del teniente Bauer cae en poder del enemigo; los que no mueren en la acción son hechos prisioneros.
En Hartwik 20 alemanes resisten, frente a unos 500 ingleses, durante 24 horas. Los británicos con artillería y carros blindados, los alemanes con dos ametralladoras. A través de las montañas, las tropas alemanas intentan la retirada, saltando sobre las peñas, deslizándose por el hielo, aguantando caídas de muchos metros sobre la nieve. Los alemanes tratan de concentrarse en el sur para volver a presentar batalla otra vez.

El general Dietl (en el centro), dos veces conquistador de Narvik.



Dietl no sabe muy bien con qué tropas cuenta. La radio deja de funcionar. Nuevos ataques aliados el 15 de mayo. Los alemanes pierden las posiciones de Hartwik. Y lo mismo sucede con las altas planicies del norte de Narvik. Los noruegos, por su parte, asaltan la posición fronteriza de Kobberfjell.
El tiempo cambia continuamente; al viento, la niebla y el frío sucede el sol de primavera. Los hombres, sin fuerzas, luchan contra la nieve y el fango. El 17 y 18 los *Stukas* alivian la situación durante unas horas, atacando los buques y posiciones del enemigo. Simultáneamente se lanza un grupo de paracaidistas. ¡Un grupo! 75 hombres en total. 15 más llegan en un hidroavión. A las 6,50 de la mañana del 28 de mayo, previa consulta con Dietl, el comandante Haussels da la orden de abandonar Narvik. Situación: en la ciudad se encuentran prácticamente sitiados 150 cazadores alpinos y 250 marineros. Sólo hacia el sur cabe abrirse paso, por el Beisfjord se mantiene abierta todavía una pequeña brecha. Tanto la ciudad como el puerto han sufrido grandes incendios. Al norte de Narvik, una parte del ferrocarril minero se encuentra aún en manos alemanas, pero resulta imposible llegar hasta allí. Los muelles de carga son una auténtica masa de ruinas.
Sin lucha, los soldados alemanes abandonan Narvik. Sin lucha, a través de un verdadero telón de humo, los alemanes burlan el choque con los soldados aliados. Nadie imagina en esa hora que estos mismos soldados, diez días más tarde, entrarán en Narvik como vencedores, muertos de fatiga, deshechos, pero felices de haber alcanzado la victoria.
Por el momento la situación es desesperada. Dietl cumple a rajatabla la orden recibida: mantener en jaque al enemigo mientras sea posible. El general, que siempre ha estado muy unido a sus soldados, procura al mismo tiempo ahorrarles en lo posible las penalidades. Acorta el frente, deja al enemigo atacar en el vacío, vuelve a formar a sus hombres en la retaguardia y cae por la espalda sobre las tropas aliadas. Los polacos asaltan el ferrocarril. El último grupo alemán en disposición de luchar defiende el túnel de acceso. Dietl no tiene nada, salvo la promesa del envío de refuerzos: 1800 paracaidistas y 1000 cazadores más. Promesa en la que no cree.
Sin embargo, el milagro que todos esperan acaba produciéndose, pero por razones muy distintas:
El 8 de junio los ataques enemigos empiezan a disminuir hasta cesar del todo. Por la tarde las tropas aliadas inician la retirada. Los soldados alemanes se encuentran demasiado débiles para iniciar la persecución. Los observadores aéreos comunican que las tropas se están embarcando y que los barcos se hacen a la mar, hacia el oeste. A las 21,30 el Batallón Walter vuelve a entrar en Narvik, sin encontrar en su camino un solo soldado enemigo. Los Aliados también han abandonado Narvik sin disparar un tiro.
En las primeras horas del 9 de junio, el comandante supremo de las tropas noruegas, Ruge, capitula por orden de su rey, quien junto con el Gobierno ha abandonado Tromsö.
La batalla de Narvik ha terminado. Los héroes que durante ocho semanas han sabido resistir, han llevado a cabo un esfuerzo sobrehumano.
En último término la victoria es un regalo que les han hecho:

- Mediante la capitulación de Noruega.
- Mediante la retirada de los Aliados, a quienes apremia socorrer a Francia.

Pero ello no resta mérito a los héroes de Narvik. Dietl será ascendido en un grado, el 19 de julio de 1940, y se le impondrá la primera condecoración de esta guerra.
En septiembre se creará el emblema de Narvik, concedido a cuantos tomaron parte en la batalla. □

El frente interior británico

Al que se mea en la cama, lo mandan a casa

Jochen R. Klicker





Escena londinense del otoño de 1939: frac, sombrero de copa, máscara de gas y refugio contra los bombardeos (a la derecha).

Despedida familiar: mucho antes de que las bombas empezaran a caer sobre Londres, los ingleses evacuaron a los niños de las grandes ciudades (junto a estas líneas).

Chamberlain, primer ministro británico, había dicho a sus compatriotas que muy pronto los bombarderos alemanes oscurecerían el cielo de Inglaterra. Pero no pasó nada. Ningún ataque aéreo, ninguna bomba, nada. Día tras día, el pueblo británico debía aceptar nuevas limitaciones preventivas —al parecer, en vano—. El conflicto no asomaba ni por mar, ni por aire. La única guerra que conocían los británicos era la de nervios.

Durante el verano de 1939 reinaba una gran tensión entre los Gobiernos de Londres y Berlín. Los británicos, no obstante, permanecían inalterables respecto a sus huéspedes alemanes, sin que por ello olvidaran prepararse contra lo que se les venía encima, sobre todo desde principios de agosto: en pocas semanas la defensa civil y la aérea cambiaron la fisonomía de las ciudades británicas. En los parques públicos se abrieron las primeras zanjas. En las calles se fueron almacenando grandes cantidades de sacos terreros. Los escaparates de las tiendas se aseguraban contra los efectos de las explosiones mediante tiras de papel engomado. Cada ciudadano recibió una máscara de gas.

A mediados de agosto se lanzaron los primeros globos cautivos para la defensa de las ciudades. E inmediatamente se inició la evacuación de niños y enfermos, así como de obras de arte. Los policías, los populares *bobbies* ingleses, tuvieron que cambiar sus cascos negros por otros de acero.

Los adultos recibieron todas esas medidas sin inmutarse, pero entre la gente menuda las máscaras de gas suscitaron un gran alborozo. Ponérselas y quitárselas a cada paso se convirtió en su juego preferido. Con la costumbre vino la falta de atención. Por todas partes, grandes carteles recordaban: «Lleve siempre consigo la máscara de gas». Y, efectivamente, todo el mundo llevaba colgada del hombro... la funda, como se demostró en noviembre de 1939, cuando en Leeds se realizó una prueba de alarma: sólo dos tercios llevaban la máscara, el resto utilizaba la funda como cartera para sus cosméticos, las mujeres, o para sus bocadillos, los hombres. La disculpa para tal comportamiento era siempre la misma: no existía ningún peligro de bombardeo y, por tanto, ninguna necesidad de máscara.

LONDRES

"Todo por la guerra"



¿Una almohada para las siestas de Mr. Churchill?
En absoluto... En Londres los vehículos necesitan ser protegidos contra posibles ataques aéreos.



A prueba de gas
La nueva moda: todo contra el gas. ¿A quién puede extrañar, dada la experiencia inglesa en la fabricación de gas venenoso?



El club no puede cerrar sus puertas
Como los autos particulares están desapareciendo, vuelven a surgir los caballos. Hay que seguir yendo al club. ¿A pie? ¡Qué horror!



Fotos: Weltbild

Idilio durante la guardia
La chica bombero enseña a hacer punto a su compañero policía. Los hilos se entrecruzan y se requiere el auxilio de manos expertas.

Las alegrías de la guerra en los refugios londinenses: «¡Si la alarma durara un poco más!» (caricatura del «Time Magazine»).



Las actas de la policía de Cornualles, contienen la noticia de un curioso incidente. Un niño desapareció de su casa. Los padres dieron inmediatamente parte a la policía. Cuando el chico, después de muchas horas, se presentó sano y salvo, dio como explicación que se había escondido en la pocilga para probar la máscara de gas.

Los niños evacuados

¡Gran problema el de los niños! Al principio la mayoría de los padres dieron su consentimiento para que fueran evacuados a los pueblos del interior. Pero pronto empezaron a surgir toda suerte de complicaciones, hasta el punto de que los familiares tuvieron sus dudas sobre si habrían hecho bien evacuándolos. Para muchos chicos el campo era desagradable. No entendían el dialecto de los campesinos. Echaban de menos la luz eléctrica y el agua corriente. Amén de otras comodidades de la ciudad. Uno de ellos escribía a sus padres sobre las experiencias campesinas:

«Por todo retrete hay un caldero en un rincón del corral, por toda luz un candil, pero, eso sí, puedes salir a la calle a cualquier hora sin miedo a ponerte negro de hollín».

Pero, sobre todo, el descontento, la incomprensión y la animosidad surgían de la promiscuidad de medios sociales y clases. Los funcionarios públicos enviaban indiscriminadamente a chicos de familias acomodadas y ricas de la ciudad a campesinos pobres y, al mismo tiempo, a hijos de familias pobres de la ciudad a las casas de campo de ricos terratenientes y campesinos de desahogada posición económica.

La situación se fue haciendo insostenible, en especial para quienes no podían acostumbrarse al bajísimo nivel de vida de la familia a que habían sido enviados. A menudo había chicos que se escapaban, que intentaban volver a casa por su cuenta. Una pequeña descubrió un día la fórmula salvadora: «Al que se mea en la cama lo mandan a casa».

A finales de diciembre de 1939, una noticia procedente del servicio militar de transporte sacudió la opinión pública británica: de septiembre a diciembre, 4133 personas perecieron en accidentes de tráfico; durante el mismo lapso de tiempo, en 1938, las víctimas habían sido 2493. Sólo en diciembre de 1939 hubo 1155 accidentes mortales, la cifra más alta registrada hasta el momento en las estadísticas británicas.

Nos estamos matando entre nosotros mismos

El motivo de los accidentes había que buscarlo en el oscurecimiento perfecto de las ciudades. Cuando los británicos hacen algo, lo hacen bien. Cada cual avisaba a su vecino para que cuidara de no dejar pasar el menor rayo de luz a la calle. Una psicóloga inglesa recuerda:

«En el momento que llegaba de la calle el grito de '¡apagad esa luz!' cada uno se preguntaba si iba por él, y extremaba las precauciones. Apenas un resplandor, y llamaba a la puerta un policía o un miembro de la defensa antiaérea. Entonces sucedía que el agente se encontraba, contra toda ordenanza, a plena luz, porque los vecinos no abrían por lo general la puerta sin dar las del vestíbulo».

Asustadas por el número de accidentes, las autoridades aliviaron un poco las normas sobre el oscurecimiento. Las calles permanecieron levemente iluminadas. Los ciclistas volvieron a poder encender su farolillo rojo. Los almacenes vendieron millones de linternas. La prensa, la radio, los carteles murales advertían: «De noche, trajes claros». Por fin, el 25 de febrero de 1940, el Gobierno estableció el horario de verano para «prolongar» la luz del día en 60 minutos.

«Nos estamos matando entre nosotros mismos», pensaban muchos ingleses. Y así hubiera sido de haber continuado los accidentes en la misma proporción que durante el invierno de 1939/40: las bajas entre la población civil hubiesen sido tan elevadas como en los tiempos de guerra activa. La guerra de nervios había cobrado su tributo. La gente pensaba que Hitler, sin realizar grandes esfuerzos, había ganado una batalla a los británicos.

Con la primavera proliferaron las malas noticias. Nadie dudaba ya de que el verano traería consigo la guerra a domicilio para la población civil.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1939

POLITICA

6. 10.: Discurso de Hitler ante el Reichstag. Oferta de paz a Inglaterra y Francia sobre la base de un nuevo «statu quo». Daladier rechazó la propuesta el 10. 10, Chamberlain el 12. 10.

7. 10.: Hitler nombra al jefe de la policía y de las SS, Heinrich Himmler, comisario del Reich para la consolidación de la raza alemana.

8. 10.: Por un decreto de Hitler el «Gau» Danzig pasa a ser «Gau» Danzig-Prusia occidental, y se crea el Warthegau con los territorios polacos ocupados.

9. 10.: Conversaciones entre Alemania, Letonia y Estonia sobre envío de colonos germanos a esas tierras bálticas.

9. 10.: Directiva n.° 6 de Hitler para el Alto Mando: «Si en un futuro próximo Francia e Inglaterra no dan ninguna señal de querer acabar con el conflicto, estoy decidido a pasar inmediatamente a la acción ofensiva».

26.10.: Se crea el gobierno general para los territorios polacos ocupados. Se nombra gobernador general al ministro del Reich Dr. Hans Frank.



Dr. Hans Frank

3. 11.: El Congreso norteamericano modifica la ley sobre neutralidad, introduciendo la cláusula «cash-and-carry», en beneficio de Inglaterra.

8. 11.: Durante el acto conmemorativo de la marcha de 1923 hacia el Feldherrnhalle, celebrado en Munich, estalla en la Bürgerbräukeller, a las 21,20, unos once minutos después de que Hitler abandonara el local, la bomba colocada por el carpintero Georg Elser. 7 nacionalsocialistas resultaron muertos y 63 heridos.

9. 11.: Un grupo de los servicios alemanes de seguridad (SD) pasa a Venlo, al otro lado de la frontera holandesa, y secuestra a dos oficiales de los servicios secretos británicos con los que regresa a Alemania.

11. 11.: Ante el anuncio de la ofensiva occidental que planea el «Führer», un grupo de generales, entre los que se encuentran Oster y Halder, vuelve a conspirar contra Hitler. El atentado que preparan no llega a efectuarse ante las dificultades para procurarse el explosivo necesario. Las medidas de control después de los sucesos de la Bürgerbräukeller se han extremado.

CUESTIONES MILITARES

1. 10.: 4000 hombres de la Marina polaca se rinden a los alemanes en la península de Hela.

6. 10.: Las últimas tropas polacas capitulan en Kock y Lublin. Más de 700.000 hombres quedan en poder de los alemanes y 217.000 de los rusos. Las bajas alemanas en Polonia se elevan a 10.572 muertos, 3404 desaparecidos y 30.322 heridos.

9. 10.: Hitler envía al comandante supremo de la «Wehrmacht» un memorándum que contiene sus objetivos políticos: asegurar a Alemania una posición preponderante en Europa por medio del ataque decisivo hacia el Oeste.

14. 10.: El «U 47» (bajo el mando del comandante Prien) echa a pique en Scapa Flow al «Royal Oak» británico: 833 muertos.

5. 11.: Tras un último intento del comandante en jefe del Ejército de Tierra, von Brauchitsch, cerca de Hitler para conseguir un aplazamiento de la ofensiva occidental, se fija ésta para el 12. 11.

7. 11.: Se aplaza el comienzo de la ofensiva occidental hasta el día 15. El ataque se pospondrá 29 veces hasta la fecha definitiva del 10.5.1940.

23. 11.: Palabras de Hitler ante los jefes de las distintas Armas: «Mi decisión es irrevocable. Estoy dispuesto a atacar a Inglaterra y Francia en el momento oportuno. Las garantías de neutralidad dadas a Bélgica y Holanda carecen de importancia. Nadie nos reprochará nada después de la victoria».

8/9. 12.: El jefe de los Servicios de Información militar («Abwehr»), almirante Canaris, visita Rumania y mantiene conversaciones con su colega rumano sobre la puesta en marcha de un dispositivo de seguridad a cargo de Alemania para proteger los territorios petroleros de cualquier acto de sabotaje.

13. 12.: El acorazado alemán «Admiral Graf Spee» presenta batalla en la desembocadura del Río de la Plata a tres cruceros británicos y tiene que refugiarse en el puerto de Montevideo. Al no conceder las autoridades uruguayas el plazo necesario para las reparaciones –el acorazado había sido alcanzado repetidas veces– el «Graf Spee» fue hundido por su propia tripulación el 17.12. Su comandante, Hans Langsdorff, se suicidó.

1.10 - 31. 12.: Los submarinos alemanes hunden en el mar del Norte 99 mercantes enemigos con un total de 343.176 t de registro bruto.

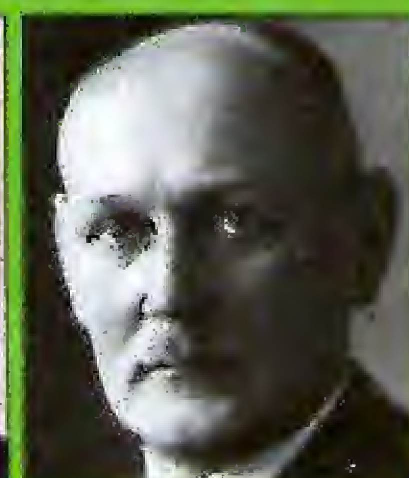
CULTURA Y TECNICA

8. 10.: Alemania vence a Dinamarca por 11-7 en un partido internacional de balonmano celebrado en Leipzig.

9. 11.: Por sus trabajos de investigación sobre las hormonas se concede el premio Nobel de Química al bioquímico alemán Adolf Butenandt; el bacteriólogo Gerhard Domagk recibe el de Medicina por su aportación al desarrollo de las sulfamidas. En virtud del decreto de Hitler del 30.1. 1937, los dos científicos se vieron obligados a no aceptar el premio.



Butenandt



Domagk

15. 11.: Entra en vigor la nueva cartilla de racionamiento para tejidos.

24. 11.: El comité organizador de los V Juegos Olímpicos de invierno de Garmisch comunica al Comité Olímpico Internacional la imposibilidad en que se encuentra de cumplir su cometido.

24. 11.: 200 trabajadores del Westwall reciben de manos del inspector Todt las condecoraciones que Hitler les ha concedido.

26. 11.: Después de diez años de no lograrlo, el equipo alemán de fútbol vence al italiano por 5-2, en un partido celebrado en el estadio olímpico berlinés.

28. 11.: Inicia sus emisiones «Radio Bremen», rigurosamente dedicadas a la propaganda. Sus programas servirán de guía posteriormente a radio Europa (Europasender), muy popular durante la guerra.

29. 11.: Muere en su exilio de Copenhague Philipp Scheidemann, que el 9.11.1918 había proclamado en Berlín la República Alemana.

6. 12.: El lugarteniente del «Führer», Rudolf Hess, inaugura el puerto de Gleiwitz y el canal Adolf Hitler, que comunica el Oder con la Alta Silesia.

21. 12.: Con motivo de su 60 aniversario, el «Führer» envía a Stalin un telegrama de felicitación.

22. 12.: Se estrena en Hamburgo la película «Opernball» con Heli Finkenzeller, Hans Moser y Paul Hörbiger. Calificación: artísticamente meritoria.

Recuerdos de Géza von Cziffra



La Ufa quería hacer de ella una nueva Garbo, pero ella se mantuvo siempre fiel a sí misma: Zarah Leander, la amante de Chaikovski en la película «Es war eine rauschende Ballnacht».

Su especialidad eran las grandes películas musicales y los personajes majestuosos. Para Zarah Leander, la sueca de la voz ronca, dos guionistas enmendaron la historia de la cultura y aun de las costumbres de la vieja Rusia. Géza von Cziffra narra la historia del filme de Carl Froelich «Es war eine rauschende Ballnacht», sobre un supuesto capítulo de la vida de Chaikovski.

Zarah se marchó enfadada

Un buen día me llamó el director dramático de la Ufa, Dr. Riedl, pidiéndome que me presentara urgentemente en su despacho. Me dirigí allí en metro, pues en aquel tiempo los autos escaseaban.

El Dr. Riedl llevaba cinco meses dándole vueltas al proyecto de rodar una película en torno a Chaikovski. Sobre su mesa se amontonaban cinco guiones, entre ellos uno de la guionista más cotizada e indiscutible reina de la especialidad, Thea von Harbou. Según el Dr. Riedl no merecía la pena que me detuviera a leerlos porque en ninguno de ellos pasaba nada. Al encargarme un nuevo argumento le dije abiertamente que sobre Piotr Chaikovski yo sabía más bien poco. Prácticamente nada.

–No importa. Lo que necesitamos es una bonita historia de amor. Luego va introduciendo usted su música en el argumento...

Eso es fácil de decir, pensé, pero estaba decidido a aceptar porque desde el principio se veía que iba a tratarse de un gran proyecto. La protagonista sería Zarah Leander, y el director el profesor Carl Froehlich. Por último, el Dr. Riedl me confió que los diálogos debía escribirlos Frank Thiess, a quien yo respetaba profundamente.

–Thiess es de origen báltico, habla ruso y conoce Rusia. Es nuestro hombre.

–No lo dudo –repliqué–, pero creo que se le ha prohibido escribir.

El Dr. Riedl hizo un gesto desdeñoso:

–Eso ya lo arreglará el profesor con el doctor.

El «doctor» era Goebbels, ministro de Propaganda.

Después de habernos puesto de acuerdo sobre el capítulo honorarios, con una generosidad desconocida para la época, el Dr. Riedl me dio un abrazo y me recomendó antes de despedirme:

–No se olvide de Zarah. Su papel en la película tiene que ser tan importante como el de Chaikovski.

(Lo lamento, pero esto no lo digo yo, me lo dijeron a mí). Quizá le ayude a usted algo la correspondencia entre Chaikovski y Nadeschda von Meck. Ha sido publicada recientemente.

Cuando estaba ya en la escalera me alcanzó su voz:

–Y no se olvide usted del episodio de Berlín.

No tenía ni idea de qué se trataba pero pensé que lo encontraría en cualquier biografía de Chaikovski.

De regreso, en el metro, empecé a pensar en el posible argumento. No podía ser difícil escribir una historia de amor entre un compositor como Chaikovski y una mujer del porte majestuoso de la Leander. Cinco estaciones más allá tenía casi una idea. Me bajé y



En «Das Herz der Königin» («El corazón de la reina»), filme dirigido por el profesor Carl Froehlich, Zarah Leander interpretó el personaje de María Estuardo de Escocia. «Me emparedaban en inhumanos trajes de época», cuenta en sus memorias. «Esos cuellos que llevaba la reina me resultaban a mí como piedras de molino» (arriba durante la filmación; abajo en un descanso).









«Es war eine rauschende Ballnacht» se llamó el filme de los supuestos amores entre Chaikovski y Nadeschda von Meck (arriba Zarah Leander y Hans Stüwe). Junto a estas líneas, dos imágenes de la Leander, con aquellos ojos que trastornaban a los espectadores.

fui a ver de nuevo al Dr. Riedl. Éste se mostró encantado con la idea y llamó inmediatamente por teléfono a Frank Thiess para anunciarle mi visita. Mis dudas sobre si sería posible mezclar mi historia amorosa con los verdaderos trazos de la biografía, ya no las quiso escuchar el Dr. Riedl. Frank Thiess me recibió con mucha cordialidad, su satisfacción subió de tono al saber que era húngaro y llegó a la alegría al enterarse de que juntos debíamos escribir una historia de amor sobre Piotr Chaikovski.

–¿Una historia de amor? ¿Con una mujer?

–Desde luego que con una mujer –repuse yo.

–¡Pero si Chaikovski era rigurosamente homosexual!

Me quedé sin habla. Cuando al fin recobré la voz inquirí perplejo:

–¿Y la correspondencia con Nadeschda von Meck? ¿No es prueba de un gran amor?

Thiess, sin dejar de reír, agarró un libro de la estantería:

–La pobre era madre de doce hijos y fea como el pecado. Lo que ocurre es que su marido era muy rico y ambos apadrinaban económicamente a Chaikovski, porque ella estaba enamorada de su música. Pero nunca se vieron, solamente se escribían. Al perder von Meck su fortuna, Nadeschda no pudo seguir pagando ya a Chaikovski, de lo que éste se quejaba amargamente. Ésa es toda la historia de amor.

Mi última esperanza residía en el episodio berlinés.

–¿Y qué me dice usted del episodio berlinés?

Thiess casi lloraba de risa:

–A Chaikovski lo detuvieron en el hotel Adlon porque quiso llevarse un botones a la habitación...

No me quedaba otra salida que llamar al doctor Riedl:

–¿Sabe usted lo que acaba de contarme Frank Thiess?

Me interrumpió:

–Me lo figuro. No se preocupe. Escriba usted la historia tal y como me la ha contado a mí.

Intenté resistir:

–No creo que Thiess esté dispuesto a colaborar...

Pero colaboró. Me dijo lleno de resignación:

–Los alemanes están empeñados en poner la historia del mundo cabeza abajo; Chaikovski no podía ser una excepción. Así nació el guión de uno de los mayores éxitos de la cinematografía alemana: «Es war eine rauschende Ballnacht», que en 1939 consiguió una medalla de bronce en la Bienal de Venecia. El papel de Chaikovski lo interpretó Hans Stüwe; Marika Rökk fue una bailarina desconocida, enamorada del compositor; Aribert Wäscher, el marido engañado. Por aquel entonces estaba prohibido presentar en las películas casos de adulterio, pero se permitía que se engañara a los maridos rusos; el marido de ficción se llamaba nada menos que Mijail Ivanovich Murakin. Otras grandes figuras colaboraron en el filme: Leo Slezak, Paul Dahlke, Fritz Rasp, Karl Hellmer.

Claro está que procure introducir en la película todos los datos biográficos auténticos que buenamente pude, menos el de la homosexualidad del maestro...

Desde entonces Frank Thiess y yo seguimos colaborando. Juntos escribimos la obra teatral «Das unsterbliche Antlitz» y un segundo guión cinematográfico sobre otra obra teatral mía, con destino a Zarah Leander y al profesor Carl Froelich.

Esta película no llegó a rodarse. Un día después de las últimas conversaciones preparatorias estalló una bomba en las inmediaciones de la villa de Zarah Leander en el Grunewald berlinés y el fuego alcanzó la residencia de la diva. Antes de que llegara a ser dominado por los bomberos la casa fue saqueada por el pueblo. Zarah, muy enfadada, decidió marcharse a Suecia y no volvió nunca más. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Antonescu, Ion, político rumano. Nació el 2-VI-1882 y murió el 1-VI-1946 (ejecutado). General de Estado Mayor (1933-1934). Ministro de Defensa (1937-1938). El 4-IX-1949 el rey Carol II le transfirió la jefatura del Estado (Conducatorul). Antonescu forzó el 6-IX-1940 la dimisión del rey, aplastó una revuelta de la «guardia de hierro» y se puso en junio de 1941 de parte de Alemania en la guerra contra la URSS, con el objetivo de recuperar Besarabia. Mariscal de Rumania (23-VIII-1941). Encarcelado el 23-VIII-1944.

«Anvil», plan de invasión (15-VII-43) del Sur de Francia por las tropas aliadas (Marsella-Toulon) como maniobra de distracción para favorecer el desembarco en el occidente francés (v. «Overlord»). Desde el 6-VI-44 se llamó «Dragoon». Fue aplazado por falta de buques de desembarco. Tras los grandes éxitos de los Aliados en Normandía, Churchill, Alexander, Brooke y Wilson consideraron la operación innecesaria, pero Roosevelt y Eisenhower permanecieron firmes en su primera decisión.

Anzio, ciudad en la costa occidental italiana, al sur de Roma. El 22 de enero de 1944 desembarcó en ella el Cuerpo VI del Ejército 5 americano, detrás de las líneas alemanas en los sectores de Anzio y Nettuno (v. «Shingle»). Hasta el 29 de enero fueron desembarcados 68.886 soldados, 50 cañones y 237 carros blindados. Sin embargo, los americanos no supieron aprovechar la sorpresa alemana. Pero también fracasaron los esfuerzos alemanes del Ejército 14, que intentaban acabar con la cabeza de puente establecida. El 25-V-44 los americanos lograron romper el cerco y obligaron a retroceder a las tropas alemanas.



Buques americanos de transporte en el puerto de Anzio.


El portaaviones británico «Ark Royal» torpedeado por el «U 81».


Lanzamiento de paracaidistas aliados cerca de Arnhem en 1944

Aquisgrán, ciudad de Alemania próxima a la frontera belga. El 11 de mayo de 1940, inmediatamente después de comenzar la campaña occidental, el Gobierno británico acordó el bombardeo de las ciudades alemanas. Durante las noches siguientes Aquisgrán sufrió los primeros ataques aéreos. En las noches del 13 al 14 de febrero de 1942, del 13 al 14 de julio de 1943 y del 11 al 12 de abril de 1944, la aviación británica llevó a cabo de nuevo grandes bombardeos contra la ciudad imperial. Las tropas alemanas se hicieron fuertes en sus alrededores –Westwall– el 11 de septiembre de 1944. El 8 de octubre del mismo año el Ejército americano inició su operación de tenaza sobre la ciudad, que cayó en sus manos, después de duros combates, trece días después. Aquisgrán quedó destruida en un 65 %.

Arado, fábrica de aviones en Brandenburgo. Abastecía a la Aviación de aparatos de entrenamiento, como el «Arado Ar 66», el «Arado Ar 96 b» y el «Arado Ar 196» de observación naval. Al final de la guerra atrajo la atención mundial el «Arado Ar 234», primer bombardero del mundo de propulsión a chorro. Por lo menos 10 aparatos de este tipo fueron capturados por los Aliados. Los planos cayeron en manos de los soviéticos.

Arcadia, conferencia de, celebrada en Washington entre el 22-XII-41 y el 14-I-42, entre Roosevelt y Churchill con sus correspondientes jefes de Estado Mayor. Se decidió luchar con todas las fuerzas contra Alemania y de manera defensiva contra Japón. Se creó el «Combined Chiefs of Staff Commitee» –un mando conjunto combinado– y se trazó el primer plan para un desembarco en el África septentrional francesa (v. «Gymnast»).


Hans-Jürgen von Arnim

Ardenas, ofensiva de las, llevó el nombre de «Wacht am Rhein». El 16-XII-1944 empezó la gran ofensiva alemana contra el Ejército americano entre Hohem Venn y la parte norte de Luxemburgo. Supuso el último intento de Hitler por recobrar la iniciativa en el Oeste. Tomaron parte 3 Ejércitos, con 21 divisiones (de ellas 7 acorazadas). Permanecieron en la reserva 7 divisiones más (de ellas 2 acorazadas). Hasta el 22 del XII, los alemanes consiguieron avanzar 60 km. Después, ante los intensos bombardeos americanos tuvieron que ceder todo lo ganado, hasta mediados de enero de 1945. Bajas ale-



Carros de combate y soldados americanos en las Ardenas. Sólo a costa de grandes pérdidas pudieron detener la contraofensiva alemana de 1944, dirigida desde el cuartel general del «Führer» en Adlerhorst.

manas: 17.200 muertos, 16.000 prisioneros y 34.439 heridos. Los americanos sufrieron 29.751 muertos y desaparecidos y 47.129 heridos.

Arizona, crucero de batalla norteamericano puesto en servicio el 17-X-1916. Datos: 32.600 t, 21 nudos, eslora 185,3 metros, manga 32,4 metros, 2290 hombres de dotación. Armado con 12 cañones de 356 mm, 12 de 127 mm y 8 antiaéreos de 127 mm. Perteneció desde 1921 a la Flota del Pacífico. Entre 1929 y 1931 fue reconstruido y nuevamente destinado al Pacífico. Durante el ataque japonés a Pearl Harbor, el 7-XII-1941, el «Arizona» fue alcanzado por un torpedo y ocho bombas y quedó partido en dos. 1177 hombres de la dotación perdieron la vida.

Ark Royal, portaaviones británico. Entró en servicio el 16-XI-1938. Datos: 22.000 t, 30 nudos, 1575 hombres de dotación. Armado con 16 cañones de 114 mm, 64 de 40 mm y 72 aviones. El 26-IX-1939 fue atacado por aviones alemanes y la propaganda del Reich lo dio por hundido pese a que salió incólume del ataque. El 6-VII-1940 tomó parte en la batalla del Mediterráneo. En 1941 participó en la caza del «Bismarck» y pasó a formar parte de la Flota del Mediterráneo. El 13-XI-1941 fue hundido a 30 millas de Gibraltar por el submarino alemán «U 81», bajo el mando del comandante Guggenberger.

Arnhem, ciudad holandesa. Dentro de la Operación «Market Garden» fue ocupada el 17-IX-1944 por la División británica aerotransportada del general Urquhart, a la que cuatro días más tarde se añadió la Brigada polaca de Slansky. Hasta el 26-IX combatió contra ellos y terminó derrotándolos el II Cuerpo acorazado de las SS, bajo el mando del «Obergruppenführer» Bittich. Resultaron muertos 1130 hombres y fueron hechos prisioneros 6450. Las bajas alemanas se elevaron a 3300 hombres.

Arnim, Hans-Jürgen von, general alemán. *4-IV-1889 en Ernsdorf (Silesia), †1-IX-1962. Ingresó en el Ejército en 1908. Fue nombrado general el 1-I-1938. El 8-IX-1939 comandante de la División 52 de Infantería. El 5-X-1940, comandante de la División motorizada 17. El 11-XI-1941, comandante del XXXIX «Panzerkorps». Desde el 3-XII-1942 comandante supremo del Ejército acorazado 5 en Túnez. Del 9-III-43 al 12-V-43, comandante supremo del Grupo de Ejércitos de Túnez. Fue prisionero de los americanos.

Artillería, conjunto de cañones de un barco de guerra o de las unidades del Ejército. Durante la segunda Guerra Mundial cada División llevaba un Regimiento de Artillería con 3 ó 4 Batallones, cada uno con 3 ó 4 baterías (3 ó 4 cañones por batería). Artillería ligera hasta 75 mm; media, hasta 150 mm; pesada, hasta 800 mm.

Atenas, capital de Grecia. Ocupada en la mañana del 27-IV-41 por la División acorazada 5 y la División de Infantería 6. Abandonada entre el 1 y el 3 del X de 1944. Ocupada el 13-X-44 por el IIIer Cuerpo de Ejército británico, al mando del general Scobie, que impidió que el distrito gubernamental fuera tomado por el ELAS (Frente Popular Griego de Liberación) el 16-XII-44. El acuerdo del 11-I-45 obligó al ELAS a abandonar la ciudad.

Athenia, buque británico de pasajeros (13.581 t). Fue hundido por el «U 30». El comandante del submarino alemán creyó que se trataba de un crucero auxiliar y disparó sobre él contraviniendo las órdenes de respetar los transportes de pasajeros. Hubo 112 muertos.

Atlántica, Carta, acordada por Churchill y Roosevelt a bordo del crucero norteamericano «Augusta», el 12-VII-41 y publicada dos días después, contiene el programa del nuevo orden que se debía establecer después de la guerra. Sólo se llevarán a cabo reformas territoriales previo pronunciamiento de las poblaciones afectadas; cada nación tendrá derecho a elegir la forma de gobierno que desee; las materias primas estarán por igual al alcance de todos los pueblos. Paz digna y sin miedo. La Carta fue aceptada por todos los Estados en guerra contra Alemania, incluida la Unión Soviética. Sería la base de la carta de las Naciones Unidas. Se rechazó su aplicación a Alemania.

Atlántico, muralla del, fortificaciones efectuadas entre 1942-1944 por soldados de la «Wehrmacht» y por la organización Todt en la costa occidental francesa, desde el canal al golfo de Vizcaya. Al lado de sectores bien defendidos se encontraban otros puntos estratégicamente importantes apenas fortificados. Cuando llegó la invasión aliada todavía no habían terminado los trabajos.



No toda la Muralla del Atlántico estaba tan bien fortificada.



La fotografía de esta explosión atómica permite hacerse una idea de la extraordinaria capacidad de destrucción de la nueva arma.

Atómica, bomba, medio de combate de enorme poder destructivo, resultante de la energía que desarrolla la fisión del núcleo del átomo. 1 kg de uranio 235 produce más energía que 20.000 toneladas de explosivos convencionales. La fisión del átomo fué descubierta en 1938 por los profesores alemanes Otto Hahn y Fritz Strassmann. En los EE UU de Norteamérica se dio gran importancia a la investigación atómica; colaboraron en ella más de 300.000 personas y se gastaron varios miles de millones de dólares. La primera central nuclear entró en servicio el 2-XII-42 en Chicago. La primera bomba atómica se hizo estallar en Alamogordo (Nuevo México) el 16-VII-1945. La segunda fue lanzada sobre Hiroshima el 6-VIII-1945, causando 92.000 muertos; la tercera sobre Nagasaki, el 9-VIII-1945. Inmediatamente después, el Gobierno japonés ofreció la capitulación a los americanos. Además de la destrucción y de la muerte, la bomba ocasionó quemaduras gravísimas por radiación a muchos de los supervivientes, a consecuencia de las cuales perecieron más tarde. Alemania no fabricó ninguna bomba atómica. Rusos y americanos ocuparon en 1945 las instalaciones de Kummersdorf y Haigerloch.

Attlee, Clement Richard, político inglés. Nació y murió en Londres: 3-I-1883-8/X/1967. En 1935 líder de los laboristas británicos. En el gabinete de guerra de Churchill (1940/1945). Lord del Sello Privado, secretario de Estado para las colonias, vicepresidente del Gobierno desde 1942, y a partir de 1945 primer ministro del Gobierno laborista. Entre 1951-1955 jefe de la oposición en la Cámara Baja. En 1955 recibió el título de Earl y pasó a la Cámara Alta.



Sir Claude Auchinleck.

Auchinleck, sir Claude Eure, general británico (I-VI-46). *21-VI-1884 en Aldershot. Del 30-VI-41 al 15-VIII-42 comandante supremo de las tropas de Oriente Medio; junio-agosto de 1942, comandante del Ejército 8. Destituido a consecuencia de las derrotas sufridas frente a Rommel. Entre el 18-VI-43 y el 30-XI-47 comandante de las tropas en India y Pakistán.

Augsburgo, ciudad alemana. Su población era en 1940 de 185.000 habitantes. Fue bombardeada por los americanos el 20-XII-1943, y durante la noche del 25 al 26 de febrero de 1944 aviones británicos arrojaron 1726 t de bombas sobre la ciudad. Fueron derribados 21 aparatos. El 16-IV-1944 la Escuadrilla de Caza 76 perdió 26 de los 43 «Me 110» que la componían, en un combate contra los aparatos americanos que bombardeaban la ciudad, de los cuales sólo 5 fueron derribados. El 28-IV-45 el Ejército 7 norteamericano tomó la ciudad. En total 12.500 edificios de Augsburgo quedaron destruidos y 32.000 resultaron dañados.

Auschwitz, (Oświęcim), ciudad polaca de 30.000 habitantes en el distrito de Cracovia. Desde 1940 los nacionalsocialistas mantuvieron en ella un campo de concentración tristemente famoso. Entre marzo de 1942 y octubre de 1944 murieron en sus cámaras de gas 2.800.000 de un total de 3.630.000 internados. Alrededor de 250.000 de las víctimas eran judíos húngaros.

«Avalanche», nombre dado a la operación de desembarco en Salerno del Ejército 5 americano, el 9-IX-1943. La contraofensiva alemana desencadenada el 13-IX fue contenida, después de haber aniquilado dos divisiones americanas, por la superioridad de la artillería y de la aviación aliada. Un nuevo intento realizado el 16-IX tampoco tuvo éxito.

Azores, archipiélago portugués, a unos 1500 km al oeste de la costa continental portuguesa. En la Conferencia de Washington, celebrada del 12 al 25-V-1943, Roosevelt y Churchill acordaron desembarcar en el Sur de Italia y utilizar las Azores como punto de apoyo en la guerra contra los submarinos alemanes. El 12-X-1943 Portugal cedió a los británicos los puntos estratégicos de la isla, pero permaneció neutral hasta el final de la contienda. Desde las Azores los Aliados podían seguir mejor la marcha de sus convoyes.



Llegada a Auschwitz: selección de prisioneros. Los más aptos para el trabajo escapaban de momento a las cámaras de gas.

Hitler y la neutralidad

Cuando durante la tarde del 25 de agosto de 1939, Adolf Hitler se dio cuenta de que su admirada Gran Bretaña tomaba muy en serio las garantías que había otorgado a la Polonia atacada por los nazis, cuando además averiguó que Italia ni estaba preparada, ni deseaba una guerra, el *Führer* no solamente dio contraorden, lleno de pánico, y suspendió el ataque, sino que organizó un espectáculo diplomático sin precedentes. El 26 de agosto de 1939 llovieron por todas partes garantías alemanas de neutralidad.

Hitler aseguró la neutralidad de Bélgica, Dinamarca, Luxemburgo y Suiza. El 2 de septiembre de 1939, exactamente un día después de haber invadido Polonia, hizo algo más: proclamó la «integridad» de Noruega en tanto no fuera puesta en entredicho por terceras potencias. La comedia debía servir para tranquilizar los nervios ingleses.

Al otorgar tan generosamente estas garantías de neutralidad, Hitler se olvidó de un pequeño detalle: el respeto a la neutralidad de Bélgica, Luxemburgo y Suiza era una obligación a la que estaban tradicionalmente vinculados todos los Gobiernos del Reich.

El reino de Prusia, antecesor de derecho del Reich Alemán, se había obligado al establecerse el nuevo orden europeo a la caída de Napoleón, en el congreso de Viena de 1814/15, junto con Austria, Inglaterra, Francia y Rusia, a respetar la neutralidad suiza. Es el primer caso de neutralización de un territorio europeo de cara a cualquier conflicto. Este concepto corresponde a la idea que se hacían los monarcas europeos del nuevo e inalterable orden que implantaría la «Santa Alianza» de las grandes potencias. Y de la misma manera se comportaron los grandes, Prusia incluida, en la Conferencia de Londres de 1839, al garantizar la neutralidad de Bélgica ya separada de los Países Bajos en 1830/31.

Bélgica era territorio de tránsito obligado en una posible guerra entre Francia y Alemania. Para Inglaterra resultaba de importancia vital, según ella, que la costa belga del canal no cayera nunca en poder de una potencia del continente. En 1867 se proclamó también en Londres, con la participación prusiana, la neutralidad del Gran Ducado de Luxemburgo, igualmente de una gran importancia estratégica por su fortificación y por encontrarse en la antesala de Francia.

La neutralidad exige para su afirmación no sólo la garantía de las potencias extranjeras, sino además la organización de un buen ejército propio. Bélgica y Suiza se dieron cuenta de ello inmediatamente. Luxemburgo no se podía permitir una fuerza armada importante. Siguió siendo un tanto en el juego de las grandes potencias.

Bélgica se había convencido unos diez años antes de comenzar la primera Guerra Mundial de que los alemanes no respetarían su neutralidad en caso de un conflicto con Francia. Por eso se dedicó a construir un sistema oriental de defensa, buscando un respaldo político-militar en las potencias de Francia e Inglaterra. Cuando pocos años antes de 1914, al contemplar una posible ofensiva contra Alemania, el alto mando militar francés consideró la marcha de las tropas galas a través de Bélgica, el propio gobierno contuvo sus planes advirtiendo que la violación de la neutralidad belga debía ser cosa del enemigo. El primer ataque al derecho internacional debía realizarlo el contrario. Y así fue como en 1914 los alemanes fueron los primeros en no repetar la neutralidad de Bélgica... El mundo europeo, territorios neutrales incluidos, se había vuelto un tanto frágil, cuando en 1939 Hitler distribuyó de nuevo generosamente garantías de neutralidad con objeto de aislar la meta que se había propuesto: Polonia. Meses después, entre abril y mayo de 1940, él mismo no se consideraba obligado a respetar la palabra empeñada.

Entre el 9 de abril y el 10 de mayo los ataques a Dinamarca, Noruega, Bélgica, Luxemburgo y Holanda pondrán fin a las garantías dadas.

Las ideas de Hitler son ajenas a todo concepto del derecho cuando éste se opone a sus planes. Sus concesiones, resultados de momentos de debilidad burguesa.

Pero las potencias enemigas, que dicen defender el derecho y la libertad, no se comportan mejor en el caso de Noruega y Suecia. Atropellan también fríamente su neutralidad. Antes de que Hitler diera la orden a la *Wehrmacht* de trazar un plan para defender la seguridad de las costas danesas y noruegas por tierra, mar y aire, Francia e Inglaterra ya habían decidido ocupar los puntos estratégicos de los países escandinavos.

El 5 de febrero de 1940 el consejo superior de la guerra aliado decidió ocupar el puerto minero noruego de Narvik y la cuenca minera sueca de Gällivare para impedir el abastecimiento de mineral a Alemania. El consejo pensó que 3 ó 4 divisiones serían suficientes. Hitler, en cambio, no dio hasta el 1 de marzo la orden de llevar a cabo el plan «Weserübung», que comprendía la ocupación de Dinamarca y Noruega. El que los Aliados fueran más lentos que él en la consecución de sus proyectos no era culpa de Hitler. De modo indirecto quedó amenazada la neutralidad de Suecia y no por Hitler precisamente. El nuevo arte de la guerra en su importancia humana y económica ha arrojado por la borda el orden europeo que trató de establecerse en el siglo XIX y en el que las grandes potencias se comprometieron a respetar la neutralidad de ciertos territorios especialmente motivo de tensiones. Hitler no fue el único que quebrantó el derecho internacional, ni mucho menos el único que se aprovechó de sus transgresiones.

Walter Görlitz





Victoria en el Oeste-I

En la noche del 9 de mayo Hitler abandonó Berlín en su tren especial, dirigiéndose hacia el norte. Al amanecer, el tren se desvió hacia el oeste, donde en Münstereifel, a medio camino entre Bonn y las Ardenas belgas, se había montado un cuartel general. A las nueve de esa misma noche se transmitió desde el cuartel la clave «Danzig». El comienzo del Plan «Gelb» («amarillo») quedaba fijado para las 5,30 del 10 de mayo. Al amanecer debía comenzar la gran ofensiva hacia el Oeste.

Empieza la batalla

Daniel Haller

Así empezó la acción al amanecer del 10 de mayo: las tropas alemanas apostadas a lo largo de las fronteras belga y holandesa abandonaron sus posiciones e invadieron ambos territorios ocupando estaciones, puentes, centros de comunicación y lugares de valor estratégico.

La artillería alemana más pesada se empleó al comienzo de la invasión contra los fortines belgas, perfectamente construidos. En la foto un mortero de 350 mm después del disparo.



A las cinco de la mañana del 10 de mayo de 1940, el mayor Ejército motorizado de los tiempos modernos se puso en marcha entre Emmerich, al norte, en la frontera holandesa, y Bitburg, al sudoeste. Un ruido infernal sacudió los pueblos dormidos. Miles de motores de los carros de combate se pusieron al mismo tiempo en movimiento. Por todas partes, en el campo y en la ciudad, las gentes ven interrumpido su sueño. A la luz todavía débil del amanecer pueden contemplar, hasta donde su vista alcanza, el uniforme gris de la *Wehrmacht*, los vehículos más diversos, los carros blindados. No cabe duda de que ha empezado la guerra en el Oeste. El plan dispuesto bajo la clave «Gelb» («Amarillo») se empieza a convertir en realidad. Las tropas alemanas inician su ataque contra Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. Una gigantesca columna militar de 7 Ejércitos se ha puesto en marcha. Son 133 divisiones, alrededor de un millón y medio de soldados. Por primera vez van a entrar en combate como unidades operativas las divisiones acorazadas. Algo que puede pesar en la moral enemiga: los alemanes han puesto en línea de combate 10 divisiones de carros blindados.

Primer objetivo: el Mosa

A los pilotos de los aviones de observación que esa mañana sobrevolaron las carreteras en dirección a Sedán, se les ofreció un espectáculo grandioso: la formación de los 1612 carros blindados del Grupo Kleist, cinco divisiones de carros y tres motorizadas hacia un mismo objetivo: el Mosa. Esta inmensa formación motorizada cubre una longitud de 160 km, de manera que cuando la cabeza establece contacto con el enemigo, la cola atraviesa todavía la pacífica retaguardia.
Algunas de las agrupaciones de carros están mandadas por los que luego serían generales famosos como Heinz Guderian o Erwin Rommel. Mientras Guderian con el XIX *Panzerkorps* cruza la frontera holandesa por Vianden, Rommel hace lo mismo con la 7.ª *Panzerdivision* respecto a la de Luxemburgo. Su objetivo dentro de las 24 horas siguientes es encontrarse en Dinant, junto al Mosa.
A la misma hora en que las tropas alemanas cruzan las fronteras hacia

el Oeste, en Colonia-Nörvenich, Colonia-Gymnich, Bitburg y en media docena de aeródromos más despegan los bombarderos igualmente en dirección occidental. Las dotaciones, a las que se ha despertado con la noticia, no tienen tiempo para afeitarse. Con enormes prisas se preparan los *Dornier Do 17* (los lápices voladores), los *Heinkel He 111* y los *Junker Ju 87 (Stukas)*, cargándolos de bombas y minas. Sus objetivos son los puertos británicos y holandeses, donde deben descargar las minas, los aeródromos y los centros de comunicación de Bélgica, Holanda y Francia. Al sur de Reims, en el aeródromo británico de Conde Vraux, los *Do 17* destruyeron seis bombarderos ingleses tipo *Blenheim*. Las calles de la ciudad de La Haya fueron ametralladas y bombardeados los aeropuertos de Amsterdam-Schiphoh y Bergen-op-Zoom así como el de Rotterdam. Aquí resultaron muertos muchos soldados que pernoctaban en los hangares. Los pocos aviones de que disponía la aviación holandesa quedaron destruidos por completo.

Aterrizaje en Luxemburgo

Los habitantes de la pequeña aldea luxemburguesa de Esch an der Alz, en la frontera con Francia, pudieron contemplar aquella mañana un insólito espectáculo. En un pequeño prado a unos cientos de metros de las últimas casas del pueblo aterrizaron en poco menos de media hora hasta dos docenas de *Fieseler Störche* (producidos en la fábrica Fieseler de Kassel, de ahí su nombre). Todos ellos luciendo la cruz griega. De cada uno de los pequeños aparatos, capaces de aterrizar y despegar en muy pocos metros, saltaban cinco soldados armados hasta los dientes. Los espectadores no dudaron un momento: aquellos soldados eran alemanes, pero ¿qué hacían en el neutral Luxemburgo?
Esto se preguntó también el sargento de la gendarmería local cuando le llegó la noticia del aterrizaje de los *Störche*. Con toda la celeridad que le permitía el vehículo de transporte puesto a su disposición para las necesidades del servicio –una bicicleta no muy nueva– el sargento se trasladó al lugar del suceso. Cuando tuvo a la vista la formación armada alemana le hubiera gustado dar media vuelta y desaparecer, pero delante de los vecinos del pueblo no podía ofrecer un espectáculo así. Por tanto decidió dirigirse hacia los alemanes, que ocupaban ya los dos lados de la carretera que conducía a la frontera francesa y que a todas luces se divertían un tanto viendo llegar al bueno del guardia.

El comandante supremo de la Wehrmacht

Directiva n.º 6 para el Alto Mando Berlín, 9-X-1939

1. *Si en un futuro próximo Inglaterra y, bajo sus auspicios, Francia no dan señales evidentes de estar dispuestas a terminar la guerra, estoy decidido, sin mayores dilaciones a emprender la ofensiva.*
2. *Una espera más larga no sólo proporcionaría a los Aliados la posibilidad de soslayar la neutralidad belga y quizá holandesa, sino que daría lugar a un fortalecimiento militar de nuestros enemigos, engendraría la duda en los neutrales respecto a las posibilidades alemanas de victoria y no ayudaría a atraernos a Italia como aliado militar.*
3. *En consecuencia ordeno lo siguiente respecto a las futuras operaciones militares:*
   a) *Preparar un ataque en el ala norte del frente occidental a través de los territorios belga-luxemburgués y holandés. Estos preparativos deben estar terminados cuanto antes.*
   b) *El objetivo de esta operación es derrotar a la mayor parte posible del Ejército francés y sus Aliados, al mismo tiempo que ganar el máximo territorio belga, holandés, y del Norte de Francia que puede servir de base a un ataque aéreo y naval contra Inglaterra y asimismo actuar como una amplia faja de terreno ante el territorio vital del Ruhr.*
   c) *La determinación del momento del ataque dependerá de las posibilidades de empleo de las unidades acorazadas y móviles, cuya creación debe acelerarse por encima de todo, así como de la consideración del tiempo que reine y pueda producirse.*
4. *La «Luftwaffe» impedirá los ataques de la aviación francesa e inglesa contra nuestras tropas, apoyando a éstas en la consecución de sus objetivos. Para ello deberá evitar tanto la concentración de las fuerzas aéreas francobritánicas como el desembarco de tropas inglesas en Bélgica y Holanda...*
6. *Simultáneamente a estos preparativos para el comienzo de una ofensiva en el Oeste, el Ejército y la «Luftwaffe» deben estar dispuestos, en cualquier momento, para hacer frente a una invasión de Bélgica por parte de los franceses e ingleses, internándose al máximo dentro del territorio belga, y para penetrar en Holanda lo más posible en dirección a la costa occidental...*
8. *A los comandantes supremos de los Ejércitos les ruego tomar rápidamente las medidas necesarias para el cumplimiento de estas instrucciones y tenerme al corriente de la marcha de los preparativos por medio del Alto Mando de la «Wehrmacht» (OKW)*

Adolf Hitler

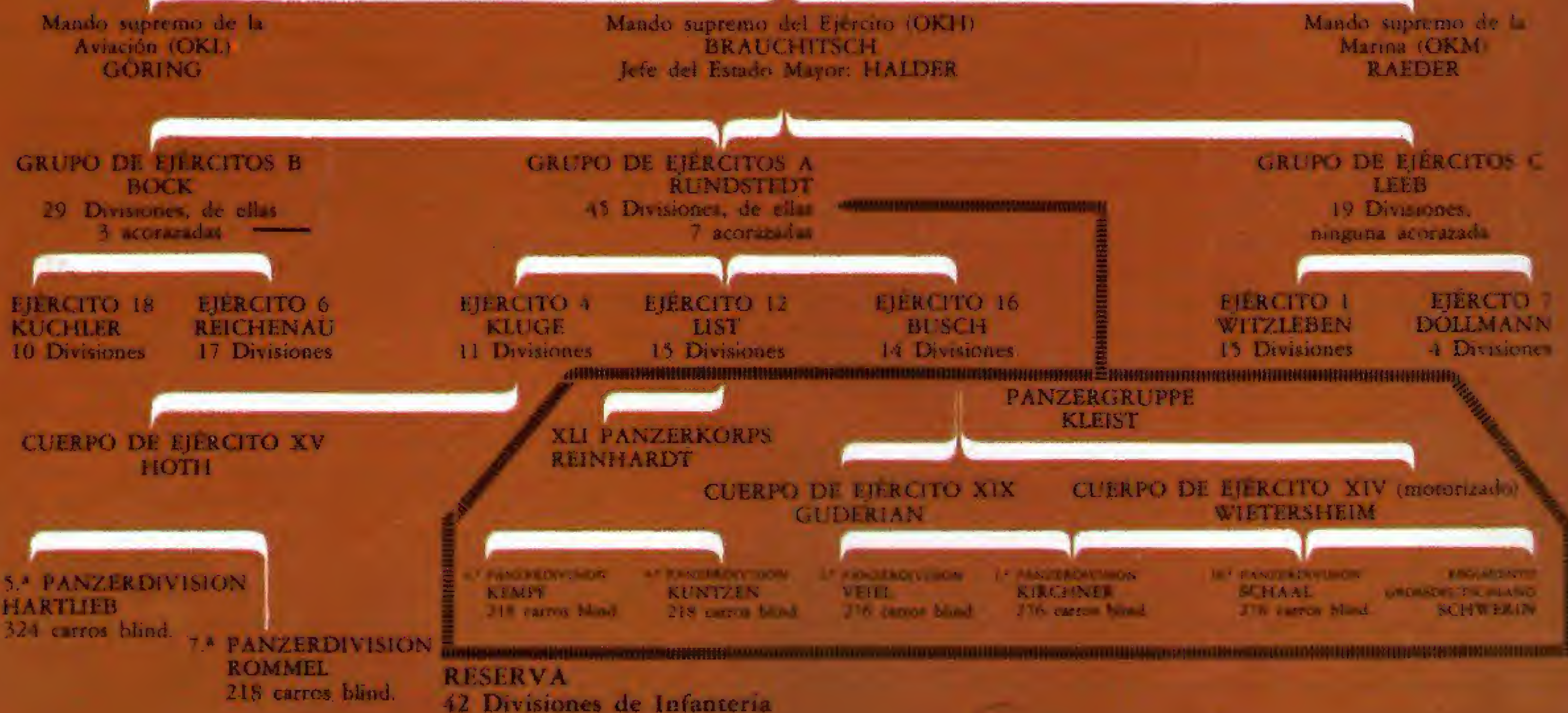
El teniente Hedderich, que mandaba la tropa, avanzó unos metros en dirección al sargento. Éste se apeó de la bicicleta, echó mano de todo su valor y advirtió al oficial alemán que se encontraba en territorio neutral y debía abandonar inmediatamente el terreno con su gente. El teniente hizo una seña a dos soldados y ordenó detener al policía. E inmediatamente después Hedderich se dedicó a tomar las medidas necesarias para el cumplimiento de la misión que le había sido encomendada: defender Esch frente a un eventual ataque francés en tanto no llegaran los carros blindados de Guderian.
Por todas partes, detrás de la línea del frente, aterrizaron aquella mañana tropas alemanas entre el norte de Holanda y el sudoeste de Bélgica. Por primera vez en la historia de la guerra operaban unidades militares en la retaguardia enemiga, con objeto de apoderarse de los puntos vitales estratégicos, de los puentes y, asimismo, de las estaciones ferroviarias.
Una de las operaciones más importantes de este tipo fue la llamada «Niwi»; 400 hombres del Regimiento «Grossdeutschland» aterrizaron al amanecer a casi 100 km en línea recta de la frontera alemana, en Nives y Vitry, en las Ardenas belgas. En dos grupos, el comando fue transportado en 98 *Fieseler Störche* hasta la mitad del trayecto entre Neufchâteau y los pueblos de Bastogne y Martelange, en la frontera belga-luxemburguesa. Neufchâteau, situado en una altura en el camino de Sedán, de quedar en manos enemigas hubiera podido causar graves perjuicios a los carros blindados de Guderian en su marcha hacia Francia. Pero sólo en Vitry ofrecieron los belgas una dura resistencia. Los *Chasseurs Ardennais* –tropas selectas como las del Regimiento «Grossdeutschland»– lucharon encarnizadamente por cada centímetro de terreno, en ésta su primera entrada en fuego. Sin embargo sobre el resultado de la lucha no podía caber la menor duda: los belgas serían arrollados.
Otra unidad que operó siempre en la retaguardia del frente enemigo fue la compañía «Brandenburg», llamada también «Brandenburger», encargada –estaba a las órdenes del almirante Canaris, jefe del Servicio de Información militar *(Abwehr)*– de misiones especiales.

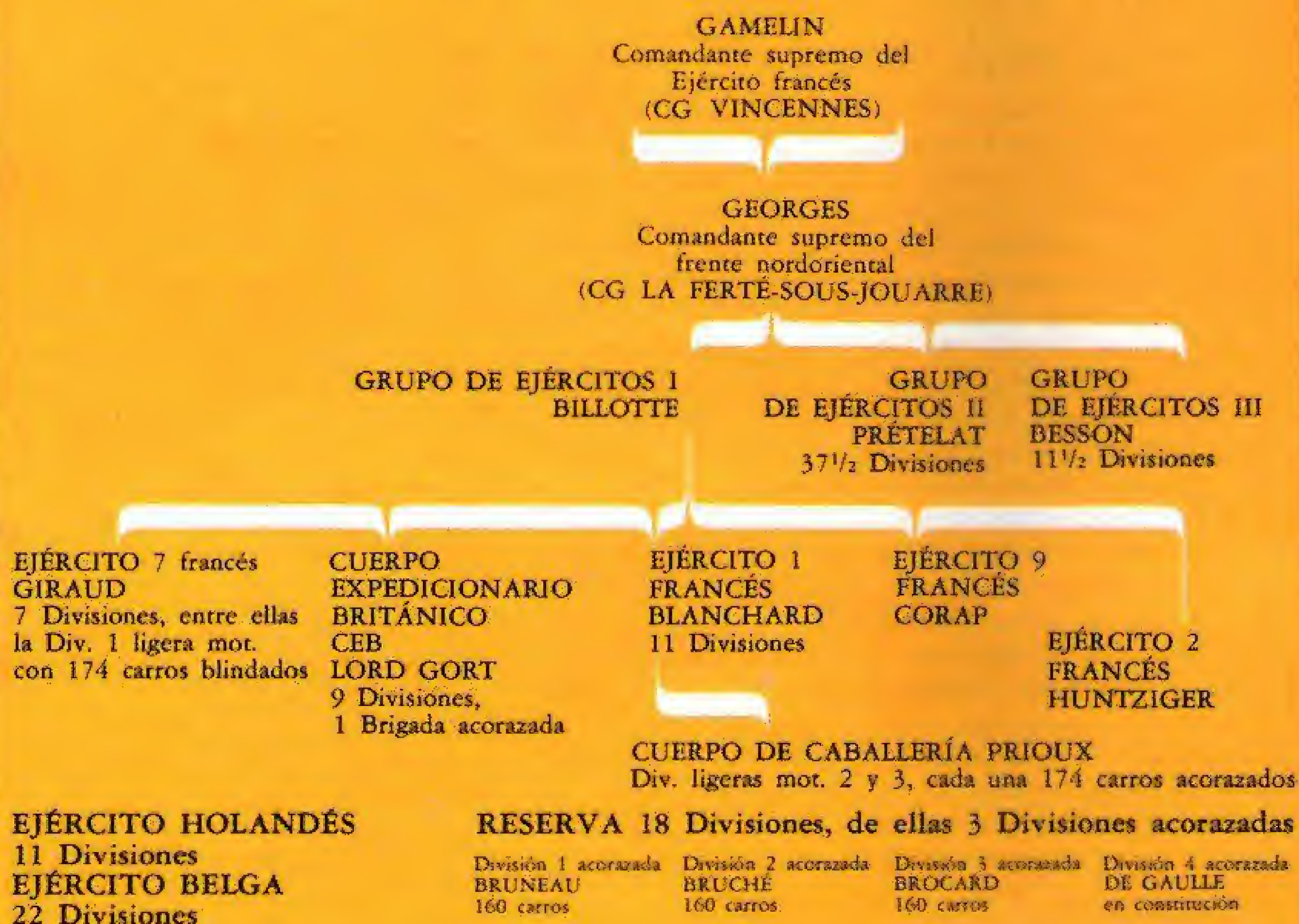
Guerra de indios

Los hombres del almirante Canaris habían procurado uniformes holandeses para la unidad «Brandenburg» que operaba en los Países Bajos. De esta manera se creía poder engañar mejor a los holandeses. Pero apenas los



MAR DEL NORTE
HOLANDA
Amsterdam
La Haya
Rotterdam
Arnhem
Dordrecht
Waal
Puente de Moerdijk
Gennep
Bergen op Zoom
Breda
Rhin
EJERCITO HOLANDES
EJERCITO 18
von Kuchler
GRUPO DE EJERCITOS "B"
von Bock
Ostende
Brujas
Amberes
Canal Alberto
Mosa
Dunkerque
Gante
Malinas
Mechelen
EJERCITO 7
Giraud
Escalda
Bruselas
EJERCITO 6
von Reichenau
Colonia
Maastricht
EJERCITO BELGA
ALEMANIA
Lille
C.E.B.
Lord Gort
BELGICA
Aquisgrán
Eben Emael
Lieja
Euskirchen
GRUPO DE EJERC. "A"
von Rundstedt
Arras
EJERCITO 1
Blanchard
Charleroi
Namur
EJERC. 4
von Kluge
EJERC. 12
List
Dinant
Ourthe
St. Vith
Prüm
EJERCITO 9
Corap
Ardenas
EJERCITO 16
Eifel
Busch
Amiens
Bastogne
St. Quentin
Vianden
Semois
Martelange
Sedán
LUXEMBURGO
Arlon
Luxemburgo
I GRUPO DE EJERCITOS
Billotte
EJERCITO 2
Huntziger
Mosa
Esch
LINEA SIGFRIDO
EJERCITO 1
WEST WALL
GRUPO DE EJERC. "C"
von Leeb
Longuyon
LINEA MAGINOT
Reims
EJERCITO 3
Condé
Verdún
Marne
Metz
París
Châlons-sur-Marne
FRANCIA
II GRUPO DE EJERCITOS
Prételat
0 20 40 60 80 100 km
Dibujo: M. ERICHSEN





«El Ejército alemán, apoyado por la Aviación, atravesará el día X las fronteras holandesa, belga y luxemburguesa con el fin de ganar por la mano al enemigo y hacer posible, más tarde, el ataque contra Inglaterra». Así constaba en el «Proyecto para la ofensiva occidental» de Manstein, del 18 de diciembre de 1939. En la mañana del 10 de mayo de 1940 este plan se hizo realidad. En el mapa de la izquierda puede seguirse el movimiento de las tropas durante los tres primeros días de la ofensiva. En esta página figuran los cuadros de los comandantes de las fuerzas respectivas.

«Brandenburger», con su nuevo y flamante uniforme, comenzaron a cruzar el puente sobre el Mosa en Maastricht, fueron reconocidos y el puente voló en mil pedazos. Lo mismo sucedió en Arnhem. Aquí los soldados alemanes tuvieron que fabricarse los cascos holandeses con cartón por carecer de auténticos. La superchería se descubrió rápidamente y dio lugar a una escaramuza. Otro grupo de «Brandenburger» bajo el mando del teniente Walter tuvo en Gennep mejor suerte. Recurrieron a un truco mejor preparado: tres «policías holandeses» conducirían a un destacamento de prisioneros alemanes sobre el puente de Gennep. Los prisioneros llevarían escondidas debajo del abrigo pistolas ametralladoras y bombas de mano. La estratagema dio resultado. Los soldados holandeses encargados de la custodia del puente no pudieron reaccionar a tiempo y fueron desarmados sin resistencia.

Las consecuencias estratégicas de la toma del puente de Gennep fueron importantes: la 9.ª *Panzerdivision* pudo impedir que las tropas francesas del Ejército 7 del general Giraud establecieran contacto con los holandeses. Con esto perdían los franceses una de las posiciones en que el jefe del Alto Estado Mayor, general Gamelin, pensaba contener a los alemanes. En el cuartel general francés en Vincennes, no lejos de París, se presumía desde la una de la madrugada de ese 10 de mayo que el ataque alemán no tardaría en producirse. Al *Deuxième Bureau* –servicio francés de inteligencia– no le había pasado por alto el extraordinario movimiento de tropas alemanas en los últimos días.

El comandante supremo de las tropas francesas, general Maurice-Gustave Gamelin, de 67 años, no era precisamente el hombre más adecuado para valorar justamente las operaciones estratégicas de los alemanes. Al igual que el resto del generalato galo estaba convencido de la superioridad de la defensa fortificada. La Línea Maginot –fortificación construida a lo largo de 130 kilómetros en 1935, que había costado 7.000 millones de francos y se extendía desde Longwy, en la frontera luxemburguesa, hasta Montbéliard en la suiza– no permitía a los generales franceses muchas alternativas, tenían que hacer de ella el núcleo de su estrategia.

Un plan de defensa sin fantasía

Y no sólo los generales creían en la fórmula de una Francia fortificada, también cada francés se había convencido en los últimos cinco años de que la Línea Maginot era una garantía de seguridad. Por eso Gamelin, pese a las informaciones recibidas del *Deuxième Bureau*, no consideró la posibilidad de presentar batalla según las leyes modernas de la guerra, con tropas móviles y unidades blindadas operando con autonomía. Los franceses no habían aprendido absolutamente nada de la lección de Polonia.

En la frontera del nordeste de Francia se encontraban concentradas 92 divisiones, a las que había que añadir otras 22 divisiones belgas y 11 holandesas. Para el ataque a Francia los alemanes habían dispuesto 133 divisiones. Numéricamente se puede hablar de equilibrio de fuerzas. Equilibrio que no existía si se compara arma con arma. Los franceses tenían 3373 carros blindados, de ellos 800 de los modernos tipos *B1*, *B2* y *Somua*. Por su parte, los alemanes disponían de 2580 carros, de los cuales más de la mitad eran blindados ligeros de los tipos I y II; otros 349 eran del tipo medio III, y sólo 278 correspondían al entonces modelo más reciente de carro del tipo IV, de 20 toneladas de peso y armado con cañones de 75 mm. El carro tipo IV era el único que podía hacer frente sin gran peligro a los B franceses. Los carros blindados galos estaban integrados dentro del Ejército de Tierra porque según el generalato no podían llevar a cabo operaciones autónomas, sino sólo apoyando a la Infantería. Por el contrario los alemanes disponían de 10 divisiones de carros que actuaban por sí mismas.

Los franceses nada podían oponer a esas unidades.

Se inicia la guerra y los soldados juegan al fútbol

Por lo que se refiere a las armas contracarros, los franceses disponían de cañones de 47 mm y los alemanes de 37 mm. Sin embargo, los franceses iban muy retrasados en la producción y sólo habían podido dotar con ellos a 16 divisiones. La falta de potencia de los cañones contracarros alemanes se veía compensada por el hecho de que las unidades estaban motorizadas y podían operar con independencia de las condiciones del terreno. Los franceses arrastraban sus cañones con tractores, pero la munición tenía que ser transportada en camiones.

Los tractores podían abrirse paso por todas partes, pero los camiones sólo podían avanzar por las carreteras. Por si fuera poco, los alemanes habían probado en Polonia un arma que resultó muy efectiva: el cañón de 88 mm. De este tipo poseían 2600 unidades. Éstos y los 6700 antiaéreos ligeros estaban repartidos, sobre todo, entre las 10 divisiones acorazadas.

El cañón de 88 mm, con su enorme capacidad perforante, se convertiría en la pesadilla de los Aliados.

Una de las armas más temidas, el «Ju 87». El ruido característico de la caída en picado de este avión aterrorizaba a las poblaciones civiles como un presagio demoledor.

También la *Luftwaffe* alemana, que junto con las divisiones motorizadas jugaría un papel decisivo en los 44 días que duró la batalla de Francia, era muy superior a la Aviación gala. Frente a los 3834 aviones germanos, los franceses sólo podían oponer 2060 aparatos. Y en lo que se refiere a los bombarderos, la superioridad alemana era casi aplastante: 1482 contra 260.

La moral de combate tampoco era la misma en los dos bandos. El Ejército francés se encontraba un tanto desmoralizado por diversos motivos: uno era «la guerra extraña» llevada a cabo desde que Alemania había atacado a Polonia muchos meses antes, lo que motivó la declaración de hostilidades por parte de París. Desde entonces los dos Ejércitos se encontraban en el Rhin, frente a frente, sin haber disparado un solo tiro. Los franceses jugaban al fútbol y los alemanes les veían jugar. Los alemanes se tumbaban al sol y los franceses les dejaban hacer. Mientras que el Ejército alemán se entrenaba para el ataque contra Francia, los soldados franceses empezaban a cansarse de aquel estado de cosas que duraba demasiado. No tardó en surgir la indisciplina, el pillaje y hasta ciertos signos de desbandada. Otro motivo de desmoralización era la situación política en que se hallaba el país. Bajo la presidencia de Reynaud, se encontraba en el poder el 109 Gobierno de la Tercera República. La inestabilidad reinaba por todas partes. Las huelgas alternaban con el desempleo obrero. El propio Ejército se encontraba dividido por la cuestión de si se debía o no haber atacado al empezar Alemania la batalla contra Polonia. Este Ejército, cuyos jefes habían dicho repetidas veces que terminarían de un solo golpe con las tropas germanas, había visto armarse y modernizarse a los alemanes sin actuar en consecuencia.

Ni siquiera en los primeros días de mayo, en que los servicios de información acumularon noticias de sus oficinas en Bélgica y Suiza, y aun de Berlín, asegurando que los alemanes se preparaban para lanzar inmediatamente una ofensiva contra Francia, ni siquiera entonces el Ejército francés se decidió a la acción.

Tampoco fue tomado en serio el consejo que el comandante Baril, uno de los dirigentes del *Deuxième Bureau*, formuló el 9 de mayo, horas antes de

(Continúa en la página 213)







1: Al otro lado de la frontera los obstáculos contracarros no logran detener el avance de las unidades blindadas.
2: El enemigo fue maestro en destruir, pero el avance alemán no se interrumpe.
3: ¡Atención, carros blindados! Suena la hora de los cañones contracarros.
4: La marcha prosigue por encima de todos los obstáculos.
5: La artillería ha cumplido su cometido. Su trabajo lo acaba la infantería. Una unidad de choque se prepara para el asalto.





















6: Limpieza del territorio ocupado.
7: Avance bajo un sol implacable. La artillería y la aviación alemanas han actuado sobre este terreno.
8: Con los brazos en alto, los soldados enemigos abandonan sus posiciones.

Tanto las fotos como el texto están sacados del libro «Mit Hitler im Westen» («Con Hitler en el Oeste»), editado por el profesor Heinrich Hoffmann en 1940.

9: La infantería en una acción de limpieza por las calles de un pueblo recién conquistado.
10: El botín sirve para protegerse.
11: Los edificios incendiados por el enemigo en su huida no impiden el avance de las tropas alemanas.
12: ¡La Infantería siempre joven! ¡Reina de las Armas!



que los alemanes desencadenaran la ofensiva, al general de Estado Mayor Colsons, recomendándole que llamara a los cuarteles a todos los soldados de permiso. El general respondió: ¿«Para qué? ¿No pensará usted que van a combatir mañana?»
Ésta es la situación que domina en Francia cuando se desencadena la ofensiva alemana contra el país. Lo más incomprensible para los franceses es que los alemanes hayan iniciado su ataque por las Ardenas, cuando se hallaba escrito que debían hacerlo entre Saarbrücken y Basilea, exactamente donde ellos habían construido la Línea Maginot. También estaba previsto que aquí los alemanes sufrirían enormes pérdidas. Y así hubiera sido.
Los franceses debieran haber sabido que sus enemigos nunca atacarían frontalmente la Línea Maginot; pero, si es que llegaron a saberlo, rechazaron tal pensamiento. El Servicio Secreto francés se dejó engañar por los trucos más groseros, o quiso dejarse engañar para convencerse de que las cosas iban a desarrollarse como deseaba el mando. Así admitieron como buenas las palabras de Göring, pronunciadas a mediados de abril, en Berlín, ante los funcionarios del partido, en el sentido de que la Línea Maginot sería atacada entre el 5 y el 15 de mayo. El hecho de que tal ataque fuera a costar medio millón de muertos del lado alemán y la pérdida del 80 % de la Aviación del Reich no fue suficiente para despertar las sospechas de los generales galos.
El Estado Mayor francés estaba convencido de que no existía la menor alternativa respecto a la Línea Maginot. El ataque germano podía producirse a través de la Suiza neutral, pero nunca a través de las Ardenas. Según los franceses, las Ardenas eran infranqueables. Por lo menos para un ejército normal. La estrechez de los caminos y lo agreste y montañoso del terreno hacían de las Ardenas el medio menos apropiado para una invasión, a juicio de los generales franceses y belgas. Por eso Bruselas había enviado únicamente 7 batallones de *Chasseurs Ardennais* para defender esa región boscosa. A lo cual hay que añadir que se les dio la orden de retroceder sin resistencia si se encontraban frente a una tropa superior. Con ello abrirían el paso hacia el Mosa y hacia Sedán. Todas estas consideraciones carecían de valor, puesto que los franceses estaban seguros de que las tropas alemanas nunca atravesarían las Ardenas en su marcha hacia Francia.
Y, sin embargo, el Alto Mando alemán consideró que las Ardenas eran exactamente el territorio apropiado para la operación. En sus bosques podía esconderse un gran ejército. Ofrecía un refugio ideal a los carros blindados y vehículos, ocultos para los observadores enemigos que no podían sospechar lo que se preparaba entre sus árboles.

Un Ejército desaparece en el bosque

Lo que el generalato francés se negaba a admitir, sucedió al amanecer del 10 de mayo de 1940: todo un Grupo de Ejércitos, el del general von Rundstedt, compuesto por el Ejército 4 de von Kluge, el 12 de List y el 16 de Busch, con 7 divisiones acorazadas, desapareció en las Ardenas.
La resistencia de los *Chasseurs Ardennais* duró poco y los obstáculos preparados fueron vencidos rápidamente. Las divisiones acorazadas 5 y 7 continuaron su marcha hacia Dinant y el Mosa, y la 6 y la 8 hacia Meziert, al norte de Sedán. Guderian, con las tres divisiones acorazadas restantes –1, 2, y 10–, se dirigió hacia Sedán.
Cuatro de las siete divisiones acorazadas alemanas marchaban al encuentro del Ejército 9 francés, que mandaba el general Corap. Era el más débil y el peor armado de los Ejércitos franceses organizados apresuradamente. Como estaba previsto, al conocerse la ofensiva alemana las tropas del general Corap se pusieron en movimiento en dirección al Mosa. A la derecha del general Corap se movían las divisiones del Ejército 2 de Huntziger, cuyos hombres se han abierto camino más allá de donde se encuentran los soldados de Corap. Una avanzadilla de la 2.ª División ligera de Caballería, que debía filtrarse entre los Ejércitos 9 y 2 en Arlon, se encontró a las nueve de la mañana, en las cercanías de Habay-la-Neuve, con las patrullas de exploración de la división acorazada de Guderian, que operaba en el ala izquierda. Cerca de Etalle, los franceses quisieron colocar en posición sus antiaéreos, tan importantes para ellos, pero era ya demasiado tarde. El Regimiento «Grossdeutschland», que marchaba flanqueado por los carros de Guderian, acabó con ellos. Hasta el mediodía intentaron los franceses valerse de sus cañones de 105 mm, pero les resultaba prácticamente imposible moverlos con rapidez. Por la tarde, la 2.ª División ligera de Caballería se preparó para abandonar Arlon, lo que hizo por la noche en dirección al Semois, un pequeño río no lejos de la ciudad. Con ello los franceses habían alcanzado en este sector la última posibilidad natural de retirada hacia las Ardenas belgas, cerca de la frontera francesa.
Un poco más al sudoeste, la 3.ª División ligera de Caballería busca entrar en contacto con el enemigo alemán. A las nueve de la mañana alcanza la ciudad de Esch an der Alz, en Luxemburgo.
Para el teniente Hedderich y sus 90 hombres ha llegado la hora de la acción. Inmediatamente después de que los *Fieseler Störche* les dejaran en tierra, el teniente comienza a levantar obstáculos. También coloca campos de minas. Cuando poco más tarde de las 9 de la mañana surgen las tropas francesas, uno de los primeros carros tropieza con una mina y vuela por los aires. El mando de la División decide enviar por delante a los carros ligeros del tipo *H 35*. Por la tarde aparecen los carros, pero ya está esperándolos la División 1 de Guderian y, lo que es más importante, con sus cañones contracarros. Los blindados franceses tienen que moverse en un terreno batido por los cañones alemanes. Por la noche retroceden. Su retirada se ve entorpecida por las columnas de fugitivos. Unas 25.000 personas tratan de ganar Francia protegidas por las tropas que se retiran.

Las intenciones alemanas se descubren demasiado tarde

El general Huntziger, que al mediodía del 10 de mayo se acerca a Bouillon, en las Ardenas, para hacerse una idea de la situación sobre el escenario mismo de las operaciones, regresa satisfecho por la noche a su cuartel general de Senuc, Francia. Durante la noche, sin embargo, los partes de los aviones de observación hacen temer lo peor. Según ellos, dos gigantescas agrupaciones motorizadas enemigas avanzan por las Ardenas. Su objetivo es Sedán y la ciudad que se encuentra al sudeste, Carignan.
Sólo entonces el generalato francés cae en la cuenta de lo que están preparando los alemanes. Entonces, cuando ya es demasiado tarde.

Corte perpendicular de las instalaciones de un «bunker» en el Westwall alemán. Sólo la torre de la batería sobresale del suelo. Por debajo de ella se encuentran varios pisos, con salas de trabajo, de descanso, dormitorios, cantina y enfermería. En el piso más profundo se hallan los generadores y las bombas de aire. Los «bunkers» causaron sensación al enemigo, a pesar de que no se extendían tan ampliamente como la Línea Maginot, y de que en su mayor parte ni siquiera estaban concluidos al empezar la guerra.

Según las «Memorias» de Albert Speer

¡ESTAIS COMPLETAMENTE LOCOS!

La nueva Cancillería de Hitler



El arquitecto Albert Speer tenía 27 años cuando sirvió a su «Führer» por primera vez: en su trepidante auto deportivo se adelantaba a la columna de automóviles de Hitler durante la campaña electoral de julio de 1932. Así empezó una carrera que terminaría el 21 de mayo de 1945 con la detención, por el «Secret Service» británico, del ministro de Economía y Producción del Reich. El constructor de las instalaciones en Nuremberg para los congresos del partido y de la nueva Cancillería, el autor de los proyectos para las nuevas ciudades nacionalsocialistas de Berlín, Munich, Linz y Hamburgo, gozó hasta el final de las simpatías de Hitler.

Sería la medianoche. Acababa de terminar la proyección del segundo filme en las habitaciones privadas de Hitler, que hablaba cariñosamente con Eva Braun mientras sostenía una mano de ella entre las suyas. Se comentaron las películas. Hitler se refirió a la interpretación femenina y la Braun comentó la masculina.

Los huéspedes restantes se habían apartado para beber una copa de vino o se habían retirado, seguros de que Hitler ya no atendería a nadie. De pronto el *Führer* se puso de pie, se quitó la bata y exclamó:

–Speer, ¿tiene usted un momento? Me gustaría que viéramos juntos nuestra ciudad modelo.

Provistos de linternas y llaves ambos iniciaron la marcha. Para pasar con toda comodidad a las que fueron salas de exposición de la Academia de Arte, Hitler había hecho abrir una puerta en el muro del jardín que separaba la Cancillería del cuarto de trabajo del arquitecto Speer en la Academia.

Speer dio la luz. En las salas vacías, los reflectores iluminaban las maquetas. El joven arquitecto podía prescindir de las explicaciones, Hitler conocía todo aquello al dedillo.

Hasta las 3 de la madrugada estuvieron cambiando impresiones sobre el proyecto. Hitler hablaba con naturalidad desacostumbrada; éstas eran las pocas horas en las que renunciaba a su máscara. Speer nunca le había visto tan animado, tan espontáneo como en aquellos momentos.

Un colaborador de Speer resumió cierto día esa extraña amistad, esa impresión que el joven arquitecto causaba en su *Führer:* «¿Sabe usted lo que pasa? ¡Usted es el amor desgraciado de Hitler!»

Aquel amor desgraciado había empezado en julio de 1933. Speer se dio cuenta por primera vez de lo que la palabra «arquitectura» tenía de mágico entonces para Hitler.

Se discutía la decoración apropiada para el Congreso del partido en Nuremberg, el primer congreso desde la toma del poder. A Speer le habían pedido que se presentara en la residencia de Hitler, en Munich, para tratar del asunto.

Un ayudante abrió la puerta y tras un «por favor» rutinario dejó al arquitecto ante Hitler, el canciller todopoderoso. Ante él, sobre la mesa, se hallaba una pistola totalmente desarmada, en cuya limpieza se entretenía el *Führer*.



Patio de honor en la nueva Cancillería del Reich, construida en 1938 por Albert Speer.



① La sala del consejo de ministros en la que nunca se celebró una reunión de gobierno.

② El escritorio de Hitler, ante cuyos repujados los diplomáticos aprenderían a temblar.

③ La guardia personal de Hitler —«Leibstandarte SS Adolf Hitler»— custodia la gigantesca puerta que da a su despacho; sobre ella campean las iniciales del «Führer».

④ La galería de 146 m, llamada la «Galería Larga»







–Ponga aquí sus dibujos –dijo escuetamente Hitler. Y sin mirar a Speer para nada, colocó los elementos de la pistola a un lado, se quedó mirando los planos un buen rato y decidió:
–¡De acuerdo!
Al ver que Hitler volvía a la limpieza de su pistola, Speer enrolló los dibujos y, un tanto desconcertado, abandonó la habitación.

La gran oportunidad

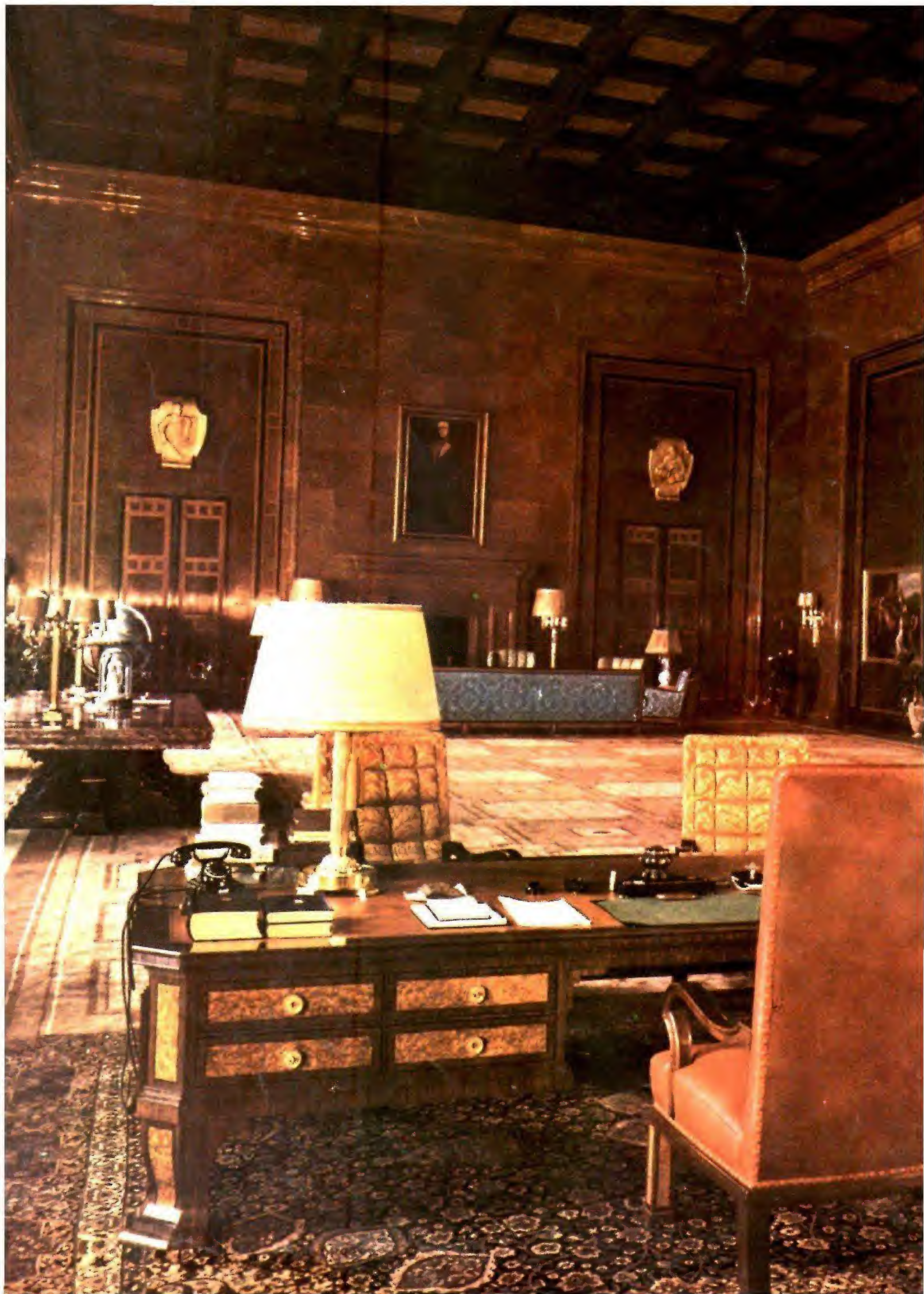
Apenas cinco años después, a finales de enero de 1938, Hitler llamó de nuevo a Berlín a su inspector general de obras, Albert Speer. Le recibió oficialmente en su despacho de trabajo.
–Tengo un encargo urgente para usted –le dijo con solemnidad, de pie en medio del despacho–. En un futuro próximo voy a mantener una serie de conversaciones importantes. Para ello necesito grandes salones y naves que me permitan causar sensación a los pequeños potentados.
Como terreno apropiado para el proyecto pongo a su disposición toda la calle Voss. Lo que puedan costar las obras me tiene sin cuidado. Pero hay que construir bien y rápidamente. ¿Cuánto tiempo necesitará usted? Derribo y planificación pueden hacerse al mismo tiempo. Año y medio o dos años, serían ya mucho para mí. ¿Podría usted tenerlo todo listo para el 10 de enero de 1939? Me gustaría celebrar la próxima recepción diplomática en la nueva Cancillería.
Dicho esto, despidió a Speer. El resto del día lo glosó el propio Hitler durante el discurso que pronunció con motivo de la colocación de los tejados.
–Mi arquitecto se tomó unas horas para considerar la cosa y volvió por la noche con su agenda en la mano para decirme: «El tantos de marzo estarán las casas derribadas, el 1 de agosto celebraremos la cobertura de aguas y el 9 de enero, mi *Führer*, le entregaré las llaves». Yo mismo procedo del negocio de la construcción y sé lo que tales palabras significan. Todo estaba por hacer. Sería un esfuerzo sin precedentes.
Para dar el ambiente propio a su ascensión a un puesto de «grande de la Historia» –como él mismo decía–, Hitler ideó la construcción con caracteres imperiales. La Cancillería que había ocupado el 30 de enero de 1933 le parecía adecuada «para domicilio social de una fábrica de jabones»... No podía ser la central del poderoso Reich. Para dejar disponibles cuanto antes los terrenos, se empezó inmediatamente con el derribo de las casas de la calle Voss. Al mismo tiempo se trazaron los planos de la fachada y la división interior y disposición del edificio. Speer no quiso montar una organización complicada para favorecer el cumplimiento del plan. En su opinión tal burocracia sólo hubiese servido para demostrar que la realización de la obra era imposible. Muchos años más tarde trasladó esta improvisada manera de trabajar a su misión como responsable de la economía de guerra del Reich.
El terreno alargado en que debía realizarse el edificio conducía a la disposición de una serie de salas organizadas sobre un eje. Speer enseñó el proyecto a Hitler. Bajo un gran portón, el visitante sería conducido de la Wilhelmplatz a un patio de honor. Subiendo una amplia escalera llegaría a un pequeño vestíbulo, en el que una puerta de más de cinco metros de altura comunicaría con una galería de mosaicos. Al final subiría unos escalones para llegar a una habitación circular abovedada ante la que se abriría una galería de 146 metros de longitud. A Hitler le causó sensación, sobre todo, la galería de Speer, porque era nada menos que el doble de larga que la de los Espejos, en Versalles. Con objeto de obviar el desagradable efecto de la luz mal dirigida, como había podido observar el arquitecto en el Palacio de Fontainebleau, los ventanales arrojarían una luz indirecta sobre las galerías.
En total era un conjunto de salas, en distintos materiales y colores, que unidas sumaban unos 220 metros. Después de ellas se entraba en el vestíbulo de las habitaciones de Hitler. Sin duda alguna todo un curso de arquitectura altamente representativa con objeto de causar efecto y llamar la atención, pero esto ya se daba en el barroco, en realidad se había dado siempre.

Hitler quedó impresionado

–En el camino desde la entrada hasta la sala de recepciones recibirán la primera impresión del poderío del Gran Reich alemán.
Durante los meses siguientes pidió de manera continua que le enseñaran los planos, imprimiendo cuanta velocidad podía en los trabajos. En su ya citado discurso de la fiesta de cobertura, dijo a los trabajadores:
–Ya no hay que hablar del movimiento, de la rapidez americana, sino de la rapidez y del movimiento alemanes. Creo que yo mismo trabajo y rindo más que los otros hombres de Estado de las llamadas democracias. Pienso que también en lo político estamos imprimiendo otra velocidad, y si es posible en tres o cuatro días sumar una ciudad al Reich, debe ser también posible construir un edificio en uno o dos años.
4500 trabajadores, divididos en dos turnos, se ocupaban del mantenimiento del plan establecido. A éstos hay que añadir otros miles que colaboraron en la construcción de partes prefabricadas. En total las obras duraron 9 meses.
El 9 de enero debía estar terminada la Cancillería. El 7 llegó Hitler a Berlín procedente de Munich. Venía lleno de incertidumbre y pensando que iba a encontrarse todavía con un ejército de artesanos y una columna de la limpieza dando los últimos toques. Todo el mundo conoce la fiebre del final de una construcción: los tapices, los dorados, los cuadros que se deben colgar... los mil detalles.
Hitler, sin embargo, se equivocó en sus presentimientos. Speer había previsto desde el comienzo una reserva de algunos días que sus hombres no necesitaron.
La obra estaba totalmente terminada 48 horas antes del compromiso de entrega. Cuando Hitler, desde la estación, se trasladó directamente a la nueva Cancillería para recorrerla, hubiera podido, al llegar a su despacho, sentarse en la mesa de escritorio y empezar a trabajar en sus asuntos de Estado.

Aprenderán a temblar

La construcción le impresionó mucho. Y sobre todo la gran marcha que tendrían que hacer los diplomáticos y jefes de Estado a través de las galerías antes de llegar a sus habitaciones. Speer murmuró alguna reserva a propósito del pavimento de mármol encerado. Sin embargo, no deseaba verlo cubierto por una alfombra. Hitler decidió rápidamente:
–Nada de alfombras. Los diplomáticos deben aprender a moverse en terreno resbaladizo.
El salón le pareció pequeño y ordenó que más tarde se ampliara tres veces más. En cambio su despacho le entusiasmó, sobre todo su mesa de trabajo con un repujado que semejaba una espada a medio envainar.
–Magnífico... Cuando los diplomáticos estén sentados frente a mí, ante este escritorio, aprenderán a temblar.
Las cuatro virtudes, Sabiduría, Prudencia, Valentía y Justicia, que Speer había hecho colocar encima de las puertas del despacho de Hitler, miraban al canciller desde sus campos de oro. Dos esculturas del artista Arno Breker flanqueaban en la Sala Redonda la puerta que daba a la Gran Galería: una de ellas representaba al audaz; la otra, al pensador.
En la cárcel de Spandau para criminales de guerra, en la que Speer pasó 20 años, el prisionero escribía ocho años más tarde:
«Esta indicación de Breker, así como mi consejo de no olvidar frente al arrojo otros valores, no pasaban de ser una ingenua traducción artística de mis sugerencias y, al mismo tiempo, daban a ▷





400 metros cuadrados medía el despacho del «Führer». A la izquierda, la mesa de mármol sobre la que desde el comienzo de la guerra se extendían los planos de las operaciones en curso. El retrato de Bismarck que se ve al fondo es obra de Franz von Lenbach y pertenecía a la Nationalgalerie.

entender una cierta intranquilidad respecto a los peligros de lo ya realizado». En cierta ocasión, el padre de Albert Speer visitó a su hijo, ya famoso, en su cuarto de trabajo de la Academia de Arte y, al contemplar planos y proyectos de la nueva Cancillería, exclamó:
–Estáis los dos completamente locos.
Desde luego no era una buena evaluación de la importancia de esas obras gigantescas. A esto hay que añadir otro suceso –de importancia para Speer, muy supersticioso– que le deprimió considerablemente:
En la vieja Cancillería había habido siempre un busto en mármol de Bismarck, obra de Reinhold Begas, que debía pasar a formar parte de la nueva. Unos días antes de la inauguración, los trabajadores encargados del transporte lo dejaron caer y se rompió la cabeza. Para Speer fue un signo de mal augurio. Y como conocía una historia que contaba Hitler de que pocos días antes de empezar la primera Guerra Mundial el águila de la Cancillería se había caído y hecho añicos, no dijo una palabra sobre el accidente y encargó al artista Breker un busto nuevo exactamente igual al anterior, al que se dio con té una pátina de antigüedad.
El 12 de enero se inauguró el edificio destinado a los siglos futuros. Hitler acogió en la Gran Sala al cuerpo diplomático acreditado en Berlín, con motivo de la recepción de año nuevo. Recibió muchas felicitaciones por la magna obra. Cosa que le satisfizo en gran manera.
Él mismo había declarado a los trabajadores:
–Esto es lo maravilloso de la construcción. Lo que se trabaja, queda. Es muy diferente a un par de botas, que al cabo de un tiempo hay que tirar y ponerse otras nuevas. Esta obra quedará en pie y será durante siglos testimonio del esfuerzo de todos aquellos que la construyeron.
Setenta y ocho meses más tarde, Winston Churchill visitaba los corredores destruidos y las salas en escombros de la nueva Cancillería del Reich. Poco después se derribó todo completamente. Haciendo gala de su sentido de la tradición y lo trascendental los rusos construyeron con los mármoles y las piedras un monumento a los héroes de la Unión Soviética en Berlín-Este. □



William Lawrence Shirer

Diario

Londres, junio de 1939
Mañana inicia su viaje inaugural el «Mauretania», rumbo a América. Yo me voy en él. Tess me acaba de telegrafiar que un tribunal de Virginia le ha otorgado la nacionalidad norteamericana.

Washington, 3 de julio de 1939
Ojalá pueda quedarme durante algún tiempo en mi país, al que me cuesta trabajo acostumbrarme después de haber vivido tanto tiempo fuera de él desde mis 21 años. Ni aquí, ni en Nueva York se toma en serio la crisis europea. En opinión de Tess me estoy haciendo antipático con mi pesimismo. Lo peor de aquí es que lo saben todo mejor que nadie. Todos saben que no va a haber guerra. Me gustaría poder ser de la misma opinión. Claro que todavía queda alguna oportunidad de amedrentar a Alemania, pero no consigo creer que se aproveche. Roosevelt es el único en el Congreso que ve el peligro. Pero precisamente por esto se le toma por un pájaro de mal agüero, lo que le hace ineficaz.

Nueva York, 4 de julio de 1939
Mañana tenemos que regresar a Europa. De Danzig llegan noticias alarmantes. Temen que incluso yo no pueda llegar a tiempo. Hans Kaltenborn está tan seguro de que eso de la guerra es un falso rumor que en el mismo barco en que nos vamos nosotros manda a su hijo en viaje de novios por el Mediterráneo.

Berlín, 9 de agosto de 1939
Hemos comido con el comandante Elliot y su mujer. Acaba de llegar de Londres y París y trae una buena impresión del Ejército francés y de la Aviación británica. Me ha alegrado oírle decir esto.

10 de agosto de 1939
Grandes titulares en la prensa nazi:
«Respuesta a Polonia, que conspira contra la paz y la justicia en Europa», o «Varsovia amenaza con bombardear Danzig - Increíble provocación de la prepotencia polaca». Todo un ejemplo de perversión de la verdad. La pregunta es, ¿cómo pueden creerse estas cosas los alemanes? Basta hablar con ellos: muchos, demasiados, se lo creen realmente.

Varsovia, 16 de agosto de 1939
Hoy reinaba gran agitación entre los polacos. En la frontera con la ciudad libre de Danzig ha resultado muerto un soldado polaco. Consecuencia: una orden a las tropas polacas de disparar sin previo aviso a todo el que cruce la frontera de Danzig.

20 de agosto de 1939
Los polacos son unos románticos: si se les pregunta por Rusia, se encogen de hombros y guardan silencio. Para ellos no existe.

Berlín, 24 de agosto de 1939
Poco después de la medianoche hemos escuchado las cláusulas del tratado germano-soviético. Van más lejos de lo que uno hubiera podido suponer. Se trata claramente de una alianza. Stalin, en el que hasta ahora se veía al enemigo del nazismo y de la agresión, invita a Alemania a borrar del mapa a Polonia en colaboración con Rusia. Los amigos de los comunistas se sienten consternados. Y periodistas alemanes como Halfeld, Kriegk y Silex, que hasta ahora eran enemigos histéricos y enconados de los bolcheviques, no ocultan su alegría, brindan con champán y se declaran admiradores de Stalin. La prensa alemana rivaliza en expresiones de amistad respecto a su más declarado enemigo hasta ayer. Esta estratagema de Hitler es claramente aprobada por las masas. ¿Por qué? Quizá porque con ella se aleja la pesadilla de una guerra en dos frentes. Hasta ayer este peligro parecía evidente. Hoy ya no.

27 de agosto de 1939
Acabo de recibir la noticia de que mañana entrarán en vigor ciertas normas de racionamiento. Se van a repartir las cartillas correspondientes para alimentos, jabón, calzado, ropas y carbón.
Esperamos que esto haga ver claramente a los alemanes su situación actual.

29 de agosto de 1939
La gente en la calle parece sin ánimo. Las cartillas de racionamiento han supuesto un duro golpe para todos. Significan la guerra. Por primera vez las masas no se han concentrado en torno a la Cancillería. Apenas había quinientas personas, de cinco millones. Alguien ha dicho: «¿El corredor de Danzig? ¡Al diablo con el corredor! Durante veinte años no nos hemos preocupado en absoluto de él, ¿por qué de repente se convierte en una cosa de vida o muerte?»

31 de agosto de 1939
Nadie quiere la guerra. La gente no lo oculta lo más mínimo. ¿Cómo puede un gobierno arriesgarse a una guerra que es impopular entre el pueblo? Hoy se ha decretado la movilización. Las distintas regiones están incomunicadas entre sí. Las fronteras han sido reforzadas. No se puede comunicar con París, ni con Londres, ni con Varsovia. Al menos puedo hacerlo con Tess que se encuentra en Ginebra. Normalidad total en las calles de Berlín. No hay ninguna orden de evacuación.

1 de septiembre de 1939
A las seis de la mañana me ha llamado la buena de Sigrid Schultz por teléfono: «Es un hecho», me dice. Me siento cansado, con la cabeza pesada. Le doy las gracias. Me revuelvo nervioso en la cama.
¡Es la guerra!

Berlín, 1 de septiembre de 1939
Hitler ha atacado Polonia al amanecer. Se trata de una agresión repugnante, injustificable e inadmisible. Tanto el «Führer» como su Estado Mayor califican su acto de «contraataque». El discurso pronunciado por Hitler a las diez de la mañana en el Reichstag, ha cosechado un éxito mucho menor que otras veces. El propio orador parece inseguro. Como sorprendido por su propia audacia. Jordan, que ha traducido conmigo el discurso con destino a nuestra emisión para América, me ha dicho: «Suena como el canto del cisne». Británicos y franceses han entregado a Hitler un ultimátum en el que exigen la retirada de las tropas alemanas de Polonia, so pena de retirar sus embajadores en Berlín.
Más tarde primer oscurecimiento. La ciudad aparece completamente a oscuras. Hay que acostumbrarse a las tinieblas antes de poder orientarse por las calles negras como la pez. Resulta un tanto sorprendente, pero en esta primera noche de guerra los cafés, los bares y los restaurantes berlineses estaban llenos de gente. Cada cual se siente incomunicado del resto del mundo. Desde hoy está prohibido escuchar emisoras extranjeras: ¿Quién tiene miedo a la verdad?



Die Wehrmacht

HERAUSGEGEBEN V[...] KOMMANDO DER WEHRMACHT

4. Jahrgang · Nummer 11 · Berlin, den 22. Mai 1940 Einzelpreis 25 Rpf. und Bestellgeld · Erscheint vierzehntäglich

Portada del primer número de la revista «Die Wehrmacht», tras la ruptura de hostilidades en el Oeste.



MOVIMIENTO EN HOZ

Rolf Dengler

La estrategia en el frente occidental

Aunque parezca extraño, los planes de los Estados Mayores alemán y francés fueron hasta 1939 casi los mismos que en la primera Guerra Mundial: una segunda edición del plan Schlieffen –para ello se preparaban ambos–. Que las cosas sucedieran de distinta manera y que los alemanes cambiaran de estrategia en el invierno 1939/40, fue debido únicamente a una serie de extrañas casualidades que pusieron en primer plano a un nuevo hombre y a un nuevo plan: el general Manstein y el plan del «movimiento en hoz».



El general de las tropas acorazadas, Heinz Guderian, en su carro de mando durante la campaña de Francia, en 1940. Su concepto sobre la utilización masiva de las armas blindadas influyó decisivamente en el plan del «movimiento en hoz» de Manstein.

El *Führer* estaba furioso. Se sentía engañado por sus asesores militares. En primer lugar por el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, Franz Halder. Desde que el 27 de septiembre, día de la capitulación de Polonia, había comunicado a los tres comandantes de la *Wehrmacht* su propósito de iniciar la campaña en el frente occidental, no percibía el menor eco de su propio entusiasmo en el Mando Supremo del Ejército de Tierra. Por el contrario, él, el *Führer* del Reich, se veía obligado a soportar críticas. Entre otras, la del comandante del Grupo de Ejércitos C, Ritter von Leeb, quien calificaba de locura el propósito, por parte de Hitler, de vulnerar la neutralidad belga y holandesa.

El espíritu de Zossen

Halder, el católico bávaro dentro del Estado Mayor prusiano, temía el riesgo de una polémica abierta con el *Führer*, pero, según cuentan los testigos, decidió estorbar las órdenes dadas por Hitler bajo la clave «Gelb» –contraseña que designaba el plan estratégico para la campaña del frente occidental–. La resistencia dentro del Mando Supremo del Ejército iba dirigida menos contra los planes bélicos de Hitler que contra su persona. Para los militares conservadores, el *Führer* era el hombre del arroyo, el pequeño cabo, el aficionado al que había necesariamente que tolerar, pero al que no había que someterse como Keitel en el Mando Supremo de la *Wehrmacht*. El Mando Supremo de la *Wehrmacht* (OKW) al que en la jefatura del Ejército se daba sólo el nombre cifrado *«Oben-Kein-Widerstand»* («arriba-ninguna-resistencia») y Keitel, al que se llamaba allí *«Lakeitel»* (distorsión irónica de «lacayo»), no eran capaces de defender la tradición del Ejército alemán.

La aversión de Hitler contra el OKH (Mando Supremo del Ejército de Tierra) se había reforzado aún más cuando el 5 de noviembre citó al general Walther von Brauchitsch en la Cancillería del Reich, para comunicarle las órdenes para un ataque en el frente occidental. El comandante supremo del Ejército de Tierra aprovechó la oportunidad para indicar a Hitler que las tropas del Ejército eran demasiado débiles para iniciar una gran ofensiva. Cuando habló de falta de disciplina, Hitler perdió el dominio: ¿Sus soldados indisciplinados? Reprochó a Brauchitsch la falta de lealtad a su persona que dominaba entre los mandos del Ejército, acusándoles de que el «espíritu de Zossen» andaba por sus cabezas. Éste era el reproche favorito de Hitler contra los generales «derrotistas» del OKH, cuya central estaba en Zossen, cerca de Berlín. Cuando von Brauchitsch, desalentado, abandonó la Cancillería del Reich, el *Führer* dictó una carta de destitución que rompió más tarde, previendo que si daba ese paso el Mando del Ejército adoptaría una actitud aún más rebelde.

Lo que Hitler probablemente sólo presentía pero durante mucho tiempo no supo, era el propósito de algunos jefes del Ejército, entre ellos los generales Ritter von Leeb, Halder y Beck, de expulsar del poder al *Führer* por medio de un golpe de estado. Sin embargo, a finales de octubre, al regresar el general von Stülpnagel, lugarteniente de Halder, de una inspección de las tropas que se encontraban en el frente, advirtió a Halder que los jóvenes oficiales de la *Wehrmacht* no consentirían que se derribase a Hitler. Halder justificó finalmente el haber desistido de los planes de un golpe de estado diciendo: «Debemos dar a Hitler esta última oportunidad de liberar al pueblo alemán de la esclavitud del capitalismo británico».

Esta declaración muestra cuál era el verdadero espíritu del generalato alemán. En el fondo se pretendía lo mismo que Hitler, pero lo que no se deseaba era que un aficionado cosechara los éxitos que debían quedar reservados para los especialistas. El 19 de octubre presentó el OKH, por orden de Hitler, el primer plan de avance «Gelb» («Amarillo»). Se trataba de un plan mal concebido en el que se podía leer la falta de entusiasmo con que el OKH elaboraba los planes para una ofensiva en el frente occidental. Hitler estaba muy descontento. Para estimular al OKH fijó la fecha del ataque para el 12 de noviembre.

El primer plan presentado por Halder tendía a separar las tropas expedicionarias británicas de las francesas, asegurando al mismo tiempo bases aéreas y marítimas para futuras operaciones contra Gran Bretaña. El OKH evitó premeditadamente plantear una batalla decisiva total, que debería terminar con la completa destrucción del Ejército francés. Pero precisamente esa batalla de exterminio era lo que perseguía Hitler.

El 29 de octubre, el OKH presentó un plan modificado. La única concesión a Hitler consistía en el desplazamiento hacia el sur del punto esencial *(Schwerpunkt)*. El Ejército 4 debía atravesar el río Mosa a la derecha y a la izquierda de Namur con cuatro divisiones acorazadas. Como el anterior, este plan se basaba en operaciones limitadas. Esto cambió al inmiscuirse en el proyecto un intruso: el general Erich von Manstein, que había sido trasladado hacia poco a Coblenza junto con su superior, el general Gerd von Rundstedt, quien se había hecho cargo del Grupo de Ejércitos A. Gerd von Rundstedt y el jefe de su Estado Mayor, von Manstein, constituyeron la pareja más productiva de la segunda Guerra Mundial. Juntos habían destrozado, con el Grupo de Ejércitos Sur, la fuerza principal de las tropas polacas en el curso de una semana.

Ahora Rundstedt se había puesto al frente del Grupo de Ejércitos A, que se encontraba frente a Luxemburgo y las Ardenas, al sur de Bélgica.

Una vez que Manstein hubo estudiado la documentación que acompañaba a la Directiva «Gelb», llegó a la conclusión de que este plan falto de aliento sólo podía conducir a resultados insatisfactorios. En vista de ello elaboró él mismo su propio Plan «Gelb». En un memorándum dirigido al OKH puso de relieve que el éxito de la operación dependía necesariamente del aniquilamiento de la totalidad de las fuerzas enemigas en Bélgica y al norte del río Somme.

En su estudio Manstein desplazó hacia el sur el punto principal del ataque. El ataque capital debía desarrollarse sobre la línea Arras-Boulogne. Con ello, las tropas franco-belgas no serían solamente rechazadas, como estaba previsto en el plan Halder, sino que se les cortaría la retirada y serían destruidas. Además de esto, Manstein pretendía reforzar el flanco izquierdo del ala alemana, de tal manera que pudiera rechazar cualquier contraataque francés procedente del sudoeste. El primer estudio de Manstein volcaba todavía el peso de la acción sobre el Grupo de Ejércitos B.

Este primer plan discrepaba, por tanto, decididamente de los proyectos posteriores, que culminaron en el «movimiento en hoz». Tampoco se hablaba de la utilización masiva de carros de combate, idea favorita de Hitler. De todos modos, el plan de Manstein no llegó a manos del *Führer*, ya que fue retenido por el OKH, en la esperanza de que aquél desistiera de sus planes de ofensiva en el frente occidental.

Manstein se encuentra con Guderian

En la segunda mitad de noviembre, el general de las tropas acorazadas Heinz Guderian fue huésped de Manstein en Coblenza. Manstein, que trabajaba aún para completar su estudio, preguntó a Guderian si éste podía imaginar que fuertes contingentes de carros blindados avanzaran a través de las Ardenas. Guderian consideró tal cosa como perfectamente factible, de modo que Manstein incorporó a su plan divisiones de carros de combate. En total envió seis memorándums al OKH en Zossen. Ya después del 4.º memorándum, de fecha 6 de diciembre, Halder se cansó del molesto Manstein y ordenó que lo ▷



La infantería, llegada directamente de la línea de fuego, marcha por una ciudad próxima a Chantilly. La propietaria del cochecito se prepara para la evacuación.



El lugar más acogedor para tomar parte en la guerra sigue siendo el bar.

Aeródromo militar «en ningún lugar de Francia». Como no existen hangares, el avión del primer plano se cubre con la lona de una tienda de campaña. El bombardero del fondo está listo para despegar.



Estampas de Francia en guerra

El primer artista francés que ha plasmado las penalidades de Francia en la «guerra del 39», desde la retaguardia hasta las alambradas del frente, y ha enviado sus cuadros a los EE UU de América, es Bernard Lamotte. Artista de talento, este hombre de 37 años ha recorrido la Martinica y Tahití para «Le Temps». Además escribe artículos para el «Paris Soir». Gracias a sus relaciones como periodista con círculos políticos y militares, pudo moverse con toda libertad por la Línea Maginot, durante la tregua del último invierno. A pocos civiles se les permite pisar estas zonas reservadas a los militares, que aparecen en esta serie de bocetos. Lamotte es un ilustrador incisivo, con ojo fotográfico. Sus obras anteriores a la guerra se hallan en la Galería de Luxemburgo.

La semana pasada inauguró una exposición en el *Museum of Modern Art* de Manhattan. Una selección de sus escenas más lúcidas y sentidas en torno al París bélico apareció en la edición de mayo de FORTUNE.

Del «Time-Magazine» (EE UU), 27-V-1940



El techo de cristal de la *Gare du Nord* de París se ha pintado de azul para ocultarlo a los aviones de reconocimiento. Los soldados más felices son los que disfrutan de permiso, como el que se lleva a casa al perro mascota de la compañía. A estos perros no les gustan los paisanos, y ladran a quienes no van de uniforme.

trasladaran a Stettin para hacerse cargo allí de una unidad.
Con ello los planes de Manstein quedaban prácticamente liquidados. Pero entonces ocurrió un incidente que obligó a Hitler a retrasar la fecha del ataque y como consecuencia del cual volvió a entrar en juego Manstein.
Se trataba del incidente de Mechelen: el caso del comandante Reinberger. La fecha del ataque estaba fijada para el 17 de enero. Los meteorólogos de Göring prometieron buen tiempo, y así parecía que nada podía impedir el desarrollo ulterior del proyecto. Hellmuth Reinberger, comandante alemán de paracaidistas, oficial de Estado Mayor de la *Luftwaffe* agregado a una unidad aérea estacionada en Münster, recibió orden de presentarse el 10 de enero en el cuartel general de la 2.ª Flota Aérea, en Colonia.
Al atardecer del día 9 de enero Reinberger celebraba una fiesta con sus amigos de la unidad aérea local. Hacia las 21 horas debía abandonar el grupo para tomar el tren hacia Colonia. En este momento el comandante del aeródromo, Hoenmanns, le propuso llevarle a la mañana siguiente a Colonia en un avión de enlace del tipo *Me 108*. Despegó, por tanto, con su viajero a la mañana siguiente, después de haber pasado la noche bebiendo. Era un hermoso día sin nubes. Reinberger, que había sido destinado para jugar un importante papel en las operaciones de desembarco aéreo en Rotterdam, llevaba en la cartera de documentos los planes ultrasecretos para la invasión alemana de Bélgica y Holanda, que, según el proyecto de Hitler, había de comenzar el 17 de enero.
Tras una hora de vuelo el motor se detuvo de forma repentina. El piloto, planeando, dejó deslizarse el aparato hacia tierra, con el fin de intentar un aterrizaje forzoso. Sobrevoló una línea de alta tensión e intentó pasar entre dos álamos, que arrancaron al avión las puntas de las alas. El aparato se posó, no muy suavemente, en una espesura cubierta de nieve.



El general Erich von Manstein ideó el plan «movimiento en hoz», penetración masiva de columnas de carros de combate a retaguardia de los Ejércitos franceses del Norte. En 1942 fue nombrado general «Feldmariscal».

Una deferencia que acarrea malas consecuencias

Cuando hubo pasado el susto, los dos oficiales intentaron averiguar dónde se hallaban. Una vez que se lo hubo explicado un campesino belga, en camino hacia el pueblo próximo, a Reinberger le corrió un escalofrío por la espalda: había aterrizado en Bélgica una semana antes de lo previsto, y no con sus soldados sino con los documentos secretos que describían exactamente la operación de desembarco. Intentó quemar los documentos detrás de unos matorrales, pero no funcionaba su encendedor. Finalmente, el amable campesino belga le dio unos fósforos. No obstante, antes de haber ardido los papeles apareció un capitán belga con sus tropas y arrestó a los dos oficiales alemanes. Una vez llegados al cuartel de la gendarmería más cercano, Reinberger consiguió quemar otra parte de los documentos arrojándolos a la estufa en un descuido de sus guardianes.
En el último momento, sin embargo, intervino el capitán belga, quien pudo sacar de la estufa una parte de los papeles a medio quemar.
Estos restos semicalcinados estaban ya al atardecer en el cuartel general del Estado Mayor belga. Lo que allí vieron los belgas bastó para que se percataran sin duda alguna de lo que se proponían los alemanes. Inmediatamente transmitieron la información a los franceses y holandeses.
El Ejército francés, alarmado, avanzó en dirección a la frontera belga. Bajo un aguanieve gélido se puso en marcha hacia la frontera belga la totalidad del Grupo de Ejércitos I del general Billotte, con cuatro Ejércitos y el Cuerpo Expedicionario británico (CEB), al mando de Lord Gort.
Hitler se había enterado a las 11,45 horas del aterrizaje involuntario de los dos comandantes alemanes en las inmediaciones de la ciudad de Mechelen, cerca de Amberes. Informado de lo ocurrido por Jodl, tuvo un ataque de ira. Quiso formar consejo de guerra a los dos oficiales y hacerlos fusilar. Más tarde, las esposas de los dos oficiales fueron sometidas a interrogatorio por la Gestapo. El comandante de la Flota Aérea a la que pertenecían los infortunados oficiales fue destituido de su cargo. De hecho, Hitler y el OKH tenían buenos motivos para estar furiosos, puesto que, después de todo, se había dado ya la orden de marcha a 60 divisiones que se encontraban camino de la frontera.
Sin embargo, el incidente de Mechelen evitó a la postre que Hitler cometiera un error funesto, pues el servicio de reconocimiento militar alemán «Ejércitos Extranjeros Oeste» pudo adivinar, observando los movimientos de las tropas alarmadas, la estrategia de los Aliados, que era en realidad muy simple, pero que hubiera podido resultar peligrosa para los alemanes. Consistía ésta en dirigir el grueso del avance entre Sedán y Lille, teniendo como objetivo final el río Dyle en la Bélgica central. Al mismo tiempo deberían mar-

char tropas ligeras por el flanco extremo izquierdo hasta Holanda, con el fin de reunirse en Breda con el Ejército holandés. La concepción del ataque llevaba el nombre de «Plan Dyle-Breda».
Para el territorio situado entre Sedán y la Línea Maginot sólo existía un plan de defensa. El Estado Mayor francés no había pensado en dirigir un ataque desde esa línea hacia el sudeste de Bélgica, es decir, hasta penetrar en las Ardenas. No contaba tampoco con que los alemanes aparecieran por allí. En aquel momento la apreciación era aún totalmente correcta. Si Hitler hubiese ordenado el ataque el 17 de enero, se hubiera producido una batalla frontal entre unidades alemanas y francesas en algún lugar del centro de Bélgica. Los frentes se habrían paralizado tan rápidamente como en la primera Guerra Mundial y el combate se habría convertido por segunda vez en una guerra de posiciones.
Los alemanes se veían obligados a idear una nueva estrategia. La hora del general Manstein había llegado. Un hecho fortuito le ayudó a superar el último obstáculo.

Se da una oportunidad a Manstein

Poco antes de abandonar Coblenza para incorporarse a su nuevo destino, Manstein se encontró con el ayudante en jefe de Hitler, coronel Schmundt, quien se hizo explicar los planes del general. El confidente de Hitler, perfectamente informado, quedó sorprendido al comprobar la semejanza entre el proyecto de Hitler y el de Manstein para el Plan «Gelb»: Hitler deseaba una batalla de exterminio y Manstein ponía a su disposición un concepto exacto para ello. Al regresar a Berlín, Schmundt informó a Hitler. Esta vez el *Führer* se mostró dispuesto a recibir a Manstein.
Para no disgustar nuevamente al OKH, se pensó en presentar a Manstein al *Führer* de una forma ocasional, junto con otros cuatro comandantes de cuerpo recién nombrados. Durante un desayuno de trabajo, el 17 de febrero, Manstein explicó a Hitler su concepción de una estrategia ofensiva con posibilidades de éxito. Hitler se mostró entusiasmado con el plan.
Al día siguiente presentó el plan al OKH como si hubiera sido el resultado de su propio trabajo. A finales de febrero se habían terminado de confeccionar los nuevos planes. El grueso del ataque se había desplazado hacia el Grupo de Ejércitos A, en el sur. Al Grupo de Ejércitos B le correspondía el cometido de llamar al toro con el trapo rojo. Si el Estado Mayor francés caía en ▷



El general francés Maurice-Gustave Gamelin, jefe del Estado Mayor y comandante supremo del Ejército, a quien sus compatriotas hicieron responsable de la derrota. Fue destituido mientras aún duraba la campaña y condenado a prisión en 1942.

Ventaja de las armas alemanas

Después de la rápida derrota de Polonia Hitler quería lanzarse inmediatamente a la ofensiva en el frente occidental. El Mando del Ejército, por el contrario, no quería atacar antes de 1942. El «Feldmariscal» Erich von Manstein describe en sus memorias la situación.

Si se quería esperar hasta 1942 para romper la Línea Maginot, las potencias occidentales habrían tenido con toda probabilidad tiempo suficiente para superar la ventaja en armamento que les llevaba Alemania. Además de esto, partiendo de un éxito en la caída de la Línea Maginot nunca se podría desarrollar una operación de carácter decisivo.
Frente a las, como mínimo, 100 divisiones de que disponía el enemigo ya desde 1939, no se podría alcanzar por ese medio una decisión. Aun cuando el enemigo destinara grandes fuerzas para la defensa de la Línea Maginot, siempre quedarían a su disposición de 40 a 60 divisiones como reserva operativa, que serían capaces de interceptar muy pronto incluso una ancha brecha que se hubiera conseguido en las fortificaciones. La lucha no proporcionaría ninguna decisión y se convertiría en una guerra de posiciones. Esto no podía ser la meta del Alto Mando alemán. Naturalmente, no es lícito suponer que el general von Brauchitsch y su jefe de Estado Mayor fueran de la opinión de que a la larga se pudiera avanzar con una táctica puramente defensiva. Sin embargo, por lo pronto ponían sus esperanzas en que aún fuera posible un entendimiento con las potencias occidentales o bien que éstas mismas comenzaran finalmente una ofensiva. La decisión en torno a la primera de las posibilidades estaba fuera de su esfera de poder. La esperanza de que las potencias occidentales iniciaran una ofensiva era irreal. El estado de cosas se hallaba planteado de tal modo que la primavera de 1940 sería la fecha, desde el punto de vista militar, más temprana, pero también la postrera en que por parte alemana se podía confiar en llevar a cabo con éxito una ofensiva en Occidente.

Erich von Manstein: «Verlorene Siege». Bonn 1955.



Estrategia alemana y francesa en 1914 y en 1940.

el garlito, el Grupo de Ejércitos A describiría una maniobra envolvente en forma de hoz, rodeando al enemigo por la retaguardia. Los franceses se precipitarían en la trampa. El ataque principal lo deberían llevar a cabo en Sedán las tres divisiones acorazadas de Guderian, el regimiento selecto «Grossdeutschland» y el XIV Cuerpo de Ejército motorizado de Wietersheim. Por el flanco derecho de Guderian debería avanzar el XLI *Panzerkorps* de Reinhardt con dos divisiones acorazadas en dirección a Monthermé. Las tres *Panzerdivisionen* de Guderian y las dos de Reinhardt, así como el regimiento «Grossdeutschland» y el XIV Cuerpo de Ejército de Wietersheim formaban el *Panzergruppe* Kleist.

Por iniciativa personal de Hitler se retiró del Ejército 18 de Küchler el grueso de los carros blindados III y IV, que estaban provistos de cañones y que allí apenas se necesitarían, y se asignó al Grupo de Ejércitos de von Rundstedt. Aquí tendrían una misión apropiada cuando se tratase de combatir las casamatas enemigas del Mosa.

Con el Grupo de Ejércitos C, los estrategas del OKH y Hitler confiaban mantener al Ejército 4 francés en la Línea Maginot, impidiendo con ello que pudieran acudir como reserva a la brecha que se intentaba abrir en Sedán. Al Servicio de Información francés no se le escapó de ningún modo la reagrupación de las unidades alemanas, pero el Estado Mayor galo no prestó atención alguna a las noticias que se le mandaron. Tampoco los holandeses se preocuparon mucho de este hecho, a pesar de que dentro del *Abwehr* del almirante Canaris poseían un agente muy bien informado, que les mantenía al corriente de los planes de ataque alemanes: el coronel Hans Oster, de 40 años, enemigo convencido de Hitler y uno de los hombres de más confianza de Canaris. Oster tenía un amigo en Berlín, el agregado militar holandés, coronel Sas, a quien advirtió cuatro veces, pero Hitler retrasó siempre la fecha de ataque. En la tarde del 9 de mayo de 1940 se reunieron nuevamente Oster y Sas. Esta vez Oster le anunció la invasión para la mañana siguiente. Entretanto, él mismo se había vuelto escéptico y pensaba que también esta vez quizá se retrasaría la fecha del ataque. Sin embargo, si para las 21,30 horas no se había dado ninguna contraorden, la invasión se produciría con seguridad a la mañana siguiente. Poco después de las 21,30 horas los dos coroneles iban en automóvil hacia el OKH. Mientras el holandés esperaba en el auto, el alemán entró en el Cuartel del OKH. Después de un cuarto de hora escaso salió y dijo a su amigo: «El cerdo (Hitler) ha salido pitando para el frente occidental... confiemos en poder encontrarnos después de terminada la guerra». Sas regresó a la Embajada holandesa, desde donde llamó al Ministerio de Defensa de La Haya.

Sin embargo, los militares belgas no reaccionaron hasta las 3 de la madrugada: volaron el puente fronterizo. Esto ocurría a la hora exacta en que los embajadores alemanes en Bélgica y en La Haya presentaban a los dos Gobiernos un memorándum en el que anunciaban un ataque alemán, con el fin de adelantarse a una acción conjunta francesa e inglesa.

Los franceses, que desde la 1 de la madrugada del 10 de mayo tenían conocimiento de la inminente invasión alemana, parecían conservar aún una ciega esperanza de que este cáliz pasara de largo sin tener que beberlo. Hasta el Cuartel General del Estado Mayor francés, situado en Vincennes, cerca de París, llegaban noticias alarmantes, procedentes del *Deuxième Bureau*. Sobre todo, en la frontera de Luxemburgo se habían observado movimientos sospechosos de tropas alemanas. Sólo a las 5 de la mañana, cuando el jefe del Estado Mayor, general Gamelin, fue informado por su ayudante, coronel Petitbon, sobre el inminente ataque alemán creyó por fin lo que antes se había negado a aceptar. Pero pasaron otras dos horas hasta que el irresoluto Gamelin dio orden a sus tropas de avanzar hasta la Línea Dyle-Breda. Horas valiosas que pronto faltarían a los franceses en su lucha contra las tropas alemanas. □

CRONICA

POLITICA | **CUESTIONES MILITARES** | **CULTURA Y TECNICA**

1940

24. 1.: Disposición del gobernador general Hans Frank sobre la obligación de notificar los bienes judíos en la Gobernación General.
29. 1.: Ley sobre la representación de los nuevos dominios del Este ante el Parlamento. «El Reichstag se incrementará en tantos diputados como el divisor 60.000 esté contenido en la cantidad total de los alemanes mayores de 20 años domiciliados en los diversos dominios del Este». Los nuevos diputados los designará Hitler «entre el número de alemanes mayores de 25 años domiciliados en dichos dominios».



Hitler en el Palacio de Deportes berlinés el 30-1-1940.

30. 1.: Con ocasión del VII aniversario de la toma de poder del NSDAP habla Hitler en el Palacio de Deportes berlinés. Su polémica se dirige en primer lugar contra Inglaterra. Declara: «¡Y yo puedo decirles a Francia y a Inglaterra que ellos tendrán también su batalla!».
2. 2.: Finaliza la primera acción colonizadora en Europa Oriental. El último transporte alemán de colonos pasa la frontera de intereses germano-soviética.
11. 2.: Firma de un acuerdo económico germano-ruso.
15. 2.: Hitler encarga al jefe de organización del NSDAP, Robert Ley, preparar y realizar para el pueblo alemán una amplia reforma de las pensiones de vejez.
23. 2.: El inspector general de Carreteras, Fritz Todt, es nombrado inspector general para misiones especiales en el plan cuatrienal.
24. 2.: Conclusión en Roma de las deliberaciones económicas germano-italianas.
Enero-febrero: El ex embajador Ulrich von Hassel presenta, después de consultar con Beck, Goerdeler y Popitz un «Programa Constitucional» para el caso de cambio de régimen. La guerra debe proseguir hasta alcanzar las antiguas fronteras del Imperio Alemán en Polonia. Hay que establecer inmediatamente el estado de Derecho. De democracia no se habla en el programa.

10. 1.: En el vuelo desde Münster hacia Bonn se desvía de su curso un avión militar debido al mal tiempo. El comandante de la «Luftwaffe» Reinberger y el comandante Hönmanns tienen que hacer un aterrizaje forzoso en Mechelen (Bélgica). Destruyen la mayor parte de los documentos secretos sobre la inminente ofensiva occidental que llevan consigo. Los fragmentos que logran salvar los belgas confirman las intenciones alemanas de atacar los territorios belga y holandés.
11. 1.: Hitler decreta la «Directiva fundamental núm. 1». Artículo 1: «Nadie, ningún departamento oficial, ningún oficial debe tener conocimiento de cosas declaradas secreto a no ser que tenga que conocerlo incondicionalmente por razones de servicio».
27. 1.: Respecto a la proyectada ocupación de Noruega y Dinamarca, el general Keitel, comandante en jefe de los tres Ejércitos, da a conocer el deseo de Hitler de seguir elaborando el Ejercicio «Weser» (designación cifrada) bajo su influencia personal y directa y en estrecha colaboración con el Mando Supremo de la Guerra.
1.-3. 2.: La Unión Soviética intenta, durante la guerra de invierno ruso-finesa, conquistar rápidamente los dominios finlandeses que Alemania le había cedido en el Pacto de No Agresión del 23-8-1939.



Carros de combate destruidos en Finlandia.

11-13. 2.: La segunda ofensiva del Ejército 7 soviético logra quebrantar la resistencia y obliga a los finlandeses a retirar sus fuerzas en el territorio del este de Viborg.
16. 2.: El destructor británico «Cossack» penetra en aguas territoriales de Noruega y toma al abordaje el buque alemán «Altmark». A bordo del «Altmark» se encuentran 303 prisioneros ingleses procedentes de barcos que el acorazado «Admiral Graf Spee» ha hundido en el Atlántico sur. Los prisioneros son liberados y varios marinos alemanes caen en el combate.
21. 2.: El general de Infantería von Falkenhorst es nombrado jefe de la comisión de trabajo para el Ejercicio «Weser».
1.1.-29. 2.: Los «U-Boot» hunden en el mar del Norte y en el Atlántico 107 buques mercantes con un total de 364.834 t.

1. 1.: La obligación del servicio militar para estudiantes entra en vigor. Según el jefe de los estudiantes alemanes, los jóvenes académicos tienen que prestar su servicio militar durante los tres primeros semestres de su estudio en la Asociación de Estudiantes NS y en las Comunidades de Estudiantes Alemanes.

3. 1.: El ministro de Ciencia, Educación y Formación Popular ordena por decreto la reducción del tiempo de estudio para los maestros. El estudio de 4 semestres en las escuelas superiores se reduce para los maestros y maestras a 3 semestres.

10. 1.: Los Ferrocarriles Alemanes limitan el servicio de viajeros en favor de los trenes de mercancías y de carbón. El 15. 1. se anulan las reducciones especiales de precios, como las de los viajes de ida y vuelta en domingo, etcétera.

2. 2.: En la Sala del Káiser del Banco Alemán se reúne el consejo del Banco en su primera asamblea. El ministro de Economía, Funk, afirma: «Rehusamos subvencionar la guerra con aumentos de salarios y precios, es decir, con una abierta depreciación de la moneda y también con un aumento del crédito sin aumentar la productividad».

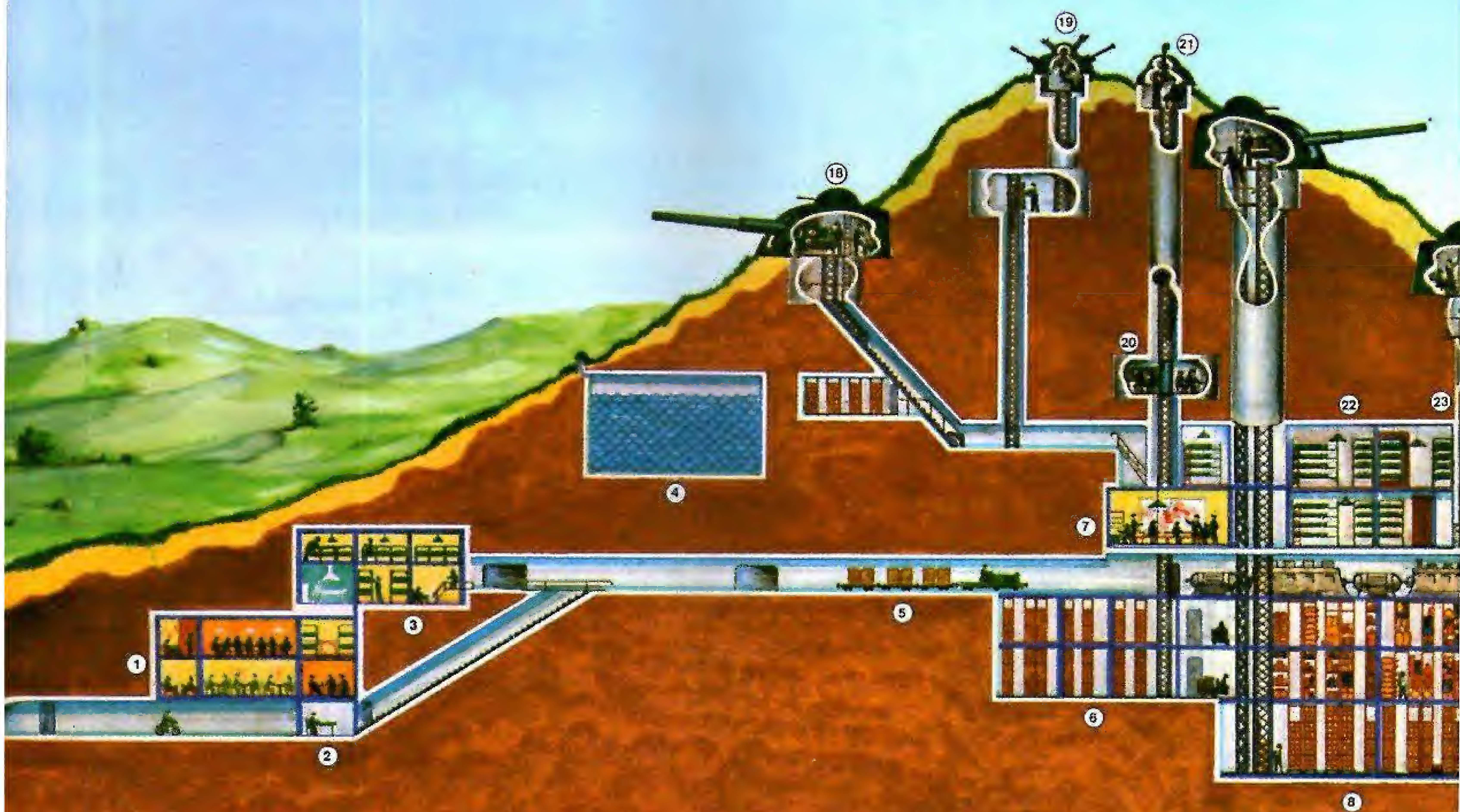
9. 2. El Tribunal Especial Hanseático de Hamburgo condena a Ferdinand Reimer a 5 años de prisión y a pérdida de los derechos civiles y políticos también durante 5 años, por haber escuchado continua e intencionadamente emisiones extranjeras, y por haber difundido las noticias.

9. 2.: Por orden de la dirección de Propaganda del NSDAP correspondiente al «Gau» (distrito) de Hamburgo se estrena la película documental de la campaña de Polonia.

19. 2.: Hitler envía a Sven Hedin un telegrama de felicitación por su 75 cumpleaños y le concede la Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana.

25. 2.: Después de la derrota del año anterior en Roma (6-10), los boxeadores aficionados alemanes vencen a Italia por 11-5 en el Palacio de Deportes berlinés. En pesos pesados gana Hein ten Hoff por K. O.

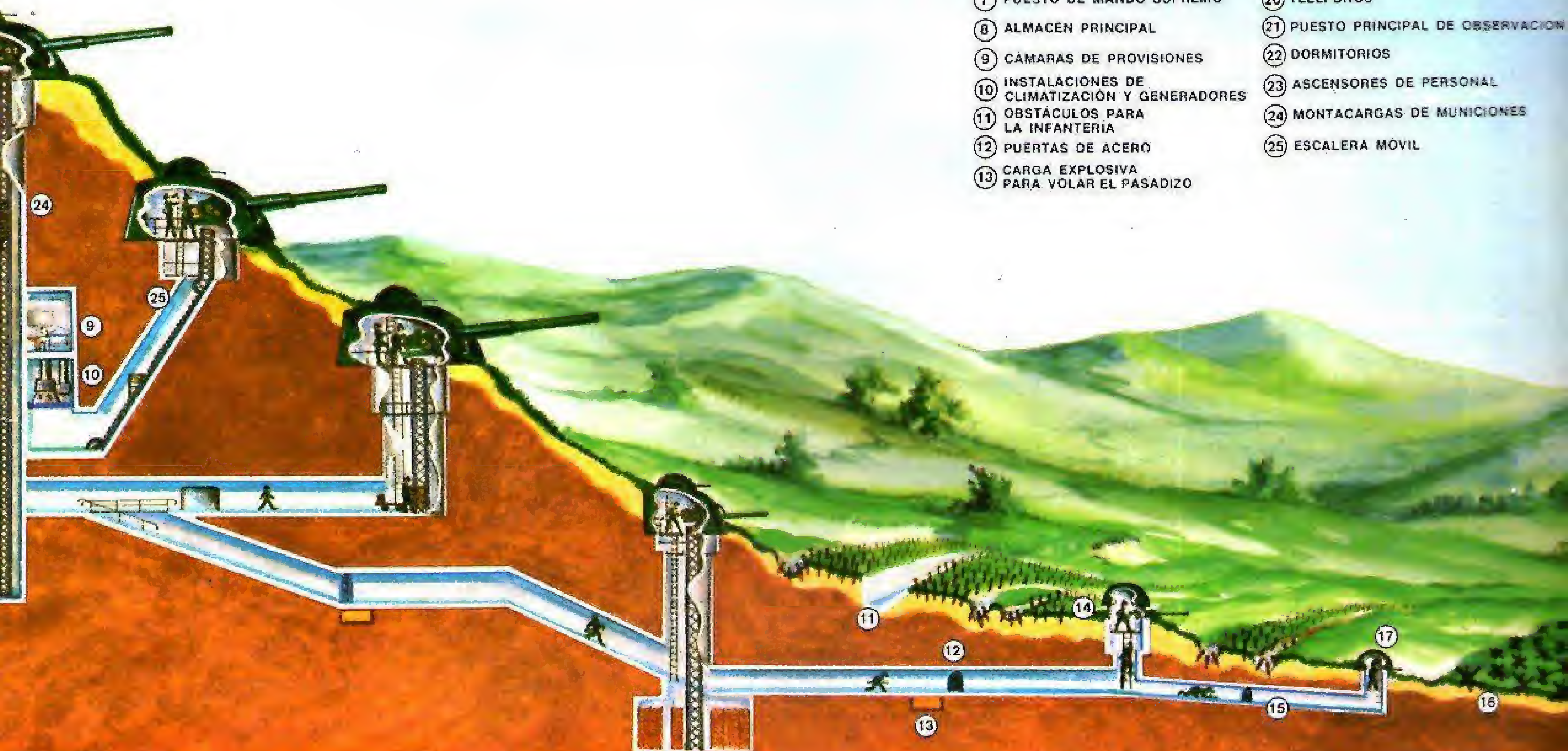
12. 2.–10. 3.: En este período de racionamiento los consumidores alemanes pueden canjear los boletos N23, N32 y N33 de la cartilla de racionamiento, por 125 gramos de café sucedáneo o bien por 100 gramos de té, a su elección. Sin embargo, no se registra demanda de té.



"No tan caro como la Muralla China"

El escritor NS H. Kranz cuenta un episodio sobre el debate parlamentario que se suscitó acerca de la Línea Maginot.

27 de diciembre de 1929. En el Ministerio de la Guerra situado en la Rue Dominique. El Ministro de la Guerra André Maginot se siente preocupado. Necesita que la Cámara le autorice tres mil trescientos millones de francos para proseguir la construcción de las fortalezas orientales. «Señor ministro –le dice su ayudante, un capitán joven–, los socialistas están en contra de cualquier presupuesto militar, y no digamos los comunistas; incluso en el partido burgués existe una gran resistencia. ¿Cómo quiere conseguir una mayoría? Pues a ese primer presupuesto seguirán todavía muchos miles de millones de francos. ¡Esto asusta a casi todos!» «Yo no pienso ponerles toda la cuestión delante de las narices –replicó Maginot–, les diré que esta línea no será una muralla francesa como la Muralla China, eso resultaría demasiado caro–; se trata más bien de establecer una línea segura de fuego ¡nada más!» «Pero si los diputados ven los impresos



que acompañan a la documentación, con los presupuestos y los planos, entonces tienen que comprender lo que usted se propone con las fortalezas». «¡Mil pares de demonios! ¡Tiene usted razón! –le contestó el ministro al capitán–. No había pensado en los impresos!» Así decidió utilizar un hábil golpe de mano: «¡No presentaré al Parlamento ningún impreso», dijo impulsivamente.

El capitán quedó perplejo. ¡Eso era imposible! Se podía dar ya por descartado que los diputados no aprobarían esas cantidades exorbitantes sin disponer de una información exacta y fundamentada.

Sin embargo, el 28 de diciembre de 1929 se le aprobó a André Maginot su presupuesto de tres mil trescientos millones de francos –ninguno de los diputados había notado que esta vez no se había presentado ningún impreso acompañando una solicitud tan voluminosa–. Después se le fueron facilitando millones y más millones; se removieron setecientos mil metros cúbicos de tierra y se prepararon cincuenta mil metros cúbicos de hormigón, se dispusieron doscientos mil metros cúbicos de recintos subterráneos y ciento treinta mil de muros. Si el hormigón empleado en la superficie de esta obra de ingeniería se amontonase, se alcanzaría el tamaño de la gran pirámide de Gizeh; los pasadizos subterráneos tienen una longitud total equivalente a la suma de los trayectos de los ferrocarriles metropolitanos de París; el acero que protege a las obras acorazadas pesa seis veces más que la estructura de la Torre Eiffel. Con estas cifras y estas imaginaciones de la Línea Maginot se embriaga el pueblo francés. Ve en esta obra una prueba de su fuerza militar y no presiente que esta fuga hacia el hormigón, hacia la mecánica, es la más profunda expresión de su falta de energía vital.

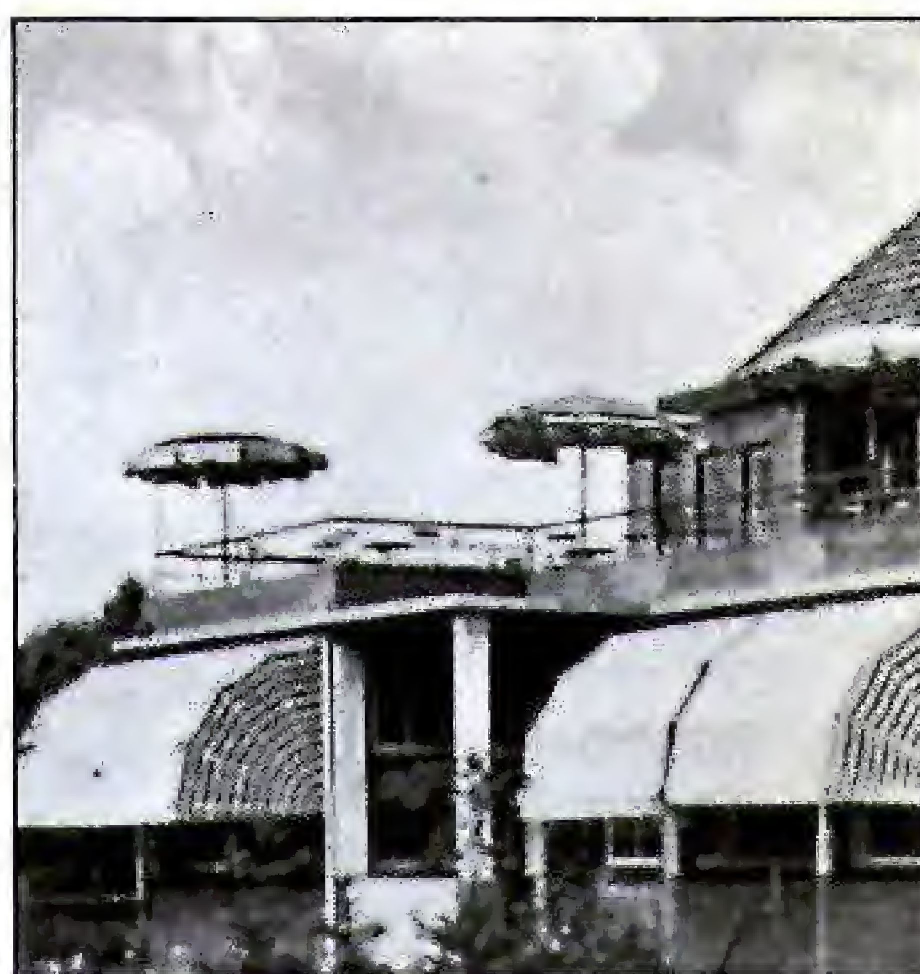
Herbert Kranz: «Hinter den Kulissen der Kabinette und Generalstäbe». Francfort 1941.

El incidente de Venlo

Una comedia de errores

La coincidencia casual de dos hechos completamente independientes entre sí, un episodio típico del servicio secreto y el atentado contra Hitler realizado por el solitario Elser, indujeron al «Secret Service» británico y al jefe de los Servicios de Seguridad alemanes, Heydrich, a sacar falsas conclusiones. El resultado fue el rapto de tres agentes británicos en territorio holandés, llevado a cabo por un grupo de asalto alemán bajo el mando del SS Naujoks. Después de esta operación, tan fructífera para las SS, uno de los agentes raptados del «Secret Service» fue identificado como un oficial del Estado Mayor holandés. Para Hitler esto significó un pretexto excelente para acusar al Gobierno holandés de «violación flagrante de los más elementales deberes de neutralidad».







Walter Schellenberg (a la izquierda), que bajo el nombre de capitán Schemmel hizo caer en la trampa a los agentes del «Secret Service» Best y Stevens.

El supuesto agente británico, teniente Copper (a la derecha) se reveló después de su rapto como el oficial del Estado Mayor holandés Dirk Klop.

El Café Backhus, situado en la frontera germano-holandesa fue el escenario donde se desarrolló el denominado incidente de Venlo (en la parte superior derecha).

Venlo/Holanda, octubre de 1939:

Delante del Café, en Venlo, a unos cientos de metros de distancia de la frontera alemana, sonaron súbitamente algunos disparos, los transeúntes invadidos por el miedo buscaron refugio y tres hombres fueron arrastrados por la fuerza dentro de un auto que en marcha vertiginosa embistió la barrera de la frontera alemana, abierta previsoramente. Con esa operación el Servicio de Información alemán *(Abwehr)* había obtenido una victoria triple:

1. Se había eliminado, antes que Hitler hubiera planeado detalladamente la invasión de Holanda, al inglés Best, el agente número 1 del «Secret Service» en Holanda, con 35 años de experiencia.
2. Hitler poseía un par de agentes del «Secret Service» como rehenes. El *Führer* tenía la idea fija de que el Servicio Secreto inglés estaba detrás del atentado perpetrado en Munich el 8 de noviembre de 1939 (en realidad había sido obra de un suabo-bávaro



solitario, un pequeño van der Lubbe, que era quien había colocado la bomba).
3. Hitler podía fundamentar medio año después la invasión de Holanda como una consecuencia de la pérfida colaboración de los servicios secretos inglés y holandés.
Cuando los tres agentes fueron raptados en Venlo, nadie podía prever que esto tuviera unas consecuencias políticas de tal alcance. La cuestión empezó más bien como todo trabajo rutinario en los servicios secretos del mundo de aquel entonces.
Estos antecedentes históricos únicamente son interesantes porque, debido a las consecuencias imprevisibles de ese caso, se llegaron a conocer en detalle todos los trabajos del servicio secreto (tanto el protagonista inglés de la acción de Venlo como el alemán escribieron sus memorias).

El pájaro de reclamo

Desde hacía algunos años habitaba en Holanda un emigrante alemán llamado Dr. Franz. Había emigrado, porque rechazaba a los nacionalsocialistas. Pero como el poder de Hitler aumentaba cada vez más, el Dr. Franz decidió contratar un reaseguro de vida, ofreciéndose para ello al servicio secreto alemán. Se le nombró agente con el número clave F 479. Un día la suerte le sonrió al Dr. Franz, pues pudo matar tres pájaros de un tiro, es decir, conoció al mismo tiempo a tres agentes británicos: Best, Stevens y Copper. El agente F 479 transmitió esta noticia a Berlín. Con ello comenzó el juego rutinario del servicio secreto. Franz recibió del departamento extranjero de los Servicios de Seguridad del Reich material falsificado con el propósito de que picaran los ingleses. Debía averiguar la misión que tenían asignada. Pero lo que los ingleses sabían no era mucho. Suponían —para lo que no hacía falta ejercer una actividad de espionaje— que Hitler atacaría alguna vez en el Oeste y, posiblemente, también a Holanda. Aparentemente no conocían más detalles. Lo que querían era, sin embargo, muy interesante. Desde el país neutral holandés intentaban establecer contactos con la «resistencia alemana», que eventualmente eliminaría a Hitler y con ello se podría terminar la guerra.
El pájaro de reclamo, Dr. Franz, tenía a su pez cogido en el anzuelo. Ahora le tocaba decidir a Berlín si debía presentar a los ingleses un «grupo de la resistencia» alemana o «hacer volar» los contactos. Heydrich, jefe de los Servicios de Seguridad del Reich, hojeaba irresoluto las correspondientes actas de informaciones. Y si entonces no hubiera estado sentado junto a él para pasarle un informe el jefe recién nombrado del departamento interior del *Abwehr*, Walter Schellenberg, de 29 años, ambicioso e inteligente, numerosos indicios dejan entrever que se hubiera suspendido la acción.
Pero Schellenberg estaba aburrido de husmear en la zona del Ruhr. Aunque, también hay que confesarlo, había enviado al matadero a un par de agentes secretos polacos, que habían sido fusilados, sin embargo, allí no había laureles que ganar. Schellenberg se ofreció a Heydrich para investigar detenidamente el caso de Holanda.

Los dos monóculos

Primeramente Schellenberg buscó una nueva identidad. Se transformó en el capitán Schemmel, del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas, y se proveyó de la correspondiente documentación personal. Con el fin de caracterizarse exteriormente con el distintivo conservador, decidió usar monóculo. Practicó días enteros en el arte de ponerse y llevar correctamente el monóculo y en evitar huellas inútiles. El Dr. Franz había preparado el primer encuentro entre el miembro de la resistencia Schemmel, del OKW, y el «Secret Service». Lugar de la reunión: Zutphen, en Holanda. Era un triste día otoñal. Los aduaneros cumplían con su servicio gruñonamente, pero con diligencia y sin ninguna desconfianza especial. En Zutphen se encontraba ya el Buick preparado, cuando Schellenberg, alias Schemmel, llegó con chófer en un Adler. Schemmel se transbordó al Buick, donde se presentó a él el capitán Best, que más tarde se descubrió era el jefe superior del «Secret Service» en Holanda.
Best llevaba también monóculo, hablaba un alemán perfecto y los dos se encontraron mutuamente simpáticos, en especial después de exponer sus consideraciones en torno de la música y el arte.
El tema lo abordaron en Arnhem, cuando se agregaron a ellos el comandante Stevens y el teniente Copper. Schemmel expuso que en el OKW había un grupo de miembros de la resistencia, dirigido por un general, que quería eliminar realmente a Hitler y establecer la paz. Los británicos se mostraron muy interesados. Ellos pasarían la información inmediatamente al «Foreing Ofice», el cual la retransmitiría al Gabinete.
Hacia el 30 de octubre se podrían hacer promesas en firme, pero para esa nueva reunión querían conocer al jefe principal de los conspiradores alemanes.
Nuevamente fue Schellenberg el que convenció a Heydrich, al transmitirle el informe, para continuar el juego. Y, en el par de días siguientes que Schellenberg pasó en Berlín, emprendió una acción solitaria y audaz, que de haber salido mal le hubiera costado la cabeza. Pero no salió mal.
Schellenberg vivía en la casa de su amigo paternal en Berlín. Era el profesor de Crinis, austríaco de nacimiento, director del departamento de Psiquiatría de la Charité, miembro de las SS, oficial de reserva y un nazi de pura cepa. Schellenberg «canta» a su amigo toda la historia y le pregunta si quiere desempeñar el papel de jefe principal de los conspiradores. Éste encuentra interesante la aventura y da su conformidad. Heydrich, que tiene a Schellenberg en alto concepto, se traga la historia. De Schellenberg haría él alguien importante (lo hizo efectivamente). Schellenberg fue nombrado más tarde jefe del servicio secreto político de toda Alemania y fue el que llevó a cabo personalmente, entre otras, la detención del almirante Canaris.

Ni rastro de los ingleses

Schellenberg asumió nuevamente el papel de Schemmel con monóculo. De Crinis se transformó en el coronel Martini, la mano derecha del general conspirador. El 30 de octubre llegan puntualmente en su coche a las 12 horas a un cruce de calles en Arnhem, donde se habían citado. Ni rastro de los ingleses. ¿Una trampa? Schemmel, el agente del servicio secreto olfatea el peligro. En este momento aparecen dos policías holandeses:
—¿Qué buscan aquí?
—Esperamos a unos amigos.
—Acompáñennos, por favor.
Ambos y el chófer fueron interrogados en la comisaría. «Sin mi abogado no diré nada.»
Cacheo, protestas, control de equipajes. Entonces el profesional Schemmel divisa en el maletín de viaje del aficionado Martini un tubo de aspirinas enrollado en un papel con la etiqueta «Servicio de Sanidad SS». Schemmel hace un movimiento casual, un par de objetos caen al suelo junto con las aspiri- ▷

nas. Toma con un movimiento rápido los objetos. Algunos instantes después se abre la puerta; entra el teniente Copper, se identifica y declara: «Ha sido todo un error, hemos confundido el cruce de calles.»
Pocos minutos más tarde abandonan los cuatro la comisaría de policía, delante de la puerta esperan Stevens y Best. No se intercambian largas explicaciones. Cada uno sabe, sin muchas palabras, que la trampa fue organizada por los hombres del «Secret Service», que querían estar completamente seguros y someter a prueba el comportamiento del grupo alemán de resistencia. La prueba se había superado.
Todos juntos partieron hacia La Haya, y entre refrescos y copas, los tres ingleses y los espías alemanes de categoría media elaboraron un «programa» que debía sacar a Alemania del atolladero. Lo primero que los ingleses acogieron en el programa era que se quería eliminar a Hitler y establecer la paz; Austria, Checoslovaquia y Polonia recobrarían nuevamente la independencia. La autarquía alemana y la economía dirigida se debería liquidar; había que volver nuevamente al patrón oro.
Como contrapartida los ingleses echaron un cebo y no excluyeron la devolución de algunas antiguas colonias alemanas. Este «programa de fantasía» se fijó incluso por escrito. El comandante Stevens telefoneó inmediatamente a Londres (la conversación duró 30 minutos) y volvió con la orden de que se debería esperar. El Ministro del Exterior, Lord Halifax, tomaría una decisión en la tarde de ese mismo día.
Tiempo para tomar un aperitivo, charlar y refrescarse. Schemmel está en el lavabo lavándose las manos. El capitán Best, detrás de él, le pregunta: «¿Lleva usted siempre monóculo?» Durante un largo segundo Schemmel se queda petrificado. Entonces contesta como de paso: «¡Precisamente eso quería yo preguntarle a usted!» Ambos ríen sonoramente.

Táctica de dar largas al asunto

En la vivienda de Best se agrega el agente F 479, beben todos juntos y siguen charlando de cuestiones ajenas a la política. Hasta que la respuesta llega de Londres. Lord Halifax había dado su consentimiento. Brindis con vinos escogidos. Los huéspedes pernoctaron esa noche en la vivienda. A la mañana siguiente, después de un abundante desayuno holandés, el grupo de conspiradores marchó a la empresa «N.V. Handelsdienst vor het Continent» en Nieuwe Uitleg 15, estableciéndose en esa firma, que era una oficina camuflada del «Secret Service».
Allí recibieron los miembros alemanes de la resistencia un modernísimo aparato emisor y receptor, para mantener contacto con el «Secret Service». Señal de llamada ON 4. El capitán Best acompañó a sus huéspedes hasta las proximidades de la frontera alemana. Entonces se estableció la comunicación en ambos sentidos mediante la emisora. Tres veces preguntaron los ingleses durante los días de la semana siguiente por una fecha para una nueva entrevista. Pero Heydrich, en Berlín, no accedía. Y, además, ¿para qué? Como informantes los ingleses se habían mostrado muy parcos. Y a Hitler nadie deseaba derribarlo. Entonces, ¿para qué proseguir los contactos?
Por tercera vez fue Schellenberg-Schemmel quien tomó la iniciativa.
El 7 de septiembre se encontró nuevamente en el Café de Venlo con Best y Stevens. El general alemán –según el cuento de Schemmel–, quería intentar trasladarse él mismo de incógnito en los próximos días a Holanda, para desde allí tomar un avión hacia Londres, donde deseaba sostener unas conversaciones. ¡Eso sí que era un magnífico cebo! A partir del día siguiente se encontraba dispuesto en el aeródromo de Schiphol un avión especial. Todo cuanto dijo el agente alemán se creyó a pies juntillas. El 8 de noviembre tuvo lugar un nuevo encuentro. Schemmel no había recibido de Berlín autorización alguna y, muchísimo menos, a ningún general de la resistencia.
Pero una vez más logró ganar la confianza de los agentes del «Secret Service»: el día anterior la reina holandesa y el rey belga habían ofrecido simultáneamente en notas separadas sus «buenos oficios» para alcanzar la paz. Bajo estas condiciones –argumentaba Schemmel– la resistencia quería esperar la reacción del Gobierno alemán. De todas formas, en pocos días se vería el resultado del ofrecimiento. Naturalmente, esto convenció a todos.

Estalla la bomba

Cuando en la tarde del 8 de noviembre, a las 20,20, estalla una bomba en la cervecería Bürgerbräukeller de Munich y Hitler escapa del atentado por un pelo, los dos servicios secretos sacan falsas conclusiones:
El «Secret Service» está firmemente convencido de que el grupo de resistencia Martini-Schemmel se halla complicado en el asunto.
El *Abwehr* y Hitler están seguros que el «Secret Service» se encuentra detrás del atentado.
Ahora hay que tomar venganza: esa misma noche una llamada hace saltar de la cama al temido jefe de grupo de asalto *(Sturmbannführer)* de las SS Alfred Naujoks. Éste recibe la misión secreta de partir con un grupo de sus hombres de confianza hacia la frontera holandesa, donde daría protección a cierto capitán Schemmel, y la de conseguir bajo el mando de Schemmel el rapto de algunos agentes del «Secret Service» en el pueblecito fronterizo holandés de Venlo. Se les concedía plena libertad en cuanto al método, pero los agentes tenían que quedar en lo posible con vida.
Naujoks, que había participado en agosto de 1939 en el asalto a la emisora de Gleiwitz, no pregunta mucho ni vacila. Es el hombre apropiado para esa misión, y él también lo sabe.
Puntualmente y con seguridad, en el minuto exacto, Naujoks llega a la frontera holandesa con su grupo de asalto. Sólo después de la conversación telefónica con Naujoks, suena el teléfono de Schellenberg-Schemmel. Esta vez se encuentra al teléfono Heinrich Himmler en persona: «¿Sabe usted lo que ha sucedido?»
«No, *Reichsführer*», Schellenberg ha estado durmiendo.
Himmler: «Esta noche, después del

En la prensa alemana («Münchner Illustrierte Presse» de 30-XI-1939) se publicó una foto del autor del atentado, Elser, con las fotos de los agentes secuestrados Stevens y Best, con el fin de dar a entender que existía una relación entre el atentado y el «Intelligence Service» británico.



El autor del atentado de Munich
Georg Elser es el sujeto propicio que los conspiradores del crimen de Munich necesitaban para la ejecución de sus planes. El organizador es el notorio canalla Otto Strasser. Los instigadores son los funcionarios asesinos del «Intelligence Service» inglés.

discurso en la cervecería Bürgerbräukeller de Munich, han atentado contra el *Führer*». El *Führer* había abandonado la sala escasos minutos antes. La explosión fue provocada por una bomba, que ha matado a algunos partidarios. Se trata con seguridad de un golpe del «Secret Service». En el curso de la conversación se completa para Schemmel el círculo de asociación de pensamientos: Hitler ha dado orden a Himmler de secuestrar un par de agentes del «Secret Service» y de llevarlos a Alemania. Y, después de consultar con Heydrich, éste le ofrece sencillamente la gente de Holanda. La violación de fronteras que esto implica le trae a Hitler completamente sin cuidado. Schemmel conecta la emisora inglesa y transmite la señal de llamada. «¡Se ruega reunión urgente! Hora, como se acordó; fecha, 9 de noviembre; lugar, en el Café Backhus de Venlo». Schemmel no puede seguir durmiendo. En una detallada conversación con Naujoks se establecen todos los pormenores. Él, Schemmel, iría primero solo a Venlo. Naujoks esperaría con su grupo detrás de la caseta fronteriza alemana. Desde allí Naujoks podría seguir todas las incidencias en el Café Backhus, sin ser visto. Schemmel quería también conocer a todos los miembros del grupo para no ser víctima de una confusión. Él se parece un poco al inglés Best.

El resto del suceso lo pueden describir mejor los propios testigos y los actores principales.

Schellenberg-Schemmel: «Yo pasé la frontera holandesa en Venlo, con mi antiguo acompañante, entre las 13 y las 14 horas. Fuera, en la carretera, reinaba ese día mucho tráfico y movimiento de personas, muchas de ellas acompañadas de perros policías... Yo estaba algo nervioso y encargué en el café un aperitivo. El reloj marcaba las 15 horas, pero todavía no se veía ni rastro de los ingleses».

Capitán Best: «Durante el viaje desde La Haya pudimos constatar que habían sido reforzadas las medidas militares. Fuimos detenidos en cada barricada de calle y en cada trinchera contra los carros de combate. Después de doblar un recodo de la carretera, llegamos por fin a la última recta. Desde allí podíamos divisar la frontera. De alguna manera, no sé cómo, tuve la impresión que aquel día las cosas habían cambiado. Tenía la sensación de que nos amenazaba un peligro. Pero el teniente Copper exclamó de repente; 'Continúen el camino, todo está en orden'. Yo proseguí lentamente por la parte izquierda de la calle, delante del café. A continuación retrocedí con el auto y aparqué en el estacionamiento situado a la izquierda, al lado de la casa. Vi a Schemmel de pie en la esquina de la veranda, dando una señal que, a mi entender, sólo podía significar: ¡el ratón ha caído en la trampa!»

Naujoks: «Observo como Schellenberg me da la señal convenida. En este momento, el conductor del automóvil da todo el gas, lanzándose hacia el Café Backhus, situado al otro lado de la frontera. Junto a él va sentado Goetsch. Veo cómo un agente de las SS levanta de un golpe la barrera aduanera holandesa. Entonces, avanzo a grandes zancadas hacia el auto de los ingleses y abro la puerta de un tirón. Suenan los primeros disparos. Un hombre que salta fuera del auto por la otra parte del mismo, me dispara, pasándome el tiro a ras de los cabellos. Dispara contra el automóvil alemán. Pero sus disparos se ahogan en las ráfagas de nuestras metralletas. Antes de que el hombre sea atravesado por nuestros tiros, dispara un par de veces contra nuestro automóvil».

Capitán Best: «Oí a Stevens que decía: '¡Se nos acabó el juego, Best!' Después todo se convirtió alrededor nuestro en ruidos, gritos y disparos. Dos hombres nos pusieron sus pistolas delante de nuestras narices y otros dos nos colocaron las esposas».

A la misma velocidad con que habían venido lanzados desde la frontera, los agentes del grupo de asalto abandonaron el escenario delante del Café.

El teniente Copper, gravemente herido, fue colocado en el asiento trasero del auto inglés. Sobre su cara manaba la sangre que le salía de una herida en la cabeza.

Capitán Best: «Ellos gritaron: '¡Hopp, hopp, hopp!', y nos arrastraron a lo largo de la calle hacia la frontera. La barrera fronteriza negra y blanca descendió detrás de nosotros. Estábamos en la Alemania nazi. Después del secuestro fueron cacheados durante una hora en busca de ampollas de veneno los agentes Best, Stevens y su chófer Lemmens en el sótano de la jefatura de la Gestapo en Düsseldorf, mientras que dos agentes de las SS se disputaban a un moribundo: uno de ellos, médico de confianza de las SS, quería transportar al herido grave, que estaba sin conocimiento, al hospital: «Ha perdido mucha sangre. Se me muere en las manos». El otro, ex jefe de la Gestapo de Düsseldorf, Dr. Hasselbacher, tenía instrucciones de sus superiores de Berlín: «Debo interrogar al agente antes de que muera».



Caídos en la trampa y desenmascarados
El jefe del «Intelligence Service» para Europa Occidental y su cómplice, capitán Stevens (a la izquierda) y Mr. Best (a la derecha) pudieron ser detenidos por agentes de la policía secreta alemana mediante una jugada maestra de perfección criminalística. Desde Holanda buscaron la posibilidad de ejercer en Alemania su actividad profesional de criminales.

Se interroga a un agonizante

De repente el teniente Copper giró la cabeza hacia un lado y abrió los ojos. Inmediatamente el Dr. Hasselbacher le bombardeó con las primeras preguntas. Copper quería dar respuestas claras, pero perdía de nuevo el conocimiento. Hasselbacher esperaba pacientemente y preguntaba tan pronto Copper abría los ojos.

A las 17,50 horas Hasselbacher había conseguido su propósito. Copper confesó con un último esfuerzo. El protocolo está redactado como sigue: «Es correcto que yo no soy inglés, ni tampoco me llamo Copper. Los documentos que se me han encontrado son mi verdadero pasaporte holandés y mi tarjeta militar holandesa. Soy el teniente ▷

Dirk Klop del Estado Mayor de Holanda. He tomado parte en las conversaciones con los oficiales alemanes sostenidas por los ingleses apresados conmigo. He actuado exclusivamente por orden superior. He tenido conocimiento exacto, por mi continua participación en las conversaciones, de los planes para un golpe de Estado y he informado regularmente de ello, de acuerdo con la orden que tenía. Sé que mis superiores, aunque se mostraban escépticos como yo en cuanto a la posible ejecución de dichos planes, los han proseguido siempre manifiestamente en interés de los acuerdos y deliberaciones del Estado Mayor holandés con el Estado Mayor inglés...»

Después de estas últimas palabras, Klop rogó que se terminase el interrogatorio, puesto que él no podría seguir a causa de su debilidad corporal momentánea.

El Dr. Hasselbacher le arrancó todavía una firma temblorosa al holandés moribundo, pues sin la firma de Klop la «confesión» hubiera dejado de ser un documento histórico de gran importancia.

Un muerto, la coartada de Hitler

A las 18,25 horas del 9 de noviembre de 1939 se introdujo por fin la camilla con el cuerpo rígido de Dirk Klop en la sala de operaciones del hospital evangélico de Düsseldorf. El cirujano, Dr. Walter Behrends lo había preparado todo para la operación. Behrends levantó rápidamente los vendajes empapados en sangre. «Un tiro en la cabeza –dijo en voz baja–. Aquí ya no hay nada que hacer, señores».

Los tres agentes de la Gestapo que estaban arrimados a la pared de la sala de operaciones se abrocharon los botones de los abrigos como sintiéndose aludidos. En el centro de la habitación yacía un muerto. Eran las 19,35 h.

El asunto trae cola

El 10 de noviembre había terminado la acción. Copper, alias Dirk Klop, fue desenmascarado como agente del Servicio Secreto holandés y oficial de coordinación con el «Secret Service» inglés. Ahora estaba muerto. Algunos días más tarde las autoridades holandesas rogaron el traslado del fallecido, y Hitler lo celebró comentando en el Estado Mayor; «Ésta es una de sus más grandes necedades. A su debido tiempo, aprovecharé todo este asunto».

Los agentes ingleses fueron llevados primeramente al campo de concentración de Sachsenhausen y después, en abril de 1945, por orden de Himmler (Asunto secreto del Estado 42/45), el capitán Best fue trasladado a Dachau. Allí estaba encarcelado el que verdaderamente colocó la bomba en la cervecería Bürgerbräukeller de Munich: Elser. Éste «fue herido de muerte durante un ataque terrorista», como ordenó la superioridad que se hiciera constar. Best fue liberado por los Aliados y escribió sus memorias. Schellenberg fue juzgado por el Tribunal de Nuremberg y puesto en libertad poco después, y también escribió sus memorias. Pero antes, en la víspera de la invasión de Holanda Hitler aprovechó otra vez el asalto de Venlo –como había prometido a sus generales–. En una nota a las autoridades holandesas justificó la invasión del modo siguiente:

«Holanda... se ha prestado, lesionando flagrantemente los más elementales deberes de neutralidad, a apoyar los intentos del 'Secret Service' inglés para provocar una revolución en Alemania. La organización formada no tenía otra meta que eliminar por todos los medios al *Führer* y al Gobierno alemán».

Walter Schellenberg fue el primer agente secreto de la segunda Guerra Mundial que recibió la EK I (Cruz de Hierro de 1.ª clase). □

Samuel Harden Church,
Presidente del Carnegie Institute,
ofrece

$ 1.000.000 de dólares de recompensa en metálico

a quien entregue a

Adolf Hitler

a la Sociedad de Naciones –sano y salvo–





«Con el fin de evitar más derramamientos de sangre y nuevas atrocidades en esta guerra agresiva desencadenada por Alemania, he recibido plenos poderes de los americanos competentes para ofrecer una recompensa de un millón de dólares en metálico a quien –o a quienes– pongan a Hitler vivo, sano y salvo, bajo la custodia de la Sociedad de Naciones. Hitler deberá comparecer ante un Tribunal Supremo para responder de sus crímenes contra la paz y la dignidad del mundo. Esta oferta es válida durante todo el mes de mayo de 1940.»

Descripción: edad, 51; estatura, 171,5 cm; pelo, castaño oscuro; ojos oscuros, centelleantes; bigote negro, recortado; soltero, nervioso, temperamental, enérgico.

Profesión: ex empapelador, artista; cabo del Ejército alemán; dictador.

Nacionalidad: austríaco de nacimiento, se le concedió la nacionalidad alemana.

Religión: ninguna. Aficiones: espiritismo, astronomía, música clásica.

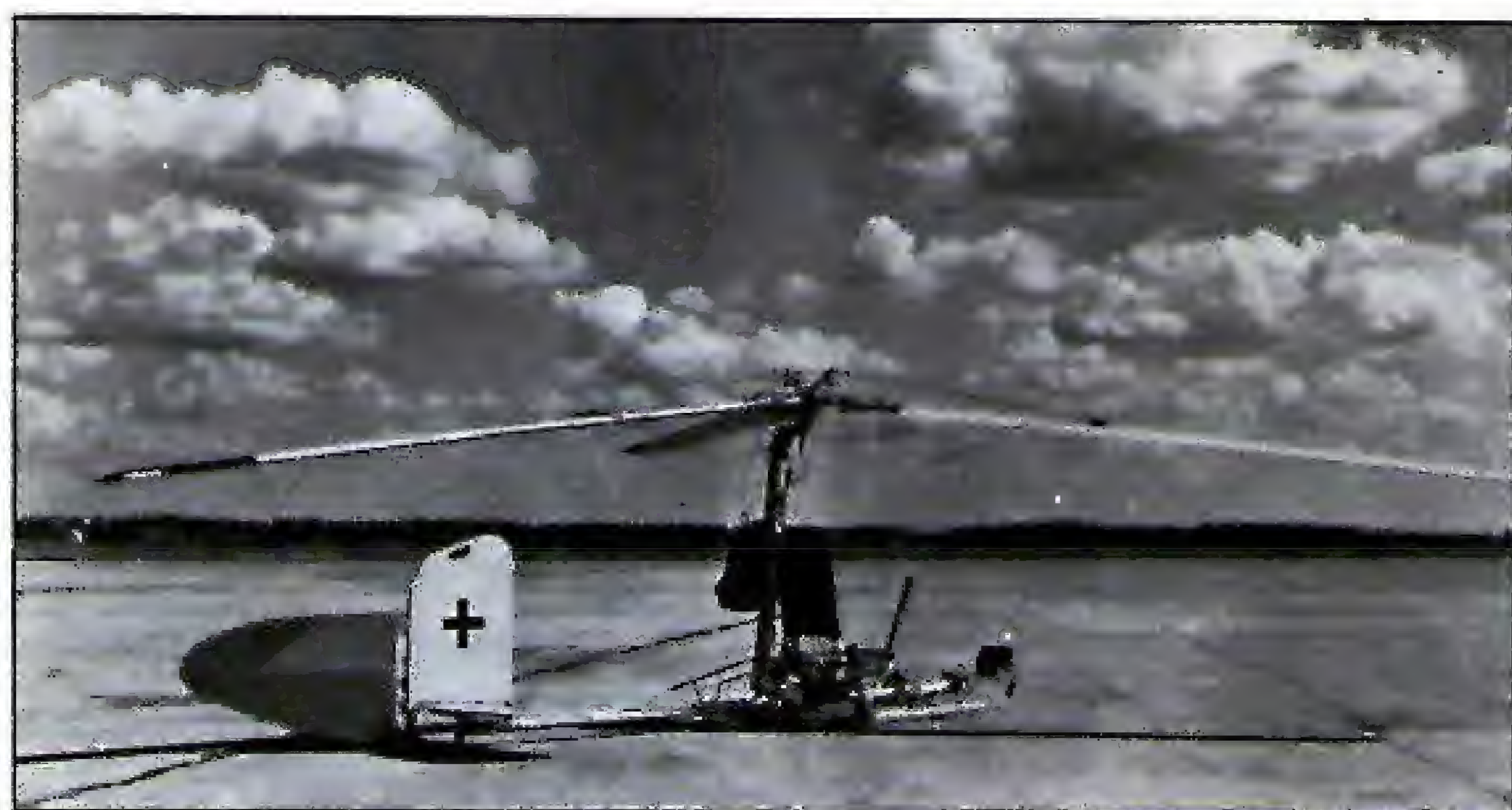
Señas personales: sedicioso, agitador, canciller, comandante supremo de la «Wehrmacht», «Führer».

Es persona adinerada: mantiene relaciones con distintas e importantes bandas europeas. Actúa con violencia.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

B

«Bachstelze», helicóptero alemán de remolque Focke-Achgelis Fa 330. Autogiro ligero sin motor para el empleo en submarinos y destinado a aumentar el horizonte visual. Peso en vuelo 160 Kg. Diámetro del rotor 8,5 m. Despegaba y ganaba altura al ser arrastrado contra el viento por el submarino mediante un cable.



Periscopio volante para submarinos: el autogiro «Bachstelze».

Bach-Zelewski, Erich von dem, oficial alemán de las SS, nacido el 1-III-1899 en Lauenburg y muerto en Munich el 8-III-1972. Oficial en la primera Guerra Mundial, hasta 1924 en activo. Desde 1930 miembro del NSDAP, en 1931 de las SS, en 1932 organizador del servicio de protección personal de Hitler, después jefe del Departamento de las SS para el Nordeste y Sudeste. En la segunda Guerra Mundial jefe superior de grupo y general de policía, delegado especial de las SS para combatir la resistencia en el Este. En otoño del 44 se le encargó reprimir la insurrección de Varsovia. El 3-VIII-1962 Bach-Zelewski fue condenado por el Tribunal de Nuremberg a cadena perpetua.



Fin de la insurrección de Varsovia el 1-X-1944: el general Bor-Komorowski (a la izquierda) capitula ante el general Bach-Zelewski.

Badoglio, Pietro, mariscal italiano, nacido el 28-IX-1871 en Grazzano Monteferrato (Alessandria), muerto el 1-XI-1956. En la primera Guerra Mundial oficial de Estado Mayor, al terminar la guerra, general; entre 1920-1928 y 1933-1940 general en jefe del Estado Mayor, desde 1925 mariscal de Italia. El 6-XII-1940 cesado en el cargo por orden de Mussolini. El 25-VII-1943 fue nombrado jefe del Gobierno por el rey Víctor Manuel III, después del arresto de Mussolini. El 13-X-1943 declaración de guerra contra Alemania por el Gobierno Badoglio. Se retiró el 9-VI-1944.



Pietro Badoglio.

Bagramian, Ivan Christoforovich, mariscal de la Unión Soviética (11-III-1955). Nacido el 2-XII-1897. Al comenzar la guerra, comandante en jefe del Departamento de Operaciones del distrito militar especial de Kiev y del frente sudoeste. En 1942 jefe del Estado Mayor del frente sudoeste. En 1943 teniente general y comandante supremo del Ejército 11 Guardias. De noviembre de 1943 hasta febrero de 1945 comandante en jefe del primer frente báltico. Después de 1945 jefe de la Academia del Estado Mayor y jefe de la Administración de los servicios interiores del Ministerio de Defensa.

Bakú, ciudad industrial soviética en el Cáucaso. Centro de extracción de petróleo en el mar Caspio. Después de la campaña de Polonia, los ingleses y los franceses confeccionaron planes para el bombardeo de los campos petrolíferos y refinerías, con el fin de interrumpir los suministros soviéticos de petróleo a Alemania. La invasión alemana de Francia desbarató esos planes. En la campaña de Rusia fueron preparadas 4 fases de operaciones, según la Directiva núm. 41 del *Führer*, de 5-IV-1942, en el tramo sur del frente del Este, para apoderarse de los territorios petrolíferos del Cáucaso. La ofensiva alemana quedó detenida en Terek el 10-IX-1942, el 1-I-1943 se produjo la retirada. Bakú no llegó a alcanzarse.

Balbo, Italo, mariscal italiano de las Fuerzas Aéreas (13-VIII-1933). Nacido el 5-VI-1896 en Ferrara, muerto el 28-VI-1940 (alcanzado por un proyectil de la defensa antiaérea propia en Tobruk), desde 1919 fascista, entre 1929-1933 ministro de las Fuerzas aéreas, 1933-1940 gobernador general de Libia; el 10-VI-1940 comandante en jefe en el Norte de África.

Balcanes, campaña de los, guerra germano-yugoslava y germano-griega de 1941. El 30-III-1941 firmó Hitler la Directiva núm. 25, que desencadenaba la Operación «Marita», orden de ataque a Yugoslavia y a Grecia. El motivo fue la eliminación del gobierno partidario de Alemania en Belgrado y la situación apurada del aliado italiano en Albania (v. Albania, batalla de). El 6-IV-1941 a las 5,15 horas, penetran en ambos países los Ejércitos 2 y 12 alemanes, así como el I *Panzergruppe*. Contra Yugoslavia 4 divisiones de carros, 7 de Infantería y 4 motorizadas. Contra Grecia, cuyas fuerzas principales están retenidas en Albania, 2 divisiones de carros, 1 motorizada, 4 de Infantería y 2 divisiones de montaña. Ataque de Bulgaria occidental por Nis y Skoplje. Separación de los yugoslavos de las tropas anglogriegas. El 9-IV capitulación del Ejército griego de Macedonia oriental; después de la brecha que el Cuerpo de Ejército XVIII alemán abrió en la Línea Metaxas y conquista de Salónica. 12-IV conquista de Belgrado por la División 11, 15-IV Sarajevo por la División motorizada 16. 17-IV capitulación de Yugoslavia. 24-29-IV los británicos abandonan Grecia (Operación «Demon»). 27-IV tropas alemanas en Atenas. 30-IV termina la ocupación de la península griega, incluido el Peloponeso. 1-V-1941 se forma un Gobierno griego bajo el poder de las tropas germano-italianas de ocupación.

Balck, Hermann, general alemán. Nacido el 7-XII-1893 en Danzig; en 1938 pasó al Mando Supremo del Ejército; 1-VIII-1942 general de División, 1-I-1943 teniente general, 1-XI-1943 general de las tropas acorazadas. Desde mayo de 1942 hasta marzo de 1943 comandante de la 11ª *Panzerdivision*. Abril 1943 hasta junio 1943 comandante de la División «Grossdeutschland». Noviembre 1943 comandante del *XL Panzerkorps*. Agosto 1944 comandante en jefe del 4.°



Tropas alemanas ocupan una aldea yugoslava. En 11 días las fuerzas alemanas arrollaron a Yugoslavia. Este éxito se debió a las rápidas unidades motorizadas.

Ejército acorazado. Septiembre 1944 comandante en jefe del Grupo de Ejércitos C. Septiembre 1944 hasta el 8-V-1945 comandante en jefe del Ejército 6 (hasta marzo de 1945 el Grupo de Ejércitos Balck: Ejército 6 y Ejército 2 húngaro).

Bálticos, Estados, denominación común a Lituania, Letonia y Estonia. *Estonia* fue declarada el 24-II-1918 república independiente. Después del ultimátum soviético del 16-VI-1940 fue ocupada por las tropas soviéticas (República Socialista Soviética de Estonia). Del 8-VII hasta el 21-X-1941 fue conquistada por las tropas alemanas. En agosto de 1944 nuevamente entregada. El 22-IX-1944 el Ejército Rojo ocupó la capital, Reval. *Letonia:* Declaración de independencia el 18-XI-1918. Después del ultimátum soviético del 17 del VI de 1940 fue ocupada por las tropas soviéticas. En junio de 1941 conquistada por las tropas alemanas (27-VI-1941, la capital, Riga), en septiembre/octubre 1944 fue reconquistada por el Ejército Rojo (Riga 13-X-1944). *Lituania:* Declaración de independencia el 16-II-1918. Tuvo que ceder a Alemania en marzo de 1939 el territorio de Memel. 12-VI-de 1940 ultimátum ruso. El 15-VI-1940 fueron ocupadas por los soviéticos Vilna y Kovno (Kaunas). En junio de 1944 conquistadas por las tropas alemanas (24-VI-1941, Vilna); julio 1944 nuevamente ocupadas por el Ejército soviético (Vilna el 13-VII-1944). En los tres Estados Bálticos se combatió la oposición antisoviética mediante numerosas deportaciones. Después de la ocupación alemana, tomaron parte activa en la lucha contra las tropas rojas. A la retirada alemana de 1944 siguió una gran desbandada. Hasta fines de los años 40 existió una resistencia partisana contra los soviéticos.



Abril de 1941: las fuerzas del Eje conquistan los Balcanes.

Bandera, Stefan, jefe nacionalista ucraniano. Nacido en 1908, muerto el 15-X-1959 en Munich. De 1934 hasta 1939 estuvo en la cárcel en relación con el asesinato del ministro del interior polaco, Bronislaw Pieracki. Debido a las agresiones del movimiento nacionalista ucraniano (OUN) estuvo en el campo de concentración alemán de Lemberg (Lwow) desde el 12-VII-1941 hasta el 25-IX-1944. El 15-X-1959 fue asesinado en Munich por el servicio secreto soviético.

Bangkok, capital de Tailandia (Siam). El 8-XII-1941 ocupada por el Ejército 15 japonés después de la declaración de guerra. 9-XII-1941 alto el fuego. 14-XII-1941 alianza con Japón. 25-I-1942 declaración de guerra a los EE UU de Norteamérica y a Inglaterra, que el 19-VIII-1945 se anuló. 28-XI-1942 primeros ataques aéreos a Bangkok por parte de los americanos, a los que siguieron otros, entre ellos el de 3-I-1945 y el del 7-II-1945.

Bao Dai, XIII emperador de Annam (6-I-1926). Nacido el 22-X-1913. Durante la 2.ª Guerra Mundial colaboró con las tropas japonesas de ocupación. El 25-VIII-1945 desterrado por Ho Chi Minh. En el recién constituido Vietnam Francia lo reconoció en abril de 1949 como presidente de Estado. En octubre de 1953 salió exilado para Francia. Después de la división de Vietnam (julio 1954) Bao Dai fue depuesto por referéndum popular.

Baranów, ciudad de Polonia. Al oeste de la ciudad formaba el 1er. frente ucraniano el 4-VIII-1944 una cabeza de puente de 50 km de longitud y 30 km de profundidad. Desde aquí se produjo la ofensiva del mariscal Konev el 12-I-1945 con 2 ejércitos acorazados y 5 de Artillería, quebrantando en pocos días la resistencia de la débil 4.ª *Panzerarmee* alemana. El 15-I, fue conquistada Kielce, el 17-I, Czestochowa y el 18-I Piotrków y Cracovia.



Emperador Bao Dai.

«Barbarroja» Operación, plan para el ataque a la Unión Soviética. El 18-XII-1940 firmó Hitler la Directiva núm. 21 (operación «Barbarroja»), que comienza con las palabras: «Las Fuerzas Armadas alemanas tienen que estar preparadas, aun antes de la terminación de la guerra contra Inglaterra, para someter a la Unión Soviética en una campaña rápida». Los preparativos deberían estar concluidos el 15-V-1941. El primer plan de la operación fue presentado el 5-VIII-1940 por el general Erich Marcks.

Bardia, puerto marítimo en Libia, escenario de violentos combates durante la 2.ª Guerra Mundial. Conquistado el 5-



La Operación «Barbarroja» ha empezado. Los soldados alemanes atraviesan un río fronterizo.

I-1941 por las tropas británicas. El 12-IV-1941 ocupado por el Afrika Korps. El 2-I-1942 nuevamente perdido. El 20-VI-1942 reconquistado. El 12-XI-1942 ocupado definitivamente por el Ejército 8 británico.

Barham, buque de guerra inglés. El 19-X-1915 se puso en servicio. 29.150 t, eslora: 196,8 m; manga: 27,6 m, tripulación: 951 hombres. Armado con 12 cañones de 152 mm, 8 antiaéreos de 102 mm. 2 tubos lanzatorpedos. El 31-V-1916 resultó dañado en la batalla del Skagerrak. De 1930 hasta 1933 trabajos de reconversión. El 28-XII-1939 fue torpedeado delante de la desembocadura del Clyde por el submarino U 30; hasta abril estuvo en reparación, luego fue agregado a la Fuerza H en el Mediterráneo. 28/29-III-1940 batalla marítima en Matapán.
El 27-V-1941 es alcanzado por las bombas en Creta, a partir de julio nuevamente dispuesto para el servicio. El 25-XI-1941 hundido por el submarino U 331 delante de las costas egipcias, cerca de Sollum, al ser alcanzado por tres torpedos; murieron 862 hombres.

Bari, puerto marítimo del Sur de Italia. El 20-IX-1943 conquistado por el Ejército 8 británico. Aquí se establecieron el



«Bristol Beaufighter» con torpedo en la parte delantera del fuselaje.

Gobierno Badoglio y el rey de Italia, Víctor Manuel III. En la noche del 3-XII-1943 bombarderos alemanes hundieron en el puerto 19 barcos mercantes con 73.343 t. Los grupos italianos de resistencia reunidos en el Comité Nacional de Liberación se pronunciaron el 29-I-1944 en Bari contra el gobierno provisional de Badoglio y el rey.

Barracuda, avión británico de la Marina fabricado por la firma Fairey. Tres tripulantes, monomotor (1640 CV), monoplano, velocidad máx. 380 km/h. Carga hasta 800 kg (torpedo, minas, bombas marinas o bombas). Entre 1942-1945 se construyeron 2572 aviones. Los *Barracuda* fueron empleados en numerosos portaaviones, también en la lucha contra el Japón. Los *Barracuda* atacaron desde el portaaviones *Victorious* y *Furious*, el 3-IV-1944, al barco de guerra alemán *Tirpitz* en el Norte de Noruega y le dañaron seriamente (122 muertos y 316 heridos).

Bastico, Ettore, mariscal de Italia (11-VIII-1942). Nacido 1876, muerto el 1-XII-1972 en Roma. En la guerra de Abisinia (noviembre de 1935 hasta mayo 1936) comandante supremo del Cuerpo de Ejército III. Diciembre de 1940 hasta julio 1941 comandante en jefe del Egeo; julio 1941 hasta febrero 1943 comandante en jefe del África septentrional italiana. En 1947 se retira del Ejército.

Batallón, unidad de tropas compuesta por 3-4 Compañías. Comprende unos 600 soldados bajo el mando de un comandante.

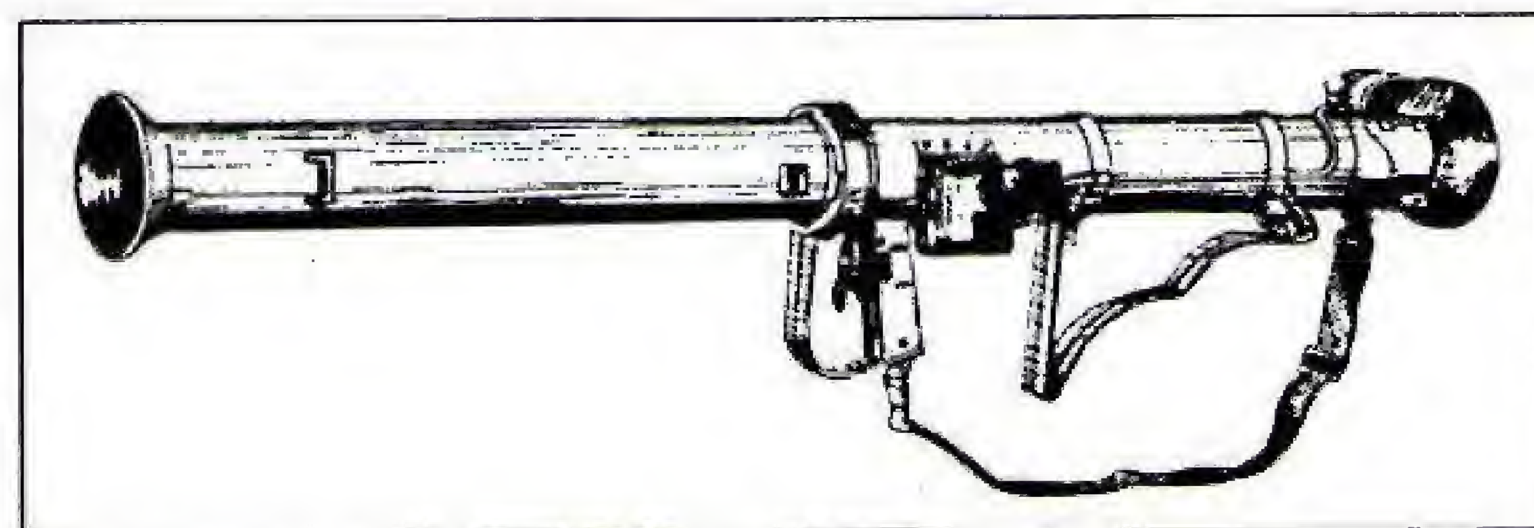
Batería, pequeña unidad táctica de Artillería. Suele tener de 2 a 6 cañones, generalmente 4. Se divide según el calibre (ligera o pesada) y según el armamento (cañones, obuses y morteros). La batería consta de batería de combate, servicio de mantenimiento y de transporte. La batería de combate se subdivide en tropa de batería, servicio de información, grupo de protección, 2 grupos de munición y un grupo de combate.

Bayoneta (machete), arma para la lucha cuerpo a cuerpo. Cuchilla de 40 a 50 cm de longitud que se encaja junto a la boca del fusil.

Bazooka, arma portátil contra carros de combate, utilizada por los americanos. Las granadas pueden perforar corazas de hasta 350 mm. Similar al arma alemana *Panzerschreck* («asusta/carros»).

Beaufighter, avión de caza de gran radio de acción fabricado por la compañía Bristol. En abril de 1940 se suministró el primer avión a las tropas y hasta 1945 (septiembre) se construyeron 5562 aviones de diferentes series. Se acreditó con armamento de torpedos y cohetes contra buques alemanes e italianos, y también como avión nocturno de caza. Dos motores de 1770 CV, 2 a 3 tripulantes, velocidad máxima de 480 km/h, 4 cañones de 20 mm, 6 ametralladoras fijas, carga un torpedo de 970 kg u 8 cohetes y 120 kg de bombas.

Beaverbrook, Lord William Aitken, político y editor de periódicos británico (Daily Express, Sunday Express, Evening Standard). Nacido el 25-V-1879 en Maple (Canadá), muerto el 9-VI-1964 en Cherkley. Desde 1910 en Inglaterra, de 1910 hasta 1916 en la Cámara de los Comunes, desde 1917 en la Cámara de los Lores. El 11-V-1940, en el Gobierno de Churchill, ministro de Armamento aéreo y Adquisición de material. El 2-IX-1941 tomó parte como sustituto de Churchill en las deliberaciones que se celebraron en Moscú sobre los suministros aliados a la Unión Soviética.

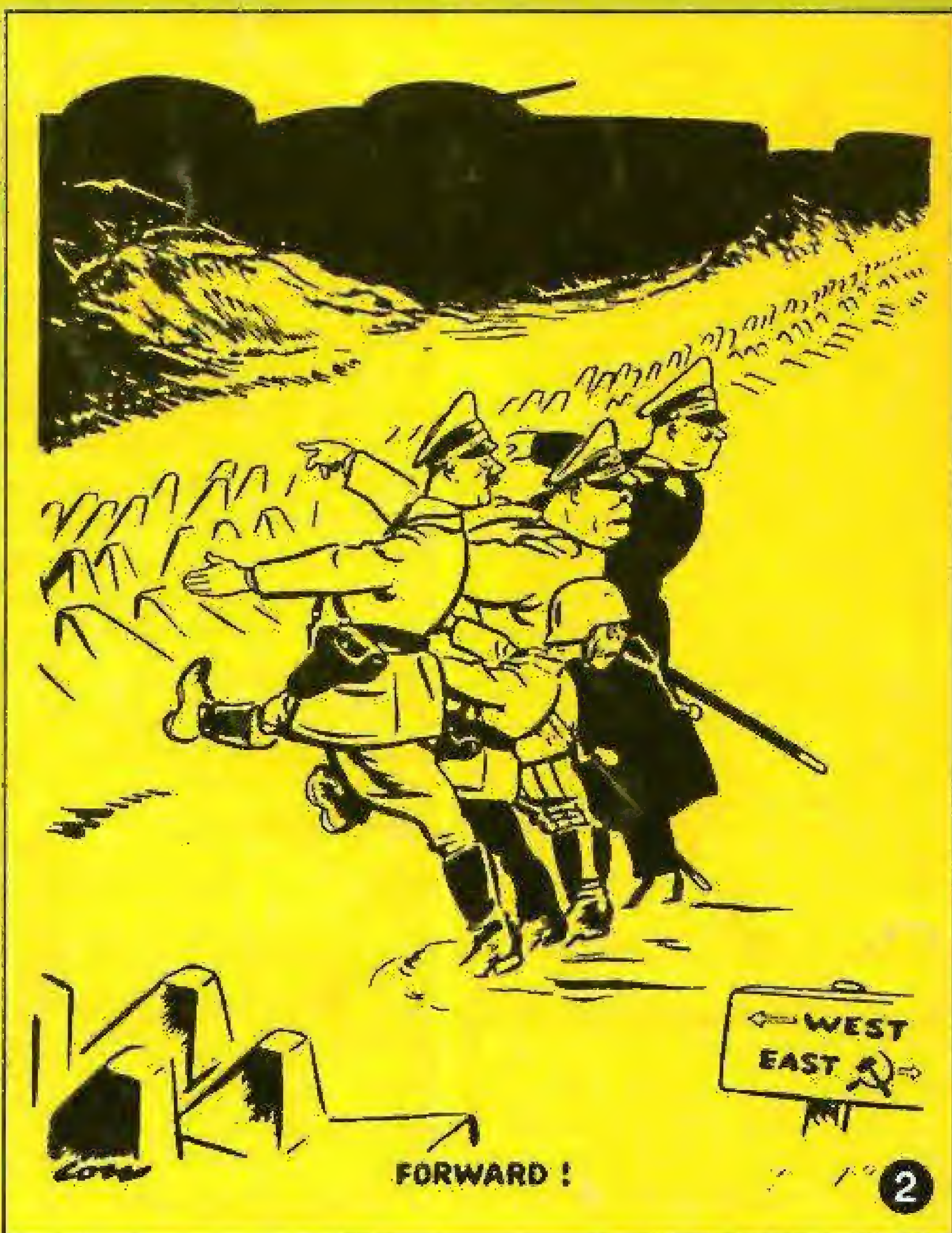


El «Bazooka», arma contracarro de 88,9 mm.

HU
MOR
EN EL TERCER REICH



1



2


3

El 30 de noviembre de 1939 la Unión Soviética invade la pequeña Finlandia, por la cual sienten los americanos gran simpatía. Esta caricatura de la prensa norteamericana (1) no oculta de qué lado se inclinan los Estados Unidos. Las Fuerzas Armadas de Hitler se hallan detenidas delante de la Línea Maginot. Sin embargo, para el dibujante británico Low, los comandantes nazis vacilan aún acerca de si deben marchar hacia Occidente o hacia Oriente (2), pues Stalin podría ser el «último en reír» de esa guerra –como se aprecia en la caricatura brasileña «La Mona Lisa de Moscú». (3).

Una guerra aérea discutible – nadie estaba libre de pecado...

Entre las 15,40 y 15,49 del día 10 de mayo de 1940 cayeron bombas de aviación sobre la ciudad universitaria de Friburgo (Brisgovia). Los puntos bombardeados fueron el cuartel de Gallwitz, el paso a nivel del Bismarckweg y el aeródromo. Las víctimas en la población civil: 57 muertos, entre los que se encontraban 22 niños, y 101 heridos. ¿Quién ha sido el agresor? Mientras se ordena una investigación a fondo sobre el caso en el Estado Mayor de la *Luftwaffe*, el jefe de Propaganda en la dirección de la guerra, el ministro del Reich Goebbels lo «sabe» naturalmente al momento: habían sido aviones franceses.

Las investigaciones efectuadas después de la contienda (1956) dieron como resultado que, en realidad, habían sido los aviones de la Escuadrilla de combate 51 alemana (con base en Landsberg/Lech), que debían bombardear ese día la organización terrestre del Ejército del Aire francés y, confundiendo el objetivo propuesto por falta de visibilidad, dejaron caer las bombas sobre Friburgo.

Pero entretanto ya se había puesto en marcha la emisora propagandística de los Aliados: los alemanes son el mismo diablo, la pacífica ciudad yace en escombros y en cenizas para aterrorizar a la población civil. Ejemplo típico de terror es el ataque aéreo realizado con 1150 aviones el 24 de septiembre de 1939 contra la plaza fuerte de Varsovia, acción que tenía sólo objetivos militares y no estaba concebida como un «ataque de terror» (según opinión de los alemanes).

En todo caso, el ataque a Varsovia fue calificado como el primer crimen de la guerra aérea cometido por los alemanes. El segundo «crimen» sería en Rotterdam el 14 de mayo de 1940: el asalto realizado al centro del puerto por los paracaidistas alemanes bajo el mando del general Student. Este asalto provocó una lucha durísima en la ciudad, resultando herido gravemente el propio general Student.

En la *Luftflotte* no hay noticias de las heridas de Student, ni de las ofertas de capitulación de los holandeses. La Escuadrilla de combate 54 realizó el primer ataque, el segundo es interrumpido, porque Rotterdam muestra bandera blanca. Tampoco aquí se trató de un acto de terror preparado de antemano contra la población civil.

El concepto jurídico que en 1940 se tenía sobre la guerra, aunque bastante distanciado del concepto actual, consideraba, sin embargo, el bombardear a la población civil como contrario al derecho, es decir, como criminal. En Gran Bretaña se modelan, en 1937, bajo el pacifista Primer Ministro Neville Chamberlain los primeros planos para la creación de un arma lanzabombas a distancia, que sea capaz de atacar determinados objetivos del Continente.

El Primer Ministro Churchill y el mariscal del Aire Sir Arthur Harris, jefe del –todavía en formación– «mando de bombarderos» confiesan sin rodeos cuáles son los objetivos del ataque a las ciudades alemanas: ¡Quebrantar la moral del pueblo alemán! Hitler vuelve a afirmar el 4 de septiembre de 1940, en el momento álgido del ataque aéreo sobre Inglaterra –durante la apertura de la campaña de Auxilio de Invierno 1940/41–: «Si ellos declaran que atacarán nuestras ciudades en gran escala, nosotros arrasaremos las suyas...»

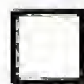
El intento de Hitler entre los días 13 de agosto al 15 de septiembre de 1940 de dominar Inglaterra por aire fracasa con la pérdida de 1733 aviones. Los ataques posteriores efectuados del 14 al 19 de noviembre de 1940, suministraron a los Aliados un nuevo ejemplo de «crimen de guerra aérea perpetrado por los alemanes»: Coventry.

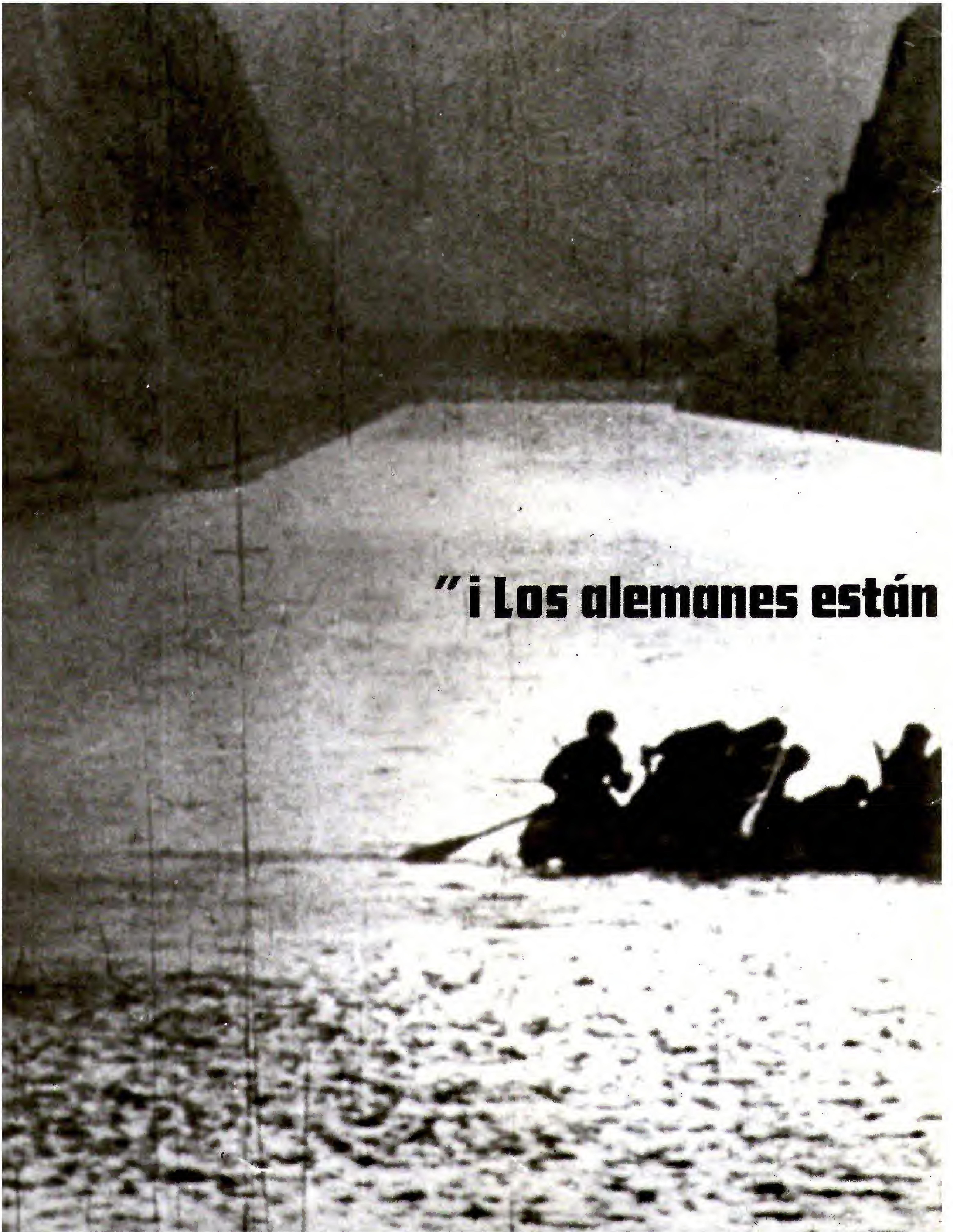
Sólo en la primavera y a principios de verano de 1942 cambia la escena. Después de los grandes ataques aéreos de la *Royal Air Force* sobre Lübeck y Rostock, realizados todavía según las normas convencionales, sigue en la noche del 30 al 31 de mayo de 1942 la primera «incursión de los mil bombarderos» contra Colonia, con el ya ejercitado lanzamiento en alfombra de bombas explosivas, para «arar» y «abonar» el radio urbano de la ciudad enemiga. Para ello se lanzan también en masa bombas incendiarias. Además, en este momento la 8.ª Flota Aérea de los EEUU de Norteamérica (de los Aliados) pasa a la ofensiva, desde Inglaterra, con las «fortalezas volantes» cuatrimotores. Los británicos realizan ataques aéreos nocturnos especialmente para aterrorizar a la población civil, mientras que los americanos atacan durante el día contra «objetivos determinados».

El punto culminante en esta liza lo forman dos sucesos, la batalla sobre Hamburgo entre el 24 y el 30 de julio de 1943, con tres ataques nocturnos británicos, y dos americanos durante el día, que sacrifican la vida de 30.000 hombres, y una única victoria a la defensiva por parte de los alemanes en la región de Schweinfurt el 14 de octubre de 1943.

Por lo que se refiere a la situación general, en la *Luftwaffe*, que se encuentra en Rusia agotada y deshecha, hay que señalar dos suicidios: en noviembre de 1941 se mata de un tiro el general del Aire Udet; el 18 de agosto de 1943 el general jefe de Estado Mayor, Jeschonnek. Este doble juego de ataques, ofensivas de terror y de objetivos exactos, obtiene triunfos monstruosos, como el ataque aniquilador y sin sentido contra la ciudad de Dresde del 13 al 14 de febrero de 1945, en el que mueren cientos de miles de personas de la población civil. ¿Deterioró, sin embargo, el «ataque relámpago alemán» en agosto-septiembre de 1940 la moral de los británicos? De ningún modo. Acrecentó la voluntad y el deseo de vivir y triunfar. ¿Quebrantó el terror aéreo de los Aliados la moral de los alemanes? En modo alguno. Despertó de manera inimaginable la voluntad y el deseo de sobrevivir, determinando la movilización de todas las capas de la sociedad, sin distinción de edades ni de sexos. Si en 1945 no hubieran penetrado en el interior de Alemania por todos los frentes los Aliados y el Ejército soviético, los bombardeos podrían haber durado años, sin que los alemanes se hubieran visto obligados a entregarse...

Walter Görlitz





"¡Los alemanes están



ahí !" – "OH, MON DIEU !"

Jochen R. Klicker



De cómo 85 hombres con 11 planeadores y 53 cargas huecas tomaron el inexpugnable fuerte de Eben - Emael

La totalidad de la acción fue tan secreta que, a excepción de los participantes en ella, sólo lo sabían tres hombres: Hitler, Keitel y el general del Cuerpo de paracaidistas Student. En la madrugada del 10 de mayo de 1940 dos oficiales y 83 soldados debían aterrizar sobre la superficie del hasta entonces tenido como inexpugnable fuerte de Eben-Emael, y «quitar» las obras más importantes, como se dice en la jerga de los informes del grupo. Instrumentos decisivos en esta acción militar fueron las nuevas armas secretas: planeadores de carga silenciosos del tipo «TSS 230» y los 50 kilos de explosivo de carga hueca, que eran capaces de hacer saltar planchas blindadas de 25 cm. La maniobra por sorpresa salió perfecta: 1200 belgas cayeron prisioneros. Los carros alemanes tenían el camino abierto hacia Francia.



27 de octubre de 1939. El comandante de la División aérea 7, general Kurt Student, es llamado a Berlín para una reunión secreta en la Cancillería del Reich. Antes de que empiece el diálogo, deben abandonar el despacho del *Führer* el resto de los allí presentes, permaneciendo además de Hitler y Student sólo el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Wilhelm Keitel.
En pocos rasgos, Hitler explica que ha pensado detenidamente «dónde y cómo las tropas de paracaidistas podrían lograr una mayor sorpresa», y ha decidido lo siguiente:

- Las tropas de paracaidistas y de aterrizaje ocuparán por sorpresa la región de Gante en Flandes oriental.



El fuerte de Eben-Emael después de la toma por el destacamento de zapadores alemán.

■ Un pequeño grupo de asalto en planeadores conquistará el fuerte de Eben-Emael y los puentes sobre el Canal Alberto. Keitel reacciona escéptico, pero su oposición no dura mucho. En cambio a Student le gusta este plan tan temerario, y promete prepararlo hasta su último detalle.

Secreto bajo pena de muerte

En noviembre de 1939 se concentran en Hildesheim una Compañía de paracaidistas de caza y un grupo de zapadores, siendo adiestrados desde el principio bajo durísimas condiciones. Les está prohibido bajo pena de muerte hablar sobre este entrenamiento. Durante meses no se les permitió ver a sus familiares. No hay permisos de salidas para ellos: ni siquiera pueden alternar con otras unidades. El jefe del grupo de zapadores, el entonces teniente Rudolf Witzig, recordaría:
«A veces debía valerme de métodos drásticos para convencerles de la necesidad de estas medidas, ya que de ello dependía nuestro éxito y nuestra vida.»
Ninguna unidad del Ejército tuvo en ese medio año (hasta su actuación) más movimiento que este grupo de zapadores. Para guardar estrictamente el secreto, el grupo actuaba siempre bajo diferentes nombres.
Una vez se llamaba la unidad «Departamento de pruebas de Friedrichshafen», luego «Escuadra de reserva 17». Tan pronto como llamaba la atención de los curiosos, recogían sus bártulos y se esfumaban reapareciendo con distinto nombre en otro lugar. Después de un par de semanas la gente empieza por primera vez a «refunfuñar» y para aflojar un poco la cuerda se permite a todo el equipo, bajo estrechísima vigilancia del sargento primero Helmut Wenzel, visitar el cine de Hildesheim. Sin embargo antes se les reúne para decirles que se trata de una excepción. Al terminar el cine los suboficiales le piden a Wenzel si les permite ir un rato a una taberna. El sargento Wenzel no sabe qué decidir, duda y finalmente cede. Al llegar al cuartel más tarde, falta uno: el suboficial Heinemann.
Cosas del destino: casualmente el jefe del grupo quiere ver al suboficial Heinemann. El sargento Wenzel encuentra para ello mil excusas. Finalmente debe confesar: «Heinemann ha desaparecido». El teniente se enfurece. «Hay que buscarle y traerle preso inmediatamente».
Wenzel se coloca en el portalón del cuartel y espera. Hacia la medianoche aparece el suboficial tambaleándose, borracho como una cuba. En el momento en que el suboficial Heinemann le echa el ojo encima a su sargento, sonríe con satisfacción y le pregunta tartamudeando si su sargento Wenzel ha reservado para él una hermosa habitación.
Heinemann queda arrestado. Wenzel es reprendido por el teniente ante su unidad. Y excepciones como las visitas al cine se anulan de una vez para siempre.

Ataque a Eben-Emael

Por fin, después de siete meses de preparación, ha llegado el momento: en la tarde del 9 de mayo de 1940 la unidad es puesta en alarma. Primero se dirigen a los aeródromos de Colonia-Ostheim y Colonia-Butzweilerhof. Pero incluso los comandantes de los aeródromos no saben aún lo que se oculta en los hangares.
10 de mayo de 1940. A las 2,45 de la madrugada se sacan de las naves los planeadores de carga tipo «DFS 230» y se disponen para la acción.
Los mudos y parduscos «pájaros» podían arrastrar una tonelada. La carga está calculada hasta el miligramo; por ejemplo, el planeador n.º 4 es manejado por el antiguo campeón mundial de vuelo sin motor y actual suboficial Otto Bräutigam. El jefe del destacamento, sargento Wenzel, y su lugarteniente, el cabo primero Polzin, junto con otros cinco zapadores paracaidistas, cargan el siguiente armamento del modo que cientos de veces han ensayado: 5 fusiles, 1 ametralladora, 1 pistola ametralladora, 2 cargas huecas de 50 kilos; 2 cargas de explosivos de 12,5; 1 pistola para bengalas, 1 carga de explosivo a distancia, 10 cargas de 3 kilos, además herramientas de zapadores y herramientas de mano.
En total 2401 kg de explosivos y 30.000 balas de municiones, y a esto hay que añadir granadas de mano, lanzallamas, escalas de asalto, aparatos de radiotelegrafía.
A las cuatro de la madrugada es la hora de ataque. Once «Ju-52» son enganchados a los aviones sin motor mediante los cables de remolque. Una hora más tarde empieza el imponente espectáculo sin espectadores: en intervalos de segundos despegan los aviones de carga sin motor arrastrados por los «Ju-52».

*

Desde hace meses, la vida en el fuerte de Eben-Emael, situado en mitad del camino entre Lieja (Bélgica) y Maastricht (Holanda), se desenvuelve monótona. ▷

Mientras los 600 hombres de guarnición en el fuerte realizan su servicio de centinela, los otros 600 entretienen el tiempo alegremente en los pueblos cercanos. Solamente pisan los sótanos del cuartel una vez al día para ducharse.

Infinidad de veces se dice en broma: «¡Que vienen los alemanes!». Infinidad de veces se da la voz de alarma: «¡Ahora va muy en serio!» El estado de ánimo de los soldados de la fortaleza está por los suelos. Incluso el pensamiento de ser relevados regularmente y ser cambiados con la guarnición del pueblo no sirve ya para levantar la decaída moral.

Precisamente Eben-Emael domina, como fuerte más septentrional de Lieja, el canal Alberto, el Mosa y el canal Stich en la dirección de Maastricht.

El fuerte protege ciertamente los puentes estratégicos de Vroenhoven, Veldwezelt y Canne. Los grandes cañones del fuerte alcanzan hasta Maastricht y Lieja. Por lo menos hay cinco carreteras que pueden ser batidas por el fuego de los cañones de Eben-Emael.

Pero lo que los belgas no pueden saber es que desde fuera los alemanes conocen hasta el último rincón del fuerte. Éstos poseen planos a gran escala y una gran maqueta, donde los paracaidistas destacados han podido grabar en su cerebro hasta el detalle más ínfimo: Longitud de este a oeste: 700 metros; longitud de norte a sur: 900 metros. En la fortificación hay en total 35 obras de artillería e infantería cubriéndose mutuamente, y con una bien calculada defensa de todos los márgenes. Al nordeste corre el canal Alberto. Aquí la profundidad es de 40 metros. En la parte noroeste un foso artificial en talud, de 500 m de largo. A éste va unida la zona inundada por el río Geer. Hacia el oeste y sur se extienden fosos y muros de 4 metros de altura por lo menos. Hay sólo un paso. En la parte 3. Todas las zonas de la fortificación están unidas una con otra por un sistema de pasillos de varios kilómetros. Las guarniciones tardan 25 minutos desde que salen de su «cuartel» situado en la fortificación debajo de tierra hasta que llegan a sus puestos de combate.

Hacia las 3,10 de la madrugada suena el teléfono de la Compañía en el despacho del comandante de la fortificación Eben-Emael, Jottrand. La unidad de mando de la división ordena alarma en grado mayor. Jottrand manda que suban los 600 hombres de la guarnición a todas las partes estratégicas del fuerte: dejando por el momento que sigan durmiendo los 600 hombres de la guarnición del pueblo en sus alojamientos. Los soldados, con la vista clavada en la lejanía, otean los alrededores desde sus puntos de observación. Pero como tantas otras veces: todo está tranquilo.

El despegue del destacamento «Granit» ha funcionado perfectamente. Pero una vez en el aire, los pilotos de los aviones «Ju-52» vuelan teniendo que realizar maniobras atrevidas, con el fin de mantener la estabilidad de los pesados aviones sin motor: bien se abaten lateralmente, bien se lanzan en picado para mantener el curso. A muchos de los soldados se les rebela el estómago.

Desde Colonia a Aquisgrán, el camino está precisado exactamente: cada 20 kilómetros un reflector proyecta su luz hacia lo alto.

Ante Aquisgrán se libera de sus cables a los aviones arrastrados. Los pilotos, a partir de este momento, sólo disponen de una brújula; y su tarea es aterrizar exactamente en 20 metros sobre la superficie de la fortificación.

En la posición 29, en el extremo sureste de Eben-Emael, los artilleros belgas dirigen sus armas antiaéreas. Están a la escucha. Escudriñan si hay bombarderos alemanes en vuelo. De repente aparecen flotando en el aire fantasmales pájaros gigantescos. Cuando el primer belga quiere darse cuenta de la realidad ya están aterrizando. Los soldados vuelven las bocas de sus cañones hacia abajo, pero ya es demasiado tarde. Uno de esos «pájaros» aterriza justo entre ellos. El campeón en la aviación sin motor, el suboficial Lange, lanza su avión directamente sobre la posición antiaérea. El ala izquierda del avión se lleva consigo una ametralladora, arrastrándola unos metros. Finalmente, el avión se detiene con gran estrépito. Se abre la escotilla y el sargento Haug, del destacamento 5, salta afuera. Lleva en la cabeza su tarea: «Quitar al asalto la obra 29 (probablemente antiaérea)».

Haug «trabaja» con la metralleta. En ese momento vuelan granadas de mano sobre la posición. Los belgas levantan las manos en señal de entrega.

La primera arma secreta de la guerra

«¡Adelante!», grita Haug; «¡A la obra 23!» Tres hombres de su destacamento se acercan a la obra 23 protegida por una plancha acorazada y alejada unos 100 metros.

Ellos también conocen su misión. «Destruir la obra 23. Impedir la defensa enemiga en la zona del objetivo e inutilizar la artillería por la parte norte.»

Los belgas detrás del parapeto acorazado se sienten seguros en la obra 23. Se les ha repetido continuamente que el acero y el cemento que les protege no son fáciles de destruir. De lo que ellos no pueden tener idea es de que los hombres van a emplear sobre ellos ahora mismo la primera arma secreta de la segunda Guerra Mundial, es decir la carga hueca de 50 kilos. Se componía de dos pesos transportados separadamente y que se ensamblarían allí mismo tomando una forma de media bola. Con diez segundos de mecha entre el encendido y la explosión eran capaces de taladrar un espesor de 25 cm.

Los hombres del destacamento 5 colocan su carga, pero la explosión no logra el efecto esperado. Sobre la bóveda blindada aparecen sólo delgadas hendiduras como las que se forman en la tierra seca. Los artilleros belgas, dentro de la bóveda, oyen la detonación. El cemento sobre sus cabezas se resquebraja; se desprenden pequeños fragmentos de acero. Pero la bóveda resiste. Los artilleros deliberan si deben salir o no. Un par de hombres están preparados para salir por el hueco destinado para ello por detrás del objetivo, y en ese momento hay una segunda explosión. Caen los primeros soldados.

Obra 19. Aquí lucha el destacamento 4 bajo el mando del sargento Wenzel. Los zapadores de Wenzel se abren camino hacia el objetivo a través de una tronera. Las armas belgas son destruidas en su totalidad; la guarnición ha caído.

Los destacamentos 6 y 7 se dirigen a las obras 15 y 16. Según los mapas y las fotografías aéreas estos dos objetivos gozan de una estimación especial. Pero los suboficiales Harlos y Heinemann, junto con su gente, son los héroes burlados. Las bóvedas blindadas de 5 metros resultaron ser un engaño pues estaban hechas de hojalata.

La obra 25. Un viejo barracón con alojamiento para el equipo. La guarnición ofreció mayor resistencia que sus camaradas en los objetivos blindados. Bajo el fuego de sus metralletas cayeron los primeros alemanes. 10 minutos después del aterrizaje por sorpresa del grupo de asalto «Granit» se había hecho callar a 10 obras de la inexpugnable fortaleza Eben-Emael, quedando algunas muy destrozadas.

El comandante Jottrand intenta adivinar cuántos alemanes hay sobre su cabeza. Que no son muchos pronto lo puede adivinar; pero que sólo son 70 hombres no puede ni imaginárselo a causa de lo concentrado del ataque, de su energía. De todos modos ordena a su gente «mantenerse a la defensiva» y por teléfono pide a los artilleros belgas vecinos que dirijan el fuego contra su propio fuerte. Además manda destacamentos de observación y de choque.

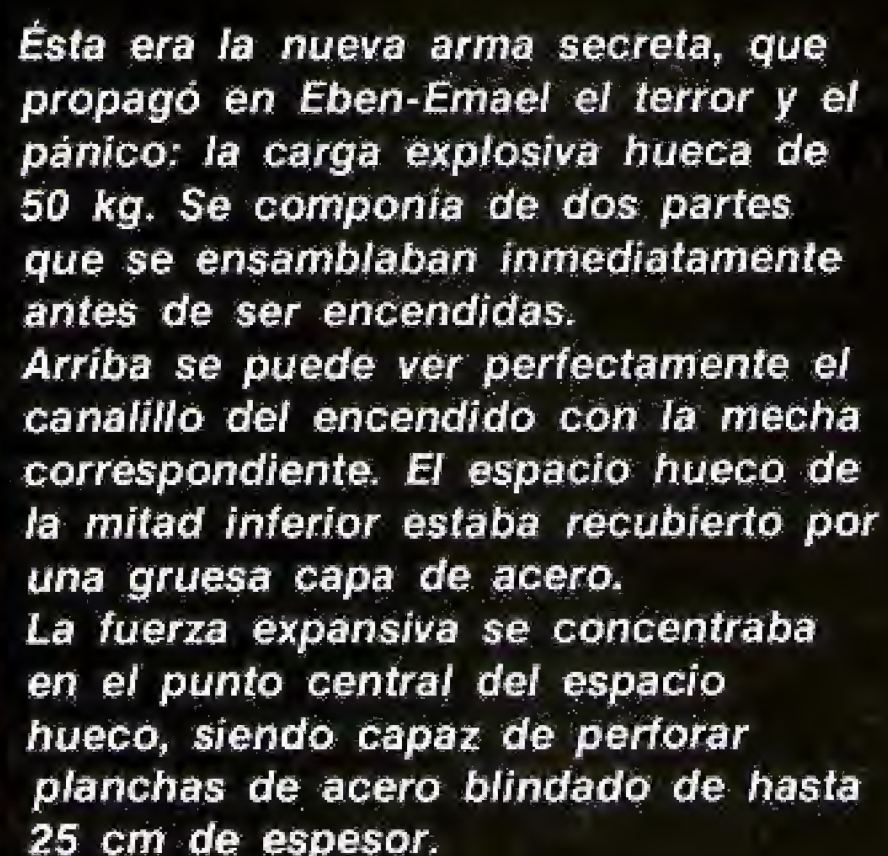
Los zapadores paracaidistas deben ahora defenderse; buscan refugio precipitadamente en la fortificación parcialmente destruida.

Con este motivo se constata que de los 85 hombres que han despegado de Colonia, solo 70 han aterrizado en la fortificación de Eben-Emael.

El grupo de asalto teme lo peor para sus camaradas, pero a las 8,30 de la maña-



Así estaban colocadas las obras de defensa dentro del recinto del fuerte de Eben-Emael: obra 24: cúpula giratoria de 6 m de diámetro con un cañón gemelo de 120 mm; obras 9, 12, 18, y 26: casamatas para artillería con tres cañones cada una (la 9 y 26 dirigidas hacia el sur; la 12 y 18, hacia el norte); obras 23 y 31: cada una con cañones gemelos de 75 mm dentro de una cúpula enterrable; obras 3, 4, 6, 23 y 30: fosos alargados con cañones blindados antiaéreos (60 mm), ametralladoras y reflectores; obras 17 y 35: trincheras a lo largo del canal con cañones de descarga rápida (60 mm), ametralladoras y reflectores. Las obras 18 y 13 tenían además cúpulas complementarias de observación. La obra 29 era un puesto de defensa antiaérea con cuatro ametralladoras de munición pesada. Las obras 15, 16 y 32 eran objetivos de engaño, es decir, imitaban cúpulas blindadas, pero estaban hechas de hojalata de poco espesor. A este conjunto de obras pertenecían también los barracones 2 y 25, que equipados con ametralladoras y pistolas ametralladoras ofrecían dura resistencia. El plano a gran escala que pertenecía a la documentación secreta del grupo de zapadores y paracaidistas, mostraba claramente que el fuerte era inexpugnable por el noreste (acantilado sobre el Canal Alberto) y por el noroeste (acantilado sobre el foso hecho artificialmente). Por el sur, protegían la obra 3 –la entrada– hasta la pendiente sobre el canal, fosos contracarros, alambradas y gruesos muros.



Ésta era la nueva arma secreta, que propagó en Eben-Emael el terror y el pánico: la carga explosiva hueca de 50 kg. Se componía de dos partes que se ensamblaban inmediatamente antes de ser encendidas.
Arriba se puede ver perfectamente el canalillo del encendido con la mecha correspondiente. El espacio hueco de la mitad inferior estaba recubierto por una gruesa capa de acero.
La fuerza expansiva se concentraba en el punto central del espacio hueco, siendo capaz de perforar planchas de acero blindado de hasta 25 cm de espesor.

na, en un alto el fuego de la artillería belga, sucede algo inesperado: otro avión sin motor flota en el aire, aterrizando junto a la obra 19, donde el sargento Wenzel había instalado su puesto de mando y tomado la dirección. Del avión salta el teniente Witzig. El destacamento de asalto «Granit» tiene de nuevo a su jefe. Precipitadamente, les cuenta como su «Ju-52», a causa de un vuelo en picado, chocó con otro aparato en el aire siendo cortado el cable de arrastre. Con mucho esfuerzo y apuro el aparato pudo sobrevolar el Rhin, consiguiendo aterrizar en un campo sembrado.
Witzig volvió rápidamente a Colonia-Ostheim y mandó venir de Gütersloh un nuevo remolcador. Con él voló al campo en el que estaba su avión sin motor. El «Ju» consigue aterrizar y volver a despegar llevando consigo el avión sin motor completamente cargado.
Al suboficial Brendenbeck le había pasado otro tanto. Su aparato sin motor se desprendió demasiado pronto del avión remolcador, debiendo aterrizar en Düren. Sus hombres del destacamento 2 lograron llegar más tarde al fuerte por tierra, en dos coches prestados, como primeros soldados alemanes. Sin embargo, no pudieron entrar, pues los belgas continuaban disparando con metralletas y armas antiaéreas. Los hombres del fuerte tienen que luchar encarnizadamente durante todo un día y una larga noche. Las llamadas telegráficas con el ruego de ayuda y refuerzo se hacen cada vez más apremiantes. En la mañana del 11 de mayo de 1940, consigue penetrar el destacamento de asalto del Regimiento 151 de Infantería hasta los puestos donde se encuentran los heroicos defensores.
Cuando, finalmente, hacia la una y treinta del mediodía el fuerte de Eben-Emael se halla completamente rodeado por las tropas alemanas, suena alegre una corneta en la entrada n.º 3. Como en los tiempos del Emperador los belgas ofrecen la rendición de la plaza. Un oficial belga, acompañado del corneta con bandera blanca, negocia las condiciones de la rendición en el puente de Canne, semidestruido. Entretanto, el puente de entrada a la fortificación permanece bajo. Las puertas están abiertas. Por delante de los desconcertados centinelas belgas se precipitan en los pasillos y casamatas los primeros zapadores. «¡Venga, venga! ¡Fuera, fuera!» Cuando el parlamentario vuelve al fuerte se encuentra delante de sí 200 belgas con las manos en alto.
Por lo demás, la operación se mantuvo en secreto hasta el final de la campaña militar de Francia. Incluso los casi 1200 prisioneros de guerra belgas fueron aislados en un campo de concentración, sin que se les permitiera hablar con sus guardianes. □

Los planeadores ensayan el ataque



«DFS 230, D-5-235» remolcado por «Ju 52».



El planeador de combate visto de lado. Se puede ver claramente la puerta de subida, delante del plano sustentador (sólo en el C-1).


Después del aterrizaje se encienden bengalas de humo...



Vista de la cabina desde el lado derecho.



La tripulación salta del aparato.



Simulacro de una salida del aparato en el lugar elegido; el avión muestra el tren de rodadura debajo del fuselaje.


En posición inclinada va contra el obstáculo. Entre tanto, el humo ha sido arrastrado por el viento.



Un tirador debe proteger a los otros.



El humo ha desaparecido prácticamente.

HABIA QUE CALCULAR BIEN CUALQUIER MANIOBRA

Helmut Wenzel narra cómo tuvo que asumir el mando

Hoy tiene 61 años y vive en Celle como guarda forestal en medio del bosque. Ya en 1933 se presentó como voluntario y fue aceptado por los zapadores de Königsberg. Pero su obsesión era poder volar. Incluso ese deseo llegó a cumplirse. En la campaña de Polonia realizó su vuelo entre las tropas de refuerzo. Hasta que llegó lo de Eben-Emael...



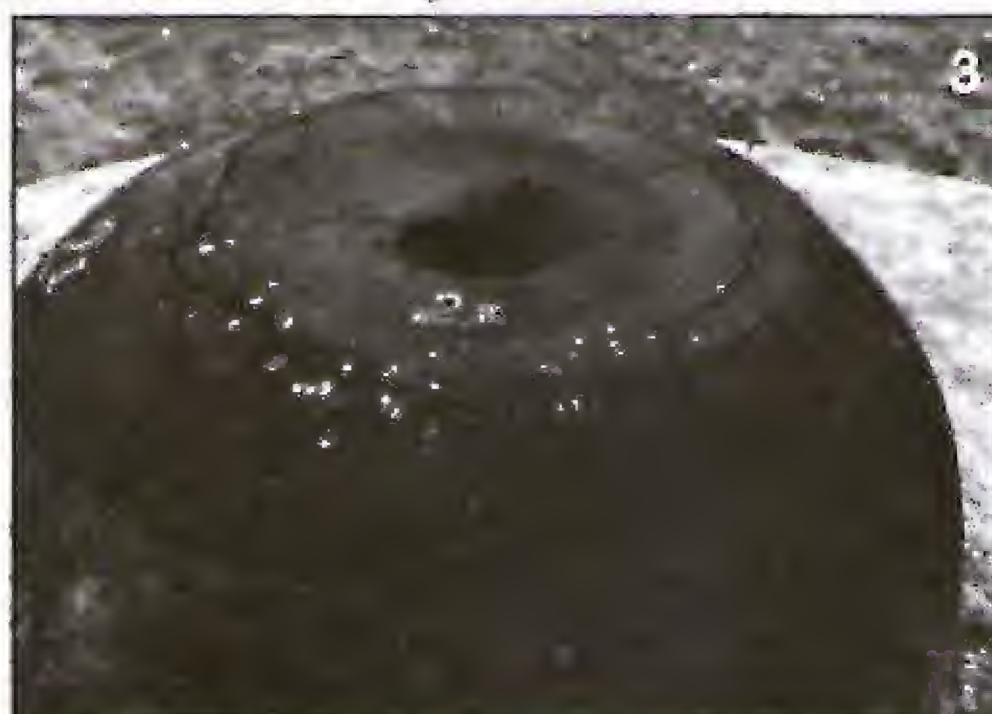
«DFS 230» después del aterrizaje.



Obra 24: cañones gemelos de 120 mm.



En una casamata de tiro.



Una cúpula de observación, perforada.



Helmut Wenzel está herido.

Flotábamos en el aire como pájaros, poniéndonos en fila. Yo aterrizé el tercero. La sorpresa fue que no veníamos por el Este, de Alemania, sino por el Oeste, pues habíamos volado haciendo un rizo, aterrizando así sobre el fuerte. ¿¡Qué podían pensar los pobres hombres que estaban allí abajo!? En la oscuridad no podían calcular de ningún modo a qué nacionalidad pertenecíamos. Más adelante los belgas han afirmado que no llevábamos ninguna insignia. Pero esto no es cierto. Nosotros llevábamos en nuestros aviones la cruz gamada. Precisamente, porque los aviones procedían del Oeste, los belgas no tenían la menor idea de lo que estaba pasando. Al reconocer de pronto que eran alemanes, ya habían aterrizado los primeros planeadores.

Tomamos tierra a unos 30 metros del *bunker*. El aterrizaje fue un poco difícil, porque nosotros llevábamos mucho tiempo de vuelo. Poco antes de aterrizar, apreté el botón haciendo saltar la escotilla, que fue a dar contra el timón de cola. Yo estaba preparado en el asiento con metralleta y una carga explosiva de un kilogramo entre las manos. Habíamos envuelto los patines del avión de tal manera con alambres de pinchos que, al aterrizar, dio un frenazo tan fuerte que el aparato quedó casi de cabeza. Yo di de narices contra el respaldo de Bräutigam. Empecé a echar sangre, pero como no tenía tiempo para andar con contemplaciones salté por encima de la cabeza de Bräutigam hacia afuera oyendo mientras tanto que mi gente a una voz gritaba: «¡Afuera!» Mis hombres pasaron sobre los puntales, logrando salir de este modo rápidamente. Yo mismo corría y corría. Era todavía de noche y los cañones apuntaban hacia mí; me miraban fijamente. Parecía como si yo hubiera ido a parar a una casa donde todo dormía. La fortificación no tenía ninguna autodefensa. Incluso los reflectores de los belgas estaban apagados. Con seguridad que ellos no podían imaginarse que su fuerte pudiera caer alguna vez. Y menos por un ataque desde arriba. Ésta fue la falta decisiva.

Yo miré si se podía llegar de alguna forma al cañón... ¡Sí! Entonces trepé por la escarpada hasta el puesto de observación. Una vez que hube llegado allí arriba, oí cómo los belgas corrían hacia arriba también. Cada cúpula acorazada tenía una abertura para el periscopio. A la que yo había llegado, le faltaba el periscopio; estaba vacía. Yo había sacado mi carga explosiva de un kilo y la arrojé dentro, habiendo primero reducido el largo de la mecha a tres segundos. Hubo una explosión; abajo todo quedó en silencio. Yo me protegí ocultándome, echado en tierra junto a la cúpula acorazada. En aquel momento llegaban mis dos acompañantes con las

dos partes de la carga explosiva hueca de 50 kilos. Ensamblaron las dos partes y encendieron la carga. Chispeó la llama, y la mecha empezó a arder. De repente me asaltó la idea: ¿En dónde nos podríamos poner a cubierto? 50 kilos ardían a nuestra espalda. Nos encontrábamos junto a la carga explosiva ya encendida. «¡Bendito sea Dios!, ¿adónde?» Y encima, ¡la oscuridad de la noche! Entonces grité: «¡De prisa, detrás de la muralla!» Y echamos a correr. Yo me aplasté pegado al muro; los compañeros, lo mismo. Entonces conté desde 21 a 27; a continuación debía darse la explosión. Pero no ocurrió nada. Ni asomo de explosión. «¿Pero le habéis quitado el seguro?» pregunté a los dos. «Sí, ya estaba ardiendo», fue la contestación. Quise asomar la cabeza por lo alto, cuando vi un relámpago y una gruesa nube en forma de hongo. ¡Adentro con la cabeza en la tierra! Con el nerviosismo había contado demasiado de prisa. Pensamos que la garita estaría deshecha, pero se hallaba casi intacta. Teníamos que hacer explotar el cañón de artillería. Coloqué debajo del mismo una carga explosiva de 12,5 kilos y me escondí detrás de una esquina. La fuerza expansiva debió ser muy fuerte. Hizo un boquete en el muro. El cañón estaba a la otra parte. Pasada la explosión, intenté entrar en la garita, pero el boquete era todavía muy pequeño. Volví a colocar un explosivo de 50 kilos de carga hueca y la encendí. Después de esto, finalmente, conseguimos abrir un boquete lo suficientemente grande para entrar por él.

Salté dentro con mi metralleta. Sólo un humo espeso. Palpé bien por todas partes. Cuando, de repente, sonó un teléfono detrás de mí. Volví la cabeza por todas partes muerto de miedo. En un nicho preparado para ello había un teléfono que sonaba y sonaba. Levanté el auricular y sólo oí palabras francesas a la otra parte de la línea. No entendí ni una sola palabra, ya que no hablo francés. Aprovechando un momento en que el otro hacía una pausa para respirar, le dije tranquilo: «Here are the Germans» «Oh, mon Dieu!», contestó la voz. Entonces arranqué de un tirón el cable de la pared. Acababa de hablar con el comandante del fuerte.

Luego se presentó a mí el destacamento de radiotelegrafía, preguntándome dónde debían instalar el aparato. «¡Qué tontos, preguntad a Witzig e instaladlo en el punto más favorable!» La contestación: «A Witzig no lo podemos encontrar». «Entonces id detrás de la muralla» –les dije yo. En esos momentos no podía yo sospechar que Witzig no se encontraba todavía en la fortificación. Puesto que yo era el de más antigüedad en el servicio, todos





Adolf Hitler recibió en su cuartel general a nueve oficiales del destacamento de tropas de asalto «Koch», para adjudicarles personalmente las veneras (Cruz de Caballero). Estos eran (de izquierda a derecha): Tte. Delica y Tte. Witzig, del destacamento de asalto Eben-Emael («Granit»); Capitán Koch, jefe de todo el grupo de asalto; Tte. Zierach; Tte. Ringler, de la sección 5.ª de ametralladoras de los paracaidistas tiradores Veldwezelt («Stahl»); Tte. Meissner, del destacamento de asalto Canne («Eisen»); Tte. Kiess, jefe de los pilotos de planeadores; Tte. Altmann, del destacamento de choque «Stahl», y el médico-jefe Dr. Förster.

venían a mí; por lo tanto tuve que tomar el mando en lo que me fue posible. Es muy importante hacer notar que cada uno sabía cuál era el papel que debía desempeñar. Sólo así podría cuadrar bien cada acción. Witzig aterrizaba sobre las 10 de la mañana, en un alto el fuego. Poco antes habíamos sido tiroteados desde Lieja; durante este tiroteo nos escondimos en el interior del *bunker*.

Un grupo que no había aterrizado en la fortificación, llegó a pie, por la parte de la ciudad de Düren. Yo estaba situado en la parte superior de la fortaleza y no podía distinguir el uniforme. Mi ametrallador me preguntó: «¿Debo tirar?» Le tomé de la mano y le dije: «Si el muchacho es tan valiente, déjale que se acerque». Era nuestro zapador Meier, como pude constatar más tarde. Los campos alrededor de la fortaleza estaban inundados, y el zapador Meier llegó andando por encima de un dique hasta debajo de la fortaleza.

Menos suerte tuvo otro, que se abrasó a sí mismo con el aparato lanzallamas. Se llamaba Grzechza. Quería llenar el *bunker* de humo; siendo en la operación muy poco prudente, se salpicó él mismo con el aceite. El buen hombre había bebido demasiado. Durante el ataque se arrojó en medio de la lluvia de balas con una enorme borrachera de aguardiente, gritando siempre más y más: «¡Hemos vencido!» Al final encendió su propio lanzallamas y murió achicharrado por el fuego.

Al primer belga que salió con bandera blanca, mandé que le dispararan. Yo tenía miedo de que los belgas nos quisieran echar fuera del fuerte, si se daban cuenta de que éramos muy pocos. Los belgas afirmaron tiempo después que sabían cuántos éramos. Cosa que no creo. Yo desconocía igualmente cuántos eran ellos; si bien podía imaginarme que dentro de la fortaleza podría haber un buen montón. Así que yo no quería arriesgarme y por lo mismo no estaba dispuesto a ninguna clase de negociaciones.

El primer destacamento de asalto alemán llegó el 11 de mayo sobre las siete de la mañana, bajo el mando de Portsteffen. Cuando la tropa pisó el fuerte, salieron los primeros 200 belgas. De los zapadores, Portsteffen fue el primero que entró en la fortaleza, conducido por un paracaidista. Yo mismo no estuve ya en la fortaleza después de la capitulación, porque había sido gravemente herido el primer día. En un contraataque de los belgas, recibí la orden de Witzig de echarlos hacia abajo como fuera. Durante la lucha, una bala pasó rozándome la cabeza, con la consabida herida. Y tuve que permanecer en un rincón de la fortaleza junto a mi metralleta. □

De repente aparecieron grandes pájaros parduscos

Henry Lecluse recuerda la situación por dentro...

Hoy tiene 54 años, y vende materiales de instalación en Lieja, poco antes de la salida de la autopista en dirección a Aquisgrán. En 1940 fue reclutado como muchos otros jóvenes de Lieja y de sus alrededores, para la guarnición del inexpugnable fuerte fronterizo Eben-Emael. Fue víctima de un mando militar desconcertado y de un asalto llevado a cabo por un destacamento especial.



El 9 de mayo vivíamos nosotros tan tranquilos. Una mitad estaba en el fuerte, eran 600 hombres; mientras la otra mitad pasaba un día de recreo en el pueblo que distaba 5 km. Bien, nosotros sabíamos que estábamos situados en posición inmediata a dos fronteras. Claro está que calculábamos que en cualquier momento empezaría la cosa. Pero con ese tipo de comienzo, francamente, no habíamos contado. Como nuestros objetivos bélicos estaban colocados de tal manera en el fuerte que podían defenderse mutuamente, nos sentíamos en verdad seguros. Incluso de un ataque de paracaidistas. Arriba en el fuerte había relativamente pocos obstáculos. Pues no se había contado en absoluto con el aterrizaje de aviones sin motor con carga; era algo tan nuevo para nosotros que no lo conocíamos todavía. Quedamos de verdad sorprendidos.

En la tarde de ese 9 de mayo, había tenido yo salida; era bastante tarde cuando volví al fuerte y me acosté. Hacia la medianoche sonaron las campanas de alarma. Con la mayor urgencia nos dirigimos a los puestos de lucha en nuestra casamata. Nosotros nos preguntábamos si aquello significaría la guerra, pero no habíamos recibido ninguna información exacta. Bueno, quizá prácticas como tantas otras veces. Esperamos. Ninguna llamada telefónica, ninguna comunicación, nada. Esperamos hasta la mañana. No se cuándo llegó una llamada telefónica de la oficina central: «Alarma de aviones». Y nada más. No sabíamos ni qué clase de aviones ni cuántos eran. Y por ejemplo, no podíamos comunicarnos telefónicamente con los objetivos vecinos o casamatas, porque la comunicación telefónica solamente se podía realizar a través de la central. De vez en cuando escuchábamos atentamente hacia fuera, pero allí no se oía nada. Y como más tarde se pudo comprobar, no habíamos oído ningún ruido, porque los



Henry Lecluse, entonces y ahora: en 1940 como soldado en Eben-Emael (en primera fila, con gafas) y en 1974 como narrador de gran interés.

aviones sin motor son «mudos». En un par de cúpulas de observación y en un puesto de antiaéreos al pie del fuerte, alguien había visto de repente los grandes pájaros parduscos, poco antes de que ellos aterrizaran. Pero los camaradas no supieron cómo reaccionar. Ellos pensaban qué podrían ser aquellos pájaros tan asombrosamente extraños. Nadie cayó en la cuenta de que eran aparatos de carga sin motor alemanes con paracaidistas alemanes, –esto creo yo por lo menos–, a excepción de una batería. Nosotros no habíamos recibido ninguna información todavía sobre una declaración de guerra, hasta entonces, las 5 de la mañana aproximadamente. Además era todo muy extraño: cuando los aviones estaban en tierra, se pudo ver exactamente cómo saltaban los soldados hacia fuera. Pero nosotros sólo veíamos muy pocos aviones y muy pocos soldados. Era imposible que aquello pudiera ser un ataque alemán. Más tarde, durante las luchas de los días 10 y 11 de mayo intentaron nuestros oficiales una y otra vez descifrar cuántos enemigos exactamente había en el fuerte. Que no eran muchos, se llegó a saber en algún momento. Pero que eran tan pocos lo supimos nosotros cuando todo llegó a su fin. En el correr de la mañana, íbamos recibiendo noticias terribles una detrás de otra. Siempre que sonaba el teléfono, oíamos frases como: «Esta y esta otra obra en el norte han sido puestas fuera de combate. O: «Obras 30 y 31 en el sur fuera de combate». Mientras, donde nos encontrábamos nosotros, todavía no pasaba nada. Permanecíamos en el puesto muy acobardados, y sin saber qué conclusión sacar de todo esto.

Posteriormente nos hemos preguntado con frecuencia dónde radicaba la causa por la que Eben-Emael cayó tan rápidamente. Yo sólo puedo decir: fue el elemento sorpresa de los planeadores. Se podría añadir que los alemanes conocían el fuerte con gran detalle. ¡Un momento!, no hasta el último detalle. Usted sabrá que la tripulación de dos aviones fue empleada en vano. En el norte habíamos construido dos objetivos gigantescos simulados, el 15 y el 16; falsificaciones sencillas con cúpulas enormes de hojalata de un espesor muy delgado. Para ello los alemanes emplearon durante un tiempo considerable fuerzas inútiles. Pero a pesar de todo: en principio los alemanes conocían muy bien Eben-Emael. En algún momento apareció, incluso, el rumor de que se había tratado de un juego de espionaje. La defensa alemana había introducido en el fuerte solapadamente saboteadores. Pero lo cierto es que en esas habladurías no hay nada de verdad. Puede ser que la defensa alemana tuviera también planos del interior del fuerte –no lo sé exactamente, puede ser– pero saboteadores no los hubo.

Sobre el buen conocimiento del fuerte por la parte alemana, se puede añadir: muchas guarniciones de las cúpulas acorazadas no tuvieron en absoluto ninguna posibilidad de luchar y defenderse. Los alemanes sacaron sin más sus cargas explosivas huecas «Hohlladung» (Henry Lecluse dijo esto en alemán) y comenzaron a actuar. ¡Estas cargas explosivas de 50 kilos estallaron, mataron, abrasaron, hirieron! ¿Qué podíamos hacer? Contra esto no había nada que hacer. Nada se podía cambiar. Aquello era pura Física, pero no una guerra.

Los alemanes estaban «sentados» auténticamente arriba, encima de nosotros, y no había forma de combatirlos, pues prácticamente era imposible verles. Por lo tanto, no nos quedaba más que salir en cualquier momento. Esto lo intentamos también. Dos o tres veces hubo intentos mediante destacamentos de observación y de choque. Pero esto también era difícil. Pues delante de la mayoría de las salidas –había de todas formas muy pocas– estaban sentados naturalmente también algunos paracaidistas, y esperaban.

Yo mismo me encontraba con mi batería en la obra 6. Era la primera batería con 25 hombres. Nosotros teníamos ametralladoras y cañones contracarros. Dominábamos la carretera hacia Visé. Esto es: nos encontrábamos en la obra que estaba a la derecha de la entrada del fuerte y aseguraba los flancos. En las primeras horas de la batalla permanecimos sentados en corro, y teníamos miedo. Desde nuestra posición no veíamos nada y tampoco sucedía nada. En un momento dado se paró un ventilador; el aire se hacía cada vez más denso. Y entonces, incluso, empezó a penetrar humo de la casamata que nos unía con el objetivo 9, donde los alemanes ya habían hecho explotar una carga de 50 kilos. Pero fuera de esto, entre nosotros estaba todo en orden.

El 11 de mayo por la mañana empezó de verdad la cosa para nosotros, cuando atacaron las tropas del Regimiento de Infantería 151. Tirábamos y tirábamos todo lo que de los cañones y ametralladoras pudiera salir. Incluso con fusiles disparábamos. Hasta el final. Queríamos salvar nuestras vidas a toda costa. Pero la situación era desesperada; así que no nos quedó otra solución que entregarnos. Abrieron la salida del fuerte. El coronel mandó a su gente con la bandera blanca para informarse sobre las condiciones de la rendición. En esto los alemanes no se portaron muy correctamente. Primero el capitán belga quería discutir con el oficial alemán correspondiente sobre las condiciones; para decidirse luego en el fuerte si se aceptaban o no.

Pero los alemanes estaban allí ya, en el fuerte, porque el puente de la entrada no se volvió a elevar y las puertas permanecieron abiertas. De pronto los vimos detrás de nosotros ordenándonos: «Los, los! Raus, raus!» (Henry Lecluse lo dijo en alemán). «¡Venga, venga! ¡Fuera, fuera!». Entonces nos empujaron hasta la salida, antes de que nuestro oficial hubiera vuelto de las negociaciones. Pero, en aquellos momentos, ya todo era igual, daba lo mismo. En un refuerzo cualquiera de belgas, o de franceses, o de ingleses, no era posible pensar ya. Para mí la guerra había terminado. Sólo fui soldado tres meses largos; ahora me esperaban cinco años de prisión.

Primero Inglaterra ayudó realmente con empeño a hacer del tercer Reich un Gran Reich Alemán. Luego Inglaterra quiso tener bien seguro en su mano este Imperio alemán. Por último Inglaterra enterró sus esperanzas de un posible equilibrio de fuerzas en Europa. El mayor político pacifista, Chamberlain, tuvo que dimitir. A él le siguió Churchill: la gran Guerra entre Inglaterra y Alemania resultó inevitable.



Sebastian Haffner

POQUER FALSO Y FATAL

O la guerra que nadie deseaba

La guerra que empezó Alemania en septiembre de 1939 era una guerra contra Polonia, Francia e Inglaterra. La guerra que Alemania perdió en mayo de 1945, era una guerra contra Rusia, América e Inglaterra. Alemania e Inglaterra fueron los dos únicos países que intervinieron activamente y que permanecieron enemigos desde el principio hasta el final de la contienda Solamente esta guerra ininterrumpida germano-inglesa hizo de la guerra europea de 1939 y de la Guerra Mundial de 1941 una unidad.

Esta guerra germano-inglesa, sin embargo, fue una guerra especialmente singular. Ninguno de los dos contrincantes en este desafío la había deseado; ninguno la había preparado. Ninguno tenía un plan de guerra; ninguno tenía un objetivo bélico.

Tampoco Hitler había deseado la guerra entre Alemania e Inglaterra. La guerra que él siempre había querido, era una guerra de conquista contra Rusia, la guerra del «espacio vital» en el Este. El plan de esta guerra contra Rusia encerraba otra guerra de preparación y respaldo contra Francia aunque siempre queda la duda de si Hitler no la tenía como necesaria en 1939. Pero Inglaterra no era para Hitler un enemigo ineludible que debía ser quitado del camino –como Francia–. Además las superpobladas Islas Británicas no ofrecían ninguna posibilidad como «espacio vital». Hitler estaba muy alejado todavía de la idea de perseguir la disolución definitiva del Imperio Británico que ciertamente se convirtió en uno de los resultados de esta guerra. Por el contrario: lo que le movía era el reparto del mundo en tres grandes potencias que estuvieran espalda contra espalda: el Imperio Británico de ultramar («Empire»), un Imperio mediterráneo Italiano («Imperium») y un Imperio Alemán del Este («Reich»). A su vez, Inglaterra estaba también lejos de desear la disolución del Reich alemán, pero fue igualmente uno de los resultados definitivos de esta guerra. Por el contrario: ella, Inglaterra,

había ayudado exactamente un año antes a hacer de este Reich un gran Reich alemán –pasivamente, con la anexión de Austria; activamente, con la anexión de la región de los Sudetes. Y hubiera estado dispuesta a colaborar también en la anexión de Danzig, si hubiera servido esto para evitar una guerra entre Inglaterra y Alemania. De todas las grandes potencias que intervinieron en la primera Guerra Mundial luchando contra Alemania, fue Inglaterra la que más se esforzó en evitar una segunda edición de 1914.

Chamberlain no era un soñador sino un calculador frío

Neville Chamberlain, el Primer Ministro inglés que el 3 de septiembre de 1939 declaró la guerra a Alemania, proclamaba once meses antes «Paz para nuestro tiempo», al conseguir que Hitler firmara una declaración germano-inglesa de que «nunca volverían a enfrentarse los dos en una guerra». Chamberlain fue el hombre del «appeasement», de la política de la paz y de la tranquilidad frente a la Alemania de Hitler. Que precisamente este «appeasement» viniera a ser el prólogo de la guerra, ha dado la razón definitiva a sus contrarios y críticos. La palabra «appeasement» se convirtió durante decenios en una especie de insulto político, y Chamberlain es tenido hoy más bien como un soñador ingenuo y demasiado confiado. Pero ciertamente que él no fue así. Él fue un calculador frío, y su política era muy pensada y calculada –quiza demasiado–. Con un hombre de estado alemán como socio que hubiera calculado tan fríamente como él las posibilidades e intereses de su país, no habría apenas fracasado en su política; y hubiera sido la persona apropiada para impedir la caída del poder político, tanto de Alemania como de Inglaterra. Pero Chamberlain no encontró un tal socio; el tener que enfrentarse precisamente con un Hitler en lugar de ese otro socio, fue su tragedia.
Chamberlain partía de dos hechos: Primero: de su opinión adquirida en sus largos años de experiencia, como canciller del Tesoro, de que una nueva gran guerra significaría para Inglaterra, aunque fuera un vencedor, la ruina económica del país. Segundo: de la sencilla constatación de que el Reich alemán había llegado a ser una gran potencia militar y que solamente por medio de una gran guerra se podría destruir. Teniendo en cuenta esos dos puntos de vista, Chamberlain sacó conclusiones frías: si el Reich alemán después de su derrota hace 20 años ha llegado a ser nuevamente poderoso e incluso amenazador, esto demuestra que no se había podido mantener el tratado de paz de Versalles, y eso que se apoyaba sobre las partes débiles de Alemania. Esto era señal de que se debía pensar si no era mejor hacerla amiga procurando (más o menos) cumplimentar sus deseos justos y crear así una cierta relación de confianza.
¡Y por qué no iba a ser esto posible! Si se tomaban en serio las intenciones de la política exterior de Hitler, expuestas en su obra «Mein Kampf», cabía pensar que él quería una amistad con Inglaterra. Y además de esto, sobre todo, «un gran Reich alemán», es decir, prácticamente la anexión de Austria, la región de los Sudetes y Danzig. Bien, Chamberlain estaba preparado a ayudarle a esto sin guerra. Él podía hacerlo, ya que Inglaterra tenía todavía poder e influencia.
Chamberlain creía poder conseguir por este servicio generoso de amistad, tres cosas: Primero, calmar –al menos por el momento– las ansias de expansión de Alemania; segundo, acostumbrar a Alemania a la colaboración con Inglaterra en lo tocante a la política exterior y con ello lograr un cierto control inglés sobre los planes futuros de Alemania; tercero, el claro reconocimiento, por todos, del principio de estados nacionales como base europea para la paz.
Sin embargo, «Mein Kampf» contenía además planes gigantescos de conquista a expensas de Rusia; pero éstos no eran tan fáciles de llevar a cabo. Y a Inglaterra esto le proporcionaba la ventaja de permanecer al margen de cada acontecimiento germano-ruso. Mientras los dos gigantes del continente se mantuvieran mutuamente en jaque, Inglaterra y Francia seguirían siendo el fiel de la balanza en Europa.

Dar la mano a Hitler para manejarlo mejor

En el fondo la política de Chamberlain –como toda la política inglesa– era una política de equilibrio de fuerzas en Europa. Su objetivo era mantener un estado de enemistades frenadas y al mismo tiempo de paz vigilada entre Alemania y Rusia bajo un control inglés.



En la política inglesa empezó a soplar otro viento cuando, el 10 de mayo de 1940, el Primer Ministro Chamberlain (foto de la izquierda) tomó su sombrero, dejando el sitio libre para su sucesor Winston Churchill (foto de la derecha). El cambio de gobierno supuso el fin de la política del «appeasement».

Y este ten con ten debía ser ejercido sobre Hitler y no sobre Stalin: pues era Hitler el que quería conquistar Rusia, y no Stalin Alemania. A Hitler se le debía dar la mano –para tenerlo como amigo, si era posible; es decir, para manejarle, si fuera preciso.

Pero Hitler no deseaba ser llevado de la mano; quería «mano libre» hacia el Este. Esta diferencia latente entre Chamberlain y Hitler creó ya en los años del «appeasement» una silenciosa lucha entre Inglaterra y Alemania; una lucha en la que Inglaterra sólo buscaba amansar a Hitler mediante favores; mientras que Hitler lo que buscaba era desacostumbrar a Inglaterra de una vez para siempre de su apasionado deseo de intervención. Solamente esto puede explicar que Chamberlain considerara como triunfo el acuerdo de Munich, en el que él (Chamberlain) había hecho solamente concesiones (a costa de Checoslovaquia); había conseguido llevar a Hitler a la mesa de negociaciones y le obligó a tomar acuerdos con las fuerzas del Oeste; mientras por el contrario, Hitler, precisamente por esta razón, no sentía lo de Munich como un triunfo diplomático, sino como una especie de derrota: Él había conseguido todas sus exigencias, pero por mediación del juego de Chamberlain, en lugar sencillamente de haberse tomado por su cuenta lo que él quería.

Revisión europea de fronteras mediante una consulta permanente germano-inglesa, o mano libre para Hitler en dirección al Este –sobre esta cuestión, aparentemente sólo formal, se basó única y exclusivamente la crisis de Munich– y estuvieron un par de días casi al borde de la guerra; en este asunto, Chamberlain estaba dispuesto desde el primer momento a satisfacer a Hitler a costa de Checoslovaquia, cosa que entonces casi nadie había comprendido. Pero la diferencia entre «el método de consulta» y la «mano libre» no era ciertamente una pura formalidad. Una cosa significaba que Europa –incluida Europa del Este– sería regida por el concierto de las cuatro potencias del Oeste, siendo Inglaterra y Alemania las que darían el tono; la segunda hacía a Hitler único señor de la Europa del Este. ¡Una diferencia importante para polacos, checos, rumanos y yugoslavos!

Pero el fondo de la cuestión era muy otro: la futura guerra contra Rusia. Si Hitler dejaba que los ingleses continuamente se entrometieran en su política exterior, él debía calcular que su plan principal de conquistar y colonizar Rusia (pasando por alto la guerra de preparación contra Francia) se iría abajo tarde o temprano a causa de la política inglesa del equilibrio de fuerzas. Claro está que antes de llegar a ese extremo prefería él renunciar a la amistad de Inglaterra. Su «venganza» por lo de Munich fue, seis meses después, la marcha sobre Praga –una bofetada para Chamberlain, a la que éste contestó inmediatamente con la garantía inglesa de apoyo a Polonia. Con esta garantía marcó Chamberlain a su contrario en el juego: «¡Eso no era lo apostado!», y: «ninguna otra decisión solo». Sin embargo un nuevo Munich sobre el asunto de Danzig no quedaba excluido.

Ambos juegan sucio

Chamberlain era, como lo describía tiempo después su crítico de muchos años, Churchill, un hombre tenaz que no se dejó desviar de su meta: amansar a Hitler. Primeramente intentó esto a base de ofertas, luego –la crisis de Munich– con una mezcla de ofertas y amenazas, y después siempre con necesarias y francas amenazas. Estas amenazas eran claramente en gran parte tretas: Inglaterra no podía en el peor de los casos defender a Polonia; y Hitler –decidido a demostrar que era indomable– contestaba a las amenazas con contraamenazas y a las tretas con trucos mayores. Que de todo esto resultaría entre Inglaterra y Alemania una guerra a vida o muerte, no lo creyeron ninguno de los dos hasta el último momento; ambos no lo querían tampoco –cada uno sabía muy bien que con una guerra sajaban su propia carne: y cada uno confiaba en que el otro también sabía esto, y al final daría marcha atrás. El prólogo de la guerra tuvo lugar en el verano de 1939, un tenso juego de póquer entre Chamberlain y Hitler, en el que cada uno intentaba engañar al otro con trucos hasta que los engaños fueron de tal calibre que ninguno pudo volverse atrás.

A la garantía inglesa sobre Polonia, Hitler respondió con el pacto de no agresión germano-polaco y el convenio marítimo anglo-alemán. En un texto muy claro se dice que él no se deja asustar por la garantía de Inglaterra a Polonia, en caso de una guerra contra esta última, sino que se haya dispuesto también a llevar la guerra contra Inglaterra. Nueva mentira, porque bajo ningún pretexto Hitler quería llegar a una guerra con Inglaterra; sólo quería mostrar que no se dejaba intimidar por Inglaterra. Por esta razón Chamberlain entabló negociaciones para una coalición con Rusia.

Nueva mentira: Chamberlain no deseaba ninguna coalición con Rusia; él sólo quería impresionar a Hitler. Pero inmediatamente Hitler imaginó otra triquiñuela superior: cerró el tratado con Rusia, mientras que Chamberlain sólo se lo había propuesto. En el fondo todo seguía siendo una mentira, pues Hitler no dudó un momento de sus planes de conquista sobre Rusia. Pero cuando el 23 de agosto tenía en el bolsillo su contrato con Moscú, creyó haber ganado definitivamente el juego a Inglaterra. ¡Mentira!: el 25 de agosto Inglaterra cambió su garantía hacia Polonia en un tratado formal de mutuo apoyo; de esta manera ya no podría desentenderse en caso de guerra. ¿Atacaría Hitler a Polonia a pesar de esto? Ciertamente que Hitler retiró una vez más la orden ya dada de ataque. Pero también es cierto que él había preparado de nuevo el camino mediante un tratado secreto con Rusia para el reparto de Polonia, y entre el 25 de agosto y el primero de septiembre se reafirmó en su convencimiento de que Chamberlain seguía jugando sólo con apariencias.

Dos días tardó Chamberlain en declarar la guerra a Hitler por su ataque a Polonia; y cuando lo hizo, confesó en la radio con voz entrecortada que aquello era el hundimiento de su política y de sus esperanzas.

Hitler sorprendido, desanimado, perplejo

A pesar de todo Hitler fue sorprendido y desconcertado por la declaración de guerra inglesa. «¿ahora qué?» Dijo él a Ribbentrop –con un cierto asomo de perplejidad. De tal manera fue para él sorprendente, tanto la declaración de guerra inglesa –como posteriormente la francesa– que estuvo a punto de abandonar sin más la lucha por el Oeste. Pero la declaración de guerra no trajo consigo ninguna guerra por la parte de las potencias del Oeste. La campaña de Polonia pudo realizarse tranquilamente sin que se moviera una hoja en el Oeste. Al parecer la declaración de guerra por parte de los ingleses había sido sólo otra apariencia. E, incluso, en esto había mucho de verdad, ya que este primer medio año de guerra, en el que no había tenido lugar ningún acto bélico dentro de los países del Oeste, no dejó de ser una especie de entreacto –si así se quiere expresar: es decir, el último acto de la política de «appeasement» de Chamberlain. Pero su destinatario no era ya Hitler sino (en formulación pública dada por Chamberlain) «un gobierno alemán en cuya palabra se pudiera confiar». Con Hitler había terminado Chamberlain; pero él continuaba esperando todavía al socio alemán con el que hubiera podido llevar al éxito su política de ««appeasement». La guerra entre Inglaterra y Alemania se hizo solamente irrevocable cuando Chamberlain cedió su puesto a Churchill el 10 de mayo de 1940, el mismo día 10 de mayo en que el Ejército alemán atacaba al Oeste. □

"CUATRO ANILLOS" CONTRA "BUENA ESTRELLA"

Halwart Schrader

1938: en la curva norte del circuito Avus berlinés, Mercedes va por delante de Auto Union.

Incluso las victorias en serie de los «Flecha de Plata» alemanes en los circuitos de carreras internacionales se las apropió el mando nacionalsocialista para sí. Sin embargo, los éxitos de los motores deportivos no fueron una consecuencia auténtica de la «voluntad inquebrantable de victoria del movimiento de libertad nacionalsocialista», como afirmaba el jefe de Cuerpo Hühnlein, sino más bien el resultado de la lucha competitiva de dos firmas automovilísticas gigantescas: Daimler-Benz contra Auto Union.

Ya en los años veinte había empezado Daimler-Benz su fama en las carreras con la construcción de autos de brillante competición. Con sus modelos S, SS, SSK, y SSKL, los constructores suabos consiguieron alcanzar con «Buena Estrella», en Untertürkheim desde 1927 a 1933, una de las marcas más altas en el deporte del motor.

Bugatti y Alfa Romeo, los archirrivales de Francia e Italia, no pudieron apenas competir con los éxitos de Daimler. En este momento apareció un hombre en el plan, que afirmaba haber llegado el momento culminante de que sucediera algo nuevo. Su nombre: Ferdinand Porsche. Después de abandonar la firma Daimler-Benz, actuó por poco tiempo en la Casa Steyr, en Graz; volviendo después a Stuttgart, donde en enero de 1931 emprendió la construcción de una oficina técnica propia. De aquí salió no sólo la idea del Volkswagen, sino del Porsche; y su *team* diseñó también un coche de carreras con la intención de ofrecerlo a un gran consorcio. No tenía que ser necesariamente a Daimler-Benz, pues para dicha empresa, Porsche ya había construido antes un auto –compresor– de 7,7 litros, el cual había demostrado ser invencible.

Sin embargo, ya existía desde 1932 la Auto Union, que se había unido a las firmas radicadas en Sajonia, DKW, Audi, Horch y Wanderer. Este nuevo potencial en la industria automovilística nacida de la situación crítica de la economía internacional, pareció a Porsche la más apropiada para aparecer ante el público con un nuevo auto de carreras bajo el emblema del consorcio de los «Cuatro Anillos». Había encontrado la dirección justa para su proyecto. En las carreras deportivas automovilísticas internacionales lo único interesante era la fórmula para el «Grand-Prix». Esta fue nuevamente definida en 1934 y rezaba: peso máximo de un auto de carreras: 750 kg, pesado sin combustible, sin aceite, sin refrigerante, ni neumáticos. Alfa Romeo se alegró, pues los bólidos rojos italianos eran en comparación más ligeros; Bugatti y Maserati opinaban que con una pequeña cura de adelgazamiento conseguirían este peso.

Con todo, los alemanes no perdieron el tiempo. El 27 de mayo de 1934, bajo ▷

una lluvia torrencial, tuvo lugar su estreno: la gran carrera de Avus; el nuevo Auto Union con los famosos pilotos Stuck y Momberger hizo sobre la pista, completamente mojada, un debut maravilloso.

Es verdad que nuevamente triunfaba un Alfa. Pero Stuck había tenido mala suerte. Según la opinión de algunos, los neumáticos no resistirían hasta el final, teniendo Auto Union que detener el automóvil de Stuck para cambiarlos. Más tarde se pudo constatar que estas medidas de prudencia para la seguridad de Stuck, habían sido innecesarias.

En el siguiente circuito en Eifel apareció por primera vez el Mercedes con su nueva construcción adaptada a la reciente fórmula de 750 kilos. Manfred von Brauchitsch venció con su W 25 y demostró a los italianos y franceses que para ellos el futuro no sería fácil.

Los años siguientes fueron para los corredores automovilísticos extranjeros en verdad una desilusión. Mercedes Benz y Auto Union dominaron con escasas excepciones la pista. Tanto en Untertürkheim como en Chemnitz los ingenieros dieron mucha importancia al desarrollo de autos de muy poco peso, pero de una gran potencia. La fórmula del auto de carreras Mercedes tenía: un motor de 8 cilindros con una capacidad de 3360 cc que producía, a 5800 revoluciones, 354 CV. Las características de la máquina eran dos árboles de levas en la parte superior y un compresor. La velocidad máxima de este bólido conseguida por el piloto favorito Rudolf Caracciola era de 317 km/h.

El bólido de carreras de Auto Union tenía un motor central reglamentario colocado entre el respaldo del piloto y el eje trasero. Se trataba de un motor en V de 16 cilindros, igualmente con compresor. De una cilindrada de 4360 cc, con la que podía conseguir 400 CV, a 5000 revoluciones; pudiéndose aumentar el rendimiento hasta 520 CV, si se ampliaba la cilindrada a 6010 cc. Con este gigante venció Hans Stuck para Alemania en el «Grand-Prix» de Suiza y en el circuito de Nürburgring. El Mercedes ganó para sí el Gran Premio de Italia y España.

En el extranjero había malas caras: los alemanes, se decía por todas partes, vienen a las competiciones con una serie de prototipos financiados en su totalidad por el Gobierno de Hitler, mientras los demás participantes deben trabajar con medios más modestos. Ciertamente que las subvenciones que afluían al deporte automovilístico alemán eran muy sobreestimadas. Es verdad que Adolf Hitler había prometido un apoyo generoso al deporte del motor, pero las cantidades se mantenían



1



2



3



4



5

① *Trípoli, 1936: Achille Varzi, ganador con el Auto Union de 16 cilindros.*

② *El legendario BMW 328: 80 CV, 1971 cc, 160 km/h.*

③ *Famoso en los años 20: el Mercedes Benz SSK-Roadster.*

④ *Ante la Copa Vanderbilt: Bernd Rosemeyer (Auto Union).*

⑤ *El Mercedes más pequeño: 130 H, con 1301 cc y el motor en la parte posterior.*







⑥ ***Auto de carreras de la fórmula 750 kg, en 1937: Mercedes-Benz W 125.***

⑦ ***Dos de los pilotos de Stuttgart: M. v. Brauchitsch (a la izquierda) y R. Caracciola.***

⑧ ***El as de Chemnitz: Hans Stuck, ganador en Bélgica.***

⑨ ***Intento de establecer una marca mundial en 1937: Bernd Rosemeyer en el prototipo de Auto Union.***

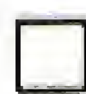


siempre dentro de ciertos límites. En el ejercicio del año 1936/37, por ejemplo, gastó la Auto Union nada menos que 2.400.345 DM y 83 Pf. en el deporte automovilístico; el Estado les compensó con 526.000 DM; es decir, menos de un cuarto de lo desembolsado. Por lo demás, el Estado alemán no era el único que apoyaba al deporte de carreras. En Italia, Alfa Romeo había sido asociado al «Istituto di Recostruzione Industriale» (IRI) y de esta forma quedaba bajo la protección del Estado como control. También Mussolini tenía gran interés en ver triunfar a los autos de su país y mandaba financiar proyectos de gran envergadura. Que el rojo Alfa, a pesar de todo no pudiera en absoluto contra el «Flecha de Plata» alemán, radicaba probablemente en la diferencia de tipos y modelos que estaban elaborándose en los talleres de Alfa. No lograron crear un modelo rival para desterrar de la competencia al Auto Union y al Mercedes. Por esta razón la lucha entre los sajones y los suabos cada vez era mayor. 1936 fue un año completo para Auto Union. La figura principal en la nueva generación de pilotos fue el joven Bernd Rosemeyer. Él ganó el Gran Premio de Alemania, Italia y Suiza; este joven de 27 años de edad llegó a ser campeón de Europa y desplazó al segundo puesto a Rudolf Caracciola, diez años mayor que él. Un hecho, que con dificultad pudo sobrellevar el hombre que con su Mercedes «Carratsch» había triunfado desde hacía diez años. Al año siguiente, el último con la fórmula 750 kilos, el Mercedes se tomó la revancha y recuperó los laureles. Los de Untertürkheim seguían siendo invencibles. Los héroes al volante del «Flecha de Plata» se llamaban Caracciola, von Brauchitsch, Lang y el británico Seaman. E, incluso, cuando la AIACR cambió la fórmula (3000 cc, con compresor, 4500 cc sin compresor), en París para la temporada de 1934, esto no significó en absoluto un relevo de marcas en las pistas de Europa. Los «Cuatro Anillos» y la «Estrella de Tres Puntas» mantuvieron muy alto el prestigio alemán en todas las competiciones importantes, repartiéndose entre sí trofeos, copas y demás premios.

En 1937, 1938 y 1939, el pequeño DKW de un ciclo de dos tiempos consigue la victoria en el Rallye de Monte Carlo. Esto supone para los ambiciosos entusiastas del deporte hacia los autos pequeños, incluso con una carrocería Roadster *made in Italy,* un pequeño milagro.

El deporte automovilístico alemán termina con el Mille Miglia (Brescia-Cremona-Brescia) en el año 1940. Hace tiempo que la guerra hierve en Europa; a pesar de todo, los colores alemanes triunfan nuevamente con una dura concurrencia. Desde 1928 el circuito de mil millas es (con una única excepción) un asunto exclusivamente del Alfa Romeo. Ahora ruedan en Munich los compactos BMW-Coupés para volver a triunfar; los pilotos son: Fritz Huschke von Hanstein y Walter Bäumer. Su BMW 328 completamente cubierto tiene una potencia de 135 CV. Hasta el estallido de la guerra, el deporte del motor alemán había vivido su edad de oro: 28 victorias en el «Grand Prix» entre 1930 y 1940, los «pequeños» grandes premios de categoría nacional o regional no cuentan aquí: 22 marcas mundiales, 137 marcas internacionales de clase.

El superlativo de todos los autos rapidos no llegó a estrenarse: el T 80 construido por Daimler-Benz, un monstruo de tres ejes, mitad avión y mitad ballena, que debía ser equipado con un motor de avión de 3000 cc. El gigante construido en colaboración con Porsche debía ganar para Alemania todas las marcas mundiales superando a los vehículos nacionales. Pero por desgracia este triunfo no le fue dado al jefe de Cuerpo Hühnlein, como presidente que era del Departamento Superior Nacional Deportivo para el Automovilismo Alemán (ONS).





William Lawrence Shirer

Diario

2 de septiembre de 1939
Hace dos días que ha empezado el ataque contra Polonia, y ni los británicos ni los franceses han cumplido sus promesas ¿Querrá significar esto que tanto Chamberlain como Bonnet quieren la no intervención?

3 de septiembre de 1939
«El contraataque» de Hitler sobre Polonia ha pasado a ser en ese «Sabbath» (sábado judío) una Guerra Mundial. Para recordar mejor esa fecha: el 3 de septiembre de 1939. Hora: 11 de la mañana. Los titulares de las tiradas extraordinarias: «Ultimátum británico rechazado» e «Inglaterra declara la guerra a Alemania». Un titular típico para hacer de Inglaterra la cabeza de turco: «¡El Memorándum Alemán muestra la culpabilidad de Inglaterra en la Guerra!» Hacia las 12 del mediodía se encuentran en la Wilhelmplatz a pleno sol unas 250 personas que escuchan con atención lo que anuncia un altavoz: Que Inglaterra ha declarado la guerra al Reich alemán. Al final de esta noticia todos los allí presentes permanecían mudos. Ninguno se movía del sitio; no se oía ningún murmullo. No querían creer que Hitler se dejara arrastrar a la guerra. Yo vagaba por las calles. Las caras de las gentes expresaban extrañeza y preocupación. Hasta ahora todos podían seguir dedicándose sin molestias a sus negocios. ¿Pero, qué pasaría a partir de ahora?

4 de septiembre de 1939
Por ahora ningún ataque aéreo. Aunque los británicos y franceses ya participan en la guerra. ¿Significa esto que en esta guerra no llegarán a caer bombas sobre las ciudades, que la población civil permanecerá respetada, que se dejará en paz a mujeres y niños? Las gentes respiran tranquilas. En las primeras noches de esta guerra no han dormido mucho. ¡No llegará a ser tan mala como se había temido!
He oído esta tarde, de Nueva York, que el Athenia *ha sido hundido con 1400 pasajeros, entre ellos 240 americanos. Los ingleses dicen que la ha hundido un submarino alemán. La prensa alemana lo desmiente naturalmente. El mando supremo me ha sometido a una censura militar. Pero, por suerte el jefe de la censura, un oficial de marina es un hombre razonable y decente. He cambiado con él en los últimos días algunas palabras amistosas. Dentro de los límites que se me ofrecen, puedo entenderme bastante bien con él. La guerra empieza a penetrar poco a poco en las personas; hoy por la tarde se ha dado una disposición por la que los impuestos sobre los ingresos subirán un 50 % a partir de hoy mismo; al propio tiempo los impuestos sobre la cerveza y el tabaco se gravan de una manera notoria. Además el Estado congela los precios y salarios.*
Eran de ver las caras que pusieron los alemanes, al enterarse por la noche que los británicos por primera vez habían bombardeado dos ciudades: Cuxhaven y Wilhelmshaven. ¡Ahora nos llega la guerra a casa! ¡Y nadie la quiere!

5 de septiembre de 1939
¡Qué extraño! En el frente del Oeste todo está tranquilo. Se nos ha asegurado hoy que en la Wilhelmstrasse no se ha oído ni un solo tiro. La Sociedad de Radio del Reich ha enviado las primeras noticias del frente. La plaza fuerte de Graudenz ha caído y los alemanes han logrado romper la línea. Después de un difícil arranque, avanzan muy rápidamente. En el Sur se ha cercado la ciudad de Cracovia.

6 de septiembre de 1939
Cracovia, la segunda ciudad de Polonia por su importancia, ha caído. El Mando Supremo ha dado a conocer que también Kielce ha sido conquistada. Me ha deparado una gran sorpresa comprobar que esta ciudad se halla situada tan al este. Se encuentra mucho más al este que Lodz y Cracovia, casi al sur de Varsovia. Nadie suponía que los alemanes hubieran llegado tan lejos. Dentro de una semana habrán traspasado sus fronteras de 1914. Todo parece indicar que se trata de la derrota de Polonia.

7 de septiembre de 1939
He oído hablar hoy mucho sobre la paz. Se sospecha que Hitler después de la victoria alemana sobre Polonia ofrecerá la paz a los países del Oeste. Yo escribí sobre esto en mi emisión con mucha prudencia, pero el censor no permitió ninguna de mis líneas a este respecto.
Una disposición de hoy: todo el que «ponga en peligro la fuerza defensiva del Pueblo alemán», será castigado con la muerte. ¡Una disposición que le permite al jefe de la Gestapo, Himmler, un gran margen de movimiento!

8 de septiembre de 1939
El Mando Supremo alemán comunica que hoy a las 13 horas las tropas alemanas han alcanzado Varsovia. La noticia la ha dado la radio a las 19,15 horas. Al terminar esta noticia una orquesta toca «Deutschland, Deutschland über alles» y la canción de Horst-Wessel. Hasta nuestros agregados militares se quedaron perplejos ante esta noticia. Pero este gran alborozo no se hizo notar en las calles de Berlín. A mí me extrañaba la indiferencia reflejada en la cara de los berlineses. Es decir, Polonia había sido aplastada, y, sin embargo, en el frente del Oeste seguía sin oírse tiro alguno. Por lo menos esto decían los alemanes. Himmler no pierde el tiempo: Ayer apoyándose en la disposición dada, se ha ejecutado al primero. Johan Heine de la ciudad de Dessau. Fue fusilado, así se dice, «por que él se había negado a participar en la lucha por la defensa».

10 de septiembre de 1939
Una semana después de la declaración de guerra anglo-francesa se pregunta el hombre medio de la calle, si es auténticamente una guerra.
Inglaterra y Francia cumplen formalmente su obligación frente a Polonia. Desde hace una semana, se encuentran ellos en guerra. ¿Pero es de verdad esto una guerra? Sí, los británicos han enviado 25 bombarderos sobre Wilhelmshaven: ¿Pero, por qué solamente 25, si ellos también participan en la guerra? ¿Por qué no sucede nada en la región de Renania? El corazón industrial de Alemania se mueve a lo largo del Rhin. Aquí se produce la munición que ocasiona efectos mortales en Polonia. Pero, a pesar de todo, no ha caído ni una bomba sobre las fábricas de Renania. ¿Es esto guerra? Las caras aquí no son hoy, domingo, tan largas como hace una semana.
La vida sigue muy normal. Las óperas, teatros y los cines están hasta los topes.

11 de septiembre de 1939
El Mando Supremo da a conocer que la batalla gigante de Polonia va llegando a su fin. Se espera la liquidación del ejército polaco. Por primera vez anuncia hoy un informe de guerra algunos tiroteos de la artillería en el frente del Oeste. Un titular como en el D.A.Z. «los polacos bombardean Varsovia». La prensa esta llena de mentiras fantásticas. Ésta por ejemplo: dos agentes secretos británicos han organizado el asesinato de alemanes en Bromberg. □

A causa del gran número de canales y cursos de agua existentes en Holanda y Bélgica, la balsa neumática resultó el instrumento indispensable de la infantería para el asalto por sorpresa (a la derecha).





Cazadores paracaidistas en su lanzamiento para ocupar un aeródromo enemigo. En tierra encuentran los paquetes, que contienen las armas pesadas y demás instrumentos, arrojados con anticipación. Las acciones de asalto, que iban con frecuencia acompañadas de grandes pérdidas, no se desarrollaban tan perfectamente como aquí las representa un dibujante de la compañía de Propaganda.



La caída de Rotterdam

Al frente en tranvía

Tragedia y comedia van de la mano en la lucha por la conquista de Rotterdam. El comandante holandés de la plaza de Rotterdam, coronel Scharroo, confía en la superioridad de los defensores. No cree, al principio, en el potencial bélico alemán. Cuando, finalmente, ve con claridad su equivocación, es demasiado tarde: una parte de los aviones militares alemanes no puede ser ya detenida. El núcleo antiguo de la ciudad de Rotterdam yace en escombros y cenizas –900 personas de la población civil encuentran aquí la muerte–. Lo cómico del episodio de Rotterdam radica en que 50 paracaidistas alemanes, bajo el mando del teniente Kerfin, caen desde el cielo sin ser descubiertos, andan por las calles con entera libertad y, al fin, cuando el camino se hace demasiado largo para ellos, llegan a sus puestos con un tranvía requisado.

Es algo más de la hora X. El jefe supremo de las Fuerzas Armadas alemanas, Adolf Hitler, junto con sus generales, se encuentra delante del mapa de la situación en el cuartel general de Münstereifel. Una vez más les recuerda lo que reviste mayor importancia:

– La toma del fuerte de Eben-Emael junto al canal Alberto en Bélgica, para asegurar el avance sin peligro de las columnas acorazadas del Ejército 6 del general von Reichenau.

– La toma de los puentes de Moerdijk, Rotterdam y Dordrecht, sobre los brazos de la desembocadura del Rhin y del Mosa para asegurar el paso libre a los carros del general Rudolf Schmidt del Cuerpo de Ejército XXXIX. Ambas acciones se confían a paracaidistas con una preparación muy cuidada.

Además, 15.000 hombres de la División 22 de tropas aerotransportadas deben ocupar importantes aeródromos y carreteras a espaldas del enemigo y mantenerse hasta la llegada de sus propias unidades militares.

Vuelo de emboscada

Una de estas comunicaciones vitales para el avance de las tropas es la carretera de La Haya a Rotterdam. Una parte de los *Ju 52* que despegaron en la mañana del 10 de mayo en dirección al norte está sobrevolando la carretera que deberá ser empleada como base, más allá de las líneas enemigas. Sin embargo, los aparatos, cargados hasta el límite de sus posibilidades con soldados de la División 22 de tropas aerotransportadas, armas y munición, vuelan en emboscada. La noticia de un próximo ataque el día 10 de mayo, transmitida por el coronel del *Abwehr* Hans Oster al agregado militar holandés en Berlín, hace que los holandeses, en el último minuto, claven barras de acero en la carretera. Los *Ju*, al intentar aterrizar en este bosque de barras de hierro, quedan destrozados y acaban por incendiarse. La infantería holandesa, colocada a ambos lados de la carretera, dispara sobre los restos.

Sólo una pequeña parte de las tropas aerotransportadas logra reagruparse y se ve obligada a luchar con dureza por la pequeña cabeza de puente. Algunos *Ju* que se disponen a aterrizar pueden dar la vuelta en el último momento; otro grupo, preparado para el despegue en el aeródromo de Sennelager, queda retenido en el último instante.

En el aeródromo de Rotterdam-Waalhaven y en los puentes de Moerdijk las operaciones se llevan a cabo con éxito. Después de un ataque de los *Stuka* (acción de bombardeo en picado) sobre el *bunker* situado cerca de los puentes ferroviarios de Moerdijk, el II Batallón del Regimiento de paracaidistas bajo el mando del capitán Prager se arroja sobre uno de los puentes de la carretera, de más de un kilómetro de longitud, ocupando tras un pequeño combate este puente y el de la línea férrea.

El III Batallón del Regimiento 1 de paracaidistas, bajo el mando del capitán Karl-Lothar Schulz, subordinado directo del general Kurt Student, recibe la orden de tomar el aeródromo de Waalhaven en una acción rápida, esto es, mediante un lanzamiento sobre el objetivo. A continuación, las tropas de la División aerotransportada 22 deben aterrizar en aparatos de transporte y ampliar la cabeza de puente.

Los paracaidistas se arrojan en un infierno de llamas. Aunque la plaza es bombardeada en ese momento, los hombres son objeto de un terrible tiroteo por parte de los holandeses. La mayor parte de las bajas entre los paracaidistas se debe a los propios alemanes: un *Ju* suelta a sus paracaidistas sobre los hangares, que poco antes han sido bombardeados con bombas incendiarias por los alemanes. De este modo los hombres se precipitan sobre el fuego.

Grupos de la vanguardia de la División 22 logran aterrizar, forman una tenaza y acorralan a los holandeses, que se ven obligados a entregarse.

El grupo Norte de esta misma División 22, bajo el mando del general Graf Sponeck, debe aterrizar en los aeródromos de Katwijk, Ypenburg y Loosduinen, en la periferia de La Haya, para introducirse en la ciudad y ocupar el palacio del rey y el edificio del Gobierno. Sin embargo, los holandeses están preparados. En el aeropuerto de Ypenburg consiguen derribar 11 de los 13 aparatos de transporte. Poco después aparece la segunda oleada de *Ju*. Es la 3.ª Escuadrilla del Grupo de combate para objetivos especiales n.º 9, que ha despegado en Lippspringe a las 6,06 de la madrugada. En el segundo aparato, detrás del capitán de Escuadrilla, vuela el sargento Aloys Mayer. Y en su *Ju* va el general que dirige toda la acción, Graf Sponeck. En Ypenburg no pueden aterrizar porque el lugar está lleno de restos de los aviones *Ju* derribados por las balas. Así que prosiguen el vuelo hacia Loosduinen. Allí se encuentran con el mismo cuadro. El *Ju* del comandante es alcanzado por varios disparos antiaéreos. Mayer no sabe dónde aterrizar. El general Sponeck decide que debe intentarlo sobre un prado. Otros aparatos siguen su ejemplo. El general reúne un pequeño grupo de combate. Van uniéndosele soldados de infantería hasta llegar a un número aproximadamente de 1000.

Con un pequeño aparato de radiotelegrafía pueden al fin entrar en contacto, aunque muy débilmente, con la 2.ª *Luftflotte* del general von Kesselring. El comandante en jefe ordena a Sponeck que abandone el ataque sobre La Haya y se dirija contra la parte Norte de Rotterdam.

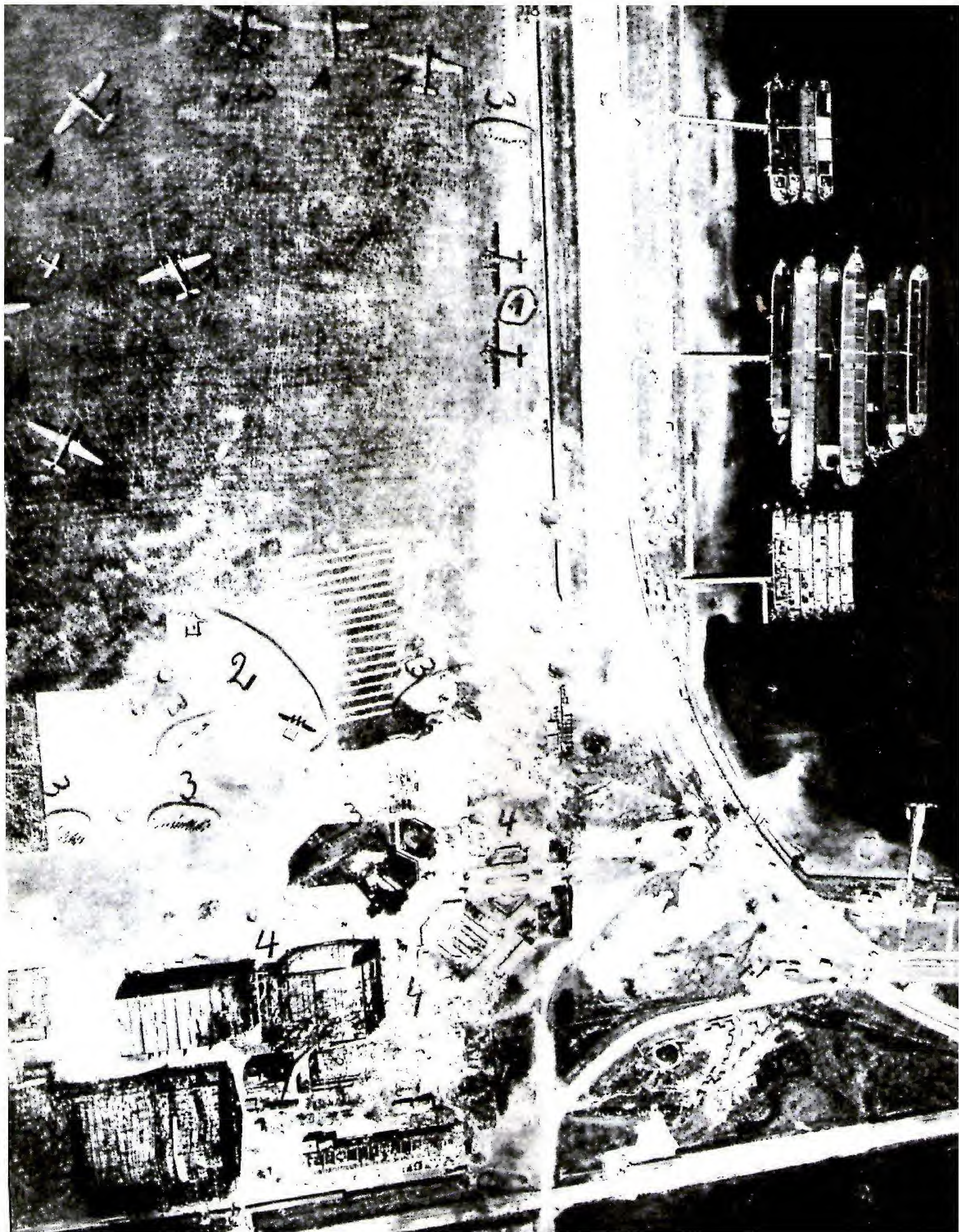
Hay una noticia que el mariscal del Reich, Hermann Göring, espera con ansiedad esa mañana en el cuartel general del *Führer* en Münstereifel. Se trata de una pequeña operación, pero de gran alcance estratégico: la ocupación del Willemsbrücke sobre el Nieuwe Maas (Nuevo Mosa), en Rotterdam. Este puente ferroviario y de carretera es muy importante, porque por él pueden llegar las diferentes unidades militares alemanas hasta el corazón de la defensa holandesa. Esto toca especialmente de cerca al XXXIX *Panzerkorps* del general Rudolf Schmidt. Si los carros alemanes no logran pasar sobre el puente del Nuevo Mosa, tendrían ante sí a las tropas holandesas de la fortaleza Holanda y, a la espalda, al Ejército 7 francés del general Giraud, que sigue avanzando. Dos unidades selectas duramente entrenadas han sido previstas para tomar en un golpe rápido y por sorpresa el Willemsbrücke: la 11.ª Compañía del Regimiento de Infantería 16, y la 11.ª Compañía del Regimiento de paracaidistas 1.

En la tarde del 9 de mayo, los soldados de infantería fueron trasladados repentinamente a Bad Zwischenahn, junto a Oldenburg. En el lago de Zwischenahn han aterrizado entretanto doce *He 59*, hidroaviones de construcción antigua. En las primeras horas de la madrugada sube a bordo de los aparatos la 11.ª Compañía, reforzada por un grupo de zapadores. Los aviones van cargados hasta los topes.

Un puente en el centro de Rotterdam

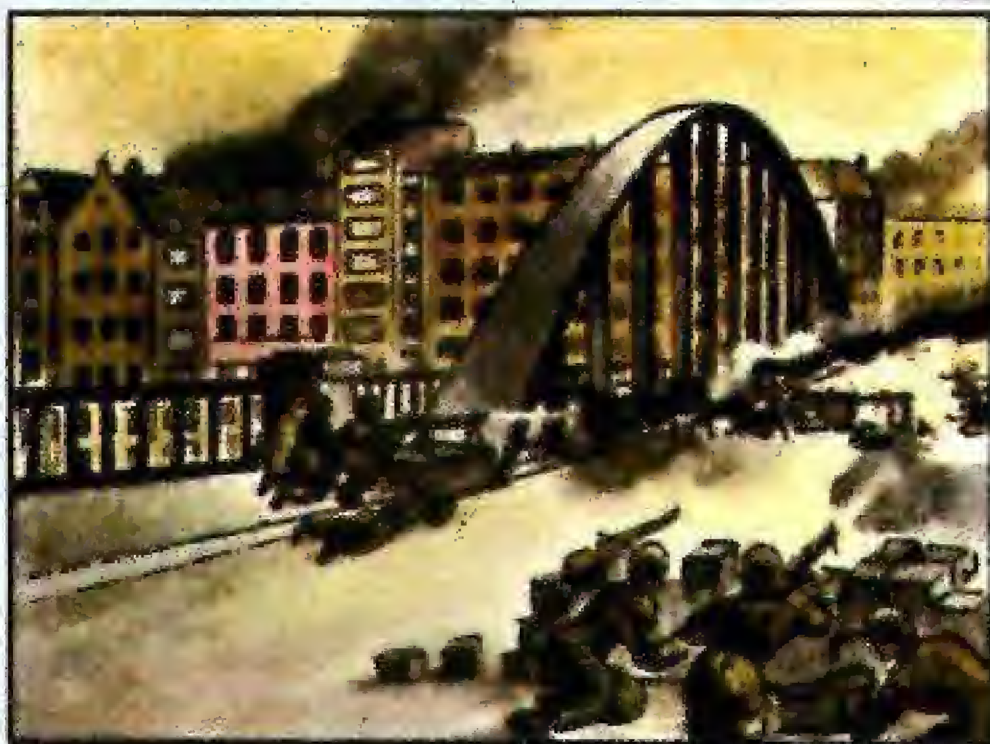
Son ciento veinte hombres, al mando del teniente Schrader, que con sus

***Ilustración de la derecha:* toma fotográfica hecha a vista de pájaro del aeródromo de Waalhaven en Rotterdam, ocupado por los cazadores paracaidistas. La fotografía está hecha después del aterrizaje de las tropas. 1) aparatos de transporte alemanes del tipo «Ju-52». 2) aviones holandeses del tipo «Fokker» con doble fuselaje característico; un aparato está ardiendo. 3) soldados alemanes avanzan hacia sus puestos de ataque. 4) el edificio del aeródromo completamente destruido por las bombas.**


3
1
2
3
3
3
3
4
4
4



Es sind des höchsten Ruhmes Träger
die unerschrocknen Fallschirmjäger;
sie landen in des Feindes Rücken
und sichern den Besitz der Brücken.



In Rotterdam dringt ein die Schar,
nicht kümmert Tod sie und Gefahr,
die Brücken schützen sie verbissen,
die unzerstört sie halten müssen.



Und Stunden, Tage liegen sie
im Feuer schwerer Artillerie,
sie kämpfen eisern, Mann für Mann! —
Da rollen unsere Panzer an.



Es kämpfte zwar der Feind erbittert,
doch seine Stellung ist erschüttert,
geschlagen Engelands Vasallen! –
Die „Feste Holland" ist gefallen.



Sinnlos war dieser Widerstand,
die Stadt, die Schiffe stehn in Brand.
Wer sich mit Engeland verbündet,
den Tod durch Deutschlands Waffen findet.

1

1: La lucha por Rotterdam en un libro escolar del III Reich. Versos para celebrar la victoria.

2: Un paracaidista protege un puente en Dordrecht.

3: Descanso en la lucha. Los paracaidistas se reúnen entre las ruinas de Rotterdam.

4: Avance de unidades del Ejército hacia la ciudad vieja de Rotterdam.



3



4



2









5: Los «Ju-52» con las tropas, que debían aterrizar en la carretera La Haya-Rotterdam, se estrellan contra las barras de acero puestas en la carretera. Los aparatos se hacen pedazos o se incendian. Los pocos supervivientes emergen entre los restos y se defienden tenazmente contra los holandeses.

6: Paracaidistas protegen una posición tomada a los holandeses en Rotterdam.

armas se acomodan como pueden en los viejos biplanos. Los aparatos que antiguamente habían sido empleados como aviones de socorro en el mar y de reconocimiento, son francamente peligrosos a causa de su escasa velocidad. No obstante, llegan a su meta sin traba alguna. Seis aparatos por el este, seis por el oeste; otros diez, a escasa altura, vuelan entre ellos en dirección a Rotterdam. Los aviones amaran en la orilla norte del Willemsbrücke, en el centro de la ciudad. Los hombres de Schrader arrojan balsas neumáticas por las escotillas. Los soldados bogan hasta tierra. Además del Willemsbrücke, ocupan también los puentes de Jan-Kuiten y de Leeuwen, colocando sus ametralladoras.

Para los paracaidistas del Regimiento 1 está previsto como lugar de aterrizaje un estadio de fútbol que se encuentra al sur del recodo del río Mosa.

Allí el aterrizaje se hace difícil, pues los paracaidistas deben lanzarse casi en medio de la ciudad. Si son arrastrados por el viento pueden ir a parar a las callejuelas de Rotterdam o a las aguas heladas del Mosa.

Sin embargo, cuando el jefe del grupo, teniente Kerfin, reúne a sus hombres después del aterrizaje, no falta ninguno. Y, al parecer, en la ciudad nadie se ha apercibido de que 50 soldados alemanes han caído del cielo.

Pero, a pesar de esto, aún no han llegado al punto señalado para la acción. Partiendo del estadio tienen que realizar una marcha a través del barrio de Feyenoord.

Son aproximadamente las 6,30. A esas horas de la madrugada poca gente se encuentra por la calle. Y los escasos holandeses que se cruzan con el destacamento de paracaidistas alemán, piensan que son compatriotas; por lo menos nadie les molesta.

No obstante, al teniente Kerfin le parece demasiado largo el camino.

Divide a su tropa; se hace cargo de la mitad un joven teniente, mientras la otra permanece bajo el mando del propio Kerfin. Ambos grupos deben intentar detener algún vehículo y alcanzar el Willemsbrücke, así, por cuenta propia.

En este momento el teniente Kerfin ve salir de una cochera a pocos metros de él un tranvía vacío. Uno de los hombres de su grupo procede de la zona del bajo Rhin y habla holandés. Éste corre hacia el tranvía y lo detiene. El tranviario, que no sabe exactamente a quién tiene delante, obedece.

Los días más largos de su vida

No es fácil reconocer a los hombres sin más ni más como alemanes, únicamente por el uniforme. Llevan el casco de paracaidistas que, en oposición al casco normal de acero, no tiene ninguna sinuosidad; y sus chaquetas tampoco corresponden al uniforme habitual del Ejército alemán.

Pero cuando los soldados han subido al tranvía, hablan, y esta lengua la reconoce el tranviario. A éste se le ordena estrictamente que bajo ningún pretexto se detenga en las estaciones del camino hasta llegar al Nuevo Mosa. Mientras tanto, los hombres de la 11.ª Compañía del Regimiento de Infantería 16 se han parapetado como han podido en el Willemsbrücke: detrás de los pilares del puente, en los huecos de la construcción metálica y en los salientes de los muros.

El tranvía se acerca ruidosamente a la rampa izquierda, estacionándose en el Koningshaven. De ambos vagones saltan los paracaidistas alemanes.

Poco después llega el teniente con el resto del destacamento en coches igualmente requisados, empezando para todos los días más largos de su vida. Los holandeses atacan a los alemanes con un fuego infernal. El grupo queda diezmado, de 170 hombres que eran, a 60. Pero estos soldados mantienen a toda costa y contra todo ataque la pequeña cabeza de puente. Los 60 hombres restantes no pueden avanzar, ni retroceder. Los holandeses, parapetados en las casas más altas, disparan sobre la rampa norte del puente, contra todo lo que se mueve. Más tarde, el III Batallón del Regimiento de Infantería 16, que ha aterrizado en Waalhaven, ataca, llegando a la rampa sur del puente. La unidad va avanzando casa por casa, y sufre numerosas bajas. A pesar de ello, no pueden ayudar a los camaradas que se encuentran en la parte norte del puente.

Poco antes del mediodía del 13 de mayo llega al Willemsbrücke de Rotterdam una avanzadilla de carros de combate pertenecientes a la División 9 del general Hubicki. Pero los 60 hombres de la orilla norte del puente no pueden ser aún relevados. Los holandeses mantienen sus ventajosas posiciones estratégicas.

Entonces, el general Küchler, comandante en jefe del Ejército 18, ordena el 13 de mayo, a las 18,45, aniquilar como sea la resistencia de Rotterdam. El mando del Ejército teme que los británicos puedan llegar con unidades de refuerzo a la fortaleza Holanda.

El destino sigue su curso.

Al mismo tiempo, von Küchler pide al comandante alemán de Rotterdam, general al mando del XXXIX *Panzerkorps* «que se haga todo lo posible para evitar inútiles derramamientos de sangre entre la población civil holandesa». Sin embargo, el comandante de la plaza de Rotterdam, coronel Scharroo, cree que la situación militar le es muy favorable. Da largas a las negociaciones una y otra vez. Desesperadamente los puestos de mando alemanes intentan convencer a los holandeses de que en cualquier momento los bombarderos germanos atacarán las zonas de resistencia de las milicias holandesas, y se producirán numerosas bajas entre la población civil. ¡A pesar de todo, el holandés sigue indeciso!

De los aeródromos de Delmenhorst, Hoya y Quakenbrück despega, a las 13,30 el Grupo de combate 54 con sus *He 111*. Los aparatos van cargados de bombas explosivas. A las 15 horas el Grupo de combate debe llegar a su objetivo: Rotterdam.

Los pilotos reciben la orden de prestar atención a las posibles señales luminosas de luz roja, que deben indicar a las tripulaciones de los bombarderos que entretanto la ciudad ha capitulado. En ese caso, hay preparado otro plan para el Grupo de combate 54: ataque a las dos divisiones británicas que se encuentran en Amberes.

Exactamente a las 15 horas los bombarderos alcanzan Rotterdam. Poco antes de llegar al objetivo indicado se han dividido en dos grupos. Hay mucha neblina; de tal manera que es muy difícil para los pilotos poder distinguir las señales rojas, en caso de que éstas se produzcan.

Salvar lo que se pueda

En la Stieltjes Straat se encuentra el general Schmidt, que exclama: «¡Dios mío, aquí va a ocurrir una catástrofe!» Él y Student, que le acompaña, agarran las pistolas de señales luminosas y disparan hacia arriba, aunque la ciudad todavía no ha capitulado; pero ellos quieren salvar lo que sea aún salvable. El teniente Höhne, uno de los guías del Grupo de combate 54, deja caer las primeras bombas sobre la cuadrícula señalada en el plano. En ese momento, de repente, ve iluminarse puntos rojos muy débiles debajo de él. Antes de que puedan llegar a su destino el resto de las bombas, grita la contraseña al radiotelegrafista que está detrás de él: «¡Cambio de rumbo!» Höhne vuela hacia el nuevo objetivo señalado en Amberes. Sin embargo, el grupo del comandante de la misión, coronel Lackner, no ve señal alguna. La parte antigua de la ciudad de Rotterdam, con sus casas típicas de maderas entramadas, arde como la yesca desplomándose en un montón de escombros y ceniza.

Novecientos muertos de la población civil es el balance de este primer ataque concentrado sobre la ciudad.

El coronel Scharroo capitula. E igualmente su superior, general Winkelman. La guerra en Holanda ha terminado. □

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1940

1. 3.: Hitler firma la primera orden operativa para la ocupación de Dinamarca y Noruega (Operación «Weserübung»).

1.-3. 3.: El subsecretario de los EE UU, Sumner Welles, enviado a Europa en misión especial por el presidente Roosevelt, visita Alemania. Lo reciben en este orden: Ribbentrop, Hitler y Göring.

8. 3.: Orden policial sobre el distintivo de las trabajadoras y trabajadores polacos empleados en Alemania.

12. 3.: Hitler envía al Papa Pío XII un telegrama de parabienes en el día de su coronación.

12. 3.: Firma de un protocolo germano-italiano sobre el suministro de carbón alemán a Italia por vía terrestre.

17. 3.: Hitler nombra al Inspector General de Carreteras, Fritz Todt, ministro del Reich para Armamento y Munición.



Hitler y Mussolini en el Brénnero.

18. 3.: Entrevista de dos horas y media entre Hitler y Mussolini en el Brénnero. Hitler mantiene un monólogo sobre sus éxitos militares; Mussolini confirma la disposición de Italia de entrar en la guerra.

4. 4.: El coronel Hans Oster, jefe del departamento central del «Abwehr», comunica al agregado militar holandés en Berlín, Sas, la fecha del ataque alemán a Dinamarca y Noruega, lo que, sin embargo, no desencadena ninguna medida en los Estados amenazados.

10. 4.: En Noruega se forma un Gobierno germanófilo bajo Quisling, que, sin embargo, no es reconocido ni por el rey Haakon, ni por el Parlamento noruego. Este Gobierno de «Reunión Nacional» dimite el 15 de abril.

24. 4.: Decreto de Hitler sobre el desempeño de poderes del Gobierno de Noruega. El «Gauleiter» y jefe superior Terboven es nombrado comisario del Reich para las regiones ocupadas de Noruega.

4. 3.: El Mando alemán para la guerra marítima detiene la salida de más submarinos con destino a la guerra comercial contra Gran Bretaña, para tener a disposición todas las fuerzas marítimas en la Operación «Weserübung».
11/12. 3.: Toma de Viborg por el Ejército 7 soviético.
12. 3.: En Moscú se firma el tratado de paz soviético-finés: entrega del istmo de Carelia, con Viborg, y de la parte finlandesa de la península de los Pescadores a la Unión Soviética; «arrendamiento» de Hangö. Bajas de los finlandeses: 24.923 muertos y 43.577 heridos. Las bajas del Ejército Rojo se cifran en 48.745 muertos y 158.863 heridos.
19. 3.: 50 aviones del Mando de Bombarderos de la RAF atacan el aeródromo costero alemán de Hörnum.
26. 3.: Hitler decide, después de una conversación mantenida con el gran almirante Raeder, que la Operación «Weserübung» debe tener lugar poco antes de la ofensiva en el Oeste.
2. 4.: Hitler fija como fecha para la operación «Weserübung» el día 9 de abril.
7. 4.: Salida de los primeros grupos de buques de guerra alemanes en dirección a Noruega.
8. 4.: Destructores británicos colocan minas delante de Bodö, Stadtlandet y Kristiansand.
9. 4.: A las 5 horas empieza la ocupación de Dinamarca y Noruega por las tropas alemanas. Dinamarca se somete ante la fuerza; Noruega ofrece resistencia.
15. 4.: Parte de la División 49 británica aterriza en Namsos para ayudar a los noruegos.
18. 4.: 6000 soldados británicos aterrizan en Andalsnes. En total se dispone en Noruega, además de tropas francesas y polacas, del grueso de dos Divisiones británicas.
30. 4.: Encuentro en Dombaas de las tropas de choque alemanas procedentes de Oslo en dirección al norte y las procedentes de Trondheim en dirección al sur. Con ello quedan derrotadas las fuerzas de Infantería noruegas así como las tropas aliadas que habían aterrizado en Namsos y Andalsnes.



Planeadores de carga sobre Noruega.

1.3.-30. 4.: Submarinos alemanes hunden en el mar del Norte y el Atlántico Norte, 29 buques mercantes aliados, con un total de 97.173 toneladas de registro bruto.

13. 3.: A consecuencia de una pulmonía muere, poco antes del estreno de su película «La estrella de Río» (el 20.3.) la bailarina La Jana, que era oriunda de Viena.

14. 3.: El «Feldmariscal» Göring hace un llamamiento para la recogida de metales que revistan importancia bélica: «Queremos poner a disposición de la defensa del Reich todos los objetos innecesarios de cobre, bronce, latón, zinc, plomo y níquel en sacrificio por el nacionalsocialismo». El 29. 3., el consejo de ministros dispone para la defensa del Reich: «Quien se enriquezca a costa de la recogida de metales, perjudica a la gran lucha germana por la libertad y será castigado con la muerte».

1. 4.: Como ocurrió durante la primera Guerra Mundial, se introduce en Alemania el horario de verano. En virtud de una disposición del consejo de ministros, para la defensa del Reich se adelantarán los relojes una hora, esto es de 2 a 3. El horario de verano durará hasta el 6 de octubre, a las 3 de la mañana.

3. 4.: Dentro del marco de la «Acción para el cuidado espiritual de las Juventudes Hitlerianas», introducida por Alfred Rosenberg, exige Göring: «Tampoco el oscurecimiento de la ciudad para proteger a la patria debe conducir a que los jóvenes alemanes cedan a las inclinaciones malas y sucias».

7. 4.: El 15 partido internacional de fútbol entre Alemania y Hungría, jugado en Berlín, termina 2-2 (2-2).

11. 4.: El «Reichsstatthalter» Greiser comunica, en nombre de Hitler, que la ciudad de Lodz llevará el nombre de Litzmannstadt (en recuerdo del camarada de Hitler).

14. 4.: El equipo nacional alemán de fútbol, compuesto por ocho vieneses, más Lehner, Janes y Gauchel, pierde en Viena contra Yugoslavia por 1-2.

25. 4.: En Viena (el 10.5. en Berlín) se estrena el film de la Ufa «Der Postmeister», con Heinrich George en el papel principal. En la semana de cine germano-italiana celebrada en Venecia recibe la copa del certamen, y en Alemania se le otorga la calificación: «especial mención artística».

26. 4.: Muere en Heidelberg el químico Carl Bosch que se dio a conocer por la síntesis del amoníaco, llamada «método Haber-Bosch».

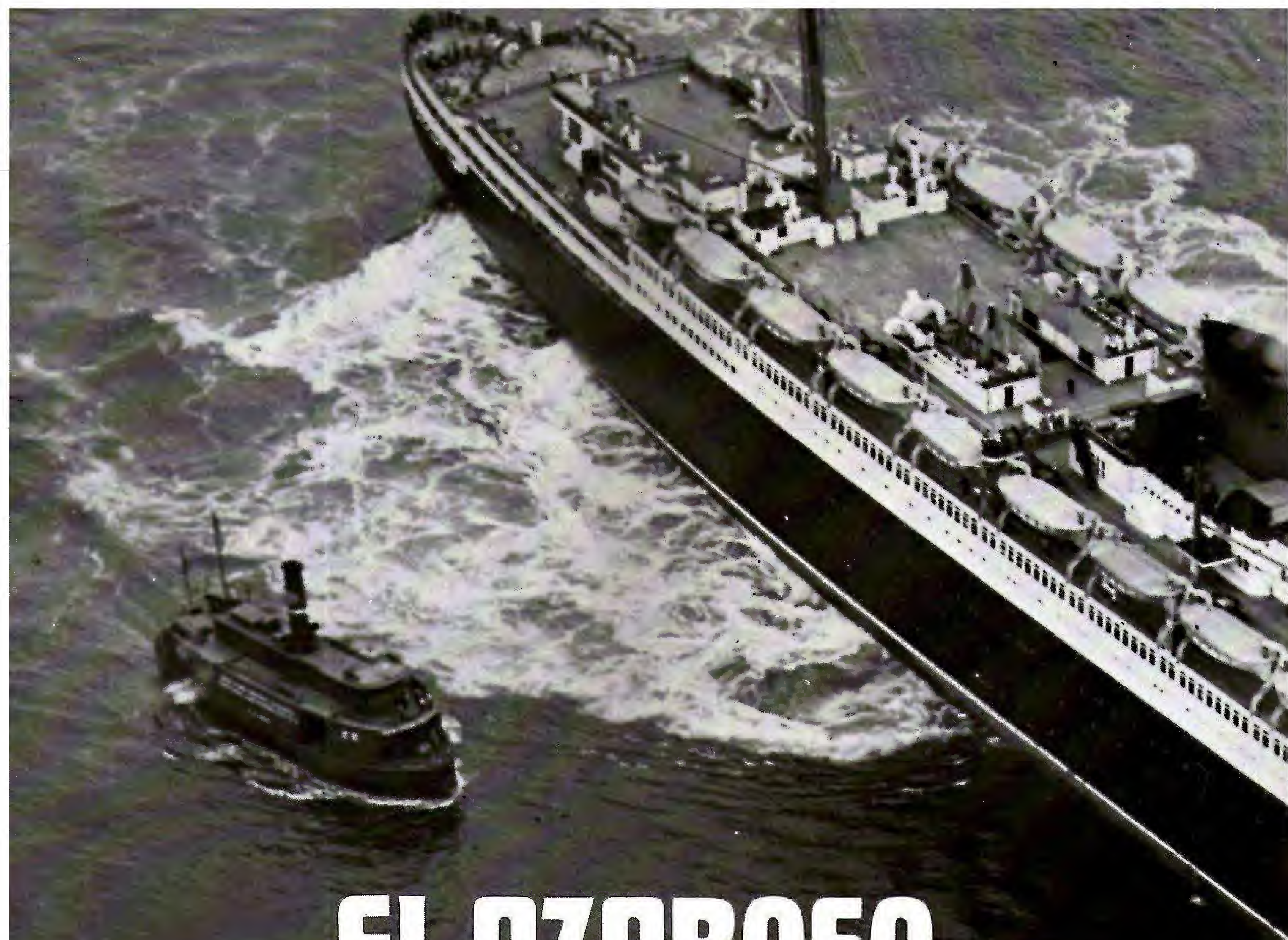
28. 4.: La final del sexto campeonato de copa alemán de fútbol la gana en el Estadio Olímpico de Berlín, el 1.FC. Nuremberg por 2:0 contra el SV Waldhofmannheim.

30. 4.: En el 80 aniversario de su nacimiento Hitler impone al compositor de operetas Franz Lehár la medalla Goethe para el Arte y la Ciencia.


2
A L



Sobre las costas rocosas de Inglaterra, un avión bimotor «Me 110». Los objetivos de los cazas y aparatos alemanes eran los convoyes y puertos enemigos.



EL AZAROSO REGRESO DEL "BREMEN"

Adrian Wells

1.ª parte

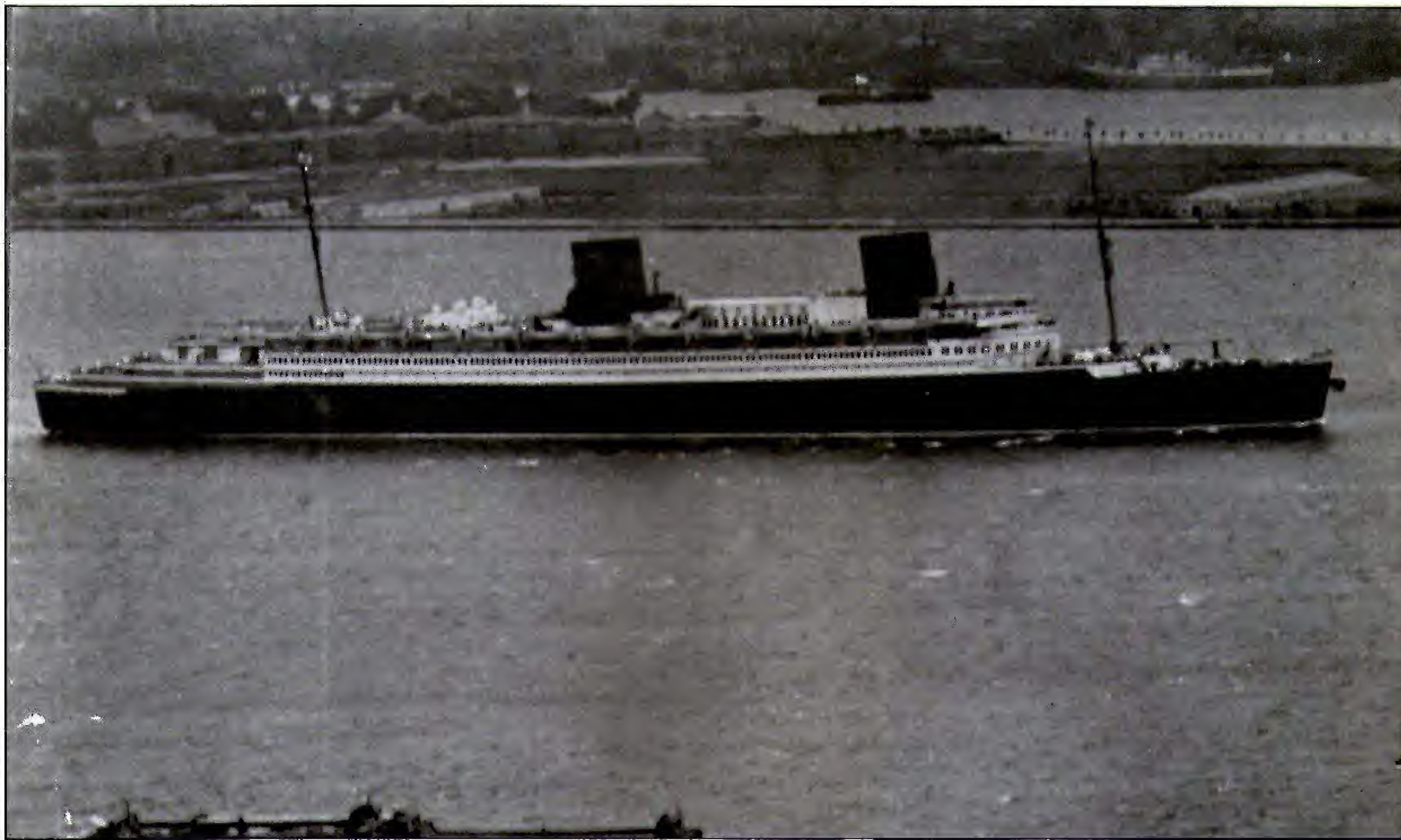
Churchill no descansaba ni un momento. En tales circunstancias, después del estallido de la guerra, navegaba por aguas del Atlántico Norte el mayor crucero de lujo alemán; pero ningún barco o avión de la «Northern Patrol» lo llegó a ver. Silencioso, el «Bremen» logró arribar a casa y los ingleses se quedaron con las ganas...



El 22 de agosto de 1939, noventa y seis horas antes del momento fijado por Hitler para el ataque contra Polonia, navegaba una vez más hacia Nueva York el mayor transatlántico alemán. Era el *Bremen* con sus 52.000 toneladas de registro bruto, buque insignia del Lloyd nórdico alemán, que contaba diez años de existencia, de 274 metros de eslora y 31 metros de manga, equipado con cuatro turbinas de vapor, de 126.000 CV cada una. Este monstruo flotante con sus dos chimeneas amarillas alcanzaba una velocidad de 28,5 nudos. Ya en su primer viaje cruzando el Atlántico, el 16 de julio de 1929, obtuvo la distinción de la banda azul por la marca alcanzada: 4 días, 18 horas y 17 minutos: orgullosa prueba de capacidad de rendimiento de la República de Weimar. Jamás anteriormente habían poseído los alemanes un buque tan grande y tan hermoso. Su construcción en los astilleros del Weser, en Bremen, significó en 1927 una recuperación de la economía del Reich después de largos y amargos años de inflación. El presidente del Reich, Hindenburg, lo bautizó; sus datos y medidas estaban en todos los libros escolares.

La noche anterior al último viaje del *Bremen*, a las 23,30 horas, la agencia de noticias alemanas dio por la emisora del Reich una «noticia oficial», que causó sensación internacional de primer orden:

Alemania y la Unión Soviética querían firmar un pacto de no agresión. Y, en la mañana del 22 de agosto, mientras embarcaban en el crucero 1200 pasajeros, Hitler recibía en el Obersalzberg a los jefes supremos de las distintas unidades del Ejército, y anunciaba el ▷



26 de agosto como fecha «probable» para el ataque contra Polonia.
A las 14 horas el *Bremen* zarpó de la dársena Columbus. Y aunque ya había rumores en los periódicos acerca de una posible guerra, el capitán Adolf Ahrens y sus oficiales, sobre el puente del *Bremen*, se negaban a creer que la cosa fuera en serio. Se guiaban por el lema: los de arriba no permitirán que la cosa llegue tan lejos.
Mientras tanto, los pasajeros, nerviosos, les acosaban a preguntas que no podían contestar.
El capitán era tan sólo un viejo experto en viajes, que bastante tenía con los mil problemas que le proporcionaba el barco en cada singladura: «¡Si también tuviera que ocuparme de política...!» Pero en la mañana del 23 de agosto, Ahrens experimentaba sus «primeras dudas», como después escribiría en un libro de memorias.

Por todas partes barcos de guerra

«Entre las 6 y las 7 de la mañana pasamos el estrecho de Dover, la parte más angosta del canal de la Mancha. ¿Qué significaba la exagerada concentración de buques ingleses y barcos de socorro...? Cruceros, lanchas torpederas, submarinos, minadores y patrulleros, ¡en tiempo de paz!»
Para ganar tiempo, el capitán Ahrens ancló durante dos horas un poco más abajo de Southampton y dejó subir a bordo mediante un ténder a 280 nuevos pasajeros.
Por la tarde el *Bremen* entró en Cherburgo, donde recogió a otros 220 pasajeros. También ellos acosaron a los oficiales con la pregunta: «¿Van ustedes con certeza a Nueva York?»
Entre ellos había muchos judíos, cuyas caras reflejaban un miedo mortal. Ahrens notó con preocupación que todos los buques de guerra franceses habían abandonado Cherburgo. Telegrafió en clave a la emisora Norddeich preguntando: «¿Hay peligro de guerra?» En un puro alemán la compañía naviera le contestó: «¡Buen viaje!»
De esta manera el *Bremen* se disponía a cruzar el Atlántico con un número de pasajeros —1700— no habitual en esa época del año. En aquel día de sol radiante el hombre que en breve le iba a proporcionar al capitán Ahrens las mayores preocupaciones, se encontraba en un puente sobre el Rhin en Estrasburgo, y —«alejado poco más de 100 metros»— observaba los puestos fronterizos alemanes. Era el diputado conservador de la Cámara Baja, Winston Churchill, de 64 años de edad, ministro de Marina de Su Majestad el rey de Inglaterra en la primera Guerra Mundial, posteriormente ministro de Armamento, de la Guerra y de Colonias, y también canciller del Tesoro, pero desde hacía 10 años sin cargo alguno. A él, y a ningún otro, invitó en esos días el Estado Mayor francés para visitar el «Frente del Rhin», pues Winston Churchill estaba considerado en su partido como el más duro enemigo de una política de entendimiento con Hitler. En caso de guerra sería el primero que debería formar parte del Gabinete de Chamberlain. Después de una calurosa noche veraniega el *Bremen* alcanzó en la madrugada del 24 de agosto el mar abierto del Atlántico.
Mientras las mujeres de la limpieza sacaban brillo al salón donde había tenido lugar el día anterior el primer baile —por cierto muy poco animado— de ese viaje, el oficial de guardia mandó despertar al capitán:
El vapor rápido francés *Normandie*, que obtuvo la banda azul en 1935, se encontraba a la vista, camino también de Nueva York.
El capitán Ahrens lo anotó en el libro de a bordo: «Intencionadamente aminoramos nosotros algo la marcha para cambiar de rumbo sin ser vistos por el *Normandie*, en caso necesario...»
Se le había contagiado la psicosis de guerra. Varias veces en este día, el capitán del *Bremen* cambió el curso sin que lo notaran los pasajeros, para evitar otros barcos que pudieran delatar su posición en caso de un repentino estallido de guerra. Durante la comida,





Foto superior: el 28 de agosto de 1939, el «Bremen» llegó a Nueva York. El capitán Ahrens quería volver a su patria lo más rápidamente posible con el barco. Pero los aduaneros americanos le pusieron las mayores dificultades. Durante dos largos días registraron el buque. Sólo entonces pudo emprender el regreso. Sería el último viaje; la guerra pondría fin por el momento al crucero de lujo.
Fotografía inferior: once años antes del último viaje del «Bremen»: el presidente del Reich, von Hindenburg, en la botadura del barco, el 16 de agosto de 1928.

tranquilizó a los millonários americanos, los cuales habían oído en la radio la noticia de la visita infructuosa del embajador británico Henderson en el Obersalzberg.
«Nosotros huimos, con nuestra velocidad, de cualquier buque de guerra. ¡Además, al fin y al cabo América es neutral!»
Pero en ello creían menos los americanos que el propio capitán.
Treinta y dos horas después, en la tarde del 25 de agosto, la compañía naviera radiotelegrafió la siguiente orden desde Berlín: «¡Volver o dirigirse al puerto neutral más próximo!» Ese día Hitler había fijado la hora exacta para el ataque a Polonia: «¡Mañana a las 4,30 de la madrugada!»
El barco había recorrido hasta aquel momento algo más de la mitad del camino. Volver, podría ser fatal, todo dependía de la rapidez con que Inglaterra y Francia reaccionaran a ese ataque –y el «puerto neutral más próximo» era Nueva York–. «A mí lo que me preocupaba –escribe el capitán Ahrens– era el deshacerme lo más rápidamente posible de la responsabilidad que tenía sobre los 1700 pasajeros». Sin que nadie lo notara, el *Bremen,* amparado en la oscuridad de la noche, varió su curso hacia el sur en 200 millas marinas, continuando así su viaje lejos de las rutas normales de los barcos. Sin embargo, en la misma noche Hitler se vio obligado una vez más a retirar su orden de ataque. Inglaterra y Francia habían ratificado de modo explícito a las 17,30 horas su pacto de asistencia a Polonia. Y poco después, a las 18 horas, Mussolini hizo saber a sus grandes camaradas alemanes que él no estaba en condiciones de participar en una guerra. Halder, jefe del Estado Mayor, anotó en su diario: «El *Führer,* con el ánimo bastante hundido».

«¿Hacia dónde navega usted, capitán?»

Cuando amaneció sobre el Atlántico, aparecieron pasajeros sudorosos en la cubierta del *Bremen*. El cambio de rumbo había acercado el buque de manera considerable al ecuador. La humedad del aire se había duplicado; el termómetro señalaba 28 grados. «¡Nunca ha hecho tanto calor en un crucero!», se quejaban los americanos. «¿Hacia dónde navega usted, capitán Ahrens?»
En Nueva York, ese sábado 26 de agosto, los periódicos salieron con grandes titulares: «¡Hacen regresar a todos los buques alemanes!» La sucursal del Lloyd nórdico alemán fue asaltada por los intranquilos familiares de los pasajeros. Allí tenían un telegrama procedente del barco: «A causa de una zona con mal tiempo la llegada del *Bremen* se retrasa 12 horas».
En realidad, el buque, que debía arribar el lunes por la mañana, tocó tierra ese mismo día, 28 de agosto, a las 18 horas, en el muelle de la Compañía Lloyd, en la calle 43 de Nueva York. Los pasajeros dieron vivas al capitán Ahrens.
La guerra aún no había estallado. Hora y media antes –22,30 hora europea– el embajador británico había entregado un último memorándum de su Gobierno en la Cancillería del Reich de Berlín. El embajador Henderson aclaró verbalmente a Hitler que su Gobierno encontraba sorprendente que Alemania pudiese dudar siquiera por un momento de que Gran Bretaña lucharía por la independencia de Polonia.
Hitler retrasó una vez más, por un día, la fecha del ataque, aplazada ya con anterioridad para el día 31 de agosto, y declaró que estaba dispuesto a negociar directamente con Polonia.
El capitán Ahrens ordenó esa misma noche cargar los depósitos del *Bremen* con 5850 toneladas de carburante de la Standard Oil; tenía intención de emprender el viaje de regreso –sin pasajeros– con las primeras luces de la madrugada del martes.
El presidente Roosevelt había firmado aquel día una ley de neutralidad en virtud de la cual todos los barcos de naciones extranjeras surtos en puertos americanos estaban obligados a someterse a un registro de armas o contrabando.
«Intento que se me haga el registro en la misma noche, lo que resulta imposible –informa el capitán Ahrens–. Debo fijar una nueva hora de salida para el martes, a las 18 horas». Pero durante todo ese martes, día 29 de agosto, no se permitió zarpar al gigantesco buque. Hasta la tarde había sido registrada tan sólo la mitad del barco. Treinta aduaneros escudriñaban detenidamente cada rincón, levantando incluso el suelo de la piscina, contaban con minuciosidad 3000 chalecos salvavidas y examinaban las instalaciones existentes para casos de incendio y de naufragio. En Berlín, Hitler presentaba a Polonia un ultimátum de 24 horas. El miércoles, día 30 de agosto, aparecieron de nuevo los aduaneros. La triquiñuela saltaba a la vista. El Departamento de Estado en Washington exigía de las autoridades aduaneras, obligado por la Embajada británica, un registro centímetro a centímetro del «buque nazi». El cónsul general alemán en Nueva York protestó en vano.
Otros aduaneros fingían neutralidad registrando también el *Normandie* que estaba anclado en el muelle vecino; mientras, el Lloyd alemán se había enterado ya de que los franceses que- ▷

rían dejar su buque en Nueva York. Finalmente, en la tarde del 30 de agosto, se le permitió al *Bremen* levar anclas –en Alemania era medianoche, y el ultimátum había caducado.
Acompañado por un bote guardacostas y un avión, el barco abandonó la zona territorial de 3 millas.
Winston Churchill, entretanto, había regresado de Francia y trataba de quitarse de la cabeza los pensamientos bélicos de una manera típica en él: se dedicaba a enladrillar con sus propias manos la cocina de su residencia campestre, Chartwell. Sus relaciones con la marina no se hallaban totalmente rotas,





Instalaciones en el interior del «Bremen», buque a vapor de pasajeros:
1) Salón de cine
2) Piscina
3) Bar de la piscina
4) Restaurante cubierto
5) Gimnasio de 2.ª clase
6) Sala de música.





aunque había perdido el cargo de «Primer Lord del Almirantazgo» desde hacía más de 24 años.
Al enterarse ese día de que el *Bremen* se encontraba en una «ratonera» no había quien le detuviese. Urgió del Almirantazgo una acción naval para «darle a Hitler, ya desde el principio, una buena en las narices». Concedía gran importancia, por lo menos tanta como sus contrarios alemanes, a los golpes de efecto.
Animado por la idea de que la aventura de una gran guerra pudiera desencadenarse en cualquier momento, Churchill telefoneó a su antiguo funcionario de seguridad de Scotland Yard, jubilado desde hacía mucho tiempo, el inspector Thompson. Y éste, armado con pistolas, montó guardia nocturna en su casa de campo. Pues, así lo escribe en sus memorias, «había entonces en Inglaterra... 20.000 nazis alemanes organizados», y no le habría sorprendido en absoluto, «que antes del estallido de la guerra, se hubiese llegado a un dramático prólogo de sabotaje y asesinato».
El *Bremen* se encontró en la primera noche con un intenso viento nordeste de fuerza 7; y al pasar a las 4 de la madrugada frente al último puesto avanzado del continente americano, el buque-faro *Nantucket*, le envolvió una niebla protectora. El capitán Ahrens no podía desear nada mejor. Ordenó apagar todas las luces de a bordo, puso





doble vigía y lanzó el buque a toda máquina en dirección a lo invisible. Con ayuda del radiogoniómetro –no existía todavía radar en los barcos– logró que sus oficiales evitaran una y otra vez a tiempo el tráfico que venía en sentido contrario. «La mañana transcurre sin incidentes especiales», escribió en el libro de a bordo. «No vemos nada ni tampoco somos vistos».
La flota inglesa del Atlántico había apostado un portaaviones en la ruta hacia Europa, pero el mal tiempo no permitió ningún ataque. Para el caso de que aclarara el tiempo, el capitán Ahrens ordenó en la tarde de ese último día de paz, preparar el buque concienzudamente para un autohundimiento. Se colocaron en los botes alimentos y mantas para los 1025 tripulantes.
En las cajas de válvulas, en el túnel tubular de la parte delantera del buque, se situó un puesto de guardia permanente de 24 horas, que en caso necesario aflojaría los tornillos, provocando de esa manera un hundimiento rápido. En vista de tales preparativos, algunos se preguntaban: ¿Saldrá todo esto bien? □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL


Los ingleses han liberado el campo de concentración de Bergen-Belsen. Los antiguos vigilantes –hombres pertenecientes a las SS– transportan los cadáveres.

Beck, Ludwig, general alemán. Nacido el 29-VI-1880 en Biebrich (Rhin), muerto el 20-VII-1944 en Berlín. El 12-III-1898 entró en el Ejército; oficial del Estado Mayor del Ejército en la 1.ª Guerra Mundial. 1-II-1933 general; 1-X-1933 jefe del Servicio de Tropas del Ministerio de Defensa; 1-VII-1935 nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército. 1-X-1935 general de Artillería. Se opuso a los planes bélicos de Hitler. Se retiró durante la crisis de los Sudetes el 27-VIII-1938. Fue la cabeza directora del movimiento de resistencia. El 31-X-1938 se retiró como general. Después del atentado contra Hitler intentó matarse de un tiro en el Ministerio de la Guerra, pero sólo se hirió y fue muerto seguidamente por un suboficial.


Ludwig Beck

Belfort, ciudad y plaza fuerte en el Este de Francia. El 18-VI-1940 ocupada por la 1.ª *Panzerdivision*. El 17-VIII-1944 fueron trasladados por orden de Hitler, desde Vichy a Belfort, el mariscal Pétain y sus colaboradores. La ciudad fue conquistada por el Ejército 1 francés el 21 de noviembre de 1944.

Bélgica, reino que forma frontera con el Oeste de Alemania. El 10-V-1940 invasión (6,45 horas) de las tropas alemanas (Grupo de Ejércitos B [v. Bock] y Grupo de Ejércitos A [v. Rundstedt]) desde Francia en dirección a Tilburg/Breda. 13-V, ocupación de Lieja; 17-V, ocupación sin resistencia de Bruselas; 18-V, toma de Amberes; 28-V, firma de la capitulación por el general Derousseaux por orden de Leopoldo III, que fue llevada a cabo en el palacio de Laeken. En Londres se constituye el Gabinete de Pierlot como gobierno en el exilio. Formación de la Administración militar bajo el general F. Falkenhausen. Durante la guerra existe resistencia. El 3-V-1944 avanzan las tropas británicas hacia Bruselas, el 8-IX les sigue el Gobierno en el exilio, a cuya cabeza estaba desde el 11-II-1944 el socialista Achille van Acker.

Belgrado, capital de Yugoslavia. Al comienzo de la campaña de los Balcanes, el 6-IV-1941, la ciudad es bombardeada cinco veces por 484 aviones alemanes. El 12-IV-1941 avanza hacia Belgrado la 11.ª *Panzerdivision*. 17-IV-1941, el general Kalafatovic firma en Belgrado la capitulación del Ejército yugoslavo. El 25-VIII-1943 se instala en Belgrado el cuartel general del Mando Supremo del Sudeste (general *Feldmariscal* v. Weichs). El 17-IV-1944 ataque aéreo americano. El 20-X-1944 Belgrado es conquistado por el Cuerpo de Ejército IV motorizado soviético y tropas yugoslavas.

Benes, Eduard, político checo, nacido el 28-V-1884 en Kozlány, fallecido el 3-IX-1948 en Sezimovo Usti. 1918-35, ministro de Asuntos Exteriores; 1921-1922 al mismo tiempo Primer Ministro; 1935-38, presidente de Estado. Emigra después del Tratado de Munich. En 1939 profesor de Economía Nacional en Chicago. En 1940 presidente, en Londres, del Gobierno checoslovaco en el exilio. El 19-VII-1946 nuevamente elegido presidente de Estado. Partidario de la expulsión de los alemanes de la región de los Sudetes. En febrero de 1948 le son retirados todos los poderes por el nuevo Estado comunista, dimitiendo él de su cargo el 7-VII-1948.

Bengasi, capital de la provincia libia de Cirenaica. Durante la campaña de África cambió cinco veces de dueño: después del avance del Ejército 10 italiano, el 13-IX-1940, sobre la frontera libio-egipcia, siguió el 9-XII el contraataque británico. El 6-II-1941 fue conquistada Bengasi; el 4-IV-1941 reconquistada por las tropas germanoitalianas. El 23-XII-1941 de nuevo tomada por los ingleses, cayendo después (28-I-1942) en manos de los alemanes, los cuales tuvieron que abandonar definitivamente Bengasi el 20-XI-1942.


La casa Wachenfeld, una parte del Berghof, residencia de montaña de Hitler.

Bergen-Belsen, campo de concentración nazi en las landas de Luneburgo, al Norte de Celle. Fundado en 1943 como campo de preferencia para personalidades, se utilizó en 1945 para la recogida de los prisioneros evacuados de todos los campos de concentración del Reich. El 1-XII-1944 existían allí 15.000 internados, el 1-III-1945, 41.000. En febrero de 1945 murieron miles de ellos, totalmente agotados por las epidemias de tifus y de tifus exantemático. El 15-IV-1945 se entregó el campo a los ingleses sin resistencia alguna.

Berghof, residencia de Hitler en Berchtesgaden. Allí recibía con frecuencia a hombres de Estado extranjeros, como el Primer Ministro británico Chamberlain, durante la crisis checa el 15-IX-1938. El 25-IV-1945, 318 bombarderos británicos arrojaron sobre Berchtesgaden y Berghof 1181 toneladas de bombas. Después de la guerra se eliminaron todos los restos.

Berlín, capital del Reich alemán (1871-1945). Gravemente dañado durante la segunda Guerra Mundial. En 363 ataques aéreos aliados fueron arrojadas sobre Berlín 45.517 toneladas de bombas, con 50.000 muertos entre la población civil. Primer ataque, en la noche del 8-VI-1940 por un avión francés. Último bombardeo nocturno británico, el 18/19-IV-1945. Bombardeos más importantes llevados a cabo durante el día: 21-VI-1944, 3-II-1945 (937 bombarderos americanos) y 26-II-1945 (1112 bombarderos americanos). Por la tarde del 20-IV-1945 empieza el ataque contra el centro de la capital por la artillería soviética. El 22-IV-1945 Hitler decide permanecer en Berlín. El 25-IV-1945, 1486 bombarderos soviéticos bombardearon la ciudad. El 30-IV-1945, Hitler se suicida en el *bunker* de la Cancillería del Reich. Del 23-IV al 2-V-1945 Berlín fue conquistado por tropas soviéticas. El 2-V-1945 capitulación de la defensa alemana a las órdenes del general de Artillería Weidling.



Lucha final por la conquista de Berlín: últimas reservas en acción.

Berger, Gottlob, *Obergruppenführer* de las SS, nacido el 16-VII-1896. Al estallar la guerra, jefe de la Oficina Complementaria (VIII), dependiente de la Oficina Central de las SS. Desde el 15-VIII-1940 jefe de la Oficina Central de las SS; más tarde jefe del departamento para asuntos de prisioneros de guerra. El 14-IV-1949 fue condenado en el proceso de Nuremberg a 25 años de cárcel. El 31 de enero de 1951 indultado a diez años. El 16-XII-1951 puesto en libertad de la cárcel de Landsberg.

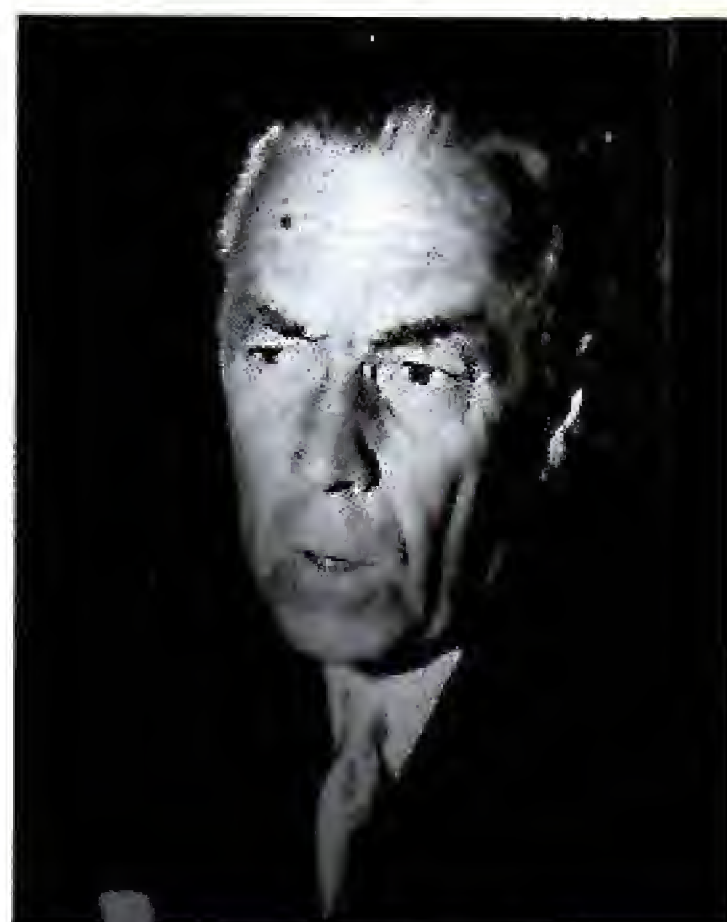


Mayo 1945: la bandera soviética ondea sobre el Reichstag en Berlín.

Bernadotte, Folke, conde, presidente de la Cruz Roja sueca, nac. el 2-I-1895 en Estocolmo, muerto el 17-IX-1948 en Jerusalén (asesinado). Nieto del rey Gustavo V de Suecia. Después del bachillerato, en 1913 entró en el Regimiento de Dragones de Estocolmo como oficial. En 1930 se licenció como comandante. Desde 1943 presidente del movimiento sueco de los «boy-scouts»; en 1944 vicepresidente de la Cruz Roja; desde el 1-I-1946, presidente. Entre el 21 y el 29 de abril de 1945 conversaciones con Himmler sobre las ofertas para una capitulación. Desde el final de la guerra, jefe de la Acción de Ayuda para Alemania. El 20-V-1948 enviado a Palestina como mediador de la ONU.

Besarabia, región comprendida entre el Prut, el Dniéster, el Danubio y el Mar Negro. El 26-IV-1940, ultimátum soviético a Rumania, para recuperar el territorio cedido por Rusia en 1918. Un día después, Rumania acepta, siguiendo el consejo alemán. El 4-IX-1940 acuerdo germano-soviético: recolonización de unos 80.000 alemanes de Besarabia. Después de la ocupación de Besarabia por el Ejército alemán, entrega de la región a Rumania. En el verano de 1944 la región se reincorpora a la Unión Soviética cosa que es reconocida posteriormente por Rumania en la Paz de París del 10-II-1947.

Best, Werner, político alemán y dirigente de las SS, nac. el 10-VII-1903. Jurista de la Administración. (Doctor en Derecho). Desde 1928 juez. En 1930, miembro del NSDAP; en 1931, miembro de las SS. En 1940, jefe de la Administración de Guerra, dentro del Mando Supremo Militar en Francia. 5-XI-1942 – 8-V-1945 enviado y plenipotenciario del Reich en Dinamarca. En 1942, *Gruppenführer* de las SS; en 1944, *Obergruppenführer* de las SS; el 20-IX-48, condenado a muerte en Copenhague, y conmutada la pena por la cárcel. Puesto en libertad en agosto de 1951.



El conde Folke Bernadotte

Bevin, Ernest, político y dirigente obrero, nacido el 9-III-1881 en Winsford (Somerset), muerto el 14-IV-1951 en Londres. Primero campesino, conductor de camiones, luego miembro del sindicato; en 1936, presidente del Consejo General de Sindicatos. 10-5-1940, ministro de Trabajo en el Gobierno de Churchill, miembro del pequeño Gabinete de guerra, responsable del cumplimiento del servicio militar. En julio de 1945 ministro de Asuntos Exteriores en el Gabinete de Attlee; sucedió a Eden en la Conferencia de Potsdam. Dimitió el 9-III-1951.

Bey, Erich, almirante alemán, nacido el 23-III-1898 en Hamburgo, muerto el 26-XII-1943. En abril de 1939, jefe de la 4.ª Flotilla de destructores; en mayo de 1940 jefe de la 6.ª Flotilla de destructores; el 1 de marzo de 1943 contraalmirante; en noviembre de 1943 comandante en jefe del Grupo de combate en Noruega; muere en el hundimiento del *Scharnhorst.*

Bialystok, capital de la vaivodía polaca de su nombre. Nudo ferroviario importante en el Nordeste de Polonia. Exactamente una semana después del comienzo de la campaña de Rusia, el Grupo de Ejércitos Centro (gen. *Feldmariscal* v. Bock) cercó, en una zona al norte de Bialystok, a 40 divisiones soviéticas (hasta el 9-VII fueron hechos prisioneros 328.000 soldados). El 1-VIII-1941, el distrito de Bialystok fue sometido a la administración del presidente de Prusia Oriental. El 27-VII-1944 conquistó de nuevo la ciudad el Ejército 3 soviético (general Gorbatov) del segundo Frente Blanco.

Biber, el submarino alemán más pequeño (un solo hombre lo tripulaba). Proyecto de Hermann Bunte, director de la

fábrica Flenderwerke A. G., en Lübeck. De 9,03 metros de eslora por 1,59 de manga. Desplazamiento 6,3 m³, velocidad 6,5 nudos en superficie, 5,3 nudos en inmersión. Equipado con dos torpedos colocados fuera. El primero fue construido el 15 de marzo de 1944. En total se construyeron 324. Obtuvieron éxitos poco relevantes en combate.

«Big Week», serie de ataques de la Aviación aliada a las industrias alemanas de armamento aéreo, del 20 al 26 de febrero de 1944: la *Royal Air Force* arrojó en tres ataques aéreos nocturnos, con 1772 aviones, 5868 toneladas de bombas sobre Stuttgart, Ratisbona y Augsburgo, perdiendo 63 bombarderos. La USAAF lanzó de día 10.600 t de bombas y perdió 226 bombarderos y 28 cazas, así como 2600 hombres.

Birkenau, (v. Auschwitz)

Birmania, república asiática. De 1937 a 1947 dominio británico autónomo. Conquistada por tropas japonesas del 16-I hasta el 20-V-1941. Declaración de independencia, bajo administración japonesa, el 1-VIII-43. Jefe del gobierno, Ba Mav. Declaración de guerra a Gran Bretaña y Estados Unidos. Ocupada por los japoneses hasta sept. de 1945. *Birmania, pista de,* vía de comunicación construida entre 1937 y 1939. Unía Lashio en el Norte de Birmania con Chungking, a través de Tali-Kunming, y tenía una longitud de 2160 kilómetros. Fue una ruta trascendental en la guerra de Chiang Kai-Shek contra el Japón. Quedó cortada el 29-IV-42 al conquistar los japoneses Lashio.



«Big Week»: estelas de vapor condensado producidas por las unidades de bombarderos aliadas.

Birmingham, ciudad en el centro de Inglaterra, que contaba aproximadamente 950.000 habitantes al principio de la guerra. Primer ataque aéreo el 24/25-VIII-1940. Otros ataques: 19/20-XI-1940, 357 aviones arrojaron 403 toneladas de bombas y 810 bombas incendiarias; en la noche del 21-XI (132 toneladas de bombas); y en la noche del 23-XI (204 aviones, 227 toneladas). Al terminar la batalla aérea contra Inglaterra Birmingham quedó libre de los ataques.

Bir Hacheim, fuerte en el desierto de Libia. Del 26-V-10-VI-1942 es duramente defendido por la Brigada 1 francesa y por un batallón judío bajo el mando del general Pierre Koenig. Soportó durante 14 días las ofensivas italogermanas (Operación «Teseo»), que conducirían a la toma de Tobruk el 21 de junio de 1942.

Bismarck, crucero de batalla alemán, de 41.700 toneladas. Puesto en servicio el 24-VIII-1940. Eslora: 251 metros, manga: 36 metros; velocidad: 30,1 nudos; tripulación: 2092 hombres; armamento: 8 cañones de 380 mm, 12 de 150 mm, 16 cañones antiaéreos de 105 mm. Actuaciones: 18-V-1941 salió de Gotenhafen (Gdynia) para la Operación «Rheinübung». 24-V-1941 penetró por el estrecho de Dinamarca, destruyendo en esta operación el crucero británico *Hood* y dañando de forma considerable el crucero de batalla *Prince of Wales*. La persecución británica, con 5 buques de guerra, 2 portaaviones, 9 cruceros y 18 destructores tiene éxito: después de 6 ó 7 tiros certeros de torpedo, la propia tripulación hace explotar el barco. Perdieron la vida 1977 marinos.

Blaskowitz, Johannes, general alemán, nació el 10-VII-1883 en Peterswalde/Prusia Oriental; muerto el 5-II-1948 en Nuremberg. El 1-X-1932 general de División; 1-XII-1933 teniente general; 10-XI-1938 comandante en jefe del Grupo de Ejércitos III. 26-VIII-1939 campaña de Polonia como comandante en jefe del Ejército 8; 1-X-1939 capitán general; 1-XI-1942 marcha sobre Francia, hasta el momento no ocupada (Operación «Anton»); del 25-X-1940 al 21-IX-1944 comandante en jefe del Ejército 1; 24-XII-44/27-I-45, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos G; 28-I-45 Grupo de Ejércitos H; 7-IV-45/5-V-1945 comandante en jefe de los Países Bajos (fortaleza Holanda); 5-V-1945 capitulación; 5-II-1948 suicidio en la cárcel de Nuremberg para criminales de guerra.



Johannes Blaskowitz.



El crucero de batalla «Bismarck», orgullo de la marina de guerra alemana. No llegó a celebrar su primer «cumpleaños».

Con la inevitable indirecta contra Churchill, el «Simplicissimus» se burlaba del primer fracaso del Ejército del Aire británico: «¿Y los demás ya no vienen? ¿Qué va a decir Churchill cuando se entere de eso?» «Dirá que ellos han caído voluntariamente, para dejar a los alemanes en la ignorancia del poco valor de sus aviones Messerschmitt» (abajo).







No menos típico de la imagen de Inglaterra forjada por el nacionalsocialismo resulta la caricatura tomada del «Kladderadatsch», que debía desenmascarar al Gabinete de guerra inglés como una reunión de liebres miedosas: «El país de las sonrisas» (derecha).
Con una caricatura mordaz de las jerarquías nacionalsocialistas, la publicación francesa «Le Rire» dirige su sátira hacia la «Cultura alemana en marcha» (a la derecha arriba).

Panzer y Stukas - un nuevo concepto de la guerra

Los artículos 171 y 198 del Tratado de Versalles prohibían al pequeño ejército autorizado a la República de Weimar (100.000 soldados) la posesión, fabricación o importación de carros de combate, así como de aparatos para unas Fuerzas Aéreas de Marina o Tierra. 20 años más tarde, en 1939, las divisiones acorazadas alemanas irrumpen en Polonia en tanto que aviones de bombardeo en picado las apoyan en su incursión en las amplias planicies del vecino oriental. La colaboración de poderosas unidades de carros de combate dirigidas por radio y grandes unidades tácticas de aviones dieron, tras el primer ensayo de Polonia, resultados sorprendentes en la ofensiva de mayo de 1940 contra Francia, pese a que los franceses disponían también de una poderosa fuerza blindada, si bien no estaba organizada ni dirigida según un concepto moderno. En 1940 el Reich se halla en posesión del más avanzado aparato bélico del mundo.

¿Se trata de un milagro? A un Ejército derrotado, a un Estado humillado se le pueden hacer las prohibiciones que se quieran en un tratado de paz. Pero no se puede prohibir a sus oficiales que piensen. Aparte de que el Tratado de Versalles tenía su talón de Aquiles: los vencedores de la primera Guerra Mundial quisieron fijar de una vez para siempre el desarme de los vencidos. Pero, al mismo tiempo, se habían comprometido por su parte a proceder al desarme general. Y esto no sucedió jamás. Especialmente Francia desarrolló todo su talento en el arte de remolonear. Así resulta comprensible que los jefes de Gobierno anteriores a Hitler –de 1930 a 1933– Brüning, von Papen y von Schleicher sacaran la consecuencia de que el incumplimiento del acuerdo de desarme daba al inerme Reich el derecho y el deber moral de volverse a armar. La consecuencia se llamó Adolf Hitler. Las mejores oportunidades para la constitución de un Ejército secreto de aviones y carros de combate las ofrecieron las excelentes relaciones que imperaron casi forzosamente a partir del 1921/22 entre las dos naciones parias: la URSS y Alemania; la primera excluida del Tratado de Versalles y la segunda víctima de ese mismo Tratado. Además, ambas quedaron proscritas en un principio de la comunidad político-moral de las naciones civilizadas, la Sociedad de Naciones de Ginebra.

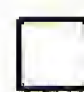
En el balneario de Lipzek, cerca de Járkov, junto al río Kama a su paso por Kazán, surge con la ayuda soviética una escuela alemana de pilotos de aviación y de carros de combate. El Ejército Rojo –en el más estricto secreto– pone a disposición de los alemanes terrenos, material didáctico y de prácticas (carros ligeros rusos del tipo *MS I* y *MS III*) así como personal auxiliar. Como contrapartida, los oficiales rusos toman parte en cursillos de perfeccionamiento del Ejército alemán. Cerca de 300 pilotos de caza alemanes realizan en Lipzek sus prácticas de vuelo. En el centro «Kama» –nombre en clave– se forma entre 1926 y 1933 el núcleo de los futuros dirigentes del Arma acorazada alemana.

Entre ellos hay que citar a generales famosos como Nehring, Ritter von Thoma, y otros 30 más. En el decenio de los años treinta se ensayan aquí también los primeros prototipos de carros ligeros construidos por Krupp. En 1932 reside en «Kama» el jefe del Estado Mayor de las tropas de combate, coronel Heinz Guderian, junto con el inspector general Lutz. La cooperación ruso-germana termina en otoño de 1933 a causa del enfriamiento surgido en las relaciones entre Stalin y Hitler.

El 20 de noviembre de 1917 y el 8 de agosto de 1918, los Cuerpos Acorazados británicos y las Fuerzas Blindadas francesas, respectivamente, en las batallas de Cambrai y Villers-Bretonneux –con la intervención de 400 o más carros de combate–, revelaron cuán formidable era la fuerza que residía en la nueva arma. Cierto que en esos momentos el Mando Aliado no fue lo suficientemente ágil como para explotar a fondo los sorprendentes éxitos iniciales. Los «entusiastas» británicos del carro de combate –general Fuller y coronel Martel–, que habían defendido la idea del empleo de los carros como una nueva Caballería, predicaron en vano. En cambio, en Alemania, el coronel Guderian, partiendo de un estudio de los triunfos relámpago de Napoleón en los años 1805/1806, desarrolló la idea de usar los carros blindados en grandes unidades de combate, separadas por cuerpos de Infantería; sus grandes triunfos serían la fuerza y el potencial de tiro. El perfeccionamiento de las comunicaciones por radio en los años treinta acabaría de incrementar la eficiencia del sistema: desde el carro de mando pueden ser dirigidos los demás blindados en sus acciones.

En Francia, un joven coronel llamado Charles de Gaulle publica en 1934 un libro sobre el Ejército, cuyo núcleo debería consistir de unidades rápidas de carros de combate. Pero en su país De Gaulle es el único que posee esta convicción. Sólo en la Alemania hitleriana se imponen los incondicionales de los carros blindados a los partidarios de la Caballería tradicional. Son los carros, en acción combinada con los bombarderos en picado concebidos por Junkers –*Ju 87*, («Stuka»)–, quienes ganan las campañas de Polonia, Bélgica, Francia, Norte de África y Rusia hasta el otoño de 1941. En realidad, es difícil resistir a la tentación de comparar esta evolución técnica con los tiempos de un pasado remoto: cuando un milenio antes del nacimiento de Cristo la invención del carro de combate de tracción animal en el Oriente Próximo cambió el destino de naciones y pueblos. Pero en el siglo XX la evolución técnica lleva un ritmo arrollador. Los enemigos del III Reich no tardaron en aprender la técnica alemana de acción combinada de los carros y la Aviación; tanto los ingleses como los norteamericanos o los rusos. Y gracias a un mayor potencial industrial, a una mayor flexibilidad de los perfeccionamientos técnicos, los alumnos no tardaron en superar a los maestros de 1939/40.

Walter Görlitz

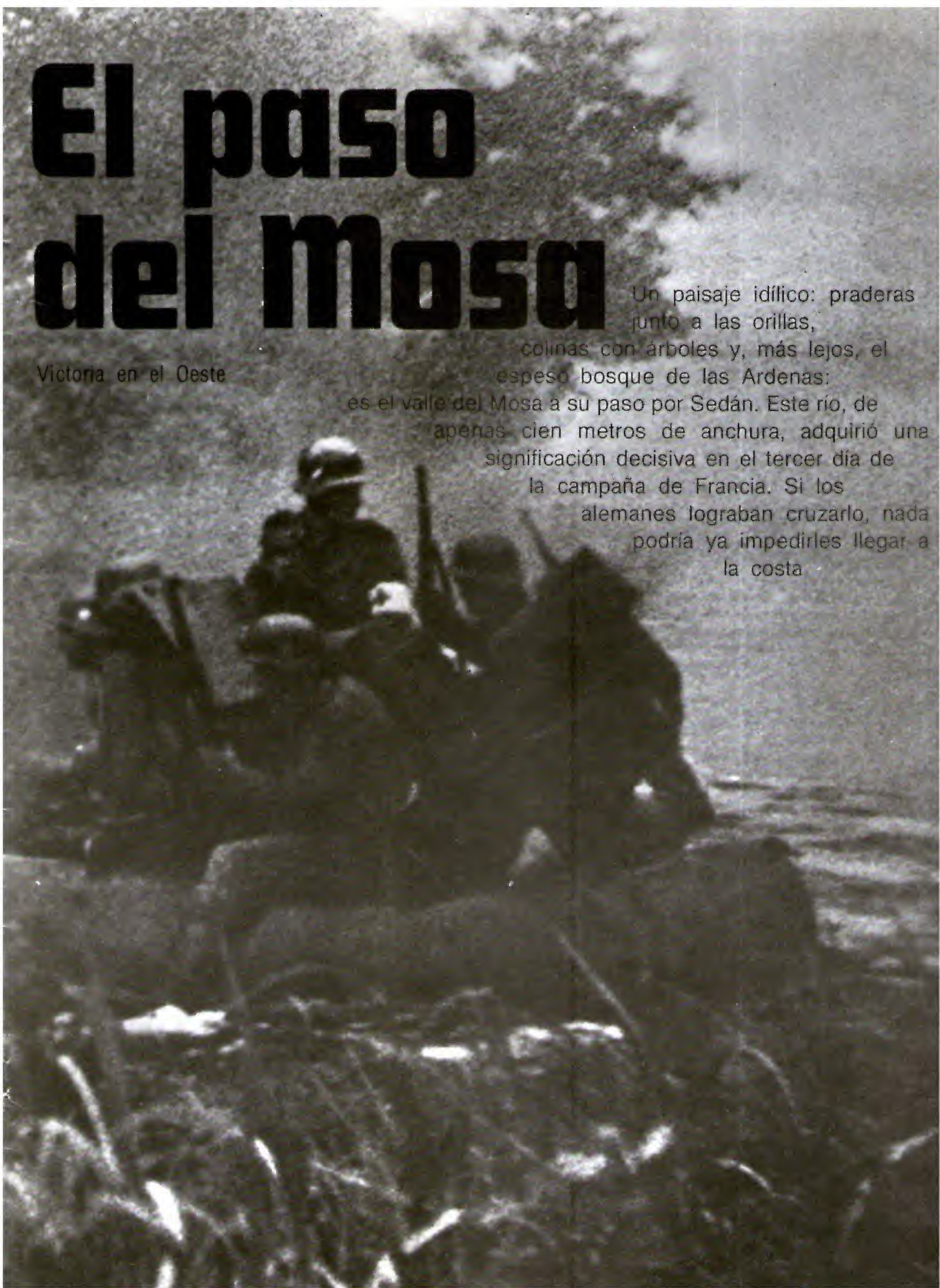




El paso del Mosa

Victoria en el Oeste

Un paisaje idílico: praderas junto a las orillas, colinas con árboles y, más lejos, el espeso bosque de las Ardenas: es el valle del Mosa a su paso por Sedán. Este río, de apenas cien metros de anchura, adquirió una significación decisiva en el tercer día de la campaña de Francia. Si los alemanes lograban cruzarlo, nada podría ya impedirles llegar a la costa



Despunta el tercer día de la campaña occidental. Como los días anteriores, el 12 de mayo de 1940 promete ser una hermosa jornada de primavera. Del aeródromo de campaña, próximo a la localidad de Ciney –Cuerpo de Ejército XV– despega un avión tipo *Fieseler Storch* para un vuelo de reconocimiento. Detrás del piloto ha tomado asiento un oficial del Estado Mayor que quiere hacerse una idea del campo de operaciones.

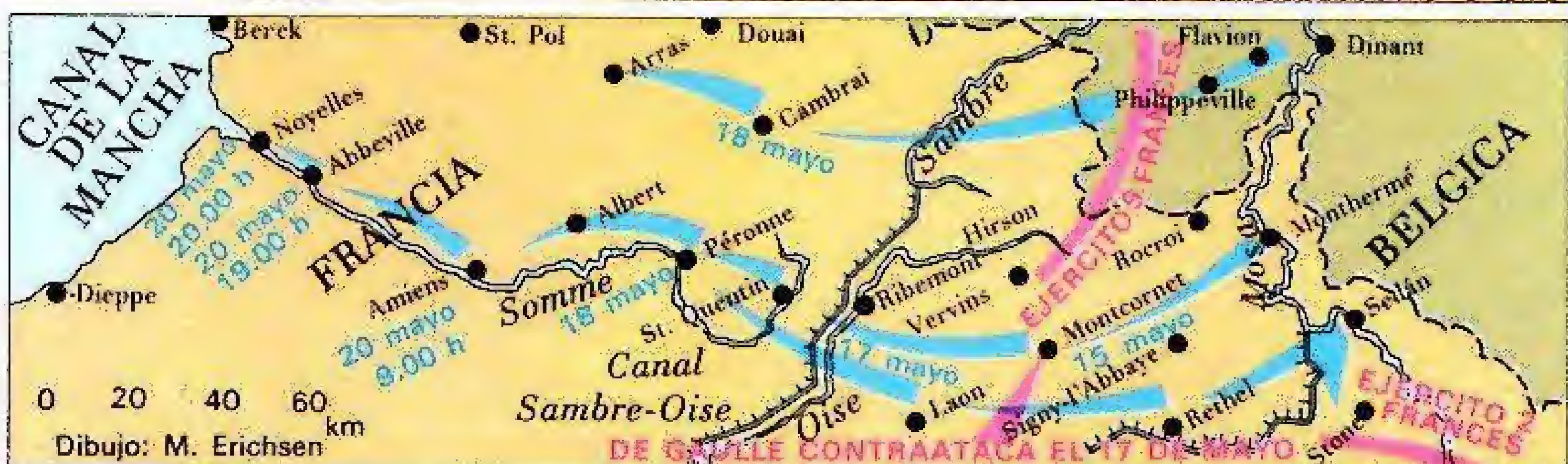
Por las observaciones realizadas el día anterior sabe que entre el río y las propias líneas se halla la 4.ª División francesa de Caballería. Para no ser alcanzado por el fuego enemigo, el *Storch* vuela a 800 m de altura y se aproxima muy poco al Mosa; a varios km del mismo el avión emprende un vuelo paralelo al curso del río. El oficial puede reconocerlo perfectamente con sus prismáticos. De improviso hace un descubrimiento: en la ciudad de Yvoir existe un puente. Pero antes de que pueda efectuar más observaciones, el avión se ve sometido a intenso fuego enemigo y debe alejarse del lugar.

En el cuartel general el descubrimiento es acogido con frialdad. Se sabe que todos los puentes restantes en las zonas de fricción con el enemigo fueron volados. Hay que suponer que el puente de Yvoir ha sido reservado como camino abierto a una eventual retirada de la 4.ª División francesa de Caballería, para ser volado después.

Por otro lado se reconoce a las claras el valor estratégico del citado puente. Pasar el río a la brava, bajo el fuego enemigo, significaría un gran riesgo y originaría cuantiosas bajas. Había que intentar apoderarse del puente antes de que fuera volado.

El Regimiento acorazado 31, bajo el mando del coronel Werner, recibe la orden de conquistar el puente en una operación relámpago. Pero no les resultará fácil. El avance del Regimiento queda frenado por la empecinada resistencia de la retaguardia francesa. El coronel está nervioso en su carro de mando, maldiciendo a cada francés que le impide llegar cuanto antes a su meta. Mientras tanto, el enemigo ha reconocido también el valor que el puente tendría para los alemanes, pero la voladura sólo se llevará a cabo después de que la retaguardia haya cruzado el Mosa.

Jean de Wispelaere, de 27 años, teniente de zapadores del Ejército real belga, tiene orden de volar el puente en el momento oportuno. Las cargas están dispuestas. Con tres hombres y una pieza de artillería ha tomado posición en un pequeño *bunker* situado al oeste del puente. Son las 16,30 y Wispelaere espera a que la retaguardia



En la parte superior: el escenario de las luchas del 13 de mayo de 1940. Los franceses habían ocupado la orilla occidental del Mosa (zona punteada). En el Norte la 5.ª «Panzerdivision» (Hartlieb) y la 7.ª «Panzerdivision» (Rommel) habían atravesado ya el río. Al Sur, las divisiones acorazadas de Guderian se disponen a cruzarlo por Sedán.

En la parte inferior: avance de las divisiones acorazadas hacia la costa; tras la marcha a través de las Ardenas y el paso del río Mosa, ésta era la fase siguiente del plan «movimiento en hoz». Sólo resta ya la conversión hacia el Norte.

de la 4.ª División de Caballería haga acto de presencia; las órdenes, muy estrictas, que ha recibido le obligan a volar el puente, en cualquier caso, al caer la noche.

A las 17 horas el oficial de zapadores observa cómo se acerca la retaguardia; avanza aún por unas colinas, a tres km de distancia. Y pocos instantes después ve también lo que ha estado temiendo todo el tiempo: pegados a los talones de la retaguardia llegan los carros alemanes. Los combatientes se hallan tan próximos que Wispelaere no puede hacer fuego sin alcanzar también a los franceses; pero lo que hará es volar el puente en cuanto ponga pie en él el primer alemán, aunque haya aún franceses sobre el mismo.

El coronel Werner, que persigue a los franceses en primera línea, se ha hecho cargo de la situación. Ha visto que el puente está aún en pie, pero observa también la pieza artillera de Wispelaere y supone que el puente se encuentra minado y los zapadores enemigos prestos a volarlo. Por radio da orden a dos de los carros exploradores que se dirijan hacia el puente y desmonten las cargas explosivas. El oficial belga ve acercarse, entre nubes de polvo, a los vehículos franceses y alemanes; cuando los últimos franceses hayan cruzado el puente, los alemanes estaran aún a unos cientos de metros del mismo. De Wispelaere pulsa el detonador eléctrico... ¡Nada! El equipo eléctrico ha fallado. El primer carro de exploración alemán avanza ya sobre el puente cuando es alcanzado por un disparo de la pieza belga. El comandante del carro salta del vehículo e intenta cortar los cables eléctricos conectados con las cargas explosivas. Los disparos de un soldado belga le dejan fuera de combate.

De Wispelaere tiene aún una oportunidad: el segundo circuito detonador. Pero para ello ha de ir él mismo al puente, ya que la mecha se halla muy cerca de la carga explosiva. El fuego de sus artilleros ha detenido también el avance del segundo carro blindado alemán sobre el puente. Es el momento. De Wispelaere sale disparado hacia la mecha y le prende fuego, pero al correr para ponerse a cubierto es alcanzado por un disparo del segundo carro alemán. Casi en el mismo momento vuela por los aires el puente con los dos blindados alemanes. El último puente sobre el Mosa ha quedado destruido. El Cuerpo de Ejército XV se encuentra bloqueado por el momento. Unos diez km más al sur, la 7.ª *Panzerdivision* de Rommel alcanza la orilla oriental del Mosa y toma posiciones.

Unidades de exploradores reciben la orden de estudiar el terreno. En las cercanías de la ciudad de Houx se descubre un dique que une la orilla con un islote y que podría servir de punto de apoyo para el tendido de un puente. Los belgas no habían volado el dique porque sin él las aguas del Mosa descenderían tanto que el río sería vadeable en muchos puntos. Pero los belgas no conceden mayor importancia a este punto débil. Ni siquiera se han previsto posiciones defensivas en torno a él.

En el transcurso de la noche cruzan por aquí varias compañías alemanas para limpiar la orilla del río de eventuales fortines y posiciones de artillería contracarro. Al amparo de la cabeza de puente así ganada, los zapadores de Rommel quieren construir un puente para los carros blindados. Al atardecer de aquel mismo día la 1.ª y la 10.ª *Panzerdivision* alcanzan la pequeña ciudad fortificada de Sedán, cuyos 13.000 habitantes habían sido ya evacuados. Las citadas divisiones son unidades selectas y junto con el Regimiento «Grossdeutschland» que las acompaña en Sedán– forman parte del Cuerpo de Ejército de Guderian. Tras cuatro horas de combate callejero han desalojado de Sedán a los hombres de la 5.ª División francesa de Infantería y los han perseguido hasta las orillas del Mosa.

Guderian tiene suerte

Ese día Guderian se libra dos veces, por los pelos, de un final nada glorioso. Ha montado su cuartel general en el hotel Panorama, de Bouillon. Su habitación, adornada con trofeos de caza, brinda una vista magnífica sobre el valle del Semois. Guderian se halla justamente bajo uno de estos trofeos de caza cuando la Aviación enemiga ataca a una columna de zapadores alemanes en las cercanías del hotel. La explosión de una de las bombas hace temblar todo el edificio y el citado trofeo –la cabeza disecada de un enorme jabalí– se precipita al suelo... a pocos centímetros de Guderian. Éste renuncia a la magnífica vista y se traslada a un alojamiento más modesto; poco después lo llaman al puesto de mando del *Panzergruppe* de Kleist. Allí recibe la orden de pasar al ataque a la otra orilla del Mosa el 13 de mayo a las 16 horas. Durante el vuelo de regreso a su cuartel general, Guderian sufre el segundo percance. A la caída de la tarde, el inexperto piloto de su avión se dispone a aterrizar. Momentos antes de tomar tierra descubre Guderian que se hallan en la orilla opuesta del Mosa, en terreno enemigo. Sus enérgicos gritos llegan justo a tiempo para que el piloto dé nuevamente gas y despegue hacia la libertad.

En el cuartel general del comandante en jefe del frente nororiental francés, general Joseph Georges, en La Ferté, reinan grandes preocupaciones ese mismo día. Hacia las 15 horas llega un mensaje del Ejército 2 del general Huntziger: su Caballería ha sufrido en Sedán «bajas muy importantes».

Las unidades de reserva se movilizan a marchas forzadas. Son la División 3 acorazada, la División 3 motorizada y la División 4 de Infantería, que forman parte de las mejores fuerzas francesas. Por vez primera, los franceses piensan en hacer intervenir una división de carros en formación cerrada y apoyada por la artillería móvil de la División motorizada. La decisión es certera, pero demasiado tardía; las divisiones sólo logran alcanzar el campo de operaciones el día 14 de mayo. Con ello los planes operativos del general Georges llevan un día de retraso sobre los acontecimientos. Un día de retraso sobre la jornada decisiva.

«Sin tener en cuenta las bajas»

Al atardecer supo Huntziger que sería blanco de la ofensiva alemana. Poderosas columnas germanas integradas por carros, artillería y zapadores avanzan al Sur de Namur en dirección a Sedán. Desde la otra orilla del Mosa los franceses pueden observar perfectamente los vehículos alemanes que pasan con los faros encendidos.

En esas horas el general Huntziger envía a sus tropas la orden siguiente: «Cada palmo de terreno que conquiste el enemigo ha de ser recuperado. El honor de todos los mandos radica en mantener sus posiciones sin tener en cuenta las bajas».

También en el Mando Supremo alemán reina el nerviosismo. Se conoce demasiado bien cuán importante es para el plan «movimiento en hoz» el paso del Mosa, y se sabe asimismo que el 13 de mayo debe aportar la decisión final. El general Erwin Rommel se halla en pie desde las 3 de la madrugada del día decisivo. En su vehículo de mando –ocho ruedas– corre de Dinant a Houx. Sus tropas han defendido a duras penas en el curso de la noche la cabeza de puente contra los ataques franceses. Y si al final los alemanes han logrado avanzar de Steinkeller a La Grange, en su retaguardia se han infiltrado núcleos de resistencia. Son éstos los que impiden el traslado de las armas pesadas necesarias para acabar con la defensa de los *bunkers*. También los intentos de pasar el río en embarcaciones resultan fallidos, las fuerzas de choque han sufrido numerosas bajas. Por la mañana regresa Rommel al puesto de mando operacional y habla con su superior, el comandante en jefe del Ejército 4, general von Kluge. Rommel le pide más carros, cañones, armas, con que com- ▷





1) Para apoyar con armas pesadas el avance de la infantería hay que superar a menudo obstáculos naturales. Aquí se intenta situar en posición, sobre una rocosa ladera vertical, una pieza contracarro.
2) Un puente montado sobre botes neumáticos permite el paso del río a una pieza ligera de artillería.
3) El lanzallamas –la más eficaz arma de corto alcance de los zapadores– en acción. Los hombres que accionaban los lanzallamas eran siempre el blanco preferido de los tiradores enemigos.



¡Soldados del frente occidental! Ha llegado vuestra hora. La lucha que hoy comienza decide el destino del pueblo para los próximos mil años. Cumplid ahora con vuestra obligación. El pueblo alemán está con vosotros.

Berlín, 10 de mayo de 1940 **Adolf Hitler**



2



4



3



5

4) Las cargas explosivas han abierto una brecha en el alambre de espino. Tropas de zapadores avanzan inmediatamente después de la explosión.
5) En las misiones de exploración o en los ataques por sorpresa contra puntos fortificados del enemigo, se corta sigilosamente el alambre de espino.

batir los fortines de la orilla del Mosa en Houx; sin ello no es posible cruzar el río. A primeras horas de la tarde llegan a la línea de fuego los carros tipo IV, del Regimiento Acorazado 25. Lentamente recorren la carretera paralela al río con las torretas giradas 90° y disparando desde una distancia de cien metros escasos sobre los objetivos de la orilla occidental. Es como en una barraca de feria: cada disparo, un acierto. Al amparo del fuego de los carros, los zapadores empiezan un tendido de pontones. En uno de los primeros el general Rommel pasa a la otra orilla con el teniente Most; allí encuentran hombres que mantienen la posición desde la noche anterior. Rommel ha llegado en el momento oportuno: cuando los franceses intentan reducir la cabeza de puente con un ataque blindado... ¡y no hay un solo cañón contracarro capaz de detener aquellas moles de acero! Rommel ordena disparar con pistolas de señales contra los carros y los franceses se dejan engañar. Creen que se trata de granadas trazadoras y de piezas especiales y se retiran; la Infantería que acompaña a los carros tira las armas y se rinde. La situación ha sido dominada y Rommel emprende el camino hacia Dinant.
También aquí llega a tiempo para enmendar un error grave. Los zapadores están construyendo un puente de pontones de 8 t, insuficiente para sostener el peso de los carros que han de cruzarlo. Rommel ordena erigir un puente con capacidad de carga de 16 t y colabora personalmente en su construcción, hundido hasta la cintura en las aguas del río. Al anochecer pueden pasar a la orilla opuesta los primeros carros. En las primeras horas del día 14 de mayo se hallan ya 14 carros blindados en la otra orilla del Mosa.

Confusión en el campo francés

En estos momentos bastaría aún un ataque masivo del Ejército 9 del general Corap para destruir la cabeza de puente y arrojar a los alemanes al Mosa. Pero en el bando francés impera, como tan a menudo sucediera días atrás, la mayor de las confusiones.
No funcionan las comunicaciones por radio ni los correos personales. El general Corap ha perdido la visión de conjunto del frente. Así, mientras los Cazadores de las Ardenas belgas defienden empecinadamente sus fortines a orillas del Mosa, el Regimiento 66 francés se retira, dejando huecos entre las posiciones belgas. Mientras tanto, otras unidades, las mejores del Ejército de Corap, han quedado atrás. El general Boucher, comandante en jefe de la División 5 motorizada, tiene conocimiento desde la una de la madrugada del ataque alemán, pero no se entera hasta las seis de que el Regimiento 39 de Infantería ha sido atacado en su flanco por las unidades de Rommel. También parece que el Regimiento 77 ha huido; en cuanto al Regimiento 85 no hay forma de saber dónde se encuentra. Ésta es la situación en el campo francés cuando Rommel se apresta a cruzar con el grueso de sus efectivos al otro lado del Mosa.
Y en el Ejército 2 francés las cosas no andan mucho mejor. Frente a él se hallan las fuerzas de Guderian, con orden de pasar al ataque a las 15 horas. El XIX *Panzerkorps* ha de atravesar el Mosa en la desembocadura del Bar. El mayor esfuerzo de la ofensiva lo deben soportar las unidades de la 1.ª *Panzerdivision* del general Kirchner. Ésta ha sido reforzada por el Regimiento «Grossdeutschland», un batallón de zapadores y la artillería pesada de la 2.ª *Panzerdivision*.
Estaba previsto que las cabezas de puente deberían constituirlas el Regimiento 1 de fusileros, el Regimiento «Grossdeutschland» y los zapadores.
Desde las cimas de La Marfée los observadores franceses pueden contar 200 carros alemanes en Saint-Menges y otros tantos en las afueras de Sedán. Aguardan en vano que un fuego concentrado de la artillería francesa destruya la formación de los blindados alemanes; ignoran que el comandante de la zona, general Grandsard, ha ordenado ahorrar munición. Cada pieza artillera sólo puede disparar de 30 a 50 proyectiles. En opinión de Grandsard ese día no se prepara ningún ataque por parte de los alemanes ya que cree que éstos necesitan por lo menos cinco días para traer, a través de los estrechos caminos de las Ardenas, suficiente artillería y munición hasta el frente. Por lo visto, al general se le había olvidado la «artillería volante» de los alemanes.

Aniquilar las posiciones enemigas

Y ésta hace acto de presencia hacia el mediodía. Los *Stukas* y los *Do 17* («lápices voladores») sueltan una lluvia de bombas sobre las posiciones enemigas. Cuando la artillería francesa enmudece los alemanes pasan al ataque. En el ala izquierda de la cuña de ataque de Guderian, entre Bazailles y Sedán, se halla la 10.ª *Panzerdivision*. Por aquí debe cruzar el río el Regimiento 86 de fusileros. Pero éstos esperan en vano los botes neumáticos en que los zapadores habían de transbordarlos a la otra orilla. Impactos certeros de la artillería pesada han destrozado los botes, matando e hiriendo a 29 zapadores.

Los Stukas sobre Sedán

Los «Stukas» atacan. Hacen ulular sus sirenas, bombardean puestos de tiro, atalayas de observación, baterías artilleras, edificios, casamatas, centrales telefónicas. Nubes de humo y polvo oscurecen la tierra, envuelven a los defensores.
Un teniente francés de Infantería, del Regimiento 147, apostado en las fortificaciones sobre el río Mosa, describe el espantoso carrusel de esos ataques:



La bomba se desprende hacia su objetivo.

«Se acercan en grupos de 50 aparatos. Distribuidos escalonadamente a diversas alturas, describen un círculo sobre nosotros. Los aviones más altos vuelan a unos mil metros. Es como si el cielo hubiera quedado oscurecido por monstruos voladores; los reflejos del sol los hacen parecer ora negros, ora blancos. Las ametralladoras de los aviones producen un ruido enervante; poco después se añade a este fragor el silbido de las bombas. El ruido ensordecedor anida en los oídos, las explosiones se acercan más y más y hacen temblar la tierra mientras la oleada atacante se va alejando. Y apenas ha desaparecido de la vista un grupo, aparece el siguiente, desde otra dirección, con el espeluznante tableteo de sus ametralladoras.
De estos aviones irradia una sensación de poderío cuando llegan en indestructible formación para lanzar sobre nosotros su carga. Pero también producen un efecto de estricta organización cuando se contempla el sucederse ininterrumpido de las escuadrillas como si no hicieran otra cosa que seguir un horario minucioso.»

El sargento Heinz Rubarth, de 28 años, perteneciente a la 2.ª Compañía del Batallón 49 de zapadores logra penetrar con once hombres en el almacén de una casa de campo de Balan. Llevan dos pequeños botes neumáticos, material explosivo y armas de corto alcance. Han recibido órdenes de aniquilar las posiciones enemigas en Wadelincourt, que han frustrado hasta ahora todo intento de atravesar el río.
Para cumplir su misión Rubarth y sus hombres han de cruzar una pradera encharcada, batida por el fuego francés. Sólo aquí y allá, unos pocos árboles pueden brindar cierta protección. Los zapadores corren en zig-zag hacia su meta, arrojándose repetidas veces al suelo.

Quien no dispara, rema

Algunos de los hombres no se vuelven a levantar, pero ocho logran alcanzar con sus botes el Mosa. Rubarth reparte a su pequeño grupo en los botes. Desde la orilla occidental les saluda un fuego intenso. Los ocho alemanes contestan al fuego. El servidor de la ametralladora ha colocado el cañón de ésta sobre el hombro de un compañero. Quien no dispara, rema. Así se cruza el río. Una vez al otro lado, los zapadores se arrastran por delante de los fortines. Poderosas cargas explosivas hunden los muros de hormigón. Pocos minutos después se ha abierto un boquete de 300 metros en la primera línea defensiva sobre el Mosa.
Mientras tanto, los defensores de Wadelincourt se han reagrupado y contraatacan a Rubarth. Un suboficial resulta muerto, otros dos hombres son heridos. Al grupo apenas le quedan municiones. En el momento crítico empiezan a llegar refuerzos: zapadores y soldados de Infantería. Las alturas de Wadelincourt han sido conquistadas. La División acorazada 10 cruza el Mosa.
En la tarde del 13 de mayo el Regimiento «Grossdeutschland» se dispone al ataque en las cercanías de Floing. Al atardecer, este regimiento de tropas seleccionadas ha alcanzado su objetivo. El teniente coronel Courbière, comandante de la 6.ª Compañía, ocupa con sus hombres la cota 147, desde la que 70 años antes dirigió Moltke la batalla de Sedán.
En la mañana del 14 de mayo de 1940 la batalla del Mosa está decidida. Todo se ha desarrollado de acuerdo con el plan alemán. La trayectoria de la hoz puede irse cerrando a espaldas del grueso de las fuerzas francesas.



En la calle de una ciudad francesa: una pieza contracarro alemana hostiga las posiciones enemigas.

Los Panzer al asalto



La primera fase del plan de ataque alemán se ha puesto en práctica. Unidades del «Panzergruppe» de Kleist han cruzado el Mosa, avanzando a través de las Ardenas y estableciendo cabezas de puente sobre el río. El 14 de mayo lanzan sus ataques desde estas cabezas de puente. El avance se orienta hacia la costa del Canal de la Mancha. Los Aliados han descubierto demasiado tarde los objetivos alemanes. Sus Ejércitos quedan divididos por la cuña germana de carros blindados. La suerte del Cuerpo Expedicionario británico parece echada.



Comprensiblemente, el premier británico, Winston Churchill, estaba de mal humor. Desde la hora del desayuno, en ese 14 de mayo, le habían inundado de malas noticias. La primera le llegó de Paul Reynaud, su colega francés: le daba cuenta de que los alemanes habían roto el frente por Sedán. Los soldados galos no habían sido capaces de resistir el ataque combinado de los *Panzer* y los *Stukas*; Reynaud suplicaba a Churchill que enviara urgentemente a Francia otras diez escuadrillas de aviones de caza. Pocas horas después Churchill tenía sobre su escritorio la relación de las bajas de la *Royal Air Force* (RAF) en Francia: de los 474 aviones lanzados al combate se habían perdido 268.

Malas noticias, pero ¿se comprendió en Inglaterra todo su alcance? Evidentemente, no. Al atardecer del 13 de mayo de 1940 el jefe del Estado Mayor británico, Sir E. Ironside, escribía aún en su diario: «No existen indicios de que los alemanes hayan hecho otra cosa que dejar avanzar sus columnas motorizadas al amparo de una intensa cobertura aérea».

Con ello Ironside describía exactamente la concepción del ataque alemán, pero despreciaba por completo el peligro que encerraba para las propias fuerzas aliadas.

El general francés Georges, comandante en jefe del frente nororiental, enjuicia la situación al atardecer del 14 de mayo, de un modo más pesimista. En su cuartel general de La Ferté se da cuenta de que sus tropas, situadas a lo largo de la línea Luxemburgo-Mézières, ha sufrido el choque principal de la ofensiva germana. Dos de las divisiones francesas están casi disueltas. Unidades enteras de Artillería han abandonado sus cañones y huido, pensando únicamente en salvarse. Sólo pequeñas unidades, no afectadas aún por el pánico, han podido anotarse éxitos locales. Pero esto no cambia en nada la catastrófica situación general. Georges se hunde en su sillón y llora;

Las «Panzerdivisionen» alemanas ensayan una y otra vez la cooperación entre brigadas de Infantería y carros de combate. Aquí se puede ver el avance de un carro tipo IV junto a un nido de ametralladoras; su objetivo es un punto fortificado enemigo.



¡Sedán arde!

Tras el ataque alemán, la Artillería francesa incendia calles enteras de la ciudad.

Las primeras fotos en color de la gran batalla de Occidente



Caminos de la retirada enemiga –caminos del avance alemán

Autos calcinados, equipos abandonados, hechos jirones y añicos. Y, al borde de los caminos, prisioneros franceses a millares; mezcla variopinta de pueblos de todos los colores de la Tierra.



compungidos, los oficiales de su Estado Mayor observan la escena. El general francés no se equivocaba al hacer el sombrío balance del día. Desde las cabezas de puente los alemanes habían pasado al ataque contra las líneas defensivas aliadas aquel 14 de mayo.

Por la mañana llega hasta la localidad de Onhaye un Regimiento de fusileros al mando del coronel von Bismarck. Los franceses ofrecen tenaz resistencia contra estos soldados de la División de Rommel. Onhaye se encuentra en una posición dominante, tras la cual se abre una llanura en la que los carros alemanes no encontrarían ya obstáculo alguno.

El carro de Rommel es alcanzado

Por la tarde avanza también Rommel con algunos carros blindados hacia Onhaye, donde sigue luchando su Regimiento de Fusileros. Pero antes de llegar, la columna es atacada por el fuego artillero enemigo. El carro tipo III de Rommel sufre un impacto en el periscopio y otro en el borde superior de la torreta. Una esquirla hiere a Rommel en la cara. El conductor del carro de combate se dirige hacia unos matorrales y se encuentra con el vehículo frente a un desnivel. El carro se desliza por la pendiente y queda volcado ofreciendo un blanco ideal. El intento de dirigir el cañón de 37 mm contra el enemigo fracasa. La torreta se ha atascado.

Rommel: «Entonces los franceses abrieron fuego rápido sobre nuestro bosque. A cada instante podíamos esperar que nuestro carro, totalmente descubierto, fuera el siguiente objetivo. De ahí que me decidiera a abandonarlo lo antes posible, llevándome conmigo a la dotación. En ese momento el comandante del carro de escolta me comunicó que había sido herido: 'Herr general, un disparo me ha arrancado el brazo'. Escalamos la ladera, mientras en torno a nosotros llovían las balas».

Al atardecer se ha vencido la resistencia francesa y ha caído Onhaye.

Las llanuras del Norte de Francia se abren ante los carros de Rommel.

Para las unidades de Guderian el 14 de mayo comienza no sin dificultades. Contraataques franceses les impiden el avance. Finalmente, entrada la mañana quedan destruidos once de los quince carros atacantes franceses. Otra unidad gala es hostilizada por los zapadores, que arrojan cargas explosivas entre las cadenas de los carros y debajo de éstos, dejándolos fuera de combate. Los franceses se retiran.

A primeras horas de la tarde, Guderian tiene la impresión de que el frente enemigo está en franca descomposición. Y considera que ha llegado el momento de dar paso a la tercera y última fase del «movimiento en hoz». Ordena dividir en dos el grueso de los Ejércitos aliados.

Esta maniobra no está exenta de riesgo. Con cada avance se hace más y más vulnerable el flanco Sur de Guderian. Resulta incluso dudoso si este sector del frente podrá ser mantenido por los alemanes, hasta que lleguen las divisiones no motorizadas. Tanto más cuanto que éstas han de acudir por las difíciles carreteras de las Ardenas o atravesando el Mosa.

Los Aliados saben cuán vulnerables se vuelven las posiciones alemanas si se destruyen los pocos puentes tendidos sobre el Mosa. Al amanecer diez bombarderos británicos del tipo *Fairey Battle* atacan los puentes... en vano. Pocas horas después es la Aviación francesa la que lleva a cabo el mismo ataque. Pero también los 28 bombarderos galos fracasan en sus intentos.

Por la tarde se registra la mayor batalla aérea de la campaña occidental. Los británicos lanzan todos los bombarderos de que disponen –tipos *Blenheim* y *Battle*– escoltados por 250 aviones de caza contra los puentes del Mosa. La *Luftwaffe* se les enfrenta con 814 aparatos. Caen 40 de los 71 bombarderos británicos. El abastecimiento alemán puede seguir cruzando el Mosa.

Churchill vuela a París

El 15 de mayo de 1940 a las 7,30 de la mañana, Churchill es despertado por su ayudante: Paul Reynaud estaba al teléfono. Hablaba inglés, presa de gran excitación. «Nos han derrotado», dijo. Y al no responder nada Churchill, repitió: «Nos han vencido, hemos perdido la batalla». Churchill repuso: «Es imposible que haya ocurrido tan pronto». A lo que Reynaud replicó: «Han roto el frente por Sedán y los alemanes penetran masivamente con fuerzas blindadas». A los oídos británicos las palabras de Reynaud sonaban un tanto histéricas. Sin embargo, existían motivos más que sobrados para tomar muy en serio esa llamada. Al día siguiente llegaba Churchill al aeropuerto parisiense de Le Bourget a bordo de un avión del tipo *Flamingo* escoltado por cazas británicos. Media hora después se presentaba en el Quai d'Orsay.

En una de sus dependencias se habían reunido Reynaud, Daladier –ministro de la Guerra– y el general Gamelin. En el cuarto se hallaba extendido un mapa de unos dos metros cuadrados sobre el cual se había trazado con tinta la situación del frente. En Sedán se podían apreciar unas profundas entradas: las cabezas de puente alemanas. Las unidades francesas que estaban allí habían sido aniquiladas o desalojadas.

«Con ímpetu formidable e increíble rapidez los carros alemanes avanzan sobre Amiens y Arras, probablemente con la intención de alcanzar la costa a la altura de Abbeville. Pero también podrían dirigirse hacia París», escribió Churchill en sus «Memorias». Estas líneas revelan que en aquel momento los Aliados no habían captado aún el conjunto de la maniobra «movimiento en hoz».

Cuando Churchill le preguntó al general Gamelin por las reservas estratégicas, éste se encogió de hombros y respondió: «Ninguna». Churchill no lo podía comprender. ¡Sin reservas estratégicas! «¿Qué debemos pensar del gran Ejército francés y su mando? Nunca se me hubiera ocurrido que un comandante en jefe, responsable de un frente de 750 km, no hubiera previsto fuerzas de reserva», escribe Churchill.

Atendiendo a las súplicas de Reynaud, Churchill pidió desde la misma Embajada británica en París que el Gabinete dispusiera el envío a Francia de otras diez escuadrillas de cazas.

Pero también esta decisión revela la insuficiencia de la actitud británica. Lo que los franceses necesitaban en esa hora no eran solamente aviones de caza, sino también carros y cañones y, *last, not least,* tropas.

Hacia las 11,30 del 17 de mayo llegó la respuesta. El Gabinete británico accedía. Churchill fue directamente al domicilio de Reynaud.

Las persianas estaban aún bajadas, Reynaud abrió en batín. Churchill le convenció para que mandara llamar a Daladier. Éste, al llegar, apretó en silencio la mano de Churchill. Mientras tanto, los alemanes habían realizado grandes avances territoriales. Sobre todo, la 1.ª y la 2.ª *Panzerdivisionen* de Guderian habían penetrado profundamente en territorio enemigo. Tras ellas quedaba una franja de 40-50 km en la que apenas se podía encontrar a algún soldado alemán. Sólo al anochecer del 16 de mayo la Infantería alemana alcanzó el Mosa; a estas horas los carros de Guderian se habían alejado ya 90 km del río. Evidentemente, era una situación peligrosa. Una débil línea de suministros abastecía parcamente a los carros. Sobre todo por lo que respecta al combustible, los blindados dependían de lo que lograban capturar. Pero Guderian estaba dispuesto a seguir avanzando hasta agotar la última gota de carburante.

El avance victorioso en el Oeste, «la más importante serie de batallas de la Historia universal» (Hitler) fue celebrado en innumerables artículos de publicaciones.
A la izquierda, por ejemplo, figuran unas fotos, con texto explicativo, de la revista ilustrada «Signal».

Tampoco a Rommel le detenía nada. El 15 de mayo, a las 5,15, la 7.ª *Panzerdivision* alcanzaba Landrecies, 100 km al sudoeste de Dinant.
Rommel sólo había perdido 1 oficial, 40 suboficiales y sus secciones. Pero había hecho prisioneros a más de 10.000 franceses y capturado o destruido un centenar largo de carros. Con ello la 7.ª *Panzerdivision* había dado el golpe de gracia al Ejército del general Corap. Los franceses no estaban ya en condiciones de lanzar contraofensivas de cierta importancia. El 15 de mayo el general Winkelmann, comandante en jefe del Ejército holandés, había aceptado las condiciones de capitulación impuestas por los alemanes.
La rendición de los holandeses fue decisiva pra el Ejército 7 francés, bajo el mando del general Giraud. Súbitamente se encontró operando en el vacío y tuvo que retirarse a marchas forzadas.

Las dudas de Hitler

Sin embargo, Gamelin no se decidió hasta el día 16 a dar la orden de retirada a las tropas que se hallaban en Bélgica y Holanda. Y Billotte, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos I, ordenó que dicha retirada se efectuara escalonadamente en tres etapas. Sólo el 19 de mayo –cuando era demasiado tarde– debían haber cruzado las tropas el río Escalda. En el puesto de Hitler en Münstereifel el entusiasmo de los primeros días había degenerado en angustiosa nerviosidad. Ahora, el que rebosaba confianza era Halder, y Hitler se había convertido en víctima de todas las aprensiones. Le preocupaba especialmente el flanco cada vez más extenso de la cuña de blindados de Guderian. La Infantería necesitaba demasiado tiempo para llenar los huecos abiertos por los carros. Sin embargo, los informes del *Abwehr* y de los aviones de reconocimiento eran sorprendentes: hasta el momento no se había registrado en el bando francés ningún movimiento de tropas de reserva, ni intento alguno de cercar a las fuerzas alemanas.
Von Rundstedt, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos A, había observado también con preocupación la delgada franja que formaban los carros blindados de Kleist al avanzar por la llanura gala. El 17 de mayo los carros se detuvieron para que pudieran alcanzarlos el grueso de la Infantería y los servicios de abastecimiento. Casualmente, ese era también el día en que el general Georges había dispuesto un ataque contra el flanco alemán.
El hombre llamado para dirigir el ataque era el coronel De Gaulle, de 49 años. El 11 de mayo había sido nombrado comandante de la División acorazada 4. De Gaulle, partidario desde antiguo de la idea de los carros agrupados en unidades operativas, decidió cortar las líneas de Guderian en Montcornet, a unos 60 km al noroeste de Sedán, aislando así a la 1.ª y 2.ª *Panzerdivisionen* de sus servicios de suministro.

De Gaulle ataca

Pero cuando en la mañana del 17 de mayo De Gaulle se dispuso para el ataque, únicamente contaba con 3 batallones de carros blindados. Y dos de ellos estaban formados por carros ligeros *Renault*, con anticuados cañones de 37 mm. Sólo uno de los batallones estaba compuesto por blindados del tipo B –muy superiores a los carros alemanes–, armados con cañones de 75 mm. Sin embargo, la suerte le sonrió a De Gaulle en los primeros momentos. En el camino de Laon a Montcornet, sus carros aniquilaron una columna alemana de carros de exploración.
Cuando De Gaulle alcanzó la carretera principal de Montcornet, giró a la izquierda para atacar por detrás la punta de lanza alemana. Y le faltó un pelo para arrollar en esta operación el puesto de mando de la 1.ª *Panzerdivision*.
El general Kirchner, a quien dos días antes le había pasado por encima de la rodilla un vehículo mientras dormía, y que mandaba sus hombres desde una camilla, era totalmente ajeno al peligro que se le avecinaba. Su oficial de Estado Mayor, comandante Kielmansegg, quiso ir en la tarde del día 17 al cuartel general –muy adelantado– de la División. Al abandonar Montcornet le salieron al encuentro zapadores alemanes asegurándole que detrás de ellos habían visto carros franceses. Kielmansegg afirmó: «Me negaba a creerles, porque la dirección que señalaban era la de nuestro propio frente». De todas formas, Kielmansegg dejó que los zapadores minaran la entrada de Montcornet y salió a toda prisa hacia Soize, cuartel general de Guderian, para avisar a este último. Por el camino se encontró con algunos carros alemanes que regresaban de los talleres y los mandó contra los franceses.
Mientras tanto, la Artillería alemana había abierto fuego desde las alturas de Lislet sobre las unidades de De Gaulle. Los franceses tuvieron que retirarse. Un nuevo ataque al atardecer fracasó también. Los cañones ligeros alemanes destrozaban las cadenas de los carros franceses. Kielmansegg: «Aquí quedó patente el poco espíritu de lucha del enemigo. Nuestros carros no hubieran retrocedido ante una defensa tan débil».



Carros alemanes a su paso por una ciudad francesa destruida por las bombas de los aviones germanos.



La Infantería avanza

Generalmente se identifica la campaña de Francia con el avance de las rápidas unidades blindadas. Y, sin embargo, fueron muchos más los soldados de a pie en estas operaciones que los que iban en vehículos. Heysing alaba la Infantería:

De antiguo era temida la Infantería alemana por su capacidad de marcha. Eran tiempos en que el elemento decisivo, el motor, aún no había entrado en escena. Hoy le corresponde a él el papel estelar. Y justamente hoy más que antes necesita la Infantería cubrir con sus marchas distancias que parecen inverosímiles.

Hay que salvar los obstáculos con que se enfrenta cada columna en su camino. Casi en todas partes hay que romper la resistencia enemiga o sortear osadamente sus líneas. Y los caminos deben mantenerse libres ante todo para las columnas motorizadas; lo que significa que no pocas veces hay que marchar junto a las carreteras. Y, a todo esto, la Infantería no ha de perder el contacto con las tropas de vanguardia. Una y otra vez intenta –por imposible que parezca– mantenerlo a toda costa. Allí donde el enemigo ofrezca una fuerte resistencia, no se puede prescindir de la colaboración de la Infantería. De ahí que ésta no pueda quedar «colgada», que tenga que esforzarse en avanzar a lo ancho de todo el frente.

Donde aparece la carretera minada, sigue el avance a campo traviesa; donde han sido volados los puentes, donde ríos y canales cortan el camino, las Compañías de zapadores tienden nuevos puentes para que prosiga el avance de la columna. Y si las cantinas quedan rezagadas, la marcha sigue y se vive sobre el terreno. Y si los que quedan atascados son los coches de suministros, las armas y municiones se descargan y la Infantería las lleva consigo a hombros en su avance. Hemos visto pesadas cajas de municiones amontonadas en un carretón... tirado por un sudoroso hombre con casco de acero.

Unidades de Infantería hubo en estas primeras semanas de la gran ofensiva que, pese a duros combates y grandes obstáculos naturales, avanzaron a pie más de doscientos kilómetros. La última proeza de marcha diaria de una División de Infantería en su avance sobre el Mosa fueron 70 km. ¡Y a renglón seguido aún fue forzado el paso de este gran río!

De la colección de fascículos: «¡Adelante sobre los campos de batalla! Con el Ejército victorioso a través de Francia», 1940.

Rommel avanzó en la madrugada del 18 de mayo hasta las cercanías de Cambrai. La «División fantasma» se había desplazado con una táctica inusitada: al amparo de la oscuridad y disparando sobre todo lo que se moviera. Esto contravenía las órdenes recibidas, pero Rommel había explicado de antemano a los comandantes de sus carros: «Vamos a hacerlo como en la Armada: salvas a babor y a estribor». La falta de precisión y el derroche de municiones quedaban más que compensados por los efectos morales.
Resulta típico asimismo de la táctica de Rommel el modo en que atacó Cambrai. Hizo que sus vehículos –en su mayoría, carros de exploración y otras «piezas blandas» de tracción oruga– avanzaran sobre la campiña en un frente ancho. Levantando enorme polvareda, un batallón se lanzaba contra la ciudad. El enemigo, que a causa del polvo no podía ver que la mayoría de los vehículos eran «blandos», creía tener ante sí una gran ofensiva de blindados y no ofreció ninguna resistencia. Los franceses seguían pensando que las cuñas alemanas se dirigían hacia París. En los Ministerios y otras oficinas públicas fueron quemados archivos y preparados automóviles para la huida. Sólo el 18 de mayo se enteró el Alto Mando francés de una comunicación radiofónica alemana captada por los hombres de Billotte dos días antes; una comunicación que revelaba sin lugar a dudas que la meta del avance alemán era el Canal de la Mancha.
En la tarde del 19 de mayo los carros de Guderian habían llegado al histórico campo de batalla del Somme, a sólo 50 km de Abbeville.
Los Aliados habían terminado el día 19 la retirada de sus tropas del Norte de Bélgica al otro lado del Escalda. El Cuerpo Expedicionario británico se hallaba ahora en Maulde, en la frontera francesa. En Londres, el jefe del Estado Mayor del Imperio británico, Ironside, había reconocido que estaba abocado a la mayor catástrofe militar de la Historia: el aniquilamiento del Ejército francés. Por vez primera surgió el nombre de Dunkerque.
También lord Gort, comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario británico, se había percatado de que debía evacuar a las tropas seleccionadas del Ejército inglés antes de que los alemanes le cortaran el camino hacia la costa.

Los británicos reconocen el peligro

En este día, 19 de mayo, comenzaron en el Ministerio de la Guerra y en el Almirantazgo de Londres las deliberaciones sobre la forma de evacuar a un gran ejército en situación muy apurada. El nombre en clave para la operación fue «Dynamo».

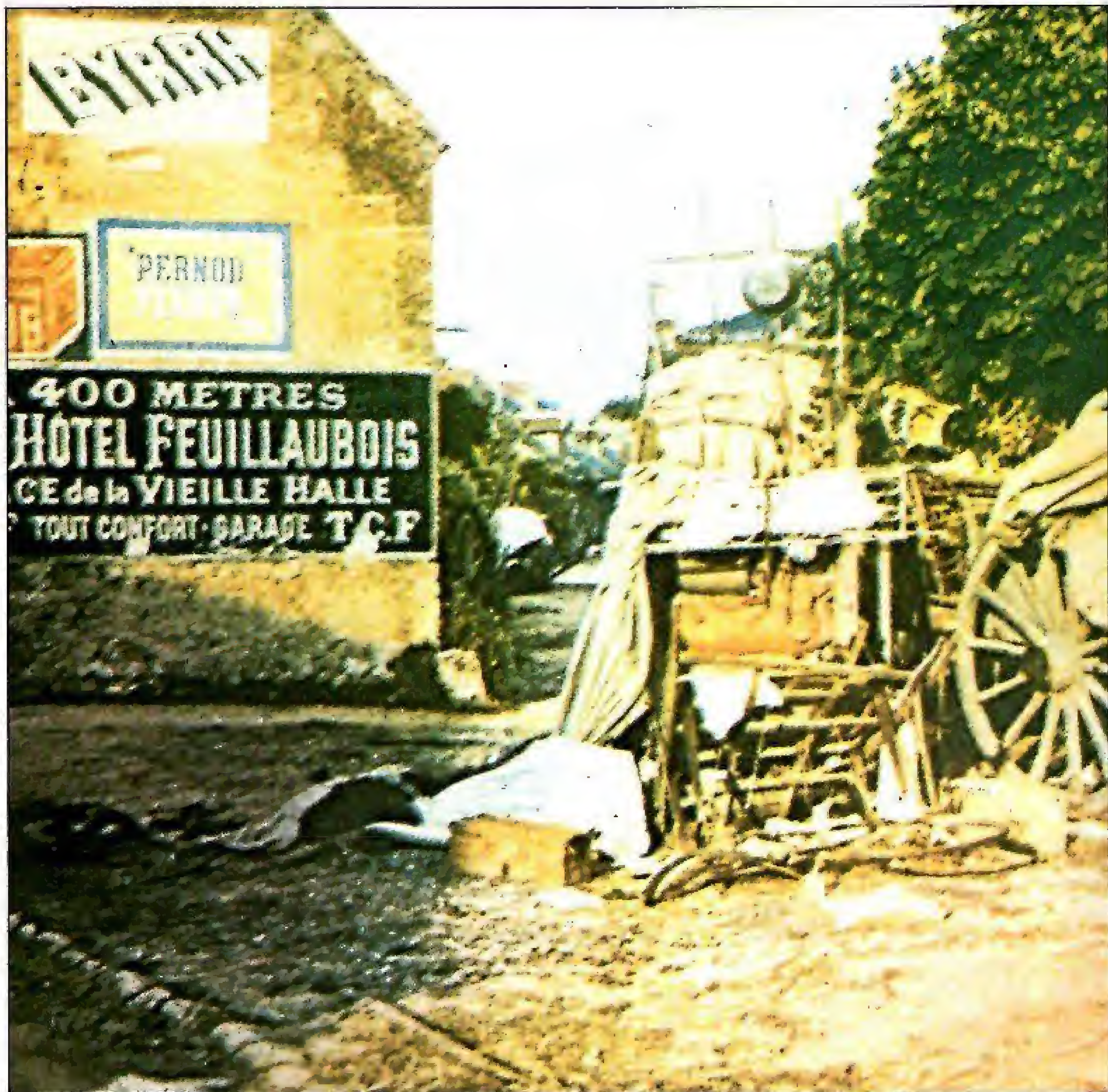


Aquel mismo día Reynaud destituyó al general Gamelin; le sucedió como comandante en jefe de las fuerzas francesas Maxime Weygand, de 73 años. Debía salvar lo que aún era salvable. Pero tampoco él podía librar a Francia de su destino con un Ejército cuya disciplina y espíritu combativo eran muy inferiores a los de los alemanes.

El lunes 20 de mayo, al anochecer, los carros del batallón del teniente coronel Spittas, pertenecientes a la 2.ª *Panzerdivision*, alcanzaron Noyelles, en la costa atlántica. Tras ellos quedaban 70 kilómetros de marcha arrolladora.

En los Mandos Supremos del Ejército de Tierra (OKH) y de la *Wehrmacht* (OKW) causó sorpresa la velocidad del avance. En Felsennest, cuartel general del *Führer* en Münstereifel, Hitler «no cabía en sí de alegría». Pronunció los más elogiosos conceptos sobre el Ejército alemán y sus mandos. El Gobierno británico quedó consternado. Ahora todos los esfuerzos británicos tenían una sola meta: salvar como fuera a las tropas de lord Gort.









Escenas cotidianas de la campaña de Francia: columnas de Infantería alemana (abajo), ruinas (arriba, a la derecha) y huida de la población civil (abajo, a la derecha)



William Lawrence Shirer

Diario

14 de septiembre de 1939
Todos estamos asombrados de la actitud inoperante de Francia y Gran Bretaña. Evidentemente, británicos y franceses exageran las referencias acerca de sus acciones en el frente occidental. Los alemanes aseguran que sólo se trata de pequeñas escaramuzas y que hasta ahora los franceses no han hecho todavía uso de la aviación.

16 de septiembre de 1939
Los alemanes han hecho saber que Varsovia será atacada con todos los recursos bélicos disponibles si no se rinde en las próximas doce horas. Esto significa, en otras palabras, bombardeos. En Varsovia vive una población de medio millón de personas, en su mayoría mujeres y niños.

17 de septiembre de 1939
A las seis de la mañana (hora de Moscú) las tropas soviéticas entraron en Polonia. No hace mucho tiempo aún que los estadistas rusos hablaban en Ginebra de un frente común contra el agresor alemán. Y ahora la Unión Soviética se precipita sobre Polonia, el Ejército ruso se alía con el alemán y ambos invaden esta nación. Berlín está entusiasmado.

Berlín
21 de septiembre de 1939
El general von Brauchitsch, comandante supremo del Ejército, declaró anoche que las operaciones contra Polonia habían concluido. Es decir, el «contraataque». En 18 días, esta maravillosa máquina bélica que es el Ejército alemán había arrollado Polonia y destruido sus Fuerzas Armadas, desalojando del suelo patrio al Gobierno polaco.
Aquí existen grandes esperanzas de que la URSS ayudará al III Reich a resistir frente al bloque aliado. Pero hay una cosa en todo esto que no acabo de comprender: Hitler se coloca en una situación que le deja a merced de la buena voluntad de Stalin. Y, en verdad, tampoco entiendo a los rusos. ¿Por qué se meten en ellos a sacarles las castañas del fuego a los alemanes de Hitler?
La guerra acaba de empezar, si bien los alemanes la quisieran terminar ahora, después de haber aniquilado a Polonia. Pero, ¿por qué ha dicho hace dos días Hitler en Danzig –y los diarios de todo el mundo lo han reproducido– «¡No capitularemos jamás!»? ¿Por qué aborda este tema justamente ahora, cuando es tan fuerte su posición?

23 de septiembre de 1939
Pasado mañana se repartirán nuevas cartillas de racionamiento. De ahora en adelante el pueblo alemán recibirá cada semana 1/2 kg de carne, 2 1/2 kg de pan, 375 g de grasa, otro tanto de azúcar y 1/2 kg de sucedáneo de café. Los trabajadores destinados a tareas pesadas tendrán derecho al doble de dicha ración. Y el astuto Dr. Goebbels, nos ha incluido a los corresponsales extranjeros entre los trabajadores con tareas físicas pesadas.

30 de septiembre de 1939
Por todas partes se habla de la paz. Los alemanes están muy convencidos de ello. Y otro tanto ocurre con Moscú, según me confesó un secretario de la Embajada soviética. El «Völkischer Beobachter» dice hoy: «Toda Europa espera la paz. Las palabras de paz han de venir desde Londres. ¡Ay de quienes la nieguen! ¡Algún día serán apedreados por su propio pueblo!»

2 de octubre de 1939
Acabo de escuchar en la BBC que aviones ingleses han sobrevolado Berlín la noche última; toda una sorpresa para los que estamos aquí. No sonaron las sirenas de alarma, no se oyó ruido de motores. Pero en la actualidad miente todo el mundo. Por ejemplo, los alemanes aseguran haber hundido el «Ark Royal».
El sábado, A. se presentó en mi casa. Con una muchacha americana que había encontrado en Varsovia. Han viajado tres semanas por el Este de Polonia, a través de los Ejércitos alemanes y rusos. A., que simpatiza con los nazis y jamás quiso a los polacos, cuenta que la Aviación alemana había atacado aldeas que estaban muy apartadas de cualquier carretera o vía férrea. Aldeas que carecen de todo valor militar fueron destruidas sin razón alguna para ello. También me explicó cómo los bombarderos alemanes vuelan bajo sobre los sembrados y en cuanto descubren una campesina lanzan bombas sobre ella o la ametrallan. A. ha visto sus cadáveres. Y Whitey, recién llegado de Polonia, informa: Varsovia estaba el sábado en llamas. Los pocos edificios del centro de la ciudad que no ardían eran ya ruinas. Según él, han muerto en la ciudad decenas de miles de personas civiles.

5 de octubre de 1939
Mañana se reúne el Reichstag. Se espera que Hitler exponga las condiciones de paz; muy generosas no van a ser. Hoy voló a Varsovia para presenciar el desfile triunfal de sus tropas. Dirigió un discurso a sus soldados: la alocución de un César victorioso. Aquí la gente desea la paz. Y el gobierno la tendrá que desear también. ¿Van a avenirse Francia e Inglaterra ahora a una paz para tener que movilizarse de nuevo al año próximo? Hitler ha ganado la guerra contra Polonia y perdido la paz con Rusia. Los rusos reciben casi media Polonia sin haber disparado un solo tiro; además tienen cercado el Báltico. Y no debe olvidarse que han bloqueado los objetivos más importantes de los alemanes: el granero de Ucrania y el petróleo rumano. Estonia se ha sometido a Moscú y se ha mostrado dispuesta a conceder una base aeronaval a los rusos.

8 de octubre de 1939
Toda una plana llena de esquelas mortuorias en el «Völkischer Beobachter». ¿Cuántos hijos únicos han caído? Constantemente se repiten dos textos: «Mi único hijo murió a la edad de 22 años por su 'Führer', su pueblo y su patria» o «Por su querida patria ha caído mi único hijo en la batalla de Kutno» ¡Y siempre firmados por la madre!
Mañana iré a Ginebra. Necesito ropa de invierno. Hace dos meses, cuando salí de Ginebra, no me llevé nada para el invierno. No podía sospechar que pasarían dos largos meses antes de que pudiera volver a casa. Qué lejanos quedan los recuerdos de los tiempos de paz. Aquel mundo se ha acabado. Ahora, oscuridad y un mundo nuevo. Un mundo del oscurecimiento y bombas, un mundo de asesinatos y terror nazi. Ahora ya no queda más que la noche, los gritos y la barbarie. □

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1940

POLITICA

3. 5.: En el Palacio de Deportes berlinés tiene lugar una asamblea de 6000 aspirantes a oficial. Hitler, con pantalones de montar y botas de caña alta proclama: «Hoy lucha Alemania, como Estado militar más poderoso, contra un enemigo numérica y técnicamente inferior».
9. 5.: Se fija definitivamente la fecha del ataque en el frente occidental para el 10. 5. El coronel Oster, jefe de la sección central del «Abwehr», informa al agregado militar holandés, Sas, de que la ofensiva comenzará al día siguiente. Pero al igual que en los casos de Dinamarca y Noruega, la información queda sin consecuencias.
18. 5.: Decreto de Hitler sobre la reunificación de los territorios de Eupen, Malmedy y Moresnet con el III Reich.
18. 5.: Decreto de Hitler sobre el ejercicio de los poderes gubernamentales en los Países Bajos. El ministro del Reich, Seyss-Inquart, es nombrado comisario del Reich para los territorios holandeses ocupados.
21. 5.: El gran almirante Raeder habla por vez primera con Hitler acerca de una eventual invasión de Inglaterra.
10. 6.: Acuerdo ruso-alemán sobre el procedimiento de resolución de posibles disputas fronterizas.
11. 6.: El presidente Roosevelt anuncia en una alocución pronunciada en Charlotteville que los Estados Unidos de Norteamérica pondrán sus recursos a disposición de los Aliados.
15. 6.: Las tropas soviéticas ocupan Kovno y Vilna. Con ello ha dejado de existir el Estado de Lituania.
17. 6.: El mariscal Pétain forma en Francia un nuevo Gobierno. Anuncia a través de la radio que Francia se ha visto obligada a abandonar la lucha. Por ello ha propuesto negociaciones al III Reich.
18. 6.: El general De Gaulle anuncia a través de la radiodifusión británica la constitución del «Comité Nacional de los Franceses Libres». Gran Bretaña mantiene las relaciones con el Gabinete Pétain, pero el 28 de junio reconoce a De Gaulle como jefe de todos los franceses libres.
18. 6.: Hitler y Mussolini se encuentran en Munich para deliberar sobre la propuesta de armisticio francesa.



Hitler y Mussolini en el balcón de la casa del «Führer» en Munich.

28. 6.: Tropas soviéticas cruzan la frontera rumana y comienzan a ocupar Besarabia y el Norte de Bucovina.

CUESTIONES MILITARES

10. 5.: A las 05,35 horas comienza la ofensiva alemana contra Francia, Bélgica, Luxemburgo y Holanda.
11. 5.: Movilización general del Ejército helvético a fin de garantizar la neutralidad del país.
15. 5.: Capitulación de Holanda. Bajas sufridas desde el 10 de mayo: 2890 muertos y 6899 heridos. La reina Guillermina y sus ministros (desde el 13. 5., refugiados en Londres) forman un Gabinete en el exilio para seguir la lucha al lado de Gran Bretaña.
16./17. 5.: Comienzo de la guerra estratégica de la RAF contra Alemania. 99 bombarderos británicos atacan los depósitos de combustible y nudos de comunicaciones ferroviarias en la cuenca del Ruhr.
27. 5.-4. 6.: Los 338.226 soldados británicos y franceses cercados por los alemanes en Dunkerque son evacuados a través del Canal de la Mancha a bordo de 848 navíos. En la operación tienen que abandonar su equipo y material bélico.
28. 5.: El rey Leopoldo III de Bélgica firma la capitulación de sus tropas y queda prisionero de los alemanes. Bajas desde el 10 de mayo: 7500 muertos y 15.850 heridos. El Gabinete belga se proclama Gobierno en el exilio y prosigue la guerra junto a Gran Bretaña.
5. 6.: A las 05,00 horas comienza la «Batalla de Francia». El Grupo de Ejércitos B, con los Ejércitos 4, 6 y 9, así como el «Panzergruppe» de Kleist, traspasan en el Somme y Aisne inferior la improvisada «Línea Weygand» y avanzan hacia el Sena.
7./8. 6.: Primer ataque aéreo de los Aliados contra Berlín: un aparato de reconocimiento de la Marina francesa arroja bombas sobre la ciudad.
8./10. 6.: Las tropas aliadas se retiran de Narvik; capitulación de las Fuerzas Armadas noruegas. Con ello ha quedado concluida la Operación «Weserübung». El rey Haakon, el príncipe heredero Olaf y el Gabinete noruego se dirigen al exilio londinense.
10. 6.: Italia entra en la guerra.
14. 6.: La División 87 de Infantería (Ejército 18) entra en París.
22. 6.: Se firma en Compiègne el armisticio franco-alemán. Francia queda ocupada al oeste y norte de la línea Ginebra-Dôle-Tours-Mont de Marsan-frontera franco-española.
25. 6.: A las 01,53 alto el fuego en Francia. 1,9 millones de prisioneros de guerra en poder de los alemanes. Bajas germanas: 27.074 muertos y 111.034 heridos. Bajas francesas: unos 92.000 muertos y 200.000 heridos. El Cuerpo Expedicionario británico perdió 68.111 hombres; la RAF, 1526.
28. 6.: En el transcurso de un ataque aéreo británico, la defensa antiaérea italiana derriba en Tobruk –por error– el avión del gobernador italiano de Libia, mariscal Balbo.
1. 5 - 30. 6.: Los submarinos alemanes hunden en el océano Atlántico 78 mercantes aliados, con un registro bruto de 418.838 t.

CULTURA Y TECNICA

3. 5.: En el Torneo Hípico Internacional de Roma, Alemania gana el Gran Premio de las Naciones (Copa de oro del «Duce») delante de los equipos de Italia, Rumania, Suiza y Hungría.
3. 5.: En el transcurso de la ceremonia de entrega de las «banderas de oro» a las empresas modelo, Rudolf Hess dice: La victoria «nos asegurará definitivamente contra la entrada de una soldadesca extranjera en el territorio alemán y que esta trate a los hombres y mujeres alemanes como a ganado; evitará que los negros sean echados sobre las muchachas y las mujeres».
4. 5.: Hitler felicita al compositor Emil Nikolaus von Reznicek con motivo de su 80 aniversario y le expresa su agradecimiento por los servicios prestados a la música alemana.
5. 5.: Pese a los dos goles marcados por Binder, la selección alemana de fútbol pierde por 2-3 frente a la de Italia, campeona del mundo, en el estadio milanés de San Siro.



Paul Hartmann en el papel de rey Víctor Manuel II en el drama de Mussolini «Cavour».

9. 5.: En el Teatro Estatal de Berlín se estrena la versión alemana de la obra de teatro «Cavour» escrita por Benito Mussolini y Giavachino Forzano.
20. 5.: El «Reichsstatthalter» de Hamburgo dedica el día al luto por las víctimas del ataque aéreo del 17/18 de mayo y les asigna la primera plana del diario oficial del distrito.
6. 6.: Italia comienza con las primeras medidas de oscurecimiento callejero.
13. 6.: En el Palacio de Deportes berlinés la jefe de las Mujeres del Reich, Scholtz-Klink, proclama: «Quien no tenga más ocupación que sus labores, que se presente a trabajar en industrias vitales para la guerra. Y si vive en el campo, que ayude a las campesinas en sus tareas».
19. 6.: Alemania y Bulgaria firman un acuerdo de cooperación cultural y didáctica.
20./22. 6.: En la Universidad de Cracovia se celebra la primera asamblea del Instituto alemán para el trabajo en el Este.
29. 6.: Muere en Locarno el pintor Paul Klee, quien en 1933 había huido a Suiza y pedido asilo allí. En 1937, 102 obras suyas fueron decomisadas en Alemania como muestras de arte «degenerado».



La publicación berlinesa «Lustige Blätter» ve a Churchill como promotor de la guerra. Hamlet-Chamberlain juega con la bola del mundo, amenazada por la catástrofe, mientras el enterrador Churchill cava ya la tumba: «Ser o no ser...» (izquierda)

El destino del ángel de la paz es complicado. «Por este callejón solitario ha de venir» (parodiando el «Guillermo Tell» de Schiller). Las líneas fortificadas Maginot y Westwall (Sigfrido) esperan el momento de esparcir muerte y destrucción (abajo a la izquierda).

Propaganda antibritánica, dirigida a los combatientes franceses. En el texto del dibujo se leía: ¡Franceses, al frente! Mientras tanto ya nos ocuparemos nosotros de las parisienses... (bajo estas líneas).







Arrinconado por quererlo hacer todo mejor: el coronel Charles de Gaulle



ROLF STEINBERG

Del carro blindado a la política- el general De Gaulle en la campaña de 1940

"¡Adelante DE GAULLE!"

«Dentro de algunos años se agarrarán a mis faldones...», había dicho De Gaulle en 1929. En mayo de 1940 se cumplía esa frase profética. Con la cuarta y última División acorazada francesa debía salvar la situación en el frente nororiental. Pero fue en vano. En contra de sus consejos, el Estado Mayor había descuidado largo tiempo los carros blindados.

En el palacio de Vincennes, sede del cuartel general de Gamelin, menudeaban las malas noticias. El 15 de mayo de 1940, se presentó para recibir órdenes un coronel larguirucho. Su nombre: Charles de Gaulle. Entre sus subordinados se le conocía también por Gaullepachá, Gran Mogaulle y Rigaulletto. Cuatro días antes, lleno de orgullo, se había hecho cargo del mando de una división, precisamente la División acorazada 4. El general Doumenc le informó sobre la situación del frente. Unidades del Ejército 4 habían de ser lanzadas rápidamente desde el Este de Francia hacia el Aisne para cortar a las puntas de lanza enemigas el camino de París. «Usted –prosiguió Doumenc–, avanza con su División en el sector de Laon a fin de ganar el tiempo necesario para la reunión de las tropas de a pie. Las demás instrucciones las recibirá del comandante en jefe del sector nororiental, general Georges».

Georges tenía gran confianza en De Gaulle. «¡Adelante, De Gaulle! –le dijo–. Usted es partidario desde hace tiempo del concepto bélico empleado por el enemigo. Ha llegado el momento de ponerlo en práctica.»

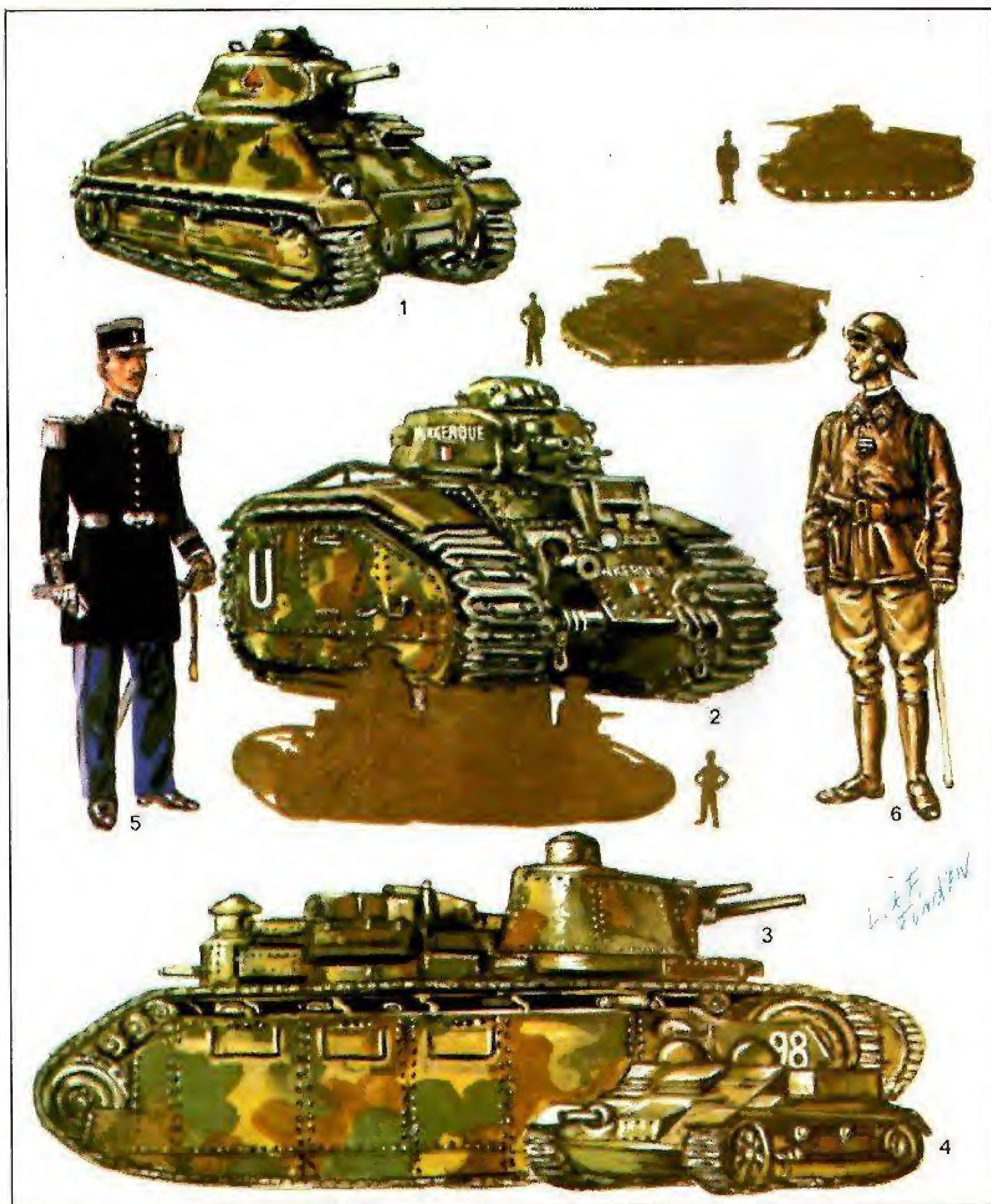
De Gaulle no destacaba solamente por su estatura entre la oficialidad francesa. Hijo de un profesor de Historia de Lille, este gigante –1,96 m de estatura, zapatos del número 46– se había hecho un nombre como comentarista militar.

Especialmente con su obra de 1934, en la cual arremetió contra la doctrina de la Línea Maginot. De Gaulle escribió, acertadamente, que la guerra del mañana estaría dominada por el motor.

Para las concepciones defensivas del Estado Mayor ésta era una tesis casi herética. Pero De Gaulle no se detuvo aquí: pidió que Francia formara divisiones completamente mecanizadas y acorazadas para poder operar con eficacia en una guerra dinámica. Por lo menos –decía– se necesitaban de dos a tres Cuerpos de Ejército, con más de cien mil hombres. Y como estas tropas selectas debían constituirse con soldados profesionales –la formación de un carrista requiere cinco veces más tiempo que la de un infante–, De Gaulle tituló su libro «Vers l'armée de métier» («Hacia el Ejército profesional»).

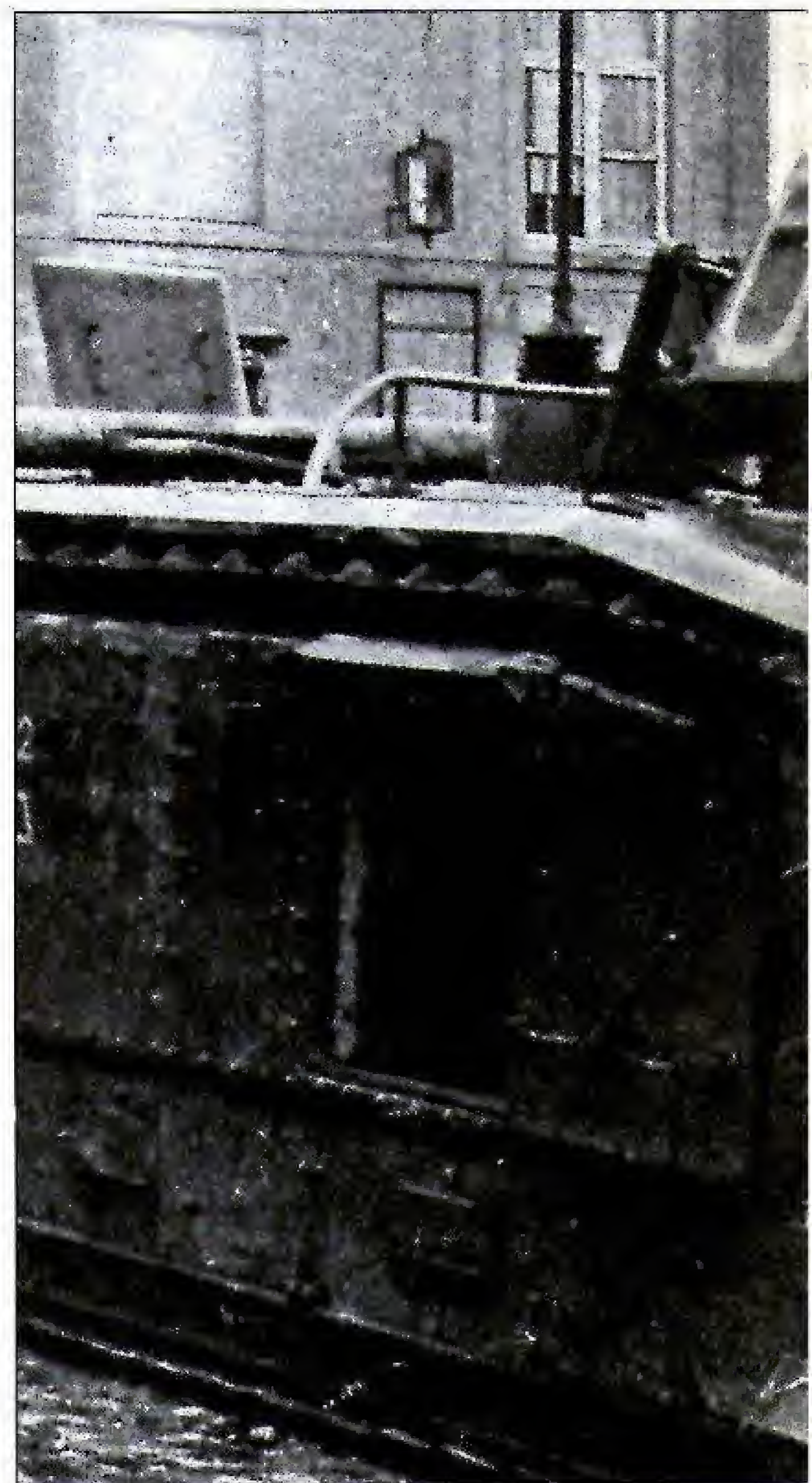
Posteriormente, hubo algunos admiradores que hicieron de De Gaulle el primer apóstol del carro como arma moderna. Otros, incluso le llegaron a calificar de maestro patrio para los estrategas alemanes de la «guerra relámpago»... dos cosas absolutamente falsas. Con los mismos criterios y frases casi idénticas había hecho acto de presencia en 1920 el general Jean Baptiste Estienne, a la sazón inspector general de carros, quien preconizaba: «... 4.000 carros, con cadenas y 20.000 hombres, capaces de recorrer en una noche 80 km...» También en Gran Bretaña, afamados comentaristas militares como Liddell Hart y el general Fuller, habían realizado estudios sobre el empleo de los modernos carros de combate. De todas formas, la aportación de De Gaulle halló amplio eco en los medios especializados internacionales, incluida Alemania. En 1935 la editorial Voggenreiter, de Potsdam, editó la obra –traducida por un anónimo «Gallicus»– con el título: «El Ejército de choque francés: el Ejército profesional, la solución del mañana».

Charles de Gaulle sirvió de 1934 a 1937 en la secretaría general para la Defensa del Territorio, en París, bajo 14 ministros de la Guerra. Intentó hacer valer sus ideas ante diputados influyentes y publicistas sin topar más que con oídos sordos. Y en la Asamblea Nacional, durante el debate sobre el problema militar, De Gaulle no encontró más que un partidario:



Izquierda: carros de combate franceses 1939-1940
1) Carro de combate «Somua S 35». Armamento: un cañón de 47 mm y una ametralladora de 7,5 mm; tripulación, 3 hombres; peso, 20 t; velocidad máxima, 40 km/h; autonomía, 260 km.
2) Carro pesado de combate «B». Armamento: un cañón de 75 mm y otro de 45 mm; tripulación, 4 hombres; peso, 32 t; velocidad máxima, 29 km/h; autonomía, 140 km.
3) Carro rompedor pesado «2C». Armamento: un cañón de 75 mm y 4 ametralladoras de 7,5 mm; tripulación, 13 hombres; peso, 68 t; velocidad máxima, 13 km/h; autonomía, 100 km. Cien de estos carros fueron puestos fuera de combate por los «Stuka».
4) Vehículo oruga de Infantería motorizada (tipo «Renault»).
5) Oficial de carros en uniforme de paseo
6) Oficial de carros en uniforme de combate
(Copyright: Editions Castermann, Tournai)

Fotografía inferior: restos de un carro francés en la ciudad de Beaumont, todo un símbolo de la derrota de las unidades acorazadas francesas.



Un "conservador" bastante severo

Con estas palabras fue presentado Charles de Gaulle –a raíz de su nombramiento como subsecretario de Estado, en junio de 1940– por el diario inglés «The Times» a sus lectores: «Desde el punto de vista militar, el cambio más interesante lo constituye la designación del general De Gaulle como hombre de Reynaud en el Ministerio de Defensa. De Gaulle ha sido ascendido hace poco a su actual grado militar.
El general De Gaulle se dio a conocer con sus libros, hace pocos años, en los medios militares franceses, en especial con «Vers l'armée de métier», que se ocupa principalmente de la influencia de la mecanización en la guerra. No es un hombre muy atrayente –quizá, no lo bastante atrayente– para los militares británicos de academia, aunque en cierto modo se parezca a un escritor militar británico. Un 'conservador' bastante severo, muy teórico, un apóstol casi fanático del empleo masivo de los carros, que posee al mismo tiempo cabeza clara y amplitud de miras, y es tanto un hombre de acción como un soñador y pensador de ideas abstractas.
Charles de Gaulle ha dado una serie de conferencias en la Sorbona, afrontando diversas polémicas muy acaloradas. Sus ideas –y más que ellas, la forma y el modo en que las expuso– resultaron inaceptables para un pueblo que identifica carros de combate con nazismo y fascismo. Sin embargo, alguien reconoció el auténtico valor de esas ideas e intentó defenderlas ante el Parlamento. Este alguien fue Paul Reynaud, quien ha llamado ahora a De Gaulle a su lado».

(Extraído de la obra del general Edward Spears: «Assignment to Catastrophe», tomo II, Londres 1954).

Paul Reynaud, quien había de ocupar más tarde la jefatura del Gobierno.
Pero ni los Gabinetes que se sucedían constantemente ni el Alto Mando militar estaban dispuestos a desembolsar dinero para los carros. El río de oro invertido en la Línea Maginot les había cegado para las innovaciones revolucionarias de la técnica militar. El oficial y escritor empezó a resultar molesto para sus superiores. El general Weygand lo calificaba de «periodista político», el presidente del Frente Popular, Léon Blum, veía en una «guardia pretoriana», como la preconizada por De Gaulle, el instrumento ideal para los golpes de Estado. Así, en 1938, el oficial fue destinado a la guarnición de Metz.
Al estallar la guerra, De Gaulle se incorporó a su puesto de combate en Wangenbourg (Alsacia), al frente del Regimiento acorazado 507. Constreñido a la estéril misión de guardar las espaldas a la Línea Maginot, veía al país precipitarse en el caos. La guerra relámpago de los alemanes en Polonia ratificó la superioridad de la estrategia enemiga.
Con ocasión de una revista de las tropas, De Gaulle expuso sus inquietudes al presidente francés, Lebrun. Éste desechó la advertencia: «Sus ideas son conocidas, pero el enemigo llega con ellas demasiado tarde».
Desde un punto de vista puramente numérico, los carros franceses podían parangonarse con los alemanes. Existían 3000 unidades de combate y 600 de exploración listas para la lucha. En los depósitos había aún 1500 veteranos del tipo *Renault RFT 17*, venerables reliquias de la primera Guerra Mundial. Pero Charles de Gaulle no se hacía ilusiones. Los carros franceses se utilizaban de acuerdo con una concepción militar periclitada: como acompañamiento protector de la Infantería y como sustituto de las otrora unidades montadas de exploradores. El grueso de los carros –los *Hotchkiss* y *Renault*, de 10 a 12 t, y los *Somua 35*, de 20 t– estaba diseminado entre los batallones a lo largo del frente. Se hallaban en vías de formación seis divisiones completamente mecanizadas, tres pesadas y tres ligeras. Sin embargo De Gaulle consideraba que los *Hotchkiss* y los *Renault* del modelo de 1935 poseían motores poco potentes y armamento de escaso calibre.
El carro de combate tipo *B*, un gigante de 32 t, solo estaba representado por unas cuantas unidades. Dicho carro disponía de un cañón de 75 mm y otro de 45 mm, pero apenas alcanzaba una velocidad de 28 km/h. El prototipo era de 1931. Charles de Gaulle insistió. En enero de 1940 hizo llegar a 80 personalidades de la política y del generalato un «memorándum secreto» en el que se preconizaba una producción acelerada de carros rápidos. Y, sobre todo, el abandono de la táctica en boga y la constitución de una reserva móvil, pronta a intervenir en combate. «Bajo ninguna circunstancia –decía De Gaulle– debe el pueblo francés caer en la ilusión de que la inmovilidad militar responde a la esencia de la guerra moderna. La verdad es justamente lo contrario». La única reacción a su informe fue una llamada al orden desde las altas esferas: en lo sucesivo tendría que atenerse a los canales establecidos. Sólo se rehabilitó a De Gaulle cuando la ofensiva de los blindados alemanes penetró a un ritmo inquietante en las llanuras flamencas. Y entonces tuvo que intervenir, al frente de la última división francesa de carros, en el desarrollo de la Historia. Hasta esa fecha la División acorazada 4 sólo existía en los archivos del Estado Mayor.
El 17 de mayo De Gaulle tomó el mando de 3 batallones acorazados. Al día siguiente reunió a la improvisada división: 150 carros, dos grupos de Artillería y un batallón de Infantería con autobuses de transporte. Algunos comandantes de los carros nunca habían disparado un proyectil de verdad; muchos de los conductores no tenían más de cuatro horas de prácticas.
Mientras tanto Charles de Gaulle comprendió hacia dónde se dirigían los alemanes: hacia el Canal de la Mancha, no hacia París. La División francesa se dispuso a atacar el flanco alemán, para hostilizar a las unidades de Guderian desde el Sur. De momento ocupó el punto estratégico de Montcornet, sorprendió a un convoy enemigo e hizo 130 prisioneros. Después De Gaulle condujo a sus blindados al norte de Laon y entró en combate.
Pero, entretanto, se había agudizado la situación en el Somme. Weygand, llegado de Siria para sustituir al desafortunado Gamelin, quiso concentrar sus tropas junto al río para frenar al enemigo. Sin embargo, en la orilla meridional, en Abbeville, se había hecho fuerte la División de Infantería 57 bávara. En marchas nocturnas, De Gaulle llevó su división hacia el oeste con la orden de desalojar la cabeza de puente alemana de Abbeville.
Ascendido a general de brigada interino, De Gaulle llegó puntualmente a la hora «H»: las 17 h del 28 de mayo 1940. Dirigió el ataque vestido con zamarra parda de cuero y casco semiesférico de carrista.
Al día siguiente Francia se enteró a través del comunicado del general



¡Pronto, pronto, a cruzar la frontera!

Si los alemanes cruzan el Mosa belga, significa que la guerra llegará hasta las puertas de Lille. Si ocupan Amberes, entonces anidarán allá con sus submarinos y aviones y pondrán seriamente en peligro nuestras comunicaciones con Inglaterra. El tráfico marítimo entre Marsella y África se hará imposible si nos roban Córcega. Y en el caso de que perdamos Túnez, ¿podremos mantener nuestras comunicaciones con los Aliados de Europa central y oriental? Por otra parte, la ocupación del Sarre significa para nosotros la extracción anual de diez millones de toneladas de carbón. Si llegamos al Danubio en Suabia, podremos impedir la anexión de Austria a Alemania. Y si nuestros avances alcanzan hasta el Meno, habrán ganado los checos un respiro. Conquistando Tréveris y el Eifel cubriríamos simultáneamente a Lorena, Bélgica y Luxemburgo. Quien posea Düsseldorf tendrá la clave de la cuenca del Ruhr. Y si Lyon se ve amenazada por un avance en Suiza, la defensa de la ciudad ha de tener lugar en Ginebra. Tropas selectas pueden estar desde los primeros momentos en contacto con la Armada y la Aviación; tienen autonomía para operar por sí mismas en un terreno de unos cien km de ancho, por cien de profundidad. Con ello se adaptan maravillosamente a la situación general y militar. Y es que el dominio de puntos importantes y la independencia de acción serán los triunfos de los futuros combates.
Las tropas selectas pueden lanzarse en un solo salto desde la paz más profunda hasta la guerra, apoderarse de un rehén tras otro y sumir en la confusión el avance enemigo. Naturalmente, sus metas se hallan limitadas a los medios con que se pueden alcanzar. En los debates políticos del presente, donde se mantiene o repudia todo, donde las masas se crecen hasta el infinito en el panorama político, lo esencial es mostrar cuanto antes la presencia de una voluntad firme. Así que, ¡pronto!, a cruzar la frontera y ¡ay de vosotros los del otro lado! ¡Llevamos muy profundamente marcadas las cicatrices de vuestro avance en nuestras carnes! Donde se hunda un frente se podrá –en las guerras próximas– acudir a toda prisa con tropas para atacar desde la retaguardia al enemigo en sus puntos más sensibles y para destruir así todo un sistema defensivo. De este modo, volverá a ser posible la explotación operativa de las ventajas tácticas alcanzadas, como no pudieron lograrlo Joffre y Falkenhayn, Hindenburg y Foch. Aunque todos estaban convencidos que sólo en la persecución se halla la meta más deseable y la tarea predilecta del arte de la guerra, les faltaron las fuerzas adecuadas para llevarla a cabo. Con el motor queda superada esta carencia. Por otra parte, la idoneidad del carro blindado para la acción autónoma, para la sorpresa y la persecución, se combina perfectamente con las cualidades de la Aviación de combate.
No cabe duda de que en el futuro la Aviación desempeñará un papel decisivo en la guerra. Para ello le sobran razones en su amplio campo de acción, su velocidad formidable, su eficacia en tres dimensiones y, sobre todo –y esto es lo más impresionante–, sus golpes verticales de arriba abajo. Hasta ahora le faltó a la Aviación el complemento a ras de tierra; porque los buenos resultados alcanzados por los aviones en el suelo son provisionales. Los aparatos no pueden ejercer una acción duradera. Evidentemente, las ruinas ocasionadas por los ataques aéreos y el pánico sembrado constantemente surten efecto a la larga; pero aún falta lo esencial. La Aviación, como la Artillería –de la cual no es más que un brazo prolongado–, sólo sirve para destruir; conquistar y ocupar no están a su alcance.
Mientras en el suelo no existía una tropa capaz de cooperar con la Aviación, ésta sólo podía escoger entre dos soluciones tan insatisfactorias la una como la otra: limitar su propia acción con el fin de ayudar a las tropas de tierra, o actuar por cuenta propia, contribuyendo entonces sólo indirectamente al éxito general. Éste fue el sino de los bombarderos en la primera Guerra Mundial.
Pero si resultan posibles las incursiones amplias, tendremos en nuestras manos la solución que permita una «continuidad» entre la guerra aérea y la terrestre. Interrumpir el trabajo de la industria en la cuenca del Ruhr no dejará de influir sobre la combatividad de todo el pueblo alemán. Destruir los puentes sobre el Rhin en Maguncia y Coblenza será de gran utilidad si se lucha en Metz. Pero en cuanto los cañones y las ametralladoras estén emplazados en la orilla del río perderá sentido el bombardeo. No obstante, en el futuro la Aviación prolongará el efecto de las tropas ligeras de choque en tierra.
Se abre aquí un sendero lleno de satisfactoria «colaboración», sobre la que tanto se escribe y habla inútilmente. En la primera Guerra Mundial se había incrementado enormemente la potencia de tiro, pero quedó tosca y uniforme. Ahora se le añade la velocidad y se la pone al servicio de combatientes selectos, abriendo por fin al progreso la estrecha colaboración entre las distintas Armas.

Charles de Gaulle: Las fuerzas de choque francesas; 1935. El original francés «Vers l'armée de métier» se publicó en 1934.

Weygand, que gracias a De Gaulle se iniciaba por fin el avance de Abbeville: «... admirable oficial, lleno de valor y energía. Ha atacado con su división la cabeza de puente de Abbeville, roto la resistencia alemana..., avanzado 14 km dentro de las líneas enemigas..., capturado cientos de prisioneros y gran cantidad de material bélico».
Para que el país no olvidara la hazaña de Abbeville, De Gaulle la relató en sus memorias de guerra con rasgos de gesta heroica; «Sobre el campo de batalla sopla un aire que anuncia la victoria. Todos marchan con la cabeza alta; los heridos sonríen. Los cañones disparan. En abierta batalla campal los alemanes han retrocedido ante nosotros». Lo cierto es que durante dos días la ofensiva evolucionó favorablemente. Los alemanes fueron desalojados de sus posiciones avanzadas y las baterías de cañones contracarros quedaron aniquiladas. Los carros galos de 32 t eran invulnerables a las granadas de acero de 36 mm. Además, esta vez había funcionado también el apoyo aéreo aliado. El teniente general von Manstein fue personalmente a toda prisa al puente sobre el Somme para hacer regresar al frente a un batallón alemán que retrocedía.
Las órdenes tajantes de la *Wehrmacht* eran guardar el puente hacia el Sur a cualquier precio.
Y De Gaulle carecía de las reservas necesarias para romper definitivamente la resistencia. Dos baterías de cañones pesados de 88 mm dispararon sobre sus carros. Un ataque de los *Stuka* remató la operación. Con numerosas bajas, la división de De Gaulle se retiró en la noche del 30 de mayo. Sobre el campo de batalla quedaron los restos calcinados de cien carros de combate. Cubierto de gloria, condecorado con la Cruz de Guerra, el general de dos estrellas regresó a París. Allí sonó por segunda vez, el 5 de junio de 1940, una hora decisiva para su destino. El jefe de Gobierno, Reynaud, le nombró, a raíz de una reorganización del Gabinete, subsecretario del Ministerio de la Guerra. El hombre de acción entró así en el círculo de los políticos y mariscales que tras la caída habían de tomar una decisión: ¿Debía seguir el Gobierno, desde el Norte de África, la lucha contra el Eje? ¿O era preciso reconocer mediante un armisticio, la derrota de sus Ejércitos?
De Gaulle quiso proseguir la lucha. A bordo de un avión británico partió el 17 de junio de 1940 de Burdeos hacia Londres, al exilio. Un día después pronunció su famoso llamamiento a los franceses. En el estudio B 2 de la BBC hizo su entrada en la Historia el político Charles de Gaulle..., otra vez como un rebelde y como un profeta ignorado.


NORDDEUTSCHER LLOYD BREMEN
BREMEN
COLUMBUS
EUROPA
SCHNELLDAMPFER
BREMEN

EL AZAROSO REGRESO DEL "BREMEN"

Adrian Wells

2ª Parte

El «Bremen», buque insignia de la flota comercial alemana, navegaba fuera de las rutas habituales del océano. El estallido de la guerra había convertido su viaje regular en una aventura. ¿Conseguiría finalmente regresar a la patria?

En las primeras horas del 1 de septiembre de 1939, mientras en la frontera polaca tronaban los cañones, el *Bremen* intentaba pasar secretamente delante de Cape Race, la punta oriental de Terranova. Aquí comenzaba la zona de pesca de una enorme flota franco-portuguesa de bacaladeros, y sólo el optimismo del capitán Ahrens hacía verosímil una singladura inadvertida del gran transatlántico.

Por la tarde del mismo 1 de septiembre el primer ministro británico, Chamberlain, rogó a Winston Churchill que se integrara en un Gabinete de Guerra. El ex lord del Almirantazgo quedó decepcionado de que no se le ofreciera desde el principio el mando de la *Navy*.

Hacia las 18 horas el *Bremen* había dejado tras de sí los bancos de pesca (de 250 millas de longitud). A buen seguro que había sido avistado por lo menos un par de veces, pese a todas las maniobras para evitarlo, pero la mayor parte de los pesqueros disponía sólo de equipos receptores de radio, y no de emisores.

«La noticia de que nuestras tropas habían invadido Polonia nos llegó por la mañana a través de Norddeich Radio», anotó el capitán Ahrens.

Para la tripulación no hubo a partir de entonces más que un tema: ¿entrarían los ingleses también en la guerra o había sido su amenaza un simple «farol»? Precisamente a las 18 horas Chamberlain pronunciaba un discurso en la Cámara Baja y recibía autorización para presentarle un ultimátum a Hitler en el que se exigía que suspendiese de inmediato las hostilidades. En caso contrario Gran Bretaña...

Winston Churchill sufría por no poder decir a la Armada lo que debía hacer. Pero procuraba mantenerse al corriente, y de lo mucho que le importaba el *Bremen* es testimonio claro la carta que le escribió a Chamberlain en la noche del 2 de septiembre. Después de explayarse sobre la avanzada edad de todos los ministros, la oposición laborista y los titubeos del Gobierno francés, llegaba sin más a su tema predilecto: «Pronto habrá salido el *Bremen* de la zona donde es fácilmente localizable, si el Almirantazgo no toma las medidas pertinentes y si la señal no se da hoy mismo. Éste es un asunto de importancia menor, pero también puede llegar a ser desagradable».

La idea fija de Churchill

La «señal» de que hablaba Churchill hacía referencia a la entrada en acción de la Home Fleet, mandada por el almirante sir Charles Forbes –5 buques de línea, 2 cruceros de batalla, el portaaviones *Ark Royal* y otras tres escuadras de cruceros, con un total de 14 unidades.

Esta flota se había hecho a la mar el 31 de agosto para bloquear el Mar del Norte, seguir a distancia buques alemanes y capturarlos o hundirlos en cuanto recibiera la «señal».

Churchill quiso convencer a Chamberlain para que adoptase medidas especiales ese mismo día –es decir, el 2 de septiembre– y ordenara la persecución del *Bremen* pese a que la declaración de guerra de Francia e Inglaterra se hiciera solamente el 3 de septiembre. Tal era la importancia que concedía Churchill a la captura espectacular del mayor transatlántico alemán.

Churchill asedió al almirante Forbes con una catarata de preguntas. Quería saber por qué la *Northern Patrol* –con 4 cruceros y 11 destructores–, encargada de vigilar las aguas entre las islas Feroe, Islandia y el Canal de Dinamarca, no había logrado aún localizar al buque alemán. El contraalmirante N.A. Wodehouse, comandante de la Estación del Atlántico Norte, echó la culpa a las condiciones meteorológicas y expresó su temor de que el *Bremen* se hallase mucho más al norte de lo que suponía el Almirantazgo.

El almirante Forbes expuso la teoría de que «desde el hundimiento del *Titanic* no había ningún capitán responsable que osara cruzar con su buque a través de la zona de los icebergs, en el Canal de Dinamarca».

Sin embargo, los tripulantes del *Bremen* recibieron el 2 de septiembre la desagradable impresión de que era justamente eso lo que pretendía hacer su capitán. Cada hora bajaba el termómetro tres grados; los vigías del puesto más alto –50 metros sobre el nivel del agua– descendían tiritando a cubierta. El *Bremen* se dirigía exactamente hacia Groenlandia. Para el capitán Ahrens contaba la evidencia de que los iceberg no disparan. Claro que si se chocaba con ellos podían abrir en el casco boquetes tan grandes como los cañones de un buque de línea.

Y el *Bremen* navegaba constantemente a toda máquina.

Cuando la temperatura del agua se acercó a los cero grados, el capitán Ahrens ordenó que la tripulación fuera

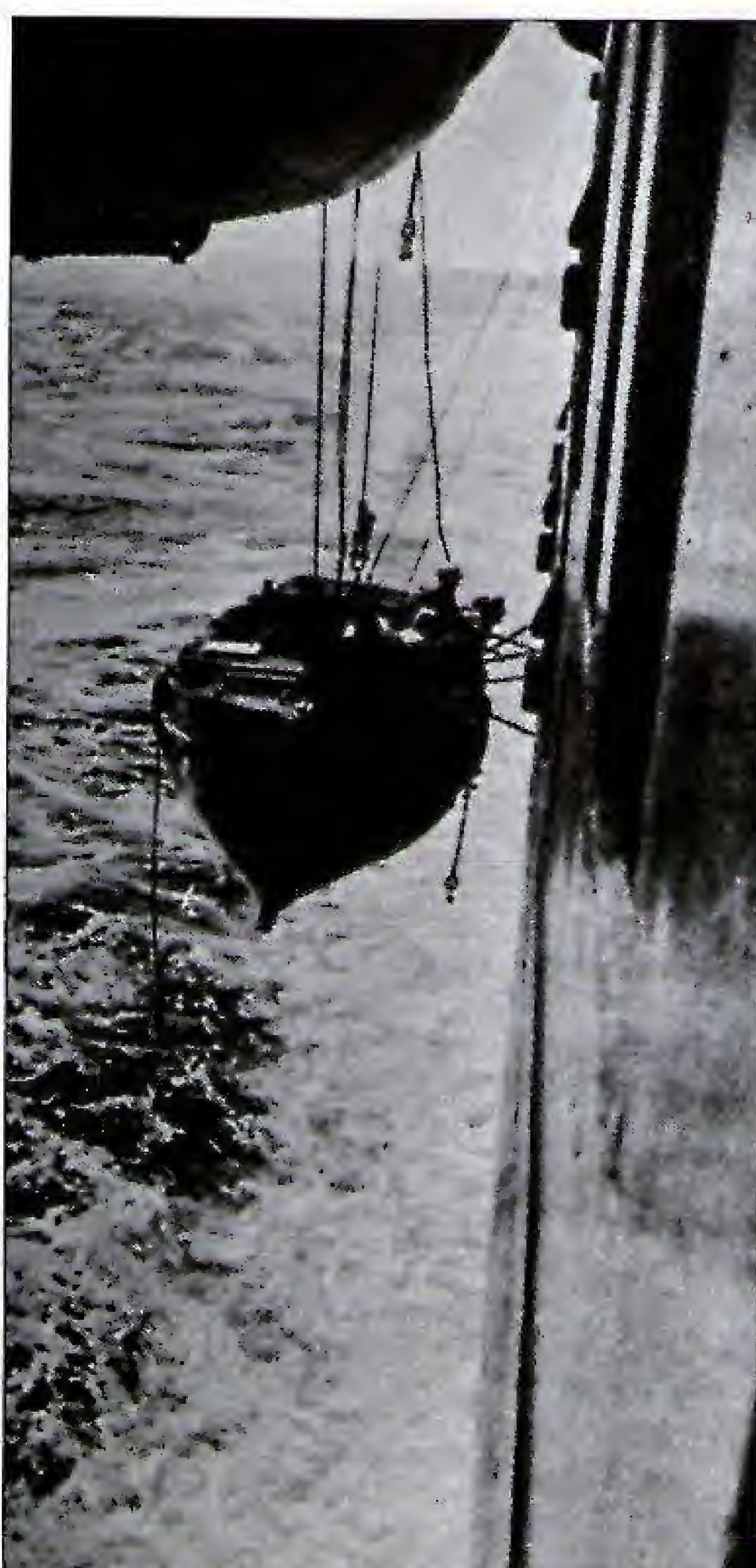
En la página anterior: los tres mejores buques del «Norddeutsche Lloyd» –«Bremen», «Columbus» y «Europa»– representados en la portada de un folleto de la compañía.



He aquí el derrotero seguido por el «Bremen» desde el 22 de agosto hasta el 12 de diciembre de 1939 (a la izquierda).

Para confundir al enemigo, la tripulación del «Bremen» pintó de gris el transatlántico durante su travesía por las aguas de los mares septentrionales (abajo).





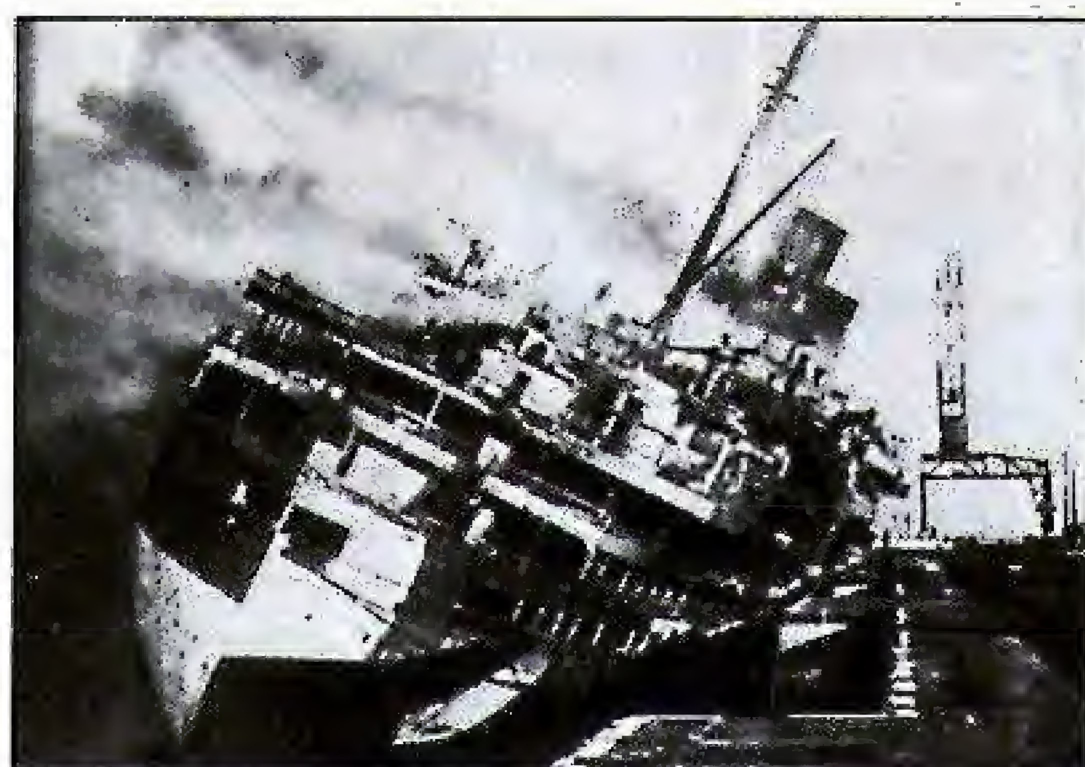
desalojada de los compartimentos de proa. Los elegantes salones del centro de la nave se transformaron en campamentos improvisados. Mientras, el sastre de a bordo se aprestaba a hacer abrigos de las mantas disponibles.

Hacia las 19 horas, y con una mar cada vez más gruesa, el vigía anunció «sombras grises» a unas diez millas. ¿Un navío de la *Northern Patrol* británica? El *Bremen* viró 90° hacia el oeste. A medianoche pasó por el punto donde tres horas antes había estado el acorazado *Deutschland.* A una distancia de 40 millas se cruzaron los dos navíos alemanes, con las radios en silencio absoluto.

Tres horas después de que el *Bremen,* en la noche del 2 al 3 de septiembre hubiera cruzado los 60° de latitud Norte, el almirante Forbes cedió a las insistencias de Churchill y mandó otras nueve unidades –corbetas y destructores– de la zona de Jan Mayen, más al norte del círculo polar, al punto más estrecho del Canal de Dinamarca: entre la Tierra de Rasmussen (costa oriental de Groenlandia) e Isafjördur, en la costa occidental de Islandia. Las nueve unidades se encontraron en su ruta con espesos bancos de niebla.

Mientras el capitán Ahrens reunía al mediodía del 3 de septiembre a la tripulación en el gran salón de baile, los vigías avistaban los primeros bancos de niebla al norte.





A su regreso, el «Bremen», fue convertido en un transporte de tropas (foto superior). Sin embargo, no llegó a entrar nunca en acción. El 16 de marzo de 1941 ardió completamente en el muelle «Columbus» de Bremerhaven, donde estaba anclado (sobre estas líneas).

«¡Camaradas!», dijo el capitán Ahrens. Nunca hablaba así a la tripulación, con lo que a nadie le cupo la menor duda de que Inglaterra había entrado en la contienda. «Camaradas, ya ha sucedido...» Una hora después, todo el que fuera capaz de sostener un pincel en la mano estaba colgado de la borda o de las chimeneas para transformar al buque insignia de la flota mercante alemana en un triste coloso gris.

Informe en clave QWA 13

Por la tarde un oficial de radio captó el mensaje cifrado «QWA 13», del mando de la Marina de guerra.

El capitán Ahrens no podía dar crédito a sus ojos: se le ordenaba dirigirse con el *Bremen* hacia Múrmansk, el único puerto libre de hielo al norte del círculo polar. Un puerto de guerra soviético.

Ahrens informó tan sólo a sus oficiales, ya que la tripulación podría quedar consternada por la noticia. Al fin y al cabo, hacía únicamente algunos días que Hitler había pactado con los «infrahumanos bolcheviques».

Al mismo tiempo, Chamberlain recibió en el Parlamento a Churchill, quien acababa de pronunciar la primera de sus vigorosas alocuciones bélicas, y le ofreció el cargo de lord del Almirantazgo. Por lo que se refiere al *Bremen*, era ya demasiado tarde.

Aquella misma noche, el nuevo ministro de Marina dio una recepción a los jefes de su Ministerio y organizó, ante el mapa del Atlántico Norte, unos planes bélicos. «Supónganse que ustedes fueran el capitán del *Bremen*. ¿Cómo intentarían romper el bloqueo?»

Las respuestas fueron muy del agrado de Churchill, pero eran todas falsas. Nadie había pensado en Múrmansk. Cierto que el *Bremen* navegaba en los días siguientes al sur de Jan Mayen, pero no hacia las Lofoten o Trondheim para alcanzar a través de aguas internacionales un puerto alemán. Por el contrario incrementó aún el arco de su navegación a través de las aguas polares y cruzó incluso los 70° de latitud Norte. En la noche del 5 al 6 de septiembre atravesó la línea Noruega-Spitzbergen y al mediodía siguiente, con un sol radiante, se hallaba frente a la bahía de Kola, en aguas territoriales soviéticas.

El capitán Ahrens esperaba encontrarse con otro «muro» de la *Northern Patrol* entre las islas de los Osos y el Cabo Norte, pero eso era, evidentemente, sobreestimar al Almirantazgo y a su nuevo ministro.

Churchill había tendido su red a lo largo de la costa noruega: más de 40 navíos estaban buscando allí al *Bremen*. Un torpedero ruso se encontró con el coloso alemán. Su comandante estaba perplejo; quería convencer al capitán del *Bremen* para que siguiera rumbo al Mar Blanco, hacia Arjánguelsk. Pero Ahrens se negó: «Tiene usted que haber sido informado por su Gobierno de que íbamos a llegar».

Y es que Moscú había mantenido tan en secreto la autorización para el *Bremen* que ni siquiera el comandante del puerto de Múrmansk se había enterado de ello. O quizá no habían creído ni los mismos amigos del Kremlin que fuera posible para el *Bremen* romper el cerco británico. De todas formas, aquella misma semana quedó de manifiesto que los rusos no disponían «tan al norte» de suficientes provisiones para abastecer a los mil hombres que se hallaban a bordo del *Bremen*.

A ello hay que añadir que el mensaje cifrado «QWA 13» había sido captado por una docena de navíos comerciales alemanes e, interpretándolo como una orden fueron apareciendo uno tras otro en Múrmansk. Los soviéticos empezaron a poner caras largas.

Lo poco que Churchill ha dejado entrever en sus «Memorias» acerca de la «caza» del transatlántico alemán no necesita comentarios: no cita ya la presa perdida después de que el Ministerio de Propaganda de Goebbels anunciara la llegada del *Bremen* a Múrmansk el mismo 7 de septiembre. La única reacción fue quitarle el mando al desafortunado comandante de la Estación del Atlántico Norte.

En cambio Ahrens recibió un telegrama del director general del *Norddeutsche Lloyd* poco antes de que los rusos le precintaran la radio.

«Ha logrado usted –decía el telegrama–, gracias a un mando excelente y al espíritu de camaradería con la tripulación, salvar al mejor barco de la flota mercante alemana de un ataque enemigo. El Lloyd se siente orgulloso de usted y de la tripulación. En agradecido reconocimiento le nombramos a usted comodoro de nuestra flota. Norddeutscher Lloyd.»



La tripulación agasajó a su comodoro. A bordo quedaban alimentos para unas tres semanas. Por su parte, los rusos se mostraron dispuestos a suministrar harina, grasa, verdura, nueces y manteca. Lo que no impidió al NKWD quedarse con todas las cámaras fotográficas de la tripulación.
De la Embajada alemana en Moscú llegó el Dr. von Walther y entregó a los capitanes de los navíos alemanes anclados en Múrmansk sendos permisos para descender a tierra. Al comodoro Ahrens le comunicó que la tripulación –salvo los hombres que fueran precisos para el cuidado del buque– había de regresar en tren a Alemania. El 18 de septiembre 850 tripulantes del *Bremen,* más algunos centenares de los otros barcos, tomaban los trenes especiales en Leningrado, en tanto que el capitán Ahrens y 175 hombres se disponían a pasar una larga temporada en Múrmansk. El invierno, con sus violentas tempestades, le preocupaba.
El fondo del mar en los puertos naturales es rocoso y el peligro de que se soltara el ancla y quedara dañado el navío era enorme. Por otra parte, las reservas de combustible se estaban acabando. Y los rusos habían dado a entender que ellos no proporcionarían suministros. A finales de septiembre les favoreció el destino. Un petrolero alemán, cargado con combustible de la mejor calidad, se refugió también en el puerto. Ahrens ordenó cargar los depósitos de su buque hasta rebosar. También los otros navíos alemanes refugiados en Múrmansk repostaron así.
Cerca del *Bremen* se hallaban los conocidos buques de pasajeros *Iller, Phoenicia, New York, St. Louis.* Poco a poco recibieron permiso para bajar a tierra los restantes hombres que habían quedado de retén. Pero la mayor parte de ellos prefirieron remar hasta el *Bremen* y contemplar por la noche una película del archivo del transatlántico. «Agua para Canitoga», con Hans Albers o «El proceso Casilla» con Heinrich George; pero lo que más les gustaba era «Paraíso de solteros» con Heinz Rühmann. Fue la cinta que contemplaron más a menudo.
También los rusos traían cultura a bordo: su cinta-maratón «Pedro el Grande», de cinco horas de duración. Los espectadores alemanes quedaron impresionados. Danzas folklóricas, conjuntos musicales, masas corales, payasos de circo y otras atracciones llegaban a bordo para entretener a los marineros alemanes.
A medida que pasaban las semanas crecía en el comodoro Ahrens la decisión de lanzarse de nuevo a la aventura. Al fin y al cabo, pensaba, se trata de que los ingleses no nos esperen en el Mar del Norte. Preparó su plan, lo hizo llegar a la Embajada alemana en Moscú y aguardó el resultado. La espera fue larga, pues el almirante Raeder había traspasado a Hitler la responsabilidad de la decisión. A mediados de noviembre llegó la respuesta de éste: ¡Adelante!
El 6 de diciembre, a primeras horas de la mañana, un remolcador ruso atracó junto al *Bremen;* a bordo llegaron 57 miembros de la tripulación. Venían desde Alemania. Por poco los hunden los rusos durante la travesía: mientras navegaban por el Báltico la URSS había declarado la guerra a Finlandia y al barco alemán le fue retirado el permiso de entrada en los puertos rusos. 48 horas antes de darse la orden «¡leven anclas!», el comandante ruso del puerto logró deshacerse del mercante británico *Llandovery Castle,* que también se encontraba refugiado en Múrmansk. Además, el comandante había prometido que, durante los tres días siguientes a la partida del *Bremen,* no se permitiría abandonar el puerto a ningún buque extranjero. Era el plazo que creía necesitar Ahrens para llegar al puerto de Bremen.

Fuga en plena tempestad de nieve

El día 10 de diciembre sonó la hora. A medianoche se había iniciado una tormenta de nieve; en cubierta la gente no alcanzaba a ver siquiera la punta de sus dedos cuando extendían el brazo. Un pequeño remolcador soviético abría camino.
Ahrens no se había despedido –por razones de seguridad– ni siquiera de sus colegas alemanes. El *Bremen* avanzaba a toda máquina, 45 millas hacia el norte, para salir cuanto antes de la zona frecuentada por el tráfico ruso; sólo después siguió un curso paralelo a la costa.
«La tripulación gritó ¡hurra!», relató uno de los participantes en la fuga. «A bordo imperaba un ambiente excepcional. Los hombres querían llegar a casa a toda costa».
Envuelto en chaparrones huracanados y en una oscuridad total el *Bremen* dobló el Cabo Norte. Ese día sólo empezó a clarear hacia las 9,30, y a las 15,30 era otra vez de noche. El comodoro Ahrens había elegido la mejor época del año para su empresa. Cuando anochecía por segunda vez, el transatlántico pasó a unas cien millas de las Lofoten; tras ellas se encuentra Narvik. Ahrens suponía que los ingleses, si llegaban a enterarse de la salida del *Bremen,* montarían su vigilancia muy cerca de la costa. Debido a esto pasó el estrecho de Shetland –de unas 200 millas de anchura– justo por el centro. Las llamaradas de un buque incendiado le obligaron a realizar un gran desvío, pero eso fue todo.
Al tercer día el *Bremen,* acompañado por aviones de reconocimiento de la *Luftwaffe,* entró en la bahía alemana. En el libro segundo del primer tomo de sus «Memorias de guerra» escribe Churchill: «El gran transatlántico alemán *Bremen,* que había pasado una temporada al abrigo de la rada del puerto soviético de Múrmansk, sólo pudo regresar a Alemania porque no fue atacado por el submarino británico *Salomon,* que había respetado correctamente los acuerdos internacionales».
Ni el comodoro Ahrens, ni sus oficiales, ni el informe oficial de la Marina de Guerra alemana hablan para nada del submarino. Nadie parecía haberlo visto. Pero Churchill cita, incluso en una nota al pie del texto, el nombre del capitán del submarino: Bickford, «quien por sus muchas y meritorias acciones había sido ascendido, pero se hundió poco después junto con su nave». Evidentemente, a un muerto no se le pueden formular preguntas...

★ ★ ★

El gigantesco transatlántico, el comodoro Ahrens y la tripulación fueron agasajados al desembarcar en Bremen. Pero la alegría no duró mucho. El 16 de marzo de 1941, el buque fue pasto de las llamas; a consecuencia de este acto de sabotaje el *Bremen* tuvo que ser desguazado como chatarra. Jamás se identificó a los autores del sabotaje. Y si bien es cierto que se entregó voluntariamente un miembro de la tripulación –el grumete, de 17 años, Gustav Schmidt– como autor del incendio, no hubo pruebas concluyentes del hecho. Schmidt fue ajusticiado y la Gestapo siguió buscando a los instigadores del sabotaje, «a los agentes ingleses». Pero nunca los encontró. □



... Los primeros carros han entrado en combate para conquistar los fortines enemigos, apoyando así la intervención de los paracaidistas y tropas aerotransportadas. La última resistencia ha sido vencida. La «artillería volante» ha paralizado las acciones enemigas en los momentos decisivos...

En la revista de las Fuerzas Armadas alemanas, «Signal», se exaltó con ilustraciones como éstas –correspondientes al frente occidental– el funcionamiento de la maquinaria bélica y «el heroico comportamiento de nuestros soldados», creando el mito de la propia invencibilidad. Los pies de grabado son pasajes de los textos publicados a la sazón.



... Por las carreteras principales avanzan, como la punta de lanza más rápida, carros ligeros y pesados alemanes. Adelantan a las tropas enemigas que se retiran en desbandada, siembran la confusión y la destrucción entre las líneas de suministro enemigas... (izquierda).

... De nuevo ataca la Aviación... Con fragor espantoso, los vehículos blindados se precipitan sobre las filas en dispersión de las columnas de marcha. Y entre los impactos de las bombas tabletean las ametralladoras de los aviones que pasan en vuelo rasante... (abajo).

UNA MESA NO ES UN PATO

Por tres veces en el corto intervalo de unos años, los comunistas tuvieron que afrontar amargas experiencias: en 1933, al no producirse un levantamiento de las masas contra la llegada del nazismo al poder. En 1936, al comenzar las «purgas» de Stalin. Y en 1939 al firmar la Unión Soviética y Alemania el pacto de no agresión. El mundo del comunismo parecía completamente desquiciado.

La Internacional comunista y el pacto germano-soviético de no agresión

JOCHEN R. KLICKER

Siempre se han hecho chistes políticos, incluso en los tiempos más duros. Así, durante las «purgas» del otoño de 1937, se contaba en la capital soviética el siguiente chascarrillo:
A las 4 de la mañana llaman a la puerta de una vivienda que alberga a cinco familias moscovitas. Todos saltan de la cama, pero nadie se atreve a abrir. En la puerta de entrada insisten. Por fin, alguien hace de tripas corazón y abre; se le oye hablar en voz baja durante un rato con alguien en la puerta. Entonces se vuelve hacia sus convecinos y dice radiante: «Nada, no pasa nada. Sólo está ardiendo la casa...»
Era así como se intentaba convivir con el miedo de las detenciones arbitrarias, los interrogatorios brutales, las torturas, los procesos absurdos, los castigos crueles y las inútiles penas de muerte. Stalin «purgaba» y nadie sabía a quién ni en virtud de qué criterio le iba a afectar la purga. Y el miedo tampoco se detenía a las puertas del hotel Lux, sede moscovita del Komintern (Internacional Comunista), fundada por Lenin en 1919 para coordinar y controlar el trabajo de los partidos comunistas en el mundo. Muchos emigrantes comunistas vivían desde 1933 en este hotel cuyo edificio había sido construido aún bajo el imperio de los zares. Por ejemplo, cierto Herbert Wehner, miembro del comité central del partido comunista alemán desde octubre de 1935. La camarada austríaca de Wehner, Ruth von Mayenburg, recuerda: «La habitación –de una sola ventana–, que apestaba a humo de pipa, aroma de café y olor de gato, atiborrada de libros hasta el techo, brindaba poco espacio a los visitantes, pero era como un oasis donde imperaba la discusión humana y abierta entre camaradas. Aquí se contaban chistes sarcásticos, se exponían pensamientos poco convencionales y se tenía el valor de dudar».
Algo así equivalía por aquellos años a una sentencia de muerte. Y, efectivamente, una noche Herbert Wehner fue detenido por la policía secreta rusa. Pero Wehner sobrevivió al interrogatorio y pudo seguir incluso como profesor en la Escuela internacional «Lenin». También continuó como colaborador del italiano Togliatti en la sección de agitación y propaganda del Komintern y siguió siendo el enlace más importante entre la central moscovita del comunismo internacional y la dirección exterior del partido comunista alemán en París.
Hoy en día asegura la «eminencia gris» del SPD que la investigación exigida por Ulbricht sobre su lealtad a la línea del partido duró más de 18 meses. Pero también sabemos que nadie, que hubiera pasado siquiera transitoriamente por desviacionista de la línea del Komintern o del KPD, hubiera podido seguir como colaborador del secretario general Dimitrov y de la central stalinista del Komintern. Sin embargo Wehner siguió en su cargo hasta que dejó de ser comunista, bien porque fuera expulsado por el partido –según afirman sus historiadores–, bien porque lo abandonara voluntariamente como él mismo dice. Así que muy «dura» no fue la investigación.
A pocas puertas de Wehner vivía en el hotel cierto Walter Ulbricht; por lo menos cuando iba a Moscú a informar sobre las actividades ilegales del KPD y a recibir órdenes para las acciones siguientes. El resto del tiempo habitaba Ulbricht en París, obsesionado por la idea de suceder al legendario Teddy Thälmann (prisionero de los nazis) en la jefatura del partido.
A la sazón, el escritor emigrado Heinrich Mann escribía sobre Ulbricht: «Verán ustedes, yo no me puedo sentar a la mesa con un hombre que afirma súbitamente que la mesa a la que estamos sentados no es una mesa sino un pato y pretende, además, que le dé la razón».
También Ulbricht tuvo que someterse a las investigaciones de la comisión internacional de control del Komintern, pero salió sin mácula de la prueba. Incluso logró convencer a los investigadores de que había trabajado siempre de acuerdo con la línea del camarada Dimitrov y que lo seguiría haciendo. Con fino sentido táctico había logrado, al poco de llegar a Moscú, averiguar confidencialmente lo que pensaban los cuatro grandes del Komintern (Dimitrov, Manuilski, Togliatti, llamado Ercoli, y Kuusinen).
Ulbricht pudo regresar a París para erigirse poco después en el hombre fuerte del partido y representante permanente del comunismo alemán ante el Komintern. Y, finalmente, fue él quien a las 6 de la mañana del 30 de abril de 1945 salió por una puerta lateral del hotel Lux de Moscú para crear en la zona de ocupación rusa el primer Estado socialista sobre suelo alemán.
El tercer hombre, un tal Willi Münzenberg, resistió hábilmente todos los intentos de atraerle desde París al hotel Lux de Moscú. Al fin, fue el propio







① **De carpintero a jefe de Estado: Walter Ulbricht, 1893-1973.**

② **De amigo de Lenin a víctima de Stalin: Willi Münzenberg, 1889-1940.**

③ **De hombre de confianza de los comunistas a eminencia gris del SPD: Herbert Wehner, *1906.**

Dimitrov quien escribió personalmente a su principal propagandista en el Oeste de Europa: en Moscú le aguardaban nuevas e importantes tareas. Y cuando esta treta tampoco resultó, la policía secreta rusa (NKWD) envió a un agente suyo a París para asegurar a Münzenberg que no tenía nada que temer. Pero ni siquiera esta vez cayó en la trampa. Por aquel entonces escribía Louis Gibarti, íntimo amigo de Münzenberg: «¿Qué le puede ocurrir a usted? Será depuesto de sus funciones y después de un tiempo, podrá volver a trabajar».

«No –contestó Münzenberg–, me fusilarán igual que a los otros y diez años más tarde dirán a grandes gritos que fue un lamentable error».

Naturalmente, Münzenberg sabía de sobra, gracias a sus buenos contactos con el comunismo clandestino de Alemania, que si un dirigente comunista no aceptaba la invitación para acudir a Moscú (o si la NKWD consideraba demasiado difícil el rapto de la persona en cuestión) se dejaba que los enemigos políticos «liquidaran» el caso.

El 10 de marzo de 1939 Münzenberg hacía públicos los motivos de su salida del partido comunista alemán al que había pertenecido desde sus comienzos, y cuya decadencia imputaba ante todo a Dimitrov y Togliatti. El 20 de junio de 1940 Münzenberg huyó de París –se aproximaba la *Wehrmacht*– rumbo a la frontera suiza. A finales de octubre de 1940 se encontró su cadáver. Las circunstancias en que halló la muerte han quedado sin aclarar hasta hoy. Pero no faltan indicios para creer que en los últimos momentos fuera «ejecutado» por los amigos de antaño: estrangulado y/o apuñalado.

En abril de 1933 reinaba aún la armonía entre Ulbricht, Wehner y Münzenberg. Fieles a la resolución del comité ejecutivo del Komintern, vieron en el triunfo de Hitler –un triunfo considerado, naturalmente, como provisional– todo, menos un error de la propia política.

«El sistema de Versalles devastó Alemania... el yugo de Versalles originó un increíble descenso del nivel de vida del proletariado...» se decía en 1933, de acuerdo con la línea del partido. También se afirmaba que «los socialdemócratas han dividido al proletariado... la socialdemocracia ha puesto trabas a la iniciativa de las masas... la jefatura socialdemócrata sigue fiel a su frente común con la burguesía reaccionaria». Esta fue la segunda línea seguida por la propaganda comunista.

Tanto en la central del Komintern de Moscú como en la jefatura del KPD en París se seguía soñando con la conquista del poder. La victoria de Hitler no significaba una derrota del movimiento obrero y la dictadura fascista sólo serviría para acelerar la marcha de la revolución proletaria.

La política del frente popular

Poco a poco la jefatura del KPD se fue volviendo más lúcida, hasta llegar a la decepción. Hacía ya tiempo que células de base del KPD estaban trabajando ilegalmente en colaboración con otros grupos de la resistencia (y aquí hay que entender ilegal en un doble sentido: a los ojos de la Gestapo, y también a los ojos de la propia jefatura comunista), cuando el VII Congreso Mundial del Komintern, en 1935, decretó el gran viaje. A partir de entonces la consigna sería «política de unidad y frente popular». La antigua línea del Komintern fue criticada por el propio Dimitrov.

Los conceptos que se exhibían ahora en el palacio moscovita ante las delegaciones extranjeras habrían bastado, pocos meses antes, para condenar a quienes los hubieran sustentado como «oportunistas, renegados, enemigos del comunismo, vendidos a la burguesía o contrarrevolucionarios». Ahora, en cambio, los congresistas aplaudieron durante un cuarto de hora la nueva estrategia de lucha contra el fascismo, al tiempo que se lanzaban gritos de «hurra», «frente rojo» y «banzai».

El jefe de propaganda del Komintern para Europa Occidental, Willi Münzenberg, regresó aliviado a París. La nueva línea de actuación correspondía plenamente a sus deseos y concepciones, a sus sueños más secretamente guardados. Sin pérdida de tiempo se puso a organizar la próxima colaboración con los emigrantes burgueses y los socialdemócratas.

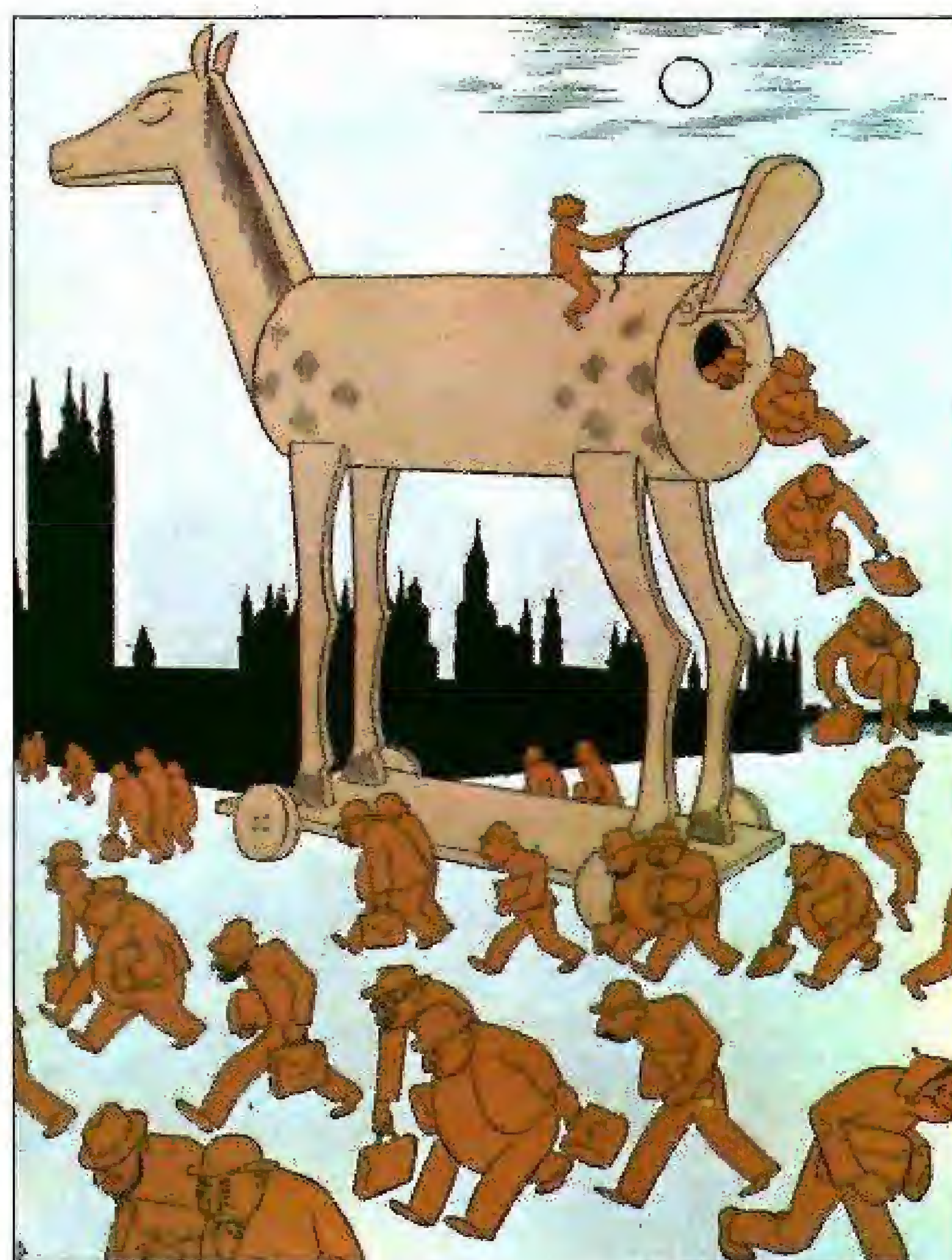
También Ulbricht regresó a Europa Occidental para establecer los primeros contactos con la jefatura socialdemócrata, tal como se había acordado en el VII Congreso mundial (y en la siguiente reunión de partidos comunistas, la llamada Conferencia de Bruselas). Pero su primer conato de aproximación a la jefatura del SPD, en el exilio de Praga, fue todo un fiasco. Hans Vogel y Friedrich Stampfer le dijeron a las claras que, en opinión de la presidencia del SPD, los comunistas no habían aportado hasta la fecha un solo testimonio fehaciente de la buena fe que les impulsaba a aliarse en un frente popular con la democracia. Y en lo que se refería personalmente al camarada Ulbricht, estaban en lo cierto, porque si bien en el VII Congreso mundial había acogido favorablemente las nuevas directrices, también se había apresurado a decir: «La meta de nuestros esfuerzos sigue siendo una Alemania soviética». A los socialistas de Praga no se les había escapado la frase. ▷

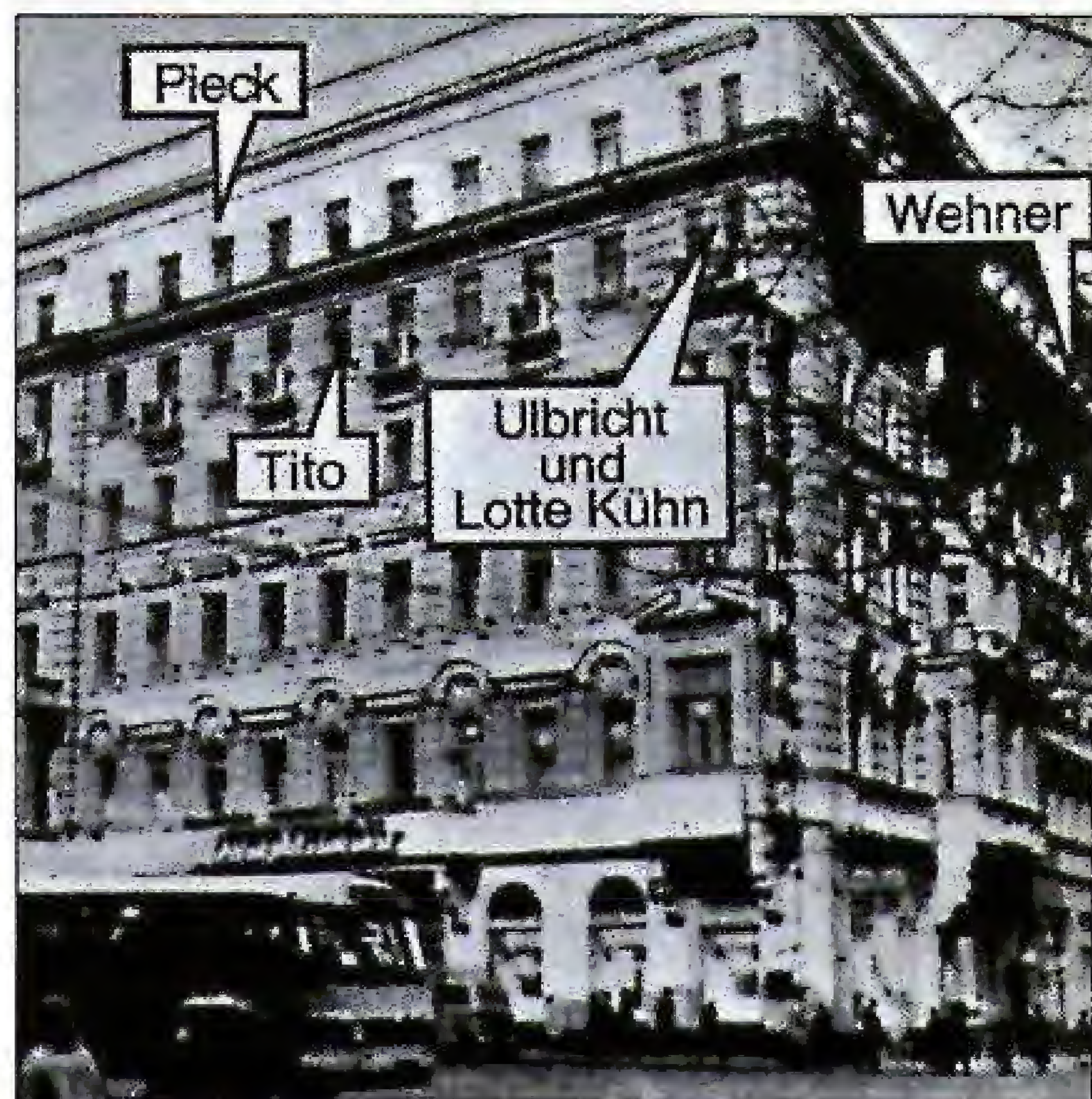
Finalmente Herbert Wehner –quien había sido enviado por Dimitrov a Suecia para verificar la lealtad de la nueva línea del partido que allí dirigía Karl Mewis– resolvió sus problemas ideológicos pasándose de la enemistad total con los socialdemócratas a la alianza «a su manera»: dejándose detener. Para ello le bastó con pernoctar en casa de la comunista Friedel Wagner, de la que sabía que estaba vigilada por la policía y en cuya casa había sido detenido pocas noches antes su propio marido.
Así, mientras el primero de los tres residentes alemanes del hotel Lux de Moscú se había eliminado solo del escenario –dejándose de paso convertir en las cárceles suecas a la socialdemocracia, que había de dirigir decenios más tarde como jefe indiscutido– en París comenzaba un nuevo asalto en la pugna por la supremacía entre Münzenberg y Ulbricht.
En un local de la rue Cadet de París, Willi Münzenberg había organizado personalmente la primera –y última– conferencia del frente popular alemán. Tomaron parte bastantes eminencias en el exilio, y la satisfacción por la semejanza de los puntos de vista era exultante; eran Heinrich Mann, Rudolf Breitscheid, Denicke y Gumbel. Se acordó por unanimidad enviar un mensaje al pueblo alemán, un mensaje que leyó Heinrich Mann con voz conmovida:

«¡Cerremos filas para derribar a Hitler!»

«¡Démonos la mano! ¡Unámonos contra el enemigo común, Hitler! ¡Socialistas, comunistas, demócratas, creyentes de todas las confesiones: actuemos juntos, ayudémonos mutuamente, pongamos fin a las rencillas entre nosotros que sólo benefician a Hitler! ¡Formemos el gran frente popular, único camino que puede ayudar al pueblo alemán a derribar a Hitler!»
Pero esa unidad y solidaridad iba a ser flor de un día. Y es que para Ulbricht las comisiones del frente popular no eran más que simples recursos para someter al control del KPD a todos los enemigos de Hitler que se encontraron en el exilio; todas las actividades clandestinas constituían otras tantas oportunidades de adoctrinar como comunistas a los enemigos del régimen hitleriano, con independencia de su credo político. De ahí que los primeros en salirse del frente popular fueran liberales, para seguir gran número de burgueses y socialistas y al final, el mismo motor del frente popular: Willi Münzenberg.
Pero en Moscú, en el cuartel general del Komintern, tampoco existía ya gran interés por el frente popular. Quien aún alimentara ilusiones, hubo de renunciar a ellas lo más tarde el 10 de marzo de 1939, día en que Stalin, en el XVIII Congreso del partido comunista de la Unión Soviética, anunció la neutralidad rusa en vista de los acontecimientos de Europa Central y Occidental. En esta ocasión atacó explícitamente a las potencias occidentales «que pretenden azuzar a la URSS contra Alemania, envenenar las relaciones germano-soviéticas y provocar un conflicto entre las dos potencias». A continuación, el astuto e impenetrable georgiano dijo en medio de un aplauso delirante: «Nosotros somos partidarios de la paz y queremos fortalecer nuestras relaciones con todos los países».
Sin embargo, tanto a los ciudadanos soviéticos como a los emigrantes comunistas les constaba que se estaba gestando una atrocidad, por lo menos desde finales de 1938 y comienzos de 1939. Y es que, súbitamente, de la noche a la mañana, habían terminado las sangrientas «purgas» iniciadas dos años antes. También el hecho de que Stalin hubiera hallado en Molotov un nuevo colaborador en el Kremlin apuntaba hacia una nueva política. Evidentemente, Stalin se sentía obligado a tomar la iniciativa: resultaba imposible desarrollar una política antifascista consecuente, cuando todas las potencias enemigas de Alemania –como se dijo por aquel entonces en la Unión Soviética– «rechazaban una política de seguridad colectiva, pese a que los agresores fascistas amenazaban sus intereses e incluso su existencia».
Estas palabras no impidieron que a comienzos del verano de 1939 delegaciones militares francesas y británicas negociaran con el Gobierno soviético acuerdos de ayuda militar. Stalin frustró esas negociaciones declarando que las propuestas de franceses e ingleses eran inaceptables, al tiempo que empezaba a buscar otro posible aliado.
Ese aliado estaba en Berlín. De un tratado con el III Reich Stalin creía poder obtener por lo menos cuatro grandes ventajas para la URSS:

- La alianza con el poderoso Hitler evitaría temporalmente la confrontación militar con él y, posiblemente, la aplazaría para un momento ulterior.
- La alianza con el poderoso Hitler quitaría a los provocadores franceses e ingleses toda posibilidad de arrastrar a la URSS a una aventura bélica como la que estaban planeando por entonces los imperialistas occidentales.
- Por otra parte, era de esperar que aun antes del conflicto surgieran en Europa nuevos Estados socialistas.
- Finalmente, después de la solución





En el año 1939 la revista «Simplicissimus» se burlaba con este caballo troyano (leyenda: «Quien llama a los soviéticos mete a los comunistas en el país») de las concomitancias entre Londres y Moscú. En febrero de 1940 la propaganda francesa recurrió al mismo motivo, pero con el siguiente texto: «En vez de Londres, Berlín» (arriba).

Desde las habitaciones de este hotel, construido en tiempos de los zares, rigieron Dimitrov y Stalin el comunismo mundial. Pero en el hotel Lux vivían también algunos destacados emigrantes (sobre estas líneas).

de la «cuestión polaca», la Unión Soviética podría ampliar sus fronteras en el Occidente europeo. Así pues, los rusos negociaron con la delegación alemana, y el 19 y el 23 de agosto de 1939 se establecieron los siguientes acuerdos:
un tratado comercial,
un pacto de no agresión que preveía incluso consultas mutuas en cuestiones de política exterior,
un protocolo secreto acerca de la nueva división de Polonia, que delimitaba la frontera entre las esferas de interés de la URSS y el III Reich a lo largo del San, Vístula y Narew (el tratado germano-soviético del 28 de septiembre de 1939 desplazó esta frontera del Vístula al Bug).
Las reacciones oficiales de los interesados fueron en parte aventuradas obras maestras del talento propagandístico y dialéctico. Así, por ejemplo, la prensa comunista francesa saludó la firma del tratado comercial del 19 de agosto como un nuevo triunfo de la Internacional comunista, ya que mostraba patentemente cómo Hitler había tenido que doblegarse ante la superioridad de la Unión Soviética.
Esta actitud del partido comunista francés se mantuvo incluso tras el comienzo de las hostilidades. Las directrices políticas de Dimitrov determinaron en octubre de 1939 que muchos comunistas no se aprestaran a combatir contra el enemigo alemán sino que se alineasen en otros frentes: «en la lucha contra la guerra entre los soldados del Ejército, entre los desplazados en los campamentos, entre las mujeres de los reclutados y en cualquier otro lugar» (el cronista de Komintern, actual presidente de la Oficina de Protección de la Constitución federal, Günther Nollau, asegura que esa propaganda, derrotista, minó la moral de lucha en amplios sectores del pueblo francés, donde los comunistas eran muy apreciados, y que fue un elemento importante en la derrota militar del verano de 1940).

Acabar con la guerra «injusta»

Inmediatamente después de la firma de los acuerdos del 23 de agosto, los comunistas británicos declararon que Stalin había frustrado el intento de Chamberlain de desviar la agresividad hitleriana contra la URSS.
Como en Francia, tras la declaración de guerra británica muchos comunistas ingleses se negaban a secundar la «guerra imperialista de Chamberlain» y pedían que los obreros británicos pusieran fin a «esta guerra injusta» a la manera marxista-leninista: con medios revolucionarios.
A los fuegos de artificio propagandísticos aportó material de primera clase el ministro alemán de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop. Según él, Stalin no era un bolchevique de carácter judeo-internacional, sino una especie de nacionalista eslavo-moscovita. Y el Gobierno de la URSS aseguró que Polonia, Francia y Gran Bretaña no habían tenido nunca deseos sinceros de llegar a un acuerdo con los soviéticos y que solamente el tratado de no agresión con el III Reich brindaba a la Unión Soviética plena seguridad.

El viejo comunista Willi Münzenberg se revolvió en París como un toro herido. Ahora ya no quedaba ninguno de los motivos tácticos que le habían impedido criticar a Stalin. La Unión Soviética, la central moscovita del comunismo mundial, el gran camarada de todas las fuerzas progresistas del mundo se había transformado en el mayor de los enemigos. El 23 de agosto Münzenberg hizo pública una protesta contra la «traición» soviética. Para Münzenberg el cambio de postura ideológica no constituía más que «un espectáculo repugnante». Y a partir de ahora ya no le interesaba quién iba a ser el burlado al final. Una cosa era evidente para Münzenberg: con la firma de ese tratado de no agresión no había disminuido el peligro de una guerra sino que se había incrementado aún más.

¿Y Walter Ulbricht? Cuando el 17 de septiembre de 1939, la URSS ocupó la zona de influencia que se le había reconocido y el 29 de septiembre se repartió la presa polaca entre el lobo alemán y el oso ruso, Ulbricht declaró —sin que se lo preguntaran— a amigos y conocidos que «las tropas soviéticas impiden ahora el avance de los soldados alemanes al haber ocupado los territorios polacos que pertenecen a Ucrania y Rusia Blanca».

Así se había transformado el frente popular antifascista en un frente unido nazi-bolchevique. Muchos exiliados alemanes y austriacos en Moscú estaban consternados, pero el miedo de las «purgas» pasadas había calado hondamente. Por los pasillos del hotel Lux, en Moscú, corría de puerta en puerta, la consigna de que no solamente los comunistas, sino también muchos trabajadores socialdemócratas y nacionalsocialistas debían luchar para que no fracasara ese tratado que abría los caminos del futuro. En honor de Stalin hay que decir que éste consideró dicho tratado como un compromiso real de su política y lo cumplió escrupulosamente. Es posible que aún tuviera mayores esperanzas. Al fin y al cabo, el 13 de abril de 1941 despidió en la estación bielorrusa de Moscú al embajador alemán, Von der Schulenburg, con la siguiente frase: «Tenemos que seguir siendo amigos; debe hacer usted todo lo posible para ello». E incluso en la mañana en que las tropas alemanas se lanzaron sobre la Unión Soviética, estaban a punto de partir de la URSS trenes cargados con cereales de Ucrania y petróleo de Bakú con rumbo al III Reich. En aquellos momentos parecía claro quién era el burlador burlado del que hablaba Münzenberg: Stalin. Pero Münzenberg no pudo ver el giro distinto que tuvo la historia al final; de la pirueta de los acontecimientos se benefició Ulbricht. Naturalmente, después del estallido de la guerra germano-soviética, el Komintern tuvo que cambiar su línea política. Y esta vez fue más fácil que nunca, porque ahora coincidía el concepto teórico del enemigo con el real. Lo que no impidió que los días de la Internacional comunista estuvieran ya contados. La Unión Soviética se hallaba empeñada en una guerra propia y no le quedaba tiempo para preocuparse de internacionalismos.

El final del Komintern

En octubre de 1941, cuando la emisora de Radio Moscú anunció que los primeros carros blindados alemanes estaban ante la capital soviética, Wilhelm Piek recorría angustiado los pasillos del hotel Lux repitiendo una sola frase: «¡Llegan los alemanes!». Contagiados de su miedo fueron numerosos los funcionarios del Komintern que huyeron de Moscú; casi todos, hacia Ufa. Dimitrov, con un pequeño grupo de su cuartel general se fue a Kuibischev para preparar la disolución del Komintern. En cuanto a la continuación del trabajo del Komintern propiamente dicho —dirección y control de los partidos comunistas en el mundo— era ya impensable desde el comienzo de la guerra. Tan sólo la sección de agitación y propaganda siguió apoyando a través de las ondas de Radio Moscú a los camaradas de Italia, España, Rumania, Austria y Alemania y loando los esfuerzos bélicos de la Unión Soviética. El 15 de mayo de 1943 firmaron el acuerdo de disolución del Komintern Dimitrov y Polarov por Bulgaria, Pieck y Florin por Alemania, Thorez y Marty por Francia, Togliatti por Italia, Kuusinen por Finlandia, Koplenig por Austria y Gottwald por Checoslovaquia. Con esa disolución la Unión Soviética quería demostrar a los Aliados que la URSS y la Internacional Comunista habían renunciado de una vez para siempre a sus propósitos revolucionarios.




1939
1939



Entre los primeros a quienes se concedió la Cruz de Hierro figuraron los Cazadores de Lützow Körner (de pie), Hartmann y Friesen (pintura de F. G. Kersting).

LA CRUZ DE HIERRO

La Cruz de Hierro fue instituida por el rey de Prusia Federico Guillermo III durante las guerras napoleónicas. Modificada por Hitler en 1939, que introdujo la cruz gamada en el centro, esta condecoración llegó a destacar como distintivo al valor. El siguiente artículo sobre la historia de la Cruz de Hierro pertenece a la revista «Signal» de noviembre de 1940. Desde 1958 puede llevarse otra vez la Cruz de Hierro, pero sin cruz gamada.

Fueron tiempos muy dramáticos y movidos aquellos en que se creó la Cruz de Hierro, primera condecoración bélica alemana que se podía conceder indistintamente a soldados y oficiales. El 17 de marzo de 1813, el rey Federico Guillermo III proclamó en Breslau su ardoroso «Llamamiento a mi pueblo». Una semana antes había sido publicada en el «Schlesischen Zeitung» la orden real que instituía la nueva condecoración.

El monarca había intentado al principio diseñar personalmente la condecoración, pero tuvo que ser el gran arquitecto de Berlín, Karl Friedrich Schinkel, quien hallara la forma definitiva que mereció el beneplácito real. La idea primitiva era una cruz totalmente negra, pero en la práctica se vio que sobre los uniformes negros la cruz de este color resultaba una condecoración invisible. Así que el ahorrativo monarca se decidió a ponerle el filete de plata. La realización fue laboriosa, pues hicieron falta varias pruebas hasta lograr fijar el ornamento de plata sobre el hierro colado de la cruz. Hasta mediados de abril de 1813 sólo se habían fabricado cuatro condecoraciones, pero con la experiencia adquirida, un mes más tarde el monarca disponía de casi tres centenares. Cada una de ellas había costado dos táleros y medio, una suma nada despreciable para aquellos tiempos. Inicialmente, la Cruz de Hierro de 1.ª clase no consistía más que en dos bandas cruzadas de tela de la Orden, en blanco y negro, pasándose después a su fundición en hierro. Además de las Cruces de 1.ª y 2.ª clase, el monarca instituyó una Gran Cruz de Hierro que fue concedida seis veces tras el fin de las guerras napoleónicas: a Blücher, Bülow, Tauentzien, Yorck, Kleist y al príncipe heredero de Suecia. El alto valor de esta distinción se refleja en el hecho de que durante la guerra de 1870/1871 sólo se concedió ocho veces y durante la primera Guerra Mundial, sólo cuatro.

La Cruz de Hierro de 2.ª clase, que desde su institución hasta el final de la primera Guerra Mundial se concedió cinco millones y medio de veces, la obtuvo por vez primera el comandante von Borcke, del Regimiento de Infantería 1 de Pomerania, por su valentía en el asalto a la ciudad fortificada de Luneburgo. Este Regimiento tuvo una actuación tan brillante que otros cinco de sus oficiales, ocho suboficiales y dos fusileros figuraron entre los primeros distinguidos con la Cruz de Hierro. La primera Cruz de Hierro de 1.ª clase fue concedida el 17 de abril de 1813, al comandante del Regimiento 9 de Húsares, teniente coronel von Helwig. Es preciso señalar que, según deseo del rey Federico Guillermo, la cara sobre la que estaban grabadas la inicial, las hojas de roble y el año debía ser el dorso. Sólo en junio de 1813 decidió el rey que se invirtieran las caras.

El 19 de julio de 1870, el rey Guillermo I remozó la Cruz de Hierro. En el reverso figuraban los distintivos de la Orden de 1813 y en el anverso aparecía, en el centro, una W, y en la parte inferior, la fecha 1870. En el transcurso de la guerra franco-prusiana se concedieron 1300 Cruces de Hierro de 1.ª clase y casi medio millón de 2.ª clase.

La segunda reforma data de 1914. Por vez primera se otorgó la condecoración también a soldados no alemanes. De los 13.400.000 hombres en armas, 218.000 obtuvieron la Cruz de Hierro de 1.ª clase.

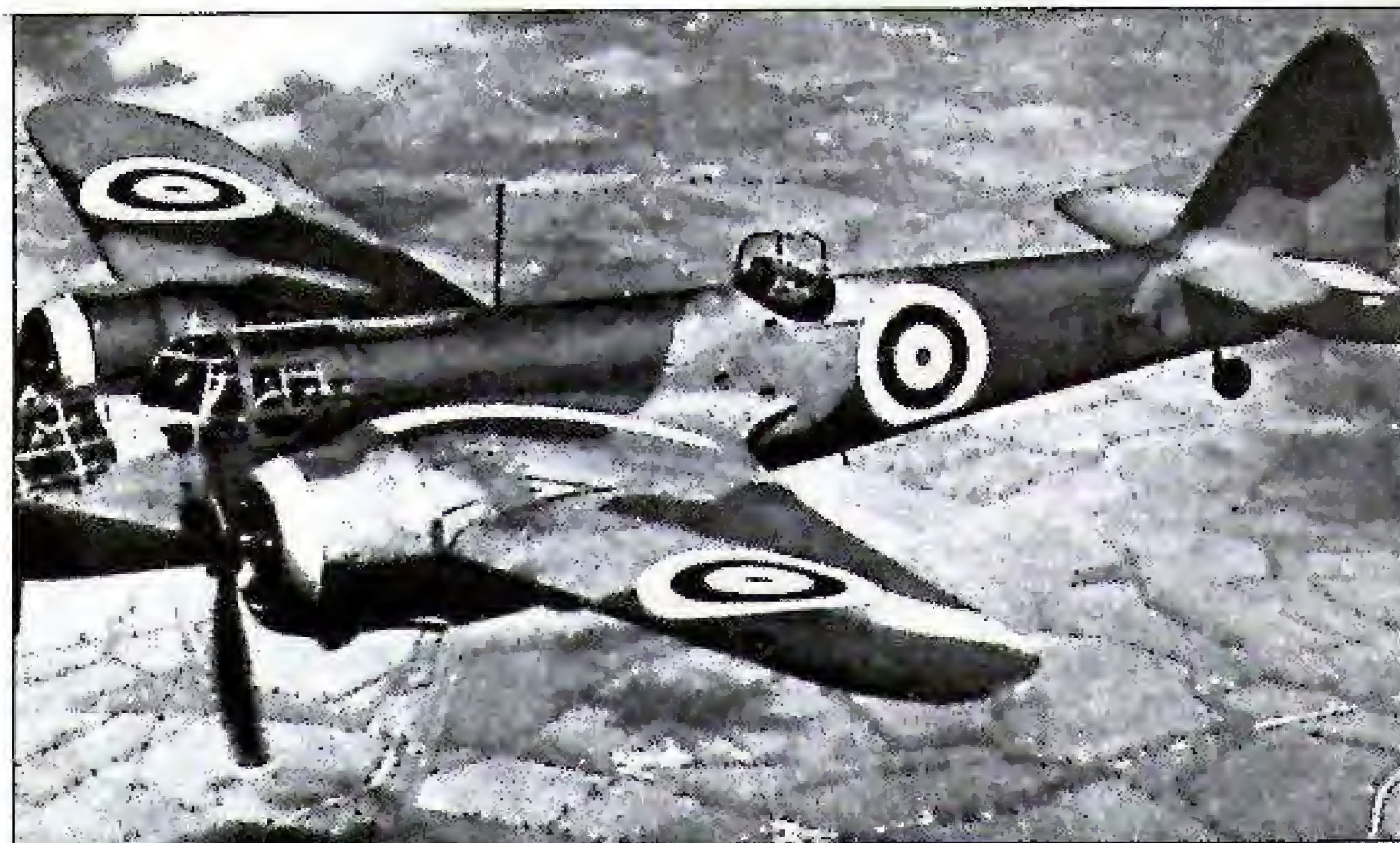
El 1 de septiembre de 1939 el Führer y comandante supremo de la *Wehrmacht* modificó de nuevo la condecoración que hoy en día lucen orgullosos muchos defensores del Reich. Junto a la Cruz de Hierro de 1.ª y 2.ª clase y la Gran Cruz de Hierro, Adolf Hitler ha creado la Cruz de Caballero, que se lleva al cuello, y que no se concede sólo a los oficiales sino también a unidades enteras.

La Cruz de Hierro de 1939. Arriba: Gran Cruz. Centro, a la izquierda: Cruz de Caballero con hojas de roble. Centro, a la derecha: Cruz de Caballero. Abajo, a la izquierda: Pasador de la Cruz de 2.ª clase. Abajo, en el centro: Cruz de 1.ª clase y, sobre ella, su pasador. Abajo, a la derecha: Cruz de Hierro de 2.ª clase.

Al crearse la Cruz de Caballero se instituyeron los siguientes grados: con hojas de roble (3-VI-1940), con espadas, con brillantes (28-IX-1941) y, finalmente, la «Cruz de Caballero con hojas doradas de roble, espadas y brillantes» (29-XII-1944) que, a lo sumo, sólo podría otorgarse doce veces. Durante la segunda Guerra Mundial fueron concedidas 7200 Cruces de Hierro de Caballero; 853 con hojas de roble; 150 con espadas; 27 con brillantes; 1 con hojas doradas de roble (H-U. Rudel) y 1 Gran Cruz (H. Göring).

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

«Blau» («Azul»), nombre en clave de la ofensiva de verano alemana en el Este. El 28-VI-1942 comenzó bajo el nombre «Azul» (rebautizada a partir del 30-VI con el nombre de «Brunswick»), a las 02,15 horas, la ofensiva contra el frente de Briansk (general Golikov). El ataque lo lanzaron desde el territorio de Kursk el Grupo de Ejércitos v. Weichs –el Ejército 2 (general v. Weichs), el Ejército acorazado 4 (general Hoth) y el Ejército 2 húngaro (general Jány)–, con 27 divisiones de Infantería y acorazadas. El 8-VII-1942 había concluido la primera fase de las operaciones. El día 23 ordenó Hitler –directiva n.° 45–, como continuación de la «Operación Brunswick», una incursión similar contra Stalingrado y la región del Cáucaso.

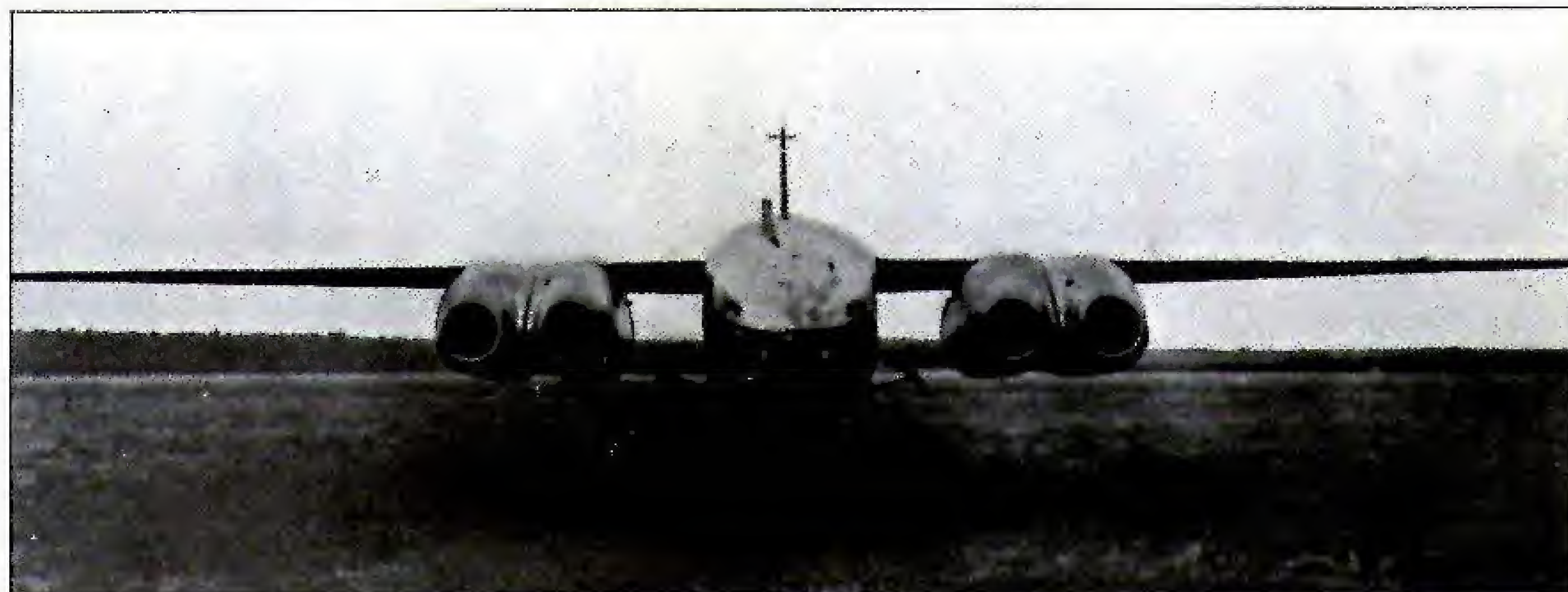


Bombardero «Bristol Blenheim Mk IV L» con la torreta dorsal.

Blenheim, bombardero británico de tipo medio construido por la Bristol. Voló por primera vez en el verano de 1936 y fue considerado por aquel entonces como el bombardero más rápido del mundo. Sin embargo, durante la guerra no correspondió a las esperanzas puestas en él. Hasta 1943 se construyeron 4422 unidades de diversas series. Características de este avión: tripulación: 3 hombres; armamento: ametralladoras fijas en el ala izquierda, cúpula de ametralladores sobre el lomo y otra delante, debajo del morro. Capacidad de carga: 454 kg de bombas; velocidad máxima: 428 km/h; techo: 8300 metros; autonomía: 2350 km.

Blitz (relámpago), denominación incorporada al inglés para designar la ofensiva aérea alemana contra Londres y otras ciudades británicas en la segunda fase (otoño-invierno 1940/41) de la batalla de Inglaterra. La reanudación de los ataques nocturnos de la Luftwaffe en el invierno de 1943/44, ordenada por Hitler como represalia por los bombardeos de la RAF, fue denominada *Baby-Blitz.*

«Blitz», nombre dado al primer bombardero a reacción del mundo, el *Arado Ar 234,* mucho más conocido en su desarrollo posterior como avión bimotor *Ar 234 B-2.* Su capacidad de transporte era de 1000 kilogramos de bombas en carga exterior; velocidad máxima: 760 km/h (a 6000 m); techo: 11.500 m; radio de acción: 1600 km. La versión mejorada, *Ar 234 C,* con cuatro motores a reacción *BMW 003,* alcanzó, en los vuelos de prueba, velocidades de hasta 880 km/h. De este modelo sólo se construyeron, hasta final de la guerra, unos pocos prototipos que entraron en acción en el Oeste (por ejemplo, en la ofensiva de las Ardenas).



«Arado Ar 234 'Blitz'», primer bombardero a reacción del mundo. Versión «C», con cuatro reactores.

Blomberg, Werner von, general *Feldmariscal* (grado alcanzado en abril de 1936), nacido en Stargard el 2-IX-1878 y muerto en Nuremberg el 14-III-1946, en poder de los norteamericanos. En 1927 fue jefe del Departamento de Tropas del Ministerio del Ejército; el 30-I-1933 ministro del Ejército; el 21-V-1935 ministro de la Guerra (III Reich) y comandante supremo de la *Wehrmacht.* El 4-II-1938 fue depuesto de su cargo porque su matrimonio con una prostituta «había ensuciado» el honor de la oficialidad. Después de la guerra fue detenido por las tropas norteamericanas y llevado ante el tribunal de Nuremberg.

Bloqueo, cerco militar de los puertos enemigos establecido por una potencia naval. Según la Convención de Ginebra, el bloqueo ha de ser comunicado a las naciones neutrales y al país afectado. Los barcos que intenten romper el bloqueo pueden ser apresados e incautados. Después del hundimiento por error del buque *Athenia,* el 3-IX-1939, Inglaterra decretó el bloqueo de Alemania y armó sus buques mercantes. Tras una escalada de medidas bélicas, el 17-VIII-1940 las aguas en torno a Inglaterra fueron declaradas «zona de operaciones». Al comenzar la guerra se hallaban fuera de los puertos alemanes 330 mercantes de esta nacionalidad con un tonelaje superior a las 100 toneladas/unidad. 76 de ellos lograron romper el bloqueo, 54 se perdieron (apresados o hundidos voluntariamente) y 200 se refugiaron en puertos neutrales.

Blücher, crucero pesado alemán (14.050 t) puesto en servicio el 20-IX-1939. Eslora: 205,9 m; manga: 21,3 m; velocidad: 32,5 nudos; tripulación: 1600 hombres; armamento: 8 cañones de 203 mm; 12 de 105 mm y 12 tubos lanzatorpedos. Hasta el mes de abril de 1940 sólo estuvo en período de pruebas; el 9-IV-1940 intervino en la ocupación de Noruega. Ese mismo día fue hundido por la Artillería costera noruega y torpederos de esta nacionalidad en el estrecho de Döbrak.

Blumentritt, Günther, general alemán nacido el 10-II-1892 en Munich y fallecido el 12-X-1967. Ingresó en el Ejército en 1911. El 1-XI-1941, general de División; 1-XII-1942, teniente general. El 25-X-1940 jefe del Estado Mayor del Ejército 4; en enero de 1942 forma parte del Estado Mayor del Ejército de Tierra; en octubre de 1944 comandante en jefe del XII Cuerpo de las SS; enero de 1945, comandante en jefe del Ejército 25; marzo de 1945 comandante en jefe del Ejército 1 de Paracaidistas; abril de 1945 comandante en jefe del Ejército Blumentritt.



Ofensiva «Blau», verano del 42.



Fedor von Bock.

Bock, Fedor von, general alemán nacido el 3-XII-1880 en Küstrin y fallecido el 3-V-1945 en Lehnsahn (Schleswig-Holstein).
Ascendido al generalato el 1-II-1929, fue designado comandante en jefe del Grupo de Ejércitos 1 el 10-XI-38; sucesivamente tuvo el mando del Grupo de Ejércitos Norte (26-VIII-1939); Grupo de Ejércitos B (3-X-1939); y Grupo de Ejércitos B, sector septentrional, en la ofensiva occidental (10-V-1940); el 19-VII-1940, general *Feldmariscal*; el 22-VI-1941 se halla al frente del Grupo de Ejércitos Centro en la ofensiva sobre Minsk, Smolensk, Moscú; el 16-I-1942 pasa al mando del Grupo de Ejércitos Sur. El 15-VII-1942 Bock fue considerado responsable del fracaso de la Operación «Brunswick» y se le quitó el mando, sucediéndole el general von Weichs. Bock falleció durante un ataque de la Aviación británica.

«Bodenplatte» (losa), nombre en clave de los ataques aéreos alemanes contra los aeródromos aliados en el Oeste. El 1-I-1945 atacaron, 1035 cazas, cazabombarderos y bombarderos alemanes, los aeródromos del Norte de Francia, Bélgica y Holanda meridional. 439 aparatos aliados fueron destruidos en tierra y en el aire, y se perdieron 277 aviones alemanes de los cuales cerca de dos tercios fueron derribados por la Artillería antiaérea alemana que no había sido informada de la operación.

Boldin, Ivan, general ruso, nacido el 3-VIII-1892 en Vyssoskaiá (Volga) y muerto el 26-III-1965 en Moscú. En junio de 1941, comandante del Grupo de Ejércitos acorazados Boldin; del 22-XI-1941 al mes de febrero de 1945 fue comandante en jefe del Ejército 50 ruso. Después de la guerra desempeñó varios destinos con mando para pasar a partir de 1958 al Ministerio de Defensa.

«Bolero», nombre en clave utilizado por las tropas aliadas para designar el desembarco en el Norte de Francia. El plan correspondiente fue establecido por ingleses y norteamericanos en las conversaciones del 14-IV-1942. Hasta el 1 de abril de 1943 debían concentrarse fuerzas estadounidenses –un millón de hombres– y 18 divisiones británicas para proceder aquel mismo año al desembarco en Francia. El plan de operaciones tuvo que ser modificado (v. «Overlord»).

Bolonia, ciudad italiana, capital de provincia. En 1940 tenía una población de 250.000 almas. Fue escenario de luchas en 1944 al querer el Ejército 5 americano pasar los Apeninos a esta altura y oponérseles el Ejército 14 alemán. El 9-XI-1944, Forli, al Sur de Bolonia fue ocupado por los ingleses. El 19-IV-1945 el Ejército británico logró abrir aquí una brecha hacia el Norte; cinco días después llegaban también los norteamericanos a la llanura del Po.

Bombardeos aéreos, ataques realizados por la Aviación contra las bases de abastecimientos del enemigo. En la segunda Guerra Mundial se llevaron por vez primera los bombardeos aéreos hasta objetivos civiles con el fin de minar la moral del contrario. Después de los ataques alemanes contra objetivos militares en Rotterdam y Varsovia, Churchill ordenó el 17-V-1940 la «guerra estratégica» aérea contra Alemania. Hitler respondió –directiva n.º 17– el 1-VIII-1940 con un recrudecimiento de los ataques aéreos contra Inglaterra. A partir del 7-IX-1940 comenzaron los bombardeos aéreos. Coventry fue destruido en la noche del 14 al 15-XI-1940. Churchill ordenó al comandante en jefe del Mando de Bombarderos de la RAF, mariscal del Aire Sir Arthur T. Harris, que «el objetivo principal» de los ataques había de ser «la moral bélica de la población civil en especial de los trabajadores». La primera consecuencia de esta orden fue el ataque a Lübeck con bombas incendiarias el 28-III-1942; luego se produjo la incursión de los mil bombarderos sobre Colonia en la noche del 31-V-1942 (19.370 viviendas destruidas, 2135 comercios y 106 industrias dañadas; 747 muertos, 5027 heridos). A partir de entonces hubo una escalada constante de este tipo de acciones cuya cúspide se alcanzó con la destrucción de Dresde el 13-II-1945, ataque en el que sucumbieron por lo menos 60.000 personas (otras estadísticas hablan de 245.000). Los aviones aliados arrojaron en total 1,4 millones de t de bombas sobre Alemania, que causaron la muerte a 593.000 personas. En estas acciones la RAF solamente perdió 55.988 tripulantes. Los bombardeos aéreos contra el Japón fueron similares: bombas atómicas sobre Hiroshima (100.000 muertos) y Nagasaki (60.000 muertos). Los ataques contra la población civil se revelaron muy poco eficaces; por el contrario, exacerbaron el deseo de resistencia tanto en Inglaterra como en Alemania.

Bomber Command, alto mando británico de las unidades de bombarderos y principal responsable de los ataques nocturnos contra las ciudades alemanas. Sus comandantes en jefe fueron, los mariscales del Aire sir Edgar R. Ludlow-Hewitt (12-IX-1937), sir Charles F. A. Portal (3-IV-1940), sir Richard E. C. Peirse (5-X-1940), sir Arthur T. Harris (22-II-1942).



Dietrich Bonhoeffer

Bonhoeffer, Dietrich, teólogo evangélico y miembro de la resistencia, nacido el 4-II-1906 en Breslau y muerto el 9-



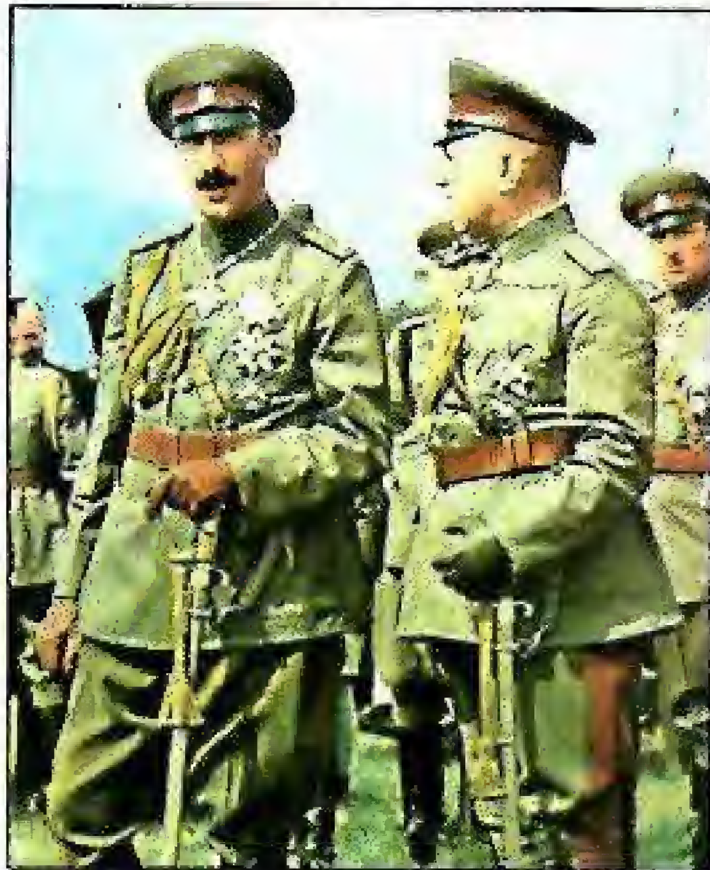
Blitz: bombarderos alemanes han atacado Londres. A la izquierda la catedral de San Pablo.

IV-1945 en el campo de concentración de Flossenburg (ejecutado). En 1935 era director del seminario de predicadores. En 1936 se le retiró el permiso de ejercer la enseñanza; en 1940, el de predicar; en 1941, el de publicación. Sus relaciones con los servicios de espionaje enemigos permitieron en mayo de 1942 que tomara contacto en Suecia con el obispo de Chichester para explorar las condiciones de una eventual capitulación honorable de Alemania. El 5-IV-1943 fue detenido. Un mes antes del final de la guerra se le ejecutó junto con Canaris y Oster.

Bonomi, Ivanoe, político italiano, nacido el 18-X-1873 en Mantua y muerto el 20-IV-1951 en Roma. En 1920 fue ministro de la Guerra; desde julio de 1921 hasta febrero de 1922, Primer Ministro. Su política indecisa contribuyó poderosamente al éxito del fascismo. Desde 1942 participó activamente en la creación del movimiento de la resistencia italiana. Desde la dimisión de Badoglio (9-VI-1944) hasta el 20-VI-1945, Primer Ministro.

Boris III, rey de Bulgaria (desde 1918). Nació el 30-I-1894 en Sofía. Murió el 28-VIII-1943, quizá asesinado. Se reunió con Hitler en el Berghof el 13-I-1941, y mostró serias reservas en relación con su adhesión al pacto de las tres potencias. Sin embargo se incorporó a él el 1-III-1941 y se anexionó una gran parte del norte de Grecia tras la batalla de los Balcanes. A pesar de las presiones de las potencias del Eje, rehusó declarar la guerra a Rusia. Su última entrevista con Hitler tuvo lugar el 15-VIII-1943.

Bór-Komorowski, Tadeusz, general y conde polaco, nacido el 1-VI-1895 en Tremblowo (Galizia oriental). Muerto en Londres el 24-VIII-1966. Comandante de la escuela de la caballería polaca de Graudenz, de 1938 a 1939. Tras la ocupación alemana fundó junto con otros oficiales un movimiento de resistencia «privado» en el sudoeste de Polonia (en este tiempo usó el nombre de «Bór» = bosque). El 30-VI-1943 fue nombrado jefe de los movimientos de liberación integrados en el «Ejército nacional» (Armia Krajowa), hasta el momento de la capitulación en la resistencia de Varsovia, el 2-X-1944. Poco después ingresaba en prisión. Tras la liberación pasó a ocupar el puesto de jefe supremo de todas las fuerzas polacas en el occidente (8-VI-45). Hasta su muerte perteneció al gobierno polaco en el exilio.



Boris III de Bulgaria.



Martin Bormann

Bormann, Martin, jefe de la Cancillería nacionalsocialista. Nacido el 16-VII-1900 en Halberstadt. En 1927 ingresó en el partido nacionalsocialista. En 1933 ascendió a un puesto de mando con Rudolf Hess. Poco antes Hitler le había encomendado la construcción y posterior mantenimiento del Berghof Obersalzberg. El 29-V-1941, jefe de la Cancillería del partido con categoría de ministro. El 12-IV-43, «secretario del *Führer*». El 1-5-45 parece que murió trágicamente cuando se encontraba camino de la casa de Dönitz, en Berlín. En 1946 fue juzgado en Nuremberg, incompareciente, y condenado a muerte. Los rumores sobre una supervivencia de Bormann no se han acallado por el momento. El 11-IV-1973, el tribunal del estado, de Francfort, declaró a Bormann oficialmente muerto.

Borneo, la mayor de las islas del archipiélago malasio. El norte de Borneo fue en un principio británico, mientras el resto estaba encomendado a los holandeses. Tras numerosos desembarcos, desde el 17-XII-1941 a febrero de 1942, fue conquistada la isla por los japoneses. Nueva conquista en varias etapas desde el 1-V-1945 por los australianos (ver «operaciones Oboe I-VI»). El 24-VI-45 la división 9 australiana ocupa los campos petrolíferos de Seria, al norte de Borneo. La guarnición japonesa capitula finalmente el 8 y 9-IX-1945.

Bose, Subhas Chandra, político indio, nacido el 23-I-1897 y fallecido el 18-VIII-1945 en Taipeh en accidente de aviación. 1938-1939, presidente del partido del congreso de la India. Huyó en 1941, antes del estallido de la guerra ruso-alemana, a través de Afganistán y la URSS hasta Alemania. En los comienzos de 1943 se pasa a Japón en un submarino. El 4-VI-43 participa en la proclamación de un Gobierno indio independiente y en la constitución de un Ejército nacional. Las tropas indias tomarán parte el 4-II-44 en la ofensiva japonesa en Birmania Occidental, aunque con poco éxito.

Boulogne, puerto atlántico francés. Contaba en 1940 con unos 80.000 habitantes. Atacado por aviones alemanes el 17-V-1940. Ocupado a finales de mayo por tropas alemanas. El 14 y 15-IX-1940 Boulogne fue atacado por aviones ingleses de la RAF, con el fin de aniquilar la flota de transporte para la Operación «León Marino». Otros ataques aéreos: 7/8-XI-41: 133 aviones de la RAF desarrollan una incursión contra Colonia, Ostende y Boulogne; el 17-IX-44 690 bombarderos británicos arrojan 3400 toneladas de bombas sobre la ciudad. El 23-IX-44 el Ejército 1 canadiense conquista los reductos de Boulogne, que se encontraba en aquellos momentos bajo el mando del teniente general Heim.



Bombardeos aéreos: ciudades destruidas, seres humanos en la miseria son el triste balance de estos absurdos ataques efectuados contra la población civil.

"A remolque de Inglaterra"

La opinión pública alemana estaba ya acostumbrada a comportamientos extraños, Stalin fue primero el miserable bolchevique, después el aliado y amigo. Uno se asombraba, pero poco a poco iba comprendiendo: Hitler había prometido que una guerra en dos frentes nunca más debiera tener lugar.

Ahora bien, el verdadero «enemigo hereditario» era Francia, contra la que se había batallado innumerables veces, y la cual, siendo salvaguarda del Tratado de Versalles, mantenía a Alemania encadenada y procuraba insidiosamente que en el centro de Europa todo continuase mal. ¿Y ahora de repente, debía ser Inglaterra el enemigo? La Inglaterra que los dirigentes nazis habían tratado de «fraterno pueblo germánico» y que Hitler en «Mein Kampf» había calificado de aliado natural: «Si nosotros... buscamos aliados en Europa, solamente hay dos Estados: Inglaterra e Italia».

Y en principio Hitler tenía razón. Su cálculo acerca del remordimiento inglés fue certero. El Tratado de Versalles, sistemáticamente deteriorado con la colaboración de la Inglaterra vencedora, quedó por fin aniquilado. En Chamberlain Hitler encontró al socio que, en pro del «equilibrio europeo», estaba dispuesto a pasar el mal juego a Francia. Pero Hitler cargó demasiado las cartas y se percató de ello el 25 de agosto de 1939, revocando su orden de ataque a Polonia, ya que la dura reacción inglesa le asustó. Una semana más tarde el temor se había disipado; no creyó en la seriedad de la promesa británica. Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania, pero no pasó nada. Hitler aún creía que con la declaración de guerra Chamberlain había cumplido con un deber frente a la opinión pública. Poco a poco, ante los bombardeos ingleses y la no aceptación de sus «proposiciones de paz», se dio cuenta que no había encontrado comprensión. Y, como tantas veces, el amor se convirtió en odio irreconciliable.

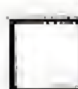
A partir del 3 de septiembre de 1939 consta en las «informaciones confidenciales» para la prensa alemana: «En los reportajes y artículos sobre Francia hay que subrayar que el pueblo francés se ve empujado a la lucha por Inglaterra». Después del ataque alemán del 10 de mayo de 1940 en el Oeste, los ingleses facilitaron a Hitler la tarea de colocar una cuña entre los Aliados. Con satisfacción maliciosa la prensa alemana informó de nuevo: «¡Cuánto perdió Francia en la última guerra y, por el contrario, qué poco había sacrificado Inglaterra!» Se dio orden a la prensa de destacar la figura del Primer Ministro Reynaud «como ejemplo de un político de guerra y apóstol sembrador de discordia, que navega a remolque de Inglaterra». Y cuando el avance alemán cayó como un diluvio sobre Holanda, Bélgica y Francia, la propaganda alemana registró con satisfacción, que el aliado de Francia era el primero en tomar el estandarte de los cobardes: «El reconocimiento aéreo ha revelado que sus columnas (de Inglaterra) se desplazan rápidamente hacia los puertos del Canal». (Instrucciones a la prensa del 20 de mayo de 1940).



«¿Por quién? –pregunta el cartel–, ¿por quién morimos?» y da la respuesta: «¡Por Inglaterra! El viajero alrededor del mundo que ve huellas sangrientas, no necesita buscar al carnicero, ¡es siempre el inglés! Se le encuentra en todas partes donde hay heridas y lágrimas: ¡bárbaro, egoísta y cruel, así es el inglés!»

Entretanto, el 10 de mayo de 1940, Inglaterra tenía un nuevo Premier, Winston Churchill, incansable admonitor del peligro del hitlerismo, que tomaba la misión de salvar a Inglaterra de las hordas teutonas.

¿No era lo más lógico animar a Francia para que ofreciera una resistencia encarnizada? Inglaterra necesitaba tiempo y más tiempo. Eso, no solamente lo advirtió la propaganda alemana, sino que también lo notaron los franceses, que se sintieron engañados. Churchill trató con sumo aprecio a la fuerza aérea inglesa, envió sólo algunos refuerzos al Continente y recomendó a los franceses pedir ayuda a Roosevelt. Mientras tanto se preocupó de que el Cuerpo Expedicionario británico pudiera ser evacuado de la bolsa de Dunkerque. La bolsa debía ser defendida por el Cuerpo de Ejército XVI francés. Cuando Pétain anunció que se quería sondear las condiciones para un armisticio con el Gobierno alemán, expresó lo que el pueblo francés deseaba en su interior. Los golpes bajos de la propaganda alemana habían surtido efecto, el escaso entusiasmo de los dirigentes ingleses logró el resto. No era de extrañar que los comentarios cínicos sobre la participación inglesa en la guerra encontrasen en los franceses oídos abiertos. La frase de un general inglés (inventada por la propaganda alemana) se hizo famosa: «¡Franceses, al frente! ¡Nosotros, los ingleses, nos ocupamos entretanto de las parisienses!» Y a Pétain se le atribuyó esta otra: «Los ingleses combaten hasta el último francés».



La bolsa de Dunkerque

TRIUNFO DE LOS DERROTADOS

Pese a que el general Guderian, con sus carros de combate, hubiera llegado al atardecer del 25 de mayo de 1940 a Dunkerque y Malo-les-Bains, Hitler ordenó la noche anterior detener el avance de las tropas acorazadas alemanas. La historia de la guerra ha sopesado mucho esa decisión enigmática del jefe supremo de la «Wehrmacht». Para la mayor parte de los generales de Hitler la cosa estaba muy clara: consideraban al «Führer» como indeciso o histérico. Jochen R. Klicker narra la historia.



Cerca de Polch, en el Eifel, en las inmediaciones del túnel de ferrocarril de Mayen, se encuentra un tren-salón. La locomotora está preparada para partir, ya que en caso de un ataque aéreo enemigo los vagones deben poder desaparecer rápidamente en el túnel. El huésped principal del tren-salón entiende algo de ataques aéreos. Se llama Hermann Göring, aviador altamente condecorado del Grupo de caza Richthofen, ahora jefe supremo de la *Luftwaffe*. El tren-salón es el cuartel general móvil. Después de examinar Göring, en la mañana del 23 de mayo de 1940, la carpeta con periódicos e informes secretos del servicio de investigación del Reich y los informes del Ejército, que su ayudante le tuvo que entregar durante el desayuno, pide una conferencia con el cuartel general del *Führer* en Münstereifel. En el momento en que su *Führer* está al otro extremo del hilo, le procura convencer con su voz de trompeta: ahora se presenta la misión decisiva de la *Luftwaffe*. Sus pilotos de bombarderos y cazas podrían destrozar a los 400.000 británicos y franceses encerrados entre Zeebrugge, Gravelinas y Denain. El Ejército sólo debería proseguir la ocupación. No convenciendo a Hitler inmediatamente, Göring se torna político y personal: el exterminio decisivo del enemigo debe quedar en manos de la *Luftwaffe* nacionalsocialista, ya que si no el *Führer* y el movimiento nazi perderían prestigio ante los generales prusiano-conservadores del Ejército. Esa frase produce su efecto; se puede contar con Hitler cuando se trata de demostrar la superioridad de la ideología nacionalsocialista y el prestigio de su persona. Entusiasmado, manifiesta su acuerdo con la opinión de Göring aunque el Alto Mando de la *Wehrmacht* se expresa con escepticismo. Jodl anota en su diario, después de esa llamada telefónica: «Él (Göring) está exagerando de nuevo».

Mientras la *Luftwaffe* prepara *su* batalla decisiva, el comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario británico (CEB), Lord Gort, prepara *la suya*. Cuatro días antes había dado órdenes a su mejor estratega, el coronel Lord Bridgeman, para que preparase minuciosos planes de retirada a través del Canal. En la noche del 23 de mayo Lord Gort toma una decisión en solitario: retirada de Arras por las dos únicas carreteras abiertas hacia Dunkerque. Dejar abier-

Sobre esos puentes construidos con camiones y, encima, tablas pasaron las tropas aliadas hacia sus barcos para la evacuación. El gabinete de guerra londinense había decidido que era mejor perder todo el armamento y equipo que al núcleo del ejército profesional británico.

Línea del frente el 25 mayo
Línea del frente el 28 mayo
Línea del frente el 31 mayo

Ostende
Brujas
Nieuport
EJÉRCITO BELGA
PASO DE CALAIS
Furnes
Dixmude
Gante
Dunkerque
Calais
Gravelinas
Bergues
Yser
BELGICA
1.ª Panzer Div.
Panzergruppe v. Kleist (tropas ligeras)
Canal de Aa
Poperinge
Ypres
Courtrai
Escalda
Cassel
Boulogne
St. Omer
Geluwe
Oudenaarde
Comines
Aa
2.ª Panzer Div.
EJERCITO INGLÉS
Armentières
Roubaix
Grup. de Ejérc. B (v. Bock)
6.ª Panzer Div.
Lys
Merville
10.ª Panzer Div.
8.ª Panzer Div.
Lille
Tournai
3.ª Panzer Div.
4.ª Panzer Div.
FRANCIA
EJÉRCITO 1 FRANCÉS
Lens
7.ª Panzer Div.
5.ª Panzer Div.
St. Pol
Douai
Valenciennes
Scarpe
km
0 10 20 30 40
Arras
Grup. de Ejérc. A (Rundstedt)
Dibujo: M. Erichsen



Con gran rapidez, pero no la suficiente, los alemanes resolvieron a su favor la batalla decisiva en Flandes. El arduo intento, al principio sólo con el Grupo de Ejércitos B y la «Luftwaffe», de tomar la bolsa de Dunkerque, costó demasiado tiempo. El nuevo ataque de los carros del Grupo de Ejércitos A, el 26 de mayo, también llegó muy tarde para evitar las medidas de evacuación de los Aliados (mapa superior). La foto de la izquierda muestra el campamento aliado en la playa de Dunkerque: soldados franceses e ingleses esperan ser evacuados bajo los ataques ininterrumpidos de la «Luftwaffe» alemana. La fina arena de las dunas les protege del efecto de la metralla de las bombas y granadas. En un terreno rocoso su situación habría sido insostenible.

tos corredores de todos los otros frentes para poder reunir a las tropas en las costas del Canal entre Nieuport y Dunkerque. Poner a disposición todos los barcos posibles para poder evacuar a los 400.000 soldados británicos y aliados del puerto de Dunkerque y de las playas al este de la ciudad.
Lord Gort sabe que se está arriesgando en un juego muy peligroso. Su operación «Dynamo» –tal es el nombre bajo el cual se encubre la empresa de la evacuación– sólo puede triunfar si se cumplen cinco premisas:

- En la parte oeste del frente (Calais) las tropas expedicionarias británicas deben retener tanto como sea posible a las fuerzas alemanas, más poderosas.
- Por el sur (Arras y Lille) el Ejército 1 francés al mando del general Prioux debe mantener cerrada la bolsa alrededor de Dunkerque.
- En el este, el Ejército belga (sobre todo con sus tropas selectas de *Chasseurs Ardennais*) debe hincar sus garras en cada centímetro cuadrado de suelo belga, ante el ataque del Grupo de Ejércitos B alemán.
- La Aviación británica (RAF) debe evitar que los aviones de guerra alemanes bombardeen en el Canal a la flota de evacuación.
- Los gabinetes de Londres y París deben permitir que, en caso necesario, la huida a través del Canal se realice dejando armas, vehículos y pertrechos.

Charleville, 24 de mayo de 1940, 11,30 horas. En el cuartel general del Grupo de Ejércitos A se cierran tras Hitler y Rundstedt las puertas de la sala de conferencias. El *Führer* tiene aún en sus oídos las palabras que Göring le dijera el día anterior. Rundstedt hace un balance de los combates y añade que se aproxima una gran victoria. Pero en el mismo instante formula una proposición que está en contra del concepto existente. Estaba previsto que las rápidas tropas móviles acorazadas del Grupo de Ejércitos A, como un martillo sobre el yunque que debía representar el Grupo de Ejércitos B, destrozasen a las tropas aliadas comprendidas entre ellos. Rundstedt propone trocar los papeles: las tropas rápidas deben detenerse en la línea Lens-Béthune-Aire-St. Omer-Gravelinas, para así ser el yunque del martillazo del Grupo de Ejércitos B. Rundstedt justifica su reflexión de dos maneras. Por un lado el 50% de las tropas blindadas han sufrido daños, por el otro la *Luftwaffe* puede entrar mejor en acción coordinada con la infantería más lenta. Hitler se entusiasma; sus propios pensamientos están de acuerdo con las ideas e intenciones de su general. Al igual que Rundstedt, el *Führer* también se hallaba preocupado por la segunda fase de la campaña de Francia ya inmediata. Y como Rundstedt deseaba proteger a las tropas blindadas. Por lo demás, se creía que el problema de la bolsa de Dunkerque en su fase más importante estaba ya solucionado. El resto lo podía resolver la infantería del Grupo de Ejércitos B con la *Luftwaffe* nacionalsocialista de Göring.
Una hora después del comienzo de las conversaciones para examinar la situación, parte del cuartel general de Charleville una comunicación telefónica del *Führer* ordenando no rebasar la llamada línea del Canal Lens-Gravelinas. El general de las tropas acorazadas von Kleist manda detener los motores. La tripulación de los carros puede dormir. Los mecánicos empiezan a reparar el material dañado.
De regreso a su cuartel general en Münstereifel el *Führer* firma la misma noche la Directiva n.° 13, en la cual ordena claramente al Ejército y a la Aviación aniquilar al enemigo en la bolsa. Con ello Hitler había logrado tanto su meta estratégica como política. Al mismo tiempo eso significaba para Lord Gort y sus aliados una ventaja decisiva para la evacuación a través del Canal.

Una leyenda de la posguerra

Sobre esa decisión de Hitler se ha reflexionado mucho después de 1945. Tanto generales como historiadores, han interpretado la orden de «alto» de Hitler como un gesto caballeresco, para ofrecer sobre todo a Churchill un puente de plata para transigir, quizás hasta para acordar un tratado de paz. Pero en estas conjeturas no hay nada cierto. Todos los documentos que hoy tenemos a disposición sólo demuestran lo siguiente:

- Hitler quería en mayo/junio de 1940 aniquilar totalmente a las tropas belgas, francesas e inglesas que se encontraban a su merced. El objetivo principal eran las tropas expedicionarias británicas que contaban en su mayoría con elementos profesionales bien entrenados.
- La próxima meta de Hitler era una guerra económica de gran alcance contra el Reino Unido. «La posibilidad de un desembarco en Inglaterra se pensó una vez finalizada la campaña» (Hans-Adolf Jacobsen).
- Junto con una parte de su Estado Mayor, Hitler exageraba las dificultades estratégicas de las operaciones militares inminentes en Francia así como los obstáculos tácticos con que se encontrarían sus tropas acorazadas que podrían capitular ante la pantanosa región de los Países Bajos.
- Juntamente con Göring, Hitler se equivocó tanto en lo referente a la potencia combativa de la fuerza aérea británica, como en las dependencias climatológicas de los aviones de combate alemanes.

Todo eso lo confirmó el escrito de Halder, jefe del Estado Mayor, en la mañana del 25 de mayo de 1940: «El día comienza de nuevo con discusiones desagradables entre Brauchitsch y el *Führer* sobre la continuación de la batalla de embolsamiento. Yo había planeado la batalla de tal manera que el Grupo de Ejércitos A se lanzase al ataque frontal contra un enemigo en retirada, cayendo sobre su retaguardia, y esto debía significar la decisión. El medio para conseguirlo eran las tropas rápidas. Y ahora el mando político cree poder presentar la batalla decisiva no en Flandes sino en el Norte de Francia. Para arropar esa decisión política se dice que el terreno de Flandes, con sus numerosas vías fluviales, no es apropiado para los carros de combate. Por lo cual los carros y las otras tropas rápidas deben frenar su avance. Así se realiza un cambio total... Ya que el Grupo de Ejércitos B se encuentra ante un frente firme, la operación costará mucha sangre y mucho tiempo, pues la *Luftwaffe* en la que se confía depende de la situación atmosférica. De esta interpretación distinta surge un tira y afloja, que agota los nervios mucho más que todas las tareas de mando. Pero a pesar de todo ganaremos la batalla».

«Mucho tiempo» no costó, en esto se equivocaba Halder, pero, en el resto, el jefe del Estado Mayor tuvo razón. El Grupo de Ejércitos B no adelantó en la manera prevista –ni en el frente belga al norte, ni al sur en Lille–. Los alemanes sólo habían logrado sobrepasar en la parte central la zona de Courtrai. El 26 de mayo, al igual que todos los días, se comunicaron por teléfono dos oficiales, que desde hacía años eran amigos y hasta parientes: uno, el ayudante en jefe del *Führer*, coronel Schdmundt; el otro el teniente coronel von Tresckow, del Grupo de Ejércitos A en Charleville. Violando las ordenanzas hablan cada día por teléfono para informarse mutuamente. También en esa fecha. Von Tresckow explica que las fuerzas blindadas quieren entrar de nuevo en combate, ya que sus heridas han sido sanadas y los daños reparados. Schmundt lo comprende y promete intervenir ante el *Führer*, para que dé libertad de movimiento al Grupo de von Kleist hacia el este.

Entretanto Hitler sabe, asimismo, que el Grupo de Ejércitos B sólo realiza pequeños progresos en su avance. Además, sobre su mesa se encuentran

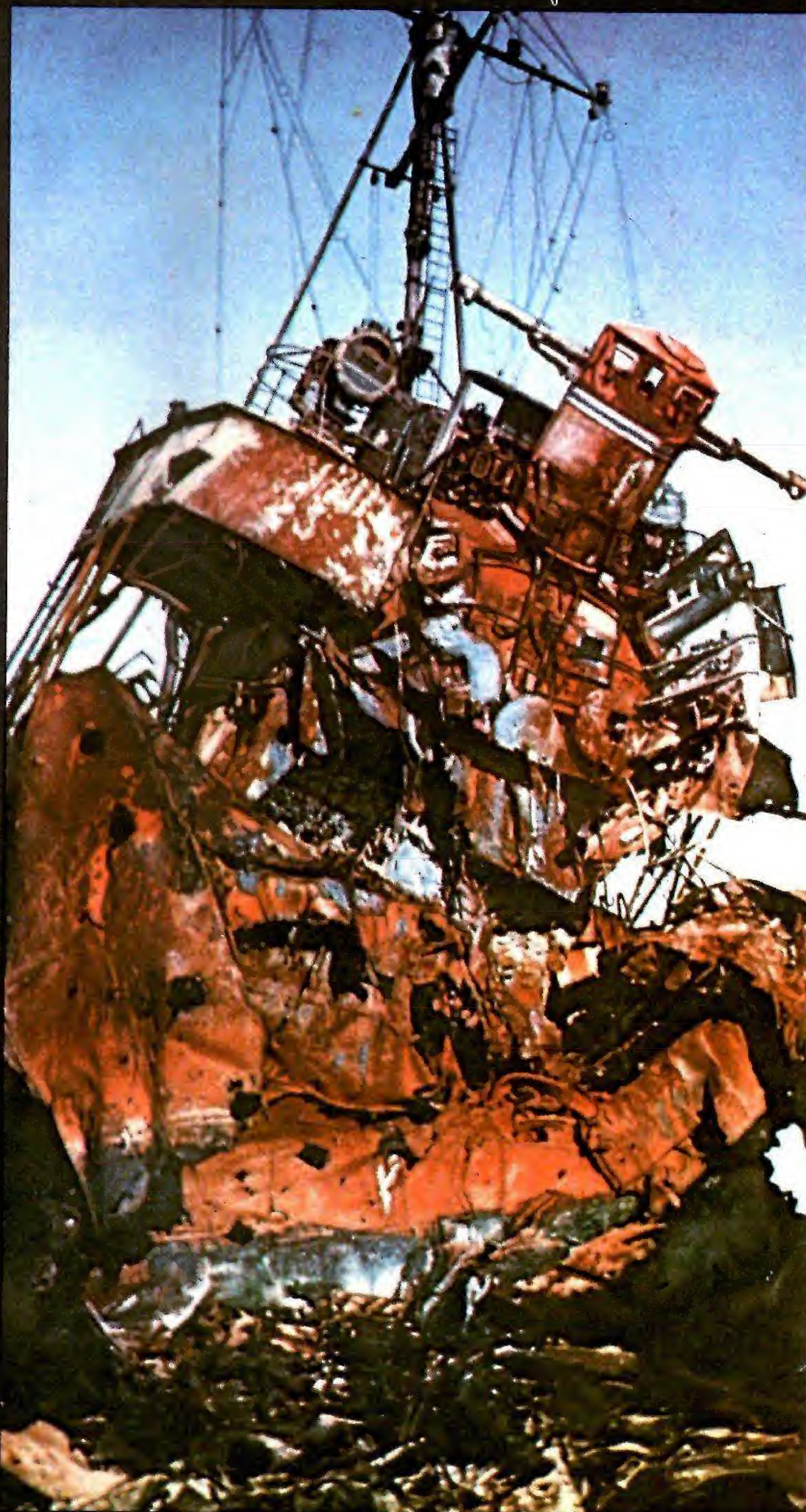
(Continúa en la página 328)

Elegía en la playa de Dunkerque

El 29 de mayo de 1940 la «Luftwaffe» bombardeó Dunkerque. Un corresponsal de guerra nacionalsocialista comenta los ataques de los «Stukas» y cazas del mismo modo que otras gentes escriben versos – Ejemplo de interpretación artística en la cual no importa lo que ocurre, siempre y cuando tenga «grandeza» y se pueda presentar como «grandioso».

El tronar de varios cientos de aviones sonaba sobre el agua. Los antiaéreos disparaban sin interrupción. Siempre que los «Stukas» y aviones alemanes de combate se lanzaban en picado sobre los barcos, procuraban los cazas ingleses aparecer entre ellos. Se desarrollaba una batalla en las alturas dividida en varias zonas. Los cazas giraban sobre las nubes y en el calor de la lucha no pocas veces eran apartados del cielo de Dunkerque. Tanto desde Flandes como de Inglaterra se observó el desarrollo de la batalla. Cazas convertidos en antorchas de fuego caían al mar, mientras otros, perseguidos por banderas de fuego y humo, volaban sin rumbo al igual que águilas heridas.

Escenas como ningún visionario en tiempos pasados pudo soñar, se desarrollaban aquí. Del cielo caían figuras gesticulantes, que habían saltado de aviones en llamas. Huyeron del fuego y murieron en el agua. Otros se precipitaban en el mar con sus inflamados paracaídas de un blanco brillante, y semejaban manojos de hongos bamboleantes. Del agua cubierta de aceite emergieron rápidamente incontables cabezas de hombres, que habían caído del cielo y de los barcos. Embarcaciones envueltas en llamas alumbraban este escenario hasta que no quedaba







nada de ellas fuera del círculo espumoso, que al mismo tiempo engullía hacia las profundidades a todos aquellos que creían poder salvarse gracias a sus condiciones de nadadores.

Oscuros frutos, como si colgasen en racimos, semejaban los hombres sobre los maderos flotantes. Botes salvavidas navegaban con la quilla hacia arriba. Con bogadas sin sentido los náufragos procuraban en otros botes escapar al hundimiento. Pero los botes, al igual que cáscaras de nueces sobre olas manchadas de aceite, chocaban entre sí y escupían a sus tripulantes cual peces temblorosos al mar, que se iba recubriendo cada vez más y más de una capa de suciedad. Cuerpos sin vida eran zarandeados arriba y abajo. Y, a pesar de todo, el mar brilló al anochecer como un hermoso mosaico policromado.

Hasta que la oscuridad de la noche cerró bondadosamente el telón ante el drama más terrible que la humanidad había vivido.

Una gran parte del Cuerpo Expedicionario británico, que durante la huida y en el suelo de Flandes ya había perdido equipo, valor y moral, perdió lo único que le quedaba: la vida. Y las llamas del incendio de Dunkerque, que se avivaban con el viento, brillando sobre el mar, mantuvieron la capilla ardiente.

Eso fue lo que los ingleses llamaron la gloriosa retirada...

Desde aquellos días, Dunkerque representa para los ingleses un recuerdo espantoso. Y, verdaderamente, quien semanas después de la batalla estuvo en la playa de Dunkerque, pudo ver el destino de Inglaterra ante sus ojos.

¡Qué escenario! El fragor de la batalla había cedido a un silencio opresivo. Oscuras se levantaban las nubes desde el mar para cabalgar sobre las olas. Del agua surgían los mástiles de los barcos hundidos, cual extrañas copas de árboles de un sumergido bosque. Durante un tiempo se podían ver aún las pasarelas salvadoras, hechas de camiones y tablas, que no trajeron la salvación. El mar las está devorando y a trozos volvieron los ingleses llevados por las monótonas olas de la costa: los muertos visitan el lugar donde lucharon.

Su sórdido lamento llena la playa.

Ellos levantan acusación contra un británico de nombre Churchill, que ha sacrificado a la flor de la juventud de su nación.

El 4 de junio de 1940 finalizó la Operación «Dynamo», la evacuación de las tropas inglesas y francesas cercadas en Dunkerque. Tropas alemanas entran en la ciudad totalmente bombardeada (foto superior). A lo largo de varios kilómetros, la plaza estaba cubierta de material bélico destruido. De las aguas surgían restos de navíos (foto de la izquierda). Hitler, en una «proclamación al pueblo alemán», calificó a Dunkerque como el final victorioso de la mayor batalla de todos los tiempos. Churchill dijo en la Cámara de los Comunes: «La historia de la playa de Dunkerque, destacará sobre todas las historias que hablen de nuestro tiempo».

Del libro «Infierno sobre Francia. Nuestros escuadrones al ataque» 1940.



informes asegurando que seis grandes transportes han zarpado de Dunkerque y que su Aviación tiene dificultades con el avituallamiento y con las grandes distancias entre los aeródromos y los lugares de combate. A las 13,30, Hitler manda llamar a Brauchitsch. Una hora más tarde éste hace saber resplandeciente a sus oficiales que los carros pueden continuar el ataque. La evacuación del enemigo debe ser frenada inmediatamente. Pero, una vez más, transcurren 16 horas hasta que a la altura de Cassel los motores empiezan a roncar y las cadenas a moverse. Es el plazo necesario para que las órdenes se coordinen, se fijen los puntos de ataque y los soldados y columnas estén dispuestos.

Al mismo tiempo se discute en Londres la peligrosa situación de los Aliados. Los alemanes han rebasado Courtrai. Las informaciones sobre la situación en la bolsa son incompletas. La coordinación de las medidas entre los cuarteles generales de belgas, ingleses y franceses es bastante deficiente. Y el comandante en jefe de los franceses, general Weygand, no da la orden de atacar para unir a sus dos Ejércitos Norte y Sur.

Apremiado por la necesidad de la situación, Churchill decide: ¡Hay que evacuar ahora! El 26 de mayo, a las 18,57 horas, el Almirantazgo inglés emite la orden: «La operación 'Dynamo' debe comenzar». La suerte estaba echada.

Del lado inglés ha sonado la hora del vicealmirante sir Bertram Ramsay en Dover y del teniente general sir Douglas Brownrigg, ayudante en jefe y uno de los mejores organizadores en el cuartel general del CEB. Ramsay confisca todo lo que puede navegar, transbordadores del Canal, buques de pasajeros del mar irlandés, barcos costeros y de pesca, yates particulares y gabarras del Támesis, en total 850 barcos de pasajeros y carga. A éstos hay que añadir 136 barcos de la Marina de guerra, desde cruceros armados con antiaéreos hasta buques de abordaje con armamento.

Otra vez, como tantas en esta campaña, se informa demasiado tarde a los franceses. Cuando se enteran de que la Operación «Dynamo» ha comenzado, consiguen reunir 300 embarcaciones de sus puertos del Atlántico, desde destructores hasta *cutters*. El Premier Winston Churchill concede un gran valor a esa intervención francesa, ya que es partidario de transportar al mayor número posible de franceses a través del Canal.

Entretanto, el teniente general Brownrigg, y el jefe del Grupo de Ejércitos I francés, general Blanchard, confeccionan un horario minucioso. La decisión más difícil de los dos hombres es: ¿Quién debe ser evacuado y quién debe cubrir la retaguardia a orillas del Lys, del Iser y del canal de Colme? Para el general francés la decisión resulta muy amarga. Aunque el británico vuelve a prometer que pondrá a salvo a sus aliados franceses, subsiste una dura realidad: las últimas tropas de defensa de la bolsa de Dunkerque, serán las del Cuerpo de Ejército XVI francés. El 30 de mayo se encuentran a salvo 120.000 hombres, pero sólo algo más de 8.000 franceses. El 31 de mayo se evacua a otros 70.000 soldados, los franceses son ahora ya 35.000. Al amanecer del 4 de junio, cuando el último barco aliado deja tras de sí la playa de Malo-les-Bains, sembrada de cadáveres y material destruido, el vicealmirante Ramsay ha puesto a salvo a 338.662 oficiales, suboficiales y tropa, entre ellos a 123.095 franceses. Los restantes 40.000 soldados franceses, con su general Fagalde, serán hechos prisioneros por los alemanes.

Al principio los alemanes luchan con grandes dificultades para desplazar sus aeródromos hacia el noroeste. El avituallamiento funciona mal. Los *Ju* de transporte no pueden trasladar suficiente combustible y municiones desde el Reich y las columnas terrestres de transporte siempre quedan detenidas en carreteras embotelladas.

Finalmente, el 27 de mayo se logra trasladar directamente detrás del frente a las primeras formaciones de *Stukas* y escuadrones de cazas, pero son muy pocos aviones. Los cazas ingleses dominan el espacio aéreo de Dunkerque. Por primera vez los ingleses mandan una nueva arma a la lucha: el caza *Spitfire, Mark II A,* que iguala al *Me 109 E* alemán.

Los ataques concentrados son escasos y los bombarderos pesados del tipo *He 111* en principio no pueden intervenir, todavía están en la retaguardia, en el Reich. Por eso el número de bombas que los alemanes lanzan en la bolsa de Dunkerque, queda muy por debajo de lo que Hitler esperaba y Göring había prometido.

El 28 de mayo el tiempo continúa empeorando. Nubes bajas mezcladas con el espeso humo de depósitos de petróleo en llamas, crean un tupido velo infranqueable sobre la ciudad y alrededores. Los bombarderos no encuentran sus objetivos.

Por fin el 29 de mayo, hacia el mediodía, se abren las nubes. Inmediatamente atacan las escuadras de *Stukas*. Con su estruendoso ulular de sirenas, se lanzan en picado en medio de las tropas a punto de ser embarcadas. Los soldados son presa del pánico. Varios barcos resultan incendiados. Parece que no hay escapatoria posible.



Pescados: soldados ingleses de un transporte hundido suben por la escalerilla de un buque de escolta.

A las 15,32 vuelan «los bombarderos milagrosos» del tipo *Ju 88*. Vienen de Holanda. Los bimotores hunden tres destructores británicos. Mas para el vicealmirante Ramsay es mucho más dura la pérdida de cinco grandes transbordadores.

Una vez más el tiempo está con los Aliados. Empeora durante dos días y cuando vuelve a aclarar y los alemanes pueden reemprender sus ataques resulta una gran desventaja el que el efecto de las bombas sobre las maniobras de la operación de embarque entre las playas de La Panne y Mardyck, se ve reducido sensiblemente por la blanda arena.

El 4 de junio, a las 9,40, el Cuerpo de Ejército X del Ejército 18 pudo notificar que Dunkerque había sido tomado. Nueve días había durado el arduo forcejeo. Cuando aquella mañana Churchill se presentó en los Comunes, los diputados se levantaron de sus asientos para celebrar el triunfo de los derrotados. Pero Churchill acabó enseguida con la euforia: las guerras no se ganan con evacuaciones. Adolf Hitler, que creyó haber ganado una gran batalla en las arenas de Dunkerque, dejó que en el Reich sonaran las campanas durante tres días. □



El primer soldado que obtuvo la Cruz de Caballero

Al cabo Hubert Brinkforth, hijo de un campesino de Westfalia, le ha sido concedida por el «Führer» la Cruz de Caballero de la Orden de la Cruz de Hierro.*
El 27 de mayo de 1940, durante la defensa de Abbeville, hizo fracasar desde un punto avanzado, siendo ajustador de tiro de un cañón contracarro, el ataque de una poderosa formación de carros de combate británicos. En veinte minutos destruyó once carros, que a pesar del intenso fuego había dejado acercar hasta unos cien metros antes de disparar.

(Textos y foto extraídos de la revista NS «Signal»)

** Hubert Brinkforth cayó el 5-VI-1942 siendo suboficial*

Aunque las batallas de la guerra tecnológica moderna, seguramente ya no son tales en el sentido estricto, hubo en ellas también buenas pruebas de humanismo.

En Lille: desfilan los franceses

El 28 de mayo de 1940, tal como se esperaba, los alemanes aumentan su presión sobre Lille. A las 13,30 horas cae la ciudadela y con ella el centro de la ciudad. Pero en el suburbio de Haubourdin, extensamente poblado, los franceses se defienden con loable tenacidad.

Los alemanes procuran que los franceses se rindan. Sobre todo quieren dejar bien claro que una continuación de la lucha, además de inútil, costará muchas vidas entre la población civil.

En la mañana del 30 de mayo llegan dos oficiales para informarse de las condiciones de rendición, pero los hombres no hablan en nombre de su comandante. Se les despide con el ruego de que logren convencer a su superior de la necesidad de una pronta capitulación.

Al mediodía regresan los franceses: su comandante se niega y además se siente furioso de que sus oficiales pretendan negociar la capitulación. Por casualidad se encuentra en ese momento en el puesto de mando avanzado de la división, el comandante en jefe del Ejército 6, von Reichenau. El comandante tiene un informe para el jefe francés. Los parlamentarios deben llevar el mensaje de Reichenau al general galo.

El comandante alemán le ofrece la oportunidad de no manchar con sangre inocente su nombre y su honor de oficial. Toda resistencia en Haubourdin carece de sentido. En dos horas deben despegar los «Stukas» para bombardear las posiciones francesas, hasta que estén maduras para el asalto. Por motivos tácticos no tiene ninguna posibilidad de retrasar por más tiempo el ataque.

Un oficial alemán transporta a los franceses en un vehículo con la bandera blanca de regreso a las líneas francesas. El vehículo es atacado con saña por los franceses, pero al tercer intento logra su propósito.

Los alemanes saben que no va a ser nada fácil tomar Haubourdin. Principalmente lo defienden tropas marroquíes y de ellas se sabe que luchan hasta el final, si es necesario, con la bayoneta.

Los alemanes dudan si los franceses volverán, pero después de una hora regresa uno de ellos y comunica que su general está dispuesto finalmente a negociar la capitulación.

El francés pide la capitulación en condiciones honrosas que el comandante en jefe alemán promete.

El francés desea la libre retirada de sus tropas con todas las armas. Eso, naturalmente, no lo pueden aceptar los alemanes. Pero éstos quieren reconocer el valor de los defensores de Lille. Están de acuerdo en que un batallón francés de Infantería, desfile armado ante una compañía de honor alemana. Las otras unidades, desarmadas, deben seguir al batallón.

Al anochecer del 31 de mayo la capitulación entra en vigor.

Al día siguiente, a las 10 de la mañana, se celebra la parada en la plaza del mercado de Lille. Una compañía de honor alemana se encuentra formada con vista a la izquierda, cuando el batallón francés armado desfila ante ella. Un general alemán y el general francés Molinié, cuyas tropas desfilan aquí, saludan la parada con la mano en la visera. Cientos de espectadores asombrados siguen desde las aceras el extraño espectáculo, que muestra a franceses y alemanes en pacífica unión.

En Malo-les-Bains: una mujer al timón

Hasta la primavera de 1940 vivían en Dunkerque y sus alrededores 300.000 personas. Al cerrarse el cerco quedaron algo menos de 8000 personas de la población civil. Ayudaron donde fue necesario y salvaron lo que pudieron. Por ejemplo, Madame N. Su marido e hijos estaban en el frente o habían desaparecido en la clandestinidad –para ser de los primeros que prepararon una resistencia organizada.

Madame N. vivía sola en su lindo hotel no lejos de la playa de Malo-les-Bains. Los empleados habían desaparecido. Madame N. no tenía miedo. Cuando el fuego era menos intenso, paseaba por las dunas y a lo largo del mar, donde miles de soldados británicos y franceses esperaban el momento para ser embarcados.

Cada día Madame N. veía lo mismo. La mayoría de los británicos subía a bordo de los transbordadores y destructores, pero la mayor parte de los franceses se quedaban en tierra. Noche tras noche vivía la desesperación en que se sumían los soldados franceses. «Primero hemos perdido una gran batalla y ahora nuestros aliados nos dejan abandonados».

En su restaurante los pescadores solían tomar algunos tragos si habían vendido bien la pesca del día...

Madame N. tomó su bicicleta y empezó a buscar en los pueblos destruidos de los alrededores y por las calles de Malo-les-Bains, pescadores y patronos que como ella se habían quedado allí.

Cuando al amanecer del día siguiente las unidades británicas anclaron ante la costa, unos individuos en trajes impregnados empujaron dos motoras y cuatro barcas de pesca al agua.

Todavía medio dormidos aparecieron 30 soldados franceses de «L'Hotel Moderne» y corrieron hacia los botes. El timón de un yate lo tomó Madame N. Su meta era alcanzar con esos soldados el vapor de recreo británico «Shamrock».

El marinero Allen Barrell miró extrañado hacia la pequeña flota que se acercaba. 80 personas podía transportar en su barquito, que normalmente navegaba por el Támesis, y en aquel momento ya tenía a bordo 70 soldados ingleses, muertos de hambre y medio ahogados.

Las seis embarcaciones de Madame N. atracaron a su lado.

Madame N. empezó a gritar en un inglés malo, pero inequívoco. Era una vergüenza que los ingleses solamente pensasen en salvar la propia piel. Allen Barrell hizo subir a los franceses a bordo. Algo parecido ocurrió hora tras hora, y cuando las dos motoras se quedaron sin combustible continuaron las embarcaciones de pesca solas. Ahora había que remar y era precisamente la voz de Madame N. la que marcaba el ritmo.

Cuando los alemanes ocuparon el norte de Francia, dos ayudantes de Madame N. fueron delatados y ajusticiados en Lille. Madame N. tuvo que reabrir su hotel y albergar a la Gestapo. □



SE QUEDO ALLI...

...cuando sus compatriotas abandonaron la bolsa infernal de Dunkerque. Él, el fotógrafo J. Losfeld, de Malo-les-Bains. Al entrar los soldados alemanes y ver que les fotografiaba, le quitaron la película de la máquina, pero aproximadamente 100 fotos de su documentación de una ciudad muerta han quedado para la posteridad.



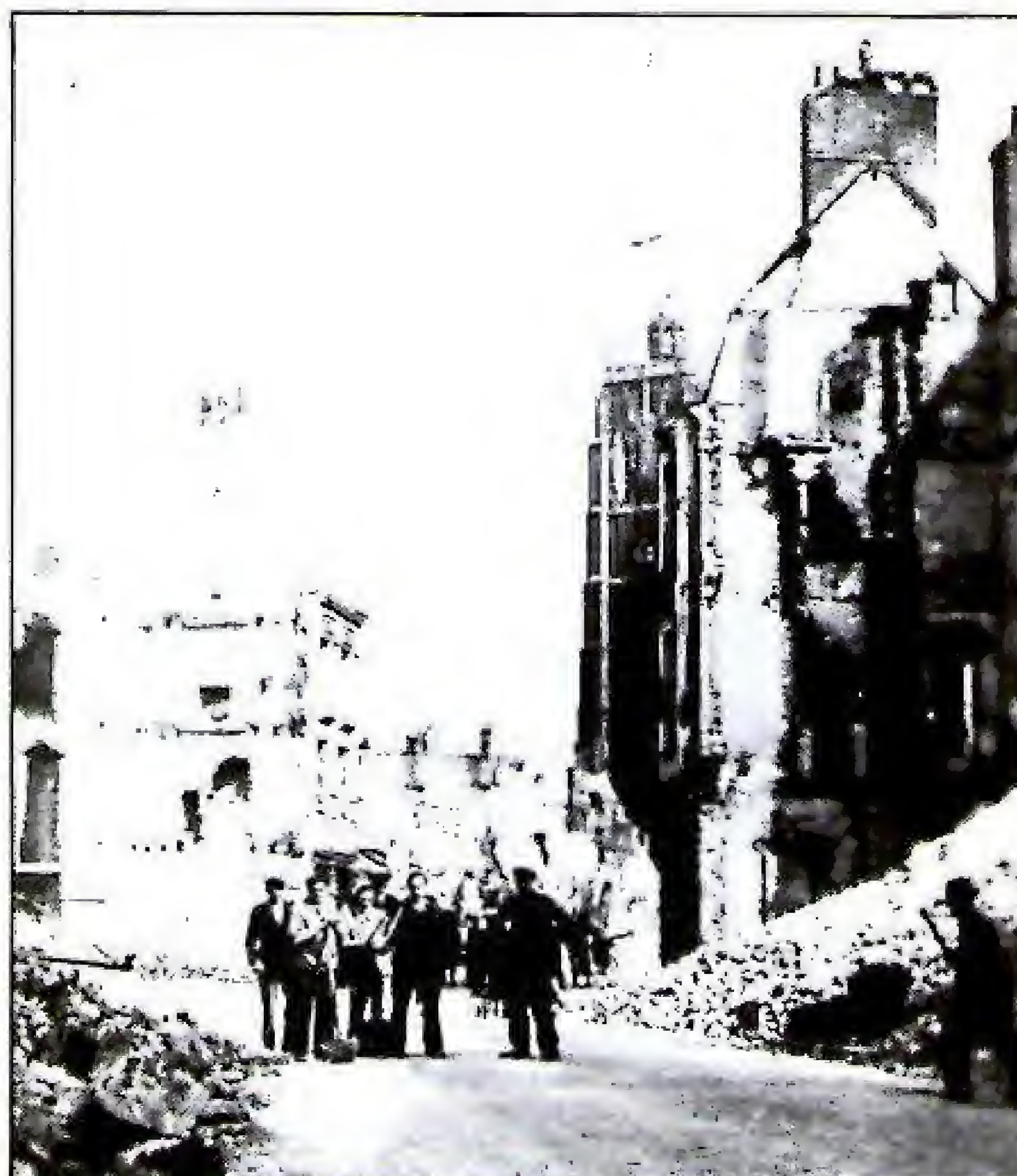
La calle Clemenceau con el campanario y la iglesia de San Eloy 1940... y 1974 (arriba).



Tropas alemanas en el barrio de la estación en llamas.



Los restos de un destructor francés en la playa de Malo.



La reconstrucción empieza en la plaza Jean Bart.



Soldados franceses extenuados esperan la señal para la evacuación.



El paseo de la playa de Malo-les-Bains, pesadilla de una mañana de verano.

La señora Wasel ofrece café a los alemanes



Más de 10.000 habitantes de Dunkerque abandonaron la bolsa. De los que no pudieron salir a tiempo, murieron más de 1000 entre las ruinas. Edmond Perron y su familia sobrevivieron a la batalla en la finca del campesino Wasel. Del diario que escribió Perron por aquellas fechas han sido extraídos los siguientes pasajes.

Nuestro anfitrión, Monsieur Wasel, hace de guía de reconocimiento. De nuevo ha estado fuera con los soldados, que a la entrada de la finca disparan hacia el sur. ¡Son las 3 de la tarde! Tranquilamente viene hacia nosotros y dice:
«Si no habéis visto nunca a alemanes... ¡Ahí están!...»
¡Una frase que no olvidaré en toda mi vida! De repente se ha hecho el silencio, todos nosotros estamos aturdidos. Nos damos ánimos mutuamente y miramos con sigilo hacia el exterior: sobre el campo uniformes verdes; se tiran al suelo, se levantan de nuevo, se acercan, se quedan tendidos. En los surcos hay hombres. ¡Parecen liebres! Ahora están muy cerca de nuestra finca y avanzan cuerpo a tierra hacia la izquierda, ya que no desean utilizar el camino directo a través del amplio foso con agua, que rodea más de la mitad de la posesión. El momento hiela la sangre, aunque exteriormente permanezca tranquilo. Madame Bass quiere ocultar a su hijo de 16 años...
Los soldados han desaparecido, han pasado de largo y continúan avanzando hacia Coudekerque. El tableteo de los disparos de las ametralladoras se aleja más y más. A continuación, silencio. Hago lo posible por valorar la situación y anoto:
«¡Siempre nos acordaremos del día 3, a las 3 de la tarde».
Nuevo susto, que esta vez nos incumbe directamente. Por la derecha, sobre el pequeño puente que cruza el foso a unos 500 m, se acercan dos oficiales hacia la finca. Pronto se hallan muy cerca, revólver en mano. Rápidamente deliberamos, nuestra decisión es clara. Ruego a todos quedarse en la finca y pido a Monsieur Wasel que me acompañe. Salimos y nos cruzamos en el camino de los dos visitantes. Aproximadamente a unos diez metros de ambos nos detenemos y les saludo en alemán. Uno de los dos oficiales, un gigante moreno, continúa aún unos pasos, hace alto ante mí y me pregunta si hay ingleses. Lo niego, pero me sigue amenazando, al parecer está muy ávido de ingleses. Le contesto que ya sólo se encuentran en Dunkerque. Lógicamente no le digo que han estado viviendo aquí durante varios días. No añado nada más. Él por su parte, cede.
Su camarada se agrega al grupo y coloca su revólver a nuestras espaldas; nos invitan a batir los alrededores. Les vuelvo a asegurar que en ninguna parte se encuentra un soldado. Aunque nos hacen caminar por delante apuntándonos, no mostramos ningún nerviosismo. Mas, para nuestra mala fortuna un soldado francés se ha ocultado. No



Mientras que alrededor de Dunkerque las tropas alemanas estrechaban el cerco en torno a los ingleses y franceses aprisionados, la infantería ocupó el «Hinterland» (arriba, a la izquierda). Durante dos días la «Luftwaffe» bombardeó la bolsa de Dunkerque (arriba, a la derecha, un bombardero en picado del tipo «Hs 123»).

dudo ni un momento en declarar que él, al igual que todas las otras personas que se hallan en la propiedad son parientes y amigos.
Al principio el oficial se muestra atónito ante tantas personas, después se asombra de que no hayamos sido evacuados. Yo me tranquilizo a mí mismo encogiéndome de hombros y respirando profundamente.Todavía no puede creer que debido al rápido avance de su ejército, más de la mitad de los habitantes de la bolsa de Dunkerque hayan quedado encerrados. Con esto finaliza el interrogatorio, me da las gracias y me pide que tranquilice a los demás:
«¡Para todos vosotros la guerra ha terminado!»
Ahora entran los soldados y en un momento está todo ocupado. Se aposentan en la cocina y Madame Wasel les invita a tomar café. Debo confesar que no hubo ninguna enemistad. Todo lo contrario: el oficial reanuda la conversación, presumiendo de la puntualidad del correo de campaña. Debo darle la razón cuando me muestra una carta que sólo ha necesitado cuatro días para llegar al frente desde Breslau, pasando por Colonia. Instalan el teléfono de campaña y colocan la artillería en posición. Atónitos vemos con qué velocidad las primeras salvas parten en dirección a Dunkerque. Órdenes cortas y precisas, y se disparan las próximas salvas. Hay que ver con qué rapidez cumplen las órdenes: ¡qué magnífica calidad militar! ¡Disparan con tranquilidad y precisión, como si se encontrasen en maniobras!
Es verdaderamente el estilo napoleónico y yo debo pensar en el cronista de los tiempos del emperador:
«¡El emperador hace la guerra, no ya con nuestros brazos, sino con nuestras piernas!».
Vivimos de nuevo en la casa de la finca. Sobre las 6 de la tarde oímos nuevamente hablar en francés. Por la carretera de Armbouts-Cappel, se acercan paisanos. Son los habitantes de Cappel, que han sido obligados por los alemanes a evacuar. Han sido empujados hacia la finca. Rápidamente se llena todo aún más. Un amigo me comunica que Rosendael debe de haber caído.





El ataque alcanzó por igual a los militares y a la población civil. Soldados y paisanos se apretujan en las trincheras (abajo)

La primera noche bajo la ocupación enemiga

Hoy sólo hay un plato rápido. Después de la cena nos quedamos en el comedor sentados. Sólo Madame Wasel se queda al servicio de los «señores»: debe servirles. ¡Entonces comienza una noche tragicómica! Noche trágica, con el enemigo en casa, que desde aquí bombardea Dunkerque. Pero Dunkerque devuelve el fuego: los impactos caen a nuestro alrededor, es imposible dormir. Todavía no estamos a salvo, a cada nuevo impacto temblamos, tanto si ha sido cerca como lejos... Pero también noche cómica, por el espectáculo que se desarrolla en la cocina. Con vivos discursos, la campesina procura decir lo mejor de sus huéspedes, ya que las preguntas están llenas de desconfianza. Qué suerte que domino el idioma de Goethe. De vez en cuando procuran los alemanes expresarse en mal francés: es siempre lo mismo:
«¡Para vosotros la guerra ha terminado!», o también: «¡Ahora vamos a cruzar a Inglaterra y en 14 días todo habrá pasado!»
A eso contesta Madame:
«¡Claro que sí, daos prisa, muchachos!» Entre líneas se escucha lo que verdaderamente piensa:
«¡Vete al infierno, buen soldado, no vuelvas jamás!»
A pesar de lo serio de la situación tenemos que reír. A menudo, cuando Madame Wasel contesta, intervengo yo como intérprete.

A medianoche

La reunión continúa: los «señores» siguen comiendo y bebiendo bajo el bombardeo francés. Verdaderamente, tranquilidad no les falta. ¡Contra ese tipo de gente, la lucha va a ser aún muy difícil! Acabo de acostarme –deben de ser las cinco– y en este momento noto que todo está en calma. Ningún impacto, ningún zumbido de balas perdidas. Tengo miedo de lo que vendrá... ¡pero no lo quiero creer! Sin hacer ruido salgo y me uno a un centinela que monta guardia delante de la casa con su arma al hombro.
«¿Por qué este silencio?»
«¡En la puerta de la torre, la bandera blanca!», responde.*
Todavía me resisto a creer esta dura realidad; una doble sensación me invade: alivio pensando que las bombas y granadas se han acabado y tristeza ante la derrota... Al igual que su oficial, el viejo hombre en uniforme procura consolarme:
«¡Para vosotros la guerra ha terminado!» Así amanece el 4 de junio. Es el día en el cual los alemanes toman Dunkerque. Mucho más tarde me enteré que, en ese día, mi cuñado zarpó hacia Inglaterra, que su barco, el «Emile Deschamps», chocó con una mina y que él resultó herido de gravedad y, en último momento, fue recogido por un destructor inglés.

* *Estas dos frases las escribió Edmond Perron en alemán.*

17. Jahrgang / Nr. 12
21. März 1940
Verlag Knorr & Hirth
Kommanditgesellschaft,
München

Münchner Illustrierte Presse

Preis: 20 Pfennig
Italien: 2 Lire / Schweiz: 40
Jugoslawien: 5 Din. / Holland
Estland: 40 Cent /
Lettland:



Aufnahme: PK-Karl

Pimpfenbesuch bei der Flak



Juventudes Hitlerianas
NUESTROS PRIMEROS MUERTOS

Gerhard jugaba con una bomba sin estallar, que explotó. Werner estaba en el refugio cuando una mina aérea destruyó la casa de sus padres. Walter fue destacado a la escuela de transmisiones, que poco después resultó dañada seriamente. Fritz Langour, de la quinta del 27, su camarada, ha sobrevivido y escrito lo que él y sus amigos vivieron en el «Jungvolk», o «Gente Joven Alemana», y, durante los primeros años de la guerra, en las Juventudes Hitlerianas.

El año 1937 se desarrollaba muy bien para mí. Vivíamos aún en el pueblo. En otoño de 1936 ya nos habíamos enterado de que mi padre sería trasladado a Darmstadt en la primavera próxima. En Navidad hubo muy pocos regalos, ya que mis padres estaban ahorrando para una casa. Un par de semanas más tarde, un amigo de la familia nos llevó a mi madre y a mí a Darmstadt para realizar mi examen de ingreso en el colegio Liebig. Unas semanas después nos trasladamos a un piso de alquiler en Darmstadt en el suburbio de Eberstadt. Pasé a un mundo nuevo y desconocido para mí.

El primer día de escuela estaba sentado entre extraños; la mayoría se conocía de algo, de la escuela primaria del barrio o del «Grossen Woog», donde uno se podía bañar en verano y patinar en invierno. Ernst Jacobi, por el contrario –y yo mismo– nos habíamos criado en un pueblo. En el recreo nos juntamos y así nos hicimos amigos rápidamente. Pronto tomamos todos los días juntos el mismo tren a la ciudad y al finalizar las clases íbamos de nuevo hasta la estación central. Seis veces por semana. De Eberstadt también procedía Walter Knöss, hijo de un colega de mi padre y de mi misma edad. Como vivía en la parte opuesta del suburbio, era para él más cómodo utilizar el tranvía. Poco a poco todos nos fuimos conociendo y se crearon amistades y grupos. La clase se componía de gente bastante individualista. Pero algo teníamos en común: todos éramos miembros del *Jungvolk*. Todos los miércoles y sábados por la tarde íbamos al servicio, que bajo el pretexto de una nueva libertad ante los mayores, se efectuaba para aprender el adiestramiento que más tarde nos facilitaría el matar y el morir. Pero esto aún no lo sabíamos. El verano del 37 fue para mí una experiencia emocionante. Desde Eberstadt partíamos los «Pimpfe» (muchachos, término oficial utilizado en el *Jungvolk*. N. d. T.) del *Jungvolk* con la bicicleta a través del Odenwald y por la tarde nos bañábamos en el Modau, o nos tendíamos bajo frondosos bosques, a contarnos aventuras fantásticas de los tiempos en que aún no nos conocíamos, por lo cual nadie las podía comprobar. Incluso las vacaciones algunos de nosotros las pasábamos con el *Jungvolk*. Nuestros padres se esforzaban por mantener el control sobre nosotros, pero poco a poco lo perdieron. Si no nos dejaban salir, les contábamos algo sobre un «servicio extraordinario» y nos íbamos con un «Heil Hitler!» a donde queríamos.

A qué joven no le atrae manipular por una vez la peligrosa maquinaria bélica. El interés técnico y el afán de aventura los supo explotar metódicamente el estado nacionalsocialista para la preparación militar de la juventud del Estado.

En estos meses, un día llegó un nuevo alumno a nuestra clase: Gerhardt Ettner. Sus padres procedían de algún lugar del norte. Ettner, al principio, no hablaba nuestro dialecto y tuvo dificultades. Pero en muchas cosas notamos que tenía arrojo. Fue el primero entre nosotros en ser dirigente juvenil.

El invierno del 37/38 fue pobre en acontecimientos, pero no aburrido. Las nuevas amistades se afirmaron y por Navidad aún hubo menos regalos que el año anterior. Mis padres continuaban ahorrando para la casa, pero mi padre también tuvo que pagar por el uniforme del *Jungvolk*, un pantalón negro de esquí, una blusa del mismo color con botones plateados y una boina. Con esto casi se consumió todo el presupuesto navideño.

Uno de nuestra clase, Werner Hirsch, quedó algo marginado. Vivía con su madre, hermana y abuela en una casa de un barrio en las afueras de la ciudad. Werner pertenecía por sus notas al promedio alto de la clase. Sacrificaba mucho tiempo para estudiar y esto no nos gustaba. Más tarde, y poco antes de su muerte, noté que nos habíamos equivocado en nuestro comportamiento hacia él. Werner Hirsch, cuyo padre había muerto hacía ya tiempo, se sentía en su interior responsable por las «tres mujeres» de la familia y adoraba a su madre. Para satisfacerla se esforzaba en tener buenas notas. El *Jungvolk* y más tarde las Juventudes Hitlerianas lo consideraban una carga, pero también supo ser ayudante de la *Luftwaffe* cuando nos tocó el turno.

El mes de marzo del 38 nos trajo la prueba de que el *Führer* todo lo hacía bien y siempre tenía razón. Incorporó Austria al Reich. Poco más tarde envió la *Wehrmacht* a Checoslovaquia para ayudar a nuestros compatriotas amenazados y, conjuntamente con Mussolini, consiguió de los Premiers occidentales en el Tratado de Munich la legalización del avance.

Para nosotros los del *Jungvolk* esos fueron días de fiesta, en que siempre se nos predicó la grandeza del *Führer*, su misión y su infalibilidad. Y lo que ocurrió en la Noche de los Cristales se nos explicó como «un levantamiento espontáneo del pueblo alemán contra los judíos» que el *Führer* comprendía y aprobaba, pero que no había ordenado.

En el invierno del 38/39, cuando venían visitas a casa y se hablaba a veces de la posibilidad de una guerra, había opi- ▷

niones muy opuestas, siempre y cuando me enteraba (la mayor parte de las veces me enviaban a la cama). Iban desde la de mi padre («¡El *Führer* ha sido soldado en el frente, nunca hará la guerra!»), pasando por la de mi tío («Él no necesita ninguna guerra, sin ella también lo consigue todo»), hasta la de un abogado, cuyos hermanos servían como oficiales activos en la *Wehrmacht:*

«¿Creéis seriamente que sólo construyen carros y aviones para los desfiles en los congresos del partido?» Yo no pensaba mucho al respecto. A veces, a nuestros 12 años, hablábamos en el patio del colegio o después del servicio en el *Jungvolk*. Estábamos ya en fiebre de guerra, aunque el congreso del partido de 1939 fuera proclamado el «congreso de la paz».

«Adolf tiene seguramente un plan», dijo un día el hijo de nuestro dirigente del partido en el barrio. Asentimos silenciosa y significativamente, como si hubiésemos sabido algo del plan. En realidad no sabíamos nada hasta que todo comenzó a desfilar de improviso ante nuestros ojos. Ocupación del resto de Checoslovaquia, violación del tratado de Munich, cancelación del tratado de no agresión con Polonia e inicio de la guerra el 1 de septiembre de 1939. Dos años más tarde notamos que éramos parte de ese plan.

Al final del segundo año de guerra o al principio del tercero, no lo sé exactamente, el comandante en jefe de la *Luftwaffe,* se empezó a llamar Göring sólo de día. Por la noche, y según sus propias palabras, se llamaba Meier. «Si un solo avión enemigo logra lanzar bombas sobre territorio alemán no me llamo Göring, sino Meier», había dicho. Ya las lanzaban donde querían.

Cada vez más a menudo debíamos levantarnos por la noche e ir al refugio. Tras esas noches, al día siguiente, en el colegio, estábamos muertos de sueño. Después de una noche de alarma, faltó Gerhard Ettner. No pensamos en nada. Quizá había perdido el tren, o estaba enfermo, o había convencido a su madre para hacer novillos. A menudo sonaban las sirenas y todos teníamos sueño.

Al día siguiente nos enteramos de que Gerhard Ettner nunca más volvería. Habia encontrado una bomba sin explotar y jugando con ella estalló y destrozó a Ettner.

Poco antes de iniciarse la guerra, había muerto de una meningitis nuestro compañero de clase Edmund Schaffner. Tuvimos que ir a su entierro. Al de nuestro primer caído nadie nos obligó a ir. Probablemente no se nos debía enfrentar a la dura realidad de que el peligro estaba mucho más cerca de lo que se comentaba a nivel oficial. El réquiem de los amigos para el pequeño Ettner





«Nuestra bandera ondea delante nuestro. Hombre a hombre marchamos hacia el futuro. Por Hitler desfilamos en la noche y en la necesidad con la bandera de la juventud por el pan y la libertad». De la canción de juramento de las HJ: «Nuestra bandera ondea delante nuestro». Texto: Baldur v. Schirach; melodía: Hans Otto Borgmann.



A UN JOVEN FÜHRER

Sobre nuestras banderas marcha la muerte,
sobre nuestras luchas decide Dios.
Dura es la batalla y la vida,
la guerra no conoce tregua.

Empuja a tu pueblo y olvídate de ti.
Tu trabajo y tu deber
sostienen las columnas de jóvenes briosos
¡mantente firme! ¡no sucumbas!
Las palabras y la fama pronto se disipan.

Diamantina ha de ser tu voluntad
contra el odio, el desencanto y la burla.
Si tu enemigo prospera,
más fuerte tienes tú que golpear.

Llegan horas cargadas de lamentos;
días duros traen dura necesidad.
Luchar es llevar serenamente la carga,
pues con nuestras banderas marcha la muerte.

Deja que los muros caigan en derredor,
deja que se derrumbe el mundo entero:
Nuestra batalla está alumbrando
el amanecer de un nuevo día.

Victoria y muerte se abrazan,
siempre hay luchadores que caen en la
[batalla.
¡Juventud, estás viviendo las horas
de una era nueva y grande!

Heinz Görz

Las poesías bélicas llenaban las revistas de las HJ. Se repartieron incluso adhesivos a los niños: «Pide a tus padres y familiares que los fijen en sus automóviles para apoyar así nuestra propaganda» (Llamamiento a los muchachos de diez años).

quizá nos hubiese hecho reflexionar. Los bombardeos nocturnos aumentaron. Oímos y leímos que, entretanto, había ayudantes de la *Luftwaffe* (más adelante se les llamó correctamente «ayudantes de antiaéreos»), jóvenes algo mayores que nosotros, pero que según las palabras del ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, «tienen en sus manos una gran parte de la victoria final».

Eso también lo deseábamos nosotros –al fin y al cabo desde el primer día de escuela, y después en el *Jungvolk*, se nos había educado para garantizar el futuro de Alemania–. El momento llegó al final del verano del 43. Los más jóvenes entre nosotros acababan de cumplir los 16 años y los mayores aún no tenían 17. Fuimos ayudantes de antiaéreos y ardíamos en deseos de «hacer caer al enemigo del cielo», tal como se decía. Nos despedimos del colegio. Los maestros fueron con nosotros a los puestos de antiaéreos. Poco antes estuve en Griesheim, cerca de Darmstadt, haciendo un cursillo de planeador para pasar el examen B. El día del examen, creo que fue el 23 de septiembre de 1943, hubo poco después del mismo alarma aérea. Por primera vez vimos de día las formaciones de las «fortalezas volantes», arrastrando tras de sí las estelas de gases condensados. Según se informó, en ese día fueron derribados 101 bombarderos *Fortress*. Nosotros sólo vimos el aterrizaje forzoso de un *Me 109* en el aeródromo de Griesheim.

Pero nosotros no dábamos crédito a nuestros ojos, sino a los informes del Mando Supremo de la *Wehrmacht*. Poco después comenzó nuestro entrenamiento como ayudantes de antiaéreos en el recinto de la empresa Merck en Darmstadt, que más adelante sería la posición que deberíamos defender. Antiaéreos de 20 mm, un cañón sobre el edificio administrativo, el segundo encima de una torre de madera al lado de un depósito de éter (yo era allí el encargado de ajuste de tiro), el tercer cañón estaba sobre otra torre de madera al alcance de la voz.

Los cañones todavía los manejaba el personal de la empresa; por la noche podíamos ir a casa. Mis padres, entretanto, habían abandonado la casa para la que tanto habían ahorrado (fueron evacuados, ya que los nervios de mi padre, debido a una herida en el cerebro recibida en la primera Guerra Mundial, no soportaban los ataques nocturnos). Por eso a veces me llevaba a algunos camaradas a mi casa. Allí nos comportábamos como verdaderos soldados, lo que significaba ante todo beber las últimas botellas de coñac de la bodega de mi padre (creo que era brandy alemán). En una de esas noches en las que colocábamos nuestras cabezas infantiles llenas de alcohol sobre todos los almohadones disponibles, comenzó a sonar la alarma. Comportándonos como soldados experimentados nos quedamos acostados. Pero al oír las explosiones de las bombas nos pusimos nuestros uniformes y salimos de la casa. En el norte –donde estaba situado Darmstadt– el cielo se teñía de rojo.

A la noche siguiente se representaba en el teatro de Hessen «Fidelio». Yo quería asistir a la representación con mi amiga Ute Fladung. Werner Hirsch nos había ofrecido dormir en su casa. Pero la madre de Ute no quería que nosotros dos juntos «durmiésemos en una casa extraña». Ella se quedó todavía un rato con nuestros amigos y conmigo y se fue poco después hacia Jugenheim.

Al día siguiente, al llegar al puesto antiaéreo, faltaba Werner Hirsch. Poco más tarde supimos que él y su familia habían quedado enterrados en el refugio de su casa. Se nos encomendó desenterrarles. La casa sufrió el impacto de una mina aérea y se convirtió en un montón de escombros. Sabíamos que allí debajo no podía haber vida. Pero empezamos a cavar desesperadamente y como poseídos. Habíamos aprendido a creer lo que no sabíamos. Ahora, por consiguiente, no deseábamos aceptar lo que no podía ser de otra manera.

De repente, entre polvo y astillas, surgió una cabellera, después ropa y a continuación una mano. Fuimos apartados: ¡eso no lo debíamos ver! Me sentí indispuesto. No quería pensar que en esa noche yo pretendía dormir allí con mi amiga, ella con la hermana y yo con Werner en la habitación. Aún hoy al recordarlo siento escalofríos. Por la noche me fui a casa y me bebí la última botella de brandy. Al día siguiente llegué algo tomado al servicio y nadie habló de todo lo que había ocurrido el día anterior.

Fuimos todos al entierro de Werner Hirsch en el cementerio de Darmstadt. Fue enterrado junto con las otras víctimas de los bombardeos de la noche anterior. Esta vez se trató de una orden para todos los integrantes de la batería. Ahora estábamos maduros para la muerte heroica y no había nada que encubrir.

Walter Knöss ya no estaba en los antiaéreos; se encontraba en un cursillo preparatorio para la escuela de transmisiones. La escuela fue alcanzada seriamente por un ataque aéreo. Él fue el tercer caído de nuestra clase antes de ser reclutados por el Servicio del Trabajo del Reich.



William Lawrence Shirer

Diario

Ginebra, 10 de octubre de 1939

Al fin en casa. Por dos o tres días. Un acontecimiento indescriptible. Tess me ha recogido de la estación. Y Eilee, nuestro bebé, dormía cuando llegué a casa. Fue increíble el pasar por calles iluminadas y ver escaparates y automóviles dotados de potentes reflectores. Increíble y fantástico.
En Basilea nos hartamos de comer: huevos rusos, mantequilla, filetes, queso y postre, todo acompañado por un vino espléndido, coñac y después café. A lo largo de la frontera francesa vimos «bunkers» y fortificaciones. Las tropas tenían mucho trabajo y se mostraban despreocupadas. El revisor del tren nos dijo que desde el principio de la guerra aquí no había sonado ni un solo disparo. Los alemanes mueven cañones y avituallamiento por las líneas férreas. ¡Pero a los franceses no les molesta! ¡Extraña guerra ésta!

11 de octubre de 1939

Para mí es una sensación el que los diarios suizos comenten la guerra por ambos bandos. Si esto también ocurriese en las dictaduras, no sería tan fácil para los «Césares» desencadenar guerras.

Berlín, 15 de octubre de 1939

Estoy de vuelta. La semana en Suiza ha transcurrido con demasiada rapidez. Al regreso he preguntado a un gordo comerciante suizo si no prefiere la paz a cualquier precio, para así tranquilamente poder continuar los negocios. «No la paz que ofrece Hitler –me dijo–, y tampoco la paz de los últimos cinco años». En la estación compré un diario matutino. Malas noticias: «Un submarino alemán ha hundido al acorazado inglés ''Royal Oak''». El Almirantazgo inglés lo ha confirmado. Eso representa un duro golpe. Me pregunto cómo y dónde ha podido suceder.

21 de octubre de 1939

En la Wilhelmstrasse están furiosos contra los turcos, porque ayer firmaron con los británicos un «tratado mutuo de asistencia». Von Papen fue llamado enseguida a informar. Según me comunican mis espías, para hacerle un conveniente lavado de cerebro. Es la primera derrota diplomática que sufren los alemanes desde hace mucho tiempo.

22 de octubre de 1939

Hoy es domingo, ¡día de cocido! Esto significa que en todas partes sólo se sirve un cocido barato, aunque hay que pagar lo mismo que por una comida normal. La diferencia, según se dice, es para el programa de auxilio invernal. Pero lo cierto es que todo lo recaudado se destina a los fondos de guerra.

28 de octubre de 1939

En círculos comerciales oigo que, a partir del mes próximo, también se racionará la ropa. La verdad es que el país no tiene ninguna reserva de algodón y casi ninguna de lana. Por lo tanto el pueblo alemán debe aguantar hasta el final con la ropa que tiene ahora.

7 de noviembre de 1939

La reina de Holanda y el rey de Bélgica se han ofrecido como mediadores para una paz. Hay pocas esperanzas. La oferta ha sido acogida con frialdad. Existen muchos rumores de que los alemanes quieren atacar a través de Holanda. De esta manera no sólo sortearían la Línea Maginot, sino que además podrían montar bases a sólo cien millas de las costas inglesas.

9 de noviembre de 1939

Doce minutos después de que Hitler y sus jerarcas del partido abandonasen la cervecería «Bürgerbräukeller» en Munich, explotó una bomba. Siete personas resultaron muertas y sesenta y tres heridas. Nadie sabe quién ha realizado este atentado. La prensa nazi culpa a los ingleses y al servicio secreto británico. Hasta acusan al mismísimo Chamberlain. La mayoría dice que huele a un nuevo incendio del Reichstag.

11 de noviembre de 1939

Día del armisticio. ¡Qué ironía! Hitler estuvo presente en el entierro de las víctimas del atentado en la «Bürgerbräukeller», pero no dijo nada. Hess lo hizo en su lugar y afirmó: «¡Este atentado nos ha enseñado a odiar!» Eso ya lo sabían hacer antes. Oí también que alguien tiró un adoquín a través de la ventana de la sala donde Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, expone los retratos aduladores del «Führer». Algo hay en el ambiente. Se comenta también un ataque aniquilador contra Inglaterra.

1 de enero de 1940

¿Qué nos traerá este año? «La victoria», fanfarroneó ayer Hitler. Todavía no he encontrado a ningún alemán que no estuviese totalmente convencido. Lo cierto es que esta guerra ficticia no puede durar mucho más. Hitler debe procurar obtener nuevos triunfos, si no se destroza su nimbo. En la Nochevieja hubo en Berlín más borrachos que nunca. Himmler movilizó a miles de policías para asegurarse de que nadie condujese autos y para que los bares cerrasen a la una en punto.

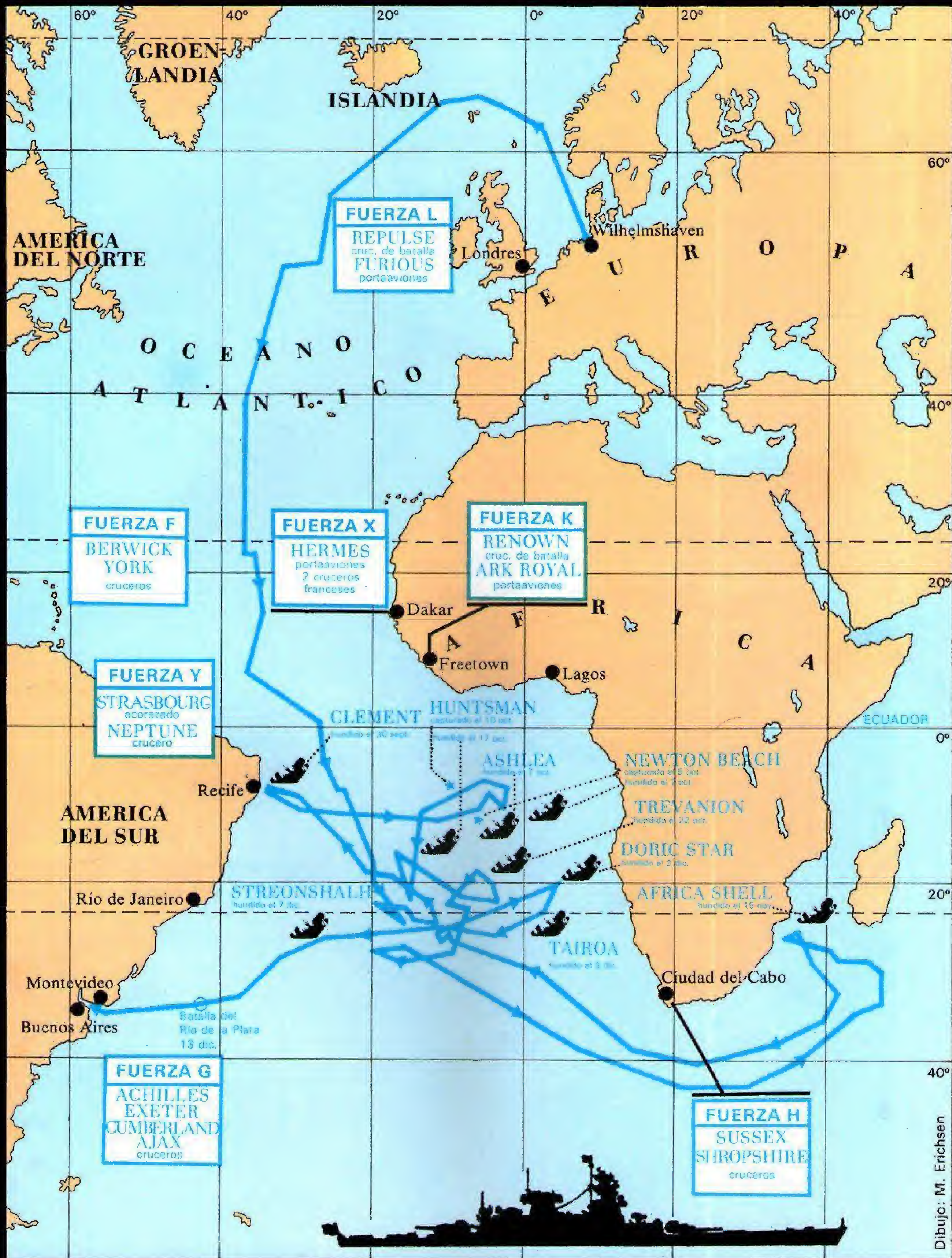
11 de enero de 1940

Frío. Quince grados bajo cero. La mitad de la población pasa frío, porque ya no recibe carbón. Es triste ver cómo arrastran a casa un saco de carbón en un cochecito de niño o sobre sus espaldas. Parece increíble que el gobierno nazi permita que la situación se torne tan dura.
Hitler está de nuevo en la ciudad. Ayer oí en la Cancillería que él y Göring habían criticado rudamente a los grandes jerarcas industriales por su negligencia. Esos grandes señores que con su dinero han llevado a Hitler al poder, se sentaban allí ruborizados, sin decir ni pío. Hitler se reunió a continuación con altos militares. Se habla de algo grande en primavera. El Ejército, a pesar de la gran presión del partido, está todavía en contra de una ofensiva a través de la Línea Maginot. ¿Intentarán los alemanes un ataque a través de Holanda? Quieren construir bases aéreas en la frontera holandesa para la gran batalla contra Inglaterra. Un funcionario de la Wilhelmstrasse ha confirmado hoy que se ha decretado trabajos forzados para todos los judíos de Polonia. Asegura que la regulación ordena: «Trabajos forzados durante dos años». Por un maestro me entero que la clase tiene que empezar por la mañana con el saludo: «¡Dios castigue a Inglaterra!». La contestación de los alumnos debe ser: «¡La castigará!» □



Este cartel de propaganda antibritánica se colocó por doquier en Bélgica y Francia: se refiere al desacuerdo entre Churchill y Weygand sobre la evacuación de las tropas británicas y francesas de la bolsa de Dunkerque. Con las armas a punto, miembros de las fuerzas expedicionarias británicas impiden que sus aliados franceses puedan subir a los barcos salvadores.

1940. DUNKERQUE LES ANGLAIS S'OPPOSENT A L'EMBARQUEMENT DES DERNIERS FRANÇAIS QUI VENAIENT DE PROTEGER LEUR RETRAITE


60°
40°
20°
0°
20°
40°
GROEN-
LANDIA
ISLANDIA
60°
AMERICA
DEL NORTE
FUERZA L
REPULSE
cruc. de batalla
FURIOUS
portaaviones
Londres
Wilhelmshaven
E U R O P A
O C E A N O
A T L A N T I C O
40°
FUERZA F
BERWICK
YORK
cruceros
FUERZA X
HERMES
portaaviones
2 cruceros
franceses
FUERZA K
RENOWN
cruc. de batalla
ARK ROYAL
portaaviones
20°
Dakar
Freetown
Lagos
A F R I C A
FUERZA Y
STRASBOURG
acorazado
NEPTUNE
crucero
CLEMENT
hundido el 30 sept.
HUNTSMAN
capturado el 10 oct.
hundido el 17 oct.
ASHLEA
hundido el 7 oct.
NEWTON BEACH
TREVANION
hundido el 22 oct.
DORIC STAR
hundido el 2 dic.
ECUADOR
0°
Recife
AMERICA
DEL SUR
Río de Janeiro
STREONSHALH
hundido el 7 dic.
AFRICA SHELL
hundido el 15 nov.
20°
TAIROA
hundido el 3 dic.
Ciudad del Cabo
Montevideo
Buenos Aires
Batalla del
Río de la Plata
13 dic.
FUERZA G
ACHILLES
EXETER
CUMBERLAND
AJAX
cruceros
40°
FUERZA H
SUSSEX
SHROPSHIRE
cruceros
Dibujo: M. Erichsen

La guerra en el mar

DRAMA EN EL PLATA

Adrian Wells



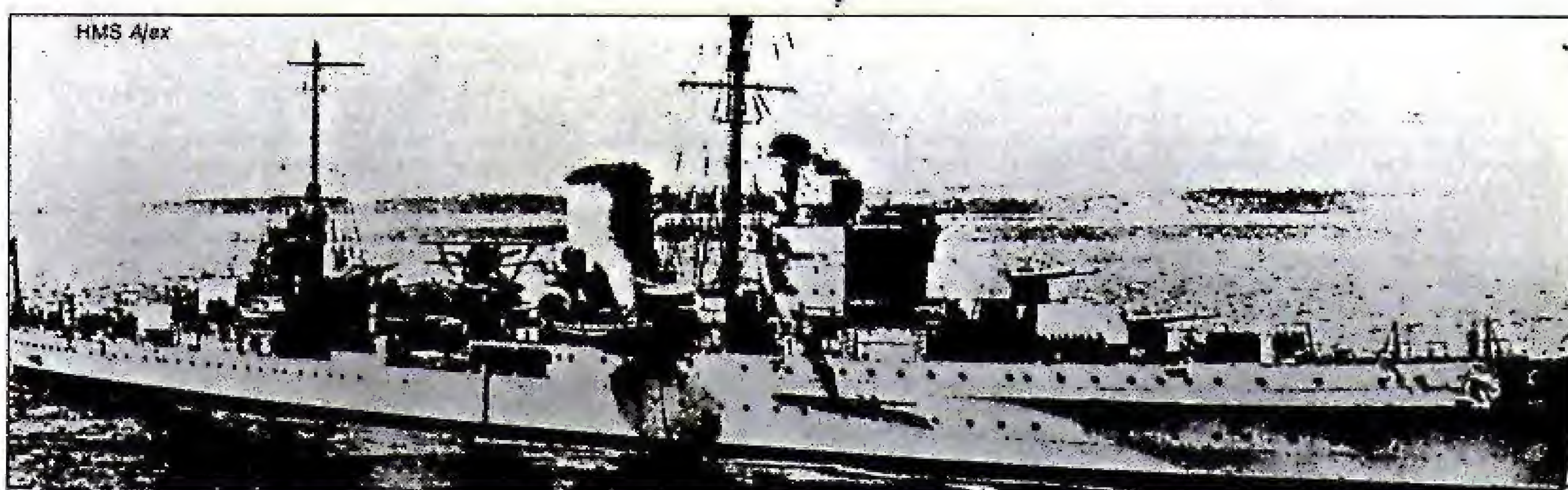
El «Admiral Graf Spee», botado en 1934, era uno de los acorazados de bolsillo alemanes cuyas dimensiones habían sido fijadas en el Tratado de Versalles. En la página anterior, la odisea del «Admiral Graf Spee», desde Wilhelmshaven hasta el Río de La Plata.

Combate y final del "Graf Spee"

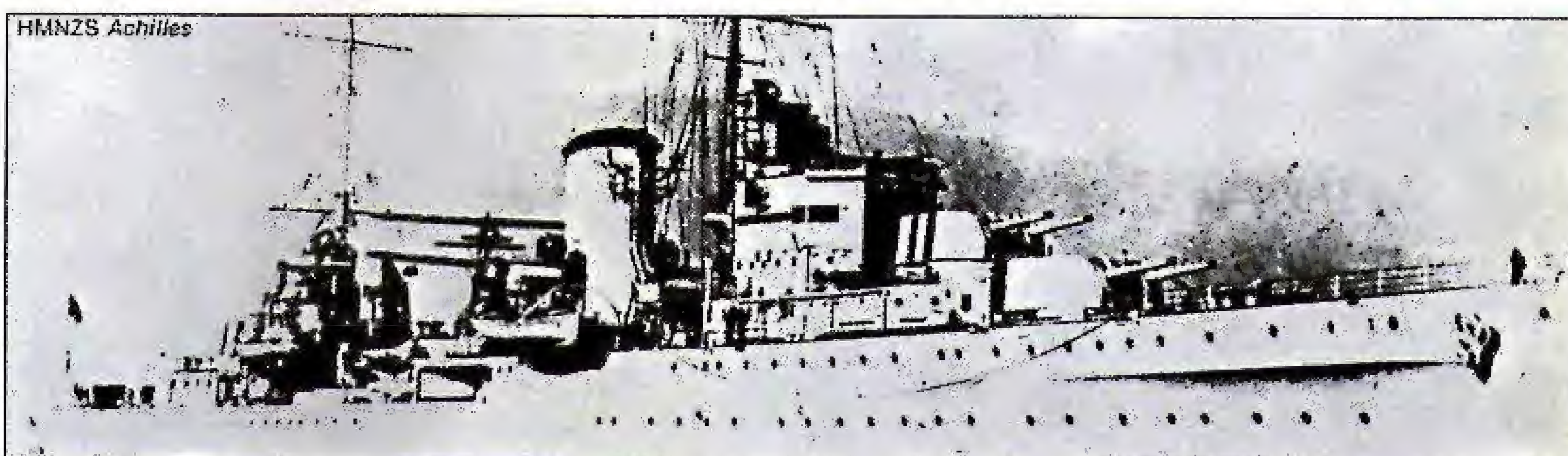


Montevideo despertaba cuando arribó a la ciudad un acorazado alemán que había sido alcanzado por el fuego de tres cruceros ingleses.
Casi nadie tenía noticias de la expedición de corso del «Graf Spee» ni de la batalla entablada en aguas del Río de La Plata. Pero muy pronto se concentraron en el lugar miles de curiosos que pretendían contemplar el final. Y no quedaron decepcionados.

El final dramático del legendario acorazado de bolsillo *Admiral Graf Spee* quedó fijado cuando su comandante dio la orden de abrir fuego a discreción en la madrugada del 13 de diciembre de 1939.
Una simple orden en falso es decisiva en las operaciones navales, más definitiva e inexorable, si cabe, que en las acciones de otras armas. A la vista del enemigo, un comandante de navío solamente podía elegir entre dos posibilidades y ambas suponían consecuencias mortales.
Cuatro días después de aquel fatídico amanecer del 13 de diciembre, el capitán Hans Langsdorff, avezado comandante del *Graf Spee,* comprendió que había dado una orden en falso.
Cuando llegó el final, el comandante envuelto en la bandera de combate de la nave se suicidó disparándose un tiro. En su carta de despedida escribió: «Sólo con el testimonio de mi muerte puedo mostrar que los miembros de la *Wehrmacht* del Tercer Reich están dispuestos a morir por el honor de su bandera».
«Un oficial eminente», comentaría después Winston Churchill.
Mientras el almirantazgo alemán había condicionado toda su estrategia durante la primera Guerra Mundial a la «gran confrontación», a la gran batalla en mar abierto entre las flotas de los contendientes, la Marina de guerra del Tercer Reich se veía impelida a buscar ahora nuevas soluciones operativas.
A raíz del Tratado de Versalles, la flota alemana, diezmada y reducida a muy pocas unidades, se encontraba aún en la primera etapa de su reconstrucción cuando se rompieron las hostilidades.
Según el llamado Plan-Z (Zielplan), de enero de 1939, había que producir, hasta principios de 1946:
10 cruceros de batalla (de hasta 50.000 toneladas)
12 acorazados (20.000 t)
4 portaaviones (20.000 t)
5 cruceros pesados (10.000 t)
16 cruceros ligeros (8.000 t)
En agosto de 1939 tan sólo se contaba con un reducido número de unidades listas para ser empleadas:
2 cruceros de batalla (no disponibles)
3 acorazados (uno en reparación)
1 crucero pesado (aún no dispuesto para el combate)
5 cruceros ligeros
Partiendo de esta situación desesperada, el mando naval, bajo la dirección del gran almirante Raeder, planificó la liberación de las rutas de acceso, dominadas por Inglaterra y vitales para Alemania, mediante la utilización de los pocos buques de superficie disponibles. Se pretendía distraer y debilitar a las poderosas flotas inglesa y francesa –en total 21 cruceros de batalla, 7 portaaviones, 22 cruceros pesados y 61 ligeros– provocando encuentros ocasionales en puntos muy distantes entre sí.
Tras una despedida personal de Hitler en la Cancillería, el capitán Langsdorff abandonó Wilhelmshaven el 21 de agosto de 1939 a bordo del *Graf Spee.* Amparado en la oscuridad se hacía a la mar este buque de 10.000 toneladas, construido en 1934 y calificado por los ingleses irónicamente como «buque de guerra de bolsillo» *(pocket battle ship).*


HMS *Ajax*


HMS *Exeter*


HMNZS *Achilles*

	Velocidad	Armamento	Alcance de la artillería
Graf Spee	26 nudos	6 cañones de 280 mm en torretas triples 8 cañones de 150 mm en torretas simples 6 cañones antiaéreos de 105 mm	27.400 m
HMS Exeter	31,25 nudos	6 cañones de 203 mm en torretas dobles 4 cañones antiaéreos de 102 mm	24.700 m
HMS Ajax	31,25 nudos	8 cañones de 152 mm en torretas dobles 8 cañones antiaéreos de 102 mm	22.850 m
HMNZS Achilles	31,25 nudos	8 cañones de 152 mm en torretas dobles 4 cañones antiaéreos de 102 mm	22.850 m

Los adversarios del «Graf Spee» en la batalla naval del Río de La Plata (de arriba abajo): crucero ligero «Ajax», crucero pesado «Exeter», crucero ligero «Achilles». En la tabla pueden apreciarse las características que los distinguían: gran calibre y mayor alcance artillero por parte del acorazado alemán; mayor maniobrabilidad y más cañones en los cruceros ingleses.

Su cometido era el de patrullar por el Atlántico tras bordear las costas noruegas y cruzar hacia mar abierto entre las Feroe e Islandia.
Con una velocidad de 26 nudos y un armamento de seis tubos lanzatorpedos de 280 mm, ocho cañones de 150 mm y seis antiaéreos de 105 mm, podía competir con los cruceros ingleses de las mismas condiciones.

La «Home-Fleet» no puede encontrar nada

«Habíamos oído rumores –escribió Churchill– sobre la presunta partida desde las costas alemanas de uno o varios buques de guerra. La *Home Fleet* rastreó todo el mar del Norte, pero no logró encontrar nada».
Tres días después de la partida del *Graf Spee* zarpaba el *Deutschland* («Alemania»), el segundo buque acorazado en condiciones operativas.
Hitler se sentía en aquella ocasión acongojado, atormentado por la idea de que, en caso de una guerra, quizá tuviese que leer algún día este titular: «Alemania, hundida». Por esta razón ordenó en noviembre que el buque regresara a puerto y procedió a rebautizarlo con el nombre de *Lützow*.
Langsdorff había recibido la orden de operar con su *Graf Spee* en el Atlántico Sur. Cuando estalló la guerra, el 1 de septiembre, recorría la línea Dakar-Puerto Rico. En esta tesitura decidió mantenerse a la expectativa.
El último día de septiembre empezó el ataque, hundiendo frente a las costas brasileñas de Pernambuco el mercante británico *Clement*, de 500 toneladas.
«Aquella noticia –escribió Churchill– fue como si hubiese caído un rayo en el Almirantazgo. Era el signo que esperábamos. Inmediatamente se formó una escuadra de reconocimiento que comprendía todos nuestros portaaviones, asistidos por navíos y cruceros. Cada sección, consistente en dos o más buques, tenía la misión de entablar batalla con cualquier unidad alemana de bolsillo que encontrara en su ruta».
El plan de Raeder dio sus primeros frutos.
El 5 de octubre, por la mañana, a las 7,42 horas, el *Graf Spee* abordó al carguero británico *Newton Beach* frente a las costas africanas.
Mientras lo buscaba un comando, el *Deutschland* logró hundir frente a tierra groenlandesa al mercante inglés *Stonegate*.
Dos días más tarde el *Graf Spee* mandaba al fondo del mar, también junto a la costa africana, al carguero británico *Ashlea*.
Cuarenta y ocho horas después, el *Deutschland* encontraba en aguas de Terranova al mercante americano *City of Flint*, cargado de material de guerra, y lograba mandarlo a la patria con un destacamento de presa.
Al día siguiente el *Graf Spee* abordaba, en el Atlántico Sur, al mercante inglés *Huntsman*, de 800 toneladas, y poco después lo hundía.
Cuatro días más tarde el *Deutschland* entraba de nuevo en liza: su objetivo fue el pequeño mercante noruego *Lorentz W. Hansen*, que transportaba contrabando a Inglaterra.
Una semana después el *Graf Spee* mandaba al fondo del mar a la motonave inglesa *Trevanion*.
El Mando naval alemán se encontraba, gracias a un extraordinario servicio de radio, en disposición de controlar perfectamente el movimiento de los buques ingleses y así permitió al *Graf Spee* que se dirigiese al Océano Índico bordeando el Cabo de Buena Esperanza. El 15 de noviembre, fecha en que el *Deutschland* regresaba a puerto y echaba anclas, por primera vez, en el puerto de Gdynia, llamada entonces Gotenhafen, el *Graf Spee* hundía en el estrecho de Madagascar, ante las costas de Lourenço Marques, el buque-cisterna inglés *Africa Shell*.
En la carta de operaciones del Almirantazgo londinense, los oficiales de Estado Mayor iban trazando la derrota del *Graf Spee* uniendo los puntos en los que se había producido un hundimiento. A la vista de esa línea pretendían fijar un plan. Cuando el Almirantazgo tuvo noticia de la desaparición del *Trevanion* en la ruta meridional del Cabo, pudo deducir que los corsarios se dirigían al Índico. La consecuencia era obligada: se imponía alterar la zona de búsqueda, desplazándola y reforzándola hacia el Océano Índico.
Por su parte, el capitán Langsdorff, cuyo cometido primero era el de intuir los propósitos de los ingleses, decidió imprimir un giro repentino a sus planes y ordenó, tras el hundimiento del *Africa Shell*, que se regresara al Océano Atlántico. Los ingleses necesitaron aún tres semanas para darse cuenta de la estratagema. Durante ellas el tráfico por el estrecho de Madagascar estuvo prohibido a todos los buques. Pero en Londres había alguien que también gustaba de los grandes efectos: Winston Churchill. Por las noches se reunía en la Belgrave Square con los oficiales de Estado Mayor más cualificados y trataba de adivinar con ellos qué haría él si fuese el capitán Langsdorff. Con una mezcla de satisfacción y de amargura escribió sobre el cambio de rumbo del *Graf Spee*: «Esta maniobra ya estaba prevista por nosotros y sin embargo, nuestro propósito de atrapar al buque quedó frustrado por la rapidez con que se realizó su regreso... La desproporción entre la debilidad del enemigo y las medidas que adoptamos resultaron verdaderamente enojosas... Realmente significó para nosotros un auténtico alivio comprobar que el *Graf Spee* se encontraba nuevamente en la ruta Ciudad del Cabo-Freetown y que el 2 y el 7 de diciembre había hundido otros dos buques».
Se trataba del carguero de turbinas *Doric Star*, de 10.000 t, y del mercante *Streonshalh*, de 3895. Entre ambas fechas, el 3 de diciembre, sucumbió también el carguero *Tairoa*, de 7983 toneladas.
Con ello el *Admiral Graf Spee* había logrado enviar al fondo del mar un total de 50.081 toneladas de registro bruto y, lo que para algunos era más serio, había conseguido movilizar en pos de sí a la flota británica, con lo que de rechazo se había bloqueado cualquier posibilidad de acción en otros ámbitos.
Pero ahora no quedaba más remedio que tratar de agarrar al enemigo por el cuello.
Ante la costa sudamericana se encontró una división de la flota inglesa del Atlántico Sur, al mando del comodoro Harwood, cuya misión era la de asegurar la importante ruta marítima hasta Río de Janeiro y Montevideo.
El comodoro Henry Harwood mandaba los cruceros pesados *Cumberland* y *Exeter*, de 8300 t de registro bruto, armados con seis cañones de 203 mm y cuatro tubos lanzatorpedos de 102 milímetros y los pequeños cruceros *Ajax* y *Achilles*, de 6840 y 7030 t, respectivamente, provistos de ocho cañones de 152 mm y cuatro de 102 mm.
El comodoro no necesitaba más que dar un vistazo al mapa para saber que, tarde o temprano, el *Graf Spee* iría a dar en la zona elegida. Los alemanes necesitaban provisiones de carne y cereales. Diariamente se ponían en movimiento trenes de mercancías, en Río de Janeiro y Montevideo, bajo el control del agregado naval alemán de ambas capitales.
Cuando el *Graf Spee* volvió a mostrarse activo en el Atlántico, el comodoro Harwood empezó a considerar seriamente esta posibilidad.
Con una velocidad de crucero de 15 nudos, calculó Harwood, los alemanes podrían encontrarse hacia el 12 de diciembre en aguas de Río de Janeiro. O el 13 del mismo mes en la desembocadura del Río de La Plata. O el 14 no lejos de las islas Falkland.
Harwood se decidió por el Río de La Plata y, en consecuencia, concentró todas sus fuerzas el 10 de diciembre a la entrada de la desembocadura. Esa decisión le valdría un honroso puesto en la historia contemporánea de Inglaterra.
El *Graf Spee* apareció el 13 de diciembre en la línea del horizonte, envuelto


EINSATZ
DER DEUTSCHEN KRIEGSMARINE

en la bruma del amanecer, y poco después se lanzaba al ataque.
Nadie se mostró con ello tan sorprendido como el comodoro Harwood. Había imaginado que previamente recibiría el SOS de algún mercante, pero en modo alguno creyó que surgiese el propio *Graf Spee*.
Este último caía en la trampa con absoluta precisión, aunque hasta ese momento había actuado todavía dos veces en el camino desde el lugar en que hundiera al *Doric Star* hasta el Río de La Plata. A lo largo de este recorrido de 3000 millas marinas se había puesto en contacto una vez con su buque de apoyo, el *Altmark*, y había hundido al *Streonshalh*.
El capitán Langsdorff había dado orden tajante de evitar cualquier enfrentamiento con unidades de guerra británicas. Su cometido era el de entretenerlas con acciones de búsqueda sin aceptar el combate.
El Mando naval alemán fue en parte responsable de que Langsdorff no virase inmediatamente y volviera a alta mar. El Mando hizo llegar a Langsdorff el 9 de diciembre una nota, a través del agregado naval en Montevideo, según la cual un convoy integrado por cuatro cargueros, con unas 30.000 toneladas de registro bruto y escoltado sólo por un crucero, o un mercante armado, se disponía a abandonar el puerto de Montevideo.
A eso había que añadir que el 11 de diciembre el avión de a bordo del *Graf Spee* quedó fuera de servicio al caer al mar, con lo que el navío perdió un medio precioso para conocer anticipadamente la posición del enemigo.
La primera oportunidad de huir de la trampa se produjo cuando el vigía dio la alarma a las 5,30 de la mañana: «Dos mástiles a babor». Los indicios revelaban la proximidad de un buque de guerra, pero Langsdorff pensó inmediatamente en la escolta anunciada y ordenó el ataque, a pesar de que su oficial de navegación, capitán de fragata Wattenberg, le recordó las instrucciones recibidas: nada de confrontaciones armadas.
Langsdorff se equivocó también al creer a pies juntillas que los ingleses le habían divisado: el vigía de Harwood dormitaba. Sólo 44 minutos después el vigilante notó la presencia del *Graf Spee*.
Churchill falseó esos datos, tomados de los diarios de guerra de ambos comandantes. Así, por ejemplo, cuando escribió: «Langsdorff tan sólo contaba con un minuto para adoptar alguna decisión. Habría sido muy correcto para él virar inmediatamente y aprovecharse del largo alcance de sus cañones de 280 mm, a cuyo fuego no habrían podido responder de momento los británicos». Ni tampoco más tarde.
Cuando el capitán Langsdorff se decidió a atacar, tenía motivos más que sobrados para proceder con verdadero arrojo.
A las 6,14 de la mañana, el vigía del *Exeter* reconoció finalmente al buque alemán. Tres minutos después el *Graf Spee* abría fuego con una salva lanzada desde sus dos torres, dotadas con cañones de 280 mm, mientras su artillería de alcance medio elegía como objetivos a los pequeños buques que eran el *Ajax* y el *Achilles*.

Uno contra tres

El comodoro Harwood había enviado a su segundo crucero, el *Cumberland*, un día antes, hasta las islas Falkland, para que fuese sometido a una reparación. Una circunstancia que decía muy poco en su favor, ya que no podía olvidar que, en cualquier momento, el *Graf Spee* podría aparecer en el horizonte.
A las 6,20 el *Exeter* respondía al fuego, y, un minuto después, el *Ajax*, a bordo del cual se encontraba Harwood. Dos minutos más tarde se incorporaba al combate el *Achilles*. El comodoro Harwood había dado orden de que, en caso de necesidad, se atacase a los alemanes por los dos flancos, con el fin de dividir el efecto de sus cañones.
Cada diez segundos el *Graf Spee* arrojaba un proyectil de sus ocho cañones de 280 mm. En su tercera andanada alcanzó la cubierta del *Exeter*; todos los hombres de la sección de torpedos perecieron por efecto del cañonazo.
Un proyectil de 200 mm alcanzó igualmente el casco del *Graf Spee*. Fue disparado desde la torre A del *Exeter*. No ocurrió nada más: todo quedó en una enorme trepidación que lanzó al suelo a unos cientos de marineros y al propio capitán Langsdorff, que se encontraba en el puente.
Sus oficiales observaron la maniobra de Harwood y viraron hacia el *Exeter*, que trataba de girar a estribor. Varias salvas lanzadas desde el *Ajax* y el *Achilles* impidieron con todo que el *Graf Spee* se concentrase sobre el gran crucero.
El *Ajax* logró que despegara un avión de reconocimiento cuya función sería la de coordinar las artillerías de ambas unidades. Sin embargo, el *Achilles* sufrió un impacto en la torre de mando, cosa que pasó inadvertida al *Ajax*.
Sobre el *Graf Spee* cayó un proyectil de 150 mm y otro de 105 mm, que produjeron la rotura de un tubo de la conducción de agua, y ésta anegó la bodega en que se acumulaban los sacos de harina.
Tras el impacto de un proyectil de 280 mm y la consiguiente destrucción de las dos torres de vigilancia del *Ajax*, y del mástil, alcanzado por otra granada, el comodoro Harwood se vio obligado a proseguir la lucha envuelto en una densa niebla.
Eran las 7,40 de la mañana.
Langsdorff envió por radio un mensaje al Mando (SkL): «El casco ha resultado alcanzado, la cubierta hendida en una zona, daños en la popa, 36 muertos, 6 heridos graves y 53 leves, no estamos en condiciones de emprender la travesía hacia la patria; decidimos poner rumbo hacia el Río de La Plata, contando con el peligro de quedar encerrados».
Cuando el comodoro Harwood, para su sorpresa, no se vio perseguido, procedió a establecer contacto con sus dos cruceros.
Ya cercana la noche disparó una vez más contra el *Graf Spee*, que se limitó a contestar intermitentemente, preocupado como estaba su comandante por la falta de munición.
Algo más tarde de las 10 de la noche el capitán Langsdorff cometió su gran error, al no decidirse a virar hacia el sur y alcanzar el mar abierto, a pesar de que había conseguido romper el contacto con sus perseguidores.
Poco después de media noche, el acorazado alemán se internaba en el puerto de Montevideo.
El comodoro Harwood no podía dar crédito a sus ojos cuando divisó la silueta del *Graf Spee*, recortada sobre el claro cielo vespertino y flanqueada por las luces de Montevideo. Por primera vez le vino al pensamiento que el buque alemán podría estar de verdad seriamente dañado...
El resto de las noticias le llegó por medio de los diplomáticos británicos destacados en la capital uruguaya.

Guerra de nervios

El Gobierno de Uruguay envió una comisión inspectora a bordo del *Graf Spee*. La comisión indicó que para que el buque pudiese hacerse nuevamente a la mar necesitaría por lo menos catorce días.
Las autoridades portuarias, por su parte, sólo concedieron a la tripulación 48 horas (luego se alargó el plazo a 72 horas) para abandonar las aguas de Montevideo. En la noche siguiente los ingleses y los franceses ejercieron una gran presión sobre las autoridades uruguayas para que retuviesen todo lo posible en el puerto al *Graf Spee*.
Churchill conocía bien los motivos: «Dimos la orden de que se concentrasen fuertes contingentes ante Montevideo. Sin embargo, nuestros efectivos navales se encontraban muy disemina-

Cartel de propaganda de la Marina de guerra alemana.

dos, hasta el punto de que ningún buque distaba menos de dos mil millas del escenario de la lucha...»
A bordo del *Graf Spee* reinaba una gran tensión: circulaban rumores de que el crucero de batalla *Renown* y el portaaviones *Ark Royal* se encontraban en los aledaños del puerto, a las órdenes directas del comodoro Harwood.
El comandante británico de la división sudamericana se había limitado a ordenar la vuelta de su crucero *Cumberland* a toda prisa, pero, de pronto, tuvo la idea de solicitar a los representantes británicos que pidiesen refuerzos de policía para la noche siguiente, «porque llegaría a puerto la tripulación de dos grandes buques ingleses con el fin de disfrutar un permiso en tierra».
El capitán Langsdorff recibió esa noticia tras el entierro de sus muertos y la creyó «sin reserva alguna».
En un mensaje radiado al Mando naval comunicaba el 16 de diciembre: «Situación estratégica ante Montevideo: sin contar con destructores y cruceros, también están el *Ark Royal* y el *Renown*. Estricto bloqueo por la noche. Alcanzar alta mar y emprender el regreso hacia la patria, absolutamente descartado... Pido instrucciones sobre si procedo a hundir el barco en la bahía del Río de La Plata, a pesar de la poca profundidad de sus aguas, o si se prefiere el internamiento de la nave».
En un comunicado anterior, transmitido igualmente por radio, el Mando naval alemán notificó que «el *Renown* y el *Ark Royal* repostaban combustible, según se había podido constatar». Este mensaje parece que no llegó al capitán Langsdorff.
En la noche víspera del 17 de diciembre recibió la respuesta de Raeder, según la cual Hitler había dado su consentimiento a un término de la propuesta: «Intente usted por todos los medios prolongar su estancia en aguas neutrales... Si es posible diríjase a Buenos Aires. De ningún modo proceda al internamiento en Uruguay. En el caso de que se vea obligado a hundir el buque hágalo de modo que sea irrecuperable para el enemigo».
El día 17, por la tarde, la tripulación del *Graf Spee*, unos 700 hombres, abandonaron el buque y, con sus petates al hombro, se trasladaron a tierra para ser transbordados a un mercante alemán, surto en el mismo puerto. Por la ciudad había circulado el rumor de que ese día «iba a ocurrir algo». La circunstancia de que fuese domingo permitió que se agolpara en el puerto un gran número de curiosos, calculado en unos 750.000. Fueron testigos de cómo a las 18,20 el *Admiral Graf Spee*, con su comandante y cuarenta hombres a bordo, levaba anclas y comenzaba su último viaje. Lentamente, Langsdorff se alejó más

EL CAPITAN HANS LANGSDORFF

El comandante del acorazado de bolsillo «Admiral Graf Spee», capitán Hans Langsdorff, ha puesto fin a su vida por su propia mano el 20 de diciembre.
Se ha disparado un tiro para superar la vergüenza y el dolor que significaban para él la orden de Hitler de que destruyera su propio buque. Perseguido por navíos ingleses el «Admiral Graf Spee» se encontraba seriamente dañado y se vio obligado a refugiarse en Montevideo. Aunque los perseguidores ingleses esperaban el regreso del acorazado siempre le quedaba la esperanza de pasar inadvertido. La noticia de la autodestrucción del navío ha conmovido a todo el mundo.
El «New York Herald Tribune» escribe: «Es algo que se halla muy por debajo de la heroicidad, hundir el propio barco sin estar acosado por el enemigo. La orden de Hitler contraviene todas la tradiciones de la Marina de guerra alemana. Hace 25 años el 'Graf Spee' hubiera luchado contra un número muy superior de enemigos hasta el final más amargo». Todos y cada uno de los oficiales de marina, sea cual fuere su patria, comprenden perfectamente la acción del capitán Langsdorff.
El capitán recibió sepultura en Buenos Aires en el mes de diciembre. El capitán del vapor inglés «Ashlea», Pottinger, que permaneció como prisionero varias semanas a bordo del «Admiral Graf Spee», quiso asistir al acto funerario.



Arriba: esquela necrológica del capitán Langsdorff, publicada en una serie periodística titulada «Wolkiger Beobachter», edición aérea, que los ingleses lanzaban sobre Alemania.
Encima de estas líneas: el «Graf Spee» acaba de hundir un mercante. La tripulación observa cómo el buque se sumerge en el océano.

allá de la zona de las tres millas y ordenó que echaran anclas. El agua tenía una profundidad de ocho metros. La munición restante se distribuyó por todo el buque, seis torpedos en total. Luego, la reducida tripulación, con su capitán al frente, se trasladó a bordo de una gabarra.
Cuando el sol se ocultaba en el horizonte, exactamente a las 19,56, se produjo a bordo una enorme llamarada, y se oyó una explosión atronadora, que hizo estremecer la bahía de Montevideo.
El *Graf Spee* voló por los aires.
El capitán Hans Langsdorff fue hallado muerto en la mañana del 20 de diciembre de 1939 en su habitación, en un hotel del puerto de Montevideo. Tenía en la mano una pistola.
No solamente la tripulación había abandonado el *Graf Spee*. También 27 prisioneros británicos fueron trasladados a tierra y quedaron en libertad. Éstos informaron posteriormente al embajador británico de que otros trescientos súbditos ingleses habían sido transferidos al buque de apoyo *Altmark*. Todos ellos formaban parte de la tripulación de los buques hundidos por el *Graf Spee*. El paso de uno a otro navío se realizó el 7 de diciembre, cuando ambos buques se encontraron en alta mar.
Churchill escribió a propósito del desgraciado final del *Graf Spee*: «Con él terminó el primer ataque de superficie contra el comercio británico en los mares del mundo».
Pero el capítulo no se había cerrado. En una carta al primer lord del Almirantazgo diría Churchill poco más tarde: «El *Altmark* es para nosotros un trofeo de valor incalculable».
El *Altmark*, alertado por el final del *Graf Spee*, buscó el mar abierto en el sur del Atlántico, para esquivar la amplia operación de búsqueda desatada contra él. A primeros de noviembre logró penetrar subrepticiamente en aguas noruegas.
El 16 de febrero de 1940 Winston Churchill asumió directamente las funciones del Almirantazgo cuando oyó que el *Altmark* había conseguido huir a un fiordo noruego.
«Aborde el *Altmark*; libere a los prisioneros», ordenó al comandante del destructor *Cossack*. Por lo que se refiere a la violación de las aguas jurisdiccionales noruegas añadió: «Si se acerca un cañonero noruego con el ánimo de inmiscuirse, exíjale que se mantenga alejado».
En realidad los noruegos se limitaron a contemplar tranquilamente cómo la gente del *Cossack* abordaba el *Altmark* y disparaba a discreción contra los tripulantes de éste: hubo 8 muertos. En total liberaron 302 prisioneros de a bordo.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1940

4. 7.: El Gobierno francés de Pétain rompe sus relaciones diplomáticas con Gran Bretaña.
10. 7.: Encuentro de Hitler con el primer ministro húngaro, conde Teleki, en Munich. Acuerdo de principio por parte de Hitler respecto de las demandas revisionistas frente a Rumania (Transilvania).
19. 7.: Discurso de Hitler ante el Reichstag en el que incluyó el «panegírico más violento de la victoria que se haya registrado en la historia alemana». Göring es designado «mariscal del Reich». En total 12 generales del Ejército y de la «Luftwaffe» reciben el nombramiento de «Feldmariscal».
22. 7.: El ministro británico de Asuntos Exteriores, lord Halifax, rechaza en una alocución radiada, la «oferta de paz» de Alemania.
22. 7.: El príncipe Konoye forma un nuevo gobierno en Japón, con Matsuoka como ministro de Asuntos Exteriores. Inmediatamente se reanudan las negociaciones germano-niponas sobre una alianza militar, negociaciones que habían quedado interrumpidas en agosto de 1939.
26. 7.: Hitler recibe en su residencia de la montaña al primer ministro rumano Gigurtu y le aconseja un compromiso de paz con Hungría en la cuestión de Transilvania.
27. 7.: Hitler recibe al primer ministro búlgaro Filov.



El ministro de Asuntos Exteriores von Ribbentrop saluda al primer ministro búlgaro Filov.

6. 8.: Otto Abetz, plenipotenciario del Ministerio de Asuntos Exteriores en la agregaduría militar de la Embajada alemana en Francia, es designado embajador de su país ante el Gobierno de Pétain.
7. 8.: Hitler nombra jefes de administración civil de Lorena, Alsacia y Luxemburgo a los «Gauleiter» Josef Bürckel, Robert Wagner y Gustav Simon. Al tiempo nombra al jefe de las Juventudes del Reich, Baldur von Schirach, representante del Reich y «Gauleiter» de Viena. El jefe superior regional Artur Axmann es designado jefe de las Juventudes del NSDAP.
29/30. 8.: Se celebra en Viena una conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de Alemania, Italia, Hungría y Rumania. Termina con una despedida de Ribbentrop y Ciano: Rumania cede a Hungría el norte de Transilvania. Presentación en Hungría y Rumania de grupos regionales alemanes.

2/3. 7.: Bombarderos de la RAF atacan instalaciones ferroviarias en Hamm.
3. 7.: Los británicos atacan una parte de la flota francesa en Mers-el-Kebir, con el pretexto de evitar que los buques galos caigan en manos alemanas. Bajas francesas: 1147 muertos. El 8.7. los ingleses torpedean el navío «Richelieu» en aguas de Dakar.
9. 7.: Orden de Hitler estableciendo que el punto neurálgico de la defensa habrá de ser el sector de la Aviación y de la Marina.
10. 7.: Aviones alemanes atacan por primera vez con numerosos efectivos objetivos militares del sur de Inglaterra. Comienza el ataque aéreo alemán a convoyes británicos en el Canal.
16. 7.: Hitler imparte la «Directiva número 16» a las tres Armas: debe prepararse una operación de desembarco contra Inglaterra, bajo el nombre en clave de «León Marino».
31. 7., (11,30 horas): En una entrevista celebrada en el Obersalzberg con Raeder, comandante supremo de la Marina, Hitler indica que la fecha elegida para el desembarco podría ser el 15. 9. La fecha definitiva deberá estipularse tras ocho días de una cruenta guerra aérea.
31. 7.: En sus reuniones con Brauchitsch y Halder, Hitler da a conocer su determinación de llevar a cabo una campaña de cinco meses contra Rusia en la primavera de 1941.
9. 8.: Orden del Mando supremo de las Fuerzas Armadas sobre la «Aufbau Ost» (Plan del Este). Con ello se da forma al gobierno general que será la base de operación en un ataque contra la URSS.
13. 8.: «Adlertag» («Día de las águilas»). Comienza la escalada de ataques aéreos contra Inglaterra con el fin de lograr para Alemania el predominio en el aire, medio de garantizar un desembarco.
17. 8.: El Gobierno del Reich decreta el bloqueo total contra Inglaterra. El 28.8 se unirá a esta medida el Gobierno italiano.
25/26. 8.: La RAF ataca Berlín con 81 aviones. A causa del mal tiempo sólo algunos aparatos lograron situarse sobre el objetivo. Las pérdidas fueron muy reducidas.
28/29. 8.: Segundo ataque aéreo británico contra Berlín. Resultan alcanzados los barrios residenciales situados junto a la estación de Görlitz. En total 10 muertos y 28 heridos.
30. 8.: El Mando supremo de la «Wehrmacht» anuncia que los preparativos de la Armada para la Operación «León Marino» no culminarán antes del 15.9. Se fija como fecha más viable el 20.9.
31. 8.: Balance de los ataques aéreos sobre Inglaterra: se emplearon 4779 aviones de bombardeo, se lanzaron bombas con un total de 4447 toneladas, más 191 t de bombas incendiarias. Pérdidas alemanas: 252 cazas y 215 bombarderos. Los británicos perdieron 359 aviones.
1. 7.-31. 8.: Submarinos alemanes hunden en aguas del Atlántico 92 buques comerciales de los Aliados: en total 478.308 toneladas de registro bruto.

1. 7.: Montada por Gerhard Streit, la yegua «Schwarzgold» gana el «Gran Premio de Alemania de los tres años» en Hamburgo-Horn. En 1939 la prueba se llamaba aún el «derby alemán».
7. 7.: El SV Lintfort se proclama por primera vez campeón de balonmano de Alemania al derrotar por 9-6 (4-4) al Polizei-SV de Magdeburgo.
14. 7.: Alemania gana en Francfort a Rumania en un encuentro de fútbol cuyo resultado fue 9-3. Entre las nuevas figuras se alineaba el «prometedor delantero centro del Kaiserlautern Walther» (Fritz).



Carl Kuhlmann (izquierda) y Erich Ponto, en la película «Los Rothschilds», de Erich Waschneck, cinta de un marcado carácter antisemita y antibritánico.

17. 7.: Estreno de la película «Los Rothschilds», producida por la UFA.
21. 7.: El Schalke 04 se proclama «primer campeón de fútbol alemán de la guerra», al vencer por 1-0 al Sport-Club de Dresde. La competencia por el tercer lugar, entre el Waldhoff Mannheim y el Rapid de Viena terminó tras la prórroga con un 4-4 (2-4). En el partido de vuelta (28.7.) en Viena venció el Rapid por 5-2.
4. 8.: En un encuentro de atletismo contra Italia, los alemanes ganan en Stuttgart a sus rivales por 107-74. Rudolf Harbing vence a Mario Lanzi en los 800 metros con un tiempo de 1,47,8.
7. 8.: Hitler designa a Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, con ocasión de su setenta aniversario, «Pionero del Trabajo», tras haber concedido a la empresa Friedrich Krupp A.G., de Essen, el calificativo de «Empresa Modelo nacionalsocialista».
9. 8.: La oficina de Correos del Reich emite un sello conmemorativo con el título «Helgoland, 50 años alemán», por valor de 6 + 94 (!) pfennig. La recaudación se destinó al «Fondo Cultural del Führer».
11. 8.: En Königsberg empieza la 28 edición de la Feria Oriental Alemana.
18. 8.: Tras su victoria de 1937, Georg Kieninger gana por segunda vez el Campeonato alemán de ajedrez.
24. 8.: Hitler dispone que se le tribute una ceremonia funeraria con honores de Estado al descubridor de la televisión, Paul Nipkow, muerto a los ochenta años.



El capitán Langsdorff (abajo) creía que su buque estaba protegido por un poder superior. Terminó dando la orden de que se volara el buque fuera de la zona de tres millas de la costa uruguaya y se disparó él mismo un tiro. El casco del «Graf Spee» estuvo ardiendo durante tres días (imagen grande). Para el superior de Langsdorff, Raeder, (arriba, el estandarte del almirante), el hundimiento del acorazado significó una gran pérdida de prestigio. En adelante trataría de justificar ante Hitler la necesidad de construir grandes barcos de guerra.





SUELDO TRIPLICADO

El arte de la danza y los cafés cantantes

Las muchachas, vestidas con largas túnicas, bailan mirando al sol en las dunas de arena o en un verde campo. Esta imagen traía a los alemanes de la época un sabor de pureza y hermosura. Pero los nacionalsocialistas no desdeñaron por ello el elegante balanceo de piernas de las coristas. Para que las chicas de conjunto pudiesen esquivar las ofertas de sus admiradores, el propio Hitler dispuso que se les triplicara el sueldo. Así garantizaba la pureza de las bailarinas.

Cena en el cuartel general del *Führer* en la Wolfsschanze («Guarida del lobo»). Una vez más «el jefe» mantiene uno de sus famosos monólogos. El tema es esta vez la procedencia de los ingresos de la mujer trabajadora. Hitler no puede reprimir su cólera:

«Tradicionalmente había mostrado inquietud por el trato que recibían las bailarinas. Mientras los monos judíos que daban una conferencia en cualquier teatro, por ejemplo, en el Metropolitano de Berlín, cobraban 3000 marcos por una sesión en la que espetaban una sarta de estupideces, con una duración a veces, de quince minutos, las bailarinas arías apenas cobraban 70 u 80 marcos. Pero él ha sabido llevar calladamente sobre sí esa inquietud, hasta que nuestras bailarinas han terminado por cobrar en los escenarios alemanes entre 180 y 240 marcos. Precisamente por eso, porque habíamos sentido la inquietud de que ellas cobrasen un salario justo en lugar de un dinero para sus gastos, nos propusimos liberarlas de los motivos existenciales por los que se convertían en dependientes de una serie de amistades interesadas. Ahora, al fin, pueden dedicarse con plenitud a su profesión artística».

Hitler miró en derredor, como exigiendo un reconocimiento y cerró el capítulo: «Por ejemplo, las coristas. Muy a pesar suyo han terminado en el cabaret». Hitler sabía perfectamente qué deseaba el pueblo; porque sabía qué deseaba él mismo. «Yo soy uno de vosotros», había clamado innumerables veces. Y tenía toda la razón. Pequeño burgués, como los que le aclamaban, participaba de los gustos al uso sin reserva alguna. O se esforzaba por mostrarse profundo y meticuloso, como corresponde al estilo alemán, y así conectar con el «Ocaso de los Dioses», de Wagner, o la «Obertura de Egmont», de Beethoven, o, por el contrario, trataba de aparecer risueño y despreocupado, mostrando así otra faceta del alemán, popular y apolítico.

Con esa mezcla de circo, cabaret y café cantante la mayoría de los alemanes se sentía realmente cómoda. En consecuencia los nazis se esforzaron por fomentar el teatro de variedades.

Noche tras noche, e incluso en la primera sesión de la tarde, la Haus Vaterland o el Wintergarten se llenaban de espectadores, como ocurría también en el Scala o en el Plaza, de la obra social «Fuerza por la Alegría». Por las mañanas, a las 10, cuando abrían las taquillas para la venta anticipada de localidades, las puertas de los teatros de operetas veían cómo ante ellas se formaban grandes colas: en Berlín el fenómeno se registraba ante el Admiralpalast y el Metropoltheater; en Munich, ante el teatro de la Gärtnerplatz.

El público recibía algo a cambio de su dinero: gracia y elegancia en los movimientos de la danzarina americana Myriam Verne; sentimiento y alta precisión en las intervenciones de las hermanas berlinesas Höpfner; donaire y acrobacia en la actuación de la húngara Rosa Barsony; entusiasmo y temperamento en las apariciones en escena de



Así veían a la mujer joven de la época los ideólogos del sistema: «Muchacha feliz dentro de una juventud dichosa».



su compatriota Marika Rökk; y el embrujo y la seducción del exotismo de La Jana.

Caramba, ¿embrujo y seducción? ¿En un estado de tan alta moralidad como el Tercer Reich? Entre las muchas contradicciones del régimen nacionalsocialista hay que incluir ésta. Precisamente la legendaria carrera artística de La Jana, en el escenario de variedades y en la pantalla, es un dato de primera mano para entender esas contradicciones del sistema. Ni su vestuario ni su estilo interpretativo estaban de acuerdo con la quintaesencia de la «rubia» escena alemana.

Sin embargo, hubo también prohibiciones. Marika Rökk narra en sus memorias este episodio sorprendente: en una secuencia de una de sus películas tenía que bailar con su compañero una danza española. Para ello el figurinista había ideado un vestido largo, negro, recamado al máximo, que mostraba de vez en cuando los encantos de las piernas de la danzarina. En su parte superior estaba abierto hasta dejar al aire el ombligo. Esa zona se cubrió con un tul, pero así y todo...

Durante el rodaje Goebbels se mostró disconforme con semejante atuendo. Pero el productor no parecía muy dispuesto a ceder a las opiniones de su jefe supremo y así discutió con el ministro, literalmente, por cada centímetro cuadrado visible de piel de la actriz. El jefe de Propaganda del Reich era inexorable y hubo que recomenzar el rodaje con nuevo vestuario. Lo que, por lo demás, no impidió que en la primera ocasión le presentara sus respetos amorosamente a la atractiva Marika. Durante una comida con ocasión del estreno hizo rodar por el suelo dos monedas y, tras disuadir con un gesto a quienes se lanzaron en su ayuda, se dispuso él mismo a buscarlas. Así fue a dar en los pies de la bella húngara.

En los comienzos del Tercer Reich, el entonces famoso director del periódico liberal «Berliner Tageblatt», Theodor Wolff, profetizó que el futuro sería trabajo y guerra, pero también pan y juegos. La profecía se cumplió plenamente. Se cumplió, como ya hemos dicho, con todas sus contradicciones. Porque, cuando en 1940 brincaban en muchos escenarios aquellas chicas de largas piernas, ligeras de ropa, atractivas, envueltas en una música airosa y un decorado magnificente, el recién publicado léxico enciclopédico Meyer, de tendencias pardas, advertía contra esas revistas que, «precedidas por grandes anuncios, se convertían en moda y negocio de judíos avispados». El teatro de variedades hacía ya tiempo que había sido «desjudificado», pero la revista aún no... ¡y, sin embargo, resultaba bonita! 

Yo quería bailar

Quince años tenía Gisela Deege cuando captó esta imagen suya el fotógrafo Conrad Weidenbaum. Después de la guerra Gisela se convertiría en la primera bailarina más famosa de la escena berlinesa. J. R. Klicker ha realizado con ella la siguiente entrevista.

Klicker: *Señora Deege, el nacionalsocialismo era oficialmente contrario al ballet clásico, porque, según decían, el cuerpo pierde en él su forma natural y las falditas tan sólo tratan de cubrir los efectos negativos del ballet antinatural. ¿Tuvo usted noticia entonces de esta posición?*

Deege: *Sí, naturalmente. Por supuesto el ballet clásico había dejado de existir. Yo misma sólo pude bailar una vez durante el Tercer Reich. Fue con ocasión de las fiestas de Leipzig y tomé parte en el ballet «Romeo y Julieta», con el título «Los amantes de Verona», porque Shakespeare estaba prohibido bajo el régimen de Hitler.*

Klicker: *¿Vio usted entonces alguna salida a su profesión?*

Deege: *Yo quería ser danzarina, y nada más. Soñaba con interpretar grandes papeles: la Julieta, la Gisela. Pero ya que se nos cerraban los escenarios, no había más remedio que esperar. Aunque la opereta florecía en Berlín, en el Admiralpalast y en el Metropoltheater, con gran fuerza por cierto, el ballet clásico había quedado reducido a cero durante el Tercer Reich.*

Klicker: *Usted se formó al lado de la famosísima Tatiana Gsovky. ¿Qué opinaba entonces aquella maestra de ballet clásico?*

Deege: *Dijo muy poco. No estaba en ninguna lista negra, pero desde luego no era bien vista por los medios oficiales.*

Klicker: *¿Les dolía especialmente saber que aquello que bailaban no era agradable para los políticos del Reich?*

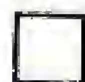
Deege: *No nos molestaba en absoluto. Al contrario: estábamos como en trance y lo demás no nos interesaba.*

Klicker: *¿Qué ocurrió con todos aquellos bailarines y danzarinas que tanto destacaron en la escena berlinesa antes de 1933?*

Deege: *Se les privó de su condición de artistas. Algunos lograron permanecer en la ópera, por ejemplo Regina Gallow e Ilse Meuthner, pero se les situó en un estado como de congelación. En todos los casos se les exigió una transformación. Los ballets clásicos se dejaron de representar e incluso se renunció a una nueva coreografía.*

Klicker: *Y ¿qué pasó con los fragmentos de ballet que algunos compositores habían incluido en sus óperas?*

Deege: *No lo sé con exactitud. Pero tengo la impresión de que estos pasajes fueron eliminados sin contemplaciones.*





Así la conocía todo el mundo: Marika Rökk en la película «Ámame». Su compañero en el filme fue Viktor Staal.

Con la reposición de «Hallo, Janine», de Marika Rökk, la directora de la empresa cinematográfica Gloria, Ilse Kubaschewski, puso después de la guerra la primera piedra de su imperio.



Recuerdos de Marika Rökk

CORAZON CON PIMIENTA

En 1974 Marika Rökk publicó sus Memorias. La estrella de la Ufa, a la que se acusó tras la guerra de haber servido al Reich como espía, describe en su libro, con todo detalle, una posición absolutamente neutral y apolítica. He aquí un episodio del capítulo titulado «Kis-Marika y la gran política».

Yo quería y admiraba a Alemania, y no podía juzgar el régimen porque era absolutamente apolítica, lo soy aún en la actualidad. Como siempre, también entonces me concentraba en mi profesión. Naturalmente, durante la época nazi me hallaba en pleno fulgor como estrella de la Ufa, mientras mi marido, Georg Jacoby, tenía que enfrentarse con algunas dificultades.

A pesar de todo, encuentro injusto que después de la guerra las malas lenguas atribuyeran a mi hija Gaby infinidad de padres, desde no sé quién hasta Goebbels. Ni una palabra de Jacoby. Algo sencillamente grotesco. Como el hecho de que en mi patria, mi querida Hungría, no se me haya perdonado. Evidentemente el pequeño Moritz se imaginaba la cosa así, que las estrellas de la Ufa podían entrar y salir a su gusto donde quisieran, incluso en las casas de los jefes nazis, como si fuesen simples mujeres alegres para animar a los encumbrados señores. ¡Vaya equivocación! Para esto había etiquetas. Que no me afiliase al partido es algo que debo a Jacoby, y sólo a él. Yo por mí misma me habría dejado llevar. En especial me llamaba la atención la pequeña insignia que llevaban todos. Jacoby me dijo: «¿Estás loca?» Él mismo había hecho su numerito. Ingresó cuando ya no pudo resistirse más, y eso lo puede testificar cualquiera.

En todo caso, repito, con la mano en el corazón, que soy apolítica. De arriba abajo. Jamás he participado en unas elecciones, ni pertenecí a un partido: soy feliz cuando me dejan en paz. Lo demás me tiene sin cuidado. Lo siento, pero no puedo cambiar mi piel. Durante mi juventud no tuve el menor interés por esas cosas. Cuando recibí mi primera invitación para asistir a una recepción del *Führer*, pensé ante todo: ¿Qué es lo que gusta aquí de ti?

Me adelanté a los tiempos...

Yo contaba con un público entusiasta. Con el tiempo había dejado de gesticular tan vivamente como antes. Mis movimientos eran ya más flexibles, me había acostumbrado progresivamente a la cámara.

Todos los personajes notables estaban presentes, también los de «Wien-Film», que luego lamentarían haber asistido. Nos situamos en una larga fila, como si se nos fuese a dar algo gratis. Hitler y Goebbels hicieron luego desfilar a los artistas congregados y les tendieron la mano. Yo estaba sola. Jacoby no había sido invitado. No estábamos aún casados.

Allí se habían reunido tantas primeras figuras del arte como yo jamás había visto en otro lugar. Me sorprendió aquel protocolo.

Todos los caballeros saludaban a Hitler levantando el brazo antes del apretón de manos. Las damas agitaban igualmente sus bracitos antes de tenderle al *Führer* su mano. Yo lucía un vestidito de noche que parecía una azucarera, y pensé: Ni hablar, Marika, eso no lo harás. Nunca había saludado con el brazo en alto. Me pareció que ese ▷

gesto no iba bien a mi indumentaria. Con toda seguridad yo era la más joven de toda la fila. Cuando me encontré frente a Hitler, venció en mí la niña de espectáculo que yo era y saludé con una inclinación casi imperceptible.
El *Führer* dijo: «¡Ah!, la pequeña húngara». Luego, me tomó la mano y me la besó. Me quedé atónita.
Sentí que el vestido me oprimía en el pecho. Como un pavo me dirigí al refrigerio. El hombre tiene que comer. Me senté en una mesa ocupada por dos caballeros y una dama. Mi plato estaba repleto.
Entonces hubo champán. Los camareros vestían libreas. Todo muy digno. Los señores con los que compartía la mesa no me reconocieron. Como si yo fuese una nube o un espíritu. Ni me vieron, creo. Afortunadamente, porque así pude concentrarme en la comida, que para eso había tanta en mi plato. De repente Hitler decidió dar una vuelta por las mesas. Se detenía en una, luego en otra, y en todas las caras podían leerse los sentimientos de los invitados que él abordaba. Muchos conservarían un recuerdo eterno de ese día.
Yo pensé: espero que no venga a mi mesa. Mi alemán no era precisamente bueno. Después él preguntó algo y yo no lo entendí. Al fin se acercó.
Entonces me dijo: «Sí, la he reconocido inmediatamente. Usted es la pequeña húngara. He visto sus películas. Admirable...», y siguió hablando conmigo, sólo conmigo. ¡Qué suerte! –pensé–, entiendes lo que está diciendo. Él inquirió: «Usted hace de todo: cabalga, baila, realiza acrobacias... ¿No será que tiene usted un doble? Luego se volvió a mis taciturnos compañeros y les preguntó: «¿No es cierto que esta pequeña húngara lo puede hacer todo?» Ellos, claro, asintieron. Entonces se dirigió nuevamente a mí: «¿Qué hay en verdad, señora, que no pueda hacer usted?» Yo le espeté: «Aprender alemán, Herr Hitler». Todos se rieron. Entonces él, elevando la voz, añadió: «¿Pero qué cree usted, que todos los alemanes hablan correctamente alemán?» Y se marchó.
Y ahora viene la razón por la que he narrado esto con tanto detalle. De repente mis tres compañeros de mesa se me acercaron, me halagaron con sus comentarios, casi se me metían por los ojos...
Todavía no era consciente de lo que significaba para los demás el haber merecido la gracia de Hitler. Para mí eso era muy distinto: me había limitado a desarrollar mi pequeño espectáculo particular, y nada más.

Marika Rökk: «Herz mit Paprika». Universitas Verlag, 1974

□


1


3


2





4



5

❶ *Incluso el que luego sería jefe de prensa del canciller Adenauer, Felix von Eckardt, escribió para ella un guión: La Jana.*

❷ *Hasta muy entrada la guerra, las «variedades cosmopolitas» fueron la niña mimada del negocio del espectáculo: erotismo pequeño-burgués para la revolución de los pequeño-burgueses.*

❸ *«Las mujeres son los mejores diplomáticos». Este era el título de un filme en el que Marika Rökk participó con gran aceptación popular.*

❹ *También la danza expresionista tuvo su culto creciente: Lya Mara.*

❺ *La organización nazi «Fuerza por la Alegría» patrocinó su propio espectáculo de variedades en su local, el «Plaza». Gusto popular con una pizca de sexo.*

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Bradley, Omar N., general americano. Nacido el 12-II-1893 en Clark (Missouri). En 1915 concluyó sus estudios, juntamente con Eisenhower, en la academia militar de West Point. Durante la primera Guerra Mundial fue destinado a servicios de vigilancia en la frontera mexicana y después tomó parte en sucesivas acciones. En 1940, secretario de George Marshall y posteriormente director de la escuela de Infantería de Fort Benning. Fue transferido en 1943 al Norte de África. El 10-VII-43, ya teniente general, desembarca en Sicilia con el Cuerpo de Ejército II. Como jefe del Ejército 1 americano desembarcó igualmente en Normandía. Desde julio de 1945, jefe de las asociaciones de veteranos. El 21-XI-47, general en jefe de Estado Mayor. El 1-VIII-49, jefe del Estado Mayor confederado americano, hasta mayo de 1953.

Brandenburger, tropas selectas del OKW, destinadas a misiones especiales, entre ellas de contraespionaje. Procedencia originaria, Alta Silesia, donde habían de cumplir funciones de protección a las instalaciones industriales. La *Bau-Lehr-Kompanie,* integrada en ellas, contaba con 800 hombres el 16-X-39 y tenía su cuartel general en Brandenburgo, a orillas del Havel. Tras su participación en la campaña occidental, el *Lehr-Regiment Brandenburg* quedó estacionado, con sus ochocientos hombres y tres batallones, en las ciudades de Brandenburgo, Düren y Baden, junto a Viena. El 1-XI-42, transformación en asociaciones especiales 800. A finales de 1942, nueva conversión en División Brandenburgo. En 1943 se sometía al mando del OKW. En el otoño de 1944 nueva reconversión, esta vez a División acorazada de granaderos, que hasta el 30-IV-45 se integró en la División acorazada «Grossdeutschland», formada además por la División de granaderos del mismo nombre y la División de escolta del *Führer.*



Omar N. Bradley.

Brandi, Albrecht, capitán de fragata alemán. Nacido en Dortmund el 20-VI-1914 y muerto el 6-I-1966. Ingresó en la marina en 1935. De abril de 1942 a julio de 1944, comandante de los submarinos *U 617, U 380* y *U 967.* De enero de 1945 hasta el final de la guerra, jefe de las pequeñas organizaciones de lucha en Holanda. Obtuvo la Cruz de Caballero con hojas de roble, espadas y brillantes. Se atribuyó el hundimiento de 3 cruceros, 12 destructores y 20 mercantes, con un total de 115.000 toneladas (en realidad estas hazañas se limitaron a 1 minador, 2 destructores y 9 mercantes, con un total de 26.689 toneladas).

Brandt, Karl, médico alemán y dirigente de las SS. Nacido el 8-I-1904. Muerto el 2-VI-1948 en Landsberg (ejecutado). Brandt fue médico de cabecera de Hitler y comisario del Reich para cuestiones de sanidad y salud pública. El 20-IV-44 se le designó jefe de grupo de las SS. Fue responsable de la aplicación de prácticas eutanásicas. Acusado de crímenes contra la humanidad (experimentos con seres humanos, muerte de «vidas sin valor» etc.) fue condenado a muerte el 20-VIII-1947 por la primera corte militar norteamericana en el proceso de Nuremberg.

Brauchitsch, Walther von, general *Feldmariscal* alemán (19-VII-1940). Nació en Berlín el 4-X-1881. Muerto en Munstarlage el 18-X-1940. Teniente en 1900. General de División el 1-X-31. Teniente general el 1-X-33. General de Artillería el 20-IV-36. Capitán general el 4-II-38. El 1-X-35, comandante en jefe del Cuerpo de Ejército I. El 1-IV-37, jefe de Mando 4. El 4-II-38, comandante supremo del Ejército de Tierra. El 19-XII-1941 (crisis de invierno ante Moscú) se retiró. Hitler asumió entonces el Mando supremo del Ejército.

Bremen, ciudad a orillas del Weser. Contaba con unos 300.000 habitantes en 1940. Esta población tuvo que soportar graves ataques aéreos aliados, en junio y octubre, por aviones ingleses; el 12/13-II-41, ataque contra la factoría de aviones Focke-Wulf; 20/21-X-41, 92 bombarderos ingleses arrojaron sobre la ciudad 140 toneladas de bombas; el 3/4-VI-42 cayeron otras 246 toneladas; el 25/26-VI-42, 713 aviones arrojaron 1450 toneladas; el 18/19-VIII-44, se lanzaron otras 1120; el 30-VIII-44, los americanos arrojaron 44.917 toneladas, con los efectivos aéreos de la Flota aérea 8 que el 11-III lanzaría otras 45.861 toneladas. El 16-IV-45, la ciudad cayó en poder del Ejército 2 británico. En total quedaron destruidas en Bremen 65.000 viviendas.



El cuartel general de las primeras unidades Brandenburger.

Breslau, ciudad a orillas del alto Oder, que había sido alemana. 560.000 habitantes en 1940. Hoy se encuentra en territorio polaco con el nombre de Wroclaw. En 1945 fue el centro de los combates más duros y definitivos de cuantos se libraron en Silesia. El 21-I-45, los soviéticos alcanzaron el Oder, al norte y sur de Breslau.



Walther von Brauchitsch.

El 8-II comenzó el cerco de la ciudad: el Ejército 6, mandado por el teniente general Gluzdovski, atacó por el norte; el Ejército 5 de Guardias, con el general Shadov al frente, emprendió la ofensiva por el sur. El cerco terminó el 15-II. En la fortaleza resistieron las tropas alemanas, mandadas por el general de División von Ahlfen: tan sólo contaban con 200 cañones y 7 carros de combate, para superar la embestida hasta el mes de mayo. La ciudad quedó destruida en un 68 %.

Brest-Litovsk, ciudad de 60.000 habitantes situada junto al Bug. Polaca en 1921. Rusa en 1939. Conocida por la paz firmada en ella el 3-III-1918 entre Rusia y las potencias centrales. En la campaña de Polonia (12/17-IX-39), Brest-Litovsk capituló el 16-IX. El XIX *Panzerkorps* alemán prosiguió su avance a través de ella hacia Cholm. El Ejército polaco quedó encerrado al oeste del Bug. En la campaña de Rusia, el Ejército 4 soviético quedó aniquilado, el 22-VI-41, por el 2.° *Panzergruppe* alemán cerca

de esta ciudad. El 28-VII-44, el primer Frente de la Rusia Blanca recuperó Brest-Litovsk.

Briesen, Kurt von, general alemán de Infantería (1-VIII-40). Nacido el 3-V-1883 en Anklam, murió en combate en Derievka (URSS) el 20-XI-1941. Ingresó en el Ejército en 1904. Lo abandonó en 1920. Vuelta a la escala activa en 1934. El 1-VIII-37, general de División. Del 1-III-38 al 25-XI-40, comandante de la División 30 de Infantería. Fue ascendido el 1-VIII-39 a teniente general, y el 25-XI-40 a comandante en jefe del Cuerpo de Ejército II.

Bristol, ciudad comercial inglesa a orillas del Avon. Contaba en 1940 con unos 390.000 habitantes. Sufrió duros ataques aéreos alemanes: 24/25-VIII-40; del 23/28-XI-40 al 3/4-I-41, 178 aviones alemanes arrojaron sobre ella 154 toneladas de bombas y 1488 artefactos incendiarios; el 16/17-III-41, 162 aparatos sobrevolaron la ciudad y arrojaron 166 toneladas de bombas; el 11/12-IV-41, las bombas sumaron 41.193 toneladas. El 23/24-IV-44, se produjeron 44 ataques por parte de 117 bombarderos del IX *Fliegerkorps*.

Brockdorff-Ahlefeldt, Walther, barón von, general alemán de Infantería (1-VIII-40). Nacido el 13-VII-1887 en Perleberg, murió en Berlín el 5-IX-1943. Ingresó en el Ejército en 1907. General de División el 1-IV-37. Teniente general el 1-III-39. Comandante de la División 23 de infantería el 1-III-38. Comandante en jefe del Cuerpo de Ejército 2 entre el 21-VI-40 y el 19-I-43. Defendió del 18-I al 28-IV-42 el valle del Demiansk (véase artículo correspondiente).

Brooke, Alan Francis (Vizconde Alanbrooke), *Feldmariscal* británico (1-I-44). Nacido el 23-VII-1883, muerto el 17-VI-1963 en Inglaterra. Comandante en jefe del Cuerpo 2 desde septiembre del 39 a mayo del 40. De julio del 40 a noviembre del 41, jefe supremo de las fuerzas insulares británicas. Jefe del Estado Mayor del Imperio desde 1-XII-41 al 25-VI-1946.

Broz, Josif (véase Tito).

Brunswick, ciudad de la Baja Sajonia. Contaba en 1940 con unos 150.000 habitantes. A mediados de agosto de 1941 sufrió el primer bombardeo inglés. Otros ataques aéreos: el 11-I-44, por la Flota aérea 8 americana; el 14/15-I-44, por 472 aviones ingleses, que arrojaron 2000 toneladas de bombas; el 30-I-44, gran ataque norteamericano; el 8-V-44, 300 bombarderos del tipo *B-24* atacaron Brunswick; el 12/13-VIII-44 los británicos arrojaron sobre ella 1275 toneladas de bombas; el 14/15-X-44, 240 aviones ingleses volvieron a atacar la capital. Durante la guerra, 27.000 casas quedaron destruidas en Brunswick.

«Brunswick», continuación, a partir del 30-VI-1942, de la ofensiva de verano en la zona de Kursk (ver la ofensiva «Blau» en el mapa correspondiente), operación que comenzó con este nombre, «blau» (azul). Intervino el Grupo de Ejércitos de Weichs con tres divisiones acorazadas, más otras tantas de granaderos también acorazadas y 11 divisiones de Infantería, así como 10 divisiones húngaras. Como consecuencia de un aterrizaje de emergencia del comandante Reichel (primer oficial de Estado Mayor de la 23 *Panzerdivision)* el 19-VI, cayeron en manos soviéticas órdenes y planos correspondientes a la primera fase de la operación. El frente entre el Don y el Donez se hizo flexible, pero con todo se pudo evitar el enfrentamiento con el grueso de las fuerzas enemigas. Por esta razón Hitler decidió privar al *Feldmariscal* von Bock del mando del Grupo de Ejércitos B, el 15-VII.

Bruselas, capital de Bélgica. 220.000 habitantes en 1940. Ocupada sin luchas por las tropas del Grupo de Ejércitos B, mandadas por von Bock, el 17-V-40. El 3-IX-44 fue tomada por el Ejército 2 británico. Cinco días después regresaba el gobierno belga en el exilio. Del 8-X-44 al 5-IV-45, cayeron unas 2000 V-2 sobre Bruselas, Amberes y Lieja.

Bucarest, capital de Rumania. Contaba en 1940 con unos 800.000 habitantes. Sufrió duros ataques aéreos a cargo de la Flota aérea 15 norteamericana, el 4-IV-44, repetidos el 24-IV, el 8-V y el 28-VI. Tras el golpe de estado en Rumania, los bombarderos alemanes emprendieron un ataque a la capital el 24-VIII-44. Algunas fuerzas alemanas, muy débiles, fracasaron en el intento de ocupar la ciudad. Tras esta intentona fallida, Bucarest declaró la guerra a Berlín. El 31-VIII-44, el Ejército 53 soviético, al mando del teniente general Managarov, entraba en Bucarest.

Buchenwald, campo de concentración nacionalsocialista situado en el Ettersberg, cerca de Weimar. Buchenwald contaba con 136 instalaciones complementarias en todo el Reich. Desde 1937 hasta el final de la guerra fueron internados allí 239.000 hombres de 32 países, de los que 56.000 encontraron la muerte. Los americanos conquistaron el lugar el 11-IV-45.

Bücker, factoría de aviones en Berlín, fundada en 1933 por Carl Clemens Bücker. La firma se hizo famosa sobre todo por sus aparatos *Bücker Bü 131 Jungmann* y *Bü 133 Jungmeister*, que se convirtieron en aviones escuela y aparatos de práctica de la *Luftwaffe*. Ambos eran muy manejables. De las mismas naves de producción salió el *181 Bestmann*, un biplaza que se utilizó en las escuelas de cazas.

Budapest, capital de Hungría. Contaba con unos 960.000 habitantes en 1940. El 19-III-44 los alemanes, mandados por el *Feldmariscal* von Weichs, ocuparon la ciudad. Inmediatamente comenzó su actividad el grupo de Eichmann, con el transporte de judíos húngaros a Auschwitz. La capital sufrió tres ataques aéreos americanos hasta julio de 1944. El 8-XII-44 comenzó la gran ofensiva soviética para asediar Budapest, ofensiva que terminó el 26-XII. El ataque de socorro por el IV *Panzerkorps* de las SS se desarrolló el 27-I-45 al norte del Plattensee. El 11-II-45 la ciudad fue tomada por tropas soviéticas. Durante los combates perecieron 20.000 civiles en la ciudad.

Semion Budennij.

Budennij, Semion Mijailovic, mariscal de la Unión Soviética (20-XI-35). Nació el 25-IV-1883 en Vorónezh y murió el 26-X-1973, en Moscú. De noviembre de 1919 a mayo de 1921 desempeñó las funciones de co-

Frontzeitung der Festung Breslau

Schlesische Tageszeitung

AMTLICHES BLATT DER NSDAP. UND SÄMTLICHER BEHÖRDEN

16. Jahrgang / Nr. 118

Festung Breslau, Mittwoch, den 2. Mai 1945

Heldentod des Führers

Großadmiral Dönitz als Nachfolger eingesetzt

Mientras capitulaba Berlín, aún se luchaba en Breslau. He aquí el titular del penúltimo número de «Frontzeitung» («Diario del frente»): «Muerte heroica del Führer. El gran almirante Dönitz, nombrado sucesor».

mandante supremo del Ejército 1 de Caballería de su país en la lucha contra Polonia. De julio de 1941 a septiembre del mismo año, comandante supremo del frente suroccidental. De septiembre a octubre del 41, jefe de la reserva. De mayo a septiembre del 42, comandante en jefe del frente Norte del Cáucaso. En 1943, jefe del Arma de Caballería. Desde 1946, miembro del Presidium del Soviet Supremo. En mayo de 1953, inspector del Arma de Caballería.

«Büffel-Bewegung» (movimiento de búfalo), nombre cifrado para una operación de campaña desarrollada en el frente oriental entre el 1-III y el 16-III-1943. El objetivo de esa operación era el de limpiar el arco del frente en torno a Rschev, Ghatsk y Viasma por el Grupo de Ejércitos Centro alemán, dirigido por von Kluge. Reducción del frente en 230 kilómetros y ahorro de 21 divisiones.

Bulgaria, reino balcánico hasta el 8-IX-1946 y, a partir de entonces, república popular. Mantuvo la amistad con el Reich durante la segunda Guerra Mundial, gobernado por Boris III. El 1-III-1941 se incorporó al pacto tripartito y otorgó a las tropas alemanas libertad de tránsito hacia los Balcanes. En 1940 consiguió el dominio sobre el sur de Dobrudja y, en 1941, Macedonia y Tracia. Bulgaria rehusó la invitación a una guerra contra la Unión Soviética, pero rompió hostilidades, el 12-XII-1941, con Gran Bretaña y los Estados Unidos. El 26-VIII-1944 Bulgaria declaró oficialmente la «retirada de los campos de batalla» y la neutralidad. En la víspera del 5-IX-1944 rompió sus relaciones diplomáticas con Alemania. Por la tarde, en Sofía, se recibió la declaración de guerra de los soviéticos. Al tiempo entraban en suelo búlgaro el tercer Frente ruso con tres ejércitos. Hasta el 9-IX-1944, el país permaneció totalmente ocupado, sin resistencia posible del Ejército nacional de Bulgaria. El 8-IX, declaración de guerra contra Alemania. En la noche del 8 al 9-IX, se produce el golpe de estado comunista. A partir de entonces Bulgaria pondrá a disposición de los yugoslavos un fuerte contingente militar en su lucha contra los nazis.

Buna, denominación del caucho sintético obtenido a partir del butadieno mediante el uso del sodio como catalizador. Desde 1936 se intentó sustituir con *buna* la demanda de caucho, pero hasta 1939 solamente se pudo cubrir el 22 % de las necesidades. En 1939 se consiguió llegar a las 22.000 toneladas. En 1943, 117.000 toneladas. La producción se realizaba en cuatro plantas industriales: Zschopau y Leverkusen, antes de la guerra; Hüls, desde mayo de 1940, y Ludwigshafen, desde marzo de 1943. La destrucción de las naves de producción y preparación de envíos causó un gran descenso de la producción total, hasta las 1800 toneladas en diciembre de 1944.



Uno de los primeros y más conocidos sucedáneos: «buna».

Burdeos, ciudad francesa del departamento de la Gironde. En 1940 tenía una población de 250.000 habitantes. Desde el 14-VI-1940 fue sede del Gobierno francés que decidió el 11-VII-1940 trasladarse a Vichy. El 5-IX-1940 submarinos italianos establecieron una base en este puerto. La ciudad fue abandonada por las tropas alemanas el 24-VIII-1944, las cuales se retiraron a las zonas fortificadas de Gironde-Sur y Gironde-Norte.

«Burza» (tormenta), denominación que daba el Ejército patriótico polaco a sus acciones más violentas de sabotaje e intervenciones de partisanos. Operaban las fuerzas al mando del general Bor-Komorowski, en estrecho contacto con el Ejército rojo, contra el Ejército alemán, que se retiraba de la Unión Soviética. En los comienzos seguía las directrices del Gobierno en el exilio, contrarias en muchos momentos a las de Bor-Komorowski.

Busch, Ernst, general *Feldmariscal* alemán (1-II-43). Nació el 6-VII-1885, en Essen-Steele, y murió el 17-VII-1945. General de División en 1935, teniente general el 1-X-37; general de Infantería el 1-II-38; capitán general, el 19-VII-40; comandante en jefe del Cuerpo de Ejército VIII, durante los años 39 y 40. Comandante supremo del Ejército 16, de febrero de 1940 a octubre de 1943. Comandante supremo del Grupo de Ejércitos Centro, de octubre de 1943 a junio de 1944. Comandante supremo del Grupo de Ejércitos Noroeste, en marzo de 1945.

C

Calais, puerto francés en la parte más estrecha del Canal de la Mancha, frente a Dover. En 1940 contaba con unos 70.000 habitantes. 11/16-IX-1939 los británicos minaron el estrecho de Calais. 17/25-V-1940 prosiguieron los trabajos de siembra de minas sobre los puertos franceses del Canal, incluido el de Calais. El 27-V-1940 lo ocuparon las tropas alemanas. Los ataques aéreos británicos produjeron grandes destrozos los días 2/3-III-1941 y 20-IX-1944, en que la RAF lanzó 3365 t de bombas sobre la ciudad. El 1-X-1940 capituló la fortaleza (teniente coronel Schröder) ante los efectivos del Ejército 1 Canadiense.

Calais, emisora de propaganda británica destinada especialmente a la *Wehrmacht.* Su potencia era de 600 KW en onda media de 360, 420 y 492 m. Era la emisora mayor y más potente de Europa. Estaba unida a la «Emisora Atlántica Alemana de onda corta»; sus estudios se encontraban en Milton Bryan. Empezó a emitir el 24-X-1943, a las 17,57 h, y cerró el 14-IV-1945 a las 5,59 h. Equipo de redacción: periodistas británicos, emigrantes alemanes y prisioneros de guerra, bajo la dirección de Denis Sefton Delmer. Las emisiones –un combinado de verdades y mentiras– representaron un esfuerzo máximo en la guerra psicológica.

California, buque de guerra americano, de 35.190 t, botado el 8-X-1921. Eslora: 190,4 m; manga: 34,8 m; dotación: 2.375 hombres; armamento: 12 cañones de 356 mm, 16 de 127 mm y 56 de 40 mm. Pertenecía a la flota del Pacífico y el 7-XII-1941 fue hundido en el ataque japonés a Pearl Harbor al ser alcanzado por dos torpedos y tres bombas. Se le izó y reparó modernizándolo el 25-III-1942; desde el 31-I-1944 volvió a intervenir en los ataques a Saipán, Guam, Tinián, Leyte y Luzón. Averiado por los Kamikazes el 6-I-1945, tras su reparación navegó contra Okinawa y en el mar de China. El 14-II-1947 fue remozado y en marzo de 1959 llegó su desguace.


Carros enanos en combate contra los «burza» polacos.

La guerra corrompe las costumbres

Sobre Francia evolucionan y rugen las escuadrillas aéreas de combate. Columnas de carros blindados alemanes ruedan en dirección a la costa atlántica. A mediados de junio de 1940, Stalin se muestra especialmente afectado: en un mes Hitler se ha adueñado de Europa occidental. Nadie había contado en Moscú con una quiebra tan fulminante y total de la IIIª República francesa.
El mundo contempla atónito el milagro de la guerra relámpago alemana contra el resto de Europa. Del 15 al 17 de junio de 1940 habían desaparecido del mapa las pequeñas repúblicas de Estonia, Letonia y Lituania. Stalin trata de sacar partido del pacto suscrito por él y Hitler el 23 de agosto de 1939, pero Alemania manifiesta que no está interesada en que se produzcan nuevas alteraciones políticas en la costa báltica.
Finlandia se encontraba dentro de los límites fijados por la paz de Moscú el 12 de marzo de 1940, y había tenido que ceder a la Unión Soviética amplios territorios en el Este. El poderío rojo alcanzaba ahora a las tres pequeñas democracias a las que no podía ayudar el Occidente democrático, porque las había dado por desahuciadas.
La receta es una clara muestra de candor inerme. Stalin denuncia unas supuestas «provocaciones antisoviéticas» desde el territorio de esas repúblicas, exige la formación de un nuevo Gobierno y ordena que penetren en ellas tropas soviéticas. En todas partes había, claro está, un puñado de comunistas autóctonos. Los miembros de la inestable clase rectora político-militar, formada en las dos décadas anteriores; fueron detenidos inmediatamente, se les deportó o huyeron al exterior.
La cuarta víctima de esa reconstrucción del imperio de los zares fue el reino de Rumania. A finales de junio de 1940, el rey Carol II se vio obligado a renunciar, por presiones soviéticas acompañadas de ultimátum, a las regiones de Besarabia y Bucovina del Norte, ocupadas desde 1918. Hitler desconfió. Los campos petrolíferos rumanos eran de importancia vital para Alemania. Rumania recibió entonces una garantía alemana: en el otoño siguiente se trasladaría al país rumano una misión militar alemana con «tropas de instrucción». Moscú rechazó fríamente, por su parte, la oferta de esas seguridades alemanas.
A la vista de la quiebra del orden político en Europa occidental, quien más quien menos buscaba, provocador bélico o no, atrapar al vuelo aquello que le parecía trascendental. Tropas británicas se comprometen a defender la Islandia danesa y las islas Feroe contra un eventual ataque alemán. Japón ocupa a finales del verano la parte norte de la Indochina francesa, con el pretexto de controlar a China desde el sur: en este país aún operan efectivos japoneses contra el general Chiang-Kai-Shek.
España, neutral *de iure*, ocupa la zona internacional de Tánger y exige a Gran Bretaña que abandone Gibraltar, a lo que Londres se niega. El 3 y 4 de julio de 1940, la escuadra británica cañonea las unidades francesas ancladas ante el puerto de Orán. Eso se consideró como una clara violación del derecho internacional.
La guerra, que Hitler quería limitar en un principio a Polonia, parecía cada vez más intrincada; la madeja iba enredándose progresivamente. Sobre todo desde que el 10 de junio de 1940 el dictador italiano Mussolini declaró la guerra a Inglaterra y a Francia, herida ya de muerte.
Mussolini, cuyas apetencias desorbitadas sobre el Norte de África y el Sur de Francia asustaron a Hitler incluso durante las negociaciones del armisticio con Francia, llevó a Italia, que no estaba preparada para una confrontación, de aventura en aventura: ocupó la Somalia británica, en África oriental, amenazó al Sudán inglés, puso en marcha desde Libia un ejército italiano contra Egipto y se lanzó contra Grecia en octubre de 1940 con la sola pretensión de demostrar que él, Benito Mussolini, no era menos capaz de impresionar al mundo que el dictador alemán. Hitler había advertido en vano sobre los peligros de implicar en la guerra a Grecia y a los Balcanes en general. A finales del año 1940 quedó bien patente que Mussolini había fatigado en exceso a las débiles tropas italianas y que necesitaba con urgencia la ayuda alemana, tanto en el Norte de África como en los Balcanes.
Hitler tenía que decidirse. ¿Pretendía llevar a cabo, junto con Italia, una guerra por todo lo alto en el Mediterráneo contra Inglaterra, con la aquiescencia de España y del Gobierno de Petain, erigido en la Francia no ocupada? O, por el contrario, ¿era más oportuno concentrar sus fuerzas contra la Unión Soviética? El Jefe del Estado español, general Franco, considerando la astucia y la tenacidad de Hitler, no estaba dispuesto a dejarse involucrar en la guerra. Por su parte, el anciano mariscal francés, al que no se le había extendido ningún tipo de tratado de paz, respondió con una evasiva. ¿Lograría Hitler comprometer a la Unión Soviética basándose en el pacto tripartito? Una conversación en Berlín con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, el 12 de noviembre de 1940, puso de manifiesto que no casaban bien los objetivos e intereses de las dos potencias.
El fiel de la balanza no lograba alcanzar la estabilidad. Por lo que respecta a Alemania e Inglaterra, la guerra sólo tenía lugar en el mar y en el aire. Inglaterra defendió su predominio aéreo sobre la isla en septiembre de 1940. Con el objetivo de doblegar la resistencia británica, los submarinos del almirante Dönitz actuarían en numerosos puertos de la costa atlántica ocupada. En otoño de 1940 se cosecharon los primeros éxitos de los «remeros» *(Rudeln)*, grupos de cinco a ocho botes que actuaban contra los convoyes británicos armados. En una sola operación fueron hundidos 31 buques con un total de 153.000 toneladas. En agosto de 1940 Estados Unidos prestó a los ingleses 50 viejos destructores para que sirviesen de escolta de sus convoyes en ruta hacia el Caribe. En lo referente a Inglaterra, la larga lucha por las rutas de Occidente, resultó para ella más decisiva que cualquier otra circunstancia.

Walter Görlitz 

LA BATALLA DE FRANCIA

Diez días antes de que los alemanes diesen la batalla definitiva, el nuevo jefe supremo del Ejército francés, general Weygand, manifestó ante el Gobierno: «La resistencia que sea capaz de ofrecer aún el Ejército francés tan sólo puede perseguir como objetivo el de dejar a salvo el honor de nuestras Fuerzas Armadas y alcanzar unas condiciones honrosas.»



Con las manos en alto, soldados franceses se entregan a los alemanes y marchan hacia el cautiverio.

Los jóvenes soldados de la División de Infantería 19 francesa, que acechaban en las primeras horas de la mañana del 5 de junio de 1940 cerca de Chaulnes, a orillas del Somme, con el temor reflejado en sus rostros, oyeron de repente el estruendo ensordecedor de la mayor fuerza acorazada de la guerra moderna. Frente a ellos, allí donde el cauce del Somme pertenecía a los alemanes y donde no existía ya impedimento alguno para los agresores, trepidaban los motores de 640 vehículos de combate. Como el bramido de un monstruo antediluviano, aquel estruendo les envolvía: los carros de la 3.ª y 4.ª *Panzerdivisionen* alemanas *(Panzergruppe* von Kleist) se ponían en movimiento.

En un trecho de sólo 6 kilómetros, esos efectivos se lanzaban hacia las posiciones francesas, como un puño de hierro. Uno de los soldados que habrían de enfrentarse a esa fuerza era el teniente Charles Vignier, de 26 años. El joven jefe de batería mandaba seis cañones de 75 mm, situados al norte de Chaulnes, sobre un desfiladero. Por su memoria cruzan aún los pormenores de aquel día:

«Eran las 4 en punto de la madrugada. Al otro lado del desfiladero, destacándose sobre la neblina, se perfilaban los primeros carros alemanes. Nosotros teníamos que mantener por el momento la calma. El objetivo no se encontraba aún a tiro, pero sí comprobamos que el enemigo era numeroso. No podíamos errar el tiro...

Cuando los alemanes se encontraban a unos 600 metros di la orden de abrir fuego. El efecto fue deprimente. Mis hombres apenas habían tenido tiempo de fijar la posición de los cañones. No parecía que hubiésemos logrado ni un solo impacto. Entonces ordené que la mitad de los cañones apuntaran un metro a la derecha del objetivo y el resto la misma distancia a la izquierda, de cara al enemigo. Al fin conseguimos alcanzar algunos carros.

A sólo 20 metros de nuestras posiciones, un carro enemigo viró en redondo, las cadenas destrozadas, con el fin de acercarse más a nosotros. De repente sentí un golpe terrible sobre los hombros. El carro había logrado ganar la posición más inmediata a la mía. Un saco terrero, lanzado al aire por la explosión, me había alcanzado.

Antes de que pudiese levantarme me percaté de cómo Hausmann, un joven cabo, se encaramaba sobre el carro de combate y colocaba una carga explosiva en el lado en que se encontraba el depósito suplementario de combustible. Después echó a correr en zig-zag. Antes de que volviese a nuestra trinchera estallaron las granadas de mano. Inmediatamente después me volví hacia mis hombres. Ahora ya sabían, al menos, hacia dónde debían apuntar con los cañones, a la derecha y a la izquierda, para alcanzar al enemigo. Habíamos logrado resistir la primera embestida. Ante nuestras baterías se encontraban seis carros alemanes destrozados.»

Al otro lado de la línea de fuego, el capitán von Jungenfeld, comandante de un batallón de la 4.ª *Panzerdivision*, luchaba en las inmediaciones de Chaulnes. He aquí su informe: «Nuestros carros los reciben con un fuego infernal. En un abrir y cerrar de ojos arden los primeros blindados. Nuestra situación es, desde luego, poco airosa. Su capacidad de resistencia es muy fuerte. Nosotros, por nuestro lado, disponemos de poca munición de artillería... Hoy, día decisivo, habré de contar con todas las posibilidades, incluso con un contraataque francés.»

Los hechos ocurrieron así: ese 5 de junio, en el que comenzaría la batalla definitiva por Francia, la situación era muy diferente a la de veinte días antes, cuando los franceses fueron arrollados a orillas del Mosa. Con el mismo brío que las tropas de Vignier, muy reducidas, combatieron también los defensores de la línea de fuego, a lo largo de 360 kilómetros, desde la costa del canal, siguiendo el Somme y el Aisne, hasta Vouzier. Su encono rayaba en la desesperación. Sin embargo, la experiencia «aplastante» de Vignier, que le llevaba a ordenar que los cañones corrigiesen su ángulo de tiro en pleno combate, era típica del estado en que se encontraba el Ejército francés. La mayoría de sus unidades estaban en acción ininterrumpida desde el 10 de mayo, se hallaban exánimes y deficientemente armadas. Frente a ellas avanzaba todo un aparato bélico perfecto que forzaba la batalla definitiva. Así puede entenderse el admirable coraje, heroico, de los soldados franceses, su determinación resuelta de recuperar el honor perdido a orillas del Mosa, y, sin, embargo, lo absurdo de su sacrificio.

La relación de fuerzas aquel 5 de junio de 1940 era la siguiente: los 360 kilómetros de la «Línea Weygand», a lo largo del Somme y del Aisne, llamada así en honor del comandante supremo del Ejército francés, general Maxime Weygand, quedaron ocupados por 49 divisiones, de las que la mayoría estaban tan maltratadas que Weygand, atendiendo estimaciones de sus especialistas militares, comprobó que no tenían más capacidad de combate que la que ofrecerían 30 divisiones. Hay que añadir que a la izquierda se situó la División 51 británica, los *Highlanders* escoceses y la División acorazada 1 (y única) británica, la cual había perdido

Mini-desquite de París

Cinco franceses vuelan sobre Berlín. Primeras bombas sobre la capital del Reich.

En la tarde del 3 de junio de 1940, la «Luftwaffe» perpetró un gran ataque contra aeródromos y obras defensivas de los alrededores de París. Según informaciones de la prensa francesa el bombardeo supuso 254 muertos y 652 heridos. Cuatro días después, el 7 de junio, despegaba a las 15,30 del aeródromo de Burdeos-Marignac un avión de reconocimiento con los depósitos llenos, enviado por la aviación naval francesa, en dirección a Berlín. Se trataba de un aparato cuatrimotor del tipo «Centre N.C. 223» capaz de volar a gran altura, que antes se había utilizado para el servicio postal transatlántico de la «Air France» y que gozaba de una autonomía de más de siete mil kilómetros. Su nombre era «Jules Verne».

Al estallar la guerra este avión había sido cedido a la Marina, que lo dotó de elementos de bombardeo y una ametralladora.

El capitán de corbeta Daillières y su auxiliar Comet habían seguido ya en los años treinta la ruta del Atlántico Sur con la «Air France». Pero lo que no habían hecho hasta el momento era realizar un vuelo de ocho horas, y otras tantas de regreso, sobre el mar del Norte, Dinamarca y mar Báltico, cruzar un país enemigo y operar sobre una capital envuelta en una oscuridad impenetrable. Los elementos de navegación de a bordo funcionaron bien y, poco antes de la medianoche, las sirenas ululaban en Berlín. Los antiaéreos se mantuvieron en silencio. No había por qué tomar en serio a un avión enemigo que volaba a considerable altura. Lo más seguro era que se tratase de un «bombardero de octavillas».

Los daños que produjeron las bombas francesas fueron de escasa consideración.

Siguiendo un curso suroeste, sobre Leipzig y Francfort, el bombardero francés, camuflado de negro, regresó a su patria y tomó tierra a las cinco de la mañana en París. En un comunicado del Almirantazgo francés, con fecha 10 de junio de 1940, se desorbita el episodio al calificarlo de desquite de París en el que toda una formación había bombardeado la capital del Reich. Con ese boletín se trataba de levantar la moral de la población civil. De todas formas, hay algo que merece subrayarse: los franceses fueron los primeros aliados que bombardearon Berlín.

GRAN BRETAÑA
CANAL DE LA MANCHA
ISLAS DEL CANAL
BELGICA
ALEMANIA
GRUPO EJER. B
GRUPO EJER. A
GRUPO EJER. C
Panzergruppe von Kleist
XV Panzerkorps (Hoth)
XIV Panzerkorps
XVI Panzerkorps
Ejércitos 2 y 9
Panzergruppe Guderian
XXXIV Panzerkorps
XLI Panzerkorps
Línea Maginot
Cherburgo
St. Valéry
Abbeville
Fécamp
Dieppe
Amiens
El Havre
Caen
Ruán
Compiègne
Reims
Verdún
Metz
Nancy
Châlons
St. Dizier
Brest
París
Alençon
Rennes
Chartres
Troyes
Estras-burgo
Epinal
Orléans
Nantes
Angers
Tours
Briare
Belfort
Basilea
Vierzon
Dijon
Saumur
Pontarlier
Berna
SUIZA
GOLFO DE VIZCAYA
Vichy
20 de junio
Royan
25 de junio
Limoges
Clermont-Ferrand
Lyon
Ginebra
ITALIA
Angulema
St. Etienne
Lanslebourg
Turín
Grenoble
Burdeos
Briançon
10 de junio 1940 Italia entra en guerra. Ataque el 20 de junio
FRANCIA
Menton
Niza
St. Jean de Luz
Toulouse
Marsella
Tolón
MAR MEDITERRANEO
Perpiñán
ESPAÑA

Bajo control alemán el 4 de junio
Línea Weygand el 4 de junio
Línea del frente el 11/12 de junio
0 50 100 150 200 250 km

Dibujo: M. ERICHSEN

Una serie de batallas sangrientas

Tras la expulsión de las tropas británicas del continente, comenzó el 5 de junio la segunda fase de la campaña del frente occidental: la «Batalla de Francia». Los franceses, deprimidos moralmente por los rápidos éxitos alemanes en el campo de batalla y debilitados en lo militar, pusieron sus últimas esperanzas en la defensa de la Línea Weygand. A pesar de todo, en muy pocos días Francia perdió la partida. Al país, derrotado, no le quedaba otra alternativa que suplicar a los alemanes un alto el fuego. En el preámbulo del acuerdo de armisticio el vencedor otorgaba muy poco al vencido: «Francia ha quedado derrotada tras una serie de batallas sangrientas que han terminado por doblegar su resistencia. Alemania no pretende, en consecuencia, imprimir a las condiciones de armisticio un carácter humillante, ofensivo para un enemigo tan valeroso». El nuevo gobierno de Francia se establecería en Vichy, en la zona no ocupada del país.



tantos efectivos a principios de junio, en infructuosos intentos de contraataques sobre el Somme que se vio reducida a su tercera parte y tuvo que atravesar el Sena para reforzar sus filas. El embarque de la División 52 británica y de otra canadiense en dirección a Francia comenzaría el 7 de junio. Junto a estas tropas lucharían también en ese país tres escuadrillas de caza inglesas cada una con 18 aparatos.
El premier británico, Winston Churchill, rara vez genial cuando se trataba de enaltecerse a sí mismo, hace notar en sus memorias: «Que enviáramos nuestras dos únicas divisiones formadas... a aquella crisis mortal en auxilio de nuestros aliados franceses, es algo que se nos debe tener muy en cuenta...».
Pero esos «aliados» tenían frente a sí a 104 divisiones alemanas recién formadas, entre ellas diez acorazadas con 300 carros de combate (antes eran 220). Los alemanes, además, habían conseguido una buena preparación organizativa en los seis días de descanso anteriores: los *Panzerkorps*, cada uno con dos divisiones, disponían también de una división de Infantería motorizada, cuya finalidad, verdadera revelación bélica, consistía en acompañar a los carros y eliminar los focos de resistencia del enemigo.
Esta organización correspondía perfectamente al concepto táctico del general Weygand. El jefe del Ejército francés había ordenado a sus tropas que formasen los núcleos denominados «erizos», en el caso de que atacase el enemigo, y defendiesen hasta el último rincón, cada granero, cada seto hasta caer el último hombre, mediante la movilización de pequeñas unidades, desde la compañía hasta el batallón. En un principio parecía que la táctica de Weygand, gracias al valor de sus soldados, había tenido éxito.
A las 10,30 se reunía la comisión militar con el primer ministro Paul Reynaud. El general Weygand informó que había comenzado la segunda ofensiva alemana. Hasta ese momento no se había podido añadir nada especial a la marcha de los combates. Pero afirmó: «Por supuesto, se avecina lo peor; es decir, la batalla está definitivamente perdida. En consecuencia, el verdadero valor debe probarse ahora negociando con el enemigo.»
El primer ministro rechazó la idea, pero en su propia repulsa dejó entrever inconscientemente que también abrigaba proyectos de negociación: «Estoy convencido de que ninguna paz, ningún alto el fuego, será aceptable.» ¿Estaba realmente dispuesto a hablar de condiciones «aceptables»?
Mientras la jefatura política y militar se ocupaba, clara o solapadamente, de esclarecer la situación, para los soldados la única alternativa era luchar o morir. No lejos del Chemin des Dames el ataque alemán se acentuaba por momentos.
Los defensores caían clavando las uñas en aquel histórico suelo que ya se había regado con sangre francesa durante la primera Guerra Mundial. Pero se defendían atacando: dos batallones acorazados franceses avanzaban, a plena luz del día, cruzando la campiña frondosa y verde, en dirección al norte, hacia Laon. Entre Vauxaillon y Pinon, cerca de los flancos de una división de la Infantería alemana, comenzó el ataque de los *Stukas*. Acompañados por el ulular de las sirenas, los *Junkers 87* destrozaron en un bosquecillo las tropas acorazadas francesas. Tan sólo dos vehículos blindados lograron salvarse, buscando refugio de nuevo tras las propias líneas, a las que llegaron en la noche del 5 al 6 de junio.
El Chemin des Dames se mantendría por algunas fechas en su papel de barrera de contención. Sin embargo, más al oeste, en su ala izquierda, la línea Weygand comenzaba a ser vulnerable.
Desde la cabeza de puente sobre el Somme, en Abbeville, Rommel partió hacia el sur con su 7.ª *Panzerdivision*. El 6 de junio había avanzado 30 kilómetros, tras haber dividido en dos al Ejército 10 francés. Los escoceses del general Fortune se replegaron hasta pasado Bresle. A pesar de que debía someterse a las decisiones del Mando Supremo francés, Fortune asumió toda la iniciativa de esa maniobra.
Las tensiones entre los Aliados se descargaron abiertamente ese día en el consejo militar. El general Weygand se dirigió al general de División británico sir Edward Spears, enviado por Churchill en misión especial ante el Gobierno francés y le reprochó: «El general Fortune se ha replegado sin que se le hubiese ordenado (y)... ha abandonado a su suerte a los que combaten en el frente del Bajo Somme. ¿Cómo puedo llevar a cabo las operaciones con tan pocos elementos disponibles?»
Spears respondió con una evasiva. Aún no sabía que Churchill daba por cierta la derrota de sus aliados y operaba con lógica fría. Por una parte, exigiendo a los franceses que continuaran la lucha por cada palmo de tierra, para mantener a los alemanes lo más alejados posible con el fin de ganar tiempo; por otra, protegiendo a las tropas propias y buscando todas las posibilidades para la defensa de la isla. En la acción participaría también aquella tarde el general Marshall-Cornwall, enviado directamente desde Londres al general Fortune para transmitirle un mensaje del Ministerio de la Guerra en el sentido de que se replegase lo antes posible hacia la costa y regresara a Inglaterra. Sólo el ataque violento de Rommel logró evitar esta maniobra. El 12 de junio, los *Highlanders* británicos capitulaban ante él en el pequeño puerto de Saint-Valery-en-Caux.
Pero eso no es todo: todavía se mantiene el frente entre Amiens y Vouziers, aunque sometido de continuo a una dura presión. En el arco del Somme a las puertas de Peronne, por ejemplo, donde se concentran 640 carros de Kleist dispuestos para la batalla decisiva contra un enemigo desfallecido. A partir del día 7 las escaramuzas se suceden. En el occidente, el repliegue del Ejército 10 francés termina en huida incontrolada. Los alemanes en masa, persiguen con su infantería a toda velocidad a los carros franceses, muy dañados. Hasta el 10 de junio, Rommel aumenta la velocidad media de su avance de 40 a 65 kilómetros por hora. El Chemin des Dames queda ocupado con uno de los balances de víctimas más elevados de la campaña de Fran-



Arriba: la Línea Maginot, que debía resistir la acometida alemana, fue tan sólo en la última fase de la campaña el objetivo de los Ejércitos 1 y 7. Los defensores de un «bunker» junto a Diestelbach se entregan a tropas alemanas de infantería.

(Continúa en pág. 369)





Arriba: cúpula acorazada de un reducto de la Línea Maginot en la que se observan los impactos de las granadas de la artillería alemana.

Abajo: lancha de asalto mientras se desliza por el Alto Rhin. El Grupo de Ejércitos C alemán comienza su ataque contra la Línea Maginot.

Horst Günther Tolmein

Tropas de transmisiones del Ejército de Tierra y de la Aviación en la campaña occidental

El arma silenciosa



Tropas de transmisiones tienden un cable de campaña de largo alcance.

La batalla del Marne se perdió en la primera Guerra Mundial porque la interrupción del servicio de transmisiones desmoralizó a las tropas alemanas en su avance hacia París. Un fracaso decisivo que influyó en el desenlace de la contienda.

La victoria alemana en la campaña occidental de 1940 tuvo éxito porque las tropas de transmisiones del Ejército y de la Aviación estaban dotadas de nuevas técnicas y de una preparación extraordinaria que crearon las condiciones adecuadas. El general Guderian, artífice del arma acorazada alemana aspiraba a que se produjese alguna vez una verdadera batalla con divisiones, cuerpos de ejército y ejércitos acorazados. Para dirigir y controlar lo más rápidamente posible a esas tropas solicitó en 1935 algo inaudito: cada vehículo blindado debería ir provisto de un receptor de radio. El coronel Gimmler, jefe del servicio de radio de las tropas de transmisiones, descubrió que las ondas ultracortas, entre 12 y 5 metros, superaban las irregularidades del terreno, elevaciones y depresiones, mejor que las cortas, utilizadas hasta entonces. Aparte de esto se acomodaron a la banda de frecuencia de ondas ultracortas un gran número de conexiones y se eliminaron interferencias atmosféricas. El deseo de Guderian quedó satisfecho: cada carro recibió su receptor.

Guderian asumió personalmente el cometido de instruir a sus comandantes mediante una alocución breve y directa, transmitida por radio. Con el fin de hacer ininteligibles sus palabras para el enemigo se citaron en clave los conceptos más importantes: divisiones, nombres de lugares, acciones de lucha y de socorro, recibieron apelativos de plantas y animales, cifras horarias y coordenadas geográficas. Todos esos nombres fueron alterados con frecuencia a partir de ese momento.

Ya en la campaña de Polonia y mucho más durante el avance hacia París se recurrió a ese sistema. En las operaciones de penetración, en Sedán, y durante la marcha siguiente hacia el Atlántico, Guderian controló las operaciones en cabeza. Ocupaba su puesto en un vehículo coronado por una enorme antena, al frente de sus «tropas radiodirigidas», a las que enviaba por el éter mensajes breves, y de las que recibía respuesta y datos para poder observar la situación en cada momento sobre el plano de operaciones. La radio y el nuevo modelo de cable de campaña contribuyeron a que los alemanes pudiesen dominar un número doble de carros enemigos, los cuales carecían de estos medios modernos.

El cable de campaña, tan modesto, fue un arma maravillosa y especialmente eficaz. Por su doble arteria podían circular al mismo tiempo cuatro comunicaciones telefónicas o de teletipo. Mediante amplificadores se lograba salvar cuatro veces el alcance del cable de campaña normal. Este ingenio, el «cable de larga distancia», se tendía durante el avance incluso a razón de 150 km diarios, de modo que desempeñaba el cometido de cordón umbilical que unía a los carros combatientes con el mando, con las tropas de intendencia y con las unidades de retaguardia.

El servicio de radio del Ejército alemán contaba además con un medio irreemplazable: la captación e interceptación de comunicaciones radiadas del enemigo mediante Compañías de escucha de las tropas de transmisiones. Sólo la interpretación de indicativos del enemigo, la búsqueda de sus frecuencias de emisión, horas de operaciones, modalidades de sus movimientos y particularidades de los distintos centros emisores, prestaron a los alemanes datos preciosos que, tras su verificación, sirvieron para reducir la efectividad de las redes de radio del enemigo. Por otra parte, tales redes eran en su gran mayoría idénticas o proporcionadas a la organización de las fuerzas enemigas; cada emisora coincidía con un estado mayor cuya localización podía establecerse en un lugar exacto. Luego había que considerar la aplicación del contenido de los mensajes radiados, tarea que correspondía a matemáticos y filólogos.

El mayor logro de la información radiada en la campaña occidental fue el descubrimiento de la marcha conjunta de las tropas francesas hacia la segunda posición defensiva, la línea Weygand.

Las tropas de transmisiones de la Aviación que en 1933 tan sólo constaban de un hombre, el comandante Martini, comprendían al principio de la campaña de Francia nada menos que 70.000. Su misión consistía en orientar formaciones aéreas diez veces más rápidas que las unidades motorizadas del Ejército de Tierra, lo cual precisaba la aplicación de un criterio muy diferente. Junto al tendido de redes de transmisiones normales y de mecanismos para el control de la navegación por radio, muy pronto se generalizó el uso del radar para esa misma finalidad. A este respecto entraron en servicio un nuevo control de detección de vuelos y otro de órdenes para aviones de caza, que funcionaba día y noche. Aparte de esto, fue necesaria la creación de un servicio muy amplio de transmisiones radiofónicas cuya misión era la de captar e interpretar las informaciones radiadas enemigas con datos sobre su mando militar, garantías de vuelo y condiciones atmosféricas, así como las informaciones emitidas a tierra o entre sí desde los bombarderos y aviones de caza. Si la Aviación francesa pudo quedar tan rápidamente fuera de combate fue gracias a los servicios de las tropas de transmisiones alemanas. Hubo, con todo, un fallo, el único grave, en este servicio de campaña: a menudo sus hombres no se encontraban en situación de comunicar instantáneamente el Ejército de Tierra y la «Luftwaffe».

A veces se produjo un bombardeo de las tropas de infantería propias, porque el contacto del mando acorazado no funcionó en un cierto momento.

Sin embargo, jamás faltó una conexión de radio entre el Mando y las tropas.

El Mando Supremo estaba en situación permanente de envío de órdenes incluso a las unidades de vanguardia, aun en las peores condiciones, como la detención de los carros alemanes en St. Quentin y Dunkerque. Como expresión de la conciencia de valor que despertó en las tropas el recurso de la radio como importante medio auxiliar, valga el dicho de los soldados del cuerpo de transmisiones: «La primera Guerra Mundial se perdió por la deficiente conexión informativa; la segunda se perderá porque esta conexión es demasiado perfecta». □

cia. Tras una hora, en la que la artillería alemana preparó el terreno, entró en acción la infantería. Las cuatro divisiones acorazadas de Guderian estaban dispuestas para cruzar el Aisne a la altura de Rethel y Château-Poncien. Tuvieron que esperar dos días, del 9 al 11 de junio, a que la infantería prusiana conquistase, cuerpo a cuerpo, una cabeza de puente y a que los pontoneros tendiesen bajo el fuego enemigo una nueva vía de acceso a la otra orilla. Pero acto seguido se produjo la invasión hacia el sur.

Como en el caso de Guderian, el *Panzergruppe* de Kleist también se dirigió al sur, desde la cabeza de puente de Peronne, y logró superar el Marne, cerca de Château-Thierry, mediante un fuerte ataque. En el oeste, las tropas alemanas lograron vadear el Sena. El cerco de París se avecinaba. El Gobierno abandonó la capital y se estableció provisionalmente en Tours. Weygand se decidió a declarar París como ciudad abierta. Por la tarde, Churchill tomó parte en una sesión del Consejo superior de guerra que se celebraba en el castillo Muguet, no lejos de Briare.

El premier británico, pletórico de elocuencia, exigió que se defendiera París: «Se trata de socorrer a una ciudad grandiosa; se puede luchar en el área de la capital, en sus enormes plazas, en el corazón de la urbe, en las travesías, en cada esquina, en los cruces. Se puede defender París barrio por barrio, calle por calle. No se hacen idea de la cantidad de tropas enemigas que se necesitan para dominar y retener una ciudad tan grande como París. Ejércitos enteros podrían quedar sepultados en ella.»

Cansado ya, Weygand sólo pudo replicar: «Todo esto no tiene sentido alguno. Un París reducido a cenizas no alteraría en absoluto el resultado final.» Envueltos en un clima de ansiedad, franceses y británicos participaron en una cena que se ofreció en el castillo a las diez de la noche. Churchill trató de mostrarse amable y dijo al mariscal Pétain: «¿Recuerda usted? En el año 1918 vivimos momentos difíciles, pero logramos superarlos. Ahora también lo conseguiremos.»

La fría respuesta del mariscal le afectó directamente: «En 1919 le entregué cuarenta divisiones para salvar al Ejército británico. ¿Dónde están las cuarenta divisiones inglesas que necesitamos nosotros ahora para salvarnos?»

A partir de ese momento Churchill tan sólo habló con el vecino de mesa, el general de unidades acorazadas Charles de Gaulle, desde el 5 de junio subsecretario en el Ministerio de Defensa francés. Poco después oiría del primer ministro Reynaud que Pétain había hecho público un comunicado en el que exigía la capitulación.

El mariscal, héroe de la primera Guerra Mundial, quería poner fin a los sufrimientos de sus ya fatigados soldados y de la población civil. Las noticias de aquel día no eran ciertamente reconfortantes para un patriota tan convencido como él. Ya no existía una línea de defensa marcada, sino sólo actuaciones heroicas aisladas en los que defensores supervivientes se dejaban desgastar uno a uno, literalmente, por un enemigo muy superior. Por carreteras cortadas, atacadas por artillería y aviones de caza, soldados ojerosos e interminables columnas de fugitivos se replegaban sin cesar.

El 10 de junio Italia declaraba la guerra a Francia. Fríamente, Mussolini decía a su mariscal Badoglio que necesitaba mil muertos para poder participar en el reparto del botín. Y tuvo sus muertos: fuerzas francesas muy debilitadas lograron batir a los italianos en el Sur. Una vez más el premier británico se trasladó a Francia; no volvería hasta pasados cuatro años. En esta ocasión el primer ministro Reynaud habló también de las posibilidades de un alto el fuego.

Churchill se informó a través de Spears sobre la situación militar. No había lugar para la esperanza. A la izquierda y a la derecha de París, en Evreux y Montmirail, el enemigo avanzaba sin resistencia alguna hacia el sur.

Sin embargo el primer ministro británico estaba conmovido y las lágrimas asomaron a sus ojos cuando replicó: «Comprendemos perfectamente su situación. Por ello no recriminaremos nada a Francia si se ve obligada a capitular. Gran Bretaña tratará por todos los medios de rehabilitarla como si se tratara de una derrota honrosa.»

La reunión terminó con un acuerdo: que Reynaud comunicase de un modo «brutal» en un telegrama al presidente de los Estados Unidos la situación por la que estaba atravesando su país y le pidiese que entrara en la guerra. El general Weygand subrayó lo que debía estar perfectamente claro: «Para un gesto simbólico... ya era demasiado tarde.» Aparte de esto Roosevelt no se encontraba en situación de atacar: ni el Ejército norteamericano estaba mentalizado para una nueva guerra ni el ambiente era adecuado, puesto que dentro de seis meses iban a tener lugar otras elecciones presidenciales. La respuesta fue negativa.

El radiante cielo de verano se nubló y empezó a llover débilmente cuando regimientos del Ejército 18 comenzaron la ocupación de París. Al frente de las tropas iba el general Küchler. Algunos parlamentarios franceses se entrevistaron con el teniente coronel doctor Hans

Codicia frenada

Mussolini pensaba que iba a lograr un buen capital como consecuencia de su entrada en la guerra contra una Francia abatida, el 10 de junio de 1940. En su lista de deseos figuraban reivindicaciones territoriales en Túnez, la isla de Córcega, los territorios franceses hasta el Ródano y la posesión de la Flota francesa. Un país que no había luchado en absoluto, y eso horrorizaba al general Huntziger, «no podía llegarse así por las buenas, animado por su codicia, hasta Francia sin respeto alguno a la legalidad». Por motivos políticos, Hitler era el mejor aliado de Huntziger en este punto. En consecuencia invitó a Mussolini a reunirse con él en Munich y le disuadió de sus planes descabellados con el fin de no dar a Francia motivos para continuar una guerra en sus posesiones ultramarinas, no había más remedio que acceder a un alto el fuego adecuado a las circunstancias. Desengañado y furioso, el «Duce» regresaría a Roma el 18 de junio.



Encuentro en Munich de los dos dictadores de las potencias del Eje.

Con todo, Hitler había encontrado en el dictador italiano la horma de su zapato. Cuando Churchill trató, en un escrito del 16 de mayo de 1940, de disuadir a Mussolini de que entrase en la guerra, Roma reaccionó violentamente. La agria respuesta del «Duce» decía lo siguiente: «A su mensaje debo responder que estoy seguro de que para usted son manifiestos los graves motivos históricos y circunstancias que han llevado a nuestros países a militar en campos opuestos. Sin alejarnos demasiado en la historia, le recuerdo la iniciativa de su Gobierno, expresada en 1935, en la organización de sanciones contra Italia, con la pretensión de asegurarse su país un lugar bajo el sol africano, sin arriesgar ni sus territorios ni los de otras potencias. Le recuerdo también el estado de esclavitud en el que se encuentra Italia en su propio mar. Si su Gobierno ha declarado la guerra a Alemania para dejar a salvo la honorabilidad de su firma, debe usted entender que el mismo sentido del honor mueve a la política italiana respecto del acuerdo germano-italiano y las obligaciones políticas subsiguientes, tanto hoy como mañana a la vista de todos los acontecimientos imaginables.

Todavía el 11 de junio, cuando la derrota militar de Francia no era sino una cuestión de días, Churchill intentó estimular a los franceses a que intensificaran su lucha «ante París, en París y detrás de París». En aquel momento millones de franceses iban de un lado a otro de su patria, como fugitivos o como prisioneros.

Izquierda: un carro francés del tipo «B-1» (32 t), destruido por los alemanes. Con sus dos cañones (75 y 47 mm), dos ametralladoras y su blindaje de 60 mm, era superior a todos los modelos alemanes de carros de combate.

Centro: fortificación de la Línea Maginot sometida a fuego directo.

Derecha: innumerables pueblos franceses quedaron destruidos por la artillería y las bombas.



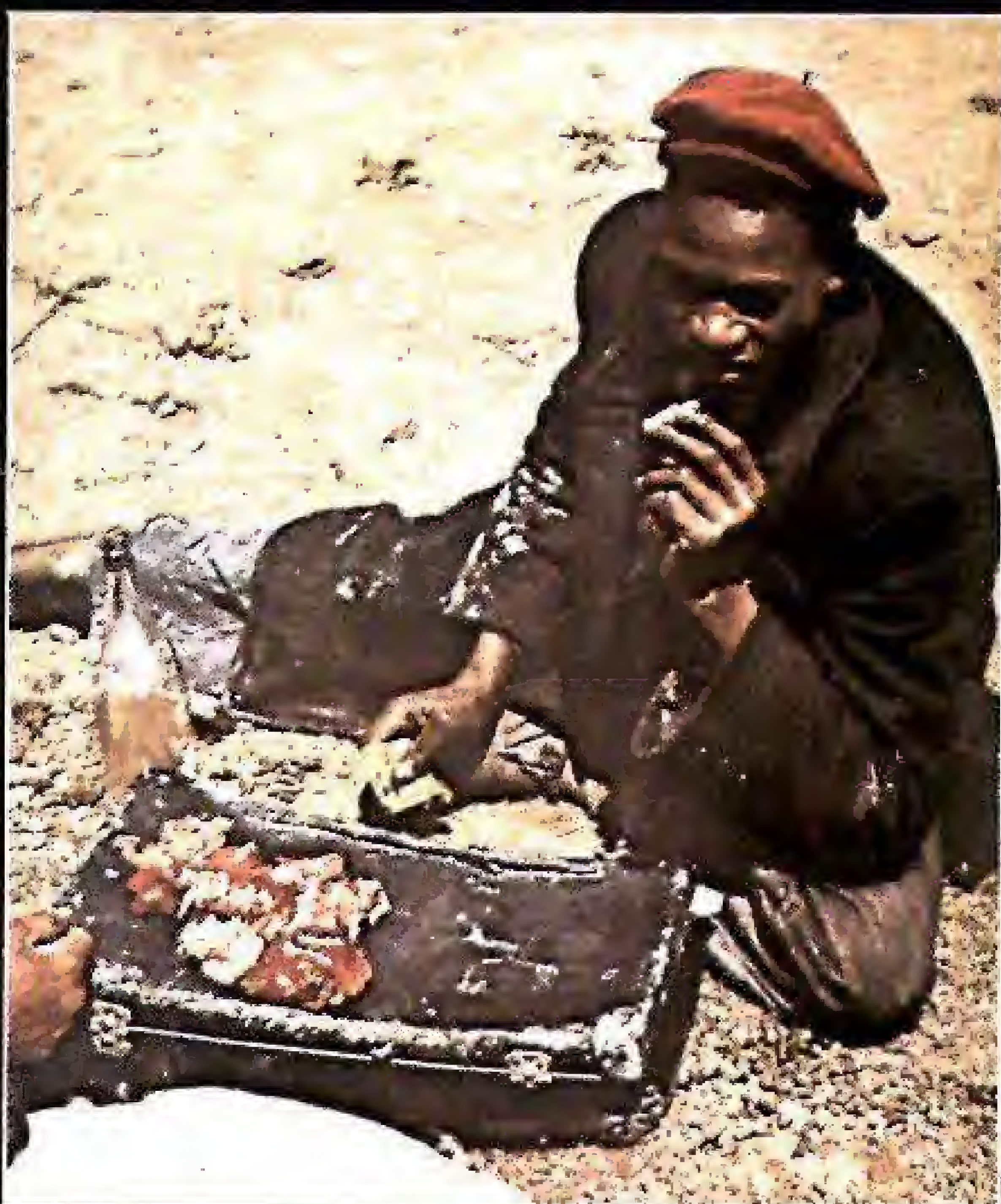




«Ya en la guerra de 1914-1918 Francia empleó en la lucha por sus intereses a tropas de color. La escasa fuerza vital de su población impedía la leva de combatientes. Incluso en la ocupación de Renania los galos tuvieron que utilizar tropas indígenas. También en esta ocasión los franceses enfrentan a los alemanes sus tropas de color. Una mezcla abigarrada de pueblos y razas» (según el texto original alemán).









Fotos de la revista «Signal», editada por la «Wehrmacht». Estas imágenes de soldados franceses procedentes de las colonias llevaban el siguiente título: «Defensores de la 'civilización'».

Speidel, del Estado Mayor de Küchler. No hubo ni un solo disparo.

La Línea Maginot, baluarte de Francia contra el Este, quedó reducida a una absoluta inoperancia en aquellos días. Las tropas alemanas dirigieron su avance hacia el sur. Inmediatamente se rendía Verdún con muy pocas bajas. En la primera Guerra Mundial, la conquista de esa plaza supuso 700.000 muertos. A pesar de que la Línea Maginot quedó aislada, todavía se atacó el 15 de junio al sur de Saarbrücken y a la altura de Alt-Breisach por el flanco oriental.

El Gobierno francés se retiró a Burdeos. Ni el más formidable genio militar podría encontrar ya un plan defensivo. A la vista del incontenible avance alemán, las fuerzas armadas francesas no tenían otra opción, mientras subsistiese su contacto con el Estado Mayor, que el de un rápido repliegue para evitar nuevos enfrentamientos cuerpo a cuerpo. La 7.ª *Panzerdivision* de Rommel se replegó el 17 de junio 240 kilómetros. Aquí y allá surgían los blindados por las carreteras, con velocidades de 50 kilómetros hora, al lado de cuyas ruedas iban soldados franceses «depuesta su actitud inamistosa» como recordaría Rommel.

Pero aún se producían signos de resistencia heroica, ya carentes de sentido. Los 2200 cadetes de la Escuela Militar de Saumur defendieron durante tres días los puentes de Montsoreau y Gennes, sobre el Loira. Los puentes permanecieron en su poder hasta que se les terminó la munición. El 20 de junio finalizó su resistencia. Entretanto, el general De Gaulle se había trasladado a Londres. Las interpretaciones de su vuelo a Inglaterra son contradictorias. Según sus propias memorias todo transcurrió «sin romanticismos y sin dificultades». Churchill y su plenipotenciario Spears señalan algo muy diferente: En la noche del 16 de junio, a las 22,30 Spears era cumplimentado en la prefectura de policía de Burdeos por un personaje de larga figura que se mantenía erguido a la sombra de una columna. Ese personaje era Charles de Gaulle, que con voz velada susurraba que el general Weygand pretendía detenerle. Spears propuso a Churchill por teléfono que facilitase a De Gaulle la huida a Inglaterra. Desde allí podría convocar a la resistencia frente a las disposiciones de capitulación del Gobierno de Burdeos.

Churchill se mostró de acuerdo. En consecuencia De Gaulle acompañó al día siguiente al general británico hasta el aeropuerto, le tendió la mano junto a la escalerilla, en señal de despedida, y permitió que le invitaran a ascender al avión.

Era notorio que De Gaulle no gozaba precisamente de un gran afecto en Burdeos. Había criticado con demasiada obstinación al mando militar y, parcialmente, con apoyo de Reynaud y Churchill, representaba determinados proyectos políticos y militares, por ejemplo el establecimiento de una unión entre Francia e Inglaterra, con una nacionalidad común, o la creación de un «reducto bretón», un último baluarte de abastecimiento en el que podría repostar una fuerza británica de apoyo aéreo al otro lado del Canal de la Mancha.

Pero el último acto había comenzado ya hacía tiempo. Paul Reynaud dimitió como primer ministro y cedió el puesto al mariscal Pétain, quien acto seguido comunicó a Hitler su interés por fijar las condiciones de un alto el fuego y dijo por la radio, el 17 de junio, lo siguiente: «El corazón se me parte en estos momentos cuando tengo que deciros que debe cesar la lucha...»

En ese momento la única preocupación de Churchill era la flota francesa. En manos de los alemanes, empeoraría considerablemente la situación de la isla. Pero esta preocupación, al menos de momento, no tenía por qué ser agobiante: casi todas las unidades se dirigían hacia los puertos del Norte de África. Las restantes fueron hundidas. El 21 de junio una columna de diez vehículos ocupados por negociadores



Un «poilu» desconocido se sienta cansado al borde de la carretera. Mientras las tropas alemanas avanzan de modo incontenible, el camino de este soldado conduce al cautiverio.

franceses se internaba en el bosque de Compiègne. El jefe de la delegación gala, general Huntziger, palideció: en ese punto se había situado el histórico coche restaurante 2419 D, junto al cual se levantaba un monolito con esta inscripción: «Aquí murió el 11 de noviembre de 1918 la altanería criminal del imperio alemán, derrotada por los pueblos libres que pretendía subyugar.»

El 25 de junio de 1940, a la 1,35 hora alemana, callaron las armas. Hitler estaba radiante. Hasta llegó a imaginar un arreglo con los ingleses. Sin embargo, al otro lado del canal llegaban los primeros buques con armas procedentes de los Estados Unidos. Un pueblo obstinado se orientaba en su hora más negra hacia la continuación de la guerra. En Londres, un vendedor de periódicos puso un cartel con este texto:

FRANCIA FIRMA
UN TRATADO DE PAZ
ESTAMOS EN EL ACTO FINAL



Entrada en París

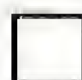
Berlín, 14 de junio de 1940. Theodor Seibert diserta desde el «Völkischer Beobachter» sobre la entrada de los alemanes en París. Con la caída de la capital de Francia había perecido también la idea de la democracia burguesa, al menos en la opinión de este autor.

Han pasado nueve días desde que en todas las torres de Alemania se izaran las banderas rojas de la victoria. Han transcurrido nueve días desde que celebramos nuestra victoria en Flandes. Como colofón de estos nueve días, que contienen en sí la victoria final en el Norte y la irrupción triunfal de las legiones romanas, se logra ahora la caída de París. Calladamente, sin poder evitar un estremecimiento interior, inclinamos la cabeza ante la grandiosidad de esta hora. Todos nuestros sentimientos, todas nuestras mentes están puestas en aquellos que han entregado –no regalado– a la nación este 14 de junio, a costa de la ofrenda de sus vidas. En nuestros corazones resuena aún el paso enérgico de los batallones alemanes que a estas horas, en este día de verano, desfilan ante los fastuosos palacios de la capital de Francia...

París es uno de los dos grandes símbolos de un mundo que nos ha declarado odio a muerte. De París y de Londres procede toda nuestra miseria, toda nuestra ignominia y todas las provocaciones lanzadas contra nosotros... Toda la vergüenza caída sobre el pueblo alemán desde aquellos días aciagos del otoño de 1918, cuando la generación de nuestros padres cayó en estos mismos campos de batalla sobre los que ahora sus hijos avanzan victoriosos...

París es más que una capital. París no es sólo el ídolo de Francia, sino también el lugar de nacimiento y el punto neurálgico del siglo democrático, cuyo origen fue la Revolución Francesa. En París nació aquella «igualdad, libertad y fraternidad» que suprimió de un plumazo las diferencias entre poder y no poder, valor y nada. En París los judíos han tenido acceso a la corte y los negros han frecuentado los salones. Y en París, con la asistencia de la democracia de mercachifles inglesa, se levantó el templo del becerro de oro del capitalismo...

Este París no volverá a resurgir jamás después de su caída...





1



2



3



❶ Una imagen de la época de ocupación: las armas alemanas desfilan bajo el Arco de Triunfo de París, ante la tumba del soldado desconocido.

❷ Algo que el mundo no había podido ni imaginar: el desfile de columnas alemanas, el rugir de motores alemanes, el trepidar de las cadenas de los carros de combate alemanes sobre el asfalto de las calles de París.

❸ En vez de «chansons» y valses «musette» se oye por doquier música de marcha alemana. Aquí, en los Campos Elíseos.

❹ Los héroes están cansados. Estos dos cabos, tras seis semanas de marcha sin reposo, y de rudos combates, descabezan un breve sueño en una calle de París. El 14 de junio de 1940, la capital de Francia fue conquistada por los alemanes sin resistencia alguna.



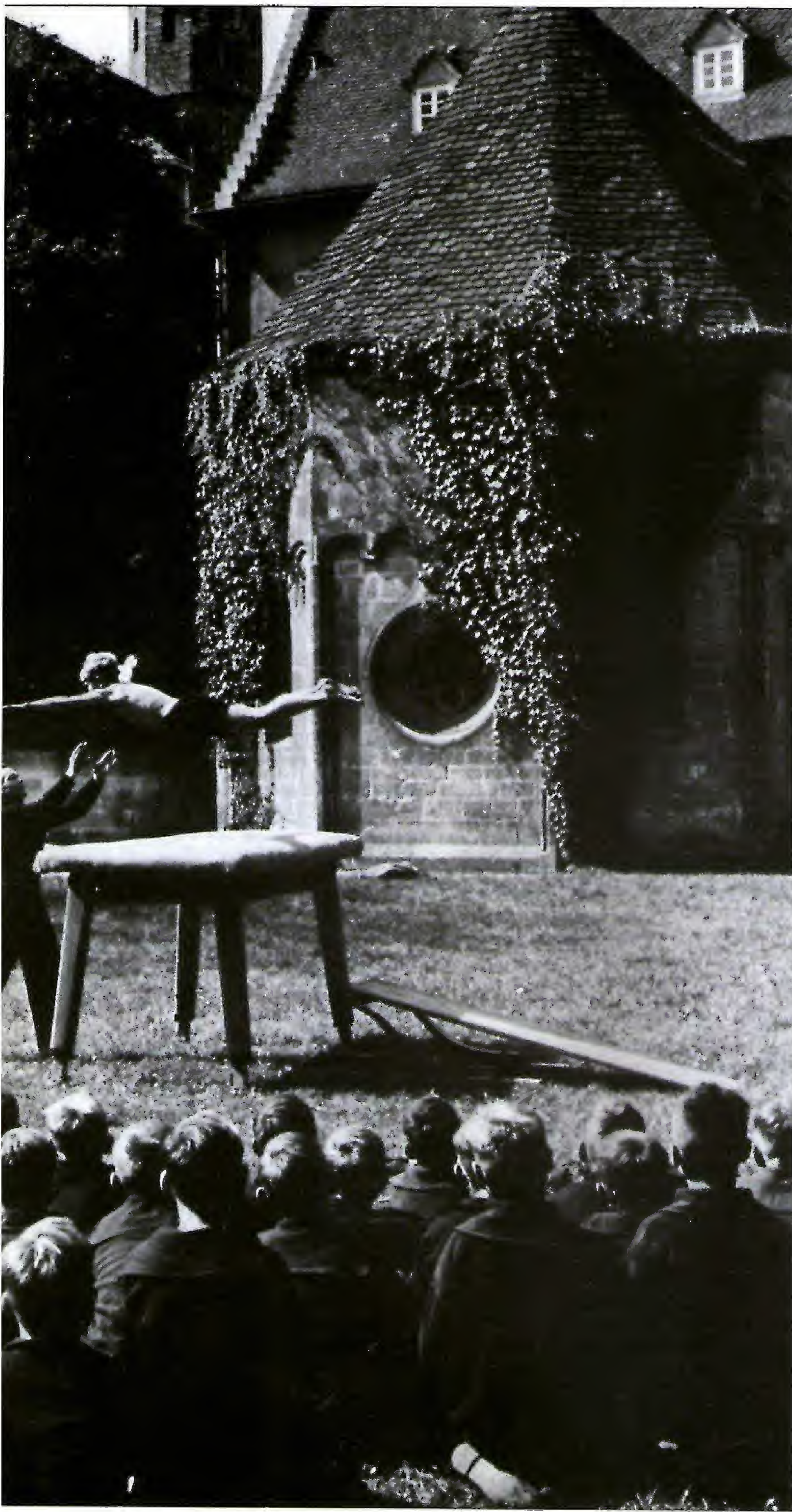


Instituciones educativas de política nacional

FUERTES DE CUERPO Y ALMA



«El Estado popular debe cuidar, sobre todo, de que ni siquiera una sola generación sea formada por quienes sitúan el espíritu hogareño por encima de todo.» Esta es la consigna que señaló Hitler a la educación nacionalsocialista. El 20 de abril de 1933, primer cumpleaños del «Führer» tras la toma del poder, quedó inaugurada la primera institución educativa nacional-política del nuevo régimen. Las «napolas», como se las conocía, estaban destinadas a proporcionar estudios de bachillerato a chicos y chicas selectos, en una función paralela a la de los institutos y escuelas superiores. Como responsables de estos centros fueron convocados viejos militantes del partido. Ello respondía a la repulsa generalizada de Hitler respecto del cuerpo de profesores ordinario. Característica básica era que se otorgaba muy poco valor a la formación intelectual, para destacar las condiciones educativas del deporte y de la convivencia. Así se daba cumplimiento pretenciosamente a una antigua máxima pedagógica: «Fuertes de cuerpo y alma», con la que generaciones pasadas habían tratado de formar a la juventud. Sin embargo las «napolas» se diferenciaban notablemente de sus precedentes. En poco tiempo se infundía a los jóvenes una capacidad de lucha y una urbanidad y se trataba de abarcar el ideal de una educación polifacética apoyada en la realidad de una formación militar estricta. Sobre ese fenómeno tratan los siguientes relatos personales.



¡Te falta coraje!

De un relato escrito por el alumno de «napola» R. Gruhl.

Siegfried Leutwein pertenecía a un grupo cuyo jefe se llamaba Harms: Uwe Harms.

En él todo era puramente germánico. Cabellos sedosos, cejas incoloras, ojos saltones, casi desorbitados cuando impartía sus órdenes. Aún le faltaba la mirada de bronce, pero Uwe ensayaba esa actitud a la primera ocasión, mirándose en un espejito de bolsillo.

Podía hinchar el tórax y apretar reciamente los puños. Cada taconazo suyo parecía un disparo. Sus muslos también estaban formados germánicamente. Se perfilaban con esa plástica muscular que los hacía adecuados para la marcha del campo y la flexión de rodillas, tan propias del jefe de juventudes. Cuando marchaba, las plantas de sus pies resonaban con fuerza contra el empedrado y hacía que el plinto se tambalease al dar el salto.

«¡Te falta coraje!», le decía a un muchacho de su grupo. «Tienes buena voluntad, pero falta reciedumbre. ¿Cómo vas a dar a Alemania hasta lo último de ti?» Siegfried Leutwein no lo sabía, por supuesto. Sólo sabía que la reciedumbre era algo incómodo. Sus cabellos eran tan sutiles como sus piernas. No se desmelenaba ni sus muslos adquirirían jamás formas germánicas. Era un tipo de la cuarta categoría. Durante el primer medio año las cosas fueron bien en el centro de formación estatal de Plön. De repente apareció el comandante y *Standartenführer* Schenk, pardo y tieso, y el centro recibió la consigna de convertirse en la primera institución educativa nacional-política del Reich.

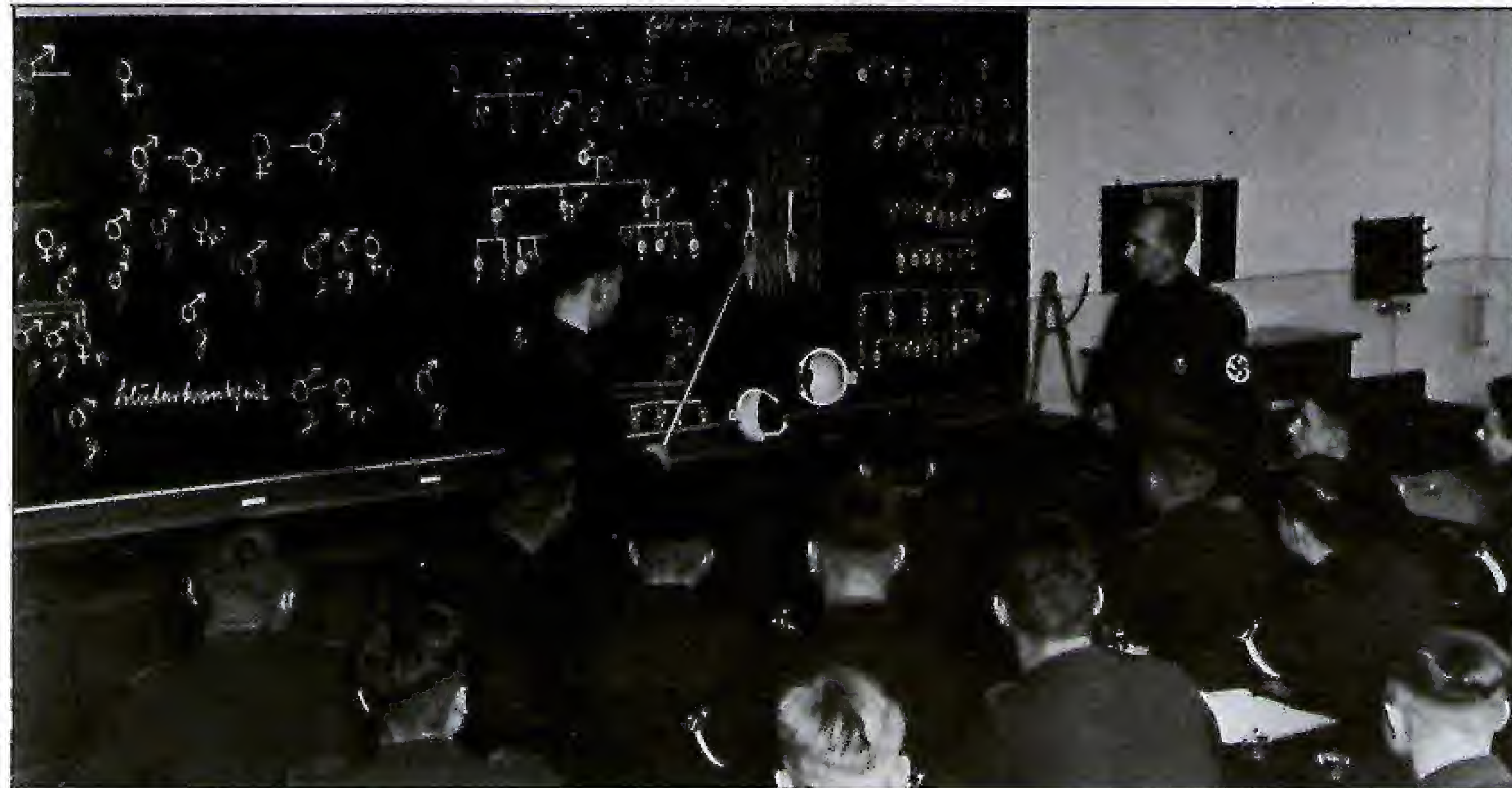
«Tú te llamas Siegfried», dijo Harms. «Siegfried. ¿Sabes qué significa este nombre? ¿Conoces las obligaciones que comporta llamarse así? No, no lo sabes. No haces otra cosa que arrastrar el trasero por el suelo.»

Todo se articulaba de un modo monstruosamente rígido. Siegfried pertenecía a la sala Schill, llamada así en memoria de Ferdinand Schill, muerto heroicamente en 1809. Harms contemplaba muchas veces su imagen con gran envidia. Presidía el grupo que dormía en aquella sala. Cuatro de esos grupos formaban la «Cuarta», o segunda sec-

El deporte ocupaba en las «napolas» un lugar preferente. Las escuelas estaban magníficamente dotadas de toda clase de aparatos de gimnasia.

ción de las cuatro que integraban la segunda centuria.
Klaus Reinhart era el jefe de esta segunda sección. Su porte no correspondía precisamente a ese cometido, muy a pesar suyo. No era un germánico puro. Llevaba gafas y su rostro se parecía al del conocido judío que era Lassalle, de donde le venía al muchacho su apodo. Encorvado hacia adelante, sus piernas apenas podían sostener el tronco. Klaus Reinhart Lassalle lo suplía todo con voluntad, dureza y actitudes. Las órdenes de mando que impartía iban invariablemente precedidas por una «a» casi amenazadora:
«¡Aaaa, derecha!»
«¡Aaaa, carrera, un, dos, un, dos!»
«¡Aaaa, vista al frente... ya!»
El jefe de la institución jamás había tenido un colaborador así.
El jefe, profesor y educador de la segunda sección era el jefe de centuria Druck, responsable al tiempo de la segunda centuria.
Darl Gottlob Druck borró por su cuenta y riesgo su segundo nombre tras la toma del poder por los nazis. Lo hizo en atención a su significado: «Loado sea Dios.» El individuo medía un metro sesenta y ocho. Sus hombros eran tremendamente anchos; su cabeza, de corte dolicocéfalo. Por su propio esfuerzo había llegado a asesor de estudios. El reconocimiento y la alta estima en que Druck tenía al *Führer* no cabe en palabras humanas. Su objetivo profesional era terminante: llegar a director de una «napola». Durante los ejercicios, Druck gritaba por los altavoces: «Si la centuria no me sigue, ¿en medio de quién voy a sentarme luego?»
Ciento dieciocho chicos, silenciosos hasta el momento, gritaban entonces: «Con Druck, jefe de centuria.» «Exacto. El sol brilla y calienta nuestra mochila.» La centuria lo coreaba.
Sólo Druck dominaba el arte del salto desde la tabla a tres metros de altura. Sólo podía hacerlo Druck.
El jefe del centro, Schenk, tenía predilección por los actos solemnes de la noche.
El día de la tormenta en Annaberg surgió de la oscuridad a la luz de las antorchas, y su imagen, recortada en la niebla, parecía el espectro de un caído en el campo de batalla. Esa noche se representaba un cuadro escénico en el patio cuadrado. El tema era la muerte de un joven militante de Annaberg. El muchacho debía extinguirse mientras repetía que no estaba dispuesto a dar toda su vida por Alemania. Entonces preguntó Siegfried Leutwein a su vecino: «¿Y por qué no?» Su compañero le miró; y sus dientes castañeteaban.
Renovación del servicio militar obligatorio y general en marzo de 1934. Ocupación de Renania en 1936. Día en memoria de los héroes.
Y por fin el 28 de junio.
Día de Versalles.
Este era el programa de los diferentes cuadros escénicos.
Alarma nocturna. Posición de firmes por un momento.
Maldito recua, pensó Leutwein. «Fuera con ellos, fuera con ellos», rugió Reinhart Lassalle en la sala Schill. «La segunda sección es la primera. ¿Problema de tiempo?»
Lo malo es que carecía de reloj para solucionar este problema horario. También en eso se parecía al *Führer*.
Las centurias estaban entumecidas, mientras marchaban por aquel patio sombrío. El castillo se alzaba, amenazador, hacia un firmamento dominado por la oscuridad de la noche. Las antorchas humeaban. Los hombrecitos avanzaban somnolientos, aplastados por las mochilas.
Schenk se coló en la mitad, con su barbilla angulosa, recio como el acero, vestido de gris verdoso. El jefe de la primera centuria reprendió con grandes voces a 18 profesores y 274 muchachos. Luego, volvió la cabeza hacia el horizonte y su mirada se perdió en el infinito. «Hombres jóvenes de la institución de Plön para la educación nacional-política», dijo Schenk en tono de recriminación. Por supuesto aún no se le podía exigir el que hubiese adquirido ya los tonos que salían de la garganta del *Führer*.
Luego comentó el motivo por el que se encontraban todos allí.
28 de junio de 1919.
Sala de los espejos de Versalles.
Las malditas plumas de los traidores arañan el papel gabacho.
Quince partes, con cuatrocientos cuarenta artículos, la mayor ignominia que conocieron los siglos. Y la mentira venenosa de la culpabilidad de la guerra. ¡Ay de aquél a quien, el día de mañana no le hirviese la sangre: teníamos que mantenernos inflamados hasta que la ignominia quedase reparada!
Marcha en silencio al parque, rodeados por el fulgor de las antorchas. Cuadro al aire libre, envuelto en la oscuridad. Una canción: La patria sacrosanta, en peligro.
Recitado: Alarma, alarma, avisan las campanas de torre en torre. Dietrich Eckart. Leutwein bosteza con la mano puesta en la barbilla. Canción: Pueblo en armas.
Locutor: Quien ha prestado juramento sobre la bandera de Prusia... ya no tiene nada que le pertenezca.
Alocución del jefe de centuria von Benthien. Su padre fue propietario de algunas tierras en la Marca del Norte.
Colofón: Nuestro director, comandante y *Standartenführer* Schenk, aparece vistiendo el uniforme gris verdoso y tocado con el casco de acero. Es el mediador entre dos millones de muertos de la primera Guerra Mundial y nosotros.
Locutor: Tú no eres nada... Tu pueblo lo es todo.
Palabras finales de Schenk: Precisamente en ese momento hay que recurrir a la memoria humana para agradecer a quien hace posible que estemos aquí. A nuestro caudillo Adolf Hitler, *Sieg, Heil*! (tres veces).
Himno de la nación. Marcha en silencio, de regreso. Por fortuna todavía podríamos dormir tres horas.
En clase, exposición detallada de la guerra mundial, incluidos antecedentes, todo ello, desde luego, muy dentro de la visión nacionalsocialista. Incluso el profesor de inglés habló en aquella ocasión en alemán y subrayó sus méritos como oficial en la reserva. Sólo esperaba volver a Inglaterra y entrar en su país al frente de una compañía.
En matemáticas calculábamos la suma total de las reparaciones exigidas por el Tratado de Versalles.
Al mediodía celebrábamos una velada en la sala de los caballeros del castillo. Los huecos de las ventanas, que daban al patio y al lago, estaban cubiertos habitualmente con trapos negros. En esas ocasiones se descubrían. Luego se colgaban otros paños más impenetrables a la luz, se situaba junto a ellos un pupitre negro y, atravesado por un puñal, un libro igualmente negro.
Era el Tratado.
La obra del infierno. La vergüenza de la ignominia. El estigma de los corazones. El engendro de las potencias imperialistas. El vómito de Clémenceau. A ambos lados del pupitre pendían cadenas negras ya enmohecidas, aportación especial de los de la primera superior, desmontadas por ellos del acceso al aparcamiento.
Eran las cadenas de Versalles.
Con miradas de acero, el semicírculo no apartaba sus ojos de los trapos negros.
Gemidos entrecortados.
Qué les pasa a esos exactamente, pensó entonces Siegfried Leutwein.

Arriba: un aspecto de la clase. En la pizarra, el inevitable tema de las teorías sobre la herencia genética. En el centro: formación premilitar. Un jefe de sección (es decir profesor) se ejercita con sus alumnos en la interpretación de mapas y en los métodos de orientación en el campo. Abajo: también había «napolas» para las chicas. Las líneas básicas de su educación eran fundamentalmente iguales a las de los muchachos. Todo ello estaba calcado de la consigna de Hitler: «El nacionalsocialismo no ve su ideal humano ni en el burgués honorable ni en la doncella virtuosa de la antigüedad, sino en la encarnación de la fuerza viril también en las mujeres, de modo que estén preparadas para traer más y mejores hombres al mundo.»







No interesan miopes ni présbitas

Condiciones para ingresar en una «napola».

En su calidad de centros para la educación nacional-política comunitaria, las «napolas» tenían la misión de conseguir hombres disponibles para el pueblo alemán, que hubiesen crecido en un clima de sacrificio y exigencia, capaces de ser la generación rectora en un futuro inmediato. Para ello su educación debía de ser multiforme, especialmente rígida y prolongada durante años.

Para cumplir esa función precisaban tales centros de un plantel de aspirantes sanos, racialmente puros, de buen carácter y muy dotados en cuanto a condiciones anímicas.

Los candidatos que no cumpliesen esas condiciones sublimes podían renunciar de antemano al ingreso. De un modo especial se insistía, para rechazar inscripciones no deseadas, que una situación económica deficiente o una posición social deprimida de los padres no eran razón alguna para que se tuviese que acceder a la admisión del muchacho aspirante a un puesto en un centro de formación nacional-política. Tan sólo era decisivo para que se le abriesen las puertas, el que contase con una disposición especial que, una vez dentro del colegio, debía plasmarse en capacidad y buen comportamiento.

Junto a la necesaria formación científica y al moldeamiento del carácter, se procuraba, según la hoja de condiciones, en todos estos centros que el alumno desarrollase su figura corporal mediante el ejercicio de numerosos deportes y juegos. La formación teórica y la educación física tenían una especial manifestación en primavera y otoño, en los que se realizaban ejercicios conjuntos y campeonatos, excursiones, viajes y salidas al extranjero. El año escolar terminaba al superar el alumno una prueba de madurez que le permitía ingresar en la universidad o en una escuela técnica superior.

Ni los miopes ni los présbitas, como tampoco los sordos, recibían consideración alguna cuando solicitaban el ingreso.

Una vez dentro de una «napola» había que pagar una pensión anual (incluida la matrícula), proporcionada a la situación económica de los padres del muchacho, que se acercaba a los 50 marcos mensuales. Aparte de eso había becas otorgadas por determinados círculos.



Prueba de valor

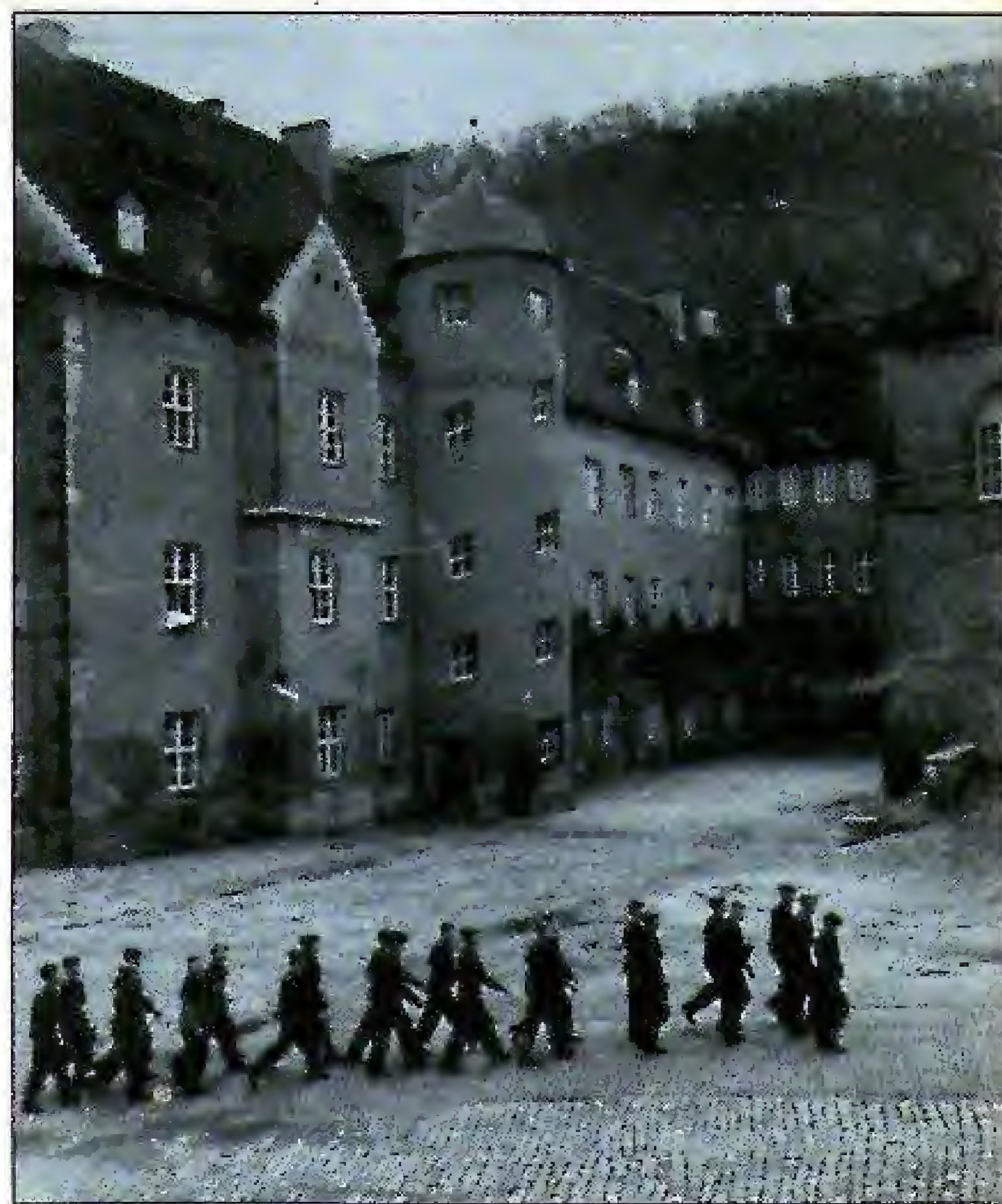
B. Baumann, alumno de una «napola», recuerda aquella época.

Y llegó el día de la prueba de valor. Nos condujeron a una habitación del primer piso en el primer pabellón, cuya ventana daba directamente sobre la explanada principal de Schulpforta. La ventana estaba abierta y una rampa de madera, atravesada, llevaba directamente hacia la ventana. Entonces se nos reunió a los que íbamos a someternos a la prueba junto a la pared posterior de la habitación, se nos entregó una nota escrita y se nos soltó una pequeña conferencia. Teníamos que recordar la imagen del *Führer* cuando, día tras día, en la guerra, corría sin cesar avanzando entre el fuego enemigo para llevar noticias importantes. Ahora nosotros teníamos que demostrar que éramos unos hombres hechos y derechos, capaces de recorrer la rampa sin pensarlo y de lanzarse al vacío. Luego debíamos recorrer un trecho sorteando obstáculos para llevar un mensaje lo más rápidamente posible a un punto señalado de antemano. Quien llegase el primero con la nota a la habitación sería el vencedor. Impresionante y arriesgado, pensé yo entonces. Daba por supuesto que volveríamos al cuarto con los huesos rotos. Con todo, no pude evitar detenerme cuando me encontraba ya en la rampa. Luego, miré desde la ventana una lona tendida a modo de cama elástica, y salté. Después, una vez en el suelo, recorrí el circuito de cestas y barreras trazado en lo que fue jardín conventual, atravesando el arroyo y el campo de Schulpforta. Sobre el riachuelo se había tendido una cuerda que había servido antes como amarra de un avión sin motor. Teníamos que cruzar la corriente deslizándonos por la maroma. Cuando apenas nos encontrábamos en la mitad del cauce nuestra posición era incómoda, hasta el punto de que debíamos estirarnos todo lo que pudiésemos para evitar caer en el arroyo. Eso no hubiese constituido problema alguno si no fuera porque entonces, antes de Pascua, el agua no estaba completamente deshelada y había aún nieve. En previsión de caídas se había cortado la superficie de témpanos un par de metros, a un lado y otro de la cuerda, de modo que no pudiésemos caer en el hielo sino en el agua.

El final parecía un número de rodeo. Teníamos que cabalgar a lomos de un caballo que aún no había aceptado la silla. El animal giraba en círculo, atado a un ramal. El alumno se lanzaba a la grupa y tenía que aguantar todo lo que pudiese. Para los cursos superiores era una diversión grandiosa ver cómo los nuevos trataban de hacerse con el caballo y caían sin excepción.

Cualquiera podía romperse los huesos y algunos de nosotros terminamos así. Nuestros educadores lo comentaban después citando a Nietzsche: «Alabado sea todo aquello que nos hace duros.»

Arriba: *un alumno se desliza por la cuerda sobre un arroyo. Una prueba de valor muy estimada.*



Derecha: *en el patio de la «napola» de Schulpforta. En esta antigua escuela de príncipes se formaron varias generaciones de alumnos selectos antes de que se apropiasen de ella los nazis.*

Armisticio 21 JUNIO 1940 en Compiègne

Emisión radiofónica de W. Shirer

Locutor: En este preciso momento, cuando el Gobierno francés examina aún las condiciones alemanas para el alto el fuego, Columbia transmite una información especial de William Shirer desde Alemania. Conectamos con Berlín. Adelante, Berlín.
Shirer: Atención, América. Atención, CBS. William L. Shirer a la CBS de Nueva York desde Compiègne, en Francia. Aquí, William L. Shirer, de la CBS. Nuestro micrófono se halla instalado en un reducido espacio abierto en medio de los bosques de Compiègne, a cuatro millas al norte de la ciudad y a unas cuarenta y cinco al norte de París. A pocos pasos de donde nos encontramos se halla el viejo vagón de ferrocarril en el que, una fría mañana de noviembre de 1918, se firmó otro armisticio. En ese mismo vagón han comenzado esta tarde, a las 15,30, hora alemana, las negociaciones para un nuevo alto el fuego, para un nuevo armisticio con el que terminará la presente guerra entre Francia y Alemania. Las agujas del reloj han retrocedido. Estamos viviendo, como espectadores directos, una nueva revisión de la historia, en este atardecer sobre los hermosos bosques de Compiègne. Qué diferencia respecto de aquel día, hace ahora veintidós años... Incluso la temperatura, que hoy es la de un hermoso día veraniego en los alrededores de París.
Esta tarde hemos visto cómo Adolf Hitler y el mariscal Göring, junto con otros jefes alemanes, presentaban a los jefes supremos del Ejército francés las condiciones del armisticio. En ese preciso momento nos resultó especialmente difícil rememorar aquel otro acto, que también tuvo lugar en este mismo calvero, en pleno bosque de Compiègne desde el que emitimos ahora, un acto semejante y distinto que se produjo en aquella fría mañana del 11 de noviembre de 1918, a las cinco. El vagón, el coche salón del mariscal Foch, tan sólo dista unos pasos de nosotros y ocupa exactamente la misma posición que en aquella mañana gris, hace 22 años. Sólo una diferencia –¡y qué diferencia!–: en la silla que ocupaba entonces el mariscal Foch se sienta hoy Adolf Hitler. Entonces Hitler no pasaba de ser un cabo alemán, completamente desconocido. Hoy se firma de nuevo otro armisticio en este coche pasado de moda, recuerdo de la guerra anterior, que, como el otro alto el fuego, también pondrá fin a una confrontación entre Alemania y Francia. Mas en la obra que ahora se representa en los bosques de Compiègne los papeles han cambiado. En la ocasión anterior, eran los franceses quienes dictaban las condiciones en este mismo coche. Esta tarde hemos contemplado cómo Hitler insistía con sus ademanes, al otro lado de los cristales de las ventanillas del vagón, en el contenido de sus imposiciones. Así se revisa la historia, pero rara vez esta vuelta hacia atrás se ha llevado a cabo en el mismo lugar, como ocurre hoy aquí. En el preámbulo de las condiciones del alto el fuego, el general Keitel, jefe del Mando supremo de los Ejércitos alemanes, comunica a la delegación francesa que ni él ni el *Führer* han elegido el lugar de las negociaciones con la intención de vengarse, sino con la de reparar una injusticia.
Las negociaciones para el alto el fuego han comenzado a las 15,15, hora alemana. El cálido sol de junio se asomaba sobre los olmos y pinos gigantescos proyectando sombras de púrpura sobre la alameda, cuando el *Herr* Hitler irrumpió rodeado de su séquito. Ante el monumento levantado por los franceses a Alsacia-Lorena, Hitler saltó de su automóvil. El monumento se levanta a unos doscientos pasos de donde nos encontramos, al final del paseo, no lejos del viejo vagón de ferrocarril. La famosa escultura del monumento aparece cubierta con una bandera de guerra alemana, hasta tal punto que no puede verse ningún resquicio ni tan siquiera leerse la inscripción. El año pasado tuve ocasión de contemplarlo varias veces. Algunos de los que estaban allí quizá lo veían por primera vez: la larga espada, símbolo de los ejércitos aliados, cuya punta atravesaba a un águila enorme, el águila del antiguo imperio alemán; debajo aparecía la inscripción: «A los heroicos soldados de Francia, defensores de la patria, libertadores valerosos de Alsacia-Lorena».
Con nuestros prismáticos hemos visto cómo el *Führer* se mantenía enhiesto, ante el monumento, contemplando la bandera de guerra con la cruz gamada. Luego, se dirigió lentamente hacia nosotros, hacia el pequeño calvero donde se encuentra el famoso vagón del armisticio. Su rostro me ha parecido solemne y grave, aunque sus pasos delataban una cierta frivolidad al dirigirse al lugar en que se selló el destino de Alemania aquella mañana de noviembre de 1918, un destino que había experimentado ya un giro completo precisamente por su intervención. ▷

Instantes después Hitler entraba en el pequeño claro del bosque de Compiègne donde se firmó el armisticio hace 22 años y donde se firmaría ahora un protocolo similar. Hitler se mantenía erguido, mirando lentamente en derredor. El calvero tiene forma de círculo con un diámetro de unos doscientos pasos, a modo de parque. Una franja de cipreses bordea el pequeño parque, y tras ellos se aprietan los grandes olmos y encinas del bosque de Compiègne. Durante 22 años ha sido para Francia un santuario nacional. Hitler se mantiene erguido y su mirada recorre sin cesar cuanto le rodea. En el grupo que le sigue están los jefes alemanes: el mariscal Göring, con su bastón de mando en la mano, luciendo el uniforme azul del Arma aérea, junto con otros jefes de la *Wehrmacht*. Todos los alemanes visten uniforme. Hitler luce una guerrera gris en cuyo bolsillo superior izquierdo puede verse la cruz de hierro. Al lado de Göring se encuentran el general Keitel, jefe del Mando supremo, y el general von Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército. Ambos han cumplido ya los sesenta años, pero tienen un aspecto juvenil, sobre todo el primero, que lleva su gorra ligeramente ladeada y parece muy elegante y simpático. Un poco más lejos se aprecia la presencia del Dr. Raeder, gran almirante de la Flota alemana. Viste el uniforme azul de la Armada ribeteado de oro y parece ahogarse en el cuello duro, que llevan los oficiales de la Marina. En torno a Hitler vemos también a dos civiles: su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, que viste el uniforme gris de su departamento, y Rudof Hess, lugarteniente de Hitler, que luce el uniforme pardo grisáceo del partido.

Las manecillas del reloj marcaban en ese momento, según veo en mis notas, las 15,18. El estandarte de Hitler se ha izado sobre un pequeño mástil, en el centro del calvero. En el mismo lugar se levanta un bloque de granito, que mide unos tres pies de altura. Hitler se dirige a él seguido por sus colaboradores. Sus movimientos son lentos.

Asciende los pocos escalones del monumento y lee la inscripción tallada en grandes caracteres sobre la piedra.
Muchos de los presentes recuerdan sin duda aquellas palabras. El *Führer* repasa la inscripción lentamente. El texto dice así: «Aquí cayó el 11 de noviembre de 1918 el orgullo criminal del Reich alemán, derrotado por los pueblos libres a los que pretendió esclavizar.» Lo leen Hitler y Göring y todos los demás. Los alemanes se mantienen firmes en silencio, bajo el sol de junio y en la calma del bosque. Observamos la expresión del rostro de Hitler, pero su cara no revela sentimiento alguno.

Luego el *Führer* conduce a su séquito hacia el otro extremo del círculo. El monolito marca el lugar en que se encontraba el vagón de la rendición durante las negociaciones de noviembre de 1918, que transcurrieron del 8 al 11 de ese mes. Hitler repasa la inscripción de la piedra: «Los mandatarios alemanes». La piedra se encuentra precisamente entre dos raíles oxidados sobre los que se había situado el famoso vagón 22 años atrás. Son en ese momento las 15,23 horas. La comitiva alemana se encamina al vagón en que van a celebrarse las negociaciones. Por supuesto que el coche no estaba antes en la actual posición. Hasta ahora se hallaba situado a unos 75 pasos, al final de los raíles, atacados por la herrumbre, en una pequeña nave museo donada por un ciudadano americano, Mr. Arthur Henry Fleming, de Pasadena (California). Ferroviarios alemanes se ocuparon ayer de sacar el vagón y llevarlo al lugar elegido, el mismo que ocupaba en la mañana del 11 de noviembre de 1918. Los alemanes se encuentran delante del coche y charlan al sol. Así durante dos minutos. Luego Hitler sube la pequeña escalera del vagón, seguido por Göring y el resto de la comitiva. Un momento después se encuentran todos en el interior. Podemos ver perfectamente lo que acontece dentro, gracias a la amplitud de las ventanas.
Hitler es el primero en entrar en el salón y en sentarse en el mismo lugar que ocupó aquel día el mariscal Foch. A su lado toman asiento Göring y el general Keitel. Un poco más lejos podemos divisar, a derecha y a izquierda, al general von Brauchitsch y a Rudolf Hess, en un extremo de la mesa; al gran almirante Raeder y a von Ribbentrop, en otro.
La parte frontal permanece vacía. En ella se encuentran colocados cuatro sillones. Aún no se ve a los franceses, pero no necesitamos esperar mucho tiempo. A las 15,30 en punto descienden de sus coches los negociadores galos. Han llegado en avión desde


El «Führer» ante la piedra destinada a inmortalizar

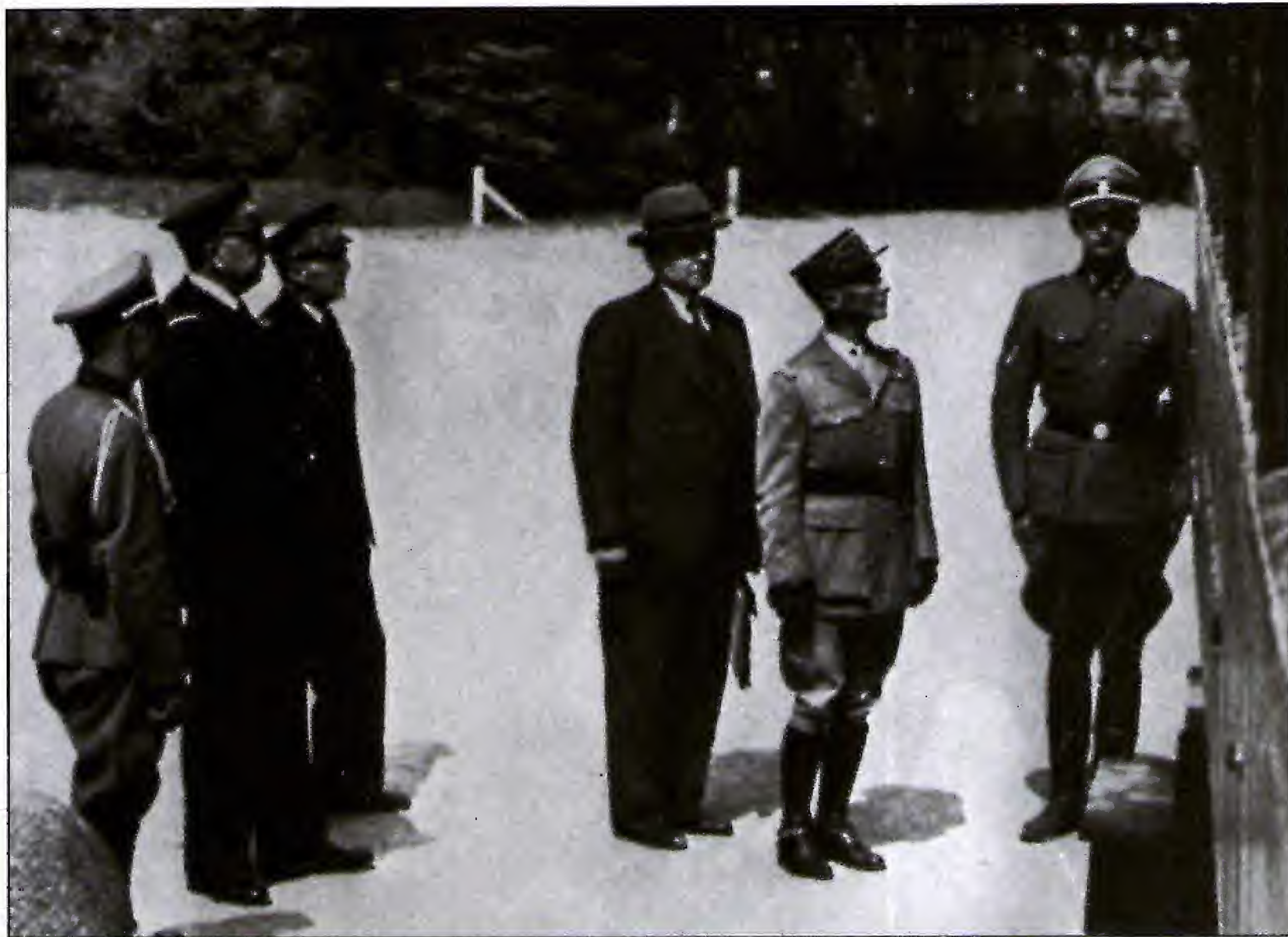

El 21 de junio recibe el «Führer» a la delegación


El general Keitel lee el preámbulo redactado

Las fotos y los textos corresponden a 1940, y fueron publicados en Berlín en un folleto titulado «Con Hitler en el Oeste». Antes de entrar en el histórico vagón, para comunicar a la delegación francesa sus condiciones de paz, Hitler ordenó demoler la «piedra conmemorativa de la ignominia» de 1918.



la ignominia de Compiègne.



La delegación francesa espera ante el histórico vagón el comienzo de las negociaciones.



francesa.



por el «Führer».

A los sones del himno alemán, el «Führer» abandona el lugar de las negociaciones.



21 de junio de 1940. Hitler y Göring (con gorra blanca) a su llegada a Compiègne. Tras la brillante victoria sobre Francia, el general Keitel, comandante en jefe, dirá al dictador: «Mi "Führer", usted es el estratega más grande de todos los tiempos.»

El Armisticio

Las condiciones del alto el fuego perseguían el imposibilitar una reanudación de las hostilidades por parte de Francia, dotar a Alemania de la máxima capacidad de maniobra contra Inglaterra y sentar las bases de una paz ulterior cuyo contenido –tal y como se dice en el preámbulo– fuese la «reparación de la injusticia a la que se sometió al Reich alemán violentamente». El norte de Francia, la costa del Canal y la costa atlántica –casi dos terceras partes de Francia– permanecerían ocupadas por los alemanes durante el resto de la guerra. Las fuerzas armadas galas fueron desmovilizadas y parte de su material bélico enviado a Alemania; el resto se entregó a la zona francesa no conquistada, pero bajo control alemán o italiano. Francia disponía de un Ejército de 100.000 hombres en la metrópoli y fuerzas más potentes en las colonias.

La Flota francesa quedaría atracada en determinados puertos, disponible sólo para el caso en que debiera servir a la defensa de los intereses coloniales de París. Alemania prometió oficialmente no emplear en su provecho las unidades navales francesas ni elevar reclamaciones marítimas una vez se firmase la paz. Todos los prisioneros alemanes, civiles y militares, recuperarían su libertad, y hasta se forzó la vuelta de emigrantes alemanes establecidos en las colonias francesas. Los prisioneros de guerra franceses, por su parte, permanecerían en poder de los alemanes hasta el final de la contienda. Una comisión del armisticio franco-alemana debería regular la aplicación de este compromiso y mantenerlo en vigor en tanto no se llegase a un alto el fuego entre Francia e Italia...

El 25 de junio de 1940, a la 1,35 horas, entraba en vigor al armisticio. La batalla de Francia le había costado a Alemania 27.074 muertos, 111.034 heridos y 18.384 desaparecidos. Francia sufrió la pérdida de 100.000 caídos y de 1,9 millones de prisioneros, que pasaron a la cautividad en Alemania. La ágil estrategia alemana, que debió su éxito en Francia al empleo de unidades ligeras con la intervención de la «Luftwaffe», arrolló la táctica defensiva del enemigo. A la vista del mundo la «Wehrmacht» alemana era irresistible y el arte militar de Hitler no podía discutirse.

(Lothar Gruchmann: La segunda Guerra Mundial. Munich, 1957.)

Burdeos hasta un aeropuerto cercano al lugar de las conversaciones. Desde el aeródromo hasta el claro del bosque han venido en automóvil.

Los franceses miran hacia el monumento de Alsacia-Lorena, decorado ahora con cruces gamadas, pero sólo se permiten una ojeada casi furtiva. Acompañados por tres oficiales alemanes recorren acto seguido la alameda. Pronto alcanzan el calvero y, a la luz del sol, podemos divisar al general Huntziger, que viste un uniforme caqui, al general Bergeret y al vicealmirante Le Luc, estos dos últimos con uniforme azul. Casi oculto tras los trajes militares, el único civil del grupo: el señor Noël, embajador de Francia en Polonia al estallar la guerra. Los plenipotenciarios franceses avanzan a lo largo de la compañía de honores alemana, que ocupa los primeros metros de la avenida. Sin embargo, la compañía permanece en silencio, sus fusiles apoyados en el suelo, sin presentar armas. Los franceses no apartan su mirada del infinito. Es una hora de tremenda gravedad para Francia, y sus rostros delatan el peso enorme que sienten sobre sus hombros. Sus facciones permanecen inexpresivas y conservan un aire puramente oficial, pero marcadas por un destino trágico. Se dirigen directamente hacia el coche y a su entrada reciben el saludo de dos oficiales alemanes: el teniente coronel von Tippelskirch, jefe del cuartel general, y el coronel Thomas, jefe de la comandancia de París. Los alemanes saludan, los franceses responden al saludo. La atmósfera es lo que en Europa se califica de «correcta»: pero no hay apretones de manos. Se acerca el momento histórico. En mi reloj las agujas señalan las 15,32. Los franceses entran al vagón del mariscal Foch, situado a pocos pasos de nosotros. Contemplamos a través de los cristales el interior del coche anticuado. Hitler y los demás alemanes se levantan de sus sitios cuando los franceses entran en el salón. Hitler saluda con el brazo en alto. Los oficiales alemanes hacen lo propio y los franceses devuelven el saludo. No puedo ver si Noël saluda también ni de qué manera. Hitler no dice ni una palabra, si es que la vista no me engaña; hace señas al general Keitel, que se sienta a su lado. Vemos cómo el general toma un escrito y procede a su lectura. Se trata del preámbulo de las condiciones alemanas para un alto el fuego. Los franceses ocupan sus sitios con los rostros blancos como el mármol y escuchan con la máxima atención. Hitler y Göring mantienen la vista clavada sobre la mesa de color verde. El momento histórico, al menos de este acto del drama, dura apenas unos minutos. En mi bloc anoto la hora exacta: las 15,42. Han pasado tan sólo doce minutos desde la llegada de los franceses. En este preciso momento Hitler se levanta y saluda de nuevo a los franceses con el brazo en alto. Acto seguido abandona el vagón y tras él, Göring y el general von Brauchitsch. Siguen el gran almirante Raeder, Rudolf Hess y, finalmente, von Ribbentrop. Los franceses se quedan sentados a la mesa y, con ellos, el general Keitel, que procede a la lectura de las cláusulas del acuerdo de armisticio. Hitler se aleja y los demás hacen otro tanto. De nuevo recorren la alameda en dirección al monumento de Alsacia-Lorena. Cuando alcanzan la compañía de honores, la banda interpreta el «Deutschland, Deutschland über alles» y el himno de Horst-Wessel. Todo el ceremonial ha durado un cuarto de hora escaso. En quince minutos se ha revisado un histórico armisticio de hace apenas unas décadas.

Locutor: Han escuchado una crónica especial desde el bosque de Compiègne, en el que el 11 de noviembre de 1918 los negociadores alemanes aceptaron las condiciones de armisticio con las que terminaba la primera Guerra Mundial, y donde hoy, 21 de junio de 1940, los franceses han aceptado las condiciones impuestas por Adolf Hitler, con las que se pone fin al enfrentamiento entre Francia y Alemania.

Música de órgano.

Locutor: Aquí, Columbia Broadcasting System.

□

En la página siguiente: ***22 de junio de 1940: Hitler baila de alegría en su cuartel general, al recibir la noticia de que Francia ha firmado el acta de armisticio en Compiègne. «El antiguo agitador –escribe el historiador inglés Alan Bullock–, que en 1920 había dicho ante las masas que no descansaría hasta dejar sin efecto el Tratado de Versalles, había cumplido al fin su promesa: la humillación de 1918 había sido vengada».***








QUIEN VENCE, ROBA

El expolio de obras de arte en el curso de la historia

El 6 de julio de 1940, dos semanas después de la capitulación de Francia, la policía secreta alemana hizo una «razzia» por las galerías y establecimientos de obras de arte. Cuadros, muebles, tapices, porcelanas y joyas fueron pasando a los camiones de los ocupantes que los trasladaban a la embajada alemana para ser embalados y enviados al Reich. A pesar de las enérgicas protestas de la administración militar, estas operaciones se sucedían. Así ocurrió hasta que el «comité de acción Rosenberg» tomó cartas en el asunto y, al fin, apareció por París el insaciable coleccionista que era Hermann Göring, para asumir la responsabilidad de la operación. Obras de inestimable valor fueron secuestradas. Todo se produjo con arreglo a la meticulosidad alemana: se elaboró una lista e incluso se extendieron recibos. Por lo demás el método ya era viejo: el vencedor despoja al vencido y la obra de arte se convierte en botín. Karlludwig Opitz intenta aquí una excursión por la historia y ésta es su conclusión: siempre se ha robado al vencido.



Göring, fervoroso coleccionista de obras de arte, elige en París una serie de cuadros para su colección particular.

Quien pierde una guerra, termina por quedar desplumado. De ahí que los vencedores, reyes, duques, mariscales o generales, fuesen por lo común notorios coleccionistas de obras de arte. El botín de sus victorias no era sólo una tierra, unas contribuciones, sino también las cosas bellas que alegran el espíritu amante del arte.

En buena medida era desde luego cuestión de gusto. Así César robó en Sicilia sólo muebles preciosos, y nada más. En las Galias persiguió denodadamente cómodas y otros muebles de buen acabado.

El procónsul Verres hizo arrancar las puertas de oro del templo de Minerva, en Siracusa, ornando con ellas su casa de campo romana.

Muy distinto fue Alarico. El rey godo se hizo entregar por los romanos vencidos 5.000 libras de oro y 30.000 de plata. No es que Alarico fuera un avaro; es que sentía debilidad por los metales preciosos, como otros después de él sintieron debilidad por unos pocos metros cuadrados de lienzo embadurnados por un tal Tintoretto, pongo por caso. Durante la guerra de los Treinta Años los suecos expoliaron toda Alemania, sin que, fuera de los alemanes, ningún otro gallo pusiera el grito en el cielo ante aquellos desmanes. El 16 de mayo de 1632 los mismos suecos empaquetaban en Munich toda la producción de Holbein, Muelich y Cranach y se lo llevaban a su país. En la biblioteca de la universidad de Uppsala existen aún numerosos volúmenes sustraídos a la biblioteca catedralicia de Maguncia. Entre ellos la «Biblia de Ulfilas» (Codex argenteus), robado previamente en el monasterio de Werden.

Una biblioteca para el príncipe elector

También Wallenstein y Tilly fueron notorios amantes del arte. Cuando en 1622 Tilly conquistó Heidelberg, se incautó inmediatamente de la biblioteca de la universidad, la biblioteca palatina. En 192 canastas hizo transportar los volúmenes y se los ofreció como presente al príncipe elector de Baviera, Maximiliano I. Pero Max, que no tenía relación alguna con las musas y apreciaba más a su cocinero Girglhuber, inventor del embutido de hígado, que aquellos viejos pergaminos, decidió al fin que cargaran la biblioteca a lomos de mulo y así, cruzando los Alpes, se la envió al papa Gregorio XV. Los bibliotecarios del Vaticano tuvieron tarea para rato. En 1797 Napoleón, que sí tenía sentido para la cultura y el arte, se hizo entregar 500 manuscritos de la Palatina y los envió a París. Y muchas gracias.



La «Diana en el baño», de François Boucher (1703-1770), se lo había reservado el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, Ribbentrop. En 1940 se envió a Berlín.

Napoleón, sobre todo Napoleón. El corso era un amigo sincero de las bellas artes. Habría que decir que de todas las manifestaciones artísticas. El 17 de mayo de 1796 ordenó: «El duque de Módena se obligará a entregar 20 cuadros. Ahí va el catálogo». Y el dictado continuó: también Parma tuvo que donar 20 tablas; Milán, 25. Venecia perdió sus famosos caballos de bronce, los leones de la plaza de San Marcos y 16 pinturas, las obras más valiosas, naturalmente. Y 253 manuscritos muy codiciados. Mantua entregó 4 cuadros y 14 manuscritos. La Santa Sede entregó a Napoleón, desde luego que no voluntariamente, 100 lienzos, el busto en bronce de Junio Bruto y la estatua en mármol de Marco Bruto. Napoleón se hizo pagar además por el Vaticano los gastos de transporte, el trabajo de los expertos y hasta las provisiones: en total 21 millones de libras. Bolonia se vio obligada a donar al coleccionista corso 40 cuadros; Ferrara, 10. La pinacoteca del rey Manuel II tuvo que contribuir con una «deuda de gratitud» de 40 pinturas. Movido por su sincero amor al arte llegó Napoleón ante todo a Alemania y Austria. Allí encontró a un verdadero experto: el barón Denon. Este hombre percibió en seguida el rastro de un Durero, que consiguió mediante el socorrido procedimiento de escalar un muro. Denon no se anduvo con las maneras de un caballero y se decidió a robar, atestando el Louvre con todo lo que de bueno y caro encontró a su paso.

Chalaneos, destrozos y canjes

Francia, París, eran un encanto. Increíble lo que los «boches», los alemanes, habían logrado reunir en cuestión de arte. Y sin la menor comprensión para tanta noble belleza, para un valor tan inmenso. ¡Qué vulgares! A la hora del reparto del botín, la operación se transformó en un negocio de chalanes y cambistas. Lo más práctico era convertir en dinero contante el objeto que había caído en sus manos. Los judíos, los Fugger, las casas de subastas Christie y Sotheby, estaban al acecho, siempre disponibles. A propósito de ingleses: a decir verdad, preferían interesarse por las otras obras de arte como objetos de compraventa, con la excepción de la casa real, muy entendida en belleza plástica. Su Majestad prefería recibir regalos y punto final. Tampoco los Pares tenían nada que objetar contra una «donación». Como tampoco el duque de Marlborough, que aceptó en 1706 «casi a la fuerza» el regalo del emperador Leopoldo I: total, un van Dyck, tres Rubens, y un Tintoretto. Para que la operación no pareciese demasiado sucia, el duque se metió en el bolsillo el principado de Mindelheim.

El Mariscal del Reich lo querría todo

Durante la campaña de robo de obras artísticas en Francia también fue incautado el patrimonio de personas que no eran ciudadanos franceses. Ofrecemos aquí el informe de un funcionario de la administración militar –contraria al desarrollo de esta acción–, en el que juega un papel el mariscal del Reich, Hermann Göring.

En febrero de 1942 se dijo en alguna parte que la finca de la ciudadana americana señora Gould, en Maison-Lafitte, era, aparte de un verdadero museo de obras artísticas y almacén de vinos, un auténtico depósito de armas. En virtud de la prohibición dictada sobre la posesión de armamento y atendiendo a la nacionalidad de la propietaria, que gozaba de un respeto general, el comandante del Noroeste de Francia decidió enviar como inspector al jefe de administración militar del distrito, doctor Medicus, personalmente. En una declaración del 27-VII-1945, el propio doctor Medicus reseña lo que sigue:

«Una rápida visita a las bodegas confirmó la veracidad de las declaraciones de la señora Gould. No se pudo encontrar ni rastro de armas. Sin embargo esto no impidió que halláramos un valiosísimo tríptico y otras dos piezas únicas de gran categoría. Todo ello tallado en marfil. Los tres objetos pasaron inmediatamente a poder de un miembro del comando Rosenberg.

En la misma ocasión manifestó la señora Gould que estaba dispuesta a entregar a los soldados del frente oriental toda su cosecha de vino. El cobre y el latón acumulados en una espaciosa nave de la destilería, fueron destinados a la administración bélica alemana. Las tres piezas artísticas, que sin ella saberlo había ocultado en la bodega un celoso empleado al comienzo de la contienda, permanecieron por el momento en su poder. Pocos días después tiene lugar una entrevista con el Sr. von Behr, jefe del comando Rosenberg. Aunque la señora Gould no se sentía obligada en absoluto y aunque el comando en cuestión no tenía derecho alguno a intervenir las propiedades de una súbdita americana, se decidió lo que sigue:

a) La señora Gould dedica al mariscal del Reich el tríptico. El mariscal destina esta obra al museo de Cluny, en París, cosa que la familia Gould ha dispuesto para después de su muerte.

b) Las dos figurillas equivalen así a un signo de gratitud de la señora Gould por la concesión de las piezas al museo de Cluny. En consecuencia las dos figuras pasarán a ser propiedad privada del mariscal.

Así transcurrieron muchas semanas sin que ocurriese más. Repetidas veces establecí contacto con el señor von Behr, para conocer la determinación del mariscal del Reich. Después de algunos meses recibí la siguiente respuesta: Al fin ha llegado la ocasión de mostrar al mariscal del Reich las tres obras de arte. Por medio del señor von Behr le ha sido enviado el ya citado obsequio de los tres objetos. El mariscal ha expresado su más profunda complacencia y ha dispuesto que sean enviadas las tres piezas a Alemania. Tuve la impresión de que el señor Behr había indicado incluso al mariscal que se producía la circunstancia legal de que aquellas piezas eran propiedad privada, pero esta anotación no fue atendida. Posteriormente informé de todo ello a la señora Gould y a su abogado. Ambos me prometieron no iniciar gestiones para evitar en aquellas circunstancias nuevas dificultades a la señora Gould y hasta quizá su traslado a un campo de concentración. Con todo procuré traer el caso a colación siempre que se presentó el momento adecuado e incluso pedí que se informase al mariscal del Reich, hasta que hube de admitir que toda aquella operación se apoyaba en una directriz injusta del propio mariscal del Reich. Por todas partes me encontré con un evasivo encogimiento de hombros».



Por encargo de la embajada alemana en París, la colección de obras de arte del barón Edouard de Rothschild es transportada al Reich.

La «Presentación de Jesús en el templo», de un maestro de la escuela de Colonia (siglo XVI). Esta obra agradó de un modo especial a Göring. El mariscal se hizo entregar el cuadro y lo llevó a su residencia de Karinhall, donde poseía una nutrida colección de arte «nórdico primitivo».



La «Sibila de Cleve», de Lucas Cranach el Viejo (1472-1553), era el orgullo del museo de Reims. Las autoridades lograron evitar la entrega de esta pintura a los alemanes.



Arriba: el «Cordero Místico», de Jan van Eyck (h. 1390-1441). Este cuadro fue sacado subrepticiamente de París y escondido en algún lugar del sur de Francia al comienzo de la guerra. El Gobierno de Vichy, sin embargo, lo entregó a los alemanes. Fue trasladado a Neuschwanstein y finalmente a las minas de sal de Alt-Aussee. Allí fue hallado intacto en 1945.

Abajo: el Tapiz de Bayeux (siglo XI), que representa la conquista de Inglaterra por los normandos. Fue transportado a París. La liberación de la ciudad en 1944 impidió que se enviase a Alemania, como estaba previsto.

Según queda dicho, los ingleses se dedicaban por lo general a comprar. Como el mercado estaba saturado, los precios eran más que razonables.
La cambiante suerte de la guerra trajo consigo que numerosas obras robadas volvieran a tomar el camino de regreso hacia sus antiguos dueños.
En 1815 los prusianos descolgaron 272 lienzos de las paredes del Louvre. Para ellos era perfectamente legítimo, ya que Denon se las había robado. De nuevo la cuadriga famosa reapareció sobre la puerta de Brandenburgo. El mariscal Blücher, insensible a los efluvios del arte, prefirió quedarse con un reloj de pared y diez cuadros en St. Cloud, como si fuese un cliente que va a una cervecería y al final se lleva los posavasos de cartón como recuerdo. Los italianos recuperaron, por su parte, los cuatro corceles y los leones de San Marcos. Y, de paso, se llevaron a su vez un par de recuerdos de viaje.

El botín de los poderosos

Y así siglo tras siglo. El arte ha sido siempre el botín ansiado de los poderosos, hasta el punto de que hoy es a veces casi imposible comprobar qué pertenece a quién.
Cargamentos enteros de obras de arte, cobrados como botín, pasaron de mano en mano, fueron saqueados. Ésta es la razón de que en muchos palacios y casas de patricios haya alguna obra de valor. Los poderosos adquirieron colecciones enteras, cambiaron y vendieron. Y aprovecharon cada nueva guerra para incrementar sus museos particulares mediante la rapiña, como ya hicieran sus queridos antepasados. También los rusos recurrieron al procedimiento. En 1914 los zaristas se incautaron en Lemberg de 1034 cuadros, entre ellos obras de Rafael y de Tintoretto, 17.000 monedas, 142.000 libros y 500 manuscritos.
En la segunda Guerra Mundial Hitler se destapó como un avispado ladrón de objetos artísticos. A imitación de los comandos especiales del ejército de la Revolución Francesa, organizó los propios que le aseguraron el botín. Y para que sus jefes de comando no tuviesen que molestarse mucho en estirar el brazo, empezó por las colecciones de los judíos. Así se llegó al concepto de «bien cultural alemán», calificativo de todo aquello que favorecía a la cultura germana. Ahí entraba, entre otros proyectos, la elaboración de un catálogo o inventario artístico, con vistas al proyectado «mayor museo del mundo», que habría de levantarse en Linz (Austria), a orillas del Danubio. Uno de los jefes de comando, el profesor Dr. H. Voss, estimó que se podía hacer una selección de 5350 obras de maestros primitivos para dicha pinacoteca. Otro comando especializado en el robo de obras de arte, el «comité de acción Rosenberg», se ocupó de embalar las mundialmente famosas colecciones de los Rothschild, Seligmann, Wildenstein, Alphonse Kann, Rosenberg y Bernstein. Un tercer comando, éste del ministerio de Asuntos Exteriores, trasladó al castillo de Chambord 139 lienzos, 67 tapices, 216 muebles y otros objetos para transportarlos posteriormente al Reich.
En 1941 el pillaje del «comité Rosenberg» se extiende a todos los países ocupados por Alemania. En Polonia no se hizo necesaria esta operación, porque el gobernador general Frank se había ocupado ya de incautar en sólo seis meses toda la riqueza artística del país. Frank, un hombre sensible por lo que se ve, se había dedicado a pasar las horas contemplando en silencio, en sus residencias, el palacio de Cracovia y el de Kressendorf, todo aquello que por su belleza y calidad merecía que se les robase a los polacos.
Hitler y su mariscal Göring robaron también, aunque no personalmente. Para ello tenían a su disposición a un nutrido grupo de especialistas que se ocupó en detraer del gran botín la parte que correspondía al *Führer* y a su mariscal. Para ello ordenó Göring: «Las obras de arte que deban pasar a ser propiedad del *Führer* o que el mariscal del Reich se reserve, serán trasladadas a dos vagones de ferrocarril que quedarán enganchados al tren especial del mariscal del Reich y emprenderán viaje a Berlín a principios de la próxima semana.»
Cuando los cuatreros de obras de arte de Rosenberg presentaron un informe sobre sus actividades, señalaron gozosos que, hasta la fecha, habían enviado a Alemania 10 expediciones con 92 vagones en los que se acumulaban 2775 cajas repletas de obras de arte, pinturas, muebles antiguos, tapices, porcelanas y objetos de plata. Un transporte especial con 53 cestas partió directamente hacia la residencia del *Führer* en Munich, y otro, con 594 cuadros, muebles y tapices hacia Karinhall.

Almacenes abarrotados

En un principio se destinó el castillo de Neuschwanstein a depósito general del arte robado. Cuando Neuschwanstein se llenó hasta el techo, tuvo que acondicionarse para el mismo fin el palacio de Herrenchiemsee. Cuando este lugar quedó igualmente repleto, hubo que echar mano de monasterios y cuevas de montaña. Hasta el 15 de julio de 1944, los bucaneros del *Führer* transportaron a Alemania 5281 cuadros, dibujos y pasteles, 684 miniaturas, libros y manuscritos, 583 esculturas y terracotas, 2477 muebles, 583 tapices y alfombras, 5825 bronces, azulejos, mayólicas y monedas, 1286 piezas de porcelana oriental, armas y grabados, 259 bronces antiguos y juegos de café. Entre los cuadros más famosos, había obras de Palma el Viejo, Velázquez, Reynolds, Watteau, Rubens, Rembrandt y van Dyck. Del botín, Göring se apropió de 52 tablas de la escuela de Cranach, cuadros que trasladó a Karinhall. Los funcionarios del Reich, por su parte, los «Gauleiter», tampoco tuvieron reparo en servirse por sí mismos.

El miedo todo lo tapa

En 1945 los coleccionistas de arte que también eran los soviéticos desplumaron a su vez a los alemanes. Sobre todo la emprendieron con los museos de Berlín. Entre las operaciones de pillaje hay que incluir la que afectó a los frisos grandes y pequeños del altar de Pérgamo, otras 100 esculturas de la misma procedencia, las esculturas de Magnesia, 8000 estucos, 7000 jarrones, 9000 gemas, 6500 cuadros, la sala de objetos de cobre, el museo Zeughaus, la colección de monedas con 500.000 piezas. La biblioteca del museo fue embalada en 622 cajas. Los fanáticos del arte soviéticos se apropiaron igualmente de la biblioteca de Arnim, en Boitzenburg, con un total de 25.000 volúmenes. El pillaje afectó igualmente a la pinacoteca de Bremen, trasladada al castillo de Kranzow, y a la galería de arte de Dresde. Por su parte, los polacos desposeyeron a Silesia de tantas obras que hubieron de utilizar 131 camiones y 22 vagones de ferrocarril para su transporte. El procedimiento era el de siempre: el de Napoleón y el de los vándalos al saquear Roma en el año 455. Mientras existan creaciones artísticas, hombres y pueblos a los que el arte diga algo, el robo de estas expresiones del sentimiento humano parece dar un tono de cierta elevación. ¿Qué ocurre, si no, ahora?
Quien posee una obra de arte no puede saber a ciencia cierta si es su único propietario. Cuando en cierta ocasión se mostraban en París obras procedentes de una galería soviética, una coleccionista francesa declaró que algunos cuadros le pertenecían. No hace mucho se expusieron pinturas de la Fundación Prusiana de Cultura, de Berlín Occidental, en salas de Leningrado y Moscú: creaciones de realistas del siglo XIX. En el último momento hubo que retirar algunos cuadros de la lista, porque la República Democrática Alemana trató de hacer valer sus derechos, mientras la URSS se negó a garantizar la devolución de las mismas. □



William Lawrence Shirer

Diario

Amsterdam, 18 de enero de 1940

Ed Murrow y yo nos encontramos aquí un par de días para discutir sobre la marcha de las informaciones europeas. De todas formas éste es nuestro pretexto. En realidad lo que nos mueve es algo diferente: nos sentimos como dos colegiales que hubieran escapado de la tutela de una tía demasiado rígida o hubiesen salido del internado para volver a disfrutar de la vida. La luz, la buena comida y la atmósfera, bien distinta de la que hemos dejado, operan el milagro.

Berlín, 22 de enero de 1940

Ayer pude hacerme una idea sobre la paralización del tráfico alemán, al menos por ferrocarril, como consecuencia del crudo invierno y de las exigencias del Ejército. En la frontera alemana se nos dijo que habían dejado de circular los trenes rápidos hacia Berlín. En unión con otros cincuenta viajeros he tenido que esperar horas interminables hasta que se dispusiese en la estación de Bentheim un convoy que nos acercase cuarenta o cincuenta kilómetros hacia Berlín. De repente apareció el tren, cuyos vagones estaban completamente helados. Pronto nos volvimos a detener. Así hasta que, envueltos en la oscuridad y llenos de frío, tuvimos que resignarnos a aguardar otro tren. En una pequeña estación en la que nos vimos obligados a esperar de nuevo se nos dijo que pronto llegaría otro tren desde Colonia, que nos llevaría directamente a Berlín. Sin embargo, cuando entró en la estación iba ya tan repleto que hasta creí poder contar unos quinientos pasajeros aglomerados en las plataformas, intentando abrirse paso hacia el interior. Los empellones eran cada vez más violentos. Recurrí a viejos métodos de jugador de baseball y logré alzarme con un sitio, cruzando la plataforma con mi equipaje sobre la cabeza. Así tuve que permanecer las ocho horas siguientes, expuesto a un frío intenso. Pero a fin de cuentas tuve suerte. Varios miles se habían visto obligados a seguir en los andenes, sin poder dar un paso hacia el tren. Jamás había oído tantas maldiciones de labios alemanes.

24 de enero de 1940

Un hombre de negocios americano, ya jubilado, de origen alemán, me ha visitado hoy. Hemos charlado de la idea que tienen los alemanes de ética, honor y moral. Para él, los alemanes consideran algo como justo, ético y honorable si cabe en el esquema que sirve de base al pensamiento y al comportamiento alemán, o, al menos, si cuadra con los intereses del germanismo y de Alemania. Pero lo que se dice una idea genérica de ética, honor y buen comportamiento, no la tienen. Hasta me ha puesto un ejemplo aclaratorio: un amigo alemán le preguntó en cierta ocasión: «¿No le parece terrible lo que han hecho los finlandeses con los rusos?» Mi invitado le respondió que los finlandeses no habían hecho otra cosa que luchar por su libertad y su independencia. Su amigo sólo le replicó: «Pero Rusia es nuestra amiga». Con otras palabras: para un alemán es justo defender la libertad e independencia de su país, mas si un finlandés pretende hacer lo mismo, obra injustamente porque con ello enturbia las buenas relaciones entre Alemania y Rusia.

En tren de Munich a Lausana, 4 de febrero de 1940

Referiré dos anécdotas que tienen que ver con la prohibición de escuchar emisoras extranjeras. Primera: una madre recibe la noticia de que su hijo se ha perdido y que debe contar con la posibilidad de que haya muerto. Un par de días después se ha hecho pública a través de la BBC la lista de los últimos prisioneros y en la relación figura el nombre de su hijo. Al día siguiente recibió la buena mujer ocho cartas de amigos y conocidos en las que se le comunicaba que su hijo estaba a salvo y prisionero en Inglaterra. La madre denunció a sus ocho comunicantes por haber escuchado una emisora extranjera. Los ocho terminaron en la cárcel. Cuando presenté el original que había escrito sobre esta historia, el censor de turno lo tachó todo con esta explicación: los oyentes americanos no llegarían a apreciar quizá la acción heroica de aquella señora que fue capaz de denunciar a sus ocho amigos.

Segunda anécdota: los padres de un oficial destinado en submarinos reciben la comunicación del fallecimiento de su hijo. Encargan entonces la celebración de un funeral. La mañana del día en que iba a celebrarse el acto religioso llega un vecino hasta el domicilio de los entristecidos padres y pide hablar a solas con el jefe de la familia. Al poco apareció otro con las mismas pretensiones: habían oído en la BBC que el supuesto muerto se hallaba en poder de los ingleses. Pero, ¿cómo iba a anularse el funeral? No se podía dar a conocer el verdadero desenlace del hecho, sin reconocer que alguien había escuchado emisoras extranjeras. Los propios padres podrían ir a la cárcel si callaban el origen de la noticia. Se celebró un consejo de familia y en él se decidió que tuviese lugar el funeral. Tras culminar el acto, los asistentes decidieron reunirse en casa, a puerta cerrada, y celebrar con champán el desenlace feliz del «luctuoso» suceso.

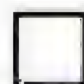
Berlín, 27 de febrero de 1940

Una compañera de trabajo ha visitado una de las nueve escuelas de hogar existentes, en las que amas de casa actuales y futuras esposas de hombres de las SS aprenden todo aquello que se necesita para convertirse en buenas administradoras de sus hogares y fértiles generadoras de carne de cañón para la próxima guerra. (Con o sin velos. El 28 de octubre de 1939 declaró Heinrich Himmler, jefe de la policía alemana y de las SS: «Más allá de los límites de posibles determinaciones legales de emergencia, costumbres y opiniones, la gran misión de las mujeres y de las chicas alemanas de sangre limpia, una misión laboriosa, que debe ser tomada con absoluta seriedad, con alianzas o sin ellas, es la de convertirse en madres de hijos, cuyos padres luchen como bravos soldados. Para los hombres y mujeres cuyo lugar en la organización del Estado es su hogar, la paternidad es un deber más que sagrado». Himmler prometió que las SS otorgarían la tutela a todos aquellos niños, legítimos o no, de sangre aria, cuyo padre hubiese caído en el frente).

Circulan muchos rumores, sin que se sepa nada de cierto, sobre grandes concentraciones de tropas en las fronteras de Holanda. Los holandeses serían para los alemanes, en caso de un ataque, un bocado fácil. Su Ejército es muy reducido y su famosa línea defensiva, a lo largo de la costa, es de dudosa eficacia. Suiza será más difícil de quebrantar, pero tampoco creo que sea eso lo que pretenden los alemanes.

11 de marzo de 1940

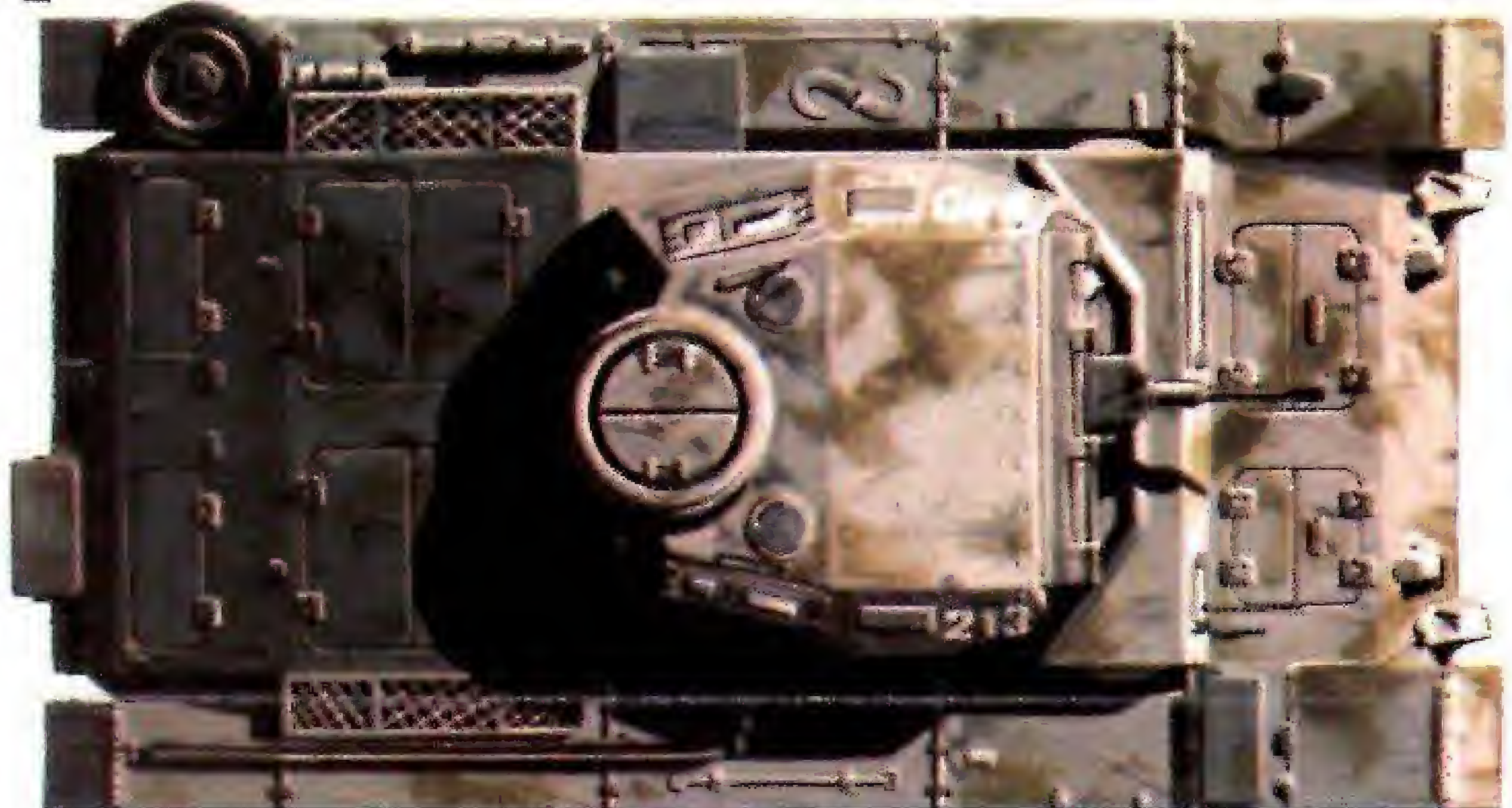
A partir del próximo 20 de abril, todos los muchachos alemanes con edades entre los diez y los veinte años deberán afiliarse a las Juventudes Hitlerianas. Todos aquellos que tengan 17 ó 18 años recibirán una formación paramilitar.







Carro de combate alemán III modelo E



Peso: 19,5 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 50 mm y dos ametralladoras de 7,92 mm
Coraza: 30 mm
Propulsión: un Maybach HL. Un motor de 12 cilindros 108 TRM, 300 caballos
Velocidad máxima: 40km/h
Autonomía: en carretera, 175 km, en campo abierto, 100 km
Longitud: 5,4 m
Anchura: 2,91 m
Altura: 2,44 m

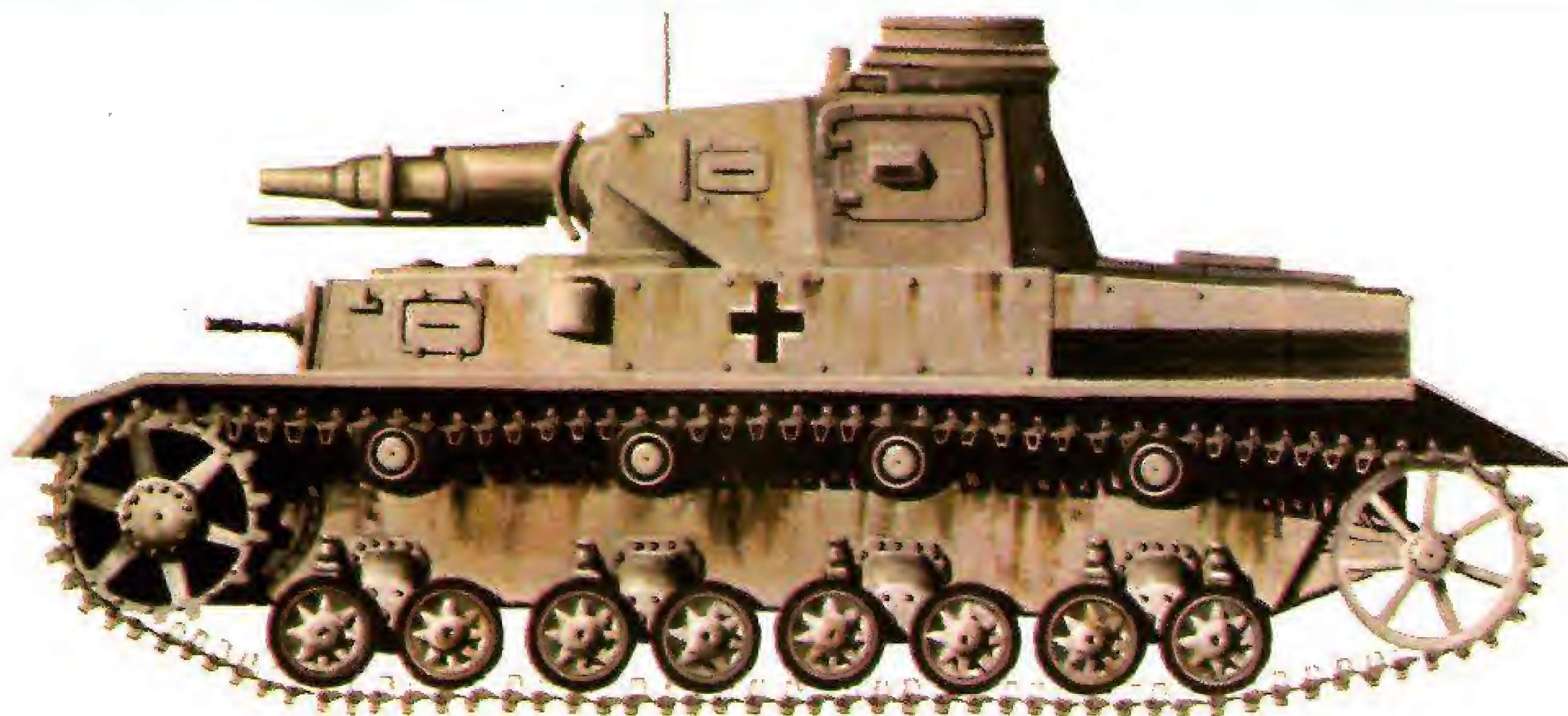
Carro de la infantería británica Mark II («Matilda»)







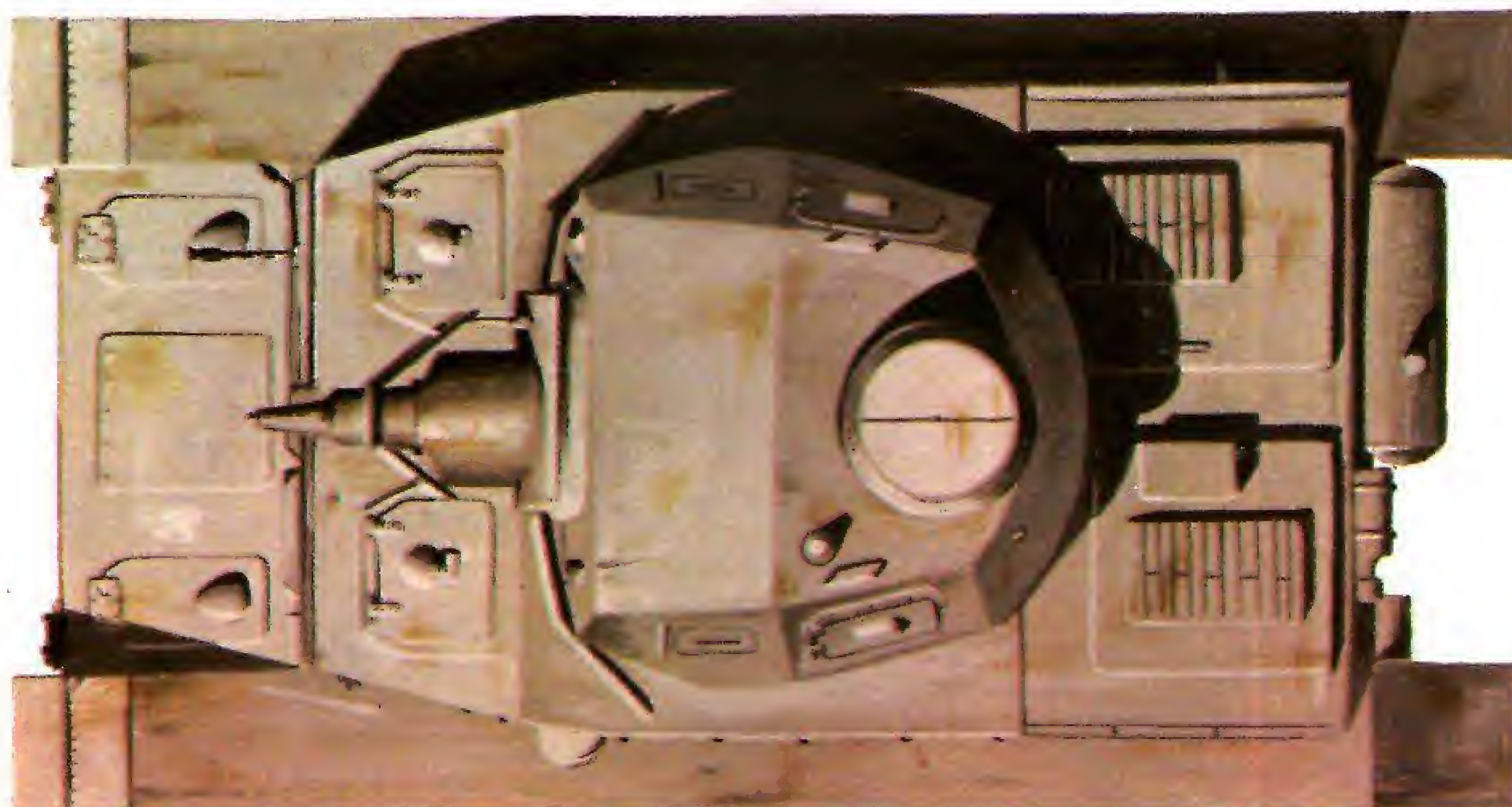
Peso: 26,5 t
Dotación: 4 hombres
Armamento: un cañón de 40 mm y una ametralladora de 7,92 mm
Coraza: 80 mm
Propulsión: dos motores Leyland E 148 y 149, ó E 164 y 165, de 190 caballos
Velocidad máxima: 24 km/h
Autonomía: 112 km
Longitud: 5,92 m
Anchura: 2,5 m
Altura: 2,39 m



Carro de combate alemán IV modelo D



Peso: 20 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 75 mm L/24 y dos ametralladoras 34, de 7,92 mm
Coraza: 30 mm
Propulsión: un motor Maybach HL 108 de doce cilindros y 300 caballos
Velocidad máxima: 40 km/h
Autonomía: en carretera, 200 km, en campo abierto, 150 km
Longitud: 5,87 m
Anchura: 2,86 m
Altura: 2,68 m



LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Canal, islas del, archipiélago británico situado en el Canal de la Mancha, a unos 50 km de la costa francesa. Comprende Jersey, Guernsey, Alderney, Sark y algunos islotes rocosos, con una extensión total de 195 km². Del 30-VI al 1-VII-1940 ocupación por las tropas alemanas tras haber sido evacuadas a Gran Bretaña 22.656 personas. Durante la contienda no se produjeron ataques aéreos por parte de los ingleses ya que éstos no deseaban poner en peligro la vida de sus compatriotas. La ocupación alemana no fue excesivamente dura: los policías conservaron sus uniformes, con un permiso escrito podía cantarse el himno nacional británico. El 9-V-1945 el general de División Wulf entregó sin lucha la isla a los ingleses.

Canaris, Wilhelm, almirante alemán (1-I-1940). Nació el 1-I-1887 en Aplerbeck (Westfalia). Muere ejecutado el 9-IV-1945 en el campo de concentración de Flossenbürg. Ingresa en la Marina en 1905. Contraalmirante el 1-V-1935; jefe de la sección de contraespionaje en el ministerio de la Guerra del Reich. Vicealmirante el 1-IV-1938. Jefe del departamento de contraespionaje en el exterior, en el mando supremo de la *Wehrmacht*. Participó en el movimiento de resistencia contra Hitler. Degradado y excluido de la Armada en febrero de 1944, fue encarcelado el 20-VII-1944, a raíz del atentado contra Hitler.

Canterbury, ciudad inglesa en el condado de Kent. En 1940 contaba con unos 25.000 habitantes. En abril y mayo de 1942 fue atacada por la aviación alemana en una operación conocida como «ataques Baedeker», en honor del comandante que la dirigió. Resultaron dañadas ciudades históricas inglesas como la citada, Bath, Exeter, etc., en respuesta al bombardeo por los ingleses de otras no menos históricas de Alemania, como Lübeck, Rostock, etc. El 31-X-1942, 68 aviones FW-190 lanzaron 18 t de bombas sobre la ciudad. Afortunadamente edificios históricos, como la catedral y la iglesia de San Martin no resultaron destruidos.

Capitulación, alemana. El 28-IV-1945 mandatarios del comandante en jefe del Sudeste, general von Vietinghoff, y del alto jefe de las SS y de la policia en Italia, Karl Wolff, firmaron en Caserta la capitulación de las tropas estacionadas en Italia, que fue hecha pública el 2-V. El 4-V, el comandante supremo de la Marina, almirante von Friedeburg, firmó en el cuartel general de Montgomery, junto a Luneburgo, la capitulación de las tropas alemanas en el frente británico, en Dinamarca y en los Países Bajos, la cual entró en vigor el 5-V a las 8 horas. El 7-V el general Jodl firmó, en el cuartel general de Eisenhower en Reims, la capitulación conjunta de las Fuerzas Armadas alemanas. El 9-V se repitió el acto de la firma, por parte de los generales Keitel, von Friedeburg y Stumpff, en el cuartel general soviético en Karlshorst. La capitulación conjunta entró en vigor el 9-V a las 00,01 horas.



Los dos «grandes» en Casablanca: Roosevelt y Churchill



Wilhelm Canaris

Carol II, rey de Rumania (6-VI-1930–6-IX-1940). Nacido el 15-X-1893, en Sinaia, muere el 10-IV-1953 en Lisboa. Hitler rehusó sus buenos oficios, hechos públicos el 13-XI-1939 y el 16-XI-1939. Fue obligado a abdicar por Antonescu.

Carolinas, archipiélago mayor de Micronesia, en el Pacífico. En 1919 las islas pasaron a Japón en virtud de un mandato de la Sociedad de Naciones; en 1947 confiadas a las Naciones Unidas. El 30-IX-1943, Japón retiró su principal línea de defensa hasta las Marianas y las Carolinas occidentales. Tras duros ataques aéreos, el 23-IX-1944 se produjo el desembarco estadounidense en el atolón de Ulithi, sin resistencia japonesa, y el 1-I-1945 en Fais.

Casablanca, puerto de Marruecos, antiguo punto de concentración de la flota francesa. Durante la operación «Torch», el 8-XI-1942, la Marina francesa se opuso a la utilización de este puerto por los efectivos de desembarco americanos. Se celebró en ella la conferencia que lleva su nombre: 14-25-I-1943. Participantes destacados: Churchill, Roosevelt y los jefes de los estados mayores de ambas naciones. Stalin fue invitado, pero no tomó parte. Acuerdos adoptados: tras la conquista de Túnez, en el verano de 1943, habría de procederse al desembarco en Sicilia y, lo más pronto posible, en agosto o septiembre, a la reconquista de Francia. Se anuncia la fórmula de la capitulación sin condiciones de Alemania. Comunicación de los generales franceses De Gaulle y Giraud sobre el dominio de las dependencias francesas del Norte de África. Además se dictan directrices para una ofensiva aérea más intensa contra Alemania, en las que los británicos asumían la realización de los ataques nocturnos y los americanos de los diurnos.

Caserta, ciudad italiana en el extremo norte de la Campania. Unos 35.000 habitantes. Cuartel



La operación «Cerbero», en marcha. Hitler la había ordenado en contra de la opinión del mando naval.

general aliado. En ella firmaron el 29-IV-1945 el acta de capitulación, el comandante supremo del Grupo de Ejércitos C –casi un millón de hombres– general von Vietinghoff, y el jefe de la policía y de las SS en Italia, general Karl Wolff. El 2-V-1945, a las 2 de la tarde, se depusieron las armas alemanas.

Cash-and-carry («pagar y recoger»). Frase clave de la ley de neutralidad americana, promulgada en mayo de 1937. A partir de ella, los Estados Unidos sólo venderían armas a los contendientes en la guerra si los compradores enviaban a sus propios buques para recogerlas, una vez pagado su precio al contado. Del 1-V al 4-XI-1939 la ley se mantuvo en suspenso transitoriamente. El 11-III-1941 quedó limitada por la ley de Préstamos y Arriendos, que establecía las condiciones de venta a determinados países cuya capacidad defensiva era, a juicio del presidente de los Estados Unidos, de vital importancia para Norteamérica. En virtud de la cláusula, tales países recibían un trato de favor.

Cáucaso, región montañosa de la URSS entre el mar Caspio y el mar Negro. En la campaña de Rusia se proyectó el 24-X-1941 un primer plan para la ofensiva contra el Cáucaso. Se trataba principalmente de conquistar la zona petrolífera de la región del Cáucaso junto a Bakú. El 26-VII-1942, el Grupo de Ejércitos A, con el Ejército 17 y el Ejército acorazado 1, se lanzó al ataque desde las cabezas de puente del Don y avanzó hacia el sur ayudado por grupos de población hostiles a los soviéticos. El 21-VIII-1942, los cazadores de montaña izaron la bandera de guerra en la cumbre del Elbruz (5633 m), el monte más elevado del Cáucaso. Sin embargo, al propio tiempo fracasó el ataque del Cuerpo de Ejército XLIX a 28 km de Suchum. Los campos petrolíferos de Bakú no pudieron ser alcanzados. La evolución crítica de los acontecimientos en el Norte (Stalingrado) obligó a Hitler, el 28-XII-1942, a dar la orden de retirada.

Cavallero, Ugo, mariscal de Italia (1-VII-1942). Nacido el 20-IX-1880, en Casale Monferrato, murió el 12-IX-1943 en Frascati, en circunstancias oscuras, quizá se suicidó. 1936-37 comandante supremo de las tropas de su país en África Oriental. Jefe del Comando supremo del 6-XII-1940 al 30-I-1943. Durante largos años mantuvo una gran enemistad con el mariscal Badoglio, que tras la caída de



Un soldado norteamericano entre las ruinas de Colonia.

Mussolini lo hizo encarcelar dos veces bajo la acusación de pretender restaurar el régimen fascista.

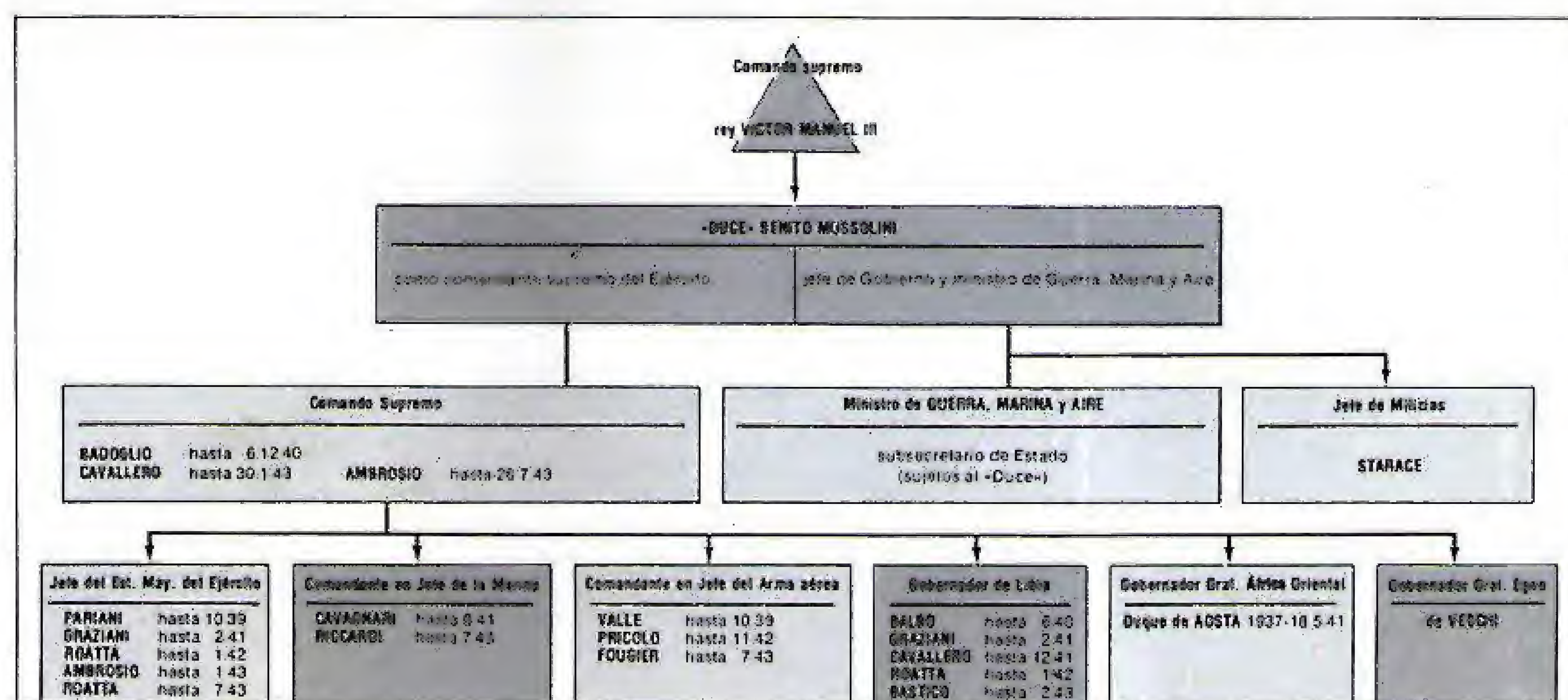
Cazadores paracaidistas, tropas de combate que se lanzan en paracaídas desde aviones de transporte tras las líneas del enemigo, para tomar posiciones de importancia y resistir hasta la llegada de las propias fuerzas de Tierra. El 29-I-1936 se dio la primera orden para la formación de paracaidistas entre los soldados del regimiento «General Göring». Al principio batallón del Ejército de Tierra y batallones de Aviación. 1-VII-1938 el general Kurt Student fue nombrado comandante de las tropas paracaidistas (División 7 de paracaidistas). Al iniciarse la guerra no se había concluido la formación de las tropas. Se emplearon en Polonia algunos grupos como infantería, en el desembarco aéreo en Noruega, y finalmente toda la división para la conquista de Holanda en mayo de 1940. Actuaron con numerosas bajas en la conquista de Creta en mayo de 1941. Posteriormente combatieron de modo preponderante como infantería. En el Oeste actuó desde septiembre de 1944 un Ejército paracaidista.

«Cerbero», nombre cifrado para la salida de los navíos alemanes *Scharnhorst* y *Gneisenau* y del crucero *Prinz Eugen,* bajo el mando del vicealmirante Ciliax, el 12-II-1942. La maniobra se desarrolló a través del Canal de la Mancha y contó con la asistencia de 6 destructores, 14 lanchas torpederas y numerosas embarcaciones menores, así como de 176 aviones de combate. La operación se puso en marcha el 11-II a las 21,45. Poco después se producía la captura de unidades de reconocimiento británicas y ocasionales ataques a destructores, lanchas rápidas y aviones. La penetración alemana, que fue un éxito, significó en la práctica la utilización sucesiva de unidades pesadas en el desarrollo de la guerra ultramarina.

Ciano, Galeazzo, conde de Cortellazzo y Buccari, político italiano. Nacido el 18-III-1903 en Livorno, muere en Verona, ejecutado, el 11-IV-1944. Ministro de Asuntos Exteriores de 1936 a 1943. Trató de evitar la entrada de Italia en guerra. Se levantó contra su suegro Mussolini y tomó parte en el derrocamiento (25-VII-1943). Tras la liberación de Mussolini fue detenido y ejecutado.

Colaboración, concepto nacido en Francia, en 1940, para designar la cooperación con los alemanes; pronto se generalizó indicando cualquier contacto traidor a favor del enemigo. En las regiones recuperadas desde 1943/1944 se cometieron excesos contra los colaboracionistas reales o supuestos de todos los países; en Francia hubo alrededor de 25.000 ejecuciones decretadas en juicios sumarísimos o por tribunales especiales. En la Unión Soviética se llegó a condenar como colaboracionistas con 10 años de campos de concentración a quienes simplemente habían sido prisioneros de guerra de los alemanes.

Colonia, ciudad renana, con unos 770.000 habitantes en 1940. Durante la guerra sufrió terribles bombardeos aéreos. El 30/31-V-1942 despegaron 1047



Esquema del Comando Supremo italiano

aviones británicos para el primer ataque de «los mil bombarderos» contra una ciudad alemana; 868 alcanzaron su objetivo arrojando 1459 t de bombas. El 26/27-II-43 cayeron 1014 t sobre Colonia; el 28/29-VI-43, 1614 t; el 8/9-VII-43, 1037 t; y el 28-X-44, 2699 t. En total fueron destruidas 176.000 viviendas (76 %).

Comando Supremo, direccion máxima de las fuerzas combatientes italianas. En él ostentaba la supremacía el encargado por el rey de la dirección militar y política de la guerra: el «Duce» Mussolini. Capo del Comando Supremo: mariscal Badoglio (10-VI al 6-XII-1940), mariscal Cavallero (6-XII-1940 al 30-I-1943) y el general de División Vittorio Ambrosio (30-I-1943 al 26-VII-1943).

Combined Chiefs of Staff Committee, Estado Mayor formado en la conferencia de Arcadia e integrado por los jefes de los Estados Mayores de todas las fuerzas armadas americanas y de Gran Bretaña (14-I-1942), con sede en Washington. Su función era elaborar los planes conjuntos de ataque de las fuerzas de ambos países hasta 1945.

Comisarios, decreto de, «directrices para el tratamiento de los comisarios políticos» del Ejército Rojo, promulgado por Hitler el 6-VI-1941. Entre otras cosas se dice: «En especial cabe esperar de los comisarios políticos de todo tipo, como auténticos alentadores de la resistencia, un trato cargado de odio, cruel e inhumano de nuestros prisioneros... Frente a tales elementos es una equivocación en esta lucha el perdón y el respeto del derecho de gentes... Los autores de bárbaros métodos de lucha asiáticos son los comisarios políticos... Hay que separarlos inmediatamente, es decir, sobre el campo mismo de batalla, de los prisioneros de guerra... A esos comisarios no se les ha de considerar como soldados... Realizada la separación hay que ejecutarlos». El decreto sólo se cumplió en parte y en mayo de 1942 fue revocado.

Compiègne, ciudad francesa en el departamento del Oise. Contaba en 1940 con unos 18.000 habitantes. En el bosque de Compiègne y en un vagón de ferrocarril se firmó el 22-VI-1940 el armisticio franco-alemán, presidiendo la delegación francesa el general Charles Huntziger. En el mismo lugar se había visto obligada Alemania a aceptar las condiciones de alto el fuego impuestas por la Entente el 11-XI-1918, poniendo así fin a la primera Guerra Mundial.

Concentración, campos de, (abrev. KZ = Konzentrationslager) en su origen eran campos de internamiento. En Alemania, inmediatamente después que Hitler tomara el poder en 1933, las SA establecieron numerosos KZ como «campos de prisión preventiva». Tales KZ «espontáneos» fueron suprimidos, montándose los oficiales regidos por las SS: Dachau, Oranienburg (más tarde Sachsenhausen); ya antes de la guerra se les sumaron Buchenwald, Gross-Rosen, Flossenbürg, Ravensbrück, Mauthausen. Hubo otras instituciones en los países ocupados, entre ellos los campos de exterminio como Auschwitz, Maidanek, Treblinka, etc. Fueron internados en los KZ, sin previo proceso judicial, los enemigos políticos, los judíos, los criminales, homosexuales, vagabundos, gitanos. En la práctica se les abandonaba sin derecho alguno al trato brutal de los guardianes de las SS. Las condiciones inhumanas de trabajo, los deficientes cuidados médicos, los castigos despiadados y el hambre diezmaron a los prisioneros (el número total en agosto del 44 era de 525.000). Se les empleó como trabajadores forzados e imprescindibles en la industria y producción bélicas. Las bajas eran fáciles de suplir en un Estado policiaco bajo las SS. En algunos KZ fueron también considerables los experimentos humanos realizados por médicos nazis.


Un FW 200 Condor vuela sobre las nubes. Son perfectamente visibles los dos puestos defensivos sobre el fuselaje de este avión de gran autonomía que empezó siendo un aparato de pasajeros para vuelos transatlánticos.

Condor, FW 200, avión de gran alcance de la casa Focke-Wulf, de Bremen. Construido en 1936 como cuatrimotor de línea, un avión de este tipo logró el 10-VIII-1938, recorrer el trayecto Berlín-Nueva York sin ninguna escala. A partir de 1940 se le destinó a fines militares, con el carácter de bombardero pesado, para cumplir misiones allende el Atlántico. El Condor sirvió además como transporte y como avión de uso particular de Hitler. Datos de la versión militar: cuatro motores de 1000 caballos; velocidad máxima: 406 km/h. Autonomía: 4100 km. Dotación: 7 u 8 hombres. Armamento: dos cañones de 20 mm y cuatro ametralladoras de 7,9 mm. Carga explosiva: 5,6 t de bombas. Hasta 1944 se construyeron 262 unidades.

Corfú, isla griega del Jónico, ocupada por Italia el 27-IV-41. Tras la capitulación italiana el 13-IX-43 fracasó un golpe de mano alemán contra la isla. Hubo que reconquistarla penosamente hasta el 25-IX-43 contra la resistencia enemiga. El 30-IX-44 fue de nuevo evacuada por los alemanes. Las tropas británicas desembarcaron en Corfú el 13-X-1944.

Cotentin, península francesa en Normandía. En ella tomaron tierra los Aliados el 6-VI-1944 («Overlord») extendiendo rápidamente desde allí sus cabezas de puente. Inmediatamente después de la ocupación de Caen (9-VI) y de St. Lô (18-VI), la península quedó por completo dominada.

Courageous, portaaviones británico, de 18.600 t. En enero de 1917 entró en servicio como el mayor crucero. Tras cuatro años para su transformación fue empleado como portaaviones el 5-V-1928. Eslora: 239,6 m; manga: 30,5 m; dotación: 1380 hombres. Armamento: 12 cañones de 102 mm, 48 aviones. En 1917 y 1918 interviene en la primera Guerra Mundial, hasta quedar convertido en buque escuela de tiro naval. El 17-IX-1939 fue hundido en las costas occidentales de Islandia, al ser alcanzado por un torpedo procedente de un U 29 alemán, capitaneado por el teniente Schuhart; en el hundimiento perecieron 514 marineros.


Apenas dos semanas de guerra y fue hundido el 17-IX-1939: el portaaviones británico Courageous.

CRONICA

POLITICA | **CUESTIONES MILITARES** | **CULTURA Y TECNICA**

1940

POLITICA

4. 9.: Dimite el Gobierno rumano presidido por Gigurtu. El rey Carol nombra al general Antonescu nuevo primer ministro provisto de poderes especiales. Se suspende la constitución.

5. 9.: Acuerdo soviético-alemán sobre establecimiento en el Reich de los grupos étnicos alemanes de Besarabia y Bucovina.

6. 9.: El rey Carol de Rumania abdica en su hijo Miguel y marcha exiliado a Suiza.

17/25. 9.: Con ocasión de su visita a Alemania, Hitler recibe al ministro español de la Gobernación, y posteriormente de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer. La entrevista fue un sondeo para la entrada de España en la guerra.



El ministro de la Gobernación español, Serrano Súñer (centro), en Munich. A la derecha, el representante del Gobierno central del Reich, Ritter von Epp; a la izquierda, el «Gauleiter» Wagner.

27. 9.: Se firma en Berlín el Pacto Tripartito entre Alemania, Italia y Japón. Los tres determinaron «ayudarse mutuamente por todos los medios políticos, económicos y militares» (art. 3)

4. 10.: Hitler y Mussolini se encuentran en el Brénnero para examinar la política frente a Francia y España.

13. 10.: El ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop, invita en carta dirigida a Stalin al ministro Molotov para que visite Berlín.

22. 10.: Hitler recibe en su tren especial, en la estación de Montoire, en la Francia ocupada, al vicepresidente del consejo de ministros francés, Pierre Laval.

23. 10.: El tren especial de Hitler llega a la estación de Hendaya, en la frontera española. A las 15,00 horas se entrevista con Franco, a quien pretendía implicar en la ofensiva contra Inglaterra, prevista para 1941. Franco adoptó una postura tan inamovible que Hitler comentaría después a Mussolini: «Preferiría dejarme arrancar tres o cuatro dientes a repetir esta entrevista».

24. 10.: A última hora de la tarde tiene lugar en Montoire el encuentro de Hitler con el presidente francés, mariscal Pétain. Hitler no logra movilizar a Francia hacia un frente común europeo para luchar contra Inglaterra.

CUESTIONES MILITARES

7. 9.: Duros ataques aéreos contra Londres y algunos aeropuertos ingleses. A ellos siguen 65 días en los que se repiten los bombardeos nocturnos alemanes sobre la capital británica.

14/15. 9.: Ataques aéreos de la RAF contra buques anclados en los puertos de la costa franco-belga entre Boulogne y Amberes. La flota de transporte para la operación «León Marino» sufre notables pérdidas, sobre todo en la segunda de las ciudades citadas.

17. 9.: Hitler aplaza la operación «León Marino» a la vista de que no logra controlar plenamente el cielo europeo. Se deja el plan «para mejor ocasión».

17. 9.: El primer ministro inglés Churchill da a conocer en la Cámara Baja que la población civil de su país había sufrido, como consecuencia de los ataques aéreos alemanes, 2000 muertos y 8000 heridos. Las cifras se refieren a la primera mitad de septiembre.

20. 9.: Hitler firma el decreto de creación de una «Misión militar alemana en Rumania», con «tropas de instrucción» cuya misión sería la de defender las regiones petrolíferas rumanas.

23.-25. 9.: Ataque de fuerzas navales británicas a Dakar para preparar el desembarco de fuerzas gaullistas. Al torpedear un submarino francés a un navío inglés, el «Resolution», Churchill ordena que se interrumpa inmediatamente la operación.

1. 10.: Alemania y Finlandia establecen un acuerdo sobre venta de armas alemanas. Finlandia se comprometía, por su parte, a reconocer a Alemania como país preferente a efectos de venta del níquel de las minas de Petsamo.

12. 10.: Hitler decide que «los preparativos para una ocupación de Inglaterra por el aire deberán concretarse hasta los comienzos de 1941, como medio de presión política y económica dirigido contra Inglaterra».

26.10.: Comienza la reagrupación de los ejércitos en campaña. Hasta final de año quedarán reunidas 34 divisiones en la Prusia Oriental y en el Gobierno General.

28. 10., a las 5,30 de la mañana: Comienza el ataque italiano contra Grecia desde Albania.

29. 10.: Grecia se dirige a Gran Bretaña pidiendo ayuda. Tropas británicas toman tierra en Creta.

30. 10.: El OKH, mando del Ejército, traslada su cuartel general de Fontainebleau a Zossen, cerca de Berlín.

31. 10.: Balance provisional de la batalla aérea contra Inglaterra: derribados hasta el momento 1.733 aviones alemanes y 915 británicos. En octubre se habían producido 783 ataques, de ellos 333 contra Londres. Los británicos realizaron 601 raids contra Alemania. En cuanto a víctimas, los británicos sufrieron 15.000 muertos y 21.000 heridos entre su población civil.

31. 10.: Adolf Hitler concede al comandante de submarino, teniente Günther Prien, la hoja de roble de caballero para la Cruz de Hierro.

CULTURA Y TECNICA

1. 9.: El equipo nacional alemán de fútbol derrota en Leipzig al de Finlandia por 13 goles a cero. Era el resultado más alto de la historia del balompié germano, desde el memorable 16 a 0 contra Rusia, en la Olimpiada de Estocolmo, en 1912.

24. 9.: Estreno de la película sobre «problemática de política racial» «Jud Süss», de Veit Harlan, calificada como «de especial valor político y artístico, adecuada para la juventud».

1. 10.: En el protectorado de Bohemia y en el de Moravia se introduce el sistema de puntos para la clasificación de los tejidos, ya vigente en el resto del Reich.

6. 10.: El equipo alemán de atletismo se alza en Budapest con la victoria del primer torneo contra Hungría, por 117 puntos contra 80. El partido de fútbol de clausura de la competición acabó con un 2 a 2.

9. 10.: El Dr. Robert Ley profetiza en Stettin ante trabajadores de la industria sobre cómo será la era posbélica: «Cada alemán podrá pasar sus vacaciones con tanto placer que empalidecerán los sueños más ambiciosos».

13. 10.: Con ocasión del primer aniversario de la creación del «Gau» de Danzig-Prusia Occidental, manifiesta el representante del Reich, Albert Forster: «La provincia de Danzig-Prusia Occidental puede enorgullecerse de ser la única entre las cuatro provincias orientales en la que no hay ni un solo judío».

18. 10.: Se estrena en Viena la película «La señorita de Barnhelm», sobre una comedia de Lessing. Intervienen en el reparto Käthe Gold, Ewald Balser, Fita Benkhoff, Theo Lingen, etc. Calificación: con grandes valores artísticos.



Theo Lingen en el papel del señor Riccaut, en «La señorita de Barnhelm».

18. 10.: Hitler encarga al mariscal Göring la puesta en marcha del segundo plan de cuatro años.

20. 10.: El equipo nacional alemán de fútbol derrota en su 177 encuentro internacional a Bulgaria, en Munich, por 7 goles a 3.

22. 10.: En el cuarto torneo de boxeo aficionado contra Finlandia, septuagésimo para Alemania, en Helsinki, los alemanes derrotan a los fineses por 10 a 6.

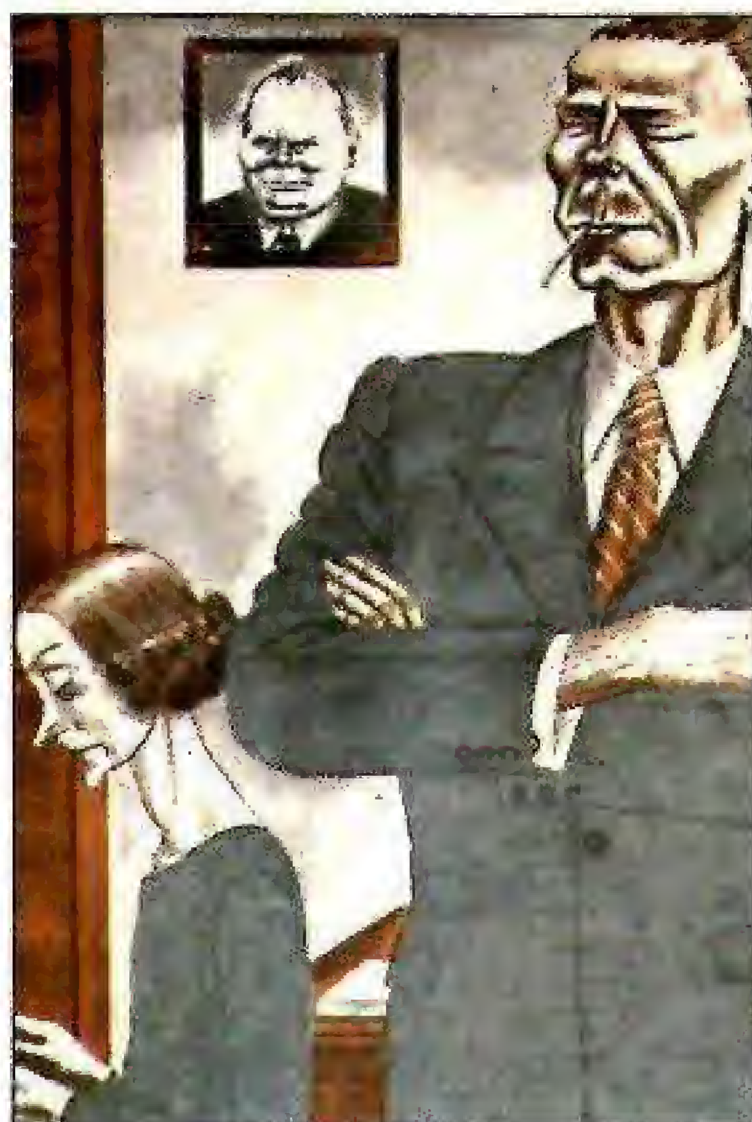


La propaganda belicista alemana no perdía ocasión de presentar a Churchill como un perfecto mentiroso. Con el título «Churchill y su Marina», el «Simplicissimus» ponía en boca del premier británico: «Bien, y no sean tan melindrosos con los buques neutrales. Ya me cuidaré yo de las correspondientes disculpas».





Los británicos se equivocaron en el caso del crucero «Gneisenau». Creían que habían hundido el navío. La noticia corrió por los medios informativos. La sátira alemana utilizó aquel incidente como ejemplo típico de las patrañas vertidas en los medios de comunicación británicos.



Desde luego que los oficiales coloniales ingleses no eran tan ridículos y caducos como señala el dibujo de E. Thöny. Faquires indios se enrolan como defensores de Londres, porque «podían correr descalzos por un suelo sembrado de cristales».

El "arma de la mentira"– propaganda contra moral

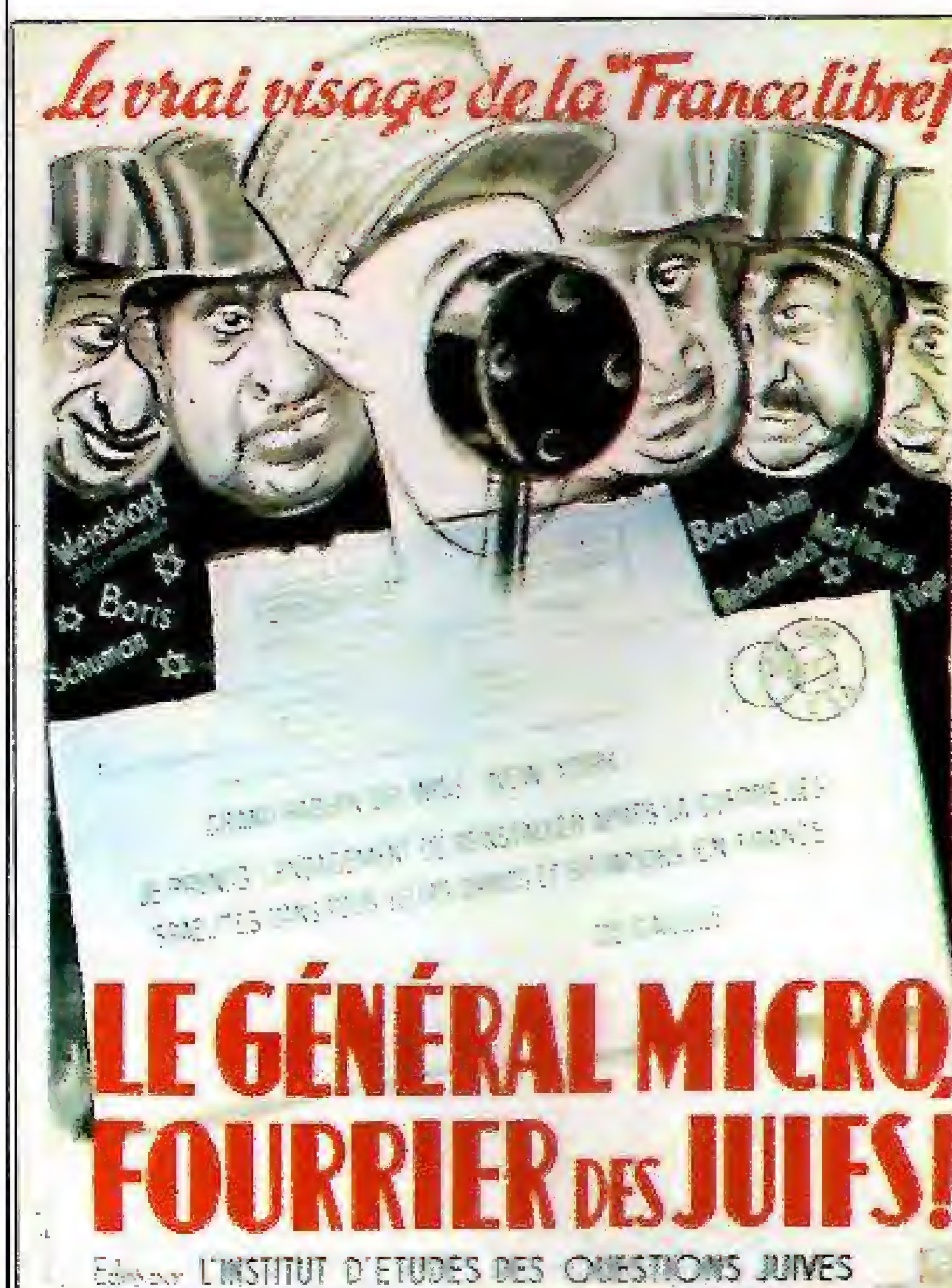
Para qué una guerra? ¿Por qué morir por Polonia? Éstos eran los estribillos que la propaganda alemana empleaba en su ofensiva contra Francia en el otoño e invierno de 1939/40. El pueblo de Berlín, París y Londres había recibido la noticia del comienzo de las hostilidades en septiembre de 1939 con verdadero temor. En 1914, por el contrario, todo había sido júbilo. El final de esa primera Guerra tuvo lugar apenas veinte años atrás. Eran, pues, muchos los que aún recordaban en qué mar de confusión, ruinas, sangre, hambre y odio desembocó aquel conflicto.

La «guerra relámpago» de Hitler –18 días de campaña en Polonia– había acabado de convencer al último de los escépticos de que el III Reich sí podía llevar a cabo una contienda, sin temor a contradecir sus principios.

La inesperada y rápida victoria alemana en el Este, caía en Francia sobre una nación afligida por los escándalos continuos de la «Tercera República».

La corrupción y el descontento reinantes ofrecían un buen blanco a ese verdadero especialista en la materia que era el ministro alemán de Propaganda, Joseph Goebbels. El gran aliado de Hitler y Goebbels en Francia –contra todos los pronósticos de los frentes ideológicos de la época– era, en ese momento, el jefe del P. C. galo, Thorez. Siguiendo las instrucciones del Comité Central del P. C. soviético, es decir de Stalin, Thorez emprendió la batalla contra la guerra imperialista de la república burguesa. En el escenario de la guerra psicológica, podía verse, codo con codo, a Hitler, Goebbels, Thorez y al portavoz del P. C. alemán en el exilio, Walter Ulbricht. A los medios ya conocidos de propaganda, del rumor oral a los periódicos, hojas volantes, pasquines y caricaturas, se ha unido ahora uno nuevo capaz de influir grandemente en las masas: la radiodifusión. Las antenas brindan posibilidades insospechadas, tanto para fortalecer la moral del propio pueblo como para llevar el derrotismo al ánimo del enemigo.

La aviación germana arroja sobre suelo francés no sólo el material de propaganda estrictamente alemán sino también el dispuesto por los soviéticos con destino a las masas trabajadoras. Nubes de papel precipitan su carga sobre el Ejército y el pueblo francés. Todas las consignas obedecen a una pregunta central: «¿Para qué, por quién morimos?» Mientras los comunistas interpretan el concierto de la revolución proletaria, los nacionalsocialistas arremeten con la sinfonía anticapitalista y antijudía: «El corrupto gobierno francés Daladier-Reynaud intenta hacer luchar al pueblo en defensa de los ricos judíos». La desmoralización sorprendente de los soldados franceses fue, sin duda, debida en gran parte a la buena labor conjunta de los propagandistas soviéticos y alemanes. Por lo que se refiere a Alemania, sucedió en ella algo que le es típico. En lugar de la indiferencia, o aun de la preocupación, ante una guerra completamente absurda, lo invadió todo una inexplicable alegría por las victorias; un convencimiento de que el *Führer* era capaz de llevar a buen puerto cuanto se propusiese. La gente realizaba apuestas sobre el tiempo que tardarían las tropas germanas en saltar a Inglaterra y ajustar cuentas a «Tommy».



«General micrófono», llamaba la propaganda alemana a De Gaulle, quien con frecuencia se dirigía a la «Francia Libre» desde los estudios de Londres. El cartel que reproducimos da a entender que en realidad el general De Gaulle, sin gran convencimiento, no hacía más que repetir lo que le dictaban sus patronos judíos.

Francia e Inglaterra apenas llevaban a cabo algo que pueda considerarse una contraofensiva, bien en la radio o bien lanzando a su vez propaganda sobre Alemania. Los ingleses no acababan de dar con los medios apropiados para hacer saber a los alemanes que la guerra era contra Hitler y su sistema pero no contra el pueblo germano. Cuando a comienzos del año 1940 empezaron a surgir en el norte de Alemania los bombarderos británicos, cuando 40 y más aparatos tomaron parte en las primeras incursiones aéreas, nadie interpretó que se trataba de una advertencia. En realidad eran vuelos de ensayo. Las primeras octavillas cayeron sobre Baja Sajonia: en ellas se ofrecía a la población de Hannover, tras la segura victoria de los Aliados, el regreso a su independencia, al reino absorbido por los prusianos en 1866. ¿Qué pasaría, sin embargo, cuando las hojas de papel se convirtieran en bombas? Nadie parecía querer pensar en eso. Se prohibió la escucha de las emisoras enemigas bajo penas severas. Pero el espíritu de la época no suscitaba la necesidad de dejarse informar también por el enemigo acerca de la marcha de las operaciones –aparte de la confianza que pudiera merecer tal información–. Por tanto, los «delincuentes de la radio» eran escasos. Y, en junio de 1940, a la mayor parte de los alemanes se les había subido a la cabeza la embriaguez de la victoria. Muy pocos pensaban en el futuro.

Walter Görlitz



HITLER EN PARIS

París estaba desierto aquella mañana de verano en que Adolf Hitler llegó a la capital francesa. Pero no entró como vencedor sino como amante del arte. Jacques Robichon ha vuelto a recorrer los caminos del 23 de junio de 1940.

Eran entre las 6 y las 7 de la mañana. Un día de junio de 1940. El primer domingo después del comienzo del verano. París aún dormía. Desde hace diez días la capital de occidente y del mundo entero no es más que un desierto. Sólo de vez en cuando suenan sobre el asfalto las botas del vencedor. En los muelles del Sena ondea la cruz gamada.

Una brisa fresca corre sobre la ciudad y mece los estandartes nazis, que, como reguero de sangre, se extienden por la capital enmarcando calles y plazas, cubriendo las casas y hasta ocultando la visión del cielo.

El vendedor de frutas y verduras en la plaza de la Ópera, que se ocupa a esa hora en montar su tenderete, no acaba de creer lo que ven sus ojos. Rígido, boquiabierto, como víctima de una alucinación, contempla cómo a través de la plaza desierta Adolf Hitler se dirige hacia él.

La visita del señor del III Reich a la capital que desde la mañana del 10 de mayo se había convertido en el símbolo de la victoria alemana, se llevó a cabo bajo riguroso incógnito. Él mismo lo ha querido así. Envuelto en su largo abrigo de cuero, abrochado hasta el cuello, le acompañan tan sólo diez generales y oficiales de alta graduación. Únicamente la gorra de plato calada hasta los ojos y el bigote característico, que da a su rostro un aire inconfundible, permiten descubrir la personalidad del visitante. Ninguna medida especial de seguridad, ningún dispositivo de vigilancia, denuncian en el París ocupado la presencia del comandante supremo de la *Wehrmacht*.



Rodeado de sus «guías», el escultor Breker (izquierda) y el inspector general de obras del Reich, Speer (derecha), Hitler recorre París –sin un alma en las calles–. Aquí se le ve en las inmediaciones de la torre Eiffel.



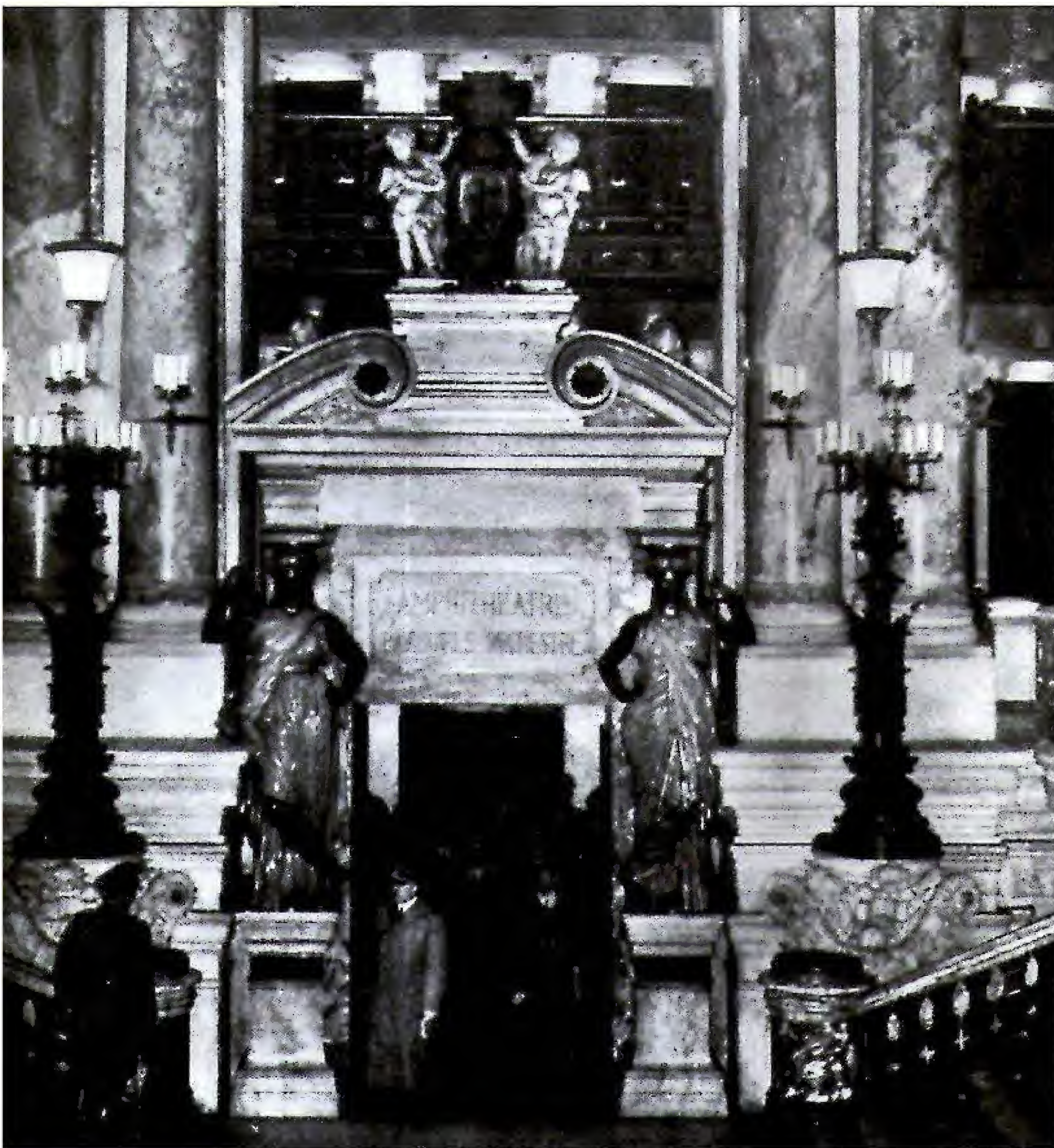
Hitler había aterrizado esa misma mañana en Le Bourget. El vuelo lo realizó en su avión personal, pilotado por el capitán Hans Baur, desde su cuartel general de Brûly-le-Péche, al nordeste de Mezières.
Rápidamente se había puesto en marcha desde el aeropuerto la columna de «Mercedes» descapotables en dirección a la ciudad. Los automóviles recorrieron las calles vacías y silenciosas como si pasaran ante un escenario fantástico e irreal, según anotó uno de los oficiales que formaba parte de la comitiva.
Vestido de uniforme, con botas altas y guantes, Hitler parecía de malhumor, hundido en su asiento. Tardó mucho en recobrarse y volver a su conocido nerviosismo. Desde la medianoche reinaba el alto el fuego entre Francia y Alemania. Ahora el jefe de las fuerzas vencedoras quería recorrer París personalmente. Sin detenerse un momento, la comitiva enfiló hacia la Ópera. El teniente coronel Hans Speidel, que era el responsable de la seguridad de las tropas alemanas en París, había hecho acudir a dos electricistas. Se les indicó que iluminaran la sala, el vestíbulo, el escenario, las escaleras, los frescos y estatuas.
–¡El teatro más bello del mundo!, –comentó Hitler cautivado y lleno de admiración mientras recorría las dependencias. Y, acto seguido, dio media vuelta y se dirigió a la salida precipitándose hacia su automóvil.
En el lado opuesto de la plaza un vendedor de periódicos parpadeó, incrédulo, al reconocer a Hitler.
Éste, por su parte, se apercibió también de la presencia del otro. Por un momento pareció indeciso. Sin duda se acordaba de lo sucedido en Lille donde, un par de semanas antes, una mujer que le reconoció había cerrado apresuradamente la ventana gritando:
–¡El diablo en persona!
Ni ella ni Hitler lo olvidarían nunca.



Del Arco del Triunfo a la torre Eiffel

La columna de cinco automóviles dio la vuelta a la plaza de la Ópera y enfiló a la derecha el boulevard de Capucines, flanqueado por teatros y una doble hilera de árboles. No se ve un alma en derredor.
Adolf Hitler está de pie en su auto, el primero de la columna. Mira al frente, no se vuelve ni una vez, por más que detrás de él se encuentra, en calidad de guía, el arquitecto Albert Speer, un gigante de 1,90 m, inspector general de obras del Reich alemán, con rango de general, y que terminará siendo ministro de Armamento. Junto a él, Arno Breker, escultor oficial del III Reich, llegado especialmente de Berlín para asistir al *Führer* durante su visita.
En otros automóviles se encuentran el general Keitel, jefe del Estado Mayor de la *Wehrmacht*, Martin Bormann, jefe de la Cancillería, el general Bodenschatz, el arquitecto Giessler, Otto Dietrich, jefe de Prensa del Reich, el fotógrafo Heinrich Hoffmann, el piloto Hans Baur, dos miembros de las SS, Junge y Wolf, así como el ayudante de Hitler, capitán Engel. Durante el recorrido, Breker iba explicando las características del barrio y la importancia de algunos edificios y monumentos ante los que cruzaba la comitiva. Frente a la Madeleine, Hitler mandó detener su automóvil.
Desde el último tramo de la escalinata el *Führer* escuchó la explicación de Speer. No se inmutó lo más mínimo. Únicamente la iglesia de San Agustín, recortada entre la niebla de la mañana, pareció interesarle. Poco después, la columna siguió por la rue Royal, recorrió lentamente la plaza de la Concorde y se adentró en los Campos Elíseos. Desde el paseo de la izquierda un gendarme observaba impasible el desfile de la comitiva.
Frente a los automóviles alemanes se abre la avenida más hermosa del mundo. Delante de Hitler se alza el Arco del Triunfo que, en la delicada atmósfera de la mañana, parece limitar el horizonte.
–Construido por orden de Napoleón –comentó Hitler.
Bajo el arco se encuentra la Tumba del soldado desconocido, los restos de un soldado francés muerto en combate durante la primera Guerra Mundial. En la piedra están grabados los nombres de los vencedores franceses, los que derrotaron a Alemania.

La columna oficial alemana cruza la rue de Rivoli engalanada con banderas de la cruz gamada (izquierda). Antes de visitar la Ópera de París, Hitler se había asesorado artísticamente (abajo).



Pero el hombre que hoy intenta descifrar esas inscripciones es un alemán: el vencedor de París y de Francia.

Desde hace días ocupa el pensamiento de Hitler la misma idea: «He podido pasar al frente de mis tropas por debajo del Arco del Triunfo, cumpliendo un requisito clásico de vencedor. Pero no he querido. El pueblo francés ha padecido demasiado...»

Y, efectivamente, se había preparado una gran parada de las tropas alemanas victoriosas en el París vencido. Desfilarían ante Hitler, rodeado por sus generales. Se desistió del proyecto porque el mariscal Göring advirtió que no podía garantizar la seguridad del *Führer*. Göring temía que durante el desfile el enemigo realizara una incursión aérea.

Para su recorrido secreto por París, Hitler se había señalado dos objetivos esenciales.

El primero se había cumplido. La columna abandona la plaza de l'Étoile, se adentra por la avenida du Bois, cruza la de Raymond Poincaré, la plaza de Victor Hugo y llega al Palacio de Chaillot. Allí, desde la famosa terraza, se ofrece a los ojos de Hitler una visión de ensueño.

Y es verdaderamente de ensueño: abajo discurre el Sena, con sus fabulosos puentes. Más allá, se divisan los árboles en los jardines del campo de Marte. Al fondo, la silueta metálica de la torre Eiffel, símbolo de París. Por todas partes, tejados y palacios, edificios señoriales, torres, campanarios, monumentos hasta el horizonte infinito. Sobre ellos ondean los colores del Reich alemán.

Hitler se encuentra por primera vez frente a la rigurosa verdad de su victoria. La majestad del panorama del París derrotado realza el triunfo en toda su importancia. A través de la amplia ciudad todavía dormida, se vuelve a poner en marcha la columna motorizada de las grandes personalidades nazis hacia el segundo objetivo, hacia la segunda gran cita de Hitler en París. A lo lejos, al otro lado del Sena, se alza la cúpula dorada de Jules Hardouin-Mansart, recortando el cielo.

Bajo las botas del nuevo conquistador de Europa gime la arena de los Inválidos. Se acerca el momento decisivo de esa mañana sin igual: el encuentro histórico entre el hombre que logró crear el imperio más importante de Occidente desde Carlomagno y el hombre que 120 años después intentaba seguir sus huellas e incluso superarle. Hitler se hallaba ante la tumba de Napoleón.

Rodeado por el general Keitel, Martin Bormann, Speer, el general de aviación Bodenschatz, el arquitecto Giessler, Speidel y su médico de cabecera, Karl Brandt, Hitler se inclinó «fascinado y silencioso», ante el monumento que guarda los restos del gran emperador.

Previamente, el *Führer* había cambiado su pesado abrigo de cuero por un guardapolvo blanco. Durante largo rato permaneció como petrificado, la gorra de plato sobre el corazón, ante la tumba. Nadie ha sabido después qué pensamientos le asaltaron en aquellos instantes. Algunos días más tarde confió al general Alfred Jodl que esos habían sido los momentos «más bellos e importantes» de su vida.

Y de pronto algo completamente diferente...

Lentamente, siempre impenetrable y silencioso, Hitler fue volviendo en sí. La confrontación entre el vencedor vivo y el inmortal vencido había terminado.

Durante un corto espacio, el *Führer* y su séquito contemplaron los Inválidos desde fuera. París seguía sin despertar, el sol no bañaba aún sus tejados y calles. La capital francesa parecía como un cuerpo que todavía alienta, pero cuyos sentidos no funcionan.

A gran velocidad, la columna oficial alemana recorrió el Quai d'Orsay, pasó ante la Asamblea Nacional, cruzó el boulevard de Saint-Germain y subió la rue Bonaparte hasta la plaza Saint-Sulpice. Pasado el Luxemburgo se encontró frente al Panteón.

Arriba, en la colina de Saint-Geneviève, ante el magnífico panteón que París ha levantado sobre las tumbas de sus héroes de todos los tiempos, el *Führer* se mostró entre comprensivo y condescendiente. Confesó su admiración por «el culto que los franceses rendían a la inmortalidad de sus genios». Sin embargo, el edificio, la construcción en sí, no logró arrancarle ninguna prueba





Mudo y pensativo

Recuerdos de Heinrich Hoffmann

Durante el recorrido por el París conquistado, Hitler nos dijo: «Me alegro de que París haya sido respetada, hubiera sido una pérdida de importancia excepcional para la cultura europea el que esta ciudad hubiese quedado destruida.»

La Ópera le causó una tremenda impresión: «He aquí un teatro de la ópera que coincide con mi gusto», nos aseguró entusiasmado. «Siempre había deseado ver con mis propios ojos esta maravilla de la arquitectura.» En esos momentos no se acordaba ni de la guerra, ni de la política. Recorría las dependencias como si se hubiera movido en ellas toda su vida. También le impresionó los «Inválidos». Mudo y pensativo meditó ante el sarcófago de Napoleón. ¿Qué pasó por su mente? ¿Trazó un paralelismo entre él y el hombre que había dominado Europa? Cuando al fin salió del trance en que se encontraba, declaró: «Éste ha sido el instante más grande y más hermoso de mi vida.»

V: «Yo fui amigo de Hitler» de Heinrich Hoffmann. Luis de Caralt Editor, Barcelona 1955.



Punto culminante de la visita de Hitler fue su encuentro con el «gran desaparecido». Durante largo tiempo estuvo meditando ante la tumba de Napoleón I (a la izquierda, arriba). Los franceses apenas se dejaron ver: un comerciante de verduras, un vendedor de periódicos, una pareja de gendarmes, un pequeño grupo de mujeres en el mercado y otro de fieles que se dirigían a la iglesia, fueron los únicos que se cruzaron en el camino del vencedor. Incluso los Campos Elíseos aparecían desiertos.

de asentimiento. Ni siquiera el escultor Breker, en sus funciones de guía, logró entusiasmarle.

El vencedor de 1940 deseaba verlo todo, visitarlo todo, averiguarlo todo. Con cierta solemnidad declaró:

–París es, sin duda, única en su género. Tiene un puesto especial entre todas las grandes ciudades del mundo. Esta maravillosa capital del arte me ha fascinado siempre. Nosotros, los alemanes, tenemos mucho que aprender de ella...

A renglón seguido manifestó que desde 1918 los acontecimientos le habían impedido una y otra vez visitar la ciudad. Ahora tenía ante sí, a su disposición, París entero. Siguiendo las huellas de su invencible Ejército había querido llegar a la capital francesa cuanto antes para experimentar la fascinación indudable que la ciudad ejercía. Éste era el verdadero fin de su visita.

Quería ir a todas partes. Ante el palacio de Justicia ordenó disminuir la velocidad para contemplar mejor la Saint-Chapelle. Luego dedicó unos minutos a Notre Dame. Inmediatamente después pasó ante el Hôtel de Ville y el museo Carnavalet. Tras cruzar la plaza de los Vosges, a la vista del Louvre se sintió de nuevo otro. Ante la fachada del museo permaneció largo tiempo recogido, en silencio. Sus acompañantes le invitaron a seguir. El cortejo llegó a las Tullerías. Al pie de la columna de la plaza Vendôme, Hitler volvió a detenerse. Le costó trabajo reemprender la marcha.

Durante esa fiesta solitaria que el *Führer* de la Alemania vencedora celebraba en la capital conquistada, hubo también una visita a los Halles. Pero el «vientre de París» no podía ofrecer a Hitler y a sus acompañantes otra cosa que la imagen de sus calles y pasajes desiertos. Arno Breker, que tomó nota de las impresiones de su jefe, asegura que la ciudad le pareció a Hitler «completamente despoblada». Tras un camino lleno de curvas, la columna de «Mercedes» negros abordó el norte de la ciudad: Montmartre. Delante de Hitler



se alzaba la gran mole del Sacré-Cœur.

Aquí concluía la visita del señor del III Reich, aquella mañana del 23 de junio de 1940. Y al mismo tiempo significaba su apoteosis, porque no hay punto alguno en París más hermoso que éste: ante los pies del vencedor se extendía la capital conquistada. Reinaba el silencio. Sobre Hitler, un cielo límpidamente azul, y ante él, como una ofrenda, la capital de Francia en toda su belleza.

Allí estaba el más famoso de los alemanes con el pensamiento perdido. ¡Qué no había realizado desde los días del hospital de campaña –medio ciego, medio imposibilitado– en que se juró acabar con el Tratado de Versalles y dar a la Alemania derrotada un nuevo poder! Había cumplido con su juramento.

Ese nuevo poder acababa de derrotar a Francia, a Europa; sólo restaba lanzarse al dominio del mundo. Con París rendido ante él, Hitler no podía dudar que un día llegaría a gobernar el universo. Rápidamente regresó a su automóvil. Eran cerca de las ocho. París empezaba a despertarse. El sol se alzaba en el horizonte y no tardaría mucho en calentar la ciudad.

Empezaba el décimo día de la ocupación; seguirían 1522 más.

Hitler no volvió nunca

El teniente coronel Speidel se despidió de su jefe. Como oficial de Estado Mayor había sido testigo de una de las más gloriosas victorias de su patria; más tarde, al lado del legendario mariscal Rommel, le tocaría vivir las jornadas más terribles de dolor y derrota registradas por la historia alemana.

Hitler abandonó la ciudad. Una hora más tarde, un avión alemán sobrevolaba París. Era el *Condor* del capitán Baur. A bordo iba Adolf Hitler. Las puertas de la ciudad que se habían abierto ante las tropas vencedoras, se cerraban detrás de su jefe. Nunca más volvería Hitler a París.

□

Gesto conciliador

Recuerdos de Arno Breker

En la galería de mármol blanco que rodea la tumba de Napoleón I, Hitler se llevó la gorra de plato al corazón y se inclinó con gran respeto. En silencio observamos todos el foso circular del monumento.

Esperábamos unas palabras de Hitler de acuerdo con el momento y las circunstancias, pero lo que dijo nos sorprendió. Habló del hijo de Napoleón, del duque de Reichstadt, cuyas cenizas se encontraban en Viena y dio la orden de que fueran trasladadas junto a los restos de su padre. Al anochecer del 15 de diciembre de 1940, los restos del duque llegaban a la estación parisiense de Austerlitz. Desde allí, a la luz de las antorchas, fueron transportados a los Inválidos. A ese gran gesto conciliador, le faltó un último detalle de no menor trascendencia: la bandera tricolor, prohibida en la capital derrotada.

En esas circunstancias, todo aquello encontró muy poco eco en el pueblo francés.



Napoleón II (1811-32), hijo único de Napoleón I y de María Luisa, hija del emperador de Austria, recibió, con objeto de borrar cualquier evocación posible de su progenitor, el título de «Duque de Reichstadt» (1818). Por orden de Hitler, sus restos pasaron a reposar al lado de los de su padre el 15 de diciembre de 1940.

Esta foto de Hitler ante la torre Eiffel constituyó para el mundo el símbolo de lo insospechado: Alemania había derrotado a Francia.



Con Hitler en el Oeste

Tomado del prólogo escrito por el general «Feldmariscal» y jefe del Estado Mayor de la «Wehrmacht», Keitel, para el folleto nacionalsocialista «Con Hitler en el Oeste».

Cuando en las primeras horas del 10 de mayo de 1940 el frente occidental pasó al ataque, el pueblo alemán y el mundo entero esperaron con ansiedad el resultado de la batalla. Llenos de confianza absoluta en el mando y en la propia fuerza, el Ejército y la Aviación estaban resueltos a acabar con el enemigo.

Todavía se hallaba vivo en el recuerdo el fulminante desembarco efectuado por tierra y aire en Noruega, aún no había caído en el olvido la entrega de la Marina, sobre todo dada la superioridad numérica de la flota británica. Una vez más, como en Polonia, el «Führer» se encontraba en medio de sus soldados; desde su cuartel general dirigió y observó los movimientos del Ejército y la Aviación. El desarrollo de las operaciones se realizó en sus plazos y detalles de acuerdo con el plan trazado. En ataques exterminadores, como la historia mundial no conocía, cayeron Holanda y Bélgica. La Línea Maginot, tenida por invencible, fue forzada, y el grueso del ejército, aniquilado o hecho prisionero. Se expulsó del continente al Cuerpo Expedicionario Británico que, sólo a duras penas, logró finalmente poner a salvo a través del Canal a sus mejores divisiones...

Se vio obligada (Francia) a pedir el armisticio. El «Führer» lo concedió una mañana de verano de 1940 en el bosque de Compiègne, exactamente en el mismo lugar en que se había firmado el de 1918.

La «Wehrmacht» domina hoy la costa atlántica desde el mar del Norte hasta el golfo de Vizcaya, con vistas a la batalla decisiva contra el último enemigo: Inglaterra. Ejército, Marina y Aviación rivalizan en apretada camaradería por lograr el final de la guerra.

Con profundo agradecimiento pensamos en el hombre que es cabeza y corazón de lo acontecido y cuya jefatura genial nos llevará a la victoria sobre Inglaterra. Una vez más me ha sido permitido, durante esta marcha sin precedentes de nuestra «Wehrmacht» por Holanda, Bélgica y Francia, estar al lado del «Führer», acompañarlo en sus visitas al frente y, junto a él, no sólo contemplar el campo de batalla en el que vencían sus soldados, sino también aquel otro en el que durante la guerra de 1914-1918, lucharon y murieron combatientes alemanes.





1



2



3



4

***1:** Éste era el «Felsennest», cuartel general del «Führer».*
***2:** El herido confía sus problemas.*
***3:** El «Führer» hablando con el general «Feldmariscal» von Kluge y el general Rommel, comandante de una división blindada.*
***4:** El «Führer» habla con sus soldados.*
***5:** En la «Wolffsschlucht» («guarida del lobo»). El comandante supremo del Ejército de Tierra comunica al «Führer» los nuevos éxitos alcanzados por las tropas.*



5

El enlace Adolf Hitler

Desde el frente francés, en el que Hitler estuvo destinado como enlace del 25-XII-1914 al 9-III-1915, escribía el 26-I-1915 a su patrón en Munich, Joseph Popp:

Querido señor Popp:
Desde hace dos meses nuestro regimiento se halla en la primera línea de fuego de este frente entre Messines y Wytschalte... Debido a la lluvia –no tenemos invierno–, a la proximidad del mar y encontrarse el campamento en una hondonada, campos y prados se encuentran invadidos por el fango y las calles están cubiertas por un pie de barro. En este pantano se extienden las trincheras de nuestra infantería, trincheras en completa confusión de alambradas, trampas, minas, posiciones de tiro, casamatas; en una palabra, prácticamente un conjunto inexpugnable. Desde principios de noviembre vienen atacando franceses y británicos, pero han sido rechazados con numerosas bajas. Esto se repite a menudo. El puesto de mando de nuestro regimiento se encuentra en Messines. Messines es una pequeña localidad de 2400 vecinos, es decir, era, porque hoy sólo quedan de ella llamas y cenizas. Primero fueron nuestras tropas las que atacaron el pueblo. Los ingleses se defendieron desesperadamente. Sólo cuando nuestra artillería rompió el fuego con las piezas de 21 centímetros, capaces de abrir boquetes por los que cómodamente puede pasar un carro de heno, sólo cuando empezó a arder la iglesia del pueblo, pudo nuestro regimiento lanzarse al ataque, entre regueros de sangre. Ahora son los franceses los que abren fuego sobre las ruinas...
Pero del pueblo no nos arrojará ni el propio diablo. Aquí permaneceremos firmes hasta que Hindenburg acabe de triturar la moral rusa. Entonces saldaremos cuentas. En lo que se refiere a nuestro veterano regimiento de voluntarios, por el momento se halla muy debilitado. Los tremendos combates nos han causado muchas bajas, sin contar la humedad ni el frío. Por mi parte me encuentro milagrosamente ileso y bien de salud, y pienso a menudo en Munich y en los buenos amigos de por allí, especialmente en usted, querido señor Popp, en su esposa e hijos. Discúlpeme por no escribirle con más frecuencia, pero hay veces que no me puedo lavar en catorce días, tan poco salimos de este lodo. Del mismo modo que nos falta a todos, a consecuencia de los combates continuos, incluso tiempo para dormir. Por eso le ruego una vez más que me perdone si tardo en escribir. Muchos saludos a todos, para usted, querido señor Popp, su señora y Liesel, de su reconocido
Ad. Hitler

Reproducción (resumida) del texto de W. Maser: «Hitlers Briefe und Notizen».
Econ Verlag. Düsseldorf 1973.





6: El «Führer» (X) en su destacamento de Fromelles en 1916 y...

7: ...24 años después con dos camaradas del frente, Amann y Ernst Schmied, en el mismo lugar.

8: Aquí luchó el «Führer» durante la primera Guerra Mundial.

Fotos y texto de: «Con Hitler en el Oeste», editado por el profesor Heinrich Hoffmann. Berlín 1940.

Entusiasmo apasionado

Estos párrafos de los informes confidenciales del servicio de seguridad de las SS reflejan el interés con que el pueblo alemán siguió la victoria de sus soldados en el Oeste.

"*La noticia de la capitulación de Bélgica, que el 28 de mayo corrió como reguero de pólvora entre el pueblo, desató por doquier entusiasmo apasionado y dejó una profunda huella en el ánimo de todos los alemanes. El hecho de que medio millón de soldados depusiera las armas ha fortalecido la confianza en que no tardará mucho en concluir victoriosamente la batalla de Flandes y Artois.*"

30 de mayo de 1940

"*La noticia de la entrada de las tropas alemanas en la capital francesa, sin tener que hacer frente a ninguna resistencia armada, ha causado en todos los rincones del Reich una alegría inmensa y ha suscitado un entusiasmo hasta ahora desconocido. En calles y plazas se celebran manifestaciones jubilosas.*"

17 de junio de 1940

"*La sorprendente rapidez con que se suceden los acontecimientos militares y políticos estos días sigue dominando el ánimo del pueblo. Los temas no militares han pasado a segundo plano.*
Por todas partes se califican de increíbles las proezas de nuestros soldados. El entusiasmo de cada momento hace creer en la imposibilidad de superarlo y, sin embargo, aumenta continuamente al conocerse las últimas noticias. Así, se organizaron manifestaciones espontáneas de adhesión al 'Führer' y a la 'Wehrmacht' la noche en que se dio a conocer la declaración de Pétain."

20 de junio de 1940

"*Bajo la impresión de los sucesos políticos y los éxitos militares se ha formado una vinculación estrecha entre el frente y la retaguardia. La táctica de los grupos enemigos ha perdido fuerza y terreno por doquier. El pueblo se muestra reconocido al 'Führer' y a la 'Wehrmacht' victoriosa.*"

24 de junio de 1940



Albert Speer no era el único que estaba convencido, después de la victoria sobre Francia, «de que Hitler se había convertido en una de las más grandes figuras de la historia alemana». Durante la parada militar del 18 de julio de 1940, en Berlín, fue preciso contener a la muchedumbre para que Hitler pudiera pasar ante ella en triunfo. Muchachas de la organización femenina entregaron flores a los soldados repatriados. Del entusiasmo y la atmósfera que reinaba en esos momentos da idea el siguiente parte secreto: «Puede decirse que incluso aquellos que en 1933 rechazaban al 'Führer' están hoy incondicionalmente a su lado, llenos de entusiasmo.»







LA VICTORIA MAS GLORIOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

Cuartel general del "Führer," 24 de junio de 1940



Pueblo alemán:

En apenas seis semanas y tras heroica lucha, tus soldados han terminado la guerra en el Oeste frente a un enemigo valeroso.
Su hazaña pasará a la posteridad como la victoria más gloriosa de todos los tiempos.
Con humildad agradecemos al Señor la ayuda otorgada.
Ordeno que durante diez días ondeen las banderas en todo el Reich y durante siete repiquen las campanas.

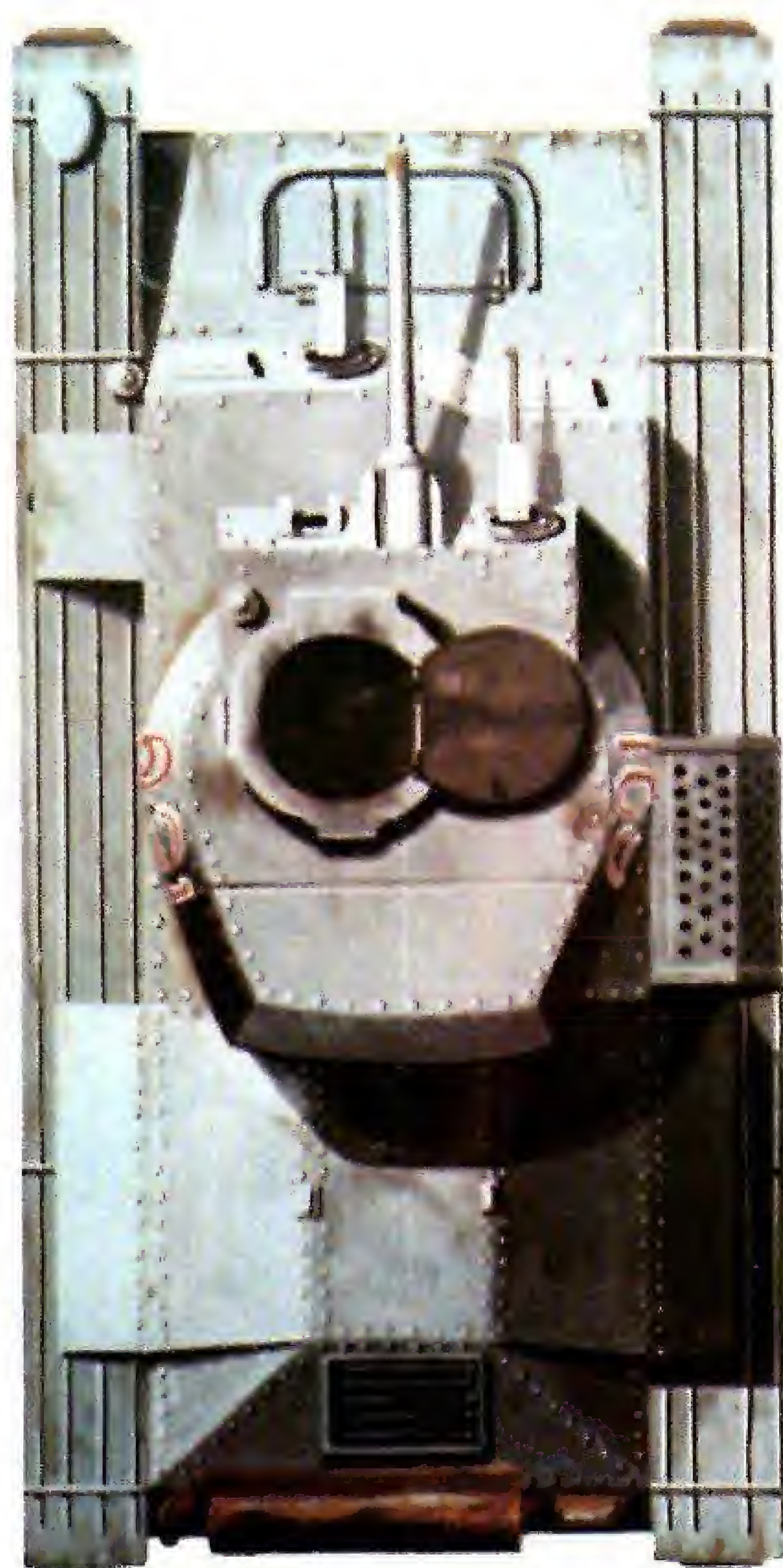
Adolf Hitler.

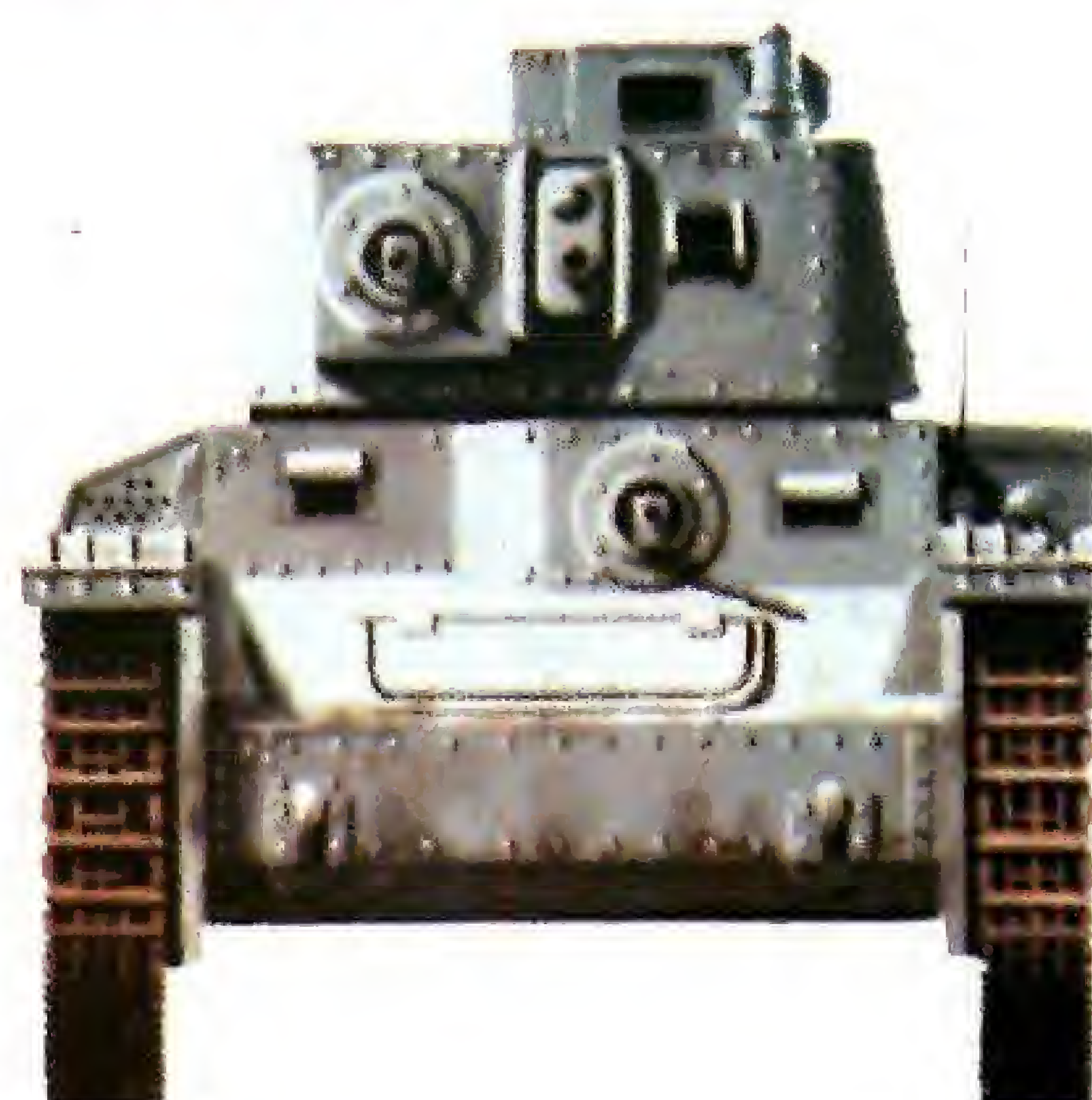
La capital del Reich aparece engalanada con las banderas de la cruz gamada. Las tropas repatriadas del frente forman ante la tribuna de honor, desde la cual les da la bienvenida el jefe de Estado Mayor del Ejército, general Fromm, y el «Gauleiter» de Berlín y ministro de Propaganda, Dr. Goebbels.

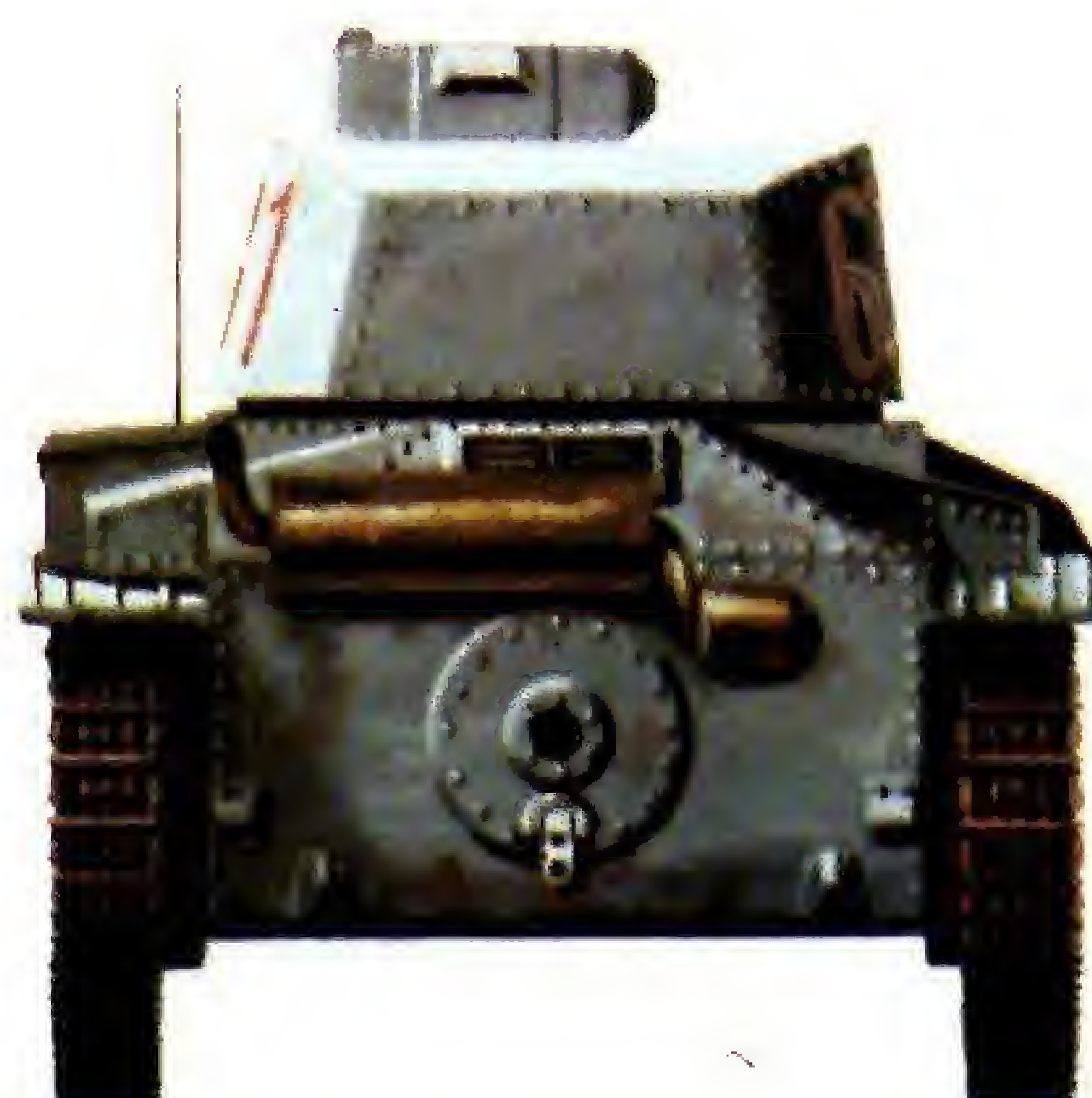
Carro de combate alemán 38 (t) TNHP (de procedencia checa)

Peso: 9,7 toneladas
Dotación: 4 hombres
Armamento: un cañón de 37 mm y dos ametralladoras de 7,92 mm
Coraza: 25 mm
Propulsión: un Praga EPA/0,125 CV
Velocidad máxima: 42 km/h
Autonomía: 230 km
Longitud: 4,90 m
Anchura: 2,06 m
Altura: 2,37 m









Bombardero alemán en picado Junkers Ju 87 B-1



Propulsión: un Jumo 211, motor de 12 cilindros, 1210 CV
Armamento: dos ametralladoras fijas de 7,9 mm en las alas, una abatible también de 7,9 mm, una bomba de 250 kg bajo el fuselaje y 4 de 25 kg bajo las alas
Dotación: 2 hombres
Velocidad de crucero: 285 km/h
Velocidad en picado: 550 km/h
Autonomía: 573 km
Peso neto: 2770 kg
Peso bruto: 4260 kg
Envergadura: 13,82 m
Longitud: 11,13 m
Altura: 3,89 m.





William Lawrence Shirer

Diario

7 de abril de 1940

Escribe hoy el «Völkischer Beobachter»: «Alemania está dispuesta. Ochenta millones de pares de ojos se hallan pendientes del 'Führer'».

Berlín, 10 de abril de 1940

Al parecer, tanto el «Führer» como el Mando Supremo de la «Wehrmacht» esperaban que Noruega sería ocupada sin mayores dificultades. Como no ha sido así, se ha ido a pique todo el optimismo.
Si los británicos se deciden con su flota a realizar y proteger desembarcos de envergadura, los alemanes se encontrarán con que tienen que hacer frente a una lucha de importancia inesperada. El punto débil de los alemanes es su Marina.

11 de abril de 1940

He oído decir que Hitler ha advertido a los suecos sobre las consecuencias que acarrearía un abandono de su neutralidad. Los suecos están muertos de miedo y no acudirán en socorro de sus hermanos noruegos. Ya les llegará el turno a su debido tiempo. Es sorprendente cómo estas pequeñas naciones no oponen reparo alguno a ser absorbidas por Hitler una tras otra.

19 de abril de 1940

Mañana Hitler cumplirá 51 años. Se ha pedido al pueblo que coloque colgaduras en los balcones. Anoche habló por la radio el doctor Goebbels: «El pueblo alemán ve en su 'Führer' la encarnación de la propia fuerza y ha encontrado en él al gran realizador de sus objetivos nacionales». Esta noche, cuando he pasado ante la Cancillería, he observado a unos 75 curiosos que esperaban poder contemplar a su «Führer». En años anteriores, en una noche semejante había siempre reunidos por lo menos diez mil.

23 de abril de 1940

Joseph Terboven, el joven y enérgico «Gauleiter» de Colonia, ha sido nombrado comisario del Reich en Noruega. Eso significa que, en el caso de una victoria de Hitler, Noruega pasará a ser una provincia nazi. Tengo que asistir a una reunión de la Asociación Internacional de Radiodifusión que va a celebrarse en Lausana. ¡Primavera, a orillas del lago junto a los Alpes! ¡No se puede pedir más!

1 de mayo de 1940

¿Escasea la gasolina? 300 de los 1600 taxis berlineses han sido puestos hoy fuera de servicio. Al 25 % de los automovilistas que hasta ahora podían circular les ha sido retirado el permiso correspondiente.
En los rostros de los buenos ciudadanos que hoy paseaban por el Tiergarten se podía leer fácilmente su deseo de paz. Y ningún afán de victoria. Sin embargo, en mi opinión, el triunfo sobre Noruega fortalecerá un poco los ánimos, después del cruel invierno que acabamos de pasar. S., un colega, opina que en Alemania todo el mundo es sanguinario: cada hombre, cada mujer, cada niño. ¿Es posible? Yo, hoy, sólo he visto cómo muchos de ellos daban de comer a los patos y las ardillas con su ración de pan.

2 de mayo de 1940

Día negro para los Aliados. En su boletín de noticias de las seis de la mañana, la BBC ha dicho que Chamberlain había comunicado al Parlamento su dimisión. Los británicos han abandonado su posición más importante en la costa noruega: Andalsnes. Y, con ello, entregan las partes central y sur del territorio. Las bombas de Göring se han encargado de poner punto final a la operación, consiguiendo sus cuatro objetivos vitales:
Primero: han mantenido libre de buques británicos la ruta entre Kattegat y Oslo, garantizando el desembarco de tropas y material de guerra.
Segundo: han impedido que los británicos atacaran las zonas ocupadas por los alemanes en los puertos de Stavanger, Bergen y Trondheim.
Tercero: con el continuo bombardeo de los puntos aliados de desembarco han impedido que los británicos pudieran hacer llegar a tierra tanto artillería como blindados.
Cuarto: bombardeando las posiciones enemigas han facilitado el avance de las tropas alemanas desembarcadas.

7 de mayo de 1940

¿Cuál será el próximo objetivo alemán? A mi entender, el turno corresponde a Holanda. Es muy divertido leer hoy los titulares de los periódicos: «Chamberlain, el agresor. Planes aliados para nuevos ataques». Si el pueblo alemán no estuviera tan obcecado, quizá se daría cuenta del chiste. Por mi parte, sospecho que en las próximas semanas la guerra asolará Europa entera con todas las armas disponibles.

10 de mayo de 1940

¡El ataque al Oeste se ha producido! Hoy, con las primeras luces del alba, los alemanes han penetrado en Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Hitler está decidido a jugarse el todo por el todo ¡Ahora o nunca! Da la impresión de que la economía alemana no podrá sostener una guerra prolongada, de ahí que Hitler tenga que atacar mientras su Ejército se encuentre en buenas condiciones, mientras su Aviación sea superior a la aliada. El «Führer» no ignora lo que se juega. En la orden del día a sus tropas puede leerse: «Ha llegado la hora de la batalla decisiva para el futuro de la nación alemana». Y termina así: «La batalla que ahora comienza decidirá el futuro de la nación alemana para los próximos mil años». Si pierde, desde luego, lo decidirá. Hitler tenía ante sí tres posibilidades: esperar y llevar la guerra al terreno económico, como ha hecho durante el invierno; desafiar a los Aliados en un terreno cómodo para él, por ejemplo los Balcanes; o buscar la decisión en el Oeste, empezando por derrotar a las neutrales Bélgica y Holanda. Ha escogido la tercera posibilidad y, con ella, el gran riesgo.

11 de mayo de 1940

La apisonadora alemana avanza sobre Holanda y Bélgica. Parece que ha caído ya la fortaleza de Eben-Emael, junto al Mosa. Asombra la apatía de la gente ante el carácter definitivo que va tomando la guerra. La mayor parte de los alemanes se encuentran deprimidos por las noticias que llegan. Cabe preguntarse: ¿cuántos alemanes respaldan verdaderamente la última jugada de Hitler? La mayor parte de los corresponsales extranjeros aseguraba esta noche en el Adlon que casi todos, la mayoría. Sin embargo, yo no acabo de encontrar a ningún alemán que crea la afirmación del «Führer» de que su ataque a los países neutrales se debe a la necesidad de ganar por la mano a los Aliados. Incluso para un alemán es ésta una mentira descarada. □

CRONICA

POLITICA	CUESTIONES MILITARES	CULTURA Y TECNICA

1940

Política

12.-14.11.: Visita de Molotov a Berlín. Entrevista con Hitler y von Ribbentrop sobre la adhesión de la Unión Soviética al Pacto Tripartito y la división del mundo en esferas de influencia tras la derrota de Gran Bretaña.
El cambio de impresiones proseguirá por escrito.
14.11.: En Varsovia, 350.000 judíos han sido encerrados en el «ghetto».
20.11.: Hungría se adhiere al Pacto Tripartito.
22.11.: El jefe del Estado rumano, general Antonescu, mantiene en Berlín su primera entrevista con Hitler. Este encuentro será decisivo para el futuro de las estrechas relaciones que mantendrán los dos pueblos.



Ion Antonescu

23.11.: Rumania se adhiere al Pacto Tripartito. Un día después lo hará Eslovaquia.
25.11.: Nota soviética al Gobierno del Reich en la que se dan a conocer las condiciones de Moscú para un ingreso en el Pacto Tripartito. Hitler no responderá a la nota, quedando suspendidas las negociaciones al respecto.
4.12.: Hitler envía a Madrid al jefe del «Abwehr» alemán, almirante Canaris, para que negocie con el Gobierno español el plan de la proyectada ocupación de Gibraltar (Operación «Felix») y la participación de España en la contienda.
7.12.: Entrevista Franco-Canaris. Franco declina la entrada de España en la guerra. En consecuencia, Hitler desiste de la Operación «Felix».
13.12.: El mariscal Pétain cesa en todos sus cargos a su segundo, Pierre Laval, y nombra en su lugar al almirante Darlan.
24.12.: El antiguo «Obergruppenführer» de las SA, Manfred von Killinger, hasta el momento enviado alemán en Presburgo (Bratislava) pasa a desempeñar idéntica misión en Bucarest. El también «Obergruppenführer» de las SA, Hanns Ludin, ocupará la vacante de Bratislava.
25.12.: Entrevista Darlan-Hitler en Beauvais. Hitler se niega a hacer cualquier concesión al Gobierno de Vichy.
27.12.: El general Hansen informa a Antonescu del ataque a Grecia proyectado por los alemanes.

Cuestiones militares

4.11.: Ante el fracaso de la ofensiva italiana y el hecho de que los griegos han pasado a su vez al ataque, Hitler toma la decisión de invadir Grecia desde Hungría, Rumania y Bulgaria.
10.11.: Con la ocupación de Libreville, capital de Gabón, se encuentran en poder de las tropas del general De Gaulle todas las colonias francesas del África Ecuatorial.
11/12.11.: Un portaaviones británico ataca a la flota italiana en Tarento; resulta hundido el crucero «Cavour».
12.11.: Hitler firma la Directiva n.° 18, por la que el comandante supremo del Ejército de Tierra debe realizar los preparativos adecuados «para, en caso necesario, llevar a cabo desde Bulgaria un ataque contra Grecia, ocupando la tierra firme al norte del mar Egeo».
14/15.11.: 449 aviones alemanes arrojan 503 t de bombas y 881 artefactos incendiarios sobre Coventry. Hubo 554 muertos y 865 heridos graves entre la población civil.
15/16.11.: 358 aviones alemanes arrojan 414 t de bombas y 1142 artefactos incendiarios sobre Londres. Otros ataques aéreos de magnitud similar se llevaron a cabo las noches del 29/30.11., 8/9.12., 27/28.12 y 29/30.12.
16/17.11.: 127 bombarderos británicos atacan Hamburgo.
14.-22.11.: La contraofensiva griega obliga a los italianos a retroceder hasta territorio albanés.
13.12.: Hitler firma la Directiva n.° 20 con las instrucciones para la invasión de Grecia.
15/16.12.: 45 bombarderos británicos atacan Berlín; el 20/21.12 son 23 los que repiten la operación.
16/17.12.: 102 bombarderos ingleses arrojan 89 toneladas de bombas explosivas y 14.000 bombas incendiarias sobre Mannheim, resultando 23 muertos y 80 heridos entre la población civil. En las dos noches siguientes se repitió el ataque pero con menos intensidad.
18.12.: Hitler firma la Directiva n.° 21 (Operación «Barbarroja»): «Las Fuerzas Armadas alemanas estarán dispuestas, incluso antes de concluir la batalla contra Inglaterra, para llevar a cabo una campaña rápida contra la Unión Soviética». Los preparativos deberán estar terminados el 15.5.1941.
19.12.: El Mando Supremo italiano solicita el envío urgente de una división blindada alemana al Norte de África.
20.-21.12.: Después del bombardeo efectuado contra Liverpool en la noche del 28/29.11., 504 aviones alemanes arrojan durante las dos noches, 485 t de bombas y 1701 artefactos incendiarios sobre Liverpool-Birkenhead. En el puerto fueron hundidos 20 mercantes con un total de 122.971 toneladas.
1.11.-31.12.: Aviones alemanes bombardean durante ese período las ciudades británicas de Birmingham, Southampton, Sheffield y Manchester.

Cultura y técnica

3.11.: La selección nacional alemana de fútbol pierde en Zagreb su cuarto partido contra Yugoslavia por 2-0 (primer tiempo 1-0).
8.11.: La cartilla de racionamiento n.° 17, válida para los días del 18.11 al 15.12., contiene un cupón especial canjeable por 125 gramos de miel artificial con destino a las pastas familiares de la Navidad.
13.11.: Estreno en Stuttgart de la película «Friedrich Schiller» con Horst Caspar, Heinrich George, Lili Dagover y otros. Calificación: de gran valor político y artístico, recomendable para la juventud.



Horst Caspar en su papel de Friedrich Schiller

17.11.: En presencia de Hermann Göring se inaugura en Viena la exposición de la «Wehrmacht» «Victoria en el Oeste».
17.11.: En el décimo partido de fútbol entre Dinamarca y Alemania –el primero fue jugado en 1912 en Copenhague– vencieron los alemanes en Hamburgo por 1-0.
1.12.: En Berlín se proclama campeón de copa el equipo de fútbol Dresdner SC, al derrotar al 1 FC Nuremberg por 2-1.
5.12.: Hitler recibe en la Cancillería al explorador sueco Sven Hedin, que está dando por Alemania una serie de conferencias sobre sus experiencias en Asia.
6.12.: Estreno del filme «Bismarck», de Wolfgang Liebeneiner, con Paul Hartmann como protagonista. Calificación: de extraordinario valor político y artístico; recomendable para la juventud.
10.12.: Todas las emisoras alemanas han transmitido el discurso pronunciado por Hitler ante los obreros de una fábrica de armamento. Se habían dispuesto altavoces para que el discurso pudiera seguirse en otras fábricas similares. Hitler ha dicho: «Sólo un loco puede sostener que yo siento un complejo de inferioridad respecto a los ingleses».
14.12.: En el centenario del traslado de los restos de Napoleón desde Santa Elena a París, Hitler ha comunicado al general Pétain que entregará los del duque de Reichstadt (hijo de Napoleón I) a los franceses, para que descansen en los Inválidos al lado de los del gran corso.



La conocida invitación para ver la colección de sellos... disculpa para una entrevista íntima, se proyectó sobre la obsesión de la guerra:
–¿Ir a tu casa a oír la radio? Mejor vamos a la mía, que está el aparato estropeado...
(Berliner Illustrierte Zeitung, 15-V-1940)

Francia hacia la derrota

Muchos franceses mantienen aún viva, como un trauma, la memoria de la catástrofe de aquel verano de 1940. Sin embargo, aquella catástrofe no se produjo por casualidad. De la Francia que, amparada en el Tratado de Versalles, se sintió llamada a desempeñar un papel rector en Europa apenas si quedaba en pie la fachada al estallar la guerra en 1939. La derrota militar trajo consigo un proceso de descomposición política y económica cuyas raíces trata de examinar aquí el Dr. Gilbert Ziebura, profesor de Política Internacional en Constanza.

Lo que acaeció a Francia en junio de 1940 supera todas las medidas de su historia nacional y hace empalidecer los momentos anteriores más sombríos. Las derrotas de 1815 y de 1870/71 le costaron al país una buena parte de su preeminencia en el contexto europeo. Pero en 1940 desaparece ya como potencia independiente. Charles de Gaulle, desesperado en su exilio de Londres, trataría de, al menos, asir un cabo de aquella madeja que sería la intervención aliada. Incluso la supervivencia del país dependía de la victoria de americanos e ingleses, una victoria a la que Francia no estaba en condiciones de aportar nada decisivo. Como una circunstancia opresiva y simbólicamente desconcertante el mariscal Pétain, veinte años atrás «vencedor de Verdún», presidía lo que quedaba de Francia, desde el balneario de Vichy, una zona del país que, por el momento, Hitler no había juzgado necesario conquistar. Al formarse la Resistencia, luchó por una imagen de Francia que habría de ser la de la liberación, justo la antítesis de aquella otra que había claudicado sin gloria. 1940 fue el Waterloo de toda una sociedad y de sus fuerzas dominantes; de una sociedad con sus valores y su estilo de vida y de trabajo.

Ningún francés de cuantos lo vivieron podrá olvidar las imágenes deprimentes de aquella semana de verano. El empuje de las divisiones acorazadas alemanas se produjo con tal ímpetu, con tanta celeridad, que los conquistadores ni tan siquiera se preocupaban de hacer prisioneros. La orden era: «Tirad vuestras armas y corred hacia el sur».







Suscribió en 1935 el pacto de asistencia mutua entre Francia y la Unión Soviética y colaboró, tras la derrota, con los alemanes: el primer ministro Pierre Laval.

Firmó en septiembre de 1938 el pacto de Munich y declaró la guerra a Hitler un año después: el primer ministro Edouard Daladier.

Venció en Verdún en 1916 y dispuso la capitulación en 1940: el mariscal Philippe Pétain.

Los ejércitos galos en desbandada terminaron mezclándose con el torrente caótico de fugitivos. Carreteras atascadas, la carencia de suministros, la confusión palpable en el mando militar y político..., todo esto impedía la planificación de nuevas operaciones bélicas. Bajo el fuego de los *Stukas* se movía un pueblo cada vez más paralizado por la desmoralización, que sólo atendía a la voz de «sálvese quien pueda». Desde el punto de vista estratégico —escribiría De Gaulle en sus Memorias— el destino de Francia se había jugado en una semana. ¿Cómo pudo ocurrir? La posición de Francia parecía claramente robustecida en 1919. No había duda de ello. El Tratado de Versalles la había convertido en la potencia indiscutible, militar y diplomáticamente, dentro del continente europeo. Esto era indispensable, al menos en el criterio de París, porque Francia era una piedra fundamental del nuevo «orden de paz». El «sistema de Versalles», que prometía mantenerse, era tan estimable como la categoría de potencia rectora que le había llegado precisamente por él.

Añoranza del ayer

Sin embargo no era un arcano, para las miradas críticas, que, desde un principio, existía ya una desproporción amenazadora entre la ambiciosa pretensión de mantener el orden internacional establecido y, en el otro extremo, la constitución *interior* de Francia; es decir, los recursos de los que disponía en aquel momento el país. ¿Cómo iba a poder Francia controlar adecuadamente todo un sistema internacional, agitado por revoluciones, fascismos, revisionismos y graves crisis económicas, cuando su sociedad no era precisamente la más dinámica?

Francia echó sobre sus hombros la carga política y militar del nuevo «orden»; pero el poder económico y la influencia consiguiente, la fuerza del capital y la función rectora en la economía mundial se encontraban en los Estados Unidos, que fueron los más beneficiados por la guerra. Francia no tenía voz en ese campo. Más aún, era tan dependiente de este coloso como los propios vencidos. París presintió su debilitamiento progresivo y por ello se había impuesto un tiempo para resurgir, cuando fuera amenazaba ya la tormenta. La consigna era: conservar y salvar lo salvable de aquella sociedad tradicional. Pero en la medida en que, lo más tarde a comienzos de los años treinta, se echó de ver que Francia no había resuelto sus problemas internos, su papel de potencia se demostró como simple fachada tras la cual hacía tiempo que se habían marchitado sus ilusiones. Si la propia sociedad no era lo





Léon Blum, primer ministro socialista, el primero en Francia de esta filiación, luchó con su Frente Popular contra la miseria económica y contra la inquietud social que amenazaba con una guerra civil (arriba a la izquierda y al lado). En política exterior, Francia capituló ya en la crisis de los Sudetes cuando el gobierno Daladier dejó a su suerte a la aliada Checoslovaquia. Sin embargo, predominaban aún las esperanzas de alcanzar la paz. Con despreocupación la gente bebe a la salud de los acuerdos de Munich (arriba).

suficientemente fuerte como para asumir el poder rector, no podía por menos de convertirse en juguete de aquellas fuerzas que ella debía gobernar y dominar. Esta paradoja fundamental fue la causa de que se derrumbara la Tercera República.

Una hacienda arruinada

¿Cuál era la realidad detrás de la fachada? De hecho, Francia había salido de la guerra más debilitada que su enemigo principal. La zona industrial más importante, situada al norte de Francia, había quedado destruida. Ni siquiera la recuperación de Alsacia-Lorena pudo compensar esa pérdida. La muerte de una parte de su población durante la contienda llevó casi a la paralización de sus fuerzas activas. El país experimentó millón y medio de bajas (10,5 por ciento de su población activa masculina). En otros países el fenómeno fue menos grave: en Alemania murió el 9,8 por ciento de la misma; en Italia, el 6,2%, en Gran Bretaña, el 5,1% y en los Estados Unidos, el 0,2%. Estas bajas no se repondrían hasta la segunda Guerra Mundial, ya que hasta ese momento el índice de mortalidad era superior al de nacimientos. Precisamente en esos porcentajes se apoyaba el pacifismo de amplios sectores de la población francesa, especialmente de los agrícolas que, como ha sido tradicional en la historia de la humanidad, fueron los que tuvieron que pagar un mayor tributo de sangre.

La guerra había arruinado también la economía y las finanzas del Estado: algo inaudito en un país en el que el franco-oro se había convertido en sacrosanto fundamento de la nación. Con el sistema de impuestos heredado del siglo XIX se podían cubrir las fantásticas sumas de dinero que lleva consigo una guerra. La introducción de los impuestos indirectos oprimió más a las clases populares que a los estamentos más acomodados. En consecuencia no quedaba más que una solución: que el Banco de Francia cargase con las deudas recurriendo a préstamos nacionales y exteriores. Los empréstitos ascendieron a 225.000 millones de francos. La circulación de papel creció desmesuradamente: de 6000 millones de francos, en 1913, se pasó a 38.000 en 1920. El franco perdió valor: en 1914 el dólar se cambiaba a cinco francos; a finales de 1919, a diez, y en 1920, entre 14 y 17 francos. Pero todavía quedaban ilusiones. El «Alemania acabará pagando» tranquilizaba los ánimos; pero era evidente que las reparaciones de guerra germanas no iban a ser la solución mágica de los problemas económicos planteados.

A pesar de todas las ilusiones, los contemporáneos presentían que iban a producirse grandes cambios. La vida se encareció. A finales de 1919 los precios se habían triplicado sobre los de la preguerra; un año después, se cuadruplicaban, mientras que el salario real descendía.

No fue un milagro el que en los años 1919/1920 Francia se viese agitada por la mayor ola de huelgas de su historia. El Gobierno tan sólo podía mantenerse dueño de la situación recurriendo a severas medidas de despido. El éxito de los trabajadores fue, por su parte, prácticamente irrelevante. Fuera de conseguir una jornada laboral de ocho horas, no lograron ninguna ventaja es- ▷

pecial a través de una legislación por lo demás bastante anacrónica. La inflación y el incremento de los precios subieron, como suele ocurrir en todas partes, a costa de los trabajadores, de los campesinos, de las clases medias y de un gran sector de pensionistas de guerra. La alta burguesía, por otro lado, especialmente los patronos de la gran industria, se beneficiaron al poder reducir puestos laborales y racionalizar su producción. Era evidente, pues, que la oposición entre las clases sociales se había agudizado. En los comienzos de los años treinta comenzó la crisis económica mundial. Los frentes políticos interiores se formaron en el momento en que crecía la amenaza exterior.

Pero el ideal de todos eran los «dorados años» anteriores a la guerra. Se les añoraba y servían de orientación, aunque las circunstancias de dentro y de fuera habían cambiado radicalmente. Durante la segunda mitad de los años veinte, coincidiendo con una mejoría coyuntural, pareció que aquel ideal volvía a estar más próximo. Florecían los negocios; en la química, en la industria eléctrica y sobre todo en el sector del automóvil, se progresaba visiblemente. En 1926 el primer ministro Poincaré saneó el entramado de los intereses macro-burgueses, el franco experimentó un respiro de alivio, de tal modo que, aun devaluado, pudo permitirse regresar a la cotización oro. Los acuerdos de Locarno afirmaron las bases de una seguridad exterior: Gran Bretaña e Italia garantizaban ahora el orden internacional. Sin embargo aquella época de florecimiento económico no cambió las debilidades básicas de la sociedad.

Nada se hizo por salvar el abismo entre trabajadores y patronos. La enorme cantidad de pequeños negocios familiares permaneció intacta. Los índices de inversión continuaron siendo modestos, sobre todo en comparación con los de Estados Unidos y Alemania. Los medios de producción eran anticuados y así siguieron. La capacidad de competencia dejaba mucho que desear. En cuanto a la producción industrial, Francia ocupaba el cuarto puesto, incluso antes de 1914, detrás de Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. En la época de entreguerras se acentuó aún más la distancia: de 1913 a 1937, la participación de Francia en la producción industrial mundial descendió del 7,3% al 5,1%. El producto social bruto per cápita era en 1938 exactamente la mitad del correspondiente a Estados Unidos: 300 dólares. La producción agraria francesa era muy inferior a la americana y a la alemana. Marc Bloch, uno de los historiadores más preclaros, fusilado posteriormente por las SS, escribió poco después de la derrota un «examen de conciencia», bajo el tí-



Sin que parecieran afectarles los conflictos sociales, las clases altas gozaban de los encantos de una vida refinada, como refleja esta obra de Van Dongen titulada «Montparnasse Blues».

tulo de «La extraña derrota». En él reprochaba a la masa de los industriales el haber conservado «en la edad de la química la mentalidad de los alquimistas». Tampoco en el período de entreguerras se dio el paso definitivo hacia la «revolución industrial». No era por lo tanto ningún milagro el que en el sector de la defensa se hubiese ido más allá de un nivel de empresas manufactureras, contando con que el armamento exige una infraestructura técnica en modernización permanente. Mientras la producción de aviones en Estados Unidos y Gran Bretaña, por no referirnos a Alemania, se concentraba en cinco grandes firmas, en Francia se construían nada menos que en 40 fábricas que lograron, entre 1919 y 1929, la sorprendente marca de 332 modelos. Los 115 aviones que presentó el Ministerio de la Guerra en 1930 se distribuían en 37 tipos diferentes. La situación cambió a partir de la nacionalización parcial de la industria aeronáutica decretada por el Frente Popular. Pero sólo a partir de 1938 comenzaría una verdadera etapa de renovación del material. Para entonces el adelanto alemán ya era insalvable. A primeros de 1937 se construían en Alemania unos 300 aviones de guerra por mes; en Gran Bretaña, 175; en Francia, solamente 50. Tras los acuerdos de Munich el número se elevaría a 150 unidades.



Ante la dura política deflacionaria del gobierno Laval, de derecha burguesa, las masas electoras reaccionaron en 1936 con una presión hacia la izquierda. Así comentaba la caricatura nazi la victoria del Frente Popular.

Salvación a la defensiva

El Ejército, su organización y sus concepciones estratégicas, reflejaban esta tendencia básica de la sociedad francesa casi con rasgos caricaturescos. Por un lado, se mostraba ufano de la victoria alcanzada a costa de tantos sacrificios. Por otro, buscaba justamente en el pasado una serie de modelos que imitar: los generales trataban de ganar la guerra venidera con los mismos medios con que ganaron la anterior. Al fin y al cabo se trataba tan sólo de conservar la preeminencia conquistada. El imperativo del momento era defender. Defenderse con tanto ahínco, como si la guerra futura fuese «total», es decir, una larga guerra de desgaste: algo así como una potenciación de la batalla de Verdún. Una confrontación de este cariz solamente era posible si se lograba reunir a todas las fuerzas del pueblo tras una línea defensiva inexpugnable que sirviera a ese pueblo como baluarte. En consecuencia, el Estado Mayor elaboró la teoría de la línea de fuego impenetrable y continua, que habría de convertir a Francia en una verdadera fortaleza. De este modo, los ataques frontales del enemigo resultarían baldíos y los agredidos apenas experimentarían pér-

didas humanas. Una sangría como la de los años 1914 a 1918, concluida en victoria o en derrota, significaría de todos modos el final. El peligro máximo era un ataque por sorpresa, contra el cual los franceses se creían ya seguros.

Nada podría hacer vacilar la posición adquirida: ni el rearme masivo de Alemania ni la circunstancia de que los estrategas alemanes hubiesen comenzado a desarrollar el concepto de «guerra relámpago». Aquí se escondía precisamente el núcleo del drama. En correspondencia con los monstruosos objetivos de la política expansionista hitleriana, las fuentes auxiliares disponibles en Alemania eran cada vez más exiguas. Con el fin de ampliar el potencial propio en materias primas y en rendimiento laboral, no había más remedio que conquistar nuevos espacios. En consecuencia la «guerra relámpago» era la estrategia más adecuada para tal objeto: se trataba en principio de una concentración de todos los medios para una más rápida consecución del fin. Así las cosas, nada parece tan absurdo como el planteamiento que se hicieron los franceses: había que estar preparados para una penosa guerra de desgaste. Pero al otro lado del Rhin, difícilmente se entendía el fenómeno del nacionalsocialismo, aquella ideología absurda, aquel sistema bárbaro, con toda su aparatosa voluntad de poder. Todo aquello resultaba extraño e incomprensible.

De esta manera el enemigo aparecía como algo raro y abstracto: nadie podía imaginárselo con precisión. Hasta entonces, los carros de combate se limitaban a la función de elementos auxiliares de las tropas de infantería. El nuevo uso que se les pretendía atribuir no cuadraba muy bien con la teoría. Cuando alguien, como un tal coronel Charles de Gaulle, propugnaba la necesidad de crear divisiones acorazadas de gran movilidad, e incluso la formación de un arma especializada, tropezaba con la incomprensión. En realidad una conversión al concepto gaullista hubiera significado no sólo un abandono de la línea Maginot, sino hasta un cambio de la propia sociedad francesa. Era significativo que no se quisiera potenciar el carro de combate a costa de la predilecta arma de Caballería: en 1933 había aún en el Ejército 130.000 caballos. Los grandes ganaderos estaban al lado de la «Action Française», monárquica y reaccionaria, con la que no pocos oficiales simpatizaban. Frente a tales fuerzas surgió un De Gaulle que era para ellas algo así como un extraterrestre. Sin embargo, seguía siendo incomprensible la conciliación entre una estrategia defensiva y la posición internacional de Francia. Y sobre todo con el mantenimiento del sistema de alianzas. ¿Cuál sería su valor si, en caso de guerra, los aliados no iban a poder contar con la ayuda de Francia? Ni siquiera hoy puede alguien explicar esta contradicción patente.

El alcance de la crisis social, económica y política se manifestó en toda su nitidez cuando se hicieron notar, en el verano de 1931, los efectos de la crisis económica mundial, al principio lentamente y con cierto retraso, luego de un modo permanente. En los años siguientes se practicaron dos estrategias de solución contradictorias; ninguna de ellas obtuvo el éxito apetecido.

Primero los Gobiernos de la derecha burguesa, entre ellos y con especial lógica el Gobierno Laval, pretendieron mediante una política deflacionaria lograr su objetivo principal de una estabilidad financiera, que se convirtió en un auténtico fetiche y reveló el carácter reaccionario de su política económica. Con ello no se logró ni la estabilidad económica ni mucho menos el crecimiento de la producción industrial. La capacidad adquisitiva se redujo y, con ella, la demanda. Por lo demás no desaparecieron ni la inflación ni el desempleo. Simultáneamente empeoró la posición de la industria exportadora en el contexto del mercado mundial, cuando otros países, sobre todo Gran Bretaña, devaluaron sus monedas y con ello los precios franceses resultaron altísimos. Esta política afectó a los trabajadores y, principalmente, a las clases medias autónomas que tomaron el camino de la izquierda e hicieron posible el triunfo del Frente Popular en 1936. Hoy todos están acordes en que una oportuna devaluación del 15 al 20 por ciento habría dado a la economía el impulso necesario.

Deflación y Frente Popular

Tampoco el Frente Popular solucionó la crisis. Desde luego mejoró las condiciones de las masas trabajadoras: la semana de 40 horas, acuerdos salariales colectivos, vacaciones pagadas y mayores posibilidades adquisitivas con importantes subidas de salarios. Mas todas estas medidas no bastaron para impulsar la curva de la producción industrial. La razón quizá fue el que los empresarios pasaron efectivamente el mal trago de los aumentos salariales, pero se negaron a las necesarias inversiones masivas. Por otra parte, un control estatal de las inversiones era algo muy ajeno al programa del Frente Popular. Esto hubiera significado una agresión contra la estructura de la economía capitalista privatizada, algo que ni la pequeña ni la media burguesía estaban dispuestas a soportar. Con todo, el Frente Popular aprobó un amplio programa de defensa que no logró cumplirse oportunamente.

En aquellos años treinta, todo parecía inútil. Por primera vez desde 1810 —exceptuada la primera Guerra Mundial— disminuyó entre 1929 y 1938 la renta nacional, la producción industrial descendió en un 24%, mientras que en Alemania creció en un 16%. La crisis económica se sumó a otra política y moral: la burguesía se rompió en varios frentes: unos simpatizaban con el fascismo (al menos con el de cuño italiano) por miedo al bolchevismo; algunos querían un Estado autoritario y conservaban su aversión contra Alemania; otros pretendían que se evitase por encima de todo una confrontación con Hitler o, cuando menos, que se evitase cuanto pudiera ser motivo de enfrentamiento. También la clase obrera se hallaba muy dividida: una parte se mantuvo en actitud pacifista, mientras que otra exigía un rearme más intensivo; unos combatían abiertamente al fascismo, otros orientaban sus armas dialécticas contra el capitalismo. Estos frentes no se identificaban necesariamente con los que integraban los partidarios y los enemigos de los acuerdos de Munich de 1938. Lo que para el jefe del Gobierno Daladier era victoria del partido de la paz, para Léon Blum no pasaba de ser «alivio cobarde». En estas circunstancias, ¿cómo iba a poder exigirse a los franceses, un año después, que «muriesen por Danzig»? En los meses entre septiembre de 1939 y mayo de 1940, durante los que la guerra asolaba Europa, pero en los que Francia no la hizo, aquel estado de postración mostró el decaimiento profundo de Estado y sociedad como con un espejo ustorio. Daladier y, tras él, Paul Reynaud estaban dotados de mejores condiciones personales que cualquier otro primer ministro anterior de la historia del parlamentarismo francés. Y sin embargo jamás el régimen fue tan débil, nunca hubo más desorden en el Gobierno, ni mayor decadencia de la administración que en aquella época, tan adecuada para aglutinar fuerzas. Ni siquiera se intentó definir los objetivos de la guerra. El país había caído en un increíble letargo. Las intrigas parlamentarias dominaban la escena cuando Alemania decidió asestar a Francia el golpe definitivo. La Tercera República había perdido su legitimidad. Con todo, y en una perspectiva histórica, a pesar de la catástrofe de la Tercera República, la democracia francesa manejó la palanca más poderosa: no fue Francia la que perdió su unidad nacional, sino Alemania. La historia de la nación francesa se reanudaría a partir de 1945, justo cuando cesó la historia de la nación alemana. Es bueno recordar estas verdades fundamentales cuando se buscan las causas de la derrota francesa de 1940. □



Aspecto de un puerto alemán. Un destructor zarpando para una operación de lanzamiento de minas.

EL SECRETO DE LA MINA MAGNETICA

Karlludwig Opitz

Ofensiva de minas contra Inglaterra 1939/40

Durante el primer invierno de la guerra todavía era posible: los destructores alemanes sembraban de minas las costas inglesas. Silenciosos hidroaviones del tipo «He 59» iban dejando aquellos «huevos diabólicos» en las aguas del mar del Norte, incluso a la entrada de los puertos. Y los ingleses apenas se dieron cuenta.

El 13 de noviembre de 1939, el destructor británico *Blanche* entraba en colisión con una mina y se hundía cerca del buque faro *Tongue*. El 21 de noviembre el destructor *Gipsy* sufría el mismo percance ante las costas de Harwich. Más arriba, al norte, en Firth of Forth, otra mina alcanzaba al flamante crucero *Belfast*, que perdió la quilla en la explosión. El 26 de noviembre se hundía por la misma causa, no lejos de Outer-Dowsing, el mercante polaco de línea *Pilsudski*, de 14.294 toneladas de registro bruto. El 4 de diciembre le siguió el *Nelson*. Este buque, de 34.000 toneladas, tocó una mina cerca del Ewe escocés y resultó seriamente dañado. En total 67 mercantes, con 252.237 toneladas de registro bruto, se fueron a pique como consecuencia del minado llevado a efecto por los alemanes. Y además, 3 destructores y 6 buques nodrizas ingleses. Inglaterra, el Almirantazgo, quedaron consternados. ¿Cómo era posible que las minas se hubiesen colocado a las mismas puertas de Inglaterra?

Los marinos británicos no abandonaron en esas semanas sus lanchas minadoras y siguieron sin cesar el rastro de aceite de los buques hundidos. Del fondo del mar extrajeron cientos de minas y las inutilizaron.

Para los buques aliados, las minas alemanas colocadas en aquel primer invierno de la guerra fueron un peligro secreto de primer orden. Las flotillas de vigilancia realizaron una operación sumamente difícil. Cruceros, destructores, corbetas, escudriñaban un mar helado a la búsqueda de ese «Jerry que colocaba aquellos huevos» mortales. Por ninguna parte pudo vérsele. Y, sin embargo, no cesaban las explosiones. Los surtidores de fuego continuaban elevándose hacia el cielo. Hasta marzo de 1940 se hundieron ante la costa de Inglaterra 128 buques mercantes con un registro bruto de 429.899 t. El arma secreta de la Marina alemana funcionaba con una precisión diabólica. Las noches eran frías. Por doquier la niebla no permitía ver a una distancia mínima. En una de aquellas noches el destructor alemán *Hans Lody* pasaba con las luces apagadas cerca del buque faro *Cromer-Knoll*. Sobre su estela avanzaba el buque gemelo, el destructor *Erich Giese*, cargado con 76 minas. El *Hans Lody* era, al tiempo, un buque insignia y, en consecuencia, no llevaba a bordo «huevos de la muerte».

A las 2,05 la marinería divisó a babor el buque faro *Haisborough*. El destructor se encontraba en ese momento en el estrecho canal situado entre la costa del condado de Norfolk y los bancos de arena emplazados ante ella. A las 2,12 el *Erich Giese*, muy cargado, alcanzaba su punto de destino. En el lugar se levantaba el faro de Cromer, a una distancia de 4,2 millas marinas, y el buque viró 271 grados.

El destructor detuvo sus máquinas. Se trataba de colocar dos minas EMC (minas secretas de tipo C), que permanecían ocultas a pocos metros de la superficie marina y solamente detonaban si entraban en contacto con algún buque. Pero ambas minas iban unidas a su vez a una del tipo RMA, dotada de encendido magnético.

Mientras las primeras colgaban de una especie de «T» flotante, la segunda permanecía en el fondo y no podía ser arrastrada por las lanchas minadoras británicas. La RMA se sumergía tras el lanzamiento y esperaba en el fondo marino hasta que era atraída por el casco de acero de un buque que pasara sobre ella.

Únicamente la profundidad del océano imponía límites a las minas submarinas. Las RMA eran ideales para una profundidad de 20 a 30 metros en puntos especiales como entradas en puertos, estuarios y aguas costeras. En ellos precisamente fue donde más se hizo sentir su efectividad.

(Continúa en página 429)

HORST GÜNTER TOLMEIN

Minas y guerra de minas



Lanzamiento de una mina desde la popa de un buque (arriba). Para el minado de la propia costa la Marina utilizó unidades de todo tipo, como este antiguo yate propiedad del Estado (abajo).

Los mares contrajeron la peste de las minas: nada menos que 600.000 de estos ingenios fueron distribuidos por las potencias beligerantes en aguas europeas durante la segunda Guerra Mundial. Barreras de minas, con una o más hileras, iban acumulándose en los fondos marinos, formando zonas infestadas que significaban la muerte para los buques que cruzaran por ellas. En nuestros días aún se descubren minas de las que se instalaron hace treinta años. Las minas tenían una función específica: suponiendo para quien las colocaba los menores gastos y riesgos posibles, deberían producir al enemigo un máximo de daño en material y hombres. Con todo la «guerra de minas» resultó cara. Ingleses y alemanes ampliaron desmesuradamente los cuerpos respectivos para inutilizar tales artefactos. Cada parte contendiente necesitaba por lo menos 500.000 soldados de marina (el 40% de los efectivos totales de la Armada alemana) para lograr detectar y desactivar 5000 minas al mes.

Desde las primeras minas americanas del año 1812 hasta las eficacísimas de la guerra ruso-japonesa (1904-1905) que diezmaron la flota rusa del lejano Oriente, pasando por las minas prusianas de 1848 (una de cuyas propiedades era la de que podían explotar activadas desde tierra tan pronto como se comprobaba que entraba un buque en su zona de influencia), se había logrado ya una experiencia generalizada en esta materia, que durante la primera Guerra Mundial se empleó a fondo en la llamada mina del ancha. Sin embargo sus «antenas» tenían que entrar en contacto inmediato con el casco del buque para detonar. Por otra parte, tanto ingleses como alemanes se encontraron muy pronto en disposición de eliminar el peligro de las minas ancladas en el fondo marino. Los constructores alemanes de estos ingenios mortíferos crearon muy pronto, entre las dos guerras mundiales, un mecanismo magnético para activar las minas: la Marina tuvo así su arma secreta, las minas magnéticas, cuyo mecanismo se



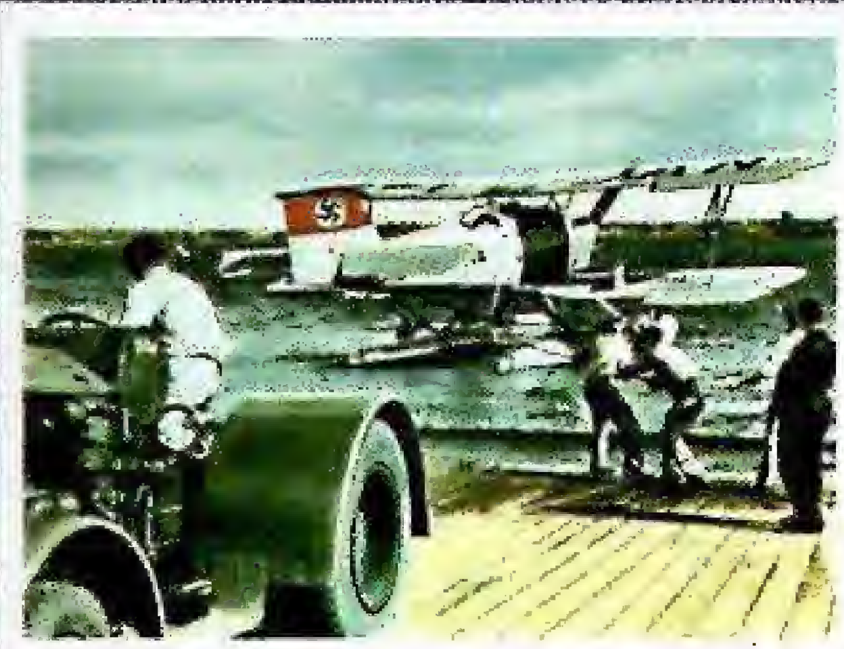
ponía en funcionamiento cuando entraba un buque en su ámbito de acción. Explotaban cuando el objetivo se situaba exactamente encima de ellas. Algo parecido lograron los ingleses. Sus primeras minas magnéticas se utilizaron ya en 1918, aunque desde luego sin éxito completo.

El empleo de destructores e hidroaviones alemanes en los primeros meses de la segunda Guerra Mundial para minar los puertos británicos, halló a los ingleses completamente desprevenidos. Sólo cuando un avión de reconocimiento del tipo *He 59* dejó caer una mina en aguas poco profundas y los británicos la recuperaron al bajar la marea, pudo constatarse que los alemanes contaban con minas dotadas de un excelente mecanismo magnético. En consecuencia se equipó a las unidades inglesas con un dispositivo antimagnético y los buques minadores se enriquecieron con nuevos elementos para detectar e inutilizar la moderna arma secreta.

La siguiente estratagema de los científicos alemanes dedicados al armamento consistió en dotar de una suerte de «memoria» a las minas magnéticas: el número de contactos con unidades flotantes hacía que el efecto fuese mayor o menor.

En el otoño de 1940 la Marina de guerra alemana puso en servicio la «mina acústica». Actuaba por efecto del sonido o de la trepidación del buque que pasaba sobre ella. Los ingleses aplicaron inmediatamente medidas contra el nuevo artefacto. Los minadores lanzaban unas boyas sonoras que activaban el mecanismo submarino y las minas explotaban sin peligro para sus buques.

Ante estas circunstancias los alemanes trataron de combinar las características de los dos tipos: magnéticas y acústicas. Pero los ingleses lograron inutilizar este nuevo ingenio diabólico y perfeccionar los propios métodos con otros descubrimientos. Por su parte, también los alemanes examinaron muy pronto el complicado mecanismo de las minas británicas y montaron sus propios aparatos para desactivar los artefactos submarinos del enemigo. Sin embargo, la espiral del armamento se cerró con la mina de presión alemana, cuyo mecanismo de explosión se activaba con un simple remolino de agua producido por las hélices del barco que navegase sobre ella. Tras la capitulación alemana en 1945 se conoció el secreto de esta mina, la más efectiva en la historia de la guerra naval; hasta entonces no se pudo analizar convenientemente y con resultados prácticos su mecanismo, a pesar de que algunos ejemplares habían caído en manos del Este y del Oeste. Y, por el momento, aún no se ha logrado crear ningún medio de defensa contra tales ingenios. □



247

En el plano de botadura. Con ayuda del tractor y del vagón flotante, el hidroavión, que lleva flotadores en vez de tren de aterrizaje, es depositado en el agua desde el plano de botadura, recorriendo a la inversa el mismo camino después del vuelo.



248

Hidroaviones de combate de varias plazas. Las fuerzas aéreas de la Marina se distribuyen de acuerdo con las secciones existentes en la Aviación para tierra: aviones de reconocimiento, de combate y de caza.



249

Hidroavión de reconocimiento. Una de las misiones más importantes, tanto para las escuadrillas costeras como para las formaciones de vuelo, es el reconocimiento continuo del mar y de las costas enemigas. Su cumplimiento resulta tan útil a la Aviación como a la Marina de guerra.



250

Hidroavión de a bordo. Todos los grandes buques de guerra poseen sus propios hidroaviones, que con su servicio de observación proporcionan los datos para el gobierno del buque y de la formación. Despegan por catapulta y son izados a bordo mediante grúas.



251

Formaciones en cuña. El vuelo en formación no sólo es la escuela indispensable para la entrada en acción de los aviadores, sino que es también un instrumento valioso para la educación en la disciplina aérea.



252

Catapulta y grúa. El despegue por catapulta requiere un entrenamiento especial de los aviadores en las escuelas de hidroaviones. Con ayuda de la grúa se iza a bordo el hidroavión y se le coloca para ser de nuevo catapultado.

También los aviones podían utilizarse para el lanzamiento de las minas marinas. Pero la «Luftwaffe» no estaba dispuesta a emplear con este fin sus bombarderos: un caso de falta de compenetración entre las diversas armas de la «Wehrmacht». El Mando naval se vio obligado, por tanto, a conformarse con sus propios aparatos. Pero con los efectivos aéreos de la Armada no se podía llegar muy lejos. Únicamente los hidroaviones del tipo «He 59» (ver las ilustraciones tomadas de un álbum de cromos de cigarrillos) podían prestar ese servicio.

Aparte de las RMA, los alemanes crearon en los años treinta otros dos tipos de minas de profundidad. En primer lugar las TMB. Este tipo de cargas explosivas podían ser disparadas desde los mismos tubos lanzatorpedos de los submarinos. Otro modelo eran las LMA, que se lanzaban desde aviones. Mediante un paracaídas, el artefacto podía establecer contacto con la superficie marina sin gran violencia.

Con todos estos efectivos, los alemanes podían estar seguros de poseer, en 1939, un arma secreta que no hubiera podido suplirse con las minas convencionales. Al estallar la guerra se acumulaban en los depósitos de la Marina más de mil minas de profundidad de diversos tipos. Sin embargo, la producción mensual era ridícula y por ello no se logró recurrir a este medio de un modo masivo.

El Mando naval alemán, por otra parte, no había contado con tener que hacer la guerra a Gran Bretaña.

Las minas magnéticas eran en realidad un invento británico. En 1918 la Royal Navy contaba con unos 500 ejemplares. La XX Flotilla de destructores se había ocupado en depositar los «huevos infernales» ante las costas de Flandes. Pero las minas inglesas tenían su punto flaco. En lugar de detonar cuando un buque se encontraba exactamente sobre ellas, explotaban antes de que llegara el objetivo o cuando ya había pasado.

Un comando especializado de la Marina imperial, con base en Kiel, puso manos a la obra y logró mejorar el artefacto. Bastó aplicar a las minas un detonador magnético de torpedo. En 1930 la Marina del Reich contaba ya con las primeras 50 minas de profundidad, ocultas en un depósito secreto de la Armada.

A bordo del destructor *Erich Giese*, cinco o seis hombres procedían al montaje de una rampa de deslizamiento. Cuando la mina número 61 se hundió en las aguas, estalló como un potente trueno y brilló la zona con luces rojizas y amarillentas. El destructor dio unos bandazos. Medio Norfolk despertó de su sueño. Algunos reflectores lanzaron sus destellos desde tierra y recorrieron el cielo en busca de algún avión.

«¡Condenado Jerry!» Aquello había resultado bien y merecía la pena que se repitiese. A las 2,36 se produjo una nueva explosión. Había subido del fondo otra mina EMC. La campana de alerta del buque faro *Haisborough* repicó agitadamente. Ningún inglés podía sospechar que los alemanes se encontraban casi en el paseo de la playa y que se disponían a marcharse.

A bordo del *Erich Giese* la tripulación lanzaba las últimas minas por la popa con voces de estímulo: «¡Aprisa, mu-

chachos!». Inmediatamente después el destructor levaba anclas.
De pronto dos lanchas británicas se aproximaron a las unidades alemanas. Antes de que los ingleses pudiesen darse cuenta de la identidad de aquellos que tenían ante sus narices, el comandante del *Erich Giese*, capitán de corbeta Smidt, ordenó abrir fuego. El oficial de torpedos, teniente Kray, disparó una andanada de cuatro. Por tercera vez se oyó en la noche el estampido de los proyectiles. Una columna de fuego se elevó hacia el cielo. Había sido alcanzado el destructor *Jersey*, en servicio desde el mes de abril. El Almirantazgo británico pensó que había sido torpedeado por submarinos alemanes. El Lord de la Marina inglesa no podía siquiera imaginar que destructores alemanes hubiesen logrado aproximarse tanto a las costas británicas.
Hacia el mediodía, las unidades germanas entraban de nuevo en el puerto de Wilhelmshaven.

El Mando naval rebosa de alegría

A lo largo de las interminables y oscuras noches de luna nueva del primer invierno de la guerra, los destructores alemanes penetraron cuatro veces en el estuario del Támesis, otras tres en la zona marítima de Cromer y otras dos en la desembocadura del Humber y el River Tyne, no lejos de Newcastle. 288 minas de inmersión quedaron sembradas en los canales Sur, Edimburgo y Sunk. Los buques alemanes regresaban a puerto incólumes y sin baja alguna que lamentar en las distintas operaciones. Esos éxitos entusiasmaron al Mando naval. Había que enviar sin tardanza a los ingleses las 120 minas restantes y colocárselas en la misma puerta de casa.
El 20 de noviembre de 1939, por la noche, levantaron el vuelo hacia las costas inglesas nueve hidroaviones del tipo *He 59*, de la Escuadrilla costera 906, con la misión de colocar las primeras minas en el estuario del Támesis. Sin embargo sólo cuatro aparatos alcanzaron el objetivo. El resto se desvió como consecuencia de una falsa orientación del vuelo. Esos *Heinkels* eran modelos vetustos. Muy poco adecuados para misiones de exploración y excesivamente débiles para colocar minas desde el aire. Un *He 59* solamente pudo instalar dos de ellas. Frente a la capacidad de transporte de un destructor, que llevaba hasta 76, el empleo de hidroaviones no justificaba ni el gasto de combustible. Göring tenía razón cuando decía: «Cuando contemos con 5000 minas magnéticas, emplearemos a fondo la Aviación».
Para el Mando naval eso era una pura utopía. En definitiva, los pilotos tuvieron que limitarse a depositar en la primera noche de operaciones tan sólo 7 de las minas dispuestas. En la segunda, otras 10. Y en la tercera, 24, todas ellas distribuidas entre el Támesis y el mar del Norte, no lejos de Harwich.
22 de noviembre de 1939, hacia las 22 horas. Por la orilla norte del estuario del Támesis, cerca de Shoeburyness, los «Tommys» de la guardia costera captaron la presencia de un *He 59* que trazaba círculos sobre las aguas como si no supiese exactamente qué rumbo debía tomar. Se abrieron dos paracaídas, y podían apreciarse debajo de ellos algunas bolas negras. Las minas cayeron, pero no en el agua más profunda sino en las marismas. A medianoche, la marea hizo que el agua se retirase y las minas, arma secreta alemana, quedaron al descubierto.
La misma noche llegaron al lugar dos oficiales de la Marina británica especializados en la materia: los tenientes Ouvry y Lewis. Por la tarde del 23 de noviembre los dos «huevos de Jerry» fueron trasladados a tierra, una vez desactivados, y se los sometió a un atento examen.
Al fin el misterio de las minas magnéticas alemanas quedaba desvelado. Así, muy pronto las minas de profundidad perdieron toda su capacidad terrorífica. Resultaba bastante fácil desconectar el mecanismo magnético de minas y torpedos. Bastaba con instalar en torno al buque una protección antimagnética a base de un cable conductor por el que pasase energía eléctrica. Eso era todo.
En la noche del 22 de febrero se produjo un incidente que dio al traste con las operaciones de minado de los destructores alemanes. Seis unidades abandonaron Wilhelmshaven con un objetivo: apoderarse de los buques vigías en la zona marítima de los bancos de Dogger. La operación recibió el nombre de «Vikingo». Ese acto de piratería, que se preveía casi como una tarea sin importancia alguna, tuvo un final prematuro cuando apareció en el cielo un bombardero alemán del tipo *He 111*. La dotación del aparato no sabía a quién tenía bajo sus alas. Arrojó sus cargas explosivas y desapareció. Los destructores *Leberecht Maass* y *Max Schultz* resultaron alcanzados y se hundieron.
La catástrofe del 22 de febrero de 1940 sirvió, por lo pronto, para que el Mando naval no volviese a enviar al mar del Norte a más destructores. Con ello finalizaban también las operaciones de minado de las costas inglesas. □





Un destructor rumbo a su zona de operaciones. En cubierta, las minas alineadas sobre raíles.



El destructor «Erich Giese» (arriba) depositó, en la noche del 7 de diciembre de 1939, 76 minas ante la bahía de Cromer, en la costa oriental inglesa. Entre los buques de guerra ingleses que fueron alcanzados por ellas se encontraban el crucero «Belfast» (centro) y el navío de guerra «Nelson» (abajo). Sin embargo, las pérdidas fueron mucho mayores entre los barcos mercantes. Churchill dijo a este respecto: «El Almirantazgo no conoce aún en todo su alcance estas pérdidas tan terribles ocasionadas por las minas submarinas. Repentinamente ha aparecido este peligro tan serio que amenaza con cercenar nuestro nervio vital».



EL BERGHOF DEL "FÜHRER"

Karlludwig Opitz

En realidad Hitler tan sólo pretendía tener una pequeña casa en la montaña. Pero apareció Bormann y construyó toda una ciudad. Hitler terminó por hacer suyo el proyecto. Aquél podía ser un buen ambiente para lo que él deseaba representar.

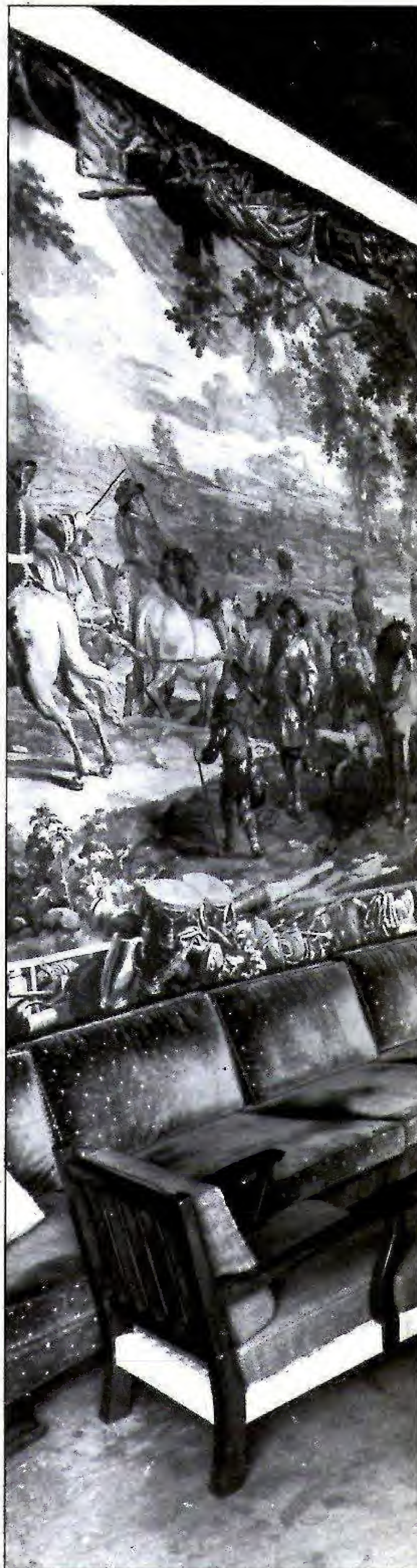
El 1 de agosto de 1860 se concluyó el tramo ferroviario Rosenheim-Traunstein-Salzburgo. El arzobispo de Munich bendijo las locomotoras bávaras, se celebró una cena de gala en el Palacio de Cristal muniqués y en el Hoftheater tuvo lugar una sesión especial. En 1880 la línea del ferrocarril se amplió hasta enlazar con Bad Reichenhall-Berchtesgaden. Con ello se abría para el mercado de esta última localidad una «puerta al mundo».

«La casa de los Wittelsbach se estableció en Berchtesgaden y, como ya antes habían hecho otros príncipes alemanes, sus miembros eligieron esta zona como campiña de recreo, de partidas de caza y descanso veraniego», se dice en la crónica local. «El comercio y los intercambios florecieron y los primeros alojamientos de montaña comenzaron a recomendarse a quienes buscaban un poco de paz.»

También en el Obersalzberg se construyó uno de estos albergues: la pensión Moritz, que luego cambiaría su nombre por el de Platterhof. El consejero von Linde compró en el Obersalzberg el patrimonio forestal y creó el parque natural de Oberbaumgart y la pensión Antenberg. El consejero comercial Stöhr, por su parte, y el director general Rosterg-Kassel se establecieron igualmente en sus respectivas casas alpinas construidas en la montaña. Terina, cantante de obras de Wagner; el fabricante de pianos Bechstein; el director de la factoría Wacker, de Burghausen, la condesa Rüxleben, hicieron otro tanto. El médico doctor Seitz creó un sanatorio infantil, y el consejero Winter, de Buxtehude, levantó la Haus Wachenfeld. El grandioso panorama del Obersalzberg, a los pies del Hohen Göll y del Kehlstein, se convirtió así en pradera de la gente fina.

Tras el golpe, el 9 de noviembre de 1923, Hitler huyó en busca de cobijo a casa de los Bechstein, en el Obersalzberg, pues pertenecían al círculo de sus incondicionales. Cuando dejó la prisión de Landsberg, en las Navidades de 1924, Hitler volvió a la montaña. Hasta la primavera permaneció en una cabaña del Platterhof: allí redactó «Mein Kampf». Le agradaba el paisaje, pero también el ambiente en que podía vivir. Sus protectores le permitieron adquirir la Haus Wachenfeld. Una casa bonita aunque modesta, con un gran cuarto de estar, terraza y cocina en la planta baja, además de tres habitaciones en el piso superior. Como propietario nominal figuró en un principio su hermanastra Angela Raubal, de quien él recibió en arriendo la casa, hasta que, en 1927, se realizó la escritura de compra. El arquitecto Degano construyó todavía una nueva terraza y otras piezas menores, pero la vivienda conservó hasta el final su estilo alpino.

Cuando Hitler se convirtió en 1933 en canciller del Reich, aumentó el servicio, para cumplir adecuadamente con el número cada vez mayor de visitantes. Éstos abarrotaban las pensiones y hoteles. Miles de «camaradas del pueblo» peregrinaban hasta la Haus Wachenfeld durante el verano con el deseo de ver a Hitler. Los SS vivían en barracones. Rudolf Hess se comprometió a «crear orden» en aquel maremágnum vera-





niego y encomendó parte del plan a su secretario Martin Bormann.
Bormann compró terreno en torno a la Haus Wachenfeld, hasta contar con 9 kilómetros cuadrados, de los que más de 800 ha. correspondían a bosque y otras 80 ha. a terrenos de cultivo. Así pasó a ser propiedad de Hitler desde la «montaña del *Führer*», a casi 1900 metros de altura, hasta el valle, a 600 m sobre el nivel del mar. Bormann, ajeno a toda sensibilidad para la belleza natural, degradó el paisaje de la montaña con una red de carreteras asfaltadas. Hitler, por su parte, hizo traer a su arquitecto Albert Speer paneles y cartabones y trazó él mismo los planos, dibujó los bocetos y decidió el alzado de su casa de campo con la meticulosidad de un experto.
Bajo la supervisión del arquitecto muniqués R. Fick, la vieja casa cambió de aspecto conservando, no obstante, su antigua personalidad.

Monólogo en la casa de té

«Las dos salas estaban unidas por una gran abertura, nada práctica en casos de recepciones oficiales», cuenta Speer. «Quienes acompañaban a los visitantes tenían que conformarse con permanecer en una salita poco acogedora que al tiempo era paso obligado para los servicios, la escalera de la casa y el gran comedor... En estas recepciones de Hitler sus invitados ascendían al piso superior, donde se encontraba el comedor. Pero dado que la escalera por la que habían de subir conducía a su vez a las habitaciones de Hitler, los invitados se veían obligados a manifestar a la guardia apostada allí si se proponían subir al comedor o abandonar la casa.»
La famosa ventana de la sala de estar, famosa por sus dimensiones, permitía una hermosa vista sobre el Untersberg, Berchtesgaden y Salzburgo.
El Berghof contaba en total con 30 habitaciones. En el vestíbulo estaba la sala de estar con dos grupos de tapicería, sofás y varios sillones. El comedor tenía el techo y las paredes recubiertos de plancha de madera de alerce. Los sillones estaban repujados en cuero de color rojo claro. Las vajillas eran de color blanco sin adornos, y la cubertería de plata, con el anagrama de Hitler.
Las comidas eran austeras. Speer dice

Una vista del salón del Berghof. Hitler procuraba sentarse en uno de los cómodos sillones, mientras que sus invitados tenían que ocupar, «como gallinas en el palo del gallinero» (Speer), el largo sofá que aparece en la fotografía.







de ellas: «El menú consistía en una sopa a la usanza campesina, un plato de carne con verduras, dulces, agua Fachinger o vinos de mesa. Los hombres del *Leibstandarte* del *Führer* servían vestidos con chaquetilla blanca y pantalones negros. Tras la comida se levantaban los invitados y el anfitrión y, dando un breve paseo, se dirigían a la casa de té. El ceremonial se desarrollaba así: primero iniciaban la marcha algunos funcionarios del servicio de seguridad; seguía Hitler con sus interlocutores del momento; y, cerrando la comitiva, en caravana multicolor, los comensales más asiduos a la mesa del *Führer*».

En la casa de té se podía tomar de todo: té, café, chocolate; tartas, pasteles, dulces; luego, coñac. Hitler se recreaba en sus propios monólogos; a veces dormitaba sin dejar de hablar. Su séquito hablaba a media voz, confiando en que su anfitrión despertase a tiempo para la cena.

En la planta baja del Berghof se situaban también el cuerpo de guardia del *Leibstandarte* del *Führer*, otra habitación de estar para el personal, dos más para la ayudantía y la gran cocina. En el primer piso se encontraban la sala de estar, el despacho y el dormitorio de Hitler y de Eva Braun, tres estancias privadas más, cuatro para la guardia personal, cinco habitaciones para huéspedes, varios cuartos de baño y la vivienda del intendente de la casa.

En el segundo piso había varias habitaciones más para los invitados y el personal.

En el subsuelo de la planta baja, estaban el almacén de víveres y las calderas de la calefacción. Bormann hizo colocar una barrera de espino de dos metros de altura y tres kilómetros de longitud en torno al Berghof. También el exterior de los dominios del *Führer* fue protegido. En un trecho de 14 kilómetros a la redonda nadie podía tener perros ni gatos. Policías rurales y hombres del Servicio del Trabajo cumplían funciones de vigilancia. Poco después fueron relevados de esta función por el *Leibstandarte* del *Führer*.

Bormann construyó a diestro y siniestro: oficina de correos, jardines con invernaderos, casa para los chóferes oficiales, un garaje de 130 metros de longitud, una habitación para el personal con capacidad para 160 empleados, portón, cuartel para los SS, nave

La Haus Wachenfeld antes de su restauración (arriba). La casa de té del Kehlstein, famosa como «nido de águilas» (centro). El 25 de abril de 1945, las Fuerzas Aéreas norteamericanas bombardearon el Berghof. No quedó más que un campo de ruinas (abajo).

subterránea para tiro, edificios administrativos, bloque de viviendas, pensión Platterhof, viviendas para el personal de la pensión, cervecerías, terrazas, oficinas de mantenimiento, jardines de infancia, talleres con casa piloto para proyectos arquitectónicos, cuartel para el servicio de seguridad del Reich y la Gestapo (con los correspondientes calabozos); una casa para Hess (reconstrucción de otra antigua), otra para él mismo, el mesón Gutshof, un albergue para las Juventudes Hitlerianas, otra casa para Göring; una residencia para los invitados de la Cancillería del partido, la «cabaña Dietrich Eckart»; una carbonera con capacidad para 30.000 quintales; la casa de huéspedes Bechstein; la colonia Klaushöhe, la colonia Buchenhöhe, y, sobre el Kehlstein, la casa de té.

Hitler se sentía atónito, pero cada vez más impresionado por el culto fetichista que Bormann profesaba al hormigón. Recordando melancólicamente la antigua soledad en la montaña, diría el *Führer* «Cuando todo esto esté terminado, buscaré para mí un valle tranquilo y construiré en él una casa pequeña como la antigua».

Con el fin de mantener el silencio y el orden dentro del recinto se creó un cuerpo especial con miembros de la Gestapo y del Servicio de Seguridad del Reich. Su cuartel se levantó, no lejos del Berghof, en estilo campesino. Al tiempo comenzaron las obras del correspondiente acuartelamiento de los SS, dotado de patio de ejercicios, sala de tiro, bodega y los correspondientes edificios para las oficinas de administración y mantenimiento.

El dinero de Hitler no era suficiente

Las características del suelo, barro y roca, exigieron una amplia operación de movimiento de tierras antes de echar los cimientos. La pensión del Platterhof fue renovada para utilizarla como cancillería del partido. Se levantó el Gutshof de Obersalzberg. Se estableció una granja, con 60 u 80 caballos, 80 vacas y 100 cerdos, e incluso un lagar para producir zumos de frutas.

Entre los primeros proyectos tras la construcción de la Haus Wachenfeld y de su propia casa de campo, Bormann incluyó la casa de té en la cumbre del Kehlstein. Para llegar hasta ella se construyó una carretera con una pendiente de 1700 m y una longitud de 7 km, cortando las rocas y horadando túneles. Esa carretera, con muchas curvas, colgada literalmente sobre los barrancos de las montañas, terminaba en una especie de plataforma que servía de aparcamiento. Desde este lugar partía una galería de 130 m de longitud y 3 de altura, excavada en la montaña. El corredor iba a dar a una gran chimenea o boquete de 120 m de altura por el que se elevaba un ascensor. Así se llegaba a la casa de té, la Teehaus, colocada en una cima de 1834 metros de altitud. El coste total de esta obra ascendió a 30 millones de marcos. El presupuesto de construcción era enorme y superaba con creces las posibilidades económicas de Hitler. Bormann recurrió entonces, de repente, a una curiosa idea: la «campaña pro Adolf Hitler», dirigida a la industria alemana. Exigió a los empresarios acaudalados que se mostraran reconocidos al *Führer* aportando una contribución para los gastos. Junto con el fotógrafo de Hitler, Heinrich Hoffmann, y el ministro de Correos, Wilhelm Ohnesorge, recurrió a otro truco: hizo reconocer los derechos de autor del *Führer* en relación con su retrato... que aparecía en los sellos postales. Y como su rostro figuraba en todos los valores, Hitler cobró sus buenos marcos, acrecentados aún más con los derechos de autor del «Mein Kampf» y de otros cuadros, que también eran reproducidos. Hasta 1933 Hitler ya había ganado por derechos de autor del «Mein Kampf» un total de 1.232.335 marcos. Y todavía un capítulo más de ingresos: su participación, libre de impuestos, en los periódicos «Völkischer Beobachter» e «Illustrierter Beobachter». El viejo camarada de partido Fritz Reinhard, secretario de Estado en el Ministerio de Hacienda, había dispuesto lo que sigue: «Cualquier decisión en materia impositiva que signifique una obligación para el *Führer* en este sentido, debe considerarse como nula».

El Platterhof, en su día sencilla pensión de montaña, se transformó en un confortable hotel de 150 camas. El acondicionamiento interior fue realizado por el profesor Michaelis: mucho latón, alfombras muy anchas, cuadros con imágenes campesinas de las regiones alemanas. Bajo el sótano se instaló un bar y, por debajo, a ocho metros y excavada en la roca, la canalización.

En agosto de 1943 Bormann ordenó excavar en el Obersalzberg galerías para la renovación del aire y bunkers, y decidió que se construyeran refugios de hormigón armado.

Göring había decidido ya en 1941 construir su propio bunker en previsión de ataques aéreos. Tras conseguir Albert Speer que los jóvenes trabajadores de Obersalzberg fuesen enviados al servicio militar, en la zona no quedaban más que ingenieros, maestros, especialistas y gentes viejas e incapaces de ese trabajo rudo. No hubo más remedio que echar mano de inmigrantes checos e italianos y de una compañía de las SS especialista en la materia.

Lo primero que se excavó fue el Berghof y la casa de Bormann.

Un bunker con parquet

El plano del refugio se distribuía así: una entrada directa o una escalera conducirían desde el acceso, tan lejos como fuese posible, hasta llegar a un descansillo situado a unos 30 ó 50 metros. Luego se llegaría a una especie de tope, o de cierre, para atenuar las ondas expansivas de las explosiones. Detrás se situaban las esclusas de gas. A ambos lados de la galería se habían excavado varias cavernas en la roca viva. Las galerías, a su vez, tenían otros corredores subterráneos para los tubos de la ventilación, iluminación, conducciones de agua, cable de teléfono para 800 circuitos, desagües y calefacción de aire caliente.

En un principio se planificaron unos refugios normales, pero pronto se hicieron saber algunos deseos especiales. El servicio de seguridad exigió un lugar para instalar ametralladoras. Como las paredes calcáreas no eran muy adecuadas, pidieron que se recubrieran de madera y el suelo de parquet. Eva Braun, por su parte, solicitó un baño para ella sola; y el encargado de los perros, una gran jaula. Cocinas, instalación de aire acondicionado, salas de reuniones, despachos, cajas fuertes, habitaciones para los niños, baños y bunker para antiaéreos... todo esto terminó por construirse. Al final se habrían horadado 2775 m de refugio en galerías con 4120 m² de cavernas. Para los trabajadores y empleados del Obersalzberg se construyó en el campamento Antenberg un refugio antiaéreo de 385 m².

El 25 de abril de 1945, mientras los arquitectos disputaban aún sobre la decoración de las galerías y de las cavernas, sobre las vetas de la madera y la herrería de los muebles, ulularon a las 9,30 de la mañana las sirenas de alarma que anunciaban un ataque aéreo. Dos ataques con bombas de gran potencia bastaron para que la aviación americana destruyese aquella obra. Poco después llegaría una sección de zapadores con elementos suficientes para allanar el Obersalzberg. El campo de escombros terminó convertido en una planicie.

* * *

Andando el tiempo el antiguo cuartel de la Gestapo se ha restaurado y se llama hoy «Albergue del Turco». El Platterhof, también reconstruido, es un hotel para las Fuerzas Armadas norteamericanas. Y en la casa de té del Kehlstein los turistas pueden tomarse un café.



Dokumentar-
Biographie von
Hans Linder, Schriftsteller.

Romantische Irrwege!
des
Grössenwahnsinnigen herrlichen Führers:

Adolf Hitler















OBERSALZBERG 1936-1945

LA MONTAÑA SAGRADA

Un escritor de la región de Berchtesgaden, Hans Linder, nos envía su «Biografía documental» del «hombre-demonio» Adolf Hitler. Reproducimos la portada y un resumen del capítulo que dedica al Berghof, titulado «La montaña sagrada». En la portada el autor ha escrito el título «Los caminos románticos de la locura del insensato señor el 'Führer'».

Cuando el espectro del paro se cernía sobre todo el Reich, llegó un día en que también acudió de visita a la bella región de Berchtesgaden. Pero pronto apareció por allí el llamado «libertador» de este mal: el grandioso *Führer*, Adolf Hitler, que trajo a los hasta entonces cachazudos montañeses del Obersalzberg una inesperada riqueza. Antes de que llegara esa bendición de dinero, los insignificantes labradores del Obersalzberg y Untensalzberg acudían asiduamente a las minas de sal de Dünberg y de Berchtesgaden en busca de trabajo con el que mantener a sus familias de cualquier manera hasta que llegase la primavera, y desde esta estación hasta el otoño también sus mujeres e hijas, que habían quedado en casa, podían obtener algunos ingresos hospedando a veraneantes ocasionales, cosa que en los últimos años de constante desempleo se había vuelto cada vez más rara. Así se extrañaron no poco aquellos pobres montañeses, que no contaban más que con un par de vacas, cuando un día apareció por aquellos andurriales una larga columna de automóviles, modernos «Mercedes», cuyos viajeros llevaban la orden, impartida por Hitler, de comprar todo el Ober y el Untersalzberg, incluidos los propios habitantes. Los emisarios contaban con las máximas atribuciones imaginables que ellos, los labradores, no podían desaprovechar. A cada pequeño agricultor se le formularon ofertas increíbles por la cesión de sus cortas propiedades, de tal modo que difícilmente podían resistirse. Los nuevos propietarios del Obersalzberg, conocido por los naturales como «La montaña sagrada», tenían ya mano libre. Inmediatamente se pusieron al trabajo y en poco tiempo cambió tanto su fisonomía que apenas era reconocible.

En Berchtesgaden los jefes comarcales y locales tomaron sin consideración alguna un cuadernillo en las manos y procedieron a la tarea. Uno de los primeros en actuar fue el temido hijo de perra que era el jefe del distrito, Stredele. ¡Ay de cualquier paisano que se resistiese a sus órdenes! Pero, gracias a Dios, los tiranos no gobiernan mucho tiempo, como se demostró más tarde, tras la ocupación del Obersalzberg por los americanos.

Una vez comenzaron a realizarse los grandes proyectos trazados para la «Montaña sagrada», no sólo se urdieron en el curso de los años unas pésimas medidas para esta montaña de bonzos, sino que también se dio motivo de envidia. Allí se proyectaba dar la gran batalla al gigantesco espectro del desempleo. Así transcurrieron largos años de paz y la gente admiró el rápido descenso en el número de desocupados; el «grandioso *Führer*» fue venerado y cundió la admiración de su capacidad y de sus proyectos pacíficos. Lo que es justo debe quedar como justo: en pocos años había hecho algo y la economía tuvo un respiro de alivio. Pero desgraciadamente aquel sueño del «imperio milenario» no pasó de una quimera y los comienzos ni siquiera correspondieron al dicho popular: «Al principio existía la noche, el silencio y la paz». En esa paz no existía aún ninguna mala acción, ni un nombre, ni un «sepulturero», ni un campo de batalla, ni temor, ni dolor, ni muerte. Todo parecía como si la tierra hubiese conquistado nuevamente la paz absoluta con la aplicación de ideales paradisiacos... hasta que llegó el hombre-diablo llamado Adolf Hitler. Un día esos ideales se convirtieron en una loca pesadilla. El hombre llamado a ser corona de la creación, se vio sometido de la noche a la mañana al nuevo poderoso, que arrebató a todos su libre voluntad. Entretanto se aplicaban a la «Montaña sagrada» las medidas dictadas por el «*Führer* celestial» y sus bonzos. Las imágenes del Káiser y de los reyes y todos los recuerdos de la antigua monarquía desaparecieron de escuelas y despachos, convertidos en víctimas propiciatorias de ese petulante tiempo de opresión. En su lugar se colocó el retrato del *Führer*. El desafuero de la persecución de los judíos, que clamaba al cielo, como otros tantos, terminaría por asestarle un duro golpe en la cerviz. Como cabo degradado nueve veces debiera haber sabido que, hasta ahora, quien desafía a estos dos poderes, la Iglesia y los judíos, el incienso y el ajo, termina por caer.

Cuando aquella «obra de titanes» quedó dispuesta, la «Montaña sagrada» se abrió a las visitas. Como una antorcha circuló por la región la especie de que también se admitían curiosos. Verdaderas procesiones de fanáticos iban a terminar ante los muros, y esperaban día y noche a que apareciese el gran *Führer*, que a veces se dignaba con la mejor de sus sonrisas incluso a firmar autógrafos en ejemplares de la «postal del *Führer*». Tal generosidad cundió velozmente por todo el país y crecieron las incursiones de los fanáticos, hasta tal punto que la casa de Hitler tuvo que ser protegida para poder seguir siendo señor de aquellos sobones. Como símbolo de gratitud, los más estúpidos de esos fanáticos recogían, a título de recuerdo de viaje, trozos de madera de la antigua cerca del jardín, piedras de las que había pisado seguramente el *Führer* celestial. Por entonces todo quedaba ahí.

Pero en la vida del hombre no sólo hay días, meses y años hermosos. El hasta entonces tiempo apacible, en el que cada cual podía hacer lo suyo sin que se le molestara, había desaparecido de golpe: la invasión de Austria era ya un hecho incontrovertible. En las instalaciones de la «Montaña sagrada» se adoptaban las medidas oportunas. A la chita callando se duplicaron las guardias. Los cuarteles de las SS, con sus enormes «conejos gigantes», como les llamaban en el pueblo, recibieron otras funciones muy distintas a las que les competían en los pasados tiempos de paz: las mujeres se acostaban con esos reproductores para conseguir así «una descendencia sana y depurada».

Entretanto, en la patria las cosas pasaban de la raya en la ya «Desacralizada montaña». Los SS estacionados aún allí durante la «guerra relámpago» y los *Leibstandarte* del *Führer* vivían «como Dios en Francia», según la frase popular. Podían realizar sus caprichos y conducirse a su arbitrio, porque contaban de antemano con que la «guerra relámpago» se había perdido con gloria y esplendor. Una semana antes del avance de los americanos sobre la región de Berchtesgaden los *Leibstandarte* del *Führer* se emborrachaban día y noche con vino que tomaban a placer de las reservas acumuladas de caldos, champaña, coñacs franceses, y terminaron por destrozar lo que quedaba antes de su huida, para que nadie gozase lo que tuvieron ellos. Literalmente, cualquiera podía nadar en las grandes bodegas, cuyo suelo aparecía anegado por los mejores vinos extranjeros y los licores más caros, entre cascotes de botellas rotas. Eso ocurrió en un tiempo en el que el pueblo vivía con dificultad y no podía ni imaginar semejantes dispendios. Si hay justicia en el mundo esas tropelías no debían quedar sin venganza, tarde o temprano: afortunadamente las fuerzas de ocupación cumplieron esta función de vengadoras. Parecía que en aquel tiempo de fanatismo la humanidad se hubiese vuelto loca, pero las apariencias engañan. Del mismo modo que el pueblo llevó en triunfo a Cristo en medio de palmas y ramos y, sin embargo, lo crucificó casi acto seguido, así ocurrió también con el «nuevo dios celestial del Obersalzberg» con la única diferencia de que el Hijo de Dios verdadero subió al cielo, mientras que el segundo fue recogido por los demonios. Así terminó aquel espejismo de grandeza y sus caminos de locura con ribetes románticos. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Creta, isla griega en el Mediterráneo oriental (8374 km², con unos 390.000 habitantes en 1941). Después del ataque italiano a Grecia el 29-X-40 desembarcan en la isla fuerzas británicas del Ejército y del Aire. Los paracaidistas alemanes, no sin graves pérdidas, la conquistan desde el 20-V al 1-VI-1941 (véase «Mercurio»), conservándola hasta el 8-V-1945.

Crimea, península en la costa septentrional del mar Negro, perteneciente a la URSS; 26.000 km²; 1.100.000 h en 1939. Desde el 24-IX-1941 ataca el Ejército 11 alemán por el acceso norte de la península en Perekop, consiguiendo la rotura del frente el 27-X-41. Hasta el 1-VII-42 (conquista de Sebastópol) toda la península continúa en manos alemanas; desde el 8 al 12-V-1944 es evacuada con graves pérdidas, porque Hitler sólo aprobó la operación demasiado tarde.

Cromwell, carro de combate británico con seis versiones diferentes. Peso: 27,5 y 28 t; 600 caballos; velocidad: 52 y 64 km/h; autonomía: 265 km; dotación: 5 hombres; armamento: cañones de 50, 70, 75 y 95 mm. Prototipo: enero 1942. Acabado: enero 1943. Entrada en servicio: en 1944, en todos los batallones de reconocimiento de las divisiones acorazadas.

Crusader, carro de combate británico –Mark IV «Crusader»– en tres versiones. Peso: 18, 19 y 19,7 t; 340 y 345 caballos; velocidad: 43,5 km/h; autonomía: 160 km; dotación: 3-5 hombres; armamento: cañones de 40 y 57 mm. Se construyeron en total 5300 unidades. En 1939 comenzó la entrega.

Cunningham, Andrew Browne, vizconde Cunningham of Hyndhope (1946). Almirante británico of the Fleet (Gran Almirante) (21-I-1943). Nacido el 7-I-1883, en Dublín, muerto el 12-VI-1963, en Londres. De junio 1939 a octubre 1943, comandante supremo de la flota del Mediterráneo. El 15-X-1943 pasó a la reserva. Autor del libro «A Sailor's Odyssey» (1951).

Cunningham, sir John Henry Dacres. Almirante británico of the Fleet (Gran Almirante) (21-I-1948). Nacido el 13-IV-1886 en Demerara (Guayana Británica), muerto el 12-XII-1962 en Londres. Contraalmirante en 1936 y segundo comandante en jefe de la Royal Navy. 1938-41, comandante de la primera escuadra de cruceros. 1939 vicealmirante. El 1-IV-1941, cuarto Lord del Almirantazgo y jefe de la sección de Avituallamiento y transportes. 1943, comandante de la escuadra de Levante. De octubre 1943 a febrero de 1946, comandante supremo de la flota del Mediterráneo. 1-III-1946-1948, primer Lord del Almirantazgo y jefe del Estado Mayor de la Armada. Posteriormente abandonó la Marina.

Curtiss P-36, P-40, monoplaza de combate de la firma americana Curtiss-Wright. Desde 1938 la aviación militar francesa estuvo dotada con el *P-36* (indicativo para los modelos de exportación: *Curtiss H 75 Hawk*). El modelo siguiente, *P-40 Warhawk*, se creó en 1941, con ocasión de la entrada en guerra de los Estados Unidos, como único avión de caza americano, y se fabricó en gran número. Voló en la RAF bajo los nombres de *Tomahawk* y *Kittyhawk*. Aunque técnicamente no era tan satisfactorio como el británico *Spitfire* y el alemán *Me 109*, se construyeron, hasta 1944, 14.000 *P-40* en diversas versiones. La más conocida, el *P-40 N*, dotado con 4 ametralladoras del 12,7 mm. Contaba con dispositivos para 3 bombas de 227 kg. Velocidad máxima: 543 km/h.

Curzon, línea, límites orientales de Polonia (línea Grodno-Brest) propuesta por el ministro de Asuntos Exteriores británico, Lord Curzon, y reconocida por los Aliados el 8-XII-1919. Rechazada por Polonia. La línea fue demarcación germano-rusa el 17-IX-1939 y en 1945 base de la frontera ruso-polaca. Polonia fue compensada con la entrega de los territorios orientales alemanes.



Veintiocho países emplearon aviones Curtiss. He aquí un «P-40» con los distintivos de estos países.

CH

Chamberlain, Arthur Neville. Político inglés nacido en Birmingham el 18-III-1869, muerto en Reading el 9-XI-1940. Entre 1923 y 1937 tres veces ministro de Bienestar social y dos veces canciller del Tesoro. El 28-V-1937, primer ministro. Trató de lograr una distensión en Europa con su política de «appeasement». El 29-IX-1938 estampa su firma en el documento del Tratado de Munich sobre el futuro de los Sudetes, junto con Hitler, Mussolini y Daladier. El 3-IX-1939, Chamberlain declara la guerra a Alemania y forma un gabinete de emergencia. Dimite el 10-V-1940 y es sustituido por Churchill.

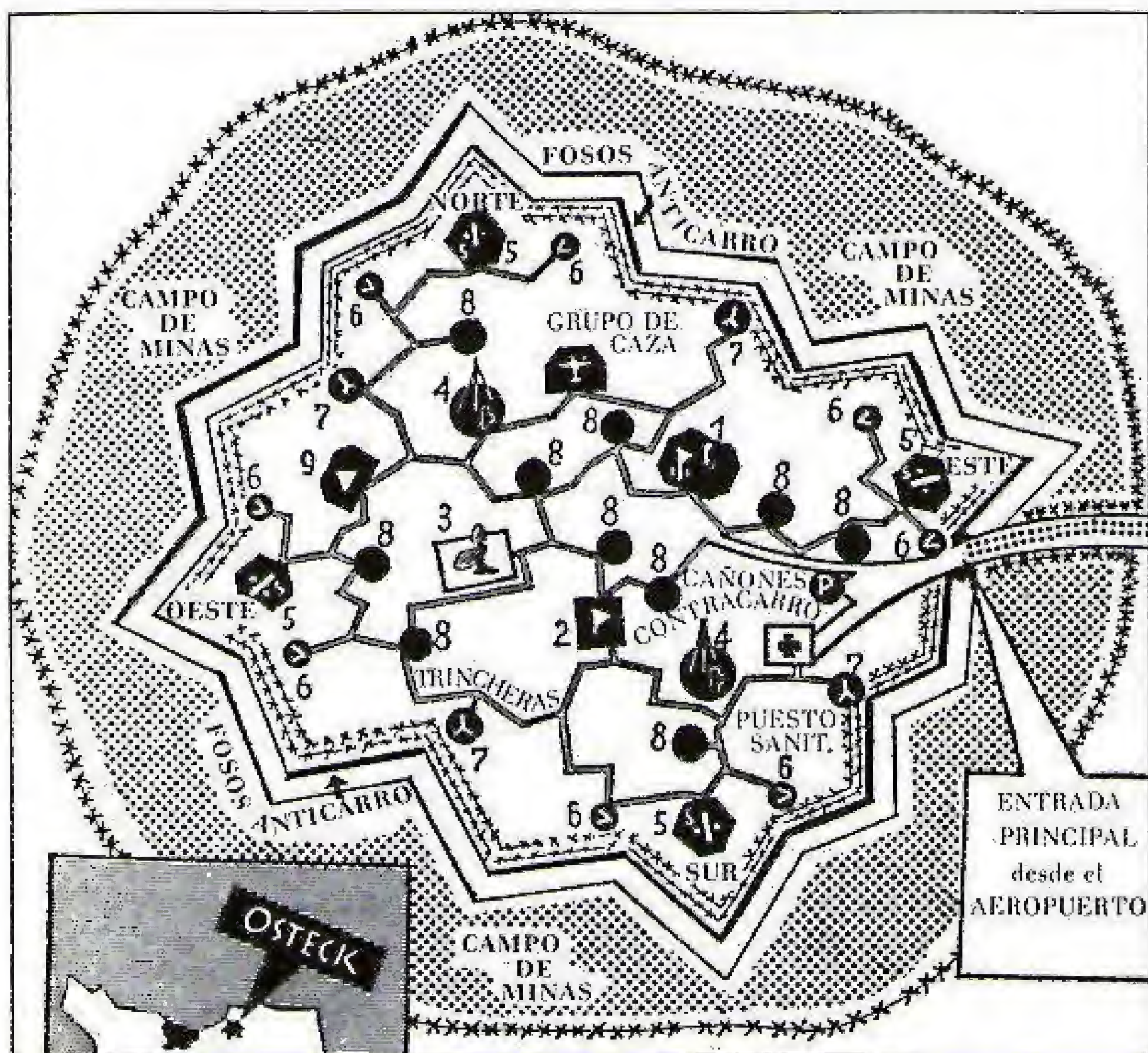
Charly, expresión utilizada por los soldados para referirse a los aviones de reconocimiento.

Checoslovaquia, Estado centroeuropeo constituido en 1918 como resultado de la unión de las provincias septentrionales del antiguo Imperio austrohúngaro. Habitaban en él 10 millones de checos y eslovacos, más 3 millones de alemanes en la zona occidental (Sudetes), y minorías húngaras, ucranianas y polacas. Tras el Pacto de Munich, Checoslovaquia perdió gran parte de su territorio. El 14-III-1939, Eslovaquia se declara independiente; 15-III, fuerzas alemanas marchan sobre Praga, ocupandc Bohemia y Moravia; 16-III, Hitler «acepta» el protectorado de Eslovaquia. A partir de ese momento se registran movimientos de resistencia que integrarán en enero de 1940 el Comité Central de Resistencia Interna (UVOD). En junio de 1941, Rusia entró en guerra junto a los Aliados y se apresuró a reconocer formalmente el Gobierno que el presidente Benes había constituido en el exilio londinense. El 10-VI-42 destrucción de Lidice por los alemanes, como represalia del atentado contra Heydrich. Desde el 29-VIII-44 insurrección eslovaca; hasta el 15-IX-44, duros combates contra los alemanes en Eslovaquia central; 29-X-44 fin de la resistencia organizada: el general Viest disuelve el Ejército eslovaco. Simultáneamente, del 8-IX-44 al 30-XI-44, ofensiva soviética en los Cárpatos. En la primera quincena de enero de 1945, el 4.°, el 1.° y el 2.° frentes ucra-



Dietrich von Choltitz

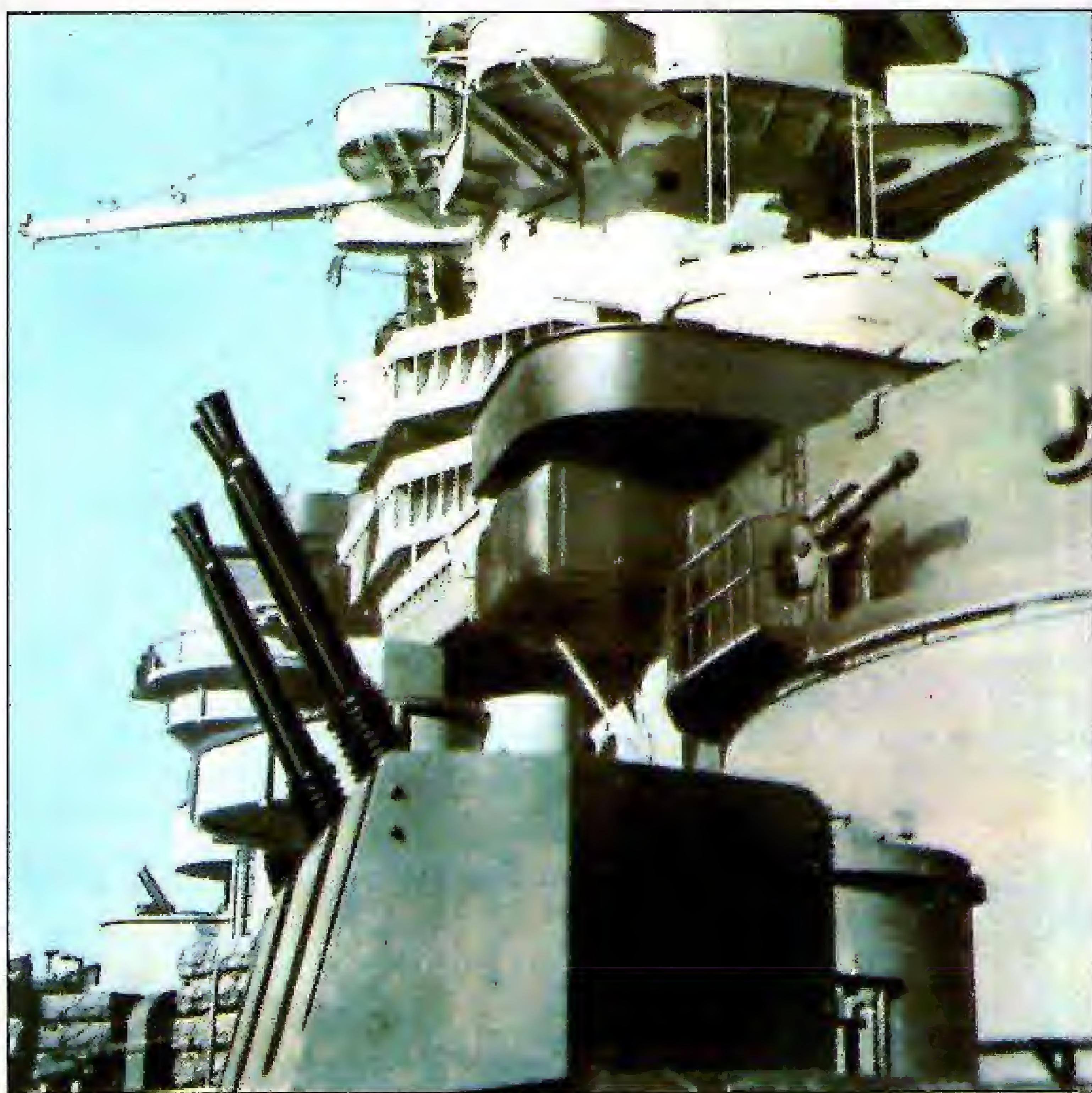
nianos iniciaron su ofensiva contra las fuerzas alemanas (Grupo de Ejércitos Centro) que operaban en Checoslovaquia. El 4-IV-45, el 2.° frente ucraniano conquista Bratislava, el 25-IV, cae Brno. El 5-V, tras la insurrección de Praga, los rusos lanzaron todo el peso de sus fuerzas sobre la ciudad. El 8-V-45 cae Olomouc. El 9-V-45, completado el cerco de Praga, el Ejército ruso finalizó su conquista alrededor de las 10 de la mañana prosiguiendo luego en su avance hacia el Oeste. El 10-V-1945 el primer frente ucraniano se reunió con el Ejército 3 americano a lo largo de la línea Chemnitz-Rockycany, mientras el flanco izquierdo del 2.° frente ucraniano alcanzaba la línea Pisek-Ceské Budejovice y se unía también a los Aliados. Cayeron prisioneros más de 858.000 soldados alemanes del Grupo de Ejércitos Centro.



Baluarte exterior «Osteck» de la fortaleza marítima de Cherburgo: 1. Bunker del periscopio. 2. Puesto de mando del comandante. 3. Instalaciones de radar. 4. Gabinete informativo. 5. Otros puestos de mando, formados en hexágono. 6. Troneras. 7. Lanzallamas. 8. Casamatas para la tropa. 9. Puesto de observación.

Cherburgo, uno de los puertos clave durante la segunda Guerra Mundial. Se encuentra situado en la península francesa de Cotentin y contaba entonces con unos 40.000 habitantes. Del 15 al 18-VI-1940 se produce la evacuación de 30.630 ingleses. El 18-VI ocupaba la ciudad la División acorazada 7 alemana, mandada por Rommel. El 18-VI-1944, los Aliados ponen cerco a Cherburgo. 21.000 soldados alemanes de las tres Armas, defienden la ciudad al mando del teniente general Karl-Wilhelm von Schlieben, hasta que al fin el baluarte se rinde el 30-VI al general Jack Collins, jefe del Cuerpo de Ejército VII norteamericano.

Chiang-Kai-Shek, general y político chino. Nació en Feng-hua (Che-Kiang) en 1887, murió el 5-IV-75.
Jefe del partido nacionalista, alcanzó el cargo de jefe del Estado en 1928. En diciembre de 1931 dejó la presidencia de la República, conservando el puesto de generalísimo de los ejércitos chinos. En 1938, elegido presidente del Kuomintang, continuó con empeño la lucha contra Japón, iniciada con motivo de la invasión nipona en julio de 1937 y que se prolongó durante la segunda Guerra Mundial, recibiendo ayuda inglesa y norteamericana. Durante la conflagración tuvo que enfrentarse con un grupo de disidentes comunistas que se adueñaron de Yenan. En 1943, Chiang-Kai-Shek, fue elegido presidente de la República y conservó el mando supremo de las F. A. y presidencia del Kuomintang. Concluida la segunda Guerra Mundial debió emprender la lucha contra divisiones comunistas. Tras una tregua en 1946 el conflicto continuó con mayor violencia hasta fines de 1949, en que los comunistas, dueños del país, proclamaron la República Popular China, y Chiang-Kai-Shek se vio obligado a abandonar China continental y establecerse en la isla de Formosa.



Torpedeado en Dakar: el acorazado «Richelieu». En la imagen, la torre y, en primer término, un conjunto de cuatro antiaéreos.

China, el país mayor y más poblado de Asia Oriental. Desde 1928 el Nordeste de China se convirtió en objetivo apetecido por el expansionismo japonés. En 1931 los nipones ocupan Manchuria. El 7-VII-1937 estalla la guerra chino-japonesa, cuya declaración formal se produciría el 9-XII-1941. Los invasores entran en Pekín por el puente de Marco Polo. Durante los años 1937 y 1938 Japón ocupa la mayoría de los puertos y ciudades importantes de China.
El gobierno de Chiang-Kai-Shek tuvo que trasladar la capital de Nanking a Wuhan y, posteriormente, a Chungking. Se produce una difícil situación cuando, tras el pacto de neutralidad ruso-japonés (13-IV-1941) se interrumpieron los envíos procedentes de la Unión Soviética. En diciembre de 1941 se pierde Hong-Kong. En 1942 queda interrumpido el tráfico por la pista de Birmania. En la zona de ocupación japonesa se forma un gobierno chino (30-III-1940) presidido por Wang Ching-Wei, con sede en Nanking. En Yenan se forma, a su vez, un gobierno comunista que entabla una guerra de guerrillas tras las líneas japonesas. A finales de 1945 los comunistas, dirigidos por Mao Tse-Tung, logran imponerse. En ese momento dominan ya un territorio con 100 millones de habitantes. Tras el fracaso de las negociaciones para la unidad, en 1945 y 1946, se produce en enero de 1947 una guerra civil abierta. El 31-I-1949, las tropas de Mao entran en Pekín.La táctica comunista se orienta hasta finales de 1949 a eliminar el resto de resistencia de los nacionalistas (unos 550.000 hombres). El resultado es su expulsión del continente y su establecimiento en la isla de Formosa.

Choltitz, Dietrich von, general alemán de infantería (1-VIII-1944). Nacido el 9-XI-1894 en Neustadt (Alta Silesia) y muerto el 4-XI-1966 en Baden-Baden. Ingresa en el Ejército en 1914. General de brigada el 1-IX-1942. Teniente general el 1-II-1943. Comandante de la División acorazada 11 el 5-III-1943. De junio a agosto de 1944, general en jefe del Cuerpo de Ejército LXXXIV. El 28-VIII-1944, comandante de las tropas de ocupación en el Gran París. Evitó con su inter-



Emilio de Bono

vención la destrucción de la capital de Francia, ordenada por Hitler, y entregó París a los Aliados. En 1949 publica «¿Arde París?»

Christbäume (árboles de Navidad). Calificativo popular para referirse a las señales luminosas que marcaban los objetivos para los bombarderos aliados. En marzo de 1942 los británicos alteraron su táctica, consistente en atacar objetivos aislados, y procedieron a bombardear amplias extensiones. En agosto de 1942 intervienen por primera vez cazas de exploración, cuya misión era indicar a los bombarderos dónde debían arrojar su carga. Para ello se valían de las señales luminosas a las que nos referimos. Este sistema supuso un perfeccionamiento de los métodos al uso en la guerra desde el aire.

Churchill, Winston, político británico. Nacido el 30-XI-1874, en Blenheim Palace (Oxfordshire), muere el 24-I-1965 en Londres. Dedicado a la política activa desde 1900, se mantuvo alejado de ella en la época de la subida de Hitler al poder (1929-1939), periodo en el que careció de influencia en la vida pública de su país. Insistentemente advirtió de los peligros que comportaba la ascensión del dictador alemán y rechazó duramente la política de apaciguamiento («appeasement») protagonizada por Chamberlain. Tras el estallido de la guerra en 1939, es nombrado primer Lord del Almirantazgo y, el 10-V-1940, sustituirá a Chamberlain como primer ministro. Forma un gabinete de guerra de «concentración nacional», con políticos de todos los partidos. Rechazó todas las ofertas de paz formuladas por los alemanes. A pesar de su acendrado anticomunismo se alió con los soviéticos tras el comienzo del ataque alemán a la URSS. Sin embargo no logró ver triunfar todas sus propuestas en las conferencias de Teherán y de



Winston Churchill

Yalta. Hacia el final de la guerra alertó inútilmente a Roosevelt contra el creciente influjo de Stalin. A pesar de sus éxitos políticos, perdió las primeras elecciones convocadas inmediatamente después de la guerra. De octubre de 1951 a abril de 1955 vuelve a desempeñar el puesto de primer ministro. En 1953 recibe el premio Nobel de Literatura.

Churchill, modelo de carro blindado inglés, construido en once versiones diferentes. Peso: 38,5 39, 40 y 50 t; 350 CV. Velocidad: 17,7-25 km/h; autonomía: 140-200 km. Dotación: 5 hombres. Armamento de la versión más moderna: cañones de 95 mm. A mediados de 1940 se presenta el primer modelo y en junio de 1941 comienza la entrega en serie. Se construyeron en total 5640 unidades. Entrada en servicio: agosto de 1942, en Dieppe. Se utiliza en la conquista del Norte de África y de Italia. Se le entrega a la URSS a partir de agosto de 1942.

D

Dachau, cabeza de partido en Baviera. Contaba en 1940 con unos 33.000 habitantes. En las afueras de la ciudad se encontraba uno de los primeros campos de concentración nazis, construido en 1933 por las SS para sus enemigos políticos. Hasta 1945 fueron a parar a él 200.000 personas procedentes de 24 países. Entre 1940 y 1945 murieron en él por lo menos 34.000 hombres. Durante la guerra se incorporaron 125 dependencias exteriores que prestaban mano de obra para la industria de armamento del sur de Alemania y Austria. El 24-IV-1945 el campo fue tomado por los norteamericanos.



En el campo de concentración de Dachau, grandes carteles exhortaban a los prisioneros al «mejoramiento» de sus condiciones. En el cartel se lee: Existe un camino hacia la libertad. Sus hitos se llaman: obediencia, laboriosidad, honradez, orden, limpieza, sobriedad, veracidad, sacrificio y amor a la patria.

Dakar, punto de atraque de la Flota francesa en el Senegal. El 8-VII-1940, el puerto es atacado por aparatos franceses torpederos procedentes del portaaviones *Hermes*. El navío *Richelieu*, en fase de construcción, resultó alcanzado. El 23-25-IX-1940, se produce la operación «Menace», con un intento de desembarco de tropas gaullistas con asistencia de artillería de unidades inglesas. La operación fracasó a causa de la resistencia de la Marina francesa.

Danubio, segundo río europeo por su longitud (2850 km). Durante la segunda Guerra Mundial fue la principal vía de transporte para las entregas rumanas de petróleo a Alemania. El 5-IV-1940 fracasó la operación inglesa de sabotaje para interceptar el río junto a la «Puerta de Hierro». La operación no fue posible tras la intervención del contraespionaje alemán. De 1942 a 1944 los buques alemanes llegaban al mar Negro a través del Danubio. Entre el 8/9-IV y 4/5-X-1944, los ingleses arrojaron desde el aire 1382 minas en sus aguas. Desde primeros de mayo hasta mitad de junio de 1944 se hundieron 39 barcos por efecto de las minas y otros 42 resultaron dañados.

Danzig, ciudad portuaria y comercial a orillas del Báltico. En 1940 contaba casi 260.000 habitantes. El 1-IX-1939, incorporación de la ciudad libre de Danzig al Reich alemán. Sufrió graves destrozos como consecuencia de los ataques aéreos de los ingleses y de los americanos el 11-VII-42 y el 9-X-43, así como también por las unidades del segundo Ejército de choque soviético, mandado por el general Fediuninski, que conquistó la ciudad el 30-III-1945. En total quedaron arrasadas 12.655 casas. Desde el final de la guerra, Danzig pertenece a la administración polaca. Su nombre actual es Gdansk.

Darlan, François, almirante y político francés. Nacido el 7-VIII-1881 en Nérac, murió el 24-XII-1942 en Argelia. 1939-40, comandante supremo de la Flota francesa. 1940, ministro de Comercio y de Marina en el régimen de Pétain. En febrero de 1941, vicepresidente del Consejo de ministros y designado sucesor de Pétain. Asumió al tiempo las carteras del Interior y de Asuntos Exteriores. Dimite en abril de 1942 y asume la jefatura de las Fuerzas Armadas francesas. Tras el desembarco aliado en el Norte de África decidió Darlan, el 10-XI-42, el alto el fuego. El 16-XI, fue depuesto de todos sus cargos. Fue asesinado en Argelia por un partidario de De Gaulle.

D-day (Día D), clave para designar la fecha del comienzo de las operaciones de los Aliados. Se aplica especialmente al día en que se inició la invasión del norte de Francia, el 6-VI-1944 (v. «Overlord»).

De Bono, Emilio, mariscal de Italia (16-XI-1935), nacido el 19-III-1866 en Cassano d'Adda y muerto el 11-I-1944 en Verona (fusilado por haber votado el 24/25-VII-1943 en el Gran Consejo Fascista contra Mussolini). En 1922 De Bono tomó parte en la gran marcha fascista sobre Roma. En 1918-1919 había tenido el mando del Cuerpo de Ejército IX italiano. En 1925 fue nombrado gobernador general de Libia; en 1929, ministro de Colonias. Desde abril de 1935 hasta noviembre del mismo año fue comandante en jefe del Ejército de África oriental, en la guerra abisinia. Comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur en junio/julio de 1940.

Una isla llamada Inglaterra: las leyes ocultas



Así imaginaba un dibujante inglés la invasión alemana de su país.

«Tenemos los hombres, tenemos los buques y tenemos el dinero». Esta declaración orgullosa era frecuente en boca de los ingleses en los años de tránsito del siglo XIX al XX. Separada del continente por el mar, armada con la mayor flota de la época y dueña de un vasto imperio ultramarino, Gran Bretaña parecía inexpugnable.

La isla del Reino Unido pertenecía desde luego a Europa, pero, gracias a su situación de aislamiento en medio del mar, se permitía el lujo de mantenerse distante de lo que ocurría en el continente, mientras no se tratase de una confrontación de fuerzas. Evitar tales hechos era uno de los objetivos de los ingleses, para lo que contaban con la ayuda inestimable de su ley no escrita en materia de política exterior. La asistencia de la flota constituía la segunda ley no escrita de la política militar y exterior de los británicos.

La primera y más arriesgada prueba de crédito se produjo a raíz de la Revolución francesa y de la subida al poder de Napoleón. Tales fenómenos significaron para el continente el desarrollo de un nuevo sistema de fuerzas, una de las cuales se estableció en la costa del Canal correspondiente al norte de Francia y Bélgica, como frente marítimo contra Inglaterra, y desde allí, en 1799 y 1800, planeó una invasión de la isla. Secundada por aliados distintos, según el momento, Inglaterra fomentó una verdadera guerra mundial contra Napoleón entre 1792 y 1815, con breves interrupciones. El conflicto duraría más de veinte años. El final llegó en 1815 cuando Napoleón, derrocado, fue a dar en la isla de Santa Elena, propiedad de la Corona británica. La victoria significó para Inglaterra acrecentar su papel de primera potencia industrial, comercial, económica y colonial en todo el mundo.

Cuando el nuevo Imperio alemán, creado en 1871, proyectó en los umbrales del siglo XIX la constitución de su propia flota, como medio de salir de sus fronteras, eligió el patrocinio británico en pro de una política conjunta de enfrentamiento a los intereses de Rusia y Francia. Con ello comenzaba a su vez una nueva época para la política naval, militar y exterior de Inglaterra. Frente al poderío continental alemán, que tan inepto se mostraba en los mares, Inglaterra buscaba un aliado en el antiguo rival de Francia y Rusia, mediante la oferta de condominios en África y en Asia remota y próxima. En los días de agosto de 1914, cuando el conflicto entre Alemania, Rusia y Francia ya había comenzado, el gobierno liberal del primer ministro Asquith, de por sí no excesivamente inclinado a la guerra, decidió entrar en la contienda antes de que fuese patente que los alemanes pretendían conquistar Francia tras cruzar Bélgica, con lo que terminarían por amenazar la costa del Canal.

Inglaterra hizo la primera Guerra Mundial de 1914-1918 en el mar, mediante el bloqueo desde lejos de la Flota militar alemana y de los puertos germanos. Ganó la guerra en el mar imponiendo a Europa continental un bloqueo hermético. En el país se impuso la teoría de que en lo sucesivo Inglaterra no podría hacer la guerra en solitario, cosa que representaría un número inmenso de víctimas humanas y de pérdidas económicas, sino únicamente con la alianza o la ayuda de los Estados Unidos.

Cuando en el continente se apreciaron signos de un nuevo resurgir alemán bajo la égida de Hitler, un resurgir muy similar en sus manifestaciones al de Napoleón y al del Káiser Guillermo II, Gran Bretaña reaccionó de acuerdo con las antiguas leyes que rigieron su política exterior.

La segunda Guerra Mundial trajo consigo no ya la amenaza por mar, sino también por el aire, después de que Hitler lograra someter toda la costa atlántica europea, desde el golfo de Vizcaya hasta el Cabo Norte. Gran Bretaña no tuvo más opción que lanzarse a una lucha de vida o muerte bajo la dirección de Churchill. Pero sólo consiguió sobrevivir gracias a la ayuda de los Estados Unidos y de la Unión Soviética... cuando ya se encontraba al borde de sus fuerzas. Las viejas leyes dejaron de tener valor absoluto en un mundo totalmente distinto con dos nuevas potencias mundiales.

Walter Görlitz 

ERICH WINHOLD

OPERACION "LEON MARINO"

En Alemania y en los paises ocupados se montaban a buen ritmo barcazas, gabarras, vapores para la navegación interior y vehículos de desembarco. En las costas francesas del Canal, fuerzas de choque y de la Marina realizaban constantes maniobras con vistas a una operación al otro lado del mar.



Las esperanzas de Hitler de que «Inglaterra entrase en razón» eran ilusorias. Cuando, al fin, no quedó más remedio que constatar este hecho, Hitler ordenó que se iniciasen los preparativos de la Operación «León Marino». Sin embargo, para el Mando militar alemán, cualquier tipo de operación de desembarco era una incógnita, por falta de experiencia en la materia. De ahí la dura controversia entre los tres Ejércitos.

En la tarde del 18 de junio de 1940 la BBC (British Broadcasting Corporation) transmitió un discurso que había pronunciado Winston Churchill días atrás en la Cámara de los Comunes. «Lo que el general Weygand ha llamado la batalla de Francia, ya ha pasado —oyeron decir a su premier los británicos—. Yo pienso que ahora comienza la batalla de Inglaterra... Todo el poder y el coraje del enemigo se concentrarán a no tardar sobre nosotros. Hitler sabe perfectamente que o nos aniquila en nuestro propio país o perderá la guerra...»

Por un momento pareció, efectivamente, que, la tormenta alemana amenazaba con envolver a Inglaterra: pocas horas después de este discurso radiado de Churchill, volaba hacia Londres por primera vez una formación aérea alemana —una escuadrilla compuesta por 9 bombarderos *He 111* del *KG* (Grupo de combate) 26. Todo parecía indicar que comenzaba un ataque, pero en realidad sólo se trataba de un ejercicio de orientación, por lo demás muy mal preparado. Ocho de los nueve aparatos enfilaron hacia la capital británica, casi como un suicidio, a una altura de 1400 metros. Tan sólo el bombardero de mando conservó la altura de 6000 metros fijada para la maniobra. Fue el único aparato que volvió a Alemania intacto. El resto, los otros ocho, fueron víctimas del fuego concentrado de los antiaéreos ingleses.

Tras este intermedio se recuperó la calma, la calma que precede a la tormenta. Esa sensación no fue exclusiva de los ingleses. Todo el mundo esperaba que la irrefrenable e increíble fuerza militar alemana, capaz de dominar en poco tiempo a Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, no iba a detenerse ahora ante el último de sus enemigos aún en pie: Inglaterra. ▷



Con un nerviosismo muy poco inglés, los británicos empezaron a prepararse para algo que desde hacía más de mil años no había conocido su país: desde tiempo inmemorial jamás habían tenido que combatir a un enemigo en el propio suelo.

Los ingleses estaban convencidos de que el enemigo llegaría por el aire. El éxito de las operaciones desarrolladas en Holanda y Bélgica por pequeñas unidades de paracaidistas alemanes revestía, en la imaginación de los británicos, unas dimensiones desproporcionadas. Los alemanes podían caer del cielo en cualquier momento y en cualquier lugar. Con la pretensión de desorientar al presunto atacante, los ingleses procuraron quitar o alterar las señales viarias y las placas indicadoras a la entrada de los pueblos.

El miedo a una invasión por el aire se manifestó de modos muy variados, pero lo que sí fue digno de consideración fue el efecto psicológico que produjo: si se hubiese tratado de una amenaza por mar, habrían sido los habitantes de la costa del Canal quienes se hubiesen sentido realmente heridos en sus sentimientos más íntimos. Pero un peligro que podía llegar de un cielo sereno, hizo que toda la población británica respondiese con una actitud de sacrificio.

«¿Y ahora qué?»

La disposición de ánimo era muy distinta en el otro frente. Hitler, el Mando Supremo de la *Wehrmacht* (OKW) y los Mandos supremos del Ejército (OKH) y la *Luftwaffe* (OKL), estaban sorprendidos en conjunto de los propios éxitos. Nadie había contado con la posibilidad de conquistar Francia en tan pocas semanas.

Dado el influjo muy probable de las experiencias vividas durante la primera Guerra Mundial, los objetivos de la Directiva número 6 (relativa al «Plan Amarillo», o sea, la campaña de Francia) eran muy limitados. En principio se debía conquistar, «si era posible, una gran parte de Holanda, Bélgica y Norte de Francia», con el fin de disponer de una base de operaciones adecuada para la guerra naval y aérea que se pretendía decidir contra Inglaterra. Los planes no iban mucho más allá. Se confiaba en ganar el primer ataque, pero no se esperaba más. Una guerra activa contra Inglaterra podría tener lugar, según el plan, como muy pronto en 1942 o 1943. Ni el Ejército ni la Aviación veían razones para alterar el plan... hasta que se presentó de pronto la ocasión sin haberla buscado. Alemania se hallaba en posesión, de modo inopinado, de toda la costa atlántica,







Así transcurrían los preparativos de la invasión:
(1) Los zapadores prueban la resistencia de los botes.
(2) Desembarco de un antiaéreo de 20 mm y 3 toneladas.
(3) Tropas de infantería en un transbordador.
(4) El uso de rampas acomodables, para facilitar la carga y descarga de material, también estaba previsto en la operación.
(5) Además de la flotilla de desembarco, la Marina concentró cientos de pequeños buques de guerra en el Canal.
(6) En las proximidades de la costa se dispusieron vehículos pontoneros. Entre los vehículos auxiliares se encontraban también lanchas de asalto de vanguardia, que no hubiesen resistido la menor marea.




2



4



desde el Cabo Norte hasta el golfo de Vizcaya. La pregunta inesperada era: «Y ahora, ¿qué hacemos?»

Sin embargo no habían imaginado que todo transcurriría tan rápidamente. Tras el armisticio con Francia cundió la impresión de que la guerra había terminado en victoria. El Ejército comenzó a desmovilizar numerosas divisiones, las raciones de café y los pares de medias de seda eran cada vez más abundantes, y estos y otros signos parecían indicar que estaba bien fundada la confianza de que, en cualquier instante, «estallaría la paz».

En esos momentos el propio Hitler confiaba en que Inglaterra ofreciera o pidiese la paz, tras la quiebra de Francia. Gran Bretaña parecía hallarse en una situación desesperada.

En este mismo sentido se expresó Hitler ante Mussolini cuando ambos se encontraron en Munich el 18 de junio. Según Hitler, el Imperio británico tendría también en el nuevo contexto histórico un carácter de «factor importante de equilibrio de fuerzas en el mundo», por lo que no era de desear su destrucción, que únicamente beneficiaría a otros.

Ni remota idea de invasión

Era realmente curioso, en los comienzos del verano de 1940, cómo los dos titanes de la época (el tercero, Stalin, se mantenía a la expectativa) se enfrentaban con los papeles cambiados: de un lado, Churchill, nombrado primer ministro en la hora de la necesidad extrema de un país azotado en todos sus frentes, pero resuelto a luchar hasta el último momento. Del otro lado, Hitler, vencedor glorioso en la cúspide de sus éxitos militares y de su poder armado, pero más dispuesto aún que lo que estaría después a sellar la paz con su último enemigo. Mientras Hitler alimentó la esperanza de que Inglaterra entrara en razones, ni tan siquiera se planteó la posibilidad de invadir la isla.

El único que trazó un plan fue el comandante supremo de la Armada, almirante Erich Raeder. Éste, seguramente el mejor estratega entre los jefes de los tres Ejércitos de la *Wehrmacht*, había planteado ya en noviembre de 1939 a un Estado Mayor especial de la Marina los problemas que llevaría consigo un desembarco en Inglaterra. Tenía la impresión de que esa posibilidad iba a ser real algún día y que los planes se encargarían a la Armada. Para entonces había que estar preparados. Cuando a mitad de mayo de 1940 se vislumbraba el sorprendente éxito final de la campaña de Francia, Raeder creyó que había llegado el momento de presentar a Hitler su plan.

Pero no porque pretendiera hacer una proposición en firme. Por el contrario, Raeder temía que el enorme éxito de la operación en Noruega a principios de año pudiese inducir a la *Wehrmacht* a realizar una escalada similar contra Inglaterra. El ataque a Noruega había tenido éxito gracias al factor sorpresa, pero también costó numerosas bajas a la Marina alemana. En el caso de Inglaterra debería ser el Ejército el que tomase la iniciativa. Si el almirante hubiese propuesto el plan en firme, la Armada difícilmente hubiera podido verse libre del compromiso en la invasión de Gran Bretaña. Por ello trató de hacerle ver a Hitler las dificultades de una operación semejante.

Entretanto, los «expertos», como Raeder solía llamar a los generales de Tierra, trataban de presentarle al *Führer* un verdadero juego malabar.

El gran almirante Raeder se decidió a exponer su punto de vista a Hitler el 21 de mayo de 1940, al mediodía. En privado, informó al *Führer* del resultado de las consideraciones a las que se había dedicado su Estado Mayor... y obtuvo el eco deseado: Hitler dispuso que no se adoptase ninguna medida preparatoria de la invasión.

Un mes después, el 20 de junio, el gran almirante Raeder habló una vez más sobre el tema, durante unas conversaciones militares. Entonces señaló que la superioridad de las Fuerzas del Aire constituía una suposición irreal, y que la *Luftwaffe* era aún muy inferior respecto de la Flota británica. Con esa perspectiva, una operación de desembarco no tendría el éxito deseado. Era imaginable que, sobre la base del informe de Raeder, y, más aún, de la pregunta «y ahora, ¿qué?», surgida tras el armisticio con Francia y colocada en un primer plano de actualidad, el Mando supremo de la *Wehrmacht* empezase, por primera vez, a plantearse la viabilidad de un desembarco en Inglaterra.

En una memoria del 30 de junio de 1940, el jefe de Estado Mayor de la *Wehrmacht*, general Jodl, declaraba que el desembarco sería únicamente el *último* recurso contra una Inglaterra *debilitada militarmente*, paralizada en lo económico e incapaz de acción en el aire... último recurso que no se aplicaría en tanto no fuese necesario.

Dos días después, el 2 de julio, el OKW decidió: «El *Führer* y comandante supremo de las Fuerzas Armadas ha dispuesto lo que sigue: En determinadas condiciones, entre las cuales la más importante es el logro de la prepotencia en el aire, *puede* plantearse la necesidad de un desembarco en Inglaterra. El momento para ello no se ha decidido. Deben realizarse sin embargo los preparativos oportunos».

Sin precedente histórico

Con ello se ponía en marcha lo que Raeder había temido: Hitler no estaba completamente decidido para una invasión, pero la creía posible. El gran almirante, a diferencia del *Führer* no contaba con una rendición fácil de Inglaterra; por el contrario, no le cabía duda alguna de que la orden de preparación de la maniobra iría inmediatamente seguida de otras que establecería la puesta en práctica del plan. Es decir, el período de preparación sería ridículamente corto, si se consideraban las exigencias enormes para una operación de estas características, para la cual no existían precedentes ni medios adecuados.

Las tropas alemanas no habían realizado jamás una operación de desembarco, tras cruzar el mar, en la que poder inspirar la que ya estaba en marcha. Tampoco existían los vehículos apropiados. Sólo quedaba el camino de la improvisación, y así se haría. Resulta sorprendente e increíble lo que se consiguió entonces en pocas semanas partiendo de la nada. En toda Alemania, Holanda, Bélgica, se recogieron las barcazas, vapores de navegación fluvial, gabarras, lanchas, etc. Todas estas embarcaciones pasaron a talleres, y en ellos se las reforzó, transformó y se las dotó de elementos especiales para el fin al que se iban a destinar. Al tiempo se seleccionaba al personal que habría de realizar la operación y se le daba una instrucción particular en materia de transporte de material y de tropas, maniobras en tierra, etc.

Como una impetuosa operación fluvial

En principio los generales del Ejército habían considerado inviable una operación de este cariz, hasta que el general Jodl expuso su fórmula en una nota del 12 de julio: «El desembarco debe revestir los caracteres de una impetuosa operación fluvial en un amplio frente...»

El paso de un río era una operación sobradamente conocida para el mando y pertenecía al abecedario de la estrategia. Podía, por tanto, planearse todo en el Estado Mayor del propio Ejército. 40 divisiones alemanas fuertemente armadas deberían enfrentarse a las 20 británicas que se suponía estaban acuarteladas en el sur de Inglaterra... El desembarco podría llevarse a cabo en siete puntos diferentes en un frente de más de 200 kilómetros, entre Dover y Bournemouth.

Hubo de transcurrir un tiempo hasta que se cayó en la cuenta de que ese planteamiento era puramente ilusorio, a la vista de lo limitado de los medios de transporte disponibles y de la imposibilidad de ocupar un sector marítimo tan amplio sin enfrentarse con la intacta y muy dotada Armada inglesa.

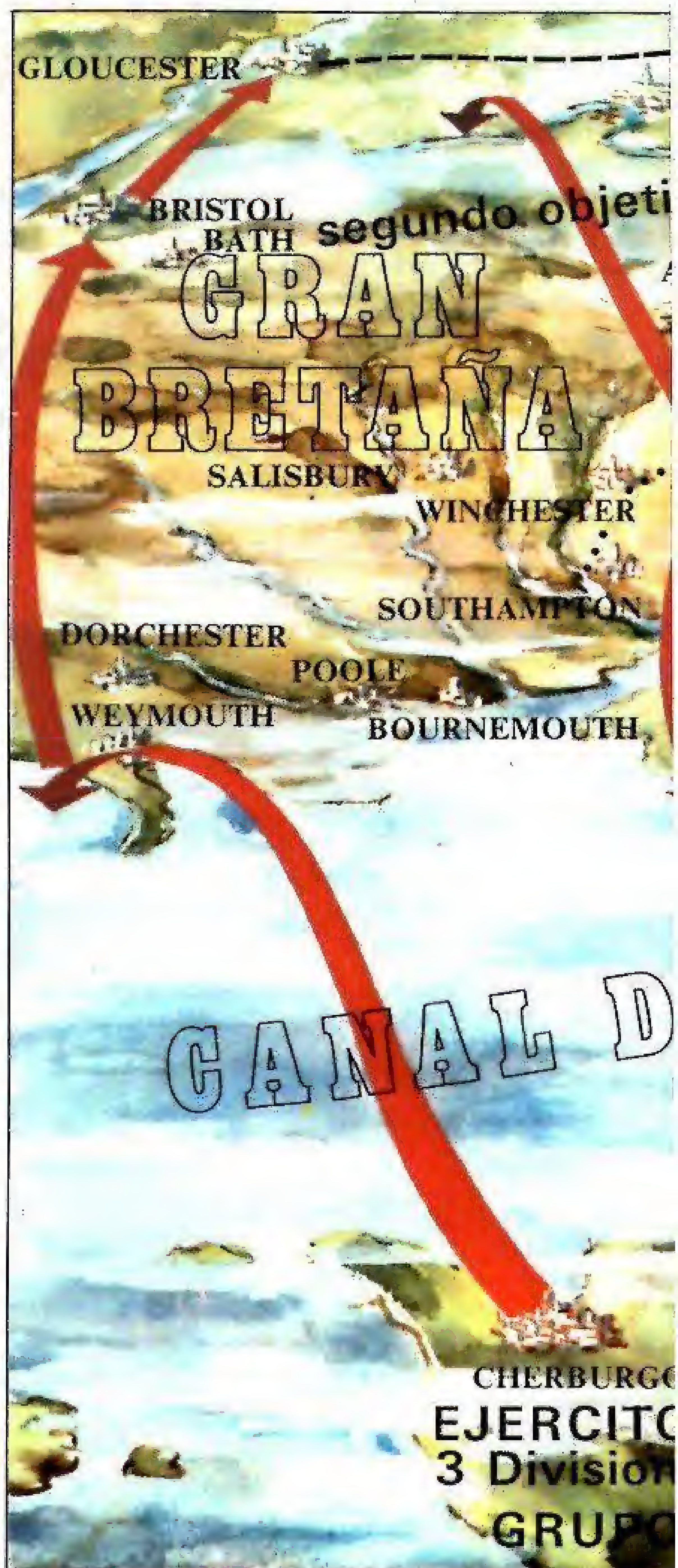
Entretanto, las esperanzas de Hitler en el sentido de lograr de Inglaterra una postura «razonable» habían caído en su punto más bajo. En su discurso ante el Reichstag, el 19 de julio, aún formuló con palabras veladas una nueva oferta de paz (léase capitulación). Tres días antes había anunciado su determinación, de «realizar una operación de desembarco contra Inglaterra», aunque, eso sí, con la condición expresa de que «fuese necesaria». La Directiva del *Führer* llevaba el número 16.

Los preparativos transcurrían a buen ritmo. El Mando naval, no obstante, presentó el 19 de julio un nuevo memorándum. Mientras en su memoria el general Jodl calificaba la operación bajo el nombre clave de «León», la Marina utilizaba el de «León Marino», que luego prevalecería. El acento de la Armada se colocaba en el «Marino». A lo largo de las 15 páginas del escrito, el Mando naval ofrecía un lúgubre recorrido por los peligros que acecharían a los alemanes cuando cruzaran el Canal con aquella flota de remolcadores y llegasen al tenebroso mar abierto.

Primero volar, luego nadar

Si el Mando naval había creído que Hitler iba a renunciar a la Operación «León Marino», a la vista del memorándum de la Armada, pronto se dio cuenta de su error. Por el contrario, Hiter impartió la Directiva número 17 (1-VIII-1940) en la que se ordenaba a la *Luftwaffe* que «con todos sus efectivos disponibles atacase lo antes posible a la Aviación inglesa». Al tiempo, el Mando supremo de la *Wehrmacht* fijaba en otra orden para el 15 septiembre la culminación de los preparativos para la operación. «Se cuenta con iniciar el gran ataque aéreo contra Inglaterra en un plazo de 8 a 14 días, como muy tarde; en consecuencia la operación se iniciará del 5 al 8», se diría más adelante. «A la vista del resultado, el *Führer* decidirá si la operación 'León Marino' se llevará a cabo o no este año».

Ahora todo dependía de la Aviación, que se había mantenido hasta el momento claramente al margen de los preparativos de la invasión e incluso se había mostrado desinteresada. La razón era el convencimiento de su comandante supremo, Göring, de que la *Luftwaffe,* tan pronto alcanzase su punto de





Entre los improvisados vehículos de desembarco también había lanchas patrulleras, como la de la imagen, que incluso con mar bonancible no habrían podido resistir la travesía del Canal.

CHELMSFORD
LUTON
SOUTHEND
XFORD
o operacional
ROCHESTER
MARGATE
READING
MALDSTONE
LONDRES
DERSHOT
CANTERBURY
GUILFORD
TUNBRIDGE WELLS
DEAL
BASINGTOKE
DOVER
OSTENDE
BELGICA
FOLKESTONE
GANTE
primer objetivo operacional
primera cabeza de puente
DUNKERQUE
RYE
HASTINGS
CALAIS
EJERCITO 16
6 Divisiones
PORTSMOUTH
WORTHING
EASTBOURNE
BOGNOR
BRIGHTON
LILLE
I.O.W.
BOULOGNE
E LA MANCHA
ABBREVILLE
GRUPO DE EJERCITOS A
DIEPPE
AMIENS
FRANCIA
EL HAVRE
RUAN
6
es
EJERCITO 9
4 Divisiones
DE EJERCITOS B
CAEN



EL PLAN "LEON MARINO"

El plan general de la Operación «León Marino», elaborado por el general *Feldmariscal* von Brauchitsch, había de llevarse a cabo del siguiente modo:

El Grupo de Ejércitos A (Rundstedt), con sus puertos de embarque al norte, debería trasladarse con sus seis divisiones a la franja comprendida entre Margate y Hastings. Cuatro divisiones operarían desde El Havre, y tocarían tierra británica en la bahía de Brighton e isla de Wight.

El Ejército 6 del Grupo de Ejércitos B tenía la misión de penetrar por la bahía de Lyme, al oeste de Portsmouth, tras haber partido de Cherburgo con tres divisiones. En el curso de la operación subsiguiente, el Grupo de Ejércitos A debería cercar Londres por el ala izquierda, cruzando el Támesis medio a la altura de Oxford, con el fin de unirse al Grupo de Ejércitos B que se supone, tendría que haber ocupado ya Bristol. Este plan fracasó tras las protestas del gran almirante Raeder. La Marina no contaba ni con los medios de transporte adecuados ni con las fuerzas de protección necesarias. Para el transporte a Inglaterra de las 13 divisiones se necesitarían por lo menos diez días. El altercado entre el Ejército y la Marina se contagió a la *Luftwaffe*. Pero Hitler decidió: El frente de la invasión no debe rebasar Brighton. La isla de Wight y Southampton deberán quedar a un lado. El Grupo de Ejércitos B solamente intervendrá en caso de necesidad.

máxima preparación, podría actuar contra los ingleses desde los nuevos puntos de operaciones establecidos en Holanda, Bélgica y norte de Francia. Göring contaba con aniquilar a los ingleses con «algunos golpes exterminadores en tres o cuatro días». Y todavía más: Göring se mostraba completamente convencido de que él y sus pilotos podrían conquistar Inglaterra sin necesidad del Ejército y de la Marina, por lo cual no precisaban de la Operación «León Marino».

Mientras la Aviación se preparaba para el gran ataque, proseguía el tira y afloja de la Armada y del Ejército sobre qué era necesario o no, posible o inviable. El Ejército había reducido aquellas 40 divisiones primeras a tan sólo 13; algo parecido ocurrió con el famoso frente de 200 km. La Marina, por su parte, mantenía que la zona costera, muy estrecha, entre Folkestone y Beachy Head (unos 70 kilómetros de anchura), era ideal para un desembarco, cosa que no aceptaba el Ejército. Los enfrentamientos subieron de tono. El 7 de agosto por la noche tuvo lugar una sesión de tres horas para solucionar esta diferencia de criterios, pero sólo se logró un grave altercado entre el general Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, y el almirante Schniewind, que desempeñaba la misma función en la Armada.

Girando en la máquina de embuchar

Habla el general Halder: «Rechazo con absoluta firmeza la propuesta de la Marina de que el desembarco se realice tan sólo en el estrecho margen de Folkestone a Beachy Head y me permito calificar esta operación de suicida para el Ejército. Esto sería como obligar a nuestras tropas a entrar en una máquina de embuchar».

El almirante Schniewind, con absoluta frialdad: «Por el mismo motivo el Mando naval rechaza la propuesta del Ejército de ampliar hasta Brighton el frente de desembarco. Esto no sólo sería un suicidio sino también el sacrificio de las tropas que desembarcasen».

Los dos tenían razón, pero olvidando la brillante capacidad para la estrategia que ambos poseían, se pusieron de acuerdo al fin en algo: dejar la decisión a alguien que, desde luego, conocía menos que ellos la materia: Hitler.

Éste decidió que continuasen los preparativos; en caso de necesidad, se operaría sobre el reducido espacio que proponía la Marina; si era posible, sobre el más amplio que propugnaba el Ejército. Eventualmente se podría realizar un solo desembarco en la bahía de Brighton, con vapores y sin refuerzos. Así se hizo. Los puertos dedicados al efecto se llenaron de miles de gabarras, barcazas, lanchones, pequeños y grandes vapores, cajas de municiones y bidones de combustible. Las oficinas del Ejército impartían toneladas de órdenes que sólo contribuían a dispersar esfuerzos, pero que al tiempo revelaban que aquel complicado conjunto de 2000 unidades flotantes jamás podría funcionar satisfactoriamente, con arreglo a lo deseado, ni siquiera en las condiciones más favorables.

El factor más importante, el dominio absoluto del aire, también se hacía esperar. Una y otra vez se aplazaba el «Día S», la fecha en que se pondría en marcha la operación «León Marino». Y no sólo eso: a mediados de septiembre la Royal Air Force no solamente no había sido aniquilada sino que incluso se permitía bombardear la flotilla de desembarco, casi ya a punto de quedar completada. Las pérdidas sufridas fueron tremendamente desagradables para el mando, hasta el punto de que el 19 de septiembre tuvo que ordenarse que se escondiera los barcos bajo tierra para limitar en lo posible nuevas pérdidas.

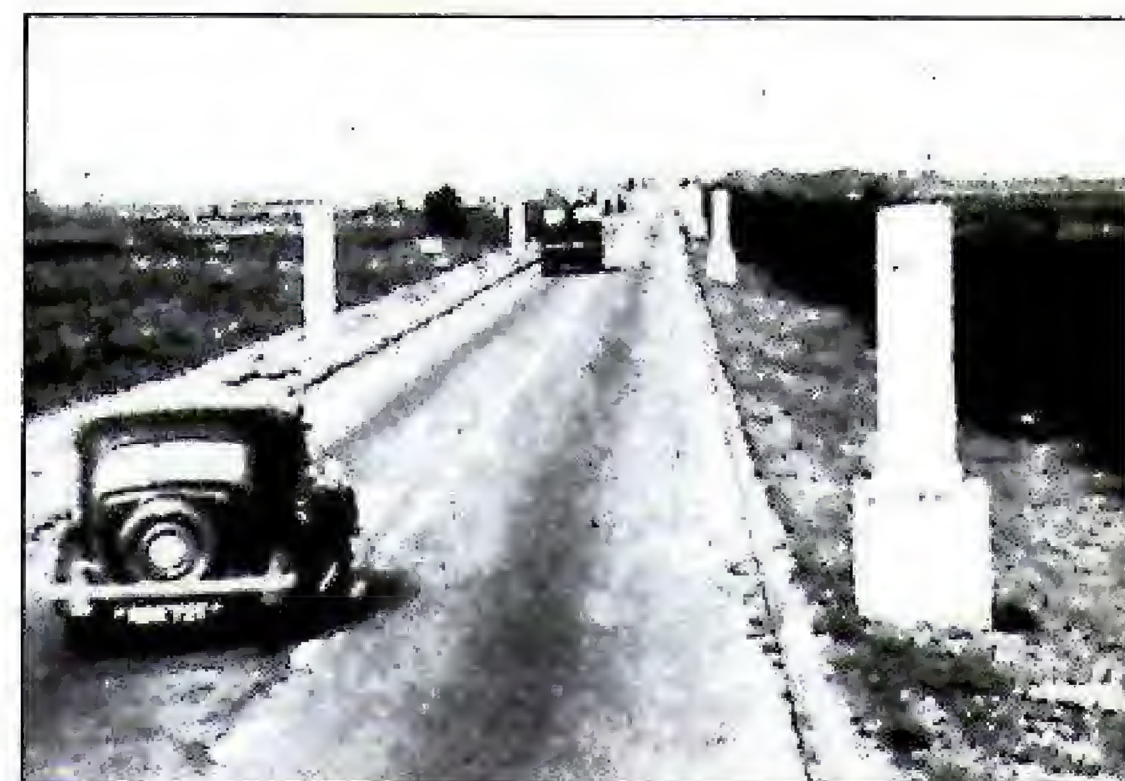
El «León Marino» moría poco a poco. Al Mando naval le resultaba claro desde hacía tiempo que su puesta en práctica era ya impensable. La operación fue aplazándose de un mes a otro. Mantener los preparativos al día era empresa tan dificultosa que hubiera sido un desastre si de repente se hubiese dado la orden de marcha.

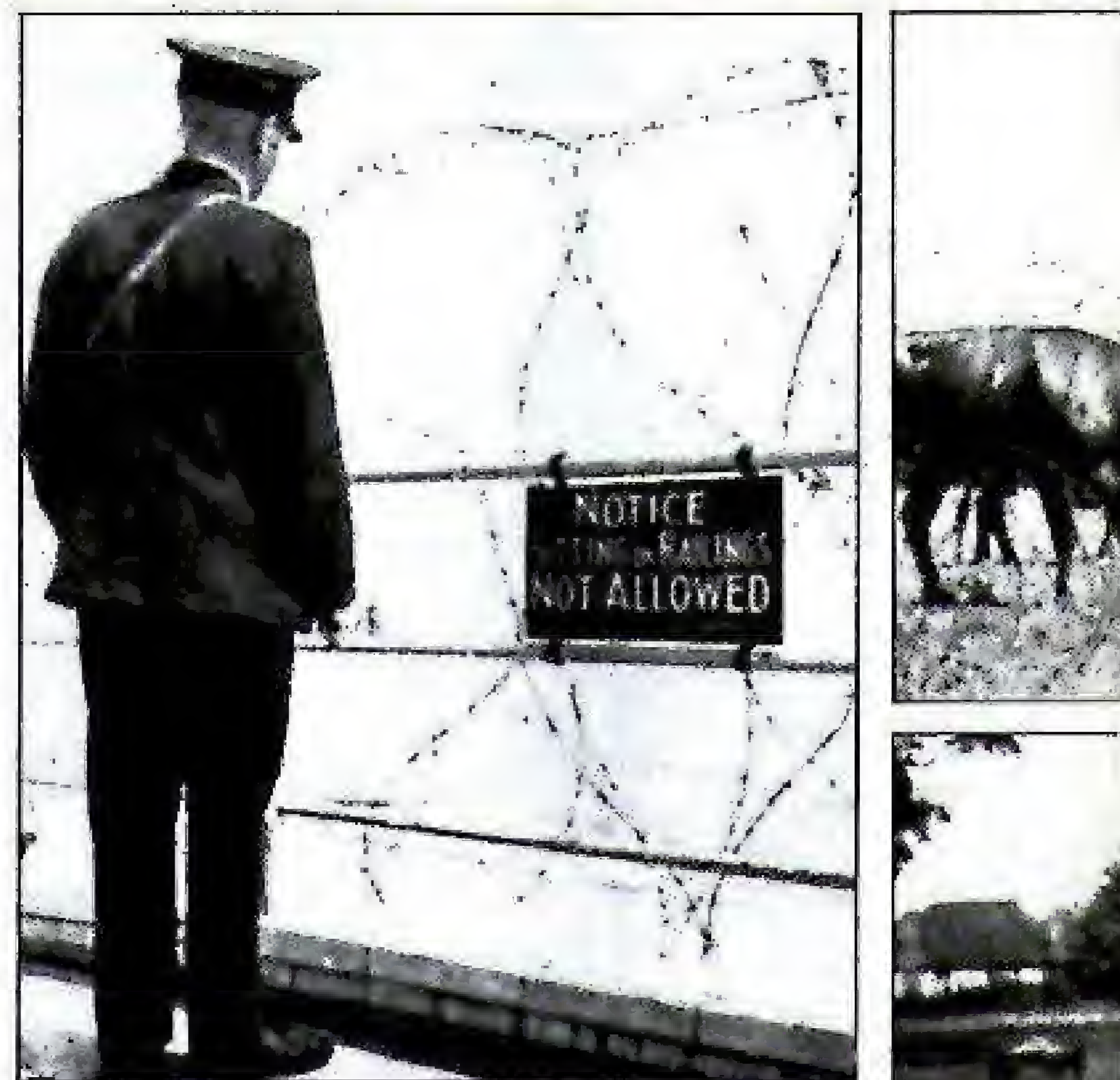
El 12 de octubre llegó la orden esperada que supuso un respiro, al menos para la Marina. El OKW comunicaba que «El *Führer* ha dispuesto que los preparativos para un desembarco en Inglaterra se considerasen sólo como un medio de presión contra Inglaterra». Con ello moría «León Marino». El gran almirante Raeder escribiría más tarde en sus Memorias: «Aquello fue una suerte: al fin no se llevaría a cabo el plan de invasión. Hubiera conducido irremisiblemente a sufrir un grave revés». Raeder se remite al comentar este plan a la experiencia de los Aliados con ocasión del desembarco en Normandía, en 1944, que, a pesar de una preparación de dos años, del dominio total en el mar y en el aire, de la dotación de armas modernas prácticamente ilimitada y una rica experiencia en desembarcos adquirida en el Pacífico, tuvo también su «momento crítico». «Una operación de desembarco de grandes proporciones no se puede improvisar», comenta Raeder. La observación es absolutamente correcta, pero no sin por ello dejar de contar sobre todo con que la situación de los Aliados en 1944 no se puede comparar sin más con la de la gran *Wehrmacht* alemana a principios de verano de 1940. □

Cómo

La batalla de Francia ha terminado; comienza la batalla de Inglaterra», anunció Churchill poco después de la evacuación de las tropas británicas estacionadas en Dunkerque. Tres semanas después, los alemanes estaban en París y él ordenaba que el crucero *HMS Emerald England* emprendiese rumbo a Canadá. A bordo iban 2230 cajas declaradas como de pescado. En realidad en ellas iba el oro del Banco de Inglaterra. En el crucero *Emerald* y en otro buque que partió más tarde, se sacó de la isla amenazada oro por valor de 1800 millones de libras esterlinas.

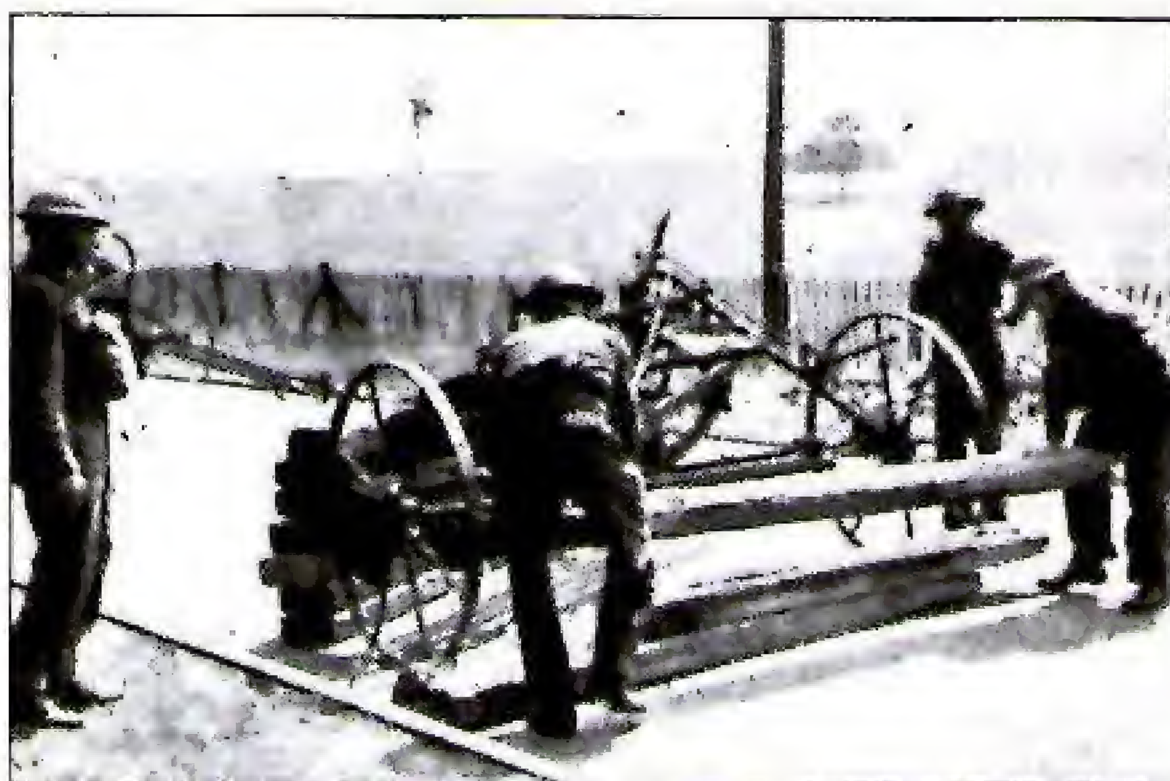
Un indicio seguro de que Churchill contaba con una invasión alemana, y al tiempo una muestra de su resolución de hacer la guerra contra los invasores,





se preparaban los ingleses para la invasión

guerra que incluso podría continuar desde Canadá, si llegaba el caso.
Churchill tenía motivos sobrados para mostrarse pesimista. 225.000 soldados británicos habían regresado del continente europeo. De los 600 carros de combate enviados a Francia, tan sólo volvieron 9, y de los 1000 cañones, únicamente 12. Estos repatriados que llegaban sin armas, junto con 12 divisiones, mal equipadas e incompletas, integraban toda la fuerza defensiva. Con estos efectivos había que defender una línea costera de 800 kilómetros contra una invasión alemana. Las fuerzas disponibles eran demasiado débiles para conseguir arrojar al mar de nuevo al atacante.
La desesperada situación sólo podía remediarse recurriendo a la improvisación, y en esta los ingleses se revelaron como auténticos maestros. Un lord, llamado Hankey, creó el «Petroleum Warfare Department». Su idea era ésta: en el caso de un intento de desembarco enemigo se podía interceptar la penetración incendiando el petróleo, que brotaría del mar una vez perforados los conductos instalados en el fondo del océano. Poco después se comprobó que, aparte de caro, el método no era seguro. Si la mar está muy movida, el petróleo se mezcla con el agua y no arde.
Muy efectivo, sobre todo como medio de levantar la moral ciudadana, fue el llamamiento a la defensa personal lanzada a la población. Anthony Eden invitó el 14 de mayo a la creación del cuerpo «Local Defense Volunteers». Una semana después se habían integrado en él 250.000 voluntarios.
En julio, los «Locals» fueron convertidos en «Home Guards». En ese mes contaban ya con un millón de miembros. De todas formas, de los voluntarios se podía decir todo menos que se apresuraban a tomar las armas, porque no las había. Un llamamiento general para la recogida de armas significó la presentación de 20.000 fusiles, de los que muchísimos no tenían más valor que el de piezas de museo. Esas armas pasaron a disposición de los «Home Guards». Pero esta carencia de medios no deprimió a los británicos. Los paisanos aprendían cómo se hace un cóctel Molotov, se enteraban por los dinamiteros que habían vuelto de la guerra civil española cómo podía aniquilarse un carro de combate, etc.
Esta curiosa milicia no permaneció inoperante. Con el fin de imposibilitar a los aviones alemanes el tomar tierra se había sembrado el campo inglés de múltiples obstáculos. El general alemán Student, de la OKW, manifestó a este respecto: «En esas condiciones, con un campo que no se puede utilizar, es absolutamente imposible una invasión».
Precisamente fueron los éxitos de los paracaidistas y de las tropas de aviación alemanas lo que estimuló a los ingleses a montar una defensa cerrada contra el atacante. El celo por combatir a los paracaidistas enemigos revistió tales formas y tal violencia que la Royal Air Force sintió inquietud por los propios soldados de esta fuerza. Al final se prohibió taxativamente a los «Home Guards» atacar grupos de paracaidistas con menos de seis integrantes, ya que ningún avión inglés podía llevar una dotación de más de cinco soldados. En el caso de un verdadero ataque al país el valor combativo de los «Home Guards» hubiera sido realmente dudoso. Pero su voluntad de lucha hizo posible que los ingleses no sucumbieran a las amenazas alemanas como el conejo ante la serpiente.
Al mismo tiempo, mientras se formaba en Inglaterra un ejército de millones de luchadores aficionados se creaba en secreto un cuerpo de profesionales, expertos guerrilleros, llamados a dirigir las operaciones de defensa. Su organizador fue el general sir Colin Gubbins. □









Diversas imágenes del ejército de defensores civiles, integrado por millones de ingleses. Los alumnos de Eton presentan armas: la prensa alemana comentó esta foto (arriba) con gran sorna. Columnas de hormigón, máquinas agrícolas, empalizadas de alambre de espino y viejas cubas, elementos todos ellos con los cuales los hombres de las «Home Guards» hacían inutilizables el terreno a los alemanes. El general Studens consideró inviable una invasión alemana, precisamente por estos obstáculos.

NO HABRA PAZ CON INGLATERRA

También en el Gabinete de guerra británico formado en el verano de 1940 tomaban parte halcones y palomas. Mientras lord Halifax se inclinaba por iniciar conversaciones de paz con Hitler, Churchill se esforzaba en buscar un aliado para la guerra. Sebastian Haffner comenta las posibilidades de todos los participantes.

Es un hecho que Hitler no quiso ni planificó una guerra contra Inglaterra, en contraposición a sus deseos de enfrentarse con Rusia y Francia. En sus planes Inglaterra estaba llamada a desempeñar un papel similar al de Italia: un aliado que progresivamente se debería convertir en un compañero subordinado de Alemania.

También es un hecho que Inglaterra tampoco quería ni planificaba una guerra contra Hitler. Gran Bretaña más bien entró en lid contra su voluntad y sin unos objetivos demasiados claros, porque las garantías inglesas que deberían haber hecho a Hitler temer la guerra, no habían logrado su objetivo en el caso de Polonia y de otros Estados europeos. Cuando Hitler pasó por alto el tablón de avisos que los ingleses le habían presentado, a Inglaterra no le quedó más opción que el ridículo o la declaración de guerra. Aun después de optar por ésta todavía transcurrió mucho tiempo sin intervenir activamente en la contienda.

Y todavía hay otro hecho: en el verano de 1940, Hitler manifestó por dos veces sus disposiciones de paz respecto de Inglaterra –el 15 de junio en la entrevista para un periódico americano y el 19 de julio en un discurso ante el Reichstag–, manteniéndose enhiestas a diversos niveles las antenas de la paz. La paz parecía flotar en el ambiente. La aseveración de Hitler –«No veo motivo alguno que obligue a proseguir esta guerra»– resonaba esperanzadoramente también en muchos oídos ingleses. La «espada continental», que era Francia para Inglaterra, había sido abatida. Gran Bretaña no podría conquistar en solitario todo el continente. Por otra parte, Hitler apenas si contaba con la posibilidad, y quizá ni siquiera abrigaba el proyecto, de conquistar Inglaterra... Se había llegado a una especie de empate militar, y las situaciones al estilo son por lo general alternativas de paz.

Pese a lo cual, cuando ya se han hecho públicas las actas de la época y se conocen pormenores que entonces eran secretos, puede afirmarse con toda seguridad que en aquel verano de 1940 apenas si existían verdaderas posibilidades de paz. Si bien la voluntad de Churchill, inclinada por la guerra, no recibió la adhesión de todos los miembros de su Gobierno y partido, aceptar una paz con las condiciones impuestas por Hitler hubiera significado para los «pacifistas» una verdadera capitulación. Hubo un solo momento en el que algunos de éstos, afectados por el sobresalto de la derrota, hubieran sido partidarios de las negociaciones: fue a finales de mayo, *antes* de lo de Dunkerque, en ningún caso después.

Contra una paz impuesta

En aquel momento, por desgracia, no había ninguna oferta alemana de paz. Tras el regreso a casa de las tropas expedicionarias británicas destacadas en el lado continental del Canal, los nervios ingleses se serenaron. Una consideración fría, y no sólo el simple sentimiento de desesperación, indujo aun a los políticos más pacifistas de Londres en junio y julio, a considerar que Inglaterra no estaba abocada por el momento a una paz impuesta por Hitler. Si Hitler hubiese deseado realmente la paz con Gran Bretaña, no habría cometido en aquellos meses el gran fallo, psicológicamente incomprensible, de creer que Inglaterra era un país vencido. A Inglaterra le ocurría en el verano de 1940 lo que De Gaulle dijo de Francia, aunque con menos motivos: Hemos perdido una batalla, pero no la guerra. Su Armada y su Aviación, las dos armas más importantes para la defensa de la isla, estaban intactas. El país no se sentía, ni mucho menos, al límite de sus fuerzas. Por el contrario, experimentaba un renacimiento de sus energías. Por supuesto que el camino hacia la victoria había quedado interceptado tras la caída de Francia; pero en cualquier caso Inglaterra podría defenderse. No había por qué pensar en ceder.

Y eso era exactamente lo que Hitler esperaba y exigía de Inglaterra. Sus condiciones de paz, expresadas en la entrevista de prensa del 15 de junio con más claridad que en su alocución del 19 de julio ante el Reichstag, eran condiciones impuestas por un vencedor magnánimo, en ningún caso una base de compromiso entre dos potencias. Inglaterra podría conservar su imperio, con la excepción de las antiguas colonias alemanas, que volverían al Reich; por otra parte, no estaría obligada a cambiar su sistema de Gobierno ni la composición del Gabinete, ni a rendir sus armas. ¡Qué generosidad! Pero al tiempo Gran Bretaña debería comprometerse a no intervenir en ninguna de las cuestiones objeto de litigio; debería renunciar a intervenir en el continente europeo, a dejar las manos libres a Hitler en Francia, Holanda, Bélgica, Noruega, Dinamarca, y por supuesto en Polonia y Checoslovaquia. Con otras palabras: Inglaterra debería darse por vencida... cosa que no estaba dispuesta a hacer por el momento. Se le brindaba una paz separada a costa de abandonar a sus aliados. Para salvar su existencia debería violar la palabra dada y abdicar como potencia europea.

Mas era posible salvar su existencia sin necesidad de tales sacrificios. Esto fue lo que, al parecer, no acertó a ver... o no quiso ver Hitler. Y algo más todavía: tras derrotar a Francia en el campo de batalla, Hitler ofreció la paz no a la vencida Francia sino a la todavía en pie Inglaterra. Esto iba en contra de las reglas más elementales de la guerra de coalición. Quien pretende hacer saltar una coalición enemiga mediante las cláusulas de una paz separada debe respetar a los vencidos y a los debilitados. La actitud de éstos en tal situación, al conocer unas condiciones





Una página del «Berliner Illustrierte Zeitung»: Churchill pone mala cara cuando se entera de que las tropas alemanas han entrado en París... Un mes después profetizaba Hitler en el Reichstag al premier inglés que el Imperio británico se desmoronaría, si no establecía la paz con Alemania.

aceptables que les permiten continuar existiendo, es la de considerar su viabilidad: si las condiciones son generosas, producen normalmente una especie de debilidad en los aliados aún no derrotados, justo porque debilitan su voluntad de lucha. Así logró Napoleón convertir en aliados a muchos de sus enemigos vencidos, como los propios alemanes hicieron con Rusia durante la primera Guerra Mundial (y los Aliados con Italia en la segunda). Pero Hitler no pensó en «liar» a Francia mediante una paz separada, a pesar de que algunos influyentes políticos franceses del momento hasta sentían simpatías hacia él. Para los vencidos, Hitler sólo conocía una posibilidad: morder el polvo. Sin haber sido derrotada Inglaterra debería firmar una paz separada que sellase la derrota de su aliado vencido.

Rasgos terroristas

Tras la victoria sobre Polonia, Hitler había adoptado esta postura: Inglaterra y Francia –declaró el 6 de octubre de 1939– podrán tener paz con la sola condición de que no se hable más de Polonia. Pero a medida que la voluntad belicista de Hitler iba quedando al descubierto, más fundadas resultaban las razones por las que Inglaterra había declarado en un principio la guerra al Reich. Curiosamente Hitler no lo advirtió. Tales ofertas de paz al único aliado aún no vencido, acompañadas de un absoluto aniquilamiento de los derrotados, tenían un inequívoco carácter terrorista. La exigencia explícita de abandonar a su suerte a los aliados oprimidos con la pretensión de salvar el propio pellejo no era otra cosa que una provocación al miedo: «Entrégate si no quieres que te ocurra lo mismo». A esta exigencia hitleriana, claramente vertida en sus declaraciones del 15 de junio, contestó Churchill cinco días después en la Cámara Baja: «Lo que exigimos es justo y no claudicaremos. No accederemos a cambiar ni una jota, ni una tilde. Los checos, polacos, noruegos, holandeses y belgas han vinculado su causa a la nuestra. Todos ellos deben recuperar sus derechos». Para colmar la medida, todavía añadió: «Hay que quebrantar para siempre la tiranía nazi». Sin embargo en aquel momento Churchill quizás había ido demasiado lejos, tanto que ni su partido ni su Gobierno estaban dispuestos a seguirle. Es verdad que Chamberlain había declarado el 12 de octubre de 1939 que Inglaterra jamás volvería a negociar con Hitler y sólo lo haría con «un Gobierno alemán en cuya palabra se pudiera confiar». Pero eso dejaba muchas preguntas sin respuesta. Quizá Chamberlain se hubiese conformado con la retirada temporal de Hitler, du-

EIN JAHR KRIEG

1. September 1939 bis 31. August 1940

ATLANTISCHER OZEAN
ISLAND
IRLAND
SCHWEDEN
FINNLAND
ESTLAND
LETTLAND
OSTSEE
U.D.S.S.R.
POLEN
SCHWEIZ
UNGARN
RUMÄNIEN
BULGARIEN
SCHWARZES MEER
TÜRKEI
FRANKREICH
SPANIEN
PORTUGAL
ITALIEN
MITTELLÄNDISCHES MEER
ALGERIEN französisch
MAROKKO französisch
LIBYEN italienisch
ÄGYPTEN unter engl. Einfluss
CYPERN
SYRIEN
SAUDI-ARABIEN

Polenfeldzug 1. bis 23. September 1939

... Polen hat den Kampf gewählt, und es hat den Kampf nun erhalten ... Mit Mann und Roß und Wagen hat sie der Herr geschlagen.

Führerrede in Danzig

Norwegenfeldzug 9. April bis 10. Juni 1940

Dieser Schlag war das kühnste Unternehmen der deutschen Kriegsgeschichte.

Reichstagsrede des Führers vom 19. Juli 1940

Westfeldzug 10. Mai bis 24. Juni 1940

Das Gelingen dieser gewaltigsten Schlachtenfolge der Weltgeschichte ist in erster Linie dem deutschen Soldaten selbst zu danken.

Reichstagsrede des Führers vom 19. Juli 1940

Bundesgenosse Italien

Unsere Zusammenarbeit auf politischem und militärischem Gebiet ist eine vollkommene. Sie wird das Unrecht löschen, das in Jahrhunderten dem deutschen und dem italienischen Volk zugefügt worden ist. Denn: am Ende von allem steht der gemeinsame Sieg!

Reichstagsrede des Führers vom 19. Juli 1940

Führer und Feldherr

Das, was das deutsche Volk immer geahnt und gehofft hat, daß in seiner schwersten Stunde der Führer mit seinem Genie auch die militärischen Operationen lenken und leiten würde, ist zur bewunderungsvollen Gewißheit geworden.

Göring in seiner Rede vom 20. Mai 1940



La revista «Signal» hace balance: tras 12 meses de guerra, la región controlada por las potencias del Eje se extiende desde el Cabo Norte hasta Libia, desde el Canal hasta el Bug.

rante el desarrollo de las conversaciones, a sus funciones de presidente confiando las de canciller del Reich a Hermann Göring. Desde esta posibilidad hasta la proclamada por Churchill de una guerra sin cuartel contra la «tiranía nazi» había un largo trecho. En todo caso no debería olvidarse el hecho de que el mayor impedimento para una paz germano-británica fue, desde la ruptura de las hostilidades, el propio Hitler. Si en el otoño de 1939 había dejado de ser el interlocutor válido de un Chamberlain dispuesto a la paz, su figura todavía se había vuelto menos tranquilizadora a raíz del terror impuesto en Polonia, la violación del estatuto de neutralidad y la apetencia de dominio sobre todo el continente, cada vez más patente. En consecuencia la posibilidad de negociar era prácticamente inviable.

«Solos, si fuese preciso»

En consecuencia era difícil seguir adelante. Ahí radicaba la mayor debilidad frente a Churchill que en ningún caso quería negociar la paz sino que por el contrario estaba absolutamente decidido a hacer la guerra hasta el final: «Si fuese necesario, durante años; si fuese preciso, incluso solos». Aquella debilidad podría mantenerse en relativo equilibrio tan sólo mientras faltase a Churchill un aliado, el aliado que necesitaba para la victoria. Era evidente que Inglaterra podía defenderse con éxito «en solitario», pero no ganar la guerra. Entretanto, en el verano, Churchill encontró, o ganó, a su compañero de victoria: el presidente americano Roosevelt. Sus silenciosos oponentes del Gobierno, en cambio, jamás lograron el potencial interlocutor alemán que necesitaban para negociar la paz. Sus intentos de encontrar un camino viable para la paz fueron vanos. Cuando Hitler pronunció el 19 de julio su «discurso pacifista» ante el Reichstag, el «partido británico de la paz» había cesado ya en sus intentos. Significativamente su influyente representante, el ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, y no el propio Churchill, difundía tres fechas después a través de la radio el «no» inglés a las «ofertas» de Hitler.

Lord Halifax no era, desde luego, un hombre partidario de la «victoria a cualquier precio», como Churchill. En aquellos días en que Churchill decía que, en caso de invasión, Londres tendría que defenderse casa por casa («su mar de casas podría tragarse a todo un ejército»), lord Halifax había confesado en privado que no estaba muy dispuesto de entrada a incendiar su propia residencia. En cambio si se trataba de abandonarla por un tiempo, siempre podría recuperarla. Hubo incluso un momento en que el propio lord Halifax acaudilló una minirrevuelta del Gobierno contra Churchill. Fue el 25 de mayo cuando se produjo la catástrofe del Grupo de Ejércitos Norte (en el que formaba parte el Cuerpo Expedicionario Británico). El primer ministro francés, Reynaud, meditaba el proyecto de pedir una mediación pacífica de Italia (Francia continuaba en guerra e Italia aún no había entrado). Con este motivo lord Halifax dijo ante el consejo de ministros que quizás pudieran lograrse mejores condiciones de paz, en tanto Francia continuase con capacidad de lucha e Inglaterra no fuese bombardeada, y consiguió que se impusieran, dado el caso, las negociaciones, contra la oposición encarnizada de Churchill.

Mas para entonces no se había llegado a tales conversaciones, ya que después de lo de Dunkerque todo parecía haber sufrido una cierta alteración, Lord Halifax insistía sin embargo, en que la «política de Inglaterra debía estar presidida por un sano juicio humano y no por denuncias». Entonces ordenó a sus diplomáticos en Suecia, Suiza y América que sondeasen las posibilidades de paz, a través incluso de sus colegas neutrales y de hombres alemanes de centro. Pero los sondeos no condujeron a nada práctico, aun antes de que Churchill rugiera como un león al enterarse de la maniobra. Halifax no era un hombre de «la victoria a cualquier precio», pero tampoco de «la paz a costa de lo que fuese». Era sí un hombre de sano juicio aparte de buen patriota. Cuando vio que no podía progresar con sus vagos intentos de paz, mientras que Churchill avanzaba con su política de audacias, giró hacia la línea del premier.

En los días catastróficos del derrumbamiento francés, Inglaterra no contaba con perspectivas de paz ni de victoria. Dos meses más tarde tampoco se vislumbraba una posibilidad aceptable de paz. Pero sí de victoria, aunque desde luego tan remota que se precisaba unos prismáticos para reconocerla. Y eso fue obra de Churchill precisamente; convenciendo a Roosevelt de que, en todo caso, Inglaterra continuaría la lucha. Aquello podría utilizarlo América también en provecho propio, si decidía apoyar a los ingleses hasta que llegase el momento de entrar directamente en la guerra contra Hitler con alguna posibilidad de éxito.

La cosa no fue fácil. El embajador de Roosevelt en Londres, Kennedy, padre del que luego sería presidente, había pintado la situación inglesa con los colores más negros. Los consejeros militares de Roosevelt, y a su cabeza el general Marshall, le habían recomendado que no enviase ni un fusil más a la guerra de Inglaterra, que ya se daba por perdida. El propio Roosevelt, enfrascado en consideraciones de índole interna y en plena campaña electoral, desconfiaba de la determinación inglesa. Conocía bien la Inglaterra de Chamberlain y de Halifax. El acontecimiento decisivo que inclinaría a los americanos por una participación en la contienda fue el brutal golpe de Churchill, en Orán, contra la Armada francesa, el 3 de julio. A partir de ese día, entre Churchill y Roosevelt se fortaleció la confianza mutua por la que tanto había abogado el premier inglés en un intercambio de correspondencia ininterrumpido desde su acceso al poder. Sobre la base de esta amistad se levantaría después la alianza armada anglo-americana. Cuando el 19 de julio Roosevelt pronunció un discurso anunciando su candidatura para su tercer mandato presidencial, calificó por primera vez a las potencias del Eje como «el enemigo». Aquello fue para Londres algo mucho más importante que el discurso de Hitler ante el Reichstag. El concepto de guerra y victoria de Churchill comenzaba a tomar cuerpo. Las esperanzas de paz de la «escuela de los pacifistas» se hundieron definitivamente.

«Algo está pasando en Londres»

En la base de esta unidad nacional se situaba la confianza en poder desarrollar una guerra defensiva eficaz, en el caso de un intento de invasión alemana, y la esperanza fundada de lograr una ofensiva con éxito en algunos años, si se consumaba la alianza con América.

Todo esto no se le ocultó a Hitler. «Algo está ocurriendo en Londres», comentó el 31 de julio en una conferencia del Estado Mayor del Ejército. «Los ingleses parecían casi hundidos, mientras que ahora vuelven a levantar cabeza». Mas siguió ciego para ver que el motivo había que buscarlo en América. Creyó, por el contrario, que los ingleses ponían ahora su confianza en Rusia... y éste fue un nuevo argumento para sus planes de ataque inmediato a la Unión Soviética.

La esperanza de «hacer entrar en razón a los ingleses» no la rechazó todavía. Sólo que ahora exigía procedimientos más contundentes: masivos ataques aéreos, amenazas de invasión, quizás hasta un verdadero intento de desembarco. Lamentablemente los planes para tales operaciones fueron tan improvisados e irreflexivos como antes lo fueran para un «arreglo» pacífico. La psicología de esta segunda «ofensiva de paz», más brutal, fue todavía más funesta: excitó al león, sin matarlo. □

Bombardero alemán horizontal y en picado Junkers Ju 88 A-1



Propulsión: dos motores Junkers Jumo 211 B-1 de doce cilindros, cada uno de 1200 caballos, a pleno rendimiento en la maniobra de despegue
Armamento: hasta cuatro ametralladoras de 7,9 mm; 1800 kg de bombas
Dotación: 4 hombres
Velocidad máxima: 476 km/h a una altura de 5300 m
Autonomía: 2730 km
Techo: 8240 m
Peso en salida: 10.360 kg
Envergadura: 18,26 m
Longitud: 14,36 m
Altura: 5,07 m



Avión de reconocimiento alemán Dornier 17 P-1



Propulsión: dos motores de estrella del tipo BMW 132 N, cada uno con 865 caballos a pleno rendimiento en maniobra de despegue
Armamento: tres ametralladoras MG 15 de 7,9 mm
Dotación: 3 hombres
Velocidad máxima: 410 km/h a una altura de 4000 m
Autonomía: 2200 km
Techo: 6400 m
Peso en salida: 7650 kg
Envergadura: 18 m
Longitud: 16,25 m
Altura: 4,60 m



El jefe de las Juventudes del Reich, Baldur von Schirach.



Para muchos, fue un símbolo de la juventud de los años treinta: Baldur von Schirach (1907-1974), estudiante de germanística, jefe de las Juventudes del Reich, representante de Hitler en Viena, prisionero en Spandau durante veinte años. ¿Qué le movió para soportar a Hitler? ¿Qué fue lo que destruyó su confianza en el «Führer»? ¿Qué pensaba después de 1945? Harald Steffahn trata de responder a estas cuestiones.

LO BASTANTE JOVEN PARA REVERENCIAR A HITLER

El camino de Baldur von Schirach desde Weimar a Kröv

Hindenburg estaba enfadado. El jefe de las Juventudes del Reich, Baldur von Schirach había atacado públicamente al almirante von Trotha, amigo del presidente, por una cuestión de rivalidad en torno a las organizaciones juveniles del Tercer Reich. «Este señor von Schirach –dijo Hindenburg– es un coronel demasiado joven. No me gustan estas cosas. Hay que llamarle al orden». El anciano mariscal de campo se equivocaba. Aquel «jovencísimo coronel» había muerto hacía tiempo. Ahora se trataba de su sobrino. ¿Qué habría dicho el presidente del Reich desde la altura de sus 85 años si hubiese sabido que aquel crítico insolente no era coronel y que, además, tan sólo tenía 16 años? Hitler diría a von Schirach: «No podré presentarle al anciano señor, porque sufriría un ataque mortal». En consecuencia, Baldur von Schirach tuvo que esconderse de la vista del jefe del Estado hasta que murió.

La anécdota indica algo del dilema que se le planteaba a una gran parte de la juventud en puestos de responsabilidad. Schirach era con mucho el político más joven en la jerarquía nazi. Lo fue siempre. A los 29 años alcanzaba el rango de ministro, en 1936; Albert Speer, dos años mayor que él, conseguiría la misma categoría sólo en 1942. En el momento de la capitulación, en mayo de 1945, Schirach contaba 37 años.

Nacido en 1907 en Berlín, pero trasplantado un año después a Weimar, procedía de una familia burguesa muy acomodada y bilingüe. Su madre y su abuela eran americanas. En casa se hablaba mucho inglés. El padre era director del teatro de la corte, en Weimar. Con él habló Hitler, melómano wagneriano, durante el descanso de una representación de la *Walkiria,* en 1925. El señor von Schirach había recibido alguna indicación muy acertada del antiguo entusiasta de la ópera de Viena y no dudó en invitarle.

«Venga a mi casa»

Hay situaciones políticas o personales tan precisas e ineludibles como un experimento de las ciencias naturales. ¿Qué podía hacer un muchacho de 18 años, educado en el más recio espíritu nacional, cuyo hermano mayor se había disparado un tiro porque no podía soportar la derrota de Alemania? ¿Qué podría hacer ahora, cuando llegaba a su casa, a tomar el té, aquel fanático timbalero que pregonaba el renacimiento de Alemania? No podía haber resistencia alguna a la sugerencia del invitado: «Si va a estudiar, véngase conmigo a Munich». La reacción que experimentó ante aquella voluntad dominante la comentaría después el propio von Schirach: «Aquello condicionó mi vida».

Terminado el bachillerato en 1927, Baldur estudió germanística en Munich, aunque no terminó porque la actividad política le ocupaba cada vez más... Para el miembro del partido con carnet número 17.251, el jefe permaneció como un ser invisible. En otoño, en las elecciones para las comisiones estudiantiles, tuvo Schirach la idea de comprometer a Hitler en la lucha electoral. Se hizo el encontradizo con él en la calle y logró vencer su escepticismo («No sé actuar ante los estudiantes»). «El Führer», como ya se le conocía dentro del partido, condicionó su presencia en un acto a que la sala estuviese llena: «No puedo permitirme aquí en Munich –le comentó– el hablar en una sala medio vacía».

El salón estaba a rebosar y Hitler acudió. Por cierto que la intervención no se tradujo en los resultados electorales, pero robusteció a dos débiles: a Hitler, porque descubrió que también podía atraerse a la juventud; a Baldur, porque se reveló como organizador (con una buena dosis de suerte).
Aquel muchacho de 21 años se convirtió así en jefe de las juventudes estudiantiles nacionalsocialistas. Tres años más tarde participaría en los disturbios callejeros, cuando se vio arrastrado a la lucha por el poder entre Hitler-Strasser. Entonces su protector le protegió las espaldas y la oposición fracasó.
Schirach proporcionó a Hitler la primera mayoría absoluta entre los partidos y organizaciones de la República de Weimar: en 1931 votaría más del 50 por ciento de los estudiantes en favor de la Liga Estudiantil Nacionalsocialista. El organizador de esta radicalización nazi en las universidades, que acababa de cumplir 24 años, se convirtió en «Jefe de las Juventudes del Reich en el estado mayor de las SA». Le estaban sometidas las ligas de estudiantes nazis, la de escolares y la *Hitler-Jugend*. Schirach tenía ya en sus manos el instrumento adecuado al que, para su desgracia, iría unido su nombre en lo sucesivo. Pero esta desdicha sólo la conocería mucho más tarde
Movido por un lirismo juvenil, Schirach escribe muchos poemas patrióticos. Así se convirtió en el poeta número uno del Estado, encargado de celebrar a Hitler con rimas de dudosa calidad. He aquí un ejemplo:

Voy ordenando palabras y termino por [decirme
que no sé otra cosa que no sea vues- [tro querer,
porque yo soy vosotros y vosotros sois [yo,
y todos nosotros creemos en ti, Ale- [mania.

Su camino de éxitos fue siempre hacia arriba. Baldur von Schirach casó con la hija de Heinrich Hoffmann, el fotógrafo personal de Hitler. El *Führer* y Röhm fueron testigos en la ceremonia. El joven de 25 años prometió entonces: «Crearé para usted el mayor movimiento de juventudes que jamás haya habido en Alemania».

«Vuestro nombre es nuestra inmortalidad»

Y mantuvo su promesa. Cierto que aún perduraban numerosas organizaciones juveniles burguesas —prescindiendo de las socialistas— que aún luchaban por su propia independencia; pero bajo consignas falaces, y, en buena parte, recurriendo a presiones y violencias, se consiguió que las organizaciones juveniles dispersas por Alemania apenas pudieran respirar como no fuese incorporándose al campo nacionalsocialista. Un año después, en junio de 1933, Schirach era designado «Jefe de las Juventudes del Tercer Reich».
La victoria de la *Hitler-Jugend* no fue, desde luego, una consecuencia que se debiese en exclusiva a la preparación o a la responsabilidad de su jefe. En la estructura espiritual del antiguo movimiento juvenil, en aquel clima de sentimientos exacerbados, había mucho que facilitaba la tarea de captación nacionalsocialista. La añoranza del pasado, la conciencia de élite, el romanticismo de los fuegos de campamento, el redescubrimiento de la patria, el *pathos* nacional que no tenía en cuenta la realidad cotidiana, el cultivo del costumbrismo, el mito de la camaradería, el culto al jefe... todo esto no fue hallazgo exclusivo de los jóvenes hitlerianos; existía ya de antes. Las sociedades excursionistas o de otro tipo, como los *Wandervogel* y la *Bündische Jugend*, habían bosquejado los rasgos fundamentales. La jefatura nacional de juventudes se sirvió de todo ello imprimiendo a aquel movimiento general una orientación fanática —de la que antes carecía— hacia una sola persona, Schirach, cuyo nombre propio, Baldur, era el del dios germano de la luz y con unos rasgos muy poco germánicos, puso en juego toda su capacidad para organizar asambleas juveniles de cientos de miles de participantes, llegados de todas partes de Alemania, en Nuremberg o Potsdam, para celebrar ritos míticos cuyo punto culminante era la invocación al *Führer*.
«Vuestro nombre es la felicidad de la juventud, vuestro nombre, mi *Führer*, es nuestra inmortalidad», exclamaría Schirach en Nuremberg ante Hitler, en 1936, con ocasión de un llamamiento a la juventud alemana desde la tribuna de oradores.

«Una veneración ilimitada y casi religiosa»

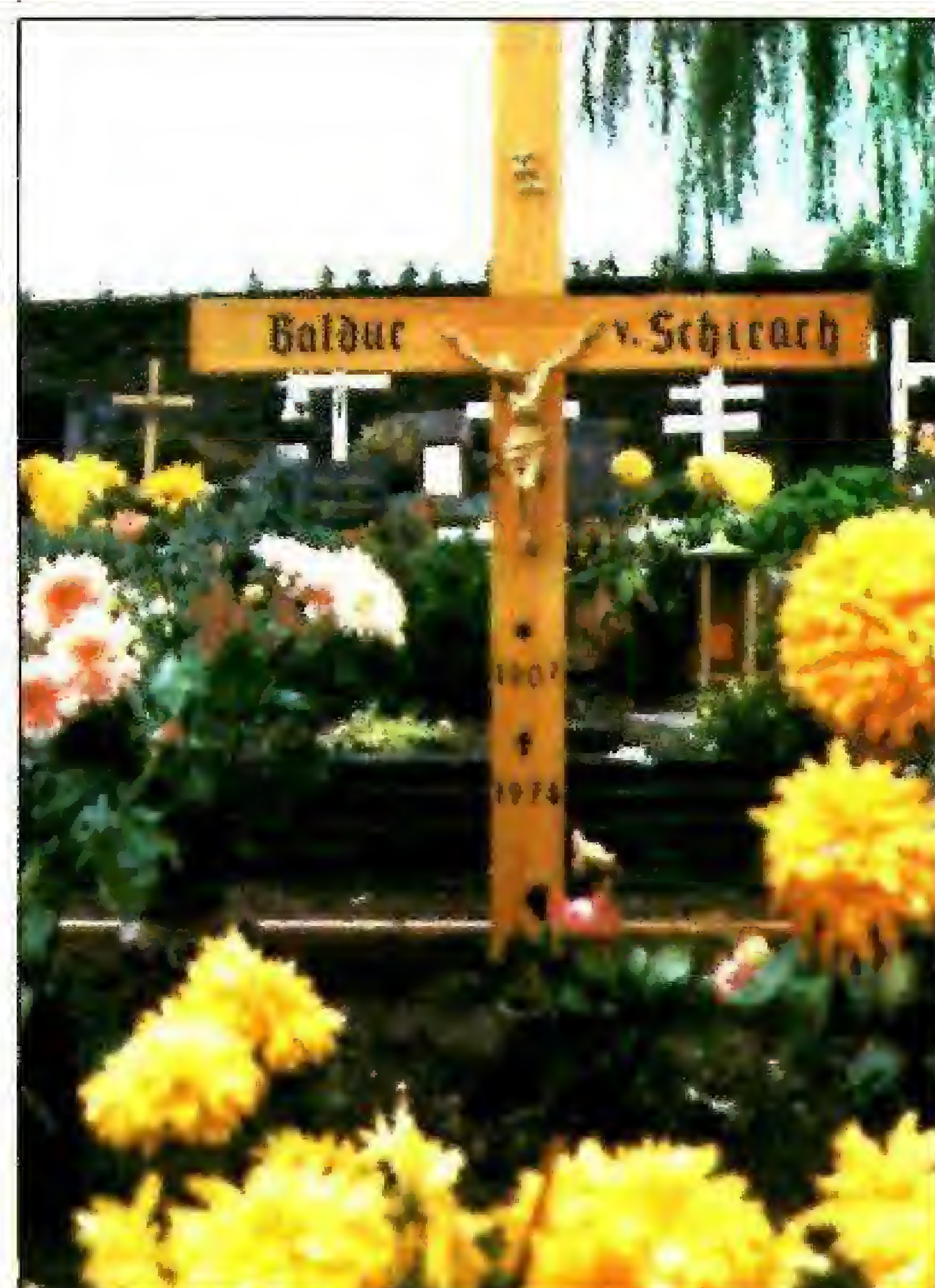
Nadie ha contribuido tanto como Hitler a que la juventud hitleriana, la «generación escéptica» que desconfiaba de la autoridad por sistema, se convirtiese en el núcleo más firme de fidelidad y desprendimiento generoso. No obstante lograr esto en nuestros días sería mucho más difícil que entonces. El propio Schirach se ha hecho este honrado examen de conciencia: ¿Cómo pudo suceder tan tremendo error? ¿Cómo fue posible que la figura de Adolf Hitler se presentase a los muchachos «una y otra vez con palabras encendidas» y que él mismo fomentase aquel abuso con su obsequiosidad? En las Memorias de Schirach hoy leemos esta reflexión final: «La catástrofe alemana no se operó sólo por lo que Hitler hizo de nosotros, sino por lo que nosotros hicimos de él. Hitler no llegó de fuera, no era como hoy le ven muchos, una bestia demoníaca que arrambló con el poder. Era el hombre que quería el pueblo alemán y al que nosotros mismos convertimos en señor de nuestro destino mediante una glorificación desmedida. Esta veneración ilimitada y casi religiosa... robusteció en el propio Hitler la creencia de que realmente formaba parte de la Providencia». Aquí están las raíces de su concepción de superhombre y la infalibilidad. Schirach estuvo con Hitler casi hasta el final, aunque con dudas cada vez mayores. El 10 de noviembre de 1938 dio una prueba de finura personal bastante peligrosa al calificar ante los dirigentes HJ, «vergüenza cultural» la «noche de los cristales» y prohibir a la juventud su participación en los *pogroms*. Esta decisión no cambió sin embargo la actitud de Schirach fundamentalmente antijudía. Cuando en 1940 Hitler le nombró su representante en Viena ni siquiera se planteó una sola vez en dos años «la posibilidad de interrumpir el traslado de los casi cincuenta mil judíos vieneses». Al parecer no sabía que aquellos judíos eran asesinados sistemáticamente, lo cual merece credibilidad en su caso.

«Yo he creído en Hitler»

Por lo demás su actividad en Viena fue bastante liberal con todas las limitaciones inevitables. En plena barbarie cultural fomentada por el Tercer Reich, el amigo de los artistas de Weimar se preocupó de que Viena continuase con su categoría de ciudad musical. En cierta ocasión incurrió en la censura de Hitler por haber ido tan lejos que autorizó la celebración de una exposición de arte moderno. La muestra hubo de ser clausurada. A partir de entonces el proceso de distanciamiento entre señor y servidor revistió formas más concretas. Baldur von Schirach todavía conservó en el proceso de Nuremberg su estilo de un simpático líder juvenil: «Es culpa mía, y así lo confieso ante Dios y ante nuestra nación, el que la juventud alemana fuese educada en la fe en Hitler, un hombre al que yo tenía como intachable y que en realidad fue un asesino de millones de personas, yo he creído en Hitler. Esto es todo lo que puedo decir en mi descargo».
Quizá fuese esta confesión pública, su juventud y su prematura responsabilidad lo que hizo que la balanza de la justicia se inclinase en su favor. Baldur von Schirach fue condenado a 20 años de cárcel, que cumplió hasta el último momento, quedando libre en 1966 junto con Speer. Después de otros ocho años de vida retirada ya en libertad y casi ciego, Baldur von Schirach murió en agosto de 1974, a los 67 años. □



La juventud está mal educada



Baldur von Schirach, poco antes de su muerte, en el hotel Montroyal, en Kröv. A su izquierda, un empleado de la casa; a su derecha, las propietarias del establecimiento, Ida y Käthe Müllen. En el otro extremo, un huésped. Schirach recibió sepultura el 10 de agosto de 1974 en el cementerio de Kröv. En las palabras de despedida ante la fosa, un funcionario de la Oficina Federal de Prensa dijo: «Fue la figura simbólica de la generación joven de los años treinta».

Un relato de Käthe Müllen, desde Kröv, a orillas del Mosela

Los últimos tres años de vida de Baldur von Schirach, jefe nacional de las Juventudes Hitlerianas y después representante del Reich en Viena, transcurrieron bajo los cuidados y atenciones de las hermanas Ida y Käthe Müllen, propietarias de un pequeño hotel y de una bodega a orillas del río Mosela. Jochen R. Klicker ha recogido en cinta magnetofónica el coloquio que ahora reproducimos. Con gran espontaneidad y con su particular modo de expresión, Käthe refiere sus recuerdos.

Lo que pasó aquí sí que lo sé bien, ya lo creo. Baldur era amable y correcto. Cuando contábamos algún chiste picante en el hotel y yo se lo repetía a él me decía invariablemente: «¡Käthe...!» «Bueno, hombre —le contestaba yo— si no es más que una broma; anda, ríete un poco». Así le animábamos y él se quedaba tan contento.
El doctor Spier nos dijo lo que él mismo nos había comentado cuando aún no estaba tan mal: «Sí, tiene un dolor en el alma». Y así era. Estaba siempre pendiente de la juventud. Siempre respondía cuando se le preguntaba sobre ella: «Sí, la de ahora no es ni mejor ni peor que la de antes: sólo que se la ha educado mal». A mí me refirió una vez que, ya al final de todo aquello, voló de Viena a Berlín para suplicarle a Adolf: «*Führer*, haga todo lo posible por la paz, haga todo lo posible por la paz. En el mapa puede ver la Gran Alemania, desde luego, pero Rusia y América son potencias mundiales. *Führer*, a la larga nunca podremos ganar una guerra». El *Führer* le contestó: «...Usted y su madre americana»... y otras cosas semejantes. Eso le hizo sufrir mucho y me lo contó: «Si en aquel momento hubiese sido aún jefe de las Juventudes del Reich, viendo cómo trataron a las *Hitler-Jugend*, no hubiera ido ni un solo muchacho a la guerra, como no fuese sobre mi cadáver». Axmann quiso visitarle una vez pero no llegó a hacerlo. Sin embargo, vino al entierro. Ya lo creo que vino gente en ese momento. Nosotras no los conocíamos a todos. El señor Kaufmann venía cada cuatro o seis semanas. Era ayudante suyo de entonces y ahora trabaja en la Oficina de Información del Gobierno. El mismo señor Kaufmann se ocupó de dar la noticia de la muerte a la agencia de noticias DPA. Luego los periodistas nos llamaron y yo confirmé lo que me preguntaron. A las 10, ya lo sabía todo el mundo y lo habían transmitido las emisoras alemanas. Incluso hemos recibido cartas de América. Y muchas de aquí mismo, de gente muy importante, en las que se nos daban las gracias por todo lo que habíamos hecho por él durante los últimos años.

«Deja que trabaje la gente»

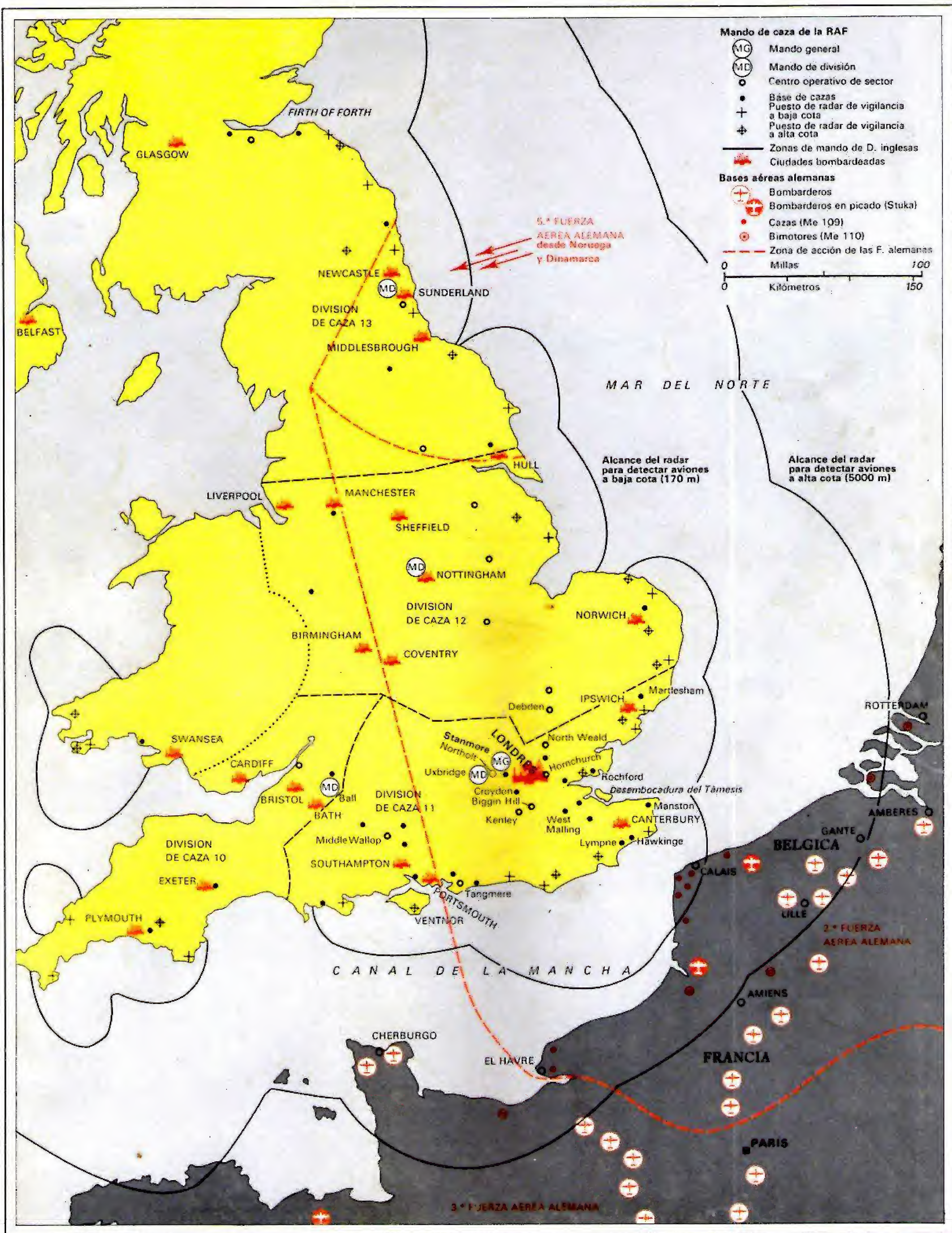
Por las tardes, a las ocho y media, si había algo en la televisión, por ejemplo noticias, siempre venía él a casa. Hasta ese momento había estado sentado en cualquier lugar, charlando con los viñadores, pero sin hablar de la guerra. Yo ya les había dicho: ni una palabra de guerras, ni preguntas por la mujer, nada de nada de la familia. Todos estos temas le destrozaban el corazón. No podía resistir esas conversaciones. La guerra no le interesaba a él, sino sólo lo que la gente había hecho durante ella. «Yo mismo he colaborado en todo aquello», decía. Uno de sus temas de charla preferidos eran los problemas de la uva y otros más generales. Si venía alguien y le preguntaba qué le parecía Brandt, él contestaba invariablemente: «Dejad que la gente trabaje en paz», y eso era todo lo que comentaba. Una vez vino un periodista sueco y estuvo charlando con él sin ponerle condiciones. El reportero le prometió que le mandaría una hoja de su periódico con el artículo: el recorte no llegó nunca. Un día, un alemán que vivía en Suecia le mandó la página y, en el artículo, el periodista decía que Baldur se había expresado desfavorablemente para Brandt. Aquello era una falsedad. Yo estaba delante. Jamás emitió un juicio... sólo «dejad que la gente trabaje». Y ni una palabra más. A nadie, ni nunca. Jamás rompió su silencio, y eso que veía mucha televisión y se interesaba por todo, y siempre estaba bien informado sobre los últimos acontecimientos, como lo que ocurría en el parlamento... pero, con todo, nunca comentó nada. Prefería guardarse su propia opinión.
De Spandau nos contó muchas cosas. Por ejemplo nos decía: «Hess nunca será indultado». Y añadía: «Y no lo será porque ya lo está. A Hess lo hubieran condenado a muerte. A los Aliados les costó un gran esfuerzo convencer a los rusos de que aceptasen una cadena perpetua para él: éste fue su indulto. Ya está elegido el sitio en que enterrarán sus cenizas. Dentro del recinto de Spandau». Y añadía: «Los rusos sólo quieren conservar su punto de acción en Berlín, y así pueden hacer pública una nota de protesta o tocar música de marcha cuando cambian la guardia». Y eso que Hess fue a Inglaterra a proponer lo que luego aconsejó Churchill, o sea, ir todos juntos contra los rusos. Esto no se lo pueden perdonar los rusos a Hess. Baldur decía también que Churchill se opuso hasta el final al proceso... pero el fiscal americano quería ser, según se decía, juez supremo en América y el proceso le vino muy bien para hacerse un nombre. En el proceso también había otro juez supremo, o como se llame en América y entonces quitaron a otro que era inglés. Todo esto me lo ha contado Baldur.
Y todavía hay más. Él me contó también que durante los diez primeros años la cárcel fue muy dura, pero luego la cosa podía aguantarse. Los tomates, ni verlos. En Spandau se dedicaban a cultivar tomates, pero no podían comerlos: tenían que destrozarlos sin probarlos. Decía que quizá en el hospital... pero cá, ni siquiera allí. Había que destrozarlos. Les hubiera gustado tener un momento para comerse uno. La guardia era muy amable, también los rusos. Pero si no les hubiesen vigilado tanto también hubieran sido muy amables. Se les trataba como a oficiales, decía. Al principio las cosas eran duras, en los diez primeros años, pero luego incluso podían reunirse para comer. Allí estaban hasta los comandantes, que también eran amables, se sentaban con ellos y se distraían juntos. Seguro que Baldur les resultó interesante y aprenderían mucho de él. Los señores aquellos necesitaban charlar con los presos. Él me dijo alguna vez que Hess viviría en la capilla, figúrese, en la capilla. Baldur estaba muy enterado de todo.

A Baldur se le quería aquí mucho

Me han dicho que la señora Hess y su hijo estuvieron también en el entierro, pero yo no lo sé cierto. Allí estuvo mucha gente fina, y también estuvo Speer con su mujer. Luego estuvieron por aquí dos generales americanos, ¡uno lloraba mucho! También vinieron de la policía criminal, muuuuchos señores. Creo que 48 en total. Vino también el comisario de la gendarmería de Wittlich y dijo: «Hemos venido por una orden general». En verdad que venían así y formaron una larga fila. También reconocí gente de Kröv, los policías. Uno había estado ya aquí, en Kröv. Y, entre los del duelo, también algunos del comando de la gendarmería de Wittlich. Las viñas estaban llenas de policías en uniforme. En el acto había una formación de ellos.
Todo fue muy sencillo. Todavía nos llamaron por la noche para preguntarnos si alguien velaba el cadáver, y cosas parecidas. Yo contestaba al teléfono: «Óigame, dígame quién es usted. Si se permite usted cualquier cosa contra él, tendrá a todo el pueblo en contra suya: los que han venido al duelo y la policía que lo tirará a usted contra la pared de la iglesia», esto le dije a uno que habló con insolencia. «A Baldur se le quería aquí mucho y se le respetaba. Todo el pueblo le estimaba». Luego colgué el aparato.
Por aquí había algunos comunistas. No sé si planearían algo, pero hubiera sido imposible por la cantidad de policía: estaba toda la gendarmería. Y además la policía de tráfico, que vinieron con sus coches, con «Mercedes», con los mejores coches que haya a orillas del Mosela. Los dejaron al lado de las viñas para no entorpecer la circulación. Fue algo realmente hermoso. Había miles de hombres como jamás se han reunido en el cementerio de Kröv, créame, y todavía hubiesen venido otros muchos si no hubiera sido porque la cosa ocurrió de repente. □



Los apuestos pilotos tenían un gran ascendiente, como es lógico, en el mundo femenino de la época. El «Simplicissimus» se refiere a los devaneos de los «soldados del aire»: «¡Mira, ahí viene un aviador!». «Bueno, pero ¿qué puede ver desde una altura de tres o cuatro mil metros...?» «¡No, si es que viene a pie!»



Mando de caza de la RAF
MG Mando general
MD Mando de división
Centro operativo de sector
Base de cazas
Puesto de radar de vigilancia a baja cota
Puesto de radar de vigilancia a alta cota
Zonas de mando de D. inglesas
Ciudades bombardeadas
Bases aéreas alemanas
Bombarderos
Bombarderos en picado (Stuka)
Cazas (Me 109)
Bimotores (Me 110)
Zona de acción de las F. alemanas
0 Millas 100
0 Kilómetros 150
FIRTH OF FORTH
GLASGOW
5.ª FUERZA AEREA ALEMANA desde Noruega y Dinamarca
NEWCASTLE
SUNDERLAND
DIVISION DE CAZA 13
BELFAST
MIDDLESBROUGH
MAR DEL NORTE
HULL
Alcance del radar para detectar aviones a baja cota (170 m)
Alcance del radar para detectar aviones a alta cota (5000 m)
LIVERPOOL
MANCHESTER
SHEFFIELD
NOTTINGHAM
DIVISION DE CAZA 12
NORWICH
BIRMINGHAM
COVENTRY
IPSWICH
Martlesham
Debden
North Weald
Stanmore
Northolt
LONDRES
Hornchurch
Rochford
Uxbridge
Desembocadura del Támesis
Croydon
Biggin Hill
Kenley
Manston
West Malling
CANTERBURY
Lympne
Hawkinge
SWANSEA
CARDIFF
BRISTOL
Ball
BATH
DIVISION DE CAZA 11
Middle Wallop
SOUTHAMPTON
DIVISION DE CAZA 10
EXETER
PLYMOUTH
Tangmere
PORTSMOUTH
VENTNOR
CANAL DE LA MANCHA
ROTTERDAM
AMBERES
GANTE
BELGICA
CALAIS
LILLE
2.ª FUERZA AEREA ALEMANA
AMIENS
CHERBURGO
EL HAVRE
FRANCIA
PARIS
3.ª FUERZA AEREA ALEMANA

CONTRA EL RADAR Y EL CANAL

La batalla de Inglaterra

Mapa de la página anterior: el sistema de radar británico captaba toda la costa oriental del Canal y hasta bien dentro del continente. Con ello la aviación inglesa podía disponer del necesario campo de acción con una altura operacional de siete a ocho mil metros.

El primer objetivo del ataque de la Luftwaffe era el tráfico marítimo inglés por el Canal de la Mancha.



Un año después del comienzo de la guerra, la «Luftwaffe» alemana se ofreció a los ojos del mundo como la fuerza aérea más moderna y poderosa que jamás hubiese existido. Sus misiones tácticas en Polonia, Noruega y en la campaña del Oeste, habían sido un éxito completo. Aunque no estaba preparada para empeñarse en una guerra operacional autónoma, independiente de otras medidas bélicas, tuvo que asumir este papel en la guerra contra Gran Bretaña.

Tras la campaña del Oeste cayó sobre los hombres de Alemania una verdadera lluvia de condecoraciones y ascensos. Göring, su jefe militar supremo, ascendió al máximo rango de la historia del Ejército alemán: Mariscal del Reich. Al tiempo, dos jefes de la flota aérea, Kesselring y Sperrle, fueron promovidos al grado de mariscales generales de campo.

Allí donde la gran fuerza armada alemana había entrado en combate, allí mismo habían estado, cubriendo el avance de las tropas, los tan temidos «Stukas», las escuadrillas dotadas con bombas de peso medio, que iban a caer sobre las fortificaciones enemigas, sobre las vías de transporte y sobre la retaguardia enemiga, los rápidos *Me 109*, que aseguraron al Reich el dominio del aire.

En la batalla de Inglaterra la aureola de esta arma victoriosa se iría desdibujando y, luego, quedaría ya prácticamente oscurecida. Los modelos de aviones creados hasta entonces habían cumplido sus objetivos, pero no podían realizar las nuevas misiones que se les encomendaban, y, por si fuese poco, todavía había algo más grave: entre el mando aéreo y las tropas de vuelo afloraban tensiones que jamás se resolvieron y que conducirían, ya al final de la guerra, a lo que se calificaría después como «motín en la *Luftwaffe*».

Con el final victorioso de la campaña del Oeste, a principios del verano de 1940, ya sólo quedaba planificar un gran ataque aéreo, dentro de lo posible, contra el último enemigo: Inglaterra. Para ello se contaba con una serie de bases muy idóneas en la orilla sur del Canal. Sólo que tal operación no estaba ni preparada, estudiada ni planificada... y por ello no podría realizarse de inmediato. El mando aéreo era partidario de preparar concienzudamente la batalla contra Inglaterra. A pesar de todo la comandancia suprema de la *Luftwaffe* daba una orden general, el 30 de junio de 1940, en la que se establecía que comenzara la batalla aérea cuando apenas habían transcurrido ocho días de la firma del armisticio con Francia.

Lucha en el aire con limitaciones

«La lucha contra Inglaterra –se dijo–, se limitaría a una serie de ataques sorpresa con fuerzas de mediano poder». Sólo *después* de la puesta en marcha de las operaciones para invadir el país y del empleo intensivo de los efectivos disponibles, se utilizaría a fondo las fuerzas aéreas, «con el fin de destruir a la aviación enemiga sus organizaciones de tierra y su industria aeronáutica, de

Planes de la Gestapo y del contraespionaje para el caso que...

Durante los preparativos de ataque aéreo, como factor de la invasión de Inglaterra, el servicio secreto alemán no permanecía inactivo. En la Oficina de Seguridad del Reich (RSHA) se imprimió una «Lista de Detenciones Especiales para Gran Bretaña», con una tirada de 20.000 ejemplares. En ella se contenían nombres de políticos, emigrantes (por ejemplo Sigmund Freud, muerto ya hacía un año) y de otras personas destinadas a ser detenidas y transferidas a la Gestapo.

Estaba previsto incluso un jefe de la Gestapo para Inglaterra: el Standartenführer *de 31 años, Dr. Franz Six. También entraba en los cálculos de la Gestapo el secuestro de la familia real inglesa.*

El contraespionaje alemán se había hecho por su parte con el código cifrado de la radiodifusión británica, por lo que estaba bien informado de la importancia de los efectivos militares ingleses, hasta que, a finales de agosto se alteró dicho código. Las emisoras alemanas del contraespionaje alemán difundían noticias falsas en inglés con el fin de extender el pánico. El 13 de agosto aviones alemanes arrojaron por todos los puntos de la geografía inglesa lanchas de goma, explosivos y aparatos de radio destinados a unos agentes que en realidad no existían. Los pocos espías existentes, ya acorralados, acabaron entregándose a los vigilantes ingleses. Algunos se delataron al no respetar los usos del país. El agente Karl Meier, por ejemplo, pidió en una taberna una bebida alcohólica a una hora en que ya no se permitía, otro intentó pagar en un restaurante con cupones, cosa que no era usual. Un trío de espías perdió la orientación y preguntó en una estación «¿Dónde estamos realmente»? Aquello fue un fallo mortal. Sólo Vera Erikson, que llegó a Mory Firth en una lancha de goma, fue aceptada por los ingleses y escapó a la ejecución.

Los hombres de la unidad de Brandenburgo, la tropa de sabotaje del jefe del contraespionaje, Canaris, practicaban en motocicletas de 98 centímetros cúbicos. Su misión era la de disfrazarse de «bobbies» y de «home guards» una vez comenzara la invasión y mezclarse entre la población fugitiva y hasta, si era posible, desarticular las baterías costeras. □



A las estaciones de control de vuelo británicas afluían hasta 50.000 noticias enemigas por el sistema de radar. Con ello las propias escuadrillas podían operar de modo racional y efectivo (izquierda).

La cadena de alerta por radar, en la costa meridional inglesa, captaba las escuadrillas alemanas incluso cuando operaban en el continente (abajo).

Alarma en una escuadrilla de «Spitfire» en la base de Duxford (abajo, foto grande).



modo que se creasen las condiciones adecuadas para llevar a cabo un ataque eficaz, tendente a impedir la importación de productos, el aprovisionamiento y la economía de guerra».

La *Luftwaffe*, en consecuencia, se orientó hacia una guerra aérea estratégica en dos etapas: la desarticulación de la fuerza aérea enemiga –es decir, el dominio del aire– y el bombardeo sistemático de las instalaciones de la aviación inglesa y de sus puntos de aprovisionamiento al otro lado del mar. Con el fin de dar paso a la etapa de preparación, de acumular experiencias y emplear de algún modo a las unidades militares establecidas ya en el norte de Francia y en Bélgica, comenzó al poco tiempo una especie de representación práctica de lo que sería la gran batalla, la llamada «batalla del Canal». El objetivo fijado a estas maniobras, según orden del 2 de julio, era éste: a) interceptar la navegación británica por el Canal de la Mancha y b), limpiar de aviones de caza ingleses el espacio aéreo del Canal.

Para esta operación se integró, con diversas unidades de la segunda flota aérea, un pequeño grupo de combate al mando de un oficial al que se nombró «jefe de operaciones de combate del Canal». El nombramiento recayó en el coronel Johannes Fink, comandante de la segunda escuadra. A su disposición quedaron unos 75 bombarderos, otros tantos *Stukas* y cerca de 200 cazas y destructores.

Ya el 4 de julio detectaron los exploradores alemanes, a la altura de Portland la presencia del convoy O.A. 178, compuesto por mercantes de gran tonelaje. Dos grupos de *Stukas* se ocuparon de hundir cuatro barcos e incendiaron otros nueve o los dañaron gravemente. Otro grupo de *Stukas* se aproximó a Portland y atacó a dos buques surtos en el puerto.

Dowding mima a sus pilotos

Fue un éxito fácil. Aparte del fuego de un antiaéreo, que inutilizó un *Ju 87*, los *Stukas* no encontraron resistencia alguna. La razón primera era que el jefe de pilotos ingleses, el *Fighter Command*, teniente general (Air Marshal) sir Hugh Dowding, era de la opinión de que sus pilotos tenían como misión defender *Inglaterra*, pero no los cruceros por el Canal. En consecuencia se negó taxativamente a gastar a sus soldados en una lucha sobre el mar.

Con todo, la aniquilación del convoy O.A. 178 trajo consigo sus consecuencias. Por un lado, los ingleses trasladaron los puntos de atraque de su gran tráfico naval oceánico a los puertos del noroeste de la isla, o, en el caso de que un transporte tuviese que llegar a

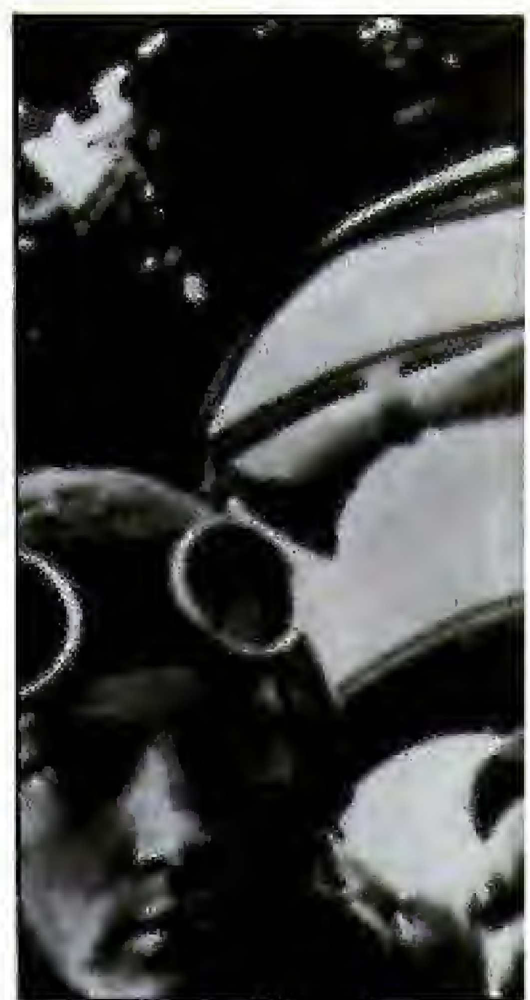
Londres, hasta el mismo vértice norte del país. Por otro lado, Churchill ordenó personalmente al *Fighter Command* que sus aviones patrullasen y protegiesen a los pequeños convoyes del Canal.
Dowding cumplió la orden, por supuesto que de mala gana, tardíamente y hasta en tonos provocadores: envió unos cuantos aparatos que tampoco hubieran significado una gran protección en el caso de un ataque alemán. Así hubieron de vérselas 6 ó 12 cazas británicos con formaciones alemanas de 30 bombarderos y otros tantos cazas, en una misión amarga y condenada al fracaso.
Al mando aéreo alemán tampoco le satisfizo aquella actitud remisa del *Fighter Command* porque esperaba atraerlo a la lucha, con lo que ello hubiera significado, ya en la fase de preparación, para el debilitamiento del enemigo. El jefe de combate del Canal, Fink, ordenó a sus unidades que realizasen una constante operación de «caza libre», además de proteger a los bombarderos. En alguna ocasión el coronel Osterkamp se permitió incluso sobrevolar la costa sur de Inglaterra con su escuadrilla de caza número 51, en formación de parada, mientras el *Fighter Command* se limitaba a observar la maniobra.
El 10 de julio se produjo la primera confrontación de importancia. Hacia el mediodía, un avión de reconocimiento comunicaba que había divisado un gran convoy a la altura de Folkestone. El coronel Fink ordenó que despegase el segundo grupo de *KG 2*, con unos 50 bombarderos de tipo *Do 17*, y, como refuerzo, el tercer grupo de *JG 51*, al mando del capitán Trautloft, con 20 *Me 109* y 30 destructores *Me 110*, de la unidad de destructores 26.
En total eran 70 entre bombarderos, destructores y cazas. Todos ellos se dirigieron hacia el convoy, escoltado rutinariamente por una escuadrilla de *Hurricane*. El capitán Trautloft divisó a los 6 cazas ingleses sobre su aparato; no atacaban, sino que preferían esperar quizás un oportunidad para echarse en picado sobre los bombarderos que volaban por debajo.

De repente el cielo se pobló de cazas ingleses

Por su parte, Trautloft tampoco podía atacar a los aparatos enemigos. No podía separarse de los bombarderos a los que debía prestar protección y devolver sanos y salvos a casa. Algunos minutos después los bombarderos estaban ya cerca del objetivo, lanzaron sus cargas explosivas y Trautloft inició la maniobra de regreso al continente. Cuando echaba un último vistazo a su alrededor divisó que «de repente, el cielo se poblaba de cazas ingleses», como escribiría después.
A diferencia de lo habitual, el comandante del *11 Fighter Group*, vicemariscal Keith Park, movilizó esta vez otras cuatro escuadrillas con lo que los ingleses se encontraron por primera vez en mayoría frente a los efectivos de Trautloft: 18 *Hurricane* y 12 *Spitfire* contra 20 *Me 109*. Instantes después el medio centenar de aparatos viraron violentamente estrechando el círculo y comenzó el combate trazando curvas peligrosas.
Aquel 10 de julio, en que por primera vez el *Fighter Command* enfrentaba una nutrida escuadrilla a los bombarderos que atacaban desde el otro lado del Canal, es para muchos historiadores británicos el comienzo de la batalla aérea de Inglaterra. En realidad sólo se trató del ataque de una fuerza de choque de la *Luftwaffe* al sur de la isla, como ocurriría la semana siguiente. Solamente a finales de julio tomarían parte en las operaciones otras unidades mayores de caza en la batalla del Canal. Hasta primeros de agosto no intervendría en la operación el grueso de la aviación, como primer paso de los preparativos para la gran ofensiva contra Gran Bretaña.
Este gran ataque adquirió una repentina urgencia. Hitler, tras largas vacilaciones, ordenó la preparación del desembarco –Operación «León Marino»– con la Directiva número 16, correspondiente al 16 de julio de 1940.

El tiempo apremia

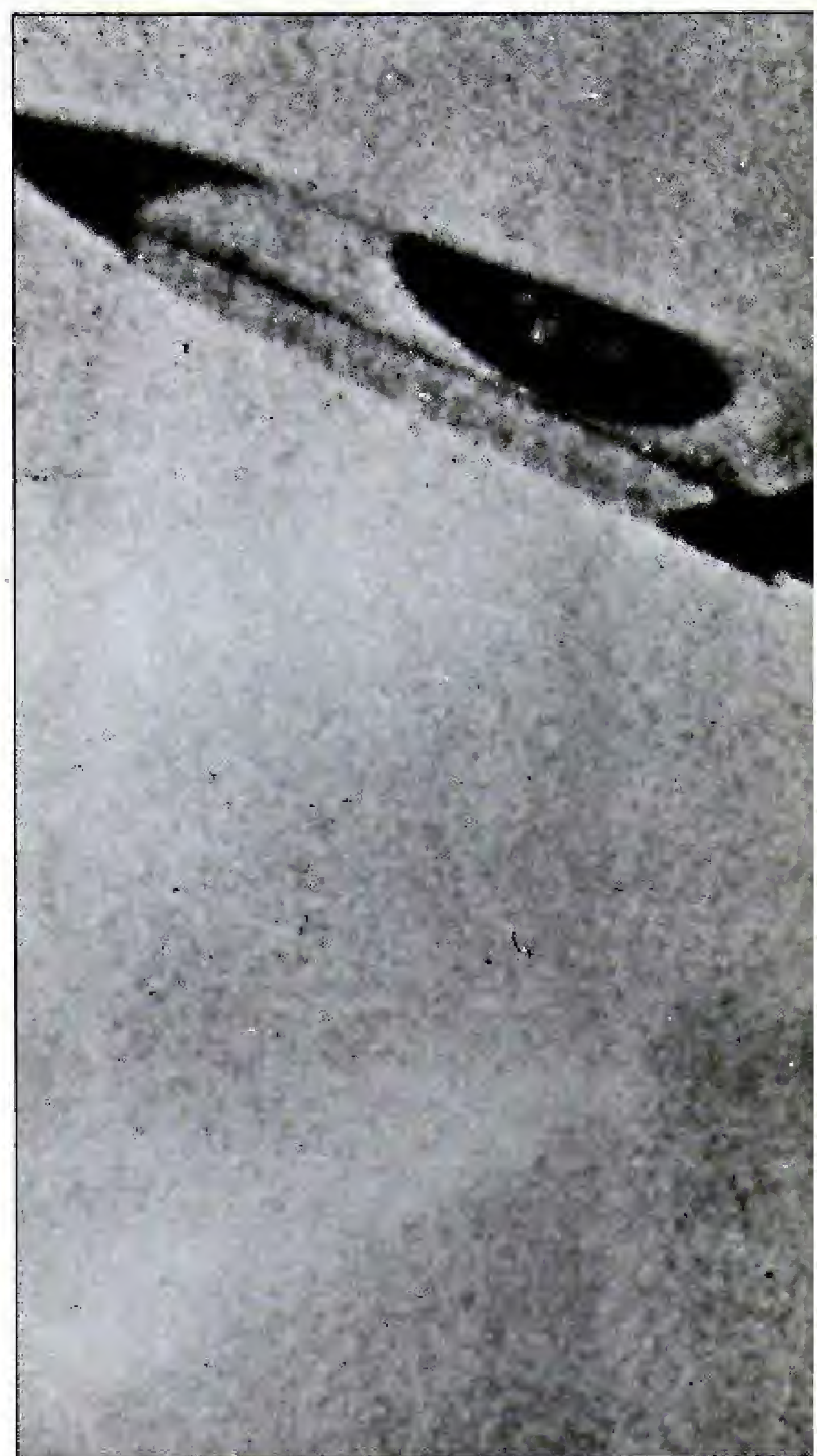
Para la *Luftwaffe* aquello no constituía una alteración fundamental de su plan de operaciones –el dominio del espacio aéreo del sur de Inglaterra– que figuraba en el primer lugar de su lista de prioridades. Sólo que ahora el tiempo apremiaba. Por lo demás el mando aéreo creía en aquel momento poder quebrar la espina dorsal de la aviación enemiga mediante una batalla concentrada de 3 ó 4 días. Sobre la base de esta valoración tan optimista no se veía motivo alguno para acelerar los preparativos del gran ataque.
Sólo el 2 de agosto impartió Göring la orden oportuna para ese gran ataque, que recibió el nombre cifrado de «Día del águila». Únicamente faltaba fijar una fecha, ya que esto dependía del tiempo atmosférico: tres días sucesivos con buenas condiciones climáticas eran el requisito para decidir la puesta en marcha del programa.
Los meteorólogos predijeron tiempo bonancible a partir del 4 de agosto, pero este plazo era precipitado para la *Luftwaffe*, ya que necesitaban algunos días más para los últimos preparativos. Una vez concluidos, el 8 de agosto el



Piloto y observador de un bombardero alemán durante el ataque a unos cargueros ingleses en el Canal.

Un proyectil haciendo blanco. Tras el éxito logrado por la «Luftwaffe», los británicos encaminaron sus buques a los puertos occidentales. Londres se alcanzaba por la ruta del Norte.

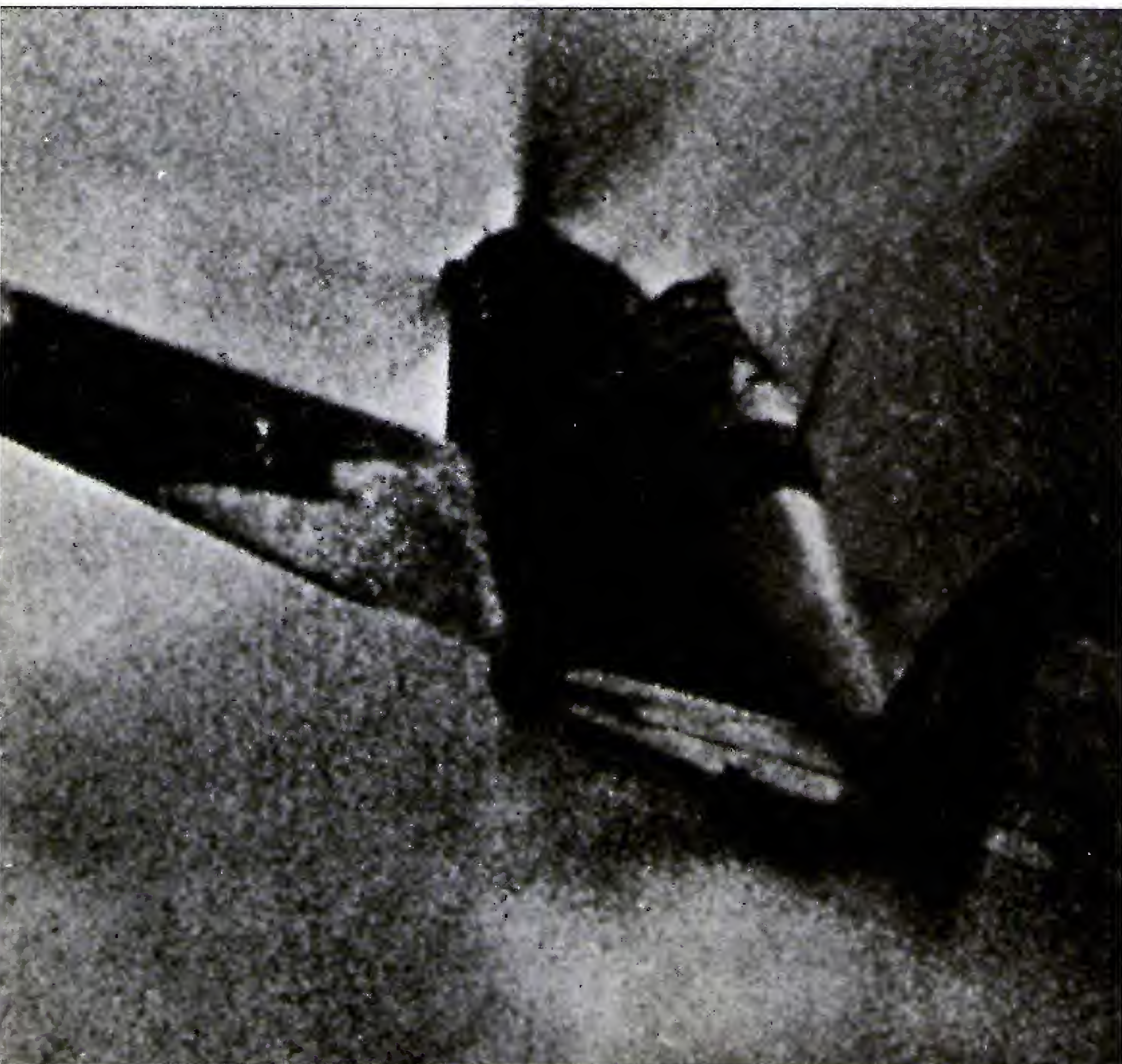












tiempo ya era desapacible y no prometía mejorar. El «Día del águila», fijado en principio para el 10, tuvo que aplazarse otra fecha, y luego se retrasó sucesivamente por la misma causa. Al fin el anticiclón de las Azores pareció traer el buen tiempo. La nueva fecha fue el 13 de agosto.

Habían pasado más de dos meses desde que, a primeros de junio, los restos del Cuerpo Expedicionario británico habían regresado de Dunkerque. Dos meses en los que Inglaterra, relativamente tranquila, había dispuesto lo necesario para rechazar el ataque previsto. El mando británico veía claramente que el destino de Inglaterra dependía de la defensa aérea. En un informe que presentaron a Churchill, a principios de mayo, los jefes de Estado mayor del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, se decía: «Mientras exista la Royal Air Force, la Navy y la Aviación deberían impedir una invasión alemana. En el caso en que Alemania logre el predominio completo en el aire, la Armada sólo podrá resistir la invasión por un tiempo limitado. En estas circunstancias no serían suficientes nuestras Fuerzas Armadas para impedir una invasión seria. El punto neurálgico para nosotros es la superioridad aérea...»

Las cosas no parecían rodar bien para Gran Bretaña por aquel tiempo. El *Fighter Command* había sufrido en Francia graves pérdidas: más de 300 cazas hasta el final de la retirada de Dunkerque con otros tantos pilotos muertos, desaparecidos o prisioneros de los alemanes. El número de aparatos disponibles se podía situar en unos 330, mientras que la industria tan sólo contaba con una reserva de 24 aviones.

Un civil salva a Inglaterra

En esta situación se decidió Churchill por una medida feliz para Inglaterra como luego se vería: desvinculó la producción aeronáutica de la competencia del ministerio del Aire, creando uno exclusivamente para la producción de aviones, al mando de «un civil insospechado», como diría un mariscal del Aire que se sintió molesto con el nombramiento: el magnate de la prensa, lord Beaverbrook.

La dotación de un «Ju 87» derribado es hecha prisionera. El lento «Stuka», provisto de una sola ametralladora trasera, era una presa fácil para los cazas ingleses (arriba).

Una cámara instalada en un «Me 109» registró este blanco sobre un avión «Hurricane». A diferencia de los «Spitfire», el «Hurricane» estaba muy por debajo de los cazas «Messerschmitt».



Dibujo original de «Signal» con Inglaterra y el Canal como campo de batalla.

(H) Una unidad mixta en vuelo hacia Inglaterra.

(I) «Stukas» y cazas parten para un combate en escuadrilla.

(K) Cazas británicos presentan batalla a esta unidad.

(L) «Stukas» atacando buques de los que parten globos a modo de barreras

(M) Las unidades de ataque toman tierra tras lograr su objetivo.

(N) Lanchas salvavidas de la Marina de guerra buscan en las aguas a posibles pilotos supervivientes.

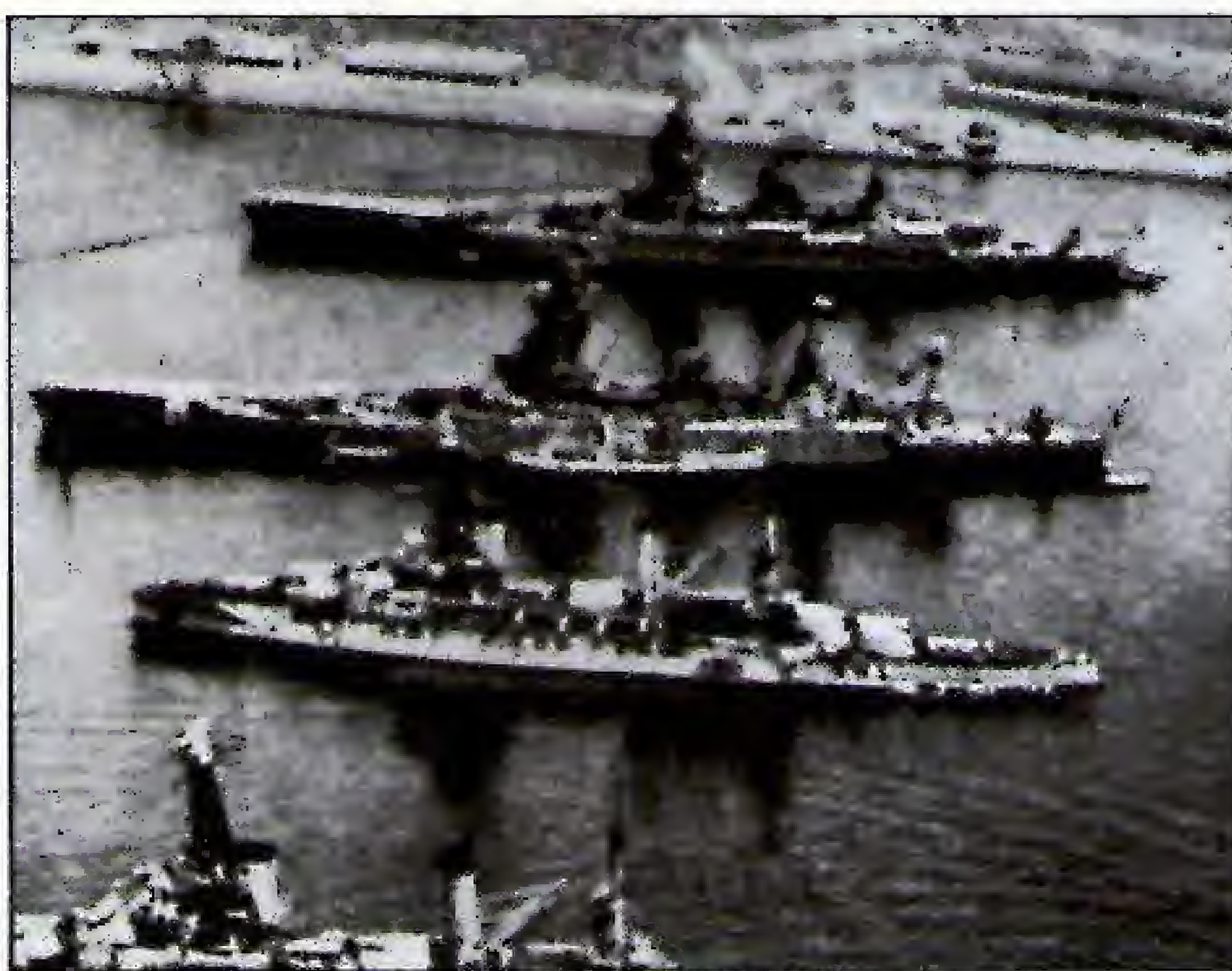
En realidad, Beaverbrook, que contaba ya 60 años de edad, no tenía ni idea de lo que significaba producir aviones. Era canadiense, agente de seguros desde los 30 años, inmigrado a Inglaterra por asuntos de trabajo. Allí, animado de su gran capacidad creadora y sus grandes ideas, logró crear el mayor consorcio de prensa del país. Churchill edificó un plan precisamente sobre esas cualidades cuando convenció al titubeante Beaverbrook para que aceptase el cargo. El lord de la prensa, en mangas de camisa, había de elevar la producción de aviones de caza sin saltarse a la torera las sagradas normas burocráticas y militares. Empezó por buscar colaboradores allí donde pudo encontrarlos: a uno –Trevor Westbrook– en el restaurante de un club de golf. Westbrook era un brillante ingeniero aeronáutico. Beaverbrook le vio paseando en el club y le invitó a tomar un trago en su mesa. El ingeniero declinó cortésmente: había perdido su puesto de trabajo por beber, y en consecuencia se proponía no tomar ni un trago hasta por lo menos encontrar otro. «Pues ya tiene uno –exclamó Beaverbrook– así que siéntese».
Westbrook construiría en pocas semanas, literalmente partiendo de la nada, aquella organización que alcanzaría, ya en plena batalla aérea, su punto más alto al corresponderle el 15 % de los efectivos puestos en servicio.
Beaverbrook logró lo que se le había pedido: cuando la batalla aérea empezó de lleno, las pérdidas experimentadas en Francia y en los combates que se desarrollaban sobre el Canal quedaron niveladas. Las escuadrillas contaban ahora con 620 cazas, de ellos 200 *Spitfires*, a punto de entrar en servicio. Y no sólo esto: la producción mensual de aviones de caza pasó de apenas 142 unidades en enero a 500 aparatos en el mes de julio. Dowding, jefe del *Fighter Command*, se sintió dotado de atribuciones.
Y esto incluso en otro sentido: Dowding podía aprovechar el tiempo que le dejase la *Luftwaffe* para crear un sistema de radar de alerta y el de dirección de vuelo sobre la base del primero, pudiendo sobre todo probarlos en una verdadera participación bélica.
El radar británico de la época trabajaba aún en una onda relativamente larga, 12 metros, y no era muy adecuada, aunque bastaba para detectar concentraciones de aparatos en la costa francesa. Esto y el sistema de observadores de tierra eliminaron en buena parte el elemento sorpresa de los ataques de la *Luftwaffe*. Las centrales de caza británicas consiguieron pronto una buena imagen de la situación en el aire y, en consecuencia, pudieron emplear racionalmente sus unidades. Para la aviación alemana, que poco después de la ocupación de la costa del Canal había desarticulado la cadena del radar británico, aquello fue una sorpresa desagradable. Los alemanes se creían muy adelantados en cuanto al desarrollo de la técnica del radar (llamada entonces técnica de medición radiofónica). Tampoco el sistema del mando de vuelo inglés pasó desapercibido a los alemanes, que aún no habían desarrollado el suyo. Las comunicaciones por onda ultracorta entre los puestos de mando en tierra y los pilotos en vuelo podían captarse a una distancia relativamente corta.
Lo que continúa siendo un enigma es por qué los alemanes, que disponían de estos conocimientos casi desde un principio, no dedujeron las oportunas consecuencias. Durante la llamada «guerra del Canal» hubo sin duda alguna oportunidad de atacar no sólo buques sino también las antenas descubiertas que se levantaban en la costa... pero no se aprovechó. El primer, y tardío, ataque sistemático contra las estaciones de radar inglesas tuvo lugar el 12 de agosto, en vísperas del gran ataque planificado. Pequeñas unidades atacaron, respectivamente, las estaciones de radar de Dover, Rye y Pevansey, así como la de Ventnor, en la isla de Wight. Los ataques transcurrían impecables; los aparatos lanzaban sus bombas con una precisión matemática sobre los objetivos, y las dotaciones de los aviones veían, por las columnas de humo y las manchas dejadas por las explosiones, que los objetivos habían sido alcanzados, pero en medio del vapor podía apreciarse, casi enhiestos, los vértices de las antenas balanceándose desde luego, pero sin caer.

Sólo transitoriamente ciego

El ataque, aunque desarrollado magistralmente, fue un verdadero golpe en falso: las estaciones bombardeadas tan sólo permanecieron fuera de servicio durante dos horas, en tanto se reparaban los cables dañados, entraban en funcionamiento los efectivos de emergencia, y los «ojos» del *Fighter Command* volvían a ver. Con una sola excepción: las instalaciones de radar de Wight quedaron tan dañadas que no pudieron entrar de nuevo en servicio. Fue precisamente allí donde atacó el grupo más potente integrado por 15 aparatos *Ju 88*. Una prueba de que se actuaba con gran reserva: aquel éxito incluso pasó desapercibido para los alemanes, porque los ingleses instalaron a toda prisa un emisor, perfectamente inútil, que enviaba al éter la señal del radar. Resultado: los cuerpos de radiotelegrafistas alemanes pensaron que la central de Ventnor había vuelto a entrar en servicio sin que advirtieran la gran brecha abierta en la red del radar británico que once días después volvía a cerrarse en Wight tras las oportunas reparaciones. Y así llegó la mañana del 13 de agosto, el ya por tres veces aplazado «Día del águila», en que habría de comenzar el gran ataque. □

Caín contra Abel

La tragedia de la Flota francesa

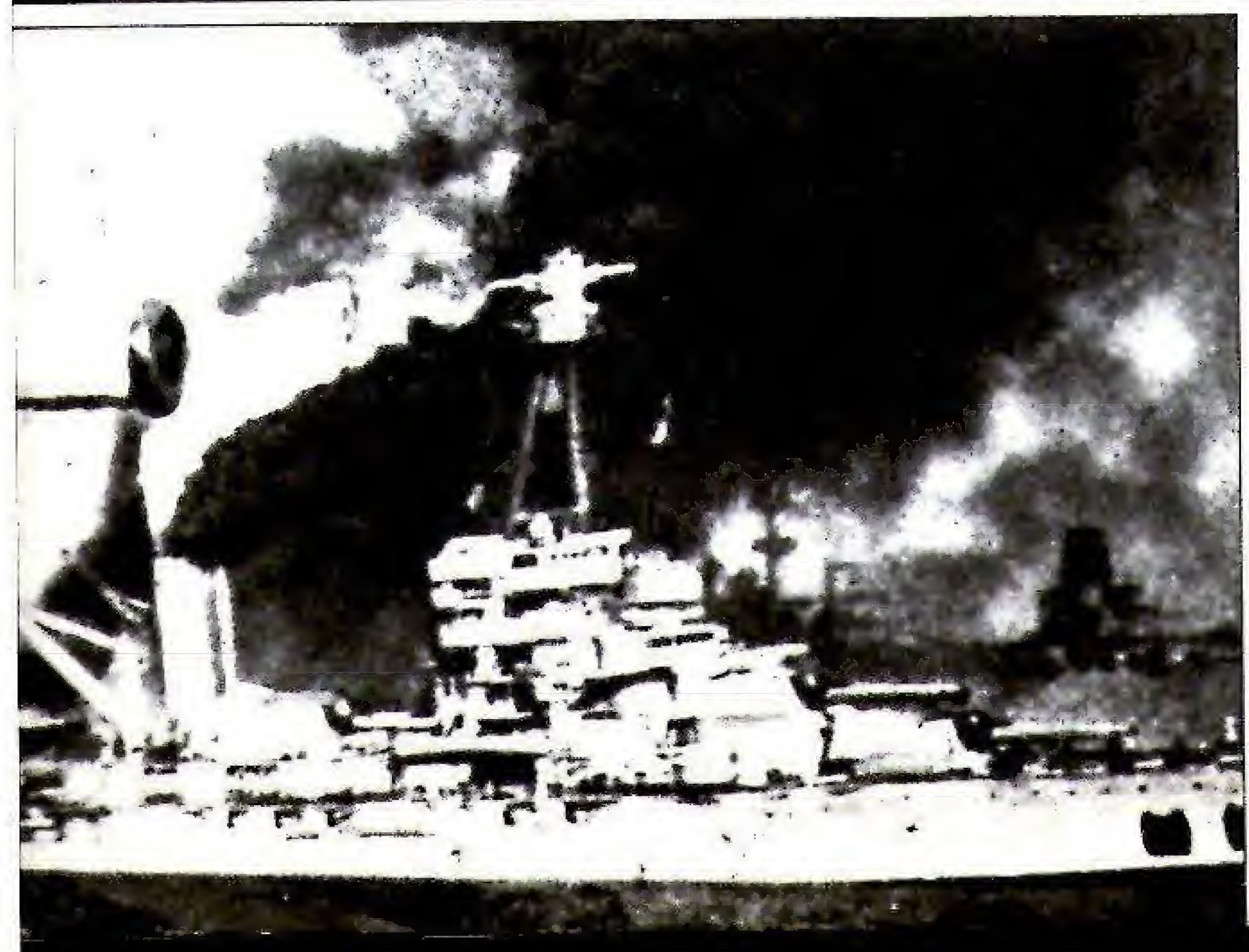
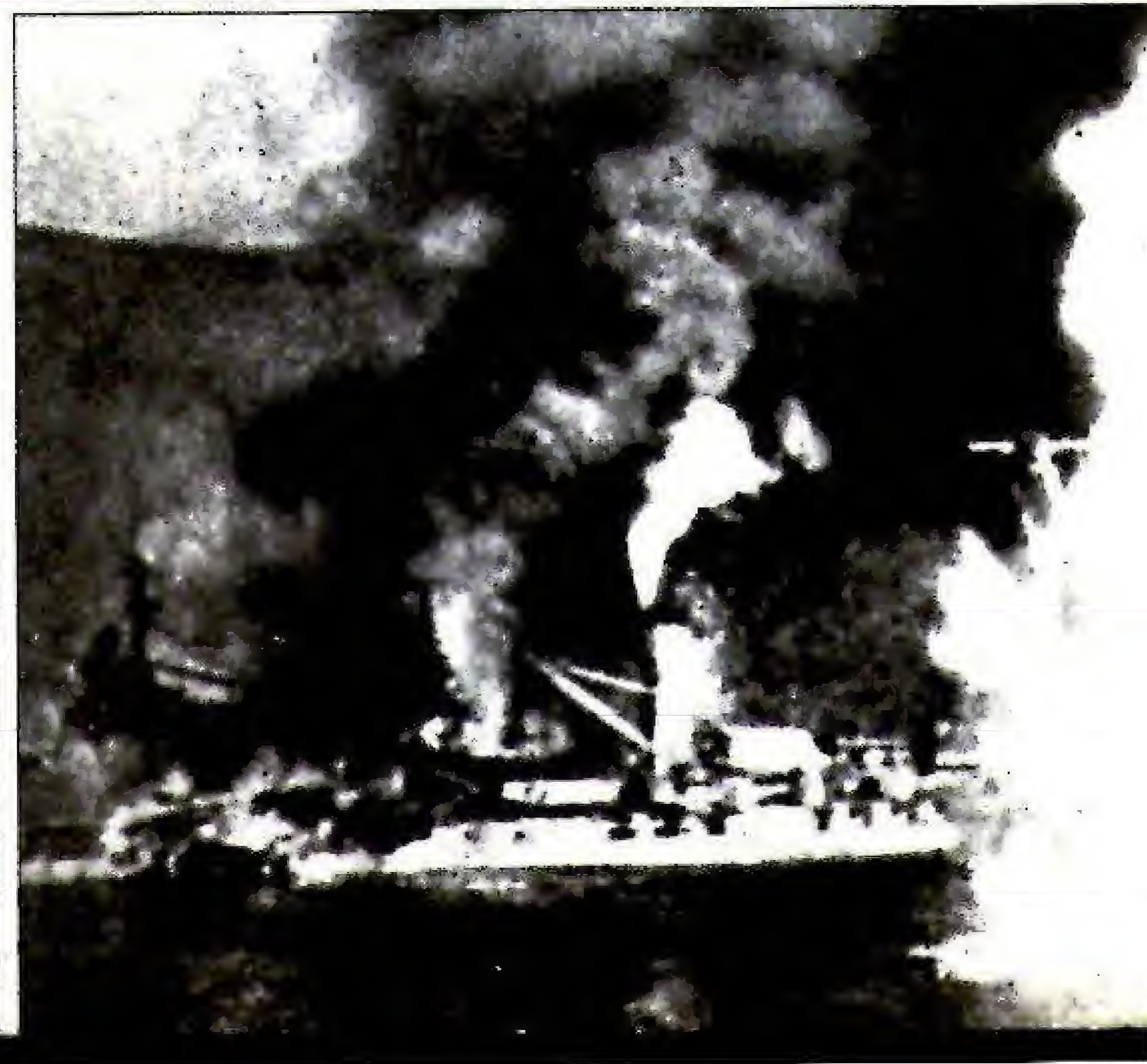


Marineros franceses asisten a los camaradas heridos. El 3 de julio de 1940, sobre los buques de guerra franceses «Provence», «Bretagne», «Strasbourg» y «Dunkerque» (de adelante atrás) surtos en el puerto de Mers-el-Kebir, cayó un diluvio de fuego de las unidades inglesas.

Cuando Francia capituló, su flota se encontraba intacta, casi por completo. El Gobierno no necesitó entregársela a los alemanes. Buques de combate, portaaviones, cruceros y destructores seguían bajo el mando francés. La mayoría de los buques se encontraban anclados además de en Francia, en puertos ingleses, africanos y de la India occidental; más no era posible su utilización por los Aliados. Al contrario, los ingleses debían contar con que algún día habrían de enarbolar la bandera alemana. En el acuerdo de alto el fuego se había establecido que estas unidades regresasen a Francia para ser desguazadas. Los ingleses, por su parte, no confiaban en que Hitler mantuviera lo pactado.

El Gobierno de salvación nacional decidió posteriormente la operación «Catapult». El 3 de julio de 1940 soldados ingleses penetraron furtivamente en los buques de guerra franceses surtos en los puertos de Portsmouth y Plymouth. Los ocupantes llevaban zapatos de fieltro y nadie pudo oírlos. Las dotaciones fueron desarmadas. En Alejandría el comandante francés fue forzado a romper los cierres de los cañones navales que le estaban encomendados. Algo semejante harían los ingleses en la Martinica. En los puertos militares de Dakar y Mers-el-Kebir, no lejos de Orán, se produjo una resistencia por parte francesa. Se produjeron combates navales en regla siendo torpedeados desde aviones los buques surtos en el puerto, al tiempo que poderosas unidades navales inglesas participaban en la misma operación. En Mers-el-Kebir hubo 1297 muertos.

Lo que tras Dunkerque apenas podía reconocerse como amistad, ahora se había convertido en odio. «Caín contra Abel», comentó el mariscal Pétain de Francia. «La operación de la flota inglesa fue un asesinato premeditado». Tres fuentes ilustran los aspectos políticos de lo ocurrido. El ministro francés de Asuntos Exteriores Baudouin acusa a los hermanos de armas. El primer ministro Churchill defiende a Inglaterra, Charles De Gaulle, líder sin pueblo, dice que ningún patriota puede hacer reproches a Inglaterra, pues, así y todo, el destino de Francia depende de que el reino de la isla venza a Alemania.

El drama de Orán

El 3 de julio una escuadra de la Flota británica atacó en la rada de Orán a buques de guerra franceses, cruceros, destructores y submarinos, que se encontraban allí en estado de desmovilización, según los acuerdos del alto el fuego. Por primera vez en la historia universal, una potencia cae sobre su aliado, por el simple hecho de que éste no se encuentra en situación de evitar una confrontación armada. Nuestras imágenes muestran los dramáticos momentos del hundimiento del navío «Bretagne».

La Flota francesa, sometida al fuego de buques de guerra britanicos.

Arriba: la acción británica contra la Flota francesa fue un bocado sabroso para la propaganda alemana. Así lo dejan traslucir las imágenes y el texto de la revista «Wehrmacht».

Serie inferior: el final del navio «Bretagne» en Mers-el-Kebir, el puerto militar de Orán.



Penalidades sin fin

Discurso radiado del ministro de Asuntos Exteriores, Baudouin, (4 de julio 1940)



El almirante Somerville (a la derecha, según la propaganda alemana) dirigió el cañoneo de Mers-el-Kebir.

En el momento en que Gran Bretaña ha realizado una operación contra nuestro puerto de Mers-el-Kebir, atacando buques anclados, hecho que arrojará una mancha imborrable sobre el honor inglés, parece obligada una mirada retrospectiva a la historia de nuestras relaciones con el hasta ahora aliado, desde la ruptura de las hostilidades.
Entramos en guerra contra Alemania siguiendo la estela de Inglaterra, primer país que declaró la guerra. Por nuestra parte movilizamos a todos los hombres comprendidos entre 20 y 47 años, es decir, tres millones, con lo que nuestra vida económica quedó prácticamente interrumpida.
Apenas iniciada la ofensiva enemiga sobre nuestro frente y pudimos calibrar el enorme peso de las fuerzas atacantes alemanas, clamamos a nuestros aliados pidiendo socorro urgente y asistencia, sobre todo en forma de aviones. Pudimos comprobar que a Inglaterra le preocupaba sobre todo emplear el máximo de su material bélico en la defensa de su propio territorio, sin que quisiera sacrificar nunca una parte sustancial de sus fuerzas en la defensa de suelo francés.
Tras el desastre del Mosa, el general Weygand solicitó, a los dos días de su jefatura suprema, que el Ejército inglés, en unión del Ejército galo del Norte y el Ejército belga participase en una ofensiva por el Suroeste, para romper el cerco de los alemanes y establecer contacto con nuestras tropas del Sur.



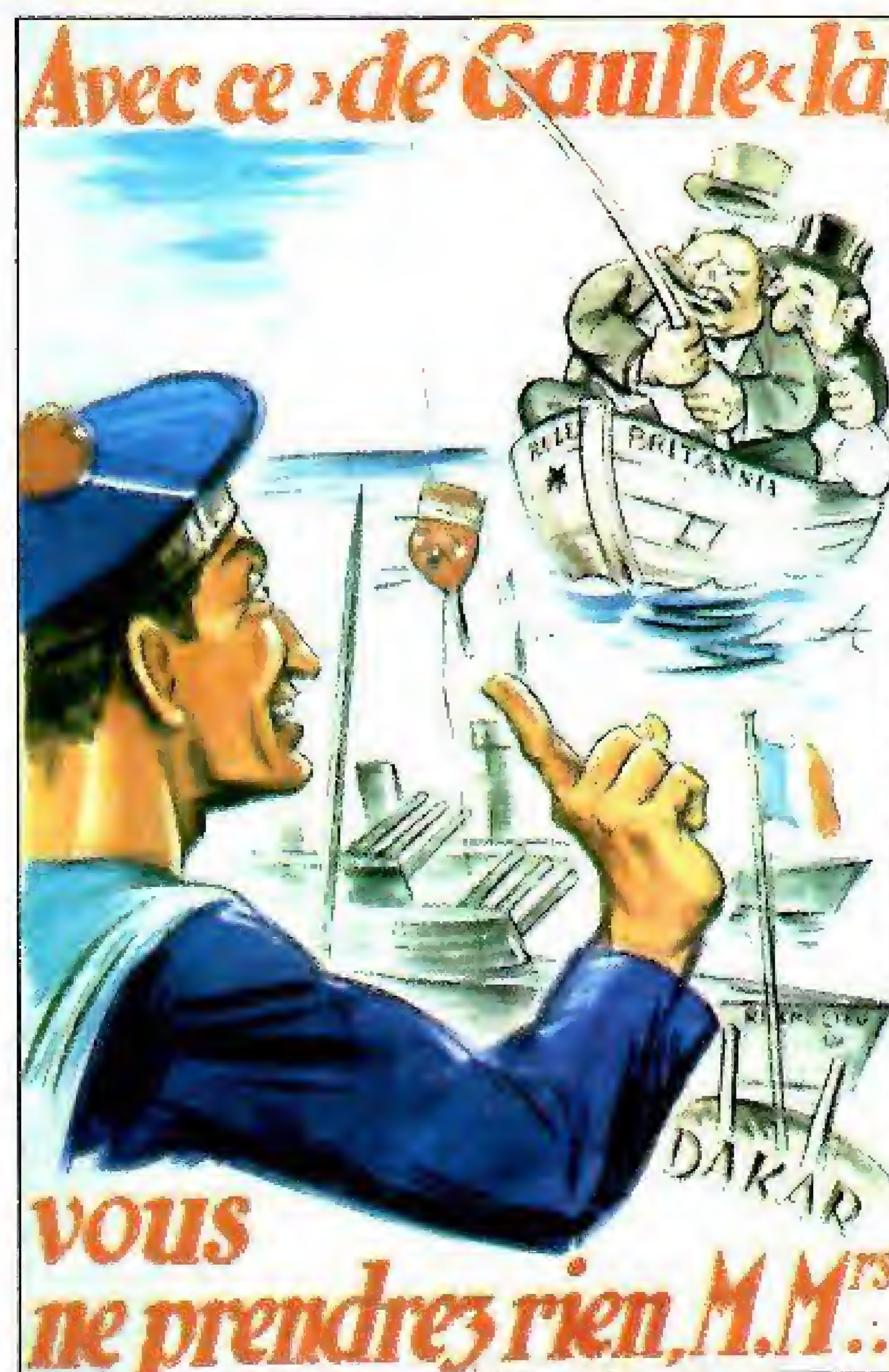
Paul Baudouin, ministro francés de Asuntos Exteriores.

Después que los ingleses estuvieron de acuerdo en principio, se produjo un titubeo y comenzó el reembarque en los puertos del Norte. Nuestra Marina de guerra, la misma marina que ahora ha sido atacada por la flota inglesa en las condiciones conocidas de todos, tomó parte al lado de la Armada inglesa en esta operación con una valentía que provocó la admiración del mundo y entregó como ofrenda un gran número de sus mejores unidades ligeras.
Desde ese momento tuvimos que detener en solitario el empuje de un enemigo muy superior en tropas y armas. Nuestro país quedó devastado, un cuarto de nuestra población quedó sin hogar vagando sin rumbo por nuestras carreteras.
Cuando no contábamos ya con medios para resistir al invasor ni teníamos ningún ejército intacto, nuestro Gobierno se vio obligado a aceptar el alto el fuego.
Esta medida no debilitó los medios de resistencia de Inglaterra, porque este país había retirado ya sus últimas tropas del nuestro.
Desde el alto el fuego, las pruebas no han cesado para el pueblo francés. Después de que, tras el comienzo de la ofensiva, Francia luchara en solitario por los intereses de los dos pueblos, todavía hubo de soportar el incesante bombardeo de sus puertos por la Aviación británica. Entretanto, cuál no sería su sorpresa e indignación al ver cómo la Marina británica, a pesar de su larga tradición de honor, se aproximaba al puerto de Mers-el-Kebir, donde teníamos nuestros buques según las cláusulas del acuerdo de alto el fuego, y, tras bloquearlos con minas, abría fuego sin escrúpulos contra las unidades amigas de ayer, precisamente cuando no podían ofrecer resistencia.
Estas realidades deberían influir fuertemente en el curso de nuestra política. Nuestras relaciones con Inglaterra han pasado a un nuevo plano. En consecuencia, hemos tenido que romper dolorosamente nuestras relaciones con un país que es responsable de la sangre de nuestros marinos.

Inglaterra no retrocede ante nada

Extracto de las Memorias de Churchill

Si, por cualquier razón, la Flota francesa cayese en manos del enemigo, cuando ya cuenta con las de Alemania y de Italia, significaría un peligro mortal para Gran Bretaña, contando también con que la amenaza japonesa se vislumbra ya en el horizonte. Al tiempo tal situación representaría un grave peligro para la seguridad de los Estados Unidos. El artículo 8 del armisticio germano-francés establece que la Flota francesa, prescindiendo de aquellas unidades necesarias para la defensa de los intereses coloniales franceses, «deberá quedar concentrada en determinados puertos sometida a control alemán o italiano, para ser desmovilizada y desarmada». Con ello se pretendía indicar, sin duda, que los buques de guerra franceses quedaban bajo control del enemigo con todo su armamento. Ciertamente que en el mismo artículo declaraba el Gobierno alemán oficialmente no tener la intención de utilizarla durante la guerra para sus propios objetivos. Sin embargo para cualquier persona razonable la palabra de Hitler, ¿podía merecer algún crédito tras lo ocurrido en el pasado inmediato y en el mismo presente?
Ahí estaba, si no, el artículo sobre «las unidades necesarias para la vigilancia de las costas y minado», disposición que habla bien a las claras de las supuestas garantías. La interpretación de este punto quedaba encomendada totalmente a la libre voluntad de los alemanes. Los nazis terminarían por declarar nulo el acuerdo de alto el fuego al menor pretexto. En realidad carecíamos de toda seguridad. A cualquier precio, con todo el peligro que esto suponía, nos vimos obligados a evitar que la flota francesa cayese en manos indebidas y terminase por hundir nuestras propias unidades.
El 4 de julio comuniqué a la Cámara Baja con todo detalle nuestra decisión. Hablé aquella tarde una hora o más haciendo una exposición detallada sobre tan lúgubres acontecimientos, tal como yo los conocía. A fin de poner en la debida luz este deplorable incidente, juzgué oportuno contrastarlo con el estado de emergencia en el que nos encontrábamos.
Que la Marina francesa como factor de fuerza casi hubiese quedado anulada en un solo combate, con una acción violenta, produjo en todos los países una impresión profunda. Había sido Inglaterra, que muchos tenían ya por acabada y que para muchos extranjeros estaba al borde de la capitulación ante un enemigo de fuerzas muy superiores. Esa noción lanzaba un golpe implacable a su mejor amigo de ayer asegurándose así por un tiempo el indiscutible señorío del mar. El mundo ya no podía dudar de que el Gobierno inglés de salvación nacional no se detenía ni arredraba ante nada ni ante nadie.
El espíritu inmortal de Francia capacitó a su pueblo para entender la hondura de la tragedia de Orán y encontrar en el fondo de sus lamentos por este nuevo golpe un hálito fresco de esperanza y de fuerza. El general De Gaulle, al que no consulté previamente, desde luego, adoptó una actitud gallarda y la Francia liberada y restaurada ha ratificado su línea de conducta. Los episodios que se narrarán aquí se los debo a Teitgen, uno de los jefes de la resistencia y después ministro de Defensa. En un lugar cerca de Tolón vivían dos familias de labriegos que perdieron un hijo en el ataque inglés a Orán. Entonces se organizó un funeral en el que participaron todos sus vecinos. Las dos familias exigieron entonces que sobre los féretros se colocase la bandera de la Union Jack junto a la Tricolor; deseo que se respetó. En este hecho podemos reconocer que el criterio del hombre sencillo, lleno de sentido común, rayaba en lo sublime.



La defensa por De Gaulle de las acciones contra Mers-el-Kebir y Dakar, dieron pie a esta hoja de propaganda alemana, distribuida en Francia. «Con este De Gaulle no pescarán nada, señores míos».

Nuestro Gobierno ha provocado el cañoneo

Discurso radiado de De Gaulle el 4 de julio de 1940

En razón de un deber infamante el Gobierno de Burdeos había decidido entregar sus buques al enemigo. No puede haber la menor duda de que el enemigo los utilizaría por principio y necesariamente contra Inglaterra y contra nuestro propio imperio. Así las cosas, digo sin rebozo que es mejor que hayan sido destruidos.
Prefiero ver a nuestro «Dunkerque», a nuestro querido y poderoso «Dunkerque» varado en la playa de Mers-el-Kebir que verlo algún día, gobernado por los alemanes, disparando contra los puertos ingleses o contra Argelia, Casablanca y Dakar.
Cuando el Gobierno establecido en Burdeos provocó este cañoneo fratricida y desvió la irritación de los franceses contra los ingleses traidores, lo hizo en su papel, en su papel de esclavo.
Si el enemigo aprovecha el incidente para enfrentar al pueblo francés con el inglés lo hace en su papel, en su papel de conquistador.
Si todos los hombres clarividentes de los dos pueblos mantienen las cosas en los términos en que ha producido este drama, por deplorable y atroz que sea, pero evitan que pueda traer consigo una animadversión moral entre ingleses y franceses, también cumplirán con su papel, con su papel de patriotas.
A los ingleses que piensan no puede escapárseles que no les será posible ninguna victoria si el espíritu de Francia se pasase alguna vez al enemigo.
A los franceses dignos de este nombre tampoco les puede pasar inadvertido que una derrota de Inglaterra sellaría su propia opresión para siempre...

ENEMIGOS HEREDITARIOS

Durante el reinado de Carlomagno aún se llamaban todos francos y vivían en paz. Vino luego el hijo de Carlomagno, Ludovico Pío y dividió el imperio. A partir de entonces se llamaron francos occidentales, los unos, y francos orientales, los otros. Y de ahí arranca la enemistad hereditaria según la irónica interpretación de Karlludwig Opitz.

Tenía forzosamente que partir su imperio, el rey franco Ludovico? Seguramente sí. Lo que había heredado de su padre, Carlomagno era demasiado grande para él, y sus mismos hijos no confiaban en sus propias fuerzas más que su progenitor. Por tanto tuvo que partir el reino. Esto sucedió el año 817. Durante un tiempo todo fue bien. Ninguno de los vecinos parecía preocuparse especialmente del otro. Y esto durante 700 años. Al cabo de los cuales los francos orientales nos permitimos el lujo de un Martín Lutero, que sacudió los cimientos de la Iglesia católica, siendo una abominación para los creyentes franco-occidentales. A cambio apareció su rey Francisco I, decidido a hacer la vida imposible a nuestro emperador Carlos V. Como al mismo tiempo se desató entre los francos orientales una epidemia de sífilis, se le adjudicó espontáneamente el nombre de «morbo gálico».

Y así continuaron las cosas. El rey Sol, Luis XIV, se sometió las provincias franco-orientales. Luego devastó el Palatinado. Cien años después aparecieron a orillas del Rhin los ejércitos revolucionarios de Napoleón. La medida estaba colmada. Papá Blücher, nuestro mariscal «Adelante», fue el artífice del desquite; logrando llegar con sus soldados al mismo corazón de la Franconia occidental, hasta el París deslumbrante. En 1870 lo consiguió un segundo general: Moltke y fue entonces cuando los pueblos supieron por qué no podían entenderse: el franco occidental era lascivo, mordaz, intrigante y comía ancas de rana; el franco oriental era incivilizado, bárbaro, imprevisible y solía acampar en oscuros bosques.

En 1914, como todo el mundo sabe, los hermanos enemigos llegaron otra vez a las manos, y a poco los francos orientales repiten la proeza de presentarse en París. Su jefe se volvió a llamar Moltke, pero esta vez era sólo el sobrino. No llegó más allá del Marne. No le fue posible. La enemistad, sin embargo, siguió en pie y tanto el tratado de Versalles como la ocupación de Renania se encargaron de mantenerla viva. Dos ministros, Stressemann y Briand decidieron enterrar las mazas de guerra y, de no ser porque poco después apareció como jefe de los francos orientales el estólido Adolf Hitler, quizás hubiera permanecido enterrada durante larguísimo tiempo. Así tuvo lugar un tercer intento, tras el cual Schuman y Adenauer fueron a su vez los llama-





Cien años de enemistad franco-germana en el espejo de la propaganda.

Arriba: tranquilo, la pipa entre los labios, un soldado alemán se lleva a dos niños franceses, mientras la madre, de rodillas, llora desesperada. Se trata de una alegoría: los niños son Alsacia y Lorena, separadas de Francia tras la victoria alemana de 1871.

Abajo: valerosamente los Aliados atacan al dragón alemán (propaganda realizada durante la primera Guerra Mundial).

A la izquierda: caricatura realizada durante la segunda Guerra Mundial: Francia está representada por el narigudo oficial que sostiene el cigarrillo en la mano, el negro de las colonias y el judío de la enorme nariz.

dos a enterrar para siempre los garrotes de la guerra.
¿Y hoy? La amistad es profunda y duradera. Sólo algunos socarrones mantienen la vieja tradición. Por ejemplo está Asterix, cuyas aventuras se encarga de difundir por entregas un editor de París. Una de ellas se ha titulado «Asterix y los godos», es decir, los francos orientales, y cuenta la historia de los incivilizados seres, bárbaros irrefrenables que acampan en los oscuros bosques...



William Lawrence Shirer

Diario

Berlín, 17 de mayo de 1940

La Línea Maginot ha sido rota a lo largo de unos cien kilómetros. La cosa está verdaderamente mal para los Aliados. Y reina la impresión de que la ayuda necesaria, sobre todo en forma de aviones, prometida por el presidente Roosevelt a los Aliados, llegará tarde. Salvo que los alemanes sean contenidos de manera inmediata. Por la noche el Cuartel General ha dado a conocer la noticia de que a la caída de la tarde las tropas alemanas habían entrado en Bruselas. Las cosas van alocadamente rápidas. En 1914 los alemanes necesitaron 16 días para llegar a Bruselas; esta vez lo han logrado en ocho.

Mañana debo visitar el frente. Quiero hacerme una idea de cómo el colosal Ejército alemán ha conseguido en tan poco tiempo rebasar Bélgica, Holanda y el Norte de Francia.

20 de mayo de 1940

El día de ayer no lo podré olvidar fácilmente: por primera vez he podido contemplar las destrucciones de la guerra sobre el propio terreno; los efectos de bombas y cañones sobre las gentes, sobre sus viviendas, sobre ciudades y pueblos, puentes y estaciones de ferrocarril, sobre los trenes y vías, sobre universidades y viejos y venerables edificios. Soldados muertos, vehículos y carros de combate destrozados. Tremenda visión. Trágico cuadro.

24 de mayo de 1940

Hitler comenzó hace dos semanas la guerra relámpago. Desde entonces han pasado muchas cosas: Holanda vencida, cuatro quintas partes de Bélgica ocupada, el Ejército francés retrocede derrotado en dirección a París. Un ejército aliado —un millón de hombres, lo mejor de las fuerzas franco-británicas— acorralado en el Canal.

Hay que ver al Ejército alemán en acción para creerlo.

26 de mayo de 1940

Ha caído Calais. Gran Bretaña se encuentra aislada del continente.

28 de mayo de 1940

Al amanecer se ha rendido el Ejército belga. El rey Leopoldo ha dado la orden de alto el fuego, buscando un armisticio. Los alemanes exigen la capitulación sin condiciones y el rey ha aceptado. Esto produce un gran vacío entre franceses y británicos, cuya situación califica ahora el cuartel general alemán de «desesperada».

La prensa celebra la caída de Bélgica, sólo tras 18 días como subrayan los periódicos.

30 de mayo de 1940

La gran batalla de Flandes y Artois se acercaba hoy a su fin. Los británicos llevan a cabo «la mayor retirada de la historia». En ella han perdido, según fuentes alemanas 16 buques de transporte y tres grandes buques de guerra. Seguramente exageran. Sobre todo cuando añaden que veintiún transportes y diez buques de guerra más han sido alcanzados y gravemente dañados, estando algunos completamente en llamas. Los británicos, sin embargo, han cubierto la retirada de sus tropas con cientos de aviones.

Han caído prisioneros los generales franceses Prieux y Giraud. Rumores de que Hitler está decidido a barrer Londres y París. En este sentido se ha desencadenado una campaña por prensa y radio. Al parecer se trata de preparar al pueblo alemán.

4 de junio de 1940

La gran batalla ha terminado. Un comunicado del Cuartel General asegura que «la batalla pasará a la historia como la más destructora de todos los tiempos». Ayer se han dado a conocer las pérdidas alemanas en la ofensiva occidental: «10.252 muertos; 8.467 desaparecidos; 42.523 heridos. Aviones derribados, 432. Estos datos sorprenden un poco, ya que no hace tres días los propios militares alemanes calculaban los muertos entre 35.000 y 40.000 y los heridos entre 150.000 y 160.000. Pero los alemanes creen cualquier número que se les dé con carácter oficial.

6 de junio de 1940

Por orden del «Führer» repican todas las campanas y los edificios se encuentran engalanados. Hay que celebrar la victoria en Flandes. En la orden del día Hitler ha dado a conocer a su Ejército y a su pueblo que ha desencadenado una nueva ofensiva hacia el Oeste. Se ignoran más detalles. Según la BBC la ofensiva comprende 200 kilómetros de frente, entre Abbeville y Soissons.

He oído decir que los Aliados han bombardeado la pasada noche Munich y Francfort. Hasta ahora Berlín se ha librado de los bombardeos. Aquí no se nota la guerra.

8 de junio de 1940

Pese a que la ofensiva se inició hace cuatro días, aún no se conocen detalles. El Alto Mando sólo comunica que se desarrolla con éxito. Ni un dato, ni un nombre. A veces uno duda...

9 de junio de 1940

Por fin se ha roto el silencio. El Cuartel General alemán ha afirmado esta tarde que los franceses han sido derrotados al sur del Somme, en el Oise. La BBC ha confirmado a su vez la noticia.

10 de junio de 1940

Italia ha entrado en guerra. Ha atacado a Francia por la espalda en el momento en que los alemanes se encuentran a las puertas de París. A las seis, el locutor encargado de leer las noticias ha advertido: «Dentro de una hora el Duce hablará a los italianos y al mundo. Todas las estaciones alemanas transmitirán su discurso».

Poco después del mediodía se había filtrado algo durante una conferencia de prensa a la que se nos convocó. Por la radio oigo ahora la voz chillona del Duce dando a conocer la decisión de Italia «de entrar en guerra al lado de los alemanes». Mientras tanto el Ejército alemán ha cercado París. La cosa se ha puesto muy fea para los Aliados.

11 de junio de 1940

Roosevelt ha prometido ayuda material a los Aliados. La Wilhelmstrasse asegura que la ayuda americana llega tarde. Hitler está seguro de que Francia caerá antes del 15 de junio. Y la propia Gran Bretaña a más tardar para el 15 de agosto. Un amigo me ha dicho que Hitler se comporta como si tuviera el mundo a sus pies. Los generales se encuentran desde luego satisfechos con los éxitos militares conseguidos, pero, al mismo tiempo, preocupados por el futuro teniendo un tipo tan alocado y fanático a la cabeza.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1941

POLITICA

10. 1.: Se firma en Moscú un tratado de fronteras y un acuerdo económico entre Alemania y la Unión Soviética.

13. 1.: Hitler recibe en su residencia de Berghof al rey Boris III de Bulgaria. Reserva búlgara sobre una posible adhesión al Pacto Tripartito.

14. 1.: El jefe del Estado rumano, Antonescu, visita a Hitler en Berghof para ofrecerse a luchar al lado de los alemanes «y en el caso de un ataque soviético a participar en la lucha con todas sus fuerzas».

17. 1: El ministro soviético de Asuntos Exteriores comunica al embajador alemán en Moscú que la Unión Soviética considera a Bulgaria zona de seguridad.

19.-20. 1.: Encuentro de dos días Hitler-Mussolini en Salzburgo y Berghof. Hitler comunica a Mussolini su decisión de atacar a Grecia desde Bulgaria y enviar a África un Cuerpo de Ejército alemán con el fin de aliviar la situación de las tropas italianas.

20.-23. 1.: El Ejército rumano, bajo el mando de Antonescu, sofoca una sublevación de la «Guardia de Hierro» de Horia Sima en Bucarest. Las tropas alemanas en Rumania mantienen una neutralidad expectante.

29. 1.: Muere el ministro de Justicia del Reich, Dr. Franz Gürtner. Hitler ordena luto nacional confiando los asuntos del ministerio al subsecretario, Dr. Franz Schlegelberger.



Ministro de Justicia Gürtner.

30. 1.: Con motivo del VIII aniversario de la toma del poder, Hitler pronuncia un discurso en el Sportpalast berlinés. Ante la amenaza de un posible bombardeo británico, el acto comenzó a las 16,30.

30. 1.: Himmler toma juramento en Oslo a los voluntarios nórdicos del estandarte «Nordland».

6. 2.: Hitler promulga la Directiva n.° 23 sobre «Instrucciones para la guerra contra la economía militar británica».

CUESTIONES MILITARES

5. 1.: Toma de Bardia por las tropas inglesas que hacen prisioneros a 45.000 italianos. Las tropas del grupo Libia, a las órdenes del mariscal Graziani, quedan así reducidas a cinco divisiones en la Cirenaica y otras cinco en Tripolitania.

6. 1.-13. 1: Convoy británico –Operación «Excess»– para fortalecer Malta. Por primera vez los «Stukas» del X Flieger-Korps toman parte en la lucha contra la Marina británica en el Mediterráneo, causando el hundimiento del crucero «Southampton» y graves daños al portaaviones «Illustrious».

10. 1.: Se presenta al Congreso norteamericano el proyecto de la Ley de Préstamos y Arriendos.

11. 1.: Directiva n.° 22 de Hitler disponiendo para el día 20.2 el envío a Libia de un Cuerpo blindado del Ejército alemán.

11-12. 1.: 278 aviones alemanes arrojan durante dos noches consecutivas sobre Londres 299 toneladas de bombas explosivas y 1421 artefactos incendiarios.

22. 1.: El XIII Cuerpo de Ejército británico conquista Tobruk. 25.000 italianos se rinden y caen en poder de los ingleses 208 cañones y 87 carros de combate.

22-23. 1.: Conversaciones en Predeal entre el mariscal List y una delegación búlgara sobre la posibilidad de una ocupación de Bulgaria.

28-1.: Hitler decide marchar sobre Bulgaria «lo más tarde posible».

29. 1.: En Washington se inician las conversaciones secretas angloamericanas a nivel de Estados Mayores sobre las operaciones conjuntas de los dos países en el caso de una entrada americana en guerra.

31. 1.: Se terminan los planes para la posible ejecución del plan «Barbarroja».

8.-11. 2.: El primer convoy alemán con destino a las unidades alemanas en el Norte de África sale del puerto de Nápoles hacia Trípoli.

12. 2.: Llega a Libia, un día después que las tropas alemanas, el general Rommel nombrado comandante en jefe de tales fuerzas con fecha del 15.2.

18. 2.: «Deutsches Africa-Korps» es el nombre otorgado a todas las unidades alemanas que combaten en Libia.

19-21. 2.: 125 aviones alemanes arrojan durante dos noches sobre Swansea 112 toneladas de bombas explosivas y 1091 artefactos incendiarios.

21.-22. 2.: Aviones británicos bombardean Wilhelmshaven.

28. 2.: 7 horas. Comienza la batalla del puente sobre el Danubio, a la altura de Giurgiu para la invasión de Bulgaria.

1. 1.-28. 2.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico 59 mercantes aliados con un total de 306.351 toneladas.

1. 1.-28. 2. Pérdidas de la población civil británica como consecuencia de los ataques aéreos alemanes durante estos dos meses: 2343 muertos y 3089 heridos.

CULTURA Y TECNICA

1. 1.: Con motivo del Año Nuevo, en su discurso a los alemanes residentes en el extranjero, el jefe del departamento exterior del partido nacionalsocialista, «Gauleiter» Bohle, ha dicho, entre otras cosas: «Vosotros seréis colaboradores de esta revolución mundial que se sellará con la victoria alemana en este año decisivo de 1941».



Familia escuchando el aparato «popular» de radio.

1. 1.: Alemania cuenta con 14.882.496 abonados a la radiodifusión.

1. 1.: El jefe de la organización juvenil ha dado a conocer las «Instrucciones generales sobre el servicio obligatorio en la Juventud Hitleriana».

19. 1.: El equipo alemán aficionado de boxeo gana en Copenhague el noveno encuentro entre los dos países. La representación alemana que iba perdiendo por 0-6, acabó derrotando a la danesa por 10-6, gracias al dominio de sus pesos pesados.

23. 1.: En Göteborg el equipo nacional alemán de balonmano derrota al sueco por 15-14.

30. 1.: La dirección alemana de Correos ha puesto un sello en circulación con las efigies de Mussolini y Hitler.

31. 1.: Se está pasando en los cines comerciales la película de la expedición a Bali –título «Bali-Kleinod der Südsee»– que la comisión cinematográfica calificó en su día de «instructiva y de gran valor cultural».

2. 2.: El equipo alemán de esquí acapara los premios de Cortina d'Ampezzo. Sus componentes: Albert Pfeiffer, Josef Jennewein, Christl Cranz y Gustl Berauer se alzaron con todos los primeros puestos de las combinadas alpina y nórdica.

12. 2.: Hitler envía una foto dedicada al militante de más edad de las SA, «Obersturmführer», Andreas Hofmann, que acaba de cumplir 95 años.

28. 2.: Estreno de la película «Kampfgeschwader Lützow», filmada con la ayuda del Ejército, la Marina y la Aviación y que trata de la victoria sobre Polonia en 1939. La película ha merecido todas las recomendaciones de la censura, sobre todo, para los jóvenes.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

De Gaulle, Charles, general y político francés. Nació el 22-XI-1890 en Lille, murió el 9-XI-1970 en Colombey-les-Deux Églises. En 1918 participó en la lucha contra el Ejército Rojo. En 1937 el coronel De Gaulle se mostró partidario de la creación de cuerpos blindados como ejército de choque francés, pero luchó en vano contra los estériles conceptos defensivos del Estado Mayor. En 1940, ascendido a general, le fue imposible influir en el curso de la guerra, se trasladó a Londres y se convirtió en jefe de los Franceses Libres que incitaban a la lucha contra la Alemania vencedora. Condenado a muerte por el Gobierno de Vichy. El 15-V-1944 jefe del Gobierno provisional de la República francesa. El 28-VIII-1944 entrada en París. En enero de 1946, dimisión. En 1958 presidente de la V República; concluyó la guerra de Argelia; desarrolló el concepto de una «Europa de patrias» y se opuso a la entrada de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea. Creación de la potencia atómica francesa, la llamada «force de frappe». El 28-IV-1969 abandonó la política.

Degrelle, Léon, jefe del movimiento nacionalista belga. Nacido el 15-VI-1906 en la provincia belga de Luxemburgo. Fundó en 1930 el rexismo, con la pretensión de reformar el viejo partido católico de su país. Encarcelado y expulsado a Francia, Degrelle volvió a su país tras la capitulación belga en junio de 1940 y fundó la Legión Valona, que luego se integraría en las SS. En ella fue oficial y llegó a comandante. Al final de la guerra consiguió huir primero a Oslo y luego a España, donde puede que aún se encuentre. El 14-XII-1945, en Bruselas, fue condenado a muerte en rebeldía.

Demiansk, ciudad soviética al sureste del lago de Ilmen. El 18-I-42, el Cuerpo de Ejército II (general de Infantería von Brockdorff-Ahlefeldt) y parte del X (en total unos 95.000 hombres) quedaron cercados por el frente noroeste soviético (general Kusotshkin). La resistencia se mantuvo, asistida por aire, hasta que el 17-V-1942 se levantó el sitio.

«Demon», clave para la conquista de Grecia por tropas inglesas, del 24 al 29-IV-1941. La flota inglesa transportó 50.672 soldados de la Commonwealth a Creta y Egipto. Bombarderos alemanes hundieron 2 destructores y 4 transportes de 40.480 toneladas de registro bruto.

Desnazificación, depuración ordenada por los aliados vencedores para «liberar al pueblo del nacionalsocialismo y del militarismo», con objeto de castigar y separar, a los comprendidos en el apartado, de la vida pública. Con pequeñas variantes se llevó a cabo en todas las zonas el mismo procedimiento. Una encuesta directa por medio de un cuestionario —el americano contenía 131 preguntas—. La calificación era de diferentes grados: 1 Culpable riguroso. 2 Responsable. 3 Relativamente responsable. 4 Compañero de viaje. 5 Inocente. Las penas iban del encarcelamiento hasta por diez años, la pérdida de la fortuna, la pérdida del cargo, la prohibición de ejercer el oficio o profesión, pérdida de la pensión por jubilación, multas diversas. Pérdida de los derechos cívicos. La desnazificación se desarrolló entre denuncias y engaños. Se negociaron los certificados por medio de los cuales muchas de las personalidades comprometidas pudieron alcanzar, pese a su pasado nazi, el ser consideradas «leales y participantes en la pasiva resistencia».



Cartel de propaganda de la legión de voluntarios de las SS de Valonia, creada por Degrelle.



Hitler esperaba que Franco, en agradecimiento por la ayuda recibida

Deutschland, crucero pesado alemán (v. *Lützow*).

Deuxième Bureau, Servicio de información francés del Ejército, como segundo departamento del Estado Mayor. Mantenía una estrecha colaboración con el S.R. (Service de Renseignement) que se ocupaba de todo lo relativo al espionaje y contraespionaje. Tras la división del Estado Mayor el 6-I-40, el D.B. quedó reducido prácticamente a la mitad. Como fuentes de información el D.B. contaba con el Estado Mayor de la Aviación y de la Marina, los ejércitos aliados, el ministerio de Asuntos Exteriores y los agregados militares. Tras la derrota, el D.B. se ocupó de organizar la resistencia, bajo diversos nombres y en cooperación con distintos grupos.

Dewoitine 520, avión de caza francés. Vuelo de pruebas en 1938. Primer aparato de combate a partir de noviembre de 1939. Se produjeron en total 610 aparatos. Se empleó en la guerra franco-alemana de 1940. De 1940-44, avión escuela de cuatro grupos de caza italianos y en las unidades de caza alemana números 103 y 105. Datos técnicos: motor de 910 caballos; velocidad máxima: 525 km/h; efectivos: cañón de 20 mm y 4 ametralladoras; autonomía: 1230 km.

DFS 230, planeador de carga del Instituto Alemán de Investigaciones sobre vuelo a vela, de Darmstadt-Griesheim. 22 m de ala a ala y 11,24 de longitud. Peso en vuelo (piloto y 9 soldados), 2100 kg. Primera intervención el 10-V-1940, para la ruptura del frente belga (ver «Eben-Emael»).

Dieppe, ciudad portuaria francesa en la costa del Canal. En ella tiene lugar el 19-VIII-42 la gran operación inglesa de desembarco «Jubilee». Unos 6000 hombres, mandados por el general de división Roberts, jefe de la división 2 canadiense, con carros y apoyo aéreo, ponen pie en Francia, pero la resistencia alemana (2 regimientos, artillería costera y ataques aéreos), impide que la operación culmine antes del mediodía. Pérdidas británicas:



El planeador DFS 230 aterrizando con auxilio de un paracaídas.



durante la Guerra Civil española, se uniría a las fuerzas del Eje. Pero lo único que obtuvo fue el envío de la División Azul al frente ruso.

4350 hombres (1179 muertos), 1 destructor, 33 vehículos de desembarco, 106 aviones. Pérdidas alemanas: 591 (311 muertos), 1 cazasubmarinos, 48 aviones. La operación «Jubilee» fue un fracasado ensayo general de invasión.

Dietl, Eduard, general alemán (1-VI-42). Nacido el 21-VII-1890 en Bad Aibling y muerto el 23-VI-1944 en Hartberg, en la Estiria austríaca, en accidente de aviación. Ingreso en el ejército en 1909. En 1938, general de división. 1-V-38: comandante de la tercera división de montaña. 1-IV-40: teniente general. Defendió Narvik en abril y mayo de 1940. El 14-VI-40, general comandante del cuerpo de montaña en Noruega; 19-VII-40: general jefe de las tropas de montaña. 15-1-42 / 23-VI-44: jefe supremo del Ejército 20 (ejército de Laponia), en Finlandia.

Dietrich, Josef (Sepp), jefe de «Oberstgruppen» de las SS y general de los cuerpos armados de las mismas. Nacido el 25-V-1892 en Hawangen (partido judicial de Memmingen), muere el 21-IV-1966 en Ludwigsburg. Entra en 1911 en el ejército. A partir de 1918, en la policía. En 1923 ingresa en el partido nazi. Durante 1933, y hasta julio de 1943, comandante del Estandarte personal de Adolf Hitler; poco después, jefe de la primera división acorazada de las SS. Dirigió en 1934 las ejecuciones Röhm y de otros jefes de las SA. El 27-VII-43 / 24-X-44, comandante general del primer cuerpo acorazado de las SS. Octubre 44-mayo 45, jefe supremo del sexto ejército acorazado de las SS (ofensiva en las Ardenas, Hungría, Austria). En julio de 1946, condenado a cadena perpetua en el proceso de Malmedy. Puesto en libertad en octubre de 1955. El 14-V-1957, condenado a 18 meses de cárcel por asistencia en asesinatos. Nuevamente puesto en libertad en febrero de 1959.

Dinamarca, reino situado al norte de la frontera alemana. Ocupado el 9-IV-1940 durante la operación alemana «Weserübung», con lo que se violó la neutralidad del país. Primer comandante de la *Wehrmacht* en Dinamarca, fue el general de aviación Kaupisch. El Ejército danés se redujo a 2200 soldados; la Marina tuvo que limitarse en lo sucesivo a cumplir funciones de vigilancia y de policía. Hasta 1943 Dinamarca gozó de relativa calma. El 29-VIII-1943 el gobierno danés dimitió tras rechazar las exigencias alemanas de imponer el estado de excepción, la creación de tribunales sumarísimos y la aplicación de la pena de muerte contra los saboteadores. El 29-VIII-1943, Alemania impuso el estado de excepción. Comienza entonces una oleada de huelgas y de sabotajes. La mayor parte de los buques daneses son hundidos por los propios marinos. Durante la ocupación Dinamarca sufrió 3213 bajas en vidas humanas, de ellas 113 víctimas de ejecuciones. No se incluye en esta cifra las bajas de los daneses enrolados en los ejércitos aliados. El 9-V-1945, buques de guerra británicos entran en el puerto de Copenhague.

División, gran unidad militar. Encuadra a 10.000 ó 17.000 hombres. División de Infantería: tres regimientos de infantería, un regimiento de artillería, secciones de información, zapadores, anticarros y reconocimiento. Estas unidades se estructuran en ocasiones como batallones. División alemana de infantería en 1939: 17.734 hombres; división acorazada: 11.792 hombres. A lo largo del desarrollo de la guerra se fueron reduciendo los efectivos. División de Infantería alemana tipo 45: solamente 11.900 hombres. El comandante de división en los comienzos de la guerra era un general de división o un teniente general; más adelante, graduaciones también inferiores.



Sepp Dietrich

División Azul, división española de voluntarios que luchó –como la 250 División de Infantería– junto a los alemanes en la campaña de Rusia. Enviada al frente en junio de 1941 al mando del general Muñoz Grandes ocupó sus posiciones a partir del 14-X-1941 en Vóljov y el lago de Ilmen. Ante las presiones aliadas, la División fue repatriada a España el 7-X-1943.

Dönitz, Karl, gran almirante alemán y presidente del Reich. Nacido el 16-IX-1891 en Berlín. Hizo la guerra comercial en el Mediterráneo y Atlántico como comandante de submarino a finales de la primera conflagración mundial. De enero de 1936 a octubre de 1939, fue sucesivamente jefe y comandante de submarinos. El 31-I-43, gran almirante y jefe supremo de la marina de Guerra. 30-IV-45, se le nombra sucesor de Hitler. 5 de mayo, constitución de un gobierno provisional del Reich, con sede en la es-



La playa de Dieppe, cubierta por restos de vehículos británicos.



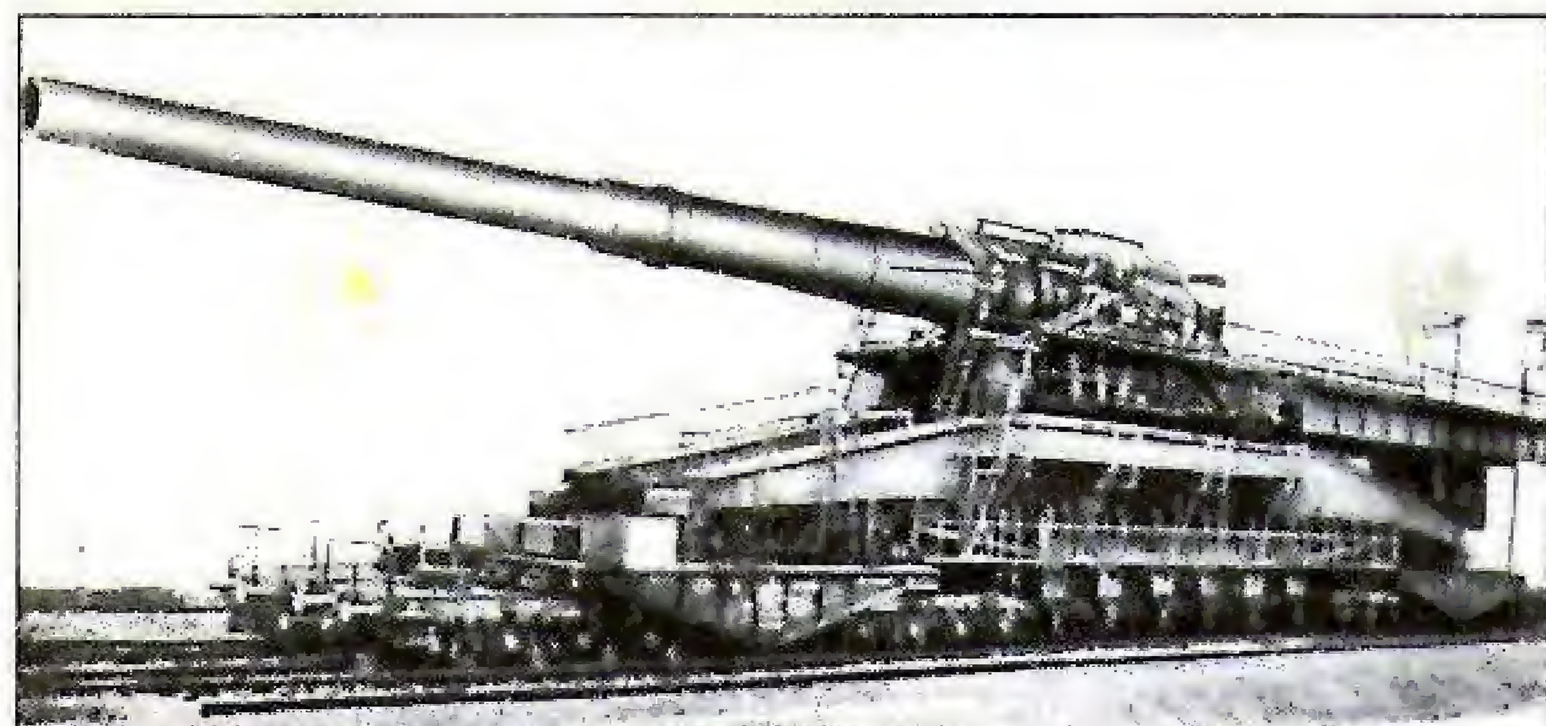
Karl Dönitz

cuela de la marina de Mürwik, cerca de Flensburg. El 23 de mayo, Dönitz es detenido con todo su gobierno por tropas británicas. El 1-X-46, condenado en Nuremberg a 10 años de cárcel, que cumplió en la prisión militar berlinesa de Spandau. En la actualidad vive retirado en Aumühle, cerca de Hamburgo.

«Donnerschlag», plan de ataque para liberar al Ejército 6 alemán (general Paulus), sitiado desde el 22-XI-1942 por fuertes efectivos del Ejército Rojo en el área de Stalingrado. En la operación intervendría el Ejército acorazado 4 (general Hoth), a partir del 12-XII-1942. Hitler prohíbe que se produzca el ataque, que hubiera sido posible antes de las Navidades.

Dora, (Eiserner Gustav), gran cañón alemán. Calibre 80 cm (peso de las granadas, 7,1 t). Peso del arma: 1.350.000 kg. Longitud del tubo: 32,48 m; 3 disparos por hora. Alcance del disparo: 47.000 m. Comenzó a desarrollarse en 1937, por la casa Krupp. A primeros de 1942 ya estaba terminado el primer ejemplar. Se empleó por primera y única vez en el ataque a Sebastópol. Luego se instaló en Leningrado, pero apenas si se utilizó. Todavía se realizaron dos unidades más, que no llegaron finalmente a emplearse.

Dornier-Werke, fábrica de aviones creada en Friedrichshafen en 1922. En ella se construyeron numerosos planeadores (Do X, Wal, Superwal, etc.) hidroaviones y cazas. Sus modelos más conocidos durante la segunda Guerra Mundial fueron el bombardero *Do 17* (ver Lápiz volador); *Do 18* (1937), avión de reconocimiento: 4 hombres de dotación, dos motores de 600 caballos, velocidad máxima 260 km/h, autonomía 3000 km. *Do 217* (1940), bombardero: dos motores de 1560 caballos, velocidad máxima 515 km/h, peso de las bombas 3,7 t, autonomía 1550 km. *Do 335* (1943): monoplaza de caza, dos motores de 1750 caballos, velocidad máxima 730 km/h autonomía 2150 km, efectivos, dos cañones de 20 mm y uno de 30. En la segunda Guerra Mundial se produjeron 506 *Do 17;* 1730 *Do 217*; 71 *Do 18;* y unos 30 *Do 335.*





La granada de artillería mayor del mundo (abajo). El proyectil era lanzado con el cañón Dora (arriba). El cañón tenía una dotación permanente de 500 soldados. En la construcción se empleó de 4 a 6 semanas.

Dortmund, gran ciudad industrial de Westfalia. En 1940, unos 540.000 habitantes. La ciudad sufrió grandes ataques aéreos: 4/5-V-43, 495 bombarderos ingleses arrojaron sobre ella 1436 toneladas de bombas; el 23/24-V-43, 2042 toneladas; y el 11/12-XI-44, 1122 toneladas. El 12-III-45, mil aviones de la RAF lanzaron 485 toneladas. En total, el 66 por ciento de las casas de Dortmund fue destruido por los bombardeos.



La ciudad de Dresde después del ataque aéreo del 14-II-45.

«Dragoon», nombre clave para la operación de desembarco aliado en el sur de Francia, el 15-VIII-1944. Participación: Ejército 7 americano (general Patch) junto con el Cuerpo VI americano y el II francés. Al llegar la noche se habían trasladado a tierra, el 17-VIII, 86.575 soldados aliados, con 12.250 vehículos y 46.140 toneladas de material bélico. Hitler dio el 16-VIII, la orden de abandonar el sur de Francia, con la excepción de los puertos de Tolón y Marsella, que serían defendidos cada uno por una división. Ambos resistieron hasta el 23 y el 28-VIII-1944, respectivamente.

Dresde, ciudad a orillas del Elba. En 1940 contaba con unos 630.000 habitantes. Sufrió duros ataques aéreos durante los últimos meses de la guerra: 13/14-II-45: 773 bombarderos de la RAF arrojaron sobre la ciudad 2659 t de bombas, cuando la ciudad estaba llena de refugiados. Al mediodía del 14-II, aviones americanos lanzaron 771 t de metralla. Los cazas que acompañaban a los bombarderos atacaron a las columnas de fugitivos y a la población civil. En total se produjeron 60.000 muertos (según algunos cálculos, el número de víctimas ascendió a 200.000). El 15-II, y el 2-III y el 17-IV, se produjeron nuevos ataques norteamericanos. El 8-V-45, toma de la ciudad por el Ejército 5 soviético (general Schadow). La ciudad resultó destruida en un 60 por ciento del total.

Dunkerque, ciudad portuaria francesa en la costa del Canal. Durante la operación «Dynamo» (ver art.) el grueso del ejército expedicionario británico (215.000 hombres) y 123.000 soldados franceses fueron evacuados por mar a Inglaterra desde esta ciudad, cuyas comunicaciones estaban cortadas desde el 27-V / 4-VI-40. El 4-VI-40, a las 9,40 de la mañana, los alemanes entraban en Dunkerque (Ejército 18). Tras la invasión (6-VI-44), los ocupantes mantuvieron la fortaleza de la ciudad que resistiría aprovisionada por mar y aire hasta el final de la guerra.

Dusseldorf, capital de Renania del Norte-Westfalia. En 1940, unos 536.000 habitantes. Duros bombardeos: 25/26-V-43, con 1949 t de metralla; 11/12-VI-43, 1968 t; 3/4-XI-43, con 2243 t; y el 2/3-XI-44, con 4468 toneladas de bombas. El 18-IV-45, el Ejército I norteamericano tomó la ciudad tras vencer la resistencia en el embolsamiento del Ruhr-Kessel. El 51 % de la ciudad, 86.500 viviendas, resultó destruido.

Dyle-Posición, posición aliada situada a lo largo del río Dyle, en Bélgica (al sur de Amberes hasta Nivelles), en la que penetraron, a partir del 10-V-40 tropas francesas y británicas. La posición quedó vencida el 16-V, al sur de Bruselas por el Ejército 7 alemán y abandonada por los Aliados.

¡Una potencia más asiática que europea!



Una nación mercantilizada tiene el mundo en sus garras, venía a decir el dibujo de la portada de un álbum nacionalsocialista patrocinado por marcas de cigarrillos: «Inglaterra, Estado pirata». Habiendo tomado demasiado tarde la salida en la carrera colonialista mundial y perdidas sus pocas posesiones de ultramar a raíz, y como consecuencia, de la primera Guerra Mundial, nada más fácil para Alemania que atacar el colonialismo británico.

Sire, por amor de Dios, abandonemos nuestros intentos de sentar pie en el continente europeo. Inglaterra es en sí misma un hermoso Imperio. Pero si a pesar de todo queremos irnos fuera, hagámoslo en la dirección y valiéndonos del medio que la divina Providencia nos ha deparado: el mar». Con estas palabras, un ministro del rey Enrique VIII inauguraba una nueva era para el imperio isleño –¡hace más de 450 años!

Esta época de la historia británica se ha cerrado en nuestros días. En su momento culminante (1933) el imperio colonial británico sumaba más de 31,6 millones de km², con una población total de 502 millones de seres humanos; por aquel entonces era casi la cuarta parte de la humanidad. Por su formación, y por las diferentes estructuras que contribuyeron a ella, el Imperio británico se componía de otros muchos imperios.

Hasta qué punto esos imperios eran diferentes se pudo descubrir en el momento de la descolonización. Los países que recibieron colonos, acostumbrados desde el principio a una administración parlamentaria autónoma, llegaron a la independencia sin traumas, pasaron a formar parte de la «British Commonwealth of Nations» y siguieron siendo británicos por su carácter nacional, por su cultura y economía.

El imperio hindú fue unificado y explotado por los ingleses sin que los conquistadores se inmiscuyeran para nada en el orden social (religión y castas). Únicamente a finales del siglo XIX el movimiento nacional hindú sacudió las dos columnas en que se sostenía el dominio: la adhesión pasiva de los sometidos respecto a los dominadores y la colaboración de los príncipes con el ocupante.

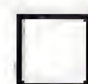
Las mayores dificultades fueron las que tuvieron que afrontar las «colonias de la Corona». Habían sido conquistadas exclusivamente en beneficio de los intereses económicos británicos y lanzadas a una libertad que no cambiaba en nada la independencia que habían soportado con respecto a la metrópoli.

Aparentemente, Adolf Hitler no tomó en consideración este Imperio cuando, después de la guerra relámpago contra Polonia, Dinamarca, Noruega y los Estados del Benelux y Francia, comenzó a preparar la operación contra las Islas británicas. Sus ojos estaban fijos en las peñas blancas que bordeaban la costa inglesa y en la gran capital, Londres; es decir, en la parte superior del iceberg que era todavía la «British Commonwealth of Nations» y que, salvo Irlanda y África del Sur, se encontraba en guerra contra el III Reich. Sin duda Hitler no concedía gran valor a la afirmación de Churchill de que, llegado el caso, se defendería el Imperio Británico desde Canadá. Incluso durante los bombardeos contra Inglaterra, dentro de la Operación «León Marino», Hitler no se apartó de su idea de que estaba llevando a cabo una guerra europea y que era Europa lo que quería dominar.

Pero Inglaterra se había ido separando cada vez más de Europa. Sus intereses continentales se limitaban a defenderse contra cualquiera que atentara a su poder de ultramar. De esta manera, hasta muy entrado el siglo XX, toda la política británica se redujo al principio de «Balance of Power», es decir, a mantener un equilibrio de poder entre los Estados europeos continentales. Ya en 1866 había declarado ante el Parlamento el primer ministro Benjamin Disraeli: «Inglaterra ha crecido fuera del continente europeo. Su posición no es la de una potencia exclusivamente europea sino que Inglaterra es la metrópoli de una potencia marítima mundial. En realidad, Inglaterra es una potencia asiática más que una potencia europea».

Esta potencia era invencible.

J. R. K.



Volaron contra Inglaterra: bombarderos (en la foto un «He 111»), aparatos de reconocimiento y cazas. 4278 hombres de sus dotaciones resultaron muertos, prisioneros o se dieron por desaparecidos. 2265 aparatos no regresaron a sus bases.





LA BATALLA CONTRA INGLATERRA

Errores en los planes y en el mando fueron las causas del fracaso de la batalla aérea contra Inglaterra. Erich Winhold narra la fase del conflicto en que se disipó el mito de la invencibilidad de los alemanes.

- Bases navales 1.er orden
- Bases navales 2.º orden
- Astilleros con buques de guerra en construcción
- Puertos de mar 1.er orden
- Divisiones (Estacionamiento)
- Depósitos de combustible
- Industrias aeronáuticas
- Silos de cereales y molinos
- Industrias de materias primas, minas e industrias metalúrgicas
- Fábrica de armamento e industrias químicas
- Minas de carbón
- Yacimientos de hierro



En septiembre de 1940 empezó el masivo ataque alemán contra las ciudades e instalaciones industriales británicas. Con ello Hitler confiaba destruir el potencial económico inglés, incluida la marina de Guerra. También creía que la moral de la población civil se vendría abajo por efecto de los bombardeos. La cuenta le salió mal. Este mapa es una reproducción del publicado por «Signal» en aquellos días.

Para el coronel Fink, comandante del Grupo aéreo de combate 2, la gran ofensiva contra Inglaterra, que llevaba el nombre cifrado de Operación «Adlertag» («Día del Águila»), se inició de manera decepcionante. Sin ocultar su mal humor, no apartaba los ojos del horizonte desde la cabina de su *Do 17*, con el que había despegado a las 5,30 de Arras para atacar el aeródromo de Eastchurch. Sobre el Canal se esforzó en descubrir los cazas que debían escoltarlo: no vio ninguno. En vez de éstos surgieron a la cabeza de la cerrada formación de su grupo, algunos de los bombarderos del escuadrón del teniente coronel Huth. Los aparatos realizaron una rara maniobra, volando alrededor del suyo una y otra vez. Querían darle a entender que el ataque se había suspendido. Fink, sin embargo, no comprendió el mensaje. Entre los aviones de formaciones distintas no existía enlace por radio y Fink no sabía que su receptor tampoco funcionaba, por lo que era imposible recibir comunicación alguna de la *Luftflotte*. Si bien es verdad que uno de los aviones de su propio Grupo recibió la orden de Kesselring, el operador tenía encima una gripe tan fuerte que no entendió lo que le decían. De esta manera el Grupo 2 siguió su vuelo y el aeródromo de Eastchurch fue bombardeado como se hallaba previsto. A su regreso los aviones alemanes tuvieron que hacer frente a los cazas británicos; al carecer de escolta, sólo las nubes los salvaron del desastre.

Con 51 de los 55 aparatos con que habían despegado, el Grupo de combate 2 volvió a su punto de partida. Entonces se enteró el coronel de que había empezado en solitario aquel día la batalla contra Inglaterra. El «Adlertag» se iniciaba con un tropiezo.

Casi dos meses dedicó la *Luftwaffe* a los preparativos de tierra: puesta a punto de aparatos, entrenamiento de dotaciones y almacenamiento de munición y carburante.

Por fin estuvo dispuesta la impresionante fuerza. Las tres *Luftflotten* que debían participar en la operación sumaban 998 bombarderos, tipo *Do 17, He 111* y *Ju 88;* 316 *Stukas Ju 87;* 702 cazas *Me 109;* 261 *Me 110,* llamados «destructores» por su capacidad de fuego y misión de abrir paso entre las escoltas enemigas y 78 aparatos de reconocimiento. En total, 2355 aviones.

En realidad no debería contarse entre esta fuerza a los «destructores», que ya en la llamada «batalla del Canal» se habían revelado como muy poco útiles para el combate. El *Me 110* era temible por su fuego –dos cañones y cuatro ametralladoras– pero maniobraba difícilmente y era en todo inferior a su

Hallazgo del cadáver de un piloto

Londres, 10 de diciembre de 1974 (Reuter). Treinta y cuatro años después de haber sido derribado con su avión cuando volaba sobre Inglaterra, han sido descubiertos los restos del suboficial Richard Riedel y se ha declarado a éste oficialmente como muerto. El médico forense de la ciudad de Ashford certificó el pasado lunes que el joven, de 21 años entonces, había caído en acción de guerra.

Riedel fue declarado como desaparecido el 17 de noviembre de 1940 al no presentarse en su base después de una incursión sobre Inglaterra. Sus restos, con los de su aparato de caza, tipo «Messerschmitt», fueron descubiertos el pasado 30 de noviembre en un campo de labranza del condado de Kent. Recibirán sepultura en el cementerio militar de Cannock Chase.

réplica británica, el *Hurricane*. Para compensar esta debilidad, los pilotos dieron pronto con una táctica tan sencilla como eficaz: el círculo defensivo. En el momento en que un *Me 110* era atacado, los «destructores» formaban en pleno cielo una especie de rueda, dando vueltas alrededor. Con sus posibilidades de fuego y en esta formación, en que cada aparato guardaba las espaldas del otro, poco podía sucederles. Sin embargo, una formación de *Me 110* volando en círculo defensivo es evidente que sólo se protegía a sí misma. Como escolta y para el combate aéreo carecían de importancia. Esto supuso una limitación del radio de acción de los bombarderos alemanes, pendientes de la escolta de los *Me 109* que únicamente podían permanecer en el aire 105 minutos.

«Adlertag»

Pese a todo, la *Luftwaffe*, con sus 700 *Me 109*, se consideraba muy superior al *Fighter Command* británico, dado que la capacidad de acción de los *Hurricane* era muy inferior a la del *Me 109*. Los ingleses sólo disponían de unos 150 *Spitfire*, único aparato que podía dar respuesta adecuada al avión alemán.

Por todo ello el mando germano veía acercarse el «Adlertag» con gran confianza. Si de él no salió lo que se esperaba fue por culpa del mal tiempo. La *Luftwaffe* hubiera necesitado, por lo menos, tres días consecutivos de buen tiempo para poder realizar con éxito el ataque tan minuciosamente preparado; sin embargo, el tiempo pareció aliarse con los ingleses. Por tres veces tuvo que retrasarse el plan hasta que el anticiclón procedente de las Azores pareció anunciar buenas condiciones atmosféricas, imprescindible para llevar adelante el «Adlertag». El ataque fue señalado para la madrugada del día 13, pero, llegada la hora, los hombres de las dotaciones se encontraron con un cielo cubierto de nubes.

Nuevas discusiones y, al fin, el comandante supremo de la *Luftwaffe*, mariscal Göring, decidió aplazar el comienzo de la operación hasta la tarde. Las comunicaciones no funcionaron como era de desear y cuando las nuevas órdenes llegaron a los aeródromos de Holanda, Bélgica y Francia, ya algunos grupos habían despegado y resultó imposible hacerlos regresar.

Acciones aisladas

Por la tarde el tiempo no había mejorado mucho, de manera que el plan tan cuidadosamente preparado quedó reducido a una serie de acciones aisladas, más o menos coronadas por el éxito. Por la noche, el balance de la jornada arrojó la participación de unos 500 bombarderos y unos 1000 cazas y «destructores»; fueron atacados nueve aeródromos británicos, de los que cinco se consideraron destruidos totalmente. La *Luftwaffe* perdió 34 aparatos. El Estado Mayor del Aire se dio por satisfecho con el resultado; sin embargo, el gran ataque contra Inglaterra no se consumó en absoluto.

Mientras la *Luftwaffe* esperaba la llegada del buen tiempo para poder realizar con todos sus efectivos el ataque preparado, al otro lado del Canal los ingleses se tomaban un respiro. Dos aeródromos habían sido demolidos y 13 aparatos, entre *Hurricane* y *Spitfire*, derribados; sin embargo, ambas cosas podían ser superadas.

Si es que no ocurría algo peor...

Pero ocurrió algo peor. Aunque el día 14 amaneció nublado y los alemanes realizaron sólo ataques aislados con un pequeño número de bombarderos, el 15, al fin, fue un día espléndido y se pudo efectuar el primer ataque cerrado contra Inglaterra. En este ataque tomaron parte también las formaciones de la *Luftflotte* 5, estacionadas en Noruega y Dinamarca. Sus aparatos tenían que cubrir mayor distancia a través del mar del Norte y, prácticamente, volaban sin escolta, ya que los *Me 110* no eran muy efectivos.

Sobre el mar del Norte, el radar británico localizó al grupo, más de 200 aviones, *He 111, Ju 88* y *Me 110*, sin valorar bien sus efectivos, por lo que únicamente salieron a su encuentro dos escuadrillas inglesas. Mas, a fin de cuentas, suficientes: los *Me 110* formaron de inmediato su círculo defensivo y los *Ju 88* siguieron el ejemplo, con lo ▷

que abandonaron a su suerte a los bombarderos. Claro está que de esta forma se evitaban grandes pérdidas, pero no se alcanzaron los objetivos y los bombarderos se vieron obligados a arrojar su carga donde pudieron. Sin causar grandes daños, dicho sea de paso. Ocho *He 111* y siete *Me 110* no regresaron a su base. Pérdidas demasido grandes para el éxito escaso de la operación.
Así quedó demostrado que la *Luftwaffe* no estaba preparada para realizar ataques de ese género, a tan larga distancia. No disponía de bombarderos, ni de cazas para tan gran radio de acción. En realidad, el ataque del 15 de agosto fue el único en el que se ensayó una participación a tal distancia, pero pudo verse que no era efectiva.
Al sur se alcanzaron resultados más favorables. Sobre los aeródromos británicos de Kent y Sussex y sobre la propia capital de Londres se sucedieron de tal manera las oleadas de bombarderos, escoltados por los *Me 109*, que los cazas ingleses no lograron hacer frente al ataque.

Visión deprimente

Al Deere, piloto de caza de la escuadrilla 54 de la XI División recuerda así el ataque de los *Stukas* al aeródromo militar de Lympne: «Resultaba una visión tan impresionante como deprimente: los *Stukas* volaban en formación perfecta sobre el campo y luego se lanzaban uno tras otro en pos del objetivo. Nuestros escasos *Spitfires* no podían hacer mucho por evitarlo, contra tal cantidad de *Me 109* tenían la batalla perdida de antemano».
Los *Me 109* pertenecían al Grupo 26, cuyo III escuadrón mandaba Adolf Galland. Al principio, mientras los *Stukas* estuvieron en acción, no dispararon un solo tiro. Únicamente cuando éstos se retiraron, Galland, que había reunido a su escuadrón a unos 4500 m de altitud, descubrió que bajo ellos volaban en su dirección una escuadrilla de *Spitfire*. A la luz del sol el escuadrón de Galland se lanzó sobre los aviones adversarios: dos resultaron incendiados inmediatamente y los otros buscaron la salvación en la huida. Así o de manera parecida transcurrió toda la jornada. Decidida superioridad de la *Luftwaffe*, que bombardeó todos los puntos estratégicos propuestos, y defensa débil de las no menos débiles unidades de cazas británicas.
Durante ese 15 de agosto, la *Luftwaffe* realizó más de 2000 vuelos. Por la noche los ingleses, en su balance, aseguraron que 182 aviones alemanes, quizás incluso 235, no habían vuelto a su base. Esto, que era sin duda exagerado, no indica en absoluto voluntad de engaño: ante lo masivo de los ataques y la abundancia de aviones no resultaba nada difícil contar los derribados más de una vez. En realidad, la *Luftwaffe* perdió 66 aviones, en su mayoría bombarderos, mientras el *Fighter Command* perdió 44 aviones en combate aéreo y, por lo menos, 20 fueron destruidos antes de que pudieran despegar.
Los jefes de las distintas divisiones aéreas, así como el Estado Mayor de la *Luftwaffe* no siguieron los acontecimientos, el primer día de la batalla contra Inglaterra, desde las cercanías del frente sino desde la residencia campestre de Karinhall, propiedad del mariscal Göring. Se trató de problemas estratégicos, porque si bien las pérdidas de los bombarderos no eran por el momento para preocuparse, sí habían resultado más elevadas de lo esperado. La culpa parecía recaer en la táctica equivocada de los aparatos de escolta.
La situación no se presentaba nada fácil. Si se consentía en que los cazas volaran separados de los bombarderos, muy por encima de ellos, se lograban las condiciones más favorables para el ataque; ahora bien, por otra parte, se facilitaba al enemigo la posibilidad de establecer combate con un grupo de caza, mientras otro se ocupaba en atacar a los bombarderos.
Por lo tanto se deducía que los cazas no debían abandonar la proximidad de los bombarderos; pero un caza que tiene que frenar su motor para mantenerse en las inmediaciones de un bombardero, sólo posee la mitad de su valor: su posibilidad de sorpresa, su capacidad de maniobra desde posiciones más elevadas, desaparecen; en realidad ha dejado de ser un caza para convertirse en un perro guardián. Seguro que de esta forma se defendería mejor a los bombarderos, pero los cazas adversarios quedarían fuera de peligro y, precisamente, de lo que se trataba era de acabar con esos cazas enemigos.
Se decidió, entonces, cambiar la estructura de los grupos, concediendo más unidades de caza por cada bombardero. Así los cazas tenían la posibilidad de realizar la doble misión de escolta y ataque: mientras unos permanecerían en las inmediaciones de los bombarderos, los otros buscarían el combate aéreo. Se puso en marcha la llamada formación «Walhalla» que equivalía a una escuadrilla de bombarderos rodeada de cazas abundantes por todas partes.
Esa nueva formación se ensayó en los días siguientes: de los 1700 ataques que se realizaron sólo 400 correspondieron a los bombarderos.
Frente a este problema táctico, la *Luftwaffe* poseía dos ventajas importantes: podía señalar lugar y hora del ataque, y cuando sus aviones llegaban a la costa británica se encontraban ya a la altura apetecida. El *Fighter Command* debía empezar por hacer despegar sus aviones, y esto en 1940 llevaba su tiempo; los *Spitfires* y *Hurricanes* necesitaban por lo menos 20 minutos para alcanzar los 7000-8000 m en los que se encontraban los *Me 109*. En 20 minutos los bombarderos de entonces podían cubrir 100-130 km, es decir eran capaces de bombardear el sur del país antes de que se presentaran los cazas británicos. Si éstos efectivamente, no llegaron siempre tarde, se lo debían al servicio de radar, que aunque no operaba de modo perfecto, solía descubrir a las escuadrillas alemanas cuando comenzaban a formarse al otro lado del canal. Así, los jefes de las escuadrillas británicas, si no estaban enterados del número de las unidades y tipo de aparatos, sabían al menos que se preparaba un ataque y podían en todo caso alcanzar a tiempo la altitud deseada para poder defenderse.

Atacan los «saltadores de setos»

Otra parte de los cazas disponibles debía permanecer a baja altura en las cercanías para defender los aeródromos ya que la *Luftwaffe* atacaba también en vuelo casi rasante. Pequeños grupos de bombarderos, a menudo *Do 17* o *Ju 88*, cruzaban el Canal a la altura de las olas y luego, sin elevarse mucho más por encima de los setos, las copas de los árboles o los edificios de los bulevares, atacaban los objetivos señalados. Se trataba de vuelos temerarios que sólo podían realizar grandes pilotos. En estos vuelos los bombarderos no podían ser descubiertos por el radar enemigo, ni seguidos por los observadores de tierra. Sucedía frecuentemente que los bombarderos arrojaban su carga entre los *Hurricane* y los *Spitfire* que trataban de despegar y ganar altura. Un oficial inglés, testigo de uno de estos ataques, el llevado a cabo contra el aeródromo militar de Hornchurch, lo describe así: «Cuando llegaron los bombarderos, nuestra escuadrilla de *Spitfire* acababa de recibir la orden de despegar. Seis aparatos lograron abandonar las pistas cuando ya caían las primeras bombas. Los otros tres también emprendieron el vuelo e incluso se mantuvieron en el aire durante unos minutos en perfecta formación, muy juntos; luego, de pronto, la formación quedó deshecha bruscamente: una bomba había explotado debajo de ella. El primer aparato quedó en posición invertida y fue arrastrado por la pista, describiendo un círculo infernal. El segundo rozó tierra con el



Un piloto alemán se prepara para emprender el vuelo. Los pilotos de caza de las dos partes beligerantes llevaron el peso principal en la primera fase de la batalla contra Inglaterra que el as de la aviación inglesa Peter Townsend calificó de «duelo de águilas».

ala izquierda y giró repentinamente sobre su eje antes de caer. El tercero se rompió las dos alas, y el fuselaje, catapultado, fue a parar a un campo inmediato.
Recuerdo que lo presencié como hipnotizado y que, tontamente, se me ocurrió pensar: 'Sin duda es el vuelo más corto que han realizado'. Un instante después me alcanzó la onda de aire y sentí que la tierra cedía bajo mis pies, al tiempo que una voz me gritaba: '¡Corre, idiota, corre!'. Y me precipité en el refugio. Lo incomprensible de todo aquello es que los tres pilotos sobrevivieron, resultaron apenas heridos; el ocupante del primer aparato, que cayó a tierra de cabeza, levemente escalpado».
Esta impresionante forma de ataque se efectuó raras veces; para la *Luftwaffe* no pasó de ser un recurso. Así fue, por ejemplo, el día 18, cuando se llevó a cabo el ataque contra el aeródromo de caza británico de Biggin Hill. El campo debía ser bombardeado desde gran altura, con muy pocos minutos de diferencia, por dos formaciones, dejando al cuidado de una tercera, volando a baja altura, la destrucción de lo que quedara en pie.
La tercera formación –Escuadrilla 9 del Grupo 26, bajo el mando del capitán Roth– pasó sin contratiempo sobre Sussex, al encuentro de su objetivo, de tal manera que las hélices arrancaron con su viento la hierba fresca. A la cabeza de la formación iba el avión de Roth con el teniente Lamberty como piloto. Cada uno de los nuevos *Do 17* llevaba a bordo veinte bombas de cincuenta kilos e iba armado con seis ametralladoras. El hecho de ir tan fuertemente armados se debía a que volaban sin escolta.
Llegado el momento del ataque, Lamberty, por más que miraba en derredor, no acertaba a descubrir la señal: debía orientarse por las columnas de humo que habrían dejado a su paso los dos anteriores bombardeos. Sin embargo, había navegado con tanta perfección que logró divisar los techos pintados de los hangares y los aparatos que se preparaban a despegar en las pistas inmediatas. Biggin Hill estaba intacto. Los tiempos habían sido mal calculados. La Escuadrilla 9 había llegado la primera en vez de la última.

Una cortina de cohetes

El capitán Roth y el teniente Lamberty decidieron sacar el mejor partido posible dentro del contratiempo. Soltaron las bombas sobre el primer hangar y Lamberty se lanzó en un vuelo rasante, a unos tres metros de altura, para evitar los disparos de los cañones ligeros, situados al borde de las pistas. «Nos encontrábamos a mitad del camino cuando los aviones que habían despegado se volvieron sobre nosotros disparando todos al tiempo. Por si fuera poco, por donde volábamos los 'Tommies' lanzaban automáticamente una verdadera cortina de no sé qué clase de cohetes. Además comenzaron a abrirse una serie de pequeños paracaídas sujetos a tierra, (se trataba de un nuevo sistema de defensa contra los vuelos rasantes). Por mi parte me lancé en flecha hacia arriba, no sabía hasta qué punto podían resultar peligrosos aquellos objetos».
Muy peligrosos no eran. Lamberty tropezó con el cable de uno de ellos y aparte de deteriorar un poco una de sus alas no pasó nada. Entretanto se encontraba a 50 metros de altura, es decir la más favorable para el fuego de los cañones ligeros. «Recibí un impacto en el ala izquierda y en el motor ▷

correspondiente. Puse el motor derecho al rendimiento máximo en la esperanza de poder volver a casa sin más contratiempo». Lamberty se encontraba tan ocupado con la avería de su motor que no se dio cuenta de la presencia de dos cazas que se dirigían hacia él. Únicamente cuando ante sus ojos se abrió el paisaje de los campos de labranza regados por pequeños surtidores, cayó en la cuenta de que alguien disparaba contra él sin gran puntería. Pero no le dio tiempo a alegrarse mucho: el segundo caza atacaba con mejor suerte «y, sobre todo, con más puntería –recuerda Lamberty–; de pronto empezó a arder el avión por todas partes y no quedó más solución que el aterrizaje». Y así lo hizo Lamberty, sin tren de aterrizaje y como buenamente pudo. Tanto él como el capitán Roth pudieron ponerse a salvo, aunque ambos sufrieron graves quemaduras. Apenas se habían alejado unos pasos cuando algunos vecinos de los alrededores, armados con sus herramientas de trabajo, empezaron a correr a su encuentro. Roth y Lamberty estaban ocupados en darles a entender por gestos que ellos ya no eran peligrosos, cuando empezaron a escucharse las explosiones: los bombarderos que debían haber precedido al vuelo a baja altura estaban arrojando su carga con 20 minutos de retraso. Vecinos ingleses y oficiales alemanes tuvieron que ponerse a cubierto bajo los setos cercanos, la nariz pegada a la tierra, hasta que los bombarderos se retiraron.

A caballo del fuselaje

De pronto apareció, negro de humo pero, salvo leves arañazos, indemne, el operador de radio del *Do 17* derribado, el cabo Eberhard, quien había logrado realizar una proeza sorprendente. El puesto del radio se encuentra en la parte superior del fuselaje. Al darse cuenta Eberhard de que el aparato había sido alcanzado, y de que iba al aterrizaje forzoso, abrió la claraboya, salió al exterior y se colocó a horcajadas sobre el fuselaje, sujetándose con una mano a las varillas de la claraboya, mientras con la otra tiraba de la anilla de su paracaídas. El paracaídas se abrió inmediatamente, gracias a la fuerza del viento –el *Do 17* volaba a unos 150 km/h– y Eberhard fue lanzado hacia atrás, de ahí las heridas en la mano. Poco después tomaba tierra no lejos del avión.

El capitán Roth y el teniente Lamberty fueron trasladados a un hospital militar británico, donde se les cuidó junto a los propios pilotos ingleses. «Y muy bien», subraya Lamberty.

Por última vez en una gran guerra se observaron unas ciertas reglas del juego y de ellas se beneficiaron los









Un «Me 110» se precipita en el Canal (arriba).
La dotación puede abandonar indemne el aparato (arriba a la derecha) y la recoge a bordo un hidroavión de socorro tipo «He 59» (a la derecha).
Boyas de socorro debían facilitar a los pilotos mayores posibilidades de sobrevivir. No cumplieron del todo su misión porque los temporales las separaron muy a menudo de los sitios en que se encontraban sujetas (sobre estas líneas).







hombres, apenas un par de miles, que tomaron parte en la lucha aérea. Buques de socorro y botes de todos tipos, pertenecientes a ambos bandos, recogieron del Canal, sin distinción alguna a los pilotos ingleses y alemanes, si bien fueron más los pilotos alemanes «pescados» por los buques británicos debido a que los ingleses procuraban aterrizar o lanzarse sobre su tierra.

«Apunté cuidadosamente»

No se conoce ningún caso en el que desde un avión se haya disparado contra el enemigo que trataba de salvarse gracias a su paracaídas, pese a que los pilotos alemanes sabían perfectamente que los ingleses que ante sus ojos llegaban a tierra con ayuda de los paracaídas volverían a enfrentarse a ellos un día después, nuevamente a bordo de un *Hurricane* o de un *Spitfire*.
De los sentimientos de los aviadores da cuenta un piloto británico: «Sin grandes dificultades y con cierta ventaja pude acercarme por detrás a un grupo de bombarderos; debían de ser unos 30 *Do 17*. Apunté cuidadosamente al último aparato y disparé a unos 250 metros de distancia. La ametralladora de popa del *Do* abrió fuego a su vez y sus proyectiles pasaron muy cerca de mi *Hurricane*. Excepto un par de fragmentos que saltaron del lado izquierdo del bombardero no parecía tampoco que mis disparos hubieran causado mayor daño. Me acerqué más y logré alcanzar el motor izquierdo. La tapa saltó, del motor salía un humo espeso, el bombardero perdió altura. Lo seguí. Cada vez echaba más humo y perdía más altura, pero nadie saltó afuera, no veía un solo paracaídas abierto en el cielo. Por un momento me vi yo mismo, sujeto, dentro del avión humeante. Pensar en los cuatro hombres de la dotación me hizo sentirme mal.
De pronto disminuyó la velocidad y como yo tuve que hacerlo también, lo perdí unos momentos de vista para descubrirlo de nuevo: detrás de los árboles se elevaba una pequeña colina que el bombardero no había podido sobrevolar. El *Do* aparecía destrozado, seguía echando humo, pero no ardía aún. Nadie lo abandonaba. Me dieron ganas de devolver.
Sentía que aquellos hombres eran aviadores como yo, y que se encontraban en un riesgo mortal como yo también me había encontrado. Esta vez se hallaban ellos en peligro de perder la vida y yo a salvo. Aquellos minutos fueron para mí los más terribles que pasé en la guerra. Esa noche me felicitó un amigo, un conocido no militar, por el avión derribado. 'Lo ha hecho usted formidablemente bien –me dijo– y seguro que los tipos han muerto todos'. No logré contestarle, tanto me irritaron sus palabras. Para mí suponían la observación más sucia que había oído en mi vida. Sadismo estúpido».
Volviendo otra vez a las conversaciones tácticas del 15 de agosto en Karinhall: además del nuevo concepto de escolta para los bombarderos, el mariscal Göring decidió que se debían bombardear más consecuentemente que hasta entonces los puntos estratégicos, las instalaciones del *Fighter Command;* incluso los objetivos ocasionales no debían escapar a esta medida.
La historia oficial de la guerra realizada por la Royal Air Force califica esta decisión de acertada, y de falsa otra que también se tomó ese mismo día: el mariscal Góring ordenó que no se siguieran atacando las estaciones de radar británico porque no conducía a nada. Los historiadores británicos saben naturalmente hoy mejor que Göring entonces hasta qué punto era importante el sistema de radar; hay que considerar como fatal esa decisión del jefe de la *Luftwaffe* que permitió al enemigo aprovechar con toda tranquilidad la única ventaja táctica verdadera que poseía.

La presión comienza a dar frutos

Pese a todo, el ataque alemán ganó en efectividad durante la tercera y cuarta semanas de agosto. No pasó día sin que volaran sobre Inglaterra 1400-1600 aparatos y, de hecho, la presión comenzaba a notarse. Con todo, el *Fighter Command* no quedó aniquilado a consecuencia de los ataques permanentes con toda la rapidez que deseaba el Mando alemán, pero sí sufrió muy serios desgastes.
El mariscal del Aire Dowding intentó por todos los medios limitar en lo posible el desgaste humano poniendo en práctica una especie de sistema de rotación. Trasladó escuadrillas que habían estado durante mucho tiempo en combate y que, por tanto, habían sufrido numerosas bajas, al norte de Inglaterra para que descansaran y, al mismo tiempo, por motivos de seguridad. No se podía dejar el norte del país sin la defensa de los cazas porque, en principio, esa zona se hallaba comprendida en el radio de acción de la *Luftflotte* 5 alemana, que operaba desde Noruega y Dinamarca, si bien la batalla decisiva se estaba llevando a cabo más al sur.
El Mando alemán actuaba muy de otro modo. Forzaba la marcha sin consideración. Precisamente los mejores eran los que estaban obligados a mantenerse siempre en la primera línea. Incluso pilotos que habían tenido que salvarse con su paracaídas cuatro, cinco y ▷

Una formación de «Stukas» («Ju 87») volando sobre el suroeste de Inglaterra (derecha).

El «lápiz volador», el «Do 17», fue utilizado contra Inglaterra como bombardero y aparato de reconocimiento (abajo).



El «destructor» «Me 110» (arriba) no pudo ser empleado con éxito como escolta para los bombarderos, misión que cedió al «Me 109». El «Me 110» era lento de maniobra y ofrecía un blanco excelente a los cazas ingleses. Su tarea principal consistía en la propia defensa. No podía, por tanto, proporcionar gran ayuda a los bombarderos.

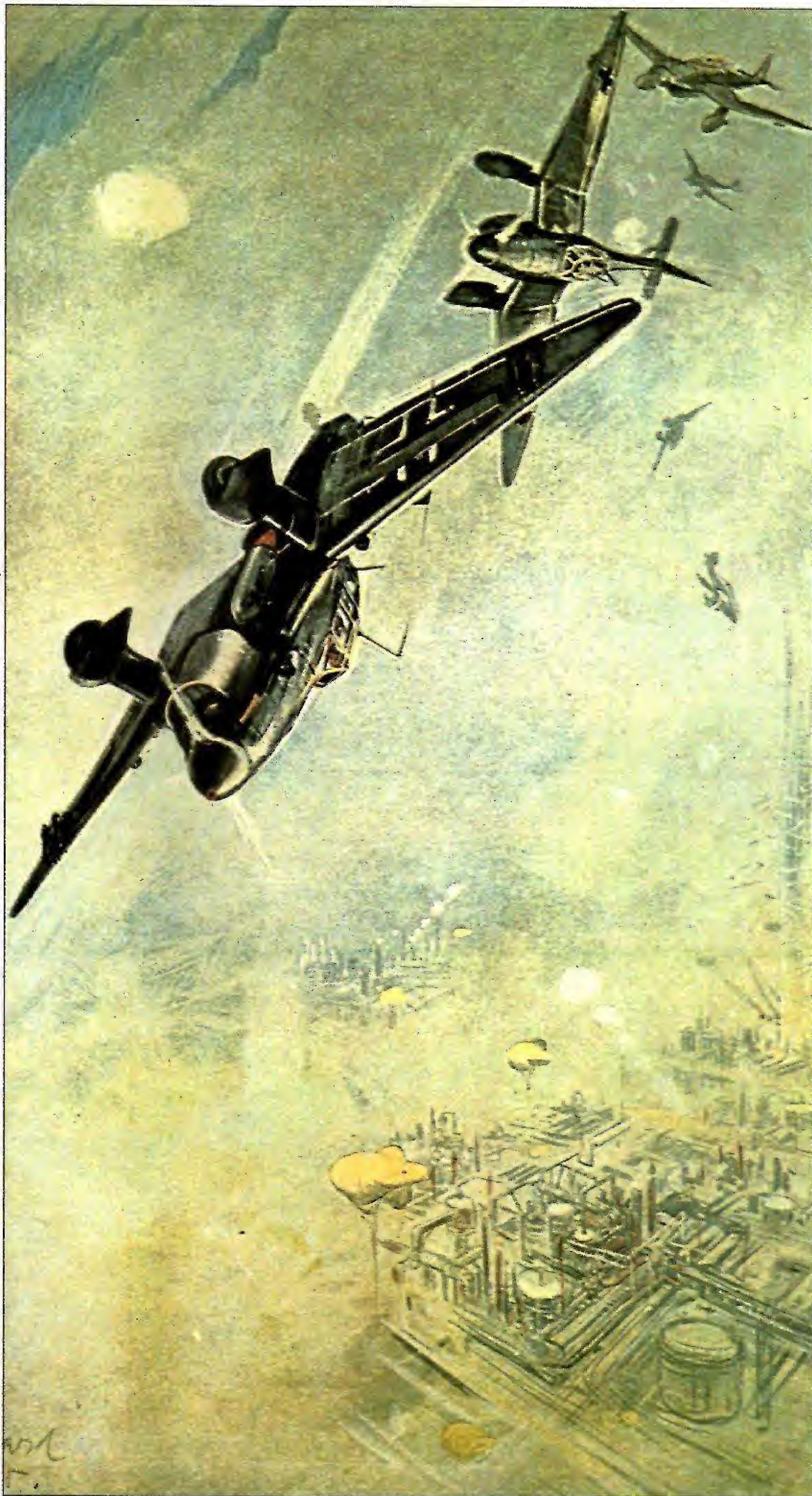


Un enemigo al que pronto los alemanes tuvieron que tomar en serio: el «Spitfire». El «Me 109» le aventajaba, sobre todo a gran altura. El aparato (izquierda) luce el emblema del escuadrón polaco de la RAF.

hasta diez veces seguían volando. Este método que, entre otras deficiencias, impedía que los aspirantes fueran entrenados por buenos maestros, sólo podía justificarse si en poco tiempo se lograban los frutos apetecidos. Y esto parecía a punto de conseguirse.
Durante las primeras semanas de septiembre surgieron en los partes de los bombarderos observaciones del tipo «sorprendente falta de cazas», «apenas hemos sido atacados» y otros por el estilo. La balanza del éxito se inclinaba decididamente en esos días del lado de la *Luftwaffe.*

«Pronto no podremos continuar»

Una estadística oficial de la Air Force permite ver esto con más claridad; mientras que hasta finales de agosto la producción de aparatos de caza logró suplir las pérdidas, a primeros de septiembre cambió radicalmente la situación para el *Fighter Command.* Las pérdidas durante la primera semana de septiembre se elevaron a 275 aviones, frente a los 125 que quedaban en la reserva y a los 150 a que ascendía la producción semanal. Y lo que aún era peor: no se sabía bien quienes iban a tripular los aviones recién producidos. «Dos semanas más así –anotó por entonces un oficial del *Fighter Command*– y pronto no podremos continuar».
Pero los acontecimientos evolucionaron de una manera muy diferente. En la historia oficial de la guerra de la Air Force, volumen I, página 181, se puede leer estas sorprendentes líneas: «*It was at this stage... that Hitler, as at Dunkirk, once mor came to our aid*». O lo que es lo mismo: «En esta situación vino una vez más a ayudarnos, como ya lo había hecho en Dunkerque, el propio Hitler». Con ello se quiere dar a entender que en el momento en que la *Luftwaffe* estaba a punto de acabar con el *Fighter Command* y hacerse dueña del cielo británico, Hitler cambió los objetivos del ataque. A partir del 7 de septiembre los ataques de la Aviación alemana se concretaron sobre Londres. Empezaba el llamado «Blitz».
A finales de agosto algunos bombarderos habían dejado caer su carga sobre los suburbios de Londres por culpa de un error de navegación, pues en aquellos días estaba prohibido atacar objetivos civiles. El error desencadenó la reacción correspondiente. Curchill dio orden al *Fighter Command* de que bombardeara Berlín. Y, efectivamente, algunos bombarderos se acercaron a Berlín y arrojaron sus bombas sin alcanzar el menor objetivo militar, pero consiguiendo un gran efecto psicológico. El mariscal Göring pasó a llamarse



Este dibujo, publicado en «Signal», muestra un ataque de los «Stukas» alemanes a una industria química en el centro de Inglaterra. En realidad el «Ju 87» fue retirado en agosto de 1940, es decir, antes de que se efectuaran los ataques a las industrias británicas. El «Ju 87», con su pequeño radio de acción y su escasa capacidad de carga, no resultaba muy útil en la batalla contra Inglaterra.

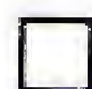
de repente Meyer, puesto que así había dicho se llamaría en el caso de que un bombardero enemigo llegara a la capital del Reich. Hitler se indignó terriblemente. De todo ello salió la decisión de bombardear Londres, exactamente las instalaciones del puerto de Londres.
Sería falso achacar este cambio de objetivos sólo a motivos emocionales de los dirigentes del III Reich. También los cálculos tácticos jugaron un papel. La capital del Imperio debía ser para todos tan sagrada que el *Fighter Command* acudiría en su auxilio con el grueso de sus fuerzas, brindando la ocasión maravillosa de acabar con la Aviación británica. Tal consideración era correcta, mas para el *Fighter Command,* que bajo la presión de los ataques permanentes de la *Luftwaffe* se encontraba muy cerca del total aniquilamiento, el brusco cambio de objetivo significó un respiro muy útil. Y tal respiro fue aprovechado.
Durante un par de días los aviones alemanes pudieron bombardear tranquilamente las instalaciones del puerto de Londres; pasados éstos volvieron a presentarse los cazas británicos y ahora con una nueva táctica: atacaban a las escuadrillas de bombarderos no en pequeños grupos como hasta entonces sino en grandes formaciones.
Esta nueva táctica había logrado imponerla un hombre venciendo muchísimas resistencias. Este hombre se llamaba Douglas Bader. Bader era un piloto apasionado que en 1931, de resultas de un accidente de vuelo durante una serie de ejercicios acrobáticos, perdió las dos piernas. Con una energía sobrehumana logró dominar las prótesis ortopédicas de tal modo que jugaba al tenis y al golf. La Air Force jubiló al mutilado pero al comenzar la guerra Bader logró ser movilizado como oficial de reserva demostrando que podía volar con sus piernas artificiales mucho mejor que otros pilotos con las suyas sanas. Y este Bader fue quien, en la última fase de la batalla de Inglaterra, impuso que se abandonara la táctica antigua y que se concentrara toda la fuerza de los cazas contra las escuadrillas alemanas de bombarderos. La nueva táctica no cambió de golpe las cosas pero, tras cortos ensayos, se apuntó éxitos importantes. Las escuadrillas Duxford de Bader impidieron pronto que los bombarderos alemanes pudieran volar de día sin arriesgarse a graves pérdidas. Los vuelos se efectuaron entonces de noche, sin grandes dificultades y con indudable éxito. Los antiaéreos británicos no eran muy potentes, y los cazas tipo *Defiant* y *Blenheim* que efectuaban la vigilancia nocturna se hallaban aún en pañales. Su arma más poderosa eran los pilotos «de ojo de gato», que a buen seguro se alimentaban de zanahorias para ver mejor. La meta de acabar con el *Fighter Command* y hacerse dueños del cielo inglés no se alcanzó y ni siquiera bombardeos tan precisos como el de la ciudad industrial de Coventry pudieron suplantar esa realidad. Ante el fracaso en el dominio del espacio aéreo la invasión tuvo que aplazarse ya el 17 de septiembre y, como escribe Adolf Galland, «la batalla aérea acabó al mismo tiempo, sin pena ni gloria».

Un pequeño epílogo

El comandante Douglas Bader, cuya nueva táctica de caza tantos daños causó a la «Luftwaffe» fue derribado durante el verano de 1941 sobre el Paso de Calais. Al querer abandonar su avión, la pierna ortopédica derecha quedó sujeta y se rompió; la izquierda se la clavó en el pecho al tratar de levantarse del suelo. Fue conducido al hospital militar de St. Omer.
Cuando se encontró repuesto fue invitado por Galland a tomar el té en la base de su escuadrilla. Se intercambiaron las cortesías de rigor y el recelo de Bader se fue disipando hasta el punto de solicitar que se encargaran a Inglaterra nuevas prótesis ortopédicas para él. Con el permiso de Göring se estableció contacto con la RAF, a través de la onda internacional de socorro marítimo. La RAF no hizo uso de la autorización alemana para que un avión pudiera transportar las «piernas» y emprender libremente el regreso. La caja con las prótesis fue arrojada durante un bombardeo sobre St. Omer, exactamente el día en que Bader había logrado evadirse del hospital. Poco después fue nuevamente hecho prisionero y se le entregaron sus «piernas» de repuesto.

Todo el peso en la balanza

El gran cambio tuvo lugar el domingo 15 de septiembre de 1940. Al mediodía la *Luftwaffe* inició un gran ataque contra Londres y tuvo que enfrentarse por primera vez con una defensa masiva de cazas británicos que llegaron a sumar entre 200 y 250 *Spitfire* y *Hurricane.* Churchill, que siguió los combates desde el puesto de mando de la XI División, recibió del vicemariscal del Aire Park, a su pregunta sobre las reservas, la misma respuesta que éste había obtenido a su vez del general francés Gamelin a idéntica pregunta: «Ninguna». Los británicos habían echado todo el peso en el platillo de la balanza que parecía inclinarse a su favor. La *Luftwaffe* perdió ese día 56 aviones. Aunque los ingleses ampliaron un tanto su éxito y hablaron de 185 aparatos derribados, lo cierto es que las pérdidas fueron demasiado sensibles como para intentar una invasión.
La opinión mundial también empezó a dudar: en los EE UU se afianzó la creencia de que los británicos aguantarían el golpe.
Los alemanes habían perdido la batalla. No necesariamente, como parece desprenderse del punto de vista actual, sino debido a los graves errores cometidos por el mando.
1^er^. error: Faltaron bombarderos y cazas de gran radio de acción.
2.° error: Se despreció la importancia del sistema de radar británico y se malogró la oportunidad de destruirlo.
3^er^. error: El cambio de objetivo de los puntos estratégicos e instalaciones del *Fighter Command* a los muelles de Londres, muy poco antes de coronar con éxito la primera meta.
Sin los errores segundo y tercero hubiera sido posible un resultado positivo para los alemanes. Sin la defensa de los cazas los bombarderos hubiesen tenido abiertas las puertas de Inglaterra con gran peligro para la flota británica porque si bien las bombas alemanas no estaban en condiciones de causar graves daños a los acorazados ingleses, si hubieran podido hacer estragos en sus bases, y sin petróleo ni municiones la flota británica hubiese quedado anulada. A esto se referían los jefes de la flota en sus análisis, al afirmar, antes de estos sucesos, que «en el caso de que los alemanes llegaran a dominar el cielo, los buques de guerra británicos tan sólo podrían contener la invasión durante escaso tiempo». Y, finalmente, de haber dominado el cielo y, en consecuencia, paralizado la flota, el mando alemán, pese a los escasos medios de que disponía, hubiera podido llevar a cabo con éxito la invasión.
Esto, según acertadas palabras de Churchill, hubiese decidido la guerra: con los aviones y con el potencial industrial británico en manos de Hitler, los americanos no habrían llegado a tiempo —en caso de haber seguido manteniendo su interés por ayudar a Gran Bretaña.
El III Reich jugó y perdió su suerte a finales del otoño de 1940. Sin embargo, nadie pareció darse cuenta de ello.



General Johannes Steinhoff



BATTLE OF BRITAIN DUELO GALANTE ENTRE AVIADORES

Johannes Steinhoff era al terminar la guerra coronel de aviación de caza y pilotaba personalmente un «Me 262». Su escepticismo era total, pero, sin embargo, luchó hasta el último momento. Pocos días antes de la capitulación resultó herido de gravedad. Pese a todo estaba llamado a hacer carrera después de la guerra: desde 1971 a 1974, como general de cuatro estrellas, formó parte de la comisión militar de la OTAN. Heinrich Graf von Einsiedel era teniente en una escuadrilla de caza cuando cayó prisionero en el frente oriental. Vicepresidente del «Comité Nacional Alemania Libre», trabajó entre 1942 y 1945 contra la guerra de Hitler. Hoy ambos oficiales están de acuerdo y hablan en nombre de muchos otros, enemigos incluidos. Jochen R. Klicker les ha entrevistado.

Klicker: Terminada victoriosamente la batalla de Francia, general Steinhoff, ¿qué hacía y qué sentía usted por aquella época?

Steinhoff: Era capitán de escuadrilla de una de las dos que efectuaban el servicio nocturno. Volaba prácticamente día y noche, algo poco apetecible, y me sentía, como dicen los jóvenes de hoy «frustrado».

Klicker: ¿Y usted, Graf von Einsiedel?

Einsiedel: Yo era cadete por aquel entonces en la escuela de aviación n.° 3 en Weder an der Havel, cerca de Berlín.

Klicker: ¿Se presentaron ustedes voluntarios?

Steinhoff: Creo que me escogieron entre los de mi promoción para los vuelos de caza, sin duda, por el temperamento que hace falta. No estaba considerado como de lo mejor, pero cuando me preguntaron si quería ir a las escuadrillas de caza respondí afirmativamente, sin titubear.

Einsiedel: Yo me presenté voluntario. Para mi sorpresa lo hicieron muy pocos de mi promoción. Y ya en la propia escuela se me dijo que los cazas eran un arma innecesaria y, por tanto, que había que suprimir. Pero yo me había criado, por así decirlo, con los libros que hablaban de los pilotos de caza de la primera Guerra. Para mí los cazas eran lo que había sido la caballería para mis antepasados.

Klicker: ¿Había que ser de una manera determinada para llegar a la cabina de un avión de caza?

Steinhoff: Sin duda alguna. En principio sentíamos el compromiso con el juego limpio en que habían desarrollado la lucha las figuras legendarias de la primera Guerra: nos legaron algo así como unas normas de caballería. De ahí que también la lucha durante la segunda Guerra, en lo que a los cazas se refiere, se llevara a cabo con igual sentido de las reglas del juego. Valga como ejemplo: no es cierto que durante la «Battle of Britain» pilotos ingleses o alemanes hubiesen disparado contra sus enemigos cuando estos pendían de los paracaídas.

Einsiedel: Naturalmente que nadie disparó sobre un piloto enemigo en el momento en que se salvaba en paracaídas; era una cuestión incluso de elegancia. En la escuela militar de Gataw, tuve un profesor de táctica que había formado parte de las escuadrillas de la Legión Cóndor. Un día nos habló de las instrucciones a seguir durante el combate, una especie de orden secreta para la *Luftwaffe:* «Las dotaciones enemigas que abandonaran sus aviones en paracaídas sobre territorio dominado por sus propias tropas debían ser aniquiladas».
Entonces el propio teniente coronel Rutsch comentó así la instrucción –lo cual a mí me pareció una prueba de extraordinario valor para aquella época–: «Esta es una orden que un soldado alemán con honor no debe cumplir jamás».

Steinhoff: No conozco la existencia de tal instrucción y por tanto será mejor dejarla en entredicho. Cuando en el transcurso de la campaña de Rusia, en

los primeros tiempos de los grandes éxitos, veíamos a muchísimos pilotos enemigos salvarse en paracaídas e ir a caer sobre su propio terreno, y teníamos la certeza de que veinticuatro horas después estarían volando de nuevo contra nosotros, se presentó la cuestión de lo que debíamos hacer con ellos. En aquella ocasión, incluso Göring dijo que no debíamos dispararles. Durante la «Battle of Britain», desde luego la cosa era muy distinta; no puede decirse que lucháramos contra «deportistas», precisamente. Una orden de esa clase debió existir, incluso en el frente. Nosotros, sin embargo, no la obedecimos.

Klicker: ¿Qué me dicen del instinto de caza?

Steinhoff: Ese instinto, o se tenía ya al llegar a la escuadrilla o se adquiría a lo largo de los combates. El que tomaba parte en cien escaramuzas acababa por tener ojos en la espalda. Los veteranos sabían lo que no había que hacer; en qué posición no debían colocarse; lo que se podía realizar sin gran peligro. Los que llevaban mucho tiempo volando sabían exactamente cuándo y cómo tenían que atacar. Se daban cuenta de quién tenían enfrente, si era un novato o un avispado. Habían desarrollado su visión casi cuatridimensional. Se sabían todo de memoria.

Einsiedel: Para mí los vuelos de caza eran un deporte como para otros las carreras de automóvil. Desde el momento que sonaba la señal de alarma se detenían todas las conversaciones y uno pasaba a ser una parte de la gran máquina ambiciosa de éxitos. Para evitar malentendidos: no andábamos a la búsqueda de condecoraciones y ascensos, sino tras una autoafirmación necesaria. Cuando en un día, por ejemplo, conseguía uno alcanzar a seis aparatos enemigos se encontraba completamente seguro de sí mismo.

Steinhoff: Era casi un sentido atávico de la caza. Uno estaba embriagado.

Klicker: Sin embargo, general Steinhoff, durante la batalla de Inglaterra no sólo tuvieron ustedes que habérselas con un enemigo que respetaba las reglas del juego, los pilotos británicos, sino también con un arma muy distinta: el sistema de radar del mariscal Dowding. ¿Cambió esto su sentido de seguridad en el combate?

Steinhoff: Es ese un capítulo que demuestra hasta qué punto fuimos ingenuos en la «Battle of Britain». Que existía eso que se llama radar lo averiguamos cuando ya había concluido la batalla. Nadie nos explicó por qué nos encontrábamos siempre con los *Spitfire* sobre nosotros cuando llegábamos a Dover. Terminamos por acostumbrarnos a ellos. Más de sesenta veces escolté a los bombarderos hasta Londres, convencido de que los *Spitfire* presentarían batalla en el momento en que los bombarderos se lanzaran al ataque. Pero ignorábamos que el enemigo poseía un arma llamada radar, y lo que ese radar significaba. Cuando nos enteramos, la «Battle of Britain» estaba prácticamente perdida. Después del día 15 de septiembre, durante el que los ingleses nos derribaron tantos bombarderos, no volvimos a volar en grandes grupos, sino en pequeñas escuadrillas y con grandes precauciones. Volábamos a media altura, subíamos, volvíamos a descender; es decir, cambiábamos la altitud constantemente para confundir al enemigo.

Klicker: ¿Era el *Me 109* superior a los *Spitfire* y *Hurricane?*

Steinhoff: Esa superioridad se alcanzaba periódicamente. Cada cierto tiempo los ingleses conseguían igualar nuestra capacidad, entonces volvíamos a modificar un poco nuestros aparatos y a ganar ventaja. Cuando empezó la «Battle of Britain», la *Luftwaffe* era, sin duda muy superior a la aviación enemiga. La mayoría de los cazas británicos eran *Hurricane,* y éstos no tenían nada de rápidos. Podían virar con facilidad, pero su motor seguía mal las maniobras: al picar se detenía. Después vinieron los *Spitfire,* que podían considerarse de la misma calidad que nuestros aparatos salvo en el motor. De ahí que todos supiéramos que cuando atacaba el *Spitfire* lo mejor era picar.
Hubo momentos en que nos ganaban en altitud, momentos en que les ganábamos nosotros a ellos. Al final de la batalla el *Me 109* era mejor que cualquier caza de ellos.

Klicker: En su opinión, la batalla de Inglaterra se perdió el 15 de septiembre. ¿Estaba la *Luftwaffe* en condiciones de cumplir su tarea –Operación «León Marino»– de preparar la invasión?

Steinhoff: Objetivamente creo que el dominio del cielo se consiguió durante algún tiempo. El número de los cazas de la otra parte fue reducido a la mínima expresión. Los cazas alemanes dominaron el cielo por lo menos durante un mes, en agosto. Pero en septiembre nos dimos cuenta de que los cazas que estaban en guarnición en el norte de la isla habían vuelto, puesto que de repente eran muy abundantes. Fue entonces cuando se notó, como nunca, nuestro grave defecto: no disponíamos de un caza que pudiera permanecer en el aire más de hora y media. Podíamos ir a Londres y volver, pero cuando los bombarderos ampliaban su radio de acción nosotros teníamos que regresar a casa.





Piloto de caza Steinhoff, hoy consejero de una industria aeronáutica: «Éramos los astros de la nación».

Einsiedel: El dominio del cielo sobre un territorio completo se hubiera podido conseguir si el mando de la *Luftwaffe* se hubiese preparado a tiempo para hacer frente a todas las posibilidades tácticas y estratégicas. Esto habría exigido por ejemplo, que todas las estaciones de radar instaladas en las costas británicas hubiesen sido destruidas por los *Stukas.* Otro ejemplo: el mando de la *Luftwaffe* no conoció nunca la importancia de las reservas tácticas y estratégicas. La superioridad técnica que, al menos durante algún tiempo, mantuvieron los pilotos alemanes sobre los ingleses, quedaba equilibrada por los errores tácticos que padecíamos. Debíamos volar treinta minutos hasta el objetivo y treinta de ▷

regreso. Si un caza alemán se veía enzarzado en un combate podía suceder que, de pronto, viera encenderse su luz roja, y para llegar a su base no tuviera más camino que la huida. Por eso resulta sorprendente que las pérdidas británicas fueran superiores a las nuestras.

Klicker: El mariscal del Aire británico Harris dijo en cierta ocasión que él se sintió extraordinariamente aliviado cuando el 7 de septiembre los alemanes cambiaron de táctica y empezaron a bombardear Londres. Se dio cuenta de que así tendría tiempo para rearmarse. ¿Qué pensaron ustedes sobre el cambio de táctica?

Steinhoff: Nosotros pertenecíamos a esas pobres formaciones encargadas de dar escolta a los bombarderos. No nos gustó tener que ir hasta Londres junto a los bombarderos, cuando solos podíamos llegar en la mitad de tiempo. Recuerdo que el primer bombardeo de Londres que pude seguir desde el aire me desconcertó bastante. Pensé: ¡pero, qué están bombardeando exactamente! Los ataques contra los muelles se efectuaban de tal forma que no se podía garantizar que sólo alcanzaran objetivos militares. Eso lo discutimos al volver. Todos nos dimos cuenta de que habían cambiado la táctica. Pero, ¿qué podíamos hacer? Nuestra obligación era escoltar a los bombarderos y defenderlos de los cazas enemigos. Más tarde he sabido que los bombardeos fueron un engaño: no hubo ataque a objetivos militares, la mayor parte de las bombas cayeron en los suburbios de Londres. Nosotros mismos vimos arder barrios enteros. En esta fase de la «Battle of Britain» se faltó por primera vez al principio de atacar sólo objetivos militares.

Einsiedel: ¿Creía usted aún por aquel entonces en el éxito de la Operación «León Marino»?

Steinhoff: No. Desde arriba se ven muchas cosas con gran precisión. Desde el avión podía ver el puerto de Amberes y las gabarras concentradas allí. Uno no podía dejar de sorprenderse y pensar que era imposible que nadie tuviera el propósito de cruzar el Canal en esas condiciones. Al mismo tiempo la infantería se entrenaba en Calais con sus botes neumáticos. Todo eso tenía un carácter poco serio. Nosotros, sin embargo, volábamos al otro lado del Canal y sabíamos de sobra que a los de allí abajo no se les podía vencer de ese modo. Entre nosotros discutíamos sobre ello a menudo, por más que no nos sobrara el tiempo. Para mí y para mis compañeros la «Battle of Britain» fue la parte de la guerra que





Piloto de caza Einsiedel, hoy escritor: «Volábamos como otros participan en carreras de automóviles».

nos agotó más, que movilizó más nuestra energía. Fue la fase más dura. Suponía una carga enorme para los nervios. No ignorábamos que, en cada vuelo, uno, al menos, no regresaría. Cuando no dos. Cuando no uno mismo. Pese a todo, volábamos dos veces al día sobre Inglaterra. Para discutir u ocuparnos de otro asunto nos quedaba muy poco tiempo.

Klicker: ¿Por qué continuaron?

Steinhoff: Es difícil salir de una situación así. Cuando uno se encuentra dentro de la máquina y vive en quehacer perpetuo, con la preocupación de tener que volar al día siguiente si no hay niebla, no se piensa más que en eso. ¿Y qué lecturas teníamos a nuestro alcance? ¡Los partes del frente!

Klicker: ¿Y, cuando reflexionaba, le preocupaba el éxito o sobrevivir?

Steinhoff: No, a lo largo de la «Battle of Britain» la mayoría perdimos la fe en el éxito. En él creíamos alguna vez cuando nos encontrábamos en medio de la lucha, pero luego había que volver. Al final de la batalla contra Inglaterra, el 15 de septiembre, estábamos todos en los huesos. Yo he visto pilotos veteranos vomitar al amanecer detrás de sus aviones en el momento en que sonaba la alarma que significaba «en quince minutos hay que despegar».

Klicker: Pero también había descansos y permisos cortos. ¿Habló usted entonces con sus compañeros o con sus superiores sobre la posibilidad o imposibilidad de llevar a cabo la Operación «León Marino»?

Steinhoff: ¡Naturalmente! Sólo que no veíamos de qué otros medios podíamos echar mano. Ya en agosto, durante nuestra fase dominante, pensábamos: O hacen algo pronto o pasará la ocasión... pronto llegará el mal tiempo... Y los días pasaron sin que se hiciera nada. Al mismo tiempo tampoco acertábamos a imaginar planes concretos.

Klicker: Es decir que para los aviadores sólo quedaba eso que ustedes han llamado el sentimiento caballeresco, la camaradería en el aire incluso con el enemigo, y nada más...

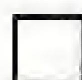
Steinhoff: Permítame que como respuesta le cuente algo: en Italia, el día de mi cumpleaños, el año 1943, derribé un par de *Lightnings* e hice prisionero a uno de los pilotos. Este se quedó conmigo esa noche antes de que al día siguiente le entregara en el campo de prisioneros. Como es natural celebró mi aniversario con nosotros. Hablamos sobre nuestro combate como pueden hablar dos deportistas. Estaba completamente ebrio, pero se dio cuenta de los errores que había cometido. Luego vino a dormir a mi tienda. De madrugada me desperté sobresaltado y pensé que mi prisionero podía huir. Con cuidado extendí los pies hasta tocarle la cabeza. Se despertó y me dijo tranquilamente: «No te preocupes. No pienso huir. Aquí entre vosotros se está bien». Eso no es extraño entre pilotos, pero me figuro que entre los servidores de los carros de combate la cosa será diferente. Con otras palabras, aun en medio de esa segunda Guerra Mundial tecnológica y moderna, han abundado los gestos caballerosos y el juego limpio. Si en Rusia fue también así, no me atrevo a decirlo. No puedo ver en el alma de los pilotos soviéticos. En todo

caso no nos ha sido posible incluirles después de la guerra en nuestras asociaciones y organizaciones. Contamos con japoneses, aliados, alemanes; pero los soviéticos nunca han querido aceptar nuestras invitaciones. Entre los pilotos aliados domina el mismo punto de vista que entre nosotros sobre nuestro oficio. Quizá existía ese sentimiento en toda la aviación. No lo sé.

Einsiedel: Siempre que he derribado un aparato y el piloto se ha lanzado en paracaídas me he abstenido de disparar sobre él por la sencilla razón de que aquel hombre se encontraba en esos momentos indefenso.

Klicker: ¿Y hoy? ¿La guerra moderna no ha superado ese código del honor de los aviadores de caza?

Steinhoff: Eso habíamos supuesto hasta la guerra de Yom-Kippur. Si va usted a Israel se dará cuenta de que a los pilotos de caza israelíes se les trata hoy como a nosotros entonces. Son los héroes de la nación. Sobre el canal de Suez se han vuelto a repetir los combates, los encuentros de uno frente a otro, como en los tiempos de la segunda Guerra. La era de la aviación de caza sigue vigente.



Adolf Galland (en el centro) y Werner Mölders (a la derecha), fueron los dos ases más populares de la aviación alemana en la segunda Guerra Mundial. Durante la batalla de Inglaterra fueron condecorados con la venera de las hojas de roble. Las tensiones que entonces empezaban en el mando de la «Luftwaffe» provocaron un año más tarde el suicidio de Ernst Udet (a la izquierda).

Caza monoplaza británico Vickers Supermarine Spitfire IA



Propulsión: un motor Rolls-Royce Merlin III de 12 cilindros - 1030 CV
Armamento: ocho ametralladoras Browning de 7,7 mm fijas en las alas
Velocidad máxima: 588 km/h a 5795 metros de altitud
Velocidad de despegue: 762 m/minuto
Radio de acción: 636 km
Peso de despegue: 2395 kg
Envergadura: 11,23 m
Longitud: 9,12 m



Caza monoplaza alemán Messerschmitt Bf 109 E-3



Propulsión: un motor Daimler Benz DB 601A V - 1100 CV
Armamento: tres cañones de 20 mm y dos ametralladoras de 7,9 mm
Velocidad máxima: 570 km/h a 3750 metros de altitud
Velocidad de despegue: 954 m/minuto
Radio de acción: 660 km
Peso de despegue: 2450 kg
Envergadura: 9,90 m
Longitud: 8,70 m





William Lawrence Shirer

Diario

14 de junio de 1940

Ha caído París. Desde la torre Eiffel la bandera de la cruz gamada ondea sobre el Sena. Las tropas germanas ocuparon esta mañana la ciudad. Se ha cumplido con ello el sueño de muchos millones de alemanes; se ha aliviado el peso de los recuerdos amargos de 1918, tremenda carga durante estos veintidós años.

Pobre París. Lloro por la ciudad que durante tantos años fue mi patria chica; que he querido tanto como sólo se puede querer a una mujer. Posiblemente tenga que ir mañana a París. Pero no quiero. No quiero ver cómo las botas de los soldados alemanes pisan las calles de mi amada ciudad.

Berlín, 15 de junio de 1940

¡Hoy me veo obligado a ir a París!

París, 17 de junio de 1940

Este viaje no es de placer. Al acercarnos a la ciudad me empezó a doler el estómago. Mis compañeros de viaje alemanes, por el contrario, se fueron poniendo cada vez más contentos a medida que íbamos descubriendo los primeros barrios de la capital francesa. ¡Ojalá no hubiera tenido que venir! La primera impresión: las calles están vacías, las tiendas cerradas, ventanas y puertas con el cerrojo echado. Los vehículos del Ejército alemán atronan las calles, pero en las aceras no se ve un alma. Los cafés están también cerrados, en las terrazas pueden verse las mesas amontonadas; la gente ha huido: el dueño, los camareros, los clientes.

Me hospedo en el hotel Scribe y allí me encuentro con mis viejos amigos: Demaree Bess y Walter Kerr. Me dicen que todo París es víctima del pánico. Todo el mundo ha perdido la cabeza y el Gobierno no ha tomado la menor medida. La gente ha huido: por lo menos cinco millones de parisienses han abandonado la ciudad con lo puesto, sin equipaje alguno, en dirección al sur. Los parisienses temían que todas las mujeres fueran violadas y que con los hombres pasara algo peor. Habían oído historias terribles sobre la ocupación de ciudades por los soldados alemanes. Los que han permanecido aquí se encuentran admirados del comportamiento disciplinado de la tropa. Al menos hasta ahora. Los parisienses no ocultan su decepción respecto a su Gobierno, que se ha resquebrajado a las primeras de cambio. Incluso se olvidó de decir al pueblo que la ciudad no sería defendida. Me da la impresión de que estamos asistiendo al descalabro total de la sociedad francesa –hundimiento del Ejército, del Gobierno y de la moral popular–. ¡Resulta increíble!

18 de junio de 1940

El mariscal Pétain ha pedido el alto el fuego. Los franceses no acaban de admitirlo. Que el Ejército francés terminaría por ceder, estaba claro, pero ¿tenía que ser de esta manera? ¿Sin condiciones?

19 de junio de 1940

El armisticio se va a firmar en el mismo vagón de ferrocarril en que se firmó el del 11 de noviembre de 1918.

¿Cómo ha sido posible que Hitler ganara tan fácilmente esta batalla? No logro comprenderlo. De acuerdo con que los franceses han tenido que luchar en las ciudades y no en campo abierto como en la pasada guerra pero, ¿dónde está la defensa organizada de que hicieron gala entonces? Y aún más: no me parece que haya habido demasiadas bajas en ninguno de los dos bandos. Se ven pocas trincheras.

20 de junio de 1940

Llegan noticias horribles de lo que está ocurriendo entre Orleáns y Blois. Cientos de miles de fugitivos por las carreteras, sin comida, sin agua, sin abrigo. Y éstos son sólo una parte mínima de los que han abandonado París. Las carreteras están llenas de fugitivos, presa fácil de los bombardeos. El cuadro es terrible: muertos, agonizantes, hambrientos, sedientos, heridos; todos sin ayuda de ningún género.

Berlín, 27 de junio de 1940

Es pronto para comprender. Ni he visto, ni sé todo lo que está pasando. Pero algo me parece muy claro después de haber recorrido Francia y Bélgica, después de haber escuchado a alemanes y franceses, después de haber hablado con prisioneros franceses, belgas y británicos: Francia no ha luchado.

Dos consideraciones:

La primera se refiere a la comparación de efectivos en oficiales con mando entre Aliados y alemanes. Todavía no hace muchas semanas que Sir Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor británico, se congratulaba de que Inglaterra y Francia sumaban un gran número de generales que habían tomado parte en la primera Guerra Mundial y tenían experiencia en el mando de divisiones. Por el contrario, los alemanes sólo disponían de gente muy joven que en la pasada guerra, a lo sumo, mandaron compañías.

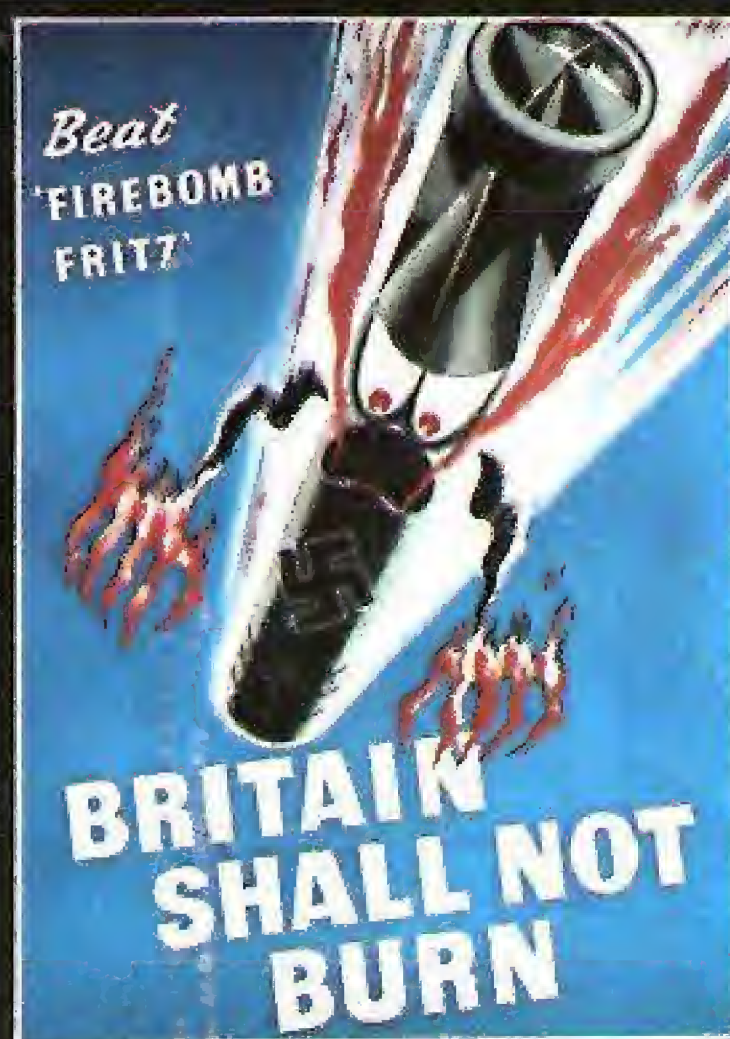
Eso no pasaba de ser una presunción de la que a buen seguro el citado general se halla a estas horas muy arrepentido. Acepto que los oficiales alemanes son mucho más jóvenes que los generales franceses con que me he encontrado. Estos últimos daban la impresión de ser unos nobles ancianos muy civilizados e intelectuales, débiles y enfermos, que habían dejado de pensar hacía veinte años y que en los últimos dos lustros se ahorraron cualquier ejercicio corporal. Los generales alemanes son todo lo contrario. Son jóvenes, algunos no llegan a los cuarenta años, muchos no pasan de los cincuenta. Están llenos de valor, de fuerza, de sentido del mando, iniciativa y resistencia física. Los oficiales alemanes no se guarecen en profundos parapetos a diez millas de la línea de fuego para dirigir desde allí las operaciones. Se encuentran en el carro blindado que va en cabeza y desde allí ordenan y siguen la batalla. Y no dudan en cambiar sus planes sobre la marcha y en hacer frente al riesgo.

La segunda consideración se refiere a la moral excelente de los soldados alemanes. El nuevo espíritu dentro del Ejército se basa en una buena camaradería entre soldados y oficiales. Subsiste el paso de la oca, el taconazo, el «a sus órdenes, señor oficial», de los tiempos del Káiser, pero ha desaparecido la fosa que separaba a oficiales y soldados. Impera un nuevo sentido de equipo, de colaboración. El oficial alemán no representa ya –o al menos él no lo siente así– a una clase, a un estamento. Y el soldado raso se da cuenta de ello. Tienen ambos la sensación de pertenecer a la misma familia. En cafés, restaurantes, en los comedores de los trenes se ven, sentados a la misma mesa, soldados y oficiales. Hablan de hombre a hombre. Eso hubiera sido impensable durante la primera Guerra Mundial, y sigue siéndolo sin duda en los ejércitos occidentales, incluido el nuestro, el americano, hasta nuestros días. □











«Londres parecía un poderoso animal, herido gravemente, mutilado, desangrándose, pero que no por eso deja de revolverse contra quien le ataca, con unas ganas inmensas de vivir», escribiría Churchill tras los bombardeos alemanes.



Más de 43.000 civiles británicos murieron alcanzados por las bombas arrojadas por los alemanes sobre Inglaterra. De ellos, tan sólo en Londres perecieron unos 30.000. A esa cifra ha de añadirse la de los heridos de gravedad, 86.000, o levemente dañados, unos 151.000. A pesar de que la población civil británica estaba preparada desde hacía años para un ataque aéreo alemán, el choque psicológico fue durísimo. Con todo, las previsiones de Hitler y Göring fallaron: el pueblo británico no se desmoralizó sino que, por el contrario, se colocó tras Winston Churchill, formando una unidad de lucha. Jochen R. Klicker y Angus Calder analizan este fenómeno.

UN MUNDO QUE SE HUNDE

Los ataques aéreos a Londres



La City de Londres tras un ataque. En torno de la catedral de San Pablo las bombas han sembrado la ruina. El templo ha salido milagrosamente incólume de la agresión alemana.

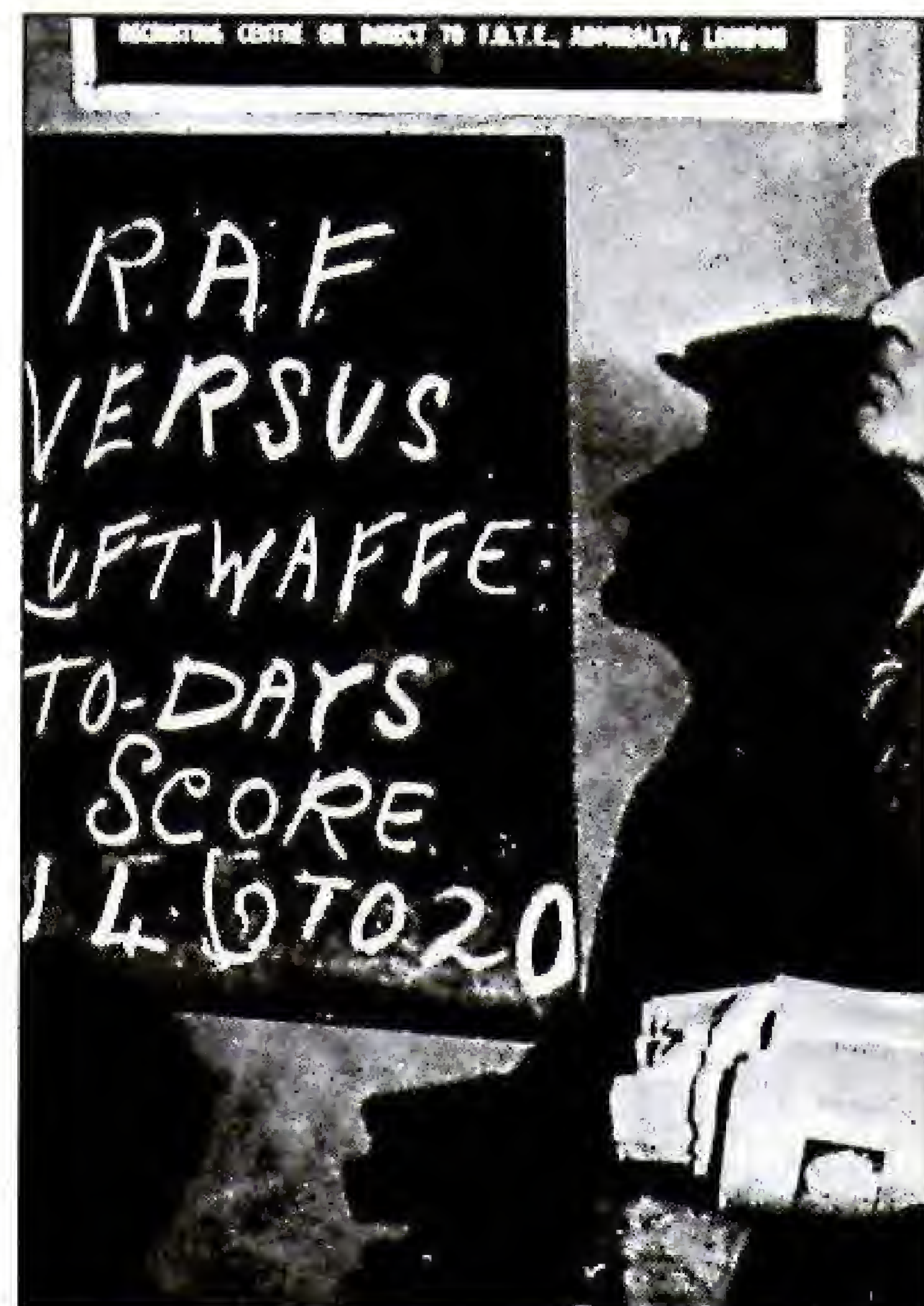
Aquel 7 de septiembre, sábado, fue un día más del luminoso verano de 1940, una jornada radiante y hermosa. Aunque los tiempos que corrían no eran ni mucho menos apropiados para el reposo, en las terrazas de los parques se veía a gentes que tomaban plácidamente el té mientras que muchos trabajadores, fatigados tras el esfuerzo de la semana, paseaban al sol.
Ese mismo día la central de vuelo de caza de la Royal Air Force hacía horas extraordinarias. Cientos de bombarderos alemanes habían logrado burlar el cinturón de defensa inglés y se aproximaban a Londres con la protección de los cazas. Hacia las 5 de la tarde caían las primeras bombas incendiando los muelles del puerto londinense. Las llamas, visibles a gran distancia, sirvieron de orientación a los demás aparatos. El ataque no cesó hasta la madrugada siguiente, a las 4,30. Las bombas caían sin pausa sobre el East End, envuelto en llamas.
Barbara Nixon, encuadrada en la defensa civil antiaérea, describiria después cómo vio «esos pequeños aviones plateados girar y girar sobre sus objetivos hasta que, al fin, surgió una gran formación similar a la que, de niña, había sido su distracción, o luego había contemplado en alguna exhibición aeronáutica». Inmediatamente se oyeron en las calles las campanas del servicio contra incendios. Llegaban del norte, sur o este, en dirección a los lugares en que se elevaban aquellas nubes claras de humo y pavesas, que parecían ser presagio de un final apocalíptico. Esas nubes eran cada vez más negras, hasta que, con la noche, se tiñeron de rojo. En apretada comparsa seguían los coches grises de la protección antiaérea. Muchos hombres cumplían en esa jornada su primer servicio. La mayor parte de ellos jamás habían visto un caos de llamas de tales proporciones.

¡Catástrofe en el East End!

Sobre una plataforma de observación montada en la catedral de San Pablo, se encontraba un pequeño grupo de hombres silenciosos. Todos ellos eran voluntarios, preparados concienzudamente durante largo tiempo para salvar en lo posible aquella obra maestra de la arquitectura sacra inglesa, evitando que se produjese en ella una catástrofe como la acaecida sobre el East End. Al fin, uno de los hombres rompió el silencio: «Algo así será el fin del mundo». Otro añadió: «Aquí se está hundiendo todo un mundo».
Un oficial de aviación polaco, piloto de un *Hurricane* británico, procedía, no lejos del lugar, a la caza de algunos bombarderos alemanes. Poco después regresaba a la base y escribía en su diario que, a pesar de haber logrado imponerse victoriosamente al enemigo, su corazón se hallaba oprimido: «Vi cómo todo el Este de Londres aparecía envuelto en llamas. Una visión terrible. Recordé otro vuelo mío, un año atrás, cuando contemplé el mismo espectáculo terrible en Lublin». También su jefe, el vicemariscal del Aire, Párk, sobrevoló Londres esa noche. Luego comentaría cómo la vista de la ciudad en llamas le produjo «un gran furor». Pero aún sintió coraje para exclamar: «A pesar de todo, gracias a Dios, vimos con nitidez el significado de la nueva táctica alemana: preferían ignorar en sus ataques nuestros aeródromos más vitales para concentrar su acción sobre las ciudades».

Sin esperanzas de poder sobrevivir a la noche

Ni un solo momento cesaba el estruendo ensordecedor de las bombas. El padre H. A. Wilson refirió que en su parroquia, en el East End, las explosiones golpeaban las puertas e hicieron saltar en añicos los cristales de las ventanas, al tiempo que el suelo trepidaba con los estallidos de las bombas; también comentó cómo «perdió la esperanza de poder sobrevivir a esa noche». «Ni siquiera podía acordarme de haber rezado aquella noche, como no fuese la exclamación: '¡Dios mío!' Esa noche tuve tanto miedo como jamás lo había sentido antes».
No lejos del East End se encontraba el barrio judío de Stepney. Lógicamente sus habitantes pensaron en seguida en los tiempos de los *pogroms*. Pensaban y creían a pies juntillas que las bombas eran lanzadas para aniquilar su raza. Bernard Kops, que entonces contaba catorce años de edad, recuerda: «Aquel día se mantiene vivo en mi memoria como una herida abierta. Imagínense una vivienda de planta baja en la que se encuentran, tumbadas en el suelo, mujeres que lloran histéricamente, mientras cubren con sus cuerpos a sus hijos menores, que lloran sin cesar. Con todo, sus llantos y gritos quedaban superados por el fragor de las bombas y el trepidar de la tierra. Para relajarse, los hombres empezarían más tarde a jugar a las cartas. Las mujeres, por su parte, trataron de entonar algunas viejas canciones, por ejemplo, 'He visto la antigua patria y rostros que he amado', o 'No vayas a la mina, papá, los sueños son a veces realidad'. También había otro grupo de mujeres que, arrodilladas, exclamaban a cada explosión: 'Alemania, Hitler'».
Cuando el duelo con la Royal Air Force pareció que no alcanzaba el éxito apetecido, comenzaron los bombardeos



Cuando los bombarderos alemanes soltaron su carga mortal sobre la ciudad del Támesis, dejaron tras de sí extensos sectores cubiertos de ruinas. Pero, con todo, no se alcanzó el objetivo principal: la operación perseguía, principalmente, doblegar la voluntad de resistencia de la población civil inglesa. En seguida empezaron las actividades de desescombro; los más bromistas anotaban los derribos de aviones en un marcador de fútbol, como si fueran tantos deportivos: Royal Air Force contra Luftwaffe: 146 a 20.



contra los centros de armamento ingleses y contra las ciudades. Este capítulo de la guerra proseguiría hasta que se pusieran en práctica los planes de invasión de Inglaterra. De la batalla aérea contra Inglaterra se pasó a la «batalla de Londres»; de la guerra de soldados contra soldados, a una guerra cuyos efectos de primera línea alcanzaron a la población civil indefensa. Se pasó a una batalla de bombas e incendios. Un combate de bomberos, defensa civil, policías, enfermeras y asistentes sociales, contra un enemigo inalcanzable, pertrechado en su maquinaria bélica infernal. Las tropas de primera línea, en el «frente» inglés, eran los médicos, los enfermeros, las telefonistas.

La nube de fuego

Los bomberos, sobre todo, tuvieron que desplegar esfuerzos sobrehumanos esa noche, la primera de los ataques aéreos. A. P. Herbert contó después sus experiencias. Como marinero de la Real Marina inglesa patrullaba por el Támesis con una pequeña lancha de motor del servicio de auxilio. Al atardecer terminó su servicio del día y navegó río abajo, desde Hammersmith, hacia la zona en que había observado un gran resplandor en el cielo. «A la altura de Vauxhall –escribiría él– había como una luz de amanecer, pero ya cerca de Lambeth la luminosidad era como el resplandor del mediodía... Las praderas de Tempel estaban como a pleno sol... Y Pool, aguas abajo del Puente de Londres, tenía todo el aspecto de un mar de luz». Inmediatamente se presentó en su puesto de servicio y fue enviado a Woolwich como enlace. Al dejar tras de sí el recodo del río a la altura de Limehouse se percató de un espectáculo aterrador. «La ribera de Surrey ardía en una extensión superior a media milla cuadrada. El viento soplaba del oeste y formaba con las chispas y el humo una especie de muro de gran altura que atravesaba por encima del río». Con todo, Herbert pensó en la misión que se le habia encomendado, se ató un pañuelo humedecido a la cara y dirigió su lancha «atravesando la nube de fuego». Cuando se encontraba ya dentro –contaría después– «le pareció que se hallaba en medio del infierno. Por todas partes se acumulaban escombros humeantes y lanchas en llamas. Incluso podía oir el crujido y la crepitación de aquel mar de fuego. Era un fragor infernal. Pero no podía ver nada por la espesa humareda».
En los muelles de Surrey, que Herbert recorrió a todo lo largo, vio un gran almacenamiento de madera de 2,5 km² de extensión, ardiendo sin que nadie pudiese evitarlo. El jefe del cuerpo de bomberos encargado de sofocar el siniestro hizo llegar a sus superiores un ruego urgente: «Enviadme todos los efectivos disponibles: el mundo entero está ardiendo aquí».
Las noticias dramáticas se pisaban los talones unas a otras. «Hay ardiendo cientos de sacos de pimienta; el aire se ha vuelto negro. Los bomberos no se permiten el menos reposo, porque entonces el incendio se incrementaría. En otro lugar arde una gran provisión de ron: el líquido inflamado fluye desde el almacén y cae en cascada ígnea. Entretanto se producen explosiones en el interior: los barriles actúan como si fuesen bombas».
Debido a la densidad de las nubes de humo, algunos bomberos perdieron la orientación y acabaron pereciendo en el mar de fuego de varios kilómetros cuadrados. Con frecuencia, los que sostenían mangueras se inclinaban hacia las bocas de ellas y se rociaban para poder soportar el gran calor reinante. Uno de ellos, por ejemplo, llevaba ya en servicio más de cuarenta horas. Por lo común, los bomberos y los voluntarios de la protección civil se relevaban en los puestos de mayor peligro.
Muchos vecinos del East End vivían en las pequeñas islas que sólo podían comunicarse con Londres por medio de puentes y pasarelas. En los muelles de Surrey se incendiaron de inmediato los dos puentes por los que los refugiados cruzaban con gran peligro de sus vidas. Miles de personas, jóvenes y viejos, muchas madres y niños, fueron evacuados en operaciones verdaderamente temerarias. El cerebro del plan de salvamento era la presidenta del comité de ayuda a las mujeres. Ésta consiguió hacerse con un convoy de automóviles, pero estos resultaron muy pronto insuficientes. Al punto esa mujer admirable pidió auxilio en todas partes y puso en movimiento cualquier cosa que tuviese ruedas, «incluso los carros de basura». Una vez vertidos los desperdicios, los carros se cargaron con refugiados. En los dos días siguientes, en operaciones similares a la realizada en Surrey, fueron evacuadas otras dos islas que se hallaban en el mismo peligro.

«¿Somos pusilánimes?»

Acompañando al oficial encargado de la defensa civil de Londres, Harold Scott, aparecía Churchill en persona revisando los destrozos ocasionados por los bombarderos y poniéndose en contacto con aquella población tan infeliz. A primera hora de la tarde visitó a un grupo de ciudadanos que habían perdido sus casas en los bombardeos y, con las ropas de cama, buscaban un lugar seguro para pasar la noche. Cuando estos damnificados vieron a Churchill, tiraron todo lo que llevaban en las manos y, alzando los brazos, prorrumpieron en gritos de entusiasmo ante el premier.
Scott cuenta la escena: «Entonces Churchill se quitó el sombrero, lo colocó en la punta de su bastón, lo agitó y exclamó a su vez: '¿Somos acaso pusilánimes?'. El grupo contestó: 'No'. El entusiasmo era desbordante». El primer ministro se dirigió después hacia el puerto de Silvertown, donde un pequeño barrio permanecía aislado aún del mundo exterior. Churchill recorrió una calle cubierta de esquirlas de vidrio y escombros, y se metió como todos en los charcos producidos por las aguas de las conducciones dañadas.

Churchill, de buen humor

Cuando Churchill regresaba de su recorrido de inspección, una tienda saltó por los aires a pocos metros de su auto. Scott tan sólo notó que el premier conservaba su buen humor: «Como se podía observar –comentaría después– con cada nueva situación aumentaba su tranquilidad y su buen talante».
Durante las 76 noches que siguieron, los alemanes continuaron soltando su carga mortal sobre Londres. Solamente una noche, la del 2 de noviembre, reinó la calma en la ciudad. El mal tiempo impidió el ataque. El 29 de diciembre, la City, el centro de la capital, también fue castigado por los aviones nazis. Ese ataque revelaba claramente que no había motivo alguno para creer que los alemanes tan sólo atacaban objetivos «militares». Como ocurría con frecuencia por ambas partes desde entonces los ataques trataban de sembrar el terror entre la población civil. Los londinenses bautizaron esta acción como «el segundo incendio de Londres», relacionándolo con aquel otro ocurrido apenas 275 años antes y que asoló la parte antigua de la ciudad y la catedral de San Pablo. Pero en esta ocasión la obra maestra del arquitecto Wren permaneció milagrosamente intacta. Las oficinas y los establecimientos comerciales estaban cerrados en esa tarde de sábado. En numerosos edificios no existía guardia de protección antiaérea, y en otros donde sí la había no se pudo hacer más que contemplar cómo las llamas destruían los inmuebles sin posibilidad de intervención. El ataque apenas duró dos horas, pero en este breve tiempo las bombas produjeron, en una extensión relativamente reducida, nada menos que 1500 incendios –sólo en la City, hubo 1400–. Por fortuna, el mal tiempo impidió que volvieran de nuevo los bombarderos alemanes y que su carga mortal destruyese totalmente la ciudad. □



REYES EN EL DESTIERRO

Una reina escribía un «llamamiento a mi pueblo» desde las profundidades de un refugio antiaéreo. Un rey paseaba a caballo descaradamente al lado de los ocupantes alemanes. Otro huía a todo correr por los caminos nevados de su país. Estos son algunos ejemplos de la confusión que produjo la guerra relámpago de Hitler, no sólo en las distintas poblaciones de Europa sino también entre las familias reales. Adrian Wells relata el destino de las monarquías del continente.

«Por orden de Su Majestad –exclamó ante los micrófonos el primer ministro francés Paul Reynaud con voz entrecortada por la emoción– el Ejército belga ha capitulado sin condiciones. En plena batalla, y sin hacer llegar una advertencia a sus aliados ingleses y franceses, el rey de los belgas ha dejado expedito a las divisiones alemanas el camino hacia Dunkerque».

Así de cínico y mendaz fue el mensaje radiado de Reynaud transmitido el 28 de mayo de 1940. Con él se iniciaba una campaña que, diez años después, le costaría el trono al rey Leopoldo III de Bélgica.

El avance impetuoso de Hitler sorprendió a franceses e ingleses, que, a su vez, tomaron la capitulación belga demasiado a la ligera como aclaración de lo que no podía explicarse. Reynaud y, al fin, también Churchill ante el Parlamento, hicieron responsable al rey belga, de 39 años, del repliegue ignominioso de sus tropas. Esta recriminación sería aún más cruda cuando el comandante en jefe francés, Weygand, y el propio Churchill comenzasen la redacción de sus respectivas Memorias.

Una oleada de odio

Las palabras de Reynaud suenan en la actualidad doblemente infames, porque hoy se sabe que los franceses tan sólo enviaron en auxilio de los belgas, en situación desesperada, una división, que los ingleses, sin saberlo Leopoldo, preparaban desde hacía tiempo su retirada de Dunkerque, y que el jefe de las Fuerzas Armadas francesas estaba in-







formado convenientemente de la capitulación que se preparaba. Este no pudo recibir la correspondiente notificación radiada porque el general Blanchard había replegado nuevamente su cuartel general. En esos días se desató contra aquel hombre joven que ocupaba el trono belga una verdadera ola de odio. El joven rey no pudo, por otra parte, llevarse consigo a Londres su Gobierno «con el fin de proseguir la lucha desde allí». También se le recriminaba el que, como jefe supremo del Ejército de su país, no permaneciese en Bélgica compartiendo el destino de sus tropas. La pregunta de si un rey, símbolo de soberanía de un Estado, debe o no evitar caer en manos de sus enemigos, era algo que no admitía más que una respuesta individual. En general no se podía responder afirmativamente, como tampoco a la cuestión de si un monarca puede dejar a sus súbditos en el atolladero.

Por aquel entonces –finales de mayo de 1940– el anciano rey de Noruega, de 68 años, Haakon VII, marcó también una pauta sobre lo que podía hacer un monarca cuyo pueblo había caído en poder de los ocupantes alemanes. El 9 de abril de 1940 había instado a su Gobierno a *no* aceptar el ultimátum de los nazis y acto seguido emprendía una grotesca huida por valles y fiordos, perseguido por bombarderos y paracaidistas alemanes. A pesar de esto, el mundo occidental enalteció el «heroico» y «ejemplar» espíritu de resistencia del monarca.

Cuando noruegos, ingleses, polacos y franceses expulsaron conjuntamente del puerto de Narvik, el 28 de mayo de 1940, a las debilitadas unidades germanas, el rey Haakon confió por un momento en que, al menos, esa parte de tierra noruega, podría librarse de la presencia alemana.

«Justamente en aquel día glorioso nos llegó la noticia de la capitulación de Bélgica», comentaría un acompañante del rey Haakon.

Los cuerpos expedicionarios aliados enviados a Narvik tuvieron que ser trasladados a Francia, donde se les necesitaba con urgencia, y Haakon VII se vio obligado a abandonar su país a bordo de un crucero inglés.

En la estación de Euston, en Londres, le esperaban el rey Jorge VI y Winston Churchill. El alto y enjuto rey de Noruega y su hijo, el príncipe heredero Olaf, fueron ovacionados como héroes medievales. Su famosa huida de 60 días por las tierras de su reino se había hecho legendaria.

Arriba: la princesa Liliana, esposa del rey Leopoldo de Bélgica.
Centro: Leopoldo III de Bélgica, con el príncipe heredero Balduino.
Abajo: la reina Guillermina de Holanda ante los micrófonos de la BBC durante su exilio en Londres. En la página anterior: una imagen que dio la vuelta al mundo. El rey Haakon de Noruega en plena huida.

Querido por el pueblo

El antiguo príncipe de los daneses ocupaba desde hacía 35 años el trono noruego y se complacía en observar cómo había logrado despertar en su pueblo un silencioso pero profundo cariño hacia su persona.

En la medianoche del 8 de abril de 1940 todavía se encontraba trabajando en su palacio de Oslo. El rey era viudo desde 1938 y padecía de insomnio. En ese momento le sorprendió su ayuda de cámara con la noticia de que habían penetrado en la bahía de Oslo buques de guerra alemanes.

En publicaciones ulteriores se habló mucho de la sorpresa que produjo la aparición de los alemanes, sólo que no se insistía en este particular. En realidad los noruegos de donde esperaban visita era de Inglaterra.

Los documentos más importantes del Estado habían sido escondidos previamente por precaución. El rey tomó a toda prisa sus papeles privados y objetos de valor e hizo que alertasen a su hijo y a su familia, que vivían fuera de Oslo. A las 4,30, el enviado alemán, doctor Bräuer, entregaba al rey un largo ultimátum del Gobierno del Reich, cuya extensión era de 19 páginas. El ministro noruego de Asuntos Exteriores, por su parte, se resistió lisa y llanamente a aceptarlo sin más. Bräuer tenía la misión, encomendada por Berlín, de asegurarse la persona del rey, cosa que los noruegos notaron de inmediato. Al amanecer del 9 de abril tuvo lugar un intenso intercambio de disparos de artillería en el puerto. A las 6,45 el príncipe heredero se encontraba con su familia y, diez minutos después, la corte estaba ya en la estación del Este de Oslo. Una vez en ella, la familia real, la mayor parte de los ministros y los diputados más notables del Storting (Parlamento), subieron a un tren especial que se dirigiría a Halmar. El convoy partió a las 7,23.

En el compartimento del rey se había colocado un maletín, que no estaba a la vista, en el que se encontraban numerosos fajos de billetes bancarios de diversas monedas consideradas como fuertes. El maletín desapareció cuando, de camino hacia la ciudad citada, distante 150 kilómetros, el tren tuvo que detenerse por una alarma de ataque aéreo. El Storting debatiría más adelante, ya en Halmar, si tenía algún sentido sostener una guerra con la poderosa Alemania. La noticia de que los alemanes habían ocupado Oslo causó una sensa-

ción de desaliento tan profunda que el rey intervino por primera vez en un debate parlamentario para estimular a una actitud de resistencia.
Por la noche, el rey, el Parlamento y el Gobierno se trasladaron aún más lejos, a Elverum, a 30 kilómetros de distancia en dirección a la frontera sueca.
El rey Haakon y Olaf se despidieron allí de la princesa que, con sus hijos, habría de trasladarse «temporalmente» a Suecia. Sólo cinco años después sería posible el reencuentro.
En la pequeña ciudad de Elverum el monarca recibiría una información sobre la entrevista «urgente» solicitada por el enviado alemán, doctor Bräuer. Los miembros del Gobierno, preocupados por la seguridad del rey, se apercibieron con sobresalto de que los alemanes también estaban al corriente del lugar en que se encontraba Su Majestad. Circulaban rumores de que no cabía desechar la posibilidad de un ataque por sorpresa de paracaidistas alemanes. El rey y el príncipe decidieron entonces continuar su huida, de noche, hacia Nybergsund, 50 kilómetros más allá, muy cerca de la frontera sueca.
El lugar era un pueblecito diminuto en el que tan sólo había un pequeño hotel que disponía de una única estancia con calefacción. La escena era más que fantasmagórica. El príncipe heredero, durmiendo con la cabeza pegada a una mesa, y el rey consolando a los ministros y diputados que le habían seguido llenos de miedo.

Con los pantalones mojados

Haakon se echó en la cama vestido con su uniforme de general. «No me gustaría que los alemanes me capturasen en pijama y aparecer así en los periódicos», comentó jocosamente.
Así terminó el primer día de huida por el país, el 9 de abril de 1940. Con todo, sería uno de los más agradables.
El 10 de abril por la tarde, a primera hora, el rey se entrevistó en la escuela local de Elverum con el emisario alemán, doctor Bräuer. Este le pidió que volviese a Oslo, al tiempo que le comunicaba la constitución de un nuevo Gobierno, bajo la presidencia de Quisling. La respuesta fue tal que, al día siguiente, la *Luftwaffe* destruyó Elverum.
El rey había regresado a Nybergsund, pero también este lugar de escondite fue descubierto por los alemanes y bombardeado esa misma noche. El rey y el príncipe heredero se adentraron en el bosque y, temblando de frío, tuvieron que permanecer durante horas sentados en la nieve con los pantalones mojados. Pero se imponía continuar la huida.
De camino hacia Lillehammer, donde aún combatían tropas noruegas, la comitiva tuvo que soportar un nuevo ataque aéreo germano. Los fugitivos no tuvieron más remedio que desviarse y buscar refugio en la aduana de Drevsjo, en la frontera sueca. Para sorpresa de todos llegó a aquella oficina un telegrama de Londres, remitido por el Gobierno polaco en el exilio. En el texto se decía: «Buena suerte y buena fortuna en su lucha contra el enemigo».
El rey sentía hambre y hubiera deseado ingerir algún alimento. Pocos minutos antes de que se produjese el correspondiente ataque aéreo alemán, el cortejo real tuvo que refugiarse en territorio sueco. El comandante del puesto sueco se limitaba a observar lo que ocurría a una distancia respetable.
Veinte minutos después, el rey volvía a Noruega para reemprender el camino hacia Lillehammer. Pero jamás llegaría allí. Extraviada la comitiva en un paisaje nevado, acompañada por el constante zumbido de los aviones, perdida la mitad de los ministros durante el camino, debilitados por el hambre la mayoría de los fugitivos, tras pasar una noche literalmente sobre el duro y frío suelo, al fin el séquito real consiguió llegar hasta la estación de Hjerkin, situada en pleno descampado, donde pudo tomar un tren procedente de Trondheim. Por precaución contra las miradas curiosas de posibles agentes alemanes, el rey y sus acompañantes se escondieron en el vagón de correos, que iba vacío. El viaje terminó nuevamente en la frontera sueca, en Otta. El monarca pudo alojarse en un hotel y, por primera vez en una semana, pudo ponerse el pijama. Sobre las carreteras que conducían al lugar caían esa noche los primeros paracaidistas alemanes. La estancia en Otta se prolongó seis días. A continuación el rey y el príncipe se dirigirían a Andalsnes, pasando por Romsdal. De camino, saltó delante de su automóvil un oficial de Infantería agitando un maletín, precisamente el que desapareció en el tren y en el que







Arriba: los monarcas y jefes de Gobierno que huyeron de sus países, huéspedes del rey Jorge VI en el palacio de Buckingham. De izquierda a derecha: la reina Guillermina (Holanda), la señora Benes (Checoslovaquia), el rey Pedro (Yugoslavia), la reina Isabel (Inglaterra), Benes (Checoslovaquia), el rey Haakon (Noruega) y Raczkiewicz (Polonia).
Centro: el emperador Guillermo II charla en Doorn con un oficial alemán de ocupación.
Derecha: la princesa Juliana y el príncipe Bernardo emprenden la huida.

Abajo: soldados alemanes izan la bandera de la cruz gamada en el palacio real de Laeken (Bélgica)





el monarca trasladaba su fortuna particular de varios millones. Fue un episodio que nunca llegó a esclarecerse. Una vez llegados los fugitivos a Molde, embarcaron en el crucero inglés *Glasgow*, que los trasladó a Tromsö. Allí permanecieron por espacio de 36 días. El crucero *Devonshire* recogería una vez transcurrido este tiempo al rey y al príncipe heredero. El buque llevaba ya tanto tiempo en servicio que se le habían agotado las provisiones.

¿Qué había conseguido, en definitiva, el rey de Noruega?

Prácticamente lo mismo que el rey Leopoldo III de Bélgica.

No obstante, contando con la situación por la que atravesaban los Aliados, se convirtió en un ejemplo de irreductibilidad, mientras que Leopoldo, más inteligente en las negociaciones, quedó en el plano de un comportamiento vergonzoso.

El rey de los belgas fue puesto fuera de juego por su vecina, la reina Guillermina de Holanda, de 60 años.

Guillermina se encontraba la noche de la invasión alemana en su palacio de Huis ten Bosch, cerca de La Haya. Poco antes de la medianoche, la reina fue despertada por su ayudante militar, coronel Phaff, y, junto con su hija Juliana, la actual reina, su yerno, el príncipe Bernardo, y sus nietos, se les pidió que se refugiasen en el bunker antiaéreo instalado en el parque. El príncipe Bernardo volvió casi de puntillas al palacio y se echó en la cama. Ya sabía que, previamente, el Estado Mayor holandés había recibido una advertencia de Berlín pero, con todo, no había ocurrido nada aún. No podía creer que fuesen a llegar sus antiguos compatriotas, los alemanes. Sin embargo la invasión sería realidad el 10 de mayo de 1940.

A las 4 de la mañana la suerte estaba echada. La noticia de que paracaidistas y comandos especiales habían tocado suelo holandés produjo verdadero pánico en la Huis ten Bosch. El príncipe Bernardo apareció en público vestido con el uniforme de su regimiento y pidió que se le entregase un fusil. Envidiaba al rey Leopoldo III que, el 1 de septiembre de 1939, había asumido el Mando supremo del Ejército belga. Dos semanas atrás el propio príncipe había asegurado en La Haya que el primer disparo que se produjese le encontraría a él en su cuartel general. En esos momentos también se sabía en Holanda que el rey Haakon VII «luchaba» heroicamente contra los invasores alemanes.

El rey Christian molesta a los alemanes

El propio Christian X de Dinamarca, a punto de cumplir los 70 años, era una

figura molesta para los alemanes, incluso por el simple hecho de que el anciano monarca se permitía pasear tranquilamente por las calles de Copenhague como si nada ocurriese.
Huir a Inglaterra era algo que nadie podía imaginar el 10 de mayo de 1940 en la casa real.
En esa mañana tan sólo se encontraba en fuga la gran duquesa de Luxemburgo. Ésta había abandonado su palacio media hora antes de que entrasen los alemanes, se incorporó con su comitiva, camino de París, al primer contingente de fugitivos y tuvo que sufrir los ataques de escuadrillas alemanas en vuelo rasante.
El príncipe Bernardo tuvo que renunciar a experiencias tan apasionantes. Al amanecer de aquel día la familia real hubo de resignarse a acatar las directrices del mando militar y trasladarse al palacio de Noordeinde, en La Haya. La reina Guillermina volvió muy pronto a otro refugio antiaéreo y escribió sobre sus rodillas un llamamiento: «A mi pueblo».
Todo transcurría como si de un momento a otro el palacio pudiera ser ocupado por paracaidistas alemanes. El príncipe Bernardo apuntó entonces la posibilidad de trasladar a su mujer, la heredera del trono, y a sus hijos a un lugar más seguro.
El 11 de mayo, en un viaje temerario, los trasladó a Ijmuiden, donde se hallaban anclados destructores ingleses. Confiaba en que, tras una travesía afortunada podría regresar y continuar la lucha al lado de su suegra. Sin embargo los acontecimientos se sucederían de modo muy diferente.
Durante la travesía un bombardero alemán atacó al destructor en que se realizaba el viaje y lo dañó parcialmente. Una vez en Inglaterra Bernardo y Juliana, comprobaron que Holanda se encontraba prácticamente en poder de los alemanes.
La reina Guillermina llamó por teléfono desde el palacio de La Haya en la tarde del 12 de mayo: habló con el rey de Inglaterra y éste pudo escuchar a través del auricular el retumbar de los cañones y el tableteo de las ametralladoras. Jorge VI la conminó a que se trasladase inmediatamente a Londres: el palacio de Buckingham estaba a su disposición.
Ella, a su vez, afirmo que no tenía la menor intención de capitular sino que, por el contrario, se pondría al frente de sus tropas para luchar en el sur, «como ya hizo el rey Alberto».
En la mañana del 11 de mayo la reina Guillermina abandonó su palacio de la ciudad con una dama de compañía, dos ayudantes, un ordenanza, el vicepresidente del Consejo de Estado, un ministro y el jefe del Gabinete. El viaje se realizó en dos automóviles con una reducida escolta de policía, y se dirigió en principio hacia Vlissingen o Zeeuws-Vlaandern. Sin embargo, el recorrido concluyó en Hoek van Holland, donde casualmente había anclado un destructor inglés dispuesto a zarpar.
Los acompañantes de la reina consideraban la situación con más realismo y habían adoptado las medidas pertinentes para que la anciana señora se trasladara a Inglaterra por el camino más corto, decisión a la que se adhirió el Gobierno holandés en pleno. So pretexto de recorrer la costa y aprovechando la oportunidad de un nuevo bombardeo alemán, llevaron a la reina a bordo del destructor inglés y desaparecieron rápidamente del lugar.
La reina Guillermina ordenó de inmediato al comandante inglés que pusiese en conocimiento del contraalmirante holandés de Vlissingen que ella iba a llegar. Sin embargo, él respondió que lamentaba que se le hubiese prohibido taxativamente tomar contacto con tierra. Al fin aceptó que se la llevase a Inglaterra. «Una vez allí podría considerar a qué punto de mi país sería posible regresar...»
Con otras palabras: fue una pura casualidad el que la reina de Holanda no se viese en la tesitura de negociar, como le ocurrió a su vecino belga. En definitiva tenía que estarles muy agradecida a sus colaboradores por haberle evitado el tener que izar bandera blanca «al frente de sus tropas», dos semanas antes que el rey Leopoldo III. «Por supuesto que era absolutamente consciente del choque que produciría en mi patria una salida precipitada como aquella –comentaría la reina– pero, en bien de los intereses del país, me sentí pronto obligada a asumir sobre mí eso que parecía una huida». En Harwich le esperaba un tren especial. En la estación de Londres fue recibida por el rey Jorge VI «junto con todos mis hijos, que parecían aterrorizados».
El príncipe Bernardo tenía su propia opinión sobre lo que exigían los «intereses del país». Tan sólo esperaba la siguiente proclama de su suegra («Nuestro corazón está con nuestros compatriotas que tendrán que vivir tiempos difíciles») para marchar a Francia y ponerse al frente de sus tropas. Sin embargo, al día siguiente, la reina Guillermina facultó al jefe de sus ejércitos, general Winkelman, para capitular «en el caso de que proseguir la lucha significara un derramamiento de sangre innecesaria».
El rey Leopoldo III, que obró en el mismo sentido, se convertiría en víctima propiciatoria. Se le consideró sospechoso ante la opinión pública de especular sobre si Hitler ganaría o no la guerra.
Con todo, también se le preguntó a Haakon VII cómo era posible que su hermano mayor, Christian X de Dinamarca, se hubiese visto obligado a aceptar en un plazo de dos horas el ultimátum de Hitler.
Haakon VII respondió: «Sé perfectamente que mi hermano piensa igual que yo, y que si hubiese tenido la oportunidad de ofrecer resistencia se hubiera resistido». Una respuesta digna de un monarca. No obstante, aún había un rey que, invitado a trasladarse a Inglaterra, declinó la oferta. Era un emperador. O, mejor, un ex emperador: Guillermo II, que vivía en el exilio holandés desde 1918.
El alcalde de Doorn visitó al anciano Káiser, de 80 años, el 12 de mayo de 1940 y le transmitió la invitación del Gobierno inglés: se trataba de un traslado «con la garantía de todos los monarcas reinantes mientras durase la guerra».
El anciano emperador respondió: «No pienso someterme a los ingleses en su partida de ajedrez contra Alemania». Y no andaba del todo descaminado. □

Sin guardia de honor

Berlín, 26 de marzo de 1940
A los comandantes supremos del Ejército

El Plan «Gelb» supondrá la toma de contacto de tropas del Ejército 18 con la residencia del antiguo Káiser alemán en el castillo de Doorn.
El «Führer» y jefe supremo de la «Wehrmacht» ha dispuesto lo que sigue sobre el comportamiento de las fuerzas:
I. El castillo de Doorn, cuando llegue hasta él la primera unidad, deberá recibir la visita de un oficial adecuado, que no sea general, encargado de entregar la siguiente declaración:
1) El ex emperador y toda su casa gozarán de la protección de la «Wehrmacht», como cualquier otro ciudadano alemán.
2) El castillo de Doorn y sus alrededores más inmediatos no serán ocupados, ni alterados por la presencia de tropas...
II. En relación con el comportamiento de los mandos y soldados, deben tenerse en cuenta los siguientes puntos:
1) No se permiten visitas ni comunicaciones entre el ex emperador y los miembros de las Fuerzas Armadas, incluidos jefes y comandantes de cualesquiera grados.
2) No se situarán puestos de vigilancia ni guardias de honor...
3) Los deseos que exprese el ex emperador... deberán transmitirse al cuartel general para que allí se decida...
El jefe del Mando supremo de la «Werhmacht»,
firmado: Keitel

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1941

1. 3.: Bulgaria se adhiere al Pacto Tripartito.
4/5. 3.: Hitler recibe en el Berghof al príncipe Pablo, regente de Yugoslavia, al que incita a seguir el ejemplo búlgaro y adherirse al Pacto.
5. 3.: Hitler da a conocer la «Directiva n.° 24» sobre la colaboración con Japón. El objetivo de esta colaboración basada en el Pacto Tripartito, es conseguir lo más rápidamente posible que Japón actúe en el Lejano Oriente.
25. 3.: En Viena, el primer ministro yugoslavo, Cvetkovic, firma la adhesión de su país al Pacto Tripartito.



El ministro alemán de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop, recibe a su colega nipón Matsuoka.

26.-30. 3.: Visita oficial a Berlín del ministro japonés de Asuntos Exteriores, Yosuke Matsuoka. Será el último acontecimiento diplomático de relieve del III Reich.
27. 3.: Golpe de Estado en Yugoslavia. Cae el Gobierno Cvetkovic. Huye al extranjero el príncipe regente. En las calles de Belgrado se producen demostraciones antialemanas.
3. 4.: En un acto de protesta ante las presiones de que es objeto su Gobierno por parte alemana, para que participe en la lucha contra Yugoslavia, se suicida en Budapest el primer ministro húngaro conde Teleki.
4. 4.: Después de su viaje a Roma (donde se entrevistó con Mussolini, Ciano y fue recibido por el Papa –«El hombre más importante que he conocido en Europa») el ministro japonés Matsuoka continúa las conversaciones con su colega alemán, von Ribbentrop y Hitler.
6. 4.: Se firma en Moscú un tratado de amistad entre Yugoslavia y la Unión Soviética.
10. 4.: Se proclama la independencia del Estado croata. Mussolini y Hitler reconocen cinco días más tarde al nuevo Estado y a Ante Pavelic –hasta entonces residente en Italia– como su presidente.
19. 4.: Hitler recibe en su tren especial al rey Boris de Bulgaria para discutir su participación en las futuras conquistas de Yugoslavia y Grecia. Sobre el mismo tema se entrevistan veinticuatro horas después el «Führer» y el conde Ciano.

1/2. 3.: Más de cien aviones de la RAF bombardean la ciudad de Colonia, incursión que repetirán 48 horas más tarde.

2. 3.: A las seis de la mañana, partiendo de Rumania, unidades del Ejército 12 alemán han entrado en Bulgaria.

4. 3.: Empieza la operación británica «Lustre», que comprende el transporte de tropas y material a Grecia. Hasta el 24. 4 serán enviados 58.000 hombres para reforzar los efectivos helenos.

12/13. 3.: 316 aviones alemanes arrojan sobre Liverpool 303 t de bombas y 1782 artefactos incendiarios. Aviones de la RAF atacan Hamburgo y Bremen.

13. 3.: «Instrucciones complementarias a la Directiva n.° 21» –Operación «Barbarroja»– por las que la administración de los territorios ocupados dependerá del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas (OKW).

27. 3.: A las 13 horas se celebra en la Cancillería una reunión con Hitler, durante la cual éste da a conocer su propósito de acabar con Yugoslavia como Estado por la fuerza de las armas. Por la noche, el «Führer» firma su Directiva n.° 25 relativa a la guerra relámpago contra Yugoslavia, simultánea con el ataque a Grecia, que se retrasa así del 1. 4 al 6. 4.

6. 4., 5,15 de la mañana: Sin previa declaración de guerra empieza el ataque a Yugoslavia y Grecia. Aviones alemanes bombardean Belgrado.

8/9. 4.: 237 aparatos alemanes arrojan sobre Coventry 315 t de bombas y 710 artefactos incendiarios. Los británicos, a su vez, bombardean Kiel: 84 muertos.

11. 4.: Hitler llega con su tren especial a Tauchen-Schauereck, convertido en cuartel general del «Führer» hasta el 25. 4.

17. 4.: Capitulación del Ejército yugoslavo. Sus efectivos son hechos prisioneros: 334.000 hombres.

17/18. 4.: 249 aviones alemanes arrojan sobre Portsmouth 346 t de bombas y 1280 artefactos incendiarios. 118 bombarderos británicos tratan de llegar hasta Berlín, pero lo consiguen muy pocos.

30. 4.: Termina la ocupación de la península griega, incluido el Peloponeso. El número de prisioneros se eleva a 223.000 griegos y 21.900 británicos. Los griegos son puestos en libertad. Las bajas alemanas ascienden a 2559 muertos, 5820 heridos y 3169 desaparecidos.

1. 3-30. 4.: Los submarinos alemanes, que actúan en el Atlántico han echado a pique durante este tiempo 89 mercantes aliados con un total de 496.526 toneladas.

1. 3. - 30. 4.: Durante estos dos meses las bajas entre la población civil británica, a consecuencia de los bombardeos, se elevan a 10.429 muertos y 11.694 heridos.

9. 3.: En un encuentro internacional de fútbol celebrado en Stuttgart, Alemania vence a Suiza por 4-2. Helmuth Schön –que luego sería entrenador del equipo federal alemán, campeón del mundo– marcó dos goles.
16. 3.: Con motivo del «Día de los héroes» Hitler promulga el «Decreto sobre la creación de un consejo para la construcción de cementerios militares».
19. 3.: La alemana Anni Kappell intenta establecer en Dusseldorf una nueva marca de natación en la modalidad de braza. Recorrió los 200 metros en 2'55"5, quedando medio segundo por debajo de la marca establecida.
20.3.: El jefe de las Juventudes del Reich, Axmann, ha visitado el primer campamento premilitar de la «Hitler Jugend», en el que se forman los futuros dirigentes del Partido. Hasta ahora durante la guerra medio millón de jóvenes han sido preparados para cumplir su misión de soldados.
21. 3.: Se estrena de el «Ufa Palast» de Hamburgo el filme de Hans Albers «Karl Peters», en el que se realzan la vida, lucha y aventuras del gran pionero colonial alemán. Calificación: de gran valor político, formativo y cultural; recomendable para los jóvenes.
26. 3.: Alfred Rosenberg inaugura en Francfort del Meno el «Instituto de Investigación del problema judío», nombrando al Dr. Wilhelm Grau director del mismo.
28. 3.: El «Führer» concede la «Cruz de hierro de 2.ª clase» a la aviadora Hanna Reitsch, siendo ésta la primera mujer que recibe tan alta condecoración.
30. 3.: El equipo alemán de boxeo gana al sueco en Königsberg por 12-4. La única victoria por K. O. la consiguió Hein ten Hoff en combate de pesos pesados.
4. 4.: Estreno de la película «Ohm Krüger», con Emil Jannings en el papel principal. Esta película conseguiría ese mismo año, en el Festival de Venecia, el galardón Mussolini para el mejor filme extranjero.



Emil Jannings en su papel de Ohm Krüger en la película del mismo título, con Hedwig Wangel como reina Victoria.

20. 4.: Después de haber vencido el día 9 de marzo en Stuttgart a los suizos por 4-2, el equipo alemán de fútbol pierde en Berna por 1-2, contra el mismo once.

LAS PK COMPAÑÍAS DE PROPAGANDA

Un piloto alemán ha realizado un aterrizaje de emergencia en territorio inglés y trata de obligar a los campesinos a que le ayuden a poner su avión nuevamente en condiciones de despegar. La imagen pertenece a un filme de propaganda germano.

Confundir al enemigo-robustecer la patria

Esa era una tarea para tipos resueltos. Siempre adelante con las tropas combatientes. Fotografiando, filmando, escribiendo reportajes apasionantes. En el fondo, un pensamiento sencillo: no hace falta ser un nazi para realizar una buena propaganda bélica. Basta con dominar el oficio. Hanns-Karl Kubiak informa sobre la actividad de las PK, o Compañías de Propaganda durante el primer año de la guerra.



La propaganda bélica no era un descubrimiento de Goebbels. Desde que existe el fenómeno de la guerra, existen hombres que informan sobre ella.

Las grandes campañas tuvieron siempre sus cronistas, tanto en la antigüedad como en la Edad Media y en las épocas más inmediatas a nosotros. De generación en generación ha dominado la tesis de que casi siempre se doblega mejor la moral del enemigo con palabras que con armas.

Sin embargo, la propaganda solo se convirtió en ciencia, en gigantesco aparato de influencia y sugestión, a partir de los siglos XIX y XX. La guerra de Crimea (1853-56), la guerra civil americana (1861-65), la contienda contra Francia y Alemania (1870-71) dieron mucho trabajo a escritores, dibujantes y fotógrafos. La primera Guerra Mundial impulsó poderosamente la maquinaria de la propaganda. Cuando comenzó la segunda Guerra, las unidades de las PK contaban ya con un rico acervo de experiencias, además de disponer de los correspondientes «solistas».

Los que se integraron en ellas eran ya nombres conocidos o lo serían a partir de 1945. Informadores de las PK fueron, por ejemplo, Karl Holzamer (de la segunda cadena de la TV alemana), Henri Nannen (de la revista «Stern»), Werner Höfer (de la cadena WDR), Jente von Lessow̄ (Butler Martin), Herbert Reinecker (autor de la serie televisiva «El comisario»), Horst Slesina (director de una agencia de publicidad). Los escritores Ernst Jünger, Rudolf Hagelstange, Ernst Glaeser, Walther Kiaulehn. Los dibujantes Szewczuk y Hicks. A este grupo pertenecieron también Peter von Zahn, Curt W. Marek (C. W. Ceram, autor de «Dioses, tumbas y sabios») y el editor Ernst Rowohlt (rororo).

No era verdadera propaganda, sino guardia del partido

Joseph Goebbels encontró a estos hombres de «sus PK» demasiado clásicos. Pero eran «hombres de espíritu» de los que habían quedado muy pocos disponibles tras la toma del poder, mientras que no le faltaban «hombres de espada». Con todo, algo le falló: no logró convertir las PK en una «guardia de propaganda del partido dentro de la *Wehrmacht*». Por otra parte tampoco tuvo éxito su intento de liberar a esos hombres de las armas. Todos ellos tuvieron que cumplir el servicio militar. El Ministerio de la Guerra del Reich había dispuesto que sobre las cuestiones castrenses solamente debían informar hombres educados militarmente, con mentalidad de soldados, en aras de la veracidad. El esquema organizativo de las tropas de propaganda, en los comienzos de la segunda Guerra Mundial, se componía fundamentalmente de reservistas y excombatientes de la primera Guerra. Éstos se encargarían después de formar a las nuevas generaciones de dirigentes. La propaganda debía actuar mediante la palabra y la imagen, la banda sonora y el filme. Su proyección se orientaba hacia la patria, hacia el frente y hacia el enemigo. Sus funciones eran éstas:

1. Estimular en la retaguardia y en el frente.
2. Desmoralizar al enemigo recurriendo a la llamada «propaganda activa».

Como aplicaciones concretas se pretendía:

– Mantener en la población la capacidad de sacrificio y de lucha.



El folleto explicativo de la película «Victoria en el Oeste» (aquí se reproduce la portada) contenía informes vivos, relatos y principios en materia de «guerra y cine». Cualquier espectador que acudiese a una sala de proyecciones podía adquirir el folleto por 50 pfennig.

Secuencias imponentes

El antiguo miembro de las PK, Konstantin Röpke, narra los orígenes del filme «Victoria en el Oeste».

La gran película del éxito de la «Wehrmacht» en Francia, Bélgica, Holanda y sobre el Cuerpo Expedicionario Británico en 1940, se estrenó con escenografía militar en la sala de proyecciones más famosa de Berlín: en el «Ufa-Palast». Excepto algunos iniciados, los que acudieron al estreno con gran entusiasmo no tenían ni la menor idea de las controversias desatadas entre el Mando supremo del Ejército y Hitler, controversias que habían acompañado la preparación del espectáculo y hasta lo habían retrasado. Para la opinión pública, «Victoria en el Oeste» no pasaba de ser una cinta elaborada con fragmentos de filmaciones realizadas por cámaras de las Compañías de Propaganda, más secuencias incautadas a reporteros ingleses y franceses. Sin embargo, este material no era más que la base de una película que, para ser enjuiciada con precisión, exigía el examen de otros muchos problemas relacionados con ella.

Las secuencias más sugestivas y sensacionales no se filmaron precisamente durante la lucha. Se rodaron después. Para ello no hubo más remedio que disponer tropas participantes, escenarios, armas empleadas, fechas y desarrollo de los acontecimientos y hasta unos defensores que hubo que sacar de los campos de prisioneros. De otro modo no hubiera sido posible realizar aquella documentada obra cinematográfica en la que se trataba de presentar los momentos más difíciles y característicos de la campaña de Occidente en secuencias realmente históricas.

Aunque acompañaban a las tropas combatientes unas 100 cámaras de las Compañías de Propaganda del Ejército, Aviación, Marina, SS, y grupos especiales de filmación, éstas no siempre se encontraban en disposición de utilizar sus cámaras en los momentos decisivos o tan sólo podían captar imágenes parciales, porque el enemigo les obligaba a guarecerse o porque la luz no era suficiente para su trabajo. En muy contadas excepciones se ofrecía una verdadera panorámica de la guerra.

El equipo técnico de los informadores de la cámara y de la máquina de filmar era tan pesado como una ametralladora. La marcha al lado de la infantería de vanguardia les dejaba pronto sin aliento. Aparte de esto, los informadores apenas podían permitirse otro horizonte que el de un soldado que disparase desde una trinchera o desde un cráter. Esa situación no se prestaba demasiado a realizar filmaciones. Las películas vírgenes, colocadas en cajas protectoras, quedaban muy pronto veladas. Los escasos aparatos magnetofónicos tan sólo podían instalarse en camiones que se movían por el campo de batalla. Las dotaciones de carros blindados y vehículos pesados en general, rara vez aceptaban cambiar su puesto con un filmador de las PK.

En las tomas ulteriores de las escenas, con el fin de realizar la película, se repitieron, por ejemplo, dos acontecimientos: el paso del canal Alberto con el ataque y operación de socorro sobre el fuerte de Eben-Emael, mediante cazadores paracaidistas y planeadores de carga. A orillas del Somme se repitió tambiém la penetración, por sorpresa, de los alemanes que quebraron las posiciones defensivas galas con los disparos de los cañones de la División acorazada 7 de Rommel. Dado que para realizar esta filmación había que disparar con los cañones sobre un tren cargado de explosivos sin que se hubiese advertido este previamente, el general salvó su vida de milagro y estuvo a un paso de resultar gravemente herido.

El estreno de la película, presidido por Hitler, no terminó con una alabanza a éste, como se había esperado. El «Führer» mostró escaso interés por aquellas acciones heroicas de una infantería que avanzaba, abría zanjas, atacaba; no pareció interesarse tampoco por aquellas cautelosas y arracimadas tropas de zapadores. Su atención se concentró más bien en los carros de combate y en la artillería. La valentía y la capacidad de lucha de esos soldados fatigados eran cualidades normales y lógicas. Una documentación demasiado amplia en este sentido le parecía superflua. Su deseo era que a través del filme se sugiriese una especie de sentimiento de intimidación, y eso solamente se podía conseguir si en pantalla aparecía una masa militar armada hasta los dientes, dotada del más moderno material de guerra: enormes formaciones de carros de combate y baterías de artillería pesada, capaces de aniquilar incluso las cúpulas de acero de la Línea Maginot. No interesaban las columnas de soldados en marcha, sino las columnas motorizadas. Estas secuencias imponentes se añadirían más tarde a la película por orden de Hitler, para mayor deformación de la imagen de la guerra de 1940. □

– Esclarecer el porqué de cada una de las operaciones militares.
– Acallar de cualquier brote de inquietud a la población civil.
– Ocultar los propios planes militares.

El hombre de las PK (informador de guerra) debía dominar todos los campos del saber que tuviesen relación con la materia que trataba. Estaba obligado a conocer la escena política, militar y propagandística del enemigo. Tenía que estar formado en una economía de guerra. Debía hallarse preparado para ser el intermediario idóneo entre el frente y la retaguardia e «incluso algo más». Nadie podía especificar de qué lugar procedían estos informadores. Cuando se producía un avance o un repliegue, tenían que presentarse allí donde se encontraba el punto más vulnerable; sobre todo en el lugar donde se tomaba una decisión militar trascendental. En este sentido hay que aclarar que los hombres de las PK estaban subordinados a todas las Armas, pero sin que les alcanzasen las órdenes de los jefes militares.

Oficiales de vía estrecha

Antes de la campaña de Francia los informadores, aún en período de instrucción, quedaron encuadrados en la Infantería. La mayor parte de ellos no poseían, en consecuencia, graduación alguna. Pero imagínese que un hombre de las PK fuese adjunto de un Estado Mayor, a título de simple soldado. En ese caso no se le hubiera tomado en serio. Así se llegó a la idea de crear «jefes especiales», u oficiales de complemento con el rango de los profesionales de la milicia. «Oficiales de vía estrecha», les llamaban los de la escala activa.

Un cronista de guerra adscrito a la *Luftwaffe* relata lo que sigue: «Nosotros llevábamos galones más estrechos para distinguirnos de los oficiales de carrera. Los de un teniente, por ejemplo, constaban de ocho cordones; en el caso de los 'especiales', tan sólo de dos. ¿Y qué hacíamos nosotros? Pues nos comprábamos los 'aparatos' auténticos y quitábamos los dos cordoncillos reglamentarios. Con ello evitábamos que nos pudieran considerar como advenedizos. Por supuesto eso no lo hacíamos por fanfarronear, sino porque nos parecía conveniente».

El gran momento de las PK fue el comienzo de 1940, cuando ya se disponía la campaña contra Francia.

Junto a la Muralla Occidental, el Westwall, apenas ocurría nada. El estado del frente se definía como «guerra extraña» o «guerra de asiento». Los franceses no sentían el menor interés por combatir y tenían la impresión de que los alemanes tampoco. Unos permanecían ▷

agazapados tras el Westwall, y los otros, detrás de la Línea Maginot. Con esta perspectiva, ¿qué podían hacer las PK? Preparar el ambiente.
Se instalaron altavoces, a través de los cuales se aseguraba a los franceses que los alemanes no tenían nada contra ellos. Al tiempo sonaban las notas de la última melodía de París. Según se decía, la audición de ese o de aquel otro disco respondía a los deseos de los franceses establecidos en Francfort. Los soldados galos canturreaban desde sus posiciones «Parlez-moi d'amour» e inmediatamente se dejó oír la voz de Lucienne Boyer que interpretaba esta canción por los altavoces alemanes.
La actitud de los PK en ese momento era la de evitar cualesquiera conflicto de simpatías o antipatías con los franceses. El mejor exponente de tal tendencia era el periódico militar «Westwall-Bote» («El mensajero de la Muralla Occidental»). Una vez impresos los ejemplares se lanzaban al campo francés. En sus páginas se recogía incluso la novela «André y Ursula» una romántica historia de amor entre un francés y una muchacha alemana. Cuando el Ministerio de Propaganda de Goebbels (PROMI) prohibió que continuase la publicación, los miembros de las PK se dieron cuenta de que iban a trabajar en serio. Ahora se imponía fomentar la confusión del enemigo. Había que dar la impresión de que se preparaban ataques por el lado alemán, de un modo más o menos impreciso.

La situación se vuelve seria

Durante ocho meses consecutivos, franceses y alemanes permanecieron en esta posición, observándose mutuamente. Apenas se producía algún intercambio de disparos. Pero las PK no se mantenían con los brazos cruzados. Por el contrario, buscaban incesantemente influir, confundir, engañar al enemigo. Se hacía alarde de la inexpugnabilidad del Westwall, a pesar de que la fortificación estaba inconclusa. Las PK fueron las que «crearon» el bunker del Westwall, anticipándose a la acción armada. Incluso se llevó al lugar, aunque a cierta distancia, a grupos de periodistas extranjeros. La influencia era cada vez más intensa. Pancartas situadas en lugares visibles decían: «Camarada francés: tenemos orden de no disparar si vosotros no atacáis. Alemania no posee motivo alguno para luchar contra vosotros. Pensad en Inglaterra. Inglaterra es nuestro enemigo común».
Tales acciones no dejaron de lograr sus objetivos. Era cierto que en primera línea no podía verse a ningún inglés. Incluso la nueva emisora francesa «Camerade du Nord», que los soldados





Arriba: a bordo de los bombarderos «Heinkel» volaban también los cronistas de guerra.
Abajo: cámaras y fotógrafos acompañaban a las tropas de primera línea en la campaña de Francia.

galos creían una emisora pirata comunista, terminó por convencerles de las tesis alemanas mediante sus continuos ataques contra «Albión» e informes sobre la amistad germano-soviética, sellada con un pacto.
«Soldados franceses», oían ellos pegados al receptor, y aceptaban lo que se les daba a través de las ondas. En realidad esa emisora se encontraba en Lörrach, en la Selva Negra, y era un centro radiofónico de las PK.
Esos hombres conocían bien su cometido. Cuando se inició el avance alemán a primeros de 1940, y ya no había por qué mantenerlo en secreto, se hizo pública esta noticia: «Si Alemania pretende realizar un ataque en el Oeste, logrará romper la Línea Maginot en el Alto Rhin...»
Esta información se difundió a escala internacional. Al tiempo se habían publicado también informaciones escritas y gráficas sobre «armas nuevas».
El secreto se guardó con tanto celo que no escapó a la curiosidad de los agentes. Su carácter de verdad quedó garantizado. A partir de entonces cada vez eran más frecuentes las noticias sobre apariciones de carros de combate e intercambios de disparos de artillería a lo largo del Alto Rhin. Pero las informaciones eran imprecisas. Cada domingo se decía en el «Wunschkonzert» o programa de discos dedicados, de la «Grossdeutsche Rundfunk»: «Los camaradas del regimiento de Infantería tal o cual, estacionado junto al Westwall, desean escuchar...» Sin embargo, esas unidades estaban en cualquier otra parte: Así, los franceses realizaron concentraciones de tropas enfrente del Alto Rhin. Pero se llevaron un chasco. El plan estaba en marcha, gracias a las PK. De esta forma se llegó al ataque por sorpresa del 10 de mayo de 1940. Los franceses esperaban a los alemanes sobre todo en el Alto Rhin. Por esa razón el Mando supremo galo decidió no retirar ni un solo soldado de la Línea Maginot. Sin embargo, en ese sector se mantuvo la calma. El ataque frontal alemán se desarrollaría en el norte y allí es donde hubiera sido preciso echar mano de todo «poilu» disponible.

Los franceses se dejan sorprender

Los métodos para la «confusión del enemigo» se perfeccionarían sin cesar. El general de las SS, Walter Schellenberg, escribe a este respecto en sus «Memorias»:
«El 15 de mayo de 1940 recibí el encargo de poner en marcha mediante la propaganda una campaña de distracción contra Francia, auxiliado por un especialista del ministerio correspondiente. La radio nos ofrecía la posibilidad de lograr un éxito amplio y rápido. De Saarbrücken nos llegaron tres emisoras de alta frecuencia. Camufladas como emisoras francesas, procedieron a transmitir 'noticias' constantemente. Por nuestra parte profetizamos que sólo el sur y el sudeste de Francia quedarían indemnes. Llevados por el pánico, los fugitivos se abalanzaron en masa hacia las regiones que —según indicábamos nosotros— estaban libres de alemanes. Con ello las tropas germanas pudieron disfrutar de libertad de movimientos, como era su deseo, mientras que los caminos elegidos por las tropas francesas se vieron bloqueados por los fugitivos.»
La táctica de Goebbels, consistente en imponer la guerra de propaganda sin consideración alguna, condujo al éxito apetecido. El enemigo, por su parte, aprendería pronto a recurrir a este medio con auténtico virtuosismo. Pero cuando comenzó la guerra, el «pequeño doctor» ya llevaba mucho camino recorrido. Conocía al dedillo todas las artimañas: las siguientes noticias que difundirían las PK y sus especialistas, serían ya noticias de victorias. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

«Dynamo», nombre cifrado de las medidas de evacuación dictadas por los Aliados el 27-V, hasta 4-VI-1940. En 848 buques de todos los tipos fueron embarcados 338.226 soldados británicos y franceses, cercados por los alemanes en el espacio de Dunkerque. El destino era Inglaterra. 85 % del cuerpo expedicionario británico fue recuperado sin efectivos militares. Las pérdidas, ocasionadas en su mayoría por la aviación alemana, fueron éstas: 9 destructores y 261 buques comerciales de pequeño tonelaje, así como buques de cabotaje.



Fin de la operación «Dynamo». Sobre las playas de Dunkerque material de todas clases abandonado por los británicos.

E

Eagle, portaaviones inglés, previsto en un principio para buque de guerra con destino a Chile. Botado en 1913, entró en servicio en octubre de 1923. 22.600 toneladas; 24 nudos. Eslora, 203,3 m; manga, 32 m. Dotación, 748 hombres. Efectivos: nueve cañones de 152 mm, seis de 102 mm, 21 aviones. En julio de 1940 hasta agosto de 1942, participa en combates en el Mediterráneo, junto a Tobruk, en acciones nocturnas y en el aprovisionamiento de Malta. Hundido en el Mediterráneo tras ser torpedeado, el 11-VIII-1942 por submarinos *U 73* (capitán Rosenbaum).

Eau de Pologne, expresión popular para referirse al abono o cieno fétido.

Eben-Emael, fuerte belga situado entre Lieja y Maastricht, a orillas del canal Alberto. Se le tenía por inexpugnable en virtud de su posición. El 10-V-1940 fue atacado por 85 zapadores paracaidistas alemanes (grupo «Granit»), que llegaron a tierra tras navegar en aviones sin motor del tipo *DFS 230*. Mediante las recién desarrolladas cargas huecas de 50 kg tuvo éxito la ruptura de numerosas zonas fortificadas. Durante un día el grupo de avanzada atacó en solitario, hasta que acudió en su auxilio el Regimiento 151 de infantería. El 11-V-1940, a las 13,30 horas, 1200 soldados belgas acabaron entregándose y fueron hechos prisioneros de los atacantes.

Eden, Anthony, político británico. Nacido el 12-VI-1897 en Windlestone (condado de Durham), participó en la primera Guerra Mundial; diputado conservador en 1923; secretario privado parlamentario (1926-29) con Chamberlain; ministro de Asuntos Exteriores de diciembre de 1935 a febrero de 1938. A partir de mayo de 1940, ministro de la Guerra; nuevamente ministro de Asuntos Exteriores desde diciembre de ese mismo año, hasta julio de 1945. En los años 50 ministro del Exterior y Primer Ministro. Expresó sus memorias con el título «The Reckoning», en las que habla de sus tensiones con Stalin en relación con el proyecto de instaurar un nuevo orden democrático en la Europa Oriental.

Edertalsperre, pantano en la demarcación de Waldeck (Hessen). Construido entre 1909 y 1914. Longitud de la presa: 400 m; altura, 48 m. Capacidad de retención de las aguas del Edersee: 202.000.000 m³. Entre el 16 y el 17-V-1943 fue atacada por bombarderos ingleses del tipo Lancaster, junto con las presas de Möhne y Sorpe, con el fin de dañar la industria de la región en que estaban situadas. Tres aviones lograron dañar gravemente el muro del Edertalsperre. La cifra de vidas humanas que costó la operación se sitúa entre 58 y 300 personas. No se produjo la inundación prevista por los ingleses.

Eichmann, Adolf, jefe SS alemán. Nacido el 19-III-1906, en Solingen, murió el 1-VI-1962 en Ramle (Israel), ejecutado. Octubre de 1939: jefe de la oficina de asuntos judíos de la jefatura de policía del Reich. Organizó en los territorios ocupados, especialmente en Hungría, el traslado de judíos a los campos de exterminio. Huyó a Argentina tras la guerra. El 11-V-1960 fue trasladado ilegalmente a Israel por el servicio secreto judío y allí condenado a muerte en proceso ordinario el 15-XII-1961.



Las bombas británicas abrieron una brecha de 70 metros de largo y 22 de profundidad en la contención de cemento del Edertalsperre durante el bombardeo del 17-V-43.

Einstein, Albert, físico germano-americano. Nacido en Ulm el 14-III-1879 y muerto en Princeton (N. J.) el 18-IV-1955. Fundador de la teoría de la relatividad y, por ende, de la nueva imagen del mundo físico. Premio Nobel de 1921. Obligado a emigrar en 1933, recibió la nacionalidad americana y enseñó en numerosas universidades del país. El 2-VIII-39, escribió al presidente Roosevelt refiriéndose a los intentos alemanes de conseguir la bomba atómica. Su aportación fue decisiva en el campo de la investigación nuclear americana y contribuyó poderosamente a la creación de la primera bomba nuclear. A pesar de ello fue durante toda su vida un convencido pacifista.

Eisenhower, Dwight, general y presidente americano. Nacido el 14-X-1890, en Denison (Texas), murió el 28-III-1969, en Washington. Estuvo con el general Mac Arthur en las Filipinas, de 1935 a 1940. Del 16-II-1941 al 25-VI-42, jefe del comando operacional del Estado Mayor; 25-VI-42, jefe supremo de las tropas americanas en Europa. Bajo su dirección se realizaron los desembarcos en el Norte de África, Sicilia y península italiana. Ascenso a general de cinco estrellas; el 24-XII-43, jefe supremo de las tropas aliadas en Europa. Jefe de planificación y realización de

la invasión del 6-VI-1944 en la Normandía. De mayo a noviembre de 1945, jefe supremo de las tropas americanas de ocupación en Alemania y gobernador militar. Posteriormente jefe del Estado Mayor, primer comandante supremo de la OTAN y, de 1953 a 1961, Presidente de los Estados Unidos.

Ejército, en términos alemanes está compuesto por varios Cuerpos de Ejército, cada uno de los cuales, por lo regular, comprende tres Divisiones.

Ejércitos Extranjeros Este-Oeste, secciones 3 y 12, respectivamente, del Estado Mayor del Ejército de Tierra que desempeñaban misiones de reconocimiento e información. El Ejército Extranjero Este operaba en la Unión Soviética, Escandinavia, Balcanes, África y Extremo Oriente. El Ejército Extranjero Oeste actuaba en Europa occidental, Gran Bretaña, Balcanes septentrionales y, desde diciembre de 1943 también en América (antes encomendada a la sección 3).

El Alamein, v. Alamein, El.

1942, por combatientes del Regimiento 39 de cazadores de montaña. Las unidades del Grupo de Ejércitos A (general *Feldmariscal* List) no lograron expulsar al enemigo del resto de las alturas de la cordillera.

El-Qattara, depresión de, región situada a unos 50 km al sur de El-Alamein, que abarcaba unos 19.400 km² de pantanos arenosos y salinos. Por esta razón era infranqueable para las unidades motorizadas. Formaba una defensa natural al sur del frente británico de El-Alamein.

Embolsamiento, flanqueo que realizan las unidades acorazadas tras romper las líneas del enemigo, bloqueando grandes fuerzas adversarias luego de aislarlas de sus enlaces con la retaguardia.

Emden, crucero alemán. Entró en servicio el 7-I-1925. 5600 toneladas, 29 nudos. Eslora, 150,5 m; manga, 14,3 m; dotación, hasta 636 hombres. Armamento, 8 cañones de 150 mm, 3 antiaéreos de 88 mm, 4 tubos lanzatorpedos. Desde el 15-X-1925, buque escuela. Desde 1939, participación en combate. Toma parte en la «Weserübung». En otoño de 1941 se integra en las unidades de formación de la flota. Realiza en 1944 operaciones de minado en Skagerrak. A primeros de 1945 navegó de Prusia oriental hasta Kiel, con 1200 fugitivos a bordo, y allí recibió 45 impactos de artillería. El 3-V-45 fue dinamitado en la bahía de Heikendorf.



El crucero Emden luciendo la Cruz de Hierro en su proa.



Eisenhower con su amigo y competidor Montgomery.

E.L.A.S., «Ejército de liberación popular» comunista griego («Ellinikos Laikos Apelerzerotikos Stratos). Abandonó el Gobierno de coalición de Papandreu el 1-XII-1944 y comenzó el 3-XII-1944 una acción de resistencia contra dicho gobierno para acceder al poder. La sublevación se inició con ayuda de tropas británicas y terminó el 11-I-1945 con un acuerdo por el que el E.L.A.S. debería abandonar Atenas, Patrás y Salónica.

Elbrus, monte más alto del Cáucaso (5633 m). En él se izó la bandera alemana, el 21-VIII-



Eichmann durante su proceso en Israel en 1961.

Enola Gay, nombre del bombardero estadounidense, tipo B-29 «Superfortaleza», que el 6 de agosto de 1945, a las 9,15 hora local, lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima desde una altura de 9500 m. El aparato fue bautizado así por su comandante, coronel Paul W. Tibbets, en recuerdo de su madre.

Eremenko, Andrei Ivanovich, mariscal de la Unión Soviética (11-III-1955). Nació el 14-X-1892 en Markova, distrito de Voroschilovgrad, murió el 19-XI-1970 en Moscú. En 1913 entró en el Ejército. En 1918 miembro del PCUS. Participó en la guerra civil. En 1938, general comandante en jefe del Cuerpo de Ejército VI de Caballería cosaca, con el que avanzó sobre Polonia en 1939. De agosto a octubre de 1941, comandante supremo del frente de Briansk y el Ejército 4 de choque. Agosto de 1942 comandante supremo del frente de Stalingrado; sept. del 42, frente del Don; abril del 43, frente de Kalinin; sept. del 43-abril del 44, Ejército de costas; abril del 44-marzo del 45, 2.° frente Báltico; marzo-junio del 45, frente ucraniano. En julio 15.° comandante en el distrito militar de los Cárpatos; en octubre del 46 en Siberia occidental; en noviembre de 1953 en Caucasia septentrional. En mayo de 1958, inspector general en el Ministerio de Defensa.

Essen, ciudad de la cuenca del Ruhr. En 1940 contaba con 665.000 habitantes. Sufrió graves bombardeos: el 27/28-V-43, con 1442 toneladas de bombas; el 25/26-VII-43, con 1948 t; el 23/24-X-44, con 4522 t; el 28/29-XI-44, con 1147 t; y el 12/13-XII-44, con 2354 t. La ciudad cayó en poder de los americanos el 10-IV-45. Unas 100.000 casas habían quedado destruidas (50,5 % del total).

Estonia, v. Bálticos, Estados.



Andrei Eremenko.

Etiopía, reino de África oriental conquistado por Italia en 1935-1936 y reconquistado por las tropas británicas entre el 19-I-1941 y el 6-IV del mismo año. El emperador Haile Selassie regresó a la capital el 5-V-41. El 18-V capitularon las fuerzas italianas en Amba Alagi. Siguieron, no obstante, combatiendo en el oeste hasta el 28-XI-41 en que se rindió el general Nasi con 23.000 hombres en la zona de Gondar.

Eutanasia, (del griego, «muerte buena»), «muerte de gracia» para enfermos incurables. Se aplicó sistemáticamente durante el Tercer Reich en determinados casos, por

ejemplo a niños y adultos enfermos mentales. Al comienzo de la guerra, sobre todo, se llevaron a cabo verdaderas campañas para generalizar esta práctica, en virtud de la «ley para la protección de la herencia sana», del 1-VII-33, de otra ley similar promulgada el 18-X-35, y de una disposición secreta del 1-IX-39. La razón que se aducía era que resultaba absurdo alimentar «bocas inútiles». La «ayuda de muerte del nacionalsocialismo» supuso el exterminio, en agosto de 1941, de 80.000 enfermos mentales. Las protestas de las Iglesias (por ejemplo de los obispos von Galen y F. von Bodelschwingh) obligaron a Hitler a interrumpir estos métodos, posponiéndolos hasta la «victoria final».

F

Falaise, ciudad de Normandía. Tras la invasión de los Aliados en el oeste de Francia (6-VI-1944), fue conquistada el 17-VIII-1944, tras duros combates, por el Ejército 1 canadiense. Se produjo en sus alrededores una gran batalla, tras el encuentro con el Ejército 1 americano en la zona de Falaise: el Ejército 7 alemán y parte del Ejército acorazado 5 germano, quedaron cercados y aniquilados. De 125.000 soldados alemanes sitiados, solamente 45.000 pudieron salvarse a costa de elevadas pérdidas en material.

Falke, T-4; torpedo de la Marina alemana con cabeza de rastreo acústica. Se empleaba especialmente para alcanzar a buques enemigos que navegasen a más de 8 nudos de velocidad.

Falkenhausen, Alexander von, general alemán. Nacido el 29-X-1878 en Blumenthal, demarcación de Neisse (Silesia); muerto el 31-VIII-1966 en Nassau del Lahn. Toma parte en la primera Guerra Mundial, y luego se integra en la *Reichswehr,* que Falkenhausen abandona el 31-I-1930 con el grado de teniente general. De 1934-39 desempeña la función de instructor militar junto a Chiang-Kai-Shek. El 1-IX-40, general de Infantería. Del 20-V-40 al 14-VII-44, jefe de las tropas alemanas en Bélgica y norte de Francia. El 20-VII-44 es encarcelado y trasladado al campo de concentración de Dachau. Posteriormente prisionero de los ingleses. A primeros de 1948 es transferido a Bélgica. Del 25-IX-50 al 9-III-51, sometido a proceso ante consejo de guerra en Lieja y condenado a 12 años de trabajos forzados, a pesar de las protestas de la población belga que pedía penas mayores para él. Poco antes de que se cumpliese la pena, es puesto en libertad.

Falkenhorst, (hasta 1911, von Jastrzembski), Nikolaus von. General alemán nacido el 17-VI-1885 en Breslau, muerto el 18-VI-1968 en Holzminden. Participa en la primera Guerra Mundial, forma en las filas de la *Reichswehr.* El 1-VIII-1937, teniente general; el 1-X-39, general de Infantería; el 19-VII-1940, capitán general. Toma parte en la campaña de Polonia como comandante general del Cuerpo de Ejército XXI. A partir del 21-II-40, participa en los preparativos de la Operación «Weserübung», que comenzaría bajo sus órdenes el 9-IV-40. El 19-XII-40, comandante en jefe del Mando supremo del Ejército en Noruega. El 31-XII-41, comandante en jefe del Mando supremo del Ejército en el norte de Finlandia. Del 1-I-42 al 18-XII-44, jefe de la *Wehrmacht* en Noruega. Es destituido al ofrecer resistencia contra la política del comisario del Reich. Condenado a muerte el 2-VIII-46 por un tribunal militar británico, la sentencia quedó conmutada por 20 años de prisión. El 13-VII-53, por motivos de salud, se permitió su salida de la prisión de Werl para criminales de guerra.



La segunda bomba atómica norteamericana: «Fat Man».

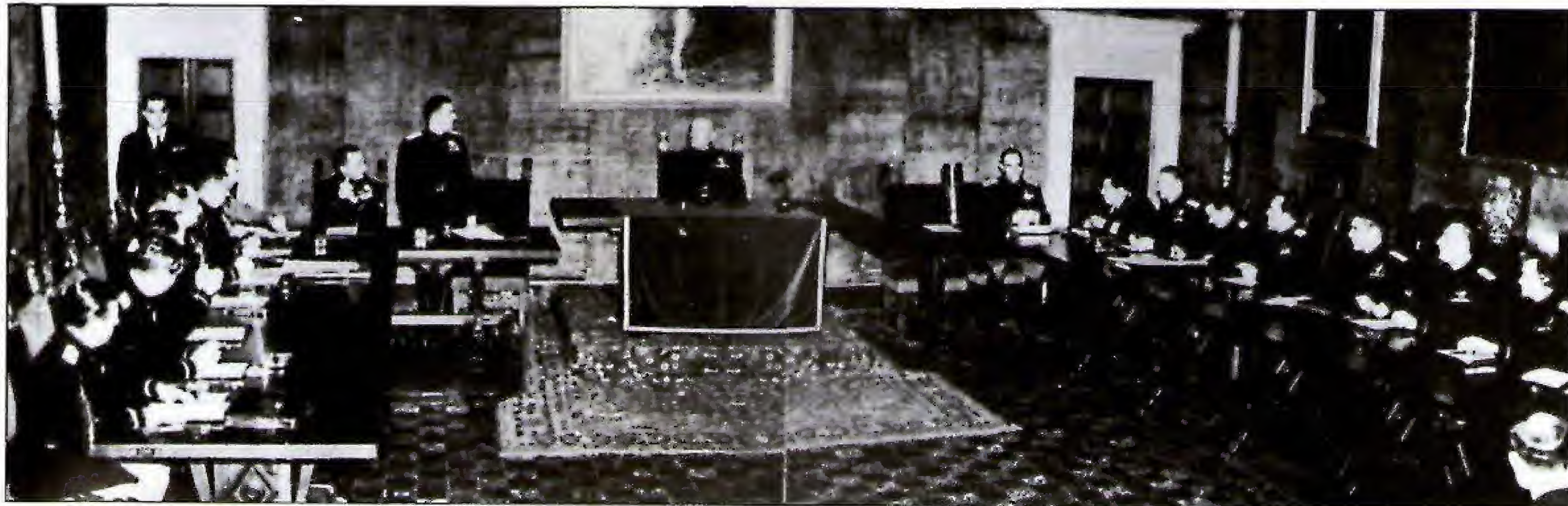
Fascista, Gran Consejo, órgano supremo del partido fascista italiano. Sufre un reajuste el 24-VII-1943 al ser convocado por primera vez desde 1939. Por 19 votos de un total de 27 se decidió pedir a Víctor Manuel III que asumiese el mando supremo de las Fuerzas Armadas, retirándoselo a Mussolini. El 25-VII el rey aceptó el voto del Gran Consejo y, apoyándose en él, ordenó deponer a Mussolini de todo sus cargos y detenerle.

«Fat Man», nombre de la bomba americana de plutonio que fue lanzada el 9-VIII-45 sobre Nagasaki por el comandante Sweeney. La explosión mató a unas 40.000 personas e hirió gravemente a otras tantas.

Feldhaubitze 18, obús de campaña ligero alemán. Calibre, 105 mm; peso: 1985 kg; longitud del tubo: 2,94 m; disparos: 6-8 por minuto; alcance: 10.675 m. Lo produjo la casa Rheinmetall entre 1928 y 1929. En 1935 se dotó con él a las tropas alemanas. Era el obús estándar de las divisiones de Artillería. Una batería constaba de cuatro cañones obuses.

«Felix», operación para ocupar Gibraltar planeada por el mando alemán. El primer proyecto se realizó el 20-VIII-1940. Cuando Franco rehusó la entrada de España en la Guerra Mundial, Hitler dispuso el 7-XII-1940 que se desistiese de la Operación «Felix».

«Ferdinand», carro de combate pesado alemán, dotado de un cañón de defensa contracarro de 88 mm. Instalado sobre chasis «Tiger» y posteriormente «Elefant». Peso, 68 toneladas. En servicio desde 1943. Se produjeron en total 120 unidades.



El Gran Consejo Fascista derribó al «Duce». Al recobrar la libertad, Mussolini mandó ejecutar a los «amotinados» tras un proceso sumarísimo.



En Inglaterra, carteles y adhesivos advertían por todas partes: «La charla imprudente puede delatar secretos de importancia vital». Comentario del «Daily Herald», puesto en boca de dos señoras en el metropolitano, rodeadas por los miembros del Gobierno británico: «¡Psst, querida, nunca se sabe quién puede estar escuchando!»



Hitler y Göring conversan sobre lo que harían en caso de una catástrofe. Göring pretende marchar a Suecia. Hitler asegura: «A mí no puede pasarme nada, soy austríaco, y, por tanto, pertenezco también a los vencedores.»



Los retrasos de los trenes eran bastante corrientes en la Inglaterra bélica. Un hombre de negocios se queja: «Cinco horas he tenido que aguardar. Me han echado a perder el negocio.» A lo que reponen los campesinos y trabajadores subempleados que esperan en la antesala inglesa: «¿Sólo cinco horas? ¡Nosotros hemos tenido que aguardar cinco años!» (Del «Daily Express»)



Así de amargo vio el «Chicago Tribune» el destino del mariscal Pétain, el nuevo presidente del Estado francés: saludando ante sus camaradas de la primera Guerra Mundial, los mariscales Foch y Joffre, se congratula de que no hallan tenido que asistir a la muerte de su patria.